

**UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID**

**FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA**

**DEPARTAMENTO DE HISTORIA MEDIEVAL**



**TESIS DOCTORAL**

**La Península Ibérica y el Mediterráneo en el tránsito del mundo  
antiguo al medieval**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

Pablo Fuentes Hinojo

DIRIGIDA POR

María Isabel Loring García

**Madrid, 2002**

ISBN: 978-84-8466-046-0

© Pablo Fuentes Hinojo, 1995

**LA PENINSULA IBERICA Y EL MEDITERRANEO EN EL TRANSITO  
DEL MUNDO ANTIGUO AL MEDIEVAL. (SIGLOS V-VII).**

**VOLUMEN I**

Tesis presentada por PABLO FUENTES HINOJO  
para aspirar al grado de Doctor en la  
Facultad de Geografía e Historia de la  
Universidad Complutense de Madrid; realizada  
bajo la dirección de MARIA ISABEL LORING  
GARCIA, profesora de Historia Medieval.

Madrid, 1 de Septiembre de 1.995.

674

1995





"Sanctum hoc Imperium toto sic floruit orbe,  
bella gerens pacemque tuens."

(CORIPP., Laud. Just., III, 328-329)



Aeternae memoriae Mariae, matris  
carissimae, et Iuliae, aviae  
dulcissimae.







## INDICE.

INTRODUCCION.....	15
-------------------	----

I. LA QUIEBRA DEL DOMINIO IMPERIAL EN OCCIDENTE Y LA POLITICA MEDITERRANEA DE BIZANCIO EN EL SIGLO V.....	57
--	----

1. Constantinopla ante la penetración vándala en el norte de Africa.....	65
1.1. Prolegómenos: guerras civiles e irrupciones bárbaras en Occidente (406-429).....	66
1.2. La invasión de Africa.....	86
1.3. La expedición de Aspar y el <u>foedus</u> de 435.....	101
1.4. La caída de Cartago y el asentamiento germánico en la <u>Proconsularis</u> .....	112
1.5. La segunda intervención oriental y el pacto de 442.....	130
2. Bizancio y la defensa de Occidente.....	178
2.1. La crisis de 455.....	179
2.2. La obra de Mayoriano.....	197
2.3. La intervención de León I.....	209
2.3.1. El acuerdo de 461 y sus repercusiones políticas.....	209
2.3.2. El advenimiento de Antemio.....	218
2.3.3. La guerra vándala.....	221
2.4. La progresiva disolución del estado imperial en Occidente.....	231
3. El Imperio en el marco del nuevo sistema de estados mediterráneos.....	269
3.1. La caída del Imperio de Occidente y los problemas internos de la <u>pars Orientis</u> .....	269
3.2. Limitaciones del intervencionismo bizantino	



bajo los reinados de Zenón y Anastasio I.....	284
3.3. Maduración de los fundamentos teóricos de la <u>recuperatio imperii</u> .....	299
II. LA RESTAURACION JUSTINIANEA Y SU PROYECCION SOBRE EL OCCIDENTE MEDITERRANEO.....	
1. El caso del reino vándalo.....	337
1.1. La síntesis romano-germánica y sus contradicciones.....	340
1.2. La política religiosa.....	358
1.3. El problema sucesorio.....	381
1.4. Conflictos externos: ostrogodos y mauros.....	398
1.5. Tiranía y revuelta.....	409
1.4. La reconquista imperial: colaboración y resistencia.....	420
2. <u>Africa capta</u> .....	469
2.1. Organización del territorio y consolidación del dominio bizantino (534-543).....	471
2.2. Rebeliones militares y guerras mauras (543-565)...	488
3. Sicilia, Italia y <u>Dalmatia</u> .....	514
3.1. El sistema ostrogodo y sus deficiencias.....	516
3.2. Los últimos Amalos.....	534
3.3. El período de las guerras góticas.....	551
3.3.1. Campañas contra Vitiges.....	551
3.3.2. La lucha contra Totila.....	566
3.3.3. Fin de las operaciones y reorganización de Italia.....	577
4. La intervención en Hispania.....	592
4.1. Asentamiento de los visigodos en Occidente y primeras actuaciones en la Península Ibérica.....	594
4.1.1. Las campañas de Valia en el marco del sistema defensivo romano.....	594

4.1.2. El freno de la bagauda y de la expansión sueva.....	610
4.1.3. La instalación en Hispania.....	619
4.1.4. La expansión hacia el sur.....	632
4.2. Las relaciones del reino visigodo con el Imperio durante el reinado de Teudis.....	638
4.3. Conflictos sucesorios y crisis de dominación sobre la <u>Baetica</u> .....	649
4.4. El establecimiento de los bizantinos y la política de pactos de Justiniano I.....	661
 III. BIZANCIO Y EL REINO DE TOLEDO (565-624).....	697
 1. La ruptura del orden justiniano y su reflejo en Occidente.....	708
1.1. La corregencia de Justino II y Sofía.....	713
1.1.1. Política financiera y de defensa.....	713
1.1.2. La llegada de Leovigildo al trono visigodo y el desmoronamiento de la ficción legitimista.....	724
1.2. Tiberio II Constantino.....	736
1.2.1. La difícil sucesión de Justino II.....	736
1.2.2. Constantinopla ante la usurpación de Hermenegildo.....	744
1.3. El reinado de Mauricio.....	768
1.3.1. Conflictos y reformas.....	768
1.3.2. El frente hispánico y la herencia de la casa de Atanagildo.....	787
1.4. La tiranía de Focas y el comienzo del desmembramiento de la unidad política mediterránea.....	809
1.4.1. La cuestión dinástica.....	809
1.4.2. La continuidad de la presencia bizantina	

en la Península Ibérica y el problema del primado de la <u>Carthaginensis</u> .....	829
1.5. La crisis del estado universal romano y la conquista visigoda de la provincia de <u>Spania</u> .....	836
2. Organización y problemática interna de los territorios hispanobizantinos.....	874
2.1. La administración y el ejército.....	875
2.2. Comercio y fiscalidad.....	899
2.3. Iglesia y conflictos religiosos.....	914
CONCLUSIONES.....	949
APENDICES.....	1.019
1. Elenco de emperadores tardorromanos y bizantinos.....	1.019
1.1. De la Tetrarquía a Teodosio I (284-395).....	1.019
1.2. Imperio de Occidente (395-480).....	1.020
1.3. Imperio de Oriente (395-711).....	1.021
2. Gobernantes de los estados limítrofes con el Imperio.....	1.022
2.1. Reyes burgundios.....	1.022
2.2. Reyes lombardos de Italia.....	1.022
2.3. Reyes merovingios.....	1.023
2.4. Reyes ostrogodos de Italia.....	1.024
2.5. Emperadores Sasánidas.....	1.024
2.6. Reyes suevos.....	1.025
2.7. Reyes vándalos.....	1.026
2.8. Reyes visigodos.....	1.026
2.9. Califas musulmanes.....	1.027
3. Fastos episcopales.....	1.028
3.1. Obispos de Alejandría (313-642).....	1.028
3.2. Obispos de Antioquía (381-610).....	1.029
3.3. Obispos de Constantinopla (315-717).....	1.030

3.4. Obispos de Jerusalén (422-638).....	1.031
3.5. Obispos de Roma (314-715).....	1.032
4. Cuadros genealógicos.....	1.035
4.1. Familia valentiniano-teodosiana.....	1.036
4.2. Familia de Avito.....	1.037
4.3. Familia de León I, Zenón y Anastasio I.....	1.038
4.4. Familia de Antemio.....	1.039
4.5. Familia de Olibrio.....	1.040
4.6. Familia de Julio Nepote.....	1.041
4.7. Familia de Rómulo Augústulo.....	1.042
4.8. Familia justiniana.....	1.043
4.9. Familia de Tiberio II y Mauricio.....	1.044
4.10. Familia de Focas.....	1.045
4.11. Familia de Heraclio I.....	1.046
4.12. Linaje real de los Amalos.....	1.047
4.12.1. La familia de Teodorico el Grande.....	1.047
4.12.2. La familia de Amalafrida.....	1.048
4.13. Linaje real de los Asdingos.....	1.049
4.14. Linaje real de los Baltos.....	1.050
4.15. Familia de Valia.....	1.051
4.16. Familia de Atanagildo y Liuva I.....	1.052
4.17. Linaje real burgundio.....	1.053
4.18. Linaje real de los francos merovingios.....	1.054
4.18.1. La familia de Clodoveo.....	1.054
4.18.2. La familia de Clotario I.....	1.055
4.18.3. La familia de Sigeberto I y Chilperico I.....	1.056
5. Mapas.....	1.057
5.1. El Imperio romano en el año 390.....	1.058
5.2. El Africa vándala.....	1.059
5.3. El Imperio romano hacia el año 560.....	1.060
5.4. Italia y Africa en tiempos de Justiniano.....	1.061
5.5. La Península Ibérica bajo el reinado de	

Leovigildo.....1.062

ABREVIATURAS EMPLEADAS PARA CITAR COLECCIONES

Y PUBLICACIONES PERIODICAS.....1.063

FUENTES.....1.067

ESTUDIOS.....1.084

## INTRODUCCION.

La historiografía española no se ha prodigado demasiado en el estudio de la proyección que tuvieron los acontecimientos sucedidos en el mundo mediterráneo durante los siglos del temprano medievo en la Península Ibérica. Generalmente, se ha concedido mayor atención al análisis interno de la sociedad visigoda que al examen de los contactos que ésta mantuvo con su entorno inmediato, y a la repercusión que alcanzaron en Hispania los problemas que afectaban a regiones vecinas. Por si fuera poco, frecuentemente, se ha cometido el lamentable error de considerar a la Hispania visigoda como una especie de departamento estanco, sin apenas relación con el exterior, premisa que ha condicionado los resultados de numerosos trabajos. La inteletualidad burguesa del siglo XIX, empeñada en la búsqueda de precedentes históricos que justificasen el concepto de nación española, se encargó de subrayar el particularismo del reino de Toledo frente a otras realidades de su época. Desde entonces, el empleo de una metodología basada en la investigación a partir de fuentes predominantemente hispanas ha oscurecido los vínculos que pudieran existir entre el proceso histórico que se desarrolló en la Península y el que de, manera paralela, tuvo lugar en otros puntos del Mediterráneo.

Por nuestra parte, a lo largo de las siguientes páginas, nos proponemos demostrar que, al contrario de lo que a veces se ha supuesto, durante la temprana Edad Media, Hispania no estuvo aislada, sino abierta a la influencia ostrogoda, franca y bizantina. Desde luego, no hemos pretendido agotar el tema, en un esfuerzo que desbordase nuestra capacidad material de trabajo. Antes bien, nos hemos centrado, de manera preferente, en el

estudio de la proyección política de los distintos estados mediterráneos sobre la Península Ibérica, especialmente, a partir del hundimiento de las estructuras de poder del Imperio romano de Occidente. Aunque tenemos interés en arrojar luz sobre la situación hispana, nuestro observatorio es el Mediterráneo, ya que no deseamos perder de vista el desarrollo de procesos históricos generales, que desde una perspectiva local podrían pasar desapercibidos o perder relevancia. Sólo así es posible dar una perspectiva renovadora de ciertos acontecimientos de la historia peninsular.

Si bien es cierto que el presente estudio, centrado en el análisis de las relaciones de poder, aborda numerosos aspectos de índole política y militar, hemos intentado distanciarnos de una visión positivista de la historia. Puesto que partimos de la consideración de que todo cambio histórico apreciable sólo puede explicarse desde una perspectiva social, no podemos circunscribirnos a presentar una aséptica narración de sucesos. La interpretación de los datos que nos proporcionan las fuentes, en función de su contexto socio-económico, forma parte del enfoque que deseamos dar a esta tesis.

Al escoger como título La Península Ibérica y el Mediterráneo en el tránsito del mundo antiguo al medieval, nos hemos decantado por el empleo de conceptos geográficos, en lugar de políticos. La razón es bastante simple. Durante los siglos V al VII, en el ámbito mediterráneo surgieron formaciones estatales, que no pueden englobarse ni en el reino visigodo ni en el Imperio romano de Oriente; y que, sin embargo, nos será preciso analizar con detenimiento. Tal es el caso de los reinos vándalo y ostrogodo. Además tenemos que contar con la existencia de regiones, como el sur y sureste de la antigua Hispania romana, que por bastante tiempo, tras la desaparición del estado

imperial, mantendrían una independencia de facto, bajo el control político de oligarquías provinciales, carentes de toda vinculación con los estados germánicos que estaban emergiendo en Occidente.

El concepto de mundo mediterráneo, tal y como lo utilizaremos en este trabajo, se corresponde estrictamente a la demarcación geográfica del mismo, a saber, las zonas litorales de Europa, Asia y Africa bañadas por el viejo Mare Nostrum. No es necesario efectuar más que un somero repaso de la historia de los estados germánicos surgidos directamente en las margenes del Mediterráneo, es decir, los fundados por vándalos, visigodos y ostrogodos, para darnos cuenta de que proceden de un modelo totalmente distinto del que representan la Galia merovingia, la Inglaterra anglosajona o la Italia lombarda. De ahí que hallamos dado preferencia al tratamiento de los primeros, estrechamente vinculados a la tradición romana, sobre los segundos, más distanciados de ella.

En principio, los límites cronológicos, en que habíamos decidido movernos, abarcaban, de manera aproximada, el siglo que va de 527 a 630. La elección de este período vino determinada por el hecho de tratarse de una época con una entidad propia, perfectamente definida, que permitía contemplar el desarrollo de un proceso histórico desde sus orígenes hasta su consumación. Dicho período se abre con la restauración de la autoridad imperial emprendida por Justiniano I (527-565) y defendida por sus inmediatos sucesores, y se cierra con el comienzo de la expansión árabe, fenómeno que marca la quiebra definitiva del sistema justiniano y del mismo estado tardorromano, obligando al Imperio a redefinir sus fronteras. Ahora bien, si el límite final parecía estar bastante claro, dado que la irrupción musulmana en el Mediterráneo comportó para la



zona la introducción en las relaciones de poder de un nuevo elemento ajeno al ideal político que había representado el Imperio, el punto de partida nos exigía retrotraernos a las invasiones bárbaras del siglo V, para poder comprender cómo se fue gestando la restauración imperial en Occidente y el alcance y dimensión real de la misma. En consecuencia, nuestro estudio se encuadra en la coordenadas cronológicas de esa etapa histórica que, habitualmente, se designa con los términos "Antigüedad Tardía" o "Temprano Medieval", y que, particularmente, hemos preferido denominar "época de tránsito del mundo antiguo al medieval".

El conjunto del trabajo se organiza de la siguiente manera. Una primera parte está dedicada al análisis del desarrollo de la política mediterránea del Imperio romano de Oriente durante el siglo V, y a la de la progresiva desintegración del estado imperial en Occidente. Se persigue entender la ruptura de la unidad mediterránea, como consecuencia del surgimiento de los primeros reinos bárbaros en el Mediterráneo occidental, y las medidas tomadas por el Imperio, para adaptarse a la nueva situación, sin renunciar a sus derechos sobre los territorios del oeste. En esta época, se puede constatar la puesta en marcha de varios fallidos proyectos de restauración imperial, propiciados por los soberanos de Oriente.

En la segunda parte de la tesis, se aborda ya de manera directa la restauración justiniana, examinando el proceso seguido en cada uno de los territorios reincorporados al Imperio. A través de este método comparativo, se pueden llegar a establecer bastantes semejanzas entre el modelo africano y el hispano, lo que, dada la parquedad de las noticias que se refieren a la Península Ibérica, permite conocer mejor el curso de los acontecimientos que tuvieron lugar en Hispania y

encuadrarlos en su debido marco histórico.

La tercera y última parte se ocupa del período que se extiende desde el fin de la reconquista justiniana hasta el comienzo de la expansión árabe, y se centra, de manera casi exclusiva, en las relaciones del reino visigodo de Toledo con Bizancio, a través de la provincia imperial de Spania, aunque siempre teniendo en cuenta el marco común mediterráneo. En estas páginas, se presta especial atención a la intervención imperial en la guerra entre Leovigildo (568-586) y su hijo Hermenegildo, a los inútiles esfuerzos de Recaredo (586-601) por ganar terreno a los bizantinos y a la expulsión definitiva de éstos, coincidiendo cronológicamente con la crisis del orden justiniano y del Imperio romano universal. Además, se dedica un capítulo concreto al estudio de la organización interna del territorio hispanobizantino.

Para completar el trabajo se añaden al final una serie de apéndices, en los que se incluyen listas de emperadores, reyes y patriarcas, cuadros genealógicos de las principales familias de gobernantes, que ejercieron el poder a lo largo de los siglos V al VIII, y algunos mapas, que permiten observar la plasmación de los cambios políticos en el espacio geográfico.

A continuación, nos gustaría añadir unas breves consideraciones sobre algunos aspectos técnicos de la tesis. En primer lugar, cabría señalar que hemos optado por transcribir al alfabeto latino los términos griegos, para, de este modo, facilitar su lectura. También, nos ha parecido adecuado consignar los nombres de las ciudades en su forma latina, ya sea la oficial o la más usada en la época. Sólo en el caso de grandes centros urbanos, como Roma, Constantinopla, Alejandría, Antioquía o Jerusalén, hemos preferido conservar la denominación castellana

ya consagrada. En los restantes, el toponimo actual aparece entre paréntesis la primera vez que se hace referencia al mismo. Por último, es necesario añadir que hemos colocado el aparato crítico al final de cada capítulo. Somos conscientes de que este método puede dificultar el manejo de la obra, pero, dada la extensión de algunas notas, le consideramos el más apropiado.

La metodología empleada en la elaboración de este estudio se basa en el análisis directo de las fuentes, que nos ofrecen el material informativo, en que se apoyan nuestras aportaciones y resultados. Sólo, mediante el manejo riguroso e inmediato de las mismas, es posible ofrecer respuestas a viejas cuestiones y proponer nuevos interrogantes, que superen manidos tópicos historiográficos. La visión novedosa que pretendemos dar sobre determinados puntos, como la similitud del proceso de intervención de los imperiales en Africa y la Península Ibérica o las campañas de Leovigildo contra la provincia bizantina de Spania, constituyen una apuesta a favor de la integración de la historia visigoda en su dimensión mediterránea. Una cuidadosa introspección en testimonios extrapeninsulares y el establecimiento de comparaciones entre el modelo hispano y otros propios de su entorno, nos han permitido avanzar soluciones, que si bien no pueden calificarse de revolucionarias, sí que aportan una comprensión más profunda de fenómenos concretos.

Cada una de las partes en que se divide el trabajo se ajusta a una organización interna similar. Se abre con una introducción, donde se exponen una serie de planteamientos generales sobre la época y los problemas que nos proponemos abordar. Y a continuación se suceden una serie de capítulos, divididos en epígrafes, donde se analizan la información disponible en torno al tema tratado y se establecen unas conclusiones.

Todos los datos que poseemos para reconstruir la historia del mundo mediterráneo en el temprano medievo proceden de fuentes de la época o de autores posteriores, que bebieron de las mismas. Por lo común, hemos de vernoslas con material de muy diverso género. Crónicas e historias, nos permiten establecer un hilo conductor de los sucesos. Sin embargo, acusan enormes diferencias de contenido. Mientras algunas de ellas son especialmente prolijas y minuciosas, otras se limitan a ofrecer breves reseñas sobre los acontecimientos más destacados de un año o de un reinado. El contraste entre fuentes orientales y occidentales es también bastante significativo, ya que los historiografía bizantina resulta mucho más rica, tanto por la cantidad de obras llegadas hasta nosotros como por calidad literaria y documental de las mismas.

Con todo, el género histórico, propiamente dicho, deja en la oscuridad numerosos temas de interés para el investigador del siglo XX, especialmente en el campo de los estudios socio-económicos, jurídicos y administrativos. Para obtener información sobre aquellos aspectos olvidados por la historiografía, es preciso acudir a otro tipo de fuentes. Las grandes compilaciones de derecho civil, los tratados y listas sobre la organización de la burocracia y el ejército, distintos epistolarios privados, poesía cortesana y conferencias públicas, suelen resultar bastante provechosos. Asimismo, restos de correspondencia diplomática y descripciones de embajadas ayudan a completar nuestros conocimientos sobre las relaciones internacionales de la época.

No hay que olvidar la importancia que revisten para este período las fuentes eclesiásticas. Junto a las historias de la Iglesia, que pueden encuadrarse en el género historiográfico sin ningún problema, destacan las actas conciliares, las

biografías de mártires y santos, los tratados apologéticos, sermonarios y literatura dogmática y teológica, en general. Dado el creciente influjo que ejerció la Iglesia en la vida cotidiana de las poblaciones mediterráneas, a lo largo de los siglos IV al VIII, este tipo de fuentes, que, por lo común, han llegado hasta nuestros días en buen estado de conservación, nos ofrecen valiosos datos para el estudio de la sociedad del momento.

Al trabajar con fuentes literarias, el investigador ha de tener siempre muy presente que la objetividad de las mismas está supeditada a la formación y medio en que se desenvuelve el autor. En su mayor parte, se trata de obras elaboradas por miembros de la clase dirigente, que evalúan los acontecimientos en función de los intereses propios del grupo social al que pertenecen. La formación clásica y escrituraria de muchos de estos historiadores, no sólo condiciona la forma de sus obras, sino también la ideología que se vierte en ellas. Además, no es infrecuente que los mismos escritores hayan estado envueltos, de un modo u otro, en los sucesos que relatan. Teniendo en cuenta tales características, se hace imprescindible utilizar con sumo cuidado la información que nos proporcionan. En todo momento, se debe recurrir a la comparación y contraste entre las diferentes noticias que poseemos.

Por último, es necesario hacer referencia al material arqueológico, como fuente documental de primera mano. Diversas ciencias, además de la propia arqueología, nos ayudan a interpretar los restos extraídos de las excavaciones. La historia del arte se dedica al estudio de los grandes monumentos arquitectónicos, escultóricos y pictóricos. La paleografía analiza las inscripciones. La numismática se ocupa de las monedas. La sigilografía de los sellos. Y así podríamos seguir enumerando otras disciplinas útiles para aproximarnos a la

realidad de una época, en la que cualquier dato nuevo resulta precioso. Si bien es cierto que el material arqueológico ha sido menos apreciado por los historiadores del temprano medievo que por los de la antigüedad clásica, últimamente se tiende a otorgarle la debida atención. De ahí que hayamos optado por hacer uso de él en nuestra tesis.

La relación de fuentes escritas, que a continuación aportamos, sólo pretende realzar someramente las más importantes, a fin de familiarizar al lector con unos autores y una obras que se citarán en más de una ocasión a lo largo de este estudio. Su previo conocimiento facilitará la comprensión del trabajo y evitará introducir explicaciones inoportunas en el texto, que pudieran dificultar el seguimiento del hilo argumental de la tesis. Hemos considerado conveniente sistematizar las fuentes por etapas de aproximadamente un siglo, y dentro de cada una de ellas proceder a su ordenación por géneros. Aunque, al final, han quedado establecidas tres fases, éstas no se corresponden exactamente con la división cronológica asignada a cada parte de la tesis, ya que, a fin de no incurrir en repeticiones innecesarias, hemos optado por atenernos a las clasificaciones tradicionales de autores y obras.

### Fuentes literarias.

#### **Primer período. 395-527.**

Las fuentes narrativas de que disponemos, para establecer el curso de los acontecimientos que se produjeron en el mundo mediterráneo, desde la muerte de Teodosio I en 395 al advenimiento de Justiniano I en 527, son de valor muy desigual. Poseemos obras completas de corte clásico, fragmentos y resúmenes recopilados por autores posteriores, y crónicas de gran sobriedad

informativa. Es de advertir que junto a la pervivencia de numerosos aspectos de la tradición historiografía greco-romana, se introducen elementos de la polémica entre paganismo y cristianismo, cuando no conceptos propios de la nueva religión oficial del Imperio<sup>1</sup>.

Los tres primeros lustros del período que nos ocupa se hallan cubiertos por el último par de libros de la Historia Nova de Zósimo, un alto funcionario oriental favorable al paganismo, que en tiempos del emperador Justino I (518-527) compuso una obra, en la que se relata la historia del Imperio desde su fundación por Augusto hasta 410<sup>2</sup>. Sabemos que, en la elaboración de esta parte de su trabajo, utilizó material procedente de dos autores anteriores a él. Uno fue Eunapio de Sardes, retor griego que redactó una historia de Roma, que iba de 270 a 404, y de la que sólo se conservan varios fragmentos<sup>3</sup>. Y el otro, Olimpiodoro de Tebas, quien escribió una obra que abarcaba los años 407 a 425, de la que también nos han llegado algunas piezas sueltas<sup>4</sup>. En contra de lo que era habitual en la época, Olimpiodoro concedió relativa importancia al estudio de la situación económica del Imperio, lo que hace especialmente interesantes para el investigador actual ciertos fragmentos de este escritor.

Más desolador, si cabe, es el panorama historiográfico oriental, a partir de la década de 430. Prisco de Panium, profesor de retórica y asesor del magister officiorum Eufemio, narró los acontecimientos más destacados de los años 433 a 474; pero de su obra tan sólo se conservan unos breves fragmentos<sup>5</sup>. Lo mismo ocurre con Cándido, secretario privado de un noble isaurio residente en la corte de Constantinopla. De su historia en tres libros sobre los reinados de León I, Basilisco y Zenón (457-491), únicamente nos resta el resumen efectuado por el

patriarca Focio en el siglo IX para su Bibliotheca<sup>6</sup>. Algo más ha sobrevivido de la obra del sofista sirio Malco de Philadelphia (Filadelfia), en la que se describía la historia del Imperio desde la muerte de León I en 474 a la de Julio Nepote en 480<sup>7</sup>.

Entre los autores occidentales de este período destaca Paulo Orosio, un presbítero de origen hispano, que pasó a África en 414, huyendo de los bárbaros que habían invadido la Península Ibérica. Por sugerencia de Agustín, obispo de Hippo Regius (Bona), escribió los Historiarum adversus paganos libri VII, que relatan la Historia universal desde Adán hasta el año 417, fecha en la que se interrumpe la narración. Frente a la idea pagana de que todos los males que padecía el Imperio se debían a la prohibición del culto a los viejos dioses protectores de Roma, la obra de Paulo Orosio pretende demostrar con argumentos históricos que los tempora christiana son mejores que los años anteriores al advenimiento de Cristo. En su interpretación providencialista, el Imperio romano aparece como una construcción política querida por Dios, y al servicio del plan divino para la redención de la humanidad<sup>8</sup>. Otro eclesiástico hispanorromano, Hidacio, obispo de Aquae Flaviae (Chaves), compuso hacia 470 una continuación a la crónica de Jerónimo que abarca los años 379 a 468. Se trata de una obra de marcado laconismo, que, en ausencia de otras fuentes, resulta imprescindible para conocer la historia de la Península Ibérica en el siglo V. No en vano, el propio Hidacio fue contemporáneo de gran parte de los sucesos que relata, y se convirtió en uno de los principales representantes de los intereses de la aristocracia provincial de la Gallaecia frente a los suevos<sup>9</sup>.

Próspero Tiro, más conocido como Próspero de Aquitania, además de algunos poemas y epigramas, redactó una Epitoma de Chronicon, que parte también del final de la obra de



Jerónimo y concluye en el año 455, con el saqueo de Roma a manos de los vándalos<sup>10</sup>. Precisamente, respecto a la dominación de estos últimos sobre las provincias africanas, contamos con la inestimable ayuda de la Historia persecutionis africanae provinciae del obispo Víctor de Vita, escrita hacia el año 486, con el fin de atraerse a los sectores africanos que se habían aliado con los vándalos y obtener la ayuda de Bizancio<sup>11</sup>. Dejando al margen las exageraciones retóricas que emplea el autor, la obra constituye una auténtica mina de información para el estudio de la historia vándala entre 429 y 484<sup>12</sup>.

A una época algo más tardía pertenece el Chronicon del comes Marcelino, un ilirio que ocupó el cargo de cancellarius del futuro emperador Justiniano I (527-565), cuando éste era aún general. La obra de Marcelino, escrita en la primera mitad del siglo VI, se extiende desde 379 a 518. Continuada, en su segunda edición, hasta 534, se amplió, más tarde, con un Additamentum, que alcanza el año 548<sup>13</sup>.

Otro documento relevante para este período es el Anonymus Valesianus, texto que conserva extractos de dos obras distintas. La pars prior, compuesta hacia 390, cuenta la vida del emperador Constantino I (306-337); en tanto que la pars posterior, objeto de nuestro interés, fue redactada en torno a 550 por un anónimo autor antiarriano, que se ocupa de la historia de Italia bajo Odoacro (476-493) y Teodorico el Amalo (493-526). Al parecer, este escritor basó su trabajo en la Chronica hoy perdida de Maximiano, obispo de Ravenna (Rávena) entre 546 y 556<sup>14</sup>. La Chronica Gallica es otro de esos documentos anónimos de obligada referencia. En realidad, recoge dos obras distintas, una comprende los años 379 a 452, mientras que la segunda va desde Adán hasta el año 511<sup>15</sup>. Las Chronicorum CaesarAugustanorum reliquiae forman un conjunto de breves

noticias sobre los principales sucesos ocurridos en Hispania, durante los años 450 a 568. Es la única fuente cronística de que disponemos, para conocer la historia de la Península Ibérica, después de la interrupción de Hidacio en 468<sup>16</sup>. Bajo el título de Consularia italiaca T. Mommsen publicó en 1.892 una serie de listas consulares seguidas por concisos apuntes, especialmente útiles para esta época, aunque ofrecen información, desde los orígenes de Roma hasta el siglo VIII<sup>17</sup>.

La historia eclesiástica está representada, en primer lugar, por Sócrates el Escolástico, natural de Constantinopla, discípulo de los grammatici Ammonio y Heladio. Su obra comprende los años 306 a 439<sup>18</sup>. Salamanes Hermeías Sozomeno, oriundo de Bethelia, localidad cercana a Gaza, es otro de los autores que destaca en este campo. Nacido en el seno de una familia recién convertida al cristianismo, estudió leyes y ejerció como abogado en Constantinopla, donde escribió una historia de la Iglesia que abarca los años 324 a 415<sup>19</sup>. El obispo sirio Teodoreto de Cyrrhus (Ciro), compuso una obra similar, que brinda datos sustanciosos para el período comprendido entre 325 y 428<sup>20</sup>. Del lado arriano contamos con la historia de Filostorgio, que concluye en 425. Su importancia deriva de ser el único testimonio histórico arriano que ha llegado hasta nosotros, salvándose de la destrucción de escritos heréticos decretada por los emperadores ortodoxos<sup>21</sup>. Bajo el reinado de Justino I (518-527), un miembro del clero de Santa Sofía, Teodoro el Lector, redactó una Historia tripartita, empleando las obras de Sócrates, Sozomeno y Teodoreto. Este trabajo terminaba en 439. Pero Teodoro escribió una continuación, que publicaría hacia 530 y que llegaba hasta la muerte de Anastasio<sup>22</sup>. Los numerosos fragmentos de la obra que han perdurado hasta nuestros días nos revelan el elevado nivel que debió alcanzar. Teodoreto tendrá otro seguidor, a fines del siglo VI, en la persona de Evagrio, del que nos ocuparemos

más adelante. Baste señalar, por el momento, que su historia reviste gran importancia para el siglo V, ya que se extiende de 431 a 594<sup>23</sup>. A él y a Teodoro el Lector es preciso remitirse para cualquier cuestión con posterioridad a 440, ya que, con excepción del resumen siríaco de la Historia Ecclesiastica del obispo monofisita Zacarías de Mitilene, que ocupa los años 450 a 491, no poseemos más estudios contemporáneos sobre la historia de la Iglesia para este período<sup>24</sup>.

Las fuentes legislativas, tanto civiles como eclesiásticas, son abundantes para la primera mitad del siglo V y, en la mayor parte de los casos, se han conservado de manera integra. Destaca, en primer lugar, el Codex Theodosianus, promulgado en el año 438 por el emperador Teodosio II (402-450), a quien debe su nombre. Esta voluminosa compilación reúne constituciones dictadas por los soberanos romanos a partir de 312, aunque se advierte un claro predominio de las que habían ido siendo publicadas en las últimas cinco décadas<sup>25</sup>. Con posterioridad, se incorporaron al Codex 46 leges novellae del emperador Valentiniano III (425-455), 9 de Mayoriano (457-461), 2 de Libio Severo (461-465), 3 de Antemio (467-472) y 1 de Glicerio (473-474). Aunque su número pueda parecer más bien escaso, no poseemos testimonios mucho más ricos, para estudiar la actividad legislativa de los emperadores orientales después de 438. El Codex Theodosianus tan sólo nos ha legado 34 novellae que Teodosio II comunicó a su colega occidental, junto con otras 5 de Marciano (450-457). Para conseguir más información es preciso recurrir al Codex Justinianus, que incorpora 48 leyes promulgadas por Teodosio II entre 438 y 450, unas 20 de Marciano, y cerca de 60 de León I (457-474), Zenón (474-491) y Anastasio (491-518)<sup>26</sup>. Muy poco si tenemos en cuenta que la labor legislativa de estos emperadores debió ser importante. Además, conviene recordar que los juristas que seleccionaron las

constituciones que debían pasar al Codex Justinianus, únicamente se preocuparon por recoger una versión abreviada de las mismas.

Para el reino de Tolosa (Toulouse) contamos con algunas breves porciones del Codex Euricanus, inspirado por el romano León de Narbona y promulgado hacia 480 por el rey Eurico (466-484)<sup>27</sup>, y la Lex Romana Visigothorum o Breviarium Alarici, recopilación de derecho romano seleccionado del Codex Theodosianus, al que se añaden comentarios tomados de juristas galorromanos del siglo V<sup>28</sup>. Su promulgación por Alarico II (484-507) en 506 estuvo precedida por una asamblea celebrada en Aduris (Aire-sur-Adour), en la que los obispos y los representantes de la aristocracia senatorial dieron su aprobación al nuevo cuerpo legal, como única norma de derecho que en adelante tendría vigor en los dominios del rey de Tolosa.

El cuerpo de legislación eclesiástica es, sin duda, una de las fuentes más prolijas y detalladas que poseemos. A lo largo del siglo V, se reunieron numerosos concilios, entre ellos dos ecuménicos, el de Efeso en 431 y el de Calcedonia en 451. Por lo general, las actas de los principales sínodos de la época han llegado hasta nuestros días en buen estado de conservación. Ello se debe al cuidado que puso la Iglesia medieval y moderna en conservar unos textos, que no sólo constituyen el punto de partida del derecho canónico, sino que además contienen las formulaciones ortodoxas del dogma. Durante la segunda mitad del siglo XVIII, J.-D. Mansi reunió en una colección todas las actas de los concilios de la Iglesia hasta el de Florencia de 1.439. Pese a los dos siglos transcurridos desde su publicación, este gran trabajo enciclopédico continúa siendo obra de referencia obligada<sup>29</sup>.

La Notitia Dignitatum, catálogo oficial de las

distintas dignidades civiles y militares del Imperio a comienzos del siglo V, es un documento único en su género, ya que nos permite conocer en profundidad la organización del aparato del estado romano. No es extraño, pues, que haya sido objeto de diversos estudios y base de numerosos trabajos. La nómina para la pars Orientis parece haber sido confeccionada a comienzos del reinado de Teodosio II, sin que apenas haya sufrido revisiones posteriores. En cambio, la lista para Occidente, elaborada de manera paralela a la oriental, experimentó alteraciones hasta el final del reinado de Honorio (393-423)<sup>30</sup>.

El De caeremoniis aulae byzantinae del emperador Constantino VII Porfirogénito (913-959), auténtica mina de información histórica y arqueológica, es un tratado sobre la liturgia imperial que regulaba la vida palaciega de lo soberanos bizantinos y de su corte en el siglo X. El inmenso trabajo recopila datos procedentes de obras anteriores, como el Tratado de las ceremonias de Pedro el Patricio, magister officiorum del emperador Justiniano I. De esta obra, hoy perdida, se tomaron secciones de las actas de coronación de los emperadores León I, León II, Anastasio, Justino I y Justiniano<sup>31</sup>.

Para diversos momentos del siglo V se puede obtener información de obras poéticas, como la del egipcio Claudio Claudiano, tribunus et notarius y poeta oficial de la corte de Honorio. Dicho autor puso su ingenio artístico al servicio del régimen de Estilicón, cuyas glorias se dedicó a cantar<sup>32</sup>. El patricio de origen hispano Merobaudes, general del emperador Valentiniano III, escribió varios poemas de interés histórico, entre ellos un panegírico dedicado al magister militum Aecio<sup>33</sup>. Himnos semejantes, en honor de los emperadores Avito, Mayoriano y Antemio, fueron compuestos por el senador auvernés Cayo Solio Modesto Apolinar Sidonio, yerno de Avito<sup>34</sup>. Aunque en prosa, el

panegírico de Teodorico el Amalo, obra de Magno Felix Ennodio, un aristócrata galorromano, que ocupó la sede episcopal de Ticinum (Pavía) entre 514 y 521, ofrece información de valor para el período de la dominación ostrogoda<sup>35</sup>. También algunos poetas afrolatinos de época vándala nos han dejado versos, que nos permiten conocer la ideología oficial de la monarquía de los Asdingos y las costumbres imperantes en su corte<sup>36</sup>.

El género epistolar fue una de las variedades literarias más cultivadas por la intelectualidad del Bajo Imperio. Este tipo de documentación nos facilita el estudio de las relaciones entre los miembros de la clase privilegiada, y, además, nos permite conocer con cierto detalle acontecimientos que historias y crónicas omiten o describen someramente. A la nutrida correspondencia pontificia<sup>37</sup>, tenemos que añadir algunas colecciones de especial interés histórico, como el epistolario de Jerónimo, que llega hasta 420<sup>38</sup>, y el de Agustín, que nos remite al contexto africano anterior a la conquista vándala<sup>39</sup>. Las cartas de Sidonio Apolinar, escritas entre 452 y 479, resultan indispensables para aproximarnos a la desintegración del estado imperial en las Galias y a la consolidación del reino visigodo de Tolosa<sup>40</sup>. De igual modo, la correspondencia de Ennodio, que reúne epístolas redactadas durante las dos primeras décadas del siglo VI, nos ayuda a comprender mejor la situación italiana bajo el dominio ostrogodo<sup>41</sup>. En lo que concierne a este último tema, contamos con una segunda colección, aún más valiosa, si cabe. Nos estamos refiriendo a las Variae de Flavio Magno Aurelio Casiodoro, un senador de familia de origen oriental, que ocupó importantes cargos en Italia bajo el reinado de Teodorico el Amalo y sus sucesores. El epistolario en cuestión contiene copias corregidas de las cartas oficiales que escribió y recibió, mientras ocupaba los cargos de quaestor palatii (506-511), magister officiorum (523-527) y praefectus praetorio Italiae

(533-538). Resulta de gran utilidad para analizar la organización administrativa del reino ostrogodo<sup>42</sup>.

Otro género que alcanzó gran difusión en el siglo V fue la hagiografía, en la que se funden elementos extraídos de la tradición literaria cristiana con otros genuinamente clásicos, tomados de las vidas de varones ilustres y taumaturgos paganos. Entre las numerosas biografías de prelados y monjes compuestas en la época, hemos prestado especial atención a la Vita Augustini, obra del obispo Posidio de Calama (Güelma), que describe con cierto detenimiento la invasión vándala, de la cual fue testigo ocular<sup>43</sup>. En tiempos de Teodorico el Amalo, Ennodio compuso una biografía sobre Epifanio, uno de sus predecesores en la cátedra episcopal de Ticinum (Pavía). El relato comprende los años 467 a 497, período especialmente convulso en la historia de Italia, ya que coincide con la interrupción de la sucesión de emperadores en Occidente y la instauración del reino ostrogodo en la Península Itálica<sup>44</sup>. De autor anónimo, aunque tradicionalmente atribuida a Ferrando de Cartago, es la Vita Fulgenti, obispo de Ruspae, que vivió de 462 a 527, y que, por tanto, ofrece información de interés para la última etapa de dominación vándala sobre Africa<sup>45</sup>. Destaca, también, la Vita Sancti Danielis Stylitae, eremita que vivió sobre una columna en las proximidades de Constantinopla desde 460 a 493, y que fue visitado con frecuencia por los emperadores León I y Zenón, además de por distintos miembros de la aristocracia bizantina<sup>46</sup>.

Las colecciones de sermones y las obras morales y doctrinales, aunque abundantes, no incluyen demasiada información histórica. Sin embargo, existen algunas excepciones, tal es el caso de alguno de los sermones compuestos por Agustín tras de la caída de Roma en manos del visigodo Alarico<sup>47</sup>, o los que el obispo Quodvultdeus de Cartago escribió antes y después de la

toma de su ciudad por el vándalo Genserico (428-477)<sup>48</sup>. Especial interés reviste el tratado De gubernatione Dei, obra del presbítero Salviano de Massilia (Marsella), en el que se ofrece una detallada descripción de las lacras sociales que afligían al Imperio de Occidente a mediados del siglo V<sup>49</sup>.

Para obtener información adicional sobre los acontecimientos que tuvieron lugar en el mundo mediterráneo durante el siglo V, es preciso recurrir a obras históricas y crónicas posteriores, en las que con frecuencia se presentan los hechos desfigurados por la tradición.

#### **Segundo período. 527-610.**

Si las fuentes del siglo V presentan ciertas dificultades para establecer el hilo conductor del relato histórico, las del VI nos permiten acceder al mismo con facilidad. No en vano, nos hallamos ante uno de los períodos mejor documentados de la historia del mundo mediterráneo y disponemos de una secuencia ininterrumpida de relevantes obras contemporáneas, que nos permiten seguir el curso de los acontecimientos políticos, militares y religiosos, sin solución de continuidad.

Para el reinado de Justiniano I contamos con el valioso caudal de información que nos proporcionan los trabajos de Procopio de Caesarea (Cesárea de Palestina). Este, intentando emular a Tucídides, escribió en ocho libros una Historia de las guerras (De bellis) contra los persas, vándalos y godos, en las que había participado como assessor del general Belisario. Su narración se interrumpe en 553<sup>50</sup>. Al año siguiente debió componer los seis libros De aedificiis, en los que, con carácter propagandístico y en clave de panegírico, se describen las



construcciones erigidas por todo el Imperio, durante el reinado de Justiniano<sup>51</sup>. Tras la muerte del emperador en 565, publicaría su última obra, la Historia Secreta o Anecdota, auténtico panfleto dirigido contra el soberano y su esposa Teodora<sup>52</sup>. Aunque esta fuente carezca de toda objetividad y deba ser empleada con sumo cuidado para analizar la historia política, no puede negarse que ofrece un espléndido cuadro de la vida cortesana en Bizancio, con sus oscuras intrigas de alcoba y sus aparatosas ceremonias de salón.

Procopio, además, tendrá varios continuadores. Agatías de Myrina, joven abogado y poeta formado en Alejandría, compuso, a comienzos del reinado de Justino II (565-578), una historia en cinco libros que pretendía servir de conclusión al De bellis de Procopio. La obra, que se centra en la narración de los acontecimientos que tuvieron lugar en Italia, el Cáucaso y Constantinopla, abarca los años 552 a 558, aunque parece que el propósito original del autor era haberla llevado hasta la muerte de Justiniano. Ignoramos qué razones le impidieron hacerlo<sup>53</sup>. En cualquier caso, tuvo un seguidor en la persona de Menandro. Este autor, nacido en Constantinopla hacia el final de la época justiniana, también había recibido una esmerada formación jurídica, pero nunca llegó a ejercer la abogacía. En su lugar, obtuvo el título honorífico de protector o guardia personal del emperador. Cuando Maurico (582-602) asumió el poder imperial, Menandro, aún muy joven, empezó a redactar una historia de la poseemos importantes fragmentos para los años 558 a 582<sup>54</sup>. Su contemporáneo Teófanos de Bizancio narró los acontecimientos acaecidos entre el advenimiento Justino II en 565 y la muerte de Tiberio Constantino en 582. De este relato, hoy perdido en su mayor parte, se conserva únicamente un breve resumen, que termina en 573<sup>55</sup>. Algo semejante ocurre con la obra de Juan de Epiphania, que, en su primera edición completa, se extendía hasta

591, y de la que sólo perdura la introducción<sup>56</sup> Teofilacto Simocatés, magister scrinii bajo Heraclio (610-641), fue el verdadero continuador de Menandro. En sus ocho libros de Historiae, para los que utiliza documentación extraída de la cancillería imperial, cuenta los principales sucesos ocurridos durante el reinado del emperador Mauricio<sup>57</sup>.

Junto a la historia propiamente dicha, es preciso situar a la cronografía, que tanto se prodigará en Bizancio. Juan de Malalas, un retor o abogado de origen sirio, compuso una de estas crónicas universales, que va desde Adán hasta los últimos años de Justiniano, y que resulta una fuente imprescindible para los siglos V y VI<sup>58</sup>. Otra obra del mismo género, conservada incompleta, y que parece haber ido hasta 610, pertenece a Juan de Antioquía, del que tan sólo sabemos que era un sirio helenizado que vivió en la primera mitad del siglo VII<sup>59</sup>.

Aunque todos los autores orientales mencionados hasta este momento incluyen en sus obras relatos, más o menos prolijos, sobre los sucesos que tuvieron lugar en las provincias occidentales del Imperio durante el siglo VI, no por ello debemos desestimar las producciones contemporáneas de la historiografía latina. Para el reino ostrogodo y, en menor medida, para el visigodo, resulta imprescindible la Getica de Jordanes. El trabajo de este autor de origen germano, que llegó a ocupar la cátedra episcopal de Croton (Crotona), es un resumen del desaparecido De rebus Gothorum del senador Casiodoro. Su publicación se efectuó en el año 551 en la ciudad de Constantinopla, con motivo del nacimiento del pequeño Germano Póstumo, hijo de un sobrino del emperador Justino I y de una nieta del rey Teodorico el Amalo<sup>60</sup>. Por otra parte, la Historia Langobardorum de Paulo el Diácono, redactada a fines del siglo VIII en el contexto del renacimiento cultural carolingio, continúa siendo el texto básico para conocer

la invasión y establecimiento de los lombardos en Italia, a partir de 568<sup>61</sup>.

Gregorio, miembro de una vieja familia de la aristocracia senatorial galorromana y obispo de Turonica (Tours) entre 573 y 594, compuso en diez libros la Historia Francorum, nuestra principal fuente literaria para el estudio de la Galia merovingia en los siglos V y VI. Esta obra no sólo nos facilita información sobre hechos que acaecieron en el reino franco, sino también sobre numerosos episodios de la historia del reino visigodo de Toledo, que llegaron hasta los oídos del prelado a través de viajeros procedentes de Hispania, de paso por su ciudad<sup>62</sup>. Desafortunadamente, no contamos con ningún trabajo que puede asemejarse al del turonense para el siglo VII, lo que nos obliga a conformarnos con los cuatro libros de Chronicae del Pseudo-Fredegario<sup>63</sup>.

En Africa tenemos a Víctor, obispo de Tunnuna (Túnez), que escribió una crónica que va del año 444 a 567<sup>64</sup>. Por lo que respecta a la Península Ibérica, contamos con la Chronica de Juan de Biclario, obispo de Gerunda (Gerona), que retoma el relato de los acontecimientos en el punto donde lo dejó Víctor y lo lleva hasta el año 590. Su objetividad emana de su propio laconismo. Aún así es la fuente más importante con que contamos para conocer la historia del reino visigodo en la segunda mitad del siglo VI, ya que por desgracia, en Hispania carecemos de un historiador de la talla de Gregorio de Tours<sup>65</sup>. La Historia Gothorum del obispo Isidoro de Hispalis (Sevilla), que comienza con los orígenes del pueblo godo y concluye en el quinto año del reinado de Suintila (621-631), se convierte en nuestra única fuente narrativa para el período 590-625<sup>66</sup>. Después se hace un vacío historiográfico, que no se superará hasta fines del siglo VII.

En el campo de la Historia Ecclesiástica destaca la figura de Evagrio el Escolástico, letrado de Antioquía, que, como ya vimos, cubre con su narración los años 431 a 593. Aunque, preferentemente, se ocupa de asuntos de índole religiosa, no deja, por ello, de efectuar numerosas referencias a cuestiones seculares, especialmente en los dos últimos libros de su obra, que se corresponden con el período que va de la muerte de Justiniano al primer decenio del emperador Mauricio<sup>67</sup>. Juan de Amida (Diyarbakir), elegido obispo de Efeso por la facción monofisita de esta misma ciudad en 558, también escribió una Historia Ecclesiastica, en cuya tercera parte, que se extiende de 571 a los comienzos del reinado de Mauricio, se nos ofrece una visión muy particular de la historia del momento, la de un contemporáneo adverso al dogma religioso oficial<sup>68</sup>.

Las fuentes jurídicas de la época son especialmente ricas. Bajo Justiniano se procedió a elaborar la mayor compilación de derecho romano conocida hasta entonces. En 529 apareció la primera edición del llamado Codex Justinianus, que recogía constituciones imperiales desde los tiempos del emperador Adriano (117-138). Cinco años después vió la luz una segunda edición ampliada, que es la que ha llegado hasta nuestros días. Como rasgo destacable, señalar que contiene el texto completo de numerosas leyes promulgadas por Justiniano durante los primeros años de su reinado<sup>69</sup>. En 533 se publicaron las Digesta o Pandectae, una selección de los escritos de los principales juristas romanos del período clásico, que pretendía poner fin a las contradicciones existentes entre las opiniones vertidas por unos y otros<sup>70</sup>. Las Institutiones, presentadas poco después, constituirían un manual al servicio de los estudiantes de derecho, en el que se reunían los pasajes más destacados del Codex y las Digesta<sup>71</sup>. Además, disponemos de 180 novellae, posteriores a la publicación de la segunda edición del Codex. No

obstante, hay que tener en cuenta que la mayor parte de ellas pertenece a la década 534-544; mientras que sólo contamos con 25 para los últimos diez años del reinado de Justiniano. Al contrario que el Codex, las Digesta y las Institutiones, redactados en latín, casi todas las Novellae lo están en griego<sup>72</sup>. Las fuentes jurídicas de la época de los inmediatos sucesores de Justiniano resultan bastante escasas. Unicamente contamos con unas pocas novellae de los emperadores Justino II y Tiberio II Constantino<sup>73</sup>.

El Liber Judiciorum o Lex Visigothorum, promulgado por el rey Recesvinto (653-672) en 654 y revisado por Ervigio (680-687) en 681, con adiciones posteriores, contiene 317 antiquae, muchas de las cuales fueron tomadas del Codex Revisus de Leovigildo<sup>74</sup>. A través de estas leyes nos es posible acercarnos a la sociedad hispanovisigoda de la segunda mitad del siglo VI, momento para el que no poseemos demasiadas fuentes que iluminen el panorama peninsular.

La legislación emanada de los concilios de la Iglesia es muy copiosa. Junto a las actas del II Concilio de Constantinopla de 553, cuarto ecuménico, o las del III Concilio de Toledo de 589, que marca la conversión oficial de los visigodos al catolicismo, se conservan las actas de distintos sínodos reunidos en diversos puntos del mundo mediterráneo, y que contribuyen no sólo a familiarizarnos con la situación interna de la Iglesia, sino también con la del conjunto de la sociedad de la época<sup>75</sup>.

Juan de Lydia, natural de la ciudad de Philadelphia, desarrolló un larga y brillante carrera al servicio de la praefectura praetorio Orientis durante los años 511 a 551. Su experiencia burocrática y sus vivencias personales quedaron

reflejadas en el tratado De magistratibus populi Romani, escrito en su retiro. Esta obra nos aporta información muy valiosa para conocer el funcionamiento y organización interna de la administración territorial del Imperio, bajo los reinados de los emperadores Anastasio, Justino I y Justiniano<sup>76</sup>.

Las obras poéticas del africano Flavio Cresconio Coripo, poeta oficial de la corte del emperador Justino II, contienen bastantes datos históricos significativos. Su Johannidos narra, en un latín épico, que pretende emular al de Virgilio, las victorias de Juan Troglita, magister militum Africae de 546 a 548, sobre las tribus maurus del norte de Africa, y sirve para completar el relato de Procopio sobre las guerras que sostuvo el Imperio contra los bereberes, tras la caída del reino vándalo<sup>77</sup>. A comienzos de 566, Coripo compuso un panegírico en honor del emperador Justino II. Sus versos no sólo describen los rituales y festejos que acompañaron la coronación del nuevo soberano y de su esposa Sofía, sino que también arrojan luz sobre el carácter y política del sobrino y sucesor del gran Justiniano<sup>78</sup>.

Dentro del género epistolar, cabría destacar las cartas remitidas por la reina franca de ascendencia visigoda Brunequilda al emperador Mauricio y el Registrum del papa Gregorio I el Grande (590-604)<sup>79</sup>. Este último nos ofrece información para analizar el estado de la Iglesia en Occidente, el funcionamiento de la administración imperial y las condiciones generales de la Península Itálica a fines del siglo VI y comienzos del VII.

Entre las biografías de la época revisten especial interés para el mundo hispanovisigodo las Vitae Sanctorum Patrum Emeritensium, colección hagiográfica, de autor anónimo, atribuida

en otros tiempos al diácono Paulo de Emerita. A través de esta obra es posible reconstruir, sin problemas, la línea sucesoria de obispos que gobernaron la sede emeritense, durante la segunda mitad del siglo VI. Además, contiene múltiples referencias a acontecimientos sociales y políticos contemporáneos<sup>80</sup>. El De viris illustribus de Isidoro de Hispalis es también de gran utilidad para conocer detalles sobre la vida y obra de algunos personajes notorios en el ámbito intelectual y religioso de Hispania y el norte de Africa<sup>81</sup>. Por último, cabría señalar que, desde del año 500 en adelante, puede comenzar a usarse como fuente el Liber Pontificalis, compilación de vidas de obispos romanos, que no sólo proporciona material para el estudio de la historia de la Iglesia, sino también para el de Italia y Occidente. La obra comenzó a tomar forma en el marco del cisma laurenciano. Tras la muerte del papa Símaco (498-514), un antiguo partidario del presbítero Lorenzo, empleó los catálogos pontificios, elaborados en el siglo III y ampliados con breves noticias en el IV, como base para redactar las primeras biografías, que se definen por su carácter legendario y fuertemente antisimaquiano. A este núcleo original, modificado, completado y ampliado por continuadores posteriores, se fueron añadiendo, entre el siglo VII y el IX, las vidas de los sucesores de Símaco, que revisten mayor interés, al tratarse, en gran medida, de documentos contemporáneos<sup>82</sup>.

### **Tercer período. 610-630.**

Si el siglo VI se muestra prodió en documentación literaria, el VII, en comparación, resulta pobre y bastante parco. La producción historiográfica de los reinos bárbaros, a duras penas nos permite seguir el curso general de los acontecimientos que tuvieron lugar en el oeste. De ahí, las numerosas lagunas de conocimiento que se advierten al ojear

cualquier manual que aborde la historia de este período. Tampoco Bizancio cuenta con un rico repertorio de fuentes para la época. La sucesión de trabajos de gran altura que nos brinda para el siglo de Justiniano, no tiene continuidad bajo los heráclidas. Conservamos pocas obras contemporáneas y, con frecuencia, es preciso echar mano de material tardío. Parece como si la vitalidad de que había dado señas la cultura bizantina se hubiera marchitado repentinamente. No es extraño, pues, que esta etapa sea conocido como la "edad oscura" del Imperio. Aún así, disponemos de algunos textos a los que se puede sacar cierto rendimiento.

En primer lugar, cabría mencionar el llamado Chronicon Paschale, obra de un anónimo colaborador del patriarca Sergio I (610-638). Se trata de una auténtica crónica universal, que va desde la creación de Adán hasta el año 627. Con todo, es a partir de 602 cuando comienza a cobrar mayor interés, ya que, el autor parece haber sido testigo presencial de algunos de los sucesos que relata, tras la ejecución de Mauricio y sus hijos<sup>83</sup>.

En segundo lugar, tenemos dos importantes obras de época posterior: la Chronographia del monje Teófanos, escrita entre 810 y 814 y el Breviarium del patriarca Nicéforo. La primera de estas producciones tiene un curioso origen. Jorge el Sincelo, secretario del patriarca de Constantinopla y autor de una crónica universal que llegaba hasta advenimiento de Diocleciano, solicitó a Teófanos, en el lecho de muerte, que pudiese fin a la labor que él había emprendido. Teófanos, cumpliendo la última voluntad de su amigo, llevó el trabajo hasta la muerte de Miguel I Rangabé en 813. Ferviente iconódulo se muestra partidista en el análisis de los hechos históricos, especialmente en los acaecidos en el último siglo. Su sentido de la objetividad se halla, pues, bastante mediatizado; pero su obra



tendrá un gran influjo en la cronística posterior, no sólo oriental, sino también occidental, ya que hacia 870 el bibliotecario pontificio Anastasio la traduciría al latín. Por otro lado, el relato de Teófanos cuenta con el aliciente de incorporar abundantes piezas de material tomadas de fuentes hoy perdidas o consevadas en estado muy fragmentario. Además, el cómputo cronológico que emplea, sirve de fundamento para establecer la datación de la mayor parte de los sucesos ocurridos en Bizancio, durante los siglos VII y VIII<sup>84</sup>.

Por lo que respecta al patriarca Nicéforo, sabemos que ocupó la sede de Constantinopla entre 806 y 815, momento este último en que hubo de partir hacia el exilio, por oponerse a la política iconoclasta del emperador León V el Armenio (813-820). Junto a sus numerosas obras teológicas, nos ha legado un Breviarium, que va de la muerte de Maurico en 602 al año 769. Todo parece indicar, que emplea las mismas fuentes que Teófanos, aunque resulta más objetivo en su análisis de la realidad histórica<sup>85</sup>.

La historiografía hispana para el siglo VII es bastante pobre y, en buena medida, dependemos de obras tardías para recomponer el proceso histórico entre 600 y 630. El Laterculus o Chronica Regum Visigothorum, lista de reyes visigodos, elaborada en el siglo VIII, guarda constancia de los años de cada reinado. Desde Teudis (531-548) señala el mes y el día y, a partir de Wamba, añade la fecha de la unción<sup>86</sup>. La Continuatio Byzantia-Arabica se nos presenta como una continuación de la obra de Juan de Bíclaro. Cronológicamente comprende el período que va de la muerte de Recaredo en 601 hasta el año 741. El nombre con que se la conoce deriva de la atención prestada por el anónimo autor de este trabajo a los acontecimientos que tuvieron lugar en Bizancio y en el mundo

islámico<sup>87</sup>. Otra crónica importante para el último siglo del reino de Toledo es la Continuatio Hispana, también conocida como Chronica Mozárabe. Comienza con la coronación del emperador Heraclio en 610 y concluye en el año 754. Fue redactada en medios mozárabes del mediodía peninsular<sup>88</sup>.

La escasez de fuentes legislativas bizantinas para el siglo VII, se ve compensada por la existencia de un rico corpus jurídico visigodo. El Liber Judicorum, promulgado, como ya señalábamos más arriba, por el rey Recesvinto en 654 y revisado por Ervigio en 681, es una cantera de datos fidedignos para conocer la sociedad y el derecho hispanovisigodos, aunque no sean muchas las antiquae conservadas del período que se extiende del advenimiento de Liuva II a la muerte de Suintila<sup>89</sup>. La legislación conciliar de origen peninsular también es abundante, ya que contamos con las actas de varios destacados sínodos de la época<sup>90</sup>.

Dentro del género epistolar, y junto a las cartas de emperadores y pontífices, nos gustaría apuntar el especial interés que reviste la correspondencia mantenida por Cesáreo, gobernador bizantino de la provincia de Spania, con el rey visigodo Sisebuto (612-621), hacia 614-615, en el marco de unas negociaciones de paz. Aunque ignoramos a qué término concreto llegaron éstas, resulta bastante ilustrativo de lo que debían ser las relaciones entre el Imperio y el reino visigodo en tiempos de Heraclio<sup>91</sup>.

No podemos concluir esta breve reseña, sobre las principales fuentes literarias empleadas en nuestro estudio, sin hacer mención a dos autores bizantinos del bajo medievo, cuyos trabajos resultan enormemente útiles al historiador de los siglos V al VIII debido a que recopilan material procedente de obras

antiguas, hoy día perdidas. Nos referimos a Zonaras y Nicéforo Calixto. El monje Juan Zonaras, antiguo oficial de la guardia del emperador, compuso en su retiro ascético una especie de manual de historia universal, el Epítome Historiarum, que partiendo de la creación de Adán llega hasta el comienzo del reinado de Juan II Comneno (1.118-1.143)<sup>92</sup>. En cambio, Nicéforo Calixto, que escribió en los primeros años del siglo XIV, se dedica a la historia eclesiástica, destacando por su meticulosa labor de selección de textos, que le permite reunir una voluminosa documentación, de gran interés no sólo para análisis de temas de índole estrictamente religiosa, sino también para aspectos concretos de la historia política y social de los siglos que le preceden<sup>93</sup>.

## NOTAS.

1. CAMERON, A. M., CAMERON, A. D. E., "Christianity and Tradition in the Historiography of the Later Roman Empire", CQ, LVIII, 1.964, pp. 316-328; MOMIGLIANO, A., "Historiografía pagana y cristiana en el siglo IV", El conflicto entre el paganismo y el cristianismo en el siglo IV, Madrid, 1.989, pp. 95-115.
2. ZOS., Hist. Nov., ed. L. Mendelssohn, Teubner, Leipzig, 1.887. La edición realizada por F. Paschoud, Les Belles Lettres, 3 vols., París, 1.971-1.989, no aporta grandes innovaciones con respecto al texto de Mendelssohn, en cambio ofrece una excelente traducción al francés, acompañada de un cuidado comentario. Existe, también, una reciente traducción al español, realizada por J. M. Candau Morón, y publicada en Biblioteca Clásica Gredos, Madrid, 1.992. Para una valoración detallada de la obra de Zósimo, cf. GOFFART, W., "Zosimus, the First Historian of Rome's Fall", AHR, LXXVI, 1.971, pp. 412-441; PLACIDO, D., "Zósimo: polémica religiosa y conflicto social", AC, VIII, 1.991, pp. 51-55; "Zósimo entre Oriente y Occidente", Veleia, II, 1.993, pp. 41-49.
3. EUN., Frg., ed. C. Mueller, FHG, IV, París, 1.851, pp. 7-56; ed. L. Dindorf, HGM, I, Teubner, Leipzig, 1.870, pp. 205-274. Para algunos aspectos sobre la figura y obra de Eunapio, cf. PASCHOUD, F., "Sur Eunape de Sardes", REG, XCVIII, 1.985, pp. 395-398; SCHMID, W., "Eunapios", RE, VI.1, 1.907, cols. 1.121-1.127.
4. OLYMP., Frg., ed. C. Mueller, FHG, IV, París, 1.851, pp. 57-68; ed. L. Dindorf, HGM, I, Teubner, Leipzig, 1.870, pp. 450-471. En torno a la obra de Olimpiodoro, cf. MATTHEWS, J., "Olimpiodorus of Thebes and the History of the West", JRS, LX, 1.970, pp. 79-97; THOMPSON, E. A., "Olimpiodorus of Thebes", CQ, XXXVIII, 1.944, pp. 43-52.
5. PRISC., Frg., ed. C. Mueller, FHG, IV, París, 1.851, pp. 69-110; V, 1.870, pp. 24-26; ed. L. Dindorf, HGM, I, Teubner, Leipzig, 1.870, pp. 275-352. Con respecto a la vida y obra de Prisco de Panium, cf. BALDWIN, B., "Priscus of Panium", Byz., L, 1.980, pp. 18-61.

6. CAND., Frg., = PHOT., Bibl., 79, ed. C. Mueller, FHG, IV, París, 1.851, pp. 135-137; ed. L. Dindorf, HGM, I, Teubner, Leipzig, 1.870, pp. 441-445.
7. MALCH., Frg., ed. C. Mueller, FHG, IV, París, 1.851, pp. 111-132; ed. L. Dindorf, HGM, I, Teubner, Leipzig, 1.870, pp. 383-424. En relación con la obra de Malco, cf. BALDWIN, B., "Malchus of Philadelphia", DOP, XXXI, 1.977, pp. 89-107.
8. OROS., Adv. pag., ed. C. Zangemeister, CSEL, V, Viena, 1.882, pp. 1-160. Contamos además con el trabajo de TORRES RODRIGUEZ, C., Paulo Orosio su vida y su obra, ed. y trad. esp., Santiago de Compostela, 1.985.
9. HYDAT., Chron., ed. T. Mommsen, MGH, AA, XI= Chron. Min., II, Berlín, 1.894, pp. 13-36; ed. y trad. fr. A. Tranoy, SC, 2 vols., París, 1.974.
10. PROP., Chron., ed. T. Mommsen, MGH, AA, IX= Chron. Min., I, Berlín, 1.892, pp. 385-485.
11. VICT. VIT., Hist. persec., ed. C. Halm, MGH, AA, III. 1, Berlín, 1.879, pp. 1-58.
12. El estudio más importante sobre la obra de Víctor de Vita sigue siendo el ya clásico de COURTOIS, Ch., Victor de Vita et son oeuvre, Argel, 1.954.
13. MARCELL. COM., Chron., ed. T. Mommsen, MGH, AA, XI= Chron. Min., II, Berlín, 1.894, pp. 60-104.
14. Anon. Val., ed. T. Mommsen, MGH, AA, IX= Chron. Min., I, Berlín, 1.892, pp. 7-11; 306-328; ed. y trad. ingl. G. P. Goold, Ammianus Marcellinus, III, Londres-Cambridge, Massachusetts, 1.939, pp. 508-569.
15. Chron. Gall., ed. T. Mommsen, MGH, AA, IX= Chron. Min., I, Berlín, 1.892, pp. 629-666.
16. Chron. Caesaraug. rel., ed. T. Mommsen, MGH, AA, XI= Chron. Min., II, Berlín, 1.894, pp. 222-223.
17. Cons. Ital., ed. T. Mommsen, MGH, AA, IX= Chron. Min., I, Berlín, 1.892, pp. 249-339.
18. SOC., Hist. Eccl., ed. J.-P. Migne, PG, LXVII, cols. 29-842.

19. SOZ., Hist. Eccl., ed. J.-P. Migne, PG, LXVII, cols. 843-1.630.
20. THEODORET., Hist. Eccl., ed. J.-P. Migne, PG, LXXXII, cols. 881-1.280.
21. PHILOSTORG., Hist. Eccl., ed. J.-P. Migne, PG, LXV, cols. 459-624; Suppl., (ibid.), cols. 623-638.
22. THEOD. LECT., Hist. Eccl., ed. J.-P. Migne, PG, LXXXVI.1, cols. 165-228.
23. EVAGR., Hist. Eccl., ed. J.-P. Migne, PG, LXXXVI. 2, cols. 2.415-2.886.
24. ZACH. RETH., Hist. Eccl., ed. E. W. Brooks, ESCO, (Ser. Syr.), III, 5-6, París, 1.919-1.924.
25. CTh., ed. T. Mommsen y P. Meyer, 2 vols., Berlín, 1.905.
26. CJ, ed. P. Krueger, CJC, II, Berlín, 1.877.
27. Cod. Euric., ed. K. Zeumer, MGH, Legum Sectio, I, LNG, I, Leges Visigothorum, Hannover-Leipzig, 1.902, pp. 3-32; ed. A. D'Ors, El Código de Eurico, Estudios Visigóticos, 2, Roma-Madrid, 1.960, pp. 20-43.
28. LRV, ed. G. Haenel, Leipzig, 1.849, reimpr. Scientia, Aalen, 1.962. Las leyes que componen el Breviarium Alarici aparecen señaladas en la edición del Codex Theodosianus efectuada por T. Mommsen y P. Meyer, que también recojen las correspondientes interpretationes,
29. Mansi, J.-D., Sacrorum Conciliorum nova et amplissima collectio, 31 vols., Florencia-Venecia, 1.759-1.798; repr. fotomec. completada hasta 1.902 por J. B. Martin y L. Petit, 53 vols., París, 1.902-1.927.
30. Not. Dig., ed. O. Seeck, Berlín, 1.876. De entre los trabajos existentes sobre la Notitia Dignitatum nos gustaría destacar los de DEMOUGEOT, E., "La Notitia Dignitatum et l'histoire de l'Empire d'Occident au début du Ve siècle", Latomus, XXXIV, 1.975, pp. 1.079-1.134; JONES, A. H. M., The Later Roman Empire, 284-602, Oxford, 1.964, pp. 1.417-1.461.
31. CONST. PORPH., Caer., ed. J. J. Reiske, CSHB, VI-VII, Bonn, 1.829-1830; ed. J.-P. Migne, PG, CXII, cols. 73-1.416.

32. CLAUD., ed. T. Birt, MGH, AA, X, Berlín, 1.892; trad. esp. M. Castillo Bejarano, Biblioteca Clásica Gredos, 2 vols, Madrid, 1.993. Sobre la funcionalidad política de la obra de Claudio Claudiano, cf. CAMERON, A. D. E., Claudian. Poetry and Propaganda at the Court of Honorius, Oxford, 1.970.

33. MEROB., Paneg., ed. F. Vollmer, MGH, AA, XIV, Berlín, 1.905, pp. 7-18. Aunque la obra poética de Merobaudes no ha sido sometida a tan profundo examen como la de Claudiano, existen algunos trabajos interesantes como el de GENNARO, S., Da Claudiano a Merobaude. Aspetti della poesia cristiana di Merobaude, Catania, 1.959.

34. SID., Carm., ed. C. Luetjohann, MGH, AA, VIII, Berlín, 1.887, pp. 173-264; ed. y trad. fr. A. Loyen, Les belles Lettres, París, 1.960. Existen dos trabajos, ya clásicos, fundamentales para comprender la obra de Sidonio, LOYEN, A., Recherches historiques sur les Panegyriques de Sidoine Apollinaire, París, 1.942; Sidoine Apollinaire et l'esprit précieux en Gaule au derniers temps de l'Empire, París, 1.943.

35. ENNOD., Paneg., ed. F. Vogel, MGH, AA, VII, Berlín, 1.885, pp. 203-214.

36. Los fragmentos conservados de sus obras pueden hallarse en Poet. Lat. Min., IV, ed. A. Baehrens, Teubner, Leipzig, 1.882.

37. Las epistolas de los pontífices romanos de los siglos V y VI han sido publicadas en varias colecciones. J.-P. Migne las incluye entre los obras de cada papa en su PL. Sin embargo, las mejores ediciones siguen siendo la de A. Thiel, Epistulae Romanorum Pontificum, Braunsberg, 1.867; y la de O. Guenther, Collectio Avellana: epistulae imperatorum, pontificum, aliorum A. D. 367-553, CSEL, XXXV, Viena, 1.895-1.898.

38. HIERON., Ep., ed. J.-P. Migne, PL, XXX, cols. 13-307; ed. y trad. esp. D. Ruiz Bueno, BAC, 2 vols., Madrid, 1.962.

39. AUGUST., Ep., ed. J.-P. Migne, PL, XXXIII; ed. y trad. esp. L. Cilleruelo, BAC, 2 vols., Madrid, 1.953. La vida, obra y época de Agustín han sido objeto de numerosos estudios. De entre todos ellos quisieramos destacar los de BROWN, P., Biografía de Agustín de Hipona, Madrid, 1.970; Religion and Society in the Age of Saint Augustine, Londres, 1.977; COURCELLE, P., Recherches sur les Confessions de Saint Agustin, París, 1.950; GRUNINGER, J. H., Saint Agustin et la fin de la culture antique, París, 1.959.

40. SID., Ep., ed. C. Luetjohann, MGH, AA, VIII, Berlín, 1.887, pp. 1-172; ed. y trad. fr. A. Loyen, Les Belles Lettres, 2 vols., París, 1.970.
41. ENNOD., Ep., ed. F. Vogel, MGH, AA, VII, Berlín, 1.885, passim.
42. CASSIOD., Var., ed. T. Mommsen, MGH, AA, XII, Berlín, 1.894.
43. POSSID., Vit. August., ed. J.-P. Migne, PL, XXXII, cols. 33-66; ed. y trad. esp. V. Capanaga, Obras de San Agustín. I: Escritos filosóficos, BAC, Madrid, 1.969, pp. 303-365. Sobre la importancia de las vidas de santos en la Antigüedad tardía, cf. COX, P., Biography in Late Antiquity: A Quest for the Holy Man, Berkeley-Los Angeles, 1.983.
44. ENNOD., Vit. Epiph., ed. F. Vogel, MGH, AA, VII, Berlín, 1.885, pp. 84-109.
45. Vit. Fulg., ed. J.-P. Migne, PL, LXV, cols., 117-150.
46. Hasta principios de siglo, la versión comúnmente empleada de la Vita Danielis Stylitae era el relato abreviado que Simeón Metáfrasto incluye en su menologio; cf. SYM. METAPHR., Vit. Dan. Styl., ed. J.-P. Migne, PG, CVI, cols., 969-1037. Este autor bizantino de época macedónica tomó como fuente una biografía del santo, compuesta a fines del siglo V, que, hoy día, se conserva en cuatro manuscritos. Este ejemplar antiguo de la Vita, editado por H. Delehaye, AB, XXXII, 1.913, pp. 121-214, no sólo es más extenso, sino que ofrece abundantes noticias de interés histórico. Razón por la cual hemos decidido utilizarlo en lugar del relato de Metáfrasto.
47. AUGUST., De urb. exc., ed. J.-P. Migne, PL, XL, cols. 715-724.
48. QUODVULTD., Sermo de temp. barb., I, ed. J.-P. Migne, PL, XL, cols. 699-708 (atribuido erróneamente a Agustín); II, PL, Suppl., III.1, cols. 287-298.
49. SALV., De gub. Dei, ed. C. Halm, MGH, AA, I.1, Berlín, 1.877, pp. 1-108. BLAZQUEZ, J. M., "La crisis del Bajo Imperio en Occidente en la obra de Salviano de Marsella. Problemas económicos y sociales", España romana en el Bajo Imperio, Madrid, 1.990, pp. 205-247, analiza detalladamente los testimonios más relevantes que nos ofrece Salviano sobre la situación interna del Imperio en la primera mitad del siglo V.



50. PROC., De bellis, ed. y trad. ingl. H. B. Dewing, Loeb, 5 vols., Londres-Cambridge, Mass., 1.914-1.928. Las obras completas de Procopio también fueron editadas por L. Dindorf, CSHB, XVIII-XX, Bonn, 1.833-1.838, y por J. Haury, Teubner, 3 vols., Leipzig, 1.905-1.913. De todos modos, hemos preferido emplear la de H. B. Dewing, porque, aunque emplea el texto de J. Haury, su organización en ocho libros de Historiae se aproxima más al modelo original de Procopio, e incluye una excelente traducción al inglés. Sobre la vida, obra y época de Procopio de Cesárea; cf. RUBIN, B., "Prokopios von Kaisareia", RE, XXIII.1, 1.957, cols. 237-599; CAMERON, A. M., Procopius and the Sixth Century, Berkeley-Los Angeles, 1.985.

51. ID., Aed., ed. y trad. ingl. H. B. Dewing, Loeb, Londres-Cambridge, Mass., 1.940.

52. ID., Anecd., ed. y trad. ingl. H. B. Dewing, Loeb, Londres-Cambridge, Mass., 1.935.

53. AGATH., Hist., ed. L. Dindorf, HGM, II, Teubner, Leipzig, 1.871, pp. 132-392.

54. MENAND., Frg., ed. C. Mueller, FHG, IV, París, 1.851, pp. 200-269; ed. L. Dindorf, HGM, II, Teubner, Leipzig, 1.871, pp. 1-131.

55. THEOPH. BYZ., Frg., ed. C. Mueller, FHG, IV, París, 1.851, pp. 270-271; ed. L. Dindorf, HGM, I, Teubner, Leipzig, 1.870, pp. 446-449.

56. JOH. EPIPH., Frg., ed. C. Mueller, FHG, IV, París, 1.851, pp. 273-276.

57. THEOPHYL., Hist., ed. C. de Boor, Teubner, Leipzig, 1.887.

58. JOH. MAL., Chronogr., ed. L. Dindorf, CSHB, XV, Bonn, 1.831; ed. J.-P. Migne, PG, XCVII, cols. 65-718.

59. JOH. ANT., Frg., ed. C. Mueller, FHG, IV, París, 1.851, pp. 534-622; V, París, 1.870, pp. 27-38.

60. JORD., Get., ed. T. Mommsen, MGH, AA, V.1, Berlín, 1.882, pp. 53-138.

61. PAUL. DIAC., Hist. Lang., ed. G. Waitz, MGH, SRL, Hannover, 1.878, pp. 45-187.

62. GREG. TUR., Hist. Franc., ed. B. Krusch y W. Levison, MGH, SRM, I.1, Hannover, 1.937-1.951; ed. y trad. fr. R. Latouche, Les belles Lettres, París, 1.975.
63. FREDEG., Chron., ed. B. Krusch, MGH, SRM, II, Hannover, 1.888, pp. 18-93.
64. VICT. TONN., Chron., ed. T. Mommsen, MGH, AA, XI= Chron. Min., II, Berlín, 1.894, pp. 184-206.
65. JOH. BICL., Chron., ed. T. Mommsen, MGH, AA, XI= Chron. Min., II, Berlín, 1.894, pp. 211-220; ed. J. Campos, Juan de Biclario, obispo de Gerona. Su vida y su obra, Madrid, 1.960, pp. 77-100.
66. ISID., Hist. Goth., ed. T. Mommsen, MGH, AA, XI= Chron. Min., II, Berlín, 1.894, pp. 267-295; ed. y trad. esp. C. Rodríguez Alonso, Las Historias de los godos, vándalos y suevos de Isidoro de Sevilla, León, 1.975, pp. 168-287. Un trabajo ya clásico, pero de imprescindible consulta para cualquier aspecto relativo a la vida y obra de Isidoro es el de FONTAINE, J., Isidoro de Séville et la culture classique dans l'Espagne wisigotique, París, 1.959.
67. EVAGR., Hist. Eccl., ed. J.-P. Migne, PG, LXXXVI.2, cols. 2.415-2.886.
68. JOH. EPH., Hist. Eccl., pars tertia, ed. E. W. Brooks, CSCO, (Scr. Syr.), III, 3, París, 1.936.
69. CJ, ed. P. Krueger, CIC, II, Berlín, 1.877.
70. Dig., ed. T. Mommsen y P. Krueger, CIC, I, Berlín, 1.872.
71. Inst., ed. P. Krueger, CIC, I, Berlín, 1.872.
72. JUST., Nov., ed. R. Schoell y G. Kroll, CIC, III, Berlín, 1.895, pp. 1-756.
73. ed. C. E. Zachariae von Lingenthal, rev. J. y P. Zepos, Jus Graecoromanum, I, Atenas, 1.931, pp. 1-26.
74. LJ, ed. K. Zeumer, MGH, Legum Sectio, I, LNG, I, Leges Visigothorum, Hannover-Leipzig, 1.902, pp. 33-456. Para cualquier cuestión referente a la legislación visigoda, cf. ZEUMER, K., Historia de la legislación visigoda, Barcelona, 1.944.
75. Cf. n. 29. Aunque la colección de J.-D. Mansi recoge todos los concilios celebrados en Hispania durante este período, para el reino visigodo hemos preferido emplear la edición de VIVES, J., MARIN, T. y MARTINEZ, G., Concilios visigóticos e hispano-

romanos, Barcelona-Madrid, 1.963. En los últimos años, G. Martínez Díez ha comenzado a editar la Colección Canónica Hispana, varios vols., en public., Madrid, 1.976 ss. Se trata de una obra que supera ampliamente a la de Vives; pero, por el momento, es preciso usar la de éste para los concilios de la segunda mitad del siglo VI y de todo el VII, ya que no han aparecido los volúmenes de la Hispana correspondientes a dicho período.

76. JOH. LYD., De mag., ed. R. Wuensch, Teubner, Leipzig, 1.903.

77. CORIPP., Joh., ed. J. Partsch, MGH, AA, III.2, Berlín, 1.879, pp. 1-109.

78. ID., Laud. Just., ed. J. Partsch, MGH, AA, III.2, Berlín, 1.879, pp. 115-156; ed. y trad. fr. S. Antès, Les Belles Lettres, París, 1.981.

79. Ep. Austr., ed. W. Gundlach, MGH, Ep, III= EMKA, I, Berlín, 1.892, pp. 110-153; GREG. I, Ep., ed. P. Ewald y L. M. Hartmann, MGH, Ep., I-II, Berlín, 1.887-1.899.

80. VPE, ed. E. Flórez, ES, XIII, Madrid, 1.756, pp. 335-386.

81. ISID., De vir. illustr., ed. J.-P. Migne, PL, LXXXIII, cols. 1.081-1.106; ed. C. Codoñer y Merino, El "de viris illustribus" de Isidoro de Sevilla. Estudio y edición crítica, Salamanca, 1.964, pp. 129-153.

82. Lib. Pont., ed. T. Mommsen, MGH, GPR, I.1, Berlín, 1.898.

83. Chron. Pasch., ed. L. Dindorf, CSHB, XVI-XVII, Bonn, 1.832.

84. THEOPH., Chronogr., ed. J.-P. Migne, PG, CVIII, cols. 55-1.010.

85. NICEPH., Brev., ed. J.-P. Migne, PG, C, cols. 875-994; ed. C. de Boor, Opuscula Historica, Teubner, Leipzig, 1.880, pp. 1-77.

86. Laterc. reg. Visig., ed. T. Mommsen, MGH, AA, XIII= Chron. Min., III, Berlín, 1.898, pp. 464-469.

87. Cont. Byz.-Arab., ed. T. Mommsen, MGH, AA, XI= Chron. Min., II, Berlín, 1.894, pp. 334-359.

88. Cont. Hisp., ed. T. Mommsen, MGH, AA, XI= Chron. Min., II, Berlín, 1.894, pp. 334-368.

**PRIMERA PARTE**

**LA QUIEBRA DEL DOMINIO IMPERIAL EN OCCIDENTE  
Y LA POLITICA MEDITERRANEA DE BIZANCIO EN EL SIGLO V.**



## I. LA QUIEBRA DEL DOMINIO IMPERIAL EN OCCIDENTE Y LA POLITICA MEDITERRANEA DE BIZANCIO EN EL SIGLO V.

A comienzos del siglo V, el mundo mediterráneo era aún romano. Sin embargo, en el transcurso de los últimos cien años se habían producido transformaciones de tal magnitud, que las estructuras del Imperio habían resultado completamente remodeladas. El proceso de cambio fue lento y progresivo, pero permitió que el estado superase la grave crisis, que, de 235 a 284, había puesto en peligro su supervivencia, destruyendo el conjunto de equilibrios sobre el que descansaba la pax romana.

El emperador Diocleciano (284-305) acometió la restauración del Imperio desde posiciones conservadoras, lo que no le impidió introducir innovaciones administrativas y fiscales. En cambio, Constantino I (306-337) llevó a cabo su reforma, consciente de que estaba rompiendo con los moldes tradicionales y participando en la creación un nuevo mundo: el del Imperio romano cristiano. La fundación de Constantinopla, como Nea Roma, se encuadra en estos parametros, al tiempo que evidencia el desplazamiento del centro de gravedad política del estado romano hacia Oriente. A partir de este momento, podemos utilizar ya con propiedad el concepto de "Romania", para designar el espacio geopolítico ocupado por el Imperio cristiano. El término, que, al parecer es de origen popular, surge en el siglo IV y fue de uso corriente hasta el XV. En él se funden las ideas de estado romano y politeia cristiana, y se expresa la solidaridad de las distintas poblaciones que habitaban en el Imperio y compartían la misma fe frente al mundo bárbaro. Estado romano y pueblo de Dios se convierten en una misma y única entidad, puesta al servicio del plan divino para la redención.

El orden instituido por Diocleciano y Constantino resolvió con eficacia muchos de los desafíos que se le presentaron al mundo tardorromano, contribuyendo a desarrollar una imagen de eternidad del Imperio, que la propaganda oficial se encargó de divulgar. Durante este período de metamorfosis se forjan una serie de elementos básicos, para el desarrollo futuro de Bizancio: cristianización, burocratización y militarización del estado, centralismo y jerarquización administrativa, protagonismo de la corte, fiscalismo y dirigismo económico. Ahora bien, pese a su apariencia de estabilidad, la renovación política interna del Imperio descansaba sobre unas bases extremadamente frágiles, y la serie de problemas, que se sucedieron a la muerte de Teodosio I (379-395), dejaron al descubierto las deficiencias del sistema.

El progresivo distanciamiento entre la parte oriental y la occidental del Imperio es el rasgo que define la historia del mundo mediterráneo en el siglo V. Desde el año 364, cada una de las dos partes imperii poseía su propio aparato gubernamental, y tendía a resolver autónomamente sus problemas. Con la muerte de Teodosio I y la división del poder entre sus hijos y sucesores se consolida el fraccionamiento del Imperio. Lo que en un principio se perfilaba como una mera repartición de las tareas de gobierno entre dos emperadores corregentes, no tarda en aparecer como una separación definitiva. Los conflictos surgidos entre ambas cortes, atribuibles a intereses divergentes, favorecieron el proceso. Oriente más rico y poblado, con grandes puertos, en los que se concentraba la actividad artesanal y mercantil, poseía unas estructuras políticas lo suficientemente estables como para hacer frente a la amenaza germánica y a las tendencias centrifugas de los grandes propietarios del suelo. Occidente, menos poblado y más ruralizado, con una poderosa aristocracia senatorial dueña de las propiedades más extensas del

Imperio, sucumbirá a la alianza de este grupo con los caudillos germanos, que dirigían las tropas federadas.

No obstante, en el plano de la teoría política y de las mentalidades colectivas, la unidad del Imperio continuaba siendo una realidad incuestionable. Prueba de ello es que, durante la mayor parte del siglo V, los soberanos de Oriente y Occidente siguieron legislando conjuntamente. El derecho del Augusto más antiguo a designar a su colega, cuando en la otra mitad del Imperio el solio quedaba vacante, se respetó, condicionando la legitimidad de numerosos emperadores occidentales entre 455 y 480. Incluso los monarcas bárbaros participaban del concepto de unidad del Imperio. Por ello, cuando en Occidente se vió interrumpida la línea sucesoria de emperadores romanos, acudieron al basileus de Constantinopla, como soberano de ambas partes del Imperio, para que reconociese sus títulos de realeza.

Desde el punto de vista de las estructuras políticas, el siglo V se caracteriza por la permanencia del dominatus. Tanto en Oriente como en Occidente, una monarquía autocrática, apoyada en un inmenso aparato gubernamental y legitimada teológicamente, rige los destinos del Imperio. A pesar del teórico carácter electivo de la monarquía, en Oriente se tiende a la consolidación dinástica, como medio de conjurar la inestabilidad generada por las designaciones militares. El sistema favorece el desarrollo de intrigas cortesanas y conjuras palatinas; pero evita situaciones como las que se darían en Occidente, tras la extinción de la dinastía valentiniano-teodosiana. Allí, serán los altos mandos militares quienes dispongan del solio a su arbitrio, creando y deponiendo emperadores, hasta el año 476.

El mantenimiento de la burocracia y del ejército



constituyen las dos grandes cargas financieras que pesan sobre la sociedad tardoimperial. Con el propósito de obtener los recursos necesarios para hacer frente al gasto que ocasionaban, el estado puso en práctica una onerosa política fiscal, al tiempo que se aseguró la perdurabilidad de la base imponible, mediante la vinculación de los campesinos a la tierra y de los artesanos y comerciantes a sus respectivas corporaciones. Teniendo en cuenta que la economía estaba basada, de manera predominante, en la explotación extensiva del suelo, el grupo dirigente sólo podía estar compuesto por propietarios de grandes fundos. Ellos eran quienes formaban la élite de los potentiores, que, a medida que la sociedad fue polarizándose, tendió a distinguirse, cada vez más, tanto jurídica como materialmente, del estamento inferior de los humiliores.

Los grandes problemas del mundo Mediterráneo en el siglo V son las querellas religiosas y el establecimiento de los pueblos bárbaros en el interior del Imperio. En Oriente, donde todo conflicto dogmático tenía derivaciones político-eclesiásticas, las controversias cristológicas monopolizan el debate. En cambio, en Occidente, una vez superada la cuestión de la gracia, que ocupa los primeras décadas de la centuria, se reaviva la polémica arriana, como resultado de la consolidación de los reinos germánicos.

Por lo que respecta al problema bárbaro, no hay duda de que adquiere una nueva dimensión, al permitirse la instalación de pueblos germanos en territorio del Imperio. Lo que en principio era una cuestión que afectaba, de manera casi exclusiva, a las provincias del limes, se convierte, de este modo, en un problema de carácter interno. Oriente, que jamás vio seriamente amenazadas sus fronteras, lo resolverá, por completo, a lo largo del siglo. En cambio, Occidente no conseguirá

superarlo. Para 476, el estado imperial en el oeste se ha desmoronado. La unidad política del Mediterráneo queda, pues, de hecho rota. Sin embargo, no es ésta una situación que se haya presentado de improviso, sino el resultado de un largo proceso, durante el cual, los soberanos de la pars Orientis tuvieron tiempo de poner en marcha los mecanismos de una política occidental, de vocación genuinamente mediterránea.

La irrupción de los vándalos en el norte de Africa, su asentamiento en la Proconsularis y la incapacidad del gobierno de Ravenna (Rávena) para hacer frente a la rápida expansión de su poder por el Mediterráneo occidental, obligaron ya a Constantinopla a adoptar una serie de estrategias políticas destinadas a paliar los efectos de la crisis. Dado que hacia más de cien años que el Imperio no había tenido necesidad de combatir a sus enemigos sobre las aguas del Mare Nostrum, la vigilancia de las costas y la misma marina se hallaban en un estado de profunda desorganización y abandono. Como ya ocurriese a lo largo de la segunda mitad del siglo III, cuando las incursiones marítimas de godos, escitas y francos sembraron el pánico desde el Bósforo a Gibraltar, el Imperio no se encontraba preparado para contrarrestar el empuje bárbaro. Eliminadas las últimas partidas de piratas, que aún operaban en la zona oriental, por el emperador Probo (276-282), el siglo IV no conocería más acción naval que la batalla de Chrysopolis (18 de Septiembre de 324), en la que la flota de Constantino I, al mando de su hijo Crispo, derrotó a la de su rival Licinio. La amenaza vándala reveló la debilidad del control que ejercía el estado bajoimperial sobre el mar.

Llegados a este punto, es preciso señalar que, en nuestro trabajo, se concede una importancia de primer orden a la actuación de los vándalos. De hecho, pretendemos demostrar que

su expansión se convirtió en el eje central en torno al cual habría de girar la historia del mundo Mediterráneo, durante buena parte del siglo V. Con frecuencia, los investigadores que se ocupan de este período han concentrado casi toda su atención en los acontecimientos que tuvieron lugar en las Galias, Britania, Italia e Hispania, relegando a un segundo plano las difíciles relaciones del reino vándalo con el Imperio. De tal modo, se ha minimizado su transcendencia como factor causal, que permite entender la crisis del estado romano en Occidente y la formación de la política mediterránea de Bizancio. Tras la incorporación del norte de Africa al ámbito islámico, a fines del siglo VII, su historia perdió interés para la Cristiandad occidental. Los escritores musulmanes tampoco mostraron inquietud por conocer el pasado de la región antes de la conquista. Habrá que esperar al siglo XIX para que Europa descubra la riqueza que encerró la civilización norteafricana en las épocas tardorromana, vándala y bizantina. Los primeros estudios artísticos y arqueológicos coinciden con el avance del colonialismo francés en la zona. Por lo que respecta al análisis histórico habrá que esperar un poco más. En 1.896, Ch. Diehl publicará L'Afrique byzantine, y en 1.955, Ch. Courtois hará lo propio con su Les vandales et l'Afrique. Ambos trabajos, junto con otros estudios posteriores, nos permitirán abordar adecuadamente el problema vándalo y a su significación.

Durante el largo período que se extiende de 429 a 527, la política mediterránea del Imperio de Oriente atraviesa por varias fases. La primera de ellas se corresponde con la época de instalación de los vándalos en el norte de Africa, y se caracteriza por el decidido apoyo militar prestado por Constantinopla a Ravenna, a fin de impedir que un pueblo germano se estableciese en las márgenes del Mediterráneo. Ahora bien, ni la colaboración oriental en materia de defensa, ni la férrea

oposición de la aristocracia y el clero católico africano pudieron evitar que Occidente perdiese el control sobre sus más ricas y feraces provincias. Con el acuerdo de paz de 442, sellado entre Ravenna y las nuevas autoridades bárbaras de Cartago, se cierra esta etapa. En los siguientes trece años Constantinopla se ve desprovista de todo protagonismo en el Mediterráneo occidental, a causa del correcto funcionamiento del tratado que regula las relaciones entre los vándalos y el gobierno de Ravenna.

El asesinato de Valentiniano III (425-455) y el saqueo de Roma por Genserico en 455 marcan el inicio de un segundo período, presidido por la expansión del dominio vándalo por aguas de los mares Baleárico, Tirreno y Jónico, y por una fuerte inestabilidad política en Italia, fruto de la carencia de legitimidad de los inmediatos sucesores de Valentiniano III. Ambos factores conducirán al emperador oriental Marciano (450-457) a abrir una línea directa de diálogo con Cartago, dando así un primer paso hacia un mayor intervencionismo en los asuntos occidentales. El advenimiento de León I (457-474) al solio oriental favorecerá la consolidación y desarrollo de esta tendencia. Sin embargo, durante casi una década, el soberano verá obstaculizada su capacidad de actuación en el oeste por el influyente partido germánico, liderado en la corte de Oriente por el patricio Aspar. Este propiciará la firma, en 461, de un acuerdo entre Constantinopla y Cartago. Cuando el soberano logre, al fin, emanciparse de la tutela germana, gracias al apoyo de los isaurios, podrá poner en práctica su plan de restauración imperial en Occidente. Este ambicioso proyecto, que preludia la obra de Justiniano I (527-565), le arrastraría a una desastrosa guerra con el reino vándalo, que arruinará las finanzas de Oriente y precipitará la ruina del estado romano en Occidente.

A partir de 474, con la firma del pacto que clausura la contienda, comienza la tercera etapa. Su inicio coincide cronológicamente con un relevo generacional en la cúpula del poder, tanto en Constantinopla como en Cartago. Por otra parte, en estos mismos años, asistimos a la extinción de la línea sucesoria de emperadores de Occidente. Acontecimiento que favorecerá la maduración de los fundamentos ideológicos que, en un futuro próximo, van a permitir legitimar la política restauracionista de emperador Justiniano I. En el transcurso de este período, la propaganda oficial del estado bizantino se esforzará por mantener vivo el ideal de unidad y universalidad del Imperio frente a tendencias disgregadoras, presentando a los jefes de las milicias federadas, que gobernaban de facto en Occidente, como meros delegados del autócrata que residía en Constantinopla, único soberano legítimo de ambas partes del Imperio romano, oriental y occidental.

Aunque en ocasiones se haya considerado que Bizancio sacrificó la pars Occidentis en aras de la supervivencia oriental, desviando hacia el oeste golpes dirigidos en su contra, no es ésta la hipótesis de trabajo que nos proponemos seguir. Antes bien, partiendo de las conclusiones extraídas por E. Stein y sostenidas por diversos historiadores de nuestro siglo, intentaremos demostrar que, pese al distanciamiento que se venía produciendo desde hacia tiempo entre ambas partes del Imperio, Oriente no sólo mantuvo relaciones muy intensas con Occidente, durante todo el siglo V, sino que, además, otorgó un trato de preferencia a la dimensión mediterránea de las mismas. Con todo, en determinados períodos, que tendremos oportunidad de analizar, el gobierno de Constantinopla, presionado por problemas de orden interno, no tuvo más remedio que relegar a un segundo plano sus intereses políticos en el Mediterráneo occidental, para prestar la debida atención a las dificultades de Oriente.

# 1. Constantinopla ante la penetración vándala en el norte de Africa.

El 17 de enero de 395, fallecía en Mediolanum (Milán) Teodosio el Grande. Le sucedían en el Imperio sus dos hijos varones, Arcadio (383-408), de diecisiete años, en Oriente, y Honorio (393-423), de tan solo once, en Occidente. Ambos habían sido previamente asociados al trono y, por tanto, nadie cuestionó sus derechos. En atención a la extremada juventud de Honorio, Teodosio había designado en su testamento como tutor del pequeño príncipe y regente de la pars Occidentis al vándalo Estilicón, magister utriusque militiae praesentalis, es decir, generalísimo de los ejércitos. La lealtad de este hombre a la dinastía reinante era incuestionable<sup>1</sup>.

Sin embargo, ni Arcadio ni Honorio se hallaban en las circunstancias de su progenitor. Según relata Zósimo, apenas salidos de la infancia y de carácter débil, se limitaron a ostentar la púrpura, delegando las funciones ejecutivas en ministros y favoritos<sup>2</sup>. Los tempranos conflictos surgidos entre la corte de Mediolanum y la de Constantinopla, a causa de las diocesis de Dacia y Macedonia, atribuidas a Occidente por la división de Teodosio y reclamadas por la administración de Oriente, generaron un clima de tensión entre ambos gobiernos, que se vio sustancialmente incrementado cuando Estilicón manifestó pretensiones de extender la regencia a Oriente<sup>3</sup>.

Ahora bien, la corte de Constantinopla, apoyada en su correspondiente aparato burocrático, ejercía el poder, de manera efectiva, sobre su respectiva pars imperii, y no estaba dispuesta a admitir ingerencias de Mediolanum. Estilicón pronto comprendería que, si deseaba mantener su posición como árbitro

de la política occidental, debía renunciar a desempeñar un papel destacado en el este. Los problemas de Occidente, durante los primeros años del reinado de Honorio, fueron lo suficientemente graves como para mantenerle ocupado. Rebeliones militares, usurpaciones, guerras civiles, invasiones bárbaras, revueltas campesinas, cismas, herejías, conflictos entre paganos y cristianos, consumieron las energías del generalísimo<sup>4</sup>.

La necesidad de conocer la situación que antecede directamente a la quiebra del dominio romano sobre el Mediterráneo occidental, nos ha llevado a dedicar el primer epígrafe del presente capítulo al desarrollo de una síntesis sobre las dificultades que experimentó el gobierno imperial en las Galias e Hispania, durante el primer tercio del siglo V. La complejidad de los múltiples acontecimientos, que tienen lugar en este período, y el carácter parcial y fragmentario de la mayor parte de las fuentes, de que disponemos, han dificultado la tarea. Sin embargo, consideramos imprescindible partir de las circunstancias que facilitaron la penetración de los pueblos bárbaros en Occidente, para después poder analizar con mayor detalle la instalación de los vándalos en Africa y la ruptura de la unidad política del Mediterráneo.

### **1.1. Prolegómenos: guerras civiles e irrupciones bárbaras en Occidente (406-429).**

En algún momento durante el transcurso del año 406, las tropas romanas acantonadas en Britannia proclamaron emperador a un militar llamado Marco, en abierta sedición contra Honorio<sup>5</sup>. Los provinciales, preocupados por su propia seguridad, favorecieron y alentaron esta usurpación, ya que se sentían desprotegidos y olvidados por el gobierno central, desde que en 402 Estilicón ordenase retirar varias unidades del ejército que

defendía la isla, para hacer frente a los godos de Alarico, dejando Britannia a merced de las incursiones de anglos, sajones, pictos y escotos<sup>6</sup>.

No obstante, el reinado de Marco sería breve. Al percatarse de que no satisfacía sus necesidades, los mismos soldados que le habían elevado al poder supremo le dieron muerte. No tuvo mejor fortuna su sucesor, Graciano. Este era un civil oriundo de Britannia, probablemente miembro de alguna de las grandes familias de la aristocracia provincial. Pero, a los pocos meses, en 407, fue asesinado por el ejército, que en esta ocasión eligió como Augusto a un hombre salido de entre las filas de la tropa, Flavio Claudio Constantino<sup>7</sup>.

Apenas hubo asumido la dignidad imperial, el nuevo usurpador promocionó las tropas limitáneas a comitatenses<sup>8</sup>, y al mando de su recién creado ejército de campaña atravesó el canal de la Mancha y desembarcó en Bononia (Boulogne), con intención de hacerse con el control político de las Galias. La aristocracia provincial le recibió con los brazos abiertos, ya que tenía serios motivos de queja contra la corte, como consecuencia del desguarnecimiento de la frontera renana y la irrupción de los pueblos germánicos<sup>9</sup>.

A fines de 405, el ostrogodo Radagaiso había invadido Italia, al frente de un contingente bárbaro, compuesto por elementos procedentes de diversas tribus germanas. Las hordas bárbaras divididas en tres columnas, se internaron en la Península. Aunque la corte nada tenía que temer, ya que desde 402 y ante la amenaza visigoda había transferido su sede a la inexpugnable ciudad de Ravenna, Estilicón retiró tropas de las guarniciones renanas, para hacer frente a la agresión. Al verano siguiente, Radagaiso fue derrotado ante los muros de Florentia



(Florencia); pero el ejército del Rin no volvió a ocupar sus antiguas posiciones<sup>10</sup>. La defensa de la frontera quedó a cargo de los federados francos, quienes no pudieron impedir que la noche del 31 de diciembre de 406, bandas de cuados, vándalos, sármatas, alanos, gépidos, hérulos, sajones, burgundios, alamanes y suevos, a las que se habían unido provinciales panonios, vadeasen las heladas aguas del río entre Moguntiacum (Maguncia) y Argentorate (Estrasburgo)<sup>11</sup>. Rápidamente, los invasores se desplegaron por toda la Galia, dejando a su paso un rastro de muerte y destrucción, que las fuentes de la época transmiten con espanto. San Jeronimo, en una carta dirigida en 409 a la noble viuda Geruquia, nos ha legado el siguiente relato sobre los efectos devastadores de la invasión:

"Innumerables y feroces pueblos se han adueñado de las Galias. Todo el territorio comprendido entre los Alpes y los Pirineos, el Océano y el Rin, ha sido devastado por los cuados, los vándalos, los sármatas, los alanos, los gépidos, los hérulos, los sajones, los burgundios, los alamanes y - ¡desgraciadamente para el estado!- los panonios mismos han llegado a ser enemigos, pues "también Asur se ha unido a ellos" (Ps. 83, 9). Maguncia, ciudad ilustre, ha sido tomada y saqueada; en su iglesia han sido degollados millares de hombres. Después de un largo asedio ha caído Worms. Las ciudades tan poderosas de Reims, Amiens, Arras, las más apartadas de los hombres: Thérouanne, Tournai, Spira, Estrasburgo han sido transferidas a Germania. La Aquitania y la Novempopulania, el Lionesado y la Narbonense, exceptuando un pequeño numero de ciudades, han sido completamente asolados"<sup>12</sup>.

En semejantes circunstancias, no es extraño que Constantino III fuese recibido como restaurador del Imperio romano, y que, tras vencer la resistencia del ejército enviado por Estilicón al mando del godo Saro, avanzase sin problemas hacia el sur y pudiese establecer su residencia en Arelate (Arlés), capital de la praefectura praetorio Galliarum<sup>13</sup>. Entre sus primeros cuidados se contó el de establecer guarniciones en los pasos alpinos, a fin de prevenir nuevas expediciones financiadas por el gobierno de Ravenna. También se preocupó de reforzar la frontera del Rin, descuidada por Estilicón, y firmó un foedus con los burgundios, en virtud del cual se los asentaba en la Germania Secunda<sup>14</sup>. No tenemos constancia de que haya hecho lo mismo en el caso de los restantes pueblos germanos que habían penetrado en las Galias. Aunque grupos de alanos permanecieron en la región, el resto, junto con vándalos y suevos, descendió a la Novempopulania donde toparon con la barrera pirenaica. Deseoso de fundar una dinastía, Constantino obligó a su hijo Constante a abandonar la vida monástica, le otorgó la dignidad de César y le hizo casarse, muy probablemente, con alguna aristócrata galorromana<sup>15</sup>.

A pesar de todo, Constantino temía que los parientes y partidarios de la casa de Teodosio, sólidamente instalados en la diocesis Hispaniarum, tras reunir efectivos suficientes como para cruzar los Pirineos, lanzasen un ataque sobre él, al tiempo que, desde Italia, el emperador Honorio mandaba un ejército, para, acorralándolo entre dos frentes, poner fin a la usurpación. La presencia de algunos regimientos comitatenses en Pampilona hacia 408, tema sobre el que volveremos más adelante, parece estar vinculada al envío de refuerzos a Hispania por parte del gobierno de Ravenna, con el propósito de articular la mencionada operación en tenaza. En tales circunstancias, no resulta extraño que Constantino, anhelando conjurar el peligro, decidiese ocupar

militarmente Hispania. Ahora bien, al margen de la utilidad meramente defensiva que se desprende de los movimientos del usurpador, no se puede descartar que Constantino contemplase, desde un principio, el sometimiento de la Península Ibérica como una acción agresiva, destinada a extender su control político sobre la entera praefectura praetorio Galliarum. Sea como fuere, lo cierto es que a fines del verano o comienzos del otoño de 407, el César Constante, el praefectus praetorio Apolinar, el magister officiorum Decimio Rústico y los generales Terencio y Geroncio, al mando de fuerzas comitatenses de origen germano, los honoriaci, penetraron en Hispania<sup>16</sup>.

La reconstrucción de los acontecimientos, que, a continuación, tuvieron lugar en la Península, ofrece no pocas dificultades, dado el carácter fragmentario y, no pocas veces, contradictorio, que presentan las fuentes de la época. Por nuestra parte, nos inclinamos a seguir la versión de J. Arce, uno de los estudiosos que, en los últimos años, ha dedicado mayor atención al tema. De acuerdo con sus conclusiones, tras atravesar los Pirineos, el ejército de Constantino III se habría dirigido hacia Emerita Augusta (Mérida), la capital de la diocesis Hispaniarum. En el camino le saldrían al encuentro tropas de la Lusitania. Estas fuerzas, probablemente, se hallasen integradas por destacamentos no regulares de burgarii, que ocupaban turres, castella et burgi, y sobre los que recaía, hereditariamente, la tarea de mantener el orden en el medio rural y vigilar los caminos por los que era transportada la annona. Sólo después del fracaso de su actuación militar, Dídimo y Veriniano, primos de Honorio, decidieron combatir al usurpador con una masa de siervos y campesinos, reclutada en sus grandes propiedades fundarias. Se produjo un encuentro bélico, pero ninguno de los dos bandos pudo apuntarse una victoria definitiva. Por ello, Constante, Terencio y Geroncio decidieron retirarse hacia la Tarraconensis, desde

donde solicitaron a Arelate el envío de refuerzos. Con el propósito de interceptar la llegada de aquellas fuerzas, los primos de Honorio marcharon sobre los pasos pirenaicos. A Constante y sus generales no les quedó otro remedio que volver a entablar batalla con el enemigo. En esta ocasión, lograron infligirle una aplastante derrota. Dídimo y Veriniano fueron hechos prisioneros junto con sus esposas y enviados a Arelate. Al conocer la noticia del desastre, sus hermanos, Teodosiolo y Lagodio, huyeron de Hispania. El primero se refugió en la corte de Ravenna y el segundo en la de Constantinopla<sup>17</sup>.

Según E. Demougeot, es en este contexto, donde cabría encuadrar la epístola imperial que nos transmite el Código de Roda. El documento en cuestión va dirigido a ciertos numeri o regimientos militares, concentrados en Pampilona (Pamplona). Desafortunadamente, el escriba navarro del siglo X, que transcribió la carta, mutiló los nombres de las unidades (seniores, iuniores, speculatores ac Britannici), razón por la cual resulta difícil identificarlas en la Notitia Dignitatum, pese a los esfuerzos realizados en este sentido por varios investigadores. El patricio Sabiniano, fue el encargado de entregar la epístola. En ella, el emperador Honorio encomia a los soldados por su lealdad y sus resistencia al enemigo, otorgándoles privilegios extraordinarios. E. Demougeot, sostiene que se escribió en Roma durante la primera mitad del año 408. A juicio de la historiadora francesa, mientras Dídimo y Veriniano reunían sus rústicas huestes, a lo largo de la calzada que unía Burdigala (Burdeos) con Asturica Augusta (Astorga) habrían ido surgiendo focos de resistencia al usurpador. Pampilona sería uno de ellos. Tras la derrota de Dídimo y Veriniano, algunos provinciales prohonorianos y las unidades mencionadas en la carta habrían buscado refugio al abrigo de sus muros. El hecho de que, como enseguida veremos, Geroncio consintiese a los honoriaci saquear

los Campi Palentini, tras su victoria sobre los parientes de Honorio, respondería a la necesidad de aplastar los últimos focos de resistencia contra la usurpación de Constantino, concentrados en las grandes propiedades de la zona y en algunos enclaves fortificados como Pampilona<sup>18</sup>.

Al parecer, los regimientos a los que se dirigió Honorio eran comitatenses, y, sin duda, llevaban poco tiempo en la Península. No hay que olvidar que este tipo de fuerzas sólo intervenían de manera coyuntural, en momentos de crisis, y que el capítulo VII de la Notitia Dignitatum, donde se enumera la serie de unidades comitatenses destinadas en Hispania, responde, en buena medida, a los cambios introducidos en la organización militar de Occidente a raíz de los acontecimientos que se desarrollaron entre 407 y 413. Por otro lado, Zósimo asegura que, en el otoño de 407, Constantino estaba convencido de que Honorio se disponía a mandar refuerzos a la Península, y no hay motivo para pensar que nada le impidiese hacerlo. De todo lo cual se desprende que la misión de las tropas mencionadas en la carta de Honorio era combatir al ejército del usurpador, que acababan de ocupar la diócesis<sup>19</sup>. No obstante, la superioridad de los efectivos al mando de los generales de Constantino debía ser tan aplastante, que los contingentes despachados por el gobierno de Ravenna no pudieron hacer otra cosa que resistir atrincherados tras los fuertes muros de Pampilona.

Apenas hubieron sido derrotados los contingentes campesinos de Dídimo y Veriniano, Constante emprendió viaje de vuelta a Arelate, ciudad en la que celebraría el triunfo hispánico, con las ejecuciones de los primos de Honorio. Entre tanto, Geroncio instaló su cuartel general en Caesaraugusta (Zaragoza), donde quedaba la corte y la esposa del César. En ausencia de éste, permitió que los honoriaci saqueasen las ricas

villae de los Campi Palentini, en la submeseta norte, para después establecerlos como guardianes de los pasos pirenaicos, en sustitución de las unidades nativas de saltuarii, tropas no regulares encargadas de la vigilancia de los caminos que atravesaban la cordillera, y cuya lealtad hacia las nuevas autoridades debía resultar sospechosa<sup>20</sup>.

Por su parte, Constantino III consiguió llegar a un acuerdo con Honorio, aprovechando el desconcierto político que había generado en Italia la caída de Estilicón. El generalísimo, cabeza del partido progermano en Occidente, se había enfrentado a la facción antigermana de la corte, liderada por el magister officiorum Olimpio, a raíz de la irrupción de Alarico en la Península. Víctima de una celada, preparada por su enemigo, Estilicón fue ejecutado por mandato imperial en Ravenna el 22 de agosto de 408<sup>21</sup>. A comienzos de 409, Constantino despachó una embajada, compuesta por varios eunucos, con el propósito de obtener el reconocimiento oficial de Ravenna. La legación diplomática hizo llegar a Honorio un mensaje de Constantino, en el que el usurpador solicitaba el perdón del soberano por haber tomado la diadema, y afirmaba que no haber optado a ella por propia elección, sino por imposición de los soldados. Ante la proximidad de un nuevo conflicto con los visigodos y temiendo por la suerte de sus primos, a los que creía aún vivos y prisioneros de su rival, Honorio decidió atender a los consejos del magister equitum Alobico, partidario del acuerdo, y reconocer la legitimidad de Constantino, a quien envió las insignias imperiales<sup>22</sup>.

Todos los indicios apuntan a que el convenio entre Ravenna y Arelate preveía la destitución de Geroncio. No en vano, apenas se hubo sellado el acuerdo, Constantino III decidió sustituirle en el mando por el general Justo, enviado a Hispania

en compañía del César Constante. Geroncio, sospechando el destino que le aguardaba, se adelantó a los acontecimientos. Tras ganar para su causa a los honoriaci, permitió que las tribus bárbaras que vagaban por el suroeste de las Galias franqueasen los Pirineos. Suceso éste que tuvo lugar en septiembre-octubre de 409. Los recién llegados, de acuerdo con un plan preestablecido, se dedicaron a eliminar a los altos cargos militares y civiles partidarios del emperador de Arelate, lo que sin duda, incluye al general Justo. Ante el cariz que comenzaban a tomar los acontecimientos, Constante se replegó hacia las Galias. Mientras, Geroncio proclamó Augusto en Tarraco a un hispano llamado Máximo (409-411). Resulta bastante difícil precisar qué relación existía entre estos dos personajes. Sozomeno dice que Máximo era un oikeios o domesticus de Geroncio, Gregorio de Tours le hace su cliente, en tanto que Olimpiodoro utiliza, para definir el vínculo que les ligaba, el término griego pais, que puede traducirse tanto por hijo, como por esclavo o doméstico. J. Arce, después de estudiar detenidamente los escasos datos que ofrecen las fuentes, llega a la conclusión de que Máximo fue uno de los protectores domesticici u oficiales de estado mayor, que acompañaban a los emperadores o a sus generales. En este caso, además, habría estado unido a su inmediato superior por lazos de dependencia clientelar. De cualquier manera, tras su proclamación como Augusto, Geroncio concluyó un pacto de federación con los germanos, por el cual se les autorizaba a instalarse en la diocesis Hispaniarum como fuerzas de ocupación al servicio del nuevo usurpador. Probablemente, a cambio de su apoyo militar a la causa de Máximo, se les prometieron unos subsidios, que, ante la incapacidad del gobierno de Tarraco para reunirlos y la oposición de los provinciales a entregarlos en forma de tributos, los recién llegados tomaron por la fuerza de las armas, recurriendo al saqueo<sup>23</sup>.

Las menciones efectuadas por Hidacio al tyrannicus exactor, que depredó los recursos de las ciudades, y al miles, que las arruinó, demuestran lo onerosos que llegaron a ser los gravámenes fiscales impuestos por Máximo, para sostener a su ejército. El montante reunido apenas sí debía llegar para pagar a las tropas regulares romanas al mando de Geroncio; por lo que se hizo necesario permitir a los federados bárbaros que efectuasen requisiciones en especie. Su manera brutal de actuar generó problemas con los provinciales, que se consideraban víctimas de auténticos pillajes. La situación llegó a tal punto de deterioro que, como más adelante veremos, Máximo decidiría otorgar tierras a los germanos en las provincias más occidentales de la Península<sup>24</sup>.

La actuación de Alarico en Italia impidió al gobierno de Ravenna intervenir en la praefectura praetorio Galliarum. El 13 de noviembre de 409, el caudillo visigodo proclamaba emperador en las afueras de Roma al praefectus urbis Prisco Atalo (409-410). El nuevo usurpador contaba con el decidido apoyo de la aristocracia senatorial pagana y fue reconocido en todas las ciudades próximas a Roma, por temor a los godos. Entre sus primeros proyectos se incluía la toma de Ravenna. No obstante, hubo de levantar el cerco, cuando supo que Honorio había obtenido ayuda militar de su sobrino Teodosio II (402-450), emperador de Oriente, y suministros de cereales del comes Africae Heracliano. Este último colocó al usurpador en una difícil posición, al cortar el envío de trigo y aceite a Roma, provocando una crisis frumentaria en la ciudad. Las quejas de la plebe hambrienta amenazaban con dar lugar a graves disturbios. Por ello y ante la imposibilidad de organizar una expedición contra Heracliano, Alarico decidió deponer a Atalo y reconocer a Honorio como legítimo soberano. Sin embargo, la aproximación a Ravenna duró pocas semanas. La reciente alianza de Honorio con Saro, enemigo



del príncipe visigodo y de su cuñado Ataúlfo, frustró la reconciliación. El 24 de agosto de 410, Alarico entraba en Roma y, durante tres días, sometió a la ciudad a un intenso saqueo. Aquel acontecimiento conmocionó por igual a paganos y cristianos, que consideraban a Roma como símbolo de la eternidad del Imperio y de su civilización y cultura<sup>25</sup>.

En medio de tan adversas circunstancias, las relaciones entre Ravenna y Arelate sufrieron un vuelco. A comienzos de 410, Honorio rompió todo vínculo oficial con Constantino III. Tres parecen haber sido los motivos que le indujeron a tomar esta determinación. En primer lugar, la llegada de tropas orientales al mando del general Antemio, que le permitieron desembarazarse de Alobico, principal apoyo de Constantino en la corte de Ravenna; en segundo lugar, el conocimiento de la muerte de sus primos Dídimo y Veriniano, y por último, la noticia de la sedición de Geroncio. En Ravenna se sabía que la mayor parte de los efectivos militares con los que contaba el gobierno de Arelate se habían pasado al bando rebelde. Cosa nada extraña, si tenemos en cuenta que casi todos ellos se encontraban en Hispania, en el momento en que se produjo la rebelión. Pese a haber perdido gran parte de su antigua capacidad de agresión, Constantino III nombró Augusto a su hijo Constante y atacó Italia, esperando contar con la alianza de Alarico. Pero al llegar a Verona se enteró de la muerte del caudillo visigodo y prefirió regresar a las Galias, ya que sin la colaboración de los germanos le era imposible llevar a buen fin la campaña<sup>26</sup>.

En la primavera de 411, Geroncio atravesó los Pirineos y se presentó en las Galias. Tras haber derrotado y dado muerte a Constante en Vienna (Vienne), el general marchó contra Constantino III. Pero en el camino se topó con los generales de Honorio, Constancio y Ulfilas, que también se dirigían hacia

Arelate. Las tropas de Geroncio desertaron y se pasaron a las filas legitimistas, con lo que el general se vio forzado a regresar a Tarraco, donde, algún tiempo después, se suicidaba, asediado por un grupo de soldados amotinados. El ejército de Honorio tomó Arelate e hizo prisioneros a Constantino y a su hijo menor Juliano, quienes fueron ejecutados de camino a Ravenna. Por lo que se refiere a Máximo, sabemos que fue depuesto por tropas galas y, aunque se le perdonó la vida, hubo de exiliarse entre los vándalos asdingos<sup>27</sup>.

Pese a la eliminación de los distintos usurpadores que habían ido apareciendo entre 407 y 411, Honorio no logró recuperar el control sobre la entera praefectura praetorio Galliarum. Durante el asedio de Arelate, la aristocracia senatorial galorromana, con el apoyo de alanos y burgundios, encumbró al solio a un notable de la Germania Secunda llamado Jovino (411-413). Al año siguiente, el nuevo usurpador proclamó Augusto corregente a su hermano Sebastián (412-413). Ante las dificultades surgidas, el gobierno de Ravenna ideó un plan que le permitiría eliminar de una sola vez dos problemas distintos. Tras la muerte de Alarico en el otoño de 410, los visigodos habían pasado más de un año en el sur de Italia, aguardando infructuosamente el momento propicio para cruzar a Africa. Cuando comprobaron la imposibilidad de efectuar el trayecto, decidieron regresar al norte, desde donde penetraron en las Galias. Honorio, deseoso de convertirlos en aliados suyos, les prometió un suministro anual de trigo y tierras para establecerse en la región, si acababan con los usurpadores. Ataúlfo (410-415), el nuevo líder de los visigodos, en principio favorable a Jovino, por instigación del depuesto Prisco Atalo, que le acompañaba, resolvió aceptar el trato. En la primavera de 413, capturó e hizo ejecutar a Sebastián. Acto seguido, puso cerco a Valentia (Valence), donde se hallaba Jovino. El usurpador se vio obligado

a rendirse y Ataúlfo lo entregó al praefectus praetorio Galliarum Claudio Póstumo Dardano, que le hizo ejecutar en Narbo (Narbona), de camino a Ravenna<sup>28</sup>.

De manera casi simultánea al fin de la usurpación de Jovino y Sebastián, el comes Africae Heracliano se hizo proclamar Augusto en Cartago. Los abusos cometidos bajo su administración, no le hacían concebir esperanzas en caso ser procesado. Y puesto que controlaba las más feraces provincias de Occidente y a su ordenes militaban tropas que le eran leales, decidió tomar la púrpura. Con ayuda de 3.700 naves de la flota anonaria, trasladó un gran ejército hasta Italia y desembarcó en Ostia. Cuando marchaba por la via Flaminia en dirección a Ravenna, le salió al paso el comes domesticorum Marino, que le infligió una aplastante derrota en las inmediaciones de Utriculum (Otricoli). A la vista de los resultados adversos de la batalla, el usurpador decidió embarcarse para Africa. Pero, antes de que tuviese tiempo de llevar a cabo su proyecto, cayó en manos de Marino, quien le envió de vuelta a Cartago, donde fue decapitado, por mandato del emperador<sup>29</sup>.

Como Heracliano había cortado el abastecimiento de víveres a Italia, en 413 Honorio no pudo cumplir con su promesa de entregar a los visigodos el correspondiente suministro de trigo anual. En respuesta, Ataúlfo rompió relaciones con Ravenna. Al no poder ocupar Massilia, defendida por Bonifacio, futuro comes Africae, se apoderó del puerto de Narbo, donde desposó a Gala Placidia, la hermanastra de Honorio, a quien Alarico había capturado en Roma. Además, proclamó emperador, por segunda vez, a Prisco Atalo (414-415), que, desde el saqueo de la ciudad, acompañaba a los bárbaros, y lo instaló con su corte en Burdigala. El gobierno de Ravenna decidió someter por hambre a los visigodos. Pero, durante el invierno de 414-415, éstos

pasaron a la Tarraconensis en busca de alimentos, abandonando a Atalo, que fue capturado vivo por las tropas del general Constancio. Algunos meses después, Ataúlfo moría asesinado en Barcino (Barcelona). Según Olimpiodoro, el autor material del atentado fue Dubio, antiguo cliente de Saro, a quien Ataúlfo había dado muerte, al poco de cruzar a las Galias<sup>30</sup>.

Por aquel entonces, la situación en Hispania era caótica. Mientras los visigodos ocupaban la Tarraconensis, distintas formaciones tribales germánicas dominaban ya el oeste de la Península. A juzgar por las noticias de que disponemos, parece probable que Máximo, carente de recursos para pagar los servicios de sus aliados bárbaros y deseoso de poner fin a los saqueos que éstos realizaban, decidiese, a fines de su efímero reinado, asentarlos en el interior de Hispania, ofreciéndoles la oportunidad de dividirse mediante sorteo los territorios que ocuparían. A los suevos les correspondió el norte de la Gallaecia, a los vándalos asdingos el sur de esta misma provincia, a los alanos la Lusitania y el interior de la Carthaginiensis, y a los vándalos silingos la Baetica<sup>31</sup>. De todos estos grupos, serían los asdingos quienes pronto se mostrarían como la más clara amenaza para la estabilidad del Imperio.

En 415, tras la desaparición de Ataúlfo y de su inmediato sucesor Sigerico, Honorio selló un foedus con Valia (415-418), el nuevo rey de los visigodos, a través del magister peditum praesentalis Constancio<sup>32</sup>. En virtud del mismo, los godos recibirían un suministro anual de trigo. A cambio, devolverían a Gala Placidia y actuarían como federados del Imperio, combatiendo a los pueblos bárbaros que se habían instalado en Hispania. Unos meses después, a fines de 416, Valia hizo prisionero a Fredbal, rey de los vándalos silingos, mediante

una estratagema, y lo envió a Ravenna. Pero habrían de transcurrir casi otros dos años, antes de que los visigodos lograran aplastar definitivamente a los silingos, en una batalla que tuvo lugar en las proximidades del estrecho de Gibraltar. Por la misma época, también sometieron a los alanos. Su rey, Adax, murió luchando y los supervivientes buscaron refugio entre los asdingos, a cuyo monarca, Gunderico (406-428), reconocieron como legítimo soberano<sup>33</sup>.

Las operaciones militares realizadas por los visigodos en la Península no llegaron a afectar a la Gallaecia. Allí suevos y vándalos asdingos dirimirían sus propios conflictos, a partir de 419. Según el relato de Hidacio, Gunderico atacó al rey suevo Hermerico (409-441) y le bloqueó en los montes Nerbasii, cerca de Orense. Hermerico solicitó el apoyo de los romanos y el emperador mandó en su ayuda al comes Hispaniarum Asterio con un ejército. Ante la superioridad de las fuerzas imperiales, el monarca Asdingo levantó el cerco y se dirigió a Bracara (Braga), donde halló al vicarius Maurocelo dispuesto a cortar el paso hacia la Lusitania. Las numerosas bajas sufridas en el encuentro, no impidieron que los vándalos cruzasen el Duero; pero tampoco les animaron a detenerse mucho tiempo en la provincia. A finales de aquel mismo año de 419, vadearían el Guadiana, para instalarse temporalmente en la región septentrional de la Baetica<sup>34</sup>.

Aquel suceso causó una auténtica conmoción en Ravenna. La posibilidad de que surgiese un reino germano en una provincia que tenía acceso directo al Mediterráneo, se consideraba extremadamente peligrosa para la estabilidad del Imperio. La alarma fue en incremento al conocerse la noticia de que Gunderico apoyaba la nueva proclamación de Máximo como emperador. La usurpación, que, esta vez, debió tener lugar en los últimos meses de 420, contaba además con el sostén de las fuerzas de Jovino,

probablemente un comandante militar romano destinado en la Península Ibérica<sup>35</sup>. En respuesta, el 8 de febrero de 421, Honorio asociaba al trono a su cuñado, el general Constancio, casado desde 417 con Gala Placidia, hermana del soberano. El nuevo emperador murió seis meses después, sin haber tenido tiempo de erradicar la sedición<sup>36</sup>.

No obstante, en la primavera de 422, un ejército romano a las ordenes del magister militum Castino penetraba en Baetica. Le acompañaba Bonifacio al mando de un importante contingente de auxiliares godos. En principio, el general obtuvo algunos éxitos de consideración, ya que logró neutralizar a los vándalos y capturó a Máximo y Jovino. Estos dos fueron enviados a Ravenna, donde se les ejecutó en los juegos que conmemoraban los treinta años de reinado del emperador Honorio<sup>37</sup>.

La situación de los vándalos era ciertamente desesperada. Asediados por las fuerzas imperiales, estaban condenados a rendirse o a morir de hambre. Sin embargo, en el último momento, Castino cometió la imprudencia de presentar batalla a Gunderico en campo abierto. El encuentro fue desastroso para las tropas romanas, abandonadas en pleno combate por los auxiliares godos. La defección de éstos se explica en razón a las malas relaciones que mantenía su comandante, Bonifacio, con Castino. A lo largo de la campaña, las desavenencias entre ambos mandos militares se habían hecho tan profundas, que finalmente Bonifacio decidió abandonar a su general en el fragor de la lid. Seguido por los godos, que le obedecían, Bonifacio se dirigió a Portum (Oporto), donde embarcó para África. Falto de apoyos, el ejército de Castino resultó derrotado y los supervivientes, con su general a la cabeza, tuvieron que refugiarse en Tarraco (Tarragona)<sup>38</sup>. Pese a la victoria obtenida, los vándalos no descendieron inmediatamente sobre el valle del Guadalquivir.

Castino había regresado a Ravenna y era de temer que regresase al mando de una nueva expedición. La incierta situación política, por la que atravesaba el Imperio, se propiciaba a cualquier eventualidad. De ahí, que Gunderico, actuando con prudencia, resolviese mantener a su pueblo en lugar seguro.

La derrota de las tropas de Castino frente a los vándalos provocó tumultos en Ravenna. Los partidarios del general consideraban responsable del desastre a Gala Placidia, hermana de Honorio y viuda consecutivamente del rey visigodo Ataúlfo y del emperador Constancio III. De todos era conocida la animadversión que la Augusta sentía hacia Castino, así como las buenas relaciones que mantenía con Bonifacio. Los visigodos residentes en la corte y los antiguos bucellari de Constancio se pusieron del lado de Placidia contra Castino y Honorio. Pronto se vio alterado el orden público por las reyertas que se produjeron entre los germanófilos defensores de la princesa y los germanófobos leales al emperador y su general. A fin de acabar con los disturbios que causaban las intrigas de su hermana, Honorio la desterró a Roma junto con sus hijos, Honoria y Valentiniano. Pero Placidia, auxiliada por sus amigos, logró escapar a Oriente. Poco tiempo después, el 15 de agosto de 423, Honorio fallecía en palacio a la edad de treinta y nueve años<sup>39</sup>.

El Senado de Roma y la burocracia gubernativa de Ravenna, con la colaboración del general Castino y del cura palatii Aecio, impusieron como nuevo emperador al primicerius notariorum Juan (423-425). Apenas hubo ceñido la diadema, éste despachó una embajada a Constantinopla, para solicitar el reconocimiento oficial del emperador de Oriente. Sin embargo, Teodosio II, que deseaba reunificar el Imperio bajo su cetro, se lo denegó<sup>40</sup>.

La presencia de un usurpador en el solio de Ravenna hacía inviables los planes del soberano oriental. Ahora bien, si él no podía ejercer la suprema autoridad sobre ambas partes del Imperio, deseaba que, al menos, se restableciese la legitimidad dinástica en Occidente. Por esa razón, a finales del verano de 424, confirmó a Gala Placidia y a su hijo Valentiniano los títulos de Augusta y nobilissimus, que hasta entonces no les habían sido reconocidos en Oriente, y estableció un compromiso matrimonial entre el pequeño príncipe, de tan sólo cinco años, y su hija Licinia Eudoxia, de apenas dos. Al mismo tiempo, dispuso que un ejército, al mando del general alano Ardabur y de su hijo Aspar, se hiciese cargo de conducir a Gala Placidia y a Valentiniano hasta Italia y de deponer al usurpador Juan. Las tropas embarcaron a bordo de una flota, reunida expresamente para trasladarlas a la Península, y partieron rumbo a Salonae (Split). El 23 de octubre de 424, durante una escala técnica en el puerto de Thessalonica (Salónica), Helión, magister officiorum de la corte de Bizancio, proclamó César a Valentiniano<sup>41</sup>.

Bonifacio, nombrado comes Africae por Teodosio II, tras la muerte de Honorio, se había convertido en el principal valedor de la causa de Valentiniano en Occidente. Por este motivo hizo cortar el suministro de trigo a Italia y resistió los intentos que hizo Castino por recuperar la diocesis<sup>42</sup>.

Entre tanto, el ejército oriental desembarcó en Salonae, donde pasó el invierno de 424-425. Al llegar la primavera, las tropas se dividieron en dos grupos; uno, al mando de Ardabur, navegaría hacia Ravenna, mientras el segundo, a las ordenes de Aspar, con Gala Placidia y sus hijos, seguiría la ruta terrestre. Los fuertes vientos que soplaban en el Adriático hicieron fracasar la expedición naval. La flota naufragó y Ardabur cayó prisionero de Juan, quien esperando poder alcanzar



un acuerdo, le trató con la consideración debida a su rango. Por su parte, Aspar cruzó los Alpes y marchó sobre Ravenna, donde entró gracias a las intrigas de su padre. La ciudad fue saqueada por las tropas orientales y Juan detenido y enviado a Aquileia (Aquilea), sede de la corte del César Valentiniano. Gala Placidia ordenó que se le amputase la mano derecha y se le pasease por el circo a lomos de un asno, antes de hacerle ejecutar. En cuanto a Castino, se decidió enviarle al exilio. Unos meses después, el 23 de octubre de 425, Helión proclamaba Augusto a Valentiniano en la ciudad de Roma. Placidia, vitoreada por segunda vez como Augusta, ejercería la regencia durante la minoría del joven príncipe<sup>43</sup>.

La deposición de Juan y el advenimiento de Valentiniano III (425-455) actuaron como detonantes del despliegue vándalo hacia el Mediterráneo. En el verano de 425, los guerreros de Gunderico se lanzaron al pillaje, avanzando por dos rutas distintas. Unos se dirigieron hacia el litoral levantino de la Carthaginiensis, y saquearon la capital de la provincia, Carthago Spartaria (Cartagena), en cuyo puerto se apoderarían de las naves que, poco después, les permitieron depredar las islas Baleares y las costas de la Mauritania Tingitana. Otros orientaron su ofensiva hacia las fértiles tierras del valle del Guadalquivir, donde lograron tomar la ciudad de Hispalis (Sevilla), el gran puerto fluvial de la Baetica, que fue saqueado e incendiado. La clase dirigente hispanorromana tuvo que soportar el yugo vándalo. Según la interpretación que hace Ch. Courtois de las fuentes, la basílica hispalense de San Vicente mártir fue confiscada por orden regia y consagrada al culto arriano<sup>44</sup>. Hidacio, Isidoro y la Chronica Gallica, que son quienes nos transmiten la noticia, consideran la repentina muerte de Gunderico como expresión del juicio divino por tal pecado<sup>45</sup>. Desdichadamente, nada dicen sobre las

circunstancias concretas en que ésta se produjo. Para obtener un poco de luz debemos recurrir a Procopio de Cesarea, quien nos ha legado dos versiones distintas del suceso. Una de ellas es la que circulaba entre los vándalos a comienzos del siglo VI, y según la misma Gunterico habría sido capturado por un grupo rival de germanos y empalado vivo. La otra, de origen desconocido, señala que el monarca pereció a manos de su hermano Genserico<sup>46</sup>. Esta última parece ser la más fiable, ya que también aparece recogida por Teófanos. La primera seguramente no sea más que el producto de una confusión entre el fin de Gunterico y el de su padre Godagisel<sup>47</sup>. En cualquier caso, tras la muerte del soberano, acaecida en 428, le sucedió su hermano Genserico (428-477), que sería quien condujese a los vándalos hasta Africa<sup>48</sup>.

La historiografía bizantina responsabiliza a Bonifacio de la invasión de Africa. Según Procopio, el comes Africae habría solicitado la ayuda de Gunterico para enfrentarse a las asechanzas de su rival Aecio, magister equitum per Gallias y nuevo hombre de confianza de Gala Placidia<sup>49</sup>. Próspero de Aquitania es el cronista occidental más antiguo que sostiene una versión parecida<sup>50</sup>. Sin embargo, algunos historiadores de nuestro siglo, como Ch. Courtois, rechazan la presunta traición de Bonifacio. Las razones son bien simples, ni Agustín de Hippo Regius, ni Posidio de Calama, ni ningún otro autor africano, se hace eco de la misma<sup>51</sup>. Antes bien, atribuyen la invasión a la voluntad divina<sup>52</sup>. Por otro lado, sabemos que Bonifacio ya se había reconciliado con Ravenna antes de que los vándalos desembarcasen en Africa, y no después, como erróneamente afirma Procopio<sup>53</sup>. Descartada la defección de Bonifacio, sólo nos queda un motivo que explique la invasión. Los germanos pasarían a Africa atraídos por su proverbial riqueza, tras haber esquilado la Baetica y la Carthaginiensis.

El curso de los acontecimientos puede seguirse sin grandes problemas. En 427 fue requerida oficialmente la presencia de Bonifacio en Ravenna. Sin embargo, el comes Africae se negó a obedecer la orden que le imponía el retorno a la corte, temiendo que se tratase de una trampa preparada por los generales Felix y Aecio, para deshacerse de él. Ante la insubordinación de Bonifacio, Felix envió a Africa un ejército, a las ordenes de los duces Mavorcio, Galión y Sanoeces. En principio, éstos lograron cercar al adversario. Pero mientras le asediaban, se produjo un hecho que dio un vuelco a la campaña. Sanoeces se pasó al bando enemigo y entregó en manos de Bonifacio a sus compañeros. Mavorcio y Galión fueron ejecutados y la expedición se saldó con un fracaso para el gobierno de Ravenna<sup>54</sup>.

Al año siguiente, Felix mandó al comes Sigisvulto con tropas de refuerzo, para hacerse cargo de la dirección de las operaciones. En esta ocasión Bonifacio se avino a negociar. El comes Dario, llegado a Africa en calidad de comisionado imperial, acordó las condiciones. Bonifacio convino en renovar su lealtad a Ravenna, a cambio de que se le permitiese seguir al frente del gobierno militar de la diocesis. En garantía de que cumpliría lo pactado, entregó como rehén a Verimodo, tal vez, hijo suyo<sup>55</sup>. De tal manera, la paz quedaba sellada; aunque fuese demasiado tarde. Los vándalos llamaban a las puertas de Africa, y el prolongado conflicto entre Bonifacio y Felix había impedido a las autoridades de Ravenna tomar conciencia de la amenaza que éstos representaban.

### 1.2. La invasión de Africa.

En mayo de 429, unos 80.000 individuos de origen germánico, según Víctor de Vita, cruzaron el estrecho de Gibraltar para arribar a las playas de la Mauritania Tingitana

<sup>56</sup>. Se trataba de ancianos, jóvenes, y niños, mujeres y hombres, libres y esclavos; familias enteras, que iban en busca de aquel hortus deliciarum, del que tantas veces habían oído hablar<sup>57</sup>. No cabe duda de que en sus filas debió predominar el elemento tribal vándalo, tanto de origen asdingo como silingo; pero también se podía detectar la presencia de un importante contingente de alanos y de grupos menos amplios de godos, suevos e incluso hispanorromanos<sup>58</sup>. Entre estos últimos se encontraban Arcadio, Eutiquio, Pascasio y Probo, consejeros del rey Genserico<sup>59</sup>; además de los magistri militum y marineros que condujeron a los germanos hasta la orilla africana del estrecho, a bordo de las embarcaciones confiscadas, por mandato del rey, a los navicularii de los puertos de la Baetica y de la Carthaginiensis<sup>60</sup>.

Gregorio de Tours señala que la flota partió de Iulia Traducta (Tarifa)<sup>61</sup>; pero no nos indica en qué punto de la costa mauritana desembarcó la multitud que transportaba. Tal ausencia de noticias estimuló el debate entre los historiadores de la primera mitad del siglo XX. La opinión tradicional era partidaria de emplazar el suceso en el puerto de Ad Fratres (Nemours), en la Mauritania Caesariensis, donde la escuadra habría fondeado, tras efectuar escalas técnicas en Tingis (Tánger) y Septem (Ceuta)<sup>62</sup>. En esta línea se definieron L. Schmidt en la primera edición de su Geschichte der Wandalen, aparecida en Leipzig en 1.911 y E.-F. Gautier, durante el período entreguerras<sup>63</sup>. No obstante, en 1.936 J. Carcopino demostró que, a comienzos del siglo V, aún se empleaba la ruta de Volubilis (Ksar-Pharaoun)-Altava (Lamoricière) como vía de comunicación terrestre entre el actual Marruecos y la Argelia occidental<sup>64</sup>. A su vez, J. Le Gall, basándose en un epitafio hallado en Altava, se pronunció a favor de un desembarco en Tingis, desde donde los bárbaros marcharían hacia el este a

través del desfiladero de Taza<sup>65</sup>. L. Schmidt no tardaría mucho en adherirse a la nueva tesis formulada por el historiador francés. Tan sólo seis años después, en la segunda edición de su obra, publicada en Munich en 1.942, se decanta ya por el itinerario terrestre<sup>66</sup>. Aduciendo unas u otras razones, Ch. Courtois, P. Courcelle y L. Musset han mantenido la misma postura; hasta hoy la más coherente con los datos que se encuentran a nuestra disposición<sup>67</sup>.

Finalizada la operación de desembarco en junio de 429, las fuerzas germánicas, lideradas por Genserico, avanzaron a través de las Mauritánias. Del total de 80.000 almas, que supuestamente habían cruzado el estrecho, se estima sólo en torno a 16.000 la cifra de guerreros<sup>68</sup>. Divididos en pequeños destacamentos cabalgaban a la vanguardia del pueblo, efectuando incursiones depredatorias en un amplio radio espacial, mientras la flota les seguía costeando el litoral. Semejante táctica no debía tener otro fin que el de proteger a las mujeres, niños y ancianos, que, reunidos en una gran caravana, marcharían lentamente a lo largo de las principales calzadas. Los guerreros les abrían camino y obtenían, mediante saqueo, las provisiones necesarias para subvenir al sostén de sus familias en el trayecto<sup>69</sup>. Como ya hemos visto, partiendo de Tingis se dirigieron a Altava vía Volubilis, para, a continuación, descender a la costa y caer, con probabilidad, sobre Caesarea (Cherchel). Ignoramos si la ciudad llegó a ser tomada por los bárbaros; pero los estragos que éstos causaron en la provincia debieron ser considerables<sup>70</sup>.

Las fuentes narrativas que nos permiten conocer el avance de los bárbaros y sus depredaciones son, en su mayor parte, de origen eclesiástico, por lo que disponemos de abundante material para conocer los efectos que tuvo la irrupción germánica

sobre la Iglesia. No obstante, sólo contamos con un documento que haga alusión a acontecimientos acaecidos con anterioridad a la entrada de Genserico y sus tropas en la Numidia. Se trata de una carta del papa León I (440-461) referente a las religiosas violadas en la Mauritania Caesariensis, durante la invasión de 429. El número de víctimas resultó ser lo suficientemente elevado como para que, tres lustros después, cuando la provincia fue devuelta al Imperio, León I se preocupase de regular la situación de aquellas. En una carta dirigida al episcopado de la Caesariensis, aconsejó que no se las incluyese entre las vírgenes que habían logrado preservar su castidad, sino que se las mantuviese aparte, como una categoría especial de fieles<sup>71</sup>. Para P. Courcelle, la disposición del pontífice manifiesta la sospecha, que pesaba sobre las religiosas, de haber incurrido en pecado de fornicación; y enuncia la hipótesis de que la medida respondiese a acusaciones de haber cedido fácilmente a los agresores<sup>72</sup>. En cualquier caso, el que no se las añadiese al orden de los penitentes, ni se las reintegrase al de las vírgenes, demuestra la carencia de pruebas inculpatorias y la persistencia de las dudas.

Posidio, obispo de Calama, fue testigo ocular de los acontecimientos<sup>73</sup>, y nos ha legado un relato lleno de dramatismo sobre el desarrollo de esta primera fase de la invasión en la Numidia:

" Más poco después, por voluntad y permisión de Dios, numerosas tropas de bárbaros crueles, vándalos y alanos, mezclados con godos y otras gentes venidas de Hispania, dotadas con toda clase de armas y avezadas a la guerra, desembarcaron e irrumpieron en Africa; y luego de atravesar las regiones de la Mauritania penetraron en nuestras provincias, dejando

en todas partes huellas de su crueldad y barbarie, asolándolo todo con incendios, saqueos, pillajes, despojos y otros innumerables y horribles males. No tenían ningún miramiento al sexo ni a la edad; no perdonaban a sacerdotes ni a ministros de Dios, ni respetaban ornamentos, utensilios ni edificios dedicados al culto divino"<sup>74</sup>.

Los sucesos referentes a la Numidia, que nos relata el obispo de Calama, debieron tener lugar a fines de 429 <sup>75</sup>. Lo más seguro es que los vándalos tomaran la calzada que desde Sitifis (Setif) se dirigía a Cartago, pasando por Cirta Constantina (Constantine) y Thubursicu Numidarum (Khamisa). Al llegar a este último punto, el ejército debió dividirse, al menos, en tres grupos que podamos identificar. El primero marcharía hacia el norte, camino del Mediterráneo y de Hippo Regius. El segundo debió seguir la carretera que conducía directamente a Cartago. Y el tercero parece haberse encaminado a Theveste (Tebessa), desde donde pudo penetrar sin dificultad en la Byzacena<sup>76</sup>.

A medida que la avalancha de refugiados, que antecedió al invasor, iba llegando a la zona oriental de la Numidia y al oeste de la Proconsularis, crecía el desasosiego entre la población de la zona. En algún momento, a finales de 429 o comienzos de 430, Agustín, obispo de Hippo Regius, había enviado una carta a Honorato de Thiabena. Se trata del documento más antiguo que poseemos sobre la invasión. Honorato, haciéndose eco de las inquietudes de otros muchos prelados, había escrito algunas semanas atrás a su colega, para solicitar consejo sobre lo proceder que debía adoptar el episcopado ante la proximidad de las tropas bárbaras. A modo de respuesta, Agustín le había remitido copia de una breve epístola, hoy perdida, que, poco antes, enviase al diácono Quodvultdeus, a fin de satisfacer

idéntica demanda. Por los fragmentos que de este último billete se insertan en la carta a Honorato, sabemos que el anciano obispo de Hippo Regius dejaba muy clara su postura:

"Pues aunque escribí aquella carta brevemente, paréceme haber consignado allí cuanto bastaba para satisfacer a los consultantes. Porque ya dije en ella que no había de prohibirse la retirada a los que lo desearan y pudieran refugiarse en lugares seguros ni se han de romper los vínculos que nos ligan a la caridad de Cristo, dejando desiertas las iglesias, encomendadas a nuestra vigilancia. He aquí las palabras que escribí entonces: "Dondequiera que nuestro ministerio sacerdotal es necesario para los feligreses, sean los que fueran, del lugar en que residimos, y no conviene queden privados de nuestra presencia, debemos decir al Señor: "Sé Tu nuestro protector y el lugar de nuestro refugio""<sup>77</sup>.

Aquel consejo no había satisfecho a Honorato, quien, al igual que otros muchos prelados de la región amenazada por los bárbaros, era partidario de la huida. En la segunda carta que dirigió a Agustín, le recordaba la cita evangélica: "Cuando os persiguieran en una ciudad, id a otra"<sup>78</sup>, así como los ejemplos del propio Jesús, cuando sus padres lo ocultaron en Egipto de la furia del rey Herodes, y el del apóstol Pablo, descolgado en una espuerta desde los muros de Damasco, para evitar la muerte a mano de sus enemigos<sup>79</sup>. Recordaba, también, el caso de algunos obispos de Hispania, que abandonaron sus sedes al producirse la invasión de la Península en 409. En el fondo, Honorato se limitaba a reafirmar los argumentos que ya había expuesto en su primera epístola y que eran los que sostenía buena parte del episcopado africano:



"Si hemos de permanecer en las iglesias, no veo el provecho que podemos traer a los pueblos, salvo el de asistir al espectáculo de las matanzas de los hombres, de la violación de las mujeres, incendio de las iglesias y nuestra misma muerte en los tormentos, por exigir de nosotros lo que no podemos darles"<sup>80</sup>.

Hasta los oídos de Agustín habían llegado algunas proposiciones similares, como la de aquel obispo que decía: "Si el Señor nos recomendó la fuga en las persecuciones, cuyo fruto suele ser el martirio, ¿cuánto más hemos de evitar una pasión sin provecho en el caso de una incursión hostil de los bárbaros?"<sup>81</sup>. Otros pretextaban que los ministros de Dios debían ponerse a salvo, para poder ser útiles a la Iglesia en mejores tiempos. No obstante, Agustín tampoco se doblegaba ante este argumento:

"Hagan, pues, los siervos de Cristo, ministros de la palabra y de los sacramentos, lo que él mandó o permitió. Huyan de una ciudad a otra, cuando pelagra su vida personal, con tal que otros ministros, que no son blanco de persecución, no abandonen la Iglesia, sino sigan suministrando los alimentos necesarios para la vida de las almas. Mas cuando hay peligro común para todos, obispos, clérigos y fieles, los que necesitan el apoyo de otros no sean abandonados de los que deben prestarlo. O vayan, pues, todos a lugares defendidos, o si no pueden menos de quedarse, no los abandonen quienes tienen la obligación de atender a sus necesidades, para que o todos vivan o todos sufran juntamente lo que el Padre de familias tiene dispuesto"<sup>82</sup>.

Agustín basa su razonamiento en un versículo de la

I Epístola de Juan: "Como Cristo expuso su alma por nosotros, así nosotros debemos exponerla por los hermanos"<sup>83</sup>; y señala que ni Jesús en la huida a Egipto abandonó a su Iglesia, dado que aún no había sido constituida; ni Pablo dejó desamparados a los fieles de Damasco, ya que en la comunidad local quedaron ministros para atender a su servicio<sup>84</sup>. Defiende, además, la conducta del episcopado hispano, que en su mayor parte permaneció junto a sus ovejas, y sólo cuando éstas escaparon, fueron asesinadas o tomadas cautivas, emprendió la fuga<sup>85</sup>. Considera que los pastores que pudiendo huir optan por compartir la suerte de su rebaño, tiene mayor mérito que aquellos otros que, por interés propio, se dan a la fuga y, posteriormente, caen en manos de los bárbaros y, sin negar a Cristo, sufren el martirio<sup>86</sup>. Por otra parte, era en tiempos de tribulación y angustia cuando más necesaria se hacía la presencia de los obispos al frente de sus comunidades, ya que muchos laicos afluían a las iglesias pidiendo el bautismo, la reconciliación o la penitencia<sup>87</sup>. Si los prelados desertaban, se corría el riesgo de que los fieles apostatasen<sup>88</sup>. De todos modos, Agustín concluye admitiendo que cuando los fieles "prefieren marcharse, siguiendo el consejo de los obispos, éstos quedan desobligados de seguir allí, porque faltarían las personas cuyo servicio los sujeta a la permanencia"<sup>89</sup>. Al parecer, ésta fue la pauta de conducta para numerosos prelados, entre los que se encontraban algunos discípulos del mismo Agustín, como Posidio de Calama, quien, junto con otros colegas de poblaciones vecinas, corrió a refugiarse tras los fuertes muros de Hippo Regius en la primavera de 430<sup>90</sup>.

Grupos de fugitivos se desplazaban a lo largo de las calzadas que conducían al este, precediendo a los guerreros bárbaros. Aquellas gentes, que habían presenciado pillajes y asesinatos, relatarían a su paso por ciudades, villas y aldeas

los horrores vividos en las Mauritánias. Entre su auditorio siempre debieron encontrar personas dispuestas a sumarseles en la huida, con lo que el número de refugiados iría incrementándose progresivamente. Senatores et honorati viri acompañados de sus parientes y de aquellos esclavos domésticos que habían permanecido leales; obispos a la cabeza del clero y de los fieles de su iglesia; y miembros de comunidades monásticas dispersadas, confluyeron alrededor de los tres recintos urbanos mejor fortificados de toda la diocesis Africae: Cirta Constantina, Hippo Regius y Cartago. Los grandes propietarios y sus familias se concentraron en torno a Cartago, donde permanecerían a salvo hasta 439; momento en el cual la ciudad cayó en manos de los vándalos y los numerosos notables, que se hallaban en su interior, fueron capturados, despojados de sus bienes y enviados al exilio;<sup>91</sup>.

La mayor parte de los refugiados eran miembros de la clase dirigente: terratenientes, obispos y clérigos católicos, altos cargos de la administración civil y militar, funcionarios, oficiales y decuriones acomodados. Por lo común, huían acompañados de sus más fieles servidores. De todos modos, la masa de la población parece haber permanecido indiferente a la ruina de la antigua élite, cuando no abiertamente propicia al invasor. Según Agustín, muchos esclavos se tornaron, de súbito, hostiles a sus amos y los entregaron con todos sus bienes en manos de los bárbaros. Los señores que no huyeron se vieron reducidos a la servidumbre, y sus parientes tuvieron que pagar elevadas sumas, para rescatarlos<sup>92</sup>.

Las traiciones de los esclavos, y el hecho de que no pocos se pasasen a las filas del enemigo, pese a la severidad de las penas impuestas por la legislación imperial, demuestra lo grave que había llegado a ser la conflictividad social en

Africa<sup>93</sup>, al tiempo que nos permite constatar la parcialidad de nuestras fuentes. No cabe duda de que la invasión fue un desastre para las clases privilegiadas, que son las que nos han dejado testimonio escrito de los sucesos. Pero, en el resto del entramado social, parece haberse recibido con alivio el derrumbe del aparato burocrático y militar del estado romano y la huida de los latifundistas. Amplios sectores de la población percibían como opresiva la política fiscal y religiosa del gobierno de Ravenna. Los impuestos, destinados a sufragar el mantenimiento de la burocracia y el ejército, junto con las severas medidas adoptadas contra el paganismo y la herejía, provocaban el rechazo de una parte de la sociedad hacia el gobierno imperial y sus representantes laicos y eclesiásticos. Por otro lado, las abismales diferencias socio-económicas entre los grandes propietarios y la mano de obra que trabajaba sus dominios, y el distanciamiento cultural de los habitantes romanizados de las ciudades afrolatinas respecto al campesinado y a las tribus maurus, que habitaban en las regiones montañosas, debieron operar como otros tantos elementos de disgregación interna, al producirse la invasión.

El avance de los vándalos a través de la Numidia, hasta alcanzar los límites de la Proconsularis, fue tan devastador como el efectuado por la Caesariensis y la Sitifensis. Posidio asegura que se vieron "ciudades destruidas y saqueadas; los moradores de las granjas (villarum habitantes) pasados acuchillo o dispersos; las iglesias, sin ministros y sacerdotes; las vírgenes sagradas y los que profesaban la vida de continencia, cada cual por su parte, y de ellos, unos habían perecido en los tormentos, otros sucumbieron al filo de la espada; muchos cautivos, después de perder la integridad de su cuerpo y alma y de su fe, gemían bajo la dura servidumbre enemiga... mudas las iglesias que antes habían resonado con los

cánticos divinos y alabanzas, y en muchísimos lugares, reducidos a pavesas sus edificios. Había cesado el sacrificio solemne debido a Dios en cada lugar, y los sacramentos, o no los pedía nadie o no podían fácilmente administrarse al que los pedía por falta de ministros. Muchos se habían refugiado en las cuevas y espeluncas buscando un reparo; pero aún allí fueron descubiertos y asesinados; otros, transidos de hambre, se consumieron y fenecieron. Los mismos pastores de las iglesias y los clérigos que tal vez por milagro de Dios no habían caído en sus manos o se habían escapado de ellas, faltos y desnudos de todo, vivían como vergonzantes, sin poder remediar sus necesidades. De las innumerables iglesias, apenas tres quedaban en pie; a saber: la de Cartago, la de Hipona y la de Cirta, que, gracias a Dios, no fueron destruidas y se conservan incólumes sus ciudades por hallarse guarnecidas de apoyo divino y humano (et divino et humano fultae praesidio)..."<sup>94</sup>.

Según nos refiere Víctor de Vita en su Historia persecutionis africanae provinciae, cuando los bárbaros topaban con ciudades amuralladas o fortalezas inexpugnables (urbes cunctaque oppida)<sup>95</sup>, recurrían al expeditivo método de asesinar un grupo de prisioneros al pie de las fortificaciones, con el siniestro propósito de que los cadáveres putrefactos provocasen una epidemia devastadora en el interior de la plaza asediada:

"Pero donde aparecían algunas fortificaciones, que no fuese capaz de abatir la hostilidad del furor bárbarico, ejecutaban con sus mortíferas espadas innumerables muchedumbres congregadas en rededor de las defensas, a fin de que, al pudrirse los cadáveres, matasen con su hedor de cuerpos que se descomponen a aquellos a quienes no podían acercarse por impedirlo la protección de los

muros"<sup>96</sup>.

Comparando el relato sobre la invasión elaborado por Víctor de Vita, medio siglo después de la llegada de los vándalos a Africa, con sus fuentes de información ( en concreto la Vita Augustini de Posidio de Calama y el segundo sermón De tempore barbarico de Quodvultdeus de Cartago), Ch. Courtois ha logrado establecer qué noticias ofrecidas por la Historia persecutionis proceden de obras contemporáneas a los hechos, y cuáles se hallan deformadas o son producto de los prejuicios antiarrianos y germanóforos de su autor<sup>97</sup>. Al parecer, la curiosa técnica poliorcética, a la que aludíamos más arriba, debe encuadrarse en esta última categoría.

Aunque no vamos a entrar en el análisis de la descripción que nos transmite Víctor de Vita sobre las torturas aplicadas por los germanos a obispos y clérigos católicos, sí que deseamos hacer notar que entre las víctimas de los invasores se menciona a Pampiniano de Vita, atormentado con hierros rusientes hasta la muerte, y a Mansueto de Urusi (Hr. Soudga), quemada en las afueras de su sede episcopal, junto a la llamada porta Fornitana<sup>98</sup>. Dejando al margen la cuestionable historicidad de los detalles del martirio, cabría destacar que ambos prelados ejercían su ministerio en la Byzacena. Puesto que sus muertes acaecieron de manera paralela al cerco de Hippo Regius (quae tempestate Hipporegiorum obsessa est civitas), es seguro que, al menos desde comienzos de la primavera de 430, las incursiones bárbaras alcanzaban de lleno a las ricas provincias de la Proconsularis y la Byzacena.

Pese al carácter martirial que los escritores de la época suelen atribuir a los asesinatos de obispos y sacerdotes a manos de los vándalos, es poco probable que ninguno de ellos

sufriese daño a causa de su fe. Cuando las puertas de las basílicas eran derribadas a golpe de hacha, no se debía tanto al odio que pudiesen albergar los bárbaros arrianos hacia el catolicismo, como al deseo de apropiarse de los ornamentos litúrgicos de oro y plata, que acumulaban los edificios de culto. Aquellos ricos despojos, tomados en calidad de botín de guerra, eran altamente valorados en las sociedades tribales germánicas. Se trataba de bienes de prestigio, que destacaban la virtus heroica del guerrero y le conferían status dentro de la comunidad, por lo que rara vez se ponían en circulación en el mercado<sup>99</sup>. Los temores de Honorato de Thiabena a que los bárbaros le exigiesen bajo tortura lo que no podía dar, confirma el carácter esencialmente depredatorio de las agresiones sufridas por iglesias, monasterios y cementerios católicos en Africa. Sin embargo, y aunque parezca paradójico, el testimonio más concluyente en este sentido es el aportado por Víctor de Vita:

"¡Por aquel entonces, a cuántos preclaros pontífices y nobles sacerdotes arrebataron la vida estos (bárbaros) con diversos tipos de torturas, a fin de que si poseían algún objeto de oro o plata, ya fuese de su propiedad o de la Iglesia, lo entregasen!"<sup>100</sup>.

Como ya hemos señalado, en la primavera de 430 se produjo la invasión de las provincias más orientales del Africa romana. A pesar de que la cifra de guerreros bárbaros era muy inferior a la población romana, el comes Africae no disponía de los efectivos necesarios para contener su avance arrollador. Según Ch. Courtois, Bonifacio en ningún momento contó con las tropas que se registran en la Notitia Dignitatum. Esta se limitaría a reflejar la situación anterior a la revuelta de Firmo en 372. Y , por tanto, los efectivos de que podía hacer uso el

comes se reducían a los foederati godos, que en otro tiempo habían estado acantonados en las guarniciones fronterizas, para defender el limes de las incursiones mauras<sup>101</sup>. Esta tesis resulta avalada por la ausencia de toda mención a otras unidades regulares, que no fueran los federados godos, en las fuentes de la época. Los problemas financieros por los que atravesaba el Imperio, la necesidad de tropas en otros frentes y el temor del gobierno central a las rebeliones militares en la zona, debieron determinar el traslado o la disolución de muchas de los contingentes que aparecen en la Notitia.

Aunque la situación de la diócesis era ciertamente crítica desde hacía un año, Bonifacio no decidió a salir al campo de batalla hasta que la Proconsularis y la Byzacena no se vieron seriamente amenazadas. La escasez de fuerzas le había llevado a inhibirse de las tareas de defensa en los primeros meses de la invasión, cuando eran las Mauritánias y la Numidia las únicas zonas devastadas. Pero la importancia de las pérdidas económicas que supondría para el estado y la aristocracia senatorial de Occidente la caída de la Proconsularis y la Byzacena en manos de los bárbaros le obligó a salir a su encuentro. La confrontación tuvo lugar en las inmediaciones de Hippo Regius. El ejército del comes Africae, compuesto en su mayor parte por tropas federadas de origen godo, fue derrotado y los supervivientes, con Bonifacio a la cabeza, hubieron de buscar refugio tras los muros de la ciudad<sup>102</sup>. Poco después, ya sea el 29 de mayo o el 27 de junio de 430, los bárbaros la pusieron cerco. El asedio duraría catorce meses. En sus primeras semanas, Agustín se esforzó por infundir ánimos en la población y en los numerosos refugiados; pero el anciano prelado fallecería el 28 de agosto, cuando apenas se había iniciado el sitio<sup>103</sup>.

Mientras tanto, el gobierno de Ravenna intentaba



hallar alguna salida. Sus más prósperas provincias, fuente de recursos con que alimentar a la plebs frumentaria de Roma y principal sostén de la domus divina de Occidente, estaban siendo devastadas por el enemigo<sup>104</sup>. Conviene recordar el enorme valor de la aportación económica africana a los gastos del sacrum cubiculum<sup>105</sup>. A fin de subvenir a su mantenimiento, los emperadores del siglo IV habían reservado una serie de grandes propiedades, conocidas en conjunto como domus divina, que en Occidente se localizaban principalmente en la diocesis Africae<sup>106</sup>. De hecho, la Notitia dignitatum menciona al rationalis rei privatae fundorum domus divinae per Africam como funcionario del estado a las ordenes del comes rei privatae<sup>107</sup>.

Una constitución promulgada por Honorio en Ravenna, el 22 de febrero de 422, nos informa sobre la extensión de los dominios imperiales en la Proconsularis y en la Byzacena. Va dirigida al comes rei privatae Venancio y señala que, según los registros al uso (secundum fidei polyptichorum), en la primera de las susodichas provincias, los fundos adscritos a la res privata suman 14.702 centuriae y 285'5 iugera; en tanto que en la segunda de ellas se alcanzan las 15.075 centuriae y 183'5 iugera<sup>108</sup>. A razón de 50 hectáreas por iugum y 200 iugera por centuria, Ch. Courtois ha calculado 741.862 ha. en la Proconsularis y 760.684 ha. en la Byzacena; lo que hace un total de 1.502.546 ha.<sup>109</sup>. Teniendo en cuenta que la superficie de estas dos provincias se ha estimado en 80.000 y 100.000 centuriae respectivamente, A. H. M. Jones establece que los dominios imperiales abarcaban el 18'5 % del espacio de la Proconsularis y el 15 % del de la Byzacena. Puesto que ambas comprendían grandes áreas de montaña y desierto, sobre todo la última, Jones concluye que los fundos adjudicados a la res privata debían ocupar una elevada proporción de las tierras cultivables. Cabría añadir que una buena parte de aquellas haciendas estuvieron

asignadas a la domus divina per Africam, y, por tanto, su producción se hallaba destinada a sufragar los gastos ocasionados por el mantenimiento del aparato de la casa imperial<sup>110</sup>. La frecuencia con que se estaban dando saqueos y pillajes en los campos y ciudades de la Proconsularis y la Byzacena, las fugas de esclavos y el éxodo hacia Cartago de la mayor parte de los miembros de la clase dirigente, había colapsado la vida económica de estas dos provincias.

### 1.3. La expedición de Aspar y el foedus de 435.

Para la primavera de 431, sólo tres ciudades en toda la diocesis Africae escapaban al control bárbaro: Cartago, cuya defensa pudo haberla organizado el procónsul en ausencia del comes Africae<sup>111</sup>; Hippo Regius, donde resistía Bonifacio; y Cirta Constantina, capital de la Numidia<sup>112</sup>.

El cursus publicus, por donde habitualmente circulaban las rentas e impuestos recaudados en oro y plata, la annona cobrada en especie, el correo oficial, las armas y uniformes destinados al ejército, las fieras enviadas a Roma y los materiales para construcciones públicas, había dejado de funcionar. Prueba de ello es que los despachos de las autoridades romanas no podían transmitirse más allá de Cartago. El obispo de esta última ciudad, Capreolo, tuvo que excusar la asistencia del clero africano al Concilio de Efeso, debido a la paralización del servicio estatal de postas.

Desde luego, las imperiales litterae, convocando al episcopado africano a la asamblea, llegaron a Cartago; aunque lo hicieron por Pascua, cuando apenas faltaban dos meses para la apertura del Concilio, fijada el día 7 de junio de 431, lunes de Pentecostés<sup>113</sup>. El retraso con que se recibió la notificación no

dejaba margen de tiempo, para reunir una delegación episcopal representativa. Sin embargo, ésta no era la razón principal que imposibilitaba la concurrencia de los prelados africanos. El diácono Besula fue despachado a Efeso con la mencionada carta de Capreolo, y pudo llegar a tiempo de entregar la misiva y asistir a la reunión<sup>114</sup>. La causa real se expresaba claramente en la epistola que portaba el delegado del metropolitano de la Proconsularis. Una inimicorum multitudo devastaba las provincias africanas, impidiendo el libre tránsito a través de la vía usual<sup>115</sup>. No hay que olvidar que por el cursus publicus viajaban los miembros del comitatus y todas aquellas otras personas que obtenían una autorización especial (evectio), entre quienes se encontraban los obispos convocados a un concilio por el emperador<sup>116</sup>.

La ausencia de una legación episcopal africana en Efeso revela la celeridad con que se produjo la desintegración de los servicios públicos del estado romano en la Proconsularis y la Byzacena, como consecuencia de las incursiones vándalas. De hecho, es probable que ambas provincias estuviesen ya ocupadas por unidades de combate germánicas<sup>117</sup>. En su carta, Capreolo añade que la población había sido asesinada o vagaba fugitiva, y que, para colmo de males, Agustín, obispo de Hippo Regius, cuya presencia era requerida por el emperador Teodosio II, había fallecido recientemente<sup>118</sup>.

Dado que los problemas surgidos en la Raetia Prima y en el Noricum, le impedían disponer del ejército del Danubio para defender Africa, Gala Placidia había solicitado la ayuda de su sobrino Teodosio II<sup>119</sup>. Constantinopla no tenía menos razones que Ravenna para sentirse alarmada. De no ponerse freno a la incontenible expansión vándala, la seguridad de su propio granero egipcio podía hallarse comprometida.

A principios del siglo V, la armada imperial era una fuerza inoperante, sobre todo en Occidente. El control romano del Mediterráneo se basaba en el dominio político de la franja terrestre que lo circundaba<sup>120</sup>. Ravenna sabía por experiencia lo difícil que resultaba mantener esa autoridad, cuando un poder hostil se instalaba en el norte de Africa<sup>121</sup>. Si algún puerto importante de la zona llegaba a caer en poder de los vándalos, como ocurriera pocos años atrás en Hispania con el de Carthago Spartaria, las desastrosas incursiones que, desde entonces, venían asolando el mar Baleárico se reproducirían ahora en el Jónico, el Tirreno y el Adriático<sup>122</sup>.

En atención a la demanda de auxilio efectuada por Gala Placidia, Teodosio II envió a Africa un ejército, al mando del magister utriusque militiae Flavio Ardabur Aspar, general de ascendencia alana<sup>123</sup>. Para cuando se inauguró el Concilio de Efeso, en junio de 431, la campaña ya estaba en marcha<sup>124</sup>. El desembarco de las fuerzas orientales, a las que se unieron algunos contingentes occidentales llegados de Italia, debió producirse en julio o agosto de aquel mismo año, coincidiendo con el final del asedio de Hippo Regius<sup>125</sup>. Sobre este último suceso disponemos de dos versiones aparentemente contradictorias. Posidio de Calama asegura que la ciudad fue abandonada por sus habitantes e incendiada por los bárbaros<sup>126</sup>. En cambio, Procopio de Cesarea sostiene que los germanos levantaron el cerco a causa del hambre que estaban padeciendo<sup>127</sup>. Historiadores de los siglos XIX y XX se ha inclinado en favor de uno u otro de los relatos en función del crédito que les mereciese su autor. Como Posidio fue presunto testigo ocular del suceso, han sido bastantes los investigadores que han optado por preferir su versión de los hechos. Sin embargo, hace tiempo que se ha advertido que ésta no se corresponde con los hallazgos arqueológicos efectuados en las últimas décadas. El atento

estudio de los materiales procedentes de las excavaciones realizadas en las ruinas de Hippo Regius constata la ausencia de huellas de un gran incendio, lo que hace imprescindible un nuevo análisis e interpretación de los datos que nos proporcionan las fuentes literarias<sup>128</sup>.

En la primavera de 431 Hippo Regius estaba completamente bloqueada. Por tierra la cercaban varias unidades del ejército vándalo; en tanto que por mar la flota hispana, que ayudó a los germanos a atravesar el estrecho y los siguió hacia el este bordeando el litoral africano, impedía a los asediados hacer uso de las instalaciones portuarias, para escapar o recibir auxilio exterior<sup>129</sup>. Como ya hemos señalado, el desembarco de las tropas mandadas por Aspar coincide cronológicamente con el final del sitio de Hippo Regius. Este dato nos induce a pensar que Procopio no se equivocaba al escribir que los vándalos levantaron el sitio. A la imposibilidad de tomar la plaza o rendirla por las armas y al hambre, que diezmaba las filas de los efectivos germánicos, vino a sumarse la presencia de las tropas bizantinas. Sin duda, Genserico precisaría de todos sus hombres para hacer frente a aquella nueva amenaza. No resulta extraño que, en tales circunstancias, dispusiese la concentración de sus tropas en puntos estratégicos bien abastecidos, dando término, de manera abrupta, al asedio de Hippo Regius.

Un cese automático de las hostilidades explicaría la aparente facilidad con que Bonifacio se reunió con Aspar, la salvación de la biblioteca de Agustín y la salida sin tropiezos de los refugiados y de parte de la población de la ciudad. El respeto a las vidas de los habitantes de Hippo Regius es un hecho absolutamente insólito, que no cuadra, para nada, con la forma habitual de comportamiento que tenían los vándalos. Sólo el alzamiento del cerco o la firma de unas capitulaciones podrían

justificarlo. Puesto que las fuentes no hacen la más mínima referencia al segundo supuesto, cabría descartarlo. De haberse producido una rendición condicionada de la ciudad, sin duda, constaría en alguna parte, como ocurre en el caso de la de Roma en 455, dada su excepcionalidad. La invasión de Africa y las posteriores expediciones vándalas por el Mediterráneo demuestran que Genserico no tenía por costumbre negociar con las autoridades de las ciudades que expugnaba. Su propósito era saquearlas, pasar a cuchillo a cualquiera que hiciese amago de resistencia y tomar cautivos a los sobrevivientes, a fin de, más tarde, poder venderlos como esclavos<sup>130</sup>. A la consecución de tales objetivos subordinaba todos los medios a su alcance, explotando conflictos locales y urdiendo hábiles estratagemas y engaños.

Por otro lado, el testimonio de Posidio ofrece una lectura alternativa, que avala la tesis del levantamiento del cerco. Según nos refiere él mismo, en una ocasión durante el sitio, se hallaba conversando a la mesa con Agustín y el anciano obispo de Hippo Regius declaró ante todos los presentes: "Habéis de saber que yo, en este tiempo de angustia, pido a Dios, o que libre a la ciudad del cerco de los enemigos, o, si es otro su beneplácito, fortifique a sus siervos para cumplir su voluntad, o me arrebate a mí de este mundo para llevarme consigo"<sup>131</sup>. A lo que Posidio añade: "Y ha aquí que en el tercer mes del asedio, el Santo enfermó con unas fiebres, y aquélla fue la última prueba de su vida. No privó dios a su buen siervo del fruto de la plegaria. Porque para sí y para la ciudad alcanzó oportunamente la gracia que con lágrimas pidiera"<sup>132</sup>.

El don divino otorgado a la ciudad sitiada no puede ser otro que el de verse libre de los enemigos (civitatem ad hostibus circumdatam liberare), ya que de las tres súplicas de Agustín únicamente ésta concierne a la Hippo Regius; las dos

restantes atañen a los "siervos de Dios" (suos servos) y a sí mismo (ad se). Observemos, además, que el obispo de Calama menciona como satisfechas las peticiones efectuadas por su colega hiponense a favor de sí mismo y de la ciudad (sibi ipsi et eidem civitati). Nada dice sobre la que imploraba fuerzas para los siervos de Dios, en caso de que fuese "otro su beneplácito". El motivo es evidente. En el discurso agustiniano la segunda demanda se condiciona a la insatisfacción de la primera. Si la ciudad era tomada por los bárbaros, se rogaba el auxilio divino para un grupo específico de la población: los servos Dei. Con tal término designa Agustín a la congregatio civitasque sanctorum, es decir, a los fieles católicos que han recibido el bautismo y la eucaristía y que viven regenerados en la fe de Cristo y su Iglesia, formando parte de la "Ciudad de Dios"<sup>133</sup>. Conviene dejar claro este punto, dado que, por entonces, Hippo Regius, como parte de la civitas terrena, albergaba entre sus muros a gentes de diversas creencias religiosas, al igual que casi cualquier otra ciudad del Imperio romano. De hecho, ni siquiera faltaban algunos arrianos, como los soldados godos de Bonifacio, que profesaban idéntica fe a los invasores<sup>134</sup>.

Establecido el carácter condicional de la oración en pro de los servos Dei, baste recordar que fue la súplica a favor de la civitas la que recibió completa satisfacción, para comprender que Posidio nos está transmitiendo su propia versión sobre el levantamiento del cerco de Hippo Regius. La retirada de los vándalos permitiría al obispo de Calama y a los demás refugiados salir en paz de la plaza asediada. Las imprecisiones del autor de la Vita Augustini al referir las circunstancias en que, finalmente, se produjo la caída de Hippo Regius en poder de Genserico, se entienden así mucho mejor. Cuando este hecho tuvo lugar, Posidio hacía tiempo que se había alejado de la ciudad y, por tanto, no pudo presenciar el episodio. Hubo de conformarse

con registrar las noticias deformadas que llegaron hasta sus oídos sobre la presunta huida masiva de la población y el incendio del casco urbano.

Las nuevas circunstancias permitieron que Bonifacio y Aspar coaligasen sus fuerzas, para combatir al enemigo. La batalla se peleó antes de que el primero de ellos fuese llamado de vuelta a Ravenna, hecho que tuvo lugar a comienzos de la primavera de 432<sup>135</sup>. Puesto que las tropas orientales partieron hacia Cartago al iniciarse la estación navegable de 431, es probable que la confrontación se verificase durante el verano o el otoño de aquel mismo año<sup>136</sup>. De nuevo, Genserico obtuvo una resonante victoria sobre sus rivales, quienes ahora no podrían evitar que el monarca Asdingo ocupase Hippo Regius, con la consiguiente pérdida de la flota local, que pasaría a incrementar el ya nutrido grupo de embarcaciones que los bárbaros habían traído desde Hispania<sup>137</sup>.

La cifra de prisioneros romanos capturados en el campo de batalla fue bastante elevada. Entre ellos se encontraba uno de los domestici de Aspar, el futuro emperador Marciano (450-457)<sup>138</sup>. Una tradición posterior afirma que, en el cautiverio, tuvo oportunidad de entrevistarse con Genserico. Este, observando como un águila volaba una y otra vez sobre el prisionero, creyó que se trataba de un presagio y que, algún día, Marciano vestiría la púrpura. Por ello, decidió ponerle en libertad, no sin antes haberle hecho jurar que nunca volvería a tomar las armas contra los vándalos<sup>139</sup>. Sin duda, la política de entendimiento con Cartago, que desarrollaría Marciano durante su reinado, fue la que dio origen a esta narración.

Leyendas aparte, lo cierto es que la situación africana se deterioraba a gran velocidad. La derrota de las



fuerzas imperiales había permitido a Genserico consolidar posiciones en el este de la Numidia y en el noroeste de la Proconsularis, donde se concentró una importante cantidad de efectivos germánicos. El mismo soberano instalaría su corte en Hippo Regius, hasta la caída de Cartago<sup>140</sup>.

Las razzias contra la Proconsularis y la Byzacena prosiguieron. Genserico deseaba apoderarse de ambas provincias; pero sabía que, mientras el ejército imperial se hallase pertrechado tras los muros de Cartago, sólo sería un sueño irrealizable. Según la Chronica Gallica del año 452, las defensas de la ciudad habían sido restauradas por orden de Teodosio II y de Gala Placidia en 425; lo cual resultó providencial para Cartago<sup>141</sup>. El prolongado asedio de Hippo Regius había demostrado que, al igual que los restantes pueblos germánicos, tampoco los vándalos conocían el arte de la poliorcética. Tal limitación contribuiría a ralentizar la expansión germánica hacia el este de la diocesis, de modo mucho más efectivo que la presencia de tropas orientales<sup>142</sup>.

En la primavera de 432, Bonifacio retornó a Italia. Gala Placidia, que manipulaba las rivalidades existentes en el seno de la cúpula militar en provecho del poder autocrático de la monarquía, había decidido desembarazarse del magister peditum praesentalis Aecio. Para llevar a cabo su secreto proyecto contaba con la colaboración del comes Africae, quien, pese a los terribles acontecimientos que se estaban desarrollando en la diocesis, abandonó Cartago en cuanto recibió ordenes de personarse en la corte<sup>143</sup>. Estas luchas por el poder político, entabladas entre miembros del estado mayor occidental, facilitarían el asentamiento de distintos pueblos bárbaros en el interior de la Romania.

En otro orden de cosas, la Augusta debió considerar que con Aspar bastaba para garantizar la defensa del escaso territorio africano que todavía permanecía bajo control del Imperio. Aunque sin poner excesivo celo en su misión, el general de Teodosio II mantuvo la autoridad romana sobre Cartago y sus alrededores. En el otoño de 433, recibió en esta misma ciudad la designación para ocupar al año siguiente la magistratura consular por la pars Occidentis. No obstante, en el verano de 434, Aspar regresó a Constantinopla, suscitando con su partida nuevas incertidumbres sobre el futuro de África<sup>144</sup>.

Aecio, que había derrotado a Bonifacio en la batalla de Ariminum (Rimini), frustrando así los ocultos designios de Gala Placidia, era ahora el árbitro indiscutible de la política del gobierno de Ravenna<sup>145</sup>. Absorto en los problemas que afectaban a Italia y las Galias, descuidó los que padecía África. Con todo, intentó salvar para Roma las provincias más fértiles de la diócesis, ofreciendo al monarca Asdingo una salida pactada al conflicto.

El 11 de febrero de 435, Genserico sellaba un foedus en Hippo Regius, ante la presencia del legado Trigecio, antiguo comes rei privatae del emperador Honorio<sup>146</sup>. El acuerdo otorgaba a los guerreros del rey vándalo el estatuto oficial de foederati al servicio del Imperio de Occidente. A juicio de Ch. Courtois, la administración imperial presentó la conquista de África "como el desplazamiento anormal de un contingente de federados desde una provincia a otra"<sup>147</sup>.

Parece probable que el gobierno de Ravenna asignase a sus aliados vándalos la misión de defender las provincias norteafricanas de las periódicas incursiones de los pueblos mauros que habitaban en la región montañosa del Hodna y el Aurés.

A modo de pago, se les habría concedido parte de las tierras que ya habían ocupado<sup>148</sup>. Lo difícil es averiguar cuál fue la extensión real de ese territorio. Una referencia de Próspero de Aquitania a varios titulares de sedes episcopales, localizadas en el espacio concedido a los bárbaros, ha permitido establecer sus límites<sup>149</sup>. Estos abarcarían la casi totalidad de la Mauritania Sitifensis, el septentrión de la Numidia y la zona noroeste de la Proconsularis. A fin de instalar a los recién llegados se debió recurrir al viejo sistema de la hospitalitas, ya que no consta que los grandes propietarios romanos fueran despojados de todos sus bienes, como ocurrió años después, cuando los bárbaros se asentaron en torno a Cartago<sup>150</sup>. Por otra parte, el foedus de 435 obligaba a las tropas de Genserico a evacuar las restantes provincias de la diocesis, que habían ocupado durante la invasión. De tal modo, el gobierno de Ravenna consiguió recuperar el control administrativo directo sobre la región en donde se concentraban los mayores y más prósperos dominios imperiales de todo el Africa romana, es decir, la Proconsularis y la Byzacena<sup>151</sup>.

Teóricamente, Genserico había pasado a convertirse en el jefe de un importante contingente de fuerzas federadas, que acataban la soberanía de Valentiniano III. Sin embargo, como pronto revelaría el conflicto entre la monarquía vándala y el episcopado católico, la realidad socio-política era distinta y mucho más compleja.

Una docena de sermones antiarrianos, atribuidos a Quodvultdeus, obispo de Cartago de 437 a 439, dan testimonio de las cuotas de violencia que llegó a alcanzar la confrontación<sup>152</sup>. No en vano, estos discursos, pronunciados en las basílicas ante multitud de fieles, podían concitar los ánimos de la población romana contra la minoría de origen germánico, que

ejercía la función militar.

Genserico no estaba dispuesto a tolerar que, a través de a ideología religiosa, se generase un clima de oposición popular a su poder. A partir de 437, emprendería una campaña destinada a erradicar el problema, intra habitationis suae limites. Varios obispos, entre los que destacaban Posidio de Calama, Novato de Sitifis y Severiano de Cera, fueron privados de sus basílicas y expulsados de sus sedes<sup>153</sup>.

A renglón seguido, el monarca Asdingo depuró su propia corte hiponense, estableciendo, mediante precepto, un plazo para que todos los miembros católicos de la misma se convirtiesen al arrianismo. Arcadio, Pascasio, Eutiquiano y Probo, los cuatro consejeros hispanorromanos del rey, rehusaron abandonar su fe. En consecuencia fueron proscritos y relegados al exilio<sup>154</sup>.

Se conserva aún el texto de la carta que el obispo Honorato de Cirta dirigió a Arcadio, mientras se hallaba desterrado. En ella, el prelado le exhorta a mantenerse firme en sus convicciones religiosas y a aceptar con gozo la corona del martirio<sup>155</sup>. Poco después, Arcadio y sus compañeros eran sometidos a tortura para que adjurasen de su fe. Al persistir en su negativa fueron condenados a muerte y ejecutados<sup>156</sup>. La ira regia también recayó sobre el adolescente Paulilo, hermano menor de Eutiquiano y Pascasio. Aunque el joven había disfrutado del favor personal de Genserico, a causa de su belleza e ingenio, como rehusase bautizarse en la herejía, fue azotado con varas y, finalmente, reducido a la esclavitud<sup>157</sup>.

Pese a que el foedus sólo le había atribuido autoridad sobre las tribus bárbaras que le reconocían como su caudillo, el modo de actuar de Genserico demostró que, en la práctica,

gobernaba por igual sobre germanos y romanos. Cuando hablamos de romanos, no nos estamos refiriendo, de manera particular, a los consejeros venidos de Hispania; ya que, seguramente, éstos habían entrado en una relación de patrocinio con respecto al monarca Asdingo. Más bien, pretendemos llamar la atención sobre el caso de los obispos africanos exilados, a quienes ningún vínculo de dependencia obligaba rendir obsequium al soberano bárbaro, y que, jurídicamente, seguían siendo súbditos del católico Valentiniano III. Tal y como apunta Ch. Courtois, en el comportamiento de Genserico, durante esta época, se advierte que el poder de la monarquía vándala ha comenzado a definirse en función del espacio geográfico sobre el cual se está ejerciendo, y no en virtud del estatuto otorgado por Ravenna a un jefe de federados germanos. Nos hallamos ante la génesis del proceso de territorialización del reino vándalo<sup>158</sup>.

#### 1.4. La caída de Cartago y el asentamiento germánico en la Proconsularis.

El tratado de paz de 435 sólo se mantuvo en vigor por un período de cuatro años y ocho meses. A comienzos de 439, todos los indicios hacían presagiar la inmediata ruptura del acuerdo. Con todo, el gobierno imperial aún confiaba en la amicitia de Genserico y esperaba que el rey de los vándalos cumpliera con sus juramentos<sup>159</sup>.

Ante la proximidad amenazante de los vándalos, en la ciudad de Cartago se había producido un recrudecimiento del viejo conflicto entre paganismo y cristianismo. Los devotos de las antiguas deidades acusaban a los seguidores del Nazareno de propiciar la ruina del estado al haber obtenido de las autoridades imperiales la prohibición de los sacrificios y ritos ceremoniales, con los que tradicionalmente se había honrado a los

dioses protectores de Roma. Por su parte, los cristianos, no sólo debían defenderse de estas acusaciones, sino que, además, tenían que hacer frente a sus propias querellas intestinas. Al margen de la lucha secular de la Iglesia Católica contra las múltiples sectas donatistas, dispersas y debilitadas para esta época, asistimos a una exacerbación de las diferencias de conducta moral entre clérigos y laicos. El episcopado africano estaba convencido de que Dios consentía todas las calamidades que padecía la diócesis, debido al cúmulo de pecados cometidos por sus habitantes; y creía necesario el inmediato abandono de ciertas prácticas, como único modo de obtener el perdón divino por las ofensas. Su pretensión chocaba de lleno con las formas de sociabilidad propias del mundo urbano tardoantiguo, que, en períodos de crisis o amenaza bárbara, reafirmaba su identidad colectiva, prodigándose en manifestaciones externas de vitalidad.

Quodvultdeus de Cartago, en su primer sermón De tempore barbarico, una de esas alocuciones propagandísticas, que tan acertadamente expresan las reacciones psicológicas de una población cuya fe y propiedades se encuentran en peligro, nos ofrece un cumplido testimonio sobre cómo interpretaban el clero y diversos grupos de la población de la ciudad el incremento del poder germánico en Africa<sup>160</sup>. El sermón se inicia con un llamamiento general a la penitencia: Dios flagela a los pecadores y Cartago esta plagada de ellos:

"En medio de tantas dificultades, cuando toda la provincia afronta el mismo fin de su existencia, se frecuentan los espectáculos de manera cotidiana: la sangre de los hombres se derrama todos los días en el mundo y las voces de los locos crepitan en el circo"<sup>161</sup>.

Para el obispo de la ciudad se ha acercado el tiempo de la parousía o segunda venida de Cristo; y no obstante, teme que, en la sede metropolitana de la Proconsularis, el Señor apenas logre hallar un hombre de fe. Insta, pues, a todos a arrepentirse y a hacer penitencia, antes de que el Supremo Juez crea llegada la hora de desarraigar el árbol que no produce buen fruto<sup>162</sup>. A renglón seguido, el orador pasa a explicar a su auditorio las razones por las cuales muchos que no practican el mal sufren junto con quienes sí lo hacen. El argumento base de la respuesta es evangélico y sencillo: Nemo bonus, nisi solus Deus<sup>163</sup>. A partir de aquí, se esfuerza en demostrar la gravedad del error en que incurren todos aquellos que se consideran a sí mismos justos. Reprocha a los fieles su tolerancia con el pecado, manifiesta en la complacencia con que consienten los espectáculos, la lujuria y la blasfemia (Vides frequentare spectacula, et non revocas. Vides luxuriantes, et non verberas); y hasta acusa a los padres de fomentar las costumbres depravadas de sus hijos, en lugar de desheredarlos y expulsarlos de casa para que se enmienden<sup>164</sup>.

Arremete, también, contra los paganos, que solían decir: "¡ Oh, cuán buenos tiempos les tocaron vivir a nuestros padres!", y veían en las calamidades que se abatían sobre el Imperio una consecuencia más del advenimiento de los tempora christina, con sus interdicciones oficiales al culto de los dioses protectores de Roma. Todo ello, pese a que la ciudad entera aún participaba en las fiestas nocturnas en honor de las antiguas deidades<sup>165</sup>.

Quodvultdeus anima a su rebaño a seguir el ejemplo de fortaleza y rectitud moral de las santas Perpetua y Felicidad, y a imitar a Job en su paciencia. Recuerda a los fieles que la misericordia de Dios es infinita para con aquellos que se

arrepientan de sus males<sup>166</sup>; y concluye con una admonición a guardarse del arrianismo (Cavete, dilectissimi, arrianam pestem). Parece que al prelado le inquietaba la eventualidad de que algunas de sus ovejas se hiciesen rebautizar en la herejía, como, seguramente, ya había sucedido en el caso de católicos que habitaban en las zonas de asentamiento vándalo<sup>167</sup>. Sin duda, Quodvultdeus debía recordar el praeceptum de 437, por el que Genserico obligó a convertirse al arrianismo a todos los miembros de su corte, entre los que, posiblemente, se encontrasen algunos católicos africanos.

El sermón contiene, además, una serie de invitaciones a refugiarse en la Iglesia como antesala del paraíso, que nos permiten vislumbrar la zozobra de los católicos de Cartago ante la amenaza bárbara:

"Vengan todos aquellos que aman el paraíso, lugar de quietud, lugar de seguridad, lugar de perpetua felicidad, lugar en el que no temerás al bárbaro, en el que no sufrirás a ningún adversario, ni tendrás enemigo. Venid todos, entrad todos"<sup>168</sup>.

Salviano, un romano oriundo de Augusta Treverorum (Tréveris), que vivió parte de su vida como monje en Lerinum (Leríns), siendo, más tarde, ordenado presbítero en Massilia, utilizó este sermón y las noticias que le proporcionaron algunos monjes africanos, refugiados en el sur de las Galias, para trazar un cuadro del ambiente social que se respiraba en Cartago, en vísperas de la caída de la ciudad en manos de Genserico<sup>169</sup>.

Con el propósito de justificar los designios de la divina providencia compuso, hacia 440, un extenso tratado De gubernatione Dei. A través de sus páginas se denuncian, con



exagerada retórica, las lacras que padecía la sociedad romana del siglo V<sup>170</sup>. La tesis fundamental de Salviano es que Dios ha consentido que el Imperio sufra el azote de los bárbaros como castigo a sus muchos pecados; al tiempo que ha bendecido a los germanos con victorias militares por su pureza de costumbres<sup>171</sup>.

En esta línea de argumentación, Cartago, la Roma africana (in africano orbe quasi Roma), aparece retratada como "sentina de excesos y fornicaciones" (libidinum fornicationumque sentinam)<sup>172</sup>. Al fin y al cabo, se pregunta, "¿qué parte de la ciudad no estuvo llena de pecados, qué calle o plaza en el interior del recinto urbano no fue un lupanar?"<sup>173</sup>. Exceptuando a unos pocos monjes, únicos a quienes considera merecedores de recibir el calificativo de servos Dei, juzga todo el territorio africano como una sola casa de vicio (totum Africae territorium... domus una vitiorum)<sup>174</sup>, y señala con énfasis que los monjes no podían aparecer en público, sin recibir ofensa<sup>175</sup>.

Evidentemente, su ideal ascético se contraponía a las instituciones de la ciudad romana y al modus vivendi de sus habitantes, en especial, al de los miembros de la clase privilegiada. De ahí que, a lo largo de los siglos IV y V, floreciese una auténtica corriente antimonástica en la mayor parte de los centros urbanos del Imperio. Tanto paganos como seglares cristianos mostraron su desconfianza hacia un movimiento, que cuestionaba las bases del orden social romano<sup>176</sup>. Los sangrientos tumultos protagonizados por grupos de monjes, en algunas ciudades de Oriente, llegaron a causar la alarma del mismísimo gobierno imperial, que adoptó severas medidas legales, a fin de evitar la repetición de este tipo de sucesos. El tiempo se encargaría de poner de manifiesto la

ineficacia de las mismas<sup>177</sup>. En el norte de Africa, Cartago actuó como foco activo de resistencia a la expansión del monacato. Según Salviano, hasta los adolescentes más corrompidos de la ciudad osaban escarnecer a los monjes que hacían acto de presencia en las calles<sup>178</sup>.

No obstante, cabría reseñar que, con anterioridad a la llegada de los vándalos, en Africa ya se estaba produciendo un grave conflicto entre episcopado y monacato. Al igual que en otras provincias del Imperio, también aquí los obispos habían contemplado con recelo la aparición y desarrollo de las primeras comunidades monásticas. El enfrentamiento se significó por su carácter marcadamente jurisdiccional. Los prelados temían, no sin motivo, que la nueva institución se organizase al margen del control de la autoridad eclesiástica; lo que, de hecho, sucedía con frecuencia<sup>179</sup>. Pero, además, se vieron obligados a afrontar la crítica de los monjes, quienes evaluaban la calidad espiritual del clero urbano a partir de su propia norma de accesitis. No resulta extraño, pues, que los monjes llegados a Massilia en 440 acusasen a los sacerdotes de Cartago de haber cometido tan execrables pecados como el resto de los habitantes de la ciudad. Salviano prefirió correr un tupido velo sobre el tema, por "reverencia al ministerio del Señor"<sup>180</sup>; aunque estaba íntimamente convencido de la veracidad de la información. Empleando semejantes datos reforzó su tesis de que los germanos habían sido conducidos a Africa por la providencia divina, a fin de restaurar el orden moral en la región<sup>181</sup>.

A manera de colofón a los más siniestros presagios de Quodvultdeus, el 19 de octubre de 439, Genserico y sus guerreros penetraron por sorpresa en Cartago. Aquel día marcaría el inicio de una nueva era cronológica, con cuya instauración el monarca Asdingo pretendía señalar la independencia de su reino respecto

al Imperio. Después del sometimiento de la Proconsularis y la Byzacena, las inscripciones procedentes de estas dos provincias ya no vuelven a citar el nombre de los cónsules, sino que fechan por los años del reinado de Genserico en Cartago, los cuales comienzan a contarse a partir del día de la toma de la ciudad<sup>182</sup>.

Confiando en que los vándalos respetarían el pacto sellado en 435, las autoridades romanas no habían previsto la eventualidad de un ataque y fueron incapaces de organizar una defensa eficaz. El factor sorpresa jugó a favor de los agresores. De acuerdo con Próspero de Aquitania, Genserico se valió del "engaño de la paz" (dolo pacis) para ocupar la ciudad<sup>183</sup>. El asalto violento de los germanos tuvo, pues, lugar en un momento, en que Ravenna creía protegidos a sus súbditos africanos por las cláusulas del tratado. Debido a esto, Cartago tuvo que improvisar su defensa. Aunque no contaba con grandes efectivos militares, debía disponer de una guarnición a cargo de la custodia de sus nuevos muros, del mismo modo que estaba dotada de un cuerpo de policía municipal, que vigilaba calles y foros<sup>184</sup>. Los numerosos cadáveres que quedaron tendidos por toda la ciudad, después de la entrada de las tropas vándalas, demuestran que se combatió en las calles y que numerosos civiles debieron sumarse a la lucha. Por tanto, Cartago no se rindió sin oponer resistencia<sup>185</sup>.

La penetración de las tropas bárbaras en el casco urbano fue acompañada del usual saqueo. El único testigo ocular que nos ofrece una breve descripción del suceso es el obispo de la ciudad, Quodvultdeus, en su segundo sermón De tempore barbarico, pronunciado poco después de que hubiesen tenido lugar los ominosos acontecimientos<sup>186</sup>. Conviene recordar que el relato se inserta en el marco de una alocución tendenciosa, compuesta bajo el signo de la tragedia recientemente vivida. Aún así,

resulta preferible a la posterior narración de Víctor de Vita, elaborada hacia 486, y en la que el autor manipula los datos que le suministra la obra de Quodvultdeus, con el propósito de atraer a los sectores afrorromanos comprometidos con la monarquía vándala y estimular al gobierno de Constantinopla, para que intervenga con decisión en favor de la Iglesia Católica<sup>187</sup>.

Ateniéndonos, pues, a la información que nos proporciona Quodvultdeus, no puede decirse que las brutales pautas de conducta de los vándalos, durante la toma y saqueo de Cartago, difiriesen mucho de las empleadas por los romanos en casos semejantes<sup>188</sup>. Como era de rigor se produjo una atroz matanza, y calles y plazas quedaron sembradas con los cadáveres de los resistentes, que yacían insepultos (mortuorum hominum sepeliendis cadaveribus nullus occurrat, omnes vicos omnesque plateas atrox mors). Numerosas matres familias fueron hechas prisioneras y reducidas a la esclavitud, situación en la que se vieron incluso algunas damas que horas antes eran dueñas de numerosos esclavos (multorum mancipiorum fuisse dominam). A estas mujeres se las utilizó como bestias de carga, para transportar los inmensos fardos que componían el bagaje del ejército vándalo<sup>189</sup>. Lo más seguro es que se les encomendase una tarea que, habitualmente, debían desempeñar las esclavas de cada familia germana en los traslados de las tribus en migración.

Según E. A. Thompson, entre los pueblos que se hallan en estadios inferiores de desarrollo agrícola es corriente matar a los prisioneros varones adultos y convertir en esclavos a las mujeres y los niños; mientras que en los estadios superiores la frecuencia de tal costumbre se reduce o se suple, en corto espacio de tiempo, por la práctica de esclavizar también a los varones capturados<sup>190</sup>. A juzgar por los testimonios de que disponemos, los germanos que invadieron las provincias africanas

se encontraban en la fase de rápida transición. Aunque, durante la conquista, todavía manifestaron cierta preferencia por reducir a la servidumbre a las mujeres y dar muerte a los varones, ésta ya no era la pauta de conducta predominante. Con frecuencia se esclavizaba a las poblaciones sometidas sin distinción de sexo<sup>191</sup>.

En la lista de atrocidades que nos ha legado Quodvultdeus, sólo dos escapan a lo común en la época: el caso de las mujeres embarazadas abiertas en canal (pregnantes abscisas) y el de los lactantes arrebatados a sus madres y arrojados a la vía pública (in via semivivis proiectis), donde permanecieron expuestos a las aves y los perros (vivum avibus canibus proiectum)<sup>192</sup>. Para los invasores, tales actos de violencia debieron quedar justificados en virtud de las necesidades estratégicas del momento. Si se deseaba conservar el control de una ciudad tan populosa y bien fortificada como Cartago, era necesario instalar rápidamente en su interior varios miles de guerreros. A fin de llevar a cabo el traslado de la impedimenta militar y el botín, que viajaba en su compañía, se precisaba de las manos de numerosas cautivas. A los ojos de los vándalos, ni las mujeres encinta, ni los niños pequeños eran útiles para la tarea. Es más, estos últimos constituían una remora en el desarrollo de la actividad impuesta a sus madres. De modo que, con un sentido cruelmente pragmático, del que harían gala en más de una ocasión, decidieron dar muerte a las mujeres en avanzado estado de gestación y abandonar a los infantes en la calzada<sup>193</sup>.

Resulta ilustrativo observar como Víctor de Vita refleja la brutalidad del terrible y siniestro episodio, bajo el doble condicionamiento de su formación escrituraria y del objetivo de su obra. Así, pues, no duda en presentarnos a los germanos, cual nuevos caldeos que devastasen Jerusalén,

estrellando contra el suelo a los lactantes y cortándolos por la mitad, como si se tratase de un juicio salomónico llevado a la consumación<sup>194</sup>.

Sin embargo, conviene recordar que, aunque habiendo presenciado los hechos, Quodvultdeus también se encuentra mediatizado por su educación cristiana, de manera que los datos que consigna pasan inexorablemente por el tamiz bíblico<sup>195</sup>. Cabría preguntarse dónde concluye el relato del suceso observado y dónde comienza su deformación ideológica. Como en tantas otras ocasiones, al trabajar con fuentes literarias de este período, es casi imposible desligar ideología de historia, ya que la última aparece subordinada y puesta al servicio de la primera. Nos hallamos ante un fenómeno generalizado. Todos nuestros testimonios sobre la toma de Cartago y la conquista vándala de las provincias africanas, salvo los arqueológicos, epigráficos y numismáticos, proceden de obras elaboradas en círculos eclesiásticos por un clero católico, culto y profundamente romanizado, que como grupo había disfrutado de un status de privilegio en la sociedad del Bajo Imperio. La llegada de los germanos y su establecimiento en la región puso fin a esa edad dorada. De mantener unas excelentes relaciones con el poder político ortodoxo de Ravenna, se pasó a sostener un enconado conflicto con la monarquía vándala de confesión arriana, dado que el episcopado católico del norte de Africa vinculaba la resistencia al invasor con el rechazo a su fides germanica.

En semejantes circunstancias, es comprensible que más de un obispo niceno tendiese a considerar la invasión como un desastre apocalíptico y viera en Genserico la figura del predicho anticristo, que habría de preceder al segundo advenimiento del Señor o parousía de Cristo. ¿Acaso, las letras de su nombre en griego no sumaban la cifra de 666, el número de la bestia del

Apocalipsis? El anónimo autor del Liber Genealogus, escrito, según Th. Mommsen, en el Africa vándala del siglo V, fue quien realizó este computo. Lo más seguro, es que se tratase de un clérigo católico<sup>196</sup>. En la lejana Gallaecia debieron circular interpretaciones de la Escritura no muy apartadas de la que acabamos de mencionar. De hecho, Hidacio identifica al monarca Asdingo con la cuarta bestia del profeta Daniel y con el profanador "Rey del Norte", que aparece en el mismo libro<sup>197</sup>.

Contra lo que pudiera pensarse, tras una lectura superficial de propaganda tan adversa, los vándalos trataron con relativa benevolencia la estructura edilicia de Cartago. Ningún incendio de consideración acompañó al pillaje. Genserico no deseaba convertir la mayor y más espléndida ciudad de Africa en un montón de escombros calcinados, sino en la brillante residencia de su corte<sup>198</sup>.

Desde luego, es imposible negar que los germanos arrasaron el templo de Memoria, el odeón, el teatro y la via Caelestis<sup>199</sup>. Pero estas acciones no fueron consecuencia del saqueo. Los citados lugares radicaban en el sector de la ciudad donde, tradicionalmente, se venía ejerciendo la prostitución. En Cartago, como ocurrirá en todas las ciudades del Imperio, a lo largo de los siglos IV al VI, las autoridades romanas se habían esforzado por concentrar dicha actividad en un único barrio: el de los teatros<sup>200</sup>. El asolamiento de esta zona del conjunto urbano no se debió, pues, a un incontrolado impulso destructor, como pretende Víctor de Vita. Más bien, responde a una política muy específica, apoyada en medidas de carácter legal. Apenas hubo asumido el control de la ciudad, Genserico promulgó unos decreta, ordenando la inmediata clausura de los burdeles, tanto los dedicados al comercio heterosexual como homosexual<sup>201</sup>. El cierre de lupanares y casa de lenocinio bien pudo completarse con el

desmantelamiento de los edificios asociados a tales prácticas. Por la misma normativa, se obligó a las meretrices a contraer nupcias y se penó con la muerte el adulterio y la prostitución<sup>202</sup>. Salviano, que ve a los vándalos como auténticos paladines del matrimonio cristiano, clama exultante:

"Entre los godos, no hay impúdicos, excepto los romanos; entre los vándalos, ni siquiera los romanos. Tanto ha progresado entre ellos el afán de castidad, tanto la severidad de la disciplina, que no sólo son castos ellos mismos, sino que, aunque digamos cosa nueva, increíble e incluso casi inaudita, también han hecho ser castos a los romanos"<sup>203</sup>.

Siglo y medio después, el rey visigodo Leovigildo, quien logró someter a su dominio algunos de las mayores centros urbanos de la depresión del Guadalquivir, dictaría normas igualmente severas, a fin de suprimir el ejercicio de la prostitución<sup>204</sup>.

Ahora bien, el monarca Asdingo no se conformó con emitir decretos contra la exposición pública de mujeres y efebos a todo género de sensualidad. Uno de sus primeros cuidados fue el de procurar al clero arriano centros de culto y ornamentos eclesiásticos, que se adecuasen a sus funciones como ministros religiosos de la corte real vándala. Para ello despojó a la Iglesia Católica de la basilica Maiorum, donde reposaban los cuerpos de las santas Perpetua y Felicidad y los de sus compañeros de martirio. También se apoderó de la basilica Celerinae y de la basilica Scillitanorum<sup>205</sup>. Además, requisó los vasos litúrgicos, fabricados con metales preciosos, que los católicos habían logrado sustraer al saqueo de los tesoros de las iglesias<sup>206</sup>.



Semejantes disposiciones indignaron a Quodvultdeus y a su clero, que no sólo tenían que soportar el yugo de los bárbaros arrianos, sino también las protestas de los paganos. Estos últimos, con quejas y lamentos, hacían recaer la responsabilidad del desastre sobre los cristianos:

"¡Oh, si se hubiesen efectuado los sacrificios! ¡Oh, si se hubiesen inmolado a los dioses las ofrendas acostumbradas! Estos males que padecemos no nos hubiesen acaecido, o, al menos, ya habrían cesado"<sup>207</sup>.

Los sermones del obispo, apelando a los "sentimientos patrióticos" de los fieles, le convierten, a juicio de P. Courcelle, en cabeza del movimiento de resistencia romana frente a las nuevas autoridades germánicas<sup>208</sup>. Genserico, consciente del problema, impuso el exilio a Quodvultdeus y a buena parte del clero católico de Cartago. Despojados de sus bienes, los eclesiásticos fueron embarcados a bordo de naves averiadas y expedidos hacia Italia. Pese a todo, disfrutaron de una buena travesía y arribaron al puerto de Nápoles sin contratiempos. Después de su partida, el monarca procedió a confiscar la basilica Restituta, catedral de Cartago, y todas las otras iglesias situadas en el interior del recinto amurallado, junto con todas sus riquezas (universas, quae intra muros fuerant civitatis, cum suis divitis)<sup>209</sup>. Además, se apoderó de algunos importantes santuarios localizados en los arrabales de la ciudad. Entre ellos destacan dos basílicas dedicadas a San Cipriano, la Mensa Cypriani, que se elevaba en el campo de Sexto (in agrum Sexti) sobre el lugar donde fue martirizado el obispo, y la Memoria Cypriani, que se construyó sobre su sepulcro en el "cementerio del procurador Macrobio Candidiano, sito en el camino de Mappala, junto a los depósitos de agua de Cartago" (ad areas

Macrobiani Candidiani procuratoris, quae sunt in via Mappaliensi iuxta piscinas)<sup>210</sup>.

Ignoramos el destino que Genserico reservó al gran patrimonio fundario de la Iglesia Católica. Las fuentes de la época guardan un silencio absoluto respecto al tema. En cualquier caso, lo que parece fuera de discusión es que el clero arriano únicamente recibió algunas basílicas y objetos litúrgicos; mientras que las propiedades asignadas a su manutención se tomaron de los bienes arrebatados a la aristocracia laica<sup>211</sup>.

Si la Iglesia había sido objeto de expolio, otro tanto cabría decir de la nobleza romana de la Proconsularis. Cuando Genserico entró en Cartago, los senatores et honorati viri que se hallaban en la ciudad fueron hechos prisioneros. Por decreto del rey, se vieron obligados a entregar cuanto oro, plata, joyas y vestimentas preciosas poseían<sup>212</sup>. Quienes intentasen ocultar sus pertenencias corrían el peligro de ser enviados al exilio, sufrir tortura, e incluso una violenta ejecución<sup>213</sup>. Acto seguido, debió estipularse la confiscación de esclavos, casas, villas y tierras<sup>214</sup>. Numerosos propietarios opusieron resistencia a semejante despojo. De hecho, una multitud de notables fue conducida al exilio<sup>215</sup>. Más tarde, se les ofreció la oportunidad de elegir entre permanecer en África como esclavos para el resto de sus días (servi perpetui remanerent) o alejarlos del dominio vándalo. Idéntica propuesta se formuló a algunos obispos, a fin de obligarles a abandonar sus iglesias. En la práctica se les estaba forzando a aceptar la deportación; aunque hubo prelados y laicos nobiles que decidieron permanecer en África. De hecho, según Víctor de Vita, multos... episcopos et laicos, claros atque honoratos, servos esse novimus Wandalorum<sup>216</sup>.

Gordiano, destacado miembro de la curia de Cartago, fue de los que prefirió partir hacia Italia, pues no deseaba perder la libertad, tras haberse visto privado de sus bienes (volens saltem facultatibus perditis, non perdere libertatem)<sup>217</sup>. Algo parecido debió pensar Celestiano, otro curial de Cartago, que navegó rumbo a Oriente con su esposa, hijos y esclavos domésticos. Teodoreto, obispo de Cyrrhus, los acogería en su iglesia y escribiría varias cartas, dirigidas a sus colegas de Antioquía, Tiro, Emesa (Homs) y Beroea (Aleppo), así como a diversas personalidades de la vida pública de Siria, con el propósito de recavar ayuda para esta familia de exilados. Paralelamente, solicitó la colaboración de uno de sus correspondientes, el sofista Aerio, para socorrer a Maximiano, otro notable africano, que se había refugiado en Siria<sup>218</sup>. Conocemos, además, el nombre de algunos eclesiásticos africanos exilados en Oriente. Tal es el caso de los obispos Aurelio de Hadrumetum y Rústico, quienes junto a los legados del papa fueron los únicos occidentales que asistieron al Concilio de Calcedonia en 451<sup>219</sup>.

Sobre el reparto de las tierras confiscadas a los grandes propietarios afrorromanos existen dos versiones, aparentemente antagónicas. Víctor de Vita señala que fueron separadas en dos grandes bloques. El primero comprendería los dominios situados en la Proconsularis, que se dividirían entre el exercitus en lotes hereditarios (Zeugitanam vel proconsularem funiculo hereditatis divisit). El segundo estaría formado por los latifundios de las provincias periféricas, que Genserico se habría reservado para su disfrute personal<sup>220</sup>. Procopio de Cesarea, por su parte, nos presenta la operación desde un ángulo distinto. No atiende para nada a consideraciones de tipo geográfico. Los fundos de mayor extensión habrían sido entregados a Hunerico y Gento, hijos del rey; en tanto que las propiedades de mediana importancia serían distribuidas entre los vándalos en

forma de lotes hereditarios y libres de impuestos (Kleroi Bandilon)<sup>221</sup>.

Como apuntara en su momento Ch. Courtois, ambos puntos de vista no resultan excluyentes ni, en modo alguno, irreconciliables<sup>222</sup>. Probablemente, Procopio haga referencia de manera particular al caso de la Proconsularis, mientras que Víctor de Vita se extienda en consideraciones de carácter más amplio, en un intento de ofrecer una visión general sobre las consecuencias del asentamiento vándalo para todas aquellas zonas que cayeron bajo su férula. De ser así, lo más seguro es que el patrimonio de la antigua domus divina per Africam y las propiedades confiscadas en las provincias periféricas se integrasen en la recién creada domus regia, conjunto de bienes destinados a cubrir los gastos del monarca y su corte.

Genserico constituyó la domus regia a imagen y semejanza de la domus divina de los emperadores romanos del siglo V, dotándola con tierras de labor, instalaciones agropecuarias, villas y palacios, esclavos, bosques y minas<sup>223</sup>. Según Víctor de Vita, el soberano reservó para sí grandes extensiones de tierra en la Byzacena, la Abaritana, la Getulia y la zona de la Numidia que continuaba bajo dominio vándalo<sup>224</sup>. Puesto que en ninguna de estas zonas se procedió a efectuar una confiacación general de propiedades de la aristocracia romana, semejante a la que se había realizado en la Proconsularis, cabe presumir que Genserico recurrió al sencillo sistema de conformar la domus regia a partir de los antiguos saltus imperiales; no sólo tomando aquellos que se hallaban localizados en las provincias periféricas<sup>225</sup>; sino también los que estaban situados en la Proconsularis<sup>226</sup>. El patrimonio real se había completado con las propiedades confiscadas a algunos terratenientes de la Byzacena que residían en Cartago, cuando se produjo la caída de la ciudad en poder de

los vándalos<sup>227</sup>. Hunerico, Teodorico y Gento, los hijos del soberano, recibieron, pues, los dominios de mayor extensión expropiados en la Proconsularis, al crearse sus respectivas domus<sup>228</sup>; mientras que las haciendas de mediano tamaño arrebatadas a la nobleza de esta misma provincia, especialmente las situadas en torno a Cartago, se dividieron entre el exercitus, atendiendo a la nueva organización interna de las tropas<sup>229</sup>.

Con el propósito de afirmar su soberanía sobre los diversos grupos tribales que participaban en la conquista, Genserico nombró ochenta millenarii o chiliarchae<sup>230</sup>. Cada uno de éstos ejercía autoridad sobre un millar de individuos; lo que incluía no sólo varones en edad de combatir, sino también mujeres, niños, ancianos y esclavos. El número de guerreros que luchaban a las ordenes de un millenarius se ha calculado entre los doscientos y los trescientos hombres<sup>231</sup>.

La constitución de las nuevas unidades quebraba los antiguos vínculos gentilicios, convirtiendo al jefe tribal en un mero delegado regio. No en vano, era el monarca quien convocaba a los millenarii para la guerra y disponía sus acciones en campaña. Durante el período de migración a través del Imperio, que antecedió a su definitivo establecimiento en Africa, la monarquía asdinga se definió, primordialmente, por su carácter de jefatura militar. Potenciando esta función al máximo de sus posibilidades, Genserico anuló el poder de las grandes familias de la aristocracia germana<sup>232</sup>. Aún así, cada uno de los millenarii conducía a sus propios hombres en la batalla<sup>233</sup>. La organización de las divisiones respetaba, en esencia, los fundamentos jerárquicos de la sociedad germánica; pero sometía a los viejos caudillos tribales a la autoridad del soberano, quien, de tal modo, adquiriría poderes autocráticos<sup>234</sup>.

Genserico distribuiría entre los vándalos las propiedades de mediana extensión confiscadas en la Proconsularis, ciñéndose al orden en que había sistematizado el ejército. De acuerdo con esta fórmula, cada millenarius habría recibido un funiculus, para asentar al grupo que lideraba. El lote, además de tierras de labor, bosques y pastos, comprendía magníficas residencias, instalaciones agropecuarias, útiles de labor, aldeas campesinas, ganado y esclavos<sup>235</sup>. Por supuesto, el jefe debió reservarse la mejor porción, dado que el reparto se efectuaba siguiendo unas normas que conciliaban el principio de igualdad con el orden jerárquico. Esto explica la vida regalada que, según Procopio, llevaba la aristocracia vándala en sus villas, jardines y palacios<sup>236</sup>.

Tras el avance de 439, se paralizó el proceso migratorio de los vándalos hacia el este de Africa. Las tribus germánicas que habían participado en la aventura decidieron asentarse entre una Italia arruinada por sucesivas guerras e invasiones y las feraces, pero inaccesibles, provincias de Egipto. Como acertadamente señala Sidonio, al instalarse de manera definitiva en la Proconsularis, los vándalos accedieron a la propiedad del suelo a través de la expulsión de parte de la nobleza romana<sup>237</sup>. Los nuevos señores bárbaros sustituyeron a los latinos. En abierto contraste con lo ocurrido en otras zonas del Imperio de Occidente, donde también se produjeron asentamientos germánicos a lo largo del siglo V, en la Proconsularis no medió fórmula de acuerdo que permitiese a los antiguos dueños compartir sus bienes con los recién llegados. No obstante, la propiedad romana pervivió en el dominio vándalo. A comienzos del reinado de Gelimer, todavía quedaba un nutrido grupo de nobiles afrolatinos, que residían en la Proconsularis<sup>238</sup>. Sin lugar a dudas, constituían un poderoso grupo de presión frente a los optimates vándalos, que habían

recibido los fundos más fértiles y extensos. Unicamente en la Byzacena, la mayor parte de los dominios privados continuaron en manos de sus antiguos propietarios romanos; pues, aunque en esta provincia también se habían realizado confiscaciones, jamás se procedió a efectuar una expropiación tan amplia como la que se había llevado a cabo en la Proconsularis<sup>239</sup>.

#### 1.5. La segunda intervención oriental y el pacto de 442.

Para el Imperio, una de las consecuencias más nefastas de la caída de Cartago en manos de los vándalos fue la pérdida de la gran flota anonaria, que se encontraba amarrada en su puerto. Aproximadamente, 3.700 navios de carga<sup>240</sup>. Por primera vez desde los lejanos días de Catón el Censor, el norte de Africa representaba una seria amenaza para el dominio romano sobre el Mediterráneo. Aunque los vándalos carecían de una auténtica escuadra de guerra, podían emplear las flotas de transporte frumentario, arrebatadas a los romanos, para efectuar incursiones contra las costas de Sicilia e Italia; al tiempo que dificultaban a Roma la obtención de su suministro anual de grano.

La armada imperial de Occidente, con bases estratégicas en Ravenna y Misenum (cabo Miseno), era tan exigua y se encontraba en tan lamentable estado de incuria que no podía contarse con ella, ni siquiera para proteger el litoral italiano. Lo único factible era disponer medidas de protección costera desde tierra. Así lo entendió el emperador Valentiniano III, quien, durante su estancia en Roma en el invierno de 439-440, mandó restaurar los muros de la ciudad<sup>241</sup> y adoptó una política fiscal encaminada a obtener recursos para reclutar un ejército, a través e la supresión de las exenciones tributarias de que disfrutaban las clases privilegiadas<sup>242</sup>. Nápoles fue fortificada

y, a lo largo de las playas del Jónico y del Tirreno meridional, se alzaron baluartes y se apostaron guarniciones<sup>243</sup>.

En ausencia de Aecio, que se encontraba en las Galias, el magister equitum praesentalis Sigisvulto se ocupó de coordinar los dispositivos de defensa. No obstante, el estado desconfiaba de su propia capacidad para garantizar la seguridad de sus súbditos. Dada la escasez de medios disponibles a su alcance, se demandó el auxilio del gobierno oriental<sup>244</sup>. Por fortuna, las relaciones entre Ravenna y Constantinopla pasaban por un buen momento, que había tenido su reflejo en el reciente enlace matrimonial del emperador Valentiniano III con Licinia Eudoxia, hija del soberano de la pars Orientis Teodosio II. La boda, celebrada en Constantinopla en 437, vino a estrechar los vínculos de sangre que ligaban a las dos ramas de la dinastía valentiniano-teodosiana, reinante en ambas mitades del Imperio romano<sup>245</sup>. Aunque Teodosio II se había comprometido a enviar la flota oriental, apenas hubo entrado la primavera de 440, la corte de su yerno abandonó Roma y se instaló en Ravenna. Desde allí, con fecha del 24 de junio, el joven Valentiniano III dirigió una proclama al pueblo de Roma, instándole a defenderse por su cuenta, en espera de la ansiada ayuda de Constantinopla. El gobierno autorizaba a los particulares a proteger sus propiedades e incluso las mismas provincias con ayuda de sus esclavos y dependientes, siempre y cuando se mantuviese el orden público y se conservase el respeto debido a la condición de los hombres libres<sup>246</sup>. No era esta la primera vez en que la defensa del estado quedaba en manos privadas. Como ya vimos, cuando se produjo la usurpación de Constantino III e Hispania se vio amenazada por las tropas de éste, los primos de Honorio salieron al encuentro de las fuerzas rebeldes con ejércitos de soldados campesinos, reclutados en sus propias haciendas.



Aquel verano, los vándalos desembarcaron en Sicilia; y a pesar de que no lograron tomar Panormus (Palermo), ni cruzar el estrecho de Mesina, el pánico se extendió por todo el sur de Italia. Sin embargo, a mediados del otoño las tropas bárbaras abandonaron la isla, para retornar a Cartago, donde pasarían todo el invierno<sup>247</sup>.

Entre tanto, el gobierno oriental alistaba un poderoso ejército que pudiese recobrar las provincias norteafricanas amputadas a la pars Occidentis. En la primavera de 441 embarcó rumbo a Sicilia, bajo las ordenes de los magistri utriusque militiae Ariobindo, Ansila, Germano, Arinteo e Inobindo. La magnitud de la empresa es posible calibrarla por los 1.100 cargueros que integraban la flota encargada de trasladar a los soldados hasta Africa<sup>248</sup>.

Genserico comenzó a inquietarse en cuanto supo que la armada imperial había anclado en Sicilia. La proximidad de una fuerza de combate tan numerosa como aquella le indujo a entablar negociaciones con los generales que la conducían. Por su parte, el estado mayor romano, confiando en que finalmente alcanzaría un acuerdo ventajoso con los vándalos y evitaría la guerra, demoró la intervención militar a lo largo de todo el verano y el otoño de 441. Puesto que el invierno no era estación hábil para las navegaciones, la flota permaneció en la isla hasta la primavera de 442, convirtiéndose en una onerosa carga para los sicilianos, que debían subvenir al abastecimiento del ejército oriental<sup>249</sup>. La falta de iniciativa de los generales de Teodosio II y las continuas dilaciones provocadas por las embajadas de Genserico, terminaron por condenar al fracaso la campaña. Aquel mismo año, la flota regresaría a Oriente, sin haber avistado la costa africana. Teodosio II precisaba de sus tropas para hacer frente a los hunos de Bleda y Atila, quienes habían invadido la

### Thracia y el Illyricum<sup>250</sup>.

En vista de que los perennes conflictos de las Galias impedían al gobierno occidental reunir un ejército, que pudiese restablecer su autoridad en Africa, se decidió llegar a un acuerdo con Genserico. El nuevo pacto, sellado en 442, introducía modificaciones de peso en el status oficial del monarca Asdingo y de los grupos germánicos que lideraba. Ya no se le consideraba como el caudillo de unos foederati, a quienes se había recibido en el interior del Imperio en calidad de hospites, entregándoles tierras en pago a unos servicios de índole militar; sino, más bien, como gobernante, en lugar del emperador, de un conjunto de territorios sobre los que había adquirido derecho de posesión por medio de la conquista armada. De hecho, la diocesis Africae fue dividida entre el gobierno de Ravenna y el de Cartago<sup>251</sup>. El emperador retuvo la Mauritania Tingitana y la Caesariensis, además de la región oriental de la Tripolitania, y recobró el control directo sobre la Mauritania Sitifensis y la zona occidental de la Numidia con Cirta Constantina como capital de la provincia. Al rey de los vándalos se le concedió la posesión de la Proconsularis, la Byzacena, el noroeste de la Numidia, la Gaetulia y la Abaritana<sup>252</sup>. Estas dos últimas zonas han sido identificadas con el sector oeste de la Tripolitania<sup>253</sup>. El tratado incluía otras cláusulas; como aquella en la que Genserico se comprometía a pagar al Imperio un tributo anual. De este modo, quedaba asegurado el cargamento de trigo necesario para alimentar a la plebs frumentaria de Roma. En garantía de que cumpliría las condiciones pactadas, el monarca Asdingo hubo de enviar a Ravenna, en calidad de rehén, a su hijo mayor, Hunerico<sup>254</sup>. Al poco tiempo de su llegada a la corte, se estableció un compromiso formal de matrimonio entre este príncipe y la pequeña Eudocia, primogénita de Valentiniano III<sup>255</sup>.

Las negociaciones que condujeron a la firma del tratado de 442 se efectuaron en medio de un clima de fuerte tensión interna en el dominio vándalo, lo que, sin duda, obligó al monarca Asdingo a aceptar las condiciones requeridas por el emperador. Según Próspero de Aquitania la superbia de Genserico había llevado a los optimates vándalos a conspirar contra la vida del rey. El complot fue descubierto y reprimido con rigor<sup>256</sup>. Ch. Courtois considera la conjura como una reacción de la aristocracia militar germánica ante el papel que la había asignado la monarquía en el nuevo estado. La institución de los millenarii había desbaratado la organización socio-política propia de la etapa gentilicia, sometiendo a la autoridad regia a todos los antiguos jefes tribales. Ahora, el rey gobernaba haciendo valer su autoridad suprema mediante agentes territoriales designados por él mismo<sup>257</sup>.

Con la conquista de la Proconsularis, la Byzacena y la zona occidental de la Tripolitania, la migración de los vándalos había llegado a su fin. Incapaces de sortear los obstáculos existentes en la ruta que conducía a Egipto, los germanos prefirieron instalarse en la Proconsularis a emprender una incierta aventura. Desde ese momento, todo intento de desplazamiento hacia el delta del Nilo por vía terrestre quedó bloqueado. Su asentamiento en la diocesis Africa supuso, además, el inicio de una nueva etapa histórica, en la que la monarquía vándala asumió el modelo estatal romano. En virtud de éste se configuraría el reino vándalo de Cartago. A las dificultades inherentes al proceso de transición vinieron a sumarse las generadas por el conflicto que enfrentaba a las dos ramas principales del linaje real de los Asdingos: la de Genserico y sus descendientes contra la de los hijos de su hermano Gunderico. Parece probable que los descontentos se agrupasen en torno a estos últimos, ya que el soberano decretó la ejecución de sus

sobrinos por la misma época en que se produjo la rebelión de los optimates<sup>258</sup>.

Como puede observarse, el pacto de 442 fue el resultado de una serie de circunstancias muy concretas, que forzaron a los gobiernos de Ravenna y Cartago a llegar a un mutuo entendimiento. Lo que en ningún caso se contemplaba en las cláusulas del tratado era la restitución de los bienes confiscados a los propietarios de la Proconsularis y de la Byzacena. A fin de paliar la ruina económica en que se hallaban muchos de ellos, como consecuencia de la pérdida de los fundos de donde provenían sus rentas, el gobierno imperial tomó cartas en el asunto. El 19 de octubre de 443, Valentiniano III promulgó, en Ravenna, una constitución dirigida a Albino, praefectus praetorio Italiae, en la que se privaba a los acreedores del derecho a reclamar el dinero prestado a los exilados africanos que se hubieran visto despojados de todos sus bienes (facultates), en tanto no obtuviesen la restitución de los mismos<sup>259</sup>.

Varios años después, cuando las esperanzas recuperar sus antiguos dominios comenzaban a marchitarse, el emperador dictó una nueva constitución a favor de los notables africanos expropiados por los invasores (honoratis Afris et possessoribus hostili vastatione nudatis). La novella en cuestión iba dirigida al patricio Firmino, praefectus praetorio Italiae, por cuya sugerencia se adoptaba aquel paquete de medidas compensatorias. Fue publicada en Roma el 13 de julio de 451. Y en virtud de la misma, se hacía concesión hereditaria de una serie de lotes de tierra a los propietarios de la Proconsularis y la Byzacena que habían sido expulsados de sus dominios por los vándalos. Se trataba de campos abandonados en Numidia y de fincas en arrendamiento enfiteútico o pertenecientes a la domus divinae,

situadas en esta provincia y en las vecinas Mauritania Sitifensis y Caesariensis<sup>260</sup>.

Algunos exilados africanos intentarían recuperar sus antiguas propiedades negociando particularmente con las nuevas autoridades de Cartago. Un buen ejemplo lo tenemos en el caso de los descendientes de Gordiano, abuelo de Fulgencio de Ruspae (Rosfa) y miembro de la curia de Cartago. Como ya vimos, en 439, tras la caída de la ciudad en manos de los vándalos, todos sus bienes fueron confiscados y él mismo hubo de embarcarse para Italia con sus parientes. Muerto en la Península varios años más tarde, dos de sus hijos decidieron regresar a Africa y, aunque no consiguieron recobrar la casa Cartago, que había sido donada a unos clérigos arrianos, sí que obtuvieron, per auctoritatem regiam, la restitución de todas las propiedades que su padre había poseído en la Byzacena. Junto con los inmuebles y fincas también recuperaron los esclavos que habían pertenecido a la familia<sup>261</sup>. Claudio, uno de los mencionados hijos de Gordiano, acabaría por instalarse con su esposa Mariana en Tellepte, donde en 462 nacerá el futuro obispo de Ruspae<sup>262</sup>.

Ch. Courtois sostiene que una reconquista socio-económica pudo haber precedido a la militar y política, que se efectuó bajo el reinado del emperador Justiniano I. De todos modos, reconoce que es imposible explicar la existencia de un próspero grupo de latifundistas romanos en la Byzacena únicamente a partir de las restituciones llevadas a cabo por los reyes vándalos. Diversos ejemplos, que ya tendremos oportunidad de comentar, avalan la tesis de la pervivencia de un sector de la aristocracia afrolatina, que logró conservar sus dominios, no sólo en la mencionada provincia, sino también en la Proconsularis<sup>263</sup>. Esta clase se habría visto fortalecida por la progresiva reincorporación en sus filas de los exilados que

lograron que los soberanos del linaje real de los Asdingos les restituyese parte de sus antiguos bienes. Así se fue creando un soporte social interno, que favorecería la restauración de la autoridad imperial sobre el dominio vándalo. No es extraño, pues, que en 533 Belisario escogiese como punto de desembarco para sus tropas la costa oriental de la Byzacena y no las playas de la Proconsularis. En esta última se había producido el asentamiento del grueso de los elementos germánicos que participaron en la invasión; mientras que en la primera, donde jamás había tenido lugar un hecho parecido, se podía contar con la colaboración efectiva de la nobleza romana, que sólo estaba sujeta al gobierno de Cartago por el débil poder coercitivo de las guarniciones bárbaras, acantonadas en algunas ciudades del norte de la provincia<sup>264</sup>. Cuando abordemos la problemática de la reconquista justiniana, analizaremos con mayor detenimiento el destacado papel que jugaron las poblaciones urbanas, alentadas por la nobleza romana y el clero católico, en la caída del reino vándalo.



## NOTAS.

1. Sobre la muerte de Teodosio, cf. AMBR., De ob. Theod., 18; PHILOSTORG., Hist. Eccl., XI, 2; SOC., Hist. Eccl., V, 26; Chron. Pasch., a. 395. Arcadio había sido proclamado Augusto el 19 de enero de 383 (HYDAT., Chron., 9; SOC., Hist. Eccl., V, 10; PHILOSTORG., Hist. Eccl., X, 5) y Honorio diez años después, en una fecha aún por determinar, entre el 10 y el 23 de enero de 393 (Fast. Vind. Prior., a. 393; SOC., Hist. Eccl., V, 25). Las disposiciones testamentarias del emperador Teodosio I han sido objeto de polémica. Según ZOS., Hist. Nov., IV, 59, 1, Estilicón fue nombrado comandante en jefe de las fuerzas militares de Occidente y tutor de Honorio. Sin embargo, la propaganda emanada del círculo de adictos al general pretende que, en su lecho de muerte, Teodosio no sólo le confió la tutela de Honorio, sino también la de Arcadio (AMBR., De ob. Theod., 5; CLAUD., De tertio cons. Hon., 152-153; In Ruf., II, 4-6; De quarto cons. Hon., 432-433; Epith. de nupt. Hon., 307-308; In Eutrop., II, 599-602; De cons. Stil., II, 53-55; ZOS., Hist. Nov., V, 34, 6). Esta última versión, a todas luces falsa, debió ser difundida por el propio Estilicón, con el propósito de acreditar sus constantes ingerencias políticas en Oriente (ZOS., Hist. Nov., V, 4, 3). Para el período que siguió a la muerte de Teodosio en Constantinopla, puede resultar útil la obra de LIEBESCHUETZ, J. H. W. G., Barbarians and Bishops. Army, Church and State in the Age of Arcadius and Chrysostom, Oxford, 1.990, pp. 89-125.

2. ZOS., Hist. Nov., V, 1, 1-3.

3. STEIN, E., Histoire du Bas-Empire, I, De l'État romain à l'État byzantin, 284-476, París, 1.959, pp. 228-230.

4. A partir del año 402, los poemas de Claudio Claudiano, propagandista del régimen occidental, eluden hacer referencia a los controvertidos derechos de tutela sobre Arcadio, que supuestamente Teodosio I había otorgado a Estilicón en su lecho de muerte. Este silencio prueba, de manera elocuente, que, a principios del siglo V, el general había renunciado a sus ambiciones de llegar a ejercer la regencia sobre ambas partes imperii. Es más, para 404, la corte de Ravenna reconoce oficialmente que a Estilicón sólo se le había encomendado la tutela del pequeño Honorio; cf. CLAUD., De sexto cons. Hon., 581-583: infantem genitor moriens commisit.



5. OLYMP., Frg., 12; ZOS., Hist. Nov., VI, 2, 1; SOZ., Hist. Eccl., ix, 11, 2.

6. CLAUD., Bell. Pollent., 416-422; ZOS., Hist. Nov., VI, 3, 1.

7. OLYMP., Frg., 12; ZOS., Hist. Nov., V, 27, 3; VI, 2, 1-2; OROS., Adv. pag., VII, 40, 4; SOZ., Hist. Eccl., IX, 11, 2; PROC., De bellis, III, 2, 31. Todos los textos relativos al reinado de Constantino III han sido recogidos y estudiados por DEMOUGEOT, E., "Constantin III, l'empereur d'Arles", Hommage à André Dupont. Études médiévales languedociennes, Montpellier, 1.974, pp. 83-125.

8. Tras las reformas de Diocleciano (284-305) y Constantino (306-337) el ejército romano se organizaba en unidades estáticas de limitanei, generalmente acantonadas en las fronteras, y contingentes móviles de comitatenses, que componían las tropas regulares de campaña; cf. JONES, A. H. M., The Later Roman Empire. 284-602, Oxford, 1.964, pp. 607-608.

9. Antes de atravesar el canal, Constantino nombró magistri militum a Justiniano y Nebiogastes y les puso al mando de todas las tropas de la Galia. Al enterarse de lo que estaba sucediendo, Estilicón envió contra Constantino al general Saro con un gran ejército. Este aplastaría a las fuerzas de Justiniano, quien murió en combate. Temeroso de su suerte, Constantino se atrincheró tras los poderosos muros de Valentia (Valence), donde resistiría el asedio a que le sometió Saro, durante una semana. Entre tanto, Nebiogastes se pasó a las filas de los legitimistas, aunque no vivió mucho para disfrutar de su nueva situación. Saro le hizo asesinar. Desprovisto de altos mandos para sus tropas, Constantino designó como nuevos magistri al franco Edobico y al britano Geroncio, que pusieron en fuga al ejército de Saro, obligándole a regresar a Italia; cf. OLYMP., Frg. 12; ZOS., Hist. Nov., VI, 2, 2-6.

10. OROS., Adv. pag., VII, 37, 4-16; PROSP., Chron., 1.218; Add. ad Prosp. Havn. (marg.), a. 405; Chron. Gall. a. CCCCLII, 50; CASSIOD., Chron., a. 400; MARCELL. COM., Chron., a. 406; JORD., Rom., 321.

11. OROS., Adv. pag., VII, 38, 3; PROSP., Chron., 1.230; Add. ad Prosp. Havn. (marg.), a. 406; Chron. Gall. a. DXI, 547; HIERON., Ep., CXXIII, 15-16; SALV., De gub. Dei, VII, 50-52; ZOS., Hist. Nov., VI, 3, 1; PROC., De bellis, III, 3, 1; GREG. TUR., Hist. Franc., II, 9.

12. HIERON., Ep., CXXIII, 15-16.

13. Según STEIN, E., op. cit., I, p. 248, la capital de la prefectura habría sido trasladada de Augusta Treverorum (Tréveris) a Arelate a comienzos del siglo V, debido a la presión ejercida por los pueblos germanos en la frontera del Rin. La organización territorial del Bajo Imperio es el resultado de toda una serie de innovaciones introducidas a partir del año 297. En aquella fecha el emperador Diocleciano puso en marcha un importante proyecto de reformas administrativas, que sólo se completaría bajo los reinados de Constantino el Grande y sus sucesores. En primer lugar, se procedió a efectuar una subdivisión de las provincias existentes, al término de la cual se había duplicado su número. Las nuevas provincias fueron colocadas bajo el mandato de gobernadores de distinto rango: proconsules, consulares, correctores y praesides. Hacia 298 se inició el proceso de constitución de las diócesis, circunscripciones administrativas que agrupaban varias provincias bajo la autoridad de un vicarius o delegado del colegio de prefectos del pretorio (vices agens praefectorum praetorio). La regionalización de las praefecturae praetorio se producirá de manera mucho más gradual. En 333 se crea la de Africa, para atender al problema donatista. Su vida será efímera, ya que desaparece a la muerte de Constantino, en 337. Entonces, cada uno de los hijos del extinto emperador designará su propio praefectus praetorio. Constantino II (337-340) nombrará el suyo para las diócesis de las Galias, Septem provinciae, Hispania y Britania, Constancio II (337-361) para las de Thraciae, Asiana, Pontica y Oriente, y Constante (337-350) para Italia, Africa y las Pannoniae. Cuando en 340 Constante asuma el control político de todo Occidente, mantendrá dos prefectos, uno para administrar los dominios heredados de su hermano, y otro para los suyos propios. Constancio obrará de igual modo al convertirse en único soberano del Imperio. Es más, hacia el final de su reinado constituirá la praefectura praetorio per Illyricum, desaparecida en 361, y restablecida en 395. De este modo, a comienzos del siglo V, nos encontramos con cuatro praefecturae, dos occidentales (Galliarum e Italiae) y dos orientales (per Illyricum y Orientis). Cf. JONES, A. H. M., op. cit., pp. 42-47; 101-103; 126; 373-377.

14. OROS., Adv. pag., VII, 40, 4; ZOS., Hist. Nov., VI, 2, 3-6; 3, 1-3. Sobre el foedus con los burgundios, cf. STEIN, E., op. cit., I, p. 252

15. OROS., Adv. pag., VII, 40, 7; OLYMP., Erg., 12; 16; SOZ., Hist. Eccl., IX, 11, 4; MARCELL. COM., Chron., a. 411; JORD., Get., 165; Rom., 324; ZOS., Hist. Nov., VI, 4, 1; GREG. TUR., Hist. Franc., II, 9.

16. OROS., Adv. pag., VII, 40, 7; ZOS., Hist. Nov., VI, 4, 1-2; GREG. TUR., Hist. Franc., II, 9.

17. OROS., Adv. pag., VII, 40, 7-8; SOZ., Hist. Eccl., IX, 11; ZOS., Hist. Nov., VI, 4; GREG. TUR., Hist. Franc., II, 9; ARCE, J., El último siglo de la España romana: 284-409, Madrid, 1.982, pp. 151-155; España entre el mundo antiguo y el medieval, Madrid, 1.988, pp. 99-108. Sobre el ejército de la Lusitania y su composición, cf. LE ROUX, P., L'armée romaine et l'organisation des provinces ibériques d'Auguste a l'invasion de 409, París, 1.982, p. 397.

18. DEMOUGEOT, E., "Une lettre de l'empereur Honorius sur l'hospitium des soldats", Revue historique de droit français et étranger, 34, 1.956, pp. 25-49, no acepta la reconstrucción de la epístola efectuada por JONES, A. H. M., "A Letter of Honorius to the Army of Spain", Actes du X Congrès International d'Etudes Byzantines, Estambul, 15-21 Sept. 1.955, p. 223, que fecha el documento en 421. El texto original fue editado, por LACARRA, J. M., "Textos navarros del Códice de Roda", Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón, I, 1.945, pp. 268-269.

19. ZOS., Hist. Nov., VI, 4, 1-2; ARCE, J., El último siglo de la España romana: 284-409, p. 72.

20. OROS., Adv. pag., VII, 40, 8-9; ZOS., Hist. Nov., V, 43, 2; GREG. TUR., Hist. Franc., II, 9. Sobre los saltuarii, cf. ARCE, J., España entre el mundo antiguo y el medieval, p. 112.

21. Sobre las circunstancias que en que se produjo el fin de Estilicón, cf. OLYMP., Frg., 2; ZOS., Hist. Nov., V, 34, 2-5.

22. OLYMP., Frg., 14; SOZ., Hist. Eccl., 12, 5; ZOS., Hist. Nov., V, 43.

23. OROS., Adv. pag., VII, 40, 9-10; 42, 4; OLYMP., Frg., 16; SOZ., Hist. Eccl., IX, 12, 7; 13, 1; HYDAT., Chron., 42; SID., Ep., V, 9, 1; ZOS., Hist. Nov., VI, 5, 2 GREG. TUR., Hist. Franc., II, 9. En torno a las circunstancias que rodearon a la entronización de Máximo y al pacto que permitió a los bárbaros penetrar en Hispania, cf. ARCE, J., El último siglo de la España romana: 284-409, pp. 158-160; España entre el mundo antiguo y el medieval, pp. 108-121; GARCIA MORENO, L. A., "La invasión del 409 en España: nuevas perspectivas desde un punto de vista germano", ed. A. del Castillo, Ejército y sociedad. Cinco estudios sobre el mundo antiguo, León, 1.986, p. 80.

24. HYDAT., Chron., 48: Debacchantibus per Hispanias barbaris et saeviente nihilominus pestilentiae malo opes et conditam in urbibus substantiam tyrannicus exactor diripit et miles exhaurit.

25. AUGUST., Civ. Dei, I, 1-2; 4; 7; 10-12; 14; 16; De Urb. exc., 2, 2-3; 5, 5; 7, 8; HIERON., Ep., CXXVII-CXXX; OLYMP., Frg., 1; 3; 13; OROS., Adv. pag., II, 3, 3-4; 19, 13-15; VII, 39, 1-40, 1; 42, 7; 10; HYDAT., Chron., 43-44; Chron. Gall. a. CCCCLII, 65; 67; SOC., Hist. Eccl., VII, 10; SOZ., Hist. Eccl., IX, 8, 1-10; PHILOSTORG., Hist. Eccl., XII, 3 9-10; PROSP., Chron., 1.238; 1.240; SID., Carm., VII, 505-506; Exc. Sangall., a. 410; ZOS., Hist. Nov., VI, 7-8; 9, 2-3; 11-12; 13, 2; MARCELL. COM., Chron., a. 410; CASSIOD., Chron., a. 410; Var., XII, 20; JORD., Get., 156; Rom., 322; PROC., De bellis, III, 2, 13-30; 36; V, 12, 41; THEOPH., Chronogr., A.M. 5.903; ZON., Epit. Hist., XIII, 21.

26. OLYMP., Frg., 14; 16; SOZ., Hist. Eccl., IX, 12, 4-5; ZOS., Hist. Nov., VI, 5, 2; 13, 1.

27. OLYMP., Frg., 16; SOZ., Hist. Eccl., IX, 13, 1-3; OROS., Adv. pag., VII, 42, 4-5.

28. OROS., Adv. pag., VII, 42, 6; OLYM., Frg., 17; 19; SOZ., Hist. Eccl., IX, IX, 15, 3; PHILOSTORG., Hist. Eccl., XII, 6; PROSP., Chron., 1.246; 1.251; Add. ad Prosp. Havn., a. 413; HYDAT., Chron., 51; 54; MARCELL. COM., Chron., a. 412; JORD., Get., 159; 165; Rom., 325; PROC., De bellis, III, 2, 37; GREG. TUR., Hist. Franc., II, 9; THEOPH., Chronogr., A.M. 5.904.

29. OLYMP., Frg., 23; OROS., Adv. pag., VII, 42, 12-14; PHILOSTORG., Hist. Eccl., XII, 16; PROSP., Chron., 1.249; Chron. Gall. a. CCCCLII, 75; HYDAT., Chron., 51; 56; MARCELL. COM., Chron., a. 413; JORD., Rom., 325; THEOPH., Chronogr., A.M. 5.904. Cf. STEIN, E., op. cit., I, pp. 264-266.

30. OLYMP., Frg., 17, 20-22; 21; 26; OROS., Adv. pag., VII, 43, 2, 8; PHILOSTORG., Hist. Eccl., XII, 4; PROSP., Chron., 1.254; 1.256-1.257; HYDAT., Chron., 60; Chron. Gall. a. CCCCLII, 77; Chron. Gall. a. DXI, 562; JORD., Get., 159-160; 163; 166.

31. OROS., Adv. pag., VII, 40, 10; HYDAT., Chron., 48-49.

32. A comienzos del siglo V, Estilicón estableció en Occidente una organización del alto mando del ejército rígidamente centralizada. El modelo se mantendría, sin alteraciones significativas, hasta la muerte de Antemio (467-472). En síntesis, se preveía la existencia de tres magistri militum: el magister peditum praesentalis, a cargo de la infantería, de los laeti, de los gentiles, de las flotas y del ejército de frontera; el magister equitum praesentalis, al frente de la caballería; y el magister equitum per Gallias. Los magistri equitum, los comites rei militaris (Africae, Tingitanae, Hispaniarum, Britanniae, litoris Saxonici e Illyrici) y los duces de las

tropas fronterizas ( Mauritaniae, Tripolitanae, tractus armoricani, Belgicae Secundae, Moguntacensis, Sequanici, Raetiae, Pannoniae et Norici, Valeriae y Pannoniae Secundae) estaban a las ordenes del magister peditum praesentalis, que ocupaba el grado más alto del escalafón militar. En Oriente, los engranajes de la cúpula militar habían sido ensamblados durante el reinado de Teodosio I y no experimentarían cambios de importancia hasta la época de Justiniano. Ya a fines del siglo IV había cinco magistri utriusque militiae. Los dos praesentales residían en la capital y se hallaban al mando de los cuerpos del ejército de campaña estacionados en Constantinopla; mientras que los tres restantes poseían carácter regional (per Orientem, per Thracias y per Illyricum). Los ejércitos de frontera estaban al mando de un comes rei militaris en Aegyptus, dos duces en las Libyae y en la Thebais, siete duces en la frontera oriental (Palestinae, Arabiae, Phoenicae, Syriae, Oshroenae, Mesopotamiae y Armeniae), otros cuatro a lo largo del Danubio (Scythiae, Daciae, Moesiae Primae y Moesiae Secundae) y un comes Isauriae, que desempeñaba la función de gobernador civil y militar de la provincia. Bajo el reinado de León I (457-474) se desdignan cuatro nuevos duces ( Ponti, Euphratensis, Pentapolis y Pannoniae Secundae) y tres comites rei militaris (Pamphyliae, Pisidiae y Lycaoniae). Cf. JONES, A. H. M., op. cit., pp. 609-610.

33. HYDAT., Chron., 60; 62a; 63; 67; 68; SID., Carm., II, 363-365.

34. HYDAT., Chron., 71; 74.

35. Chron. Gall. a. CCCCLII, 85; MARCELL. COM., Chron., a. 422; JORD., Rom., 326; JOH. MAL., Chronogr., p. 350.

36. OLYMP., Frq., 34; SOC., Hist. Eccl., VII, 24; SOZ., Hist. Eccl., IX, 16, 2; HYDAT., Chron., 75-76; PROC., De bellis, III, 3, 4; JOH. MAL., Chronogr., p. 350; THEOPH., Chronogr., A.M. 5.895; 5.913.

37. SOZ., Hist. Eccl., IX, 15, 3; Chron. Gall. a. CCCCLII, 89; PROSP., Chron., 1.278; HYDAT., Chron., 77; MARCELL. COM., Chron., a. 422; JORD., Rom., 326; JOH. MAL., Chronogr., p. 350.

38. PROSP., Chron., 1.278; HYDAT., Chron., 77. Dos de nuestras fuentes (Chron. Gall. a. DXI, 571; HYDAT., Chron., 78) emplean el verbo invadere, para denotar el carácter ilegítimo y violento que tuvo el desembarco de Bonifacio en Africa. El comandante se hizo con el control militar de la zona, sin el consentimiento oficial del gobierno de Ravenna y a costa de concitar a la plebe de Cartago, para que asesinasen al comes Africae Juan (PROSP., Chron. Gall. a. CCCCLII, 59; cf. PLRE, II, p. 594). En esta

operación debió contar con la ayuda de los godos que abandonaron a Castino. Posiblemente, se tratase de la misma unidad de foederati que, en 417-418, había combatido con éxito a las tribus maurus de la frontera meridional de la Numidia, siendo Bonifacio su tribuno. Aquellas tropas bárbaras serían las únicas fuerzas que en 429 opondrían resistencia al avance de los vándalos; cf. AUGUST., Ep., 185, 1; 220, 7; POSSID., Vit. August., XXVIII.

39. OLYMP., Frg., 40; PHILOSTORG., Hist. Eccl., XII, 13; PROSP., Chron., 1.280; Chron. Gall. a. CCCCLII, 90-91; CASSIOD., Chron., a. 423. Sobre el papel desempeñado por Gala Placidia en este período, cf. DEMOUGEOT, E., "L'évolution politique de Galla Placidia", Gerión, 3, 1.985, pp. 194-195.

40. OLYMP., Frg., 41; PHILOSTORG., Hist. Eccl., XII, 13; PROSP., Chron., 1.282; Chron. Gall. a. CCCCLII, 92; POL. SIL., Laterc., 83; HYDAT., Chron., 83; SOC., Hist. Eccl., VII, 22, 20; 23, 3; MARCELL. COM., Chron., a. 424, 3; JORD., Rom., 327; PROC., De bellis, III, 3, 5; JOH. MAL., Chronogr., p. 350; GREG. TUR., Hist. Franc., II, 8; JOH. ANT., Frg., 195; THEOPH., Chronogr., A.M. 5.915; NIC. CALL., Hist. Eccl., XIV, 7.

41. OLYMP., Frg., 46; PHILOSTORG., Hist. Eccl., XII, 13; PROSP., Chron., 1.286; HYDAT., Chron., 84; MARCELL. COM., Chron., a. 424, 2.

42. OLYMP., Frg., 40; PROSP., Chron., 1.286.

43. OLYMP., Frg., 34; 46; PHILOSTORG., Hist. Eccl., XII, 13; SOC., Hist. Eccl., VII, 23, 9-10; 24, 1; Chron. Gall. a. CCCCLII, 99; PROSP., Chron., 1.288; HYDAT., Chron., 84-85; CASSIOD., Chron., a. 425; MARCELL. COM., Chron., a. 424, 1; 425; JORD., Rom., 328; PROC., De bellis, III, 3, 8-9; JOH. MAL., Chronogr., p. 356; JOH. ANT., Frg., 195; Chron. Pasch., a. 425; THEOPH., Chronogr., A.M. 5.915-5.916; NIC. CALL., Hist. Eccl., XIV, 7.

44. COURTOIS, Ch., Les vandales et l'Afrique, París, 1.955, p. 65, n. 4. El arrianismo surge, a comienzos del siglo IV, en la ciudad de Alejandría, al calor del debate sobre las relaciones de Padre e Hijo en el seno de la Trinidad. En este contexto, Arrio, un presbítero formado en la escuela de Antioquía, comenzó enseñar que el Hijo había sido creado y que, por tanto, era de una sustancia distinta a la del Padre. Sus doctrinas, fueron condenadas en 325 por el Concilio de Nicea, que proclamaría un Hijo "engendrado, no hecho, consubstancial al Padre". A lo largo del siglo IV, la querella se fue complicando, hasta que en 380 el emperador Teodosio I, mediante el edicto de Tesalónica, adoptó el credo de Nicea como religión oficial del estado romano. Cf. LLORCA, B., Historia de la Iglesia Católica, I, Edad Antigua. La

Iglesia en el mundo grecorromano, Madrid, 1.964, pp. 383-418; BAUS, K.- EWIG, E., "Desde Nicea a Calcedonia", Manual de Historia de la Iglesia, II, La Iglesia imperial después de Constantino hasta fines del siglo VII, ed. H. Jedin, Barcelona, 1.979, pp. 45-89. El obispo y misionero arriano Ulfilas transmitiría la herejía a los godos y, a través de éstos, a diversos pueblos germánicos, cf. BAUS, K.-EWIG, E., op. cit., pp. 310-318; DANIELOU, J.- MARROU, I., Nueva Historia de la Iglesia, I, Desde los orígenes a San Gregorio Magno, Madrid, 1.982, pp. 325-327.

45. HYDAT., Chron., 86; 89; Chron. Gall. a. DXI, 584; ISID., Hist. Wand., 73. Una parte de los vándalos era aún pagana cuando invadieron las Galias (OROS., Adv., pag., VII, 41, 8) y la noticia más antigua sobre su vinculación religiosa al arrianismo no es anterior al año 422 (SALV., De gub. Dei, VII, 46). COURTOIS, Ch., op. cit., pp. 35-36, defiende la hipótesis de que la cristianización arriana de los asdingos se produjo, a fines del siglo IV, por la acción combinada de los visigodos y de las iglesias danubianas, durante su estancia en la llanura de Pannonia, junto a la frontera romana. Por el contrario, THOMPSON, E. A., "Christianity and the Northern Barbarians", NMS, 1, 1.957, pp. 3-21, basándose en el testimonio de Paulo Orosio, sitúa la conversión de los vándalos en Hispania, en algún momento entre 409 y 417.

46. PROC., De bellis, III, 3, 32-33.

47. THEOPH., Chronogr., A.M. 5.931. Para la confusión entre la muerte de Godagisel y la de su hijo Gunderico, cf. SCHMIDT, L., Geschichte der Wandalen, Munich, 1.942, p. 27, n. 5, .

48. Poco antes de embarcarse rumbo a Africa, Genserico se enteró de que el caudillo suevo Hermigario estaba saqueando la Lusitania, y de que había llegado hasta las puertas de Emerita. A fin de proteger su retaguardia durante el tránsito del estrecho, el soberano Asdingo le presentó batalla a orillas del Guadiana. Las tropas de Hermigario fueron derrotadas en el encuentro y su líder se ahogó en las aguas del río. Cf. HYDAT., Chron., 90.

49. PROC., De bellis, III, 3, 22-31. JORD., Get., 167; Rom., 330, presenta un relato parecido de los hechos. Según COURTOIS, Ch., op. cit., p. 156, n. 1, esta coincidencia se debería a que ambos beben de una fuente común: Prisco de Panium. En cualquier caso, la historiografía bizantina consagra el relato de la traición de Bonifacio; cf. JOH. ANT., Frg., 196; THEOPH., Chronogr., A.M. 5.931, NIC. CALL., Hist. Eccl., XIV, 56.

50. PROSP., Chron., 1.294. Le sigue PAUL. DIAC., Hist. Rom., XIII, 10.

51. COURTOIS, Ch., op. cit., p. 156.

52. POSSID., Vit. August., XXXVIII.

53. PROC., De bellis, III, 3, 30. Para la fecha en que tuvo lugar la reconciliación de Bonifacio con el gobierno de Ravenna, cf. COURTOIS, Ch., op. cit., p. 156, n. 6.

54. PROSP., Chron., 1.294; JORD., Get., 167; PROC., De bellis, III, 3, 14-22; JOH. ANT., Frg., 196; THEOPH., Chronogr., A.M. 5.931.

55. AUGUST., Ep., 229-231; Chron. Gall. a. CCCCLII, 96; PROSP., Chron., 1.294

56. VICT. VIT., Hist. persec., I, 2: Qui reperti sunt senes, iuvenes, parvuli, servi vel domini, octoginta milia numerati. La cifra de 80.000 individuos, que nos ofrece Víctor de Vita para el conjunto de germanos que cruzaron a Africa en 429, ha sido cuestionado por COURTOIS, Ch., op. cit., pp. 215-218, quien muestra que se trata de un número meramente aproximativo, aunque no lo rechaze por completo, en virtud de los conocimientos etnográficos y estadísticos que se poseen sobre los pueblos bárbaros en migración. PROC., Anecd., XVIII, 6, estima en 80.000 la cantidad total de guerreros que componían el ejército vándalo en tiempos de Gelimer, basándose en la suposición de que a las ordenes de cada uno de los ochenta millenaria establecidos por Genserico combatían 1.000 hombres. También señala que "en los primeros tiempos el número de vándalos y alanos no superó la cantidad de 50.000" (PROC., De bellis, III, 5, 20). Diversas fuentes nos han transmitido la noticia del desembarco vándalo en las costas mauritanas; cf. POSSID., Vit. August., XXVIII; HYDAT., Chron., 90; SALV., De gub. Dei, VII, 13, 56; PROSP., Chron., 1.295; Chron. Gall. a. CCCCLIII, 108; CASSIOD., Chron., 1.215; PROC., De bellis, III, 3, 26; ISID., Chron., 377; Hist. Wand., 74.

57. Además del testimonio de Víctor de Vita sobre la migración de grupos familiares completos, poseemos el de HYDAT., Chron., 90: Gaisericus rex de Baeticae provinciae litore cum Vandalis omnibus eorumque familiis mense Maio ad Mauritaniam et Africam relictis transit Hispaniis. PROC., De bellis, IV, 14, 8, señala que las mujeres vándalas participaban en los desplazamientos de sus esposos y padres. Por lo que respecta al término hortus deliciarum, con que llegó a conocerse a las provincias africanas



en el siglo V, lo encontramos reflejado en QUODVULTD., Sermo de tempore barbarico, II, 5: Ubi est Africa quae toto mundo fuit velut hortus deliciarum?

58. Tras las expediciones de Valia en 416-418 contra silingos y alanos, los restos de ambos pueblos habían buscado refugio entre los asdingos; cf. HYDAT., Chron., 60; 62; 67; 68; ISID., Hist. Goth., 22. La presencia de elementos góticos entre las filas vándalas nos la confirma POSSID., Vit. August., XXVIII, y el de los suevos una inscripción funeraria procedente de Hippo Regius (Bona), AE, 1.951, 267: die III idus septe/mbres recessit. E/rmengon, Suaba, / bon(a)e memori(a)e in p/ace, ann(o) XXV. conivves Ingomarīs. Sobre la etnogénesis de las naciones o gentes germánicas del período de las invasiones, cf. GARCIA MORENO, L. A., op. cit., pp. 67-73.

59. PROSP., Chron., 1.329: quattuor Hispani viri Arcadius Paschasius probus et Eutycianus dudum apud Gisiricum merito sapientiae et fidelis obsequii cari clarique habebantur.

60. Chron. Gall. a. DXI, 584: Wandali..., depraedata Spania arreptus navibus Mauritaniam petunt rege Geserico. Por su parte, POSSID., Vit. August., XXVIII, hace mención a estas transmarinis navibus, que permitieron a los germanos cruzar el estrecho y desembarcar en Africa. Dos leyes de Constantino I, una del año 324 y otra del 336, relativas a los navicularios Hispaniarum (CTh., XIII, 5, 4; 8), dan fe de la importancia de la flota mercante peninsular, durante el primer tercio del siglo IV. Incluso después de que los vándalos tomaran parte de los cargueros para su traslado a la Mauritania Tingitana, la flota siguió teniendo cierta entidad. Sidonio Apolinario, en el panegírico que compuso en 458 en honor del emperador Mayoriano, destaca este hecho (SID., Carm., V, 49). Por supuesto, los miembros de las corporaciones de navieros (corpora naviculariorum) no conducían los embarcaciones de su propiedad, sino que delegaban esta función en el capitán (magister navis) y los marineros (nautae) de cada nave; cf. CTh., XIII, 9, 3; CJ, XI, 6, 3. Fueron estos últimos quienes debieron acompañar a los germanos en su travesía; aunque para 429 los vándalos ya poseían cierta experiencia en técnicas de navegación, como nos señala POSSID., Vit. August., XXVIII: velix exercitata.

61. GREG.-TUR., Hist. Franc., II, 2.

62. COURTOIS, CH., Op. cit., pp. 158-159.

63. GAUTIER, E.-F., Genséric, roi des Vandales, París, 1.932, pp. 167-169.

64. CARCOPINO, J., "Note sur una inscription chrétienne de Volubilis", Revue de Philologie, LXII, 1.936, pp. 105-112.
65. LE GALL, J., "L'itinéraire de Genséric", Revue de Philologie, LXII, 1.936, pp. 13-48. Se tratade la misma ruta que el emperador Mayoriano intentaría recorrer en 460, c.f. PROC., De bellis, III, 7, 11.
66. SCHMIDT, L., op. cit., pp.60-62.
67. COURTOIS, Ch., op. cit., pp. 158-160; COURCELLE, P., Histoire littéraire des grandes invasions germaniques, París, 1.964, pp. 117-118; MUSSET, L., Las invasiones. Las oleadas germánicas, Barcelona, 1.967, p. 52.
68. STEIN, E., op. cit., I, p. 320.
69. VICT. VIT., Hist. persec., I, 3: ab eorum contagione nullis remansit locis immunis. La presencia y trayecto de la flota se deducen del bloqueo naval que según POSSID., Vit. August., XXVIII, impusieron los vándalos a Hippo Regius.
70. COURTOIS, Ch., op. cit., p. 162 y n. 8.
71. LEO. I, Ep., XII, 8; 11.
72. COURCELLE, P., op. cit., pp.123-124.
73. BELTRAN TORREIRA, F.-M., "Un testimonio de la invasión vándala del norte de Africa: Posidio de Calama y su "Vita Augustini"", I Congreso Internacional "El Estrecho de Gibraltar", (Ceuta, 1.987), I, Madrid, 1.988, pp. 1.115-1.112.
74. POSSID., Vit. August., XXVIII: Verum brevi consequenti tempore divina voluntate et potestate pervenit, ut manus ingens diversis telis armata et bellis exercitata, immanium hostium Vandalorum et Alanorum commixtam secum habens Gothorum gentem, aliarumque diversarum personas, ex Hispaniae partibus transmarinis navibus Africae influisset et irruisset: universaque per loca Mauritaniarum etiam ad alias nostras transiens provincias et regiones, omni saeviens atrocitate et crudelitate, cuncta quae potuit spoliatione, caedibus, diversisque tormentis,

incendiis, aliisque innumerabilius et infandis malis depopulata est: nulli sexui, nulli parcens aetati, nec ipsis ecclesiarum ornamentis seu instrumentis vel aedificiis. Testimonio de la riqueza acumulada por la iglesia africana durante el siglo IV son los bastos conjuntos de edificaciones eclesiásticas construidos alrededor de las basílicas; cf. LASSUS, J., "Les edifices du culte autour de la basilique", VI Congresso Internazionale di Archeologia Cristiana, (Ravenna, 23-30 Septiembre, 1.962), Ciudad del Vaticano, Roma, 1.965, pp. 581-610.

75. Los vándalos pusieron sitio a Hippo Regius en mayo o junio de 430 y, para entonces, Bonifacio ya había sido derrotado por las fuerzas vándalas que pugnaban por alcanzar la costa noroccidental de la Proconsularis; cf. POSSID., Vit. August., XXVIII-XXIX; PROC., De bellis, III, 3, 31. Esto significa que, a principios de 430, la casi totalidad de la Numidia había sido devastada por los invasores.

76. Sobre la dispersión de las tropas bárbaras por toda la diocesis Africae da cuenta VICT, VIT., Hist. persec., I, 3: Invenientes igitur pacatam quietamque provinciam, speciositatem totius terrae florentis quaquaversum, impietatis agminibus impetebant, devastando depopulabantur, incendio atque homicidiis totum exterminantes. Las tres rutas principales, seguidas por el ejército vándalo en la invasión del este de Africa, podemos establecerlas a partir de las referencias a incursiones germánicas en la Numidia, la Proconsularis y la Byzacena, que nos han transmitido AUGUST., Ep., 228 (reproducida por POSSID., Vit. August., XXX); CAPREOL., Ep., I; VICT. VIT., Hist. persec., I, 10.

77. AUGUST., Ep., 228, 1: Quamvis enim epistolam illam breviter scripserim, nihil me tamen praetermisisse arbitur, quod et respondentem dicere, et quaerenti audire sufficeret: quandoquidem duxi, nec eos esse prohibendos, qui ad loca, si possunt, munita migrare desiderant; ut ministerii nostri vincula, quibus nos Christi caristas adligavit, ne deseramus ecclesias, quibus servire debemus non esse rumpenda. Ista quippe verba sunt, quae in illa epistula posui: Restat ergo, inquam, ut nos quorum ministerium quantulaecumque plebi Dei ubi sumus manenti ita necessarium est, ut sine hoc eam non oporteat remanere, dicamus Domino: Esto nobis in Deum protectorem et in locum munitum (Ps., 30, 3).

78. Mt., 10, 23.

79. AUGUST., Ep., 228, 2.

80. Ibid., 228, 5: Si in ecclesiis persistendum est, quid simus nobis vel populo profuturi non video, nisi ut ante oculos nostros viri cadant, feminae construprentur, incendantur ecclesiae, nos ipsi tormentis deficiamus, cum de nobis quaeritur quod non habemus.

81. Ibid., 228, 4: Si Dominus nobis imperavit fugam in eis persecutionibus, ubi potest fructus esse martyrii; quanto magis debemus fugere steriles passiones, quando est barbaricus et hostilis incursus?.

82. Ibid., 228, 2: Faciant ergo servi Christi, ministri verbi et sacramenti, quod praecipit sive permisit. Fugiant omnino de civitate in civitatem, quando eorum quisquam specialiter a persecutoribus quaeritur, ut ab aliis qui non ita requiruntur, non deseratur Ecclesia, sed praebeant cibaria conservis suis, quod aliter vivere non posse noverunt. Cum autem omnium, id est episcoporum et clericorum et laicorum est commune periculum, ni qui aliis indigent, non deserantur ab his quibus indigent. Aut igitur ad loca munita omnes transeant; aut qui habent remanendi necessitatem, non relinquuntur ab eis, per quos illorum est, ecclesiastica supplenda necessitas, ut aut pariter vivant, aut pariter subferant quod eos paterfamilias volet perpeti.

83. I Joh., 3, 16.

84. AUGUST., Ep., 228, 6.

85. Ibid., 228, 5: Ita quidam sancti episcopi de Hispania profugerunt, prius plebibus partim fuga lapsis, partim permptis, partim obsidione consumptis, partim captivitate dispersis: sed multo plures, illic manentibus propter quos manerent, sub eorundem periculorum densitate manserunt. Et si aliqui deseruerunt plebes suas, hoc est quod dicimus fieri non debere. Neque enim tales docti auctoritate divina, sed humano vel errore decepti vel timore sunt victi.

86. Ibid., 228, 4.

87. Ibid., 228, 8.

88. Ibid., 228, 6.

89. Ibid., 228, 13: Si autem hoc audito abire maluerint, nec illis manendum est qui propter illos manebant; quia ibi iam non sunt propter quos manere adhuc debeant.

90. POSSID., Vit. August., 28: Quod etiam ipsi nos de vicino cum aliis nostris coepiscopis confugaramus, in aedemque omni eius obsidionis tempore fuimus.

91. PROP., Chron., 1.339; VICT. VIT., Hist. persec., I, 12-15; PROC., De bellis, III, 5, 11-13; 17. La presencia de esclavos domésticos junto a sus amos fugitivos y , más tarde, exiliados, se encuentra atestiguada por THEODORET., Ep., 31; 36. En cuanto al problema del clero que buscó amparo en las grandes ciudades, poseemos más detalles, recopilados por POSSID., Vit. August., 28.

92. AUGUST., Sermo., 334 y 335.

93. La legislación romana imponía severas sanciones a los esclavos que se pasaban a las filas de los bárbaros. Una constitución promulgada por el emperador Constantino I, y aún vigente en el siglo VI (CJ, VI, 1, 3), establece como penas modélicas la amputación de un pie o la condena a trabajos forzados en las minas (aut pede amputato debilitentur, aut metallo dentur). Como señalase PIGANOL, A., L'Empire chrétien, (325-395), París, 1.972, p. 454, "la legislación criminal del siglo IV produce una impresión de horror; muchas leyes parecen dictadas por locos". Aún cuando tales castigos hubiesen venido a sustituir a la pena capital, no se nos puede escapar la brutalidad de los mismos, prueba manifiesta de la violencia que llegó a alcanzar el conflicto de clases en el Bajo Imperio. Si los esclavos africanos se atrevieron a unirse a los invasores vándalos, a despecho de la dura represión que les aguardaba en caso de restablecerse el orden romano, se debe a la situación social se hallaba profundamente deteriorada.

94. POSSID., Vit. August., XXVIII: civitates excidio perditas, pariterque cives cum aedificiis; villarum habitatores, alios hostili nece extinctos, alios effugatos atque dispersos; ecclesias sacerdotibus ac ministris destitutas, virginesque sacras et quosque continentes ubique dissipatos: et in his, alios tormentis defecisse, alios gladio interemptos esse, alios in captivitate, perdita animi et corporis integritate ac fide, malo more et duro hostibus deservire: hymnos Dei et laudes ex ecclesiis deperisse, aedificia ecclesiarum quamplurimis locis ignibis concremata, sollemnia quae Deo debentur de propriis locis desisse sacrificia, et sacramenta divina vel non quaeri, vel quaerenti qui tradat non facile reperiri: in ipsis montium silvis, cavernis petrarum et speluncis confugientes, vel ad quasque munitiones, alios fuisse expugnatos et interceptos, alios ita necessariis sustentaculis evolutos atque privatos, ut fame contabescerent: ipsosque ecclesiarum praepositos et clericos, qui forte Dei beneficio vel eos non incurrerunt, vel incurrentes evaserunt, rebus omnibus spoliatos atque nudatos egentissimos

mendicare, nec eis omnibus ad omnia quibus fulciendi essent subvenuti posset: vix tres superstiles ex innumerabilis ecclesis, hoc est Carthaginensem, Hipponensem et Cirtensem, quae Dei beneficio excisae non sunt, et earum permanent civitates, et divino et humano fultae praesidio.

95. VICT. VIT., Hist. persec., I, 4.

96. Ibid., I, 9: Ubi vero munitiones aliquae videbantur, quas hostilitas barbarici furoris obpugnaret nequiret, congregatis in circuitu castrorum innumerabilis turbis, gladiis feralibus cruciabant, ut putrefactis cadaveris, quos adire non poterant arcente murorum defensione, corporum liquescentium enecarent foetore. Su absoluto desconocimiento de las técnicas poliorcéticas obligaría a Genserico a ordenar el desmantelamiento de las fortificaciones de todas las ciudades del Africa vándala a comienzos del reinado del emperador oriental León I, a fin de evitar que, en caso de rebelión interna o invasión militar bizantina, los agresores pudiesen hacerse fuertes tras los muros de algún recinto urbano (PROC., De bellis, III, 5, 8). Sólo Cartago y, posiblemente, Hippo Regius conservaron sus defensas. La primera por tratarse de la sede de la monarquía y punto de concentración del aparato militar y administrativo del reino vándalo. La segunda, dado su alto valor estratégico, en previsión de que Cartago cayese en manos del enemigo, como, de hecho, ocurrió en 533. El encintado romano de Cirta Constantina también parece haberse mantenido en pie hasta la llegada de los bizantinos; probablemente, a causa de su posición como gran plaza fuerte del limes occidental del reino vándalo frente a los principados maúricos; cf. PRINGLE, D., The Defence of Byzantine Africa from Justinian to the Arab Conquest, Oxford, 1.981, pp. 171-178; 194-195; 220-221; PROC., De bellis, III, 5, 8; 15, 9; IV, 4, 26; 33-34.

97. COURTOIS, Ch., Victor de Vita et son oeuvre, Argel, 1.954, p. 70.

98. VICT. VIT., Hist. persec., I, 10.

99. El metal precioso tomado como botín por los bárbaros, durante las invasiones de los siglos V y VI, no enriqueció realmente la vida económica de la época, ya que con frecuencia se fundió y transformó en joyas, que terminaron por ir a parar a manos de la Iglesia en calidad de donaciones piadosas; cf. MUSSET, L., op. cit., pp. 172-173. En el caso del tesoro real de los Asdingos, compuesto por piezas adquiridas mediante saqueo, acabó incrementando los bienes del emperador y del patriarcado de Jerusalén, tras la reconquista bizantina. Sin embargo, una parte de las riquezas acumuladas por la nobleza vándala se entregó al

ejército imperial. La plebe de Constantinopla también se benefició de la captura de aquellos tesoros, ya que, durante la celebración de su triunfo, Belisario arrojó a la multitud que le aclamaba vasos de oro y gran cantidad de objetos preciosos. Incluso es posible que los hijos de Hilderico, los descendientes de Valentiniano III y el propio Gelimer fuesen obsequiados, en tal ocasión, con riquezas provenientes del botín adquirido en Africa por los vencedores (PROC., De bellis, IV, 3, 24-28; IV, 9, 1-16; Anecd., I, 19).

100. VICT. VIT., Hist. persec., I, 5: Quanti tunc ab eis praeclari pontifices et nobiles sacerdotes divesis poenarum generibus extincti sunt, ut traderent si quid auri vel argenti proprium vel ecclesiasticum haberent!

101. COURTOIS, Ch., op. cit., pp. 80-83; 158 y n. 3; 163.

102. POSSID., Vit. August., 28; PROSP., Chron., 1.304; VICT. VIT., Hist. persec., I, 10; PROC., De bellis, III, 3, 31. Posiblemente, Bonifacio intentaba alejar de la costa a los vándalos, apoyando su acción en un puerto fortificado y bien comunicado con Italia, para en caso de derrota emprender la huida. Esto último le resultó impracticable, dado que la flota vándala bloqueó el puerto de Hippo Regius.

103. POSSID., Vit. August., 29, señala que Agustín falleció en el tercer mes del sitio, a causa de unas fiebres (tertio illius obsidionis mense decubuit febribus). Puesto que, según PROSP., Chron., 1.304, la muerte del obispo de Hippo Regius se produjo el 28 de agosto de 430, caben dos posibles alternativas, para datar el inicio del asedio. COURTOIS, Ch., Les vandales et l'Afrique, p. 162, n. 4, analiza ambas probabilidades. En el caso de que Posidio esté haciendo referencia al mes de agosto como tercero del sitio, éste habría dado comienzo en junio; pero si a lo que alude es a la fecha concreta del óbito (cosa nada improbable, en virtud de la costumbre cristiana de celebrar el dies natalis de los santos y fijarlo con cronología absoluta en el calendario litúrgico), el sitio habría empezado en cualquier momento entre el 29 de mayo y el 27 de junio.

104. El trigo enviado a Roma procedía en su mayor parte de Africa (SYMM., Rel., 18; Ep., IV, 54; VII, 68); aunque también se traían cargamentos de Cerdeña (ID., Ep., IX, 42) y de Hispania (CTh., XIII, 5, 4). El praefectus praetorio Italiae, a través del praefectus annonae Africae, era quien se encargaba de recaudar el canon frumentarius, en concepto de impuesto en especie correspondiente a la annona (CTh., I, 15, 10; XI, 1, 13; Not. Dig. Occ., II, 41; SYMM., Ep., I, 61; CASSIOD., Var., VI, 18).

Desde Cartago se expedía a Portus Augusti, donde a su llegada el praefectus annonae Romae se hacía cargo del canon y de su traslado a la ciudad, a bordo de grandes barcasas, que remontaban el Tíber ( CTh., XIV, 3, 2; 9; 10; 4, 9; 22, 1). En el año 419 había 120.000 beneficiarios de las distribuciones mensuales de carne de cerdo ( CTh., XIV, 4, 10). Por lo común, se admite que esta cifra se corresponde con la de la plebs frumentaria, que recibía diariamente sus panes gradiles ( CTh., XIV, 17, 2-6); cf. JONES, A. H. M., op. cit., pp. 695-705. Dado que, según se deduce de una novella promulgada por Valentiniano III en 455, ya antes de la invasión vándala, la Mauritania Sitifensis y la Numidia pagaban sus impuestos en oro ( VAL. III, Nov., XIII), el grano con que se alimentaba a la plebs frumentaria romana debía proceder en su inmensa mayoría de la Proconsularis y de la Byzacena.

105. La organización del cubiculum o casa del soberano fue creciendo en complejidad a lo largo del Bajo Imperio. Los principales empleos se confiaron a eunucos. Al frente de todos los servicios se hallaba el praepositus sacri cubiculi. Por debajo de este encontramos al superintendente o primicerius y al mayordomo en jefe o castrensis sacri palatii. Estas tres dignidades se instituyeron en la primera mitad del siglo IV. Hacia el año 400, en Constantinopla se creó el cargo de comes domorum per Cappadociam, a fin de supervisar la administración de las rentas procedentes de las propiedades imperiales, que financiaban los gastos del cubiculum en Oriente. En época de Teodosio II (402-450), aparece el spatharius o jefe de la guardia privada del emperador. Y a partir del reinado de Zenón (474-491) adquiere destacada importancia el sacellarius o tesorero privado. Menor relevancia tuvo el comes sacrae vestis o encargado del guardarropía imperial, mencionado por primera vez en 412. Cf. COSTA, E. A., "The Office of the Castrensis Sacri Palatii in the Fourth Century", Byz., XLII, 1.972, pp. 358-387; JONES, A. H. M., op. cit., pp. 566-572; HOPKINS, K., "El poder político de los eunucos", Conquistadores y esclavos, Barcelona, 1.981, pp. 205-230.

106. DELMAIRE, R., Largesses sacrées et res privata, Roma, 1.989, pp. 218-220.

107. Not. Dig. Occ., XII, 16.

108. CTh., XI, 28, 13.

109. COURTOIS, Ch., op. cit., p. 132, n. 9.

110. JONES, A. H. M., op. cit., pp. 415-416; 425-427; DELMAIRE, R., op. cit., p. 218.



111. Celer era proconsul Africae a finales de abril de 429, poco antes de que se produjera el desembarco vándalo en la Tingitana (CTh., XI, 1, 34; 30, 68; XII, 1, 185; 186). Poseía bienes raíces en las proximidades de Hippo Regius, administrados por el procurator Espondeo. Además, mostraba ciertas simpatías hacia el donatismo (AUGUST., Ep., 56; 57; 139). Sin embargo, no es probable que aún ocupase el cargo en la primavera de 430, cuando la Proconsularis fue invadida por los guerreros de Genserico. Habitualmente, el proconsulado de Africa, puesto reservado a los miembros de las más prestigiosas familias de la aristocracia senatorial romana, sólo se otorgaba por un período de un año; cf. JONES, A. H. M., op. cit., p. 381.

112. POSSID., Vit. August., XXVIII.

113. CAPREOL., Ep. prim.: Orabam, reverentissimi fratres, in tali statu venerabilem vestram synodum celebrari; ut et nos electis communi iudicio fratribus et coepiscopis nostris non recusationem lamentatione dignam, sed instructam legationem magis mitteremus, nisi nostram instantiam causae diversae impederet... quibus additur quoniam imperiales in diebus paschae ad nos venerunt litterae, quando vix usque ad venerabilem totius synodi duorum mensuum spatium restabat, qui vix sufficebant et ipsi Africanæ synodo in unum convenire, et si nulla difficultas ab hostibus praesens accideret. Cf., CAMELOT, P.-T., Historia de los concilios ecuménicos, II, Efeso y Calcedonia, ed. G. Dumeige, Vitoria, 1.971, pp. 47-50.

114. CAPREOL., Ep. prim.: hinc factum est, licet legatos nullo modo destinare potimus, propter reverentiam tamen debitam ecclesiasticae disciplinae filium meum Bessulam diaconum cum his excusationis litteris destinavimus, adorabiles fratres

115. Ibid.: Sed quoniam non est apertus accessus viae (etenim infusa inimicorum multitudo et vastatio lata provinciarum, quae aut extinctis habitatoribus aut fugatis miserandam exterminationis faciem in longitudinem et in latitudinem extendentem et consummavit veniendi), his igitur impedimentis convenire ad unum qui circum Africam sunt episcopi nullatenus potuerunt.

116. JONES, A. H. M., op. cit., pp. 830-834.

117. Así lo atestiguan la epístola de Capreolo y VICT. VIT., Hist. persec., I, 10.

118. CAPREOL., Ep. prim.: etenim primum domini et filii nostri piissimi imperatoris Theodosii tales litterae ad manus venerunt, quae beatæ memoriae fratris nostri et coepiscopi Augustini

praesentiam specialiter exigebant, quae praedictae litterae in hac vita invenire eum nullatenus potuerant.

119. HYDAT., Chron., 93; 95; SID., Carm., VII, 233-234.

120. JONES, A. H. M., op. cit., p. 610; REMONDON, R., La crisis del Imperio romano. De Marco Aurelio a Anastasio, Barcelona, 1.967, p. 134.

121. Así, por ejemplo, durante la usurpación de Heracliano, en 413, habían quedado interrumpidos los suministros de trigo y aceite, que anualmente se enviaban a Roma, como parte del tributo pagado por la diocesis Africae. Este hecho provocó el hambre en la capital y la defección de los visigodos de Ataúlfo, quienes, al ver suspendida la llegada de los cargamentos de viveres, que les había prometido Honorio, se rebelaron contra el gobierno de Rávena. Por si fuera poco, el propio Heracliano se atrevió a desembarcar en Ostia, con un ejército transportado hasta Italia a bordo de las naves que componían la flota africana; cf. supra, n. 29. El chantaje frumentario y el empleo de los cargueros con finalidad militar preludian la política que desarrollará Genserico unos cuantos años más tarde.

122. HYDAT., Chron., 86; ISID., Hist. Wand., 74.

123. OLYMP., Frg., 46; CAND., Frg., = PHOT., Bibl., 79; SOC., Hist. Eccl., VII, 23, 8; PRISC., Frg., 11; PROC., De bellis, III, 3, 35-36; EVAGR., Hist. Eccl., II, 1; JOH. ANT., Frg., 195; THEOPH., Chronogr., A.M. 5.915; 5.931; 5.943; ZON., Epit. Hist., XIII, 24, 12.

124. En una carta remitida por los cismáticos al emperador Teodosio II, durante la celebración del concilio, se deja constancia de que, a la sazón, el soberano se hallaba ocupado con los preparativos de la campaña africana; cf. Mansi, IV, col. 1.406: et nunc opus habetis in bello quo Africam premitis.

125. PROC., De bellis, III, 3, 35. Para más detalles sobre las circunstancias en que se produjo el desembarco de las tropas de Aspar y el levantamiento del cerco de Hippo Regius, cf. STEIN, E., op. cit., I, pp. 321; 577, n. 24.

126. POSSID., Vit. August., XXVIII: licet post eius obitum urbs Hipponensis incolis destituta ab hostibus fuerit concremata.

127. PROC., De bellis, III, 3, 34.

128. LEPELLEY, C., Les cités de l'Afrique romaine du Bas-Empire, II, Notices d'histoire municipale, París, 1.981, pp. 124, n. 63, insiste en que la arqueología no confirma ni el incendio ni el abandono de la ciudad por parte de sus habitantes.

129. POSSID., Vit. August., XXVIII: quam urbem ferme quatuordecim mensibus conclusam obsederunt: nam et littus illi marinum interclusione abstulerunt.

130. POSSID., Vit. August., 28; QUODVULTD., Sermo de temp. barb., II, 5; VICT. VIT., Hist. persec., I, 3-11, no dejan lugar a dudas sobre los métodos empleados por los vándalos durante la invasión. En cuanto a sus actuaciones posteriores en Roma y en Oriente, cf. PROC., De bellis, III, 4, 36 - 5, 6; 22, 17-18.

131. POSSID., Vit. August., 29: Noveritus me hoc tempore nostrae calamitatis id Deum rogare, ut aut hanc civitatem ab hostibus circumdatam liberare dignetur, aut si aliud ei videtur, suos servos ad preferendam suam voluntatem fortes faciat, aut certe ut sese de hoc saeculo ad se accipiat.

132. Ibid., 29: Et ecce tertio illius obsidionis mense decubuit febribus, et illa ultima exercebatur aegritudine. Nec suum sane Dominus famulum fructu suae precis fraudavit. Nam et sibi ipsi et eidem civitati quod lacrimiosis de poposcit precibus, in tempore impetravit.

133. AUGUST., De civ. Dei, X, 6: tota ipsa redempta civitas, hoc est congregatio societasque sanctorum. BROWN, P., Biografía de Agustín de Hipona, Madrid, 1.970, p. 329, señala que "Agustín siempre consideró que estaba viviendo con un "pueblo" nuevo-el populus Dei...-", y que "su primer deber era cuidar de lo suyo y mantener la unidad y la moral de "su pueblo", la congregación católica".

134. POSSID., Vit. August., 28: erat defensione constitutus comes quondam Bonifatius cum Gothorum foederatorum exercitu. La segunda esposa de Bonifacio, con la que contrajo matrimonio en 426, era una princesa visigoda de confesión arriana llamada Pelagia, probablemente, miembro del linaje real de los Baltos (MEROB., Carm., IV, 17; SID., Carm., V, 128; 203-204; MARCELL. COM., Chron., a. 432; JOH. ANT., Frg., 201). Según AUGUST., Ep., 220, 4, todas las esclavas de su casa profesaban la misma fe que la dueña, quien, además, hizo bautizar a la hija nacida de su unión con el comes Africae por un sacerdote arriano. El propio Bonifacio había demostrado cierto interés por conocer la doctrina trinitaria de Arrio. En 417-418, cuando era tribuno de un regimiento de foederati godos que combatía a las tribus maurus en el limes meridional de la Numidia, escribió a Agustín para

plantearle algunas cuestiones sobre los dogmas del arrianismo y el donatismo (AUGUST., Ep., 185; 220, 7); cf. BROWN, P., op. cit., pp. 565-566. Sin duda, los foederati godos que en 430 se refugiaron en Hippo Regius eran arrianos, al igual que la inmensa mayoría de los germanos acantonados en las guarniciones fronterizas de Africa.

135. PROSP., Chron., 1.310; HYDAT., Chron., 99; PROC., De bellis, III, 3, 35-36.

136. COURTOIS, Ch., op. cit., p. 164, n. 2. En atención al testimonio explícito que aporta PROC., De bellis, III, 4, 4, nos inclinamos a favor del período estival como el más apropiado para datar el encuentro bélico.

137. PROC., De bellis, III, 3, 35-36.

138. Ibid., III, 4, 7; THEOPH., Chronogr., A.M. 5.931; 5.943.

139. EVAGR., Hist. Eccl., II, 1; PROC., De bellis, III, 4, 2-11; THEOPH., Chronogr., A.M. 5.931; 5.943; ZON., Epit. Hist., XIII, 24, 12-16.

140. Epit. Carthaq., p. 497; Laterc. reg. Wand., H, 2: Geisericus tribus annis Hippone regio exemptis Cartaginem occupat sub die XIII kalendas Novembris omnesque bellum intulisset. De acuerdo con esta información, Genserico habría residido en Hippo Regius desde el otoño de 436. Sin embargo, a través de PROSP., Chron., 1.321, sabemos que el monarca Asdingo firmó en esta misma ciudad un nuevo foedus con el Imperio en febrero de 435. De ello se deduce que, para entonces, el elemento germánico tenía una fuerte implantación en la zona e incluso no es descartable la posibilidad de que la monarquía vándala hubiese establecido ya su sede permanente en Hippo Regius.

141. Chron. Gall. a. CCCCLII, 98: Muro Carthago circumdata, quae ex tempore, quo vetus illa destructa est, sanctione Romanorum, ne rebellionem esset munimentum, muris non est permisa vallari; cf. LEPELLEY, C., op. cit., II, p. 17, n. 24.

142. COURTOIS, Ch., op. cit., p. 164; MUSSET, L., op. cit., pp. 169-171.

143. PROSP., Chron., 1.310; HYDAT., Chron., 90.

144. Lib. de promiss., IV, 6, 9: Aspero v. i. co(n)s(ule) Carthagini constituto. PROC., De bellis, III, 3, 36; EVAGR., Hist. Eccl., II, 1.

145. PROSP., Chron., 1.310; HYDAT., Chron., 99.

146. PROSP., Chron., 1.321: Pax facta cum Vandalis data eis ad habitandum Africae portione per Trigetium in loco Hippone III idus Febr.; cf. C. Th., XI, 20, 4.

147. COURTOIS, Ch., op. cit., p. 169.

148. ISID., Hist. Wand., 74; cf. infra, n. 95.

149. PROSP., Chron., 1.327, menciona a Posidio de Calama, Novato de Sitifis y Severiano de Cera (Zeraïa) entre los obispos católicos que habitaban en zona de asentamiento vándalo. Además, sabemos que Hippo Regius y Cirta Constantina también se hallaban en este territorio; cf. Ibid., 1.321; Epit. Carthaq., p. 497; Laterc. reg. Wand. et Alan., H, 2; HONORAT., Ep. Cons..

150. STEIN, E., op. cit., I, p. 322; COURTOIS, Ch., op. cit., pp. 169-170; 276, n.5.

151. ISID., Hist. Wand., 74: Valentinianus iunior Occidentis imperator non valens obsistere pacem mittit et partem Africae, quam Wandali possederant, tamquam pacifico dedit conditionibus ab eo sacramenti acceptis, ne quid ultra invaderet. Puesto que, a partir de 430, destacamentos vándalos habían penetrado en la Proconsularis y la Byzacena, ahora debió producirse la evacuación de ambas provincias.

152. COURCELLE, P., op. cit., pp. 126-134, nos ofrece un detallado estudio sobre este conjunto de sermones.

153. PROSP., Chron., 1.327: In Africa Gisiricus rex Wandalorum, intra habitationis suae limites volens catholicam fidem Arriana impietate subvertere, quosdam nostrorum episcopos, quorum Posidius et Novatus ac Severianus clariores erant, eatenus persecutus est, ut eos privatos iure basilicarum suarum etiam civitatibus pelleret, cum ipsorum constantia nullis superbissimi regis terroribus cederet.

154. Ibid., 1.329: Per idem tempus quattuor Hispani viri Arcadius Pascasius Probus et Eutiquianus dudum apud Gisiricum merito sapientiae et fidelis obsequii cari clarique habebantur. quos rex ut dilectiores sibi faceret, in Arrianam perfidiam transire praecepit. sed illi hoc facinus constantissime respuentes excitato in rabidissimam iram barbaro primum proscripti, deinde in exilium acti.

155. HONORAT., Ep. Cons..

156. PROSP., Chron., 1.329: tum atrocissimis supplicis scruciati, ad postremum diversis mortibus interempti illustri martyrio mirabiliter occubuerunt.

157. Ibid., 1.329: puer autem Paulillus nomine frater Eutyciani et Paschassi pro elegantia formae atque ingenii admodum regi acceptus cum a professione atque amore catholicae fidei nullis nimis deturbari posset, fustibus diu caesus et ad infamam servitutem damnatus est, ideo, ut apparet, non occisis, ne de superata saevitia impii etiam illa aetas gloriaretur.

158. COURTOIS, Ch., op. cit., p. 170.

159. PROSP., Chron., 1.339: Gisiricus, de cuius amicitia nihil metuebatur; cf. CASSIOD., Chron., 1.233; ISID., Hist. Wand., 75.

160. COURCELLE, P., op. cit., p. 128, n. 4, acepta la fecha de marzo de 439, propuesta por P. D. Franes, para datar la composición del discurso. No la consideramos desacertada, ya que el propio Quodvultdeus menciona la reciente celebración de los natalitia de las santas Perpetua y Felicidad y de sus otros compañeros de martirio. Esta fiesta se conmemoraba, anualmente, el 7 de marzo, aniversario de la pasión de los mártires. Una inscripción procedente de la basilica Maiorum de Cartago, construida en el siglo IV sobre el sepulcro de estos santos, confirman la fecha; cf. RUIZ BUENO, D., Actas de los mártires, Madrid, 1.987, p. 414. También las Acta Minora SS. Perp. et Fel., IX, 5, nos ofrecen noticia del día y mes en que tuvo lugar el suplicio, aunque lo sitúen erróneamente bajo el reinado de los emperadores Valeriano y Galieno. La Pass. SS. Perp. et Fel., VI, 3; VII, 9, contemporánea a los hechos, data con precisión el suceso, en el año 203, durante las celebraciones del natalicio del César Geta, hijo del emperador Septimio Severo (193-211), siendo "procurador Hilariano, que había recibido el ius gladii o poder de vida y muerte, en lugar del difunto procónsul Minucio Timiniano".

161. QUODVULTD., Sermo de temp. barb., I, 1: Inter tantas angustias et in ipso fine rerum posita est universa provincia, et quotidie frequentantur spectacula: sanguis hominum quotidie funditur in mundo et insanientium voces crepitant in circo.

162. Ibid., I, 2-3.

163. Luc., XVIII, 19.

164. QUODVULTD., Sermo de temp. barb., I, 4.

165. Ibid., I, 4-5.

166. Ibid., I, 6-8.

167. Ibid., I, 10.

168. Ibid., I, 9: Et nunc veniant omnes quicumque amant paradisum, locum quietis, locum securitatis, locum perpetuae felicitatis, locum in quo non pertinescas barbarum, in quo nullum patiaris adversarium, nullum habeas inimicum: venite omnes, intrate omnes.

169. COURCELLE, P., op. cit., efectúa un análisis pormenorizado sobre la figura y trabajo intelectual de Salviano de Marsella, estudiando las fuentes empleadas por el autor y los objetivos ideológicos que persigue en su obra.

170. BLAZQUEZ, J. M<sup>a</sup>., "La crisis del Bajo Imperio en Occidente en la obra de Salviano de Marsella. Problemas económicos y sociales", Aportaciones al estudio de la España romana en el Bajo Imperio, Madrid, 1.990, pp. 205-247.

171. SALV., De gub. Dei, IV, 57; VII, 85.

172. Ibid., VII, 67; 74.

173. Ibid., VII, 72: Quae enim fuit pars civitatis non plena sordibus, quae intra urbem platea aut semita non lupanar ? Salviano dedica un amplio espacio en el libro séptimo De gubernatione Dei a la descripción y condena de la prostitución masculina en Cartago; cf. Ibid., VII, 76-88.

174. Ibid., VII, 58; VIII, 22.

175. Ibid., VIII, 19-22: Ita igitur et in monachis, id est sanctis dei, Afrorum probatur odium, quia inridebant sicut, quia detestabantur, quia insectabantur, quia omnia in illos paene fecerunt, quae in salvatorem nostrum Iudaeorum impietas ante fecit, quam ad effusionem ipsam divini sanguinis perveniret... intra Africae civitates et maxime intra Carthaginiis muros, palliatum et pallidum et recisis comarum fluentium iubis usque ad cutem tonsum videre tam infelix ille populus quam infidelis sine convicio atque execratione vix poterat. Et si quando aliquis dei servus aut de Aegyptiorum cenobiis aut de sacris Hierusalem locis aut de sanctis heremi venerandisque secretis ad urbem illam officio divini operis accedit, simul ut populo apparuit, contumelias, sacrilegia et maledictiones excepit.

176. JOH. CHRYS., Adv. opp. vit. mon., I, 2; II, 1-2; III, 1, describe, detalladamente, cómo se trataba a los monjes en Antioquía de Siria, bajo el reinado de los emperadores Valentiniano II, Teodosio I y Arcadio. Según nos refiere, muchos cristianos de la ciudad se jactaban de su habilidad para localizar los habitáculos de los ascetas, de donde los sacaban a golpes, arrastrándolos por calles y plazas ante los tribunales de justicia. Una vez en presencia de los magistrados, no les era difícil conseguir que se los torturase y arrojase en prisión; cf. FESTUGIERE, A.-J., Antioche païenne et chrétienne. Libanius, Chrysostome et les moines de Syrie, París, 1.959, pp. 192-195. Los gentiles, por su parte, se burlaban de tales conflictos entre miembros de una misma religión, al tiempo que manifestaban un franco desprecio hacia los monjes. Sin importar su fe, tanto paganos como cristianos, los padres de familia se oponían a que sus hijos se uniesen a las filas de los solitarios. Para ellos no cabía mayor desgracia, humillación y vergüenza que el que uno de sus vástagos huyese al desierto. De darse el caso, no dudaban en llevar ante los jueces a los monjes que hubiesen inducido al muchacho a abandonar su casa, parientes, posición social y posibilidades de hacer carrera.

177. BAUS, K.- EWIG, E., op. cit., pp. 531-536. Teodosio I en una constitución promulgada en Verona el 2 de septiembre de 390 y dirigida a Tatiano, praefectus praetorio Orientis, dispuso que los monjes habitasen los deserta loca et vastas solitudines. Dos años después, una nueva ley dirigida al mismo prefecto, recordaba que a los monjes les estaba vedado el acceso a las ciudades; cf. CTh., XVI, 3, 1-2. Sin embargo, los desordenes en que se veían envueltos miembros de comunidades monásticas continuaron produciéndose, con regularidad, en casi todas las grandes ciudades del Imperio, a lo largo del siglo V.

178. SALV., De cub. Dei, VIII, 4: Pupillis enim vel maxime prodigiis haec obiciuntur obprobria, perditorum hoc adulescentium speciale convicium est, ut abusores scilicet et incuriosi ac neglentes rerum suarum esse dicantur. Respecto a la antitesis existente entre el ideal de vida desarrollado en medios monásticos y las formas de sociabilidad propias de la ciudad tardoantigua, resultan reveladoras las observaciones de BROWN, P., "La Antigüedad Tardía", ed. P. Ariés y G. Duby, Historia de la vida privada, I, Del Imperio romano al año mil, Madrid, 1.987, pp. 282-283.

179. BAUS, K.- EWIG, E., op. cit., p. 533. Durante el último período de la dominación vándala, se puede constatar la existencia de un conflicto jurisdiccional entre la sede episcopal de Hadrumetum (Soussa), metrópoli de la Byzacena, y el abad de un monasterio cercano. El problema, que había sido abordado en



el sínodo de Junci en 523 y en el de Cartago en 525, se perpetuó hasta después del restablecimiento de la autoridad imperial en Africa. Unicamente entonces, los padres reunidos en el concilio de Cartago de 534 conseguirían poner término a la cuestión, fallando en pro de la autonomía de los monasterios. Tal decisión se hizo extensible a todo el territorio africano, lo que sugiere que este tipo de disputas debía venir de antiguo y producirse con cierta frecuencia; cf. HEFELE, K. J. von, A History of the Councils of the Church, IV, A.D. 451 to A.D. 680, Edimburgo, 1.895, pp. 130-131; 141-143; 189-190.

180. SALV., De gub. Dei, VII, 74: Hoc quippe totum ad sacerdotes tantum et clerum pertinet: quos non discutio quia domini mei ministerio reverentiam servo.

181. Ibid., VII, 105: hi (Wandali) quos dominare Africae deus iussit.

182. CIL, VIII, 28044; ILS, 3139; 3477. Muerto Genserico, en la Proconsularis y la Byzacena se mantendría la costumbre de datar por el año del monarca reinante (CIL, VIII, 2013/16516; 11649; 10516/11528; 23053 u; ILS, 4452). En la Numidia, que con excepción de su zona nordeste fue reintegrada al Imperio por el tratado de 442, continuó empleándose el sistema del consulado para fechar documentos y epígrafes, al menos hasta la muerte de Valentiniano III (AE, 1.924, 58). A continuación, Genserico se apoderó de una porción del sector occidental de la provincia, como lo atestigua una inscripción hallada en Cuicul (Djemila), fechada en el año vigésimo cuarto de Cartago, según el computo establecido por el soberano vándalo, y que, por tanto, corresponde a 463 (AE, 1.967, 596). La Mauritania Sitifensis y la Caesariensis, nunca abandonaron el viejo método del annus provinciae, que tomaba como punto de partida el 40 a. C. En aquella fecha, el emperador Calígula (37-41) mandó ejecutar a Ptolomeo, último rey de la Mauritania, y anexionó su reino al Imperio romano; cf. Suet., Calig., 26, 1; 35, 1. El epígrafe más antiguo en el que se emplea este sistema data del año 128, bajo el reinado del emperador Adriano (117-138), y, según Hübner, desde el 338 hasta la conquista musulmana, a fines del siglo VII y comienzos del VIII, fue el único que se usó en toda la región del antiguo reino de Mauritania (CIL, VIII, p. 1.061)

183. PROSP., Chron., 1.339, destaca lo imprevisto de la acción del monarca Asdingo, que se valió de la seguridad que confería a los romanos el foedus de 435, para adueñarse de Cartago. ISID., Hist. Wand., 75, quien al igual que CASSIOD., Chron., 1.233, reproduce el texto de Próspero de Aquitania, señala, previamente, que la toma de la ciudad comportó una violación expresa del juramento efectuado por Genserico, al rubricar el pacto de

federación (violata sacramenti religione Cartaginem dolo pacis invadit). Por su parte, HYDAT., Chron., 115, insiste en que los vándalos hicieron uso de la estratagema y el engaño, para apoderarse de Cartago (fraude decepta). MARCELL. COM., Chron., a. 439, resalta el carácter militar de la ocupación de la ciudad (Ginsiricus... Carthaginem... cum suis satellitibus occupavit).

184. Conocemos la existencia de un cuerpo de policía municipal en Cartago, a través de los testimonios de AUGUST., Conf., VI, 9, 14, y SALV., De gub. Dei, VII, 16; cf. LEPELLEY, C., op. cit., pp. 33-35.

185. QUODVULTD., Sermo de temp. barb., II, 5.

186. COURCELLE, P., op. cit., pp. 129-134.

187. VICT. VIT., Hist. persec., III, 62. Las exageraciones del autor pueden comprenderse mejor, si se tiene en cuenta la finalidad de su obra, redactada cuando en la sociedad africana todavía se hallaban abiertas las heridas que había causado la última persecución de Hunerico; cf. COURMOIS, Ch., op. cit., pp., 167-168.

188. Dado que resultaría prolijo y bastante monótono efectuar un elenco completo de los numerosos actos de violencia llevados a cabo por romanos contra otros romanos o contra los bárbaros, a lo largo de los siglos IV al VII, nos limitaremos a recordar que la misma Cartago había sido saqueada por fuerzas imperiales ciento veintiocho años antes de que los vándalos la ocupasen. En 311, el emperador Majencio (306-312) envió a Africa tropas al mando del praefectus praetorio Rufio Volusiano, para combatir al antiguo vicarius Lucio Domicio Alejandro (308-311), que había sido proclamado Augusto por sus propios hombres. Tras haber arrasado Cirta, último refugio de Domicio Alejandro, el ejército de Volusiano se dirigió hacia Cartago, devastando numerosas ciudades por el camino. AUR. VICT., Hist. Abbrev., XL, 17-19; Epit. Caes., XL, 2; 6 y ZOS., Hist. Nov., II, 12; 14, coinciden en señalar el carácter extremadamente brutal y sanguinario que revistió la operación, especialmente cuando le llegó el turno a Cartago. La capital de la diocesis Africae pasaría por momentos angustiosos. A la devastación material causada por los incendios provocados por las tropas de Volusiano, se sumó la despiadada masacre de la nobleza local, sospechosa de haberse prestado gustosamente a colaborar con el usurpador. Un año después de estos sucesos, Majencio era derrotado por su rival Constantino en la batalla del puente Milvio. A fin de ganarse el indispensable apoyo de los africanos, Constantino envió a Cartago la cabeza de su adversario, que previamente había paseado en triunfo por las calles de Roma ; cf. STEIN, E., op. cit., I, p.

85.

189. QUODVULTD., Sermo de temp. barb., II, 5.

190. THOMPSON, E. A., "Slavery in Early Germany", ed. M. I. Finley, Slavery in Classical Antiquity. Views and Controversies, Cambridge, 1.960, pp. 195-196.

191. POSSID., Vit. August., arguye que no respetaron edad ni sexo y que hicieron esclavos a muchas personas. Sin embargo, Honorato de Thiabena, precisa que los varones eran asesinados (virī cadant); en tanto que las mujeres eran objeto de violencia sexual (feminae construprentur); cf. AUGUST., Ep., 228, 5. Tras la derrota de las fuerzas combinadas de Aspar y Bonifacio en el verano de 431, Genserico conservó con vida a los soldados romanos capturados en la batalla, para convertirlos en esclavos (PROC., De bellis, III, 4, 1). Como se ha visto, la toma de Cartago fue seguida de la reducción a la servidumbre de numerosas mujeres. QUODVULTD., Sermo de temp. barb., II, 5, no menciona que los varones corriesen la misma suerte. En cambio, VICT. VIT., Hist. persec., I, 7, omite toda referencia a las cautivas de Cartago y las suplanta en la labor de acarreo por sacerdotes católicos y aristócratas romanos (Quantis sacerdotibus quantisque inlustribus onera ingentia ut camelis vel aliis generibus iumentorum inposuerint), añadiendo, a continuación, una sucinta nota referente al especial maltrato que padecieron los ancianos. Una vez más, nos decantamos a favor del relato de Quodvultdeus, que fue testigo ocular de los acontecimientos, y que de haberse producido tamaña afrenta contra el clero jamás la hubiese silenciado.

192. QUODVULTD., Sermo de temp. barb., II, 5.

193. En 455, durante el saqueo de Roma, los vándalos y sus aliados mauros escogieron cautivos en función de las variables que regulaban su precio en el mercado, a saber, edad y destrezas manuales (PROSP., Chron., 1.374); y a su regreso a Cartago no tuvieron el más mínimo reparo en separar a miembros de una misma familia, para repartirse el botín; cf. VICT. VIT., Hist. persec., I, 25.

194. VICT. VIT., Hist. persec., i, 7: Sed etiam parvulos ad uberibus maternis rapiens barbarus furor insontem infantiam elidebat ad terram. Aliis a regione pedes tenentes, a meatu prorsus naturali usque ad arcem capitis dissipabant: quando tunc forte Sion captiva cantabant: dixit inimicus incendere fines meos, interficere infantes meos et parvulos meos elisurum ad terram.

195. Las referencias que se hacen en la Biblia a niños estrellados, mujeres rajadas y cadáveres expuestos en la vía pública a las aves y bestias son numerosísimas y, sin duda, Quodvultdeus las conocía tan bien como Víctor de Vita; cf. II Reg., VIII, 12; XV, 16; Ps., CXXXVII, 9; Isa., XIII, 16; Os., X, 14; XIII, 16; Am., I, 13; Nah., III, 10.

196. Lib. Gen., 618.

197. HYDAT., Chron., 118: Gaisericus elatus in pie episcopum clerumque Carthaginis depellit ex ea et iuxta prophetiam Danihelis demutatis ministeriis sanctorum ecclesias catholicas tradit Arrianis. ISID., Hist. Wand., 75, reproduce parte del texto de Hidacio. Para la profecía en cuestión, cf. Dan., VII, 19-27; XI, 31-39.

198. Durante más de una década, los arqueólogos que estudiaron las ruinas de las termas de Antonino Pio (138-161) en Cartago creyeron haber reunido evidencia suficiente, como para sostener la hipótesis de que el complejo balneario había sido destruido por los vándalos, en el saqueo del año 439; cf. LEZINE, M. A., PICARD, C., PICARD, M. G.-Ch., "Observations sur la ruine des thermes d'Antonin a Carthage", CRAI, París, 1.956, pp. 425-430. No obstante, después de haber revisado exhaustivamente el material de que disponía, LEZINE, M. A., Carthage. Utique. Études d'architecture et urbanisme, París, 1.968, pp. 72; 75, acabó admitiendo que el desplome de las bóvedas del frigidarium, atribuido a la acción de los bárbaros, se había producido, en realidad, a fines del siglo IV o comienzos del V. Además, constató que el resto de las salas del edificio habían continuado en funcionamiento, a lo largo de todo el período de dominio vándalo, con excepción del caldarium, que, hacia 530, se transformó en un taller de cerámica. Tras la reconquista justiniana de Cartago, se procedió a una restauración integral de todos los ambientes aprovechables del conjunto sobre una planta nueva planta termal.

199. VICT. VIT., Hist. persec., I, 8: odium, theatrum, aedem Memoriae et viam, quam Caelestis vocitabant, funditus deleverunt.

200. El mundo del espectáculo y el de la prostitución estuvieron íntimamente ligados, durante toda la historia del Imperio romano. Las dependencias situadas bajo las arquerías (fornices) de circos, teatros y anfiteatros eran empleadas por proxenetas, muchachas exóticas y ambiguos efebos como locales en donde vender su mercancía (JUV., Sat., III, 65; SHA, Vit. Elagab., XXVI, 3-5). Diversos tratadistas cristianos de los siglos II al VII condenan enérgicamente la asistencia de los fieles a los espectáculos teatrales, debido a la vinculación de la trama de las obras y del

lugar donde se representaban con el mundo de la prostitución (TERT., De spect., XVII; MIN. FEL., Oct., XXXVII, 12; NOV., De spect., VI; AUGUST., De civ. Dei, I, 32; ISID., Etymolog., XVIII, 42). Como se ve obligado a reconocer SALV., De gub. Dei, VII, 78, los gobiernos municipales trataron restringir el ejercicio de aquella actividad a zonas muy concretas del recinto urbano. Para 413, Roma contaba con un magistrado especial, el tribunus voluptatum, originariamente un oficial de las cohortes urbanae, que tenía a su cargo el control del personal que participaba en los espectáculos teatrales y circenses y el de las prostitutas que oficiaban en los 46 burdeles públicos de que disponía la Ciudad Eterna ( CTh., XV, 7, 13; Not. Rom.). Esta magistratura sobrevivió bajo la dominación ostrogoda, y, según se cree, pudo implantarse en otras ciudades italianas, durante aquella época, ya que aparece documentada para 523-526 in Mediolanensi urbe ( CASSIOD., Var., V, 25). De dar crédito a PROC., Anecd., IX, 10, la futura emperatriz Teodora habría comenzado a prostituirse, siendo aún niña, en un burdel instalado en el teatro de Constantinopla, que solían frecuentar los esclavos de los notables, mientras sus amos presenciaban las actuaciones de los mimos y pantomimos.

201. SALV., De gub. Dei, VII, 94-99: Abstulerunt enim de omni Africae loco sordes virorum mollium, contagiones etiam horruere meretricum, nec horruerunt tantum aut temporarie summooverunt, sed penitus iam non esse fecerunt... Addiderunt quoque hoc ad libidinem comprimendam, severas pudicitiae sanctiones, decretorum gladio impudicitiam coercentes.

202. Ibid., VII, 98-100.

203. Ibid., VII, 107: Iam apud Gothos impudici non sunt nisi Romani, iam apud Wandalos nec Romani: tantum apud illos profecit studium castimoniae, tantum severitas disciplinae, non solum quod ipsi casti sint, sed, ut rem dicamus novam, rem incredibilem, rem paene etiam inauditam, castos etiam Romanos esse fecerunt.

204. LJ, III, 4, 17. A la mujer de condición libre que prostituyera su cuerpo se la condenaba a recibir 300 latigazos, el número más elevado de todo el código, y, a continuación, debía ser expulsada de la ciudad donde hubiera ofrecido sus prestaciones sexuales. En caso de ser reincidente se la azotaba y era relegada a la esclavitud. Por lo que se refiere a la esclava que se prostituyese sufriría, además, la decalvación. Tanta severidad contrasta, incluso, con el proceder de Genserico, quien, pese a la dureza de la normativa dictada, permitió que las ramera conservasen su integridad física, a condición de que se casaran y no volvieran a su antiguo oficio (SALV., De gub. Dei, VII, 96-98). La legislación imperial de los siglos III al VI,

casi nunca adoptó medidas represivas contra aquellas personas que ejercían la prostitución con su propio cuerpo. En cambio, persiguió con rigor el proxenetismo en todas sus variantes; cf. JONES, A. H. M., op. cit., pp. 976.

205. HYDAT., Chron., 118; VICT. VIT., Hist. persec., I, 9. Otros edificios religiosos fueron convertidos temporalmente en establos, cf. CJ, I, 27, 1, 3.

206. PROSP., Chron., 1.339.

207. QUODVULTD., Sermo de temp. barb., II, 3: O si sacrificaretur! o si diis immolaretur solita! quoniam aut non venissent, aut iam finitirentur ista quae patimur mala.

208. COURCELLE, P., op. cit., pp. 138-139.

209. VICT. VIT., Hist. persec., I, 15.

210. Acta procons. S. Cypr., V; VICT. VIT., Hist. persec., I, 16.

211. Carecemos de testimonios que certifiquen la transmisión del patrimonio fundario de la Iglesia Católica al clero arriano. En cambio, tenemos constancia de que éste último se benefició de las confiscaciones que afectaron a los laicos. La Vit. Fulgent., 4, nos muestra como la residencia familiar de Gordiano, miembro de la curia de Cartago, fue entregada a sacerdotes arrianos, tras la expulsión de su propietario.

212. VICT. VIT., Hist. persec., I, 12.

213. PROSP., Chron., 1.339; PROC., De bellis, III, 5, 17.

214. PROC., De bellis, III, 5, 11. Pese a todo, algunos notables como Celestiano lograron conservar sus esclavos domésticos, con los que serían deportados; cf. THEODOR., Ep., 31; 36.

215. VICT. VIT., Hist. persec., I, 15: Sanatorum atque honoratum multitudinem primo exilio crudeli contrivit, postea transmarina in parte proiecti.

216. Ibid., I, 14; PROC., De bellis, III, 5, 11-13.

217. Vit. Fulgent., 4.

218. THEODORET., Ep., 29, dirigida a Apelio vir magnificentissimus; 30, a Aerio, el supracitado sofista de Cyrrhus; 31, a Domno, obispo de Antioquía; 32, a Teoctisto,

obispo de Beroea; 33, al comes Stasimo; 34, a Patricio, comes Orientis; 35, a Ireneo, obispo de Tiro; 36, a Pompeyano, obispo de Emesa.

219. HEFELE, K. J. von, A History of the Councils of the Church, III, A.D. 431 to A.D. 451, Edimburgo, 1.883, p. 298.

220. VICT. VIT., Hist. persec., I, 13.

221. PROC., De bellis, III, 5, 11-14.

222. COURTOIS, Ch., op. cit., p. 279.

223. VICT. VIT., Hist. persec., I, 13; II, 8; III, 20; 68; Not. prov. et civ. Afr., Num., 76; MALCH., Frg., 3. Los objetos preciosos y el oro acuñado propiedad de la domus regia constituían el llamado tesoro real (VICT. VIT., Hist. persec., I, 12; PROC., De bellis, IV, 4, 33). Además, la casa del monarca vándalo dispuso de una corte o aula, compuesta por los altos cargos palatinos y los funcionarios de la administración central; cf. VICT. VIT., Hist. persec., I, 43; II, 8; 10; III, 37; CORIPP., Laud. Just., II, 125; Joh., VI, 228.

224. VICT. VIT., Hist. persec., I, 13: sibi Byzacenam, Abaritanam atque Getuliam et partem Numidiae reservavit.

225. Gelimer, el último rey de la casa de los Asdingos, pasaba los veranos en el dominio real de Hermiana, en el interior de la Byzacena (PROC., De bellis, III, 14, 10; Not. prov. et civ. Afr., Byz., 32); o en el de Grassa, sobre el golfo de Hadrumetum, donde se alzaba una magnífica villa de recreo, rodeada por jardines poblados por diversas especies de árboles frutales e irrigados por ingeniosos juegos de agua; cf. PROC., De bellis, III, 17, 8.

226. Pese a que en las fuentes narrativas no se especifica si Genserico enajenó los dominios imperiales de la Proconsularis en beneficio de la domus regia, existen alusiones a bienes adjudicados a la casa real en esta provincia. PROC., De bellis, III, 20, 4; 21; 21, 1, describe el triclinium de gala, el salón del trono y la prisión del palacio de los monarcas vándalos en Cartago. Además, consta que Genserico solía residir, durante la temporada estival, en una quinta de recreo próxima a Maxula (Radès), emplazada sobre el golfo de Túnez, en la Proconsularis (VICT. VIT., Hist. persec., I, 17-18; Not. prov. et civ. Afr., Pr., 30). Por su parte, Trasamundo construyó unas termas en su villa de Alianae, elogiadas en los versos de los poetas afrorromanos Félix y Florentino (Poet. Lat. Min., IV, pp. 334-337; 427-428). COURTOIS, Ch., op. cit., p. 250, n.4, cree

posible identificar esta residencia regia con aquella del litus Maxulitanum en la que Genserico acostumbraba a pasar el verano.

227. Claudio, padre de Fulgencio de Ruspae, pudo recuperar fácilmente los bienes que su padre Gordiano había poseído en la Byzacena, ya que estas propiedades formaban parte de la domus regia y Genserico no tuvo inconveniente en restituírselas. En cambio, le fue imposible obtener la devolución de la casa familiar de Cartago, que había sido donada al clero arriano; cf. Vit. Fulgent., 4.

228. Los bienes entregados por Genserico a sus hijos comprendían tierras, objetos suntuarios, dinero y esclavos (PROC., De bellis, III, 5, 11). Sobre esta base material se constituyó una domus particular para cada uno de los príncipes. La individualidad de estos patrimonios viene avalada por la formación de una corte y una administración financiera separada y completamente autónoma para cada domus (VICT. VIT., Hist. persec., I, 43; 45; 48).

229. VICT. VIT., Hist. persec., I, 13.

230. Según PROC., De bellis, III, 5, 18, la creación de los millenarii fue contemporánea a la confiscación de tierras en la Proconsularis, que sobrevino tras la toma de Cartago en 439. El término de origen griego chiliarca se corresponde con el latino millenarius, como nos indica ISID., Etymolog., IX, 3, 30: Chiliarchae sunt qui mille praesunt, quos nos millenarios nuncupamus; et est graecum nomen.

231. COURTOIS, Ch., op. cit., pp. 217; 232, n. 2.

232. Incluso después del asentamiento vándalo en la Proconsularis, el monarca Asdingo conservó su carácter de jefe supremo del ejército. Varios ejemplos tardíos ilustran este aspecto. A comienzos de 533 es el rey Gelimer quien convoca a los cinco millenarii que debían partir hacia Cerdeña, bajo el mando de su hermano Tzazón, a fin de reprimir la rebelión de Godas (PROC., De bellis, III, 11, 23). Más tarde, en vísperas de la batalla de Ad Decimum, sería también el soberano quien dispondría que su sobrino Gibamundo condujese dos millenarii al combate (Ibid., III, 18, 1). Conviene precisar que Gelimer fue un destacado guerrero y que no todos sus antecesores desempeñaron tan brillantemente como él la función militar asignada al monarca. De hecho, después de 439, Genserico no intervino en acciones bélicas más que de modo eventual (Ibid., III, 5, 1; 25; 6, 12) y sus sucesores Hunerico, Guntamundo, Trasamundo e Hilderico no consta que participasen personalmente en ningún hecho de armas. Gelimer, a lo largo de su breve reinado, intentó potenciar la función militar del soberano vándalo, en un vano



esfuerzo por recuperar las señas de identidad originarias de la monarquía asdinga.

233. En Tricamarum, la última batalla que pelearán los vándalos, cada millenarius se hallará al frente de su propia división ; cf. PROC., De bellis, IV, 3, 8.

234. COURTOIS, Ch., op. cit., p. 236.

235. Ibid., pp. 279; 282-283; 317-320.

236. PROC., De bellis, IV, 6, 9. VICT. VIT., Hist. persec., I, 30, nos ofrece algunos detalles sobre los esclavos de un millenarius. Uno de ellos, Martiniano, era armero (armifactor) del señor; mientras que su compañera de servidumbre Máxima se hallaba a cargo de la administración doméstica (universae domui dominabatur).

237. SID., Carm., V, 53-60.

238. VICT. TONN., Chron., a. 533: Geilimer tyrannus multos nobilium Africae provinciae crudeliter extinguit. Por su parte, PROC., De bellis, III, 5, 14-15, señala que Genserico no expulsó a todos los propietarios romanos, sino que permitió que continuasen disfrutando de sus bienes aquellos que poseían las tierras menos fértiles; aun que, a cambio, hubieron de pagar altos tributos. Cosa, por otro lado, nada extraña, dado que los lotes entregados a los millenarii y los dominios constituidos en beneficio de los príncipes del linaje real de los Asdingos y de la propia domus regia se hallaban libres de todo gravamen fiscal; cf. COURTOIS, Ch., op. cit., pp. 276-279.

239. Tenemos noticia sobre algunos grandes dominios privados situados en la Byzacena que fueron expropiados en 439. Casi todos ellos debían pertenecer a notables de la Proconsularis, que se hallaban en Cartago en el momento de producirse la caída de la ciudad en manos de los vándalos; cf. VALENT. III, Nov., XXXIV; Vit. Fulgent., 4.

240. OROS., Adv. pag., VII, 42, 12-13; MARCELL. COM., Chron., a. 413; JORD., Rom., 325, coinciden en señalar que Heracliano reunió 3.700 navíos en la primavera de 413, a fin de trasladar sus tropas a Italia para hacer la guerra a Honorio. La mayoría de estas embarcaciones debían formar parte de la flota anonaria de Cartago.

241. VALENT. III, Nov., V, 3.

242. En enero de 440 los privilegios fiscales de carácter especial (specialia beneficia) fueron suprimidos ( VALENT. III, Nov., IV). Para marzo de aquel mismo año se impusieron contribuciones extraordinarias para financiar la recluta de un ejército ( VALENT. III, Nov., V, 4) y en noviembre se dispuso una leva de hombres y se tomaron duras medidas contra los desertores y quienes les ocultasen ( VALENT. III, Nov., VI). La situación se agravó tanto que en febrero de 441 se abolieron las últimas exenciones tributarias de que disfrutaba la Iglesia y algunos particulares con respecto al pago de tasas en oro e impuestos especiales ( ex aurariis... vel superindictiis). Ciertas personas gozaban de tales privilegios debido a que sus posesiones les habían sido donadas por el emperador de los bienes de la domus divina, en tanto que otros beneficiarios habían hecho cesión de sus tierras a la domus divina, reteniendo el usufructo de las mismas, para de tal modo beneficiarse de las exenciones. Muchas iglesias y no pocos illustres obtuvieron de manos del emperador idénticos privilegios. A raíz de la crisis financiera desencadenada por la invasión vándala de la diocesis Africae, Valentiniano III no tuvo otro remedio que derogar todas aquellas inmunidades (VALENT. III, Nov., X).

243. ILS, 804; VALENT. III, Nov., III. A esta época debe corresponder la fortificación de la villa de Lúculo en cabo Miseno, propiedad imperial, conocida a partir de mediados del siglo V como castellum Lucullanum y que, en 476 llegaría a convertirse en residencia del depuesto Rómulo Augústulo y de su familia; cf. Anon. Val., 8, 38; MARCELL. COM., Chron., a. 476; JORD., Get., 242; EUGIPP, Vit. Sev., 46.

244. VALENT. III, Nov., VI, 1; IX.

245. Chron. Pasch., a. 437; MARCELL. COM., Chron., a. 437; SOC., Hist. Eccl., VII, 44; PRISC., Frq., 29; JOH. ANT., Frq., 200; 201, 6; JORD., Rom., 329; EVAGR., Hist. Eccl., I, 20; JOH. MAL., Chronogr., p. 365; THEOPH., Chronogr., A.M. 5.926; ZON., Hist. Eccl., XIII, 25, 19.

246. VALENT. III, Nov., IX: Gensericus hostis imperii nostri non parvam classem de Karthaginensi portu nuntiatus est aduxisse, cuius repentinus excursus et fortuita depredatio cunctis est litoribus formidanda. Et quamvis clementiae nostrae sollicitudo per diversa loca praesidia disponat atque invictissimi principis Theodosii patris nostri iam propinquet exercitus et excellentissimum virum patricium nostrum Aetium cum magna manu adfore mox credamus cumque vir inlustrissimus magister militum Sigisvuldus tam militum atque foederatorum tuitionem urbibus ac litoribus non desinat ordinare, tamen quia sub aestiva navigandi opportunitate satis incertum est, ad quam oram terrae possint

naves hostium pervenire, singulos universosque hoc admonemus edicto, ut Romani roboris confidentia et animo, quo debent propria defensari, cum suis adversus hostes, si usus exigerit, salva disciplina publica servataque ingenuitatis modestia, quibus potuerint utantur armis nostrasque provincias ac fortunas proprias fideli conspiratione et iuncto umbone tucantur: hac videlicet spe laboraris proposita, ut suum fore non ambigat quidquid hosti victor abstulerit.

247. PROSP., Chron., 1.342; HYDAT., Chron., 120; CASSIOD., Chron., 1.235; VALENT. III, Nov., I, 2, 1; IX.

248. PROSP., Chron., 1.344; ISID., Hist. Wand., 76; THEOPH., Chronogr., A.M. 5.941; NIC. CALL., Hist. Eccl., XIV, 57.

249. PROSP., Chron., 1.344: Siciliae magis oneri quam Africae praesidio fuere.

250. PRISC., Frq., 2-3; 8; MARCELL. COM., Chron., a. 441, 3; THEOPH., Chronogr., A.M. 5.942. Además de la amenaza húnica, Constantinopla hubo de hacer frente a problemas en el Alto Egipto. En 441, blemmios y nobadas efectuaron nuevas incursiones sobre la Thebais; cf. STEIN, E., op. cit., I, p. 291.

251. PROSP., Chron., 1.347: cum Gisirico ab Augusto Valantiniano pax confirmata et certis spatiis Africa inter utrumque divisa est.

252. VICT. VIT., Hist. persec., I, 13; VALENT. III, Nov., XIII, 1, 6; 9; XXXIV.

253. COURTOIS, Ch., op. cit., p. 174.

254. Puesto que PROC., De bellis, III, 4, 13, inserta estas cláusulas en el marco de un tratado suscrito después de la derrota de Aspar y Bonifacio, sin especificar fecha alguna, ha habido historiadores que las han asociado al foedus de 435; cf. SCHMIDT, L., op. cit., p. 65; MARTROYE, F., Genséric. La conquête vandale en Afrique et la destruction de l'Empire d'Occident, París, 1.907, p. 128. En cambio, otros autores, basándose en esa misma ausencia de una data concreta y en su mejor adecuación a circunstancias posteriores, se han inclinado a considerar que, en realidad, corresponden al pacto de 442. Tal es el caso de STEIN, E., op. cit., I, p. 325; y COURTOIS, Ch., op. cit., pp. 173, n. 10; 395. Por nuestra parte, nos decantamos a favor de la opinión de estos últimos, ya que sólo así es posible explicar, de manera satisfactoria, las óptimas relaciones que mantuvo el Imperio con el reino vándalo, durante el período que siguió a la firma del acuerdo de 442.

255. MEROB., Carm., I, 17-18; Paneg., II, 27-29.

256. PROSP., Chron., 1.348: In Gisiricum de succesu rerum etiam apud suos superbientem quidam optimates ipsius conspiraverunt. sed molitione detecta multis ab eo suppliciis excruciatu atque extincti sunt. cumque idem audendum etiam ab aliis videretur, tam multis regis suspicio exitio fuit, ut hac sui cura plus virium perderet quam si bello superaretur.

257. COURTOIS, Ch., op. cit., p. 236.

258. VICT. VIT., Hist. persec., II, 14; STEIN, E., op. cit., I, p. 326. Cabe la posibilidad de que la esposa de Hunerico haya actuado como brazo ejecutor de los conjurados; ya que, hacia 442, se la encontró culpable de haber intentado envenenar a su suegro Genserico. Aunque la infeliz princesa logró salvar la vida, hubo de sufrir terribles mutilaciones, antes de ser enviada de vuelta a la corte de su padre, el rey visigodo Teodorico I (418-451); cf. JORD., Get., 1.184. Con todo, la idea de que la infeliz princesa fue sacrificada en provecho de la política matrimonial de la monarquía vándala no resulta, en modo alguno, descabellada. Con su eliminación Hunerico quedó libre para comprometerse con la hija del emperador Valentiniano III; acontecimiento que MEROB., Paneg., II, 27-29, asocia al pacto de 442.

259. VALENT. III, Nov., XII.

260. Ibid., XXXIV: Imperator Valentinianus Augustus Firmino praefecto praetorio et patricio... Censeo igitur, ut iuxta suggestionem culminis tui honoratis Afris et possessoribus hostili vastatione nudatis isto remedio consulatur, ut, quod fortunae inpressio sustulit, ad quantum potest, largitas augusta compenset... Igitur intra Numidiam provinciam ex desertis locis, de quibus, sicut celsitudinis tuae suggestio loquitur, nihil emolumenti accedit, honoratis et possessoribus, quos praediximus, XIII milia fere centuriarum sub quinque annorum vacatione concedimus: duo milia praeterea solidorum, qui ex titulo vicenarum siliquarum, quae per singulas centurias exiguntur, superesse et fisco perire dicuntur, exacta per officium magnitudinis tuae ad arcam praetorianam deferri praecipio, ut hostili vastitate nudatis atque depulsis ad eandem summam, quemadmodum iuxta merita personarum per ordinem annis singulis dividi debeant, pro tua moderatione decernas. Et in Sitifensi et in Caesariensi provincia Mauretania et Numidia praedia iuris enfyteutici et domus divinae, quae ab accolis post Wandalicam vastationem fuerant competitiva et a diversis hodie possidentur, auferri ab iisdem censeo et sub eo pensitationis modo, quo nunc tenentur, subsignatione cessante honoratis proconsularis et Byzacenae potius conlocari, quos a barbaris sublati patrimoniis

etiam de sedibus propriis constat expulsos.

261. Vit. Fulgent., 4; 11.

262. Sobre la fecha del nacimiento de Fulgencio existen ciertas discrepancias. Los historiadores que se adhieren a la datación tradicional fechan el acontecimiento en 467; cf. PLRE, II, pp. 487-488. No obstante, el cúmulo de información utilizada por COURTOIS, Ch., op. cit., p. 300, n. 3, en favor de 462, como el año en que debió tener lugar el suceso, nos resulta más convincente.

263. COURTOIS, Ch., op. cit., pp. 277-279.

264. PROC., De bellis, III, 14, 17; 17, 8; 19, 6.

## 2. Bizancio y la defensa de Occidente.

Tras el fracaso de la expedición militar de 441-442 y a la vista del correcto funcionamiento del pacto sellado entre Ravenna y Cartago, el gobierno de Constantinopla se sumió en los problemas de la pars Orientis, dejando un tanto de lado la cuestión africana. De todas maneras, jamás perdería de vista el cambiante panorama occidental, a lo largo de los tres lustros que siguieron a la firma del tratado.

Teodosio II falleció el 28 de julio de 450, a consecuencia de la grave lesión en la columna vertebral, que había sufrido dos días antes, al caerse del caballo que montaba, a orillas del río Leucos, en las afueras de Constantinopla<sup>1</sup>. Elia Pulqueria, la única hermana superviviente del emperador, apoyó la entronización del militar traco-ilirio Marciano, con quien se unió en matrimonio; legitimando, de tal modo, la soberanía de un príncipe que no se hallaba vinculado por lazos de sangre a la dinastía valentiniano-teodosiana<sup>2</sup>.

El nuevo Augusto mantuvo la misma actitud de prudente expectativa respecto a la cuestión vándala, que caracterizase los últimos ocho años del gobierno de su predecesor. Esta postura era algo más que la respuesta lógica al correcto funcionamiento del acuerdo de 442. De hecho, puede y debe encuadrarse en el marco general de la política de no intervención en grandes conflagraciones bélicas, que presidirá el breve reinado de Marciano (450-457). Tan sólo conocemos dos campañas significativas para este período: la de 452 contra blemmios y nóbadas en el alto Egipto, y la de 456 contra los lazas de la Cólquide<sup>3</sup>. Al margen de éstas, el Imperio oriental se limitó a repeler agresiones exteriores, como la de los

hunos, que en 450 invadieron las Thraciae; y la de las tribus árabes de la frontera siria, que en 453 llegaron hasta las puertas de Damasco, tras haber causado importantes daños en todo el este de la Phoenicia Libanensis. En ambos casos, un mismo general, Ardabur, hijo del célebre Aspar, rechazó con éxito a los enemigos<sup>4</sup>.

Sin embargo, Marciano se negó a secundar la revuelta armenia contra el sasánida Yezdeyerd II, porque habría supuesto el comienzo de una larga y costosa guerra con Persia<sup>5</sup>. Por otro lado, asentó a numerosas tribus bárbaras en las provinicas danubianas, mediante una política de pactos, para así evitar conflictos fronterizos y garantizar la seguridad del limes<sup>6</sup>. Finalmente, rehusó embarcarse en una expedición contra los vándalos, pese a los terribles acontecimientos que recientemente habían tenido lugar en la ciudad de Roma.

## 2.1. La crisis de 455.

El 16 de marzo de 455, Valentiniano III era asesinado en el Campo de Marte, mientras presidía unas maniobras militares (ludus gestationis), en el que participaba su guardia. El emperador se hallaba sentado en la parte delantera de la tribuna que había junto al sexto miliario, en ad duos lauros, atento al desarrollo de los ejercicios, cuando inesperadamente uno de los protectores domestici, Optila, se abalanzó sobre él y le traspasó con su espada. Entre tanto, Thraustila, otro de los protectores, asestaba un golpe mortal al influyente eunuco Heraclio, primicerius sacri cubiculi<sup>7</sup>. Los autores materiales del atentado eran scythae, es decir, godos o hunos, que habían servido como bucellarii de Aecio<sup>8</sup>. Incluso es posible que el último de ellos estuviese

emparentado con el general<sup>9</sup>.

No hay que olvidar que pocos meses antes, el 21 de septiembre de 454, Valentiniano, instigado por Heraclio y otros altos cargos del cubiculum, había dado muerte con sus propias manos a Aecio. Numerosas fuentes nos han transmitido la noticia del complot que condujo al asesinato del general<sup>10</sup>. Sin embargo, nos centraremos en los dos relatos más explícitos, que son el de Juan de Antioquía y el de Próspero de Aquitania. De acuerdo con el primero, Aecio había acudido al Palatino para despachar con el emperador asuntos relativos a la administración financiera del estado. En el transcurso de la entrevista, Valentiniano le acusó de alta traición por haberle obligado a otorgar su reconocimiento a la soberanía de Marciano sobre la pars Orientis en 452. Acto seguido, el príncipe atravesó con su espada al magister peditum praesentalis. Heraclio, ayudado por otros eunucos, puso término a la obra que había comenzado su señor, rematando al general y dando muerte a Boecio, praefectus praetorio Italiae, quien había acompañado a Aecio ante la presencia del emperador<sup>11</sup>.

Al parecer, Valentiniano III tenía razones suplementarias para desear librarse de la tutela del general. Según Próspero de Aquitania, éste había impuesto al soberano un acuerdo matrimonial, mediante el cual pretendía hacer entroncar su casa con la de Teodosio el Grande. El pactum de coniunctione filiorum, que el emperador se vio obligado a aceptar, preveía el enlace de Gaudencio, hijo menor de Aecio, con Placidia, la hija pequeña de Valentiniano. Dado que Eudocia, la hermana mayor, había sido prometida al príncipe Asdingo Hunerico, un bárbaro arriano, que no podía aspirar a la púrpura imperial, Gaudencio tenía grandes probabilidades de



convertirse en el próximo autócrata de la pars Occidentis. Valentiniano, consciente de la nueva preeminencia política que adquiriría Aecio tras la boda, demoraba su celebración, a despecho de las presiones ejercidas por el general, para que la ceremonia nupcial se verificase cuanto antes (causam filii commotis agit)<sup>12</sup>.

Las ambiciones del general son la más clara expresión del creciente peso político, que estaban adquiriendo los altos mandos del ejército en la dirección del estado. A fin de contrarrestar su desmesurada pujanza, la monarquía autocrática, apoyándose en su burocracia patrimonial, decidió poner término al problema de forma drástica. Los eunucos del sacrum cubiculum maquinaron un complot, al que, según refieren las fuentes, no fue ajena la aristocracia senatorial. Varios autores, a partir de la primera mitad del siglo VI, coinciden en señalar que el patricio Petronio Máximo, cabeza del Senado romano, participó en la conspiración<sup>13</sup>. Este personaje se hallaba vinculado por lazos de parentesco a la poderosa gens Anicia, a través de la rama de los Petronii-Anicii. Sin embargo, no parece que tuviese ningún tipo de relación familiar con el usurpador Magno Máximo (383-388), como pretende Procopio de Cesarea. En correspondencia a su rango, había efectuado una brillante carrera, que le llevó a ostentar por dos veces la praefectura urbis Romae, la praefectura praetorio Italiae y el consulado<sup>14</sup>. Era el líder de esa nobleza hereditaria de grandes terratenientes, que detestaba a Aecio porque, en su preocupación por defender las Galias, había permitido que los hunos devastasen el norte de Italia. Además, el Senado aguardaba con impaciencia la caída del general, para acceder al control que éste había venido ejerciendo sobre la monarquía en los últimos tiempos. De hecho, tras el triunfo de la conjura, Valentiniano se vio

forzado a efectuar un gesto de aproximación al Senado, otorgando la mano de su hija Placidia al senador Anicio Olibrio, miembro de la familia de los Petronii-Anicii<sup>15</sup>.

Por otra parte, el emperador hizo llamar a Mayoriano, antiguo miembro del estado mayor de Aecio, para que se hiciese cargo de integrar a los bucellarii del general en el seno de los protectores domestici. Esta tarea le fue facilitada mediante la concesión del nombramiento de comes domesticorum<sup>16</sup>. De tal modo, la corona pretendía hacerse con el control directo de las tropas del general y reconciliarse con los altos mandos del ejército fieles a Aecio.

Paralelamente, el soberano hubo de apoyarse con firmeza en su burocracia patrimonial, a fin de contener las ansias de poder del Senado. Heraclio, el primicerius sacri cubuculi, se opuso a la demandas de Petronio Máximo, que solicitaba un tercer consulado y el magisterium paditum praesentale como recompensa a su colaboración en el complot que puso fin a la vida de Aecio<sup>17</sup>. Viendo frustradas sus expectativas, el Senado romano buscó la alianza con los sectores del ejército fieles a la memoria de Aecio, con el propósito de hacer causa común contra la monarquía y su burocracia patrimonial, es decir, el personal encargado de gestionar los bienes asignados al mantenimiento de la casa imperial y de velar por el buen funcionamiento de ésta<sup>18</sup>. Tanto el hecho de que Petronio Máximo reivindicase el mando supremo de las fuerzas armadas, para afirmar el poder de la aristocracia senatorial, como su ulterior necesidad de llegar a un acuerdo con los hombres de Aecio, demuestra la importancia adquirida por los cargos militares en la estructura política del Imperio.

El asesinato de Valentiniano III y del eunuco Heraclio a manos de antiguos bucellarii del generalísimo no fue un acto de cruenta venganza. Optila y Traustila tan sólo eran la mano armada de una conjura, en la que se hallaban involucrados representantes de la facción del ejército próxima a Aecio y miembros de Senado romano. Petronio Máximo se hallaba al frente de los conspiradores<sup>19</sup>. Toda la trama que condujo a la muerte del emperador y de su primicerius cubuculi se nos presenta como un episodio más en ese conflicto que, durante los siglos IV al VII, enfrenta a la monarquía autocrática y a su burocracia patrimonial con el poder de una nobleza compuesta por los oficiales de alta graduación de un ejército profesional y por los grandes terratenientes, propietarios de los medios de producción<sup>20</sup>. En la pars Occidentis el triunfo de las tendencias centrífugas, promovidas por esta clase, conllevará la desaparición del estado imperial y su sustitución por los reinos germánicos.

En las horas que siguieron al asesinato de Valentiniano III se fueron perfilando tres opciones distintas para la sucesión: la de la corte, la del ejército y la del Senado de Roma. La emperatriz viuda, Lúcinia Eudoxia, apoyaba la candidatura del joven comes domesticorum Mayoriano. Un sector de la tropa se decantaba por Maximiano, antiguo domesticus de Aecio. Pero Optila y Traustila enviaron la diadema y el caballo del emperador a Petronio Máximo. Este, sin aguardar la decisión de Marciano, a quien correspondía el derecho a designar a su nuevo colega occidental, se ganó a los protectores, mediante un generoso donativo, y fue proclamado Augusto el 17 de marzo de 455, un día después del atentado que costase la vida a Valentiniano III<sup>21</sup>. Con Petronio Máximo (455) se inicia en Occidente una línea de emperadores de extracción senatorial, que ocuparán el solio apoyados por la

aristocracia latifundista y los altos mandos del ejército, auténticos árbitros de la situación política.

Con la pretensión de legitimar un acceso al poder más que irregular, Máximo tomó por esposa, bajo coacción, a la emperatriz Licinia Eudoxia y, acto seguido, casó a la hija mayor de ésta, Eudocia, prometida al príncipe Asdingo Hunerico, con su propio hijo Paladio, a quien otorgó la dignidad de César<sup>22</sup>. De este modo, pretendía instaurar una nueva dinastía y, sin duda, esperaba que la doble alianza matrimonial con la casa de Teodosio el Grande obligaría al soberano oriental a reconocer su autoridad sobre Occidente. A fin de cuentas, Marciano había procedido de manera muy parecida al casarse con Pulqueria.

Algunas fuentes responsabilizan a Licinia Eudoxia del desastre que, a continuación, se abatió sobre la ciudad de Roma. Dentro de este grupo se encuentra Procopio de Cesarea, quien nos ofrece un relato novelado de los acontecimientos:

" En cierta ocasión, (Máximo) declaró a Eudoxia, en privado, que todo cuanto había hecho había sido por conseguir su amor. Puesto que ella sentía repulsión por Máximo, ya antes de esto, y había decidido tomar venganza por el mal ocasionado a Valentiniano, sus palabras la hicieron montar en cólera contra él, aún más; y se dispuso a llevar hasta el final la conjura, porque a menudo había oído decir a Máximo que por causa de ella la desgracia le había acaecido a su marido. Tan pronto como hubo amanecido, envió un despacho a Cartago, suplicando a Genserico que vengase a Valentiniano, quien había sido asesinado por un hombre infame, de

un modo indigno, tanto de su persona como de la dignidad imperial, e instándole a liberarla a ella, dado que estaba sufriendo un trato deshonroso a manos del usurpador "23.

Algunas líneas más adelante, Procopio añade que el rey de los vándalos se embarcó hacia Italia guiado, únicamente, por el deseo de obtener un sustancioso botín<sup>24</sup>. Desde luego, eso no cambia para nada el hecho de que atribuye a la demanda de Eudoxia una importancia causal de la que habría carecido, incluso en el presunto caso de que la petición de auxilio se hubiese cursado alguna vez. La mayor parte de los historiadores de nuestro siglo coinciden en rechazar esta tradición tardía, arguyendo que Genserico no precisaba de ningún requerimiento formal, para decidirse a marchar sobre Roma<sup>25</sup>.

La muerte de Valentiniano III y la proclamación de un nuevo emperador, que no pertenecía a la casa de Teodosio el Grande, habían quebrantado los fundamentos sobre los que descansaba el tratado de 442. Para el monarca Asdingo, como para cualquier otro rey bárbaro de la época, todo pacto se basaba en un acuerdo establecido entre dos hombres o dos familias, nunca entre dos estados. Esto es comprensible si tenemos en cuenta que los pueblos germánicos que se asentaron en torno al Mediterráneo, durante el siglo V, carecían de una noción precisa del concepto de estado; lo que no deja de reflejarse en su peculiar manera de concebir las relaciones con el Imperio. Los estados bárbaros de la primera generación se construyeron, a partir de la progresiva identificación de la monarquía gentilicia con el territorio sobre el que ejercía su poder. El carácter personal, que los germanos conferían a sus alianzas, provocó una gran inestabilidad en las relaciones

internacionales de este período. Dado que un pacto se consideraba disuelto cuando una de las partes concertantes desaparecía, la muerte del emperador o, con mayor frecuencia, la extinción de su dinastía, comportaba la necesidad de renovar los foedera<sup>26</sup>. En virtud de tal práctica, Genserico podía justificar cualquier agresión contra Italia; ya que los acuerdos alcanzados bajo el reinado de Valentiniano III había quedado desprovistos de valor, al producirse el asesinato de éste.

A finales de mayo de 455, una flota procedente de Cartago se presentó en la desembocadura del Tíber. Transportaba a bordo un nutrido contingente de guerreros germanos y mauros<sup>27</sup>. Cerca de Portus, en Insula Sacra, dejó uno de los primeros testimonios de su presencia. El aula de San Hipólito mártir fue reducida a ruinas calcinadas. Un epígrafe, que conmemora su posterior restauración, recuerda que la vandalica rabies había arrasado el lugar<sup>28</sup>. En Roma cundió el pánico. Los bárbaros remontaban el río y nadie parecía dispuesto a impedirselo. Muchos se apresuraron a salir de la ciudad. Nobles o plebeyos, todos deseaban alejarse del escenario de la tragedia, antes de que fuese demasiado tarde<sup>29</sup>.

Petronio Máximo, abandonado por la mayor parte de sus cortesanos, decidió seguir el común ejemplo. Pero cuando se aprestaba a ganar las puertas de la ciudad fue agredido por los miembros de su propio séquito y casa (a familia regis). Un soldado llamado Urso lanzó la primera piedra. A continuación, una muchedumbre enfurecida, que asistía al paso del cortejo, lo lapidó sin piedad. Su cadáver fue objeto de todo tipo de ultrajes y vejaciones. Primero le cortaron la cabeza, luego lo descuartizaron para jugar con sus miembros; y, finalmente, los

arrojaron a las aguas del Tíber. Es posible que, también, el César Paladio pereciese junto a su padre, pues no volvemos a tener noticias sobre su paradero. El macabro episodio se produjo el 31 de mayo. Dos días después, el 2 de junio, Genserico entraba en la Ciudad Eterna<sup>30</sup>.

El terror se apoderó de los romanos. Aún había personas que recordaban con espanto los atropellos sufridos durante el saqueo de Alarico en 410, y la juventud había crecido oyendo narrar a sus mayores los padecimientos experimentados en aquellos aciagos días. El papa León I (440-461) salió al encuentro del soberano Asdingo, antes de que penetrase en Roma, y logró arrancarle la promesa de que sus tropas no provocarían incendios, ni derramarían sangre inocente o someterían a sevicias a la población, mientras se prolongase su estancia en el interior de la ciudad. A cambio la iglesia romana se comprometía a hacer entrega de una parte de los vasos litúrgicos de oro y plata, que guardaban las basílicas<sup>31</sup>.

Lo que el pontífice no pudo evitar fue el sistemático despojo de tesoros y riquezas artísticas, acumulados en residencias privadas y edificios públicos no consagrados al culto cristiano. El expolio duró catorce días, al cabo de los cuales Genserico partió hacia Cartago, llevando consigo las insignias imperiales (imperialia ornamenta) y todo el dinero que halló en las arcas de las tesorerías de la administración central; los bronce y el mobiliario de las residencias imperiales (domus Tiberiana, domus Flavia y domus Augustana); parte de los objetos sagrados del templo herodiano de Jerusalén, traídos a Roma por Tito, después de la destrucción de la ciudad en el año 70; y la mitad de las tejas de bronce dorado que recubrían la techumbre del templo de

Júpiter Optimo Máximo en el Capitolio<sup>32</sup>. Progresivamente, aquella preciosa carga se fue acumulando en las bodegas de los navíos, anclados en el puerto fluvial de Roma. Uno de ellos, repleto de estatuas, naufragó en el viaje de vuelta; pero el resto pudo llegar hasta Africa sin grandes contratiempos<sup>33</sup>.

A decir verdad, poco les importaba a los bárbaros la belleza de las grandes producciones clásicas. Estaban mucho más interesados por la materia que por la forma de los objetos de los que se apoderaban. De ahí que seleccionasen meticulosamente (secura et libera scrutatione) aquellos que podían alcanzar un valor más alto en el mercado. En función del mismo criterio escogieron a sus prisioneros, la mayor parte de los cuales estaban destinados a la esclavitud.

Según Próspero de Aquitania, milia captivorum prout quique aut aetate aut arte placuerunt, fueron conducidos hasta Cartago<sup>34</sup>. El que primasen razones de edad y especialización laboral en su elección indica que ésta no se efectuó de manera arbitraria ni al azar, sino teniendo en consideración los elementos que determinaban el precio que solía pagarse por un esclavo en el mundo mediterráneo de la época. Los varones que habían superado la infancia y tenían experiencia en algún tipo de actividad concreta eran los que más se cotizaban, aunque los eunucos podían llegar a triplicar su costo. Exceptuando este último caso, en el que las elevadas tasas de mortalidad, que causaban los primitivos métodos quirúrgicos utilizados en la castración, introducían un factor más al alza, por lo común, el valor de cambio del esclavo venía regulado por su idoneidad para producir bienes o servicios. La actuación de los vándalos nos revela que habían adquirido gran pericia como tratantes<sup>35</sup>. Sin embargo, no debemos olvidar que, pese a los baremos mercantiles empleados en la selección de objetos y



personas, muchos de éstos jamás fueron puestos en circulación, sino que se conservaron en la domus regia y en las casas de los príncipes y notables vándalos como bienes de prestigio<sup>36</sup>.

El 16 de junio de 455, los barcos que componían la flota de Genserico comenzaron a abandonar Roma. Ignoramos cuanto tardaron en llegar a Africa. Pero, apenas arribaron a puerto, se procedió a la división del botín entre germanos y mauros. La ingente multitud de cautivos fue repartida ut moris est barbaris; es decir, los maridos fueron separados de sus mujeres y los hijos de sus padres. Deogratias, obispo católico de Cartago nombrado por intercesión de Valentiniano ante Genserico, decidió aliviar las miserias de aquellos infortunados. Vendió los vasos litúrgicos y rescató de la esclavitud a cuantos cautivos pudo. Como no había lugar donde alojarlos a todos, convirtió en grandes dormitorios comunes la basilica Fausti y la basilica Novarum. Muchos de los romanos necesitaban atención médica, pues a causa de la insuetudo navigii et crudelitas captivitatis habían caído enfermos. El prelado se ocupó personalmente de que recibiesen la alimentación y el tratamiento adecuados<sup>37</sup>. La magnitud de la obra de socorro evidencia la riqueza atesorada por la iglesia de Cartago, a pesar del despojo sufrido tras la toma de la ciudad por los vándalos en 439<sup>38</sup>.

Genserico no había navegado hasta Roma con el único propósito de transferir recursos económicos y humanos a Cartago. Sin duda, ésta fue una de las razones principales que determinaron la expedición. Ahora bien, en el animo del monarca Asdingo pesaban otras muchas motivaciones. Así, por ejemplo, se cuidó de que entre los prisioneros, llevados a Africa, se encontrasen las familias de la nobleza senatorial que no habían abandonado Roma, cuando penetró en la ciudad con

sus tropas. Desde luego, por estos cautivos esperaba obtener pingües rescates; pero, en algún caso específico, como en el de Gaudencio, hijo de Aecio, pretendía, además, conseguir un pretexto para efectuar nuevas razzias en Italia<sup>39</sup>.

Con todo, la más preciada gema arrancada a Roma era la familia de Valentiniano III. La emperatriz Licinia Eudoxia y sus dos hijas, Eudocia y Placidia, fueron capturadas en la residencia imperial del monte Palatino y expedidas a Cartago junto con los servidores y el ajuar de la domus Augustana, probablemente requisados so pretexto de que tan ilustres pasajeras debían viajar con el séquito y el boato acostumbrados<sup>40</sup>. De toda la familia, sólo el senador Anicio Olibrio, marido de Placidia, logró escapar y ponerse a salvo en Constantinopla. Allí visitaría a San Daniel Estilita, quien, según reza la tradición hagiográfica, le anunció que la emperatriz sería liberada y retornaría a Oriente<sup>41</sup>.

La presencia de Olibrio y otros refugiados romanos en la capital del Imperio de Oriente no movió a Marciano a organizar una nueva expedición contra los vándalos. Sin embargo, se vio forzado a establecer una línea directa de comunicación diplomática con Cartago. Hasta aquel momento, Constantinopla había respetado escrupulosamente el derecho de Ravenna a entenderse con los pueblos bárbaros instalados en Occidente. Sólo durante la campaña de 441-442, en virtud del procedimiento usual en tiempos de guerra, los generales de Teodosio II entablaron negociaciones con los embajadores de Genserico.

El asesinato de Valentiniano III vino a trastocar por completo la situación. Al negarse a reconocer a los inmediatos sucesores de su colega occidental, Marciano dejó

claro que estaba dispuesto a asumir la soberanía sobre el conjunto del Imperio; lo que le obligó a tratar, directamente, con los caudillos germánicos establecidos en la pars Occidentis<sup>42</sup>. A la cabeza de la lista figuraba el monarca vándalo. Lo que en principio se perfila como una medida circunstancial, dictada por la ausencia de un poder legítimo en Italia, terminará por convertirse en el catalizador que acelere la reacción del gobierno de Constantinopla, arrastrándole a intervenir políticamente en el Mediterráneo occidental.

A través de dos embajadas sucesivas, la segunda de ellas encabezada por el obispo arriano Bleda, Marciano solicitó a Genserico la liberación de la familia de Valentiniano. Pero, el rey de los vándalos, consciente de su posición de fuerza, se negó a devolverla, en tanto no se hubiese celebrado la boda de su hijo Hunerico con Eudocia<sup>43</sup>. El enlace debió verificarse en Cartago a fines del año 456; pero hasta 461 Licinia Eudoxia y Placidia no fueron enviadas a Constantinopla<sup>44</sup>. Para entonces, Marciano ya había fallecido y el panorama político de ambas partes del Imperio se transformaba rápidamente.

Al conocerse la noticia de la lapidación de Petronio Máximo y del saqueo de Roma en la corte de Tolosa, el monarca visigodo Teodorico II (453-466) animó a tomar la púrpura al antiguo praefectus praetorio Galliarum Eparquio Avito, recientemente promovido al magisterium equitum praesentale por el interfecto emperador. Sus orígenes familiares, vinculados a la nobleza aquitana, y sus años de servicio militar a las ordenes de Aecio, no sólo le hacían el candidato ideal para el rey bárbaro, sino también para los grandes propietarios galorromanos. Avito (455-456) fue

proclamado Augusto por los federados visigodos en Tolosa. Poco después, una asamblea de la aristocracia senatorial subgálica ratificaba su elección en Ugernum (Beaucaire); y el 9 de julio de 455 era aclamado por nobles y plebeyos en las calles de Arelate<sup>45</sup>.

El primer acto de gobierno del nuevo emperador fue encargar a Teodorico el sometimiento de los suevos, que, al enterarse de la muerte de Valentiniano III, habían invadido la Carthaginiensis y la Tarraconensis, violando así el pacto de 453<sup>46</sup>. Mientras el soberano visigodo se adentraba en Hispania, el propio Avito, al frente del ejército de las Galias y de un contingente de federados godos, atravesó los Alpes en septiembre y cruzó todo el norte de Italia, para dirigirse a Pannonia, donde restableció la autoridad imperial. Concluidas las operaciones militares, se dirigió a Roma, con el propósito de pasar allí el invierno, efectuando los preparativos de una tercera campaña africana. En el panegírico pronunciado por su yerno, Cayo Solio Modesto Apolinar Sidonio, el 1 de enero de 456, se pone de manifiesto su intención de subyugar a los vándalos con ayuda de los visigodos<sup>47</sup>. Pero, como las operaciones bélicas contra los suevos se prolongaban más de lo esperado, hubo de conformarse con enviar embajadores a Cartago, a fin de alcanzar un acuerdo, que restableciese las condiciones anteriores al asesinato de Valentiniano III. Genserico, que no reconocía más emperador legítimo que Marciano, rehusó negociar un acuerdo. Es más, en el verano de 456, se apoderó de algunos enclaves estratégicos, situados en las provincias africanas que aún dependían de la administración de Ravenna<sup>48</sup>. Y antes de que concluyese la estación navegable, mandó una flota de 60 barcos contra Sicilia y Corsica (Córcega). En respuesta, Avito expidió la armada occidental, con ordenes de rechazar al enemigo. Fue

nombrado comandante en jefe de la misma el comes Ricimer, brillante oficial de origen germano, vástago de un noble suevo y de una de las hijas del rey visigodo Valia<sup>49</sup>.

A pesar de todo, la impopularidad del soberano crecía por momentos en toda Italia. La aristocracia de la Península le consideraba un intruso ajeno a sus problemas, y en Roma, donde reinaba el hambre debido a que Genserico no había enviado el suministro anual de grano, el Senado y el pueblo se quejaban amargamente, haciendo recaer la responsabilidad de sus desdichas sobre los hombros del emperador, que contribuía a agravar la crisis frumentaria, manteniendo a sus tropas acantonadas en el interior de la ciudad<sup>50</sup>.

Por si fuera poco, Marciano se negaba a legitimar la autoridad de Avito. Como ya comentábamos, tras la desaparición de Valentiniano III, la pars Orientis había venido considerando a cada uno de los emperadores proclamados en Occidente como meros usurpadores. Marciano dejó clara cuál era la opinión que le merecía Avito, al mandar sus propios embajadores a Cartago y al asentar en 456 a los ostrogodos en la diocesis Pannoniarum, territorio que teóricamente se hallaba bajo la administración occidental y sobre el cual Avito había hecho valer su soberanía, pocos meses antes<sup>51</sup>.

Sin la colaboración del gobierno de Constantinopla era imposible organizar rápidamente una nueva expedición armada contra los vándalos. Las arcas del tesoro estaban vacías. Ya ni siquiera quedaba dinero para pagar al ejército traído de las Galias. En tales circunstancias, Avito dio orden de fundir algunas estatuas de bronce, que Genserico había olvidado en Roma cuando el saqueo de la ciudad. Con la suma

obtenida por la venta del metal, abonó a los soldados la cantidad que el estado les adeudaba, evitando así un motín de imprevisibles consecuencias. Sin embargo, su acción levantó ampollas entre la conservadora aristocracia romana. El Senado se encargó de reavivar los sentimientos patrióticos del pueblo, y las protestas aumentaron hasta tal grado que el emperador y su ejército tuvieron que abandonar la ciudad<sup>52</sup>.

Ricimer, que había obtenido el magisterium equitum praesentale, en recompensa a sus éxitos bélicos frente a los vándalos en Agrigentum y en las costas de Corsica, durante el verano de 456, aprovechó el descontento general para alzarse en armas contra Avito. Le apoyaron el comes domesticorum Mayoriano y los senadores de origen italiano. El emperador, incapaz de hacer frente a esta coalición de fuerzas adversas, regresó a Arelate, desde donde pidió auxilio a Teodorico II. Desafortunadamente para su causa, en aquellos precisos momentos, el monarca visigodo se hallaba en la lejana Gallaecia combatiendo a los suevos, y no podía desprenderse de una fracción de su ejército, para mandarla a luchar a los campos de Italia. El 6 de octubre de 456, aplastaba al grueso de las tropas suevas en la célebre batalla del río Orbigo, a doce millas de distancia de la ciudad de Asturica. Algunos meses más tarde, en marzo de 457, retornaba a las Galias. Pero, para entonces, Avito ya no precisaba de su socorro<sup>53</sup>.

El emperador aguardó la llegada de refuerzos durante algunas semanas. Como éstos no aparecieron y la gravedad de la situación no admitía demoras, decidió partir antes de que las nieves hiciesen inviables los pasos alpinos. Sabía que las últimas tropas leales, que todavía le quedaban en la Península Itálica, acababan de ser aniquiladas por Ricimer en una batalla, que había tenido lugar el 17 de

septiembre de 456 en las inmediaciones de Ravenna. Su magister peditum praesentalis, el patricio de origen godo Remisto, a quien había dejado al mando de aquel contingente, cuando se replegó hacia las Galias, fue ejecutado en el palacio del puerto militar de la ciudad, donde en vano había buscado refugio tras la derrota<sup>54</sup>.

Avito cruzó, de nuevo, los Alpes y descendió sobre la llanura del Po. Ricimer salió a su encuentro cerca de Placentia (Piacenza). Allí se enfrentarían en la jornada del 17 de octubre de 456. Mesiano, designado por el emperador magister peditum praesentalis et patricius, a fin de cubrir la vacante que dejara Remisto, no pudo contener el empuje del enemigo. Sus hombres fueron batidos en toda la línea y él mismo cayó en el fragor del combate. El Augusto fue hecho prisionero y depuesto por Ricimer y Mayoriano, en nombre del Senado romano. Unos días más tarde, Eusebio de Milán le consagraba obispo de Placentia, haciendo innecesaria su eliminación física, ya que el estado eclesiástico, que Ricimer le obligaba a tomar, le impediría volver a ostentar la púrpura. Con todo, Avito no se sentía demasiado seguro. En el Senado, que aún le era hostil, se habían levantado voces que pedían su cabeza. Temiendo que ni siquiera la investidura episcopal consiguiese protegerle de las asechanzas de la aristocracia italo-romana, escapó hacia la basilica Sancti Iuliani, en su Auvernia natal, portando numerosas y ricas ofrendas. Perecería en el camino de ida, en oscuras circunstancias, que, sin embargo, no permiten descartar la posibilidad de una muerte violenta. El cuerpo del soberano fue conducido hasta vicus Brivatensis (Brioude), enclave del mencionado santuario, y sepultado a los pies del mártir<sup>55</sup>.

Como no podía ser de otro modo, la caída de Avito

provocó la inmediata secesión de las Galias. Hacia tiempo que los senadores galorromanos no compartían los mismos intereses que sus colegas italianos. Pero los últimos acontecimientos habían precipitado la ruptura. Aún así, la nobleza subgálica no constituía un bloque monolítico. También existían divisiones en su seno, como lo prueba el surgimiento de dos partidos antagónicos, en el período que siguió a la batalla de Placentia. Según E. Stein, uno de ellos, encabezado por Sidonio, fomentaba las tendencias centrífugas de la clase dirigente y preconizaba la alianza con las fuerzas bárbaras más romanizadas, como medios para combatir el creciente peso, que estaba adquiriendo la aristocracia senatorial italo-romana en los órganos de administración del estado<sup>56</sup>. En cambio, el otro partido, liderado por Peonio, praefectus praetorio Galliarum, propugnaba conservar la unidad del Imperio, proclamando Augusto a Marcelino, el comes Dalmatiae, quien, desde el asesinato de Aecio, permanecía en rebelión contra el poder central<sup>57</sup>.

Ambas formaciones mostraban una especial sensibilidad hacia los problemas de la nobleza galorromana con los pueblos germanos asentados en la mitad sur de la Galia; pero no parecían demasiado preocupadas por poner coto a la expansión mediterránea del dominio vándalo, que era la causa de todos los desvelos de los senadores italianos. Resulta evidente el dimorfismo de intereses, que separa a la aristocracia subgálica de la itálica. Mientras la Galia se interesa en cultivar buenas relaciones con visigodos, burgundios y francos, Italia mira hacia el sur, al Mediterráneo, donde sólo Bizancio posee la llave que puede garantizar la seguridad.



## 2.2. La obra de Mayoriano.

A la muerte de Avito, el panorama occidental no podía ser más desolador. Los bárbaros controlaban casi la mitad del territorio y el resto se hallaba fragmentado en varias unidades provinciales, autogestionadas por los grandes propietarios y jefes militares locales. Estos últimos eran, con frecuencia, los mismos príncipes de los pueblos germanos que habían sido instalados en el interior del Imperio en calidad de foederati. El solio occidental permanecía vacante desde septiembre de 456, aunque para el gobierno de la pars Orientis, que, como vimos, se había negado a reconocer a Petronio Máximo y Eparquio Avito, no había habido ningún otro soberano legítimo mas que el oriental, desde el 16 de marzo de 455, fecha en que tuvo lugar el asesinato de Valentiniano III. Ricimer no podía presentar su candidatura, porque era un bárbaro arriano; y, además, no consta que aspirase a la púrpura, sino, más bien, a gobernar Italia como magister peditum praesentalis et patricius de un emperador títere, a imitación de Estilicón y Aecio. En el otoño de 456, los senadores italianos se inclinaron por acatar la soberanía única de Marciano, quien disponía del potencial necesario para defender la Península, en caso de que fuese agredida por los vándalos<sup>58</sup>.

No había transcurrido mucho tiempo, cuando el 27 de enero de 457 Marciano fallecía en el sacrum palatium de Constantinopla, a los sesenta y cinco años de edad<sup>59</sup>. Mientras tenían lugar sus honras fúnebres y se organizaba su sepelio en el heroon-mausoleo adyacente a la iglesia de los Santos Apóstoles<sup>60</sup>, el patricio Aspar, por entonces magister utriusque militiae praesentalis y líder del partido germánico en Oriente, movió los resortes precisos, para imponer como

sucesor a su propio candidato. Se trataba de León, un tracio de ascendencia básica (Bessica ortus progenie), de cincuenta y seis años, que ejercía la comandancia militar del regimiento acuartelado en Selymbria (comes et tribunus Mattiariorum) y que, para más señas, se hallaba vinculado a la casa de Aspar como curator o administrador general de todo su patrimonio<sup>61</sup>. Estaba casado con Elia Verina, de cuyos orígenes nada sabemos, aunque, con el tiempo, tanto ella como su familia desempeñarían un papel de gran relevancia en los asuntos políticos del Imperio de Oriente<sup>62</sup>. El 7 de febrero de 457, León I (457-474) fue coronado emperador por el patriarca Anatolio (449-458) en Santa Sofía de Constantinopla. Se trata del primer soberano oriental que tuvo una coronación religiosa. Este acto, que venía a sumarse a la designación de Senado y a las aclamaciones del ejército y el pueblo, otorgaba la sanción divina a un monarca de extracción humilde y desprovisto de lazos de parentesco con la dinastía valentiniano-teodosiana<sup>63</sup>.

Para E. Patlagean, el advenimiento de León I marca el comienzo de ese gran siglo de la historia del Imperio de Bizancio, que concluye en 565, con la muerte de Justiniano I<sup>64</sup>. De todos modos, resulta muy difícil determinar si es este el momento adecuado para empezar usar el concepto de "Imperio bizantino" en lugar del de "Imperio de Oriente", ya que entre uno y otro no sólo existe una continuidad espacial, sino también estructural. De hecho, los propios "bizantinos" desconocieron este término, y para referirse así mismos siempre utilizaron el de "romanos" (romaioi). En el último siglo se han perfilado cuatro posturas. En primer lugar, están los investigadores que consideran la fundación de Constantinopla y el desplazamiento del centro de gravedad del Imperio hacia el este, como punto de partida de la historia de

Bizancio<sup>65</sup>. Un segundo grupo, lo integran quienes sitúan las claves cronológicas entre 395 y 476<sup>66</sup>. Para un tercer sector sólo "puede hablarse de Bizancio como producto histórico con carácter propio", a partir de la época justiniana<sup>67</sup>. Por último, hay un cuarto conjunto de estudiosos que colocan el punto de inflexión en el siglo VII, coincidiendo con el ascenso al trono de la dinastía los heráclidas y los inicios de la conquista musulmana, que reducirá el espacio geopolítico del Imperio a sus límites medievales<sup>68</sup>. Por nuestra parte, consideramos que en la coronación de León I convergen ya los tres elementos que tradicionalmente definen lo "bizantino": la herencia jurídico-política de Roma, el legado cultural griego y la fe cristiana. Por primera vez, un emperador romano, oriundo de una región de habla griega, es coronado por un patriarca cristiano. Quizás sea este el momento indicado para empezar a usar el concepto de "bizantino", sobre todo teniendo en cuenta la importancia que posteriormente se otorgó en Bizancio a esta coronación. No en vano, el acta de la misma se nos ha transmitido a través del De Caeremoniis de Constantino Porfirogénito.

El 28 de febrero de 457, apenas tres semanas después de que León hubiese sido coronado, Mayoriano recibía, de parte del nuevo Augusto, el nombramiento de magister equitum praesentalis, cargo en el que sustituía a Ricimer, quien, simultáneamente, había sido promovido al magisterium peditum praesentale y al patriciado. A la vuelta de un mes, el 1 de abril, Mayoriano (457-461) era elevado sobre el pavés y aclamado emperador por sus tropas a las puertas de Roma, in miliario sexto ad columellas<sup>69</sup>.

Aunque sabía que podía contar con el respaldo de su amigo Ricimer, rehusó la diadema, prefiriendo conservar su

magisterium hasta que llegase la confirmación oficial de Constantinopla. En principio, León estaba de acuerdo, ya que él mismo había incentivado la proclamación de Mayoriano; pero bajo presiones de Aspar, difirió el trámite por tanto tiempo que, al cabo de nueve meses, el pretendiente occidental decidió asumir el poder supremo sin aguardar su consentimiento. Así fue como, el 28 de diciembre de 457, Mayoriano vistió por primera vez la púrpura, tras haber sido nuevamente proclamado Augusto por el ejército en Ravenna y elegido como soberano para la pars Occidentis por el Senado de Roma<sup>70</sup>.

Con carácter de urgencia, el nuevo soberano puso en marcha un programa de restauración de la autoridad imperial en Occidente, que tomaba como modelo el diseñado durante los reinados de Honorio y Valentiniano III. Tal proyecto tenía como objetivo prioritario conservar las provincias mediterráneas bajo control directo de la administración romana, y establecer a los bárbaros, como foederati, en la franja atlántica, lo más lejos posible de las costas del Mare Nostrum<sup>71</sup>. Gran parte de la obra política de Mayoriano se inscribe en esta línea. Solo que ahora no se trataba de conservar, sino de recuperar la autoridad perdida. A decir verdad, el emperador obtuvo excelentes resultados en Italia, Dalmacia, las Galias e Hispania; pero fracasó ante el principal agente desestabilizador del orden romano en el Mediterráneo occidental: el reino vándalo de Cartago.

En la primavera de 458 una expedición, al mando del cuñado de Genserico, irrumpió violentamente en la Campania. A través del panegirico que Sidonio compuso en honor de Mayoriano a fines de aquel mismo año, tras acatar su soberanía, conocemos la táctica empleada por los vándalos en

sus razzas. Para empezar, cabe señalar que en las incursiones no sólo participaban germanos, sino también mauros. Cuando la flota tocaba tierra se dividían en dos grupos. Los mauros desembarcaban y se dedicaban al saqueo de las aldeas y haciendas que carecían de defensas; mientras los germanos vigilaban las naves y se ocupaban de que el botín fuese cargado a bordo de las mismas por los cautivos, que, más tarde, serían vendidos como esclavos en el mercado de Cartago. En la ocasión que nos ocupa, los bárbaros no lograron su propósito, ya que fueron derrotados a orillas del Volturno y arrojados al mar<sup>72</sup>.

No obstante, el gobierno occidental era consciente de la necesidad de neutralizar la expansión vándala por el Mediterráneo, si de veras se deseaba restablecer la hegemonía imperial en todo su ámbito. Nada había más preciso para conseguirlo que disponer de una potente flota. por desgracia, se carecía de los medios económicos indispensables para formarla. De ahí que entre las prioridades del nuevo emperador se hallara la de procurárselos en el plazo más breve. Una rigurosa política financiera permitiría a Mayoriano reunir los fondos necesarios para la construcción de la escuadra y el reclutamiento de un ejército en las provincias danubianas. Estas tropas, destinadas a reconquistar África, se fueron concentrando progresivamente en la Liguria. Año y medio antes de la fecha en que habrían de iniciarse las operaciones, el panegírico de Sidonio ya hace mención explícita del proyecto, lo que demuestra que la expedición fue meticulosamente organizada<sup>73</sup>.

Era mucho lo que Mayoriano se jugaba a esta carta. No sólo el restablecimiento del orden romano en el Mediterráneo occidental, sino también la legitimación de su

propia soberanía, que el gobierno de Constantinopla se obstinaba en seguir negándose a reconocer<sup>74</sup>. En Cartago aún se hallaban retenidas la viuda y las hijas de Valentiniano III<sup>75</sup>. Y, sin duda, Mayoriano recordaba muy bien que la emperatriz Licinia Eudoxia había sostenido su candidatura como pretendiente al solio occidental, después del asesinato de su primer marido<sup>76</sup>. Si ahora lograba rescatarla de manos de Genserico, podría contar con el apoyo de un prestigioso miembro de la dinastía valentiniano-teodosiana, para reafirmar su posición frente a la corte oriental.

Mientras se efectuaban los preparativos de la campaña contra los vándalos, Mayoriano emprendió una serie de acciones encaminadas a asegurarse el dominio de lo que pronto sería su retaguardia y el control efectivo de las vías de comunicación, que le facilitasen el acceso a Africa. Apenas instalado en el poder, nombró magister officiorum a Magno, un notable oriundo de Narbona, al que envió a Hispania, con el propósito de lograr que las autoridades municipales y provinciales de la Baetica, de la Tarraconensis y de la región costera de la Carthaginiensis, reconociesen y acatasen la autoridad del nuevo gobierno de Ravenna. Magno tuvo éxito en su misión y, en recompensa, fue promovido a la praectura praetorio Galliarum<sup>77</sup>.

Durante aquel mismo año de 458, Mayoriano restableció contacto con Egidio, antiguo compañero de armas, con quien había servido bajo las ordenes de Aecio<sup>78</sup>. Desde la muerte de Avito, Egidio gobernaba de manera independiente sobre el norte de la diocesis Galliarum<sup>79</sup>. Mayoriano debió ganarse su apoyo, prometiéndole el magisterium equitum per Gallias. Al mando de fuerzas auxiliares francas, Egidio arrojó violentamente a la guarnición burgundia de Lugdunum y ocupó la

ciudad, en nombre del emperador. Cuando, poco después, hubo de partir hacia Aquitania, para hacer frente a los visigodos, dejó en Lugdunum un contingente de tropas, que asegurase la soberanía de Mayoriano sobre la plaza. Más adelante, el magister epistolarum Pedro, hombre de confianza del emperador, llegó a un acuerdo con los representantes del partido de Avito, en virtud del cual se procedió a retirar el ejército de ocupación a cambio de la entrega de rehenes. Además, Pedro concluyó un pacto con los burgundios, que renovaron su foedus con el Imperio<sup>80</sup>.

Mientras tenían lugar estos acontecimientos en las Galias, Mayoriano se esforzaba por mejorar sus relaciones con el emperador de Constantinopla. Aunque, en las calendas de enero de 458, se había negado a reconocer a León I como cónsul y legítimo soberano de la pars Orientis, a partir del mes de marzo, depuso tal actitud de hostilidad, y, a finales de año, acató oficialmente al príncipe oriental como senior Augustus<sup>81</sup>. Semejante cambio de postura, por parte de Mayoriano, sólo puede explicarse en función de su necesidad de obtener ayuda militar del comes Dalmatiae, Marcelino, quien tan sólo obedecía los dictados procedentes de la corte de Bizancio. No otra era la razón que le había impulsado a nombrar, recientemente, magister militum al cuñado de Marcelino, Nepociano, padre del futuro emperador Julio Nepote (474-480)<sup>82</sup>.

Los intentos por ganarse la voluntad del poderoso comes Dalmatiae, no hicieron que Mayoriano olvidase los problemas de las Galias. En el otoño de 458, cruzó los Alpes y se dirigió a Lugdunum, acompañado por Nepociano. Con motivo de su entrada en la ciudad, Sidonio compuso el panegírico, al que ya hemos hecho referencia. Todo un símbolo del

sometimiento del antiguo partido de Avito al nuevo Augusto<sup>83</sup>. En abril de 459, Mayoriano se presentó ante los muros de Arelate, en cuyo interior le aguardaba Egidio, resistiendo el asedio de los visigodos. La estrecha colaboración establecida entre las tropas sitiadas y el ejército del emperador permitió levantar el cerco y derrotar al enemigo<sup>84</sup>. Poco después, Egidio era promovido al magisterium equitum per Gallias y Teodorico II, hasta entonces hostil a Mayoriano, renovaba el foedus con el Imperio<sup>85</sup>. Desde este momento, el emperador tendrá las manos libres para ocuparse del problema vándalo.

No obstante, el monarca Asdingo tampoco había permanecido pasivo durante aquel período. Conocía los planes del gobierno de Ravenna y se había propuesto frustrarlos. En la primavera de 458 intentó desestabilizar la situación en Hispania, trasladando a la Península Ibérica su conflicto con los godos. Según nos informa Hidacio, envió legados a los suevos, al tiempo que Teodorico II hacia otro tanto<sup>86</sup>. Descartamos la posibilidad de que el monarca vándalo pretendiese llegar aun acuerdo a tres bandas, a fin de construir un eje germánico (Carthago-Bracara-Tolosa) contra el Imperio<sup>87</sup>. Teodorico II no había olvidado las humillantes mutilaciones con que los vándalos devolvieron a su hermana, la primera esposa de Hunerico<sup>88</sup>. Además, desde 457, los suevos estaban divididos en dos facciones antagónicas<sup>89</sup>. Lo más seguro es que Genserico apoyase a una y Teodorico a la contraria. En cualquier caso, es imposible obviar la hostilidad que, por esta época, marcaba el talante de las relaciones del gobierno imperial con vándalos y visigodos. Todo ello nos induce a pensar que a lo pactos intergermánicos de 458 subyace una doble intencionalidad. Por un lado, vándalos y visigodos buscaban dirimir sus litigios, amparándose en las querellas intestinas de los suevos; por



otro, procurarían conseguir aliados, con quienes hacer causa común frente a la amenaza de la política restauracionista de Mayoriano.

Habida cuenta de las relaciones que posteriormente mantendría Teodorico II con el caudillo suevo Requimundo (457-464), cabría pensar que fue éste quien recibió a los embajadores visigodos en 458; mientras que su rival Maldras (457-460) habría acogido a los enviados de Genserico<sup>90</sup>. En la primavera de 459, legados del magister militum Nepociano y del comes Sunierico anunciaron a los notables galaicorromanos que el rey de los visigodos había renovado el foedus con el emperador. La rúbrica del pacto también fue comunicada a suevos y vándalos<sup>91</sup>. Ninguno de los líderes de estos pueblos se sintió satisfecho con la noticia.

El acuerdo entre godos y romanos se materializaría en una estrecha colaboración militar en el proyecto restauracionista de Mayoriano. A principios de mayo de 460, coincidiendo con la entrada en Hispania de las fuerzas imperiales, que debían participar en la campaña africana, la sección del ejército visigodo, que operaba en la Baetica desde 458, emprendió una campaña contra los suevos, bajo el mando conjunto del general romano Nepociano y el comes godo Sunierico. Tras arrojar de Lucus Augusti (Lugo) a un grupo de guerreros suevos, que se había apoderado de la ciudad por Pascua, descendieron a la Lusitania y tomaron Scallabis (Santarem)<sup>92</sup>. La funcionalidad estratégica de esta última acción resulta evidente. A lo largo de la calzada que conducía a Emerita Augusta, plaza capturada por Teodorico en 457, se tendió un limes defensivo, con el propósito de impedir que los suevos vadeasen el Guadiana y obstaculizasen el embarque de las fuerzas imperiales, que iban a cruzar a Africa. Con el

tiempo, aquella línea se convertiría en la frontera meridional entre el dominio suevo y el visigodo<sup>93</sup>.

Durante la segunda mitad del año 459, Mayoriano había permanecido en Arelate, estudiando la estrategia a emplear en la guerra contra los vándalos. En sus planes de campaña ocupaba un lugar primordial la protección de la retaguardia. No otra era la razón que le había inducido a buscar la colaboración de Marcelino, comes Dalmatiae, a quien promovió al magisterium militiae, a fin de conseguir que aceptara trasladarse a Sicilia con su ejército de hunos<sup>94</sup>. La misión asignada a Marcelino consistiría en defender la isla en caso de un ataque vándalo, mientras las tropas conducidas por el emperador atravesaban el estrecho de Gibraltar y avanzaban por tierra sobre Cartago, desde el oeste<sup>95</sup>. Con Nepociano en Hispania, Egidio en las Galias, Ricimer en Italia y Marcelino en Sicilia, Mayoriano podía partir seguro de que en su ausencia nada perturbaría la paz del Imperio.

A comienzos de la primavera de 460, el soberano y su ejército abandonaron Arelate. En mayo, franquearon los Pirineos y, vía Caesaraugusta, marcharon hacia Carthago Spartiaria, donde debían encontrarse con la escuadra que les facilitaría el tránsito del estrecho. Los 300 barcos que componían la armada imperial se aproximaban a puerto, costearo el litoral levantino, cuando fueron abordados por naves vándalas, a la altura de Ilici (Elche). Genserico había sido informado de su posición por traidores, y esto le permitió capturar gran parte de la flota romana<sup>96</sup>.

Tan sólo unas cuantas semanas antes, no sabemos si en el momento en que Mayoriano se disponía a salir de Arelate o una vez que hubo penetrado en Hispania, embajadores

despachados por el monarca vándalo habían intentado llegar a un acuerdo de paz; pero el emperador, confiando en que una rápida victoria militar restituiría al Imperio el dominio de Africa, rehusó entablar negociaciones con ellos. Genserico, al conocer su actitud, tomó una serie de medidas defensivas. Recurriendo a la táctica de los campos quemados, ordenó arrasar la costa mauritana, donde previsiblemente se hubiera debido producir el desembarco<sup>97</sup>.

Tras el éxito de la maniobra que le permitió apresar la flota romana, Genserico impuso sus propias condiciones, desde una posición de fuerza. Durante el verano de 460, legados vándalos se presentaron ante Mayoriano, demandando la firma de un nuevo tratado, que supliese al de 442<sup>98</sup>. Aunque ignoramos las cláusulas del mismo, se cree seguro que Genserico habría obtenido el reconocimiento oficial de todas las posesiones que había adquirido en Africa con posterioridad a 455 (región noroeste de la Numidia, y las plazas de Tipasa, Caesarea y Septem), además de la cesión de las islas Baleares, Corsica y Sardinia (Cerdeña). A cambio, el príncipe del linaje real de los Asdingos se comprometería a no efectuar más incursiones sobre Sicilia e Italia, que permanecerían bajo autoridad imperial<sup>99</sup>.

Este pacto resultaba enormemente ventajoso para el reino vándalo, ya que le proporcionaba un amplio glacis defensivo. Dominando las islas del mediterráneo occidental ejercería pleno control sobre la navegación en el mar Baleárico, Ligur y Tirreno; siéndole factible neutralizar cualquier futura expedición romana contra Africa, que tomara como base operativa alguno de los puertos meridionales de Hispania, Italia o Sicilia.

A comienzos de 461, Mayoriano se hallaba de vuelta en Arelate. Como, de momento, no existía ninguna posibilidad de llevar adelante su proyecto bélico, decidió retornar a Italia. En sintonía con la política de reducción del gasto público, que venía aplicando en los últimos tiempos, apenas hubo entrado en Liguria, licenció a las tropas reclutadas para la campaña africana<sup>100</sup>.

Ricimer, que aguardaba impaciente la hora de deponer a un emperador tan poco manejable como aquél, no desperdició la oportunidad que se le brindaba para hacerlo. El 2 de agosto detuvo a Mayoriano en Dertona (Tortona), cuando el soberano se disponía a abandonar la Liguria, para emprender el camino de regreso a Roma. Después de haberle sometido a cruel maltrato físico durante cinco días, le hizo decapitar. La sentencia se ejecutó el 7 de agosto en las afueras de la ciudad, a orillas del río Ira (Staffora) <sup>101</sup>.

Mayoriano no sólo había intentado restablecer la autoridad del estado sobre aquellas provincias mediterráneas de Occidente, en donde los caudillos bárbaros ejercían un dominio efectivo, sino que, además, había procurado reforzar el poder de la monarquía, con el propósito de frenar las tendencias centrífugas, que generaba la actuación de la aristocracia senatorial y los altos mandos del ejército. retomaba, así, los principios políticos que habían defendido Gala Placidia y Valentiniano III. La progresiva regionalización de los sistemas defensivos, que se produjo en Occidente a lo largo del siglo V, y el conflicto entre senatoriales italianos y galorromanos, recrudecido tras la derrota de Avito, habían propiciado la alianza de los jefes militares regionales con los grandes propietarios provinciales, en defensa de unos intereses comunes. Mayoriano,

consciente del peligro, advirtió la necesidad de poner al ejército al servicio del estado y la monarquía. Con semejante intención, asumió la tarea de coordinar la estrategia defensiva del Imperio y decidió conducir personalmente sus tropas a la guerra. Desde tiempos de Teodosio el Grande, aquella era la primera vez que un emperador romano salía al campo de batalla al frente de las fuerzas armadas<sup>102</sup>. La ejecución del príncipe, por orden de su generalísimo, certifica el fracaso de los esfuerzos de la autocracia imperial en su lucha por sostener la unidad del estado en Occidente, y da fe, asimismo, del triunfo de las fuerzas disgregadoras.

Consecuencia inmediata de la caída de Mayoriano fue la reanudación de las hostilidades entre el reino vándalo y el Imperio de Occidente. Para Genserico, el pacto sellado el verano anterior había prescrito con la deposición y muerte del emperador. Y así se lo haría saber muy pronto a Ricimer. Aquel otoño una expedición vándala devastó las costas de Sicilia, aprovechando que el magister militum Marcelino se había visto obligado a retirarse a Dalmatia. Los hunos que formaban su ejército habían amenazado con pasarse al servicio de Ricimer, quien les ofrecía mejor paga, y el general no tuvo más remedio que dejar la isla<sup>103</sup>. A partir de entonces, Sicilia se convertiría en objetivo prioritario del expansionismo vándalo.

## 2.3. La intervención de León I.

### 2.3.1. El acuerdo de 461 y sus repercusiones políticas.

A no ser por una breve alusión conservada en un fragmento de Prisco de Panium, nos sería absolutamente

desconocido el primer acuerdo formalizado, de manera directa, entre el gobierno de Constantinopla y la monarquía vándala.

Al parecer, se ratificó en el año 461, y tras él se adivina la mano del patricio Aspar, favorable a un entendimiento con Genserico. El hecho de que un soberano oriental llegase a sellar un pacto con un rey bárbaro asentado en territorio occidental, se explica fácilmente, si tenemos en cuenta que por estas fechas en Italia no había ningún emperador reconocido de manera oficial por Bizancio. El texto del convenio, que se mantendría en vigor hasta el estallido de la guerra vándala en 467, no ha llegado hasta nosotros, pero su contenido puede ser parcialmente reconstruido, a partir de los datos que nos ofrecen diversas fuentes sobre las relaciones de Bizancio con Cartago en este período. Sin duda, el pacto, negociado por el legado Filarco, supuso un brillante éxito diplomático para León I, ya que obtuvo la liberación de la emperatriz Licinia Eudoxia, la de su hija menor Placidia y, posiblemente, la parte del séquito que debió acompañarlas de Roma a Cartago en 455. A modo de contrapartida, el basileus tuvo que reconocer la legitimidad del matrimonio de Hunerico con Eudocia y el derecho de ésta a recibir la porción que le correspondía de la herencia paterna, en la mitad oriental del Imperio. Sin duda, un conjunto de grandes propiedades fundarias, inmuebles y esclavos. Además, León I renunció a prestar apoyo militar a Ricimer en el conflicto que sostenía con el reino vándalo. Con esta última cláusula, el monarca Asdingo se aseguraba la neutralidad de Bizancio, lo que, en adelante, le permitiría actuar con total impunidad en aguas del Mediterráneo central. Nuevas razzias, como las acaecidas en la primavera de 462 y en la de 463, arrasarán cada año las costas de Sicilia y el sur de Italia<sup>104</sup>.

Genserico estaba convencido de que amenazando los últimos graneros de Roma obligaría al senado y al patricio Ricimer a elegir como emperador de la pars Occidentis al marido de Placidia, Anicio Olibrio. Si lo conseguía, la alianza matrimonial que vinculaba a su casa con la dinastía valentiniano-teodosiana serviría de fundamento a una paz duradera entre Cartago y Ravenna. Ahora bien, la intervención vándala en el marco político del Imperio exigía un soporte material que la justificase. El monarca Asdingo lo hallaría enseguida. Con su habitual audacia reclamó los bienes raíces que formaban parte de la herencia de Eudocia en Occidente. A esta demanda sumó la del patrimonio de Aecio, confiscado por orden de Valentiniano III, después de la muerte del general. Puesto que el hijo menor de este último, el joven Gaudencio, aún permanecía retenido en Africa, no existía ningún obstáculo que impidiese a Genserico efectuar aquella reivindicación en su nombre<sup>105</sup>.

El 19 de noviembre de 461, Libio Severo (461-465), un senador romano oriundo de la Lucania, había sido proclamado Augusto en Ravenna por Ricimer. Su ascenso al solio fue el resultado de un fructífero compromiso entre el general y la aristocracia italiana. En virtud del mismo, Ricimer se reservaba el poder militar, cediendo a la nobleza el monopolio de la burocracia gubernativa. La monarquía quedaba relegada a una función meramente representativa, bajo la tutela del alto mando del ejército y del Senado romano. Es por ello que el dictado imperial se otorgó a un miembro de esa misma clase de grandes propietarios del sur de Italia, que estaban sufriendo las razzias vándalas, pero que rechazaban el modelo de estado autocrático, que había triunfado en Oriente. León I se negó a reconocer la soberanía de Libio Severo. A los ojos del gobierno de Constantinopla, no era más que un usurpador a

añadir a la ya larga lista de los senadores que habían sido proclamados emperadores en Occidente, después del asesinato de Valentiniano III<sup>106</sup>.

La falta de legitimidad del nuevo soberano occidental iría en detrimento de los intereses de la clase dirigente italiana. Haciendo causa común con la corte de Bizancio, Marcelino en Dalmatia, Nepociano en Hispania y Egidio en las Galias se negaron a reconocer a Libio Severo. Ricimer, aislado, buscó la alianza del burgundio Gundio (437-473) y del visigodo Teodorico II, verdadero árbitro de la situación en el sur de las Galias e Hispania. En estrecha connivencia, decidieron sustituir a los antiguos colaboradores de Mayoriano por hombres fieles al nuevo gobierno de Ravenna<sup>107</sup>. Unicamente, lo lograron en un caso. A poco de la ejecución de Mayoriano, el monarca visigodo ordenó la deposición de Nepociano y, a continuación, designó al senador aquitano Arborio como su sucesor en el cargo de comes et magister utriusque militiae para Hispania<sup>108</sup>. Otorgando la suprema dignidad militar de la diocesis a un notable vinculado a la clase dirigente provincial, Ricimer y Teodorico esperaban ganar para su causa al importante sector de la aristocracia súbgálica e hispanorromana, que se había mostrado abiertamente partidario de Nepociano, Egidio y Marcelino.

Ahora bien, Ricimer hubo de pagar un alto precio por la colaboración de Teodorico II; ya que, en contrapartida, el monarca visigodo se permitió la licencia de intervenir en la diocesis con absoluta autonomía. Aunque, oficialmente, Arborio continuaba ocupando la máxima dignidad militar, en la práctica el dux godo Cyrila fue el único personaje que condujo un ejército en Hispania, durante el reinado de Libio Severo<sup>109</sup>.



Por su parte, el monarca Asdingo, arremetió, con mayor fuerza si cabe, contra las costas de Italia. Las continuas incursiones vándalas fueron socavando progresivamente el prestigio de Ricimer, que, al final, se vio en el trance de tener que solicitar apoyo militar a Bizancio. Pero el gobierno de la pars Orientis rehusaría colaborar, pretextando que el tratado firmado con Genserico se lo impedía. De todos modos, en la primavera de 464, León despachó una legación diplomática a Cartago, encabezada por el patricio Tatiano, quien debió recordar al anciano rey que el pacto sellado con Mayoriano garantizaba la seguridad de Italia y Sicilia. Fue en vano. Genserico consideraba aquel acuerdo como papel mojado y no pensaba modificar un ápice su política<sup>110</sup>.

Constantinopla adoptó medidas más drásticas. León I confirmó a Marcelino en el magisterium militiae, que le otorgase Mayoriano, y, a través del legado Filarco, le ordenó que cesara de hostigar a Ricimer. Poco después, le mandaría desplazarse con su ejército a Sicilia, para coordinar el plan estratégico de defensa de la isla. Precisamente, en la primavera de 465, se produjo un nuevo ataque vándalo, que el general repelió con éxito<sup>111</sup>.

Unos meses más tarde, el 14 de noviembre de aquel mismo año, fallecía Libio Severo. Ricimer no se atrevió a designarle un sucesor. A tenor de las circunstancias, juzgó más prudente reconocer como soberano único de ambas partes del Imperio a León I<sup>112</sup>. Sin duda, esperaba que este gesto le congraciase con la corte de Bizancio, en un momento en que precisaba de la colaboración oriental, para hacer frente a Genserico.

En donde no se comprendió el cambio de alianzas

fue en Tolosa. A modo de respuesta, Teodorico II destituyó a Arborio de su cargo y no consideró necesario designar un nuevo magister militum para el territorio peninsular. Desde este momento, el único representante de la autoridad imperial en Hispania será Vincencio, el dux provinciae Tarraconensis<sup>113</sup>.

Mientras en la corte de Bizancio se planeaba la ruptura del acuerdo de 461 y se hacían preparativos para una intervención en gran escala, Marcelino, acatando los dictados provenientes de Constantinopla, se puso al mando de la armada occidental, desembarcó en Sardinia y expulsó a los vándalos de la isla. La flota debió hacerse a la mar en el verano de 466 y, pese al paganismo de su comandante, pudo contar con las bendiciones del papa Hilario (461-468), que era de origen sardo<sup>114</sup>. Consumada la victoria, Marcelino se trasladó a la capital de Oriente, para hacerse cargo de una misión de mayor envergadura.

Por aquella época, la influencia política de los generales germanos en la corte bizantina había comenzado a declinar. No se trataba de un fenómeno reciente. Ya en los primeros tiempos de su reinado, León I hizo todo cuanto estuvo en su mano, para sacudirse la tutela de Aspar. El poder de este último siempre había contado con el respaldo de sus propios bucellarii y de los foederati ostrogodos acantonados en la Thracia, bajo el mando de Teodorico Estrabón, pariente próximo de su tercera esposa<sup>115</sup>.

La intención del soberano no era otra que provocar un contencioso entre Aspar y los ostrogodos instalados por Marciano en la diocesis Pannoniarum, a fin de cortar el suministro de efectivos, que éstos proporcionaban regularmente al ejército privado del patricio. Con tal objetivo en mira, al

llegar la primavera de 459, León I suspendió el pago del subsidio anual, que de acuerdo con el foedus ratificado en el reinado de Marciano, debía abonarse a los ostrogodos. Estos no estaban dispuestos a padecer penurias, mientras los soldados de Teodorico Estrabón cobraban pingües sueldos; por lo que se lanzaron al saqueo de las provincias septentrionales de la praefectura praetorio per Illyricum. Incluso llegaron a la provincia Epirus Nova y tomaron la ciudad de Dyrrachium (Durrés), importante nudo de comunicaciones, que unía los centros de decisión y poder de ambas mitades del Imperio<sup>116</sup>. No en vano, el itinerario más corto entre Roma y Constantinopla pasaba por aquel puerto<sup>117</sup>. León I se vio obligado a rectificar su política, ya que no deseaba perder el control de la ruta. Sobre todo, ahora que los vándalos dominaban las aguas del mar Jónico, dificultando la navegación hacia el oeste. Por ello, en 461, León firmó un nuevo foedus con los ostrogodos. A cambio de un aumento en la cantidad del subsidio, fijada, a partir de este momento, en 21.600 sueldos anuales (300 libras de oro), los bárbaros aceptaron regresar a sus bases panónicas. Como garantía de que cumplirían lo pactado, entregaron como rehén al pequeño Teodorico, sobrino del rey Valamiro y miembro del linaje real de los Amalos<sup>118</sup>.

En Constantinopla, el joven príncipe ostrogodo sería puesto bajo la tutela de Aspar, quien había visto reforzada su influencia en el sacrum palatium, a raíz del fracaso del plan del emperador, para eliminarle del panorama político. Allí permanecería Teodorico durante una década, de los ocho a los diecisiete años de edad, formándose en las letras griegas y asistiendo a la lenta caída de su protector<sup>119</sup>.

León I habría de esperar algún tiempo, antes de reunir el suficiente poder como para enfrentarse al partido

germánico. Sólo eliminando su influencia política en la corte le sería posible quebrantar el acuerdo firmado en 461 con los vándalos. La oportunidad surgió en el momento más propicio, cuando Ricimer solicitaba desesperadamente la ayuda de Oriente. Los acontecimientos, que permitirían León intervenir a su favor, se sucedieron de la siguiente manera: en 466, un oficial isaurio, que respondía al nombre de Tarasicodisa, se presentó en Constantinopla con un gran séquito, portando consigo pruebas documentales que inculpaban al magister utriusque militiae per Orientem Ardabur, hijo mayor de Aspar, en un caso de alta traición contra el estado. Tarasicodisa había logrado interceptar parte de la correspondencia secreta, que el vástago del todopoderoso patricio mantenía con los persas. León I utilizaría esta valiosa información con suma habilidad. Durante una sesión judicial del consistorium, a la que asistía todo el Senado (conventus), con Aspar a la cabeza, desveló la trama del complot, aportando el testimonio epistolar. Ardabur tuvo que dimitir de su cargo, sin que su padre pudiese hacer nada por evitarlo<sup>120</sup>.

Como recompensa a su fidelidad y por los servicios prestados a la corona, Tarasicodisa fue promovido a la comitiva domesticorum, al tiempo que adoptaba el nombre de Zenón, en honor a un antiguo general isaurio del emperador Teodosio II<sup>121</sup>. León completó la exaltación de su favorito, concediéndole la mano de su primogénita, Ariadna. De este modo, Zenón quedaría vinculado por lazos matrimoniales a la familia imperial. La ceremonia de bodas debió celebrarse a comienzos de 467, y en el transcurso de los festejos que la acompañaron, el novio recibió de manos de su suegro el nombramiento de magister utriusque militiae per Thracias<sup>122</sup>. Zenón venía a reemplazar en el cargo al cuñado del soberano, Basilisco, que acababa de ser designado comandante en jefe de

la expedición que se preparaba contra los vándalos<sup>123</sup>.

A lo largo de la segunda mitad del año 466, el ascendiente que Aspar había venido ejerciendo sobre León I, desde el comienzo de su reinado, comenzó a declinar. Con ayuda de Zenón, por entonces aún comes domesticorum, el monarca pudo reclutar un regimiento de isaurios y formar un nuevo cuerpo de guardia palatina, los excubitores, en cuyas filas también serían admitidos tracios e ilirios. Originalmente, se trataba de una fuerza de élite, similar a los ejércitos privados que sostenían numerosos aristócratas, para su protección personal. Se hallaba compuesta por 300 hombres armados, absolutamente leales a la sagrada majestad del emperador. Según Juan de Lydia, Procopio y Agatias, bajo el reinado de Zenón (474-491), los excubitores llegarían a sustituir en el desempeño de sus funciones a las scholae palatinae, antiguas unidades de la guardia imperial creadas por Diocleciano. De todos modos, es muy posible que desde comienzos del siglo V, las scholae ya hubiesen quedado reducidas al papel de cuerpos meramente ornamentales. Tras la muerte de Teodosio I, ningún emperador oriental había vuelto a salir al campo de batalla, y por consiguiente la actividad de los scholastici debía limitarse a la participación en desfiles militares y otras ceremonias oficiales. Esto explicaría la necesidad que tuvo León I de reclutar un cuerpo de guardia efectivo, para poder emanciparse de la enojosa tutela de Aspar. De hecho, inmediatamente, la corte se dedicará a fomentar la rivalidad entre los excubitores del basileus y los bucellarii del generalísimo<sup>124</sup>.

Síntoma inequívoco del distanciamiento, que se estaba produciendo entre la monarquía y el partido germánico, fue el viraje experimentado por la política occidental del Imperio de Oriente en el transcurso de unos pocos meses. Ya

antes de que finalizase el año 466 pudo advertirse el cambio. Desoyendo los consejos de Aspar, León I optó por apoyar, de manera abierta, a los esciros en el conflicto que les enfrentaba a los ostrogodos<sup>125</sup>, para, acto seguido, poner en marcha un ambicioso proyecto de restauración imperial en Occidente. Este último suponía la ruptura del acuerdo de 461 co Genserico y preludiaba, en determinados aspectos, la obra de Justiniano I.

### 2.3.2. El advenimiento de Antemio.

Puesto que la tarea más urgente era atender a las llamadas de auxilio de Ricimer y conjurar la amenaza vándala en el Mediterráneo central, León creyó oportuno designar un soberano para la pars Occidentis. Desde comienzos de 466, el gobierno de Constantinopla venía negociando con Ricimer el restablecimiento de la legitimidad en el solio de occidental. A fin de proceder de acuerdo con las formalidades, el Senado de Roma solicitó a León que designase un emperador para el oeste. La elección recayó sobre un destacado miembro de la aristocracia senatorial bizantina: el patricio Antemio (467-472), marido de Elia Marcia Eufemia, la hija del difunto emperador Marciano<sup>126</sup>.

Era aquella la primera vez, desde el asesinato de Valentiniano III, que un monarca oriental reconocía y legitimaba la autoridad de su colega occidental. Además, León puso al servicio de Antemio un poderoso ejército, que en marzo de 467 embarcó rumbo a Italia, a bordo de la flota que conducía Marcelino. Precisamente, este último había sido nombrado patricio por el soberano de Constantinopla, a fin de equilibrar la balanza del poder en la Península, donde Ricimer ya gozaba de tal distinción. El 12 de abril de 467, Antemio

fue proclamado Augusto en las proximidades de Roma<sup>127</sup>. Los altos mandos militares presentes en Italia, con Ricimer a la cabeza, le acataron como príncipe, sin oponer la menor resistencia. Otro tanto hizo la clase senatorial italiana, impresionada por el aparato bélico que acompañaba al emperador. Este grupo de grandes propietarios esperaba que la normalización de relaciones con Bizancio pusiese fin a sus problemas con los vándalos. Para asegurar la estabilidad política de la Península y el futuro de su dinastía, Antemio consintió que su hija Alipia se uniera en matrimonio con Ricimer<sup>128</sup>.

Mucho más difícil se presentaba la restauración de la autoridad imperial en la praefectura praetorio Galliarum. Allí sólo se reconoció la legitimidad de Antemio en la Tarraconensis y en algunas zonas del norte, centro y sur de la Galia. Parte de la aristocracia local se adhirió, de inmediato, al nuevo emperador llegado de Oriente, convencida de que con el respaldo del gobierno de Constantinopla, Antemio lograría contener la expansión del reino visigodo de Tolosa. Tal era el caso en el norte, donde el comes Paulo, sucesor de Egidio, al frente de las tropas romanas, acató la soberanía de Antemio, temeroso de que los visigodos cruzasen el Loira. Otro tanto hizo Childerico I (457-481), rey de los francos merovingios, federados de Roma. Los burgundios permanecieron leales a su pacto con el Imperio. Y en 468, Antemio logró firmar un tratado con Riotamo, caudillo de los bretones asentados en la Armórica. La Auvernia y la franja litoral mediterránea también se decantaron por Antemio. Sin embargo, un importante sector de la nobleza subgálica, liderado por Arvando, el praefectus praetorio Galliarum, se había aliado con Eurico (466-484), quien tras haber dado muerte a su hermano Teodorico II, se había convertido en el nuevo cabeza

del linaje real de los Baltos. Este grupo, con fuerte implantación en las dos Aquitaniae, en la Narbonensis y en ciertas áreas de la Viennensis, deseaba que el monarca visigodo extendiese su dominio al norte del Loira y al sur del Ródano, para, finalmente, repartirse el conjunto de la Galia con el rey burgundio Gundio. Además, incitaba al soberano godo a tomar las armas contra Antemio. Pese a que Eurico se negó a ratificar el antiguo foedus con el Imperio, de momento consideró más prudente no enfrentarse a las fuerzas de Antemio en un conflicto bélico. Unos meses antes de que el nuevo soberano occidental desembarcase en Italia, Eurico había enviado una embajada a Constantinopla, a fin de obtener de mano de León I la legitimación de su autoridad. Según E. Stein, la legación diplomática podría haber tenido otros dos cometidos, a saber, reclamar para los visigodos la cesión de zonas aún romanas de las Galias e Hispania y pronunciar la disolución del foedus. Aunque no obtuvo ninguna concesión, del episodio se desprende que hacia 466-467, Eurico reconocía como único soberano legítimo de ambas partes del Imperio a León I<sup>129</sup>.

Asesorado por sus consejeros, Antemio procuró ganarse a la nobleza galorromana, otorgando destacados cargos honoríficos a algunos de sus miembros. Sirva de ejemplo el caso del yerno del fallecido emperador Avito, Sidonio, quien, llamado a la corte por una carta oficial, había llegado a Roma, al frente de una delegación auvernesa, justo después de las bodas de Ricimer y Alipia (post nuptias patricii Ricimeris). Uno de sus primeros cuidados fue el de elegir un patrono que velase por los intereses que representaba. Dudó entre Genadio Avieno y Cecina Basilio, duo fastigatissimi consulares, que, después de Ricimer, eran los hombres más influyentes de la corte. Finalmente, se decidió por el



segundo. A sugerencia de éste, compuso un panegírico para la inauguración del consulado de Antemio, que, gracias a los buenos oficios de su protector, pudo declamar en presencia del soberano, el 1 de enero de 468. Como recompensa propuesta por Basilio, el emperador le nombró praefectus urbis Romae y, al año siguiente, le elevó al rango de patricio<sup>130</sup>.

En el desempeño de las funciones aparejadas a la praefectura urbana, Sidonio escribió una carta a Campaniano, amigo del praefectus annonae, en la que menciona las dificultades existentes, para abastecer de grano a la población de Roma, y su temor a que se desencadenasen disturbios populares en los teatros, a causa de la crisis frumentaria. Desde 455, los suministros procedentes de Africa se habían visto interrumpidos, haciendo imprescindible la búsqueda de nuevas fuentes de aprovisionamiento en Sicilia y el sur de Italia. A pesar de todo, Sidonio confiaba en que la situación de penuria no se prolongase ya por mucho tiempo<sup>131</sup>. Sus expectativas de obtener víveres en abundancia se basaban, sin duda, en un conocimiento pormenorizado del plan que había elaborado el gobierno de Constantinopla, para restaurar la autoridad imperial en Africa.

### 2.3.3. La guerra vándala.

Mientras en Occidente Antemio intentaba poner orden en la enmarañada madeja gálica, en Oriente León ya había dado los primeros pasos encaminados a solventar el sempiterno problema vándalo. A mediados de la primavera de 467, envió al legado Filarco a Cartago, para informar a Genserico de la proclamación de Antemio y advertirle que cualquier agresión contra el territorio occidental sería considerada por Bizancio como una auténtica declaración de guerra. Las amenazas

implícitas en el mensaje no amedrentaron ni lo más mínimo al anciano monarca. Pese a las recientes derrotas sufridas en Sicilia y Sardinia, Genserico se negó a reconocer como emperador de Occidente al griego Antemio, y despachó a Filarco de vuelta a Constantinopla, haciéndole saber que, por su parte, consideraba anulado el tratado de 461, debido a que León había quebrantado su palabra de no interferir en las relaciones afro-italianas<sup>132</sup>.

En este contexto cabría insertar el episodio de los embajadores suevos y visigodos. Tras el asesinato de su hermano en 466, Eurico había mandado una legación diplomática a Bizancio, probablemente, a fin de solicitar la legitimación de su autoridad al basileus. Como señalábamos más arriba también puede que tuviese en mira tratar otros asuntos de importancia para la consolidación del poder gótico en las Galias. Simultáneamente, Eurico despachó otra embajada hacia el reino suevo, con el propósito de que Remismundo (464-469), hijo de armas (waffensohn) del Teodorico, reconociese su soberanía<sup>133</sup>. La legación enviada a Bizancio llegó en mal momento. La corte vivía en pleno delirio antigermánico, y no estaba dispuesta a acceder a las peticiones de ningún fratricida godo, que pudiese obstaculizar el proyecto de restauración imperial en Occidente.

Ante el fracaso de las negociaciones, Eurico rehusó acatar la soberanía de Antemio, por entonces, recién llegado a Roma. Paralelamente, el monarca visigodo intentó dar vida a una coalición intergermánica contra el nuevo poder establecido en Italia. Olvidando viejas disputas, envió legados al rey de los vándalos, con el propósito de establecer una alianza. Por su parte, Remismundo, deseoso de sacudirse el yugo gótico, dirigió sendas embajadas a Constantinopla y Cartago. Ignoramos

si los legados godos, encargados de notificar el advenimiento de su señor al monarca Asdingo y de proponerle el acuerdo, llegaron a tener algún tipo de contacto con Filarco y su séquito; pero en cuanto llegó a sus oídos el rumor de la expeditio ad Africam organizada por León, se sintieron tan aterrorizados que decidieron retornar inmediatamente a Tolosa. También los embajadores suevos, que habían ido hasta Cartago, regresaron a Gallaecia con la noticia. Nadie quería quedar atrapado en Africa ni ser objeto de las iras del emperador. La alarma se hallaba justificada, aunque fuese un poco prematura. Lo más seguro es que la estación navegable de 467 se encontrase ya muy avanzada, cuando, por fin, la flota oriental se halló lista para zarpar. En cualquier caso, las condiciones meteorológicas desaconsejaban hacerse a la mar, y la expedición hubo de aplazarse hasta el siguiente verano. De hecho, poco antes de que partiese, los legados suevos, que habían marchado a Oriente, regresaron a Gallaecia, portando nuevas sobre el extraordinario despliegue de medios efectuado en la preparación de la campaña<sup>134</sup>.

En la organización de la campaña se invirtieron 65.000 libras de oro y 700.000 de plata. Para cubrir gastos, fue preciso echar mano de los fondos acumulados, desde tiempos de Marciano, en las tesorerías de la res privata, de las sacrae largitiones y de las prefecturas pretorianas de Oriente y el Illyricum. En total, la suma desembolsada ascendió a 130.000 libras de oro, o lo que es lo mismo, unos 9.000.000 de sueldos. Las fuentes del siglo VI atribuyen las posteriores dificultades financieras del estado bizantino, al dispendio que supuso la empresa. No en vano, a fin de volver a llenar las arcas, el gobierno de Constantinopla hubo de recurrir a una subida de impuestos y a una serie de confiscaciones penales calificadas de injustas por Malco de Philadelphia. Con

los recursos aunados, se armó una escuadra compuesta por 1.113 navíos, que fueron requisados en distintos puertos de Oriente. De ellos, 1.000 eran cargueros y los 113 restantes galeras. A bordo de estas últimas bogaban 7.000 remeros, a una media de 62 por cada nave, lo que evidencia el escaso tonelaje de las mismas. Se estima en torno a los 100.000 hombres, entre soldados y marineros, el número de individuos llamados a participar en las operaciones bélicas. León confió el mando de la armada a su cuñado Basilisco, hermano de la emperatriz Elia Verina. Al tiempo que le designaba para ocupar este cargo, debió otorgarle el nombramiento de magister utriusque militiae praesentalis. Contra lo que pudiera deducirse de los resultados de la campaña africana, la elección de Basilisco no respondía a un mero capricho de la Augusta, sino que se hallaba avalada por su reciente victoria sobre los hunos y godos que habían invadido las Thaciae en 466<sup>135</sup>.

En medio del entusiasmo de una corte que no concebía la derrota, zarpó la armada imperial rumbo a Sicilia, donde debía encontrarse con la escuadra de Antemio. Como Marcelino, comandante en jefe de la flota occidental, se retrasase en acudir al punto de encuentro convenido, Basilisco partió hacia Africa, sin aguardar su llegada. En pleno verano de 468, la armada bizantina arribó a la costa oeste del cabo de Bona, fondeando entre Ras el-Ahmar y Ras Addar (promontorium Mercurii)<sup>136</sup>.

Genserico, alarmado por la presencia de tan gran fuerza naval y deseando ganar tiempo, envió legados al general bizantino, para hacerle saber que estaba dispuesto a aceptar las condiciones que le impusiese el basileus. Únicamente solicitaba una tregua de cinco días, a fin de poder acomodarse a las mismas. Desconocemos cuáles eran los términos de la

rendición establecidos por Basilisco; pero es posible que, a parte de la obligación de someterse a la soberanía de Antemio y reconocer su dominio sobre Africa, se exigiese la entrega de la flota de Cartago y la evacuación de la ciudad por parte de las tropas vándalas. De otro modo, resulta difícil justificar la concesión de ese plazo de casi una semana, para "efectuar todo cuanto era especialmente deseado por el emperador". Basilisco suscribió el armisticio. Según se tenía por costumbre, los embajadores vándalos acudieron a la entrevista portando valiosos obsequios, que el general aceptó en nombre del basileus. Cometía, así, un grave error, ya que, más tarde, sus enemigos le acusarían de haber traicionado al Imperio por un puñado de oro<sup>137</sup>.

En realidad, Genserico no había demandado una tregua porque pensase capitular, sino porque aguardaba la llegada del viento del noroeste, para poner en práctica su plan de combate. Tan pronto como sopló, el rey zarpó con parte de la flota vándala, al amparo de la oscuridad de la noche. Varios navíos remolcaban barcasas repletas de materias inflamables, seguramente, una mezcla de nafta y azufre<sup>138</sup>. Cuando se hubieron aproximado al enemigo, los bárbaros pegaron fuego a las barcasas y las dejaron ir a la deriva contra la escuadra romana, a merced del viento que henchía sus velas. Procopio nos describe el desenlace del episodio:

"Puesto que allí había un gran número de naves, las barcasas propagaban el fuego con facilidad dondequiera que se estrellaban, y rápidamente se consumían, junto con aquellas con las que entraban en contacto. Como de este modo se extendía el fuego, la flota romana, cosa natural, se

llenaba de un clamor y de un gran estrépito que rivalizaban con el ruido causado por el viento y el crépitar de las llamas, ya que los soldados y los marineros se gritaban ordenes unos a otros y apartaban con sus varas las barcasas incendiadas e incluso sus propias naves, que estaban siendo destruidas unas por las otras en completo desorden. Los vándalos también se hallaban presentes, atacando y echando a pique los navíos, y haciendo presa de aquellos soldados que intentaban escapar así como de sus armas"<sup>139</sup>.

Basilisco, al percatarse de la situación, procuró salvar la mayor cantidad posible de embarcaciones. Después, condujo los restos de la armada hasta Sicilia, donde momentáneamente encontraron refugio. Según parece, el general bizantino pensaba reunirse allí con la flota occidental, al mando de Marcelino, para reanudar las operaciones bélicas. Sin embargo, el comandante de las fuerzas navales de Antemio había sido asesinado por uno de sus oficiales, mientras su escuadra efectuaba una escala técnica en la isla. El atentado, que se produjo en pleno mes de agosto, se creía instigado por Ricimer. Puesto que el emperador no había designado un general que sustituyese a Marcelino en el cargo, la participación occidental en las operaciones quedó suspendida<sup>140</sup>.

Ante la imposibilidad de organizar un nuevo ataque, Basilisco puso proa hacia Constantinopla, donde no le aguardaba precisamente un recibimiento triunfal. En cuanto hubo desembarcado, pidió asilo en la iglesia de Santa Sofía; ya que la corte, creyéndole confabulado con Aspar y Genserico, reclamaba su cabeza. Al final, obtendría el perdón del emperador, gracias a las suplicas de su hermana Verina, esposa

del basileus<sup>141</sup>.

Una ley promulgada por León I, el 28 de agosto de 468, y suscrita también por Antemio, refleja el clima político que se respiraba en Oriente, tras conocerse la noticia de la derrota de la escuadra enviada contra los vándalos. Nos referimos a la constitución dirigida al praefectus praetorio Orientis Nicostrato, en la que se prohíben los ejércitos privados de bucellarii, isaurios y siervos armados<sup>142</sup>. La formación de tales comitivas militares de carácter particular era consecuencia de la extensión del régimen del patrocinium, como lo demuestra el hecho de que pocos días después, el 1 de septiembre, se publiquen dos nuevas leyes, remitidas al mismo prefecto, prohibiendo a los notables (nobiliores) admitir a campesinos (collatores) en sus clientelas<sup>143</sup>. Vetando los ejércitos de bucellarii et isaurii, León pretendía mantener una norma de teórica imparcialidad entre Aspar y Zenón, ahora que Basilisco había arruinado las expectativas de dar un golpe de gracia al partido germánico en Oriente. Este último había recuperado influencia política y se mostraba más favorable que nunca a un acuerdo con los vándalos. No obstante, la legislación tuvo escasas repercusiones prácticas en la realidad social. Al menos, a su muerte, en 471, Aspar disponía aún del cuerpo de bucellarii que siempre le había asistido<sup>144</sup>.

Muerto Marcelino y derrotada la armada oriental, Genserico recuperó Sardinia y llegó a apoderarse de Sicilia. Sin embargo, las incursiones vándalas contra la Península Itálica cesaron por completo desde 468. Bien distinto es el panorama en lo que se refiere a las relaciones con Bizancio, dado que, a partir de esta misma fecha, se prodigaron los pillajes y devastaciones en las costas meridionales y occidentales de la Península Balcánica. El litoral

peloponésico será guarnecido mediante un sistema de fortificaciones. La edificada en el Altis de Olimpia parece corresponder a esta época, en la que la vandalica rabies se expandió hacia el Mediterráneo oriental<sup>145</sup>. Según la Vita Sancti Danielis Stylitae, hasta los alejandrinos habrían temido una agresión, por parte de las fuerzas de Genserico. No conservamos información procedente de otras fuentes, que nos permita contrastar este dato. Aún así, resulta difícil impugnar su objetividad, ya que las medidas adoptadas por el gobierno oriental, tras la derrota de Basilisco, responden a un deseo de proteger las ricas y feraces provincias de Egipto, granero de Constantinopla<sup>146</sup>.

A fin de conjurar la amenaza vándala, que se cernía sobre Oriente, León I hizo un nuevo esfuerzo por recuperar Africa para el Imperio. En esta ocasión, el comes Heraclio, natural de Edesa, fue enviado a Egipto con ordenes de reclutar las tropas necesarias. A comienzos del verano de 470, el ejército embarco rumbo al reino vándalo en la propia Alejandría o en algún punto de la costa de la Pentapolis. Restos de la flota de Basilisco debieron hacerse cargo de su transporte. Dirigían la expedición Heraclio de Edesa y Marso el Isaurio. En una rápida maniobra militar, las tropas bizantinas ocupaban los principales puertos de la Tripolitania, con el propósito de que sirviesen de plataforma, para efectuar un avance terrestre sobre Cartago<sup>147</sup>.

Con esta estrategia se pretendía eludir un posible encuentro naval, que sólo beneficiaría a los vándalos, y, al mismo tiempo, garantizar el suministro de víveres y tropas de refresco, a través de bases costeras seguras y bien comunicadas con el granero egipcio. Genserico, temiendo una derrota, pidió la paz al emperador. Pero, las presiones del



renaciente partido germánico, favorable a un rápido entendimiento con los vándalos, obligaron a León a retirar sus fuerzas del campo enemigo, antes de haber concluido un acuerdo formal. Los problemas internos que se sucedieron a lo largo de los últimos años de su reinado, le impedirían volver a tomar acción contra el reino vándalo. En cambio, el monarca Asdingo aprovechó la marcha de las tropas imperiales para romper la negociaciones de paz y reanudar sus incursiones sobre las costas de Achaëa y Epirus Vetus<sup>148</sup>.

Para entonces, Aspar había alcanzado ya el cenit de su gloria. Como el más antiguo de los ex-cónsules ordinarios adquirió la dignidad de protopatrikios, el equivalente oriental del prior o caput senatus romano<sup>149</sup>. Temiendo que León designase heredero del Imperio al hijo de Zenón y Ariadna, se apresuró a solicitar la dignidad de César y la mano de la hija menor del basileus, la porfirogénita Leoncia, para su segundo hijo, Julio Patricio. Al principio, parece que León opuso alguna resistencia; pero, a la postre, tuvo que claudicar y plegarse a los deseos de Aspar, a fin de conservar su lealtad. Dado que Patricio era de origen germano y de fe arriana, el emperador tuvo que prometer a las altas jerarquías eclesiásticas que el joven aceptaría el credo de Nicea antes de convertirse en Augusto. Con esto fue suficiente, para que en 470 fuese proclamado César y desposase a Leoncia<sup>150</sup>.

Con todo, León no se sentía seguro. El general Anagastes y Martino, uno de los bucellarii de Ardabur, habían revelado a Zenón las maquinaciones que urdía el hijo mayor de Aspar contra el soberano<sup>151</sup>. Informado sobre los detalles de la trama, León creyó llegada la hora de acabar con el control político que ejercían los germanos en Oriente. Para ello era preciso eliminar al patricio y a toda su prole. El plan fue

meticulosamente organizado por los eunucos del sacrum cubiculum. No se producirían rupturas repentinas. Sin embargo, uno de aquellos movimientos germanófilos de carácter popular, que solía fomentar la corte, obligó a Aspar y los suyos a retirarse a Calcedonia, en espera de que los ánimos se serenasen. Poco después, fue invitado junto con sus hijos a un banquete que se celebraría en la residencia imperial. Al concluir la cena, eunucos de la guardia que custodiaba las estancias privadas del sacrum palatium, los spatarii-cubicularii, se arrojaron sobre los germanos, segando instantáneamente las vidas de Aspar y Ardabur<sup>152</sup>. Una vez más, la alianza de la monarquía autocrática con su burocracia patrimonial funcionaba con éxito en la lucha contra el creciente poder de los altos mandos germanos del ejército profesional.

De los tres hijos de Aspar sólo el más joven, Herminierico, en aquellos momentos ausente de Constantinopla, no acudió al sangriento festín<sup>153</sup>. Por lo que respecta a Julio Patricio, se sabe que logró escapar del triclinio donde había tenido lugar la matanza gravemente herido. León le otorgaría la gracia de la vida, a condición de que renunciase a la dignidad de César. Al mismo tiempo, tuvo que aceptar la separación de su esposa, quien, acto seguido, fue entregada en matrimonio al joven Flavio Marciano, hijo del emperador Antemio<sup>154</sup>.

Conjurada la amenaza germánica en el interior, era necesario afrontarla en el exterior. Puesto que las incursiones vándalas contra las costas occidentales de la Península Balcánica no habían cesado, León solicitó la mediación del patricio Olibrio, a fin de negociar un tratado de paz con Genserico. Pero antes de partir rumbo a Cartago

debía cumplir una misión mucho más urgente en Italia: poner término a la contienda que enfrentaba a Ricimer con Antemio<sup>155</sup>.

#### 2.4. La progresiva disolución del estado imperial en Occidente.

La situación occidental se había deteriorado gravemente en los últimos tiempos. La derrota de la armada oriental frente a los vándalos y la muerte de Marcelino, habían anulado las posibilidades de materializar en Occidente el proyecto restauracionista de León I.

En las Galias e Hispania, los visigodos representaban la misma amenaza para el poder romano que los vándalos en el Mediterráneo. Por estos años la expansión territorial del reino de Tolosa corre pareja a la marítima del reino de Cartago. La noticia de que Olisipo (Lisboa) acababa de ser ocupada por los suevos hizo que en 468 Eurico aprovechara que las fuerzas de Antemio se concentraban en la misión de apoyo a la expedición africana de Basilisco, para desplegar sus tropas por la Península Ibérica. Tras haber convertido a Emerita Augusta en su base de operaciones, el ejército visigodo efectuó una campaña punitiva en el corazón de la Lusitania. Su objetivo lo constituían tanto las guarniciones militares suevas de la zona, como la población romana dispuesta a colaborar con los guerreros de Remismundo. La acción de los godos se desplazó hacia el norte, hasta alcanzar el conventus Asturicensis<sup>156</sup>.

Toda esta serie expediciones militares pretendía arrinconar a los suevos en el cuadrante noroeste de la Península y establecer un limes fortificado entre sus dominios

y los de los visigodos. Remismundo, alarmado por el cariz que comenzaban a tomar los acontecimientos, envió una nueva embajada a Constantinopla, en esta ocasión, presidida por el aristócrata romano Lusidio, signo del nuevo clima de colaboración entre suevos y latinos<sup>157</sup>.

Si en Hispania se difuminaban rápidamente las estructuras gubernativas del poder central romano, en las Galias, los esfuerzos de Antemio por restaurar la autoridad imperial resultaron totalmente baldíos. La coalición establecida entre el Imperio, la aristocracia romana partidaria de Antemio, los bretones de la Armórica y los burgundios no fue capaz de hacer frente al expansionismo visigodo. En 469, estalló la guerra entre Eurico y Antemio. El praefectus praetorio Galliarum Arvando, sospechoso de haber instigado al monarca bárbaro para que tomase acción contra el emperador, fue detenido y conducido a Roma, donde se le juzgaría y condenaría a muerte, convicto de alta traición<sup>158</sup>; Aquel mismo año, Riotamo, aliado del Imperio, ocupó Biturica (Bourges); pero fue derrotado por los godos y tuvo que refugiarse con sus bretones en territorio burgundio. En cuanto al comes Paulo, lo único que pudo hacer fue evitar que Eurico cruzase el Loira. En 470 perecía combatiendo contra los sajones. Le sucedió, a la cabeza de las fuerzas romanas en el norte de la Galia, Siagrius, hijo de Egidio, que estableció su residencia en Sexonas (Soissons) y, con el tiempo, llegó a adoptar el título de rex romanorum<sup>159</sup>.

Las cosas no fueron mejor en el sur. En 471, el emperador se vio obligado a enviar a su propio hijo Antemiolo, junto con el comes stabuli Hermiano y los duces Torisario y Everdingo, al frente de un ejército, para hacer frente a Eurico, que asediaba Arelate. El ejército romano fue

derrotado, los comandantes cayeron en la batalla y Eurico devastó el valle del Ródano<sup>160</sup>.

Tampoco en Italia se respiraba un ambiente de paz. Las relaciones entre el emperador, de una parte, y el alto mando del ejército y el Senado romano, de otra, se habían enrarecido, tras el fracaso de la expedición contra los vándalos. Los intentos de Antemio por transplantar a Occidente el modelo autocrático oriental topó con la oposición de la aristocracia y los jefes militares. En 470, el patricio Romano, amigo de Ricimer lideró una conspiración contra la vida del emperador. No cabe duda de que el propio Romano aspiraba a la púrpura. Sin embargo, el complot fue descubierto y su cabecilla ejecutado, como reo de lesa majestad. Inmediatamente, Ricimer abandonó Roma y se instaló en Mediolanum, donde reunió un ejército de 6.000 hombres, y se alzó en abierta rebeldía contra Antemio<sup>161</sup>. A comienzos de 471, una delegación de notables ligures aconsejó al general que se reconciliase con su suegro, a través del obispo Epifanio de Ticinum. Pero, a despecho de los buenos oficios del prelado, no hubo manera de evitar la guerra civil<sup>162</sup>.

La derrota de Antemiolo en las Galias favoreció los planes de Ricimer. Quebrantando su juramento de lealtad al emperador, marchó sobre Roma a la cabeza de un ejército bárbaro y puso sitio a la ciudad, durante la segunda quincena de marzo de 472. Su sobrino Gundobado, hijo del rey burgundio Gundioco, y magister equitum per Gallias, se unió a él en la rebelión, acudiendo ante los muros de la capital con tropas de refuerzo, a fin de estrechar el cerco<sup>163</sup>.

En cuanto tuvo noticia del suceso, Antemio solicitó ayuda al caudillo ostrogodo Bilimer, quien se dirigió hacia

Roma a marchas forzadas. Lo más seguro es que la demanda de auxilio fuese acompañada del correspondiente nombramiento para ocupar el magisterium per Gallias en lugar del rebelde Gundobado. Aunque Bilimer logró entrar en la ciudad, no pudo evitar que Ricimer ocupase el Janículo y el Vaticano, obteniendo así pleno control sobre el curso del Tíber. Dispuesto a rendir la ciudad por hambre, el patricio cortó el suministro de cereales que, a bordo de grandes barcazas, remontaban el curso del río, desde los almacenes de Portus Augusti a los graneros de Roma. En el interior de la capital sitiada, la escasez de alimentos no tardó en abrir paso a una epidemia, que debió causar un estrago aún mayor entre la población. Para terminar de complicar las cosas, a comienzos de abril, se presentó en el escenario de la tragedia el patricio Olibrio, que venía de Constantinopla en calidad de mediador enviado por el emperador León. Apenas hubo llegado, Ricimer le proclamó Augusto con el apoyo de su facción. Tres meses después, el 11 de julio, las tropas de Ricimer forzaron el pons Aelius y, tras batir a Bilimer, que pereció en la lucha, cruzaron el Tíber y penetraron en el Campo de Marte. Antemio fue asesinado por Gundobado y Roma saqueada por tercera vez en los últimos sesenta y dos años<sup>164</sup>.

Sin embargo, ninguno de los protagonistas del drama sobreviviría por mucho tiempo. Ricimer falleció el 18 de agosto, cuando apenas habían transcurrido cuarenta días de la muerte de Antemio. Con su desaparición concluyó un protectorado que, desde sus orígenes en 457, había primado la defensa de los intereses italianos sobre los del resto de los territorios que formaban el Imperio de Occidente. Gundobado fue nombrado magister peditum praesentalis et patricius, para cubrir la vacante que dejaba su tío. Aquel sería el único acto de gobierno memorable del efímero reinado de Olibrio. El 2 de

noviembre de ese mismo año, el soberano expiraba en Roma, a causa de una fatal dolencia<sup>165</sup>.

Mientras Antemio y Ricimer dirimían sus diferencias en una guerra civil, el rey visigodo Eurico aprovechó la ocasión para ocupar militarmente la Tarraconensis, única provincia de la diocesis Hispaniarum que, en su mayor parte, aún continuaba sujeta a la autoridad imperial. La estrategia empleada en esta campaña se asemeja a una operación tenaza. En tanto un cuerpo del ejército visigodo, a las ordenes del comes Gauterico, penetraba en la Península por el paso de Roncesvalles, siguiendo la calzada que unía Burdigala (Burdeos) con Asturica Augusta, otro contingente de tropas, al mando del general godo Hedelfredo y del dux provinciae Tarraconensis Vincencio, atravesaba los Pirineos por el este, avanzando bien a lo largo de la via Augusta, por el litoral, o bien de la via Domitia, por el interior. Las fuerzas de Gauterico se apoderaron de Pampilona (Pamplona), para, a continuación, descender por el valle del Ebro sobre Caesaraugusta, haciendo suya esta ciudad y todas las de su entorno. No consta que el comes hallase resistencia. Por el contrario, Hedelfredo y Vincencio, cuya misión consistía en ocupar las ciudades de la costa mediterránea, tuvieron que enfrentarse a la oposición de la aristocracia senatorial fiel a Antemio, que se atrincheró tras los muros de Tarraco. Fue preciso someter la plaza a un asedio en toda regla, para obtener su rendición. Sólo después, capitularon los restantes núcleos urbanos de la costa<sup>166</sup>.

La incorporación de la Tarraconensis al reino visigodo de Tolosa supuso el establecimiento de un nexo de continuidad territorial entre sus dominios gálicos e hispánicos. Hasta entonces, los visigodos se habían limitado

a ejercer un control puramente militar sobre algunos enclaves del centro y suroeste de la Península, en especial sobre Emerita Augusta, la vieja capital de la diócesis. Al poner en contacto estas zonas alejadas con los centros de decisión y poder del reino, se hacía de Hispania un campo abonado para la futura expansión del naciente estado gótico.

A la quiebra del proyecto bizantino de restauración imperial en Occidente, que permitió a Eurico ampliar los límites de su reino, vinieron a sumarse nuevas dificultades surgidas en Africa. Aunque nos sea imposible fijar la fecha con cronología absoluta, en algún momento entre los meses de marzo y octubre de 472, Eudocia, la esposa del príncipe Asdingo Hunerico, logró escapar de Cartago, a bordo de un barco que navegaba hacia Oriente. Al parecer, contó con la ayuda de un tal Burco, posiblemente, el antiguo comes de Mayoriano, que en 457 derrotó y expulsó de Italia a los alamanes, que habían invadido la Península desde la Raetia. La travesía se efectuó sin problemas y la pasajera llegó a su destino. Ignoramos si hizo un alto en Constantinopla; pero de haber sido así, su estancia en la corte no debió prolongarse demasiado. La hija de Valentiniano III tenía el firme propósito de retirarse a Jerusalén. Allí fallecería poco tiempo después de haberse instalado, siendo enterrada en la iglesia de San Esteban Extramuros, donde yacían desde 460 los restos de su abuela, la extinta emperatriz Elia Eudocia. En su lecho de muerte, la desdichada nuera de Genserico legó todas sus propiedades al santuario de la Anastasis<sup>167</sup>.

Los bienes asignados a Eudocia y a su hermana Placidia, como parte de la herencia oriental de su padre Valentiniano III, procedían de la res privata, y a ella continuaban perteneciendo. Las princesas podían disfrutar de



aquellas propiedades durante toda su vida; pero no les estaba permitido transmitir las a sus legítimos herederos. Después de su muerte debían retornar a la res privata<sup>168</sup>. No obstante, parece ser que el emperador respetó la última voluntad de Eudocia y consintió en que el elgado de ésta a la iglesia de Jerusalén se hiciese efectivo. Así lo demuestra el hecho de que las fuentes narrativas se hagan eco de la donación, y el que carezcamos de noticias posteriores sobre el destino de la domus Eudociae, como, por el contrario, las poseemos sobre el de la domus Placidiae<sup>169</sup>.

Ahora bien, Genserico reivindicó, en nombre de sus nietos, la herencia de Eudocia<sup>170</sup>. Y no lo hizo, precisamente, ante los tribunales. Aquella era una excelente excusa para prodigarse en nuevas incursiones depredatorias por el litoral dálmata y peloponésico. El Imperio de Oriente no se hallaba en posición de organizar una nueva campaña militar contra el reino vándalo. problemas de orden interno se o impedían.

Tras el asesinato de Aspar en 471, su pariente Teodorico Estrabón y el comes godo Ostrys, hypaspistes (escudero) de la guardia privada del general, habían intentado tomar venganza. Al frente de los bucellarii de Aspar y de su hijo Ardabur se lanzaron al asalto del sacrum palatium. Pero Zenón y Basilio coordinaron con éxito la defensa, de modo que los excubitores del emperador lograron repeler la agresión. Acto seguido, las derrotadas fuerzas germánicas abandonaron la capital, para dedicarse a saquear los campos de Thracia. En un principio León se negó a negociar con los rebeldes. Pero, cuando éstos ocuparon la ciudad de Arcadiópolis, en la provincia de Europa, el emperador se vio forzado a llegar a un acuerdo de paz. En virtud de este nuevo foedus se otorgaba a Teodorico Estrabón el cargo de magister

utriusque militiae praesentalis y se le reconocía como caudillo independiente de los ostrogodos de la Thracia. Además, el gobierno de Constantinopla se comprometió a hacerles entrega anualmente de la fabulosa suma de 144.000 sueldos o 2.000 libras de oro, en calidad de pago por sus servicios como foederati. Por su parte, Teodorico Estrabón suscribió el tratado bajo condición expresa de que jamás se les arrastraría a una guerra contra Genserico<sup>171</sup>.

Esta serie de acontecimientos militares nos obliga a atender, por un instante, a la organización del ejército en Bizancio, durante el reinado de León I. Desafortunadamente, no es mucho lo que se puede decir al respecto, ya que la historia de la evolución de los sistemas de defensa del Imperio de Oriente, en la segunda mitad del siglo V, es aún más oscura que la de Occidente. Las fuentes proporcionan escasos datos para trabajar este tema. Desde luego, sabemos que León creó nuevos comites rei militaris, para Pamphylia, Pisidia y Lycaonia, a fin de neutralizar cualquier movimiento hostil de los isaurios. Además, elevó a diecisiete el número de duces que servían en las fronteras, designando uno para la Pannonia Secunda, que había sido transferida de Occidente a Oriente en 437, y segregando el Pontus de Armenia, la Euphratensis de Syria y la Pentapolis de Lybia. A. H. M. Jones destaca el empleo en gran escala de federados ostrogodos, para defender las Thraciae y el Illyricum, aunque también señala que el reclutamiento de ciudadanos romanos nunca quedó interrumpido. Tras el asentamiento de los ostrogodos en Italia, Constantinopla no volverá a utilizar grandes grupos tribales en la protección de sus fronteras. Se continuarán alistando federados bárbaros, en proporciones más reducidas, y se los colocará bajo el mando directo de oficiales romanos<sup>172</sup>.

Los problemas militares de León I favorecieron los planes de Genserico. A partir de 473 nuevas incursiones vándalas alcanzaron las costas de Achaëa y Epirus Vetus. Un intento de desembarco en el cabo Matapán fue rechazado por las fuerzas imperiales estacionadas en las guarniciones de la zona. La isla de Zacynthus (Zante) sufrió las consecuencias de la derrota. A modo de revancha, los bárbaros masacraron a la población y tomaron como cautivos a unos 500 notables, que, durante la travesía por el Adriático, serían descuartizados y arrojados al mar<sup>173</sup>. Tales excesos debían ser comunes. De hecho, al año siguiente, era saqueada la ciudad de Nicopolis, capital de la provincia de Epirus Vetus. Sin embargo, para entonces, un embajador imperial navegaba rumbo a Cartago, con la misión de llegar a un acuerdo de paz con Genserico<sup>174</sup>.

Mientras tanto, en Italia, Gundobado había llegado a hacerse con el control de la situación política. Deseando emular a su tío Ricimer, el 5 de marzo de 473, proclamó Augusto en Ravenna al comes domesticorum Glicerio (473-474)<sup>175</sup>. Pero León tenía una idea bien distinta sobre quién debía ser el nuevo soberano de Occidente<sup>176</sup>. Su candidato era Julio Nepote (474-480), hijo de Nepociano, el célebre general del emperador Mayoriano, y sobrino de Marcelino, a quien había sucedido en 468 como magister militum Dalmatiae<sup>177</sup>. La progresiva regionalización de los dispositivos de defensa del Imperio occidental y el desarrollo de fuertes vínculos de dependencia entre los generales y sus tropas, para esta época reclutadas de manera casi exclusiva entre los bárbaros, favorecieron la aparición y consolidación de dinastías militares, que como ésta ejercían un control omnímodo sobre un amplio territorio. Por si fuera poco, Nepote se hallaba vinculado a la familia imperial que reinaba en Oriente por lazos matrimoniales, ya que su esposa era sobrina de la

emperatriz Elia Verina<sup>178</sup>.

En la primavera de 474, Nepote embarcó para Italia con un pequeño ejército. Glicerio, al conocer la noticia de que una escuadra, enviada por el emperador de Constantinopla, se aproximaba a Ravenna, decidió abandonar la ciudad y trasladarse a Roma<sup>179</sup>. Eso explicaría la razón por la cual Nepote no tuvo ninguna dificultad en apoderarse del puerto adriático, donde vistió la púrpura y fue proclamado emperador por Domiciano, un antiguo cliente de León I<sup>180</sup>. Puesto que el anciano basileus había fallecido en el mes de enero, presumimos que Domiciano actuaba siguiendo los dictados de Zenón, nuevo señor de Oriente. El 24 de junio de 474, Julio Nepote depuso a Glicerio ad Portum urbis Romae. A continuación, hizo que fuera ordenado obispo y le envió a Salonae, en calidad de metropolitano de la Dalmatia. Las tropas presentes en el acto alzaron a Nepote sobre el pavés y le aclamaron como Augusto<sup>181</sup>.

Pudiera causar cierta sorpresa la ausencia de oposición por parte de los aquellos sectores que habían propiciado el ascenso de Glicerio al trono. El motivo es bastante simple. Gundobado, principal sostén de sus soberanía y único personaje con capacidad para organizar la resistencia armada, se hallaba entonces fuera de Italia. Al llegar la primavera, había cruzado los Alpes, para regresar al reino de los burgundios. Posiblemente, su partida estuvo determinada por la muerte de su padre Gundioco y los problemas sucesorios, que se derivaron de la división del reino entre los cuatro hijos del monarca<sup>182</sup>. Nepote, cumpliendo una vieja promesa de Antemio, nombraría magister peditum praesentalis et patricius a Ecdicio, hijo del emperador Avito<sup>183</sup>. Esta designación y la renovación del foedus con los burgundios pone de relieve que

el soberano abrigaba la secreta intención de restablecer la autoridad imperial sobre las Galias; proyecto para el cual le era indispensable contar con la alianza de Chilperico II (474-491), dado que para estas fechas los francos constituían un poder importante en el norte de la praefectura. También le era necesario ganarse el apoyo de la combativa aristocracia auvernesa, que liderada por Ecdicio y su cuñado Sidonio, obispo de Arverna desde 469, oponía una tenaz resistencia al expansionismo visigodo<sup>184</sup>.

Eurico había aprovechado la ocasión que le ofrecía la debilidad del poder romano, tras las muertes de Antemio y Ricimer, para ocupar en 473 las ciudades de Arelate y Massilia, extendiendo sus dominios por la Viennensis, la Narbonensis Secunda y los Alpes Maritimae hasta el norte de Italia<sup>185</sup>. La superioridad del potencial militar gótico era tan notoria que, finalmente, Nepote tuvo que desechar sus planes originales de restaurar la autoridad romana en las Galias por la fuerza de las armas. En su lugar, se vio obligado a negociar un pacto. La primera embajada, presidida por Liciniano, quaestor sacri palatii, fracasó. Por fin, a través de una delegación de obispos provenzales y con la mediación del rey burgundio Chilperico II, que reinaba en Lugdunum, se alcanzó un acuerdo, ratificado en 475 por el monarca visigodo y Epifanio de Ticinum, plenipotenciario imperial. En virtud del mismo, Eurico aceptaba reconocer la soberanía de Julio Nepote y ponía sus tropas al servicio del Imperio, como fuerzas federadas. Además, devolvía al emperador las ciudades de Arelate y Massilia y se comprometía a evacuar de inmediato la Viennensis, la Narbonensis Secunda y los Alpes Maritimae. A cambio, Julio Nepote sancionaba la ocupación visigoda de la Narbonensis Prima, la Novempopulania, la Aquitania Prima, la Aquitania Secunda, parte de la Lugdunensis

Tertia y, posiblemente, también la de la casi totalidad de la Tarraconensis. La civitas Arvernorum, que resistía el empuje gótico desde 473, pasó, de este modo, a manos de Eurico<sup>186</sup>.

La labor de Julio Nepote permitió que el emperador ejerciese directamente su autoridad sobre Italia, Dalmatia y el sector oriental de la costa subgálica, en tanto que los foedera, sellados con visigodos y burgundios, le garantizaban el mantenimiento de una soberanía nominal sobre Hispania y el resto de la región meridional de las Galias. Pese a contar con la aquiescencia de Zenón, la política de Nepote puede considerarse como proyección póstuma de las iniciativas restauracionistas de León I. No en vano, fue este príncipe quien dispuso su exaltación a la púrpura e inspiró las líneas maestras de su actuación en Occidente. Con Julio Nepote se cierra la lista de soberanos de la pars Occidentis reconocidos de manera oficial por el gobierno de Constantinopla, a la vez que concluye la fase formativa de la política mediterránea de Bizancio y se consolidan los primeros estados romano-germánicos. En adelante, asistiremos al desarrollo de una nueva estrategia en las relaciones este-oeste, que desembocará en la restauración justiniana.



## NOTAS.

1. THEOD. LECT., Hist. Eccl., II, 64; Chron. Pasch., a. 450; EVAGR., Hist. Eccl., I, 22; JOH. MAL., Chronogr., pp. 366-367; THEOPH., Chronogr., A.M. 5.642.

2. HYDAT., Chron., 147; Chron. Pasch., a. 450; JORD., Rom., 332; EVAGR., Hist. Eccl., II, 1; JOH. MAL., Chronogr., p. 367; THEOPH., Chronogr., A.M. 5.942.

3. JORD., Rom., 333; PRISC., Frg., 21; 25; HYDAT., Chron., 177.

4. SUID., Lexicon, A, 3.803; PRISC., Frg., 20.

5. BURY, J. B., A History of the Later Roman Empire from the Death of Theodosius I to the Death of Justinian (395-565), II, Londres, 1.923, p. 7, n.2.

6. En el centro y sur de la diocesis Pannoniarum se estableció a las tribus ostrogodas que acaudillaban los príncipes Amalos, Valamiro, Teodomiro y Videmiro. En la Dacia Ripensis fueron asentados los gépidos del rey Ardarico, junto con sármatas, cemandros y grupos de hunos. En al Moesia Secunda se asentó a los godos de Wulfila y a los esciros, sadagarios y alanos del dux Candax. A estos últimos también se les otorgó tierras en la Scythia, junto a los hunos de Hernax, el hijo menor de Atila. Incluso en la provincia de Europa, en torno a la ciudad de Arcadiópolis, a escasa distancia de Constantinopla, se instaló a un importante contingente de rugios. Cf. JORD., Get., 263-268.

7. Add. ad Prosp. Havn., a. 455; MARCELL. COM., Chron., a. 455; JORD., Rom., 334; EVAGR., Hist. Eccl., II, 7; JOH. ANT., Frg., 201, 5; GREG. TUR., Hist. Franc., II, 8; JOH. MAL., Chronogr., p. 360.

8. Los bucellarii eran soldados armados por un particular, habitualmente miembro de la cúpula del ejército o de la aristocracia de grandes propietarios. Tomaron el nombre del bucellatum o galleta, que constituía parte esencial de su dieta durante las campañas. A partir del análisis de la Notitia Dignitatum y de los fragmentos de Olimpiodoro LIEBESCHUETZ, J. H. W. G., "Generals, Federates and Bucellarii in Roman Armies around AD 400", The Defence of the Roman and Byzantine East, ed. P. Freeman y D. Kennedy, Oxford, 1.986, pp. 468-470, ha llegado



a la conclusión de que las unidades de bucellarii aparecieron antes en el ejército que en las grandes haciendas. De acuerdo con su tesis, habrían surgido, a lo largo del siglo IV, como consecuencia del desarrollo de fuertes vínculos de dependencia entre los generales y las tropas de federados bárbaros, reclutadas para servir a sus ordenes por tiempo indefinido.

9. MARCELL. COM., Chron., a. 455; JORD., Rom., 334; JOH. ANT., Frg., 201, 4-5. Es en los Add. ad Prosp. Havn., a. 455, donde se señala que Traustila era verno de Aecio (Thrasilane genero Aetii). De todos modos, no tenemos ninguna otra noticia que confirme este dato. Sabemos que Aecio tuvo dos hijos varones: Carpilo, de su primera esposa (PRISC., Frg., 8), y Gaudencio, de su matrimonio con la princesa visigoda Pelagia, viuda del comes Bonifacio (MEROBAUD., Carm., IV; SID., Carm., V, 205; HYDAT., Chron., 167; JOH. ANT., Frg., 204). Pero nunca se menciona que tuviese una hija. Nos parece más probable que Traustila fuese el marido de la hija que Pelagia había tenido con Bonifacio. Esta niña, bautizada en su infancia por un sacerdote arriano en la fe de la familia de su madre, había nacido entre 427 y 429, por lo que a la muerte del emperador Valentiniano III tenía edad suficiente como para estar casada (AUGUST., Ep., 220, 4; MEROB., Carm., IV, 17; SID., Carm., V, 128; 203-204). Dada su ascendencia gótica y sus creencias arrianas, nada habría impedido que se uniese a un notable germánico de la comitiva de Aecio.

10. SID., Carm., V, 305-306; PROSP., Chron., 1.373; Add. ad Prosp. Havn., a. 454; HYDAT., Chron., 160; Fast Vind. Post., a. 455; CASSIOD., Chron., a. 454; MARCELL. COM., Chron., a. 454; VICT. TONN., Chron., a. 454; JORD., Rom., 334; PROC., De bellis, III, 4, 24-28; EVAGR., Hist. Eccl., II, 7; GREG. TUR., Hist. Franc., II, 8; JOH. ANT., Frg., 200-201; THEOPH., Chronogr., A.M. 5.946; NIC. CALL., Hist. Eccl., XV, 11.

11. JOH. ANT., Frg., 201, 2-4; PROSP., Chron., 1.373; Cont. Prosp. Cod. Reich., 21; HYDAT., Chron., 160; MARCELL. COM., Chron., a. 454, 2.

12. PROSP., Chron., 1.373.

13. MARCELL. COM., Chron., a. 455; PROC., De bellis, III, 4, 24-28; JOH. ANT., Frg., 200-201; NIC. CALL., Hist. Eccl., XV, 11.

14. PROC., De bellis, III, 4, 16; SID., Ep., II, 13; VALENT. III, Nov., III; IV; VII; X; XI; XIX; CIL., VI, 1.197; 1.198; 1.749; 36.956.

15. HYDAT., Chron., 216; VICT. VIT., Hist. persec., II, 2; PRISC., Frg., 29; MALCH., Frg., 13; Vit. Dan. Styl., 35; PROC., De bellis, III, 5, 6; 6, 6; EVAGR., Hist. Eccl., II, 7; JOH. MAL., Chronogr., pp. 366; 368; 373-374; Chron. Pasch., a. 464; THEOPH., Chronogr., A.M. 5.947; 5.949; 5.964; NIC. CALL., Hist. Eccl., XV, 11. Parece probable que Anicio Olibrio fuese hijo de Anicio Probo y Adelfia, y nieto de Anicio Hermogeniano Olibrio y Anicia Juliana. Su tía paterna debió ser la célebre Demetrias, corresponsal de Jeronimo y Agustín, y su tío materno Valerio Faltonio Adelfio, marido de Anicia Italica. Hermana suya sería otra Anicia Juliana, fallecida en Aquileya en 459, cuando apenas contaba dieciocho años de edad. Precisamente, la hija nacida de su unión con Placidia también llevará el nombre de Anicia Juliana; cf. PLRE, II, pp. 8-9; 351-352; 635-636; 796-798; 911.

16. SID., Carm., V, 198-200; 290-300; 306-308; Chron. Gall. a. DXI, 628.

17. Según JOH. ANT., Frg., 201, lo que Máximo reclamaba era el consulado y el patriciado. Pero, dado que en dicimembre de 445 ya ostentaba el título de patricio (VALENT. III, Nov., XIX), entendemos que lo que en realidad requería era el magisterium peditum praesentale, que llevaba aparejada la dignidad del patriciado.

18. En Occidente, las propiedades adscriptas a la domus divina y, por tanto, destinadas a sufragar los gastos del cubiculum, eran administradas por un subdepartamento de la res privata; mientras que, en Oriente, desde comienzos del siglo V, su control pasó de las manos del comes rei privatae a las del comes domorum per Cappadociam, un eunuco colocado bajo la supervisión directa del praepositus sacri cubiculi. Cf. JONES, A. H. M., op. cit., pp. 427-428. En ambos casos, además de los eunucos de palacio, existía un importante número de empleados vinculados, de uno u otro modo, a la gestión de la casa imperial.

19. Fast. Vind. Prior. et Post., a. 455; PROSP., Chron., 1.375; Add. ad Prosp. Havn., a. 455; HYDAT., Chron., 162; MACELL. COM., Chron., a. 455; VICT. TONN., Chron., a. 455; PROC., De bellis, III, 4, 24; 36; JORD., Get., 235; Rom., 334; JOH. MAL., Chronogr., pp. 360; 365; EVAGR., Hist. Eccl., II, 7; JOH. ANT., Frg., 200-201; NIC. CALL., Hist. Eccl., XV, 11; THEOPH., Chronogr., A.M. 5.947.

20. HOPKINS, K., "El poder político de los eunucos", Conquistadores y esclavos, Barcelona, 1.981, pp. 214-225.

21. PROSP., Chron., 1.375; SID., Carm., V, 299; 312-314; JOH. ANT., Frg., 201, 5-6.

22. PROSP., Chron., 1.375; HYDAT., Chron., 162; JOH. ANT., Frg., 200, 2; 201, 6.
23. PROC., De bellis, III, 4, 36-38. El primer autor que atribuye el saqueo de Roma a la irresponsabilidad de Eudoxia es el hispano HYDAT., Chron., 167. Le siguen MARCELL. COM., Chron., a. 455, 3; JORD., Rom., 334; PAUL. DIAC., Hist. Rom., XIV, 16; LANDOLF., Add., XV, 206. Procopio debió difundir esta versión de los hechos en Oriente, ya que no consta que se conociese con anterioridad. Después fue ampliamente explotada por THEOPH., Chronogr., A.M. 5.947; ZON., Epit. Hist., XIII, 25, 23.
24. PROC., De bellis, III, 5, 1.
25. STEIN, E., Histoire du Bas-Empire, I, De l'Etat romain à l'Etat byzantin. 284-476, París, 1.959, pp. 366; COURTOIS, Ch., Les vandales et l'Afrique, París, 1.955, p. 196.
26. REMONDON, R., La crisis del Imperio romano. De Marco Aurelio a Anastasio, Barcelona, 1.967, pp. 190-191.
27. Fast. Vind. Prior. et Post., a. 455; PROSP., Chron., 1.375; Add. ad Prosp. Havn., a. 455, 4; HYDAT., Chron., 162; SID., Carm., VII, 444-445; VICT. VIT., Hist. persec., I, 25; JORD., Get., 235; JOH. ANT., Frg., 201, 6.
28. CIL, VI, 1.663: + vandalica rabies hanc ussit martyris aulam / quam Petrus antistes cultu meliore novata(m).
29. PROSP., Chron., 1.375: nuntiatio ex Africa Geiserici regis adventu multisque nobilibus ac popularibus ex urbe fugientibus.
30. Fast. Vind. prior. et Post., a. 455; PROSP., Chron., 1.375; Add. ad Prosp. Havn., a. 455, 4; SID., Carm., VII, 450-451; HYDAT., Chron., 162; MARCELL. COM., Chron., a. 455; CASSIOD., Chron., a. 455; VICT. TONN., Chron., a. 455; JORD., Get., 235; Rom., 351; PROC., De bellis, III, 5, 2; JOH. ANT., Frg., 200-201; PAUL. DIAC., Hist. Rom., XIV, 16; LANDOLF., Add., XV, 206; THEOPH., Chronogr., A.M. 5.947; NIC. CALL., Hist. Eccl., XV, 11.
31. PROSP., Chron., 1.375; Lib. Pont., Leo I, p. 104; LANDOLF., Add., XV, 206.
32. Fast. Vind. Prior., a. 455; PROSP., Chron., 1.375; CJ, i, 27, 1, 6-7; PROC., De bellis, III, 5, 3-4; IV, 9, 5. Entre los utensilios litúrgicos del templo de Jerusalén exhibidos como trofeos en el triunfo de Tito figuraban la mesa de los panes de la proposición, el candelabro de siete brazos, ambos de oro

macizo(Ex., XXV, 23-39), y las trompetas de plata, que se empleaban para convocar a los fieles en las grandes solemnidades, o cuando debían salir a la batalla (Num., X, 2-10). Estos objetos sagrados aparecen en los relieves del arco de Tito en Roma. Para el resto de los tesoros del templo puede hallarse una detallada descripción en JEREMIAS, J., Jerusalén en tiempos de Jesús, Madrid, 1.977, pp. 38-41. Genserico debió apoderarse de aquellos que aún se conservaban en le Palatino, cuando sus hombres procedieron a saquear las residencias imperiales; puesto que los que se guardaron en el templo de la Paz, perecieron con éste en el incendio del año 192 (JOSEPH., Bell. Jud., 24; PLIN., Hist. Nat., XXVI, 24, 2; DIO., Hist. Rom., LXXIII (LXXII), 24, 1-3). Según PROC., De bellis, IV, 9, 1-16, en el desfile triunfal de Belisario, celebrado en Constantinopla en el transcurso del verano de 534, para conmemorar su reciente victoria sobre los vándalos, se exhibieron utensilios litúrgicos del templo de Jerusalén, que habían sido capturados con el tesoro de los Asdingos. Justiniano, temiendo que, si daba acogida a aquellos objetos, su capital corriese la misma suerte que Roma y Cartago, decidió donarlos a la iglesia de Jerusalén. Seguramente, todavía podían contemplarse en las basílicas de la ciudad, cuando en 614 el emperador persa Cosroes II tomó la plaza y se llevó consigo cuantas riquezas albergaban los santuarios cristianos de Jerusalén, incluida la famosa reliquia de la Vera Crux (STRATOS, A. N., Byzantium in the Seventh Century, I, Amsterdam, 1.968, pp. 109-111). Sin embargo, el Ajbar Machmuâ, p. 27, colección de tradiciones musulmanas sobre la conquista musulmana de la península Ibérica, recopiladas en el siglo XI, señala que Tariq descubrió la mesa de Salomón en una localidad de la Hispania visigoda, que, desde aquel momento, llegaría a ser conocida por el nombre de Almeida (la mesa), a causa del hallazgo. Lo más probable es que el objeto encontrado por los guerreros musulmanes no fuese una mesa, sino un atril para colocar los evangelios, perteneciente a alguna de las basílicas toledanas, como refiere Al-Maqqari, citando a Ibn Hayyan (AL-MAQQARI, Analectes, I, p. 172). De todos modos, la tradición que apunta a la presencia de objetos litúrgicos del templo de Jerusalén en el tesoro de los visigodos posee cierta consistencia. De acuerdo con PROC., De bellis, V, 12, 41, cuando Alarico saqueó Roma en 410 se apoderó de parte de los utensilios sagrados. Por tanto, presumimos que los despojos del santuario se repartieron entre visigodos y vándalos, adueñándose los últimos de lo que dejaron los primeros. Ahora bien, si el documento empleado por Zacarias de Mitilene para describir la ciudad de Roma en su Historia Ecclesiastica es posterior al saqueo de 455, cabría añadir que los bárbaros sólo tomaron los tesoros más preciosos; pues el célebre historiador y obispo monofisita señala que las puertas de Jerusalén y varios objetos de bronce, procedentes del templo saqueado, aún se conservaban en la Ciudad Eterna; cf. ZACH. RETH., Hist. Eccl.,

XVI, 10.

33. PROC., De bellis, III, 5, 5.

34. PROSP., Chron., 1.375.

35. PROC., De bellis, VII, 3, 12-21; JUST., Nov., CXLII; EVAGR., Hist. Eccl., IV, 22. En general el precio de los esclavos no era muy elevado. De ahí que se prefiriese a los jóvenes hermosos y saludables con habilidades, que exigiesen una alta cualificación, y a los eunucos educados refinadamente, para servicios domésticos muy especializados. Cartago, bajo la dominación vándala, fue un importante centro de compra-venta de esclavos; comercio ejercido, sobre todo, por tratantes sirios. Los vándalos conocían, pues, el valor mercantil de sus cautivos. Cf. COURTOIS, Ch., op. cit., p. 322; JONES, A. H. M., The Later Roman Empire. 284-602, Oxford, 1.964, pp. 851-855; FINLEY, M. I., La Grecia Antigua, Barcelona, 1.984, pp. 198-199.

36. En 474, cuando el patricio Severo llegó a Cartago en calidad de embajador imperial, halló que numerosos prisioneros, capturados por los vándalos en sus expediciones marítimas, permanecían en Africa como esclavos de la domus regia, de las casas de los hijos de Genserico, o de las de otros notables vándalos; cf. MALCH., Frg., 3.

37. VICT. VIT., Hist. persec., I, 24-26.

38. PROSP., Chron., 1.339; VICT. VIT., Hist. persec., I, 9; 15-16.

39. HYDAT., Chron., 167; JOH. MAL., Chronogr., p. 366. Al parecer, los bienes de Aecio fueron confiscados por el emperador, tras la ejecución sumarásima del general. Genserico, que condujo al joven Gaudencio hasta Cartago como cautivo real, llegaría a afirmar, más adelante, que los ataques vándalos contra las costas italianas no perseguían otro objetivo que el de recuperar la herencia del muchacho; cf. PRISC., Frg., 30.

40. PROSP., Chron., 1.375; HYDAT., Chron., 167; MARCELL. COM., Chron., a. 455; JORD., Rom., 334; VICT. TONN., Chron., a. 455; PROC., De bellis, III, 5, 1-3; JOH. MAL., Chronogr., pp. 365-366; EVAGR., Hist. Eccl., II, 7; JOH. ANT., Frg., 200; Chron. Pasch., a. 455; THEOPH., Chronogr., A.M. 5.947; ZON., Epit. Hist., XIII, 25, 26-27; NIC. CALL., Hist. Eccl., XV, 11.

41. Vit. Dan. Styl., 35; JOH. MAL., Chronogr., p. 366; EVAGR., Hist. Eccl., II, 7; NIC. CALL., Hist. Eccl., XV, 11. Cuando los vándalos se presentaron ante los muros de Roma, la familia de Olibrio debió buscar refugio en Aquileya, donde fallecería su hermana, Anicia Juliana, el año 459. Al menos hasta entonces, sus padres, Anicio Probo y Adelfia, residieron en esta ciudad; cf. AE, 1.975, 412. Por lo que respecta al propio Olibrio, parece que desde el norte de Italia se dirigió a Constantinopla, donde procuró conseguir ayuda del emperador, para rescatar a su esposa, a su cuñada y a su suegra, que permanecían en Cartago, retenidas por el rey Genserico.

42. El gobierno de Constantinopla declaró usurpadores a Petronio Máximo y Eparquio Avito. Fuentes latinas del siglo VI, procedentes del dominio bizantino, emplean el verbo invadere, para denotar el acceso ilegítimo de ambos emperadores al poder supremo y califican abiertamente de tyrannus a Máximo; cf. MARCELL. COM., Chron., a. 455; JORD., Get., 235; 240; Rom., 334.

43. PRISC., Frg., 24; EVAGR., Hist. Eccl., II, 7.

44. PROC., De bellis, III, 5, 6; Chron. Pasch., a. 455; JOH. MAL., Chronogr., p. 368; EVAGR., Hist. Eccl., II, 7; THEOPH., Chronogr., A.M. 5.949; 5.964; NIC. CALL., Hist. Eccl., XV, 11. Para la data del enlace de Hunerico y Eudocia, seguimos las conclusiones de COURTOIS, Ch., op. cit., pp. 396-397, quien rechaza la fecha de 464, ofrecida por VICT. TONN., Chron., a. 464, y la de 461, que nos transmite HYDAT., Chron., 216.

45. SID., Carm., VII, 391-580; Fast. Vind. Prior., a. 455; Add. ad Prosp. Havn., a. 455; HYDAT., Chron., 163; VICT. TONN., Chron., a. 455.

46. En el año 453, el emperador Valentiniano III había enviado una legación diplomática ante la corte del rey suevo Requiario (448-455), conducida por el comes Hispaniarum Mansueto, máximo representante de la autoridad militar romana en la península (HYDAT., Chron., 155). El embajador imperial obtuvo la restitución de las zonas de la Carthaginensis ocupadas por los suevos en los últimos años, asegurando así la tranquilidad de la vecina Tarraconensis (Ibid., 168). Sobre la campaña de Teodorico en 456-457, cf. Ibid., 170; 172-186.

47. SID., Carm., VII, 588-591; Auct. Prosp. Havn., a. 455, 7.

48. A partir de este momento se debió producir la ocupación vándala de la región de Cirta y de algunos puntos de la costa mauritana, como Tipasa, Caesarea y Septem; cf. STEIN, E., op. cit., I, pp. 369-371; COURTOIS, Ch., op. cit., p. 181. Una

inscripción, descubierta en Cuicul (Djemila) y datada en el vigésimo cuarto año de la toma de Cartago (463 d. C.), demuestra que para esta época el sector noroeste de la Numidia se hallaba bajo el dominio vándalo (AE, 1.967, 596).

49. SID., Carm., II, 361-370; 486; V, 266-268; HYDAT., Chron., 176; PRISC., Frg., 24.

50. JOH. ANT., Frg., 202.

51. La propaganda oficial del gobierno de Avito se esforzó en presentar, ante sus súbditos, una imagen de concordia entre los soberanos de ambas mitades del Imperio, absolutamente, falsa. De tal modo, se perseguía legitimar la soberanía de Avito; pero lo cierto es que Marciano jamás reconoció al emperador proclamado en las Galias; cf. HYDAT., Chron., 169; PRISC., Frg., 24.

52. JOH. ANT., Frg., 202.

53. SID., Carm., II, 367; HYDAT., Chron., 173-182; 168; Fast. Vind. prior., a. 456; Auct. Prosp. Havn., a. 456, 2; PRISC., Frg., 24; JORD., Get., 229-234; Chron. Caesaraug. Rel., a. 458; JOH. ANT., Frg., 202.

54. Fast. Vind. Prior., a. 456; Auct. Prosp. Havn., a. 456, 1; THEOPH., Chronogr., A.M. 5.948.

55. HYDAT., Chron., 183; Fast. Vind. Prior., a. 456; Auct. Prosp. Hav., a. 456, 2; GREG. TUR., Hist. Franc., II, 11; JOH. ANT., Frg., 202. Según la Chron. Gall. a. DXI, 628, Avito habría sido asesinado por orden de Mayoriano, en las inmediaciones de Placentia. Desafortunadamente, este testimonio no puede contrastarse con otras fuentes más explícitas.

56. STEIN, E., op. cit., I, p. 373. Después de la derrota de Avito en Placentia, su hija Papianila y Sidonio, el marido de ésta, debieron instalarse en Lugdunum, donde tras la derrota y muerte del emperador, se fue concentrando, gradualmente, el sector de la aristocracia senatorial galorromana, que no estaba dispuesto a acatar los dictados de Ricimer y del Senado de Roma (SID., Carm., V, 571-599). Pese a la repugnancia personal que sentía Sidonio por los bárbaros (Ibid., XII, 1-19), este grupo de grandes propietarios de la Lugdunensis, la Aquitania y la Narbonensis permitiría que visigodos y burgundios ocupasen diversas ciudades y territorios de la Galia. De hecho, llegó a establecer acuerdos con ambos pueblos, a fin de repartirse la tierra, conforme al sistema de la hospitalitas; cf. MAR. AVENT., Chron., a. 456, 2; GARCIA MORENO, L. A., Historia de España visigoda, Madrid, 1.989, p. 63.

57. SID., Ep., I, 11, 5-6; PROC., De bellis, III, 6, 7. Para más detalles sobre la llamada coniuratio Marcelliana, cf. STEIN, E., op. cit., I, pp. 373-374.

58. JONES, A. H. M., op. cit., pp. 240-241.

59. Chron. Pasch., a. 457; JOH. MAL., Chronogr., p. 368.

60. GRIESEN, Ph., "The Tombs and Obits of the Byzantine Emperors", DOP, 16, 1.962, p. 44. El tema de la construcción de la iglesia de los Santos Apóstoles es tratado con detalle por DAGRON, G., Naissance d'une capitale. Constantinople et ses institutions de 330 à 451, París, 1.974, pp. 401-409. Para una puesta al día sobre la cuestión relativa a los primeros ocupantes del mausoleo, resulta muy útil la obra de ARCE, J., Funus Imperatorum. Los funerales de los emperadores romanos, Madrid, 1.988, pp. 110-116.

61. JORD., Rom., 335; CAND., Frg.=PHOT., Bibl., 79; JOH. MAL., Chronogr., pp. 369; 376; THEOPH., Chronogr., A.M. 5.950.

62. Vit. Dan. Styl., 38; JORD., Rom., 337; JOH. MAL., Chronogr., p. 372; EVAGR., Hist. Eccl., II, 16; THEOPH., Chronogr., A.M., 5.971; ZON., Epit. Hist., XIV, 1, 12. El hecho de que las fuentes no hagan referencias a posibles antepasados nobles de la familia de Elia Verina, nos induce a pensar que ésta no debía pertenecer a la vieja aristocracia, sino a esa clase de pequeños funcionarios y oficiales del ejército que se promocionaron en el Bajo Imperio. El matrimonio de la futura Augusta con León, un tribuno de un regimiento de intendencia, es un claro indicio sobre los orígenes sociales de una de las más sobresalientes emperatrices bizantinas del siglo V.

63. Chron. Pasch., a. 457; THEOPH., Chronogr., A.M., 5.950; CONST. PORPH., Caer., I, 91. En la proclamación de un emperador intervenían el Senado, el ejército y el pueblo, no siempre por este orden, ya que si el soberano llegaba al trono como consecuencia de un pronunciamiento militar, el Senado se limitaba a ratificar la decisión de los soldados. El pueblo de la capital sólo participaba aclamando al emperador, evento que, por lo común, tenía lugar en el hipódromo. No obstante, era preciso el concurso de los tres órganos, ya que a través de ellos se manifestaba la voluntad divina. León fue elegido primeramente por los senadores y, a continuación, aclamado por el ejército en el tribunal del palacio de Hebdomon, a siete millas del centro de Constantinopla. La ceremonia militar, nacida de las rebeliones del siglo III y adoptada por los príncipes germánicos, consistía en elevar sobre el pavés al nuevo monarca, que, de este modo, se convertía en imperator o jefe supremo del ejército, y recibía las



insignias del poder supremo, a saber, la diadema o stemma y la clámide púrpura. Concluido este ritual, sabemos que León se dirigió a Santa Sofía, donde depositó la stemma sobre el altar. Al ir a salir de la iglesia, el patriarca Anatolio se dirigió hacia él y le colocó la diadema, ofrendada a Cristo, sobre la cabeza. Cf. BREHIER, L., El mundo bizantino, II, Las instituciones del imperio bizantino, Méjico, 1.956, pp. 5-10.

64. PATLAGEAN, E., "La gloria del Imperio", La Edad media, I, La formación del mundo medieval. 350-950, ed. R. Fossier, Barcelona, 1.988, p. 155.

65. DIEHL, Ch., Grandeza y servidumbre de Bizancio, Madrid, 1.963, p. 13.

66. STEIN, E., op. cit., I, pp. 1-2.

67. MAIER, F. G., Bizancio, Madrid, 1.974, pp. 37.

68. JONES, A. H. M., op. cit., pp. 315-317.

69. Fast. Vind. Prior, a. 457.

70. MAIOR., Nov., I; Auct. Prosp. ad ed. a. 455, 8; MARCELL. COM., Chron., a. 457; GREG. TUR., Hist. Franc., II, 11; JOH. MAL., Chronogr., p. 375. La segunda proclamación de Mayoriano se produjo después de que llegase a Roma la noticia sobre la derrota de los alamanes, que habían invadido Italia desde la Raetia. Mayoriano, en su calidad de magister militum, había enviado una pequeña fuerza, al mando del comes Burco, para expulsar a los bárbaros de la península. El éxito coronó esta operación. No es extraño, pues, que, en tales circunstancias, el Senado y el ejército se hallasen favorablemente predispuestos hacia la figura del general (SID., Carm., V, 373-385). Para más detalles en torno al problemático advenimiento de Mayoriano y a sus difíciles relaciones con la corte de Constantinopla, cf. STEIN, E., op. cit., I, p. 596, n. 49.

71. REMONDON, R., La crisis del Imperio romano. De Marco auelio a Anastasio, Barcelona, 1.967, p. 134.

72. SID., Carm., V, 388-440.

73. Ibid., V, 441-448. El ejército de Mayoriano estaba compuesto por tropas bárbaras, reclutadas entre los suevos, alanos, burgundios, sarmatas, hunos, ostrogodos, rugios y otros pueblos, que habitaban a ambas orillas del Danubio (Ibid., V, 470-552). Este ejército pudo ser entrenado, durante el tiempo que pasó

acantonado en Liguria, cf. PROC., De bellis, III, 7, 4.

74. En correspondencia a la actitud de Bizancio, Mayoriano adoptó una postura extrema. Durante tres meses, entre enero y marzo de 458, se negó a reconocer a León I como legítimo emperador de Oriente y cónsul epónimo de aquel año. Sin embargo, pronto comprendió que resultaba mucho más útil para sus intereses acatar a León I como colega y Augustus senior cf. infra, n. 69.

75. HYDAT., Chron., 216.

76. SID., Carm., V, 312-314; JOH. ANT., Frg., 201, 6.

77. SID., Carm., V, 558-561; XV, 154-157.

78. PRISC., Frg., 30.

79. Según GREG. TUR., Hist. Franc., II, 12, los francos salios le escogieron como su rey durante los ocho años que duró el destierro de Childerico I. Hacia 457, Egidio impidió que los francos ripuarios se apoderasen de las ciudades de Colonia Agrippina (Colonia) y Augusta Treverorum (Tréveris); cf. Lib. Hist. Franc., 8.

80. LOYEN, A., Recherches historiques sur les Panégyriques de Sidoine Apollinaire, París, 1.942, pp. 79-82; STEIN, E., op. cit., I, pp. 377-378.

81. SID., Carm., V, 387-388

82. JORD., Get., 239; Rom., 338

83. SID., Carm., IV-V.

84. MAIOR., Nov., IX; PAULIN. PETRICORD., Vit. S. Mart., VI, 111-150; GREG. TUR., De virt. S. Mart., I, 2.

85. HYDAT., Chron., 197; 217-218; PRISC., Frg., 27; GREG. TUR., Hist. Franc., II, 11.

86. HYDAT., Chron., 192: Legati Gothorum et Vandalorum pariter ad Suevos veniunt et reventuntur.

87. La hipótesis de una coalición de los tres pueblos contra Roma ha sido sostenida en el pasado por SCHMIDT, L., Geschichte der Wandalen, Munich, 1.942, p. 86. Sin embargo, la complejidad de las relaciones intergermánicas y la lucha por el poder entre distintas facciones suevas hacen inviable una explicación tan sencilla.

88. JORD., Get., 184.

89. Tras la campaña de Teodorico II, en 456, los suevos se escindieron en dos bandos. Uno de ellos, liderado por Maldras, se movía a lo largo de la franja que se extiende desde la desembocadura del Duero a la del Tajo. El otro, encabezado por Framtan, actuaba en la región de la Gallaecia situada al norte de Portus Cale. En 457, muerto Framtan, Requirundo asumirá la dirección de esta última facción. Cf. HYDAT., Chron., 181; 187-189; 193.

90. Teodorico II ejerció cierto control político sobre los suevos liderados por Requirundo. De hecho, no vaciló en intervenir militarmente en su dominio, cuando lo consideró oportuno. Así por ejemplo, en 464 les impondría como soberano a un miembro de su propia comitiva, el príncipe suevo Remismundo (464-469). Tropas visigodas acampañaron al pretendiente y le dieron su apoyo para alzarse con la corona. Meses después, muerto Frumario (460-464), sucesor de Maldras al frente de la facción rival, Remismundo se convertiría en el único rey de todos los suevos. Cf. HYDAT., Chron., 198; 203; 219-220; 223.

91. HYDAT., Chron., 197.

92. Ibid., 199; 201; 206.

93. GARCIA MORENO, L. A., op. cit., p. 72.

94. SID., Carm., V, 387-388; PRISC., Frg., 29.

95. PROC., De bellis, III, 7, 11.

96. HYDAT., Chron., 200; Chron. Gall. a. DXI, 633-634; MAR. AVENT., Chron., a. 460, 1-2; Chron. Caesaraug. Rel., a. 460; PRISC., Frg., 27; JOH. ANT., Frg., 203. Es muy probable que Sidonio, el yerno de Avito, haya acompañado a Mayoriano en esta campaña, en calidad de comes; cf. SID., Ep., I, 11, 3; 13; LOYEN, A., Sidoine et l'esprit précieux en Gaule au derniers temps de l'Empire, París, 1.943, p. 68, n. 63.

97. En especial, se preocupó de que todos los pozos de agua fuesen envenenados, ya que, según parece, después de cruzar el estrecho, Mayoriano tenía planeado seguir la misma ruta terrestre que habían empleado los vándalos en 429, para penetrar en Africa. Cf. PROC., De bellis, III, 7, 11-14; PRISC., Frg., 27.

98. HYDAT., Chron., 209; PRISC., Frg., 29.

99. STEIN, E., op. cit., I, p. 379; COURTOIS, Ch., op. cit., pp. 181; 199-200.

100. JOH. ANT., Frg., 203.

101. HYDAT., Chron., 210; Fast Vind. Prior., a. 461; MARCELL. COM., Chron., a. 461; Chron. Gall. a. DXI, 635; EVAGR., Hist. Eccl., II, 7; JOH. MAL., Chronogr., p. 375; JOH. ANT., Frg., 203; THEOPH., Chronogr., A.M. 5.955.

102. PROC., De bellis, III, 7, 4, destaca el hecho de que Mayoriano condujese personalmente el ejército que debía intervenir en Africa. Cf. McCORMICK, M., Eternal Victory. Triumphal Rulership in Late Antiquity, Byzantium and the Early Medieval West, Cambridge, 1.986, p. 47.

103. PRISC., Frg., 29.

104. HYDAT., Chron., 216; PRISC., Frg., 29-30; Vit. Dan. Styl., 35; PROC., De bellis, III, 5, 6; EVAGR., Hist. Eccl., II, 7; THEOPH., Chronogr., A.M. 5.949.

105. PRISC., Frg., 29-30; JOH. ANT., Frg., 204.

106. Fast Vind. Prior., a. 461; CASSIOD., Chron., a. 461; Chron. Gall. a. DXI, 636; MARCELL. COM., Chron., a. 461; VICT. TONN., Chron., a. 461; JORD., Rom., 335; THEOPH., Chronogr., A.M. 5.955.

107. JONES, A. H. M., op. cit., p. 241. Tras la ejecución de Mayoriano, Egidio intentó marchar sobre Italia; pero Ricimer logró parar el golpe, con ayuda de burgundios y visigodos. Agripino, nombrado magister equitum per Gallias en sustitución de Egidio, entregó Narbona a Teodorico. Poco después, le sucedía en el cargo el rey burgundio Gundioco, que ocupó Lugdunum, a fin de evitar que Egidio descendiese hacia el sur por esta ruta. Aún así, nadie pudo evitar que prosiguiese el conflicto en las Galias. El príncipe visigodo Frederico, hijo de Teodorico I y hermano de Teodorico II, cayó en combate, luchando contra el rebelde Egidio y sus aliados francos, cerca de Aurelianus (Orléans), en 463; cf. HYDAT., Chron., 218; Chron. Gall. a. DXI, 638; MAR. AVENT., Chron., a. 463.

108. HYDAT., Chron., 213: Nepotianus Theuderico ordinante Arborium accepit successorem.

109. En 464, Cirila se hallaba al frente de las tropas visigodas que, por orden de Teodorico, impusieron a Remismundo como rey de los suevos y los galaicorromanos; cf. HYDAT., Chron., 219-220.

110. PRISC., Frg., 30-32.

111. HYDAT., Chron., 227; PRISC., Frg., 30.

112. Fast. Vind. Prior., a. 465; Pasch. Camp., a. 465; JORD., Get., 236; Rom., 336. Según CASSIOD., Chron., a. 464, Ricimer habría propiciado el desenlace de la situación, haciendo envenenar a Libio Severo. No obstante, SID., Carm., II, 317-318, deja claro que el emperador falleció por causas naturales (naturae lege). Cf. STEIN, E., op. cit., I, p. 387.

113. En el protocolo estenografiado del sínodo que se reunió el 19 de noviembre de 465 en la basílica romana de Santa María la Mayor, bajo la presidencia del papa Hilario (461-468), se conserva copia de varias cartas remitidas al pontífice por el metropolitano Ascanio y el resto de los obispos de la Tarraconense. Una de ellas alude al illuster Vincentius dux provinciae nostrae (Tarraconensis), por cuya sugerencia los prelados se habían dirigido al papa, para quejarse de la actuación de Silvano, obispo de Calagurris (Calahorra), quien, en contra de los cánones, había ordenado un obispo sin el consentimiento de los fieles (HIL., Ep., XIV). La epístola se fecha el 30 de diciembre de 465 y, para entonces, Vincencio ya se hallaba desempeñando sus funciones. Probablemente, el cargo fue instituido por Mayoriano y, al parecer, reunía competencias civiles y militares. Cf. GARCIA MORENO, L. A., "Vincentius dux provinciae Tarraconensis. Algunos problemas de la organización militar del Bajo Imperio en Hispania", HA, VII, 1.977, pp. 79-89.

114. PROC., De bellis, III, 6, 8; 11; Lib. Pont., Hilar., p. 107. Sobre el paganismo de Marcelino nos da cuenta MARCELL. COM., Chron., a. 468: Marcellinus Occidentis patricius idemque paganus. En cuanto a la fecha de la expedición a Cerdeña, seguimos las conclusiones de COURTOIS, Ch., op. cit., p. 187, n. 3.

115. PRISC., Frg., 35. El grado de parentesco que unía a la esposa de Aspar con Teodorico Estrabón no se conoce con exactitud, ya que THEOPH., Chronogr., A.M. 5.964, en un primer momento, los presenta como su hermanos, en tanto que, un poco más adelante, los hace tía y sobrino (Ibid., A.M. 5.970).

116. SID., Carm., II, 223-226; PRISC., Frg., 28; JORD., Get., 270-271; Auct. Prosp. ad ed. a. 455, 11.

117. La via Apia discurría desde la Ciudad Eterna hasta Brundisium (Brindisi), donde se podía embarcar para cruzar el Adriático, rumbo a Dyrrachium, punto de partida de la estratégica via Egnatia, que, atravesando las diócesis de Macedonia y

Thracia, a lo largo de 1.130 Kms., conducía al viajero ante las puertas de la capital del Imperio de Oriente; cf. FRIEDLÄNDER, L., La sociedad romana, Méjico, 1.947, p. 328.

118. PRISC., Frg., 28; JORD., Get., 271; THEOPH., Chronogr., A.M. 5.977.

119. JORD., Get., 269; 271; 281-282. El Anon. Val., 12, 61; 14, 79, señala que Teodorico era inlitteratus y que debía servirse de una plantilla de oro para firmar documentos, puesto que desconocía el arte de escribir. PROC., De bellis, V, 2, 16 refrenda este aserto. Sin embargo, ENNOD., Paneg., 11; JOH. MAL., Chronogr., p. 383; y THEOPH., Chronogr., A.M. 5.977, destacan la esmerada educación que el príncipe Amalo recibió en Constantinopla. Las aparentes contradicciones entre unas fuentes y otras son fáciles de solventar. Teodorico, educado en la capital de Oriente, debió ser instruido en las letras griegas, como se desprende de una frase de Ennodio (educavit te in gremio civilitatis Graetia). Por tanto, no es extraño que careciese de una cultura literaria latina; lo que le impediría escribir en esta lengua. STEIN, E., Histoire du Bas-Empire, II, De la disparition de l'empire d'Occident à la mort de Justinien. 476-565, París, 1.949, pp. 791-792, añade a esto una observación, que no ha podido ser refutada, ni siquiera por quienes, habitualmente, se inclinan a otorgar mayor crédito a los testimonios de Procopio y el Anonimus Valesianus. Teodorico aprendió a escribir en latín. Así lo demuestra la signatura de tres preceptos reales, fechados en 501, y dirigidos a los obispos que habían sido convocados al sínodo romano de aquel año (Act. Syn. Rom., II, 3; 7; 12: Orate pro nobis, domini sancti ac venerabiles patres).

120. Ardabur fue sustituido en el magisterium militiae por Jordanes, comes stabuli, hijo del vándalo Juan, que había ocupado el cargo de magister utriusque militiae per Thracias bajo el reinado de Teodosio II. CF. CAND., Frg., = PHOT., Bibl., 79; Vit. Dan. Styl., 55; JOH. ANT., Frg., 206, 2.

121. Vit. Dan. Styl., 55; EVAGR., Hist. Eccl., II, 15. El isaurio Flavio Zenón, de quien Tarasicodisa tomó el nombre, había efectuado una brillante carrera militar bajo los reinados de Teodosio II y Marciano. Ocupó el magisterium utriusque militiae per Orientem de 447 a 451, obtuvo el consulado en 448 y fue elevado al rango de patricio en 451; cf. PLRE, II, pp. 1199-1200.

122. CAND., Frg., = PHOT., Bibl., 79; Vit. Dan. Styl., XL; MARCELL. COM., Chron., a. 475; JORD., Rom., 338; VICT. TONN., Chron., a. 475; 491; Anon. Val., 9, 39; JOH. MAL., Chronogr., p. 375; JOH. ANT., Frg., 206, 1-2; THEOPH., Chronogr., A.M. 5.951;

5.956; 5.962; 5.965; ZON., Epit. Hist., XIV, 1, 12, 27.

123. Basilisco había ejercido el magisterium utriusque militiae per Thracias desde 464 a 467. bajo su mando las tropas imperiales obtuvieron algunas resonantes victorias sobre hunos y godos. En recompensa a tales éxitos militares se le otorgó el consulado y el título honorífico de patricio; cf. PRISC., Frg., 39; 42; JOH. MAL., Chronogr., p. 372, THEOPH., Chronogr., A.M. 5.956; 5.961.

124. JOH. LYD., De mag., I, 16; PROC., Anecd., XXIV, 15-20; AGATH., Hist., V, 15. Cf. JONES, A. H. M., op. cit., pp. 613-614; RAVEGNANI, G., Soldati di Bisanzio in età giustiniana, Roma, 1.988, pp. 17; 23-24; 29; 47-48; 73; 82; 97-98. Los bucellarii de Aspar y los excubitores del emperador acabarían enfrentándose en un sangriento combate, tras la ejecución del general por orden del soberano. El relato de este suceso nos ha llegado a través de JOH. MAL., Chronogr., p. 371; Chron. Pasch., a. 467; THEOPH., Chronogr., A.M. 5.964.

125. JORD., Get., 277-282; PRISC., Frg., 35, JOH. ANT., Frg., 206, 2.

126. El propio Antemio había nacido en el seno de una antigua familia de senadores, emparentada con la dinastía constantiniana. Su bisabuelo por línea paterna había sido el usurpador Procopio (365-366), primo hermano de Juliano el Apóstata (360-363); cf. SID., Carm., II, 67-69; AMM., Res Gestae, XXVI, 6, 1-3; 7, 1; 9, 9-11; 10, 6.

127. SID., Carm., II, 212-215; Fast. Vind. Prior., a. 467; Pasch. Camp., a. 467; HYDAT., Chron., 234; MARCELL. COM., Chron., a. 467; 468; Chron. Gall. a. DXI, 645; CASSIOD., Chron., a. 467; VICT. TONN., Chron., a. 467; JORD., Get., 236; 239; Rom., 336; PROC., De bellis, III, 6, 5; JOH. MAL., Chronogr., pp. 368-369; THEOPH., Chronogr., A.M. 5.957.

128. SID., Carm., I, 5, 10; Carm., II, 484-486; JOH. ANT., Frg., 209, 1.

129. STEIN, E., op. cit., I, pp. 389-391.

130. SID., Ep., I, 5, 1; 9, 1-8; V, 16, 4; Carm., I; II.

131. SID., Ep., I, 10, 2: vereor autem, ne famem populi Romani theatralis caveae fragor insonet et infortunio meo publica deputetur esuries. sane hunc ipsum e vestigio ad portum mittere paro, quia conperi naves quinque Brundisio profectas cum specibus tritici ac mellis ostia Tiberina tetigisse, quarum onera expectationi plebis, si quid strenue gerit, raptim faciet

offerri, commendaturus se mihi, me populo, utrumque tibi.

132. PRISC., Frg., 40.

133. HYDAT., Chron., 238.

134. Ibid., 236; 238; 240; 247.

135. CAND., Frg., = Phot., Bibl., 79; PRISC., Frg., 39; 42; MALCH., Frg., 2a; JORD., Rom., 337; JOH. LYD., De maq., III, 43; THEOD. LECT., Hist. Eccl., I, 25; PROC., De bellis, III, 6, 1-2; JOH. MAL., Chronogr., p. 372; EVAGR., Hist. Eccl., I, 25; THEOPH., Chronogr., A.M. 5.961; ZON., Epit. Hist., XIV, 1, 24; NIC. CALL., Hist. Eccl., XV, 27. Además de Basilisco hubo otros dos generales nombrados por León, a fin de hacerse cargo del mando de la expedición (HYDAT., Chron., 247). Ambos se hallaban subordinados a la autoridad del cuñado del emperador. Seguramente, uno de estos dos comandantes subalternos fue Juan, que halló la muerte en combate y se convirtió en un héroe popular; cf. PROC., De bellis, III, 6, 23-24.

136. Basilisco navegó por la ruta empleada habitualmente por los comerciantes que viajaban de Constantinopla a Cartago, tocando puerto en Sicilia; cf. COURTOIS, Ch., op. cit., p. 203, n. 5. Según los Fast. Vind. Prior., a. 468, Marcelino fue asesinado en la isla en agosto de aquel mismo año. MARCELL. COM., Chron., a. 468, añade que el suceso tuvo lugar cuando el patricio se dirigía hacia Africa para llevar refuerzos a los bizantinos, que combatían contra los vándalos en las inmediaciones de Cartago. De ambos testimonios combinados se deduce que no se había producido un contacto previo entre las fuerzas occidentales y orientales.

137. PROC., De bellis, III, 6, 10-24; THEOPH., Chronogr., A.M. 5.961. De la presunta traición de Basilisco se hacen eco varias fuentes, aparte de las dos citadas; cf. CAND., Frg., = PHOT., Bibl., 79; THEOD. LECT., Hist. Eccl., I, 25; JOH. MAL., Chronogr., p. 372; ZON., Epit. Hist., XIV, 1, 24-26.

138. BREHIER, l., El mundo bizantino, II, Las instituciones del Imperio bizantino, Méjico, 1.956, p. 365.

139. PROC., De bellis, III, 6, 19-21.

140. HYDAT., Chron., 247, Cons. Const., a. 464; Fast. Vind. Prior., a. 468; CASSIOD., Chron., a. 468; MARCELL. COM., Chron., a. 468; PROC., De bellis, 6, 25; THEOPH., Chronogr., A.M. 5.961; 5.963.



141. PROC., De bellis, II, 6, 26; NIC. CALL., Hist. Eccl., XV, 27.

142. CJ, IX, 12, 10: Omnibus per civitates et agros habendi bucellarios vel Isauros armatosque servos licentiam volumus esse praeclusam.

143. Ibid., XI, 54, 1; 56, 1.

144. Después de que aspar hubiese sido asesinado por orden de León I, el comes Ostrys intentó tomar al asalto el sacrum palatium con los bucellarii de la víctima, a fin de vengar su muerte. La agresión fue repelida con éxito por los excubitores isaurios, en un encarnizado combate. Ostrys tuvo que huir a Thracia y refugiarse entre los federados ostrogodos, que se hallaban bajo el mando de Teodorico Estrabón. Cf. JOH. MAL., Chronogr., p. 371; Chron. Pasch., a. 467; THEOPH., Chronogr., A.M. 5.964.

145. STEIN, E., op. cit., I, p. 391; COURTOIS, Ch., op. cit., pp. 187-188; 191; 197, n. 1.

146. Vit. Dan. Styl., 56. Esta noticia ha suscitado cierta polémica. COURTOIS, Ch., op. cit., p. 196, n.10, apunta la posibilidad de que se trate de una mera invención de Simeón Metáfrato, quien a fines del siglo X elaboró un menologio o compilación de vidas de santos, dispuestas según el orden del calendario litúrgico, utilizando materiales de diversa procedencia y valor muy desigual. A través de esta enciclopedia hagiográfica ha llegado hasta nosotros una versión abreviada de la Vita Sancti Danielis Stylitae. El análisis crítico y textual del trabajo de Simeón Metáfrato, ha permitido llegar a la conclusión de que algunas de las biografías recogidas en su obra son simples resúmenes de un original antiguo, en tanto que otras son el producto de la refundición de varios documentos, con toques personales del recopilador. COURCELLE, P., Histoire littéraire des grandes invasions germaniques, París, 1.964, p. 183, n.1, rechaza las objeciones de Ch. Courtois, arguyendo que la Vita Sancti Danielis Stylitae de Simeón Metáfrato es una transcripción de una biografía del santo, compuesta a fines del siglo V, y que no contiene interpolaciones; por lo que el dato referente a la amenaza vándala sobre Alejandría puede considerarse como históricamente exacto.

147. PROC., De bellis, III, 6, 9, sitúa la expedición de Heraclio de Edesa y Marso el Isaurio en un momento inmediatamente anterior a la de Basilisco. Sin embargo, como hace notar COURTOIS, Ch., op. cit., pp. 202-203, eso no debería inducirnos a suponer que se trata de dos acciones concertadas en el marco de una misma

campana contra el reino vándalo. THEOPH., Chronogr., A.M. 5.963, quien, según parece, se limita a transcribir a Prisco de Panium, data la empresa de Heraclio dos años después de la derrota de Basilisco. Dado que Prisco fue contemporáneo de los sucesos y tuvo conocimiento de primera mano sobre todos los detalles, Ch. Courtois prefiere la versión de Teófanos a la de Procopio, cuyos testimonios para el siglo V se hallan plagados de inexactitudes. En cambio, BURY, J B., A History of the Later Roman Empire from Arcadius to Irene. 395 A.D. to 800 A.D., I, Londres, 1.889, pp. 244-246; MARTROYE, F., Genséric. La conquête vandale en Afrique et la destruction de l'Empire d'Occident, París, 1.907, pp. 215-216; SCHMIDT, L., op. cit., p. 90; STEIN, E., op. cit., I, pp. 390-391, se decantaron en su momento por el relato de Procopio y sostuvieron la hipótesis de un ataque simultáneo contra los vándalos en tres frentes. Basilisco, con el grueso de la armada oriental, debería neutralizar la flota vándala, mientras Heraclio, a la cabeza de las fuerzas reclutas en Egipto, desembarcaba en la Tripolitania y marchaba por tierra sobre la capital de Genserico. Entre tanto, Marcelino, al mando de la flota occidental, ocuparía Cerdeña, para después poner rumbo a Africa. Por nuestra parte nos adherimos a las conclusiones de Ch. Courtois, quien no sólo niega la "audaz concepción estratégica", que la historiografía occidental de la primera mitad de nuestro siglo atribuía al alto estado mayor bizantino, sino que, además, considera cada una de las mencionadas operaciones como campañas distintas y, en consecuencia, las data en momentos diferentes. La de Marcelino contra Cerdeña en 466, la de Basilisco contra Cartago en 468 y la de Heraclio contra la Tripolitania en 470. Cf., COURTOIS, Ch., op. cit., pp. 187, n. 3; 202-204.

148. En 469, tribus hunas hostiles irrumpieron en las Thraciae, después de que fracasase el intento de negociar un pacto. Zenón, en su calidad de magister utriusque militiae para esta diócesis, hubo de ponerse al frente del ejército, para combatir a los invasores. pero, en plena campaña, las tropas, sobornadas por Aspar, se sublevaron e intentaron darle muerte. Aunque Zenón escapó con vida y logró refugiarse primero en Serdica (Sofia), y, más tarde, en Calcedonia, el emperador vio alejarse al hombre que desde 466 sostenía al partido de la corte. De hecho, León I no tuvo más remedio que nombrar a su yerno magister utriusque militiae per Orientem y enviarlo a Antioquía de Siria, en tanto que el godo Anagastes, antiguo magister per Orientem, era enviado al Danubio. Sería este general quien trajese a Constantinopla la cabeza del rey Dengizih, hijo de Atila (PRISC., Frg., 36; 38; Vit. Dan. Styl., 65; Chron. Pasch., a. 468; MARCELL. COM., Chron., a. 469; JOH. ANT., Frg., 206, 2; THEOPH., Chronogr., A.M. 5.956; 5.962; CJ, I, 3, 29). En ausencia de Zenón, Aspar recuperó toda su influencia en la corte. Partidario de un acuerdo con Genserico, consiguió que León llamase de vuelta a Heraclio y

Marso. Poco después, se reanudaron los ataques vándalos contra las costas del Imperio de Oriente; cf. VICT. VIT., Hist. persec., I, 51; PROC., De bellis, III, 5, 23.

149. MARCELL. COM., Chron., a. 471; JOH. MAL., Chronogr., p. 371; Chron. Pach., a. 467. En Italia, bajo el reinado de Odoacro (476-493) el prior senatus asumirá parte de las funciones del antiguo praefectus urbis Romae; cf. STEIN, op. cit., II, pp. 44-45.

150. CAND., Frg., = PHOT., Bibl., 79; SYM. METAPHR., Vit. S. Marc., 34; MARCELL. COM., Chron., a. 471; JORD., Get., 239; VICT. TONN., Chron., a. 470; THEOPH., Chronogr., A.M. 5.961; 5.963; ZON., Epit. Hist., XIV, 1, 3.

151. CAND., Frg., = PHOT., Bibl., 79. Anagastes, tras su victoria sobre los hunos, se había alzado en armas contra el emperador, que le había negado el consulado, para otorgárselo al general de origen vándalo Jordanes. En 471, el rebelde llegó a un acuerdo con los delegados de León y, en el transcurso de las negociaciones, acusó a Ardabur de haberle inducido a la sedición, aportando prueba documental de los cargos presentados (JOH. ANT., Frg., 206, 2). Las informaciones proporcionadas por Anagastes y Martino impelieron a la corte a tomar acción sin demora. Puesto que el 1 de junio de 471 Zenón aún se hallaba en Antioquía (CJ, I, 3, 29), y cuando se produjo la muerte de Aspar residía en Calcedonia, el complot debió fraguarse en la segunda mitad del año, ya que el propio Zenón participó en la conjura; cf. Vit. Dan. Styl., 66; JORD., Rom., 338; THEOPH., Chronogr., A.M. 5.964.

152. CAND., Frg., = PHOT., Bibl., 79; Vit. Dan. Styl., 66; HYDAT., Chron., 247; MARCELL. COM., Chron., a. 471; CASSIOD., Chron., a. 471; JORD., Get., 239; Rom., 338; VICT. TONN., Chron., a. 471; PROC., De bellis, III, 6, 27; EVAGR., Hist. Eccl., II, 6; JOH. MAL., Chronogr., p. 371; Chron. Pasch., a. 467; THEOPH., Chronogr., A.M. 5.963-5.964.

153. Al producirse en Constantinopla el estallido del brote de violencia antigermánica, Herminérico debió buscar refugio, junto a los suyos, en Calcedonia. Allí toparía con Zenón, quien deseando sustraerle al trágico destino reservado a su familia, le envió a las montañas de Isauria, donde no podría alcanzarle el poderoso brazo del emperador. Durante su exilio, el joven tomó por esposa a la hija de un vástago ilegítimo de Zenón. Después de la muerte de León I, Herminérico regresaría a la capital. En 479, por mediación de Teodorico Estrabón, él y su hermano mayor, Julio Patricio, obtuvieron la restitución de los bienes confiscados a su familia, tras el asesinato de su padre, y, pocos años después, en 484, le hallamos al frente de las tropas rugias, llamadas a relevar al ejército de Teodorico el Amalo, en el

transcurso de la guerra contra el usurpador Leoncio y el general rebelde Ilo. Cf. CAND., Frg.,= PHOT., Bibl., 79; MALCH., Frg., 15-16; JOH. ANT., Frg., 214, 2-4; THEOPH., Chronogr., A.M. 5.964.

154. CAND., Frg.,= PHOT., Bibl., 79; EVAGR., Hist. Eccl., III, 26; JOH. MAL., Chronogr., p. 375; JOH. ANT., Frg., 211, 3; THEOPH., Chronogr., A.M. 5.971-5.972; ZON., Epit. Hist., XIV, 1, 13; NIC. CALL., Hist. Eccl., XV, 27. Seguramente, Leoncia, apelando a los derechos que le otorgaba la constitución imperial sobre causas justificadas de divorcio, promulgada por Teodosio II el 9 de enero de 449 (CJ, V, 17, 8), envió a Patricio el libelo de repudio. Desde un punto de vista legal, no existía ningún obstáculo, ya que la princesa podía alegar iustae causae. Su marido, maquinando insidias contra el emperador, había provocado la disolución del vínculo. Así lo establecía el vigente sistema de culpa. Por otro lado, este recurso permitía a Leoncia obtener la restitución integral de la dote que había aportado al matrimonio y volver a contraer nupcias.

155. JOH. MAL., Chronogr., pp. 374-375; Chron. Pasch., a. 464.

156. HYDAT., Chron., 245-246; 250.

157. Ibid., 251: Lusidius per Remismundum cum suis hominibus Suevis ad imperatorem in legatione dirigitur. Este personaje es el mismo que en 468, gobernando la región lusitana de Olisipo, decidió entregar la ciudad en manos de los suevos; cf. Ibid., 246.

158. SID., Ep., I, 7, 1-13, nos describe todo el proceso de Arvando. La carta fue escrita en el período de 30 días, que iba desde el pronunciamiento de la sentencia hasta su ejecución, en algún momento del año 469. Arvando había pasado su arresto en el Capitolio, bajo la custodia de su amigo Flavio Eugenio Aselo, comes sacrarum largitionum. Sus acusadores fueron los galos Tonancio Ferreolo, Taumasto y Petronio. Se le imputaron cargos de alta traición, en base a una carta que había escrito al rey visigodo Eurico, en la que le animaba a alzarse contra Antemio, extender su poder al norte del Loira y repartirse la Galia con los burgundios. Imprudentemente, Arvando admitió ser el autor de la carta en el juicio, por lo que despojado de todos sus privilegios fue arrojado en prisión. Dos semanas después se pronunció la sentencia de muerte. Acto seguido, fue conducido a la Insula Tiberina, donde debería esperar el cumplimiento del veredicto. Finalmente, la pena de muerte fue conmutada por el destierro, gracias a la intercesión de Aselo, Sidonio y Auxanio; cf. CASSID., Chron., a.469; PAUL. DIAC., Hist. Rom., XV, 2.

159. GREG. TUR., Hist. Franc., II, 18; 27; FREDEG., Chron., III, 12; Lib. Hist. Franc., 9.

160. Chron. Gall. a. DXI, 649: Antimolus a patre Anthemio imperatore cum Thorisario, Everdingo et Hermiano com. stabuli Arelate directus est: quibus rex Euricus trans Rhodanum occurrit occisisque ducibus omnia vastavit.

161. CASSIOD., Chron., a. 470; JOH. ANT., Frg., 207; PAUL. DIAC., Hist. Rom., XV, 2: Romanus patricius imperatoriam fraudulentem satagens arripere dignitatem praecipiente Anthemio capite caesis est.

162. ENNOD., Vit. Epiph., 51-75.

163. Chron. Gall. a. DXI, 649-650; JOH. MAL., Chronogr., pp. 374-375; JOH. ANT., Frg., 209, 1.

164. Fast. Vind. Prior., a. 472; Pasch. Camp., a. 472; ENNOD., Vit. Epiph., 79; MARCELL. COM., Chron., a. 472; CASSIOD., Chron., a. 472; VICT. TONN., Chron., a. 473; JORD., Get., 239; PROC., De bellis, III, 7, 1; JOH. MAL., Chronogr., pp. 373-375; EVAGR., Hist. Eccl., II, 16; JOH. ANT., Frg., 209, 1; PAUL. DIAC., Hist. Rom., XV, 4-5; THEOPH., Chronogr., A.M. 5.964; NIC. CALL., Hist. Eccl., XV, 11.

165. PROSP., Ind. Imp., 10-11; Fast. Vind. Prior., a. 472; Pasch. Camp., a. 472; ENNOD., Vit. Epiph., 79; CASSIOD., Chron., a. 472; JORD., Get., 239; JOH. MAL., Chronogr., p. 375; JOH. ANT., Frg., 209; PAUL. DIAC., Hist. Rom., XV, 5; THEOPH., Chronogr., A.M. 5.964.

166. Chron. Gall. a. DXI, 651-652: Gauterit comes Gothorum Hispanias per Pampilonem. CaesarAugustam et vicinas urbes obtinuit. Hedelfredus quoque cum Vincentio Hispaniarum duce obsessa Terracona maritimas urbes obtinuit. Sobre la resistencia opuesta por la nobleza de la Tarraconensis nos da cuenta ISID., Hist. Goth., 34: Inde Pampilonam et CaesarAugustam misso exercitu capit superioremque Spaniam in potestatem suam mittit. Tarraconensis etiam provinciae nobilitatem, quae ei repugnauerat, exercitus inruptione evertit.

167. EVAGR., Hist. Eccl., I, 22; THEOPH., Chronogr., A.M. 5.947; 5.964; ZON., Epit. Hist., XIII, 25, 29; NIC. CALL., Hist. Eccl., XV, 12.

168. Prueba de ello es que, al producirse el fallecimiento de Placidia, los bienes que constituían su herencia paterna retornaron a la res privata. De hecho, formaron un lote

específico, conocido como domus Placidiae, que sería administrado por curatores; cf. DELMAIRE, R., Largesses sacrées et res privata. L'aerarium imperial et son administration du IVe au VIe siècle, Roma, 1.989, pp. 227-228.

169. THEOPH., Chronogr., A.M. 5.964; ZON., Epit. Hist., XIII, 25, 3; NIC. CALL., Hist. Eccl., XV, 12.

170. Según la legislación romana, el monarca Asdingo estaba en su derecho al reclamar los bienes de Eudocia para sus herederos. El senatus consultum Orfitianum del año 178, llamaba a los hijos a la successio legitima de la madre, pasando por delante de los colaterales agnaticios y de los ascendientes de la difunta (Inst., III, 4; Dig., XXXVIII, 17, 1; 6). Aún teniendo en cuenta que Eudocia había legado sus bienes a la iglesia de Jerusalén, la lex Falcidia del año 40 a. C. aseguraba a los herederos una cuarta parte de la cuota correspondiente a cada uno de ellos (Dig., XXXV, 2; 3). Sólo bajo el reinado de Justiniano I se prohibiría deducir la cuarta Falcidia de los legados piadosos (JUST., Nov., CXXXI, 12).

171. MALCH., Frg., 2; 11; JOH. MAL., Chronogr., p. 371; Chron. Pasch., a. 467; THEOPH., Chronogr., A.M. 5.964.

172. JONES, A. H. M., op. cit., pp. 609-613.

173. PROC., De bellis, III, 22, 16-18.

174. MALCH., Frg., 3.

175. ENNOD., Vit. Epiph., 79; Fast. Vind. Prior., a. 473; Pasch. Camp., a. 473; MARCELL. COM., Chron., a. 473; JORD., Get., 239; EVAGR., Hist. Eccl., II, 16; JOH. ANT., Frg., 209, 2.

176. El gobierno de Constatinopla consideró a Glicerio como un usurpador; cf. JORD., Rom., 338: Glycerium, qui sibi tyrannico more regnum inposuisset.

177. MARCELL. COM., Chron., a. 474; JORD., Get., 239; Rom., 338; CJ, VI, 61, 5.

178. MALCH., Frg., 10.

179. JOH. ANT., Frg., 209. Según JORD., Rom., 338, Julio Nepote se dirigió, en primer lugar, a Ravenna, lo que parece normal, si tenemos en cuenta que Glicerio había sido proclamado emperador y residía habitualmente en aquella ciudad (MARCELL. COM., Chron., a. 473; Fast. Vind. Prior., a. 473). Puesto que todas las restantes fuentes sitúan la deposición de Glicerio en Portus,

cabe presumir su huida a Roma, al tener noticia de la inminente llegada de la flota de Nepote a Ravenna; cf., infra, n. 175.

180. JORD., Rom., 338: Nepotem filium Nepotiani... apud Ravennam per Domitianum clientem suum (Leonis imperatoris) Caesarem ordinavit.

181. Anon. Val., 7, 36; Fast. Vind. Prior., a. 474; Pasch. camp., a. 474; Auct. Havn. ordo post., a. 474; MARCELL. COM., Chron., a. 474; ENNOD., Vit. Epiph., 80; JORD., Get., 239; Rom., 338; EVAGR., Hist. Eccl., II, 16; JOH. ANT., Frq., 209; THEOPH., Chronogr., A.M. 5.965.

182. JOH. MAL., Chronogr., pp. 374-375. Gundobado (474-516), Godigisel (474-500), Chilperico II (474-491) y Godomar I (474) se repartieron el reino de los burgundios, aunque, finalmente, a comienzos del siglo VI y tras numerosos conflictos, el primero de ellos conseguiría reunificarlo bajo su cetro.

183. SID., Ep., V, 16, 1-2; JORD., Get., 241.

184. SID., Ep., III, 1, 2; IV, 3, 9; VII, 6, 10; 9, 6; GREG. TUR., Hist. Franc., II, 21.

185. Chron. Caesaraug. rel., a. 473. Arelate y Massilia serían definitivamente ocupadas por los visigodos en 476; cf. Chron. Gall. a. DXI, 657.

186. SID., Ep., III, 7, 2-4; V, 7, 7; VII, 7, 3-6; ENNOD., Vit. Epiph., 80-94; PAUL. DIAC., Hist. Rom., XV, 5. Victorio, un galorromano nombrado por Eurico comes et dux Aquitaniae Primae, tomó posesión de Arverna en nombre de su señor. Siguiendo instrucciones de éste, hizo detener a Sidonio, obispo de la ciudad y organizador de la resistencia. El prelado fue enviado a la fortaleza de Livia, situada en las proximidades de Carcaso (Carcasona), donde padeció cautiverio durante varios años. En 476 o 477, fue liberado y se le dio autorización para reintegrarse a su sede; cf. SID., Ep., VIII, 3, 1-2; GREG. TUR., Hist. Franc., II, 20.

### **3. El Imperio en el marco del nuevo sistema de estados mediterráneos.**

A la muerte de León I, se abre uno de los períodos más convulsos y turbulentos de la historia de Bizancio, caracterizado por la proliferación de intrigas cortesanas, revueltas, usurpaciones, guerras civiles, conflictos con los bárbaros, dificultades financieras y un progresivo recrudecimiento de las querellas religiosas. Los distintos problemas internos imposibilitarán al gobierno de Constantinopla proyectar su autoridad política sobre Occidente, con idéntico despliegue de medios que en el pasado. En tales circunstancias, Bizancio no tendrá más remedio que poner en práctica una política de entendimiento diplomático con los poderes que, a lo largo del siglo V, habían ido emergiendo y consolidándose en el Mediterráneo occidental. Sólo así podrá sostener un simulacro de legítimo dominio sobre poblaciones y territorios, que desde hacia tiempo escapaban al control efectivo del Imperio. Pero ante todo, es esta una época en la que se asientan los valores y argumentos teóricos, que justificarán, en un futuro próximo, la reincorporación al estado romano de algunas de las regiones que le habían sido progresivamente amputadas por los reinos germánicos.

#### **3.1. La caída del Imperio de Occidente y los problemas internos de la pars Orientis.**

En octubre de 473, León I había otorgado la dignidad de César al hijo de Zenón y Ariadna, el pequeño León, un niño de apenas siete años. Al mismo tiempo, se le designó cónsul para el año entrante. De tal modo, quedaba zanjado el problema sucesorio y garantizada la continuidad dinástica. Viendo próximo el fin de sus días y con el propósito de facilitar transmisión de poderes,



a principios de 474, el anciano basileus proclamó Augusto a su nieto en una solemne ceremonia, que, sin duda, debió coincidir con la inauguración del consulado del joven príncipe. Pocos días después, el 18 de enero, León I fallecía en Constantinopla, a causa de una disentería. Pese a las reticencias de la emperatriz viuda Elia Verina, Zenón logró que su hijo, ahora único soberano de la pars Orientis, le coronase emperador unas semanas más tarde, el 9 de febrero de aquel mismo año<sup>1</sup>.

Una de las primeras preocupaciones del nuevo soberano, apenas hubo asumido el poder supremo, fue la de firmar un tratado de paz con los vándalos, que pusiese fin a las hostilidades que se venían prolongando desde el fracaso de la expedición de Basilisco. A través de este acuerdo pretendía garantizar la estabilidad política necesaria en el Mediterráneo, para que Julio Nepote pudiese gobernar sobre Italia y Dalmacia sin mayores problemas.

Zenón envió a Cartago al senador Severo, previamente nombrado patricio para realzar la importancia de la embajada. Este arrancó al monarca Asdingo un compromiso de no agresión mutua, basado en el reconocimiento de la ocupación vándala de Africa y de las islas del Mediterráneo occidental. Además, consiguió que Genserico suscribiese varias cláusulas favorables a los intereses del Imperio; obteniendo así la liberación de numerosos cautivos romanos y la aplicación de medidas de tolerancia para con la Iglesia Católica en el reino vándalo. Mucho más difícil lo tuvo con el protocolo de renuncia a la herencia de Valentiniano III, dado que, como ya vimos, tras la muerte de Eudocia, Genserico reclamaba la porción correspondiente a sus nietos del patrimonio oriental que ésta había recibido de su padre. El rey de los vándalos demoró indefinidamente la ratificación de esta cláusula, por lo que quedaría pendiente de

resolución durante varios años. Zenón, enfrentado a graves problemas internos, se vio obligado a relegar a un segundo plano el asunto. En cualquier caso, se había puesto fin al clima de hostilidad y violencia que desde 467 presidía las relaciones entre Constantinopla y Cartago, inaugurando una nueva fase de contactos, en la que la diplomacia sustituirá a las armas como medio de intervención en Africa. De hecho, el tratado de 474 se mantendrá en vigor hasta el estallido de la guerra vándala de 533<sup>2</sup>.

El soberano oriental tenía buenas razones para romper con una política agresiva, que había dejado exhaustas las arcas estatales. A comienzos de su reinado, hubo de enfrentarse con un grave contencioso surgido en la cúpula militar. Heraclio de Edesa, viejo enemigo de Aspar y, por entonces, magister utriusque militiae per Thracias, fue hecho prisionero por federados ostrogodos de Teodorico Estrabón. Aunque el emperador negoció y obtuvo su libertad, en el camino de vuelta a Constantinopla, a su paso por Arcadiopolis, Heraclio fue asesinado por un grupo de soldados godos. En consecuencia, Zenón ordenó la destitución de Teodorico, que desde hacia poco más de un año ocupaba uno de los magisteria praesentalia. Al conocer la noticia, el caudillo bárbaro no dudó en alzarse en armas contra el gobierno de Constantinopla. Inmediatamente, el príncipe dispuso que Ilo, un general de origen isaurio, se encargara de someter al rebelde<sup>3</sup>.

Tras la muerte de León II, acaecida en noviembre de 474<sup>4</sup>, una conspiración cortesana intentará poner término a la vida de Zenón. El 9 de enero de 475, el soberano se verá obligado a abandonar Constantinopla para exiliarse en las montañas de su Isauria natal<sup>5</sup>. En la conjura se hallaban implicados varios miembros de la familia política de León I, senadores, generales y algunos altos dignatarios de la corte; todos ellos unidos

coyunturalmente por el común deseo de librarse de un príncipe, que había recortado su influencia política. Por parte de la familia imperial, destaca la presencia de la Augusta Elia Verina, artífice del complot, la de su hermano Basilisco, magister utriusque militiae praesentalis, y, por tanto, máxima autoridad militar en Oriente, y la de Armato, sobrino de ambos. El ejército estuvo representado, por el propio Basilisco, por el general isaurio Ilo y por Teodorico Estrabón, jefe de los federados ostrogodos de la Thracia<sup>6</sup>. Participaban, también, el poderoso eunuco Urbicio, praepositus sacri cubiculi aunque de forma discontinúa desde época de Teodosio II<sup>7</sup>; Epinico, comes sacrarum largitionum, muy próximo a Urbicio y Verina<sup>8</sup>; y Patricio, antiguo magister officiorum de León I y actual amante de su viuda<sup>9</sup>. Como puede comprobarse, en este grupo se hallaban reunidos los más elevados cargos de la burocracia patrimonial y gubernativa. Además, Basilisco, en su calidad de protopatrikios o cabeza de Senado bizantino, se hacía depositario de los intereses de la aristocracia latifundista<sup>10</sup>.

Elia Verina había planeado recuperar su antiguo peso político, elevando al solio a Patricio y contrayendo segundas nupcias con él. En cuanto Zenón hubo abandonado Constantinopla, la Augusta se apresuró a declararle oficialmente depuesto. Sin embargo, Basilisco manipularía los hilos de la trama en su propio provecho y acabaría obligando a su hermana a proclamarle emperador en lugar de Patricio, que fue oportunamente ejecutado. En esta operación contó con el apoyo de Ilo, Armato y Teodorico Estrabón. Precisamente, este último parece que aguardaba con impaciencia la llegada del momento oportuno, para sustituir el gobierno imperial por una monarquía germano-romana, al estilo de las surgidas en Occidente<sup>11</sup>.

El breve reinado de Basilisco (475-476) estuvo

jalonado por una continúa sucesión de errores políticos. En primer lugar, es preciso señalar que sus más tempranas actuaciones le privaron del apoyo que, hasta entonces, le habían otorgado los altos mandos del ejército. Deseoso de quebrantar el poder de Ilo, permitió que el pueblo de Constantinopla celebrase su ascenso al trono protagonizando una matanza de isaurios. De este modo, se deshizo de una fuerza que en el futuro podría haberle sido útil, y, en su lugar, se ganó la peligrosa enemistad del general<sup>12</sup>. A continuación, intentó limitar la influencia de Teodorico Estrabón, consintiendo que su esposa, Elia Zenonide, primera emperatriz bizantina solemnemente coronada por el patriarca, agraviase al viejo general ostrogodo, postergándole en los favores de la corte. La nueva Augusta solicitó y obtuvo para su joven amante Armato el magisterium utriusque militiae praesentale. Además, consiguió que éste fuese designado por el emperador como colega suyo, para ocupar la magistratura consular en 476. Teodorico Estrabón, que, en razón de su antigüedad, esperaba obtener estos cargos, se sintió profundamente ofendido, al verse desplazado por un muchacho sin experiencia. En su afán por librarse de la tutela de isaurios y ostrogodos, el emperador destruyó algunos de los más importantes pilares sobre los que descansaba su trono<sup>13</sup>.

En segundo lugar, debemos hacer referencia a la severa política tributaria puesta en práctica por Basilisco. E. Stein apunta la posibilidad de que, al partir, Zenón se hubiese llevado el dinero que guardaban las cajas de las distintas tesorerías. La falta de liquidez, con que se encontró Basilisco, explicaría el incremento de la presión fiscal que se produjo durante su reinado. El aumento de impuestos y rentas necesario para llenar, de nuevo, las arcas públicas del estado y las privadas del emperador generó un profundo malestar social. Ni siquiera la Iglesia se vio a salvo de la rapacidad de Epinico, nombrado

praefectus praetorio Orientis, y, por lo tanto, encargado de aplicar la nueva política fiscal<sup>14</sup>.

Pero quizás lo que trajo las peores consecuencias fue el desarrollo de una política religiosa, propicia al enfrentamiento entre diofisitas y monofisitas. Durante el siglo IV, el gran debate teológico, en medios cristianos orientales, se centró en las relaciones de Dios Padre y Dios Hijo. El Concilio de Nicea en 325 y el II de Constantinopla en 381 establecieron el dogma de la unidad esencial de las dos personas en la divinidad. Superada esta primera fase de la polémica, los padres griegos pasaron a discutir el problema de las relación entre naturaleza divina y naturaleza humana en el Verbo encarnado. Mientras la escuela de Antioquía sostenía que existían dos naturalezas separadas y unidas por mera yuxtaposición en la persona de Cristo, la escuela de Alejandría defendía una unión sustancial de ambas naturalezas, que hacía imposible definir la separación<sup>15</sup>.

Nestorio (428-431), defensor de las tesis antioquenas y patriarca de Constantinopla, fue condenado y depuesto por el Concilio de Efeso en 431. Esta asamblea adoptó las tesis dogmáticas propuestas por Cirilo de Alejandría (412-444), que se convirtió en campeón de la ortodoxia e hizo de su sede la más poderosa de todo Oriente. El sucesor de Cirilo, Dióscoro (444-451), y el archimandrita Eutiques, nuncio del patriarca alejandrino ante la corte de Constantinopla, llevaron las doctrinas de esta escuela hasta sus últimas consecuencias, sosteniendo que de la unión de las dos naturalezas, divina y humana, en la persona del redentor, surge una única naturaleza (monon physis) de carácter divino. Esta formulación, condenada por un sínodo celebrado en Constantinopla en 448, triunfó al año siguiente en el llamado latronocinio de Efeso. Pero el Concilio

de Calcedonia, reunido en 451, a instancias del emperador Marciano, condenaría nuevamente las enseñanzas de Dióscoro y Eutiques, adoptando como credo los dogmas expuestos en la epístola dogmática enviada por el papa León I a Flaviano de Constantinopla. El llamado tomus Leonis y la decisión de los padres de Calcedonia coincidían en establecer una fórmula, que respetaba la diferencia de naturalezas en la unidad personal. A partir de ahora el lema ortodoxo sería un "solo y mismo Cristo... en dos naturalezas"<sup>16</sup>. Como era habitual desde tiempos de Constantino I (306-337), las divergencias teológicas iban vinculadas a conflictos político-eclesiásticos, por lo que no tardaron en estallar sangrientos disturbios en los principales centros urbanos del Imperio romano de Oriente. Desordenes que se prolongarían durante largo tiempo<sup>17</sup>.

Anhelando ganarse a los monofisitas moderados de las provincias orientales, sin perder el apoyo de los ortodoxos, en 475 Basilisco promulgó un Enkyklion, en el que reconocía los dogmas de fe establecidos por los Concilios de Nicea, Constantinopla y Efeso; pero anatematizaba el credo de Calcedonia y el tomus Leonis. El emperador, en un desesperado esfuerzo por obtener el apoyo de los monofisitas, declaraba fundamentales las decisiones adoptadas en el sínodo de Efeso de 449, rechazado por los calcedonenses; y, sin embargo, a renglón seguido añadía alabanzas al patriarca Cirilo y una condena de los errores de Eutiques, que iba destinada a no perder el apoyo de los ortodoxos. La circular concluía decretando que todo clérigo que rehusase adherirse a la letra del documento sería depuesto. En cuanto a monjes y laicos, se disponía que padeciesen penas de exilio<sup>18</sup>. Fue entonces cuando varios obispos monofisitas, desterrados en tiempos de León I, volvieron a ocupar sus sedes, en medio de violentos enfrentamientos contra los partidarios de los titulares calcedonenses<sup>19</sup>.

En Constantinopla, el patriarca Acacio (473-491) encabezó la oposición. Al frente del clero y del pueblo protagonizó diversos incidentes, que obligaron a Basilisco a promulgar un Antienkyklion, revocando el Enkyklion. La nueva circular establecía que cada obispo permaneciese al frente de su sede y que se pusiera término a los conflictos nestoriano y monofisita. Cosa que no ocurrió de ninguna manera<sup>20</sup>. Las tensiones derivadas de las polémicas religiosas subsistirían durante largo tiempo, pese a los esfuerzos efectuados por la autoridad imperial, para encontrar una solución.

El fin del reinado de Basilisco es fruto de su política adversa a los isaurios. En el verano de 476, Ilo y su hermano Trocundo, que habían sido enviados a Isauria con ordenes de aplastar la resistencia de Zenón, se pasaron al servicio de éste junto con todas sus tropas, haciendo defección de Basilisco. Provisto de inesperados refuerzos, Zenón emprendió la ofensiva. En primer lugar, despachó a Trocundo, al mando de una parte del ejército, para que restableciese su autoridad en Siria. Y, a continuación, él mismo e Ilo partieron con las restantes fuerzas hacia el Bósforo<sup>21</sup>. Al conocer la nueva, Basilisco ordenó a Armato que saliese al encuentro del enemigo en Asia Menor con el ejército de Thracia, los regimientos acantonados en Constantinopla y la guardia de palacio. Sin embargo, el flamante general entabló negociaciones con Zenón, quien le prometió un magisterium praesentale vitalicio y el título de César para su hijo, si se dirigía a Isauria por otro camino<sup>22</sup>. De este modo, pudo acceder a la capital sin topar con ningún obstáculo a lo largo de la ruta. Basilisco, Zenonide y su hijo Marco, a quien su padre acababa de otorgar la dignidad de Augusto, fueron capturados y deportados a la Cappadocia Prima, donde se les dejó morir de hambre y frío<sup>23</sup>.

Antes de efectuar su entrada en la ciudad, Zenón proclamó César al pequeño Basilisco, hijo de Armato. Durante la ceremonia celebrada en Nicea con tal motivo, el niño hubo de cambiar su nombre por el de León. No obstante, Zenón jamás permitiría que heredase el Imperio. En 477, aconsejado por Ilo, el emperador dispuso que el magister utriusque militiae per Illyricum Hunulfo diese muerte a Armato. El joven César salvó la vida gracias a las suplicas de la emperatriz Ariadna, aunque hubo de tomar ordenes menores como lector en la iglesia de Santa maría de Blaquernas. Años más tarde, llegaría a ocupar la cátedra episcopal de Cyzicus, sede metropolitana de la provincia de Hellespontus<sup>24</sup>.

En el transcurso de los dieciocho meses que Zenón permaneció exilado en Isauria, la situación occidental experimentó grandes cambios. A comienzos del verano de 475, el panonio Orestes se había alzado contra Julio Nepote. Aprovechando su reciente nombramiento como magister peditum praesentalis et patricius, marchó sobre Roma al frente de su ejército. El emperador, temiendo no poder resistir el cerco, decidió abandonar la Ciudad Eterna y buscar refugio en Ravenna. Pero Orestes le seguiría en su huida. Finalmente, el 28 de agosto de aquel mismo año, Nepote zarpó para Salonae, dejando el campo libre a su enemigo. Apenas habían pasado dos meses, cuando el 31 de octubre, Orestes proclamó Augusto a su hijo Rómulo en la propia Ravenna<sup>25</sup>.

Tal acto supuso la ruptura con Oriente, ya que Basilisco únicamente reconocía la legitimidad de Nepote, marido de su sobrina<sup>26</sup>. Otro tanto sucedió en el caso de los visigodos. En cambio, Genserico parece haberse hallado dispuesto a establecer relaciones cordiales con el nuevo soberano de Ravenna<sup>27</sup>. En cualquier caso, Rómulo no iba a disfrutar de un



largo y próspero reinado. Hérulos, escíros, rugios, turcilinguos y otros mercenarios, reclutados entre los germanos orientales, demandaron del gobierno imperial que los asentase en Italia, entregándoles un tercio de la tierra, como se había hecho en el caso de otros pueblos bárbaros, establecidos mediante foedera en las Galias. Ni Glicerio ni Julio Nepote les habían abonado la soldada; y Rómulo tampoco se hallaba en posición de hacerlo, a causa de los recortes que se habían ido produciendo en los ingresos de las arcas estatales, a lo largo del siglo V<sup>28</sup>.

Organizar la defensa del Imperio requería unos ingresos fiscales elevados. Pero a medida que los primeros pueblos bárbaros llegados a Occidente habían ido instalándose en provincias romanas y consolidando su dominio sobre ellas, el estado imperial había ido perdiendo, progresivamente, el control financiero sobre las mismas, con lo que pronto tuvo que recurrir a los tratados de alianza con estos mismos pueblos o con otros vecinos, a fin de conseguir federados que protegiesen el territorio romano. Cada nuevo pacto solía comportar nuevas concesiones territoriales. Rómulo Augústulo sólo ejercería su autoridad sobre Italia. Y tras la muerte de Aecio, no tenemos noticias de que se reclutasen ciudadanos romanos en la Península. La falta de cualidades militares entre los campesinos llamados a filas y las dificultades que oponían a su alistamiento los latifundistas, necesitados de mano de obra, hicieron imposible levantar un ejército de ciudadanos. Poco a poco, los cuerpos de federados bárbaros habían ido supliendo a las antiguas unidades del ejército regular de campaña. Estas formaciones, por lo general, al mando de oficiales germanos, se reclutaban cuando se precisaba de sus servicios y podían disolverse, licenciando a los soldados, al término de la expedición para la que se les había contratado. El sistema reportaba importantes ventajas económicas al estado, que podía garantizar la defensa de Italia, ahorrándose

el gasto de mantener tropas regulares. Mientras el fisco recaudó lo suficiente no se produjeron problemas graves, los conflictos surgieron cuando no hubo dinero para remunerar a aquellas fuerzas<sup>29</sup>.

En el caso que se le planteaba a Rómulo Augústulo, lo más práctico y sencillo habría sido satisfacer la petición del ejército; pero Orestes se negó en rotundo a acceder a ella. Su actitud intransigente desencadenaría una auténtica rebelión militar. El 23 de agosto de 476, los auxiliarios bárbaros eligieron como rey a Odoacro, un oficial de origen húnico-esciro, que había llegado a Italia en pleno conflicto entre Antemio y Ricimer, para ponerse al servicio de último, y que, posteriormente, se incorporó al cuerpo de guardia del emperador. Hermano del magister utriusque militiae per Illyricum Hunulfo, disfrutaba del suficiente prestigio entre las tropas, como para convertirse en su soberano<sup>30</sup>.

Sin demora, el caudillo germano se presentó ante los muros de Ticinum, donde Orestes organizaba la resistencia, confiando en las excelentes fortificaciones de que disponía la ciudad. Sin embargo, ésta fue asediada, tomada y saqueada; y pese a los esfuerzos del obispo Epifanio por salvar los tesoros de la iglesia y obtener la libertad de los cautivos, en especial de las matres familias, nadie pudo evitar el incendio de numerosos edificios, entre ellos algunos dedicados al culto, ni tampoco las escenas de violencia y pánico colectivo que solían acompañar a este tipo de actos de pillaje. El 28 de agosto, Orestes fue prendido y muerto en las proximidades de Placentia. Unos días después, el 4 de septiembre, su hermano Paulo corría igual suerte en Pineta, localidad situada a las afueras de Ravenna, cuando, posiblemente, intentaba detener el avance de Odoacro<sup>31</sup>. Todo fue en vano. Rómulo y el resto de su familia se hallaban a merced del

vencedor. El Anonimus Valesianus nos ha legado un sucinto relato sobre lo que sucedió a continuación:

"Ahora bien, cuando hubo entrado en Ravenna, (Odoacro) despojó de su soberanía al pequeño Augusto. Le concedió la vida, compadecido de su juventud y porque era de hermosa apariencia. No obstante, tras haberle otorgado una pensión de 6.000 sueldos, le envió a vivir en libertad dentro de los límites de la Campania en compañía de sus parientes"<sup>32</sup>.

Como residencia vitalicia se le asignó la antigua villa de Lúculo sobre el cabo Miseno, propiedad imperial que había sido fortificada, cuando se iniciaron las expediciones vándalas contra las costas de Italia. Razón por la cual se la conocía como castellum Lucullanum. Veinte años después de estos acontecimientos, la viuda Barbaria, una inlustris femina, seguramente madre de Rómulo, construyó un mausoleum en el interior del recinto amurallado y, con la aprobación del papa Gelasio (492-496), trasladó allí, desde el Noricum, los restos mortales de San Severino<sup>33</sup>.

Tras haber sido destronado, Rómulo Augústulo firmó un acta de abdicación, que remitió al Senado de Roma, para que éste, a su vez, la hiciese llegar a Zenón, quien acababa de ser restaurado al solio, una vez depuesto el usurpador Basilisco. El Senado se encargó de hacer comprender a Odoacro la necesidad que existía de despachar aquella embajada a Constantinopla. No sólo era preciso participar al emperador de Oriente de la destitución de Rómulo, sino que, además, se debía intentar que el soberano legitimase el poder que detentaba Odoacro, mediante la concesión de algún título honorífico de raigambre romana. Como prueba de adhesión a la soberanía de Zenón, se erigieron varias suyas en

Roma. La legación diplomática enviada a Bizancio hizo entrega al basileus de las insignias imperiales que había ostentado Rómulo y de una carta del Senado, en la que se le advertía de la inutilidad de designar un nuevo príncipe para Occidente, ya que un solo monarca era más que suficiente para gobernar y defender a un tiempo ambas partes del Imperio. A modo de conclusión, se rogaba al emperador que otorgase el patriciado a Odoacro y que le confiase la administración de la diccesis Italiae<sup>34</sup>.

Es posible que al efectuar esta última suplica, los senadores hayan tenido en cuenta uno de los más recientes beneficios derivados de la actuación política del caudillo bárbaro. Nos estamos refiriendo a la cesión de la isla de Sicilia por parte de Genserico. En algún momento entre el 24 de agosto de 476 y el 24 de enero de 477, Odoacro la recuperó de manos del monarca Asdingo a cambio del pago de un tributo anual. Privada del trigo africano, a partir de 455, y del siciliano desde 468, Roma había padecido graves problemas de abastecimiento frumentario. Ahora podrían remediarse, aunque sólo fuese de manera limitada<sup>35</sup>.

La llegada de los representantes del Senado romano a Constantinopla coincidió con la presencia en la corte de una legación venida de Salonae. Se trataba de embajadores enviados por Julio Nepote, para felicitar a Zenón por haber logrado recuperar la diadema. A la vez, se hallaban encargados de negociar una alianza, que permitiese al soberano exilado restablecer su autoridad sobre Italia. Zenón no quería dilapidar valiosos recursos en una incierta aventura occidental; pero tampoco le era posible olvidar la demanda de Nepote, ya que éste se hallaba emparentado con la Augusta Elia Verina y, además, había sido designado y reconocido por Bizancio como legítimo soberano de la pars Occidentis. La única solución viable era que

los poderes fácticos dominantes en la Península Itálica acatasen la soberanía de Nepote. Con tal objetivo en mira, Zenón recibió en audiencia a los senadores romanos. La entrevista resultó difícil tensa. El basileus no ocultó su desagrado por los sucesos que habían tenido lugar en el oeste, durante el período en que él había estado apartado de los asuntos públicos, a causa de la usurpación de Basilisco. Responsabilizó a la aristocracia senatorial italiana del trato vejatorio dispensado a los dos emperadores enviados desde Constantinopla, recordándoles el asesinato de Antemio y la expulsión de Julio Nepote. Precisamente, este último aún se hallaba con vida, y para Zenón seguía siendo el legítimo soberano occidental; por lo que recomendó a los embajadores romanos que expusiesen ante él sus ruegos y demandas. De todos modos, accedió a la petición de nombrar patricio a Odoacro, aunque condicionándola al acatamiento de la soberanía de Nepote<sup>36</sup>.

El caudillo germano había conseguido que, gracias a la mediación del Senado, su autoridad sobre Italia fuese reconocida por el gobierno oriental. Como acertadamente señala A. H. M. Jones, su posición no difería de la de Ricimer tras la deposición de Avito, y precisaba regularizarla, obteniendo el nombramiento oficial de patricio. Sin embargo, a diferencia de aquél, Odoacro encontró más cómodo prescindir de un emperador títere y declararse servidor del basileus de Constantinopla<sup>37</sup>. Con esto le era más que suficiente para gobernar Italia. La aristocracia senatorial no le causaría problemas. Mucho más preocupada por conservar las tradiciones burocrático-administrativas heredadas del Bajo Imperio, que por soportar el peso de la presencia de un soberano y su corte en la Península, jamás reclamó la vuelta a Ravenna de Julio Nepote.

Con todo, Odoacro terminaría por acatar a Nepote como

su legítimo soberano y acuñaría moneda a su nombre<sup>38</sup>. Este cambio de actitud fue producto de la doble presión ejercida por el gobierno de Constantinopla y el de Tolosa. Eurico, el monarca visigodo, jamás había reconocido a Rómulo Augústulo, sino que, en todo momento, se mantuvo fiel a Nepote, con quien había sellado un foedus. En nombre de esta lealtad, en 476-477, los visigodos ocuparon las provincias Narbonensis Secunda, Viennensis y Alpes Maritimae. Además, Eurico envió a Italia al antiguo dux provinciae Tarraconensis, Vincencio, en calidad de quasi magister militum, con un importante contingente de tropas godas, para defender los derechos de Julio Nepote sobre la Península. Dos comites de Odoacro, los germanos Ala y Sindila, salieron a su encuentro. La batalla concluyó con la derrota de las fuerzas de Vincencio y la muerte del propio general. Sin embargo, este hecho no impidió que los visigodos tomaran las ciudades de Arelate y Massilia, últimas plazas romanas en el sur de las Galias fieles al emperador de Salonae<sup>39</sup>. La amenaza gótica debió persuadir a Odoacro de la necesidad de reconocer a Nepote, más que todos los mandatos imperiales provenientes de Bizancio.

Aún así, Julio Nepote nunca se atrevió a poner el pie en Italia ni en las Galias. Hubo de conformarse con que su soberanía fuese acatada en ambas regiones y seguir reinando en Salonae<sup>40</sup>. Durante el otoño de 479, en el marco de unas negociaciones que mantuvieron los ostrogodos con Adamancio, representante del gobierno de Constantinopla, Teodorico el Amalo afirmó hallarse dispuesto a "ir a Dalmatia y restaurar a Nepote", si Zenón así lo ordenaba<sup>41</sup>. Este episodio atestigua la existencia temprana de un proyecto ostrogodo de establecimiento en Italia, aunque fuese como ejército al servicio del emperador de Occidente. El plan no cuajó en aquel momento, por falta de apoyo por parte de Bizancio; pero años más tarde y en circunstancias bien distintas llegaría a concretarse.

El 22 de junio de 480, Julio Nepote moría asesinado en su villa de Salonae por mano de dos de sus comites, Viator y Ovida. Malco de Philadelphia (Filadelfia) indica que uno de los cabecillas de la conspiración que puso fin a la vida del emperador fue Glicerio, obispo de la ciudad y antiguo soberano de Occidente, a quien Nepote depusiera. Al año siguiente, Odoacro emprendió la guerra contra los asesinos del emperador. Tras derrotarlos, anexionó a la Dalmatia a sus dominios<sup>42</sup>. Desaparecido el último príncipe occidental cuya autoridad disfrutaba del reconocimiento de Oriente, tan sólo quedó un emperador legítimo que pudiese reclamar la soberanía sobre ambas partes del Imperio: el basileus de Constantinopla.

### 3.2. Limitaciones del intervencionismo bizantino bajo los reinados de Zenón y Anastasio.

Zenón había recuperado el trono y acrecentado, teóricamente, el espacio sobre el que ejercía su autoridad; sin embargo, no le iba a resultar nada fácil mantenerse en el uno ni conservar el otro. Al problema ostrogodo, cada vez más complejo, vinieron a sumarse todo un rosario de conspiraciones y revueltas, que, especialmente de 479 a 484, obstaculizarían su acción de gobierno<sup>43</sup>.

De entre todas estas dificultades, destaca la conjura encabezada, a fines de 479, por su cuñado Marciano, que a punto estuvo de volver a costarle la diadema. En esta conspiración, que culminó en abierta revuelta, se mezclan problemas de legitimidad dinástica, querellas religiosas y el tradicional enfrentamiento de la monarquía con la clase senatorial y la cúpula militar del ejército profesional. En connivencia con el magister utriusque militiae praesentalis Teodorico Estrabón, con el tribuno Busalto y con un tal Nicetas, y apoyado por sus hermanos, Procopio

Antemio y Rómulo, Marciano reclamó la púrpura aduciendo que su matrimonio con Leoncia, la única hija porfirogénita de León I, le otorgaba derechos al trono que no poseía Zenón, cuya esposa, Ariadna, había nacido antes de que su padre llegase a ser emperador. Se alzaba, a la par, como campeón de la causa de su suegra Elia Verina, deportada a Isauria en 478, a raíz del descubrimiento de su participación en un complot contra la vida del omnipotente magister officiorum Ilo<sup>44</sup>. Muy al contrario que Zenón, un semibárbaro perteneciente al odiado pueblo de los isaurios, Marciano descendía de una antigua y distinguida familia senatorial bizantina, entre cuyos miembros se contaban tres emperadores: el usurpador Procopio, primo de Juliano el Apóstata; Marciano, celoso defensor de la ortodoxia calcedonense, ahora cuestionada por las tendencias filomonofisitas de Zenón: y Antemio<sup>45</sup>.

Puesto que se había planeado con minuciosidad, la primera parte del golpe tuvo notable éxito. Los rebeldes llegaron a controlar la capital con ayuda de fuerzas bárbaras y del regimiento que mandaba el tribuno Busalto. Cercado tras los muros del sacrum palatium, Zenón se disponía ya a emprender la fuga, cuando Ilo, al frente de un destacamento isaúrico, que acababa de cruzar el Bósforo desde Calcedonia, recuperó el dominio de la situación. Marciano fue capturado, obligado a ordenarse presbítero y enviado a la ciudad de Caesarea (Kayseri) en la Cappadocia Prima; lo que no le impidió escapar y formar una banda de monjes y campesinos desarraigados, con la que intentaría apoderarse de Ancyra (Ankara), capital de la Galatia Prima. Trocundo derrotó fácilmente a aquellas rústicas huestes e hizo prisionero a su líder. En esta ocasión se le puso a buen recaudo en la fortaleza de Papirio, en pleno corazón de la Isauria, donde se reuniría con su esposa, sus hijas y su suegra. Allí permanecieron todos hasta que estalló la rebelión de Ilo y



Leoncio en la primavera de 484<sup>46</sup>.

Inmediatamente después, fueron transferidos a la ciudad de Tarsus (Tarso), en la Cilicia Prima. Leoncio iba a ser proclamado Augusto por voluntad de Ilo, y se consideraba imprescindible la participación de Verina en el acto ceremonial, a fin de legitimar el poder del nuevo soberano. Tras los rituales de la coronación, celebrada el 19 de julio de 484, Marciano embarcó con destino a Italia, en calidad de legado de Leoncio. Su misión consistía en obtener el apoyo de Odoacro para la causa del usurpador. Desconocemos los resultados de la embajada, ya que no se conservan noticias posteriores sobre la vida de Marciano<sup>47</sup>. En cualquier caso, no parece que prosperase mucho. En septiembre de aquel mismo año y pese a contar con el apoyo de los nakharars, jefes de las principales casas nobiliarias de la Armenia romana, el ejército de Ilo y Leoncio era abatido por las tropas fieles a Zenón, en las proximidades de Antioquía. Tras la derrota, gran parte de los isaurios, que componían el grueso del ejército de Ilo, desertaron, obligando a los rebeldes a refugiarse en la fortaleza de Papirio. Por cuatro años resistirían el asedio a que les sometieron las fuerzas de Juan el Escita y Paulo el sacellarius, generales de Zenón. Elía Verina y Marso el Isaurio, que se hallaban en el interior del castillo, fallecieron durante el sitio. Finalmente, en 488, cayó la plaza. Ilo y Leoncio fueron hechos prisioneros y decapitados<sup>48</sup>.

Justo entre la revuelta de Marciano y la usurpación de Leoncio cabe datar el envío a Cartago de una nueva legación diplomática bizantina, recogida en una breve noticia que nos transmiten Malco de Philadelphia y Víctor de Vita. No consta que, durante el reinado de Basilisco, el monarca Asdingo hubiera quebrantado el pacto suscritó con Zenón, por lo que, cuando en junio de 480 o 481, el embajador imperial se presentó en la corte

de Hunerico (477-484), el tratado de 474 aún se hallaba en vigor. Sin duda, el legado no vendría a negociar un nuevo acuerdo, sino a que se ratificasen las cláusulas pendientes del ya establecido. En especial, la que atañía a la reclamación sobre la herencia dejada por Eudocia, y la que se ocupaba de las demandas de indemnización presentadas por los comerciantes de Cartago, como consecuencia de la confiscación de las naves y mercancías de su propiedad que se encontraban en puertos orientales al estallar la guerra en 467.

Alejandro, curator o administrador general del patrimonio de Placidia, era el representante oficial del Imperio en estas negociaciones. Dando muestras de gran habilidad diplomática, Alejandro consiguió que el sucesor de Genserico ratificase los protocolos que aquél se había negado a firmar. En efecto, Hunerico renunció a cuantos derechos pudieran tener sus hijos sobre los bienes procedentes de la herencia de Valentiniano III, que habían correspondido a Eudocia, y desistió de sus demandas de indemnización a favor de los comerciantes damnificados por la guerra. Incluso, atendiendo a la solicitud de Zenón y Placidia, llegó a permitir que fuese consagrado un obispo católico para la sede de Cartago, vacante desde la muerte de Deogratias. De regreso a Constantinopla, acompañó al embajador imperial una legación vándala, que transmitiría al basileus las promesas de paz del monarca Asdingo. A modo de recompensa por sus buenos oficios Alejandro fue promovido a la comitiva rei privatae; aunque continuó ejerciendo las funciones de administrador del patrimonio de Placidia<sup>49</sup>. Como señala R. Delmaire, el hecho de que no renunciase a su empleo de curator, cuando asumió el cargo de comes rei privatae, es una prueba de que los dominios asignados a la hija de Valentiniano III seguían considerándose como propiedad del estado. En efecto, a la muerte de Placidia, aquellos bienes retornarían a la res privata y no

se permitiría que fuesen transmitidos en herencia a Anicia Juliana, hija de la difunta<sup>50</sup>.

Mediante este mutuo intercambio de embajadas quedó sellado un acuerdo de paz, que, como ya hemos indicado, se mantendría sin alteración hasta 533. Zenón, absorto en los problemas cada vez más complejos de la pars Orientis, abandonará todo proyecto de intervención en Occidente. Algo semejante podría decirse con respecto al reino vándalo. Después de 474 no volvemos a tener noticias sobre incursiones depredatorias en el Mediterráneo. La fase de expansión territorial y marítima ha concluido. Se inicia un período de contracción, marcado por la progresiva pérdida de control político sobre Sicilia y el avance de las tribus mauras en las provincias africanas. A nivel interno, se acentúa la confrontación entre la monarquía arriana y la Iglesia Católica; mientras una crisis sucesoria, que permanecerá abierta hasta la desintegración del reino vándalo, consume recursos y energías imprescindibles para el sostenimiento de la unidad del estado<sup>51</sup>.

Pese a las circunstancias, Constantinopla y Cartago no interrumpirán nunca sus relaciones. Zenón seguirá enviando, regularmente, embajadores a la corte de Hunerico, con el propósito de aliviar, en lo posible, las tribulaciones de la Iglesia africana. Tal como veremos más adelante, dos legaciones bizantinas se presentaron en la capital vándala, cuando la persecución empezó a arreciar. Regino encabezaba la primera, en 483, y Uranio la segunda, en 484<sup>52</sup>.

Por aquella misma época, Bizancio comenzó a distanciarse de las antiguas provincias occidentales en el plano religioso y dogmático. En 482, el emperador Zenón, siguiendo la línea inaugurada por Basilisco de intervenir en asuntos religiosos

mediante edictos, sin recurrir a la previa reunión de un concilio, promulgó el Henotikon o edicto de unión, inspirado por el patriarca Acacio. Dado que se pretendía establecer una concertación entre las posturas opuestas de diofisitas y monofisitas, el documento remarcaba la obligatoriedad de acatar las decisiones adoptadas en los Concilios de Nicea, Constantinopla y Efeso, eludiendo prudentemente toda mención a las formulas "una naturaleza" y "dos naturalezas", motivo de la querella. A la par, se condenaban las doctrinas heréticas de Nestorio y Eutiques, y, sin rechazar expresamente el credo de Calcedonia ni el tomus Leonis, se reprobaba cualquier interpretación anticirilana de las decisiones de Calcedonia<sup>53</sup>.

Sin embargo, el edicto no trajo la tan anhelada conciliación entre monofisitas y diofisitas. Antes bien, se produjo la aparición de un tercer partido en liza, compuesto por los elementos más tibios de ambos grupos, aquellos que estaban dispuestos a plegarse a los dictados de la corte. Las disputas entre los diofisitas intransigentes, que consideraban herético el decreto, y los monofisitas radicales, defraudados por la ausencia de una auténtica condena del Concilio de Calcedonia, continuaron produciéndose con la misma virulencia. El Henotikon simplemente vino a introducir un nuevo factor de desestabilización en el ya complejo panorama religioso del Imperio romano de Oriente.

Acacio y Pedro Mongo (482-490), entronizado en la cátedra patriarcal de Alejandría por el nuevo praefectus augustalis, en lugar del calcedonense Juan Talaia, sostenían el edicto. En cambio, Calidón de Antioquía (479-484) rehusó firmarlo y conspiró contra el soberano, apoyando la revuelta de Ilo y la usurpación de Leoncio, lo que le supuso el destierro, cuando los partidarios de Zenón recuperaron el control de Siria. Su sede la

volvió a ocupar Pedro Fullón (484-488), que no tuvo inconveniente en suscribir el documento. En abierto contraste con la postura adoptada por muchos de sus colegas, Martirio de Jerusalén no opuso resistencia al Henotikon. En Roma, el papa Felix III (483-492), informado de la situación oriental por boca del propio Juan Talaia, elevó su más enérgica protesta contra la instalación de Pedro Mongo en la sede de San Marcos, ya que había sido condenado como hereje. Además, en julio de 484, tras reunir un sínodo, en el que se debatió el problema, excomulgó y depuso a Acacio y Pedro Mongo. Como era de esperar el patriarca de Constantinopla, a despecho de la presión de los monjes akoímetoi (los que no se acuestan), se negó a reconocer la autoridad del pontífice, dando origen al cisma que lleva su nombre<sup>54</sup>.

La ruptura va a prolongarse cerca de treinta y cinco años, de 484 a 519. Durante ese tiempo el episcopado occidental, fiel a Roma, rehusaría comulgar con el clero bizantino. Por su parte, el gobierno de Constantinopla mostrará, a lo largo de este mismo período, cierto desapego hacia los problemas que afrontaba la Iglesia Católica en los reinos bárbaros; lo que no significa que los habituales contactos diplomáticos, que venía manteniendo con las monarquías germánicas, quedasen interrumpidos.

En este sentido, el caso vándalo resulta ilustrativo. Los emperadores orientales siguieron considerando a la población afrolatina tan romana como la que vivía bajo su autoridad directa, y, por tanto, debieron esforzarse por mejorar la situación en que se hallaba. Si bien es cierto que las fuentes para esta época no hacen mención a embajadas importantes hasta el reinado de Justino I, no lo es menos que destacan las buenas relaciones de Anastasio I (491-518) con Trasamundo (496-523)<sup>55</sup>. Difícilmente se concibe que esa especial amistad, a la que hace referencia Procopio, hubiese podido mantenerse en ausencia de un

intercambio diplomático.

Varias embajadas debieron cruzarse entre Constantinopla y Cartago, durante los últimos años del siglo V y las primeros del VI; aunque no conservemos noticia de ninguna de ellas. El silencio de las fuentes africanas puede atribuirse a la orientación ideológica de las mismas. Gran parte son obras elaboradas por teólogos y polemistas católicos, que pretenden combatir el arrianismo y el semipelegianismo. Algunas entroncan directamente con el género hagiográfico y describen los triumphos martyrum beatorum; aunque sin abandonar nunca la línea apologética antiarriana<sup>56</sup>. No debe, por tanto, resultar extraño que, en virtud de sus propios intereses, a estos autores les pasase desapercibida la llegada de cualquier embajada imperial que no tuviese como objetivo prioritario interceder a favor de la Iglesia Católica. Incluso un relato tan pormenorizado como la Historia persecutionis africanæ provinciae de Víctor de Vita se conforma con enunciar las demandas religiosas de los legados bizantinos, eludiendo hacer mención a cuestiones de índole política o económica, sobre las que nada sabríamos, si no fuese por otras fuentes. Además, hay que tener en cuenta que, al término de su narración, en 484, perdemos uno de los más valiosos documentos de que disponíamos para reconstruir la historia del reino vándalo. En adelante, habremos de atenernos a un repertorio informativo bastante lacónico. Las fuentes bizantinas de este período tampoco aportan mucho, ya que, c se encuentran en estado sumamente fragmentario, o fijan su atención, de manera exclusiva, en las intrigas cortesanas y las querellas dogmáticas propias de Oriente<sup>57</sup>.

Ante la escasez de datos resultaría bastante sencillo concluir que, durante las últimas décadas del siglo V, el Imperio se desentendió del problema vándalo. Como ya hemos expuesto, no

creemos que sucediese así. De todos modos, se produjeron una serie de cambios en la política occidental de Bizancio. Zenón se desprendió de la pesada carga financiera que suponía para el estado mantener los principios intervencionistas de León I, y concentró todos sus esfuerzos en remediar los males que padecía Oriente. Sin embargo, en ningún momento renunció a los derechos, que la deposición de Rómulo Augústulo y el asesinato de Julio Nepote, le habían conferido sobre las antiguas provincias occidentales. A través del uso de mecanismos diplomáticos continuó ostentando una soberanía nominal. No en vano, el emperador bizantino era la única figura dotada de capacidad jurídica, universalmente reconocida, para legitimar el poder que ejercían los reges gentium sobre las poblaciones romanas de la pars Occidentis. Sin necesidad de gastar un sueldo en costosas campañas bélicas, el basileus encontró el medio de revalidar su propia autoridad, otorgando cargos civiles y militares de tradición romana a los monarcas bárbaros. Estos, por su parte, se sentían orgullosos de recibirlos, ya que les facilitaban enormemente la tarea de consolidar su poder en el territorio que gobernaban<sup>58</sup>.

La carrera de Teodorico el Amalo (493-526) puede servir de paradigma. Este monarca ostrogodo, adoptado como hijo de armas por el emperador Zenón, según el rito germánico, obtuvo el cargo de magister utriusque militiae praesentalis y la dignidad de patricio en 476. Durante casi dos años sirvió lealmente al Imperio. Pero, después, se unió a las fuerzas rebeldes de Teodorico Estrabón. En 483 firmó un pacto con Zenón, en virtud del cual fue designado cónsul ordinario para el año siguiente y pudo volver a desempeñar el magisterium praesentale. A pesar de que en 486 encabezó una revuelta contra el gobierno de Constantinopla, a causa de la carencia de suministros frumentarios que padecía su pueblo, un nuevo acuerdo con el

emperador le permitió solventar la situación y conservar sus títulos. Finalmente, en 489 entraría en la Península Itálica, al frente de los ostrogodos, como enviado de Zenón (missus ab imperatore Zenone de partibus Orientis ad defendam sibi Italiam), recibiendo una cordial acogida por parte de Senado y el pueblo de Roma<sup>59</sup>. Algunos años más tarde, en 508, escribirá al emperador Anastasio: Regnum nostrum imitatio vestra est, forma boni propositi, unici exemplar imperii<sup>60</sup>.

Examinemos otro caso importante. Después de su victoria en el campus Vogladensis (Vouillé) sobre los visigodos, el rey franco Clodoveo (481-511) recibió de parte de Anastasio las tablillas consulares (codecillos de consulato). La aristocracia galorromana conmemoró aquel acontecimiento junto a la nobleza germánica en Tours. Gregorio, hijo del senador auvernés Florencio, y obispo de la ciudad entre 573 y 594, nos ha legado una detallada descripción del cuadro:

"(Clodoveo) se vistió en la basílica del bienaventurado Martín con una túnica de púrpura y una clámide, y se puso una diadema sobre la cabeza. A continuación, montando a caballo, distribuyó con gran generosidad oro y plata, arrojándolo con su propia mano al pueblo que se hallaba congregado en el camino que hay entre la puerta del atrio de la basílica del bienaventurado Martín y la iglesia de la ciudad; y a partir de este día se le llamó cónsul y Augusto"<sup>61</sup>.

Volviendo al tema del reino ostrogodo, conviene precisar algunos matices que nos permitan comprender sus relaciones con francos y bizantinos en esta época. Pese a que en 497 Anastasio le había remitido las insignias imperiales, que Odoacro hiciese transferir a Constantinopla tras la deposición



de Rómulo Augústulo, Teodorico el Amalo debió sentirse intranquilo al saber que el basileus había enviado los codecillos de consulato a Clodoveo. Las relaciones con Bizancio nunca habían sido fáciles, pero en los últimos tiempos se habían tornado abiertamente hostiles, por lo que el monarca ostrogodo temía, no sin razón, que el emperador estuviese buscando aliados, para hacer causa común en su contra.

Ya en 490-491 se habían producido las primeras fricciones. Por aquella época, había llegado a Constantinopla una embajada ostrogoda, encabezada por el senador Festo, con la misión de solicitar la entrega de la indumentaria imperial, que otorgase a Teodorico autoridad regia sobre Italia. Pero la muerte de Zenón frustró las expectativas del monarca Amalo. Anastasio, el nuevo soberano de la pars Orientis, no estaba dispuesto a plegarse a sus deseos. En 492, una segunda delegación diplomática ostrogoda se presentó ante la corte imperial. Mientras sus embajadores se encontraban aún en Bizancio, Teodorico dio muerte a Odoacro y fue proclamado rey de Italia, sin el consentimiento del basileus. Durante los siguientes cuatro años, Anastasio rehusaría legitimar la situación del príncipe bárbaro. Por fin, en 497, Teodorico obtuvo el reconocimiento oficial de Constantinopla. El emperador le hizo llegar las insignias imperiales<sup>62</sup>. Pero los verdaderos problemas entre Ravenna y Constantinopla todavía estaban por venir.

El llamado cisma laurenciano puso en evidencia que un importante sector de la aristocracia italiana buscaba la aproximación a Bizancio. Ya el papa Anastasio II (496-498) había adoptado una actitud conciliatoria hacia Constantinopla, comunicando su elección al emperador y reconociendo las ordenaciones y bautismos efectuados por el patriarca Acacio, aunque no la ortodoxia de las enseñanzas de éste. Tras la muerte

del pontífice, estalló el cisma, al ser elegidos, sucesivamente, por facciones rivales de la Iglesia romana, dos papas, Símaco y Lorenzo. Este último representante de los intereses de la aristocracia probizantina. Pese a que Símaco había sido consagrado el primero y contaba con mayor número de partidarios, Lorenzo logró apoderarse de casi todas las iglesias de la Ciudad Eterna y del palacio lateranense, residencia oficial del obispo de Roma. Durante varios años se sucedieron los enfrentamientos callejeros. Pero, sólo en 506, Teodorico se decidió a intervenir con contundencia, para poner fin al cisma. El monarca ostrogodo dispuso que fuesen devueltas a Símaco todas las iglesias de Roma, y permitió que éste desterrase a Lorenzo, quien murió, poco después, en el exilio<sup>63</sup>.

La existencia de fuertes tensiones políticas con el gobierno de Constantinopla, fue la causa de que el príncipe Amalo favoreciese a Símaco en detrimento del probizantino Lorenzo. En la primavera de 504, Teodorico había enviado una expedición militar al mando del comes Pitzia, para arrojar de Sirmium (Mitrovica) a Trasarico, rey de los gépidos. El éxito alcanzado por las fuerzas ostrogodas permitió al soberano ostrogodo incorporar a su reino la antigua provincia romana de Pannonia Secunda con su capital Sirmium, pese a que en 437 esta ciudad había sido cedida al Imperio de Oriente por Valentiniano III. Casi de manera simultánea, el caudillo huno Mundo, conduciendo a un grupo de guerreros, procedentes de diversas tribus, se instaló en la Moesia Prima, en calidad de foederatus de Teodorico. Sin embargo, aquella provincia formaba parte de la praefectura praetorio per Illyricum y dependía directamente del gobierno de Constantinopla. Anastasio, que deseaba poner coto a la expansión danubiana del dominio ostrogodo, despachó en 505 a Sabiniano, magister utriusque militiae per Illyricum, al frente de 10.000 federados búlgaros, con ordenes de expulsar a Mundo de

la Moesia Prima. Pero Pitzia, que se hallaba en la vecina Pannonia Secunda, acudió en auxilio del aliado de su señor con 2.000 infantes y 500 hombres de caballería. Las tropas imperiales fueron masacradas a orillas del Morava. Unicamente Sabiniano y algunos de sus hombres lograron escapar y refugiarse en el castillo de Nato. Tras la victoria, Mundo sometió su reino a Teodorico. Para este último se planteaba ahora un dilema harto difícil de resolver, ya que ni deseaba perpetuar el conflicto armado con el Imperio, ni tampoco estaba dispuesto a perder Sirmium. Finalmente, durante el invierno de 506-507, envió una embajada a Bizancio<sup>64</sup>.

Entre tanto, en las Galias, el rey franco Clodoveo preparaba una ofensiva de gran envergadura contra el visigodo Alarico II (484-507), yerno de Teodorico el Amalo. A despecho de la actividad mediadora del monarca ostrogodo, en la primavera de 507 estalló la guerra<sup>65</sup>. Cerca de Poitiers, en Vouillé (in campo Vogladense decimo ab urbe Pictava miliario), se libraría la batalla decisiva. Clodoveo, con el apoyo de sus aliados burgundios, derrotó a las fuerzas gótico-romanas de Alarico II, quien, por su parte, halló la muerte en el fragor del combate. Incapaz de organizar la resistencia, el reino de Tolosa se derrumbó, mientras francos y burgundios tomaban posiciones en el mediodía<sup>66</sup>.

Anastasio, al conocer la victoria de Clodoveo, decidió sumarse a la coalición antigótica. Como ya hemos señalado, en 508 concedió al monarca franco un consulado honorífico y el título de patricio. Los legados imperiales, a quienes se encargó la misión de entregar a Clodoveo los codecillos y las insignias aparejadas a las dignidades otorgadas, también debieron ocuparse de precisar los términos de la alianza entre Constantinopla y el nuevo poder hegemónico en las Galias<sup>67</sup>.

A comienzos del verano de 508, tropas ostrogodas al mando del dux Ibbas cruzaron los Alpes, con el objetivo de asumir el control político-militar de la franja costera mediterránea de los dominios subgálicos del fenecido reino de Tolosa<sup>68</sup>. Anastasio, que aún no había llegado a un acuerdo diplomático con Teodorico, favoreció la causa de sus aliados francos y burgundios, creando problemas al monarca Amalo en el Italia. Romano, comes domesticorum y Rústico, comes scholariorum, fueron enviados al frente de una expedición naval contra el reino ostrogodo. la escuadra imperial estaba compuesta por 100 barcos de transporte y 100 dromones. Navegaban a bordo 8.000 soldados, además de los marineros. Sabemos que efectuó varias razzias en la región del estrecho de Otranto y el golfo de Tarento, y que regreso triunfante a Constantinopla. De todos modos, el comes Marcelino, que es quien nos transmite esta noticia, califica de inhonestam victoriam al éxito de la armada, y asemeja las incursiones bizantinas a ataques piratas, en los que romanos despojaban a romanos<sup>69</sup>.

En realidad, el estado de guerra entre el Imperio de Oriente y el reino ostrogodo no había cesado desde la ocupación de Sirmium, puesto que, a pesar de los contactos diplomáticos, en ningún momento se ratificó un acuerdo formal entre ambos contendientes. Sólo en 510 se sellaría la paz, permitiendo a Teodorico dedicarse, por entero, a los asuntos internos del reino visigodo en el sur de las Galias y en Hispania. El tratado establecía la división de la Pannonia Secunda entre el Imperio y el reino ostrogodo. Constantinopla recobraría el control de la ciudad de Bassiana y la región oriental de la provincia, en tanto que Ravenna se reservaba la zona occidental y la ciudad de Sirmium<sup>70</sup>.

Aún cuando los vándalos no participaron de manera

oficial en la coalición contra Teodorico, en el ánimo de Trasamundo parece haber pesado más su buena relación con Anastasio que los vínculos matrimoniales que le ligaban a la familia de los Amalos. En 510 recibiría a Geselaico (507-510), hijo de Alarico II, proclamado rey de los visigodos por los magnates reunidos en Narbona, tras la derrota de Vouillé, y derrotado y expulsado de Hispania por el general ostrogodo Ibbas. Poco después, Trasamundo financiaría su regreso a las Galias, a fin de obstaculizar la expansión del poder de Teodorico hacia la Península Ibérica<sup>71</sup>.

Por lo que respecta a Bizancio, no volverá a intervenir militarmente en Occidente hasta la restauración justinienea. Las peligrosas tendencias centrífugas manifestadas por las provincias orientales del Imperio, consumirán gran parte de las energías del gobierno de Constantinopla, durante los últimos años del siglo V y los primeros del VI. Anastasio, impelido por la necesidad de reafirmar el poder del estado sobre Siria, Palestina y Egipto, no vacilará en proteger a los monofisitas, al tiempo que establecerá alianzas entre la corona y las principales familias de la aristocracia local, como, por ejemplo, ocurre en el caso de los Apiones de Egipto<sup>72</sup>. Paralelamente, incentivará la cristianización de los pueblos árabes asentados en las fronteras del Imperio, con el objetivo de evitar que llegasen a acuerdos de colaboración bélica con los Sasánidas<sup>73</sup>.

La permeabilidad del limes danubiano a las incursiones búlgaras y eslavas constituía otro problema, lo suficientemente serio como para que, en 497, el emperador mandase restaurar y reforzar la Muralla Larga, línea defensiva tendida entre el mar Negro y el de Mármara, 65 kms. al oeste de Constantinopla<sup>74</sup>.

Por último, rebeliones internas, como las protagonizadas por los isaurios, de 491 a 498<sup>75</sup>, y las del general Vitaliano en las Thraciae, de 513 a 518, imposibilitaron cualquier aventura militar en Occidente<sup>76</sup>. La idea del Imperio romano universal no será abandonada jamás; pero habrá de adecuarse a las exigencias del momento.

### 3.3. Maduración de los fundamentos de la recuperatio Imperii.

La política puesta en práctica por el gobierno de Constantinopla, entre 476 y 527, fomentó la idea de que la unidad del Imperio permanecía incólume. Con la desaparición del último emperador de Occidente, reconocido de manera oficial por su colega de Bizancio, se reafirmaba esa creencia, ya que teóricamente volvía a haber un único soberano sobre ambas partes del Imperio. Para la aristocracia del oeste, los príncipes bárbaros que ostentaban cargos y títulos romanos no eran sino delegados del basileus, que tenían encomendada la tarea de defender una porción del territorio de la Romania. Sin embargo, tras la fachada legitimista, se estaba gestando un nuevo tipo de relaciones entre las monarquías gentílicas y las élites romanas occidentales. Ninguno de los estados germánicos constituidos durante el temprano medievo sobre el antiguo solar del Imperio pudo eludir este trámite<sup>77</sup>.

De todos modos, no hay que olvidar que, en el transcurso de los reinados de Zenón y Anastasio, Bizancio subordinó su política occidental a los intereses de la pars Orientis. Como ya hemos comentado, los problemas surgidos en el ámbito religioso tuvieron su repercusión en las relaciones este-oeste. El gobierno de Constantinopla, empeñado en agrupar a toda la población del Imperio en torno a un solo credo, que pusiese

término a las querellas cristológicas, que desgarraban Oriente, no dudó en romper con Roma. Se juzgaba preferible contravenir a un papa que residía fuera del espacio real sobre el que ejercía su poder el basileus, que comprometer la primacía de Constantinopla y los resultados de una política religiosa, que había comenzado a dar sus primeros frutos en las provincias más orientales. El cisma se perpetuaría, incluso, cuando ya resultaba manifiesto que ni los monofisitas más radicales ni los calcedonenses más celosos aceptarían la definición del dogma formulada en el Henotikon<sup>78</sup>. Anastasio, aunque antes de su coronación había efectuado una profesión de fe, comprometiéndose a defender el credo de Calcedonia, pronto se reveló como su más acervo enemigo. No contento con adherirse al edicto de unión promulgado por su predecesor, basculó hacia una política eclesiástica abiertamente monofisita<sup>79</sup>.

El cisma de Acacio tuvo efectos políticos de importancia. La aristocracia senatorial italiana, fiel al credo de Calcedonia, cerró filas, primero en torno a Odoacro, y, más tarde, alrededor de Teodorico el Amalo, consolidando el poder de los bárbaros sobre la Península y haciendo inviable la posibilidad de que Zenón o Anastasio designasen un nuevo soberano para la pars Occidentis, tras el asesinato de Julio Nepote<sup>80</sup>.

Sólo bajo el reinado de Justino I (518-527) se promoverá el retorno a la ortodoxia calcedonense y tendrá lugar la reconciliación con Roma. Este cambio en las directrices de la política religiosa del Imperio, permitiría al papa Hormisdas (514-523) imponer una fórmula que, de hecho, pondrá punto final al cisma de Acacio<sup>81</sup>. Simultáneamente, el gobierno de Constantinopla daría nuevas muestras de interés por mejorar la situación que afrontaba la Iglesia Católica en el Africa vándala, bajo el reinado de Trasamundo<sup>82</sup>. Todo lo cual supone una

aproximación a Occidente.

En los primeros tiempos de su reinado, Justino I accedió a las demandas de Teodorico el Amalo, que, desde 516, venía demandando de Constantinopla el reconocimiento de su yerno Eutarico como legítimo heredero del reino de los godos. Anastasio había rehusado otorgar la sanción imperial; pero Justino, deseoso de estrechar lazos con Occidente, no sólo reconoció a Eutarico el derecho a suceder a su suegro, sino que, además, le adoptó como hijo de armas, según el viejo ritual germánico. Con el objeto de satisfacer a los sectores de la aristocracia senatorial italiana, subgálica e hispánica, que se resistían a aceptar la continuidad de la dinastía de los Amalos y que consideraban al príncipe godo como "un enemigo de la fe Católica", el basileus le convirtió en ciudadano romano y le designó como colega suyo para ocupar la magistratura consular en 519. Se pretendía compensar el origen germánico y la fe arriana de Eutarico con la concesión de cargos y dignidades imperiales, que refrendasen su autoridad a ojos de los provinciales romanos, sobre los que estaba llamado a gobernar<sup>83</sup>.

A la normalización de relaciones con Ravenna, siguió un cambio en el marco jurídico-político en que hasta entonces se habían desarrollado los contactos con Cartago. Anastasio siempre mantuvo trato cordial con Trasamundo. Desaparecido éste último, como ya apuntara acertadamente E. Stein, su sucesor Hilderico (523-530), hijo del Asdingo Hunerico y de la romana Eudocia, se avino a reconocer la autoridad suprema del emperador de Bizancio<sup>84</sup>. Caso insólito en la historia del reino vándalo, ya que después de la ruptura del foedus de 435 con la toma de Cartago, ningún soberano del linaje real de los Asdingos había vuelto a acatar la soberanía imperial.



Durante el reinado de Justino I la política occidental del gobierno de Constantinopla continúa apegandándose al modelo establecido en tiempos de Zenón: nada de arriesgadas y costosas empresas militares, correcto funcionamiento de los cauces diplomáticos y defensa propagandística de la teórica supremacía de la autoridad imperial. Sin embargo, algo estaba cambiando. A partir de 518, Bizancio había empezado a conceder, nuevamente, un lugar de preferencia a sus relaciones con el oeste. En la corte se estaba generando un ambiente propicio a la intervención, que en buena medida recuerda el que se respiró en el primer decenio de León I.

Justiniano, sobrino y sucesor de Justino, fue el auténtico promotor de aquella mutación. Con él en el trono, la vieja utopía del Imperio romano universal recobró vitalidad y adquirió unos perfiles bien definidos. Su materialización se supeditaba al logro del restablecimiento de la soberanía imperial en Occidente y de la ortodoxia calcedonense en Oriente<sup>85</sup>. Bajo este doble signo, Constantinopla abandonará el sistema de delegación de autoridad en caudillos germánicos, empleado extensamente por Zenón y Anastasio, para adoptar el uso de métodos agresivos, que posibilitasen la intervención armada en los reino bárbaros del Mediterráneo occidental.

Aunque la concepción política que subyace al proyecto justiniano de recuperatio imperii se amolde a una ideología de corte tradicionalista, eso no significa que en la práctica se reproduzcan situaciones propias de épocas pasadas. Nos hallamos ante un hecho semejante al que, de manera paralela, se estaba dando en el campo de las reformas internas. Durante el reinado de Justiniano se reorganizaron casi todas las instituciones del estado, sin alterar sus estructuras profundas, creando así un sistema de tránsito entre el modelo diocleciano-constantiniano

y el desarrollado en el siglo VII por los Heráclidas<sup>86</sup>. En todo momento, el emperador actuó bajo los dictados de una mentalidad profundamente conservadora. Ahora bien, con la habilidad de un gran estadista, supo conjugar el legado de Roma con las transformaciones necesarias para hacer frente a los retos de su época. Respetuoso con la tradición, tuvo buen cuidado de no introducir cambios abruptos, que pudiesen ser interpretados como una ruptura con el pasado. Con todo, algunos de sus súbditos le consideraron un audaz innovador, que había quebrantado el orden instaurado por los soberanos precedentes<sup>87</sup>.

Debemos señalar que no existe contradicción entre la postura ideológica conservadora de Justiniano y las reformas introducidas en su praxis de gobierno, ya que en Bizancio toda innovación, consciente o inconscientemente, se presenta como si se tratase de un simple restablecimiento de las venerables instituciones de los mayores<sup>88</sup>. Algo parecido ocurrirá con la serie de campañas que, de 533 a 554, permiten al basileus reincorporar a su Imperio parte de las antiguas provincias mediterráneas del oeste. La propaganda oficial del estado bizantino convertirá el acontecimiento en la restauración efectiva del Imperio romano universal. Sin embargo, la realidad política a mediados del siglo VI era bien distinta a la de comienzos del V. Hacia 560, un único emperador, residente en Constantinopla, gobierna sobre ambas partes imperii como autócrata indiscutible. Las fronteras exteriores y los límites de las circunscripciones territoriales internas no son idénticos a los del año 400. Y además, la organización de la burocracia gubernativa y del ejército responde a las nuevas exigencias del momento.

En cualquier caso, la restauración del Imperio romano universal no sólo era un ideal político, sino también una

concepción jurídica. De hecho, nacía de ella. Como ya hemos tenido oportunidad de comentar, la interrupción de la línea de emperadores legítimos de la pars Occidentis había convertido a sus colegas orientales en únicos depositarios de la soberanía imperial. Esta se consideraba sagrada, una e indivisible; aunque fuese ejercida por más de un Augusto<sup>89</sup>.

A partir del reinado de Zenón, el estado bizantino había hecho incapié en presentar a los monarcas germanos de Occidente como meros delegados de la autoridad suprema y universal del emperador de Constantinopla. La diplomacia imperial apeló a los más complejos y atrevidos retruecanos, para conseguir que la soberanía del basileus fuese formalmente acatada en todos los reinos bárbaros. Por lo común, los príncipes germanos no opusieron resistencia a las pretensiones del soberano oriental. En su inmensa mayoría, estaban convencidos de la pervivencia de la unidad del Imperio y consideraban al emperador de Bizancio como la única fuente de poder legítimo; de ahí que se mostrasen orgullosos de recibir de su mano títulos y cargos honoríficos. El rey burgundio Segismundo (516-523) llegará a afirmar en una carta dirigida a Anastasio:

"Mi linaje es esclavo vuestro... Vuestro es mi pueblo y más me deleita servirlos a vos que gobernarle a él... Aunque parezcamos regir a nuestro pueblo; no nos creemos más que soldados vuestros... Por medio de nos administráis los espacios de remotas regiones, nuestra patria forma parte de vuestro Imperio"<sup>90</sup>.

Casi todos los monarcas bárbaros que acuñaron moneda en este período lo hicieron en nombre del basileus de constantinopla, cuya imagen y títulos aparecían en la cara del

anverso. Los pocos reyes que se atrevieron a sustituirlos por los suyos propios, lo hicieron en emisiones muy limitadas; por lo general de carácter conmemorativo, cuando eran en oro, o destinadas a facilitar los intercambios cotidianos en los mercados urbanos, cuando eran en plata y bronce<sup>91</sup>.

A comienzos del siglo VI, el Imperio aún conservaba una espléndida fachada exterior. Los autócratas bizantinos habían logrado que la mayor parte de los monarcas germanos, que regían los destinos de las antiguas provincias occidentales, aceptasen reconocer el principio jurídico que establecía la supremacía de la autoridad imperial sobre cualquier otra. Sin embargo, les era imposible ejercer sus prerrogativas mediante una acción directa de gobierno. Con posterioridad a 468, ninguna de las leyes promulgadas por los emperadores orientales había llegado a entrar en vigor en Occidente. Pese a que, tras la deposición de Rómulo Augústulo, Odoacro había enviado a Constantinopla las insignias imperiales, reconociendo a Zenón como soberano de ambas partes del Imperio, las distintas tesorerías del estado, encargadas de la recaudación y administración de rentas y tributos, siguieron sin poder ingresar en caja el montante de gravámenes fiscales que procediesen de los territorios dominados por los bárbaros. En cuanto al ejército imperial, nunca llegó a efectuar levás entre la población que habitaba aquellas zonas. Según parece, Zenón y Anastasio carecieron de la voluntad y de los medios materiales precisos, para mantener la dominación universal del Imperio a otro nivel que no fuese el meramente teórico. Ni las fuerzas armadas, ni el aparato burocrático-administrativo, dependientes del gobierno central de Constantinopla, fueron utilizados para imponer su autoridad en Occidente. Como vías alternativas, se recurrió al empleo de la diplomacia y de la propaganda oficial; al tiempo que se hacía un intenso esfuerzo por romanizar a las élites germanas<sup>92</sup>.

Constantinopla sacrificó, temporalmente, la posibilidad de materializar la concepción jurídica del Imperio universal en aras de su propia cohesión interna. Ante el separatismo de Siria, Palestina y Egipto, la amenaza persa y árabe en las fronteras del este, y la aparición de eslavos y búlgaros en el Danubio, Bizancio decidió concentrar todas sus energías en la resolución de estos problemas y renunció a sostener una presencia militar y administrativa en Occidente. esto explica el hecho de que, durante los reinados de Zenón, Anastasio y Justino I, se permitiera la consolidación de un sistema policéntrico sobre el viejo solar de la Romania. Hacia 523, el mapa político del Mediterráneo occidental aparece dominado por la presencia de dos grandes estados romano-germánicos. Al norte encontramos el reino godo de Ravenna, que controlaba la Península Itálica, Sicilia, la práctica totalidad de la diócesis Pannoniarum, la franja litoral subgálica y los territorios hispanos del fenecido reino de Tolosa. Al sur se hallaba el viejo reino vándalo de Cartago, que ejercía su autoridad sobre el norte de Africa, el mar Baleárico y la región del estrecho. Los monarcas de estos dos reinos, Teodorico el Amalo e Hilderico, pese a sus mutuas desavenencias, acataron la soberanía del basileus. Por lo que se refiere al Imperio, su centro de gravedad se había desplazado definitivamente hacia el este, para asentarse en la ciudad de Constantinopla. Justiniano fue capaz de advertir las líneas de desarrollo que seguía el proceso histórico, e intentó modificarlas en beneficio de la vieja concepción romana del Imperio universal. Disponía, a su favor, de un rico acerbo de argumentos jurídicos, para legitimar el empleo de las armas contra los reinos bárbaros<sup>93</sup>.

El Africa vándala sería la primera región occidental en sufrir las consecuencias de este cambio de orientación en la política mediterránea de Bizancio. Ninguno de los acuerdos

firmados por los gobernantes de Ravenna y Constantinopla con Genserico entre 442 y 474 había reconocido la plena soberanía de los monarcas del linaje real de los Asdingos sobre las provincias romanas que controlaban de manera efectiva. Según señala F. Martroye, el Imperio se limitó a otorgarles una concesión in precario de cuantos territorios habían ocupado militarmente. Se trataba de zonas sobre las que Ravenna era incapaz de restablecer su autoridad y, por tanto, se hallaban bajo dominio factual de los invasores bárbaros<sup>94</sup>. Dadas las circunstancias, la concesión de una possessio in precario era la postura más lógica y la única jurídicamente viable. Garantizaba a los reyes vándalos el dominio de hecho y les permitía disponer, con absoluta independencia, de bienes y personas, ejerciendo el poder en lugar del emperador y no en calidad de delegados suyos, como ocurría con los monarcas federados. No obstante, el Imperio se reservaba el derecho a reivindicar su potestad, en el momento en que se hallase en condiciones de hacerlo.

Una novella, promulgada por Valentiniano III el 19 de octubre de 443, y preparada por el mismo equipo de juristas palatinos que un año antes interviniese en la redacción del pacto sellado con Genserico, nos ayuda a aclarar algunos aspectos en torno a la cuestión que nos ocupa. En dicha constitución se aborda el problema de los créditos concedidos a los refugiados africanos<sup>95</sup>. Como ya vimos, tras la caída de cartago en manos de los vándalos, los grandes propietarios de la Proconsularis fueron despojados de sus patrimonios y obligados a abandonar la provincia. La mayoría se instaló en Italia, a la espera de una pronta restitución de sus bienes. Habitados a una vida confortable y refinada, aquellos aristócratas no dudaron en solicitar préstamos monetarios, a cuenta de los ingresos que les proporcionarían sus fundos, una vez recuperados. La presencia de la flota oriental en Sicilia, a partir del verano de 441,

alentaba las expectativas de los exilados. Durante aquel período, numerosos senatores et honorati viri de procedencia africana debieron obtener importantes sumas de los banqueros italianos, quienes, seguramente, se apresuraron a entregárselas, antes de que una rápida intervención militar en Africa devolviese a los exilados sus haciendas y rentas. Sin embargo, cuando en la primavera de 442 la armada retornó a Constantinopla, sin haber cumplido la misión que le estaba encomendada, Valentiniano se vio forzado a negociar con Genserico un acuerdo de paz, en el que no se contemplaba la restitución de los bienes confiscados a la nobleza africana. Ravenna se inhibía del problema, dejando que los damnificados se entendiesen particularmente con las nuevas autoridades de Cartago<sup>96</sup>.

Para los senadores exilados, la ratificación del tratado supuso la pérdida de toda esperanza de recuperar, en breve y como grupo, aquellas propiedades que constituían la base material de su poder socio-económico. De hecho, su propia existencia, en tanto que clase dirigente de la región más próspera del Imperio occidental, quedaba comprometida. No es extraño que, en estas circunstancias, el pánico se apoderase de quienes les habían prestado dinero. A partir del otoño de 442, los acreedores empezaron a reclamar con insistencia la devolución de los préstamos. Puesto que gran parte de los deudores se hallaban arruinados y no podían hacer frente a las obligaciones contraídas, los prestamistas acudieron a sus fiadores (fideiussores) y mandatarios (mandatores). De acuerdo con la normativa vigente, éstos debían saldar la deuda adquiriendo, a la vez, el derecho a ejercer la acción del acreedor<sup>97</sup>.

Sin embargo, parece ser que, en aquella ocasión, la mayoría de los fiadores se negó a responder por los deudores. Banqueros y prestamistas, en posesión de los recibos firmados por

los africanos, comenzaron a enviar citaciones judiciales a fiadores y mandatarios, quienes pronto se vieron envueltos en diversos pleitos ante los tribunales civiles. Finalmente, tuvo que intervenir la autoridad imperial. Valentiniano, sin duda, presionado por un influyente grupo de deudores y fiadores, promulgó la supracitada constitución, ordenando que, en consideración a los infortunios padecidos por los africanos, ninguno de ellos quedase sujeto a demanda judicial por asuntos relacionados con deudas, en tanto no hubiese recuperado sus bienes. Con todo, esta disposición sólo se aplicaría en aquellos casos en los cuales el deudor hubiese perdido todas sus propiedades, por hallarse localizadas en los territorios africanos ocupados por los vándalos. Quienes poseyesen riquezas en otras provincias del Imperio deberían cumplir con sus obligaciones. Tampoco podría citarse a juicio a los fiadores y mandatarios, como se tenía por costumbre. La ley recalca que el precepto se mantendría en vigor hasta el momento en que los africanos recuperasen sus patria o sus propiedades (usque ad illud tempus, quo qualibet ratione atque eventu patriae vel propriorum recuperatio optata contigerit:)<sup>98</sup>.

Como puede observarse, la idea de recuperatio Africae aparece reflejada en el texto de manera expresa e inequívoca. Nos hallamos ante un testimonio concluyente, que demuestra que el Imperio no había renunciado a sus derechos sobre las regiones cedidas a los vándalos, a raíz del acuerdo de paz de 442. Además, se advierte que el estado romano se reservaba la facultad de reivindicar el ejercicio del poder directo, en cuanto se hallase en una coyuntura favorable.

Una novella posterior, fechada el 21 de junio de 445, emplea también la expresión recuperatio provinciarum, para referirse al restablecimiento de la autoridad imperial sobre



territorios de la Mauritania Sitifensis y la Numidia, que habían sido reintegrados a la administración de Ravenna en virtud del tratado de 442<sup>99</sup>.

De todo lo expuesto se deduce que el concepto de recuperatio imperii no es una creación ex nihilo de la propaganda oficial de la época justiniana, sino que ya se encontraba implícito en ciertos instrumentos jurídicos empleados cien años atrás, para regular las relaciones del Imperio con los pueblos germánicos que iban ocupando, paulatinamente, parcelas, más o menos extensas, de territorio en el interior de la Romania. Si Constantinopla se consideraba justificada para intervenir en el reino vándalo, que desde sus orígenes había luchado por establecer su completa independencia política del Imperio, cuánto más se creería con derecho a hacerlo en otras formaciones estatales bárbaras, que habían surgido como reinos federados<sup>100</sup>.

Justiniano y sus asesores legales conocían bien aquellos principios. La originalidad de su obra reside en la capacidad de haberlos recuperado, para ponerlos al servicio de una política restauracionista en el Mediterráneo occidental. En una novella publicada el 18 de marzo de 536, se nos ofrece toda una declaración programática sobre el establecimiento de la autoridad imperial en las antiguas provincias del oeste, apoyada en la certidumbre absoluta de que la divina providencia guiaba al emperador y sus ejércitos en el cumplimiento de tan sagrado deber:

"Dios nos ha concedido convencer a los persas para concertar la paz, someter a vándalos, alanos y mauros, recobrar toda Africa y Sicilia, y tenemos buenas esperanzas de que el Señor nos concederá lo restante de este Imperio que los romanos

de antaño extendieron hasta los límites de los dos océanos y que perdieron a causa de su indolencia"<sup>101</sup>.



## NOTAS.

1. Auct. Havn. ordo post., a. 474; CAND., Frg.,= PHOT., Bibl., 79; Vit. Dan. Styl., 66-67; Anon. Val., 9, 39; MARCELL. COM., Chron., a. 474; JORD., Rom., 340; JOH. MAL., Chronogr., pp. 375-376; EVAGR., Hist. Eccl., II, 17; THEOPH., Chronogr., A.M. 5.965-5.967; NIC. CALL., Hist. Eccl., XV, 27; 29.
2. VICT. VIT., Hist. persec., I, 51; MALCH., Frg., 3; PROC., De bellis, III, 9, 23. La cuestión de la herencia de Eudocia no se solventó hasta 480-481. Y fue el motivo principal de la embajada de Alejandro; cf. MALCH., Frg., 13.
3. MALCH., Frg., 4; JOH. ANT., Frg., 210; THEOPH., Chronogr., A.M. 5.963. J. R. Martindale considera muy probable que Teodorico Estrabón se hallase implicado en el atentado que costó la vida a Heraclio de Edesa. Su posterior deposición habría sido el motivo real que le indujo a sumarse a la conjura, que provocó la caída de Zenón y el advenimiento de Basilisco. No en balde, durante el reinado de este último, recobró su antigua graduación; cf. PLRE, II, p. 1.074.
4. EVAGR., Hist. Eccl., II, 17; JOH. MAL., Chronogr., p. 376; THEOPH., Chronogr., A.M. 5.966-5.967; NIC. CALL., Hist. Eccl., XV, 29.
5. Anon. Val., 9, 41; MARCELL. COM., Chron., a. 475. Al parecer, la emperatriz viuda Elia Verina advirtió a Zenón de que iba a ser asesinado, moviéndole así a abandonar la capital en compañía de su esposa, Ariadna, y de un grupo de fieles; cf. Vit. Dan. Styl., 69; CAND., Frg.,= PHOT., Bibl., 79.
6. Vit. Dan. Styl., 68-69; MALCH., Frg., 8; 11; Anon. Val., 9, 39; 41; MARCELL. COM., Chron., a. 475; JORD., Rom., 339; VICT. TONN., Chron., a. 475; PROC., De bellis, III, 7, 18; EVAGR., Hist. Eccl., III, 3; 24; THEOPH., Chronogr., A.M. 5.963-5.964; 5.967; 5.969-5.970. El núcleo primigenio de la conjura estuvo integrado por Verina, Patricio y Armato, a los que se sumaron, gradualmente, los restantes implicados; cf. CAND., Frg.,= PHOT., Bibl., 79; JOH. ANT., Frg., 210.
7. Urbicio realizó una larga y fructífera carrera en el cubiculum. Fue praepositus en varias ocasiones bajo el reinado de siete emperadores (Teodosio II, Marciano, León I, León II,

Zenón, Basilisco y Anastasio I). Intervino activamente en la caída de Zenón en 475 y en la de Basilisco veinte meses después. Más tarde, apoyó la candidatura de Anastasio y estuvo presente en la ceremonia de su proclamación como emperador; cf. THEOD., De situ Terr. Sanct., 28; CALLIN., Vit. Hyp., 72; 75; CONST. PORPH., Caer., I, 92; ZON., Epit. Hist., XIV, 3, 1. A diferencia del primicerius, el castrensis y el comes domorum per Cappadociam, que sólo podían ocupar el cargo por un período determinado, dos años bajo Justiniano, el praepositus, el spatharius y el sacellarius servían en su puesto todo el tiempo que el emperador lo deseara. Además, el praepositus era designado por el soberano, y no estaba sujeto a sucesión por orden de antigüedad. De ahí que Urbicio pudiera desempeñar sus funciones más de una vez. Puesto que el praepositus era el único personaje que tenía libre acceso al emperador en cualquier momento, su influencia y poder eran considerables. Cf. JONES, A. H. M., The Later Roman Empire. 284-602, Oxford, 1.964, pp. 566-572.

8. Epinico, notario oriundo de la Phrygia Salutaris, había sido administrador de las propiedades de Urbicio, quien le introdujo en la corte. Gracias al favor que le dispensaban la emperatriz Verina y el todopoderoso praepositus, ocupó los cargos de comes rei privatae y de comes sacrarum largitionum bajo el reinado de León I, la praefectura praetorio Orientis en tiempos de Basilisco, y la praefectura urbis Constantinopolis, después de que Zenón hubiese sido restaurado al trono; cf. PLRE, II, p. 397.

9. Patricio ocupó el cargo de magister officiorum entre 466 y 470 (CJ, XII, 19, 9; 20, 3-5). En el ejercicio de sus funciones, dio lectura, ante el consistorium, a la correspondencia que delataba la traición de Ardabur; cf. Vit. Dan. Styl., 55.

10. Anon. Val., 9, 41.

11. Vit. Dan. Styl., XL; CAND., Frg., = PHOT., Bibl., 79; MALCH., Frg., 11; Anon. Val., 9, 41; JORD., Rom., 341; JOH. MAL., Chronogr., p. 378; Chron. Pasch., a. 477; JOH. ANT., Frg., 210; THEOPH., Chronogr., A.M. 5.967.

12. CAND., Frg., = PHOT., Bibl., 79; MARCELL. COM., Chron., a. 473, 2.

13. CAND., Frg., = PHOT., Bibl., 79; MALCH., Frg., 8; JOH. MAL., Chronogr., pp. 378; 381; Chron. Pasch., a. 484.

14. STEIN, E., Histoire du Bas-Empire, I, De l'État romain à l'État byzantin. 284-476, París, 1.959, p. 363; JONES, A. H. M., op. cit., p. 225.

15. BAUS, K.- EWIG, E., "Desde Nicea a Calcedonia", Manual de Historia de la Iglesia, II, La Iglesia imperial después de Constantino hasta fines del siglo VII, ed. H. Jedin, Barcelona, 1.979, pp. 45-66; 101-126; 143-163; MARROU, H.- I., Nueva Historia de la Iglesia, I, Desde los orígenes a San Gregorio Magno, ed. L. J. Rogier, R. Auvert y M.D. Knowles, Madrid, 1.982, pp. 287-305; 373-378.

16. Continúa siendo esencial para comprender este período la obra de HEFELE, K. J. von, A History of the Councils of the Church, III, A.D. 431 to A.D. 451, Edimburgo, 1.883. Resulta también interesante el trabajo de CAMELOT, P.- T., Historia de los concilios ecuménicos, II, Efeso y Calcedonia, ed. G. Dumeige, Vitoria, 1.971.

17. BECK, H.- G., "La primitiva Iglesia bizantina", Manual de Historia de la Iglesia, II, La Iglesia imperial después de Constantino hasta fines del siglo VII, ed. H. Jedin, pp. 576-580.

18. El texto del Enkyklion ha llegado hasta nosotros a través de EVAGR., Hist. Eccl., III, 4.

19. De los cuatro patriarcas orientales, sólo el de Constantinopla, apoyado por el clero y el pueblo de la capital, logró conservar su dignidad durante el reinado de Basilisco, pese a que se negó a subscribir el Enkyklion. No ocurrió lo mismo en Palestina, Egipto y Siria, regiones con mayor implantación del monofisismo. El patriarca Anastasio de Jerusalén fue desterrado y sustituido por el monofisita Geroncio. Otro tanto sucedió en Alejandría, adonde Timoteo Ailuros, exiliado en el Quersoneso trácico por orden del emperador León I, regresó en triunfo y tomó posesión de su antigua sede, después de que el calcedonense Timoteo Solofaciolo se hubiese visto obligado a buscar refugio en un monasterio. En Antioquía, fue Pedro Fullón quien volvió a ocupar la cátedra, en lugar de Juliano. Cf. STEIN, E., Historire du Bas-Empire, I, De l'État romain à l'État byzantin, París, 1.959, pp. 363-364.

20. EVAGR., Hist. Eccl., III, 7. Las revueltas que se produjeron en la capital, tras la promulgación del Enkyklion, son descritas por el anónimo autor de la Vit. Dan. Styl., XLI.

21. CAND., Frg., = PHOT., Bibl., 79; JOH. MAL., Chronogr., p. 385; THEOPH., Chronogr., A.M. 5.967; 5.969.

22. PROC., De bellis, III, 7, 20-21; JOH. MAL., Chronogr., p. 379; EVAGR., Hist. Eccl., III, 24; Chron. Pasch., a. 478; THEOPH., Chronogr., A.M. 5.969; ZON., Epit. Hist., XIV, 2, 14-15.

23. Marco había sido proclamado César en 475 y Augusto al año siguiente ( CAND., Frg., = PHOT., Bibl., 79). Cuando Zenón entró en Constantinopla, Basílisco y su familia buscaron refugio en el baptisterio de Santa Sofía. Pero Zenón les hizo salir asegurándoles que no derramaría su sangre. Promesa que cumplió, ya que los envió desterrados al castillo de Limmae en la Cappadocia Prima. Allí se los arrojó desnudos a una cisterna vacía, donde se les dejó morir; cf. Anon. Val., 9, 43; MARCELL. COM., Chron., a. 476; JOH. MAL., Chronogr., p. 30. Aunque, habitualmente, en el caso de los traidores y conspiradores la pena capital era conmutada por la de destierro y confinamiento, no ocurría así cuando se trataba de usurpadores. Con raras excepciones, en las que se les obligaba a tomar ordenes sagradas o se los enviaba al exilio, lo común era que se ejecutase la sentencia de muerte. Basilisco y su familia no pudieron substraerse a su trágico destino

24. CAND., Frg., = PHOT., Bibl., 79; MALCH., Frg., 8; PROC., De bellis, III, 7, 21; 23; JOH. MAL., Chronogr., pp. 381-382; EVAGR., Hist. Eccl., III, 24; Chron. Pasch., a. 484; THEOPH., Chronogr., A.M. 5.969.

25. Anon. Val., 7, 36; 8, 38; Fast. Vind. Prior., a. 475; Pasch. Camp., a. 475; Auct. Havn. ordo prior, a. 475, 1-2; ordo post., a. 475, 1-2; ordinis post. marg., a. 475, 1-2; MARCELL. COM., Chron., a. 475; JORD., Get., 241; Rom., 344, EVAGR., Hist. Eccl., II, 16; THEOPH., Chronogr., A.M. 5.965.

26. STEIN, E., op. cit., I, p. 604, n. 187, subraya el hecho de que Basílisco reclamase para Oriente los dos consulados de 476, como prueba irrefutable de que el gobierno de Constantinopla no reconocía a Rómulo Augústulo. En efecto, el 1 de enero de 476, Basilisco y Armato inauguraron solemnemente su consulado; cf. Fast. Vind. Prior., a. 476; Pasch. Camp., a. 476; Auct. Havn. ordo prior, a. 476; ordo post., a. 476; JOH. MAL., Chronogr., p. 378; Chron. Pasch., a. 484.

27. PAUL. DIAC., Hist. Rom., XV, 7.

28. PROC., De bellis, V, 1, 4-5; JORD., Get., 242; Rom., 344.

29. JONES, A. H. M., op. cit., p. 244; REMONDON, R., La crisis de imperio romano. De Marco aurelio a Anastasio, Barcelona, 1.967, pp. 136-139, 191-192; 224-225.

30. ENND., Vit. Epiph., 95; Anon. Val., 10, 45; Fast. Vind. Prior., a. 476; Pasch. Camp., a. 476; Auct. Havn. ordo prior, a. 476, 2; ordo post., a. 476, 1; ordinis post. marg., a. 476, 2; EUGIPP., Vit. Sev., 7 ; 44, 4; PROC., De bellis, V, 1, 4-7;

JORD., Get., 242; Rom., 344; JOH. ANT., Frg., 209, 1.

31. ENNOD., Vit. Epiph., 95-100; Anon. Val., 8, 37; Fast. Vind. Prior., a. 476; Auct. Havn. ordo prior, a. 476, 3; ordo post., a. 476, 2; ordinis post. marg., a. 476, 3; MARCELL. COM., Chron., a. 476; CASSIOD., Chron., a. 476; JORD., Get., 242; Rom., 344.

32. Anon. Val., 8, 38: ingrediens autem Ravennam deposuit Augustulum de regno, cuius infantiae misertus concessit ei sanguinem, et quia pulcher erat, tamen donans ei redditum sex milia solidos misit eum intra Campaniam cum parentibus suis libere vivere.

33. EUGIPP., Vit. Sev., 46; MARCELL. COM., Chron., a. 476; JORD., Get., 242. El hecho de que la inlustris Barbaria transfiriese el cuerpo del monje Severino a un edificio construido en el castellum Lucullanum, es un dato a favor de la presunta vinculación de esta viuda con la familia de Rómulo Augústulo. No en vano, el padre de este último, Orestes, era de origen panonio, seguramente, natural de la provincia de Savia (PRISC., Frg., 7; Anon. Val., 8, 38); y Severino había pasado gran parte de su vida en el Noricum Ripensis (EUGIPP., Vit. Sev., I, 1), desde donde se extendió su fama de taumaturgo por toda la diocesis Pannoniarum, gracias a la labor diligente de sus numerosos discípulos. Cuando se produjo la muerte del célebre monje, en 482, su personalidad rebasaba ampliamente el ámbito de la esfera religiosa, ya que, durante los años de estancia a orillas del Danubio, se había convertido en el líder temporal de los romanos que habitaban en esta región, frente a la amenaza de los pueblos bárbaros. Sin duda, el traslado de sus restos a Nápoles se efectuó bajo el patrocinio de una poderosa familia de la aristocracia panónica, residente en Italia. La única que conocemos es la de Rómulo Augústulo, que por aquel entonces, ocupaba la antigua villa de Lúculo en cabo Miseno, lugar en donde se alzó el sepulcro del santo. Si identificamos a Barbaria con la madre de Rómulo se debe a que, en tiempos de Gelasio, el antiguo emperador aún estaba vivo, y por tanto no puede tratarse de su viuda. Además, conservamos una carta que el rey ostrogodo Teodorico el Amalo dirigió a Rómulo y a su madre entre 507 y 511, para confirmarles una donación de bienes; lo que prueba que a comienzos del siglo VI la viuda y el hijo de Orestes aún residían en Italia; cf. CASSIOD., Var., III, 35.

34. MALCH., Frg., 10; Anon. Val., 9, 44.

35. VICT. VIT., Hist. persec., I, 14: Siciliam, Oduacro Italiae regi postmodum tributario iure concessit.



36. CAND., Frg., = PHOT., Bibl., 79; MALCH., Frg., 10.

37. JONES, A. H. M., op. cit., p. 245.

38. PLRE, II, XXXIX.

39. Chron. Gall. a. DXI, 653: Vincentius vero ab Eurico rege quasi magister militum missus ab Alla et Sindila comitibus Italia occiditur; 657: Arelate capta est ab Eurico cum Massilia et ceteris castellis. Cf. GARCIA MORENO, L. A., "Vincentius dux provinciae Tarraconensis". Algunos problemas de la organización militar del Bajo Imperio en Hispania", HA, VII, 1.977, p. 80.

40. Auct. Havn. ordinis post. marg., a. 475, 1.

41. MALCH., Frg., 18.

42. Anon. Val., 7, 36; Fast. Vind. Prior., a. 480-481; Auct. Havn. ordo prior, a. 480; 482; ordo post., a. 480; 482, 1; ordinis post. marg., a. 480; CASSIOD., Chron., a. 481, MALCH., Frg., = PHOT., Bibl., 78.

43. Durante el período que se extiende de 477 a 488, y dejando al margen el problema gótico, se producen en Oriente seis conspiraciones cortesanas, dos revueltas militares, un intento fallido de usurpación y otro consumado:

1. En el verano de 477, Zenón, de acuerdo con su suegra, Elia Verina, decide eliminar a Ilo. El eunuco Paulo, antiguo esclavo imperial, es el encargado de materializar el asesinato. Fracasa en el intento y el emperador se ve obligado a entregarlo en manos del general, para que se le castigue. Años después, Paulo será nombrado sacellarius y participará como general en la expedición destinada a poner fin a la rebelión de Ilo. Cf. JOH. ANT., Frg., 211, 1; 214, 4.

2. En 478, Elia Verina y Epinico, praefectus urbis Constantinopolis, preparan un nuevo atentado contra Ilo. Epinico no logra consumarlo y es puesto a disposición de Ilo, quien le envía al exilio en Isauria. Al descubrir que Verina estaba envuelta en la trama del complot le hará volver del destierro y enviará a la Augusta en su lugar. Cf. JOH. MAL., Chronogr., p. 386; EVAGR., Hist. Eccl., III, 27; JOH. ANT., Frg., 211, 1-2; THEOPH., Chronogr., A.M. 5.972.

3. En 479, Marciano, cuñado de Zenón, promueve una revuelta militar en Constantinopla, a fin de apoderarse del trono. Cf. CAND., Frg., = PHOT., Bibl., 79; MALCH., Frg., 19-20; EVAGR., Hist. Eccl., III, 26; JOH. ANT., Frg., 211, 3; THEOPH.,

Chronogr., A.M. 5.971-5.972.

4. En 480, se organiza otro complot contra el emperador, en el que se hallan involucrados el patricio Epinico, Dionisio, praefectus praetorio Orientis, y Traustila, magister utriusque militiae vacans. Los intrigantes fueron descubiertos, condenados a muerte y ejecutados. Cf. JOH. ANT., Frg., 211, 4.

5. Ese mismo año, Ilo conspira para dar muerte a la emperatriz Ariadna, esposa de Zenón. El general y la Augusta se hallaban enfrentados a causa del destierro que éste había impuesto a Elia Verina. Ilo no logrará su propósito a causa de la intervención de una cubicularia y del patriarca Acacio. Cf. JORD., Rom., 349-351.

6. En 481, Ariadna se toma la revancha, organizando un atentado contra la vida de Ilo en el hipódromo de Constantinopla. El general salva la vida, pero pierde una oreja. Cf. MARCELL. COM., Chron., a. 484; JOH. MAL., Chronogr., p. 387; THEOPH., Chronogr., A.M. 5.972.

7. En 484, Ilo se alza en rebelión contra el emperador y proclama Augusto al magister utriusque militiae per Thracias Leoncio, enviado por Zenón para someterle. La usurpación no pudo ser completamente erradicada hasta 488. Cf. JORD., Rom., 352; JOH. ANT., Frg., 214, 2.

44. CAND., Frg., = PHOT., Bibl., 79; MALCH., Frg., 19-20; EVAGR., Hist. Eccl., III, 26-27; JOH. ANT., Frg., 211, 2-3; THEOPH., Chronogr., A.M. 5.971-5.972.

45. SID., Carm., II, 68-69; 194-197; 212-216; 481-482; CAND., Frg., = PHOT., Bibl., 79; Vit. Dan. Styl., 69; JOH. ANT., Frg., 211, 3; THEOPH., Chronogr., A.M. 5.971.

46. CAND., Frg., = PHOT., Bibl., 79; MALCH., Frg., 20; THEOD. LECT., Hist. Eccl., I, 37; EVAGR., Hist. Eccl., III, 26; JOH. ANT., Frg., 211, 3; THEOPH., Chronogr., A.M. 5.971.

47. CAND., Frg., = PHOT., Bibl., 79; MARCELL. COM., Chron., a. 484; VICT. TONN., Chron., a. 483; THEOD. LECT., Hist. Eccl., II, 3; JOH. ANT., Frg., 214, 2; THEOPH., Chronogr., A.M. 5.973-5.974. El problema en torno a la fecha de la coronación de Leoncio lo aborda STEIN, E., Histoire du Bas-Empire, II, De la disparition de l'empire d'Occident à la mort de Justinien, 476-565, París, 1.949, p. 29, n.1

48. MARCELL. COM., Chron., a. 488; JORD., Rom., 352-353; PROC., Aed., III, 1, 25; JOH. MAL., Chronogr., p. 389; EVAGR., Hist. Eccl., III, 27; JOH. ANT., Frg., 214. Zenón aprovecharía su victoria sobre los rebeldes, para eliminar la resistencia de la aristocracia armenia a la dominación imperial. Todos los nakharars fueron removidos de su cargo, con excepción del de la región de Belabitinê; y además, el emperador les prohibió que transmitiesen su cargo a personas relacionadas con ellos por vínculos de parentesco. A partir de entonces, Constantinopla designaría, en cada ocasión, a los hombres apropiados para ocupar aquellos puestos, del mismo modo que se acostumbraba a hacer con todos los empleos administrativos del Imperio (PROC., Aed., III, 1, 26). Al prohibir la transmisión hereditaria del cargo de nakharar, Zenón asestó un duro golpe contra el poder político de las grandes casas nobiliarias, que, sin embargo, siguieron conservando sus riquezas y prestigio social.

49. MALCH., Frg., 13; VICT. VIT., Hist. persec., II, 2-6.

50. DELMAIRE, R., Largesses sacrées et res privata. L'aerarium impérial et son administration du IVe au VIe siècle, Roma, 1.989, pp. 227-228.

51. COURTOIS, Ch., Les vandales et l'Afrique, París, 1.955, pp. 192-193; 236-242; 255; 293-310; 340-352.

52. VICT. VIT., Hist. persec., II, 38; III, 32.

53. EVAGR., Hist. Eccl., III, 14.

54. ZACH. RHET., Hist. Eccl., V, 7-9; EVAGR., Hist. Eccl., III, 13-23; THEOPH., Chronogr., A.M. 5.978-5.980; 5.991.

55. PROC., De bellis, III, 7, 26; 8, 14; 9, 10-24; 16, 3; 20, 19. Sobre la importancia que revistió la misión diplomática enviada por Justino I a la corte de Trasamundo en 518, para interceder a favor de la Iglesia Católica, cf. COURTOIS, Ch., op. cit., p. 304.

56. VICT. VIT., Pass. martyr., 1.

57. JONES, A. H. M., op. cit., pp. 217-218; 238-239, ofrece un excelente resumen sobre el estado de las fuentes orientales y occidentales, para la etapa histórica que va de 450 a 530.

58. LOT, F., El fin del mundo antiguo y el comienzo de la Edad Media, Méjico, 1.956, pp. 224-226; PIRENNE, H., Mahoma y Carlomagno, Madrid, 1.978, pp. 39-52; MAIER, F. G., Las transformaciones del mundo mediterráneo. Siglos III-VIII, Madrid,

1.972, pp. 139-141.

59. MALCH., Frg., 14-18; Anon. Val., 11, 49; ENNOD., Paneg., 15; MARCELL. COM., Chron., a. 483; 487; JORD., Get., 289-290; Rom., 348; PROC., De bellis, V, 1.9; JOH. MAL., Chronogr., p. 380; 383; JOH. ANT., Frg., 214, 4; 7-9; THEOPH., Chronogr., A.M. 5.931; 5.977.

60. CASSIOD., Var., I, 1, 3.

61. GREG. TUR., Hist. Franc., II, 38: Igitur ab Anastasio imperatore codecillos de consulato accepit, et in basilica beati Martini tunica blattea indutus et clamide, inponens vertice diademam. Tunc ascenso equite, aurum argentumque in itinere illo, quod inter portam atrii et ecclesiam civitatis est, praesentibus populis manu propria spargens, voluntate benignissima erogavit, et ab ea die tamquam consul aut augustus est vocitatus.

62. Anon. Val., 11, 53; 12, 57; 64.

63. BAUS, K.-VOGT, H. J., "Vida inteleclesial hasta las postrimerías del siglo VII", Manual de Historia de la Iglesia, II, La Iglesia imperial después de Constantino hasta fines del siglo VII, ed. H. Jedin, pp. 839-841.

64. ENNOD., Paneg., 60-69; MARCELL. COM., Chron., a. 505; JORD., Get., 300-301; Rom., 356; 387; CASSIOD., Chron., a. 504; Var., I, 1; VIII, 10,4; PROC., De bellis, V, 3, 15; 11, 5.

65. Anon. Val., 12, 63; CASSIOD., Var., III, 1.4; JORD., Get., 297; PROC., De bellis, V, 12, 22.

66. Chron. Gall. a. DXI, 688; Chron. Caesaraug. rel., a. 507; PROC., De bellis, V, 12, 40; GREG. TUR., Hist. Franc., II, 37.

67. STEIN, E., op. cit., II, p. 150, n. 3.

68. CASSIOD., Var., IV, 17; JORD., Get., 302.

69. MARCELL. COM., Chron., a. 508: Romanus comes domesticorum et Rusticus comes scholariorum cum centum armatis navibus totidemque dromonibus octo milia militum armatorum secum ferentibus ad devastanda Italiae litora processerunt et usque ad Tarentum antiquissimam civitatem adgressi sunt, remensoque mari inhonestam victoriam, quam piratico ausu Romani ex Romanis rapuerunt, Anastasio Caesari reportarunt.

70. STEIN, E., op. cit., II, p. 156.

71. Chron. Caesaraug. rel., a. 510; 513; CASSIOD., Var., V, 43-44; PROC., De bellis, V, 12, 46; ISID., Hist. Goth., 37-38.

72. Apión Teodosio Juan ostentaba en 488 el título y cargos de vir spectabilis comes sacri consistorii et praeses provinciae Arcadiae. Su pariente Apión I obtuvo un consulado honorífico, en algún momento entre 492 y 497. Un hijo de éste, Flavio Estrategio, fue promovido, por las mismas fechas, a la comitiva domesticorum. Unos años después, en 503, Apión II, hijo de Flavio Estrategio y nieto de Apión I, fue designado agens vices praefecturae praetorianae Orientis, durante la guerra contra los persas. Sin embargo, por razones desconocidas, en 510, el emperador confiscaría sus propiedades y le enviaría al exilio en Nicea, donde se le impuso la ordenación como presbítero. Monofisita devoto bajo el reinado de Anastasio, se convirtió a la fe de Calcedonia, y a la muerte del soberano, el nuevo emperador, Justino I, le llamaría a la corte junto con otros desterrados y le otorgaría la praefectura praetorio Orientis. Cf. PLRE, II, pp. 110-112; 619. A comienzos del siglo VI, la mayor parte de la población egipcia era monofisita. Las doctrinas de Dióscoro y Eutiques habían prendido con especial fuerza en las áreas rurales, situadas bajo el influjo directo de los monjes. Sólo en las ciudades helenizadas, un sector de la élite dirigente se apegó a la ortodoxia calcedonense. Apión II, al aceptar el diofisismo, pasó a formar parte de aquel reducido grupo de altos funcionarios y grandes propietarios, a los que se calificaba despectivamente con el epíteto de basilikoi o apoyadores del emperador.

73. Desde los últimos tiempos del reinado de León I, Bizancio había procurado ganarse la alianza de las tribus árabes establecidas en sus fronteras orientales, a fin de actuar contra el Imperio persa mediante un elemento interpuesto. Los Sasánidas, por su parte, recurrirían a idéntico sistema para hostigar a los romanos, sin necesidad de comprometerse en grandes empresas militares. Una de estas tribus árabes, la de los kinditas, se hallaba instalada en los límites de la Palestina Tertia, entre Petra y el Negüeb. Otro grupo, el de los gassanidas, se desplazaba a lo largo de los confines de la provincia romana de Arabia, y, con el tiempo, llegaría a tener como capital la ciudad de Bosra. Bajo Zenón, ambos pueblos se mantuvieron como vasallos leales del Imperio, a la par que comenzaban a ser evangelizados por monjes monofisitas. La tercera y última de las tribus árabes que nos interesa conocer era el de los lajmidas, que ocupaban la región desértica al oeste del bajo Eufrates, con centro en la ciudad caravanera de Hira, punto clave en la ruta comercial que comunicaba la península arábiga con el golfo pérsico. Los lajmidas acataban la soberanía del Gran Rey y, a comienzos del siglo VI, se convirtieron al cristianismo en su modalidad

nestoriana. Anastasio tuvo problemas con todas estas formaciones tribales, por distintos motivos. Las incursiones que efectuaban llegaron a comprometer la estabilidad de Palestina Tertia, Arabia, Phoenicia Libanensis, Syria Secunda y Euphratensis. Finalmente, en 502, el Imperio romano de Oriente logró sellar un foedus con los kinditas, y poco después llegó a un acuerdo similar con los gassanidas. La firma de los pactos fue seguida de una intensa actividad misionera por parte de los monjes monofisitas. Cf. STEIN, E., op. cit., II, pp. 90-92; MAIER, F. G., op. cit., pp. 265-268.

74. Vit. Dan. Styl., 65; MALCH., Frq., 16; MARCELL. COM., Chron., a. 493, 2; 517; EVAGR., Hist. Eccl., III, 38.

75. En 491, Longino, hermano de Zenón, apoyó al magister officiorum Longino de Cardala y de los isaurios de Constantinopla en su revuelta contra Anastasio, esperando obtener el trono. El fracaso de su intentona golpista le condujo al destierro en la Thebais, donde murió ocho años después. Longino de Cardala se refugió en Isauria y levantó una fuerza de 15.000 hombres contra el emperador. Prendido en 497 por fuerzas leales a Anastasio, fue decapitado. Un año después, se ponía término a la insurrección de los isaurios con la captura de su último líder, Longino de Selinus, que, tras figurar como prisionero en el desfile triunfal que tuvo lugar en Constantinopla, fue enviado a Nicea para su ejecución. Por lo que se refiere a los isaurios rebeldes, una vez sometidos, el gobierno imperial dispuso que se los transfiriese a las Thraciae y se los asentase allí, a fin de evitar que, en caso de una nueva sublevación, volviesen a parapetarse en las montañas de Isauria. Cf. MARCELL. COM., Chron., a. 491, 2; 492; 497, 2; 498, 2; JORD., Rom., 354; THEOD. LECT., Hist. Eccl., II, 9; JOH.MAL., Chronogr., p. 393; EVAGR., Hist. Eccl., III, 29; 35; JOH. ANT., Frq., 214 b; THEOPH., Chronogr., A.M. 5.984-5.988.

76. STEIN, E., op. cit., II, pp. 177-185; 191-192.

77. VASILIEV, A. A., Historia del Imperio bizantino, I, Barcelona, 1.946, p. 136; MAIER, F. G., op. cit., pp. 133-134; 139-141.

78. FREND, W. H. C., The Rise of the Monophysite Movement. Chapter in the History of the Church in the Fifth and Sixth Centuries, Cambridge, 1.972, pp. 143-220.

79. STEIN, E., op. cit., II, pp. 157-185; 189-192.

80. BURNS, T. S., A History of the Ostrogoths, Bloomington, 1.984, p. 78.

81. THEOD. LECT., Hist. Eccl., II, 37; EVAGR., Hist. Eccl., III, 43. La fórmula propuesta por el papa se encuentra desarrollada en HORM., Ep., LI. El documento en cuestión se inserta al final de una carta dirigida a los obispos de Hispania, con fecha de 2 de abril de 517 (FHA, IX, p. 116), a fin de dar respuesta a una consulta previa, efectuada por los prelados, sobre la postura que debían adoptar en relación al clero dependiente de los patriarcado orientales, por aquellas fechas todavía cismáticos. Para la conclusión del cisma de Acacio, cf. STEIN, E., op. cit., II, pp. 223-228.
82. COURTOIS, Ch., op. cit., p. 304; COURCELLE, P., Histoire littéraire des grandes invasions germaniques, París, 1.964, p. 196, n. 7.
83. Anon. Val., 14, 80; JORD., Get., 81; 251; 298; CASSIOD., Chron., a. 519; Var., VIII, 1,3; IX, 25, 3.
84. STEIN, E., op. cit., II, p. 253.
85. VASILIEV, A. A., op. cit., I, pp. 164-166; LOT, F., op. cit., pp. 227-229.
86. OSTROGORSKY, G., Historia del estado bizantino, Madrid, 1.984, p. 87.
87. PROC., Anecd., VI, 19-21; XI, 1-2.
88. MAIER, F. G., Bizancio, Madrid, 1.974, pp. 45-50.
89. JONES, A. H. M., op. cit., pp. 322-326; REMONDON, R., La crisis del Imperio romano. De Marco Aurelio a Anastasio, Barcelona, 1.967, pp. 201-202.
90. ALC. AVIT., Ep., 83: Famula vestra, prosapia mea... Vester guiden est populus meus et plus me servire vobis quam ille praesse delectat... Cumque gentem nostram videamur regere; non aliud nos quam milites vestros credimus... Per nos administratis remotarum spatia regionum, patria nostra vester orbis est.
91. Desde el reinado de Guntamundo se conservan acuñaciones en plata y bronce efectuadas por los reyes vándalos, en las que tan sólo aparece la imagen y títulos del soberano Asdingo. En oro la única pieza conocida, para este época temprana, es una moneda de Teodorico el Amalo, en la que aparece el príncipe ostrogodo revestido con los ornamentos propios de la dignidad imperial. Cf. COURTOIS, Ch., op. cit., p. 243; MUSSET, L., Las invasiones. Las oledas germánicas, Barcelona, 1.967, p. 62, n. 25.

92. LOT, F., op. cit., p. 228.
93. MAIER, F. G., Las transformaciones del mundo mediterráneo, pp. 178-180.
94. MARTROYE, F., Geséric. La conquête vandale en Afrique et la destruction de l'Empire d'Occident, París, 1.907, p. 254.
95. VALENT. III, Nov., XII: De pecunia afris credita et fideiussoribus eorum.
96. PROSP., Chron., 1.344; 1.347; PROC., De bellis, III, 4, 13; ISID., Hist. Wand., 76; THEOPH., Chronogr., A.M. 5.941; NIC. CALL., Hist. Eccl., XIV, 57. Recordemos que Gordiano, abuelo de Fulgencio de Ruspae, fue uno de los exilados africanos que buscó refugio en Italia, y que, años después, sus hijos obtendrían la devolución de los bienes familiares localizados en la Byzacena, per auctoritatem regiam (Vit. Fulg., IV). El gobierno de Ravenna no fue insensible al problema de los propietarios africanos que habían perdido toda su hacienda, como lo demuestran diversas medidas adoptadas durante esta época; cf. VALENT. III, Nov., XII-XIII; XXXIV.
97. IGLESIAS, J., Derecho romano. Instituciones de derecho privado, Barcelona, 1.987, pp. 524-525.
98. VALENT. III, Nov., XII, 1-3.
99. Ibid., XIII, 6.
100. El ejemplo más representativo de este tipo de estados romano-germánicos federados es el reino ostrogodo de Ravenna. Teodorico penetró en Italia como enviado del emperador Zenón y, pese a las dificultades que entrañaron sus relaciones con Bizancio durante el reinado de Anastasio, siempre procuró mantenerse leal a su alianza con el Imperio. Cf. MAIER, F. G., op. cit., pp. 204-210.
101. JUST., Nov., XXX, 11, 2.



**SEGUNDA PARTE**  
**LA RESTAURACION JUSTINIANA**  
**Y SU PROYECCION SOBRE EL OCCIDENTE MEDITERRANEO.**

## II. LA RESTAURACION JUSTINIANEA Y SU PROYECCION SOBRE EL OCCIDENTE MEDITERRANEO.

Bajo el reinado del emperador Justiniano I (527-565), se produce un rápido despliegue del aparato militar y burocrático del Imperio bizantino en Occidente. El gobierno de Constantinopla procedía en consecuencia con un programa de restauración de la autoridad imperial sobre los territorios, que, a lo largo de los últimos cien años, habían ido cayendo en poder de los bárbaros. Se rompía así con una tradición política, sostenida por Zenón y Anastasio, que permitió a los monarcas germanos investidos con títulos y dignidades romanas, gobernar sobre la población latina en nombre del basileus de Constantinopla. En un breve período de tiempo, las provincias africanas, sometidas al yugo vándalo, la Italia ostrogoda y el sureste de la Península Ibérica serían reintegrados al ámbito político del Imperio. En ningún caso puede hablarse de un retorno al pasado. Sobre los cimientos del estado construido por Diocleciano y Constantino, se alzaría un edificio parcialmente remodelado.

Afortunadamente, y a diferencia de lo que ocurre para el siglo V, donde, a fin de reconstruir el proceso histórico, hemos de valernos de noticias dispersas extraídas de fuentes de muy distinta índole, la época de Justiniano y más concretamente la problemática que nos ocupa, es decir, la proyección de la restauración imperial sobre Occidente, se hayan iluminadas por la obra de Procopio de Caesarea, un contemporáneo, que en su calidad de secretario del general Belisario, sería testigo presencial de muchos de los sucesos acaecidos durante las guerras contra persas, vándalos y ostrogodos, conflictos que describe con gran profusión de detalles en el De bellis. Por desgracia, su

narración se interrumpe en 552. Aunque Agatias continúa el relato de los acontecimientos hasta 558, y conservamos fragmentos de Menandro el Protector que van desde esta última fecha hasta 582, lo cierto es que los últimos años el reinado de Justiniano presentan problemas de documentación, que ni las fuentes jurídicas, ni las eclesiásticas, ni las arqueológicas han logrado solventar. Estas lagunas afectan especialmente al conocimiento que tenemos sobre la intervención imperial en la Península Ibérica, que es preciso reconstruir a partir de informaciones procedentes, en buena parte, de obras y documentos posteriores.

Durante el siglo V, la parte oriental del Imperio había sufrido una crisis de características muy semejantes a la que provocó la desintegración del estado romano en Occidente. Constantinopla, al igual que Ravenna hubo de enfrentarse a la amenaza germánica. Sin embargo, enfocó la solución del problema de manera diferente, asimilando a los jefes bárbaros e integrándolos en las estructuras del estado romano, de modo que éste no sufriera menoscabo. Con frecuencia, los caudillos germánicos se convirtieron en aliados o en generales de un ejército imperial, que nunca experimentó el grado de barbarización que alcanzaría el de Occidente. Aún cuando, cada vez con mayor frecuencia, se recurriese al reclutamiento de mercenarios germanos, un elevado porcentaje de los miembros de la cúpula militar bizantina continuarían siendo romanos.

La razón que permite explicar la supervivencia política de la parte oriental del Imperio hay que buscarla en el carácter más flexible de su estructura social y económica. La riqueza y el prestigio de la nobleza bizantina, cuyo patrimonio fundario era muy inferior al de los senadores de Occidente, se hallaba estrechamente vinculado al servicio del estado, lo que limitó sus tendencias centrífugas y neutralizó cualquier pretensión de

alianza con los caudillos bárbaros, a fin de constituir entidades políticas autónomas, desgajadas del cuerpo del Imperio. Además, debemos tener en consideración que, durante los siglos III al V, la pars Orientis, con una economía bastante saneada, no había experimentado la ruralización que conoció Occidente, y, por tanto, disponía de una activa clase media urbana, que mantenían viva la actividad artesanal y comercial, así como las formas de sociabilidad propias de las ciudades del mundo tardoantiguo.

A comienzos del siglo VI, Bizancio había superado la crisis provocada por las migraciones germanas y se hallaba en condiciones favorables para emprender la restauración de la autoridad imperial en Occidente. Como ya hemos vistos, las ideas de unidad y universalidad del Imperio permanecían vivas. Tras la desaparición en 480 de Julio Nepote, último emperador legítimo de Occidente, el basileus de Constantinopla se había convertido en la única cabeza visible del Imperio romano, el cual, se identificaba ahora con el ecumene cristiano. A pesar de que las antiguas provincias occidentales habían pasado a ser gobernadas por monarcas germanos, para el gobierno imperial continuaban constituyendo una posesión irrevocable otorgada por Dios a los romanos. En muchas de ellas, especialmente en Italia y Africa, la aristocracia senatorial conservaba intacta su lealtad hacia el Imperio. Los propios reyes germanos, con excepción de los vándalos, reconocían al emperador como fuente suprema de todo poder legítimo y se consideraban a sí mismos como meros delegados del basileus. El derecho político de la época sólo admitía la existencia de un Imperio legítimo, el de Roma, cuyo soberano gozaba de potestad para derogar los poderes otorgados a los reyes bárbaros y restablecer su autoridad directa. Además, los emperadores de Bizancio empezaron opinar que formaba parte de sus obligaciones como defensores y propagadores de la fe, liberar el territorio romano del yugo de los heréticos bárbaros arrianos.

De este modo, la empresa política quedó ligada a la restauración de la ortodoxia, tomando todas las apariencias de una misión sagrada, confiada por Dios al emperador.

Justiniano I, convencido de que la supremacía imperial era un concepto que poseía una dimensión política real y no meramente teórica, como creían los reyes germanos, decidió restablecer la autoridad romana sobre las provincias occidentales, por la fuerza de las armas. Semejante empresa queda perfectamente englobada en el marco del ideal político conservador que preside su reinado: la renovatio imperii romanorum, es decir, la restauración del Imperio romano cristiano universal. Tan ambicioso proyecto tenía una doble vertiente. Por un lado, la recuperatio imperii o reconquista de los antiguos límites del Imperio. Y por otro, el status imperii o conservación y reforma del estado y la sociedad, para lo cual era necesario cimentar la unidad religiosa del Imperio en torno al credo de Calcedonia, incrementar los recursos financieros del estado mediante una política fiscal rigurosa, y adaptar la organización administrativa y el derecho a las nuevas circunstancias sociales, económicas y políticas por las que atravesaba el mundo mediterráneo.

Por lo que atañe a reconquista de Occidente, conviene precisar que sólo se hará factible gracias a la crisis coyuntural, por la que atravesaban los distintos reinos bárbaros, a comienzos del siglo VI. No cabe duda de que Justiniano ansiaba restablecer la autoridad imperial sobre las antiguas provincias romanas del oeste, pero lo cierto es que el soberano bizantino carecía de un plan estratégico de conjunto, que le permitiese llevar a cabo su proyecto. Por esta razón, la intervención militar del Imperio en Occidente se efectuará, de manera invariable, aprovechando y explotando al máximo situaciones de

debilidad interna de los reinos germanos, enfrentados entre sí debido al siempre complejo sistema de alianzas intergermánicas, y desgarrados en su interior por luchas sucesorias, usurpaciones y conflictos con la población romana de confesión católica. De hecho, en varias ocasiones, el desembarco de los ejércitos bizantinos se vio precedido por rebeliones, que impidieron a las autoridades germanas coordinar las tareas de defensa. A dichas revueltas, en principio no todas de signo favorable a la intervención oriental, cabría sumar la colaboración prestada a las tropas del emperador por distintos grupos de provinciales adversos a la dominación bárbara, elemento explicativo, del que no podemos prescindir, si deseamos comprender el fulgurante éxito obtenido por los generales de Justiniano en sus campañas.

Al margen de los factores endógenos que erosionaron la resistencia de los reinos bárbaros, la restauración imperial en Occidente fue posible gracias a una situación interior favorable en Oriente. A comienzos del otoño de 532, Justiniano selló un pacto con los persas, que garantizaba la estabilidad de las fronteras en el este. Gracias a la política financiera de Anastasio, que había reorganizado el sistema fiscal y las tesorerías públicas, el estado disponía de abundantes recursos económicos para aventurarse en la arriesgada empresa. Por último, la ausencia de graves conflictos dogmáticos, propiciada por el clima de tolerancia hacia el monofisismo, que había impulsado la actuación de la emperatriz Teodora en materia de política religiosa, favoreció el desarrollo de cierta unificación ideológica en torno a la empresa bélica, que la propaganda oficial se esforzaría en presentar como una auténtica misión divina.

En el terreno militar, cuya importancia es capital para comprender el ritmo de la reconquista, Justiniano no

introdujo innovaciones de peso. Con todo, es necesario apuntar que, en numerosas ocasiones, la impopularidad del reclutamiento de ciudadanos romanos, dificultó al gobierno imperial la tarea de reunir tropas. En el siglo VI, el servicio de armas hereditario sólo afectaba a los limitanei, encargados de la defensa de las fortificaciones de frontera y del mantenimiento del orden en los territorios del interior. El ejército de campaña, que es el que protagonizaría la reconquista, al ser el único verdaderamente operativo, estaba compuesto, en su mayor parte, por contingentes reclutados entre los pueblos bárbaros y por los bucellarii o tropas privadas al servicio de los generales, divididas en un cuerpo de oficiales, los doryphoroi (lanceros), y un conjunto de soldados de élite, los hypaspistai (escuderos). A menudo, sus efectivos eran escasos, aunque, como demuestran las brillantes victorias de Belisario, resultaban bastante eficaces en operaciones ofensivas.

En esta segunda parte de nuestro trabajo, nos proponemos abordar el análisis de la restauración justiniana en su proyección sobre el Mediterráneo occidental como conjunto. Siguiendo un orden cronológico, iniciaremos el estudio del tema con la caída del reino vándalo, a la que pensamos dedicar una atención especial, ya que, como tendremos oportunidad de comprobar, existen numerosos elementos comunes entre el proceso de reincorporación al Imperio del norte de Africa y del sureste de Hispania. A continuación, tratamos el desplome del reino ostrogodo de Italia y concluiremos en la Península Ibérica, con la instalación de los bizantinos en una estrecha franja del litoral mediterráneo.

Antes de adentrarnos en el estudio de la reconquista de Occidente, conviene apuntar, aunque sea de manera concisa, algunos datos referentes a aspectos que no vamos a tocar en

nuestra exposición, pero que forman parte del contexto histórico de la época. Como señalábamos más arriba, la renovatio imperii justiniana tuvo también una proyección interna, en este caso, destinada a incrementar el poder efectivo de la autocracia imperial, cuyo instrumento era un complejo sistema administrativo, rígidamente centralizado, y basado en el orden jerárquico y la separación estricta entre funciones civiles y militares. A comienzos del reinado de Justiniano, la aceptación de sobornos por parte de funcionarios, la compra de cargos públicos y la inoperancia de algunos departamentos obstaculizaban el desempeño de la principal misión encomendada al aparato burocrático: la recaudación de impuestos. Con el propósito de aumentar los ingresos fiscales de las tesorerías públicas, a partir de 535, Justiniano pondría en marcha su reforma administrativa. Entre las primeras medidas adoptadas por el soberano se cuentan la supresión de la venalidad de los cargos y la eliminación de las diócesis, en todas aquellas zonas del Imperio, donde éstas circunscripciones intermedias representaban un obstáculo para la gestión estatal. Además, Justiniano dio carta de naturaleza a la concentración de poderes civiles y militares en manos de algunos gobernadores provinciales, claro antecedente de las reformas de Mauricio (582-602), que condujeron a la constitución de los exarcados en Occidente.

La obra de conservación y reforma interna del Imperio impulsada por Justiniano, tuvo su expresión más plena en el campo legislativo. Entre 528 y 534, un grupo de expertos en derecho trabajó en la composición de las distintas colecciones que integran el Corpus Iuris Civilis. Ahora bien, la necesidad de adaptar la tradición jurídica clásica a la realidad social del siglo VI, les condujo a deformar las fuentes empleadas y a enunciar nuevas interpretaciones. Por otro lado, el apresuramiento con que se vieron obligados a efectuar la



selección del material, explica que incurriesen en frecuentes repeticiones y contradicciones. Pero, sin duda, la deficiencia más notoria del Corpus estriba en que, exceptuando las Novellae, promulgadas en griego, el resto de la compilación se publicó en latín, una lengua que la mayor parte de la población de las provincias orientales del Imperio ya no entendía. Aún así, el Corpus marca un hito en la conservación del derecho romano, ya que no sólo se convertirá en la base jurídica bizantina, sino que, a partir de su redescubrimiento en las universidades de la Europa occidental del siglo XII, va a desempeñar un papel de primer orden en el desarrollo del pensamiento político de la Baja Edad Media.

En el ámbito social y económico Justiniano mantuvo, sin alteraciones, la estructuras heredadas del siglo V. Como no podía ser de otro modo, la tierra continuó siendo la principal fuente de riqueza, tanto para el estado, cuyos ingresos provenían de las tasas fiscales que gravaban la producción agraria, como para los propietarios privados, siempre pendientes de las rentas que obtenían de sus dominios fundarios. No obstante, en las provincias orientales se conservaron las formas de sociabilidad urbana propias del mundo romano. Numerosas ciudades, y especialmente los grandes núcleos, que durante la década de 530 experimentaron un importante crecimiento demográfico, siguieron desempeñando sus tradicionales funciones políticas, económicas, religiosas y culturales. Aunque, bajo el reinado de Anastasio, las curias municipales habían comenzado a ver recortadas sus atribuciones, en beneficio del episcopado y de los grandes propietarios, las ciudades continuaban siendo el lugar de residencia habitual del obispo y de los terratenientes de la región, y, por tanto, no perdieron su papel como centros de poder. La élite laica se cuidaría de fomentar la formación profana y de financiar el mantenimiento de los baños públicos y

de los espectáculos teatrales, que tanto agradaban al pueblo. La producción artesanal comercializada en el mercado local, siguió subviniendo a las necesidades cotidianas de los ciudadanos, y son sus vestigios los que nos permiten definir el nivel de cultura material alcanzado por las poblaciones urbanas de la época.

Pese a los éxitos militares logrados en Occidente y a la prosperidad material que conoce Oriente durante los primeros tiempos del reinado de Justiniano, a partir de la década de 540, comienzan a manifestarse los factores de una crisis que, a la larga, conducirá a la quiebra del estado tardorromano. La reanudación de la guerra con Persia, obligó al gobierno de Constantinopla a financiar el mantenimiento de tropas en varios frentes al mismo tiempo: en la frontera del este contra los persas, en Italia contra los ostrogodos de Totila y en Africa contra las tribus beréberes. El costo de las campañas llevadas a cabo entre 533 y 540 se había visto compensado con creces por los ricos tesoros reales capturados a vándalos y ostrogodos, y por los ingresos fiscales procedentes de las provincias africanas e italianas. Sin embargo, en adelante, sería el estado quien tuviese que sustentar a las tropas, en ocasiones recurriendo a los ingresos privados de la casa imperial, ya que las tesorerías públicas tenían graves problemas de liquidez. Por otra parte, los esfuerzos por consolidar la autoridad imperial sobre el Mediterráneo occidental llevaron aparejada la desguarnición de un espacio geopolítico tan importante para la seguridad de Constantinopla, como era la frontera danubiana. Hacia 540, se producen las primeras infiltraciones de ávaros y eslavos en los Balcanes. Los invasores devastaron Macedonia y Thracia, sentando las bases de un largo proceso, que culminaría con la instalación de diversas tribus eslavas en esta zona del Imperio.

La epidemia de peste bubónica que asola el mundo

Mediterráneo entre 541 y 544, vino a sumarse a los desastres de la guerra, precipitando el inicio de una grave crisis económica, que afectaría a todo el Imperio. Como consecuencia de la elevada mortandad causada por la plaga se produjo una espectacular contracción de mano de obra agraria, que afectó a los ingresos fiscales del estado y a las rentas de los propietarios del suelo; al mismo tiempo que provocaba un desproporcionado aumento del coste de los productos manufacturados y de los servicios propios de la economía urbana. Los rebrotes cíclicos de la epimedia, que se prolongaron hasta mediados del siglo VIII, cerraron la puerta a cualquier posibilidad de recuperación demográfica o expansión económica.

Por último, y no por ello menos importante, el resurgimiento de las querellas religiosas contribuyó, en gran medida, a agravar la crisis social que padecía el estado bizantino. Los esfuerzos realizados por los círculos cortesanos, a fin de consolidar la unificación ideológica del Imperio en torno a la reconquista, no habían trascendido al conjunto de la población oriental, que jamás se sintió implicada en el proyecto restaurador de Justiniano. Tras la muerte de Teodora en 548, la intransigente ortodoxia del emperador reavivaría el conflicto con los monofisitas, impulsando el desarrollo de tendencias centrífugas en la Armenia y Mesopotamia romanas, Siria, Palestina y Egipto, zonas en donde la herejía poseía numerosos adeptos. Las relaciones entre el gobierno imperial y las iglesias occidentales también estuvieron plagadas de tensiones, a partir de la promulgación en 543 de un edicto de condena contra los llamados Tria Capitula, nombre con el que se designa a la persona y obra de Teodoro de Mopsuestia, a los escritos de Teodoro de Cyrrhus contra Cirilo de Alejandría y a una carta de Ibas de Edessa (Urfa). El clero occidental jamás consideró que éstos fuesen sospechosos de herejía, por lo que no aceptó la condena,

presentando abierta resistencia a los dictados teológicos de la corte. A fines del reinado de Justiniano, la ruptura ideológica era un hecho que enfrentaba a Constantinopla tanto con sus provincias más orientales como con las occidentales, rebasando el marco estrictamente eclesiástico, para convertirse en un factor de desestabilización política.

### 1. El caso del reino vándalo.

El tratado de 474 firmado entre el emperador Zenón y el rey vándalo Genserico, como ya tuvimos ocasión de ver, marcó un punto de inflexión en la historia del mundo mediterráneo. Su importancia no radicaba tanto en haber puesto fin al conflicto que enfrentaba a Constantinopla y Cartago desde 467, como en la estabilidad que aportó a las relaciones del Imperio con el reino vándalo, durante las casi seis décadas que se mantuvo en vigor. El largo período de paz, inaugurado con la rúbrica de este acuerdo, permitirá consolidar una situación mucho más estable que la existente en la mudable y convulsa etapa anterior. No en vano, el pacto confirmaba el dominio bárbaro sobre Africa y las islas del Mediterráneo occidental, clausurando definitivamente la fase de expansión territorial y marítima del reino vándalo. Síntoma de los nuevos tiempos es el cese inmediato de la actividad depredatoria, que los germanos asentados en el norte de Africa habían venido desarrollando por toda la cuenca mediterránea, tras la toma de Cartago en 439. Sus incursiones de saqueo y pillaje contra las costas del Imperio nunca volverán a repetirse.

Idéntica importancia reviste el hecho de que antes de la muerte de Genserico, a comienzos de 477, se produzca ya la primera contracción del espacio geopolítico sobre el que los vándalos ejercían su dominio. Pese a las numerosas dificultades que le había costado ocupar Sicilia, el monarca Asdingo la cederá

a Odoacro, a cambio de un tributo anual. Sin embargo, tanto Genserico como sus sucesores retendrían el dominio de Septem, las islas Baleares, Corsica y Sardinia, hasta la intervención justiniana de 533-534. Esto les permitió conservar el control político de las aguas del mar Baleárico y de la región del estrecho.

La pacificación del Mediterráneo y el reparto de áreas de influencia entre las dos grandes potencias navales de la época, el Imperio romano de Oriente y el reino vándalo de Cartago, debió favorecer la reactivación del tráfico mercantil este-oeste, que, si bien nunca se había visto interrumpido, forzosamente tuvo que disminuir en volumen y frecuencia, a causa de las dificultades impuestas por la falta de seguridad en las rutas de navegación.

Las causas que motivaron el fin de la expansión territorial y marítima del domino vándalo son las mismas que explican su crisis interna: una romanización muy avanzada de la élite germánica, aunque incompleta por lo que se refiere al aspecto religioso, lo que impediría su fusión con la aristocracia afrolatina; el consiguiente conflicto de la monarquía arriana con la Iglesia Católica, a la que pertenecían la mayor parte de sus súbditos romanos; la agresión de las tribus maurus, que amenazaban la estabilidad de las fronteras del reino; y el enfrentamiento con los ostrogodos, que de 489 a 510 consolidan su poder sobre Italia, Sicilia, Dalmatia, el litoral mediterráneo de la Galia y extensas zonas de Hispania. Pero, más que nada, serán las luchas sucesorias, entre las distintas casa del linaje real de los Asdingos, las que, aglutinando los diversos factores envueltos en la crisis, consuman los recursos que hubieran podido destinarse a repeler la intervención militar bizantina. Tales disputas por el trono, ponen de relieve las profundas

contradicciones a las que hubo de hacer frente la clase dirigente vándala, como consecuencia del tránsito de un sistema sucesorio y unas estructuras socio-políticas gentilicias, a una concepción de la monarquía y de la organización social inspirada en el modelo estatal romano.

Aprovechando uno de estos conflictos, dos regiones periféricas del dominio vándalo se alzaron en armas contra el gobierno central de Cartago, y solicitaron a Justiniano el envío de tropas imperiales, que les permitiesen consolidar su precaria situación. Constantinopla no desperdició la oportunidad que se le brindaba, para tender unos puentes que, poco después, le permitirían acometer la tan anhelada recuperatio Africae. Sin embargo, esta empresa habría topado con obstáculos insalvables, de no haber contado, en el interior del reino, con el apoyo de la facción opuesta a la que controlaba los resortes del poder en Cartago. Sólo así se entienden fenómenos como la colaboración prestada por un importante sector de la población al avance de las fuerzas bizantinas, o el rápido desmoronamiento de la estructura política del estado vándalo.

El análisis de los distintos factores envueltos en la crisis que condujo a la ruina definitiva del reino de Cartago ha resultado especialmente complejo. En ocasiones, para poder rastrear el origen de algunos problemas y conflictos, nos ha sido necesario retrotraernos en el tiempo a la época de la instalación de los vándalos en el norte de Africa o, incluso, al período inmediatamente anterior. Por otro lado, es preciso señalar que nos hallamos ante un proceso en el que elementos de índole social, económica y política se hallan entrelazados de tal manera que resulta casi imposible desligarlos. Todos ellos, en conjunto, constituyeron fuerzas dinamizadoras de la crisis. Ahora bien, con el propósito de ofrecer una visión lo más coherente posible,

hemos organizado el material, de que disponíamos, en unidades temáticas dotadas de sentido propio. De este modo, se hace más fácil distinguir el papel que jugaron, individualmente, cada uno de los distintos elementos, a que hacíamos referencia, y, al mismo tiempo, evaluar su aportación al proceso general.

### 1.1. La síntesis romano-germánica y sus contradicciones.

Desde su instalación definitiva en el norte de Africa, el conglomerado étnico que, habitualmente, denominamos "vándalo" estuvo abierto a la difusión de préstamos culturales de origen romano. Como consecuencia de una toma de contacto directa con la población latina de una de las regiones más urbanizadas del Imperio, la élite germana, instalada en torno a Cartago, comenzó a asimilar, tempranamente, toda una serie de nuevos patrones de comportamiento social. No obstante, es preciso apuntar que, durante las primeras décadas de su dominio sobre Africa, los vándalos sólo aceptaron transferencias parciales de la cultura romana. Habrá que aguardar a la desaparición de la generación que había participado en la conquista, hecho que, cronológicamente, tuvo lugar de manera paralela a la firma del pacto de 474, para asistir a la aceleración del proceso de síntesis cultural. Aún así, la inquebrantable adhesión de los vándalos a su propia fe religiosa arriana, impedirá que pierdan por completo sus señas de identidad y, al mismo tiempo, esta misma adhesión a la fides germanica por excelencia generará graves contradicciones internas, que precipitarán la crisis del reino.

La oligarquía militar germana había adoptado, muy pronto, los hábitos cotidianos y la cultura material de la aristocracia afrolatina. Según Procopio, "los vándalos, desde el momento en que tomaron posesión de Africa, se acostumbraron, todos ellos, a frecuentar cada día los baños y a disfrutar de una

mesa en la que abundasen todo tipo de manjares, los más gratos y mejores que produce la tierra y el mar. Muy a menudo usaban adornos de oro y se vestían con ropas médicas, las que ahora llaman "séricas", y pasaban el tiempo, ataviados de tal guisa, en teatros e hipódromos y en otras ocupaciones placenteras, sobre todo en cacerías. Tenían a su disposición bailarines y mimos y todas las demás cosas para escuchar y observar que son de naturaleza musical o que por algún otro motivo merecen atención entre los hombres. La mayoría disfrutaba de jardines, que se hallaban bien provistos de agua y árboles; celebraban gran número de banquetes y todo género de placeres sexuales estuvieron muy de moda entre ellos"<sup>1</sup>.

Semejante modo de vivir, que en nada difiere del seguido por la aristocracia romana de la época, nos recuerda que los vándalos apenas modificaron las estructuras de producción encontradas al llegar a Africa. Su intención no era derribar el orden romano, sino integrarse ventajosamente en él, a fin de disfrutar de los mismos privilegios socio-económicos que gozaban los antiguos propietarios afrolatinos. De ahí que se limitasen a expulsar a parte de estos últimos, con el propósito de ocupar su lugar. Colonos y esclavos continuaron trabajando, casi siempre, en los mismos dominios. Lo único que cambió fue el nombre de los dueños, ahora germanos. Y como ya señalamos, ni siquiera este hecho puede generalizarse, ya que hasta en la Proconsularis pervivió la propiedad romana. La única diferencia entre los antiguos y los nuevos señores es que aquellos siguieron pagando el impuesto ordinario sobre la tierra, evaluado según el sistema romano de la capitatio-iugatio, en tanto que éstos gozaban de inmunidad fiscal<sup>2</sup>.

En el ámbito lingüístico, el latín sustituyó desde un principio al vándalo, sólo presente en la onomástica. Los jóvenes



germanos acudían a las clases de retórica junto con los romanos<sup>3</sup>. Incluso el gusto por las veladas literarias, a las que tan adicta era la intelectualidad del Bajo Imperio, parece haber prendido con fuerza entre la élite vándala. Los sucesores de Genserico se distinguieron como protectores de las letras latinas, y convirtieron su corte de Cartago en un centro donde se cultivaban con esmero. Bajo el reinado de Hunerico (477-484) floreció el poeta Catón<sup>4</sup>; y como prueban los infortunios de Blossio Emilio Draconcio, en tiempos de Guntamundo (484-496), la monarquía no ignoraba el notorio papel que podía desempeñar la poesía como arma propagandística al servicio del poder<sup>5</sup>.

De ahí deriva la importancia concedida a los panegíricos y otras composiciones métricas latinas, que ahora cantaban las glorias de los soberanos de la casa real de los Asdingos. En esta línea cabría insertar dos obras distintas in laudem Thrasamundi regis, fruto del ingenio de los poetas Draconcio y Florentino<sup>6</sup>. Al mismo período corresponden los versos dedicados por este último autor y por Flavio Félix a las grandes construcciones arquitectónicas emprendidas durante el reinado de Trasamundo (496-523)<sup>7</sup>.

Lo cierto es que, a medida que la monarquía vándala fue evolucionando en su concepción del poder supremo hacia el autocracia que el Imperio le ofrecía como modelo, también fue incorporando todos aquellos medios de que éste se había servido para conferir prestigio a la corona, y dotarla de autoridad absoluta. No es otra la razón que empuja a los soberanos vándalos a establecer una continuidad con la política de grandes obras públicas desarrollada en el pasado por los emperadores romanos<sup>8</sup>. Como tampoco es posible encontrar un argumento más sólido para explicar la temprana adopción de las insignias propias de la dignidad imperial.

En lo referente a este último aspecto, la numismática nos confirma lo que ya sabíamos por las fuentes narrativas. Sobre la cara del anverso de los bronceos acuñados en la ceca de Cartago a partir del reinado de Guntamundo, así como las emisiones en plata efectuadas por Trasamundo, aparece la efigie del rey portando la clámide púrpura y el stemma o diadema cubierta de gemas preciosas. Es posible que Genserico y Hunerico ya hubieran usado las insignias imperiales, puesto que estas fueron trasladadas a Cartago por el primero de ellos, tras el saqueo de Roma en 455. Además, por lo menos desde el reinado de Hunerico, los soberanos vándalos emplean el título oficial de dominus noster rex, transliteración del dominus noster Augustus, que ostentaban los emperadores. A imitación de éstos dispusieron de salas de audiencia y de un solio. Ni siquiera dudaron en atribuirse el derecho a imponer su nombre a alguna ciudad, como era costumbre que hicieran los soberanos romanos. Tal fue el caso de Hadrumentum, que pasó a llamarse Hunuricopolis, en honor al rey Hunerico<sup>9</sup>.

Es más, los reyes vándalos celebraron sus victorias militares con un fastuoso ceremonial, que asimilaba multitud de elementos ideológicos y rituales, procedentes del rico repertorio que había ido acumulando, a lo largo de siglos, la pompa triunfal romana<sup>10</sup>.

No resulta extraño, pues, que en los documentos emanados de la cancillería real, el monarca vándalo haga mención a su triumphalis maiestas y a su regia virtus, o que para referirse a su persona emplee las fórmulas imperiales de clementia nostra, mansuetudo nostra y pietas nostra<sup>11</sup>. Todo lo cual certifica la pervivencia de usos administrativos del Bajo Imperio. La literatura oficial tampoco irá a la zaga en materia de epítetos grandilocuentes. El poeta Florentino, en su

panegírico atribuye a Trasamundo la dignidad imperial (imperiale decus Thrasamundi...., regnantis Lybiae)<sup>12</sup>.

Pero si bien la monarquía se mostraba harto capaz de sintetizar sus propias tradiciones de origen germánico con la imagen del soberano elaborada por los teólogos imperiales, no puede decirse otro tanto en lo que atañe al concepto de estado. Durante la etapa de organización tribal, los vándalos carecieron de tal noción. Será su periplo a través de las provincias occidentales del Imperio y su asentamiento definitivo en Africa lo que les permitirá tomar contacto con un modelo estatal, el único que conocerán y que asumirán, a lo largo de un proceso de adaptación a los moldes bajoimperiales.

La constitución de un estado romano-germánico en el norte de Africa se nos presenta como producto de la convergencia de dos procesos simultáneos: uno conducente a la territorialización del regnum Wandalorum, y otro tendente a definir la plena independencia política de éste frente al Imperio romano<sup>13</sup>.

A partir de la firma del tratado de 442, por el que, como ya vimos, Valentiniano III otorgaba carta de naturaleza a la dominación vándala sobre la Proconsularis, la Byzacena, la región oriental de la Numidia, la Abaritana y la Getulia, se inicia la progresiva identificación entre la monarquía gentilicia y el espacio geográfico de las Africanae provinciae sobre el que ejercía su poder. Especialmente, la Proconsularis, al haberse establecido allí el grueso de la élite militar germana, tras la toma de Cartago en 439, se convirtió en base de la columna sobre la que se vertebraría el estado vándalo. Por otra parte, el acuerdo de 442 rompía todo lazo de dependencia formal entre el rey de los vándalos y el Imperio, lo que, en la práctica, abría

las puertas al desarrollo del concepto de estado vándalo, como hecho diferencial<sup>14</sup>.

Después del asesinato de Valentiniano III y hasta el fin de sus días, Genserico desarrollará una política de conquistas en el Mediterráneo occidental, que le obligará a concretar las funciones militares, administrativas y diplomáticas del monarca vándalo, en tanto que cabeza de un estado romano-germánico independiente del Imperio<sup>15</sup>. Ya en la etapa tribal, el príncipe de la casa real de los Asdingos poseía el derecho a declarar la guerra y a sellar la paz, dado que, a semejanza de todos los reyes germánicos, su función primigenia consistía en liderar el ejército. Las continuas guerras que, entre 455 y 474, enfrentan al reino vándalo con el Imperio, potenciarán al máximo estas atribuciones, adecuándolas a la impronta del modelo romano, único referente estatal a disposición de los invasores bárbaros. De este modo, el monarca vándalo pasa de ser el caudillo guerrero de un pueblo germano, a convertirse en la suprema autoridad militar y diplomática de un amplio territorio segregado del Imperio, sobre el que gobierna con plena y absoluta autonomía. No en vano, tras la instalación de la sede regia en Cartago, el príncipe de los Asdingos, también, había llegado a ser la cabeza de un amplio aparato administrativo, que sólo en parte conservaba vestigios de época romana<sup>16</sup>.

Pese a la progresiva identificación de la monarquía con el espacio africano<sup>17</sup>, y a la temprana adopción de las insignias y de los postulados teóricos del poder imperial, la realeza vándala jamás olvidó sus orígenes gentilicios. Los soberanos del linaje real de los Asdingos habían adoptado el título de rex Wandalorum et Alanorum hacia 418, y lo conservarían, sin alteraciones, hasta la deposición de Gelimer en el año 534<sup>18</sup>. Lo que nunca admitirían, sería ningún tipo de

designación distintiva, que pudiese llevar aparejado el reconocimiento tácito de la igualdad de germanos y afrolatinos ante la corona. En este aspecto la monarquía vándala se diferenció cualitativamente de los principados maúrico-romanos, que se constituyeron con posterioridad a 455, sobre el solar de las antiguas provincias africanas libres de la presencia vándala. Masuna, dinasta de Altava, asumió el dictado de rex gentium Maurorum et Romanorum<sup>19</sup>. Nada pretencioso, si se le compara con Masties, un dux de la región de Hodna, que tomó el título de imperator, seguramente, después del asesinato de Valentiniano III, y que lo mantuvo hasta su muerte, acaecida cuarenta años más tarde<sup>20</sup>.

Ni Genserico ni sus sucesores pudieron nunca asumir una titulación semejante. Resultaba incompatible con la ordenación política y social de un estado que primaba la defensa de los privilegios adquiridos por la élite germánica, tras la conquista de la Proconsularis. Ciertamente, los grandes propietarios afrolatinos que lograron conservar sus bienes y permanecer en el territorio dominado por los vándalos, llegaron a ocupar destacados cargos en la corte de los Asdingos y en el ramo civil de la administración central y territorial del reino. Romanos fueron muchos de los burócratas y funcionarios<sup>21</sup>; romanos los obispos católicos y notables locales que gobernaban las ciudades<sup>22</sup>; romanos los gobernadores de las provincias (iudices provinciarum), que pese a haber sido despojados de la mayor parte de sus funciones administrativas, pudieron mantener sus competencias judiciales sobre la población afrolatina; y romano fue el juez de Cartago, que ostentaba la dignidad de proconsul<sup>23</sup>. Sin embargo, la aristocracia romana jamás disfrutó de los mismos privilegios que los optimates vándalos, a quienes se hallaba reservada la función militar y cuyas propiedades gozaban de inmunidad fiscal<sup>24</sup>.

Hilderico (523-530), hijo del vándalo Hunerico y de la princesa romana Eudocia, intentó materializar un proyecto integrador, que acabase con la duplicidad del sistema instaurado por su abuelo Genserico. En consonancia con el espíritu de la reforma que promovía, la propaganda oficial le aclamó como "heredero de la doble diadema" (gemini diadematis heres); lo que, dada su ascendencia vandálico-romana, puede interpretarse como un testimonio de su intención de reinar sobre ambas comunidades, germana y afrolatina, en pie de igualdad. Era su deseo que aristocracia bárbara y romana se fusionaran bajo los auspicios de una corona, que defendiese los intereses de ambas<sup>25</sup>. La política de Hilderico acabó fracasando, y Gelimer (530-534), el último soberano del linaje de los Asdingos, portaría como único título de realeza el de rex Wandalorum et Alanorum<sup>26</sup>.

El hecho de que la monarquía vándala mantuviese, durante toda su historia, una titulación regia vinculada a sus orígenes gentilicios, no fue óbice para que asumiese tempranamente determinados postulados teóricos de la doctrina política tardorromana. Según Jordanes, ya Genserico habría obligado a sus súbditos a admitir la procedencia divina de su autoridad regia (a divinitate...accepta auctoritate)<sup>27</sup>.

De tal modo, la monarquía reforzaba ideológicamente su poder frente a la aristocracia gentilicia, a la que había asestado un duro golpe con la institución de los millenarii. En este contexto se inscribe la conspiración que, en 442, protagonizaron un nutrido grupo de optimates vándalos contra lo que consideraban un acto de superbia por parte del monarca<sup>28</sup>. La cruenta represión parece haber eliminado las resistencias de la nobleza vándala, a la vez que consolidó la directrices autocráticas de la monarquía. En tiempos de Hunerico, nadie discute ya el origen divino de la autoridad del rey. La

autocracia militar es un hecho. En un decreto promulgado por este soberano el 20 de mayo de 483, ratificando la prohibición de celebrar el culto católico en las propiedades asignadas hereditariamente a los vándalos (in sortibus Wandalorum), se realza el carácter transcendente del poder real. Hunerico, en tanto que rex Wandalorum et Alanorum, se dirige a todos los obispos católicos de su reino, para hacerles saber que no tolerará por más tiempo el escándalo in provinciis a deo nobis concessis<sup>29</sup>.

No obstante, al margen del reconocimiento de un dominio instaurado por la fuerza de las armas, para el gobierno de Constantinopla, el rex Wandalorum et Alanorum nunca dejó de ser el jefe de un grupo de foederati que, aprovechándose de las circunstancias, había usurpado al emperador sus legítimos derechos sobre las provincias africanas. Opinión parecida compartían los grandes propietarios afrolatinos y el clero católico, ya se encontrasen en el exilio o hubiesen logrado conservar sus bienes y permanecer en Africa. La mayor parte de ellos nunca consideró al monarca Asdingo como su legítimo soberano<sup>30</sup>.

Al igual que los demás estados germánicos constituidos en el solar de la Romania durante el siglo V, el reino vándalo se forja sobre una realidad dúplice. Dos comunidades distintas han de convivir en un mismo espacio geopolítico. En otros casos, a medida que se fue afirmando el poder de la correspondiente monarquía bárbara, esas diferencias tendieron a diluirse en beneficio de la vertebración de un cuerpo social unitario. Ahora bien, en el reino vándalo, pese a la difusión de numerosos elementos de la cultura afrolatina entre la nobleza germana, dicho proceso jamás llegó a cuajar. Una serie de contradicciones, inherentes al sistema implantado por Genserico y perpetuado por

sus sucesores, lo impidieron. Para comprender la naturaleza exacta de las mismas, es preciso remontarse a los primeros tiempos del asentamiento vándalo en Africa y seguir su desarrollo, a lo largo del tiempo.

La toma de Cartago y la instalación de los germanos en la Proconsularis se produjeron en medio de un clima de fuerte conflictividad social y política. La crispación existente en círculos aristocráticos y eclesiásticos afrolatinos, desde el desembarco de los bárbaros en 429, se transformó ahora en abierta y decidida resistencia al invasor. Durante el período que va de 439 a 442, la hegemónica minoría vándala no sólo hubo de hacer frente a la oposición de la nobleza romana y el clero católico, sino también a las campañas militares organizadas por el gobierno de Constantinopla a petición de Valentiniano III. En tales circunstancias, la monarquía vándala se vio obligada a concentrar en sus manos la mayor cantidad de poder posible; aún a costa de efectuar sustanciales recortes en las prerrogativas que, hasta aquel momento, había disfrutado la aristocracia militar germana. Mediante la constitución de los millenarii, la eliminación del conventus o asamblea de hombres libres, y la sangrienta represión de las conjuras nobiliarias, Genserico barrió las instituciones tribales. La vieja monarquía gentilicia de los Asdingos había comenzado a transformarse en un poder autocrático, inspirado en el arquetipo imperial tardorromano<sup>31</sup>.

Al desarticular las redes de solidaridad tribal, Genserico propició la aparición de una nobleza de servicio, vinculada por lazos de dependencia a la domus regia y a las no menos poderosas casas de sus tres hijos. No obstante, esta reducida élite de origen germánico continuaba viendo amenazado su status de privilegio. Buena parte de la vieja aristocracia afrolatina, liderada por el episcopado católico y secundada por



las masas populares urbanas, todavía se mostraba adversa a sus dominadores y era capaz de presentar una tenaz resistencia, que la monarquía arriana intentó combatir, sin éxito, mediante una violenta política religiosa antikatólica. En cuanto a los sectores de la nobleza romana más proclives a un entendimiento con los vándalos, sólo puede decirse que, a partir del reinado de Hunerico, se hallan tan envueltos como sus conquistadores en las crisis sucesorias que afectaban a la corona<sup>32</sup>.

A la oposición de la Iglesia Católica y de la clase privilegiada romana, vinieron a sumarse, tras la muerte de Genserico, las revueltas de algunas de las tribus mauras que habitaban en el interior del reino vándalo. Sus devastadoras incursiones en la Proconsularis y la Byzacena acabaron por convertirse en un formidable peligro para el mantenimiento de la integridad territorial del estado germánico norteafricano. De hecho, favorecerían la consolidación de una serie de principados beréberes, cuyo espacio geopolítico se desgajó del reino vándalo; bien a partir de la independencia de una de sus áreas periféricas, como ocurre en la región del Aurés; o bien a causa de la permanente rebelión de todo un pueblo instalado en el mismo corazón del dominio vándalo, como sucede en el caso de la tribu de los Frexas<sup>33</sup>.

Ante tales presiones, la monarquía reaccionó fortaleciendo la autocracia militar. Sin embargo, esta medida se mostró insuficiente para someter los distintos focos de oposición al dominio vándalo, y, desde luego, tampoco sirvió para acabar con las fuertes tensiones, que ocasionaban las luchas por el trono entabladas entre las distintas ramas del linaje real de los Asdingos. Más adelante tendremos ocasión de analizar con detalle este último problema, cuyo entendimiento resulta básico para comprender la caída del reino vándalo.

En cualquier caso, los sucesores de Genserico comprendieron que, si deseaban consolidar su poder, les era necesario contar con el apoyo de la clase dirigente afrolatina. Ahora bien, todo acuerdo con ésta pasaba, obligatoriamente, por la concesión de una amplia tolerancia al catolicismo. Guntamundo, deseoso de distinguirse de la política religiosa que había puesto en práctica su antecesor Hunerico, hizo un tímido esfuerzo por aproximar posiciones a la Iglesia Católica; pero sería bajo el reinado de Hilderico, cuando se efectuarían los avances más importantes. De hecho, estamos en condiciones de afirmar que el advenimiento de este último soberano marca el inicio de un período de entendimiento entre la monarquía arriana y sus súbditos latinos de confesión católica, al mismo tiempo, que señala un cambio de orientación en las relaciones entre los gobiernos de Cartago y Constantinopla, ampliamente puesto de manifiesto a través del reconocimiento de la supremacía del poder imperial por parte del príncipe vándalo<sup>34</sup>.

Hilderico, hijo de Hunerico y Eudocia, fue un monarca profundamente romanizado. Sucedió a su primo Trasamundo en 523, cuando contaba 66 años de edad. Nieto de Valentiniano III y de Genserico, siempre se sintió más vinculado afectivamente a sus augustos antepasados romanos que a la rama germánica de la familia. La temprana influencia de Eudocia, una formación cultural latina y el período pasado en Constantinopla, a comienzos del reinado de Justino I, en calidad de huésped de Justiniano, determinarían su predilección por todo lo romano<sup>35</sup>.

Posiblemente, durante el tiempo que permaneció en la capital del Imperio de Oriente, tuvo ocasión de relacionarse con su prima Anicia Juliana, quien ostentaba el título de patricia por derecho propio, como hija del emperador Olibrio y de Placidia, y, al igual que el propio Hilderico, descendiente

directa de Valentiniano III y Teodosio II. Muy próxima a la corte imperial, desde su infancia, esta princesa se había visto envuelta en algunos acontecimientos relevantes de la historia de Bizancio. En 478, siendo apenas una adolescente, Zenón había ofrecido su mano, junto con la espléndida dote que la acompañaba, a Teodorico el Amalo, a fin de poner término al conflicto que enfrentaba a los ostrogodos con el Imperio. Dado que, en esta ocasión, el monarca bárbaro rehusó negociar la paz, Anicia Juliana acabó casándose con un biznieto de Aspar, Flavio Areobindo Dagalaifo, quien realizó una brillante carrera bajo el reinado de Anastasio I<sup>36</sup>.

Tanto Areobindo como su esposa eran católicos devotos, hecho que no debió pasar inadvertido a Hilderico, para quien, sin duda, romanismo y catolicismo formaban parte de un único complejo cultural, en el que deseaba verse integrado. La denodada lucha de Areobindo y Anicia Juliana en favor de la ortodoxia había tenido uno de sus momentos culminantes en 512, durante la llamada "revuelta del Trishagion". A comienzos de noviembre de aquel año, el emperador Anastasio dispuso que en todas las iglesias de la capital se cantase la oración del Trishagion, añadiendo una fórmula monofisita empleada en Antioquía. Inmediatamente, se produjeron graves disturbios en la ciudad. La población mayoritariamente ortodoxa de Constantinopla demandó que el católico Areobindo fuese proclamado emperador, y Anastasio hubo de efectuar un acto de desagravio público, para calmar al pueblo, evitando así ser destronado<sup>37</sup>.

Aunque Areobindo había rehusado aprovechar la ocasión para hacerse con el poder supremo, eso no había mermado la popularidad de su casa. Ignoramos si fue ésta la razón que indujo a Anastasio a estrechar sus vínculos con la familia de los Anicii, a través de un enlace matrimonial; o si, por el

contrario, la unión de su sobrina Irene con Olibrio, hijo de Areobindo y Anicia Juliana, había precedido a los desordenes <sup>38</sup>. Fuera como fuese, lo cierto es que, a pesar de la presión ejercida por el emperador y el patriarca de Constantinopla Timoteo I (511-518), Anicia Juliana se mantuvo firme en sus convicciones religiosas, erigiéndose en uno de los más firmes baluartes con que contaban los calcedonenses en Constantinopla, frente a los defensores del Henotikon. Su perseverancia le permitiría conservar gran influencia en la corte en tiempos de Justino I, ya que éste se alzó como campeón del credo de Calcedonia, poniendo término al cisma de Acacio, siendo precisamente esta época en la que transcurre la estancia de Hilderico en Constantinopla<sup>39</sup>.

Los vínculos familiares que ligaban a Hilderico con la corte de Constantinopla y su amistad personal con Justiniano, tuvieron un peso decisivo en la orientación política de su reinado. Incluso antes de ser oficialmente proclamado rey, ya había llegado a acuerdos positivos con la Iglesia Católica y la aristocracia afrolatina. Los círculos intelectuales de su corte fueron un fiel reflejo de los cambios que se estaban operando. Aunque, al menos, desde el reinado de Hunerico, todos los reyes vándalos habían dispuesto de poetas oficiales que cantasen sus gloriosas hazañas, jamás se había producido en el África vándala un florecimiento de la cultura romana similar al que conocemos en tiempos de Hilderico. Bajo la directa protección del monarca compusieron sus versos poetas como Luxorio<sup>40</sup> y Coronato<sup>41</sup>, cuyas obras, plagadas de juegos retóricos, se insertan en la línea de los modelos propuestos por los gramáticos contemporáneos Fausto<sup>42</sup>, Calbulo<sup>43</sup> y Fulgencio<sup>44</sup>. Nos hallamos ante la última generación de grandes literatos afrolatinos.

En este ambiente de tolerancia religiosa, aproximación

a la élite romana e incentivación de su cultura, no resulta extraño que medrasen numerosos aristócratas latinos. Es cierto que bajo ningún monarca vándalo habían faltado romanos influyentes en la corte, como aquellos dos hermanos, Victoriano y Rufiniano, hijos de Víctor, gracias a cuyos buenos oficios el poeta Draconcio obtuvo la libertad y la restitución de las propiedades, que le habían sido confiscadas por orden del rey Guntamundo<sup>45</sup>. Sin embargo, nunca antes se había permitido que un romano acumulase tanto poder, como el que llegaron a concentrar entre sus manos ciertos personajes del aula palatina de Hilderico. Apolinar, un adolescente católico llegado de Italia, se convirtió en el favorito del soberano, quien le cubrió de riquezas<sup>46</sup>. Otro romano, Eutico, ministrum regis, alcanzó tal prepotencia, que amparándose en la autoridad que le confería su cargo, no dudó en dedicarse a la rápiña, arrebatando por la fuerza sus propiedades a algunos particulares<sup>47</sup>.

De todos modos, tampoco conviene exagerar la relevancia de las aficiones literarias del príncipe, ni la promoción individual de determinados notables romanos. Para cuando se inauguró el reinado de Hilderico, la aristocracia vándala había asumido ya buena parte del legado cultural afrolatino<sup>48</sup>. Su romanización estaba tan avanzada, que se puede considerar incluso superior a la de los ostrogodos. De hecho, en el reino vándalo no encontramos, como en el ostrogodo, ninguna facción germana que rechace de plano la cultura latina<sup>49</sup>. Ni siquiera, el propio Gelimer, quien encabezaría la oposición al régimen de Hilderico, despreció nunca los refinamientos de la educación romana. Antes bien, poseía notables conocimientos de música y poética, a los que apeló, tras la victoria bizantina de Tricamarum, para componer, en su último refugio del monte Papua, un poema heroico, donde narraba sus desdichas. Canto fúnebre de la monarquía vándala, que entonaría un rey sin corona,

acompañándose de la lira<sup>50</sup>.

La verdadera relevancia de las inclinaciones filorromanas de Hilderico reside, sobre todo, en los cambios que le impulsaron a efectuar en materia de política religiosa. Hasta este momento no encontramos en la historia del reino vándalo un monarca que haya concedido tantos privilegios a la Iglesia Católica como Hilderico, con lo que ello comportaba de aproximación a la nobleza afrorromana y a Bizancio. Aunque analizaremos por separado la política religiosa de la monarquía vándala, conviene que nos detengamos un momento en este punto, para precisar la significación del elemento religioso, como rasgo cultural diferenciador entre las dos comunidades, que convivían sobre el espacio norteafricano.

A comienzos del siglo VI, el arrianismo, en tanto que fides germanica, se había convertido en el único factor que permitía mantener la cohesión étnico-cultural entre las diferentes agrupaciones populares germanas que conformaban las gentes Wandalorum et Alanorum, a la vez que operaba como el signo fundamental de distinción entre éstas y la población sojuzgada del Africa latina. Buena parte de la nobleza vándala era contraria al derribo de aquella última barrera de separación, ya que todos sus privilegios, incluidas las inmunidades fiscales de que gozaba, descansaban sobre una conciencia de distinción "nacional", cuyo único soporte era ahora la fe de Arrio. Si este baluarte resultaba abatido, quedaría comprometida su exclusividad como élite a la que estaba encomendada la función militar, con todas las prebendas que de ella se derivaban. Perdidos los otros rasgos que la diferenciaban de la aristocracia afrorromana, se imponía la defensa a ultranza del credo arriano como pilar sustentante de su primacía socio-económica. En este sentido, la política religiosa de Hilderico, favorable a la Iglesia Católica,

constituía una grave amenaza; no sólo para los fundamentos ideológicos de la conciencia "nacional" germana, sino también para los del mismo reino vándalo.

La voluntad de los predecesores de Hilderico había sido la de consolidar en el norte de Africa un estado romano-germánico, aunque libre de vínculos con el Imperio, capaz de sostener los privilegios adquiridos mediante conquista por la élite bárbara, y cuya monarquía pudiese disfrutar de la justificación teológica necesaria para sancionar la instauración de una autocracia militar, de índole semejante a la romana. Sólo sobre la base de un credo diferente al de Roma había sido posible acreditar la existencia de un poder autocrático, independiente al del Imperio, en el mundo Mediterráneo. De ahí la estrecha relación entre monarquía e Iglesia arriana, y los esfuerzos realizados por algunos reyes vándalos, a fin de establecer la unidad confesional de su reino en torno a la fides germanica por antonomasia. En este último campo los monarcas del linaje real de los Asdingos sólo cosecharían un rotundo fracaso. Hilderico debió comprender la inutilidad de la lucha de sus antecesores y decidió emprender una política religiosa prorromana.

Ahora bien, la búsqueda de un consenso entre la monarquía y la Iglesia Católica, cuyo máximo defensor era el emperador de Constantinopla, llevaba aparejado el reconocimiento formal de la supremacía política de éste, algo que todos y cada uno de los reyes vándalos habían procurado eludir. Es un buen exponente de lo que acabamos de plantear el que, al menos, desde el reinado de Guntamundo, los monarcas del linaje real de los Asdingos, haciendo suyo un privilegio imperial, acuñaron monedas de plata y bronce, en las que sólo aparecía la imagen y el nombre del rey vándalo de turno. Hilderico, en cambio, rompió con esta tradición, acuñando moneda de plata únicamente con la efigie de

Justino I, lo que, según E. Stein, entrañaba "un reconocimiento indirecto pero demostrativo de la soberanía imperial"<sup>51</sup>.

Tamaño inflexión en las relaciones del reino vándalo con el Imperio romano de Oriente se canalizó por vía diplomática. En algún momento entre 523 y 530, Hilderico envió legados a Bizancio, portando como presente una substancial cantidad de dinero. Sin duda, se trataba de monedas acuñadas en la ceca de Cartago, con la efigie del ortodoxo Justino I sobre la cara del anverso. De tal modo, el monarca vándalo hacía manifiesta su intención de acatar la soberanía imperial. En Constantinopla, los embajadores vándalos fueron recibidos por el presunto heredero de la púrpura, Justiniano, sobrino del Augusto y, a la sazón, verdadero gobernante del Imperio, ya que el anciano basileus carecía de la formación y experiencia necesarias para manejar los complejos asuntos de estado. Justiniano correspondió al regalo de Hilderico, obsequiándole, a su vez, con una fuerte suma en metálico, que debió hacer llegar a Cartago, a través de los mismos embajadores que se habían personado en Constantinopla. Estos contactos diplomáticos darían pábulo al rumor de que el príncipe del linaje real de los Asdingos pensaba entregar su reino al emperador, arma utilizada por los enemigos del soberano para precipitar su destronamiento<sup>52</sup>.

Como hemos indicado más arriba, el reconocimiento de la supremacía de la autoridad imperial, por parte de Hilderico, es un fenómeno, que se halla estrechamente vinculado a los cambios en materia de política religiosa introducidos por este monarca. Las medidas que el soberano adoptó en favor de la Iglesia Católica, propiciaron una aproximación de la monarquía vándala a sus súbditos romanos y al Imperio de Oriente. Pero, además, abrieron las puertas a la difusión de un nuevo elemento del complejo cultural afrolatino entre la élite germana: el



religioso. Conviene recordar que, a comienzos del reinado de Hilderico, éste era el único rasgo cultural que separaba a los romanos de los vándalos. Ahora bien, pese a las tendencias dominantes en la corte de Cartago, la inmensa mayoría de la nobleza germánica no estaba preparada para una conversión colectiva, que hubiese supuesto su completa romanización y la fusión con la aristocracia afrorromana. Sólo el análisis de la postura que tradicionalmente había venido manteniendo la monarquía frente a la Iglesia Católica, nos permitirá entender esta resistencia, al tiempo que nos ayudará a valorar, en su justa medida, el alcance que tuvieron las disposiciones de Hilderico en pro de la fides romana, durante la última crisis del reino vándalo.

## 1.2. La política religiosa.

Los vándalos ya eran arrianos cuando desembarcaron en Africa. El arrianismo no nace como fides germanica, sino que surge, a comienzos del siglo IV, en la mitad oriental del Imperio romano, como respuesta a la polémica teológica, candente en la época, sobre las relaciones del Padre y el Hijo en el seno de la Trinidad. Toma su nombre de Arrio, presbítero de la iglesia del barrio alejandrino de Baukalis, formado en la escuela dialéctica de Antioquía. Este clérigo, en su lucha contra el sabelinismo, que consideraba a Cristo como una forma especial del Padre y no como una persona distinta, defendió la tesis de que el Hijo había sido creado y que, por tanto, era de una esencia o sustancia (ousia) diferente a la del Padre. Sus doctrinas le llevaron a ser excomulgado por un sínodo celebrado en Alejandría en 319. Sin embargo, eso no impidió que se extendieran rápidamente por todo Oriente. En 325, la cuestión fue objeto de debate en el Concilio de Nicea, primero ecuménico de la Iglesia, convocado por el emperador Constantino I, inmediatamente después de su victoria

sobre Licinio y de la consiguiente reunificación de todo el Imperio bajo su mando, a fin de zanjar la disputa. Esta magna asamblea condenó las enseñanzas de Arrio y proclamó un Hijo "engendrado, no hecho, consustancial (homoousios) al Padre". Pese a las medidas tomadas en un primer momento contra los herejes, las vacilaciones del emperador en los últimos años de su vida favorecieron la continuidad del problema<sup>53</sup>.

Bajo el reinado de Constancio II (337-361), el panorama tendió a complicarse todavía más, pues, aunque los arrianos gozaban del apoyo del soberano, las disputas internas condujeron a su excisión en varias facciones. Los más radicales, o anomeos, encabezados por el diácono Aecio de Antioquía, predicaban, a partir de 356, una absoluta diferencia sustancial entre la persona del Padre y la del Hijo. Junto a ellos encontramos a los homoiusianos, que adoptaron una postura moderada, bastante próxima al credo de Nicea. Liderados por Basilio de Ancyra (Ankara), defienden desde 358, no una misma sustancia (homoousios), pero sí una similitud sustancial (homoiousios) entre ambas personas de la divinidad. Por último, frente a las divisiones arrianas, los nicenos u homousianos, permanecían unidos bajo la dirección del patriarca Atanasio de Alejandría y del obispo Hilario de Poitiers, reafirmandose en la doctrina de la consustancialidad<sup>54</sup>.

Con el propósito de elaborar una fórmula de fe, que pudiese ser aceptada por todas las partes envueltas en la querella, el emperador Constancio II reunió, en la primavera de 359, una comisión de teólogos anomeos y homoiusianos en Sirmium. De esta asamblea emanó el llamado cuarto credo de Sirmium, obra del obispo sirio Marco de Arethusa. El nuevo símbolo, sancionado por el emperador y ratificado por todos los prelados de la corte, el 22 de mayo de 359, declaraba que el Hijo era semejante al

Padre (homoios to patri), aunque no de la misma esencia o sustancia. Surge así una tercera facción arriana, la de los homeos, que será acaudillada por Acacio de Caesarea y disfrutará del favor imperial. Constancio, en su afán por establecer la unidad de la Iglesia en torno al cuarto credo de Sirmium, procuró imponer esta fórmula homea a los obispos occidentales reunidos en Ariminum, y a los orientales congregados en Seleucia de Isauria (Silifke). Sin embargo, a la vista de las reticencias manifestadas por los padres conciliares, forzó a un grupo de delegados de cada sínodo a firmar una nueva definición del dogma, conocida como fórmula de Nike (Ustodizo), nombre que toma de la pequeña ciudad de Thracia, donde tuvo lugar el evento<sup>55</sup>. Este credo, cuyo contenido nos transmiten Atanasio de Alejandría y Teodoreto de Cyrrhus<sup>56</sup>, era idéntico al cuarto de Sirmium, si bien omitía la expresión "semejante en todo al Padre" (homoios kata panta). Meses después, los prelados reunidos en el Concilio de Constantinopla de 381, confirmarían aquella fórmula<sup>57</sup>. La muerte de Constancio II en 361 impidió que se convirtiese en el credo definitivo del Imperio. Ahora bien, entre los obispos que suscribieron las actas del sínodo de Constantinopla se hallaba Ulfilas, quien transmitiría el nuevo símbolo homeísta a los godos, y, a través de la intensa actividad misionera de sus discípulos, a otros pueblos germánicos<sup>58</sup>.

A pesar de que conocemos bien la génesis de la fórmula de fe difundida entre los vándalos, resulta bastante difícil precisar el momento justo, en que se produjo su conversión. La primera referencia que los vincula al arrianismo, procede de una anécdota sobre la batalla, que, hacia 422, libraron en la Baetica contra las tropas imperiales mandadas por el magister militum Castino. Según Salviano de Massilia, que es quien nos ofrece la noticia, en tal ocasión, los vándalos, ya arrianizados, escogieron como grito de guerra un versículo de la Biblia<sup>59</sup>. Ch.

Courtois estima como hipótesis más probable que la herejía haya sido transmitida a los asdingos, a fines del siglo IV, mientras residían en la llanura de Pannonia, por la acción conjunta y simultánea de los visigodos y las iglesias danubianas. Algún tiempo más tarde, hacia el año 400, los asdingos, en marcha hacia el Rin, habrían hecho partícipes de su nueva fe a los silingos instalados junto a las orillas del Main. Aún así, Courtois no descarta la posibilidad, a su juicio incierta, de que la cristianización de los vándalos haya tenido lugar posteriormente, entre 412 y 421, como resultado de su contacto con los visigodos en el interior del Imperio<sup>60</sup>. E. A. Thompson, basándose en el testimonio de Paulo Orosio, que escribe en 417 y considera la conversión de los vándalos como un hecho muy reciente, se inclina a favor de esta última teoría, y data el acontecimiento entre 409 y 417<sup>61</sup>.

Dejando al margen el debate cronológico, lo cierto es que, para cuando los vándalos desembarcaron en Africa su fe era un elemento formal de diferenciación respecto a la población latina del Imperio. El 27 de febrero de 380, el emperador Teodosio I, en uso de sus poderes autocráticos, había promulgado el célebre edicto de Tesalónica, que hizo del credo de Nicea la religión oficial del estado romano. A partir de este momento, únicamente quienes confesasen el símbolo homousiano tendrían derecho al nombre de cristianos católicos<sup>62</sup>. En consecuencia, como señala E. Mitre, el arrianismo llegó a constituir para los pueblos germanos "una auténtica religión nacional, una fides germanica, frente a la ortodoxia católica, erigida en fides romana". De hecho, se convirtió en el principal "elemento de cohesión étnica frente a las masas de población de ascendencia romana entre las cuales se instalaron" los invasores bárbaros<sup>63</sup>.

Genserico, que construyó su reino sobre esta base

diferencial, se manifestó hostil a la Iglesia Católica, desde el mismo instante en que puso el pie en Africa, como ya vimos en la primera parte de este trabajo. Durante la invasión de 429, las basílicas fueron saqueadas, los clérigos asesinados y las religiosas violadas. Unos años más tarde, hacia 437, mientras residía en Hippo Regius como príncipe federado del Imperio, decretó la conversión forzosa al arrianismo de todos los miembros de su corte, bajo penas severísimas, que incluían la muerte, en caso de perseverar en el catolicismo. Tras la toma de Cartago en 439, despojó de sus tesoros a las iglesias y destinó al culto arriano los santuarios más destacados de la ciudad. Además, obligó al obispo Quodvultdeus a embarcarse para Italia con la mayor parte de su clero. En los meses siguientes, numerosos prelados se vieron en la disyuntiva de tener que elegir entre emprender el camino del exilio o ser reducidos a la esclavitud<sup>64</sup>.

El paso del tiempo, apenas modificó la postura inicial del monarca. En 445, un grupo de obispos exilados, a quienes acompañaban ciertos insignes viri, acudieron al palacio de verano de Genserico en Maxula (Radès), para solicitar que se les permitiese volver a sus ciudades de origen y hacerse cargo de sus fieles. Semejante petición indignó al soberano, que se negó a acceder a la demanda de los prelados. La Iglesia Católica tuvo que continuar viviendo en la clandestinidad<sup>65</sup>. Al menos en la Proconsularis, ya que allí se había instalado el grueso del ejército vándalo. La situación era muy distinta en la Byzacena y la Numidia, donde había pocas guarniciones germanas. En estas dos provincias, la mayor parte de los obispos permanecían al frente de sus comunidades y se sentían con la suficiente fuerza, como para desafiar verbalmente a las autoridades de Cartago. De hecho, algunos ellos se atrevieron a denunciar la política religiosa de Genserico, como continuadora de la tradición

inagurada por los perseguidores bíblicos. La respuesta del monarca no se hizo esperar. La práctica del culto católico fue prohibida en todos los grandes dominios vándalos (in medio Wandalorum), y los obispos más combativos tuvieron que partir para el exilio<sup>66</sup>. La suspicacia de Genserico también alcanzó a sus consejeros católicos. El comes Sebastián, yerno de aquel Bonifacio que se había enfrentado a los vándalos cuando estos penetraron en Africa, fue ejecutado en 450, por negarse a profesar el arrianismo<sup>67</sup>.

Sin embargo, unos años más tarde, la situación experimentaría un cambio sustancial. En 454, accediendo a una petición de Valentiniano III, Genserico permitió que Deogracias fuese consagrado como obispo católico de Cartago, al tiempo que se abrían al culto, como mínimo, dos basílicas, la de San Fausto y la Novarum. El nuevo prelado destacaría por su labor humanitaria, para con los prisioneros capturados por los vándalos, durante el saqueo de Roma en 455<sup>68</sup>. Ignoramos que razones motivaron este giro. Es posible que fuese la consecuencia de un acuerdo entre el monarca Asdingo y el emperador Valentiniano III. En cualquier caso, a la muerte del obispo en 457, Genserico, enemistado con las nuevas autoridades del Imperio de Occidente, reanudó su política anticatólica. Próculo, un funcionario regio, se hizo cargo de confiscar todos los libros y objetos sagrados, que se hallasen en manos del clero de la Proconsularis. Algunos obispos opusieron tenaz resistencia, por lo que, a menudo, las iglesias fueron saqueadas y los velos litúrgicos empleados para confeccionar camisas y calzones<sup>69</sup>. En Bulla Regia, los católicos forzaron las puertas de su iglesia, para entrar a celebrar la Pascua. Pero el presbítero arriano Anduit reunió una partida de hombres armados, que masacraron a los fieles. La profanación de las especies eucarísticas solía acompañar a los actos de violencia contra los católicos<sup>70</sup>. En

Cartago, las iglesias abiertas al culto, fueron nuevamente clausuradas y los clérigos enviados al destierro<sup>71</sup>. En cuanto a los funcionarios romanos al servicio de la corte o de las casas de los hijos del rey se les obligó a convertirse al arrianismo<sup>72</sup>.

En los últimos años del reinado de Genserico se desarrolla una postura de mayor tolerancia. El pacto sellado con Constantinopla en 474 introducirá un elemento de inflexión en las difíciles relaciones del joven estado germánico con la Iglesia Católica. Como ya hemos tenido oportunidad de comentar anteriormente, el emperador Zenón, guiado por la necesidad de poner fin al conflicto que desde 467 había venido enfrentando a vándalos y bizantinos, envió al patricio Severo ante la corte de Cartago, con la misión de alcanzar un acuerdo preliminar para la firma de un tratado, que, sin duda, Genserico anhelaba tanto como el gobierno oriental. A cambio del reconocimiento del dominio vándalo sobre Africa, las islas Baleares, Corsica, Sardinia y Sicilia, Genserico debía comprometerse a cumplir con varias condiciones. No insistiremos sobre las ya conocidas. No obstante, conviene destacar que también se preveía el retorno de los presbíteros y diáconos católicos de la Iglesia de Cartago recientemente desterrados por orden del rey. Genserico, consciente del valor que revestía el acuerdo, creyó apropiado permitir el regreso de los clérigos exilados y devolverles la basílica Fausti, para que pudiesen officiar en ella<sup>73</sup>.

Unos años después, en 477, fallecía Genserico y era sucedido en el trono de los Asdingos por su hijo Hunerico, quien, en continuidad con la política religiosa del extinto monarca, se erigió en protector de la Iglesia arriana. Ahora bien, no contento con ejercer tal función en sus dominios, el nuevo soberano vándalo decidió alzarse como campeón del arrianismo en

el mundo Mediterráneo, intentando mejorar la situación de sus correligionarios en el Imperio romano de Oriente<sup>74</sup>. De tal modo, proyectaba, más allá de las fronteras del reino vándalo, una imagen de defensor fidei, que pretendía llegar a representar para los arrianos, lo que simbolizaba la del emperador para los católicos.

Por otra parte, parece ser que Hunerico, también, quiso dotar a la Iglesia arriana de una organización que se asemejase a la de la Iglesia imperial. No en vano, todos los indicios apuntan hacia los primeros tiempos de su reinado, como el momento en que tuvo lugar la creación del patriarcado arriano de Cartago. El primer titular que conocemos fue Juvenco, cuyo nombre romano sugiere la posibilidad de que, para esta época, se hubiese producido una arrianización de ciertos elementos de la aristocracia afrolatina. Otorgando al obispo arriano de Cartago idéntico rango eclesiástico al que disfrutaba su colega ortodoxo de Constantinopla, el monarca buscaba equiparar en prestigio la sede regia de los vándalos a la capital del Imperio de Oriente. Con todo, Hunerico no se detuvo ahí. En su deseo de imitar a las autoridades imperiales, llegó a decretar una violenta persecución contra los haereticos Manichaeos, que se convirtieron en víctimas de la política religiosa del monarca<sup>75</sup>.

Por lo que respecta a la Iglesia Católica, sabemos que, Hunerico se mostró bastante tolerante con ella, a comienzos de su reinado. En sintonía con las últimas medidas adoptadas por su padre Genserico, el nuevo soberano llegó a autorizar el culto católico en toda la Proconsularis. Semejante disposición, que debió hacerse efectiva hacia 477-478, iba encaminada a fijar el status de la Iglesia Católica en el reino vándalo, poniendo término a dos décadas de organización eclesiástica clandestina, que habían hecho imposible toda tentativa de control por parte



de la monarquía<sup>76</sup>.

A comienzos de junio de 480 o 481, arribaba a las costas africanas una nueva embajada imperial, a cuyo frente se hallaba Alejandro, curator o administrador del patrimonio de Placidia, viuda del emperador Olibrio y cuñada de Hunerico. No entraremos en detalles sobre los diferentes asuntos tratados por el embajador con el rey de los vándalos, puesto que ya tuvimos oportunidad de abordarlos en su momento. Baste recordar que Hunerico renunció a las demandas que había sostenido su padre Genserico, y que ratificó las cláusulas del pacto de 474 pendientes de resolución. A cambio reclamó un mayor grado de libertad para los arrianos que residían en territorio imperial<sup>77</sup>.

Alejandro era portador de unas misivas de Zenón y Placidia, en las cuales se rogaba al monarca Asdingo que permitiese la ordenación de un obispo católico para la sede de Cartago, que llevaba vacante veinticinco años. Como demuestra el edicto real dado a conocer el 18 de junio de 480 o 481, per notarium suum, nomine Vitarit, Hunerico se plegó a la voluntad del basileus<sup>78</sup>. Según Ch. Courtois, parece ser que Eugenio, el prelado que ocuparía la cátedra, fue un oriental elegido por el emperador y enviado a Africa con Alejandro<sup>79</sup>.

Pero la bonanza duró poco. Dado que Zenón se negó a efectuar concesión alguna al clero arriano en Oriente, Hunerico se consideró libre de todo compromiso. En 482 vetó la práctica del culto católico a los miembros de la domus regia. La prohibición, que, a decir verdad, databa del reinado de Genserico, había caído en desuso con el paso del tiempo y la clausura de los centros de culto católico. Tras la restauración de las ceremonias litúrgicas y la ordenación de Eugenio, el

precepto recobraba razón de ser. Su restablecimiento parece haberse producido por inducción de Cirila, obispo arriano de Cartago<sup>80</sup>.

En principio el rey ordenó a Eugenio que no recibiese en su iglesia a ninguna persona vinculada a la domus regia. Estas eran fácilmente reconocibles, porque en aquella época estaban obligadas a vestir y peinar a la manera vándala. El obispo desoyó el mandato real. Y Hunerico, indignado, apostó tortores a las puertas de San Fausto, con instrucción expresa de detener a cualquier mujer o varón ataviado a la usanza germánica, que por allí anduviese, para, acto seguido, someterlo a la decalvación, es decir, afeitarle el cabello, llevándose la piel de la cabeza en la operación. No pocos perdieron los ojos, e incluso la vida, a causa de este tormento. A las mujeres, además, se las exhibía por las calles y plazas públicas de la ciudad, capitibus pelle nudatis, con un pregonero delante, que iba proclamando la naturaleza de su crimen, a fin de que fuesen objeto de befa y escarnio popular. En cuanto a los varones que, a pesar de todo, se mantuvieran firmes en la fe, se les privó de sus annonas y stipendia, antes de enviarlos ad campum Uticensem, donde se les empleó como mano de obra agrícola en laboribus rusticanis. No se hicieron excepciones. Entre los deportados se encontraban "varones libres y muy refinados" (viros ingenuos et admodum delicatos), que, sin duda, desempeñaban funciones de prestigio en la corte; pero también hubo alguno que, desde hacía tiempo, ya no prestaba obsequium al soberano. Esto significa que las medidas no sólo afectaron a los miembros en activo de la domus regia, sino también a los que se hallaban retirados o habían sido dispensados del servicio<sup>81</sup>.

Con todo, es necesario reconocer que Hunerico se limitó a aplicar una norma jurídica semejante a las empleadas por

los emperadores romanos, para limpiar de herejes y paganos el ejército y las oficinas de la administración pública<sup>82</sup>. Por otro lado, la purga, aunque violenta, únicamente alcanzó a un segmento muy minoritario de la sociedad católica, incluso cuando, finalmente, se promulgó un edicto que obligaba a todos los funcionarios públicos a convertirse al arrianismo, so pena de ver confiscadas sus propiedades y confinadas sus personas en Sicilia o Sardinia<sup>83</sup>.

Aunque, al parecer, el rey tenía la intención de reclamar para el fiscus los bienes de los obispos católicos fallecidos y exigir de sus sucesores la elevada cantidad de 500 sueldos por su ordenación, lo cierto es que nunca llegó a aplicar estas medidas. Sus domestici le disuadieron, recordándole que tal acción tendría, por fuerza, repercusiones aún más onerosas para el episcopado arriano en Thracia y otras zonas del Imperio romano de Oriente<sup>84</sup>.

Sin embargo, de manera paralela a las depuraciones administrativas, se orquestó una verdadera campaña de desprestigio contra el monacato femenino; tal vez, como consecuencia del descubrimiento de la práctica aislada de ciertas vías de áscesis muy peculiares<sup>85</sup>. Parteras germanas examinaron físicamente a las sacras virgines católicas, muchas de las cuales fueron posteriormente torturadas con el propósito de hacerlas confesar qué obispo o clérigos de su Iglesia habían yacido con ellas<sup>86</sup>.

Las cosa no quedaron ahí. A fines de 482 o comienzos de 483, una ingente multitud de obispos, presbíteros, diáconos, monjes y laicos de ambos sexos, de toda edad y condición social fueron reunidos en las ciudades de Sicca Veneria (Le Kef) y Lares (Hr. Lorbeus). Según Víctor de Vita, sumaban un total de 4.966

personas, que habían sido condenadas al exilio en el desierto por negarse a apostatar. Un grupo de mauros acudió a la llamada de los vándalos para hacerse cargo de su traslado a la región de Hodna. Antes de partir, comites enviados por el rey, intentaron persuadirles de que se convirtieran al arrianismo. Pero todos rehusaron al grito: christiani sumus, catholici sumus, trinitatem unum deum inviolabilem confitemur. La larga marcha a través de las calzadas de la Proconsularis y la Nunidia se convirtió en un espectáculo público. Los condenados avanzaban entonando el Salmo 149. Poblaciones enteras salían a los caminos portando cirios, para encomiar a los que ya consideraban dei martyres. Se imploraba su bendición y se les rendían los escasos servicios que los guardianes consentían<sup>87</sup>. No pocos perecieron en el trayecto. Sobre sus sepulturas surgirían, en época bizantina, una serie de monumentos funerarios e inscripciones conmemorativas, destinados a recordar a los viajeros la epopeya de los confesores exilados<sup>88</sup>. Los sobrevivientes fueron confinados en Tubunis, Macri et Nippis aliisque heremi partibus. Únicamente los más sanos y robustos consiguieron llegar. Aunque pronto comprobaron que sus condiciones de vida no iban a mejorar demasiado. Para comer recibían la misma clase de cebada con que se alimentaba a los jumentos, y tuvieron que sufrir la agresión de alimañas venenosas, como escorpiones y serpientes, que habitaban en aquellos desolados parajes<sup>89</sup>.

Alarmado por las noticias que llegaban a Constantinopla, el basileus despachó una nueva embajada a Cartago. Hunerico, temiendo que sus actos pudieran tener consecuencias nefastas para el clero arriano en Oriente, se apresuró a tranquilizar al enviado de Zenón, empleando métodos menos expeditivos. El 20 de mayo de 483, hallándose presente Regino, legado del emperador, el notario Vitarit dio lectura, ante la multitud de fieles reunida en la basílica de San Fausto

con motivo de la celebración del die ascensionis domini, a un praeceptum real dirigido al obispo Eugenio. El documento convocaba a todo el episcopado homousiano a un gran debate teológico, que tendría lugar en la capital del reino a partir del 1 de febrero de 484. En esta asamblea o collatio, que contaría con la presencia de los más destacados prelados arrianos, los católicos podrían exponer sus puntos de vista doctrinales y discutir sobre los mismos. Se estima en 447 el número total de obispos católicos que llegaron a Cartago, desde los más remotos rincones del reino vándalo, para participar en el debate<sup>90</sup>.

El monarca designó como presidente de la collatio a Cirila, patriarca homeo de Cartago. Cuando la conferencia degeneró en una absurda y estéril confrontación entre ambos bandos, el propio soberano la hizo clausurar, promulgando un decreto en el que se declaraba derrotados a los católicos. El documento en cuestión había sido redactado con anterioridad a la reunión de la asamblea, en previsión de semejante contingencia, y en él se ordenaba la inmediata confiscación de todos los bienes de la Iglesia Católica, que serían entregados al clero arriano<sup>91</sup>.

Poco después, el 25 de febrero de aquel mismo año de 484, Hunerico publicó un nuevo decreto que imponía a la población católica de su reino la conversión forzosa al arrianismo antes del 1 de junio, bajo amenaza de severas sanciones para quienes incumplieran el mandato. De hecho, se restablecía la antigua legislación imperial antidonatista contra los católicos que perseverasen en su fe<sup>92</sup>. Con todo, Hunerico estaba dispuesto a dar marcha atrás en sus medidas, si con ello conseguía el apoyo de la Iglesia Católica, para las reformas que deseaba introducir en materia de derecho sucesorio.

Tras la promulgación del decreto del 25 de febrero, el soberano mandó reunir a todos los prelados homousianos en el solar del aedes Memoriae de Cartago, para hacerles saber que los bienes confiscados serían restituidos a sus respectivas comunidades, si se avenían a prestar un juramento de fidelidad. Este comportaba la obligación de sostener y defender el derecho del joven príncipe Hilderico, a ocupar el trono después de la muerte de su padre Hunerico, contraviniendo la costumbre vándala, que preveía que la corona recayese sobre el varón de mayor edad del linaje regio. Una parte de los prelados juró, pero otra se abstuvo, sellando con su actitud la suerte de todos; ya que tanto los que se plegaron a la voluntad regia, como los que rehusaron hacerlo, partieron de inmediato hacia el exilio<sup>93</sup>.

A los que habían jurado se les privó de sus iglesias y del derecho a poseer códigos litúrgicos y ejercer el sagrado ministerio. Además se les relegó a la condición de simples colonos, dispersándoseles por varios puntos de la geografía africana, para que cultivasen el suelo. Los que se habían negado a prestar juramento fueron deportados a la isla de Sardinia, donde se les empleó como mano de obra en la tala de árboles, destinados a abastecer de madera los astilleros de la flota real<sup>94</sup>. Incluso hubo algunos que fueron condenados a trabajos forzados en las minas<sup>95</sup>. Con todo, no puede decirse muchos alcanzasen la palma del martirio. El único caso que conocemos sobre la ejecución de un obispo es el de Leto de Nepta, quemado en la hoguera el 24 de septiembre de 484<sup>96</sup>.

A partir del 1 de junio, la persecución se hizo extensible a todo habitante del reino que aún no se hubiese convertido al arrianismo. Nadie estaba a salvo. Sin importar a que clase social se perteneciese, la resistencia resultaría fatal. Los primeros golpes recayeron sobre los eclesiásticos. El

clero de la ciudad de Cartago, más de 500 varones, entre los que se incluían lectores infantuli, fueron enviados al exilio<sup>97</sup>. Las comunidades monásticas tampoco escaparon al azote. El 2 de julio, se ejecutaba en la capital del reino a siete monjes procedentes de un monasterio ubicado en Capsa (Gafsa)<sup>98</sup>.

Ni siquiera la aristocracia senatorial romana pudo eludir el cumplimiento del decreto. Victoriano de Hadrumantum, procónsul de Cartago y el mayor terrateniente de la Byzacena, entregó la vida entre atroces tormentos por permanecer fiel al catolicismo. Los miembros de la colonia de comerciantes orientales establecida en el puerto comercial de la capital no tuvieron mejor suerte. Dos de estos negotiatores, ambos de nombre Frumencio, sufrieron el martirio. Muchos católicos, especialmente niños separados de sus padres, fueron rebautizados en la fe de Arrio<sup>99</sup>.

Los habitantes de Tipasa abandonaron su ciudad y embarcaron rumbo a Hispania, al conocer la noticia de que un obispo homeo, ex notario del patriarca Cirila, se dirigía al lugar, para hacer cumplir el decreto. Los pocos que no pudieron hacerse a la mar continuaron celebrando abiertamente los mysteria divina en una casa particular. Denunciados por el obispo arriano, padecieron la amputación de la lengua y de la mano derecha. Un grupo importante de ellos se refugiaron, más tarde, en Constantinopla, donde recibieron una cordial acogida por parte de la corte. La emperatriz Ariadna los consideraba como auténticos milagros, ya que habían recobrado el uso de la palabra. Víctor de Vita cita como testimonio viviente del prodigio al diácono Reparato, venerado por la Augusta. Las sepulturas de estos confesores serían honradas desde época muy temprana<sup>100</sup>.

Desde luego, no faltaron las apostasías, muy numerosas, y que en ocasiones dividieron a los miembros de una misma familia. Así ocurrió en el hogar de una matrona natural de la Culusitana civitas, Victoria, cuyo esposo, que acababa de aceptar el arrianismo, la instaba a adjuar de su fe ante todos sus hijos<sup>101</sup>.

Las protestas diplomáticas del emperador Zenón fueron desatendidas. Su embajador, el legatus Uranio, que vino a Cartago pro defensione ecclesiarum catholicarum, hubo de presenciar todo tipo de horrores, ya que el monarca Asdingo no le privó de la visión de las torturas con que se afligía a los católicos<sup>102</sup>.

Durante la primavera de 484 escasearon las lluvias. El verano fue todavía peor. En palabras textuales de Víctor de Vita, aquel año "no cayó ni una gota de agua del cielo". Los efectos devastadores de la sequía se dejaron sentir en todo el país. Las mieses se agostaron y la tierra no dio su fruto. Pronto el hambre se enseñoreó de Africa, causando gran mortandad tanta entre la población rural como entre la urbana. Una pestilentia vino a ampliar las dimensiones catastróficas de la crisis<sup>103</sup>.

Sólo en Cartago parece haber habido acopio de provisiones. No resulta extraño, si tenemos en cuenta que allí residía el rey y su corte, además de numerosos optimates vándalos. Carecemos de testimonios que certifiquen la continuidad de las distribuciones de pan efectuadas durante el Bajo Imperio en beneficio de la plebs frumentaria de la ciudad<sup>104</sup>; pero, a juzgar por la reacción de los damnificados, diríase que los graneros reales debían contener aún excedentes de cereal. Muchedumbres famélicas, verdaderas masas de animata cadavera, que huían de las regiones del interior, fueron llegando en bandadas a los suburbios de Cartago. Muchos debieron ser los que quedaron



tendidos por el camino, víctimas del hambre y de todo tipo de enfermedades carenciales, mientras que los que lograban alcanzar la capital morían a decenas en sus calles. Hunerico, al comprobar la enorme cantidad de cuerpos expuestos que se apilaban, sin que nadie se ocupase de darles entierro, ordenó que fuesen arrojados fuera de la ciudad, ya que temía que se propagase la epidemia y que el ejército se viese diezmado. En cuanto a los refugiados se determinó que debían regresar a sus respectivos lugares de origen. Cosa que, por cierto, no hicieron<sup>105</sup>.

La terrible hambruna produjo un incremento de las apostasías. Numerosos católicos, indignados contra Dios porque "padeían como perros" (patiebantur ut canes), renegaron de su fe y abrazaron el arrianismo<sup>106</sup>. La cantidad de lapsi o apóstatas resultó ser tan elevada, que un sínodo celebrado en la ciudad de Roma en 487, donde se abordó el problema, prescribió diversas penitencias para su readmisión en la Iglesia Católica, imponiendo las más rigurosas a los obispos y clérigos refractarios<sup>107</sup>.

Para el conjunto del episcopado africano, que había permanecido fiel al credo niceno, el cúmulo de desgracias que jalonaron el año 484 sólo podía explicarse como el "verdadero y justo juicio de Dios" contra los perseguidores arrianos. La muerte de Hunerico, fallecido en Cartago el 22 de diciembre, vino a reafirmar esta opinión. Las fuentes son unánimes al afirmar que "aquella bestia, sedienta de la sangre de los inocentes" falleció entre atroces dolores intestinales, "podrido y bullendo de gusanos" (putrefactus et ebuliens vermibus)<sup>108</sup>. En realidad, el autor africano no hace más que redundar en un viejo tópico de la historiografía judeo-cristiana, según la cual existía una cruel y extraña enfermedad letal que afectaba a los más crueles perseguidores del pueblo de Dios. Su arquetipo lo encontramos en

la descripción de la agonía de Antíoco IV Epiphanes (175-164 a. C.), que se nos ofrece en el II Libro de los Macabeos<sup>109</sup>. Lucas lo retoma en sus Acta Apostolorum, para referirnos la muerte del rey Herodes Agripa I (41-44)<sup>110</sup>. Pero fueron el africano Lactancio en su De mortibus persecutorum y Eusebio de Caesarea en su Historia Ecclesiastica quienes lograron sacar mayor partido del modelo, al narrar el último año de la vida del emperador Galerio (305-311)<sup>111</sup>.

La fulminante muerte de Hunerico impidió que llevase a cabo su proyectada reforma en materia de derecho sucesorio. Por consiguiente y en conformidad con la norma que regulaba el acceso al trono de los Asdingos, la corona recayó sobre las sienes de Guntamundo, que era el príncipe de mayor edad del linaje real. El nuevo soberano, deseando desmarcarse de la política religiosa que había ejercido su antecesor, miembro de una rama rival de la estirpe regia, fue aplicando gradualmente una serie de medidas de tolerancia hacia la Iglesia Católica. Según Víctor de Tunnuna, apenas hubo asumido la potestad regia, Guntamundo hizo llamar del exilio a numerosos católicos desterrados<sup>112</sup>. Por lo que sabemos, esta medida de gracia, en principio, sólo alcanzó a los laicos. El obispo Eugenio no pudo volver a Cartago hasta 487, coincidiendo con la devolución del coemeterium sancti martyris Agilei a la comunidad católica de la capital del reino vándalo. El resto del clero africano habría de esperar a 494, para obtener la autorización de reintegrarse a sus iglesias. Algunos meses después, el 10 de agosto de 495, se les devolvieron sus templos y lugares de oración clausurados<sup>113</sup>.

Sin embargo, este cambio de actitud de la monarquía vándala hacia la Iglesia Católica duró poco. Después de la muerte de Guntamundo en 496, su hermano y sucesor Trasamundo reanudó la política religiosa anticatólica, que había imperado en tiempos

de Genserico y Hunerico. Entre 499 y 502, Trasamundo procedió al desmantelamiento de las infraestructuras económicas y los cuadros dirigentes de la Iglesia Católica africana. En primer lugar, mandó cerrar los edificios dedicados al culto y confiscó todos sus bienes. Más tarde, prohibió la elección de nuevos obispos, que ocupasen las sedes vacantes. Y, a manera de colofón, hizo confinar en la isla de Sardinia y en distintos lugares de Africa, a los prelados recalcitrantes, que, contraviniendo el decreto real, osaron proveer sucesores a sus difuntos colegas<sup>114</sup>. Sin embargo, jamás persiguió a los laicos, como hiciera Hunerico, ni tomó medidas coercitivas contra el clero sumiso. Presbíteros y diáconos continuaron al frente de sus comunidades. Tampoco la vida monástica se vio amenazada. Incluso parece que hubo obispos que permanecieron en sus respectivas sedes. Sólo aquellos que infringieron la ley fueron relegados al exilio<sup>115</sup>.

Pese a las medidas tomadas contra la Iglesia Católica, en esta ocasión, el gobierno de Cartago, no hubo de soportar, como en el pasado, las quejas del emperador, ya que el cismático Anastasio I, poco preocupado por la suerte de los católicos de Occidente, mantenía excelentes relaciones con Trasamundo<sup>116</sup>. No obstante, las cosas empezaron a cambiar cuando en 518 Justino I vistió la púrpura. El nuevo basileus restableció los vínculos rotos con Roma, poniendo fin al cisma de Acacio. Desde este momento, Bizancio volvió a interesarse por los problemas de la Iglesia Católica en el reino vándalo, haciendo llegar sus requerimientos al monarca Asdingo<sup>117</sup>.

Si bien el anciano Trasamundo hizo caso omiso a las protestas de los embajadores de Justino I, el príncipe Hilderico, su heredero designado, que por estas fechas viajó a Constantinopla, se mostró mucho más receptivo a las demandas del emperador. En sus postreros días, Trasamundo fue plenamente

consciente de la amenaza que comportaba, para la preservación de la autonomía del reino vándalo y de sus normas en materia de derecho sucesorio, aquella aproximación del legítimo heredero de la corona al Imperio de Oriente, a la Iglesia Católica y a la nobleza afrorromana. Por ello, encontrándose en el lecho de muerte, obligó a jurar a Hilderico que, una vez en el trono, no abriría a los católicos sus edificios de culto, ni les restituiría sus privilegios. No obstante, apenas hubo fallecido el monarca, el nuevo príncipe buscó la fórmula idónea para eludir los compromisos adquiridos a través del juramento, sin necesidad de quebrantarlo formalmente. Con tal objetivo en mira, poco tiempo antes de la celebración de la ceremonia en la que debía ser investido con las insignias de la potestad regia, mandó llamar del exilio a los clérigos católicos desterrados y ordenó que fuesen abiertas al público las iglesias clausuradas. Sin duda, Hilderico consideraba que, en tanto no se hubiese producido su proclamación oficial, estaba libre de toda obligación contraída<sup>118</sup>. Pero, semejante argucia no satisfizo a un sector importante de la aristocracia germana, que rápidamente se constituyó en grupo de oposición. Aquellos próceres juzgaban que, a despecho de la ficción jurídica empleada, el nuevo soberano había roto el juramento y, por tanto, cuestionaban su derecho a ostentar el título de rex Wandalorum et Alanorum.

Las disposiciones dictadas por Hilderico a favor de la Iglesia Católica permitían intuir que el nuevo monarca no iba a limitarse a ejercer una tolerancia parecida a la de los primeros tiempos del reinado de su padre Hunerico, ni a la que, más tarde, practicara Guntamundo (484-496); sino que tenía el proyecto de ir mucho más lejos. Prueba de ello es que autorizó la libre elección de obispos católicos para todas aquellas sedes que se hallasen vacantes, como la de Cartago; e incluso consintió la reunión de sínodos, como los de Iunca (Younga) y Sufes

(Sbiba), en 523-524, destinados a restablecer el orden institucional de la Iglesia<sup>119</sup>. Este había resultado muy dañado a causa de la prohibición, establecida por Trasamundo, de proveer sucesores a los obispos católicos que falleciesen; así como debido a las ulteriores deportaciones de prelados a Sardinia, decretadas por este mismo monarca, como reacción punitiva frente al insumiso episcopado homousiano, que, a despecho de sus ordenes, había acordado secretamente, a comienzos de 502, que las elecciones continuasen efectuándose en la clandestinidad<sup>120</sup>.

Precisamente, la sede de Cartago, cuyo último titular, el confesor Eugenio, había muerto hacia 505 en el exilio<sup>121</sup>, iba a intentar recuperar protagonismo, asumiendo un papel rector en la obra restauradora. Su nuevo obispo, Bonifacio, contando con el beneplácito de Hilderico, convocó a todo el episcopado africano a un concilio general, cuya sesión de apertura tuvo lugar el 5 de febrero de 525 en el secretarium de la basílica de San Agileo mártir, en Cartago. Acudieron a la asamblea 60 obispos, en su mayor parte, de la Proconsularis<sup>122</sup>. Como nota destacable, es de advertir la significativa reducción del número de titulares en esta provincia, que había pasado de 164, antes de la penetración de los vándalos<sup>123</sup>, a apenas una cuarta parte de esa cifra. Aunque el sínodo de Cartago supuso un importante paso en el camino hacia la reorganización institucional de la Iglesia africana, la ausencia de casi todos los prelados de la Byzacena impidió que pudiesen tratarse adecuadamente algunos problemas de carácter general<sup>124</sup>. Sólo tras la reconquista bizantina, será posible reunir un concilio al que asistan un número de padres lo suficientemente representativo, como para abordar en profundidad los males que afligían al conjunto de la Iglesia africana.

La amplitud de la tolerancia otorgada por Hilderico

no debe causar sorpresa. El monarca, profundamente romanizado, debió comprender que la tan ansiada uniformidad ideológica, que habría de acabar con la disensión dogmática, que enfrentaba a la minoría dirigente de origen germano con la mayor parte de la población afrolatina de su reino, jamás podría asentarse sobre la base de la fórmula de Nike, sino, más bien, sobre el credo de Nicea. De ahí que el soberano desistiese por completo de todo esfuerzo encaminado a perpetuar la política religiosa ejercida por sus antecesores. Sin olvidar que, aceptando la restauración del orden institucional de la Iglesia Católica en sus dominios, propiciaba el afloramiento de las estructuras eclesiásticas clandestinas, que, por años de persecución, habían operado al margen de los mecanismos de control del poder regio.

Sin embargo, la política religiosa de Hilderico entrañaba una amenaza para la posición dominante de la nobleza germana. Como ya hemos señalado con anterioridad, a comienzos del siglo VI, la romanización de la élite vándala estaba tan avanzada, que únicamente el credo religioso servía de elemento distintivo entre ésta y la aristocracia afrolatina. Los vándalos se aferraban al arrianismo como último baluarte de sus señas de identidad. Sólo la existencia de una fides germanica contrapuesta a una fides romana permitía justificar una sociedad dual, en la que el estado sostenía los privilegios adquiridos mediante conquista por la minoría vándala. En este contexto, las disposiciones de Hilderico a favor de la Iglesia Católica abrían las puertas a una posible futura fusión de aristocracia germana y aristocracia afrorromana bajo la impronta del catolicismo. La exigua pero poderosa élite vándala, viendo comprometida la exclusividad de su condición, no dudó en rechazar mayoritariamente el último elemento cultural romano que le quedaba por aceptar. Al hacerlo hubo de enfrentarse al monarca y al pequeño círculo cortesano que apoyaba su política de

entendimiento con la iglesia Católica y la nobleza afrolatina, alineándose junto a quienes se oponían a la introducción de cualquier tipo de cambios, que pudieran alterar el sistema instituido por Genserico.

Otra de las razones por las que la política religiosa de Hilderico no fue bien recibida entre la nobleza vándala, se debe a lo que ésta supuso de aproximación a Bizancio. Hasta aquel momento los estrechos vínculos que ligaban a la monarquía con la Iglesia arriana, habían permitido acreditar la existencia en el mundo Mediterráneo de un poder autocrático independiente del Imperio. Como vimos, las medidas de Hilderico en apoyo a la Iglesia Católica llevaron aparejado el reconocimiento de la suprema autoridad del emperador ortodoxo de Constantinopla, lo que, a los ojos de la élite germana, era mucho más grave que el intento de acercar posiciones a la nobleza afrolatina.

Ahora bien, el agente catalizador que provocó la reacción en cadena de todos los elementos envueltos en la crisis fue un conflicto de carácter sucesorio. Como tendremos ocasión de comprobar más adelante, el factor religioso desempeñó un importante papel en las luchas entre facciones por la corona real. A lo largo de la historia del reino vándalo, la monarquía se había mostrado incapaz de dotarse de un nuevo ordenamiento sucesorio, que supliese al obsoleto mecanismo de origen gentilicio, que regulaba el acceso al trono de los Asdingos. Esta deficiencia estructural, propiciaría el estallido un largo y cruento conflicto entre casas rivales de una misma estirpe regia, que, en última instancia, desembocaría en la crisis, que permitió al gobierno de Constantinopla justificar su intervención en Africa. Dada la importancia del tema, hemos considerado oportuno dedicar un apartado a su estudio, a fin de comprender mejor el proceso que desembocó en la extinción del reino vándalo.

### 1.3. El problema sucesorio.

Desde la extinción de las monarquías silinga y alana, el linaje real de los Asdingos había venido ejerciendo la función regia, tanto sobre su propio pueblo como sobre los restos de aquellos dos, que se le habían adherido tras la campañas lusitana y bética del rey visigodo Walia<sup>125</sup>. De ahí que el soberano asdingo se considerase con pleno derecho a ostentar el título de rex Wandalorum et Alanorum.

El sistema de relevo al frente del poder supremo empleado por los asdingos se designa habitualmente con el término gaélico tanistry, pues no es difícil encontrarlo en el mundo de los celtas insulares, aunque aparece con frecuencia entre otros muchos pueblos. Consiste en la transmisión de la realeza de un miembro a otro del mismo clan agnaticio, por riguroso orden de edad, dentro de un mismo grado, hasta la desaparición del último de los representantes masculinos de éste; lo que, a su vez, posibilita el acceso al trono de los príncipes de la siguiente generación, quienes también se irán sucediendo de mayor a menor, por turno de edad. Así pues, a la muerte de un monarca, hereda el reino el pariente más anciano vinculado por línea paterna, en idéntico grado al difunto, con el ancestro común. En caso de que no quedase ninguno con vida, la corona recaería sobre el miembro de mayor edad de la siguiente generación<sup>126</sup>.

Tales disposiciones se recogían en un documento denominado Testamentum Geiserici, que el soberano del mismo nombre hizo redactar poco antes de su muerte<sup>127</sup>. Ch. Courtois, tras analizar las conclusiones de varios trabajos en torno al tema realizados desde el siglo XIX, afirma que no se trataba de un testamento strictu sensu, sino más bien de una



constitutio<sup>128</sup>, como acertadamente la designa Víctor de Vita<sup>129</sup>. En ella se codificaba, por primera vez, el derecho sucesorio consuetudinario de los asdingos. Hasta la desaparición del reino vándalo la Constitutio Geiserici operará como su verdadera carta magna. Lo que no significa que no introdujese modificaciones jurídicas de peso. De hecho, la adopción de la tanistry por parte de la monarquía asdinga debió producirse mucho tiempo antes de su establecimiento en Africa; con toda probabilidad durante el largo período de estancia en la llanura de Pannonia, junto al limes danubiano.

En algún momento entre 270 y 330 se pasó de la diarquía conocida hasta entonces a una monarquía, que fundamentaba las bases de su poder sobre nuevos principios de derecho sucesorio<sup>130</sup>. Dicho sea de paso, no existen indicios que permitan establecer una relación entre la instauración de la tanistry y la cristianización arriana de los asdingos. Con todo, parece seguro que el sistema de transmisión del poder supremo se hallaba perfectamente regulado por la costumbre a comienzos del siglo V, cuando los vándalos penetraron en el interior del Imperio occidental<sup>131</sup>.

En torno al año 400, presionados por el desplazamiento de pueblos a que había dado lugar la expansión húnica, los asdingos abandonan definitivamente la llanura de Pannonia, donde habían permanecido centuria y media, e inician un largo periplo hacia Occidente, conducidos por su rey Godagisel, padre de Gunderico y Genserico<sup>132</sup>. Para 401 intentarán traspasar las fronteras de la Raetia, junto con algunas tribus alanas; pero fueron rechazados por los romanos<sup>133</sup>.

Desestimada toda expectativa de abrirse camino hacia el sur, se verán obligados a reemprender la ruta del noroeste,

que les permitirá alcanzar la orilla derecha del Rin, antes de que finalice el año 405. Sin embargo, no eran el único grupo en migración que había tenido la idea de aproximarse hasta aquella zona. Numerosos pueblos habían afluído con la misma intención: vadear el cauce del río y adentrarse en la Romania. La primera tentativa asdinga en tal sentido resultó bastante desafortunada. Godagisel y 20.000 de sus hombres, traicionados por el rey alano Goar, que se había puesto al servicio del Imperio, serían abatidos por los francos ripuarios, que protegían el limes renano en nombre de Roma<sup>134</sup>.

Caído el rey en la masacre, le sucedería su hijo mayor, Gunderico, quien pudo cruzar a la margen opuesta de Rin por algún punto situado entre Moguntiacum y Argentorate, la noche del 31 de diciembre de 406, acompañado, entre otros pueblos, de silingos, alanos y suevos<sup>135</sup>. El nuevo soberano asdingo atravesaría las Galias, sembrando la muerte y la destrucción, hasta topar con la cordillera pirenaica. A comienzos del otoño de 409, traspasará esta barrera orográfica para internarse en Hispania<sup>136</sup>. La muerte le sorprendería a las puertas de la basílica de San Vicente, que como ya hemos apuntado, parece haber sido confiscada en provecho del culto arriano, después de la toma y saqueo de Hispalis<sup>137</sup>. Corría el año 428 y el difunto dejaba viuda y varios hijos, entre ellos, al menos, un varón. Sin embargo, la corona recaería sobre las sienes de su hermano menor Genserico, claro indicio del carácter institucional alcanzado por la tanistry para aquella época. De todos modos, si la sucesión se realizó sin problemas, fue debido, en gran parte, a la crítica situación del momento. Los vándalos se disponían a pasar a África y precisaban de un jefe militar, capaz de dirigir con éxito la operación. Genserico era el hombre indicado. Los hijos de su difunto hermano, aún niños, ni siquiera debieron ser tenidos en consideración<sup>138</sup>.

No se puede negar que el sistema poseía la virtualidad de evitar los problemas que solían engendrar las minorías y, al mismo tiempo, otorgaba al pueblo un caudillo militar experimentado, que si bien no siempre debió hallarse en condiciones físicas que le permitiesen ponerse al frente de sus guerreros en el campo de batalla, debido a la avanzada edad en que algunos príncipes alcanzaron el trono, si que podía asegurar la coordinación de las estrategias de ataque y defensa. Ahora bien, la tanistry tenía sus inconvenientes, en gran parte derivados del interés personal del monarca reinante en establecer una línea de sucesión por filiación directa, a través de sus inmediatos descendientes, en detrimento de los derechos del legítimo heredero, que podía ser uno de sus hermanos o sobrinos. Semejante tendencia conducía inexorablemente a la formación de facciones opuestas en el seno de la misma corte. Intrigas, conjuraciones, revueltas y asesinatos eran el precio a pagar por cualquier alteración introducida en el orden sucesorio; ya que, por lo general, sólo a través de la eliminación física de los herederos legítimos era posible colocar en el trono a uno de los descendientes directos del rey que lo ocupaba en aquel momento.

Ni siquiera Genserico se abstuvo de tal conducta. De acuerdo con las normas de la tanistry, a su muerte, le sucedería el hijo mayor de su hermano. Este hecho debió favorecer la concentración de una poderosa facción alrededor del heredero y de su madre, la viuda de Gunderico. Pero Genserico tenía un proyecto muy distinto. Estaba dispuesto a destruir a la rama rival de la familia en beneficio de su prole. Por eso, algún tiempo después de cruzar a Africa, condenó a muerte a su cuñada. La sentencia se ejecutó en las proximidades de Cirta. La infeliz reina fue arrojada con una piedra al cuello a las aguas del río Amsaga (Rhummel). Poco después, el soberano haría exterminar a todos los hijos de Gunderico. Probablemente, utilizó como excusa

su presunta implicación en la revuelta de 442<sup>139</sup>.

La matanza dejaba el camino al trono expedito para los descendientes directos de Genserico. Sin embargo, previendo dramas no muy distintos en el seno de su familia, antes de morir, el monarca reunió a sus hijos y les hizo saber que el reino no podía ser objeto de sus rivalidades y ambiciones, por lo que pasaría de uno a otro según el orden establecido en una constitutio que iba a promulgar<sup>140</sup>.

Posiblemente, con idéntico deseo de evitar futuros enfrentamientos entre sus hijos por motivos económicos, Genserico dotó a cada uno de ellos con patrimonio propio. Tras la conquista de la Proconsularis, el monarca Asdingo, a imitación de los emperadores romanos, había dispuesto de una domus regia, institución privada, dotada con inmensos dominios procedentes, en su mayoría, de los saltus imperiales que habían formado parte de la antigua domus divina per Africam. A estas posesiones venía a sumarse regularmente el producto de diversas confiscaciones y la parte correspondiente al soberano del botín de guerra<sup>141</sup>.

Pues bien, parece ser que Genserico asignó a sus hijos -Hunerico, Teodorico y Gento- patrimonios separados, que a imagen y semejanza de la domus regia comprendían tierras de labor, pastos, bosques, huertos, palacios, quintas de recreo, jardines, todo tipo de bienes muebles, ganado y esclavos. Habría que añadir que al frente de cada domus hubo un procurator, encargado de supervisar la administración de las rentas y propiedades adscritas a la misma. Por lo que sabemos, este cargo recayó, con cierta frecuencia, sobre individuos de origen latino<sup>142</sup>.

Sin embargo, la consecuencia más peligrosa para la estabilidad del sistema sucesorio, deriva del hecho de que cada

una de las mencionadas domus contase desde un principio con su propia corte o aula palatina<sup>143</sup>, ya que implícitamente se estaba propiciando la articulación de tres facciones rivales. Estas se constituyeron rápidamente, y las veremos enfrentarse en una lucha sin cuartel por obtener la corona para el jefe de su respectiva casa, quien, por su parte, cuando alcance el poder, no dudará en utilizar a aquellos que le apoyaron en su ascenso como instrumento de coacción en pro de la instauración de una dinastía salida de su progenie.

Al fin y al cabo, el soberano instalado en el trono tenía acceso a los bienes de la domus regia, fuente de recursos con que recompensar a los fieles que le habían apoyado. Pero si a su muerte le sucedía un príncipe de otra casa, las concesiones de beneficios otorgadas por el difunto soberano se podían ver seriamente comprometidas. Además, el nuevo monarca, como es natural, tendería a rodearse de sus propios hombres y a alejar e incluso perseguir a los de su antecesor<sup>144</sup>. No es extraño, pues, que las facciones actuasen como grupos de presión favorables a la transmisión del poder regio por filiación directa en el seno de una misma rama del linaje real.

Cada facción se hallaba compuesta por gentes de muy diversa condición social, cuyo único nexo en común era su pertenencia o vinculación a la domus de un determinado príncipe, ya fuere de forma hereditaria, como es el caso de los servi y de los liberti in obsequio, o bien a través de un juramento voluntario de fidelidad que estableciese unas relaciones de dependencia entre cliens y patronus, como ocurre en el caso de los domesticj reales<sup>145</sup>.

Es verdad que el monarca vándalo conservó siempre su carácter de dux o comandante en jefe del ejército, e incluso,

durante la guerra contra los imperiales en 533-534, es él quien nombra generales de entre los príncipes de la estirpe regia, y convoca a los millenarii que lucharán bajo las ordenes de cada uno de ellos<sup>146</sup>. Con todo, no debemos menospreciar la capacidad combativa de las comitivas militares privadas que debieron organizarse en torno a las domus de los príncipes. Muchos de los miembros de sus respectivas aulae eran personajes de la alta nobleza vándala, y en sus grandes fundos patrimoniales había suficientes servi como para movilizar un auténtico ejército campesino<sup>147</sup>. De hecho, no faltan datos que nos muestren que los optimates germanos se decantaron por una u otra domus mucho antes del inicio del reinado de Hilderico. Incluso el clero arriano tomó partido y se vio plenamente involucrado en los conflictos sucesorios<sup>148</sup>.

El antagonismo existente entre las facciones no debe oscurecer el conocimiento sobre su peculiar organización interna, capaz de generar redes de solidaridad en las que quedaban atrapados tanto germanos arrianos como latinos católicos. Los primeros monopolizaban los mandos de la comitiva militar, mientras que los segundos desempeñaban funciones relacionadas con la administración financiera de la domus. Así, por ejemplo, hacia 457, el procurator domus Hunerici fue un rico propietario romano de la Proconsularis llamado Saturo. Por la misma época, Teodorico también tuvo al frente de su casa un procurator romano, Félix. Ambos serían objeto de represalias cuando Genserico decretase la conversión forzosa al arrianismo de todos los católicos presentes en su corte y en las de los príncipes (intra aulam suam filiorumque suorum nonnisi Arriani per diversa ministeria ponerentur), bajo pena de muerte y de confiscación de bienes<sup>149</sup>. Estamos, pues, en condiciones de asegurar que ni motivos étnicos ni religiosos determinaban la adscripción a una domus, sino más bien los lazos de dependencia adquiridos por libre elección o

heredados por vinculación familiar. Es cierto que, con el paso del tiempo, el factor religioso fue incrementando su peso en este tipo de relaciones. Sin embargo, nunca llegó a constituir un elemento categórico de las mismas, como lo prueba el hecho de que, hasta el fin de la dominación vándala, encontraremos romanos y germanos luchando juntos bajo el estandarte de una misma facción.

A la muerte de Genserico, el 24 de enero de 477, su hijo mayor, Hunerico, heredó el reino de los vándalos. Puesto que los descendientes de Gunderico habían sido oportunamente eliminados, la transmisión del poder real, aún ajustándose a la normativa de la tanistry, tuvo idénticos efectos a los que cabría esperar en el caso de haberse empleado el sistema de filiación directa<sup>150</sup>.

Hunerico era consciente de que la autocracia establecida por su padre sólo podría consolidarse, si se dotaba a la monarquía de un mecanismo sucesorio, que permitise la transmisión del poder regio directamente del titular a su primogénito. Por esta razón, a lo largo de su reinado, el nuevo soberano manifestará una obsesión permanente por legar el trono a su hijo Hilderico; aunque para ello haya de recurrir a las más sórdidas intrigas políticas. El monarca sabía bien que había demasiados parientes que precedían a su hijo en la línea sucesoria. Su hermano Gento había muerto antes que Genserico, pero Teodorico continúa vivo, y era el heredero designado del reino. Las esperanzas de que Hilderico llegase a ceñir alguna vez la diadema eran aún más escasas si se tiene en cuenta que, al pasara su generación, tendría por delante a todo un grupo de primos mayores que él con preferencia en el derecho a vestir la púrpura regia. El primero de ellos era justamente el hijo mayor de Teodorico y le seguían los cuatro vástagos de Gento: Godagis,

Guntamundo, Trasamundo y Geilar. Así lo establecía la Constitutio Geiserici, que regulaba el orden en que se irían sucediendo los hijos y nietos de Genserico<sup>151</sup>. Con todo, la domus Theodorici era la que contaba con la posibilidad de ostentar el poder soberano por un espacio de tiempo más prolongado, y, por tanto, de instaurar una dinastía.

A partir de 481, Hunerico comienza a aplicar drásticas medidas a fin de remover obstáculos en el camino de su descendencia al trono. Una oscura trama, urdida con el objeto de arrebatarse la diadema, le permitirá actuar sin excesivos escrúpulos. La esposa de Teodorico fue, al parecer, el alma mater de esta conjura. Apoyándose en su poderosa clientela, planeaba que su marido y su hijo mayor tomaran las armas contra el soberano. Pero la revuelta nunca verá la luz, ya que será abortada antes de su alumbramiento. La princesa, condenada a muerte, fue decapitada y su hijo, que como señalábamos más arriba se hallaba situado en el segundo puesto de la línea sucesoria, compartió su misma suerte. La depuración de responsabilidades alcanzaría a la mismísima Iglesia arriana. El patriarca homeo de Cartago, Juvenco, quod in domo Theodorici... acceptissimus habebatur, fue quemado vivo en medio de la ciudad, delante de las gradas de la platea nueva, a la vista de toda la población; pues Hunerico consideró que con su forte suffragio memorata domus regnum poterat optinere<sup>152</sup>.

Ignoramos hasta que punto se vieron envueltos en el complot los descendientes de Gento. Lo único realmente cierto que sabemos es que el mayor de ellos, Godagis, fue relegado a un crudeli exilio junto con su esposa, después de que les hubiesen sido confiscados todos sus bienes<sup>153</sup>. Es posible que se opusiese, más o menos abiertamente, a la reforma del derecho sucesorio que su tío Hunerico deseaba introducir. En cualquier



caso, la razón última de su caída en desgracia hay que buscarla en la posición que ocupaba como tercer heredero en el orden sucesorio. Tras la ejecución del hijo mayor de Teodorico, adelantaba un puesto, convirtiéndose en el nieto de Genserico que disfrutaba de derecho de primacía a la hora de ceñir la diadema entre los príncipes de su generación.

Hunerico no iba a tolerar rivalidad alguna que pudiese poner en peligro o causar demora a su proyecto. Después de las muertes de su cuñada y su sobrino, envió a su hermano Teodorico al destierro, en condiciones tan penosas que murió al poco tiempo. Esta última circunstancia le serviría de punto de partida para acometer las postreras tareas de acoso y derribo a la domus Theodorici. Primero procedió contra las dos hijas ya adultas de éste, que partieron al exilio a lomos de sendos asnos, acompañadas tan sólo por su hermano menor, al que Víctor de Vita califica de infantulus. Eliminados los últimos miembros de la familia, únicamente quedaba por erradicar su poderosa facción. Diversos comites et nobiles fueron condenados a la hoguera o degollados, bajo el peso de falsas acusaciones; aunque su verdadero crimen consistía en haber apoyado al partido de Teodorico. Entre los represaliados se encontraba el anciano Heldica, praepositus regni bajo el reinado de Genserico. Fue decapitado, mientras su esposa y otra dama vándala llamada Teucheria eran quemadas públicamente en el centro de la ciudad. Los restos calcinados de aquellas dos infelices fueron posteriormente arrastrados por las calles y foros de Cartago. Al hermano de Heldica, Gamuth, que buscó refugio en una basílica, se le mantendría recluido en una sucia letrina por mucho tiempo, antes de enviarle al campo para que realizase trabajos forzados<sup>154</sup>.

El clero arriano no se libró de la persecución.

Numerosos presbíteros y diáconos marcharían tras los pasos de Jucundo, siendo quemados en la hoguera o arrojados a las fieras en el anfiteatro, como espectáculo público. Al parecer se empleó contra ellos la acusación de maniqueísmo, que, en realidad, no era sino un instrumento legal, que permitía al soberano deshacerse de sus enemigos políticos en el ámbito eclesiástico arriano<sup>155</sup>. En sustitución de Jucundo fue legido patriarca de Cartago un protegido del rey, Cirila. Víctor de Vita le presenta como episcopum eius, lo que posiblemente signifique que el propio monarca le eligió de entre su círculo de fieles, para ocupar la sede patriarcal<sup>156</sup>.

Es de notar que a un prelado de nombre latino, como Juvenco, le suceda un germano, como Cirila. El hecho evidencia que en el reino vándalo existió una influyente minoría romana arrianizada, con acceso a las más altas dignidades eclesiásticas. La promoción de uno de sus miembros al patriarcado de Cartago, pudo haber estado motivado por el deseo de ganar nuevos conversos para la Iglesia oficial. Al margen del éxito o fracaso de tal operación, lo cierto es que el prelado adoptó una posición de apoyo abierto e incondicional a la domus Theodorici, que debieron imitar numerosos clérigos y laicos afrolatinos arrianizados. Eso explica la persecución del sector del clero que se agrupaba en torno a Juvenco y su desplazamiento en beneficio de arrianos de origen germánico. Cirila actuó como instrumento al servicio de Hunerico, en su empeño por depurar la Iglesia arriana de elementos hostiles a la introducción de cambios en materia de derecho sucesorio. Lo más fácil es que el monarca aprovechara una vieja rivalidad existente entre dos facciones eclesiásticas, las que lideraban Juvenco y Cirila, respectivamente, para atraer a esta última a su bando. De hecho, a partir de la ordenación de Cirila y, una vez eliminada toda disidencia, la Iglesia arriana se mostrará dócil a la voluntad del rey.

Muy distinta será la situación de la Iglesia Católica. El episcopado homousiano había cometido el lamentable error de manifestar ciertas simpatías hacia el hijo mayor de Teodorico. A los ojos de Víctor de Vita, contemporáneo de los acontecimientos, el joven príncipe parecía prudens et sapiens<sup>157</sup>. Desafortunadamente, Hunerico no compartía la misma opinión, y, desde luego, jamás perdonaría una defección de aquel calibre.

Al comprobar que Zenón no estaba dispuesto a hacer ningún tipo de concesiones al clero arriano en Oriente, el monarca Asdingo decidió romper con la política de tolerancia que había ejercido hasta aquel momento. Las primeras medidas contra los católicos se adoptaron en 482, y afectaron únicamente a los funcionarios regios. A continuación, se arremetió contra el monacato femenino. Y, finalmente, en 483, una inmensa multitud de clérigos y laicos sería enviada al exilio, por negarse a apostatar<sup>158</sup>.

Las protestas del emperador no se hicieron esperar. Hunerico, temiendo que Zenón tomase represalias contra los arrianos de Oriente, decidió moderar su política religiosa, convocando a todos los obispos católicos de su reino a un debate teológico, en el podrían discutir con los prelados arrianos sobre las diferencias dogmáticas que les separaban. Esta magna asamblea se celebraría en febrero de 484. Sin embargo, el monarca ya había resuelto de antemano cuál sería el credo que saldría vencedor del sínodo. Un decreto previamente elaborado, aguardaba la clausura del concilio, para declarar derrotados a los católicos y confiscados los bienes de sus iglesias<sup>159</sup>.

No entraremos en detalles sobre el desarrollo del debate teológico de 484, puesto que ya ha sido tratado

adecuadamente al analizar la política religiosa de Hunerico. Aún así, es preciso recordar que el fracaso de esta tentativa de imponer el arrianismo como única religión del estado vándalo, no tendría porque haber supuesto un inevitable enfrentamiento entre la monarquía y la Iglesia Católica. Como acertadamente señala Ch. Courtois, el rey consideraba tan importante la revisión del derecho sucesorio, que, ante las resistencias encontradas, estaba dispuesto a llegar a un acuerdo con la aristocracia afrorromana, representada por el episcopado católico<sup>160</sup>. Antes de que entrasen en vigor las nuevas medidas que Hunerico había adoptado contra la Iglesia, se propuso a los obispos la inmediata derogación de las mismas, a cambio de un juramento de fidelidad al proyecto dinástico patrocinado por el monarca. Hunerico estaba dispuesto a mantener una política de tolerancia, si la Iglesia Católica se comprometía a ponerse al lado de su casa y a apoyar, después de que él hubiese muerto, la subida al trono de su hijo Hilderico. Se trataba de secundar la anulación de la Constitutio Geiserici y el establecimiento de una dinastía por filiación directa en la persona del nieto de Genserico y Valentiniano III. La falta de unanimidad de los prelados, a la hora de tomar una decisión, determinó su suerte y la de toda la Iglesia africana. Hunerico lanzó contra ella la más violenta de las persecuciones que había conocido bajo el dominio vándalo, ya que al decretar la conversión forzosa de todos sus súbditos al arrianismo, no sólo arremetió contra los eclesiásticos, sino también contra los laicos<sup>161</sup>.

La prematura desaparición de Hunerico impedirá que su hijo le suceda, ya que en el momento de producirse el óbito del soberano, éste aún no había conseguido que se revocase la Constitutio Geiserici. Por su parte, el joven Hilderico carecía de la fuerza necesaria para desafiar a sus primos con unas mínimas garantías de éxito. Sin embargo, sus apoyos eran lo bastante

sólidos como para que su casa no tuviese que temer acciones parecidas a las que Hunerico emprendiera contra la domus Theodorici. Y ello a pesar de que por casi cuarenta años el reino de los vándalos será gobernado por príncipes salidos de la antigua domus Gentunis, hermanos del infortunado Godagis, a quien el padre de Hilderico desposeyera de sus bienes y enviara al exilio.

De acuerdo con el derecho sucesorio consuetudinario, Guntamundo, hijo de Gento, heredó la corona a la muerte de Hunerico. Bajo su reinado la persecución contra la Iglesia Católica fue remitiendo paulatinamente. Como ya vimos en su momento, el nuevo soberano estaba deseoso de distinguirse de la política religiosa furibundamente antecatólica que había puesto en práctica su antecesor, y favoreció la reconciliación de la monarquía con la aristocracia afrorromana y el episcopado católico<sup>162</sup>.

El 3 de octubre de 496 fallecía Guntamundo en la ciudad de Cartago. Le relevaría al frente del poder supremo su hermano menor Trasamundo, sin que puedan detectarse problemas, puesto que el difunto monarca carecía de prole<sup>163</sup>. La tanistry no se vio sometida a prueba, pues, en tales circunstancias, un sistema de filiación directa, también habría hecho recaer la diadema sobre las sienes del hermano de mayor edad del extinto soberano.

Sólo la sucesión de Trasamundo volverá a reproducir el conflicto entre las dos ramas rivales del linaje real de los Asdingos. Esta vez, los descendientes de Hunerico se enfrentarán a los de Gento. Según la normativa al uso, el cetro debía revertir a los primeros, dado que, a la muerte del soberano reinante, Hilderico sería el único nieto vivo del gran Genserico.

Aunque Trasamundo no dejaba posteridad alguna que pudiese disputarle sus derechos, sí que tenía sobrinos, los hijos de su hermano Geilar, quienes, en ningún caso, tolerarían que la corona se perpetuase hereditariamente en la casa de su enemigo<sup>164</sup>.

El estallido de la crisis se vislumbraba incluso antes de que el anciano monarca hubiese expirado. Su heredero designado, Hilderico, estaba en condiciones de llevar a efecto el viejo proyecto dinástico de Hunerico. Le arropaban hijos, nietos y sobrinos, así como sus excelentes relaciones con los nuevos gobernantes del Imperio romano de Oriente y con la Iglesia Católica del Africa latina. Todo hacia presagiar una violenta confrontación en cuanto alcanzase el trono y pretendiese apartar de la línea sucesoria a Gelimer, el mayor de los hijos de Geilar, y a quien la tanistry instituía como su legítimo heredero<sup>165</sup>.

Trasamundo, en sus últimos días, podía preveer el desastre. De ahí que manifestase numerosas reticencias a transmitir el poder regio a su primo. Pero la casa de éste último contaba con tan firmes adhesiones, que, finalmente, el monarca tuvo que capitular; aunque no sin antes exigir un requisito. Como hemos señalado en páginas anteriores de este mismo trabajo, reclamó y obtuvo de Hilderico un juramento que aseguraba la perpetuación de las medidas anticatólica, adoptadas a partir de 499. Las tendencias filorromanas de Hilderico constituían una grave amenaza para los intereses de los sobrinos de Trasamundo. Acaparando el apoyo del estado bizantino y de la Iglesia Católica, Hilderico podría inclinar la balanza a su favor, en el conflicto sucesorio que se avecinaba. Un juramento que le impidiese introducir alteraciones de peso en materia de política religiosa, parecía el medio más seguro de frenar sus ambiciones y limitar la concentración de lealtades en torno a su casa<sup>166</sup>.

En la práctica sirvió de bien poco, pues apenas hubo fallecido Trasamundo, Hilderico encontró la fórmula adecuada para mantener formalmente su palabra, sin necesidad de cumplir con los compromisos adquiridos. La Iglesia Católica recobró sus posesiones y privilegios, en tanto que el nuevo soberano repartía los altos cargos de la administración civil y del ejército entre sus más fieles allegados. Así, por ejemplo, aunque Gelimer, heredero designado del trono por el sistema de la tanistry, era un gran guerrero, Hilderico prefirió confiar el mando supremo de las fuerzas armadas a su sobrino Hoamer, el "Aquiles de los vándalos"<sup>167</sup>. El enfrentamiento entre los descendientes de Hunerico y los de Gento estaba a punto de producirse.

Una vez más sería una mujer vinculada al linaje real de los Asdingos por lazos matrimoniales quien tomase entre sus manos las riendas de la oposición. La viuda de Trasamundo, Amalafrida, hermana del Teodorico el Amalo, intentó destronar a Hilderico, sirviéndose de su propio ejército privado, compuesto por tropas de origen gótico. Puesto que personalmente Amalafrida no podía aspirar al trono, sus ambiciones debían ir encaminadas a obtener el poder para algún miembro masculino de la casa de Geilar, probablemente Gelimer, quien, por lo que sabemos, se mantuvo al margen de la revuelta. Del testimonio de Víctor de Tunnuna se deduce que, hacia 523, se produjo un violento enfrentamiento (congressio) entre los efectivos de Amalafrida y el ejército de Hilderico en las proximidades de Capsa. Los godos fueron masacrados y la reina derrotada intentó hallar refugio entre los mauros que habitaban al sur de la Byzacena; pero fue capturada iuxta heremum y puesta bajo custodia privata hasta su muerte, acaecida en torno al año 526<sup>168</sup>.

La desaparición de Amalafrida ponía fin a un episodio, que si bien se saldaba con un triunfo para los intereses de la

casa de Hilderico, no conjuraba definitivamente la amenaza de un golpe de estado, que pudiese arrebatarse, de manera abrupta, el poder que ostentaba. La domus del soberano continuaba siendo respaldada por todos los descendientes de Hunerico, entre quienes se hallaban los hermanos Hoamer y Hoageis, nietos de este último monarca y sobrinos de Hilderico. Además, contaba con la lealtad de su bien nutrida clientela, compuesta por un poderoso grupo de optimates germanos vinculados a la corte, y por muchos de los miembros de la aristocracia afrorromana (multos nobilium Africae provinciae), atraídos al bando del soberano a causa de las excelentes relaciones que éste mantenía con el Imperio romano de Oriente y con la Iglesia Católica africana<sup>169</sup>.

Ahora bien, frente a los partidarios de Hilderico se alzaba desafiante la progenie de Gento, a través de su hijo Geilar, que se había concentrado en torno a la domus Gelimeris o Gelímeros oikos, que es el término griego empleado por Procopio para hacer referencia a la casa del príncipe<sup>170</sup>. El jefe de la misma, es decir, Gelimer, reunía los requisitos indispensables para fundar una dinastía. Tenía hijos y una parentela dispuesta a secundarle, entre cuyos miembros destacaban sus tres hermanos, Tzazo, Guntimer y Ammatas, y su sobrino Gibamundo<sup>171</sup>. La casa también poseía su propia clientela, entre cuyas filas encontramos algunos godos, tal vez, supervivientes de la masacre del ejército privado de Amalafrida<sup>172</sup>; y un amplio sector de la nobleza vándala; aquél que rehusaba aceptar el trato de favor otorgado por Hilderico a la Iglesia Católica y la disposición del monarca a reconocer la supremacía de la autoridad imperial<sup>173</sup>.

Obviamente, la política religiosa y exterior de Hilderico debió provocar transferencias de lealtades de una casa a otra, con las profundas modificaciones en la composición interna de sus respectivas clientelas que ello llevaba aparejado.



Sin embargo, como ya hemos tenido ocasión de señalar, los elementos de orden étnico, cultural y religioso nunca constituyeron un factor determinante en la configuración de las redes de solidaridad entretejidas alrededor de cada una de las domus rivales. En tal sentido, vínculos heredados o establecidos libremente, en virtud de intereses particulares o de grupo, desempeñaron un papel mucho más relevante. Esto explica que junto a Gelimer encontremos también afrorromanos como Bonifacio, oriundo de la Byzacena y secretario de su casa (en te Gelimeros oikia grammateus), o Lauro, un ciudadano de Cartago que, más adelante, tras la caída de la capital vándala en manos de los bizantinos, conspirará para devolverla a sus antiguos señores<sup>174</sup>.

Hacia 526, los dos bandos que iban a disputarse el trono de los Asdingos se hallaban perfectamente configurados y dispuestos a entrar en liza. Mientras Hilderico trabajaba en pro de los intereses de su casa, Gelimer y sus partidarios tan sólo aguardaban a que se presentase la ocasión propicia para despojar de la corona al soberano. El pretexto formal que andaban buscando se lo iba a ofrecer uno de las habituales incursiones mauras, que afectaban al dominio vándalo. Hilderico, incapaz de resolver este problema, se verá desbordado por una serie de acontecimientos, que se desarrollaron con gran rapidez, y que, finalmente, le costarían la pérdida del poder supremo.

#### **1.4. Conflictos externos: ostrogodos y mauros.**

Durante el último período de la historia del reino vándalo, el deterioro de las relaciones con ostrogodos y mauros incidió de manera directa sobre el problema sucesorio, creando el marco de circunstancias apropiado, para que se produjese una rebelión militar a favor de la casa de Gelimer. Dada la

importancia del tema, hemos creído oportuno dedicar un epígrafe a su estudio. Abordaremos, en primer lugar, la cuestión gótica, para, a continuación, pasar a analizar el problema mauro, bastante más complejo, y, a la larga, el que proporcionaría a Gelimer la oportunidad que había estado esperando. Antes de entrar en materia, es preciso advertir que los conflictos externos, aún sin llegar a constituir el factor causal que permite explicar la ruina del estado vándalo, contribuyeron, en gran medida, a precipitar la crisis sucesoria, que determinó la intervención imperial.

Bajo el reinado de Trasamundo, la monarquía vándala había prestado especial atención a sus relaciones con el reino ostrogodo, que, por entonces, comenzaba a despuntar como la gran potencia del Mediterráneo noroccidental. Cuando, en torno al año 500, falleció la primera esposa de Trasamundo, sin haberle dado hijos, el soberano solicitó al rey de los ostrogodos la mano de su hermana Amalafrida, que acababa de enviudar. Teodorico se la concedió, enviando a la princesa hasta Cartago acompañada por un auténtico ejército privado, compuesto por mil lanceros (doryphoroi) de origen noble y otros cuatro mil hombres aptos para el combate. Trasamundo emplearía a aquellos soldados como cuerpo de guardia personal. La alianza sellada por aquel matrimonio quedaba reforzada con la entrega a los vándalos del promontorio siciliano de Lilybaeum (Marsala)<sup>175</sup>.

A la muerte de Trasamundo, su viuda Amalafrida disponía del potencial bélico necesario para organizar el derrocamiento de Hilderico. Y no dudó en usarlo con tal propósito. Ya hemos hecho referencia a la batalla en que fueron aplastadas las tropas de la reina, así como a su posterior captura, prisión y fallecimiento, motivo por el cual no nos detendremos a describir estos sucesos. Sin embargo, es necesario

evaluar las repercusiones que, en su momento, tuvo semejante serie de violentos episodios. Las circunstancias que rodearon la muerte de Amalafrida estuvieron tan poco claras, que en Italia se creyó que había sido asesinada por orden de Hilderico. De hecho, a partir del instante en que Ravenna tuvo noticia de su confinamiento, las relaciones entre el reino vándalo y el ostrogodo se caracterizaron por una hostilidad recíproca, que, a la postre, daría frutos positivos para el Imperio de Oriente<sup>176</sup>.

Teodorico, que en los últimos tiempos mantenía un contencioso con el gobierno de Constantinopla, a causa de su política represiva contra la aristocracia senatorial probizantina de la Península Itálica, era consciente del buen momento por el que pasaban las relaciones entre el Imperio y el reino vándalo. Temiendo que las dos grandes potencias navales del Mediterráneo se coaligasen en contra del reino ostrogodo, mandó construir y armar una gran flota, que, en caso de guerra, garantizase la defensa de las costas de Italia. No obstante, en su lecho de muerte, el monarca Amalo desistió de sus proyectos bélicos y animó a su heredero a vivir en buen entendimiento con el emperador de Oriente y con el Senado de Roma<sup>177</sup>. Con quien no hubo reconciliación posible fue con la monarquía vándala. De hecho, en 533, cuando la armada imperial se dirija hacia Africa, con el propósito de restaurar la autoridad del basileus en la región, los ostrogodos se mostrarán dispuestos a colaborar con las fuerzas de Justiniano, ofreciéndoles apoyo logístico<sup>178</sup>.

El análisis del problema mauro resulta mucho más complejo. En primer lugar, se hace preciso determinar hasta qué punto abordamos una cuestión externa. La presencia de tribus beréberes instaladas dentro de las fronteras del reino vándalo podría inducirnos a considerar el asunto desde una perspectiva

doméstica. Y sin embargo, existen sobrados motivos para rechazar tal interpretación. La mayor parte de los principados mauros, incluso los que se localizan en el interior del territorio vándalo, surgen en áreas periféricas, generalmente al borde del desierto, o en regiones montañosas de difícil acceso, zonas, todas ellas, apartadas de las fértiles llanuras cerealísticas abiertas al litoral, donde se había concentrado el asentamiento germánico. Atendiendo, pues, a criterios de índole geopolítica, hemos optado por englobar los enfrentamientos entre mauros y vándalos en la categoría de conflictos externos.

En segundo lugar, topamos con el problema de las fuentes. Las arqueológicas, hasta ahora, apenas proporcionan datos relevantes, y las narrativas se limitan a ofrecer una serie de noticias de carácter bélico, que tampoco aportan material de interés para la reconstrucción de procesos internos, como la génesis de los principados y su desarrollo socio-económico. Condicionados por nuestras fuentes de información, hemos de ceñirnos a enumerar las distintas formaciones políticas mauraas, a establecer su localización espacial y a rastrear algunos datos sobre los primeros dinastas conocidos y sus relaciones con el reino vándalo.

Sabemos que, durante el siglo IV, Roma empleó tribus beréberes como tropas de frontera al servicio del Imperio. Reclutadas en calidad de gentiles, combatían a las ordenes de sus propios jefes, que recibieron títulos militares romanos, y tenían la misión de defender el limes de cualquier agresión por parte de otros pueblos mauros, es decir, una política muy similar a la que se venía desarrollando en el limes renano y danubiano. Con esta política el Imperio trataba de alcanzar un doble objetivo: asegurar la protección de sus fronteras y asimilar dentro de las estructuras estatales romanas a los pueblos que habitaban en la

zona. Precisamente, a través de la concesión de cargos militares romanos a los miembros más destacados de la nobleza indígena, se pretendía favorecer la desintegración de las estructuras tribales<sup>179</sup>. Tras la muerte de Valentiniano III, el gobierno de Ravenna se mostró incapaz de retener bajo su control político las provincias africanas que le había permitido conservar el tratado de 442. Distintos caudillos beréberes se adueñaron de ellas y, poco después, empezaron a presionar sobre las fronteras del reino vándalo. Los reyes germanos de Cartago no lograron contener su avance. A comienzos del siglo VI, príncipes beréberes dominaban las Mauritaniae, con excepción de algunos puertos marítimos, el sur de la Numidia y la mayor parte de la Tripolitania.

Iniciamos nuestro análisis partiendo de las provincias más occidentales. Tras la evacuación del sur de la Tingitana por las tropas romanas a fines del siglo III, parece ser que toda la región, a excepción de la franja costera del estrecho con los dos importantes puertos de Tingis (Tánger) y Septem, pasó a ser gobernada por los reyes de la tribu de los Baguates. Ignoramos hasta que momento retuvieron en sus manos el dominio de zona. En cualquier caso, las instituciones romanas pervivieron, por largo tiempo, en algunos centros urbanos, como lo demuestra una inscripción procedente de Volubilis, fechada en el año 655, y en la que se atestigua la presencia en la ciudad de un vice praepositus, de nombre Julio. Otro testimonio epigráfico, que puede datarse en pleno siglo VI, nos informa sobre la pervivencia de la comunidad cristiana local<sup>180</sup>.

En la antigua Mauritania Caesariensis se ha constatado la formación de, al menos, dos reinos romano-maúricos. El primero de ellos, con centro en la ciudad de Altava, englobaba la región más occidental de la provincia, y había comenzado a perfilarse en época de Diocleciano, aunque es en el siglo V cuando alcanza

su pleno desarrollo. Hacia 508, estaba regido por Masuna, quien ostentaba el título de rex gentium Maurorum et Romanorum. Al frente de las ciudades que formaban parte de este principado encontramos funcionarios, tanto de origen mauro como afrolatino, que emplean títulos romanos. En Altava y Castra Severiana sendos procuratores y en Safar un praefectus<sup>181</sup>. El segundo de los reinos que emergen en la Caesariensis durante el siglo V, ocupó, en principio, la mitad oriental de la provincia. Sin embargo, hacia 535, el monarca que se sentaba en el trono, un tal Mastigas o Mastinas, había logrado extender su poder a todo el territorio de la misma y sometía a tributo a la población local. Sólo la ciudad de Caesarea escapaba al dominio del monarca. En las inmediaciones de Djedar han sido localizadas dos necrópolis cristianas, identificadas como lugar de enterramiento de los soberanos de este reino<sup>182</sup>.

Al sur de la Mauritania Sitifensis y al suroeste de la Numidia, en la región montañosa de Hodna, encontramos otro importante principado, cuya génesis se puede seguir con mayor detenimiento. En 428 o 429, un caudillo mauro de la zona, llamado Masties, fue nombrado dux por Bonifacio, quien le puso al frente de la defensa del limes. Hacia 455-456, tras la desaparición de Valentiniano III, fue aclamado imperator por sus tropas, y se convirtió en la suprema autoridad de la región tanto para los mauros como para los romanos. Su muerte tuvo lugar en 496, y, al parecer fue sucedido por cierto Vartia u Ortaias<sup>183</sup>. Ch. Courtois considera muy probable que Masties y su pueblo se hayan convertido al cristianismo hacia 484, por influencia de los casi 5.000 exilados católicos expulsados del reino vándalo y transferidos a las montañas de Hodna<sup>184</sup>.

Además, en la llanura que se extiende entre la ciudad de Sitifis y el puerto Mediterráneo de Idilqili (Djidjel) se

hallaba instalada otra tribu, la de los Ucutumani, que para 484 disponía de su propio obispo, un tal Montano. Una inscripción del siglo VI nos informa sobre la existencia de un rex gentis Ucutumani, que se proclama con orgullo servus Dei. Según E. Manzano, este testimonio pone de manifiesto que la tribu "había abandonado probablemente las estructuras arcaicas previas a la romanización, adoptando la religión cristiana y desarrollando una forma de gobierno basada en la jefatura de un individuo"<sup>185</sup>

Hasta ahora, hemos ido enumerando las formaciones políticas mauras surgidas en aquellas zonas de la diocesis Africae próximas al Mediterráneo, que el tratado de 442 había asignado al Imperio. En la mayor parte de los casos, se trata de principados más o menos romanizados, cuyos dinastas, convertidos en un momento u otro al cristianismo, pretenden gobernar en pie de igualdad sobre todos sus súbditos, ya sean mauros o afrolatinos. Los funcionarios regios emplean títulos militares romanos, y existen focos de pervivencia de la vida urbana, lo que, como acertadamente señala E. Manzano, viene a quebrar la imagen de "barbarización" del norte de Africa que, a juicio de la historiografía tradicional europea, impregnada por una ideología colonialista, se habría producido tras el desmoronamiento del poder imperial<sup>186</sup>.

En abierto contraste con lo que sucede en las regiones costeras, los principados beréberes establecidos en regiones montañosas situadas en la periferia del reino vándalo, presentan un grado de romanización mucho más bajo y, como tendremos oportunidad de comprobar a continuación, generalmente se resistieron a asimilar elementos extraños a su cultura.

El macizo del Aurés, en la región meridional de la Numidia, estuvo bajo dominio vándalo desde 442 hasta la muerte de

Genserico. Sin embargo, su hijo y sucesor, Hunerico, perdió el control político de la zona. Hacia 477, los mauros que habitaban en la cordillera se alzaron en rebelión contra los germanos y constituyeron un principado independiente. Pronto descenderían de sus montañas sobre las llanuras del norte, sembrando el pánico y la destrucción entre la población romana de la provincia. Como consecuencia de sus acciones depredatorias, las ciudades de Thamugadi (Timgad) y Bagai (Ksar Baghai) quedaron deshabitadas. En 535, el reino del Aurés estaba gobernado por Iaudas, cuyas incursiones septentrionales llegaron a tan sólo medio centenar de kilómetros de Cirta Constantina<sup>187</sup>. Cuñado y vecino de Iaudas fue el rey Masonas, hijo de Mefanias. Sobre este monarca apenas sabemos nada. Ni siquiera estamos seguros de la localización de su reino. Ch. Courtois lo sitúa en las montañas de Nementcha, al sureste de la Numidia, aunque reconoce su ignorancia respecto al momento y las circunstancias en que hizo aparición. Procopio de Caesarea señala que Masonas fue enemigo personal de Iaudas, debido a la participación de este último en el asesinato de Mefanias. Tal acontecimiento sugiere la posibilidad de que existiese un viejo conflicto dinástico entre ambos principados<sup>188</sup>.

Nuestras noticias son aún más exiguas en lo que atañe al reino de Capsur. Al parecer, la tribu o confederación de tribus que obedecía a dicho monarca, habitaba en el angulo suroeste de la Byzacena. Con anterioridad a 477, el cristianismo comenzó a difundirse entre la población beréber de este principado por la acción evangelizadora de un grupo de exilados católicos. Décadas más tarde, en tiempos de Trasamundo, el pequeño reino mauro desaparece, al ser ocupado por los Levathae o Austuriani, una vasta confederación de pueblos beréberes, que controlaba la antigua provincia romana de Tripolitania. La tribu predominante de la que toma su nombre, operaba en la Pentapolis



a fines del siglo IV. En su emigración hacia el oeste, debió ir absorbiendo a los pueblos que encontró en su camino. Ya fuesen nómadas, seminómadas o sedentarios, la mayor parte eran paganos y rechazaban la cultura afrolatina. Liderados por el rey Cabaón, infligirán severas derrotas a las tropas de Trasamundo<sup>189</sup>.

Aparte de los reinos surgidos en áreas periféricas del territorio vándalo, existían numerosas tribus mauras instaladas en el interior del mismo. Casi todas ellas residían en regiones montañosas de difícil acceso, zonas deprimidas económicamente y sin apenas relación con los centros urbanos que dominaban el litoral y las grandes llanuras cerealísticas de la Proconsularis y la Byzacena. Por lo común, mantenían excelentes relaciones con el poder germánico, como lo demuestra la buena acogida dispensada a Gelimer por parte de la tribu que poblaba el monte Pappua, después de la derrota del soberano Asdingo frente a las fuerzas imperiales en Tricamarum<sup>190</sup>. Sin embargo, sería uno de estos pueblos el que provocase el conflicto bélico que condujo al destronamiento de Hilderico.

A comienzos del siglo VI, como resultado de un proceso de confederación entre distintas tribus que poblaban la Dorsal Media, había surgido, en pleno centro de la Byzacena, un nuevo principado mauro, el de los Frexas. El fundador de este reino fue el caudillo beréber Guefan, a quien, en 517, sucedió su hijo Antalas. Bajo la jefatura del nuevo soberano, los Frexas se convertirían en un formidable peligro para la estabilidad del dominio vándalo sobre la región. El principado que Antalas había heredado de su padre se hallaba enquistado en el corazón del estado germánico. Desde una perspectiva geopolítica su situación era privilegiada, ya que le permitía lanzar ataques esporádicos contra las fértiles llanuras de la Byzacena y disponer, al mismo tiempo, de un lugar seguro en las montañas, donde refugiarse tras

haber conseguido botín<sup>191</sup>.

Durante los años 526 a 528, el interior de la Byzacena se vio devastado por las incursiones de los Frexas. Los campos fueron sometidos a pillaje, las cosechas arrasadas y la población campesina hubo de buscar refugio en ciudades desprotegidas, que se atrincheraban tras improvisadas defensas<sup>192</sup>. En vista del mal cariz que tomaban los acontecimientos, Hilderico decidió organizar una expedición de castigo contra los agresores. Aunque no disponemos de datos cronológicos concluyentes, lo más posible es que las tropas vándalas saliesen al encuentro del enemigo en la primavera de 528 o, a más tardar, en la de 529<sup>193</sup>. Según el poeta africano Flavio Cresconio Coripo, Hildimer, un general fiel a la casa del soberano, dirigía las operaciones<sup>194</sup>. El nombre de este personaje ha dado pie a todo tipo de especulaciones. La posibilidad de que se trate de una corruptela del antropónimo del propio soberano carece de base sólida, ya que es bien conocida la aversión que profesaba Hilderico hacia el ejercicio de las armas<sup>195</sup>. E. Stein reconoce en la figura de Hildimer a Hoamer, sobrino del rey, pero no aporta argumentos que justifiquen tal identificación<sup>196</sup>. Por su parte, Ch. Ccurtois sostiene que nos hallamos ante un miembro de la alta nobleza germana, sobre cuya existencia sólo poseemos el testimonio de Coripo. En cualquier caso, lo más probable es que estuviera emparentado con el linaje real de los Asdingos, incluso podría tratarse de uno de los hijos de Hilderico, puesto que, al parecer, el mando supremo de las tropas en campaña se reservaba a los príncipes de la estirpe regia. Al menos, no se tiene noticia de que ningún otro aristócrata las haya conducido al combate<sup>197</sup>.

Ante el avance de las unidades de combate vándalas, los beréberes se replegaron a sus montañas. El general de Hilderico los persiguió. Y fue en este punto donde cometió su más

grave torpeza, pues la caballería germana era incapaz de maniobrar en una zona tan agreste. El encuentro bélico tuvo lugar en un escarpado desfiladero. Los mauros, que conocían bien el terreno, atacaron desde las alturas y el ejército enemigo fue aplastado en las profundidades de la garganta<sup>198</sup>. Ch. Courtois observa que la intensidad dramática con que Coripo nos describe el suceso se anticipa en varios siglos a las narraciones altomedievales sobre la derrota carolingia en Roncesvalles<sup>199</sup>.

Para los vándalos el fracaso de Hildimer tuvo un profundo significado. Por lo pronto, contribuyó a incrementar el malestar de los partidarios de Gelimer y, a la larga, pondría en manos de éste los instrumentos precisos para hacerse con el poder. De hecho, Coripo considera que la deposición de Hilderico fue la consecuencia directa de la derrota sufrida por su general en la Byzacena<sup>200</sup>.

Al poco tiempo de conocerse el desastre en Cartago, el propio Gelimer persuadía a sus incondicionales de la necesidad de destronar a un monarca que, a su juicio, no sólo carecía de la formación marcial precisa para poner coto al avance de los mauros, sino que, además, abrigaba la intención de depositar la soberanía vándala en manos del emperador, evitando así que el reino pasase a su legítimo heredero. Con tales argumentos, el príncipe pretendía justificar una acción que quebrantaba el orden establecido. Ciertamente, Gelimer tenía razones para temer la existencia de un proyecto que le privase de sus derechos. Hilderico, mucho más preocupado por el problema sucesorio que por las guerras mauras, había hecho gestiones en este sentido. Como ya hemos visto, en algún momento, entre 523 y 527, el soberano despachó una representación diplomática ante la corte de Justino I. Posiblemente, los embajadores de Hilderico hicieron saber al emperador que el monarca Asdingo estaba dispuesto a reconocer la

supremacía de la autoridad imperial, si a cambio el basileus se comprometía a apoyar su proyecto dinástico; de ahí que Gelimer sospechase que la legación enviada a Constantinopla por Hilderico tenía el doble propósito de apartarle de la sucesión al trono y de "entregar el imperio de los vándalos (to Bandilon kratos) a Justino"<sup>201</sup>.

La introducción de cambios sustanciales en la normativa que regulaba la sucesión al trono era motivo más que suficiente para desencadenar un nuevo baño de sangre. Hilderico lo sabía por experiencia. No ignoraba, pues, que debía escoger el momento más oportuno para actuar, es decir, aquel en que su proyecto contase con mayor número de adhesiones. Evidentemente, la ocasión aún no se había presentado. El intento de usurpación de Amalafrida, la ruptura de relaciones con los ostrogodos y la derrota frente al mauro Antalas, no habían resultado ser circunstancias propicias para llevar a la práctica sus planes. En realidad, el último de estos acontecimientos había colocado al rey en una situación de descrédito tan grave que acabaría precipitando la ruína de toda su casa.

### 1.3. Tiranía y revuelta.

En la primavera de 530, la facción que apoyaba a Gelimer debía formar un grupo de presión lo bastante influyente como para hacer oír sus demandas en la corte. Tras la derrota de Hildimer, eran numerosos los optimates vándalos que reclamaban el mando supremo de las fuerzas armadas para el legítimo heredero de la corona. El rey, abrumado por sus exigencias, confió a Gelimer la dirección de la campaña que se llevaría aquel año contra los mauros. Según Juan de Malalas, el príncipe obtuvo una resonante victoria. Apoyándose en la prestancia que ésta confirió a su casa, en el poder temporal que le otorgaba su puesto al

frente del ejército triunfante, y en la alianza sellada con las tribus beréberes que acababa de someter, decidió marchar sobre Cartago<sup>202</sup>. El breve relato que nos ha legado Víctor de Tunnuna (Túnez) se acomoda a esta versión de los hechos<sup>203</sup>.

Es muy posible que la proclamación de Gelimer como soberano se efectuase en el mismo campo de batalla, donde había batido a los enemigos, y que se hallase auspiciada por miembros de su casa, presentes entre las tropas que participaron en las operaciones bélicas. En cualquier caso, el 15 de junio debió entrar en la capital, pues ese día fue detenida y encarcelada toda la familia de Hilderico, lo que incluía, no sólo a sus hijos, sino también a sus sobrinos Hoamer y Hoageis. El golpe de estado se había consumado<sup>204</sup>.

Ignoramos si la facción adicta a la casa del destronado soberano opuso algún tipo de resistencia. Pudo ser así, ya que, tras la reclusión de la familia real, Gelimer tomó medidas represivas en contra de los sectores nobiliarios, tanto vándalos como romanos, que aún se mantenían fieles a Hilderico<sup>205</sup>. En los momentos que precedieron a la caída de Cartago, el anciano monarca despachó una embajada a Constantinopla para solicitar la intervención imperial. Apolinar, a quien se hizo entrega de fuertes sumas de dinero en oro, encabezaba la legación diplomática. Le acompañaban un nutrido grupo de cortesanos que deseaban alejarse de Africa. Lo más seguro es que embarcasen a bordo de alguna de las naves pertenecientes a los comerciantes orientales de la colonia establecida en Cartago. No hay indicios de que tuvieran grandes problemas en la travesía, por lo que pudieran haber llegado a Constantinopla en pocas semanas. Apenas hubieron desembarcado, Apolinar corrió a postrarse a los pies del basileus, quien, por su parte, decidió tomar cartas en el asunto<sup>206</sup>.

Rápidamente se pusieron en marcha los engranajes de la maquinaria diplomática bizantina. Justiniano escribió a Gelimer reclamando el restablecimiento del orden sucesorio instituido por Genserico. El emperador consideraba al nuevo monarca de los vándalos como un tyrannos, término griego equivalente al latino tyrannus, con el que le califica Víctor de Tunnuna, y que debe traducirse con el significado de usurpador, ya que implica el acceso al poder soberano a través de un acto que quebranta la normativa, escrita o consuetudinaria, que regula las formas aceptables de relevo al frente del mismo<sup>207</sup>.

Gelimer respondió a los requerimientos de Justiniano haciendo cegar a Hoamer y endureciendo las condiciones del encierro de Hilderico y Hoageis, bajo el pretexto de que planeaban la huida a Bizancio. Al conocer las nuevas, Justiniano despachó una segunda embajada a Cartago. En esta ocasión, se limitó a solicitar el envío a Constantinopla de Hilderico, Hoamer y Hoageis. A cambio, se comprometía a reconocer oficialmente la autoridad de Gelimer. Sin embargo, éste se negó a complacerle. es más, tras el definitivo fracaso de las negociaciones en 531, mandó ejecutar a Hoamer junto con otros muchos nobles partidarios de Hilderico<sup>208</sup>.

Momentáneamente, y pese a la tensión que presidía, en esta nueva etapa, las relaciones entre el Imperio y el reino vándalo, Bizancio no se hallaba en disposición de emprender ningún tipo de acción punitiva, empeñada como estaba en la guerra contra los persas. No obstante, a fines del año 531, la situación experimentó un drástico cambio. El nuevo monarca sasánida, Cosroes I (531-579), y el emperador iniciaron una larga y complicada serie de negociaciones, que culminaría en un acuerdo de paz en septiembre de 532. Este tratado, conocido como pax aeterna, debía entrar en vigor a comienzos de la próxima

primavera<sup>209</sup>.

Durante todo aquel tiempo, dos influyentes grupos de presión habían estado trabajando en la corte imperial en pro de la intervención imperial en Africa, ganando para su causa al propio Justiniano. El primero de ellos estaba integrado por notables afrorromanos, que después de la deposición de Hilderico se habían exilado en Constantinopla. A su cabeza se hallaba Apolinar, a quien, como ya hemos señalado, Hilderico había distinguido con su amistad y colmado de riquezas, entregándole importantes cantidades de dinero, que, sin duda, debieron contribuir a abrirle numerosas puertas en el sacrum palatium. Desde luego, el emperador no permaneció sordo a sus ruegos. Además, es muy probable que las demandas de Apolinar también hallasen eco entre los descendientes de la aristocracia senatorial africana instalados en la capital del Imperio de Oriente tras la conquista vándala, casi un siglo antes. El común interés por recuperar las grandes propiedades fundarias que se habían visto obligados a abandonar, pudo operar como elemento aglutinante entre los nietos de los antiguos emigrados y los recién llegados que acompañaban a Apolinar<sup>210</sup>.

La populosa y rica colonia de comerciantes orientales asentada en Cartago, también, solicitó la intervención imperial, esperando, sin duda, que una pronta restauración de la autoridad imperial sobre Africa, favoreciese sus negocios<sup>211</sup>. Sobre este segundo grupo y sobre el papel que jugó en el conflicto trataremos con la debida amplitud más adelante.

A pesar del acuerdo de paz alcanzado con Persia, los altos cargos ejecutivos del gobierno imperial y el estado mayor no compartían el entusiasmo de Justiniano por aquella expedición contra los vándalos. Recordaban muy bien los diversos descabros

padecidos por el Imperio en anteriores tentativas, especialmente el de 468, cuando la flota dirigida por Basilisco, cuñado del emperador León I, sufrió una aplastante derrota, que supuso la pérdida de numerosas vidas humanas y una auténtica sangría para las arcas del estado. Los ministros encargados de las finanzas recordaron al soberano que no disponían ni del tiempo ni de la organización necesaria para recaudar la elevada suma, que los preparativos de la campaña exigían. Los generales objetaron dificultades técnicas para dirigir un ataque contra un reino enemigo bien armado, teniendo como única base la flota. Eso por no hablar de los peligros que entrañaba la travesía hasta Africa. Además, creían que resultaría difícil reunir los efectivos militares precisos. Muchos soldados habían retornado recientemente de la frontera oriental y no verían con agrado que se les movilizase para una nueva empresa. Juan de Capadocia lideró la oposición a los planes del emperador, instándole a abandonar un proyecto que contaba con tan escasas garantías de éxito. El todopoderoso praefectus praetorio Orientis argüía que el viaje era dificultoso y largo, el territorio desconocido, el sacrificio de vidas y recursos económicos ingente, y la victoria más que dudosa. Incluso llegó a recordar al basileus que, en caso de producirse el triunfo, resultaría difícil conservar Africa mientras Sicilia e Italia permaneciesen en manos de los ostrogodos; lo que demuestra que la intención de Justiniano al lanzarse a la guerra era anexionar Africa al Imperio, y no restaurar a Hilderico en su trono, como la propaganda oficial se encargaría de divulgar durante bastante tiempo. Ante la avalancha de consejos disuasorios, el soberano decidió posponer la operación<sup>212</sup>.

Sin embargo, durante la primavera de 533, Justiniano adoptó la firme resolución de llevar a efecto la proyectada campaña. En la corte circulaba una curiosa historia sobre los



motivos que habían impulsado al emperador a tomar una postura tan definitiva. Al parecer, un obispo llegado de Oriente había solicitado audiencia. Cuando, por fin, se halló ante la presencia de Su Majestad, afirmó que Dios se le había manifestado en sueños, ordenándole que fuese ante el emperador para censurar su demora en prestar auxilio a los cristianos de Africa, a quienes debía proteger de los tiranos. "Y, no obstante -había dicho El-, si va, Yo mismo le acompañaré en la batalla y le haré señor de Africa". Sólo después de aquella revelación profética se comenzaron a reunir tropas, barcos y suministros, y se nombró jefe de la expedición a Belisario, el joven y brillante magister utriusque militiae per Orientem, que se había cubierto de gloria en la guerra contra los persas<sup>213</sup>.

Algunos años más tarde, se difundió entre el clero africano otro relato sobre la intervención divina en la decisión de Justiniano. Según se decía, el santo obispo de Nepta, Leto, martirizado bajo el reinado de Hunerico, se había aparecido personalmente al emperador, para conminarle a combatir a los vándalos<sup>214</sup>.

Es de advertir que, aunque en ambos episodios se señala el carácter "tiránico" del poder de Gelimer, también en los dos se apunta hacia el conflicto religioso como razón última que determinó el desembarco bizantino en Africa. En el relato de Procopio, el prelado oriental reprocha a Justiniano su tardanza en socorrer a los católicos africanos<sup>215</sup>; mientras que en el de Víctor de Tunnuna, es la víctima más ilustre de la persecución de 484, Leto de Nepta, quien le urge a tomar acción. Tanto en uno como en otro caso, el emperador se alza como campeón de la ortodoxia y defensor de los fieles católicos frente a los heréticos arrianos.

Esta coincidencia no es meramente accidental. El carácter de misión divina, encomendada al emperador ortodoxo, que se atribuye en las dos narraciones a la guerra contra los vándalos, procede directamente del concepto ideológico sobre el origen del poder soberano, que se había venido gestando en el Imperio desde la crisis del siglo III. Justiniano, como sus antecesores, estaba plenamente convencido de que la autoridad imperial emanaba de la gracia de Dios y de que el emperador, amado de la divinidad, era partícipe del reinado celestial, en la medida en que se hallaba coronado por las virtudes inherentes a Dios y al haber recibido en su alma los efluvios provenientes de la Santa Trinidad. Participaba, pues, de la razón universal y de la sabiduría y bondad divinas. Estos rasgos investían al monarca de una sacralidad que le permitía intervenir en la vida eclesiástica como vicarius Dei, dignidad que, al mismo tiempo, le confería la obligación de propagar la fe verdadera y proteger a la Iglesia de Cristo de sus enemigos temporales. Por otra parte, se consideraba que el Imperio, como estructura política, formaba parte del plan divino para la redención. Dado que se identificaba el Imperio romano con el ecumene cristiano, no debe sorprendernos que el restablecimiento de la autoridad imperial en Occidente adquiriese la misma importancia, como deber sagrado del emperador, que el triunfo de la ortodoxia<sup>216</sup>.

En el plano ideológico, la expedición africana quedaba completamente justificada. Es más, al margen de cualquier disputa sobre su historicidad, los relatos de Procopio de Caesarea y Víctor de Tunnuna se hallan en la línea de la propaganda oficial que, desde sus inicios, arropó la campaña dirigida por Belisario. Además, reflejan perfectamente la importancia alcanzada por los grupos de presión africanos representados en la corte de Constantinopla.

En un orden de cosas más prosaico, es forzoso reconocer que, en la primavera de 533, las circunstancias internas del reino vándalo eran propicias a un desembarco bizantino. Mientras en Constantinopla se debatía la oportunidad del mismo, Pudencio, un aristócrata romano de la Tripolitania, había desencadenado una revuelta contra los vándalos, aprovechando la ausencia de guarniciones militares en la provincia. Inmediatamente, escribió al emperador, solicitando que enviase tropas en su ayuda. Justiniano, cauto, despachó a un oficial llamado Tattimuth al frente de un destacamento, posiblemente, procedente de Egipto o de la Pentapolis. Tattimuth unió sus fuerzas a las del rebel de Pudencio y juntos tomaron posesión del territorio, reincorporándolo al Imperio<sup>217</sup>.

Desde luego, no se puede descartar la posibilidad de que la aristocracia africana exilada en Constantinopla no haya movido los resortes precisos, para poner en marcha esta rebelión, y, sobre todo, para conseguir el primer envío de un ejército romano al dominio vándalo, por escasos que fuesen sus efectivos reales.

La intervención imperial en la Tripolitania quebrantaba las cláusulas del tratado de paz sellado por el emperador Zenón con el rey Genserico en 474. Como se recordará, en este acuerdo se reconocía expresamente el dominio vándalo sobre las regiones de Africa ocupadas hasta el momento y sobre las islas del Mediterráneo occidental<sup>218</sup>. Gelimer debería haber tomado acción al instante; pero problemas más acuciantes se lo impidieron. En Sardinia acababa de surgir un nuevo foco de rebelión, aunque de características marcadamente distintas al de la Tripolitania.

Durante el período vándalo, un único delegado regio

estaba al frente de las administraciones civil y militar en la isla, encargándose, al mismo tiempo, de la recaudación del tributo (phoros), que anualmente expedía a Cartago, y de la defensa del puerto de Caralis (Cagliari). En la primavera de 533, un personaje llamado Godas ocupaba el cargo. Al parecer su nombre hacía alusión a su origen étnico, ya que se trataba de un godo. Según Procopio, era doulos de Gelimer<sup>219</sup>.

Aunque en los textos clásicos este término se suele traducir por esclavo, lo cierto es que, como señala G. E. M. Ste. Croix, durante el Bajo Imperio, el adjetivo había perdido su significado técnico y fue utilizado por los sectores humildes de la población libre (humiliores) para referirse así mismos cuando se dirigían a los poderosos (potentiores)<sup>220</sup>. Ya a fines del siglo IV, Libanio de Antioquía emplea como sinónimos los sustantivos georgoi, hoi ergazomenoi, oiketai, somata, douloi y ergatai, para referirse a los campesinos sirios sometidos a un "amo" (despotes) y que, sin embargo, no eran esclavos<sup>221</sup>. Procopio, habituado a los usos protocolarios impuestos en la corte de Constantinopla por Justiniano y su esposa Teodora, lo aplica a sujetos pertenecientes a la élite, a fin de destacar su situación de dependencia formal o subordinación respecto a un soberano. Así, por ejemplo, de Teudis, tutorem in Spaniae regno Amalarici, dice que era doulos del rey Teodorico el Grande; aunque sabemos con certeza, incluso por este mismo historiador, que procedía de una de las más distinguidas familias de la nobleza ostrogoda. De hecho, su sobrino Hildibaldo (540-541) y el sobrino de éste, Tótila (541-553), llegarían a ocupar el trono ostrogodo. El propio Teudis (531-548), que sería coronado rey de los visigodos en Hispania, había sido en su juventud armiger de Teodorico, el equivalente latino del griego doryphoros (lancero), es decir, oficial de la guardia personal del rey<sup>222</sup>. Es muy posible que Godas estuviese vinculado a Gelimer por lazos

similares. No en vano, recibió el puesto de gobernador de Sardinia de manos de su señor, después de que éste hubiese alcanzado el trono, como recompensa a la fidelidad y apoyo prestados a su causa<sup>223</sup>.

Pero aquella primavera, informado de los preparativos bélicos bizantinos, Godas se negó a enviar a Cartago el tributo anual, declarándose en abierta rebeldía contra Gelimer y solicitando la ayuda de Justiniano. En la carta que le escribió, para hacerle participe de la situación, negaba cualquier haber actuado por motivos de animadversión personal. Antes bien, atribuía su conducta al deseo de no verse involucrado en los tratos inhumanos que el nuevo monarca vándalo estaba infligiendo a Hilderico, a sus parientes y a sus partidarios. Consideraba a Gelimer un usurpador y sus ordenes contrarias a la justicia. Concluía haciendo un llamamiento al emperador, para que le suministrase soldados<sup>224</sup>.

Hasta este punto, cabría presumir que el modo de obrar de Godas no diferiría mucho del de Pudencio. Sin embargo, existen rasgos que distinguen sus actuaciones desde un principio. Mientras que el aristócrata romano pidió refuerzos para someter la Tripolitania a la autoridad imperial, el gobernador germano de Sardinia se limitaba a reclamar una fuerza de apoyo, para consolidar su propia situación particular.

Ciertamente, no debió satisfacerle en exceso la respuesta que Justiniano le hizo llegar a través del legado Eulogio. En su misiva, el basileus alababa a Godas a causa de su celo por la justicia y le aseguraba una alianza (symmachía), soldados (stratiotai) y un general (strategos), que defendería la isla y le asesoraría en cualquier problema que pudiera surgir. Nada más alejado de los planes de Godas que contar con la

presencia de un alto mando militar bizantino en Sardinia. Durante el tiempo transcurrido entre su petición de auxilio al emperador y la llegada del embajador de Constantinopla, había asumido el título y las insignias de la realeza; y aún precisando de efectivos, no estaba dispuesto a aceptar la imposición de una autoridad que limitase su poder de acción. Por eso, tras haber dado lectura a la carta de Justiniano, manifestó el deseo de recibir los soldados prometidos, para que luchasen a sus ordenes; pero rechazó el envío de un general por considerarlo innecesario. Con tal respuesta, despachó a Eulogio de vuelta a Bizancio<sup>225</sup>.

El emperador, que ignoraba las nuevas circunstancias surgidas en Sardinia a raíz de la proclamación regia de Godas, ya había designado como dux o comandante de la expedición sarda a Cirilo, uno de los oficiales de Belisario, asignándole el mando de 400 foederati, pertenecientes al conjunto de tropas que estaban siendo reunidas para la campaña africana<sup>226</sup>.

No obstante, Godas jamás llegaría a recibir estos refuerzos, pues Gelimer, anticipándose a su llegada, dispuso que su propio hermano Tzazo, convertido en general, marchase al frente de 5 millenarii y 120 naves contra el usurpador de Sardinia<sup>227</sup>. La expedición de castigo debió soltar amarras, como muy tarde, en julio de 533, privando a las costas africanas de unas fuerzas imprescindibles para su defensa<sup>228</sup>. Por otra parte, el mismo soberano se internó en la Byzacena con el resto del ejército, instalándose a cuatro jornadas de la costa, en la residencia real de Hermiana, lugar desde donde se proponía dirigir las operaciones de una nueva campaña contra los mauros. En Cartago, tan sólo había dejado una pequeña guarnición, al mando de su hermano menor Ammatas<sup>229</sup>.

Hallándose lejos del litoral africano la mayor parte

de las tropas vándalas, el desembarco de los imperiales y su avance a través de un territorio prácticamente desguarnecido podía convertirse en un simple paseo militar, sobre todo, teniendo en cuenta que importantes sectores de la población estaban dispuestos a apoyar una intervención bizantina.

#### 1.4. La reconquista imperial: colaboración y resistencia.

A mediados de junio de 533, la armada imperial se hallaba dispuesta para hacerse a la mar. El ejército, compuesto por 10.000 soldados de infantería regular (pedites comitatenses), 1.500 de caballería (equites comitatenses), 3.500 foederati, 400 aliados hérulos, 600 hunos de la tribu de los Massagetae, y unos 1.500 o 2.000 bucellarii del magister utriusque militiae Belisario, iba a ser embarcado a bordo de 500 naves de transporte, que irían escoltadas por 92 dromones o barcos ligeros de guerra. Hasta 30.000 marineros de origen egipcio, jonio y cilicio maniobraban los buques que trasladarían a la tropa, cuya capacidad oscilaba entre los 3.000 y los 50.000 medimni por bajel. En los dromones navegaban 2.000 hombres de Constantinopla, que servían como remeros, al tiempo que podían emplearse en el combate. Calonimo de Alejandría fue nombrado almirante de la flota y Arquelao praefectus exercitus<sup>230</sup>.

Antes de partir rumbo a la lejana Africa tuvo lugar, en presencia de toda la corte, una solemne ceremonia, muy acorde con los presupuestos ideológicos que justificaban aquella expedición. Procopio de Caesarea, que participaba en la misma en calidad de assessor de Belisario, describe así el acto protocolario:

"Cuando se cumplía el séptimo año del

reinado de Justiniano, en el solsticio de verano, el emperador ordenó que la nave del general anclase frente al palacio imperial. Allí se presentó también Epifanio, obispo de la ciudad, y tras las oraciones apropiadas para la ocasión, acompañó en el embarque a uno de los soldados, recientemente bautizado con el nombre de Cristiano. Después de esto el general Belisario y Antonina, su esposa, se hicieron a la mar"<sup>231</sup>.

El 22 de junio de 533 la armada levó anclas rumbo a Heraclea (Eregli). Allí se detuvo cinco días. Durante este período de tiempo, Belisario hizo que fuesen embarcados un gran número de caballos procedentes de los pastos imperiales de Thracia, que Justiniano había destinado a la campaña africana. Desde Heraclea la flota se dirigió hacia los Dardanelos, navegando por el Mármara al abrigo de la costa de Asia Menor. Los fuertes vientos que soplaban en la región del estrecho, obligaron al general a fondear en el puerto de Abydus, donde hubo de imponer severa disciplina entre sus hombres:

"Dos Masagetas asesinaron a uno de sus camaradas que se burlaba de ellos, porque, en el transcurso de una desenfrenada partida de beber, se habían embriagado. Pues de todos los hombres, los Masagetas son los más inmoderados bebedores. En consecuencia, Belisario hizo empalar de inmediato a los dos hombres sobre una colina que hay cerca de Abidus... Y todo el ejército,... viendo a los dos hombres empalados, se atemorizó y decidió vivir sobriamente"<sup>232</sup>.

Cuando hubo amainado el temporal, la armada cruzó los



Dardanelos y se adentró en el Egeo. Antes de iniciar esta nueva etapa del periplo, Belisario dispuso que se pintasen de rojo las velas de su nave y de otras dos, a fin de que el resto de la flota no se perdiese al atravesar las Cícladas. Por la noche, unas cuantas linternas desempeñaban la misma misión que las velas durante el día. Tras haber doblado el cabo Matapán, la flota se detuvo en Methone. Dos razones explican esta nueva demora: la calma reinante en el Mediterráneo y un brote epidémico, surgido entre la tropa a causa del pan mal cocido, que para ahorrar costes, había suministrado el praefectus praetorio Juan de Capadocia. En tales circunstancias, Belisario no tuvo más remedio que aprovisionarse con pan elaborado en Methone. Su siguiente escala se efectuó en la isla de Zacynthus. El general deseaba reponer el suministro de agua, antes de adentrarse en el Adriático. Desafortunadamente, una nueva calma, unida a un calor sofocante, provocó la temida escasez de agua<sup>233</sup>.

A comienzos de agosto, la armada imperial tocó puerto en Sicilia. Las naves fondearon en Caucana (Porto Lombardo), a fin de conseguir agua, alimentos y caballos. La reina Amalasunta, que por aquella época actuaba como regente de su hijo Atalarico (526-534), se había comprometido formalmente a reavituallar al ejército imperial; pues si bien las relaciones entre la hija de Teodorico el Grande y el emperador de Constantinopla pasaban por uno de sus mejores momentos, no ocurría otro tanto en lo referente a sus tratos con los vándalos, quienes constituían una amenaza perpetua a la dominación gótica sobre la isla<sup>234</sup>.

Los bizantinos no sólo contaron con el apoyo logístico que les brindó el gobierno de Ravenna. Apenas desembarcaron, Belisario ordenó a Procopio de Caesarea que se dirigiese a Siracusa, con la misión de obtener información sobre el enemigo. El general deseaba saber si los vándalos tenían alguna flota

emboscada que aguardase su llegada. También quería enterarse de cuál sería el mejor punto de la costa africana para desembarcar, y qué lugar podría resultar más ventajoso como base para iniciar las operaciones bélicas<sup>235</sup>.

Procopio, recién llegado a Siracusa, tuvo la inesperada fortuna de encontrarse con un viejo amigo de la infancia, natural como él de Caesarea. Aquel hombre, que residía en el puerto siciliano desde hacía años, dedicado a sus negocios como naviero, le puso en contacto con uno de sus domésticos, quien había regresado de Cartago hacía tres días. A través de éste, Procopio se enteró de lo que estaba sucediendo en el reino vándalo. De cómo Gelimer, ajeno a la amenaza de invasión bizantina, pasaba el verano en Hermiana, a cuatro jornadas de la costa, y de cómo había enviado parte de la flota a Sardinia para someter a Godas. Exaltado por lo que oía, condujo al servidor de su amigo al puerto siracusano de Aretusa, donde se hallaba anclada su nave, a fin de interrogarle a bordo más despacio. Cumplida su misión retornó a Caucana, llevando consigo al doméstico del naviero, para que condujese la armada hasta Africa. A su asombrado señor le prometió que se lo devolvería pronto y cargado de oro. Por su parte, Belisario comprendió en seguida que el hombre traído por Procopio era el guía que había estado buscando. E inmediatamente, hizo los preparativos necesarios para hacerse a la mar. La travesía se efectuó sin problemas, y, en torno al 27 de agosto, tras haber tocado puerto en Gozo y Malta, las tropas bizantinas desembarcaron cerca del promontorio de Caput Vada (Ras Kaboudia), en la costa oriental de la Byzacena, a tan sólo cinco jornadas de Cartago<sup>236</sup>.

Es de destacar el papel jugado hasta aquí por las colonias de comerciantes orientales establecidas en los puertos del Mediterráneo occidental. Precisamente, fueron miembros de la

colonia de Cartago quienes, tras el destronamiento de Hilderico, demandaron la intervención imperial, haciendo causa común con los aristócratas afrorromanos exilados en Constantinopla, a cuya cabeza se hallaba Apolinar. Más tarde, otro oriental, naviero asentado en Siracusa, facilitó información sobre las circunstancias internas del reino vándalo, a través de uno de sus agentes, el cual, a su vez, fue quien condujo la expedición hasta las playas africanas. Tales conductas, que bien pueden calificarse de franca colaboración, volverían a repetirse a lo largo de la campaña.

El Imperio romano de Oriente, que carecía de un verdadero servicio de inteligencia exterior, empleó, en provecho del aparato militar del estado, las redes de solidaridad e información generadas por la actividad mercantil, a lo largo de las rutas de navegación del Mediterráneo. Muchos de aquellos comerciantes y navieros, al igual que el amigo de Procopio, habían nacido y crecido en los grandes puertos de Siria, Palestina o Egipto, y conservaban estrechos vínculos personales y económicos con sus respectivas ciudades de origen. Estos negotiatores se dedicaban, casi con exclusividad, a la importación de objetos de lujo y bienes de prestigio, destinados a satisfacer las demandas de las clases privilegiadas. El restablecimiento de la autoridad imperial en Occidente no podía sino beneficiarles, al colocar bajo un único poder político los centros de producción, las redes de distribución y los núcleos de consumo. Además, en su horizonte ideológico, socialmente condicionado por la cultura urbana de Oriente, pervivía la imagen del emperador de Constantinopla como la del elegido de Dios para gobernar el orbe cristiano, y por tanto, como la de su protector natural. De ahí sus demandas de auxilio, su abierta colaboración con los ejércitos imperiales y su decidido apoyo a la propaganda oficial<sup>237</sup>.

Ahora bien, los bizantinos contaban con hallar otros aliados en el interior del reino vándalo. Mientras la escuadra seguía por mar los movimientos del ejército a lo largo de la costa, Belisario procuraba ganarse el favor de los propietarios del suelo. De hecho, castigó a unos soldados porque habían robado frutas de un huerto. En una arenga dirigida a la tropa, advirtió que no estaba dispuesto a tolerar más actos de este género, ya que deseaba evitar que los africanos, tradicionalmente enemigos de los vándalos, se aliasen con éstos a causa de los desmanes del ejército imperial<sup>238</sup>.

Haciendo gala de gran prudencia, el general decidió enviar una pequeña expedición para ocupar Sullectum, la primera ciudad de importancia que hallaron en el camino. El doryphoros Boraidés, oficial al mando de uno de los destacamentos de bucellarii de Belisario, fue el encargado de llevar a cabo la misión. Antes de partir, el general le recomendó que prometiese a los habitantes de Sullectum todo lo que fuese preciso y que les asegurase que sólo tenían la intención de libertarlos del yugo vándalo. Boraidés alcanzó los muros de la ciudad al crepúsculo y pasó la noche oculto con sus hombres en una quebrada. Al alba, todos ellos se unieron a un grupo de campesinos que se dirigían con sus carretas a Sullectum. De este modo penetraron sin llamar la atención y se hicieron con el control de la plaza sin hallar resistencia. Boraidés convocó al obispo y a los notables locales, a fin de darles a conocer las intenciones de Belisario. Tanto el prelado como la aristocracia se mostraron dispuestos a colaborar y le entregaron las llaves de las puertas de la ciudad. La toma de Sullectum debió producirse el 29 de agosto y su ocupación por el ejército al día siguiente<sup>239</sup>.

Según el relato de Procopio, la actitud de la nobleza afrorromana, tanto laica como eclesiástica, fue abiertamente

probizantina. A pesar de que, tras la toma de Cartago, Genserico confiscó numerosos latifundios pertenecientes a la aristocracia senatorial, para asentar a su pueblo, en el norte de Africa había sobrevivido una élite de grandes propietarios latinos, de cuya existencia poseemos diversos testimonios. Así, por ejemplo, sabemos que en 484, Victoriano de Hadrumentum era el mayor terrateniente de la Byzacena<sup>240</sup>. A finales del siglo V, Silvestrio, provinciae Byzacenaе primario, ofreció un fértil terreno a Fulgencio de Ruspae, para que estableciese un monasterio. Otro tanto hizo hacia 507 Postumiano, nobilissimus civis de Ruspae<sup>241</sup>. Las Tablettes Albertini, colección de documentos datados en los años 493 a 496, procedentes del archivo de un gran dominio situado en la frontera argelo-tunecina, nos ofrecen datos interesantes para conocer el funcionamiento de un latifundio, del que posiblemente fuese propietario un tal Flavio Geminio Catulino<sup>242</sup>. Ni siquiera en la Proconsularis, donde se había establecido el grueso del ejército vándalo, desapareció la propiedad romana. Bajo el reinado de Genserico, el obispo Valeriano de Avenza (Bordj Hamdouna) fue expulsado de su ciudad por orden del soberano, quien prohibió que nadie le permitiese habitar en su casa o su campo, claro indicio de que en la llanura de Medjerda aún había propietarios romanos de confesión católica<sup>243</sup>.

En su conjunto, el grupo de notables afrolatinos no tenía ninguna razón para simpatizar con los intereses del arriano Gelimer. Instigados por el clero católico, que veía llegada la hora del triunfo de la ortodoxia, los propietarios romanos colaboraron de buena gana con las tropas imperiales. Como veremos, tan sólo aquellos que se hallaban ligados a la casa de Gelimer por lazos de dependencia permanecieron leales al monarca. Aunque, en ningún caso opusieron resistencia armada al avance del ejército de Justiniano.

Por otro lado, Belisario anhelaba procurarse adhesiones entre los altos funcionarios germanos del reino vándalo, en la seguridad de que algunos de ellos, descontentos con la política de Gelimer, apoyarían la intervención bizantina, siempre y cuando se les garantizase la continuidad de la monarquía germánica. No en vano, y aún careciendo de tal acicate, el mismo día en que las tropas imperiales ocuparon Sullectum, el inspector de la posta pública se paso al invasor, entregándole todos los caballos de gobierno que obraban en su poder. Pensando que podría atraer a otros, Belisario decidió hacer pública una carta, que Justiniano dirigía a la nobleza vándala. En este documento se revalidaba la ficción jurídica que había permitido a Bizancio legitimar la campaña africana. El emperador afirmaba que no se había lanzado a la guerra con el animo de quebrantar el acuerdo firmado en 474, sino con el propósito de restaurar el orden sucesorio establecido en la Constitutio Geiserici, impugnada por la usurpación de Gelimer:

"Ni hemos decidido hacer la guerra a los vándalos, ni estamos quebrantando el tratado firmado con Genserico, sino que intentamos destronar a vuestro usurpador, quien, despreocupándose de la voluntad de Genserico, ha encarcelado a vuestro rey y le mantiene bajo custodia, y a aquellos de sus parientes a quienes odiaba sobremanera los ha ejecutado en un primer momento, y al resto, después de privarles de la vista, los retiene en prisión, impidiéndoles terminar sus desdichas con la muerte. Por tanto, unios a nuestras fuerzas y ayudadnos a liberaros de una tiranía tan inicua, a fin de que os sea posible disfrutar en paz y libertad. Pues os aseguró en el nombre de Dios que estas cosas llegarán a vosotros de nuestra mano".

Belisario confió la epístola a uno de los veredarii-correos encargados de transmitir las respuestas del monarca vándalo-, recientemente capturado, a fin de que diese a conocer el texto a los magistrados germanos. Pero, a pesar del oro que recibió, aquel hombre no se atrevió a desvelar el contenido de la misiva en Cartago, donde Ammatas todavía controlaba la situación. Lo más que hizo fue divulgar el contenido de la carta entre unos pocos amigos suyos, con lo que se frustraron los objetivos perseguidos por Belisario<sup>244</sup>.

Mientras los bizantinos avanzaban a lo largo de la costa oriental de la Byzacena, atravesando las ciudades de Leptis Minor (Lemta) y Hadrumentum, la noticia de su desembarco había llegado hasta Hermiana. La primera reacción de Gelimer, al conocer la nueva, fue escribir a su hermano Ammatas, que se hallaba en Cartago, ordenándole que diese muerte a Hilderico, a su familia y a sus partidarios. Sin duda, aplicando semejante medida, esperaba eliminar el pretexto formal que había justificado la invasión, y, al mismo tiempo, conjurar el peligro de que se produjese una rebelión favorable al depuesto monarca en la capital. En la misma epístola se mandaba a Ammatas que agrupase a sus hombres y que a la cabeza de ellos se dirigiese Ad Decimum, un suburbio de Cartago, donde el propio Gelimer acompañado por sus tropas se reuniría con él, a fin de cerrar el paso al ejército imperial, que avanzaba sobre Cartago. Ammatas hizo ejecutar a Hilderico y a su sobrino Hoageis; aunque perdonó la vida a los hijos del soberano, por razones que nos son desconocidas. En la masacre también perecieron todos aquellos notables africanos que habían formado parte de la corte de Hilderico, y que no pudiendo escapar tras su deposición, fueron encarcelados junto con su señor. Esta política de represión, que venía ejerciendo Gelimer desde el golpe de 530, le había permitido llenar las arcas del tesoro real con el producto de las

confiscaciones de los bienes de los condenados; sin embargo, le había enajenado el apoyo de gran parte de la nobleza romana, del clero católico y, en general, de la mayor parte de las poblaciones urbanas, que recibieron a los bizantinos como auténticos libertadores<sup>245</sup>.

El 13 de septiembre, el ejército vándalo se enfrentó a las fuerzas del emperador en Ad Decimum. La batalla concluyó con la primera victoria africana de Belisario y con la veloz retirada de las derrotadas tropas de Gelimer, quien había perdido en el combate a su hermano Ammatas y a su sobrino Gibamundo. Al día siguiente, festividad de San Cipriano, el ejército bizantino reemprendió el camino hacia Cartago, ante cuyos muros acampó a la caída del sol. Aunque la población había abierto las puertas de la ciudad y encendido lámparas, que permanecieron iluminando el recinto urbano durante toda la noche, Belisario, que temía una posible emboscada, prefirió aguardar al alba, para hacer su entrada en la capital del reino vándalo<sup>246</sup>.

Los habitantes de Cartago habían vivido sometidos a una fuerte tensión, desde el momento en que se conoció el desembarco bizantino en Caput Vada. La matanza, en que perecieron Hilderico y sus partidarios, había sido el episodio más dramático de las últimas semanas, pero hubo otro colectivo que a punto estuvo de correr la misma suerte. Apenas tuvo noticia de la llegada de los imperiales, Gelimer mandó encarcelar en una lóbrega mazmorra de su palacio, llamada Ancon, a los más destacados miembros de la comunidad de comerciantes orientales residentes en la ciudad, como reos de alta traición. El rey estaba seguro de que ellos habían urgido al emperador a tomar las armas contra los vándalos. Por eso, tras la derrota de Ad Decimum sentenció a muerte a todos los detenidos. Ahora bien, la pena no llegó a ejecutarse. El encargado de la prisión, en la que se



hallaban los comerciantes, conocía ya el resultado del combate, y desde la colina de Byrsa, sobre la que se alzaba el palacio real, podía ver como la flota bizantina se aproximaba a Mandracium, el puerto de Cartago. Deseoso de congraciarse con los vencedores, decidió desobedecer las ordenes de Gelimer, y pidió a los prisioneros que, a cambio de sus vidas, le protegiesen cuando Belisario tomase posesión de la ciudad en nombre del emperador. Los atemorizados mercaderes se comprometieron a velar por él, y, al punto, fueron puestos en libertad<sup>247</sup>.

La escuadra bizantina, que tras el desembarco del ejército había seguido sus movimientos por mar, se enteró de la victoria de Ad Decimum a través de unos hombres, enviados a la población de Ad Mercurium (el-Haouaria) para obtener información. Puesto que tenía los vientos a su favor, la flota navegó hacia Cartago. Sólo cuando se hallaba a 150 estadios de su puerto, Arquelao, el praefectus exercitus, dio orden de echar el ancla, en espera de la notificación de Belisario que les permitiese entrar en Mandracium. Pero Calonimo de Alejandría, almirante de la armada, era partidario de dirigirse de inmediato a Cartago. Los marineros afirmaban que se aproximaba una gran tempestad, que los africanos denominaban Cypriana, y que era preciso buscar refugio seguro. La flota se detuvo para que los altos mandos deliberasen. Finalmente, parece que Arquelao y los oficiales del ejército llegaron a un acuerdo con los capitanes de las naves, aunque no con el mismo Calonimo. El prefecto no deseaba incumplir las ordenes del general, adelantándose a la entrada del ejército en Cartago. Además, temía que el acceso a Mandracium estuviese cerrado por las grandes cadenas de hierro que lo protegían, y que el puerto no tuviese capacidad para albergar a toda la flota. Por estas razones se juzgó oportuno conducir las naves a Stagnum, que se hallaba situado a 40 estadios de Cartago y que disponía de espacio suficiente para acomodar a los 500 barcos de transporte

y los 92 dromones que componían la armada<sup>248</sup>.

Calonimo de Alejandría, desoyendo el consejo de la mayoría y desobedeciendo las ordenes que le había dado Belisario, navegó en secreto con unos pocos barcos hasta Mandracium, donde desembarcó sin dificultades, ya que los cartagineses habían retirado, aquel mismo día, las cadenas que impedían el ingreso al puerto. Una vez en tierra, se dedicó a saquear las propiedades de los comerciantes que habitaban junto al mar, tanto las de los orientales como las de los africanos<sup>249</sup>.

A la mañana siguiente, Belisario, ignorante de las correrías de Calonimo, ordenó a la flota que entrase en Mandracium, y él mismo penetró en Cartago con todo el ejército en formación de batalla. Previamente advirtió a los soldados que no toleraría ningún tipo de desordenes en la ciudad, quedando terminantemente prohibido cualquier tipo de rapiña o saqueo. Los hombres fueron distribuidos por las casas donde debían alojarse, después de que los funcionarios públicos hubieran confeccionado las listas, y adquirieron cuanto precisaron en el mercado. Tan sólo los comerciantes orientales y africanos, cuyas casas habían sido saqueadas la noche anterior por los hombres de Calonimo, presentaron sus quejas ante Belisario, quien los recibió en el palacio de los reyes vándalos en la Byrsa, sentado sobre el trono de Gelimer. El general obligó a Calonimo a jurar que devolvería a sus legítimos propietarios lo robado. Pero el almirante se guardó el dinero de los comerciantes orientales y africanos, que fueron los únicos perjudicados por la ocupación bizantina de la ciudad<sup>250</sup>.

Los vándalos que aún permanecían en Cartago habían buscado refugio en las basílicas y santuarios. Belisario respetó el derecho de asilo al que se acogían y garantizó su seguridad.

Aquella noche del 15 de septiembre de 533, el general cenó con su estado mayor en el Delphix, comedor de gala de la residencia real. Le sirvieron los domésticos de Gelimer y degustó los platos que se habían preparado para el rey, el día anterior. Mientras, el pueblo de Cartago celebraba las Cypriana, festival en memoria del santo obispo Cipriano, en su basílica martirial, que Hunerico confiscara para entregarla al clero arriano, y que Belisario acababa de devolver a la Iglesia Católica<sup>251</sup>.

Las obras de reacondicionamiento de las fortificaciones de Cartago se emprendieron de inmediato, pues el general deseaba disponer una base de operaciones segura, antes de lanzarse a la conquista del resto del reino vándalo<sup>252</sup>. Este hecho permitió que los germanos contasen con tiempo de sobra, para curar sus heridas y organizar la resistencia. Tras la derrota de Ad Decimum, Gelimer se había retirado con su maltrecho ejército a la llanura que se extendía al sur de Bulla Regia (Hammam Derradj), en la región más occidental de la Proconsularis. Desde allí se esforzaba por conseguir apoyos para su causa. Si Belisario se había ganado a la nobleza afrorromana y a las poblaciones urbanas, él pretendía obtener el favor de los campesinos. Con este propósito, distribuyó importantes cantidades de dinero entre los mismos, y les prometió una suma adicional por cada cabeza de soldado romano que le entregasen<sup>253</sup>.

No fueron muchos los militares que cayeron en las emboscadas tendidas por los campesinos, aunque se produjeron algunos incidentes de consideración. El caso más destacado es el del doryphoros Diógenes, quien al mando de 22 hipaspistai, todos ellos bucellarii de Belisario, fue enviado por el general en misión de reconocimiento al oeste de la Proconsularis. A dos jornadas de Cartago, la patrulla fue avistada por unos campesinos, que incapaces de dar muerte a hombres bien armados,

delataron su presencia a los vándalos. Gelimer envió 300 soldados de caballería en su persecución, con ordenes de prenderles vivos. No obstante, y a pesar de que perdió dos hombres en una pequeña escaramuza con las fuerzas germanas, Diógenes logró escapar del enemigo y ponerse a salvo en Cartago<sup>254</sup>.

El mayor número de bajas a maros de los campesinos se produjo entre los asistentes y esclavos que acompañaban al ejército imperial. Estos solían merodear por las aldeas y campos próximos a Cartago en busca de botín. Por lo general, los agricultores, que no estaban dispuestos a sufrir el expolio de sus escasos bienes, repelían la agresión con violencia. A veces, lograban matar a varios miembros de una partida de saqueadores y presentaban sus cabezas a los vándalos, para cobrar la recompensa<sup>255</sup>.

La actitud adversa del campesinado de la Pronconsularis hacia las tropas imperiales puede explicarse por varias razones. En primer lugar, la victoria de los romanos supondría el retorno de los antiguos propietarios, apoyados por el aparato coercitivo del estado bizantino. Precisamente, el 1 enero de 535, Justiniano fijaría un plazo de cinco años, para que los aristócratas afrorromanos expropiados durante el período del dominio vándalo pudiesen presentar sus reclamaciones, a fin de obtener la devolución de su patrimonio fundario. Años más tarde, en 552, se dispondría que colonos que, bajo el reinado de los Asdingos, hubiesen abandonado la tierra a la que estaban vinculados, para refugiarse en el dominio de otro señor, fuesen devueltos a su solar de origen<sup>256</sup>.

En segundo lugar, no hay que olvidar que la mayor parte de los bárbaros se había asentado en la Proconsularis y que, a lo largo de casi un siglo, los agricultores africanos se

habían visto obligados a establecer fuertes lazos de dependencia respecto a estos nuevos propietarios del suelo. Por último, es preciso señalar que el campesinado de la Proconsularis fue el sector de la sociedad africana más damnificado por la invasión bizantina. A pesar de que Belisario logró evitar el saqueo de sistemático de las ciudades y los campos por parte del ejército, no pudo impedir que los sirvientes de los soldados se dedicasen al pillaje en los alrededores de Cartago<sup>257</sup>.

Junto al campesinado, Gelimer también procuró atraer a su bando a algunas tribus mauras; aunque la mayoría de los príncipes de los pueblos beréberes asentados en la Byzacena, la Numidia y la Mauritania enviaron sus embajadores a Cartago, para sellar alianzas con los bizantinos. Dichos monarcas no dudaron en declararse vasallos del emperador y se comprometieron a combatir al lado de sus tropas. En garantía de que cumplirían con los pactos acordados, entregaron como rehenes a algunos de sus hijos. A cambio solicitaron que Justiniano les concediese las insignias regias inherentes a su dignidad, a saber, "un bastón de plata recubierto de oro, una especie de gorro de plata, a manera de diadema, que no cubría toda la cabeza, y que era sostenido alrededor por tiras de plata, así como una especie de manto blanco fruncido por un broche de oro en el hombro derecho con la forma de la clámide tesalia, una túnica blanca con bordados y una bota dorada". Aunque, desde la instalación de los vándalos en el norte de Africa, los príncipes beréberes habían recibido estos símbolos de manos de los reyes germanos de Cartago, la posición inestable en que a la sazón se hallaba la monarquía vándala, les indujo a recuperar la vieja costumbre de obtenerlos del emperador. Esta tradición, que sin duda se remonta a tiempos anteriores a la conquista vándala, poseía una elevada significación política para los monarcas mauros, al legitimar el poder que ostentaban ante sus súbditos. De hecho, según nos

cuenta Procopio, "era norma entre los mauros que nadie llegase a ser gobernante sobre ellos, ni aún si era hostil a los romanos, hasta que el emperador no le hubiese entregado las insignias de su cargo"<sup>258</sup>.

Deseando reunir el mayor número posible de soldados, el Gelimer reclamó la presencia en Africa de su hermano Tzazo, quien, tras haber derrotado y dado muerte a Godas y sus partidarios, permanecía en Caralis con sus hombres. El informe sobre la victoria sarda, expedido por Tzazo antes de conocer el desastre de Ad Decimum, cayó en manos de Belisario, ya que el mensajero que lo portaba desembarcó en Cartago, ignorante del destino de la ciudad. El monarca vándalo, que todavía conservaba algunos puertos importantes, como el de Hippo Regius, despachó un correo, que partió rumbo a Sardinia a bordo de un barco dedicado al comercio, lo que indica que los mercaderes de las ciudades dominadas por los vándalos se vieron obligados a colaborar con sus señores. En su carta, el rey comunicaba a su hermano la reciente derrota de Ad Decimum y le pedía que se reuniese con él cuanto antes. Tzazo, apenas recibió las ordenes, dispuso todo para la travesía y, dejando una pequeña guarnición en la isla, navegó hacia Africa acompañado por las fuerzas de que disponía<sup>259</sup>.

La llegada de aquellos refuerzos, que venían a sumarse al ejército de real y a los aliados mauros, permitió a Gelimer tomar la iniciativa. Marchó sobre Cartago, cortó el acueducto que abastecía de agua a la población y bloqueó las rutas de acceso a la ciudad. En su interior aún conservaba algunos adictos y, a través de negociaciones secretas con los hunos Massagetae, que eran arrianos como los vándalos, se había alcanzado el acuerdo de que estos volvieran sus armas contra los romanos en el momento decisivo del combate. Pero Belisario, enterado de los planes de

Gelimer por algunos desertores, se dedicó a halagar a los hunos con regalos y banquetes, y les prometió que si se mantenían fieles los enviaría de regreso a sus hogares, en cuanto concluyese la guerra<sup>260</sup>.

Con la población de Cartago empleó otros medios disuasorios. Superada la euforia del primer momento, debían ser muchos los afrorromanos que se preguntaban cuál sería su posición si la ciudad volvía a caer en manos de los vándalos. Los inconvenientes del cerco aumentaron el malestar de la opinión pública. Pronto, Belisario se vio forzado a abortar una conjura, tramada por un cartaginés llamado Lauro. Delatado por su propio secretario, el conspirador fue condenado a muerte. La sentencia se cumplió en el acto. El general dispuso que el culpable fuese empalado públicamente sobre una colina ante la ciudad. La severidad de la pena y el carácter público de la ejecución tenían, sin duda, una finalidad ejemplarizante. Se pretendía, de tal modo, desalentar a quienes se hallasen dispuestos a tramar nuevos complots<sup>261</sup>.

Concluidos los trabajos de restauración de las fortificaciones de Cartago, Belisario se dispuso a hacer frente al enemigo en campo abierto, con la seguridad que le daba contar con una base de operaciones bien protegida en la retaguardia. Vándalos y bizantinos volvieron a encontrarse en batalla hacia mediados de diciembre de 533. En esta ocasión combatieron en Tricamarum a unos 30 kilómetros de Cartago. Los imperiales abatieron a 800 vándalos, pero en sus filas apenas contabilizaron 50 bajas. Gelimer y sus hombres se dieron a la fuga, abandonando al vencedor mujeres, hijos y riquezas. El monarca fue acogido por los mauros que habitaban en el monte Pappua, en el corazón de la Numidia. Por su parte, Belisario encargó a Faras, comandante de los hérulos, que cercase la zona<sup>262</sup>.

Inmediatamente después de la batalla de Tricamarum, el general de Justiniano marchó sobre la Numidia. De camino, ocupó Hippo Regius, donde capturó el tesoro real y a numerosos notables partidarios de Gelimer, que se habían refugiado en las iglesias de la ciudad. Entre ellos se hallaba Bonifacio, un afrorromano natural de la Byzacena, antiguo secretario de Gelimer y miembro de su casa. Al asumir el poder regio, su señor le había puesto a cargo de la administración del tesoro real, que en los últimos tiempos se había incrementado sustancialmente con el producto de la confiscación de los bienes de los fieles de Hilderico. Cuando comenzó la guerra, Gelimer hizo cargar el tesoro en un barco anclado en el puerto de Hippo Regius, dispuesto a partir rumbo a Hispania, donde, en el peor de los casos, confiaba poder encontrar refugio junto al rey visigodo Teudis. Los acontecimientos se precipitaron y Bonifacio no pudo evitar que la nave cayese en manos de los bizantinos, ya que los marineros que debían guiarla hasta la Península Ibérica se negaron a abandonar el puerto, a causa de la tempestad que agitaba las aguas del mar en el momento en que las tropas de la Roma oriental entraban en la ciudad. Belisario actuó con moderación y rapidez:

"Enviando a algunos de sus hombres, se apoderó del tesoro de Gelimer y dejó en libertad a Bonifacio en posesión de sus propias riquezas y también de una enorme suma que había tomado del tesoro de Gelimer"<sup>263</sup>.

Es digna de observarse la presencia de elementos latinos en ambos bandos contendientes. Este hecho rompe con la versión oficial bizantina, que oponía como antagonistas irreconciliables a vándalos y afrorromanos. La explicación ha de buscarse en la propia naturaleza del conflicto, que trascendió



los límites de la mera lucha por el control político de un territorio, para convertirse en exponente de todas las contradicciones que habían provocado la última crisis del reino vándalo, escindiendo a su población en dos bandos enfrentados. Los partidarios de Gelimer se opusieron a los bizantinos, en tanto que sus enemigos colaboraron con ellos.

La nobleza de la corte de Hilderico, tanto vándala como romana, se encontraba al lado de los invasores. Perseguida por Gelimer, había visto como las cabezas de sus más destacados miembros eran cercenadas por la espada del verdugo, mientras sus posesiones confiscadas pasaban a incrementar el tesoro real administrado por Bonifacio. Los más afortunados habían logrado huir a Constantinopla. Precisamente el líder de los exilados, Apolinar, se había unido a la expedición y destacó por su valor en la batalla de Tricamarum<sup>264</sup>. Junto a los cortesanos caídos en desgracia se alineaban los principales beneficiarios de la política de Hilderico: los grandes propietarios afrorromanos y el episcopado Católico. Ambos grupos conservaban todo su prestigio en el medio urbano, donde actuaban como auténticos catalizadores de la opinión pública, especialmente el clero. Este hecho nos permite entender el buen recibimiento que se brindó a las tropas de Belisario tras los muros de las ciudades. Concluida la guerra, Justiniano devolvería a la Iglesia Católica sus antiguos dominios y a los grandes latifundistas romanos la posibilidad de hacer valer sus derechos sobre las propiedades confiscadas<sup>265</sup>.

Gelimer, en cambio, mantuvo hasta el final el apoyo de la mayor parte del exercitus, tanto de los mandos integrados por la nobleza vándala, como de la tropa. Es cierto que un restringido círculo militar, próximo a la casa de Hilderico, se adhirió al depuesto monarca; pero nunca pudo ponerse al servicio

de los bizantinos, ya que cuando éstos desembarcaron hacia tiempo que se hallaba neutralizado y descabezado; y si aún quedaba algún miembro con vida, Ammatas debió encargarse de eliminarle<sup>266</sup>. Aunque, como ya hemos comentado, buena parte de la nobleza romana se alineó al lado de los bizantinos, hubo afrorromanos, dependientes de la casa de Gelimer, que permanecieron fieles a su señor<sup>267</sup>. El campesinado de la Proconsularis también se definió en pro de la causa de Gelimer, por las razones que hemos enunciado más arriba<sup>268</sup>.

Vencido y capturado el ejército enemigo, Belisario dispuso que varias expediciones partiesen de inmediato, a pesar de que el invierno estaba comenzando, para tomar posesión de los dominios vándalos más alejados. La ocupación de Corsica y Sardinia se encomendó al dux foederatorum Cirilo. Como se recordará, Justiniano ya le había enviado en auxilio de Godas. Ahora bien, según nos narra Procopio de Caesarea, Cirilo tuvo noticia del fin del usurpador en ruta hacia Sardinia. Juzgando más prudente reunirse con la armada imperial en Africa que enfrentarse a los 5 millenarii de Tzazo en Caralis, puso rumbo a Cartago. Cuando desembarcó, la ciudad ya estaba en poder de Belisario. Después de la victoria de Tricamarum, el general le entregó la cabeza de Tzazo, muerto en batalla, para que la mostrase a la guarnición de Caralis. Así lo hizo, convenciendo a los soldados vándalos de la derrota total de Gelimer y obteniendo su rápida sumisión<sup>269</sup>.

El tribuno Juan, al mando de una compañía de infantería, se apoderó de Caesarea de Mauritania. Otro Juan, hypaspistes de la guardia personal de Belisario, se encargó de la toma de Septem, la plaza más occidental del reino vándalo. A Apolinar le correspondió la misión de hacerse con el control de las islas Baleares. Además, Belisario envió refuerzos a la

Tripolitania, donde Pudencio y Tattimuth estaban siendo presionados por las tribus mauras de la región<sup>270</sup>.

En marzo de 534, después de tres meses de asedio, Gelimer, cansado de padecer privaciones, decidió entregarse a Belisario. El general bizantino envió a Cipriano, dux foederatorum, para escoltar al prisionero hasta su residencia de Aclas, uno de los suburbios de Cartago<sup>271</sup>.

La monarquía vándala se extinguía definitivamente. Jamás se restablecería un reino germánico en Africa. A partir de este momento, el Imperio romano de Oriente dominaría las aguas del Mediterráneo central y occidental, aunque para asegurar la continuidad de su poder sobre la región le fuese necesario extenderlo a las costas de Italia e Hispania.



## NOTAS.

1. PROC., De bellis, IV, 6, 5-9. En las ciudades africanas bajo dominio vándalo, la vida cotidiana tendió a desarrollarse del mismo modo que en la mayoría de los centros urbanos del mundo mediterráneo durante los siglos V y VI. Señalamos, a continuación, cinco aspectos, para los que, además del citado testimonio de Procopio contamos con noticias suplementarias, procedentes de su propia obra o de otras fuentes:

1. **Los baños.** En época vándala se continuaron edificando instalaciones termale públicas y privadas en ciudades y quintas de recreo. Los propios soberanos o personajes de su entorno familiar patrocinaron las obras. Sabemos que Hunerico frecuentaba con regularidad los baños (VICT. VIT., Hist. persec., III, 16). Trasamundo construyó unas magníficas termas en Alianae, villa próxima a Cartago, que sería residencia estival del soberano. Felix (Poet. Lat. Min., IV, pp. 389-393) y Florentino (Ibid., pp. 427-428) dedican elogiosas composiciones métricas a este complejo. Años más tarde, Gibamundo, sobrino del rey Gelimer (PROC., De bellis, III, 18, 1), financiaría los costes de las termas de Tunnunna (Túnez), cf. CIL, VIII, 25.362).

2. **Los banquetes.** Según PROC., De bellis, III, 21, 1-6, los reyes vándalos poseían un comedor de gala, el Delphix, en el palacio real de Cartago, sobre la colina de Byrsa, donde cenaban rodeados por los nobles de la corte y servidos por esclavos de la domus regia.

3. **Los espectáculos.** Las carreras de cuadrigas, el mimo, la pantomima, las venationes o cacerías y las ejecuciones de condenados a las fieras constituyeron los principales entretenimientos de la nobleza vándala, que asumió plenamente los gustos romanos en el campo de las diversiones. Luxorio dedica un buen número de epigramas a aurigas célebres en Cartago y a las instalaciones del hipódromo. A través de su obra conocemos los nombres de los cocheros Egipcio, Ciriaco, Pascasio, Jectofian y Vico (Poet. Lat. Min., pp. 390; 396; 399; 401-402; 404-405; 408). Por el mismo poeta, sabemos que, al igual que en Bizancio, los aficionados al circo se agrupaban en torno a los colores de dos cuadras, la de los verdes y la de los azules (Ibid., IV, pp. 404-405). Las venationes tenían como escenario el anfiteatro. Algunos cazadores, como Olimpio, llegaron a disfrutar de una popularidad sólo comparable a la de los aurigas (Ibid., IV, pp. 408; 412;

415-416; 527). Los reyes vándalos también adoptaron la costumbre de arrojar a la arena a ciertos criminales, para que muriesen combatiendo contra las fieras (VICT. VIT., Hist. persec., II, 16; III, 27). Pese a que Genserico había hecho arrasar el teatro y el odeón de Cartago en 439, el mimo y la pantomima continuaron amenizando fiestas privadas y regocijos públicos. El archimimo Masculas floreció en tiempos de Hunerico (Ibid., I, 47), y la pantomima enana Macedonia y la bailarina y cantante Gatula disfrutaron del aplauso de sus admiradores, durante el reinado de Hilderico (Poet. lat. Min., IV, pp. 398; 419-420).

4. Villas y jardines. La nobleza vándala poseyó hermosas residencias suburbanas en los alrededores de Cartago. Los edificios estaban rodeados por espléndidos parques, dotados de cascadas artificiales, fuentes y árboles frutales, como ocurría en el dominio real de Grassa, que PROC., De bellis, III, 17, 8-10, describe con detalle y admiración. Luxorio, por su parte, nos ha dejado constancia de los ingeniosos juegos de acuáticos y las plantaciones de hierbas medicinales existentes en los horti de Hoageis, sobrino de Hilderico, así como de la torre decorada con frescos sobre la caza del jabalí, que se alzaba en medio del bosquecillo o viridarium de Fridamal (Poet. lat. Min., IV, pp. 394-395; 406; 422).

5. Moral. A despecho de las medidas adoptadas por Genserico, a fin de eliminar la prostitución y el adulterio de las ciudades africanas, los burdeles volvieron a abrir sus puertas y bajo el reinado de Hilderico lenones y puellae ejercían su comercio sin ningún tipo de cortapisas (Poet. Lat. Min., IV, pp. 403; 405; 417-418). El adulterio era motivo de composiciones epigramáticas (Ibid., IV, pp. 391; 422) y en la corte se conocían y admitían las tendencias homosexuales de personajes célebres, como el aristócrata Beca o el auriga Vico (Ibid., IV, pp. 390-391; 402; 408), así como también las de algunas mujeres (Ibid., IV, p. 401). En cuanto al concubinato, que nunca estuvo perseguido ni condenado, parece que fue un tipo de unión bastante corriente (Ibid., IV, pp. 410-411). La pasión inmoderada por los juegos de azar y el alcoholismo constituían auténticas lacras en la sociedad urbana (Ibid., IV, pp. 391; 398; 403; 407; 420). Incluso la disciplina eclesiástica experimentó una grave relajación. La imagen del diácono entregado a la gula en una taberna, llegaría a ser objeto de burla (Ibid., IV, p. 394).

2. COURTOIS, Ch., Les vandales et l'Afrique, París, 1.955, pp. 252-254.

3. Durante el reinado de Guntamundo, tanto bárbaros como romanos frecuentaban la escuela que el gramático Feliciano mantenía abierta en Cartago; cf. DRACONT., Rom., I, 13-14. Incluso los

miembros del linaje real de los Asdingos se sintieron atraídos por la literatura clásica. VICT. VIT., Hist. persec., II, 13, señala expresamente que el hijo mayor del príncipe Teodorico, hijo de Genserico, había sido educado en las letras latinas (magnis litteris institutis). El rey Trasamundo, que se preciaba de poseer una sólida formación teológica, llamó del destierro a Fulgencio de Ruspae, para mantener con él un debate sobre la doctrina trinitaria (Vit. Fulg., XXI-XXIII; FULG., Ad Thrasamundum, I, 2). Numerosos optimates germanos, que ocupaban altos cargos en la corte, demostraron vivo interés por la literatura latina. PIRENNE, H., Mahoma y Carlomagno, Madrid, 1.978, p. 100, recuerda el caso del comes vándalo Sigesteo, protector del poeta y presbítero Partenio, y, a su vez, poeta él mismo (SIG., Ep. ad Parth., PL, Suppl., III.2, cols. 447-448; PARTH., Rescript., id., col. 448). Otros ejemplos y un lúcido análisis sobre el abandono de la lengua óstica por parte de los vándalos puede hallarse en COURTOIS, Ch., op. cit., pp. 221-222.

4. Entre los restos de sus obras destaca un fragmento del panegírico que dedico al rey Hunerico, en el que alaba los importantes trabajos de restauración y remodelación que este monarca había realizado en el Mandracium, puerto comercial de Cartago; cf. Poet. Lat. Min., IV, p. 433.

5. COURCELLE, P., Historire littéraire des grandes invasions germaniques, París, 1.964, p. 195. Draconcio había sido discípulo del gramático Feliciano (DRACONT., Rom., I: praefatio Dracontii discipuli ad grammaticum Felicianum). Seguramente, procedía de una familia acomodada de ese grupo de notables afrorromanos que pudo conservar sus propiedades, o, al menos, parte de ellas, tras el asentamiento de los vándalos en la Proconsularis. Concluida su formación literaria ocupó un cargo de asesor jurídico (advocatus) en el tribunal del procónsul Pacideio en cartago; por lo que tuvo derecho al tratamiento de vir clarissimus (Ibid., V, suscriptio; VII, 123; De laud. Dei, III, 654). Hacia 485, compuso un panegírico en honor de un monarca extranjero, sin duda, el emperador Zenón, a quien se atrevió a reconocer como su legítimo soberano. Esta obra, de la que no conservamos ni siquiera una línea, haría recaer sobre su autor las iras del monarca Asdingo. Acusado de alta traición, Draconcio fue detenido, interrogado por medio de la tortura y arrojado en prisión con toda su familia. Allí pasaría varios años, padeciendo hambre y frío (ID., Satisf., 299-303; suscriptio). Poco después, obtuvo la libertad y la restitución de sus bienes, que habían sido confiscados, gracias a la intercesión de Victoriano y Rufiniano, hijos del noble Víctor, a quienes dedicó un bello epitalamio, con motivo de sus bodas (ID., Rom., 40; 101-104).

6. El panegírico de Florentino fue compuesto para conmemorar uno de los aniversarios de la ascensión al trono del rey Trasamundo (Poet. Lat. Min., IV, pp. 436-427). Su texto se ha conservado en el Codex Salmasianus, junto con las obras de otros poetas afrolatinos de época vándala.

7. Entre ellas destacan las célebres Thermae Alinarum, próximas a cartago, así como una basílica dedicada a la Virgen María en el interior del palacio real; cf. Poet. Lat. Min., IV, pp. 334-337; 427-428; 431).

8. La más importante de las obras públicas, llevada a cabo bajo el dominio vándalo, consistió en la remodelación de Mandracium, el puerto comercial de Cartago. Al parecer, se trataba de un proyecto patrocinado por el rey Hunerico, en cuyo reinado se completaron los trabajos de construcción (Poet. Lat. Min., IV, p. 433).

9. COURTOIS, Ch., op. cit., p. 243, nn. 5; 6.

10. MCCORMICK, M., Eternal Victory. Triumphal Rulership in Late Antiquity, Byzantium and the Early Medieval West, Cambridge, 1.986, pp. 261-266.

11. VICT. VIT., Hist. persec., III, 3; 12.

12. Poet. Lat. Min., IV, pp. 426-427.

13. COURTOIS, Ch., op. cit., pp. 248-250, aborda en detalle el estudio de los medios a través de los cuales se abrió paso la noción de estado entre los vándalos.

14. PROSP., Chron., 1.339; 1.347; VICT. VIT., Hist. persec., I, 13.

15. VOGT, H. J., La decadencia de Roma. Metamorfosis de la cultura antigua. 200-500, Madrid, 1.968, pp. 277-278.

16. COURTOIS, Ch., op. cit., pp. 246-248; 250-256.

17. El poeta Florentino, en el panegírico que compuso en honor de Trasamundo, designa al soberano como regnans Lybiae (Poet. Lat. Min., IV, pp. 426-427); prueba de que, a comienzos del siglo VI, la monarquía vándala ya se identificaba plenamente con el ámbito geopolítico sobre el que ejercía su autoridad.

18. Tras las victoriosas campañas emprendidas por el rey visigodo Valia contra los vándalos silingos de la Baetica en 416 y contra los alanos de la Lusitania y la Carthaginiensis en 418, los



restos de ambos pueblos se refugiaron en la gallaecia, junto a los asdingos, sometiénndose a su rey (HYDAT., Chron., 62; 67-68). Aunque la mayor parte de los historiadores consideran que el cabeza del linaje real de los Asdingos debió adoptar el título de rex Wandalorum et Alanorum en este período, COURTOIS, Ch, op. cit., p. 237, n. 7, nos recuerda que no se encuentra atestiguado hasta el reinado de Hunerico, quien ya lo ostentaba en los edictos que promulgó el 20 de mayo de 483 y el 25 de febrero de 484 (VICT. VIT., Hist. persec., II, 39; III, 3). En cualquier caso, se trata del mismo título que emplearía el último monarca vándalo en su correspondencia oficial con el emperador Justiniano; cf. PROC., De bellis, III, 24, 3: Bandilon kai Alanon basileus.

19. CIL, VIII, 9.835: pro sal(ute) et incol(umitate) req(is) Masunae gent(ium)/ Maur(or)um et Romanor(um). castrum (a)edific(atum) a Mas/qivini, pr(a)ef(ecto) de Safar, Iider, proc(uratore) cast/ra Severian(a). quem Masuna Altava posuit/ et Maxim(us) proc(urator) Alt(avae) perfec(it), anno pp(rovinciarum) CCCCLXVIII. (año 469 de la era provincial, que se corresponde al 508 d. C.)

20. AE, 1.945, 97: D(is) (Manibus) S(acrum). ego Masties dux,/ ann(is) LXVII et imp(er)ator annis XL, qui nun/quam periuravi neque fide(ns)/ freqi neque de Romanos neque/ de Mauros, et in bellu parvi et in/ pace, et adversus facta mea/ sic mecu(m) Deus agit bene./ ego Vartia hunc edificium cum fratrib(us) me/is feci. in quod erogavit (denarios) centu(m). Según CARCOPINO, J., "Un "empereur" maure inconnu, d'après une inscription latine récemment découverte dans l'Aurès", Revue des Études Anciennes, 46, 1.944, pp. 94-120, Masties fue nombrado dux en 449, proclamado emperador hacia 476 y falleció en torno a 516. COURTOIS, Ch., op. cit., pp. 337-338, no concuerda con esta opinión. Basándose en el hecho de que, tras la muerte de Valentiniano III, el gobierno imperial de la pars Occidentis dejó de ejercer su autoridad sobre los territorios africanos que le habían sido reintegrados mediante el pacto de 442, sostiene que Masties fue nombrado dux por el comes Bonifacio hacia 428-429 y proclamado emperador en 455-456. Por tanto, su largo reinado habría acabado en 496. Esta misma tesis es la que sigue PRINGLE, D., The Defence of Byzantine Africa from Justinian to the Arab Conquest, Oxford, 1.981, p. 14.

21. Conocemos por nombre a varios altos dignatarios latinos de la corte vándala. Tal es el caso de los consejeros hispanorromanos de Genserico, Arcadio, Pascasio, Probo y Eutiquiano, que sirvieron al monarca en Hippo Regius (PROSP., Chron., 1.329); o el del comes Sebastián, que desempeñó idénticas funciones para el mismo soberano, algunos años después, cuando

la corte se hallaba definitivamente instalada en Cartago (HYDAT., Chron., 144; VICT. VIT., Hist. persec., I, 19-21). Eutico, minister regis, Victoriano, primiscriarius, y Pedro, referendarius y poeta aúlico, ejercieron sus cargos en tiempos de Trasamundo e Hilderico; cf. COURTOIS, Ch., op. cit., p. 253, n. 5; PLRE, II, pp. 869; 1.161. Bonifacio, grammateus de la casa de Gelimer, llegó a ocupar el puesto de administrador del tesoro real, bajo el reinado de este príncipe (PROC., De bellis, IV, 4, 33-34; VICT. TONN., Chron., a. 533). También hubo romanos gestionando los grandes dominios entregados por Genserico a sus tres hijos. Saturo fue procurator de la domus del príncipe Hunerico y Felix de la de su hermano Teodorico ( VICT. VIT., Hist. persec., I, 45; 48).

22. Cuando los bizantinos ocuparon la ciudad de Sullectum (Salakta), en septiembre de 533, el obispo católico y el grupo de notables locales constituían la única autoridad competente que pudieron hallar (PROC., De bellis, III, 16, 11). No se trata de un caso aislado. Hacía ya tiempo que los obispos occidentales habían asumido las funciones del antiguo curator y junto a los grandes propietarios del entorno administraban las ciudades.

23. La existencia de iudices provinciarum en el reino vándalo viene avalada por el testimonio de VICT. VIT., Hist. persec., III, 13. De los procónsules de Cartago, entre 439 y 533, sólo han llegado a nosotros tres nombres: Acacio, que ejerció el cargo en un momento aún por determinar (CIL, XV, 7.121; PLRE, II, p. 5); Victoriano de Hadrumentum, que lo ocupaba en 484 (VICT. VIT., Hist. persec., III, 27); y Pacideio, que parece haberlo ostentado en los primeros tiempos del reinado de Guntamundo (DRACONT., Rom., V, suscriptio).

24. VOGT, J., op. cit., pp. 278-280; MAIER, F. G., Las transformaciones del mundo mediterráneo. Siglos III-VIII, Madrid, 1.972, pp. 201-202.

25. Poet. Lat. Min., IV, pp. 331; 337.

26. PROC., De bellis, III, 24, 3.

27. JORD., Get., 169.

28. PROSP., Chron., 1.348.

29. VICT. VIT., Hist. persec., II, 39.

30. En el desfile del triunfo otorgado por Justiniano a su general Belisario, vencedor de los vándalos, figuraba el rey "Gelimer, vistiendo sobre sus hombros una especie de manto

púrpura". La procesión terminó en el hipódromo, donde tuvo lugar una ceremonia que evidencia cuál era el concepto que tenían los soberanos orientales sobre el poder de los reyes vándalos. Gelimer fue despojado de la púrpura y obligado "a postrarse a los pies del emperador en actitud de reverencia" (PROC., De bellis, IV, 9, 10-11). El manto de púrpura era el símbolo más destacado de la autoridad que los emperadores romanos recibían por voluntad de Dios, y que los monarcas vándalos habían osado usurpar. El solemne acto de arrebatarse la púrpura a Gelimer y forzarle a prosternarse ante el basileus tampoco ofrece gran problemática en su interpretación. Se trata de la mismo ritual por el que habían de pasar en el siglo IV los jefes de un ejército derrotado; solo que ahora se transfería del campo de batalla al ámbito urbano del hipódromo. Este gesto, intencionadamente calculado, no pretendía "borrar las diferencias entre los súbditos del emperador y sus enemigos", sino señalar que el Imperio no reconocía legitimidad alguna a la soberanía independiente que habían ejercido los reyes vándalos. Gelimer fue tratado como un "usurpador derrotado, un rebelde contra el orden romano" (McCORMICK, M., op. cit., pp. 128-129). La actitud del episcopado africano, campeón de la causa aristocrática romana, demuestra que la posición de la élite latina frente a la monarquía vándala no difirió de la del gobierno de Constantinopla; cf. COURTOIS, Ch., op. cit., p. 286; PRINGLE, D., op. cit., pp. 12-13.

31. COURTOIS, Ch., op. cit., pp. 234-236.

32. Sobre las relaciones de la Iglesia Católica con la monarquía vándala y los brotes de persecución que se produjeron bajo los reinados de Genserico, Hunerico y Trasamundo, cf. COURTOIS, Ch., op. cit., pp. 289-310.

33. MAIER, F. G., op. cit., p. 202.

34. COURTOIS, op. cit., pp. 299-301; 265-269; STEIN, E., Histoire du Bas-Empire, II, De la disparition de l'Empire d'Occident à la mort de Justinien (476-565), París, 1.959, p. 253.

35. VICT. VIT., Hist. persec., III, 19; PROC., De bellis, III, 9, 1; VICT. TONN., Chron., a. 523, 2; ISID., Hist. Wand., 82; PAUL. DIAC., Hist. Rom., XVI, 7; THEOPH., Chronogr., A.M. 5.964. La propaganda oficial del reinado de Hilderico destaca, a través de la obra de poetas áulicos, los lazos de parentesco que unían al nuevo soberano con la dinastía valentiniano-teodosiana; cf. Poet. Lat. Min., IV, p. 337.

36. MALCH., Frq., 16; PROC., De bellis, I, 8, 1; JOH. MAL., Chronogr., pp. 386; 374; 398; 407; THEOPH., Chronogr., A.M. 5.997. Areobindo había ocupado el cargo de comes sacri stabuli y combatido a los persas en las campañas de 503 y 504, en calidad de magister utriusque militiae per Orientem. Además, había obtenido dos consulados. El primero honorífico, en fecha desconocida; y el segundo ordinario, en 506. Cf. CIL, XI, 8.137; XIII, 5.245; MARCELL. COM., Chron., a. 503; PROC., De bellis, I, 8, 1; JOH. MAL., Chronogr., pp. 398; THEOPH., Chronogr., A.M. 5.997-5.998.

37. El patriarca de Antioquía Pedro Fullón (484-488) había añadido al texto del Trishagion las palabras "que fue crucificado por nosotros". Se trataba de una fórmula monofisita o teopasquista, que remarcaba el carácter pasible de la divinidad. Pese a que en el momento de su coronación, Anastasio se había comprometido solemnemente ante el patriarca de Constantinopla a no introducir innovaciones dogmáticas, esto no le impidió ordenar que en la capital se adoptase la versión antioquena del Trishagion. Cuando el domingo 4 de noviembre fue entonado en Santa Sofía el Trishagion teopasquista, es decir, "Dios Santo, Santa y única Potencia, Santa y única divinidad inmortal, crucificado por nosotros, ten piedad de nosotros", estalló una revuelta popular. Las estatuas del emperador fueron derribadas y los sediciosos se hicieron fuertes en el Forum Constantini. Durante cuatro días siguieron produciéndose disturbios. En este período, las casas de Marino, praefecto praetorio Orientis, y de Pompeyo, sobrino del emperador, fueron incendiadas, mientras la muchedumbre airada no cesaba de pedir a gritos que Aerobindo fuese proclamado Augusto. El marido de Anicia Juliana, previendo un desastroso final para la revuelta, abandonó la capital apenas comenzaron las luchas callejeras. Por fin, el 8 de noviembre, Anastasio se presentó ante el pueblo en la tribuna del hipódromo, despojado de las insignias de la autoridad imperial, en señal de que estaba dispuesto a abdicar. Este acto impresionó a los rebeldes, que se dejaron aplacar por las promesas del soberano. Los posteriores arrestos masivos de personas involucradas en la revuelta pusieron fin a cualquier expectativa de reanudarla. Cf. MARCELL. COM., Chron., a. 512; VICT. TONN., Chron., a. 513; JOH. MAL., Chronogr., p. 407; EVAGR., Hist. Eccl., III, 44; THEOPH., Chronogr., A.M. 6.005.

38. Olibrio había ejercido el consulado en 491, siendo apenas un niño (CIL, XII, 2.073, 2.384; Anon. Val., 11, 54; JOH. MAL., Chronogr., p. 392). Algún tiempo después, con toda seguridad antes de 533, obtuvo el título honorífico de patricius (JOH. MAL., Chronogr., p. 478). De su matrimonio con Irene, hija de Magna y Paulo, hermano del emperador Anastasio, nacieron, al menos, dos hijas, una de ellas llamada Proba (NICEPH., Brev., p. 104; Anth.

Pal., I, 10, 39). Al parecer, formó parte del grupo de senadores que, durante la revuelta de Nika en 532, proclamó emperador a Hipacio, uno de los sobrinos de Anastasio. Tras el fracaso de la sedición, Hipacio y su hermano Pompeyo fueron arrestados y ejecutados. Sus hijos, sus primos y cuantos senadores les habían apoyado se vieron privados de sus bienes y forzados a partir hacia el exilio. Olibrio, casado con una prima de los interfectos, no tuvo más remedio que aceptar su suerte y marchar al lugar de confinamiento que se le había designado, junto con su cuñado Probo. En 533, Justiniano los llamó a todos de vuelta a la corte, restituyéndoles sus títulos y propiedades confiscadas que aún se hallaban en posesión de la res privata (PROC., De bellis, I, 24, 57-58; JOH. MAL., Chronogr., p. 478). Un año después, Olibrio y su familia presenciaron la entrada triunfal de Belisario en Constantinopla, a su regreso de la campaña de Africa. En aquella ocasión, Justiniano y su esposa Teodora obsequiaron con numerosas riquezas a los descendientes de Valentiniano III, entre los que se encontraban Olibrio y sus hijas y la prole de Hilderico; cf. PROC., De bellis, IV, 9, 13.

39. THEOPH., Chronogr., A.M. 6.005. Durante el año 519, Anicia Juliana mantuvo correspondencia con el papa Hormisdas (514-523). De los fragmentos epistolares que han llegado hasta nosotros, se desprende que la patricia colaboró activamente con los legados pontificios enviados a Constantinopla, y que puso en juego toda su influencia en la corte, para terminar con el cisma; cf. Coll. Avell., 164; 179; 198.

40. Poet. Lat. Min., IV, pp. 237-240; 260-267; 331; 386-425; 440-441.

41. Ibid., IV, pp. 186-187; 342. Contemporáneo de Luxorio y Coronato debió ser el joven poeta Octaviano, que a los dieciséis años ya componía epigramas y ostentaba el título de vir inlustris. Su padre, Crescentino, empleaba el de vir magnificus; lo que nos induce a creer que ambos personajes pertenecían a una familia de la aristocracia afrolatina (Ibid., IV, 244-257). De la obra de otro de los poetas de esta época, Ponnano, tan sólo se conservan unos versos dedicados a una pintura sobre el tema de Cleopatra mordida por el áspid (Ibid., IV, p. 360).

42. Según Luxorio, Fausto era un auténtico "maestro del arte de la gramática" (grammaticae magister artis). A instancias suyas, el poeta compiló el liber Epigrammaton, y, una vez concluida la tarea, lo sometió a su aprobación; cf. Poet. Lat. Min., IV, pp. 386-425.

43. En el Codex Salmasianus se conservan algunos versos atribuidos al gramático Calbulo; cf. Poet. Lat. Min., IV, pp. 428-430. Como la mayor parte de los autores, cuyas obras se recogen en esta colección, debió ser un africano que vivió en el reino vándalo, bajo los reinados de Trasamundo e Hilderico.

44. Fabio Claudio Gordiano Planciades Fulgencio culminó su carrera literaria en tiempos del rey Hilderico. Miembro de una relevante familia de la aristocracia afrolatina, ostentó el título de vir clarissimus. Es probable que fuese pariente próximo de Fulgencio de Ruspae, ya que entre sus nombres no sólo figura el de éste último, sino también los de Claudio y Gordiano, padre y abuelo, respectivamente, del célebre obispo católico. Incluso, no se descarta la posibilidad de que ambos sean una misma persona. Compuso, al menos, cinco obras. Una de ellas, el Liber Physiologicus, se ha perdido; pero aún conservamos otras cuatro: Mythologiarum Libri III, Virgiliana Continentia, De aetatibus mundi y Expositio sermonum antiquorum; cf. PLRE, II, p. 488.

45. Cf. supra, n. 5.

46. PROC., De bellis, IV, 5, 7-8.

47. Poet. Lat. Min., IV, pp. 410-411. En la corte de Hilderico también hubo poderosos eunucos, aunque su influencia debió limitarse al ámbito privado y estrictamente doméstico de la casa real; cf. Ibid., p. 392.

48. Uno de los campos donde mejor puede constatararse el proceso de aculturación de la élite vándala es en el de su indumentaria y modo de arreglarse el cabello. En tiempos de Hunerico, los germanos aún vestían a la usanza tradicional y llevaban largas melenas. Incluso los funcionarios palatinos de origen romano estaban obligados a emplear este atuendo (VICT. VIT., Hist. persec., II, 8-9). Sin embargo, durante el siguiente reinado el propio rey Guntamundo aparecerá retratado en las monedas con el cabello cortado y la barba rasurada al estilo de los emperadores orientales; cf. COURTOIS, Ch., op. cit., pl. VII, 1. Para la época de Hilderico y Gelimer, la aristocracia vándala usaba como ropaje cotidiano prendas de seda, al estilo bizantino, y no se recataba de exhibirse de tal guisa públicamente (PROC., De bellis, IV, 6, 7).

49. PROC., De bellis, V, 2, 6-15; 19, nos muestra como numerosos próceres ostrogodos estaban en desacuerdo con que el joven rey Atalarico (526-534) recibiese una formación romana. Este grupo, que despreciaba el cultivo de las letras latinas por considerar que hacía a los hombres cobardes y los alejaba de las costumbres viriles, era lo suficientemente poderoso en la corte, como para

separar al monarca de su madre Amalasunta e imponerle una educación germánica. La situación era totalmente distinta en el reino vándalo, donde la élite germana no dudó en enviar a sus hijos a las escuelas de los más ilustres grammatici de Cartago, para que adquiriesen una formación intelectual clásica; cf. DRACONT., Rom., I, 13-14.

50. PROC., De bellis, IV, 6, 33.

51. STEIN, E., op. cit., II, p. 253.

52. PROC., De bellis, III, 9, 5; 8.

53. LLORCA, B., Historia de la Iglesia Católica, I, Edad Antigua. La Iglesia en el mundo grecorromano, Madrid, 1.964, pp. 383-392; BAUS, K.- EWIG, E., "Desde Nicea a Calcedonia", Manual de Historia de la Iglesia, II, La Iglesia imperial después de Constantino hasta fines del siglo VII, ed. H. Jedin, Barcelona, 1.979, pp. 45-62; DANIELOU, J.- MARROU, H. I., Nueva Historia de la Iglesia, I, Desde los orígenes a San Gregorio Magno, Madrid, 1.982, pp. 287-291.

54. LLORCA, B., op. cit., I, pp. 392-415; REMONDON, R., La crisis del Imperio romano. De Marco Aurelio a Anastasio, Barcelona, 1.967, pp. 77-80; BAUS, K.- EWIG, E., op. cit., II, pp. 62-85.

55. LLORCA, B., op. cit., I, pp. 415-418; BAUS, K.- EWIG, E., op. cit., II, pp. 85-89.

56. ATH., De synodis, 30; THEODORET., Hist. Eccl., II, 21, 3-7.

57. HEFELE, K. J. von, op. cit., II, Edimburgo, 1.896, pp. 246-276.

58. Sobre el proceso de cristianización de los pueblos germanos y el papel jugado por Ulfilas en el mismo, cf. BAUS, K.-EWIG, E., op. cit., pp. 310-318; DANIELOU, J.- MARROU, I., Nueva Historia de la Iglesia, I, Desde los orígenes a San Gregorio Magno, Madrid, 1.982, pp. 325-327.

59. SALV., De qub. Dei, VII, 46-47.

60. COURTOIS, Ch., op. cit., pp. 35-36

61. OROS., Adv. pag., VII, 41, 8. THOMPSON, E. A., "Christianity and the Northern Barbarians", NMS, 1, 1.957, pp. 3-21. Para acabar de complicar las cosas, poseemos un pasaje de Isidoro en el que se afirma que Genserico pasó del catolicismo a la herejía arriana, antes de llegar a ser rey (ISID., Hist. Wand., 74). Si admitimos, como propone Thompson, que los vándalos se convirtieron al cristianismo después de su llegada a Hispania en 409, el dato que nos proporciona Isidoro podría estar apuntando a una inicial aceptación del credo de Nicea por parte de los invasores, para, más tarde, entre 415 y 421, recibir el arrianismo por influencia de los visigodos, presentes en la Península.

62. CTh, XVI, 1, 2.

63. MITRE, E.- GRANDA, C., Las grandes herejías de la Europa cristiana, Madrid, 1.983, p. 36.

64. AUGUST., Ep., 228, 5; POSSID., Vit. August., XXVIII; LEO. I, Ep., XII, 8; 11; PROSP., Chron., 1.329; 1.339; VICT. TONN., Hist. persec., I, 4-7; 9-10; 14-15.

65. VICT. VIT., Hist. persec., I, 17-18.

66. Ibid., I, 22-23.

67. HYDAT., Chron., a. 432; 444-445; 450; VICT. VIT., Hist. persec., I, 19-21; MARCELL. COM., Chron., a. 435.

68. VICT. VIT., Hist. persec., I, 24-27.

69. Ibid., I, 39.

70. Ibid., I, 41

71. Ibid., I, 51.

72. Ibid., I, 43-46; 48.

73. MALCH., Frg., 13; VICT. VIT., Hist. persec., I, 51; II, 18.

74. VICT. VIT., Hist. persec., II, 4.

75. Ibid., II, 1, 13.

76. Ibid., II, 1.

77. MALCH., Frg., 13; VICT. VIT., Hist. persec., II, 4.



78. VICT. VIT., Hist. persec., II, 3-6.

79. COURTOIS, Ch., Victor de Vita et son oeuvre, Argel, 1.954, pp. 21-22.

80. VICT. VIT., Hist. persec., II, 8.

81. Ibid., II, 9-11.

82. En 395 Arcadio y Honorio expulsaron de las oficinas de la administración a todos los herejes (CTh, XVI, 5, 29). Años después, en 408, Honorio y Teodosio II prohibieron tanto a paganos como a heterodoxos el acceso a cualquier función pública (militia), tanto civil como militar (ZOS., Hist. Nov., V, 46; CTh., XVI, 5, 42). Conservamos noticias sobre nuevas purgas de heréticos para los años 410, 415, 423, 445 y 455, y de paganos para 416 (CTh., XVI, 5, 48; 58; 61; 10, 21; VALENT. III, Nov., XVIII; CJ, I, 5, 8). Finalmente, León I, a través una constitución promulgada en 468, reservó el ejercicio de la carrera jurídica a los cristianos ortodoxos (CJ, I, 4, 15=II, 6, 8)

83. VICT. VIT., Hist. persec., II, 23.

84. Ibid., II, 23-24.

85. CYP., Ep., 4, nos informa sobre la existencia en el norte de Africa de vírgenes cristianas, que compartían su lecho con varones, tanto clérigos como laicos, sin mantener contacto sexual con ellos. Aunque tal tipo de prácticas fueron combatidas por el episcopado desde el siglo III, es probable que algunos de sus rasgos fundamentales hayan sobrevivido de forma aislado, dando pábulo a rumores, que permitieron justificar la acción de Hunerico contra las comunidades monásticas femeninas.

86. VICT. VIT., Hist. persec., II, 24-25.

87. Ibid., II, 26-35.

88. COURTOIS, Ch., Les vandales et l'Afrique, p. 295, n. 7; COURCELLE, P., op. cit., pp. 190-192.

89. VICT. VIT., Hist. persec., II, 36-37; VICT. TONN., Chron., a. 479, 1.

90. VICT. VIT., Hist. persec., II, 38-39. La Not. prov. et civ. Afr. cifra en 466 el número de obispos católicos, qui Carthagine ex praecepto regali venerunt pro reddenda ratione fidei. Sin embargo, sólo nos ofrece el nombre de 447 prelados y el de 16

sedes vacantes.

91. VICT. VIT., Hist. persec., II, 52-55; III, 1-2; 15-16. Se puede encontrar una detallada descripción sobre la conferencia de Cartago en HEFELE, K. J., op. cit., pp. 35-38.

92. VICT. VIT., Hist. persec., III, 3-14.

93. Ibid., III, 17-19.

94. Ibid., III, 20.

95. Not. prov. et civ. Afr., Num., 21; 46; 76. Según esta misma fuente 302 obispos habrían sido relegados en distintos lugares de Africa y 46, de los que nos ofrece el nombre de 28, habrían partido para el exilio en Córcega.

96. VICT. TONN., Chron., a. 479, 1. Eugenio de Cartago padeció tormentos a manos del obispo arriano Antonio (VICT. VIT., Hist. persec., III, 43-44), quien además rebautizó a la fuerza a Habetdeus de Thamalluma (Ibid., III, 45-46). No obstante, aparte del caso de Leto de Nepta, carecemos de testimonios sobre otras ejecuciones.

97. VICT. VIT., Hist. persec., III, 34.

98. VICT. VIT., Pass., 2; 5; 7-16; Hist. persec., III, 41.

99. VICT. VIT., Hist. persec., III, 27; 41.

100. Ibid., III, 29-30; CJ, I, 27, 1, 4; MARCELL. COM., Chron., a. 484, 2-4; PROC., De bellis, III, 8, 3-4; VICT. TONN., Chron., a. 479, 1; GREG. I, Dial., III, 32.

101. VICT. VIT., Hist. persec., III, 26.

102. Ibid., III, 32.

103. Ibid., III, 55-58.

104. LEPELLEY, C., Les cités de l'Afrique romaine au Bas-Empire, II, Notices d'histoire municipale, París, 1.981, pp. 29-31.

105. VICT. VIT., Hist. persec., 59-60.

106. Ibid., III, 57.

107. HEFELE, K. J., op. cit., IV, pp. 38-40.

108. VICT. VIT., Hist. persec., III, 55; 71. VICT. TONN., Chron., a. 479, 2.
109. II Mac., IX, 5-10.
110. Act., XII, 23.
111. LACT., De mort., 33, 1-11; 35, 3; EUSEB., Hist. Eccl., VIII, 16, 2-5.
112. VICT. TONN., Chron., a. 479, 2.
113. Laterc. reg. Wand., A, 8-10.
114. Vit. Fulgent., XXXII-XXXVI; ; VICT. TONN., Chron., a. 497, 4; ISID., Chron., 390; Hist. Wand., 81; BEDAE, Chron., 506; PAUL. DIAC., Hist. Rom., XVI, 3. Eugenio de Cartago, tenido como el principal responsable de la desobediencia del episcopado al decreto real, hubo que abandonar su sede hacia 502, para morir exiliado en Albiga (Albi) tres años después; cf. COURTOIS, Ch., Victor de Vita et son oeuvre, Argel, 1.954, p. 58, n. 285.
115. COURTOIS, Ch., op. cit., p. 304, n. 4.
116. PROC., De bellis, III, 7, 26; 8, 14.
117. Coll. Avell., 213, 1, nos informa sobre las gestiones efectuadas por Justino I a comienzos de su reinado, en favor de la Iglesia Católica africana.
118. VICT. TONN., Chron., a. 523, 2: hic (Hilderix) ergo sacramento a decessore suo Trasamundo obstrictus, ne catholicis in regno suo aut ecclesias aperiret aut privilegia restitueret, priusquam regnaret, ne sacramenti terminos praeteriret, praecepit et sacerdotes ab exilio redire et ecclesias aperire, et Bonifatium in dogmatibus divinis satis strenuum ad postulationem totius urbis Carthaginensis ecclesiae episcopum consecrarit. Cf. ISID., Hist. Wand., 82.
119. El concilium Juncensem se celebró bajo la presidencia de Liberato de Hadrumentum (Sousse), metropolitano de la Byzacena, para buscar soluciones a dos conflictos jurisdiccionales. El primero atañía a las relaciones entre episcopado y comunidades monásticas, y enfrentaba al primado de la provincia con el abad Pedro. El segundo estaba vinculado a un problema de límites provinciales. Vicencio de Girba, un obispo de la Tripolitania, se había apoderado de territorios que correspondían a iglesias de la Byzacena, osando reivindicar derechos sobre poblaciones ajenas a su jurisdicción. Clausurado el sínodo, Liberato escribió

una carta a Bonifacio de Cartago, para hacerle saber que la paz había sido restaurada en la provincia. Cosa que, como se encargaría de demostrar el tiempo, no era del todo cierta. Sobre el concilium Sufetanum, reunido en 524, apenas sabemos nada. Pero, seguramente, también debió abordar cuestiones que tenían que ver con la reorganización de la vida eclesiástica en la Byzacena. Cf. HEFELE, K. J. von, A History of the Councils of the Church, IV, Edimburgo, 1.895, pp. 130-131.

120. COURTOIS, Ch., op. cit., pp. 303-304. Entre los obispos africanos exiliados en Cerdeña se encontraba Fulgencio de Ruspae, auténtico líder de la oposición católica a la política religiosa del rey Trasamundo; cf. BAUS, K.-VOGT, H. J., "Vida intereclesial hasta las postrimerías del siglo VII", Manual de Historia de la Iglesia, II, La Iglesia imperial después de Constantino hasta fines del siglo VII, ed. H. Jedin, Barcelona, 1.979, pp. 822-823.

121. VICT. TONN., Chron., a. 479, 1; 505. Cf., supra, n. 114.

122. COURTOIS, Ch., Les vandales et l'Afrique, pp. 305-307.

123. VICT. VIT., Hist. persec., I, 29.

124. De los 52 obispos, cuyas sedes han sido identificadas, 37 procedían de la Proconsularis, 9 de la Numidia, 3 de la Byzacena, 2 de la Tripolitania y 1 de la Mauritania Caesariensis. COURTOIS, Ch., op. cit., pp. 305-307, n. 8, ofrece el elenco completo de los prelados que respondieron a la llamada de Bonifacio. La ausencia de Liberato de Hadrumentum y de la inmensa mayoría del episcopado de la Byzacena es consecuencia directa de su negativa a reconocer el primado de Cartago. Aún así, el concilio presidido por Bonifacio, no dudó en restablecer el antiguo orden de precedencia de los obispos africanos. Reflejo de la brecha que se iba abriendo entre Cartago y Hadrumentum es la presencia en el sínodo de Vicencio de Girba y del abad Pedro, perjudicados ambos por las decisiones adoptadas en Iunci. Los padres congregados en Cartago atendieron a las demandas de Pedro y, en virtud del decreto promulgado por el sínodo de Arelate en 455, acordaron que ningún monasterio estuviese sujeto a obispo alguno; razón por la cual los prelados carecerían de derecho a tratar a los monjes como si formasen parte de su clero. Cf. HEFELE, K. J. von, op. cit., IV, pp. 138-143.

125. HYDAT., Chron., 60; 62a; 63; 67-68.

126. Se ha constatado el empleo del sistema sucesorio conocido como tanistry entre germanos, macedonios, árabes de época preislámica, eslavos, magiares, turcos y distintos pueblos primitivos de América y Oceanía. Cf., COURTOIS, Ch., op. cit.,

pp. 238-239.

127. JORD., Get., 169: ante obitum suum (Geisericus) filiorum agmine accito ordinavit, ne inter ipsos de regni ambitione intentio esset, sed ordine quisque et gradu suo, alii si superviveret, id est, seniori suo fieret sequens successor et rursus ei posterior eius.

128. COURTOIS, Ch., op. cit., p. 238, n.1.

129. VICT. VIT., Hist. persec., II, 13. PROC., De bellis, III, 7, 29; 9, 10, emplea el término griego diatheke para referirse a la Constitutio Geiserici.

130. COURTOIS, Ch., op. cit., p. 237, n. 2.

131. Godagisel, que al parecer carecía de hermanos, fue sucedido por su hijo mayor Gunderico y éste, pese a tener hijos, por su hermano Genserico; lo que indica que el sistema funcionaba con regularidad a comienzos del siglo V; cf. Add. ad Prosp. Havn., a. 406; HYDAT., Chron., 89; VICT. VIT., Hist. persec., II, 14; PROC., De bellis, III, 3, 23; GREG. TUR., Hist. Franc., II, 2.

132. El movimiento de pueblos a que dio lugar la llegada de los hunos es recogido por AMBR., Exp. in Luc., X, 10: Hunni in Alanos, Alani in Gothos, Gothi in Taiphalos et Sarmatas insurrexerunt. COURCELLE, P., op. cit., pp.80-81 se muestra partidario de esta tesis, lo mismo que COURTOIS, Ch., op. cit., pp. 39-41, quien, además, estudia la repercusión que tuvo el desplazamiento de las distintas tribus sobre el establecimiento asdingo en la Pannonia.

133. CLAUD., Bell. Pollent., 363-365; 414-415.

134. OROS., Adv. pag., VII, 38, 3; GREG. TUR., Hist. Franc., II, 9;

135. OROS., Adv. pag., VII, 38, 3; PROSP., Chron., 1.230; Add. ad Prosp. Havn. marg., a. 406; Chron. Gall. a. DXI, 547; HIERON., Ep., CXXIII, 15-16; SALV., De gub. Dei, VII, 50-52; ZOS., Hist. Nov., VI, 3, 1; PROC., De bellis, III, 3, 1; GREG. TUR., Hist. Franc., II, 9.

136. OROS., Adv. pag., VII, 40, 9-10; 42, 4; OLYMP., Frq., 16; SOZ., Hist. Eccl., IX, 12, 7; 13, 1; HYDAT., Chron., 42; ZOS., Hist. Nov., VI, 5, 2; GREG. TUR., Hist. Franc., II, 9.

137. HYDAT., Chron., 86; 89; Chron. Gall. a. DXI, 584; ISID., Hist. Wand., 73. COURTOIS, Ch., op. cit., p. 65, n. 4, es quien sugirió que la profanación de la basílica, a la que aluden las fuentes, sea en realidad la visión católica de su dedicación al culto arriano.

138. PROC., De bellis, III, 3, 32-33, nos informa sobre las distintas versiones que circulaban un siglo después en torno a la muerte de Gunterico. La más probable, es aquella que responsabiliza a Genserico del asesinato de su hermano, ya que se halla corroborada por el testimonio de THEOPH., Chronogr., A.M. 5.931. VICT. VIT., Hist. persec., II, 14, nos asegura que la esposa e hijos de Gunterico le sobrevivieron y pasaron a Africa en 429. Si no fueron sacrificados de inmediato se debe al correcto funcionamiento de la tanistry. De haber supuesto un obstáculo en su camino de Genserico, éste no habría dudado un momento en eliminarlos.

139. VICT. VIT., Hist. persec., II, 14.

140. JORD., Get., 169.

141. Cf. supra, pp. 127-128.

142. VICT. VIT., Hist. persec., I, 45; 43; 48; PROC., De bellis, III, 5, 11.

143. VICT. VIT., Hist. persec., I, 43.

144. Cuando Gelimer alcanzó el trono, fueron eliminados muchos nobles vándalos y romanos, que habían ocupado puestos de responsabilidad en la corte de su antecesor, Hilderico. Los bienes de estos personajes se confiscaron en beneficio del tesoro real. Unicamente, unos pocos afortunados lograron ponerse a salvo en Constantinopla; cf. VICT. TONN., Chron., a. 531; 533; PROC., De bellis, III, 9, 9; 17, 12-13; IV, 4, 34.

145. PROSP., Chron., 1.329; VICT. VIT., Hist. persec., I, 19; PROC., De bellis, III, 17, 11.

146. PROC., De bellis, III, 11, 22-23; 17, 11; 18, 1.

147. El servus Martiniano fue armifactor de su dominus, un millenarius vándalo, lo que demuestra que los grandes señores germanos empleaban a sus esclavos en tareas relacionadas con la guerra (VICT. VIT., Hist. persec., I, 30). Tras la derrota de ad Decimum, Gelimer levantó en armas contra los bizantinos a los campesinos de la Proconsularis, fieles, según parece, a los propietarios vándalos de su facción; cf. PROC., De bellis, III,

23, 1-4.

148. VICT. VIT., Hist. persec., II, 15-16.

149. VICT. VIT., Hist. persec., I, 43; 48.

150. Laterc. reg. Wand., A y H, 4; VICT. VIT., Hist. persec., II, 14; VICT. TONN., Chron., a. 464; JORD., Get., 170; .

151. JORD., Get., 169-170.

152. VICT. VIT., Hist. persec., II, 12-13; 16.

153. Ibid., II, 14.

154. Ibid., II, 14-15.

155. Ibid., II, 1; 16.

156. Ibid., II, 22.

157. Ibid., II, 12.

158. Ibid., II, 8-11; 23-37.

159. Ibid., II, 38-39; 52-55; III, 1-14.

160. COURTOIS, Ch., op. cit., p. 241.

161. VICT. VIT., Hist. persec., III, 17-20.

162. VICT. TONN., Chron., a. 479, 2; Laterc. reg. Wand., A, 8-10.

163. Laterc. reg. Wand., A y H, 7; 12; PROC., De bellis, III, 8, 7-8; JORD., Get., 170; VICT. TONN., Chron., a. 479, 2; THEOPH., Chronogr., A.M. 6.026..

164. Laterc. reg. Wand., A y H, 15; PROC., De bellis, III, 9, 1; 6; JORD., Get., 170; VICT. TONN., Chron., a. 523, 2; ISID., Hist. Wand., 82;

165. PROC., De bellis, III, 9, 1-7.

166. Cf. supra, n. 2.

167. PROC., De bellis, III, 9, 2.

168. CASSIOD., Var., IX, 1; PROC., De bellis, III, 9, 4; VICT. TONN., Chron., a. 523, 1.

169. PROC., De bellis, III, 9, 2; 9, IV, 5, 7-8; VICT. TONN., Chron., a. 531; 533.
170. PROC., De bellis, IV, 4, 33.
171. JOH. LYD., De mag., III, 55; PROC., De bellis, III, 11, 23; 17, 11; 18, 1; VICT. TONN., Chron., a. 534, 1; ISID., Hist. Wand., 83.
172. PROC., De bellis, III, 10, 25-26.
173. Ibid., III, 9, 8-9.
174. Ibid., IV, 1, 8; 4, 33;
175. Anon. Val., 12, 68; CASSIOD., Var., V, 43; PROC., De bellis, I, 8, 11-13; JORD., Get., 299.
176. CASSIOD., Var., IX, 1; PROC., De bellis, III, 9, 4; VICT. TONN., Chron., a. 523, 1. STEIN, E., op. cit., II, p. 253, apunta la posibilidad de que la eliminación del influyente partido gótico en Africa contase con el beneplácito del gobierno de Constantinopla.
177. CASSIOD., Var., V, 16-20; 23; JORD., Get., 304.
178. PROC., De bellis, III, 14, 5-6.
179. PRINGLE, D., op. cit., pp. 13-14.
180. AE, 1.929, 115; COURTOIS, Ch., op. cit., pp. 330-333; MANZANO, E., "Beréberes de Al-Andalus: los factores de una evolución histórica", Al-Qantara, XI, 1.990, pp. 403; 405; 409-410.
181. CIL, VIII, 9.835; COURTOIS, Ch., op. cit., 333-334; 378, n. 95; MANZANO, E., op. cit., p. 403.
182. PROC., De bellis, IV, 13, 19; 20, 31; COURTOIS, Ch., op. cit., pp. 335-336.
183. Cf. supra, n. 20.
184. COURTOIS, Ch., op. cit., pp. 338-339.
185. Not. prov. et civ. Afr., Maur. Sit., 29; MANZANO, E., op. cit., p. 407.
186. MANZANO, E., art. cit., p. 404.



187. VICT. VIT., Hist. persec., I, 13; PROC., De bellis, III, 8, 5; IV, 12, 29; 13, 1; 5-17; 26; 19, 7; 20; COURTOIS, Ch., op. cit., pp. 174; 341-342.

188. PROC., De bellis, IV, 13, 9; COURTOIS, Ch., op. cit., pp. 334; 343.

189. VICT. VIT., Hist. persec., I, 35-36; PROC., De bellis, III, 8, 15-29; IV, 21, 17; 25, 2; CORIPP., Joh., II, 106-110; III, 81 y ss; VICT. TONN., Chron., a. 523; COURTOIS, Ch., op. cit., pp. 340; 343; 349-351.

190. ; PROC., De bellis, IV, 4, 26-27; COURTOIS, Ch., op. cit., p. 343.

191. CORIPP., Joh., III, 66-67. Para la fecha del comienzo del reinado de Antalas, cf. COURTOIS, Ch., op. cit., p. 343.

192. CORIPP., Joh., III, 158-197. Puesto que Genserico había hecho derribar las defensas de todas las ciudades de Africa, con excepción de las de Cartago e Hippo Regius, cada población se las ingenió como buenamente pudo, para contener el avance de los mauros. La ciudad de Sullectum, en la Byzacena, creó una nueva cerca, uniendo todas las casas de las afueras de la ciudad hasta formar un muro continuo, y lo cerró con puertas fortificadas; cf. PROC., De bellis, III, 16, 9-10.

193. PROC., De bellis, III, 9, 3, sitúa la expedición contra los Frexas en el reinado de Hilderico, es decir, entre 523 y 530. CORIPP., Joh., III, 262, nos permite precisar más la fecha, ya que considera la caída de Hilderico como resultado directo del fracaso de la campaña, lo que dataría la derrota de las tropas vándalas hacia el final del reinado de este monarca.

194. CORIPP., Joh., III, 198; 219.

195. PROC., De bellis, III, 9, 1.

196. STEIN, E., op. cit., II, p. 311.

197. COURTOIS, Ch., op. cit., p. 231, n. 15.

198. CORIPP., Joh., III, 198-261.

199. COURTOIS, Ch., op. cit., p. 347.

200. CORIPP., Joh., III, 262-264.

201. PROC., De bellis, III, 9, 8-9.
202. JOH. MAL., Chronogr., p. 459.
203. VICT. TONN., Chron., a. 531.
204. PROC., De bellis, III, 9, 9; VICT. TONN., Chron., a. 531.
205. VICT. TONN., Chron., a. 531; 533; ISID., Hist. Wand., 83.
206. PROC., De bellis, III, 20, 6; IV, 5, 7-8.
207. Ibid., III, 9, 10-13; VICT. TONN., Chron., a. 531; 533.
208. PROC., De bellis, III, 9, 14-23; 17, 20; VICT. TONN., Chron., a. 531.
209. PROC., De bellis, I, 22, 1-18; III, 9, 24-10, 1. Sobre la guerra contra Persia de 527 a 532 y la firma de la "Paz Eterna", cf. STEIN, E., op. cit., II, pp. 283-296.
210. PROC., De bellis, IV, 5, 7-8. A los exilados de 439 se sumaron, a lo largo del siglo V, nuevos refugiados, que huían de las persecuciones religiosas de los reyes vándalos. El clero contribuyó, especialmente, a dar cohesión ideológica al grupo de emigrados, promoviendo el culto a mártires y confesores víctimas del yugo arriano; cf. COURTOIS, Ch., op. cit., pp. 281-282; COURCELLE, P., op. cit., pp. 134-135; 193; 196; 220. el caso más célebre es el de los confesores de Tipasa; cf. VICT. VIT., Hist. persec., III, 29-30; PROC., De bellis, III, 8, 4; CJ, I, 27, 1; VICT. TONN., Chron., a. 479, 1.
211. PROC., De bellis, III, 20, 6.
212. Ibid., III, 10, 1-18.
213. Ibid., III, 10, 18-21.
214. VICT. TONN., Chron., a. 534, 1. Cronológicamente contemporáneo al proyecto justiniano de intervención en Africa parece ser el anónimo De Sancto Cypriano, obra elaborada por algún clérigo de origen afrorromano, en la cual se presenta al mártir Cipriano, patrón de Cartago, instando a Dios a liberar a los católicos de la tiranía vándala; cf. COURCELLE, P., op. cit., p. 220, n. 5. Según PROC., De bellis, III, 21, 21, en vísperas del desembarco bizantino, el santo se había aparecido en varias ocasiones a ciertos fieles católicos, para hacerles saber que él mismo tomaría venganza sobre sus perseguidores vándalos.

215. PROC., De bellis, III, 10, 19, emplea el adjetivo christianoï para designar a los católicos por oposición a areanoï, que se reserva para calificar a los adeptos a la doctrina trinitaria de Arrio; cf. Ibid., III, 8, 3-4; 7-10; 18-24; 9, 1; 12, 2; 21, 19-25.

216. BREHIER, L., El mundo bizantino, II, Las instituciones del Imperio bizantino, México, 1.959, pp. 47-55; MAIER, F. G., Bizancio, Madrid, 1.974, pp. 13-18.

217. PROC., De bellis, III, 10, 22-24.

218. MALCH., Frg., 13; PROC., De bellis, III, 9, 23; PAUL. DIAC., Hist. Rom., XV, 7.

219. PROC., De bellis, III, 10, 25.

220. Ste. CROIX, G. E. M., La lucha de clases en el mundo griego antiguo, Barcelona, 1.988, p. 584.

221. LIBAN., Or., 47. Como acertadamente señala FINLEY, M. I., Esclavitud antigua e ideología moderna, Barcelona, 1.982, p. 164, n. 10, en la obra de Libanio despotes es equivalente al latino dominus, que "se empleaba sin su estricta y clásica acepción de propiedad, ... como sinónimo de patronus". Para el siglo V, en Occidente el término servus, al igual que el griego doulos, también había perdido su significación restrictiva. VICT. VIT., Hist. persec., I, 14; II, 10; III, 20, señala que numerosos obispos católicos y notables romanos del norte de Africa fueron reducidos por los vándalos a la condición de servi, y obligados a realizar labores rusticani impropias de viri ingenui, pues habían sido relegati colonatus iure ad excolendum agros. Lo que demuestra que los contemporáneos, sin duda familiarizados con el lenguaje jurídico de la época, no tenían ningún empacho en emplear el término servi para referirse a los hombres con estatuto legal de coloni.

222. PROC., De bellis, V, 12, 52; VI, 30, 15; VII, 2, 7; Anecd., XXX, 21-26.

223. PROC., De bellis, III, 10, 25-26.

224. Ibid., III, 10, 27-31.

225. Ibid., III, 10, 32-34.

226. Ibid., 11, 1-2.

227. Ibid., III, 11, 23.

228. Puesto que como ha demostrado PRINGLE, D., The Defence of Byzantine Africa from Justinian to the Arab Conquest, Oxford, 1.981, p. 351, n. 20, el ejército imperial desembarcó en la costa africana hacia el 27 de agosto de 533, y para entonces Tzazo ya había sometido la isla de Cerdeña a la autoridad de su hermano Gelimer, la partida de la expedición vándala que puso fin a la usurpación de Godas debe datarse antes del mes de julio de 533.

229. PROC., De bellis, III, 14, 10; 17, 11; ZACH. RET., Hist. Eccl., IX, 17; JOH. MAL., Chronogr., p. 459.

230. PROC., De bellis, III, 11, 1-17.

231. Ibid., III, 12, 1-2.

232. Ibid., III, 12, 6-22.

233. Ibid., III, 12, 1-24.

234. Ibid., III, 14, 1-6; V, 3, 22-24.

235. PROC., De bellis, III, 14, 3.

236. Ibid., III, 14, 7-17. Para la cronología de la campaña africana seguimos a PRINGLE, D., op. cit., pp. 18; 351, n. 20.

237. PROC., De bellis, III, 20, 6. Sobre la importante actividad económica desarrollada por las colonias de comerciantes orientales en el mundo Mediterráneo durante los siglos V al VII, cf. COURTOIS, Ch., op. cit., pp. 322-323; PIRENNE, H., op. cit., pp. 66-79; JONES, A. H. M., The Later Roman Empire. 284-602, Oxford, 1.964, pp. 864-872; DOEHAERD, R., Occidente durante la Alta Edad Media. Economías y sociedades, Barcelona, 1.974, pp. 182-184.

238. Ibid., III, 16, 1-8.

239. Ibid., III, 16, 9-11.

240. VICT. VIT., Hist. persec., III, 27.

241. Vit. Fulgent., 28; 39.

242. COURTOIS, Ch., LESCHI, L., PERRAT, C. y SAUMAGNE, C., Tablettes Albertini. Actes privées de l'époque vandale (fin du siècle V), Paris, 1.952, p. 221.

243. VICT. VIT., Hist. persec., I, 40.

244. PROC., De bellis, III, 16, 12-15.
245. Ibid., III, 17, 7-8; 11-13; IV, 9, 13; VICT. TONN., Chron., a. 533; 534, 1.
246. PROC., De bellis, III, 17, 11-20, 2.
247. Ibid., III, 20, 4-9.
248. Ibid., III, 20, 10-16.
249. Ibid., III, 20, 3; 16.
250. Ibid., III, 20, 17-25; 21, 9-10.
251. Ibid., III, 21, 1-6; 11; 17-25.
252. Ibid., III, 21, 11-13; 23, 19-20.
253. Ibid., III, 23, 1-4.
254. Ibid., III, 23, 5-18.
255. Ibid., III, 23, 3-4.
256. JUST., Nov., XXXVI; App., VI.
257. PROC., De bellis, III, 23, 3.
258. Ibid., III, 25, 1-7.
259. Ibid., III, 24, 1-6; 25, 10-22.
260. Ibid., IV, 1-6; 9-11.
261. Ibid., IV, 1, 8.
262. Ibid., IV, 3, 1-28; 4, 26-31; 6, 14-34.
263. Ibid., IV, 4, 33-41.
264. Ibid., IV, 5, 9; VICT. TONN., Chron., a. 531; 533.
265. JUST., Nov., XXXVI-XXXVII.
266. PROC., De bellis, III, 9, 6-8; 17, 11-13; VICT. TONN., Chron., a. 521; 533.
267. PROC., De bellis, IV, 1, 8; 4, 33.

268. Ibid., III, 23, 1-4.
269. Ibid., III, 24, 19; IV, 5, 2-4.
270. Ibid., IV, 5, 5-10.
271. Ibid., IV, 7, 1-17.

**LA PENINSULA IBERICA Y EL MEDITERRANEO EN EL TRANSITO  
DEL MUNDO ANTIGUO AL MEDIEVAL. (SIGLOS V-VII).**

**VOLUMEN II**

Tesis presentada por PABLO FUENTES HINOJO  
para aspirar al grado de Doctor en la  
Facultad de Geografía e Historia de la  
Universidad Complutense de Madrid; realizada  
bajo la dirección de MARIA ISABEL LORING  
GARCIA, profesora de Historia Medieval.

Madrid, 1 de Septiembre de 1.995.

## 2. Africa capta.

Una vez sometidos los últimos focos de resistencia germánicos, la guerra de los vándalos se dio por concluida. Sin embargo, el dominio imperial sobre el norte de Africa tardaría en consolidarse más de una década. En 534, el gobierno de Constantinopla emprendió la ardua tarea de reorganizar las antiguas posesiones territoriales vándalas, a fin de insertarlas en las estructuras administrativas del Imperio romano de Oriente. Con tal propósito, Justiniano creó una nueva praefectura praetorio y designó a los hombres que habrían de ocupar los principales cargos al frente de la misma. Curiosamente, no se detecta ninguna participación de los vándalos, a pesar de que habían controlado políticamente la región durante más de un siglo. En tanto que élite dirigente, fueron sustituidos por las nuevas autoridades civiles y militares llegadas de Oriente. De este modo, se borró toda huella de su presencia.

El basileus, que consideraba el poder ejercido por la casa real de los Asdingos como una auténtica usurpación, se ocuparía, personalmente, de que el restablecimiento de la autoridad romana sobre Africa y las islas del Mediterráneo Occidental tuviese un solemne reflejo propagandístico en el triunfo concedido al general Belisario. Ahora bien, la intervención militar y administrativa del Imperio resultaba insuficiente para garantizar la continuidad de su dominio político sobre la zona. La única manera de afirmarlo, consistía en reinstaurar el orden social existente antes de la invasión germánica. Por esta razón, Justiniano hizo restituir sus propiedades y privilegios a la Iglesia Católica y a los descendientes de los antiguos latifundistas norteafricanos, despojados por los vándalos.



La puesta en práctica de estas medidas generó un profundo malestar entre el elemento germano que militaba en las filas del ejército bizantino y entre los esclavos de los dominios devueltos a la nobleza afrolatina. El retraso, por parte del gobierno de Constantinopla, en abonar el pago de la soldada a las tropas provocó el descontento en otros sectores militares. Pronto se produjeron violentas revueltas, que los representantes del emperador, a duras penas, lograron reprimir. Al mismo tiempo, los pueblos beréberes de las regiones montañosas del interior comenzaron a dar muestras de hostilidad hacia el Imperio. Hacia 539, la paz fue restablecida, al tiempo que Bizancio extendía su poder sobre territorios africanos que nunca habían formado parte del reino vándalo.

La prosperidad duraría poco. En la primavera de 543, la peste bubónica hizo su aparición en la praefectura Africae, causando gran mortandad entre las poblaciones de la costa. Ese mismo año, dio comienzo el ciclo de las grandes guerras mauras, que durante un lustro devastarían las provincias imperiales. En contraposición a esta época de desastres, el período que se extiende de 548 a la muerte de Justiniano en 565, apenas se ve alterado por conflagraciones bélicas, lo que favorecerá la recuperación económica del Africa bizantina.

Las fuentes narrativas de que disponemos para las primeras décadas de la dominación bizantina en Africa, limitan bastante nuestra visión del proceso histórico. Procopio de Caesarea, que lleva su relato hasta 548, se ocupa con absoluta preferencia de los hechos de armas. El poeta africano Flavio Cresconio Coripo, en su Johannidos, panegírico compuesto en honor del general Juan Troglita, detalla sucesos de idéntica naturaleza acaecidos entre 546 y 548. En cuanto al obispo Víctor de Tunnuna, exceptuando alguna información sobre eventos eclesiásticos, que

trataremos más adelante cuando abordemos la cuestión de los Tres Capítulos, tan sólo nos ofrece lacónicas notas sobre los principales conflictos bélicos. El carácter monotemático de nuestras fuentes nos obliga a centrarnos en el análisis de acontecimientos políticos y militares. No obstante, como disponemos de algunas constituciones imperiales que abordan problemas de orden administrativo, social y económico, también hemos tratado de incorporar a nuestro estudio los datos que nos facilitan.

## 2.1. Organización del territorio y consolidación del dominio bizantino (534-543).

Apenas tuvo noticia de la caída del reino vándalo, Justiniano, asesorado por Juan de Capadocia, se ocupó de la reintegración de los territorios que habían formado el dominio de los Asdingos en las estructuras políticas, administrativas y militares del Imperio romano de Oriente. En abril de 534, el soberano envió dos rescriptos a Cartago. El primero de ellos iba dirigido a Arquelao, a quien nombraba praefectus praetorio Africae, y le encomendaba la organización civil de las provincias. El segundo, remitido al magister utriusque militiae per Orientem Belisario, contenía disposiciones relativas a la ordenación militar del territorio.

De acuerdo con las instrucciones recibidas por Arquelao, se constituyeron 7 provincias bajo la administración de un praefectus praetorio Africae con residencia en Cartago: la Zeugitana o Zeugi Carthago, que se correspondía con la antigua Proconsularis, Byzacium, en otro tiempo Byzacena, y Tripolis o Tripolitania, las tres gobernadas por consulares; más la Numidia, las dos Mauritaniae y Sardinia, en la cual se incluía Corsica y el archipiélago balear, que, en cambio, fueron colocadas bajo la

autoridad de praesides<sup>1</sup>. Puesto que la Mauritania Sitifensis no sería reconquistada hasta 539, las dos Mauritaniae a las que hace referencia el rescripto de Justiniano sólo pueden corresponderse con la Caesariensis y la Tingitana o Gaditana<sup>2</sup>. El territorio que abarcaban era bastante exiguo, ya que la mayor parte de estas dos antiguas provincias romanas continuaron bajo dominio beréber. La Mauritania Prima de las listas oficiales se reducía a la ciudad de Caesarea y sus entornos, mientras que la Mauritania Secunda comprendía la ciudad de Septem, único resto de la Tingitana<sup>3</sup>.

Como puede comprobarse, la nueva prefectura reunía territorios que, a comienzos del siglo V, formaban parte de distintas circunscripciones administrativas del Imperio de Occidente: cinco provincias de la antigua diocesis Africae, las islas de Corsica y Sardinia, adscritas en el pasado a la diocesis Italiae suburbicariae, y el archipiélago balear y Septem, que habían pertenecido a la diocesis Hispaniarum. La restauración de la autoridad imperial no comportó, pues, una vuelta al orden existente un siglo atrás. Por el contrario, en la reorganización de los territorios conquistados al reino vándalo, el gobierno de Constantinopla intentó adaptarse a las nuevas realidades, aplicando el modelo ideado por Juan de Capadocia para dinamizar el pesado aparato burocrático del estado. La recién creada praefectura Africae sirvió como campo de experimentación a algunas de las reformas en materia de gestión territorial, que, a partir de 535, se introducirían en Oriente. Destaca, especialmente, la supresión de cargos honoríficos superfluos, como el del procónsul de Cartago, que fue reemplazado por un simple consularis, y la eliminación de estructuras administrativas de interposición, como el vicariato, que no fue restablecido, al entorpecer la relación entre los gobernadores provinciales y el praefectus praetorio. Además, se redujo

considerablemente la cantidad de funcionarios que podrían prestar servicio en las oficinas administrativas. Para la del prefecto tan sólo se asignaron 396 hombres, mientras que los gobernadores provinciales tuvieron que conformarse con apenas medio centenar de burócratas<sup>4</sup>.

Como ya hemos señalado, el segundo rescripto abordaba el problema de la ordenación militar de la praefectura. Momentáneamente, la suprema autoridad se reservó al magister utriusque militiae per Orientem Belisario. El antiguo cargo de comes Africae no fue restablecido; aunque, en septiembre de 534, poco después del regreso de Belisario a Constantinopla, el emperador nombró un magister militum Africae. Bajo su mando se hallarían los cinco duces establecidos en abril para las provincias de Tripolis, Byzacium, Numidia, Mauritania Prima y Sardinia. Sus cuarteles se emplazaron en Leptis Magna, Capsa y Thelepte, Cirta Constantina, Caesarea y probablemente Caralis. La Mauritania Secunda carecía de dux. No obstante, Justiniano dispuso el acantonamiento de tropas y de una flota militar de dromones en el puerto de Septem. Un tribunus, responsable ante el dux Mauritaniae, residente en Caesarea, se hallaba al frente de la guarnición y de la flota. Esta última tenía como misión patrullar la región del estrecho de Gibraltar e informar sobre los movimientos de godos y francos en Hispania y las Galias<sup>5</sup>.

En el verano de 534, Belisario abandonó Cartago. Regresaba a Constantinopla, para saborear las mieles del triunfo. Le acompañaban Gelimer y su familia, los descendientes de Hilderico y unos 2.000 prisioneros vándalos. Justiniano había decidido honrar a su magister militum con un recibimiento apoteósico, como no se había dispensado a ningún general victorioso desde los primeros tiempos del Imperio<sup>6</sup>. Procopio describe con detalle toda la ceremonia:

"(Belisario) exhibiendo por el centro de la ciudad el botín de guerra y los prisioneros condujo la procesión, llamada triumphus por los romanos, pero no a la manera antigua, sino marchando a pie desde su casa hasta el hipódromo y una vez en este lugar, desde las barreras se dirigió a la tribuna del trono imperial. Allí se encontraba cuanto del botín era costumbre reservar para el servicio real: tronos de oro, carruajes en los que se suele transportar a la esposa de un rey, una gran cantidad de joyas trabajadas con piedras preciosas, copas de oro y todo aquello que se utiliza en una mesa real. Había además plata con un peso de muchos millares de talentos y la inmensa riqueza de todo el tesoro real (puesto que Genserico había saqueado el palatino de Roma, como ya se explicó anteriormente), y entre estos estaban los tesoros de los judíos que Tito, hijo de Vespasiano, después de la toma de Jerusalén, llevó a Roma con algunos otros. Y viendo estas cosas uno de los judíos que estaba sentado cerca de un conocido del emperador dijo: "considero improcedente trasladar estos tesoros al palacio de Bizancio. Pues no es posible que se guarden en otra parte que no sea el lugar donde los depositó por primera vez Salomón, el rey de los judíos. Por su causa Genserico capturó el palacio de los romanos y ahora el ejército romano ha capturado el de los vándalos". Cuando estas palabras llegaron a sus oídos, el emperador fue presa del miedo y, rápidamente, envió todo a los templos de los cristianos en Jerusalén".

El triunfo se vio acompañado por una ceremonia especial destinada a poner de relieve el carácter tiránico del

poder del monarca vándalo y la supremacía absoluta de la autoridad del emperador romano. Aunque también pretendiese disipar cualquier sospecha de deslealtad hacia el soberano, que pudiese recaer sobre la persona del Belisario<sup>8</sup>:

"En el triunfo, entre los prisioneros de guerra, se hallaba Gelimer, vistiendo sobre sus hombros una especie de manto de púrpura, y con él toda su familia y todos los vándalos más altos y bellos de cuerpo. Cuando Gelimer llegó al hipódromo y vio al emperador sentado en su trono y al pueblo de pie en la otra parte y se dio cuenta, mirando en torno suyo, en qué penosa situación se encontraba, ni lloró, ni se lamentó, sino que no cesaba de repetir las palabras de la sagrada Escritura: "Vanidad de vanidades, todo es vanidad". Al llegar ante la tribuna imperial, le despojaron del manto de púrpura y le obligaron a postrarse a los pies del emperador en actitud de reverencia. También Belisario hizo lo mismo, postrándose con éste, como suplicante del emperador"<sup>9</sup>.

Justiniano y Teodora obsequiaron con riquezas a los hijos de Hilderico y a los Anicii, todos ellos descendientes directos del emperador Valentiniano III. En cuanto a Gelimer, le concedieron extensos dominios territoriales en la Galatia, donde le permitieron vivir en libertad junto con su familia. Sin embargo, no fue inscrito entre los patricios, ya que se negó a adjuar del arrianismo<sup>10</sup>.

Como última recompensa por su victoria Belisario fue designado cónsul para el año entrante. El 1 de enero de 535, día en el que asumía sus funciones como magistrado, fue conducido a hombros por algunos prisioneros vándalos y, "mientras le

transportaban en su silla curul, arrojaba a la multitud parte del botín de la guerra de los vándalos. Así el pueblo pudo recoger vasos de plata, cinturones de oro y una gran cantidad de objetos preciosos del tesoro de los vándalos, gracias al consulado de Belisario"<sup>11</sup>. Con los más de 2.000 prisioneros se formaron cinco numeri de caballería, los Vandali Justiniani, que poco después, fueron enviados a la frontera oriental<sup>12</sup>.

Entre tanto, el eunuco Salomón se había hecho cargo de la administración de la praefectura praetorio Africae. Salomón era un armenio, oriundo de Solochon, localidad próxima a Daras, junto al Eúfrates. Siendo niño había sufrido un accidente que provocó su mutilación. Ya en la madurez había entrado al servicio de Belisario como domesticus, participando en la campaña africana en calidad de dux foederatorum. Después de la batalla de Ad Decimum, había llevado la noticia de la derrota de los vándalos al emperador, para, a continuación, volver al teatro de operaciones. Tras la partida de Belisario, fue nombrado magister militum Africae y sucedió a Arquelao como praefectus praetorio, concentrando, temporalmente, los poderes civil y militar, que desde el reinado de Diocleciano se habían mantenido separados<sup>13</sup>. Durante su mandato, se mostró como un eficiente administrador y un general competente.

Los principales problemas a los que hubo de enfrentarse Salomón derivaron del restablecimiento de la administración imperial en Africa y de las incursiones de las tribus maura contra el territorio romano. Precisamente, hallándose Belisario a punto de embarcar para Constantinopla, se había producido el primer encuentro hostil con los beréberes. Salomón al frente de los bucellarii del general tuvo que defender Byzacium de la agresión de cuatro príncipes mauros: Coutzina, Esdilasas, Iourphouthes y Medisinissas. No disponemos de

información que nos permita emplazar sus respectivos reinos, aunque es posible que ocupasen pequeños enclaves entre el sureste de Numidia y suroeste de Byzacium. Salomón los derrotó en dos ocasiones, por lo que obtuvo la concesión del título de patricius y celebró un triunfo en Cartago. La mayor parte de los vencidos se retiraron a la Numidia, donde se unieron a Iaudas, el caudillo beréber que dominaba la región del Aurés. En Byzacium sólo permaneció la tribu de los Frexas, cuyo jefe Antalas se mantenía fiel a la alianza sellada con el Imperio<sup>14</sup>.

Tras haber pacificado Byzacium, Salomón decidió poner orden en la Numidia, valiéndose de los conflictos intertribales, que enfrentaban a los distintos príncipes mauros de región. El praefectus pretorio logró conservar como aliados a los reyes Massonas y Ortaias, quienes le urgían a tomar las armas contra Iaudas. Massonas, que controlaba los montes de Nementcha, porque su padre Mefanias, que era suegro de Iaudas, había sido alevosamente asesinado por éste; y Ortaias, que gobernaba sobre la región de Hodna, porque Iaudas, junto con Mastinas, el monarca que reinaba sobre los beréberes de la Caesariensis, amenazaba con ocupar su reino. A comienzos del invierno de 535, Salomón marchó contra Iaudas. Pero no pudiendo localizarle y habiendo comenzado a escasear las provisiones, resolvió suspender la operación, y dedicó todo su tiempo a supervisar la construcción de fortificaciones en la frontera. Poco después, regresó a Cartago, donde la aguardaban graves problemas de orden interno<sup>15</sup>.

Como acertadamente señala E. Stein, el restablecimiento del oneroso sistema fiscal romano había despertado el malestar entre una población habituada a la mucho más benigna administración financiera vándala<sup>16</sup>. Al enrarecimiento del clima social, vino a sumarse el descontento del ejército, ya que las tropas llevaban bastante tiempo sin



haber recibido su paga<sup>17</sup>. Por último, el conjunto de medidas adoptadas por el gobierno de Constantinopla, a fin de restaurar las estructuras socio-económicas propias del mundo romano, incrementaron aún más el descontento.

El 1 de enero de 535, Justiniano había promulgado una ley, que establecía un plazo de cinco años, para que los antiguos propietarios afrorromanos y sus descendientes pudiesen reclamar la devolución de las propiedades, que les habían sido arrebatadas por los germanos<sup>18</sup>. Simultáneamente, Salomón ordenó la confiscación de las tierras pertenecientes a familias vándalas, en beneficio del estado. Muchos de los soldados, que se habían casado con prisioneras de origen germánico, consideraban que tenían derecho a las propiedades de los padres o antiguos maridos de éstas, y se sintieron lesionados por la disposición del praefectus praetorio<sup>19</sup>.

Pero fue, sobre todo, la legislación en materia religiosa, la que contribuyó, de manera decisiva, al estallido de la rebelión. Una ley de abril de 534 había devuelto sus propiedades a la Iglesia Católica, incluyendo edificios y vasos sagrados<sup>20</sup>. Aunque, de momento, se respetó la posición del clero arriano, pronto cambiaría la situación.

A comienzos de 535, se reunió un concilio en Cartago. Con el apoyo de las autoridades bizantinas, el obispo Reparato, sucesor de Bonifacio, fue capaz de congregar en la basílica de San Fausto mártir a 217 prelados, llegados de las distintas provincias africanas, para discutir y remediar cuantos quebrantos había causado en el seno de la Iglesia Católica los más de cien años de dominación vándala. El sínodo, que se abrió en un clima de regocijo general, tras el sometimiento de los últimos núcleos de resistencia germana, abordaría tres problemas candentes: el

retorno de los obispos, presbíteros y diáconos que habían partido hacia el exilio abandonando sus iglesias, la problemática surgida a raíz de la afluencia de clérigos y laicos arrianos a la Iglesia Católica, y la restitución de todos los derechos de que ésta última había gozado en la etapa previa a la llegada de los vándalos. Ante el surgimiento de divergencias respecto a las dos primeras cuestiones, se decidió recurrir a Roma, a fin de que el papa confirmase la decisión propuesta por la mayoría del episcopado africano. Los obispos Cayo y Pedro y el diácono cartaginés Liberato fueron los encargados de hacer llegar a manos del pontífice la epístola sinodal, en la que se exponían los temas objeto de polémica. Agapito I (535-536), en un apéndice hoy perdido, remitió a los padres conciliares una selección de cánones que versaban sobre aquellos asuntos, y, de acuerdo con los mismos, les comunicó que, si bien durante el período de dominio vándalo se había tolerado que los clérigos abandonasen sus comunidades, en el futuro ningún obispo, presbítero u otro clérigo podría ausentarse de ellas sin la oportuna carta de paz, que demostrase que estaba llevando a cabo una misión al servicio de la Iglesia. En lo concierne a los miembros del antiguo clero arriano, recomendó que fuesen automáticamente reducidos al estado secular, aunque podrían seguir recibiendo sustento de los bienes de la Iglesia, durante el resto de su vida. En cuanto a los laicos que hubiesen sido bautizados en la fe de Arrio, aconsejó que, con independencia de la edad que tuviesen en el momento en que tuvo lugar el acto, jamás se les permitiese llegar a ordenarse clérigos<sup>21</sup>.

Una segunda legación sinodal fue enviada ante la corte de Constantinopla, con el propósito de solicitar al emperador que restituyese a la Iglesia Católica la posición especial de la que había disfrutado en el pasado. A fin de satisfacer las demandas de los obispos africanos, el 1 de abril de 535, Justiniano

promulgó un edicto, en el que confirmaba los derechos metropolitanos del obispo de Cartago y ordenaba la inmediata transferencia de todas las propiedades que aún obraban en poder del clero arriano a la Iglesia Católica. En el mismo documento se adoptaban severas medidas contra todos aquellos que no profesasen el catolicismo. El basileus prohibía a arrianos, donatistas, judíos y paganos que celebrasen sus propios servicios religiosos y les negaba el acceso a la función pública<sup>22</sup>.

Tales disposiciones, que también afectaban a los germanos que militaban en las filas del ejército bizantino, pusieron en evidencia la exigüidad de la base social sobre la que se sustentaban las estructuras eclesiásticas arrianas. Pese a la virulencia de las persecuciones desatadas por los monarcas Asdingos contra la Iglesia Católica y a despecho de sus tentativas de establecer la unidad confesional del reino vándalo en torno a la fórmula de Nike, lo cierto es que el arrianismo nunca pasó de ser la fe de una minoría de la población norteafricana. Durante un siglo, la Iglesia arriana, había sido, ante todo, la Iglesia de la clase dirigente germana y de la monarquía, cuyo poder justificaba teológicamente. La brusca desaparición de ésta última junto con la élite vándala y su rápida sustitución como grupo rector por los funcionarios civiles y los altos mandos del ejército imperial, redujo el apoyo de que gozaba la Iglesia arriana al que pudieran prestarle los diversos elementos germánicos integrados en las fuerzas militares romanas. Como el tiempo se encargaría de demostrar, esta base era bastante frágil. La ley promulgada por Justiniano en la primavera de 535 consagraba la unidad confesional de la nueva praefectura Africae, al tiempo que contribuía decisivamente a derribar un edificio eclesiástico que, una vez eliminada la monarquía vándala, carecía de funcionalidad.

A medida que se aproximaba la vigilia de Pascua de 536, fue creciendo el descontento entre los soldados arrianos, ya que, de acuerdo con la legislación que acababa de entrar en vigor, aquel año sus obispos no podrían administrar el bautismo a los catecúmenos. El propio clero arriano contribuía, en buena medida, a enardecer los ánimos, incitando a los fieles a la rebelión. Pronto se organizó un complot para asesinar a Salomón en la catedral de Cartago, mientras asistía a los oficios católicos de Pascua. No obstante, en el momento crítico, los conjurados no fueron capaces de llevar a cabo su plan. Con todo, una parte de las tropas abandonó la ciudad y se dedicó a saquear sus alrededores. El resto de la guarnición permaneció cuatro días indecisa, al quinto se congregó en el hipódromo de Cartago y designó como su líder a Teodoro de Capadocia, un general que Justiniano había enviado a Africa con tropas de refuerzo en 534. A continuación, los amotinados asaltaron el palacio del praefectus y pasaron por las armas a todos los hombres leales al gobierno, que allí encontraron. Con la ayuda de Teodoro, que pese a todo permanecía leal al praefectus, Salomón, Procopio y el dux foederatorum Martín escaparon a bordo de un barco. Martín desembarcó en Missua (Sidi-Daoud), desde donde se dirigió a la Numidia, a fin de reunirse con el dux foederatorum Valeriano y ganarse a las guarniciones de la provincia. Salomón y Procopio continuaron viaje hasta Siracusa, donde pensaban reunirse con Belisario, quien acababa de conquistar la isla<sup>23</sup>.

Por su parte, los rebeldes, tras haber saqueado Cartago, se congregaron en la llanura de Bulla Regia, donde eligieron como nuevo líder a Stozas, antiguo doryphoros de Martín, ya que Teodoro de Capadocia, fiel al emperador, se había quedado en la capital de la praefectura Africae, al mando de las escasas fuerzas, que aún permanecían leales al gobierno de Constantinopla. Los amotinados decidieron marchar sobre Cartago

y poner fin, cuanto antes, a la resistencia de Teodoro. Las fuerzas rebeldes estaban compuestas por 8.000 desertores bizantinos y 1.000 guerreros vándalos, 400 de los cuales pertenecían a uno de los destacamentos de Vandali Justiniani, que había regresado a Africa desde Mytilene (Lesbos), cuando se hallaban de camino hacia Oriente. A esta muchedumbre se unió un número indeterminado de esclavos, sin duda, descontentos con el retorno de los antiguos propietarios romanos<sup>24</sup>.

En tales circunstancias, la llegada de Belisario resultó providencial. El general desembarcó en Cartago, en compañía de Salomón y 100 bucellarii. Los rebeldes, apenas tuvieron constancia de este hecho, levantaron el cerco y se retiraron en desorden. Sin demora, Belisario reunió a los 2.000 soldados fieles al emperador, que permanecían en la ciudad, bajo el mando de Teodoro de Capadocia, y marchó contra el enemigo. Los dos ejércitos se encontraron en Membressa (Medjez el-Bad), donde Belisario infligió una aplastante derrota a las tropas de Stozas, las cuales se replegaron hacia la Numidia. Acto seguido, el general y Salomón regresaron a Sicilia, dejando al frente de la guarnición de Cartago a Teodoro de Capadocia y a Ildiger, yerno de Antonina<sup>25</sup>. Desde este momento en adelante, Belisario ya no volverá a ocuparse de los problemas africanos, enfrascado como estaba en la campaña contra los ostrogodos.

Apenas hubo partido el general, Marcelo, dux Numidiae, salió al encuentro de los rebeldes, con todas las tropas que estaban a su mando. Topó con el adversario en Gadiaufala (Ksar Sbehi). Pero, desafortunadamente, sus hombres se pasaron a las filas del enemigo. Ante el giro experimentado por los acontecimientos, Marcelo y sus oficiales, Cirilo, Barbato, Terencio y Serapis, buscaron asilo en una iglesia. Stozas les prometió que si se rendían les perdonaría la vida. Sin embargo,

no cumplió su palabra. Apenas abandonaron el santuario, los hizo degollar<sup>26</sup>.

Ante la gravedad de los acontecimientos que se estaban desarrollando en Africa, Justiniano decidió designar a dos hombres de su entera confianza, para que se hiciesen cargo del gobierno de la praefectura, nombrando magister militum a su primo, el patricio Germano, y praefectus praetorio al senador Símaco. Las nuevas autoridades desembarcaron en Cartago a comienzos del otoño de 536. Germano actuó con rapidez. En cuanto hubo tomado posesión de su cargo, hizo público que Justiniano le enviaba para satisfacer las peticiones del ejército. A lo largo de 537, puso en marcha una serie de medidas destinadas a ganarse a los rebeldes. Amnistió a todos aquellos que se entregaron y, además, les pagó la soldada correspondiente a los meses que habían permanecido en rebelión. De este modo, se ganó a muchos de los amotinados. Stozas, consciente de lo precaria que se estaba tornando su posición, decidió marchar nuevamente sobre Cartago. Pero Germano le salió al encuentro y le derrotó en Ad Cellas Veteres. Al comprobar que todo estaba perdido, Stozas huyó hacia el oeste con parte de sus hombres y algunos vándalos fieles. Finalmente, se instalaría en la antigua Mauritania Tingitana, donde se casó con la hija de un caudillo mauro<sup>27</sup>.

En 538 se produjo una nueva tentativa de rebelión. En esta ocasión encabezada por Maximino, uno de los bucellarii del propio Germano. La conjura fue abortada antes de que los implicados tuvieran la suficiente fuerza como para imponerse por las armas. Los soldados fieles al emperador neutralizaron a los conspiradores, que, con excepción de Maximino, se habían congregado en el hipódromo, en espera de que se les uniese la mayor parte de la guarnición de Cartago. Inmediatamente después, Maximino fue arrestado. Con gran pericia, Germano evitó una purga

sangrienta, que hubiera disgustado al ejército, haciendo recaer toda la responsabilidad sobre Maximino, a quien mandó empalar junto a las murallas de Cartago<sup>28</sup>.

A comienzos del verano de 539, Salomón volvió a hacerse cargo del gobierno de Africa. Justiniano le había conferido simultáneamente los cargos de praefectus praetorio y magister militum, poniendo bajo su mando tropas de refuerzo. Por segunda vez en los últimos cinco años, los poderes civil y militar, rigurosamente separados en el sistema diocleciano, recaían sobre una misma persona. Tal medida tenía un carácter puramente coyuntural, ya que, una vez se hubiese procedido a restablecer la paz y el orden, se retornaría a la clásica división de poderes. Sin embargo, resulta obvio que estas disposiciones excepcionales, preludian las reformas administrativas que, algunas décadas más tarde, llevará a cabo el emperador Mauricio (582-602), a través de la creación de los exarcados de Cartago y Ravenna.

Apenas hubo desembarcado en Africa, Salomón ordenó la expulsión de cuantos vándalos quedaban en la praefectura. El decreto del gobernador iba, especialmente, dirigido contra las mujeres de origen germano casadas con soldados bizantinos, ya que Salomón las consideraba responsables de haber inducido a sus cónyuges a unirse a la rebelión de Stozas contra la autoridad del gobierno de Constantinopla. A continuación, reemprendió su viejo proyecto de someter a los mauros de la región del Aurés. Tras haberlos derrotado en el campo de batalla, consiguió que la mayor parte de ellos se retirasen hacia el sur y hacia el oeste. Sólo Iaudas con 20.000 guerreros permaneció en la zona, adentrándose en el interior de las montañas. De todos modos, al final, habría de claudicar y partir hacia la Mauritania, abandonando su rico tesoro a los bizantinos. Para entonces, sólo dos importantes

principados mauros, aliados del Imperio, sobrevivían en el interior de las provincias romanas: el de Antalas en Byzacium y el de Coutzina en la Numidia<sup>29</sup>.

Después de haber sometido a la autoridad del Imperio la Numidia, Salomón pasó a la antigua Mauritania Sitifensis. No parece que haya encontrado oposición por parte de las tribus beréberes que dominaban la antigua provincia romana, puesto que en su inmensa mayoría debían ser aliadas del Imperio. En especial el rey de los Ucutumani, que controlaba la región que se extiende entre Sitifis e Igilgili, y Ortaias o Vartia, el príncipe mauro que gobernaba los montes de Hodna, estaban bastante romanizados y debieron aceptar sin problemas la presencia de tropas bizantinas. De hecho, en virtud de los pactos firmados por estos caudillos con Belisario, ellos mismos se comprometían a participar activamente en la defensa del territorio imperial<sup>30</sup>. Con la reconquista de lo que Procopio denomina "el país de Zabe", el Africa bizantina alcanzó su máxima extensión; menor que la del Africa romana, pero mayor que la del dominio vándalo:

"Y después de que los mauros se hubieron retirado de la Numidia,..., la tierra de Zabe, que está más allá del monte Aurasium y se denomina Mauritania Prima, cuya metrópoli es Sitifis, fue anexionada al Imperio romano como provincia tributaria"<sup>31</sup>.

La Mauritania Prima debió reunir, a partir de este momento, los restos de las antiguas Mauritania Sitifensis y Caesariensis, trasladándose su capital de Caesarea a Sitifis. Mientras que la Mauritania Secunda continuaría estando compuesta únicamente por la plaza fortificada de Septem<sup>32</sup>. Al referirnos a los restos de la Cesariensis, conviene aclarar que, en esta



época, el caudillo beréber Mastigas dominaba toda la antigua provincia romana, sometiéndola a tributo, con excepción de la ciudad de Caesarea, que permanecía bajo control imperial. No tenemos noticia de que los bizantinos hayan tenido problemas con este monarca, de lo que podemos deducir que existía un acuerdo amistoso. Seguramente, Mastigas fuese uno de los príncipes de la Mauritania, que tras la ocupación de Cartago por las tropas de Belisario, envió emisarios para sellar un pacto con el Imperio. Esta alianza debió mantenerse en vigor durante largo tiempo, ya que ninguna de nuestras fuentes hace alusión al estallido de conflictos en la zona, ni considera que los mauros constituyesen una amenaza para el dominio imperial sobre el puerto de Caesarea<sup>33</sup>.

Con posterioridad a 539, en una fecha aún por concretar, las tropas bizantinas conseguirían apoderarse de algún otro enclave aislado sobre el litoral este de la Caesariensis, así como de varias ciudades de la costa occidental de la Sitifensis. Con todo, Bizancio jamás llegaría establecer un corredor terrestre, que pusiese en comunicación estos puertos. El único contacto posible se efectuaba por vía marítima<sup>34</sup>.

Haciendo uso del tesoro de Iaudas, Salomón financió la construcción de defensas fronterizas, que protegiesen los territorios recuperados<sup>35</sup>. En este aspecto, su obra seguía las directrices del gobierno imperial, que, tras la conquista del reino vándalo, había diseñado todo un sistema defensivo para las provincias africanas. Se trataba de establecer un limes en profundidad, constituido por una línea fronteriza de puestos fortificados, castra et castella, tras la cual se alzaba toda una serie de ciudades amuralladas. De tal modo, si los invasores mauros lograban atravesar la primera barrera, se encontrarían en el interior de un territorio guarnecido por núcleos de defensa

aislados, que llegaban hasta la costa. Dado que los beréberes, al igual que otros pueblos bárbaros, desconocían la poliorcética, les sería muy difícil apoderarse de núcleos urbanos estratégicos e instalarse de manera permanente en las zonas más fértiles de las provincias romanas<sup>36</sup>.

Este tipo de organización defensiva de las fronteras, con el tiempo, se extenderá a buena parte del Imperio. Justiniano se encargó de establecerlo en el Illyricum y en las Thraciae, regiones amenazadas por las constantes incursiones de búlgaros y eslavos. En el suroeste hispánico debió imponerse tras la conquista imperial de 552-555, mientras que en Italia sólo se instaurará de manera definitiva después de la irrupción de los lombardos en 568. Por el contrario, la frontera oriental, bastante tranquila durante todo el siglo VI, si se exceptúa las invasiones persas de 540 y 573, no estuvo adecuadamente atendida, hasta el punto de que la línea de fortificaciones situada en los bordes del desierto de Siria quedó prácticamente abandonada, y sólo las ciudades amuralladas ofrecían refugio a la población en caso de peligro<sup>37</sup>.

En el territorio africano, el sistema de defensa bizantino dispuso de los efectivos militares necesarios para sostener el dominio imperial. El ejército de campaña estaba compuesto por algunos excubitores de la guardia imperial destacados en la región; foederati bárbaros mercenarios; contingentes indígenas de gentiles; y, sobre todo, por milites comitatenses. Para proteger el limes frente a los mauros se organizó un ejército de frontera compuesto por soldados-campesinos o limitanei, que defendían los castra et castella situados sobre puntos estratégicos en las rutas de tránsito hacia los territorios dominados por el Imperio. Al mismo tiempo, estos soldados cultivaban parcelas de tierra, que les habían sido

entregadas por el estado, en las proximidades de los enclaves fortificados que custodiaban. Por lo general, vivían con sus mujeres e hijos en un hábitat concentrado, próximo a los castra et castella, que podían servirles de refugio en caso de peligro. Poco sabemos sobre el tipo de tierras en que fueron asentados. Una inscripción procedente de Ain-el-Ksar en la Numidia, lugar donde se ha localizado uno de estos puestos fronterizos, presumiblemente atendido por una guarnición de limitanei, nos informa de que los soldados habían recibido lotes de tierra pertenecientes a un dominio imperial. Aunque el dato es digno de tenerse en cuenta, es imposible generalizar semejante uso a toda la praefectura, a partir de una referencia aislada<sup>38</sup>.

La obra de afirmación del poder bizantino sobre el norte de Africa, llevada a cabo por Salomón, resultó verdaderamente eficaz, no sólo en el plano militar, sino también en el administrativo. Es muy probable que, bajo la prefectura de Símaco, se completase la reorganización del sistema fiscal africano, lo que permitiría a Salomón extenderlo a nuevos territorios, tras la conquista de la antigua Sitifensis, y recoger los frutos de la tributación<sup>39</sup>. Sin embargo, toda su labor pronto se vería sometida a una dura prueba.

## 2.2. Rebeliones militares y guerras mauras (543-565).

El período de paz que conoció Africa entre 539 y 543, vino marcado por el desarrollo de la prosperidad económica y la consolidación del sistema de defensa bizantino frente a los pueblos mauros. No obstante, el panorama cambió, de manera radical, con la llegada de la peste bubónica. Según nos cuenta Evagrio, la plaga, que se manifestó por primera vez en el mundo Mediterráneo en 541, procedía de Etiopía<sup>40</sup>. Todos los indicios apuntan a que la epidemia pudo haber llegado hasta el reino

abisinio de Axum desde la región de los grandes lagos del Africa central, o desde el Extremo Oriente, ya que en ambas regiones se han detectado focos endémicos de peste bubónica, y con ambas mantuvieron estrechos lazos comerciales los etíopes en el siglo VI. Anualmente, una expedición penetraba en el interior del continente africano en busca de oro; y en Adulis, el mayor puerto de Etiopía, fondeaban barcos procedentes de Arabia, India, Ceilán y China<sup>41</sup>.

La peste ascendió por el mar Rojo hacia el norte, y penetró en el Imperio durante la primavera de 541<sup>42</sup>, probablemente a través del golfo de Suez, donde se hallaba el único puerto romano abierto al tráfico con Etiopía, Clysma<sup>43</sup>. En sus muelles se descargaban mercancías que previamente habían pasado por Adulis. Se trataba de productos exóticos, importaciones de lujo, que satisfacían las demandas de los grupos privilegiados de la sociedad bizantina<sup>44</sup>.

Desde Clysma, la epidemia debió viajar a través de la Augustamnica Prima hasta la ciudad mediterránea de Pelusium, primer centro urbano de cierta entidad, donde procopio situará un brote epidémico en el interior del Imperio. Al llegar a este punto, la línea de difusión seguida hasta entonces se bifurcó en dos direcciones divergentes: una por la costa oeste hacia Alejandría y otra por el litoral nordeste hacia Antioquía de Siria. De manera invariable, los primeros focos de contagio se dieron en los puertos. Sólo después de haber hecho presa en ellos, la peste penetraba hacia el interior; lo que demuestra que el mal viajó por las habituales rutas mercantiles del mundo mediterráneo, en las bodegas, plagadas de roedores infectados, de los cargueros comerciales. Así, por ejemplo, en el caso de Egipto, la epidemia no subió por el cauce del Nilo hasta alcanzar su desembocadura, sino que, por el contrario, remontó el curso

del río desde la región del delta, donde se hallaban Alejandría y Pelusium<sup>45</sup>.

En el transcurso de la primavera de 542, la plaga, que el otoño anterior había devastado todo Egipto, arrasó ahora la ciudad de Constantinopla, adonde llegó, procedente de Alejandría, a bordo de los mercantes que transportaban el trigo egipcio, necesario para el aprovisionamiento de la capital. Al mismo tiempo, la epidemia se propagó por Palestina y Siria, causando especiales estragos en Antioquía, la cual aún no se había recuperado del saqueo y destrucción que sufriera a manos de los persas en 540<sup>46</sup>.

A fines del otoño de 542, la peste ya había devastado buena parte de las tierras del Mediterráneo oriental. Egipto, Palestina, Siria, las Thraciae y el Illyricum habían padecido su presencia<sup>47</sup>. Probablemente, para estas fechas también la hubiesen conocido algunos puertos mediterráneos del Asia Menor. A comienzos de la primavera de 543, la peste penetró en la Persia de los Sasánidas. Cosroes I, que planeaba invadir el Imperio romano, se vio obligado a replegarse con sus tropas hacia Asiria, para evitar que el ejército se contagiase, ya que la calamidad azotaba la Media Atropatene, el actual Azerbaidján<sup>48</sup>.

Aquel mismo año Occidente habría de conocer los primeros brotes de peste. Africa, Italia e Hispania serían las primeras damnificadas. Las Galias y Germania la conocerían algo más tarde. El Additamentum al Chronicon del comes Marcelino señala que precisamente en 543 una mortalitas magna devastó toda Italia, después de haber arrasado Oriente y el Illyricum<sup>49</sup>. Por las mismas fechas la mortandad alcanzó las costas del Africa bizantina. Flavio Coripo, el célebre poeta africano del siglo VI, nos ha legado un relato versificado en su Iohannidos, poema

dedicado al general Juan Troglita. Destaca el hecho de que mientras las ciudades de la costa sufrieron el azote con virulencia, las tribus mauras del interior se vieron libres de la plaga, lo que les facilitaría, pocos meses después, la penetración en las provincias romanas, desprotegidas como estaban, a causa de las bajas que la peste había provocado entre los soldados de los destacamentos militares bizantinos<sup>50</sup>.

Con todo, no se puede atribuir a los estragos de la peste el cambio de signo en las relaciones entre el Imperio y los pueblos mauros. Aunque la epidemia facilitó las incursiones beréberes contra el territorio romano, el factor causal que desencadenó, una vez más, la guerra fue de índole socio-política. Como señala Ch. Courtois, desde la perspectiva de la historia del norte de Africa, el suceso fundamental que marca el siglo que se extiende desde la invasión vándala a la restauración imperial es el resurgimiento del mundo beréber<sup>51</sup>. Este fenómeno, que va asociado a la constitución de toda una serie de principados mauros, no se paralizó con la llegada de los bizantinos. Si bajo la monarquía vándala asistimos a la primera fase de expansión territorial de varios poderoso reinos beréberes, bajo el dominio imperial presenciamos la formación de grandes coaliciones dispuestas a combatir a los efectivos enviados por el gobierno de Constantinopla. Partiendo de este marco de referencia general, pasaremos a analizar los elementos coyunturales que provocaron el estallido de la nueva crisis.

En 543, de manera paralela a la llegada de la peste a Africa, Sergio, sobrino de Salomón, fue nombrado dux Tripolitaniae por el emperador Justiniano. Se trataba de un joven "immaduro tanto en carácter como en años, dominado hasta el exceso por la desconfianza y un espíritu de desprecio hacia todos los hombres, afeminado e hinchado de orgullo". De acuerdo con el

testimonio de Procopio de Caesarea, Sergio carecía de la experiencia necesaria para asumir el cargo militar que le había sido otorgado. Su único mérito consistía en ser el pretendiente de Joannina, la hija del general Belisario y de Antonina, amiga íntima de la emperatriz Teodora<sup>52</sup>. En cualquier caso, conviene precisar que Procopio se muestra bastante hostil hacia la Augusta y sus protegidos, por lo que, seguramente, el retrato negativo que nos ofrece de Sergio forma parte de una lectura sesgada, o cuanto menos parcial, de su obra política.

Poco tiempo después de haber desembarcado en Leptis Magna, Sergio se enfrentó a un delicado problema, que no logró resolver convenientemente. La tribu maura de los Levathae se presentó ante los muros de la ciudad, para solicitar al nuevo representante del basileus la firma de un pacto y la entrega a de las insignias correspondientes a la dignidad principesca de sus jefes. Sergio, aconsejado por Pudencio, el mismo personaje que había entregado la Tripolitania a los bizantinos, recibió en el interior de Leptis Magna a 80 delegados bárbaros, todos ellos hombres principales de la tribu. Tras jurar sobre los evangelios que prestaría atención a sus demandas, los invitó a un banquete. Ahora bien, en el transcurso de la cena se suscitó una polémica, cuando uno de los jefes mauros acusó a las tropas imperiales de haber robado sus cosechas. En el tumulto que se produjo a continuación, los bucellarii de Sergio masacraron a todos los notables mauros. Tan sólo uno logró escapar. Al conocer la noticia, la tribu entera de los Levathae se alzó en armas contra los bizantinos. Pese a que en principio Sergio logró derrotar a los rebeldes, con pérdida de la vida de Pudencio, pronto la insurrección se extendió a otras zonas de la praefectura<sup>53</sup>. Se abre así un nuevo período de inestabilidad política e intensa actividad militar que se prolongará durante cinco años.

Antalas, rey de los Frexas, hasta aquel momento aliado del Imperio, se unió a los sublevados y comenzaron a devastar la provincia de Byzacium. Los motivos que provocaron esta nueva defección parecen bastante obvios. Recientemente, Salomón había hecho ejecutar por traición a Guarizila, hermano del príncipe beréber, suspendiendo, al mismo tiempo, el pago del subsidio que Bizancio entregaba cada año a los Frexas. Ante el cariz que comenzaban a tomar los acontecimientos, Salomón decidió concentrar en Cartago el mayor número posible de tropas. Con tal propósito en mira, hizo llamar a su sobrino Sergio y al hermano de éste, Ciro, que, a la sazón, ocupaba el cargo de dux Pentapolis. Ambos acudieron en compañía de cuantos hombres pudieron sustraer a la defensa de sus respectivas provincias. Por otra parte, Salomón contaba con el apoyo de Coutzina, cuya jefatura reconocían diversas tribus de la Numidia. Precisamente, gracias al apoyo de los aliados mauros, el magister militum consiguió aplastar a las fuerzas de Antalas en Theveste, a comienzos de la primavera de 544. No obstante, pocos días después, la indisciplina de los soldados bizantinos y la superioridad numérica del enemigo provocaron el desastre. El ejército imperial fue derrotado por Antalas en la batalla de Cillium (Kasserine), en Byzacium, donde Salomón encontró la muerte combatiendo junto a sus bucellarii<sup>54</sup>.

Sergio sucedió a su tío en el magisterium militiae Africae. Sin embargo, su manifiesta incapacidad para el mando y sus constantes abusos de poder, pronto le granjearon el odio y el desprecio del ejército imperial y de los provinciales afrorromanos. Además, su persona era un obstáculo para la pacificación de la praefectura. Una carta dirigida por Antalas al emperador resulta muy reveladora al respecto. En el documento, el rey de los Frexas hacía saber a Justiniano que estaba dispuesto renovar su alianza con el Imperio, a condición de que



sustituyese al sobrino del hombre que había hecho ejecutar a su hermano por un nuevo magister militum. El basileus rechazó esta oferta de paz; sin duda, presionado por el poderoso círculo de la emperatriz Teodora, que no estaba dispuesta a consentir que su favorito fuese destituido para satisfacer las demandas de un bárbaro<sup>55</sup>.

Entre tanto, la situación africana se iba deteriorando. Si bien los Levathae se habían retirado a su territorio, tras recibir 3.050 sueldos de oro de la población de Laribus (la antigua Lares); Antalas, al que se había unido el rebelde Stozas, sembraba el pánico y la destrucción en Byzacium. Los provinciales instaron a tomar las armas a Juan, hijo de cierto Sisiniolo, llegado a Africa como uno de los miembros del alto estado mayor de Salomón en 539. Pero a despecho de los esfuerzos de éste y del dux Byzacii Himerio, Stozas se apoderó de Hadrumentum y la saqueó. Poco después, la ciudad fue recuperada por los imperiales. Con todo, los mauros y las tropas de Stozas continuaron devastando la provincia. La población romana se refugió en las ciudades o huyó a Sicilia y otras islas mediterráneas próximas a la costa africana. Los miembros más destacados de la nobleza prefirieron dirigirse a Constantinopla, donde podían hacer oír sus quejas al emperador<sup>56</sup>.

La presión de los exilados obligó a Justiniano a tomar una serie de medidas, destinadas a poner fin a la crisis africana. Aunque no destituyó a Sergio, le designó un colega en el ejercicio del magisterium militiae Africae. Se trataba del patricio Aerobindo, marido de su sobrina Proiecta, y uno de los miembros más destacados de la nobleza senatorial de Oriente. Sin embargo, carecía de cualificación militar y no estaba capacitado para desempeñar la misión que se le había confiado. El emperador también nombró un nuevo praefectus praetorio Africae. El elegido

fue Atanasio, quien poseía gran experiencia administrativa, ya que había servido como praefectus praetorio Italiae. En compañía de Areobindo y Atanasio fue enviado un pequeño ejército de refuerzo, compuesto en gran parte por tropas de origen armenio, al mando de los hermanos Artabanes y Juan, descendientes de la casa real de los Arsácidas. Además, Justiniano dividió las áreas sobre las que Sergio y Areobindo ejercerían su comandancia militar. Mientras al primero se le encargó pacificar la Numidia, donde Coutzina y Iaudas, que deseaba recuperar su reino, acababan de alzarse en rebelión; al segundo le correspondió Byzacium, arrasada por las acciones de Antalas y Stozas<sup>57</sup>.

En la primavera de 545, Areobindo desembarcó en Cartago. Le acompañaban su hermana, su esposa Proiecta y el praefectus praetorio Atanasio. Ofendido por el envío de un colega, Sergio abandonó la ciudad, para combatir a los rebeldes de la Numidia. Por su parte, Areobindo ordenó a Juan, hijo de Sisiniolo, que marchase contra Antalas y Stozas, quienes habían penetrado en la Zeugitana y acampaban en Sicca Veneria, a tan sólo tres jornadas de Cartago. Como precisase refuerzos para hacer frente al enemigo, solicitó la colaboración de Sergio, pero éste no acudió a la llamada de Areobindo; por lo que Juan tuvo que hacer frente a Antalas y Stozas con efectivos muy inferiores, a los que hubiesen sido necesarios para garantizar la victoria. El encuentro entre los dos ejércitos tuvo lugar en Thacia (Bordj Messaoud), en el camino de Sicca Veneria a Cartago. Aunque en el transcurso de la batalla Juan hirió mortalmente a Stozas, las fuerzas imperiales fueron completamente derrotadas. De hecho, en los últimos momentos del combate, el propio Juan hallaría la muerte<sup>58</sup>.

Cuando Justiniano tuvo noticia de la catástrofe de Thacia, llamó a Sergio de vuelta a Constantinopla y le envió a

Italia con un ejército, para luchar contra los ostrogodos del rey Totila (541-553). A partir de este momento, Areobindo se convirtió en la única y suprema autoridad militar del norte de Africa. Sin embargo, la estabilidad de su posición pronto se vio amenazada por Guntarico, dux Numidiae, quien entró en negociaciones secretas con Coutzina y Iaudas, a fin de que uniesen sus fuerzas a las de Antalas y Juan, sucesor de Stozas, y marchasen sobre Cartago. Ante el avance de los mauros y desconociendo la existencia de un complot destinado a derrocarlo, Areobindo reunió un importante contingente de fuerzas y puso a Guntarico al mando de ellas. Pero el dux Numidiae aprovechó la ocasión que se le brindaba para hacerse con el poder. Al comprobar que había sido traicionado, Areobindo decidió refugiarse con su esposa, su hermana y unos pocos fieles en un monasterio fortificado, que había fundado Salomón en las afueras de Cartago. Entre tanto, Guntarico se apoderó de la ciudad. Algunos días después, y pese a haber dado palabra de dejarle en libertad, hizo asesinar al infortunado Areobindo. En cambio, permitió que el praefectus praetorio Atanasio conservase la vida, en atención a su avanzada edad<sup>59</sup>.

Con todo, la situación de Guntarico era bastante incierta, de ahí que proyectase unirse en matrimonio a la viuda de Areobindo. Antalas, que había regresado a Byzacium, se alió con el dux de esta provincia, Marcencio, quien permanecía leal al gobierno de Constantinopla. A comienzos de 546, Artabanes, el joven jefe del destacamento armenio que había llegado a Africa con las tropas mandadas por Areobindo, fue enviado por Guntarico contra Antalas. Pero el comandante entabló negociaciones con el enemigo y retornó a Cartago, haciendo saber a Guntarico que sólo una fuerza muy superior sería capaz de pacificar Byzacium. Guntarico decidió ponerse él mismo al mando de la expedición. Pero durante un banquete, que se celebró en vísperas de su

partida, fue asesinado por Artabanes. A continuación, fueron ejecutados todos los amigos y cómplices del tyrannus, entre los que se encontraban los vándalos que seguían a Stozas. El líder de estos último, Juan, fue enviado a Constantinopla, donde le serían amputadas las manos antes de subir al patíbulo<sup>60</sup>.

A fines del verano de 546, Artabanes, que había venido desempeñando el cargo de magister militum Africae desde la muerte de Guntarico, regresó a Constantinopla, donde fue nombrado cónsul, comes foederatorum y magister utriusque militiae praesentalis; si bien la emperatriz Teodora, deseosa de limitar su poder, le obligó a reconciliarse con su esposa repudiada, impidiéndole, de tal modo, optar a la mano de la viuda de Areobindo, a quien el joven general ambicionaba desposar, para, de este modo, poder entrar a formar parte la familia imperial. El macedonio Juan Troglita, que sucedió a Artabanes en el magisterium militiae Africae, desembarcó en Cartago a comienzos del otoño de 546, con un ejército que debía restaurar el orden en la praefectura. Puesto que el año anterior se había firmado la paz con Persia, Justiniano disponía de tropas suficientes para emprender la tarea de pacificar Africa. Juan Troglita era un militar con gran experiencia, ya que había servido como comandante de un regimiento de foederati durante la guerra de los vándalos, obteniendo, bajo el primer gobierno de Salomón, el cargo de dux. Más tarde, hacia 541, le encontramos tomando parte en la batalla de Nisibis como dux Mesopotamiae. Se trataba de un gran estratega, cuyas dotes resultarían indispensables, para acabar con las convulsiones que venían agitando Africa desde la muerte de Salomón<sup>61</sup>.

Cuando Juan Troglita desembarcó en Cartago se encontró con una situación explosiva. Iaudas, hostil a los bizantinos, dominaba nuevamente la región del Aurés. Antalas, que seguía

devastando Byzacium, había establecido una alianza con los Levathae o Austuriani, liderados por Ierna, y se había convertido en una amenaza para la propia Zeugitana. Sólo Coutzina había vuelto a establecer un pacto con el Imperio. Durante el invierno de 546-547, Juan obtuvo en Byzacium una resonante victoria sobre la coalición de tribus beréberes. Aunque Antalas logró huir, Ierna y varios millares de mauros encontraron la muerte en combate. Los imperiales lograron recuperar las enseñas militares que Salomón había perdido en la batalla de Cillium y las riquezas provenientes de las razzias efectuadas por los mauros en territorio romano<sup>62</sup>.

Tras la victoria, Juan Troglita abordó la tarea de reorganizar el limes, muy degradado a causa de los conflictos que habían tenido lugar en los últimos años. Desafortunadamente, la tranquilidad no duró demasiado. A comienzos del verano de 547, las tribus maurus de la Tripolitania, bajo la dirección de Carcasano, rey de los Ifuraces, se volvieron a rebelar, marchando sobre Byzacium. Rufino, dux Tripolitaniae, solicitó la ayuda de Juan, para hacer frente al enemigo. Pero, al parecer, parte de las tropas bizantinas habían sido transferidas a Italia, e Ifisdaias, un importante jefe beréber del sur de la Numidia, cuyo reino nos resulta difícil emplazar con precisión, se negaba a cumplir con sus deberes de aliado, porque estaba en malas relaciones con su vecino Coutzina. A despecho de las dificultades, Juan se internó en la Tripolitania, dispuesto a detener el avance de los mauros. Pero las tropas imperiales no estaban acostumbradas a efectuar trayectos por el desierto, y en cuanto comenzaron a escasear los víveres y el agua, se produjo un motín, que obligó al magister militum Africae a retirarse hacia la costa de la Pequeña Sirte. Derrotado por los beréberes en las proximidades de Marta (Mareth), Juan decidió retornar a la Zeugitana, y hacerse fuerte en Laribus, localidad bien

comunicada con Cartago y Numidia, provincia esta última donde los bizantinos contaban con el apoyo de las tribus mauras. Entre tanto, Antalas se unió a Carcasano, y ambos comenzaron a devastar Byzacium<sup>63</sup>.

---

Durante el invierno de 547-548, Juan Troglita reorganizó el ejército y logró que Ifisdaias y Coutzina llegasen a un acuerdo. Además, firmó una alianza con Iaudas. De este modo, se procuró un importante contingente de tropas aliadas. En la primavera de 548, marchó contra Antalas y Carcasano. Pero pronto surgieron problemas. Agotadas por varias semanas de marcha, en las que no habían tropezado con el enemigo, y hambrientas a causa de la escasez de víveres, las tropas bizantinas se amotinaron nada más llegar a Lariscus (La Skhira), puerto situado en la costa de la Pequeña Sirte, donde Juan había planeado instalar su base de operaciones. Sin embargo, en esta ocasión la revuelta fue sofocada sin problemas, ya que los aliados mauros no participaban en ella. Mientras tenían lugar estos acontecimientos, Antalas y Carcasano habían ocupado los Campi Catonis en el sur de Byzacium. Cerca de este lugar, en Latara, se libraría una cruenta batalla, de la que saldrían triunfadoras las tropas imperiales. Diecisiete príncipes beréberes cayeron en combate. Tanto Antalas como las tribus de la Tripolitania se vieron obligados a aceptar las humillantes condiciones de paz impuestas por los vencedores<sup>64</sup>.

A Juan Troglita, nombrado patricio tras la victoria de Latara, aún se le encomendaría la tarea de recuperar para el Imperio las islas de Corsica y Sardinia. Ambas habían sido ocupadas recientemente por el rey ostrogodo Totila, quien las había sometido a tributo. En el otoño de 551, Juan envió un importante número de soldados a bordo de una flota de naves; pero las tropas bizantinas fueron rechazadas por la guarnición que los godos habían establecido en Caralis. Al año siguiente, después

de la batalla de Busta Gallorum, en la que los godos fueron totalmente aplastados, las fuerzas imperiales pudieron ocupar las islas sin ningún problema. En cuanto a Juan Troglita no volvemos a tener noticias sobre su persona. Es probable que haya fallecido o que Justiniano le relevase de su cargo en 552, al mismo tiempo que al anciano praefectus praetorio Atanasio, sustituido por Paulo<sup>65</sup>.

Al concluir la guerra, la situación interna del Africa bizantina era bastante desalentadora. La peste y las incursiones mauras habían provocado el despoblamiento de amplias zonas de la praefectura, sobre todo en la provincia de Byzacium, con la consiguiente contracción de la actividad agrícola por falta de mano de obra. Además, los continuos saqueos y las operaciones militares habían provocado la destrucción de infraestructuras rurales y urbanas. Procopio de Caesarea destaca la situación de pobreza general que afectaba a la región<sup>66</sup>.

Afortunadamente, la paz establecida por Juan Troglita posibilitaría una lenta recuperación económica. Del largo período que se extiende de 548 a 563, poseemos escasa documentación que nos permita reconstruir la evolución interna del Africa bizantina. Especial interés revisten dos leyes relativas al colonato. La primera de ellas fue promulgada el 6 de septiembre de 552 y remitida al praefectus praetorio Paulo. En virtud de la misma, el emperador prohibía a los propietarios africanos reclamar aquellos colonos, que, bajo la monarquía vándala, hubiesen huido de sus tierras y llegado a establecerse como hombres libres; norma que se hacía extensible a sus descendientes. Sin embargo, los propietarios podían hacer valer sus derechos sobre los colonos que hubiesen abandonado el dominio a que estaban vinculados originalmente, para instalarse en las tierras de otro señor. Idénticas disposiciones se repiten en la

segunda de las leyes a que hacíamos referencia, publicada el 22 de septiembre de 558 y dirigida al praefectus praetorio Juan<sup>67</sup>.

Ambas constituciones apuntan el principal problema con que se encontraron los propietarios africanos a la hora de emprender la reconstrucción económica de la región: la escasez de mano de obra, que les obligó a reclamar a sus antiguos colonos. Como ya hemos señalado, las guerras y epidemias habían producido una grave crisis demográfica, cuyos efectos no sólo se dejaban sentir en Africa, sino en todo el mundo mediterráneo. Las medidas de Justiniano, a favor del mantenimiento de la libertad de antiguos colonos africanos que habían logrado establecerse por su cuenta, no deberían inducirnos a engaño. Numéricamente debían constituir una minoría. En cambio, el emperador tuvo buen cuidado en disponer que los colonos que hubiesen pasado de un dominio a otro fuesen reintegrados a aquel al que se hallaban vinculados originalmente. Sin duda, se trataba de una situación mucho más habitual que la primera, y, probablemente, era la que más inquietaba a los grandes propietarios.

Con el restablecimiento de la paz también se produjeron reajustes en el mapa administrativo. Como ya hemos tenido oportunidad de comentar, en 539 Salomón había ocupado un amplio territorio de la antigua Mauritania Sitifensis, integrándolo en la Mauritania Prima. No obstante, el De aedificiis de Procopio de Caesarea, publicado en 554, nos informa que la zona oriental de la antigua Sitifensis formaba parte de la Numidia<sup>68</sup>. Según Y. Duval, este cambio pudo haberse operado poco después de 546, fecha en la que el caudillo beréber Iaudas intentó recuperar su antiguo reino, obligando a los bizantinos a retirar tropas de la Sitifensis, para concentrarlas en la defensa de la vecina Numidia<sup>69</sup>. A comienzos del siglo VII, Jorge de Chipre en su Descriptio Orbis Romani, también incluye en la



Numidia la mayor parte de los restos de la Sitifensis; aunque registra la existencia de dos Mauritaniae, la Prima, que se reducía a la ciudad de Sitifis y algún otro enclave costero aislado, y la Secunda, en la que tan solo se incluye la plaza de Septem, dado que las islas Baleares formaban, junto con los territorios hispanos recuperados entre 552 y 555, la nueva provincia de Spania<sup>70</sup>. Es de destacar la pervivencia de las denominaciones oficiales de las distintas circunscripciones, aún cuando los límites geográficos asignados a las mismas hubiesen variado en función de los avatares políticos.

Durante los últimos años del reinado de Justiniano se produjeron nuevas convulsiones en el Africa bizantina. En diciembre de 562, el magister militum Africae Juan Rogatino hizo asesinar al príncipe beréber Coutzina en Cartago. Ignoramos que razones le impulsaron a deshacerse de este antiguo aliado del Imperio. En cualquier caso, los hijos del interfecto reaccionaron encabezando una nueva rebelión maura en la Numidia. El problema llegó a ser tan grave que, en la primavera de 563, Justiniano tomó la determinación de enviar desde Constantinopla a su sobrino Marciano, en sustitución de Juan Rogatino, al mando de un ejército, que restableciese la paz en la praefectura. No obstante, parece ser que las tropas imperiales no lograron someter por completo a los insurrectos. Debido a ello, en 564 o 565, el emperador nombró como prefectus praetorio Africae a Tomás, quien, según Coripo, consiguió llegar a un acuerdo con los mauros por vía diplomática (vicit consiliis, quos nullus vicerat armis). Se habría así un nuevo período de paz, que desdichadamente, no iba a durar mucho<sup>71</sup>.

Las tribus beréberes asentadas en las regiones montañosas de la Numidia y Byzacium y en los bordes desérticos de la Tripolitania, continuaron creando problemas a los

bizantinos. Como ya hemos visto, desde el mismo instante en que Belisario tomó posesión de Cartago, los representantes del gobierno de Constantinopla se apresuraron a concertar alianzas con los caudillos mauros, a fin de conseguir su colaboración militar y asimilarlos al Imperio. En el caso de los príncipes de la zona costera de las Mauritaniae y del litoral de las provincias bizantinas se llegó a acuerdos amistosos, que, sin duda, perduraron largo tiempo. En cambio, con los jefes de los pueblos instalados en las cordilleras de la Numidia y Byzacium o en los límites del desierto de la Tripolitania fue necesario recurrir, en repetidas ocasiones, a la fuerza de las armas, para hacerles respetar unos pactos, que con frecuencia quebrantaban.

Resulta evidente, pues, que no todos los grupos beréberes adoptaron la misma posición ante la restauración de la autoridad imperial en el norte de Africa. Factores de índole social explican este fenómeno. Aquellos pueblos cuyas élites nobiliarias se hallaban vinculadas directamente a las tradiciones urbanas de Roma, profesaban el cristianismo y habían sido capaces de constituir formaciones políticas que transcendían las relaciones de parentesco propias de la sociedad tribal, no dudaron en establecer ventajosas alianzas con el Imperio, a fin de consolidar su poder sobre la comunidad que gobernaban. Por el contrario, las poblaciones alejadas de los centros urbanos, entre las que pervivían cultos paganos y se conservaban intactas las estructuras socio-políticas de origen gentilicio, opusieron una tenaz resistencia a todo intento de asimilación por parte de Bizancio.

Tal dualidad de posiciones frente al restablecimiento del poder imperial en el norte de Africa nos es confirmada por los cronistas árabes, que suelen clasificar a las tribus beréberes en dos grandes grupos: Butr y Baranis. La diferencia

entre uno y otro no reside, como a veces se ha apuntado, en que los primeros fuesen nómadas y los segundos sedentarios. Existen demasiadas excepciones que hacen inaceptable esta hipótesis. Antes bien, parece que los Baranis podrían ser identificados con aquellos pueblos de las regiones costeras que habían desarrollado estructuras socio-políticas que transcendían el marco de la tribu y que establecieron relaciones cordiales con el Imperio; mientras que con el término Butr se denominaría al conjunto de poblaciones que, integradas en la confederación de los Levathae, dominaban la Tripolitania, conservando formas de organización social y política bastante arcaicas. Según Ibn Abd al-Hakam, los árabes, en su expansión hacia Occidente, se apoyaron en las tribus Butr, para dominar el territorio norteafricano<sup>72</sup>.

Pese a la amenaza que suponían, para la estabilidad de las provincias bizantinas, las rebeliones militares y las incursiones mauras, a fines del reinado de Justiniano, el dominio del Imperio sobre el litoral africano estaba bien asentado. La reconquista de Dalmatia, Sicilia e Italia, tema que abordaremos, más adelante, garantizaba a Constantinopla un control político absoluto sobre el Mediterráneo central. Así mismo, el establecimiento de bases militares en el sureste de la Península Ibérica permitiría al gobierno imperial consolidar su señorío en la zona del mar Baleárico y el estrecho de Gibraltar.



## NOTAS.

1. CJ, I, 27, 1. Sobre la inclusión de las islas Baleares en la provincia de Corsica, cf. VALLEJO GIRVES, M., Bizancio y la España Tardoantigua (SS. V-VIII): Un capítulo de historia mediterránea, Alcalá de Henares, 1.993, pp. 354-355; 369-370.
2. PROC., De bellis, IV, 20, 30.
3. Ibid., IV, 5, 5-7.
4. CJ, I, 27, 1. Sobre el plan de reformas administrativas llevado adelante por Juan de Capadocia entre 532 y 541, durante su segunda prefectura, cf. STEIN, E., Histoire du Bas-Empire, II, De la disparition de l'Empire d'Occident à la mort de Justinien (476-565), París, 1.959, pp. 463-480.
5. CJ, I, 27, 2.
6. PROC., De bellis, IV, 9, 1-2. Augusto reservó el triumphus únicamente para el emperador, concediendo a los generales las insignias triumphalia. El último triumphus celebrado por un personaje no perteneciente a la familia imperial, tuvo lugar en el año 19 a. C. Fue el de Lucio Cornelio Balbo. Cf. STEIN, E., op. cit., p. 320, n. 3.
7. PROC., De bellis, IV, 9, 3-9. Para el triumphus de Belisario, cf. McCORMICK, M., Eternal Victory. Triumphal Rulership in Late Antiquity, Byzantium and the Early Medieval West, Cambridge, 1.986, pp. 65-66; 125-128; 262.
8. Tras la conquista del reino vándalo, algunos de los oficiales de Belisario, hostiles a Justiniano, habían recomendado a su señor que se proclamase rey de Africa. Pero el joven general, fiel al emperador, se había negado a escuchar sus sugerencias, y había preferido regresar a Constantinopla, para no despertar las sospechas de Justiniano. Cf. PROC., De bellis, IV, 8, 1-5.
9. Ibid., IV, 9, 10-12. Sobre la relevancia de esta ceremonia, cf. McCORMICK, M., op. cit., pp. 126-128.
10. PROC., De bellis, IV, 9, 13-14.
11. Ibid., IV, 9, 15-16.

12. Ibid., II, 21, 4; IV, 14, 17. Sobre los Vandali Justiniani, cf. JONES, A. H. M., The Later Roman Empire. 284-602, Oxford, 1.964, p. 659.
13. PROC., De bellis, III, 11, 5-6; 9; 24, 19; IV, 8, 4; 23; JUST., Nov., XXXVI; XXXVII; THEOPHYL., Hist., II, 3, 13; 4, 12; CIL, VIII, 4.677.
14. PROC., De bellis, IV, 10, 6-12; 11, 1-56. CIL, VIII, 1.863.
15. PROC., De bellis, IV, 13, 1-39.
16. Ibid., IV, 8, 25; STEIN, E., op. cit., II, p. 321.
17. PROC., De bellis, IV, 15, 55.
18. JUST., Nov., XXXVI: Ut hi qui in Africa sunt intra quinquennium competentes sibi res usque ad certum gradum debeant vindicare.
19. PROC., De bellis, IV, 14, 8-10.
20. PRINGLE, D., The Defence of Byzantine Africa from Justinian to the Arab Conquest, Oxford, 1.981, p. 25.
21. Cabría destacar la diferencia existente entre la solución propuesta por el pontífice y acatada por la Iglesia africana en 534, y la que adoptará la Iglesia hispana del reino visigodo de Toledo en 589, en relación al clero arriano convertido al catolicismo. Como apunta ORLANDIS, J., "Los problemas canónicos de la conversión de los visigodos al catolicismo", La Iglesia en la España visigótica y medieval, Pamplona, 1.976, p. 48, en el caso del estado visigodo, "los obispos y clérigos arrianos fueron recibidos en la Iglesia Católica, respetándose la dignidad y el grado que habían ostentado en su propio clero". Semejante salida consensuada era posible en un estado romano-germánico, en donde se había pasado del arrianismo al catolicismo por decisión de su soberano; pero no en un territorio que, como el africano, acababa de ser reincorporado al Imperio romano. Aquí se imponía la observancia canónica más rigurosa. Por otra parte, cabría señalar que los padres reunidos en el Concilio de Cartago de 534, también, abordaron el viejo debate en torno a la independencia de los monasterios respecto a la sede episcopal más próxima. En este campo, el episcopado salvaguardó la exclusividad de su derecho a ordenar clérigos y consagrar oratorios. Sin embargo, reconoció a los monjes la facultad de elegir libremente a su abad. De producirse una disputa entre distintas facciones de una misma comunidad, abades foráneos efectuarían la elección. Sólo en caso de que, ni aún así, se solventase el conflicto, la

intervención del metropolitano de la provincia estaría plenamente justificada. Cf. HEFELE, K. J. von, A History of the Councils of the Church, IV, Edimburgo, 1.895, pp. 188-190.

22. JUST., Nov., XXXVII. El papa encomiaría a Justiniano por lo que, a su juicio, era una prueba más del celo que demostraba el soberano en la defensa de la fe; cf. Coll. Avell., 88.

23. MARCELL. COM. CONT., Chron. add., a. 535, 1; PROC., De bellis, IV, 8, 25; 14, 1; 4; 7; 11-42. Un análisis bastante lúcido sobre esta revuelta nos lo ofrece DIEHL, Ch., L'Afrique byzantine. Histoire de la domination byzantine en Afrique. 533-709, I, París, 1.896, pp. 77-80.

24. PROC., De bellis, IV, 14, 18; 15, 1-8

25. Ibid., IV, 8, 24; 15, 9-49; MARCELL. COM. CONT., Chron. add., a. 535, 1; CORIPP., Joh., III, 305-313; JORD., Rom., 369-370.

26. PROC., De bellis, II, 15, 50-59; JORD., Rom., 369.

27. PROC., De bellis, IV, 16, 3-17, 35; MARCELL. COM. CONT., Chron. add., a. 537, 3; CORIPP., Joh., III, 316-318; RAV., Cosmoqr., I, 3.

28. PROC., De bellis, IV, 18, 1-18.

29. PROC., De bellis, IV, 19, 1-20, 29; MARCELL. COM. CONT., Chron. add., a. 539, 5; 540, 4; CORIPP., Joh., II, 140-143; III, 301-304.

30. PROC., De bellis, III, 25, 3-5; MANZANO, E., "Beréberes de Al-Andalus: los factores de una evolución histórica", Al-Qantara, XI, 1.990, pp. 406-407.

31. PROC., De bellis, IV, 20, 30-31.

32. Para las distintas interpretaciones sobre el problema de las provincias más occidentales de la praefectura praetorio Africae, cf. DIEHL, Ch., op. cit., p. 469; DUVAL, Y., "La Maurétanie sitifienne à l'époque byzantine", Latomus, 29, 1.970, pp. 157-161; PRINGLE, D., op. cit., pp. 64-65.

33. PROC., De bellis, III, 25, 3; IV, 13, 19; 20, 30-33.

34. PRINGLE, D., op. cit., pp. 42; 108-109.

35. Ibid., IV, 20, 29.

36. Aunque el clásico estudio de DIEHL, Ch., op. cit., pp. 138-298, sobre el sistema defensivo del Africa bizantina aún puede resultar útil, hemos preferido seguir en lo que hace al tema el análisis de PRINGLE, D., op. cit., pp. 55-166, quien incorpora numerosos datos extraídos de los últimos hallazgos arqueológicos y efectúa una atenta revisión de las fuentes narrativas.

37. BARBERO, A.-VIGIL, M., "Sobre los orígenes sociales de la Reconquista: cántabros y vascones desde fines del Imperio romano hasta la invasión musulmana", Sobre los orígenes sociales de la Reconquista, Barcelona, 1.974, pp. 71-74; DUCELLIER, A., Bizancio y el mundo ortodoxo, Madrid, 1.992, pp. 118-122; LIEBESCHUETZ, J. H. G. W., "The Defenses of Syria in the Sixth Century", Studien zu den Militärgrezen Roms, II, Voträge des 10 internationalen Limes-kongresses in der Germania Inferior, Colonia, 1.977, pp. 487-499.

38. DIEHL, Ch., op. cit., pp. 125; 133-136; PRINGLE, D., op. cit., pp. 65-120

39. PROC., De bellis, IV, 19, 3-4; 20, 30; PRINGLE, D., op. cit., p. 27.

40. EVAGR., Hist. Eccl., IV, 29. Sobre la peste en el reinado de Justiniano, cf. BIRABEN, J.-N.-LE GOFF, J., "La peste dans le Haut Moyen Age", AnnESC, 1.969, pp. 1.484-1.510; FUENTES, P., "Las grandes epidemias en la temprana Edad Media y su proyección sobre la Península Ibérica", En la España Medieval, 15, 1.992, pp. 9-29.

41. BAYNES, N. H., El Imperio bizantino, Méjico, 1.949, pp. 169-170; STEIN, E., op. cit., II, pp. 101-105.

42. PROC., De bellis, II, 22, 9, asegura que la peste alcanzó Constantinopla en el segundo año de su andadura por territorio romano. Un edicto imperial fechado el 1 de marzo de 542 indica que, para entonces, la plaga ya se había cobrado numerosas víctimas en la capital. Según THEOPH., Chronogr., A.M. 6.034, en Constantinopla la eclosión del mal se habría producido en octubre de 541. Pero STEIN, E., op. cit., II, p. 841, sostiene que Teófanos confunde el primer brote que se dio en la capital con el acaecido en Pelusium, y, apoyándose en Procopio de Cesárea, Santiago de Edesa y Juan de Efeso, muestra como es preciso datar, aproximadamente, entre febrero y mayo de 542 el momento en que el azote barrió Constantinopla. No obstante, la afirmación de Teófanos no es necesariamente errónea, como creía E. Stein. No se debe olvidar que el estado importaba trigo egipcio, para alimentar a la población de la capital. La felix embola se enviaba todos los años en tres convoyes, que partían de



Alejandría en distintas fechas del verano. El último debía ser expedido antes del 10 de septiembre. Después la navegación se hacía peligrosa y quedaba oficialmente suspendida desde el 11 de noviembre al 10 de marzo. Procopio insiste en que la epidemia viajó siempre por mar; y dado que en la capital se hallaba presente antes de que se abriese la estación navegable, es lógico pensar que ya en octubre de 541 causara algunas víctimas; aunque su período álgido coincidiese con el final del invierno y los primeros meses de la primavera de 542.

43. PETR. DIAC., De loc. sanct., p. 116; STEIN, E., op. cit., II, p. 102.

44. Destacaban el ébano, las piedras preciosas, diversas drogas, el marfil, especias, oro, pieles, esclavos africanos, algodón y toda una gama de esencias aromáticas. Su precio se pagaba en moneda de oro romana, ya que el solidus aureus era el valor de cambio más apreciado en los mercados internacionales de la época; cf. COSM. INDICOPLEUST., Topogr. Christ., II, 138-148; XI, 338-339.

45. PROC., De bellis, II, 22, 6; EGER., Itiner., 7-9.

46. PROC., De bellis, II, 8, 1-9, 18.

47. MARCELL. COM. CONT., Chron. add., a. 543, 2.

48. PROC., De bellis, II, 24, 1-12.

49. Cf. supra, n. 47.

50. CORIPP., Joh., III, 342-392.

51. COURTOIS, Ch., op. cit., p. 325.

52. PROC., Anecd., V, 28-33; De bellis, IV, 21, 1.

53. PROC., Anecd., V, 28; De bellis, IV, 21, 2-15.

54. ID., De bellis, IV, 21, 16-28; MARCELL. COM. CONT., Chron. add., a. 541, 3; CORIPP., Joh., II, 28-40; III, 343-441; IV, 365-; VICT. TONN., Chron., a. 543. Entre los prisioneros capturados por los mauros en el campo de batalla de Cillium se encontraba Salomón el Joven, sobrino de Salomón, y hermano menor de Sergio y Ciro. El muchacho se hizo pasar por un esclavo vándalo de su tío y logró que los mauros le vendiesen a un médico de Laribus conocido suyo, estratagema que le permitió salvar la vida y recuperar la libertad; cf. PROC., De bellis, IV, 22, 12-20.

55. PROC., Anecd., V, 33; De bellis, IV, 22, 1-11.
56. ID., De bellis, IV, 22, 12-23, 32; MARCELL. COM. CONT., Chron. add., a. 543, 3; CORIPP., Joh., III, 442-460; IV, 1-81.
57. PROC., De bellis, IV, 24, 1-5; CORIPP., Joh., IV, 82-83.
58. PROC., De bellis, IV, 24, 5-15; MARCELL. COM. CONT., Chron. add., a. 545, 2; CORIPP., Joh., IV, 82-218; 429-435; VICT. TONN., Chron., a. 545.
59. PROC., De bellis, IV, 24, 16-26, 33; MARCELL. COM. CONT., Chron. add., a. 546, 3; 547, 6; CORIPP., Joh., IV, 219-242; JORD., Rom., 384; VICT. TONN., Chron., a. 546, 2.
60. PROC., De bellis, IV, 27, 1-28, 41; MARCELL. COM. CONT., Chron. add., a. 547, 6; CORIPP., Joh., IV, 359-373; 425-428; JORD., Rom., 384-385.
61. PROC., De bellis, III, 11, 5-6; IV, 3, 4; 28, 42-45; VII, 31, 2-15; MARCELL. COM. CONT., Chron. add., a. 547, 6; CORIPP., Joh., I, 110-124; 375-391; 469-472; III, 29-34; 293-301; 314-319; JORD., Rom., 385. Sobre el origen macedónico de Juan Troglita, cf. PARTSCH, J., MGH, AA, III, 2, p. XXV.
62. PROC., De bellis, IV, 28, 46; CORIPP., Joh., I, 159-416; 460-500; II, 1-3; 28-137; 188-234; 265-416; IV, 256-VI, 20. Para más detalles sobre las operaciones militares, cf. DIEHL, Ch., op. cit., pp. 363-371; PRINGLE, D., op. cit., pp. 33-35.
63. PROC., De bellis, IV, 28, 47-49; CORIPP., Joh., II, 77-83; VI, 104-VII, 149; 244-248; 286-287; DIEHL, Ch., op. cit., pp. 371-376; PRINGLE, D., op. cit., pp. 37-38.
64. PROC., De bellis, IV, 28, 50-51; VII, 17, 20-21; CORIPP., Joh., VI, 184-187; VII, 199-VIII, 656; JORD., Rom., 385; DIEHL, op. cit., pp. 376-380; PRINGLE, D., op. cit., pp. 38-39.
65. PROC., De bellis, VIII, 24, 31-37; JUST., App., VI; JORD., Rom., 385; DIEHL, op. cit., pp. 380-381; PRINGLE, D., op. cit., p. 39.
66. PROC., De bellis, IV, 28, 52; VIII, 17, 22.
67. JUST., App., VI.
68. PROC., De aed., VI, 7, 9-10; De bellis, IV, 20, 30-31.

69. DUVAL, Y., op. cit., pp. 159-160. Cf., DIEHL, Ch., op. cit., p. 334.
70. GEORG. CYPR., Descript. orb. rom., 668-674. Las escasas ciudades de la costa oeste de la Sitifensis, en las que la arqueología ha identificado asentamientos bizantinos, debieron continuar formando parte de la Mauritania Prima junto con alguna otra plaza de la Caesariensis, cf. PRINGLE, D., op. cit., pp. 42; 108-109.
71. JOH. MAL., Chronogr., pp. 495-496; CORIPP., Anast., 36-40; Laud. Just., I, 18-21; THEOPH., Chronogr., A.M. 6.055; CIL, VIII, 1.434.
72. MANZANO, E., art. cit., pp. 410-418.

### 3. La reconquista de Sicilia, Italia y Dalmatia.

Tras haber abordado el estudio de la restauración imperial en el norte de Africa, Corsica, Sardinia y las insulae Balearum, se hace necesario proceder al análisis de la intervención bizantina en el reino ostrogodo. No en vano, la reconquista de Sicilia, Italia y Dalmatia constituye un acontecimiento fundamental en la historia del mundo mediterráneo del siglo VI, ya que permitió al Imperio recuperar el control sobre las costas bañadas por los mares Adriático, Jónico y Tirreno, consolidando, así, su dominio sobre el Mediterráneo central. Por otra parte, un examen del proceso de desintegración del reino ostrogodo nos ayudará a situar y comprender mejor algunos de los sucesos, que, paralelamente, se estaban desarrollando en Africa e Hispania.

Nuestro estudio arranca de los últimos años del reinado de Teodorico el Grande, momento a partir del cual comienzan a manifestarse los síntomas de una grave crisis, que, a la larga, posibilitará la intervención militar del Imperio de Oriente en el reino ostrogodo. El príncipe Amalo, que en el fondo nunca dejó de considerarse un monarca federado del Imperio, había edificado una estructura estatal dualista. Dos comunidades, romana y gótica, cada una con sus propio derecho y religión, convivían pacíficamente sobre un mismo espacio geopolítico, sin llegar a fusionarse. El sistema no favorecía la aproximación entre la clase dirigente ostrogoda, a la que estaba reservada la función militar, y la aristocracia senatorial romana. Tras el fin del cisma de Acacio, la nobleza romana había vuelto su mirada hacia Constantinopla, obligando a Teodorico a tomar severas medidas represivas en contra de los sectores de la Iglesia y del Senado que obraban a favor de los intereses del Imperio. La desaparición del monarca, que en su lecho de muerte recomendó a

su sucesor que mantuviese buenas relaciones con el emperador y la aristocracia senatorial italiana, no contribuyó a clarificar el panorama.

Los clase dirigente ostrogoda se hallaba dividida, entre una minoría probizantina, que buscaba una alianza con Justiniano, y una mayoría partidaria de conservar sus propias señas de identidad germánicas, y de consolidar el poder godo sobre el reino de Italia, al margen de la autoridad del Imperio. En este contexto, cargado de tensiones, se producirá el estallido de un conflicto dinástico, indisolublemente vinculado a la división política. La eliminación de la facción probizantina a manos de su rival generará el pretexto que el basileus había estado esperando, para ordenar el desembarco de tropas imperiales en Sicilia.

La política exterior del reino ostrogodo, bajo el reinado de Teodorico, no se había caracterizado, precisamente, por sus buenas relaciones con Bizancio. Como se vio en su momento, hasta 497 el emperador rehusó, de manera sistemática, legitimar la autoridad regia del monarca ostrogodo sobre Italia, y, después de esta fecha, los períodos de fricción y aún de abierta hostilidad no habían sido infrecuentes. Ya hemos hecho referencia al virtual estado de guerra existente entre ambos poderes desde 504 a 510, y, como tendremos oportunidad de comprobar en este capítulo, entre 524 y 526 las relaciones del gobierno de Constantinopla con el de Ravenna pasaron por momentos muy difíciles. No resulta extraño, pues, que Justiniano aprovechara la primera oportunidad que se le presentó para intervenir en el reino ostrogodo.

La reconquista de Sicilia, Italia y Dalmatia fue un proceso largo y complicado, que procuraremos sintetizar lo más

posible, ya que no pretendemos describir con detalle los numerosos hechos de armas, que tuvieron lugar a lo largo de las casi dos décadas que duró el conflicto. La campaña triunfal de Belisario, que culmina en 540 con la caída de Ravenna, no es sino el prólogo de una serie de cruentas expediciones militares, que asolarán la Península Itálica, hasta la victoria definitiva de las fuerzas bizantinas en 552. Con todo, ni siquiera entonces los imperiales consiguieron dominar por completo el territorio ostrogodo, dado que en el norte de Italia subsistirían, por más de una década, enclaves germánicos, que resistieron el acoso de las tropas bizantinas. En el transcurso de la conflagración bélica, la Península quedó arruinada económicamente y la aristocracia senatorial muy disminuida en sus efectivos humanos. De hecho, en tanto que clase rectora de la vida política, social y económica, será sustituida por los altos funcionarios y mandos militares enviados desde Constantinopla. A fines del reinado de Justiniano, cuando la paz parece alcanzada, una nueva amenaza bárbara se cierne sobre Italia, en este caso se trata de los lombardos, que no tardarán en convertirse en un nuevo y temible enemigo del Imperio.

### 3.1. El sistema ostrogodo y sus deficiencias.

No se puede entender la obra política de Teodorico, sin tener en cuenta su formación cultural y sus relaciones personales con el mundo romano. Como ya hemos tenido oportunidad de señalar anteriormente, hacia 461, cuando tan sólo contaba 8 años de edad, el pequeño príncipe Amalo fue enviado a Constantinopla en calidad de rehén. Durante una década residió en la capital del Imperio de Oriente, donde se le proporcionó una esmerada educación griega. En 471, León I le devolvió a los suyos, pero, para entonces, el carácter del joven Teodorico llevaba marcada la huella indeleble del legado cultural de la

antigüedad grecorromana. Apenas hubo regresado a la Pannonia, recibió el título de rey de los ostrogodos de manos de su padre Teodomiro, con quien compartió el poder supremo hasta la muerte de éste en 474. El emperador Zenón, al que ayudó a recuperar el trono frente al usurpador Basilisco, le otorgó el patriciado y el cargo de magister ustriusque militiae praesentalis. Más tarde, llegaría a ofrecerle la mano de Anicia Juliana, hija del emperador occidental Olibrio y nieta de Valentiniano III y Teodosio II. Aunque problemas coyunturales de índole política indujeron a Teodorico a rechazar este matrimonio, el monarca ostrogodo llegó a convertirse en uno de los caudillos germanos que más firmemente se hallaban dispuestos a defender los intereses del Imperio, por lo que en 484 fue recompensado con la magistratura consular. Es cierto que, con frecuencia, se alzó en revuelta contra el gobierno de Constantinopla, a fin de obtener mejores condiciones para su pueblo; pero, no lo es menos que, la mayor parte del tiempo, sirvió fielmente al basileus como jefe de los federados ostrogodos en los Balcanes y, a partir de 489, como su representante en Italia<sup>1</sup>.

Los antecedentes de Teodorico nos permiten comprender, mucho mejor, la fuerte vinculación existente entre el sistema político que este príncipe estableció en Italia y las formas propias de la tradición gubernativa del Bajo Imperio. A diferencia de la mayor parte de su pueblo, que aún se hallaba escasamente romanizado, el monarca ostrogodo era, desde el punto de vista del derecho civil, un ciudadano romano. Admirador incondicional de las instituciones imperiales, efectuó un denodado esfuerzo por preservarlas intactas en su reino. El elemento fundamental del régimen de Teodorico, en el plano ideológico, fue el concepto de civilitas, con el que se pretendía definir una situación de coexistencia armónica entre romanos y godos. No obstante, la obra de Teodorico no estaba llamada a

sobrevivir a su creador. La escasa y superficial romanización de la élite ostrogoda, impidió que tuviese continuidad después de su muerte. Tras la desaparición de soberano, el modelo de estado romano-germánico instaurado por Teodorico se desplomó estrepitosamente en apenas una década<sup>2</sup>.

El príncipe Amalo reconoció y acató la autoridad suprema del emperador de Constantinopla. Respetuoso con la gloriosa historia de Roma y con las prerrogativas formales de sus soberanos, empleó el término maiores nostri para referirse a los emperadores del pasado, lo que, a la par, demuestra que se sentía personalmente vinculado a los mismos. Al dirigirse al emperador se proclama "vuestro esclavo e hijo" (servus voster et filius). Aunque nunca llegó a olvidar esta relación de teórica subordinación respecto al Imperio, siempre procuró resaltar los lazos de filiación que le unían a la familia imperial. De hecho, añadió a su nombre el gentilicio Flavius, propio de los soberanos romanos. Sin duda, se consideraba con derecho a hacerlo, puesto que había sido adoptado como hijo de armas por el emperador Zenón, según el rito germánico. Para sus súbditos romanos, Teodorico era, ante todo, el magister militum praesentalis et patricius de origen bárbaro, enviado desde Oriente para poner orden en Italia. Se le consideraba como sucesor de Odoacro y colega del rey burgundio Gundobado, a quien el emperador había nombrado magister militum per Gallias<sup>3</sup>.

En tanto que monarca federado, Teodorico siempre creyó que su reino formaba parte del Imperio romano universal. Por esta razón, nunca emitiría moneda propia. Todas las acuñaciones efectuadas en su época se hicieron a nombre del emperador y empleando el tipo y las leyendas al uso en las cecas bizantinas. Sólo conocemos una moneda de oro, procedente de una emisión de carácter conmemorativo, en la cual el rey aparece portando las



insignias imperiales, que le remitiese Anastasio en 497. El soberano ostrogodo tampoco introdujo modificaciones en materia de legislación, limitándose a promulgar, a la manera de los praefecti praetorio, algunos edictos en el marco del derecho que se hallaba en vigor. En su corte de Ravenna se reprodujeron las ceremonias del sacrum palatium de Constantinopla, tales, como por ejemplo, la adoración de la púrpura. No obstante, y pese a que llegó a emplear designaciones distintivas propias de la dignidad imperial, como lo demuestra una inscripción hallada en Terracina que reza: "Theodoricus gloriosissimus et inclytus rex... semper Augustus", es de advertir que su nombre nunca aparece asociado al título de imperator. En el universo mental de Teodorico tal posibilidad no tenía cabida. Como monarca germano que era, su deber consistía en servir fielmente al Imperio, única realidad política cuya legitimidad resultaba incuestionable<sup>4</sup>.

Al margen de las nociones políticas de marcado acento romano que manejaba Teodorico, el reino de los ostrogodos se configuró como una estructura estatal dualista, en la que convivían godos y latinos, sin que llegase a existir una íntima relación entre ambos elementos de la población. En el proyecto del príncipe Amalo jamás se contempló la integración de ambos pueblos en una sola y única comunidad. Antes bien, desde un principio, se advierte una clara separación de los dos grupos según las funciones que estaban llamados a desempeñar: los germanos de índole militar y los romanos administrativa. A fin de mantener este sistema de auténtica segregación social, a los latinos les estuvo vedado el acceso al ejército y a los godos el proselitismo arriano. En palabras de F. G. Maier, Teodorico redujo "a sus godos, en el marco del estado, al status de una casta guerrera extranjera bien pagada"<sup>5</sup>.

En realidad, no se trata de un fenómeno novedoso. Como

hemos tenido ocasión de ver, bajo el reinado de los últimos emperadores de la pars Occidentis, el ejército encargado de la defensa de Italia ya no estaba compuesto por romanos, sino por tribus de federados bárbaros. Con la llegada de Teodorico al poder, los ostrogodos pasaron a desempeñar el papel de guardianes de la Península. Aunque les permitió conservar sus sueldos, el príncipe Amalo licenció a los scholastici y a los protectores domestici, últimas fuerzas con alguna representación romana, privando de toda función al comes domesticorum, cargo que, en adelante, subsistió como una dignidad meramente ornamental<sup>6</sup>. A los ojos de la nobleza romana, los godos constituían el soporte militar al cual el emperador había encomendado la custodia de Italia. No obstante, al tratarse de un grupo que vivía al margen de la población civil, organizado militarmente bajo el mando sus propios comites et duces, y rigiéndose por sus propias normas de derecho, numerosos miembros de la aristocracia senatorial tendieron a considerarlo, desde época temprana, como un elemento ajeno a sus intereses de clase<sup>7</sup>.

Según la tesis de A. H. M. Jones, los ostrogodos fueron recibidos en Italia en calidad de federados, y como tales se los trató, entregándoles un tercio de cada propiedad fundaria (sors), junto con los coloni que la trabajaban. El praefectus praetorio Liberio se encargó de llevar a cabo el asentamiento. En cualquier caso, es necesario aclarar que no todos los dominios fueron divididos. Grandes áreas de la Península, en especial las correspondientes a las provincias meridionales, permanecieron libres de la presencia bárbara. De hecho, la mayor parte de los godos se concentró en el norte, en torno a las ciudades de Ravenna, Mediolanum, Ticinum y Verona; aunque hubo guarniciones en la frontera y en las principales ciudades del sur, tales como, Roma, Nápoles y Siracusa. No obstante, todos los propietarios de Italia cuyas haciendas no fueron divididas se vieron obligados

a pagar un impuesto especial (tertia), que gravaba la porción de sus tierras, que hubiera debido acomodar a un grupo de godos. Más adelante, parece que hubo domini que obtuvieron una exención del tributo. En un contrato de compra-venta fechado en 541 se especifica que la tierra que se vende está exonerada de la tertia (libera a sorte barbari). A diferencia de los vándalos, los godos pagaron, desde el mismo momento de su irstalación en Italia, el habitual impuesto sobre el suelo, como cualquier propietario romano<sup>8</sup>.

La instauración del reino ostrogodo en Italia, no impidió que perviviese, sin alteraciones de peso, la estructura del estado bajoimperial. Este hecho resulta particularmente notorio, si se tiene en cuenta que en otras regiones, que habían formado parte del Imperio de Occidente, la organización política de Roma había comenzado a diluirse tiempo atrás. El caso de Italia constituye, pues, una excepción. Bajo el dominio germano, no sólo se mantuvo el aparato burocrático y el número y demarcación territorial de las distintas provincias, sino también el sistema de recaudación de impuestos y los gobiernos municipales. Teodorico, fiel al legado romano, llegó incluso al extremo de conservar intacto el aparato de la administración central, como si en cualquier momento el emperador de Constantinopla fuese a designar un nuevo soberano para la pars Occidentis. Deseoso de ganarse a la aristocracia senatorial romana, estrechamente vinculada al desempeño de los cargos palatinos, preservó la jerarquía aúlica. En su corte, como en la de los emperadores de Oriente, encontramos magistri officiorum, quaestores sacri palatii, comites rei privatae y comites sacrarum largitionum, auxiliados por sus respectivas oficinas. El príncipe Amalo también conservó la comitiva patrimonii, instituida por Odoacro, para administrar el tesoro personal del monarca. Al frente de su casa, que copia el modelo de la del emperador,

Tedorico contó con un praepositus sacri cubiculi y un cuerpo de cubicularii eunucos, entre cuyos miembros pueden ser identificados algunos godos. La única innovación de origen germánico introducida en la organización de la domus regia fue el nombramiento de maiores domus, cargo que aparecerá algo más tarde en otros reinos germánicos, como el franco, donde desempeñará un papel de primera importancia. En el caso ostrogodo los maiores domus debieron limitarse a ejercer las funciones de los antiguos silentiarii, relevados del servicio activo<sup>9</sup>.

Los órganos de la administración territorial tampoco se vieron afectados por la instalación de los godos. Bajo el reinado de Teodorico se siguió nombrando un praefectus praetorio para Italia y las provincias continuaron siendo gobernadas por consulares, correctores y praesides, a los que, tras la restauración imperial, se les designará con el genérico de iudices provinciarum, dado que las diferencias originarias de rango habían desaparecido tiempo atrás. El propio soberano, anhelando restablecer el antiguo mapa administrativo del Imperio occidental, crearía primero un vicariato y, más tarde, restauraría la praefectura praetorio Galliarum, para gobernar la franja litoral subgálica y los territorios hispanos rescatados de la ruina del reino visigodo de Tolosa<sup>10</sup>.

La ciudad de Roma conservó intactos todos sus privilegios. El rey se hizo cargo de la designación del praefectus urbis y de la continuidad de los repartos de víveres entre la plebs frumentaria. Al frente de la administración urbana todavía encontramos al praefectus annonae, al praefectus vigilum, al comes formarum y al tribunus voluptatum. Se mantuvieron las magistraturas honoríficas que marcaban el cursus honorum senatorial, y las familias de la aristocracia romana continuaron emulándose unas a otras en magnificencia a la hora de ofrecer

espectáculos públicos, cuando alguno de sus miembros asumía la dignidad de praetor o consul. El Senado, objeto de todo tipo de atenciones por parte del monarca ostrogodo, siguió congregándose en la Curia Iulia, donde habitualmente tenían lugar sus sesiones desde los primeros días del Imperio. En realidad, la aristocracia senatorial, que había visto enormemente incrementada su influencia política en los asuntos italianos tras la muerte de Valentiniano III, conoció una última época de esplendor en tiempos de Teodorico, quien precisaba de su concurso para hacer viable el gobierno del reino ostrogodo. Senadores romanos, como Símaco, Boecio o Casiodoro, ocuparon los más altos cargos en la administración, y, a menudo, fueron honrados con el patriciado y el consulado<sup>11</sup>.

Quinto Aurelio Memmio Símaco Iunior, miembro de la noble familia de los Symmachi, fue el más destacado representante de la aristocracia senatorial probizantina, durante el reinado de Teodorico. Su carrera había dado comienzo en tiempos de Odoacro, bajo cuyo mandato obtuvo la praefectura urbana, y el consulado. Hacia 510, Teodorico le otorgó el título de patricius. Poco después, tras la muerte del senador Festo, se convirtió en caput senatus. Como enviado del rey, viajó a Constantinopla, donde, sin duda, debió tomar contacto con los círculos próximos a Justiniano, en los que se incubaba ya el proyecto de restauración imperial en Occidente<sup>12</sup>.

Símaco casó a su hija mayor, Rusticiana, con Anicio Manlio Severino Boecio, un aristócrata vinculado por lazos de parentesco a la poderosa familia de los Anicii. Huérfano desde su infancia, Boecio había sido educado en casa de su futuro suegro Símaco, quien se ocupó de que recibiese una esmerada formación intelectual. De hecho, el joven aristócrata romano fue uno de los últimos occidentales que poseyó profundos

conocimientos de la lengua y cultura griegas, lo que le permitiría traducir al latín las obras de Pitágoras, Ptolomeo, Nicómaco, Euclides, Platón y Aristóteles. Hacia 507, Teodorico le elevó al rango de patricius. Tres años más tarde, ejercería la magistratura consular. En 522 sus dos hijos, Símaco y Boecio, apenas llegados a la adolescencia, fueron honrados con la misma dignidad. El padre aprovechó la ocasión para componer un panegírico dedicado a Teodorico, que pronunció ante el Senado. Ese mismo año, el monarca ostrogodo le nombró magister officiorum. Sin embargo, pocos meses después, la brillante carrera del senador se vería violentamente truncada. Más adelante, retomaremos el asunto, ya que se halla estrechamente asociado a la crisis del sistema político establecido por Teodorico<sup>13</sup>.

Flavio Magno Aurelio Casiodoro Senator, miembro de una noble familia de origen oriental, con importantes posesiones territoriales en la provincia italiana de Lucania et Bruttium, fue el principal consejero de Teodorico y su portavoz ante el Senado de Roma. Hijo de un antiguo praefectus praetorio Italiae, fue nombrado quaestor sacri palatii en 507, cuando aún era muy joven. A continuación, ocupó el cargo de gobernador o corrector Lucaniae et Bruttii, y en 514 alcanzó el consulado. Una década más tarde, se convirtió en el sucesor de Boecio como magister officiorum, y, finalmente, pasaría a ser praefectus praetorio Italiae en el año 534, ya bajo el reinado de Atalarico (526-534). Sus Variae, una colección de 468 cartas y actas de la cancillería real, constituyen una fuente de primer orden, para reconstruir la historia del reino ostrogodo<sup>14</sup>.

Ahora bien, la aproximación de Teodorico a la aristocracia senatorial romana no sólo se materializó en la concesión de cargos y honores. El príncipe Amalo también dejó en

manos de la nobleza latina la administración de justicia sobre la población civil. De acuerdo con el principio de personalidad del derecho, los tribunales de los gobernadores provinciales, vicarii et praefecti praetorio continuaron funcionando para juzgar los casos que afectaban a los romanos. En aquellas ciudades en donde se establecieron grupos de origen germano, el comes civitatis, comandante de la guarnición local, gozaba de potestad para dirimir los litigios que surgiesen entre los bárbaros, ya que los pleitos entre romanos seguían viéndose en los tribunales civiles ordinarios. No obstante, Teodorico también nombró, con un carácter más específico, comites Gothorum per singulas civitates con funciones exclusivamente judiciales, a fin de solventar disputas entre godos o entre godos y latinos, con la asistencia de un asesor romano<sup>15</sup>.

Si de puertas para adentro Teodorico intentó ganarse el favor de la aristocracia romana, a fin de consolidar su propio poder; de cara al exterior desarrolló una compleja actividad diplomática, tendente a establecer fuertes lazos de solidaridad entre los diversos pueblos germanos que dominaban el Occidente de la Romania. Con una visión universalista, de la que carecieron otros soberanos bárbaros de su época, el monarca ostrogodo supo transcender el marco de las luchas tribales y dinásticas, para llevar a cabo una auténtica política exterior, inspirada en el modelo estatal tardorromano. Su objetivo último era convertirse en tutor y árbitro de todos los germanos de Occidente, como lo demostró en repetidas ocasiones, especialmente al mediar en el conflicto entre el reino de Tolosa y los merovingios. Desde época temprana, Teodorico comenzó a anudar alianzas matrimoniales con los reyes bárbaros de su entorno. Desposó a Audefleda, una hermana del franco Clodoveo; entregó a una de sus hijas, Ostrogoto Areagni, al burgundio Segismundo y a otra, Tiudigoto, al visigodo Alarico II; por último, casó a su hermana viuda,

Amalafrida, con el vándalo Trasamundo. Además, estableció vínculos clientelares con los hérulos, los varnos, los alamanes y los gépidos<sup>16</sup>.

En el plano cultural, la obra de Teodorico se caracterizó por un denodado interés en preservar el legado clásico. Exceptuando la orfebrería, en la cual se advierte la influencia germánica, todas las demás creaciones artísticas de la época se ajustan a los canones estilísticos propios del mundo romano. El príncipe Amalo, deseando emular a los emperadores de Constantinopla, puso en marcha una política de grandes trabajos arquitectónicos. El Anonymus Valesianus dice de él que erat enim amator fabricarum et restaurator civitatum. En Ravenna, sede de la monarquía, prosiguió la labor de embellecimiento iniciada por Gala Placidia y Valentiniano III. Bajo su reinado se edificaron la basílica de San Apolinar el Nuevo, dedicada originalmente a San Martín, el baptisterio de los arrianos, su propio mausoleo y un palacio rodeado de pórticos, cuyo aspecto exterior ha quedado reflejado en los mosaicos de San Apolinar. Además de estas obras de prestigio emprendió labores eminentemente prácticas, como la restauración del acueducto de Trajano, que llevaba ya mucho tiempo fuera de uso, y la desecación de parte de las ciénagas que rodeaban la ciudad, para plantar árboles frutales. En Ticinum dispuso que se reconstruyesen las fortificaciones, alzó otro palacio, un anfiteatro y unas termas. Verona, que también contó con una residencia regia, fue dotada con nuevas murallas, se rehabilitó su acueducto y se edificaron pórticos y unos baños públicos. Cuando en el año 500 fue a Roma, para celebrar sus tricennalia como rey de los ostrogodos, donó 200 libras de oro para la restauración de los muros de la ciudad y de los palacios imperiales del monte Palatino, que habían sido saqueados por Genserico en 455. Poco después, se iniciaron los trabajos de reparación del teatro de Pompeyo y de otras



construcciones públicas<sup>17</sup>.

El prestigio de Roma como centro de formación intelectual se mantuvo incólume durante todo el reinado de Teodorico. Multitud de estudiantes acudían a la ciudad para completar su instrucción, por lo que tanto Teodorico como sus inmediatos sucesores se encargaron de que las cátedras estatales de gramática, retórica y derecho estuviesen cubiertas y funcionando a pleno rendimiento. Las lecciones se impartían en las salas que rodeaban el Foro de Trajano, en las que también tenían lugar recitaciones públicas. Los miembros de la nobleza senatorial, poseedores de ricas bibliotecas, continuaron encargando copias de las obras de los principales autores latinos y organizando veladas literarias. En torno a estos círculos aristocráticos se mantendría viva la llama de la cultura clásica<sup>18</sup>.

Junto a Roma, la ciudad de Mediolanum, que en el siglo IV había llegado a convertirse en un centro estratégico lo suficientemente importante como para desempeñar la función de sede imperial, se perfila como otro de los grandes núcleos creadores de la época ostrogoda. A través del poeta Magno Félix Ennodio, futuro obispo de Ticinum, tenemos noticia de la escuela de Deuterio, quien enseñaban gramática y retórica, tanto latina como griega. El mismo Ennodio fue uno de los más destacados representantes de la intelectualidad milanese. Nacido hacia 473 en el sur de la Galia, probablemente en Arelate, quedó huérfano en la infancia, y se crió con una tía en el norte de Italia. De noble origen aunque carente de recursos económicos, en 503 llegó a ser diácono de la iglesia de Mediolanum, gracias al apoyo de su pariente Flavio Anicio Probo Fausto, uno de los personajes más relevantes de la aristocracia romana. Puesto que el obispo de la ciudad, Lorenzo (486-508), gozaba del favor de Teodorico, Ennodio

tuvo acceso a la corte y en 507 compuso un panegírico en honor del rey. Además, compuso varios discursos, un método pedagógico, vidas de santos, una autobiografía, y numerosos poemas religiosos y profanos, algunos de la cuales rozan la obscenidad más descarada. También nos ha legado un rico epistolario. En 513, Ennodio fue consagrado obispo de Ticinum, cargo que ocupó hasta su muerte, acaecida en 521<sup>19</sup>.

En tanto que residencia regia, Ravenna se convirtió en uno de los principales focos de irradiación cultural del Occidente bárbaro. Alrededor de la corte del monarca ostrogodo se desarrolló una intensa actividad literaria. El propio Teodorico, vivamente interesado en el legado del mundo clásico, hizo que su hija Amalasunta, además del godo, aprendiese el griego y el latín. La fama del príncipe Amalo como protector de las artes y las letras se extendió por los reinos germanos vecinos. Así fue como, el rey franco Clodoveo solicitó a Teodorico el envío de un tañedor de citara, en tanto que el burgundio Gundobado le pidió un reloj de agua<sup>20</sup>.

Durante los últimos años del reinado de Teodorico comenzaron a manifestarse los síntomas previos a la disolución del sistema establecido por el monarca ostrogodo. El primero de ellos preludiaba una grave crisis sucesoria. Teodorico había planeado legar la corona a su yerno, el príncipe Amalo Flavio Eutarico Ciliga, habiendo obtenido el consentimiento del emperador Justino I, que le había adoptado como hijo de armas, según el rito germánico. Sin embargo, Eutarico falleció antes que su suegro, dejando un hijo de 7 años, Atalarico, como único heredero del reino ostrogodo. Este hecho auguraba una larga minoría, con todas las dificultades que entrañaba confiar la regencia a la madre del niño<sup>21</sup>.

En segundo lugar, el anciano Teodorico hubo de asistir al progresivo deterioro y final hundimiento de su política de solidaridad intergermánica. El gobierno de Constantinopla, preocupado por el creciente poder del reino ostrogodo, que, tras la derrota visigoda en Vouillé, había extendido su dominio a la franja litoral subgálica y a buena parte de Hispania, buscó la manera de aislarle en el contexto internacional. Con esta intención, en 508 se unió a la alianza de las monarquías católicas de los francos y los burgundios contra los godos. Poco tiempo después, en 512, el emperador Anastasio asentó a los hérulos, hasta entonces fieles aliados de los ostrogodos, en la Pannonia Secunda, mediante un pacto que los convertía en foederati del Imperio. El cerco sobre Teodorico se estrechó aún más, cuando, tras la muerte de Trasamundo, Justino I comenzó a aproximarse a los vándalos. Como vimos en su momento, este fenómeno coincide cronológicamente con la ruptura de relaciones entre Ravenna y Cartago. La masacre del ejército godo de Amalafrida, a manos de las tropas de Hilderico, el nuevo soberano vándalo, y el subsiguiente confinamiento de la princesa, viuda de Trasamundo y hermana de Teodorico, generaría una fuerte tensión entre ambos reinos, muy del agrado del gobierno imperial<sup>22</sup>.

Por último, la colaboración con la aristocracia romana y la Iglesia Católica se vio gravemente comprometida a partir de 523. Superado el cisma de Acacio, la nobleza romana y el clero católico de Italia habían vuelto sus ojos hacia Oriente, lo que no agradó demasiado al monarca ostrogodo. De hecho, el conflicto entre la monarquía y los sectores probizantinos del Senado y la Iglesia no tardaría en estallar. El factor desencadenante hay que buscarlo en el enfrentamiento surgido entre el magister officiorum Boecio y el referendarius Cipriano, a causa del proceso por alta traición que se seguía contra el ex-

praefectus praetorio Albino, líder del partido probizantino. Cipriano, pese a ser miembro de una ilustre familia romana, había sido criado junto con su hermano Opilio entre la nobleza ostrogoda, y disfrutaba de gran predicamento en la corte de Ravenna. Boecio se erigió en defensor de Albino y en el curso de la vista, en la que Cipriano ejercía de acusador público, se autoinculpó de los cargos que pesaban sobre su defendido. Inmediatamente, fue detenido, encarcelado y procesado, bajo el cargo de traición al rey. Durante el período que pasó encerrado en la cárcel escribió su célebre Consolatio Philosophiae. Hallado culpable del crimen que se le imputaba, fue ejecutado por orden del soberano cerca de Mediolanum, in agro Calventiano (Calvenzano)<sup>23</sup>.

Teodorico acababa de cometer un grave error político. Su actitud adversa a la aristocracia senatorial probizantina iba a agudizar las diferencias con el gobierno de Constantinopla, que reaccionaría, adoptando severas medidas de carácter religioso. En 524, Justino I promulgó un edicto contra los heréticos, que afectaba, de manera muy concreta, a los godos arrianos y a otros pueblos germánicos que servían al Imperio en calidad de foederati. La ordenanza preveía la confiscación de sus iglesias, que serían entregadas a los ortodoxos, y la destitución inmediata de cuantos desempeñasen funciones públicas. Para algunos las cosas fueron aún más lejos, ya que se vieron obligados a convertirse al catolicismo<sup>24</sup>. Justiniano, que guiaba todos los pasos de su tío, sabía sobradamente que unas medidas como aquellas tendrían amplia repercusión en Ravenna. Resulta obvio que el edicto de 524 no tenía como objetivo promover la concordia entre ostrogodos e italo-romanos, sino más bien fomentar las desavenencias existentes. Teodorico, que había roto relaciones con Cartago en 523, era consciente del peligroso juego en que se veía envuelto. El reino ostrogodo estaba comenzando a quedar

aislado en el contexto mediterráneo. Hilderico y Justiniano se habían aliado en su contra, y la política religiosa de Constantinopla tendía a desestabilizarlo socialmente, provocando el estallido de un conflicto entre la monarquía arriana y la población latina de confesión nicena.

De la documentación que nos ha legado Casiodoro se desprende que Teodorico preveía la posibilidad de ir a la guerra contra una coalición vandálico-bizantina. Puesto que su reino carecía de una flota siquiera comparable a las de las potencias enemigas, ordenó la construcción de 1.000 dromones y el reclutamiento del número de marineros que fuese necesario para pilotarlos. Abundancio, praefectus praetorio Italiae, con la colaboración de Vilia, comes patrimonii, se encargaría de esta tarea. El 13 de junio de 526, la escuadra debía concentrarse en el puerto de Ravenna bien pertrechada de armamento<sup>25</sup>. Mientras tanto, el soberano Amalo continuó aplicando medidas de estricto control sobre la aristocracia romana, a fin de reprimir cualquier conspiración proimperial que se incubase en su seno. Con sus actos pretendía demostrar al patricio Justiniano que, en caso de agresión, no tendría escrúpulos en proceder con mayor rigor. Como prueba de ellos en 525 hizo ejecutar en Ravenna al prior senatus Quinto Aurelio Memmio Símaco Iunior, suegro de Boecio<sup>26</sup>.

En este contexto, el papa Juan I se personaba ante la corte de Teodorico. El monarca le requería para que encabezase una embajada que habría de solicitar del emperador la revocación del edicto antiarriano. Aunque el pontífice intentó eludir aquella misión, alegando motivos de salud, al final, tuvo que plegarse a la voluntad del rey y embarcar hacia Oriente acompañado por cinco obispos, entre los que se encontraba Eclesio de Ravenna. Completaban la legación diplomática cuatro patricios: Agapito; los hermanos Flavio Teodoro y Flavio Importuno, miembros

de la poderosa familia de los Decii; y otro Agapito. Los tres primeros habían sido cónsules epónimos por la pars Occidentis en los años 517, 505 y 509 respectivamente. A comienzos del otoño de 525, la ilustre comitiva partió hacia Constantinopla, donde fue recibida con magnificencia. El propio Justino corrió a postrarse a los pies del pontífice, tributándole un honor que estaba reservado a la sagrada persona del emperador. Por Pascua, Juan colocó la diadema sobre las sienes de Justino, asumiendo las funciones del patriarca en una ceremonia que periódicamente actualizaba la coronación religiosa del basileus. Además, se le permitió officiar en Santa Sofía la gran misa de Resurrección, según el rito latino empleado en la Iglesia de Roma<sup>27</sup>.

Sin embargo, en materia de concesiones, Justino se mostró mucho más parco. Unicamente levantó las sanciones previstas por el decreto a los foederati godos, quienes, en adelante, no serían apartados de la función pública aunque perseverasen en su fe. Esta misma excepción se incluye en una ley promulgada durante la corregencia de Justino y Justiniano, que, careciendo de fecha, sólo podemos datar aproximadamente entre el 1 de abril y el 1 de agosto de 527. No obstante, para entonces, la situación interna del reino ostrogodo había cambiado por completo<sup>28</sup>.

Con la apertura de la estación navegable de 526, el papa Juan y su séquito habían emprendido el viaje de regreso a Italia. Antes de partir, el emperador obsequió al pontífice con magníficos regalos, destinados a engalanar las iglesias de Roma. En el inventario conservado por el Liber Pontificalis se alistan "1 patena de oro con gemas, que pesa 20 libras; 1 cáliz de oro con gemas, que pesa 5 libras; 5 copas de plata y 15 mantos tejidos en oro". Juan distribuyó aquellas ofrendas entre las basílicas de San Pedro, San Pablo, Santa María la Mayor y San

Lorenzo in agro Verano<sup>29</sup>.

Con todo, Teodorico quedó insatisfecho con los resultados obtenidos por sus embajadores, ya que habían fracasado en el principal objetivo de su misión: conseguir la derogación del decreto. Por esta razón, en cuanto retornaron a Ravenna, los hizo detener a todos, exceptuando al patricio Agapito, que había fallecido en Tesalónica, durante el viaje de vuelta. Juan no tardaría en seguirle a la tumba. Las duras condiciones del cautiverio acabaron minando su ya deteriorada salud, y el 18 de mayo de 526, fallecía sin que el monarca le hubiese permitido abandonar la celda donde se hallaba confinado. Su cuerpo fue trasladado a Roma, para recibir sepultura en la basílica de San Pedro. Muchos católicos le consideraban un verdadero mártir y en algunos círculos se había comenzado a difundir la historia de los dos milagros que, supuestamente, realizara en el transcurso de su reciente periplo<sup>30</sup>.

En torno al culto del nuevo mártir se reafirmaron los sentimientos proimperiales de la aristocracia romana. Teodorico lo comprendió así, y por eso, el 12 de julio, hizo consagrar obispo de la ciudad a un hombre de su entera confianza, Félix IV (526-530)<sup>31</sup>. El Anonimus Valesianus también nos informa de como, algunas semanas después, un scholasticus judío, de nombre Símaco, dictó por orden regia unos praecepta, que permitían a los arrianos tomar posesión de las basílicas católicas, apelando a la fuerza si ello era necesario. No obstante, se trata de una tradición de dudosa fiabilidad y, en cualquier caso, de haberse emitido este decreto, no llegaría jamás a entrar en vigor, debido a la muerte de Teodorico, acaecida el domingo día 30 de agosto<sup>32</sup>.

Jordanes ofrece una versión muy distinta sobre los

últimos tiempos del reinado de Teodorico. Según el historiador godo, al final de su vida, el soberano habría estado especialmente interesado en aproximarse a Constantinopla, a fin de facilitar a su sucesor el camino al trono. Esta interpretación parece más acorde con las restantes fuentes contemporáneas y con el posterior desarrollo de los acontecimientos. No cabe duda que el monarca Amalo deseaba obtener para su nieto Atalarico el reconocimiento del emperador y, al mismo tiempo, legarle un reino dotado de cierta estabilidad social. La política de enfrentamiento con el Senado no había dado frutos positivos y, de mantenerse la misma línea de actuación en el futuro, sólo se encontrarían nuevos problemas. Por ello, Teodorico convocó alrededor de su lecho de muerte a los Gothos comites gentisque suae primates y proclamó rey a Atalarico (526-534), vástago de su hija Amalasunta, viuda del príncipe Eutarico. Temiendo que sus disposiciones testamentarias no fuesen respetadas por los magnates godos, les obligó a prestar juramento de fidelidad (sacramentum) al pequeño soberano. Por último recomendó a todos los presentes que mantuviesen buenas relaciones con el Senado y el pueblo de Roma, y que "después de Dios mantuviesen siempre aplacado y propicio al príncipe de Oriente" (principem Orientalem placatum semper propitiumque haberent post deum)<sup>33</sup>.

### 3.2. Los últimos Amalos.

Tras la muerte de Teodorico, que como ya hemos señalado tuvo lugar el 30 de agosto de 526, nadie se atrevió a cuestionar la legitimidad de Atalarico. Puesto que el niño apenas contaba 8 años de edad, su madre Amalasunta asumió la regencia, cumpliendo así la voluntad del extinto soberano. La transmisión de poderes se efectuó sin obstáculos por parte del gobierno de Constantinopla, ya que la posición probizantina de la regente eliminó cualquier suspicacia que aún pudiera existir en la corte



imperial. De hecho, después de haber recibido una obsequiosa carta firmada por Atalarico, en la que el joven rey anunciaba al emperador su advenimiento al trono, Justino I aceptó las disposiciones testamentarias de Teodorico, con lo que el poder de Amalasunta quedó sancionado por la autoridad suprema del basileus. La única innovación de peso, derivada de la desaparición del príncipe Amalo, fue que Hispania y la Narbonensis recuperaron su independencia, bajo la soberanía de Amalarico (526-531), hijo del rey visigodo Alarico II y de Tiudigoto, hija de Teodorico. Desde este momento en adelante, los destinos de la Península Ibérica correrán por un cauce distinto a los del reino ostrogodo<sup>34</sup>.

Pese a contar con el respaldo del Imperio, Amalasunta tuvo que hacer frente a una situación interna bastante complicada. La mayor parte de los godos se resistía a acatar la autoridad de una mujer, dado que asociaban el ejercicio de la función regia al mando militar. Además, numerosos notables eran contrarios a la política probizantina, que la regente había comenzado a desarrollar, cumpliendo el último deseo de su padre. Las buenas relaciones de Amalasunta con el nuevo emperador de Constantinopla, Justiniano I, suscitaban profundos recelos entre los próceres ostrogodos, más bien partidarios de la política que había prevalecido durante los últimos años de Teodorico. Para acabar de oscurecer el panorama, existía una pequeña facción del Senado adversa a todo compromiso con Constantinopla. En su necesidad de encontrar apoyos, Amalasunta se arrojó en brazos de la aristocracia senatorial probizantina. Como prueba de buena voluntad hacia ésta, uno de los primeros actos de su regencia fue devolver a los hijos de Boecio y Símaco los bienes que habían sido confiscados a sus padres<sup>35</sup>.

No obstante, pronto se vio obligada a dar un giro en

su política. A fines del verano de 527, se produjo una grave crisis gubernamental, que condujo a la sustitución de los ministros que defendían el ideal de civilitas o coexistencia pacífica entre godos y romanos, por ministros favorables a una línea de actuación severa contra los sectores probizantinos. Abundancio, praefectus praetorio Italiae, fue reemplazado por Rufio Magno Fausto Avieno, hijo de Flavio Anicio Probo Fausto, líder del partido senatorial progótico y antibizantino. Cipriano, personaje detestado por cuantos apoyaban la causa de Boecio, obtuvo el patriciado y el magisterium officiorum, cargo en el que posiblemente sucedió a Casiodoro. Por último, su hermano Opilio fue nombrado comes sacrarum largitionum<sup>36</sup>.

Al conocerse en Constantinopla los cambios ministeriales que se habían producido en el reino ostrogodo, el emperador decidió intervenir mediante la acción de un elemento interpuesto. En este caso se utilizó a los gépidos, que en alianza con los hérulos instalados en torno a Singidunum, lanzaron un ataque contra Sirmium. El general godo Vitiges, uno de los más destacados líderes del partido germánico, derrotó a los enemigos, y penetró en territorio imperial, saqueando la ciudad de Gratiana en la Mesia Prima. De todos modos, Amalasunta, que deseaba mantener buenas relaciones con el Imperio, consiguió que Vitiges se retirase de la provincia romana y volviese a Ravenna. Pero, como acertadamente señala E. Stein, no pudo impedir que la facción antibizantina presentase la victoria ostrogoda como una especie de humillación para Justiniano<sup>37</sup>.

El partido germánico se apuntó un nuevo tanto, cuando en 530, tras la desaparición del papa Félix IV, fue consagrado como nuevo pontífice Bonifacio II (530-532), un rico eclesiástico de origen germano, descendiente del magister equitum praesentalis Sigisvulto, quien había defendido Italia del ataque de los

vándalos en 440. Pero Bonifacio hubo de hacer frente a la oposición de la mayoría del clero romano, que, abiertamente probizantino, se apresuró a consagrar papa al diácono oriental Dióscoro de Alejandría. El cisma tuvo una rápida conclusión, ya que Dióscoro murió pocas semanas después, y Bonifacio II, con el apoyo del gobierno de Ravenna, obtuvo el reconocimiento general. Ahora bien, cuando, contraviniendo los canones eclesiásticos, se atrevió a designar como sucesor al diácono Vigilio, el clero romano, con el apoyo del Senado, le forzó a revocar aquella disposición<sup>38</sup>.

Amalasunta, que nunca ocultó sus preferencias por la cultura clásica, deseaba que su hijo Atalarico recibiese una educación romana, por lo que le obligaba a asistir a clases de gramática en una escuela de Ravenna. Ahora bien, este tipo de formación desagradaba profundamente al partido antibizantino, que, en aquellos momentos, controlaba los órganos de decisión y poder. Los notables ostrogodos insistieron en que Atalarico fuese educado a la manera germánica, junto con algunos otros jóvenes aristócratas bárbaros; ya que consideraban que el estudio de las letras enervaba la virilidad, y hacía de los hombres seres cobardes y pusilamines. Amalasunta tuvo que ver como su hijo era apartado de ella y educado por la facción antibizantina. Con el tiempo, bajo el influjo de sus nuevos compañeros, Atalarico desarrolló una conducta sexual promiscua y se dio a la bebida, llegando a convertirse en un alcohólico<sup>39</sup>.

La regente no ignoraba lo precario de su situación. De ahí que en 532, aprovechando una coyuntura favorable, se decidiese a actuar. Según nos cuenta Procopio, su primer paso consistió en alejar de la corte a tres generales godos, miembros destacados del partido antibizantino, que fueron asignados a la defensa de distintos puntos del limes de Italia. Poco después,

tras haber sido informada de que dichos comandantes urdían un proyecto de rebelión, despachó a algunos de sus fieles con orden de asesinarles. Previamente, había llegado a un acuerdo secreto con el emperador, en virtud del cual, Justiniano se comprometía a concederle asilo en territorio del Imperio de Oriente, si el plan fracasaba. Amalasunta convencida de que tenía pocas posibilidades de éxito, mandó embarcar todo su tesoro, estimado en 2.880.000 sueldos, y lo envió a Dyrrachium. Sin embargo, habiendo logrado eliminar a sus oponentes, la princesa hizo volver a Ravenna el tesoro y afrontó la reorganización del gobierno<sup>40</sup>.

Los principales puestos del estado volvieron a ser ocupados por personajes fieles a la regente y al ideal teodoriciano de civilitas. En el verano de 533, Casiodoro fue nombrado praefectus praetorio Italiae. Ese mismo año, Paulino Iunior, hijo del patricio Basilio Venancio, de la ilustre familia de los Decii, fue designado cónsul para 534, y el praefectus praetorio Galliarum Liberio asumió el cargo de patricius praesentalis, en sustitución del godo Tuluino, con lo que, por primera vez en la historia de la Italia bárbara, se confiaba un alto mando militar a un romano. Además, la regente promovió la elaboración de un edicto real, conocido como "edicto de Atalarico", con el cual se pretendía poner fin a todos los abusos cometidos por los godos contra los romanos en los últimos años<sup>41</sup>.

Uno de los principales afectados por el edicto fue el gran latifundista godo Teodato, que se había apoderado de las propiedades de numerosos vecinos suyos de la Tuscia por medios ilegales. Teodato, nacido del primer matrimonio de Amalafrida, y, por tanto, sobrino de Teodorico y primo de Amalasunta, era un godo profundamente romanizado, un estudioso de las obras de

Platón, que despreciaba el ejercicio de las armas y cuya única ambición, hasta aquel momento, había sido la de concentrar tierras. Procopio de Caesarea nos ha legado el siguiente retrato de él:

"Era un hombre de edad madura, versado en la literatura latina y en las enseñanzas de Platón, pero sin ninguna experiencia en cuestiones bélicas y alejado de la vida activa, a pesar de su extraordinaria pasión por el dinero. Este Teodato había adquirido la mayor parte de las fincas de Tuscia y estaba ansioso por lograr la propiedad de las restantes, aunque fuera por la fuerza. Para Teodato tener un vecino era una especie de desgracia"<sup>42</sup>.

Ante el nuevo auge cobrado por el partido probizantino, Teodato comenzó a sentir que su posición se tornaba insegura y, deseoso de cubrirse las espaldas en caso de que la situación empeorase, intentó llegar a un convenio con el emperador. En junio de 533, desembarcaron en Italia dos emisarios de Justiniano, Hipacio, metropolitano de Efeso, y Demetrio, obispo de Filipos de Macedonia. El objeto de su visita era convencer al nuevo papa, Juan II (533-535), para que aceptase la fórmula de fe promulgada por el emperador el 15 de marzo de aquel año, a fin de ganarse a los monofisitas moderados. Este credo, que evitaba hacer uso del término "dos naturalezas", sirviéndose de la fórmula teopasquista para enfatizar la unidad de la persona de Cristo, fue ratificado por el romano pontífice, quien al plegarse a los deseos del basileus, estableció un precedente de la futura dependencia del papado respecto poder imperial. Por otra parte, los dos obispos orientales mantuvieron una entrevista secreta con Teodato, quien les hizo participes de su deseo de vender al emperador los grandes dominios que poseía en Italia,

a cambio de una elevada suma en dinero y la dignidad de senador en Constantinopla. Finalmente, presionado por su prima Amalasunta, Teodato se vería obligado a devolver las tierras injustamente adquiridas a sus legítimos propietarios<sup>43</sup>.

El estallido de la guerra de los vándalos en 533, contribuyó de manera decisiva a incrementar las tensiones en el interior del reino ostrogodo. Amalasunta y su gobierno adoptaron una postura de abierta colaboración con el Imperio, que no fue del agrado del partido antibizantino, alguno de cuyo miembros no dudó en desafiar la posición oficial de Ravenna. Tal es el caso del comes Uliaris, comandante de la guarnición goda de Nápoles, quien se atrevió a dar asilo en el puerto campano a algunos desertores búlgaros del ejército imperial. Por otra parte, la regente aprovechó la ocasión para recuperar la fortaleza siciliana de Lylibaeum, que Teodorico había entregado a Trasamundo como parte de la dote de su hermana Amalafrida. A principios de 534, Belisario presentó una reclamación formal sobre este enclave, que, en los últimos tiempos, había formado parte del reino vándalo. Pero Amalasunta no se hallaba en situación de atender las demandas del general. En primer lugar, el partido germano, adverso a la princesa, nuevamente estaba dejando oír su voz en la corte; en segundo, el sector de la aristocracia senatorial fiel al ideal teodoriciano de una Italia políticamente libre de vínculos con el Imperio, pero sólidamente anclada en las tradiciones administrativas y culturales romanas, se sentía alarmado ante la proximidad de las fuerzas de Belisario; y, por último, los elementos abiertamente probizantinos del Senado y de la Iglesia empezaban a mostrar una actitud favorable a una rápida restauración de la autoridad imperial sobre la Península. Por si fuera poco, acababan de surgir imprevistas dificultades exteriores: los francos merovingios habían conquistado el reino burgundio, convirtiéndose

en una amenaza para Italia<sup>44</sup>.

En el verano de 534, el embajador imperial Alejandro se presentó ante la regente. Su misión consistía en tratar el problema del saqueo de Gratiana, el asunto de los desertores búlgaros refugiados en Nápoles y el contencioso de Lylibaeum. Oficialmente, Amalasunta, presionada por el partido antibizantino, cada vez más poderoso, eludió todo compromiso, llegando a afirmar que en lo tocante al Lylibaeum, una vez desaparecido el reino vándalo, debía volver a los godos. Sin embargo, según nos refiere Procopio, que sigue muy de cerca toda la problemática, en secreto Amalasunta aseguró al embajador imperial que estaba dispuesta a entregar el reino en manos de Justiniano<sup>45</sup>.

Poco después, el 2 de octubre de 534, se producía la muerte de Atalarico, que sucumbió víctima de su propia dependencia del alcohol. Este suceso cambió por completo los planes de Amalasunta. Inmediatamente, la hija de Teodorico asumió el título de reina y tomó como consorte a su primo Teodato, a quien asoció al trono, después de haberle hecho jurar que se mantendría al margen de la vida pública, dejando que ella ejerciese el poder. Pero Teodato no había perdonado a su prima que le hubiese obligado a devolver las tierras adquiridas ilegítimamente. Por ello no es extraño que, tras la boda, se aliase con la facción antibizantina, llegando a convertirse en el líder de la oposición a Amalasunta. En cuanto estuvo seguro de que contaba con el apoyo necesario, no dudó en pasar a la acción. En diciembre de 534, depuso a la reina e hizo ajusticiar a sus principales seguidores. Acto seguido, ordenó que Amalasunta fuese deportada a una isla situada en el centro del lago Bolsena. El destronamiento de la soberana sólo contribuyó a recrudecer las diferencias existentes entre el elemento romano católico y el

ostrogodo arriano, que Amalasunta había procurado limar. Pese a que Teodato intentó ganarse a la nobleza senatorial asegurando que estaba dispuesto a convertirse en continuador al ideal de civilitas acuñado por Teodorico, gran parte de la aristocracia romana, hasta aquel momento partidaria de la política desarrollada por Amalasunta, se inclinó a considerar al nuevo monarca como un simple títere en manos del partido germánico. Por ello, no tardó en unirse a aquellos sectores del Senado que veían en la restauración de la autoridad imperial la única salida posible para Italia<sup>46</sup>.

Antes de proseguir, es preciso hacer un paréntesis, a fin de analizar el origen de las distintas posturas adoptadas por los ostrogodos frente al Imperio. E. A. Thompson ha estudiado este mismo problema en el caso visigodo, llegando a la conclusión de que existe una relación directa entre las diversas actitudes mostradas hacia el estado imperial por los germanos y los avances del proceso de romanización entre la élite dirigente bárbara. De acuerdo con su estudio, durante el siglo V, los visigodos habrían afrontado un doble conflicto interno. Por un lado, se habría producido una lucha entre la aristocracia, progresivamente romanizada, y la masa del pueblo, que opuso mayor resistencia a la recepción de elementos culturales ajenos a la tradición germánica, y por otro, se habría dado un enfrentamiento entre el creciente sector de optimates partidario de colaborar con el Imperio y el grupo menguante de notables adverso a cualquier compromiso con Roma. La monarquía visigoda, deseosa de afirmar su poder mediante el empleo de mecanismos de coerción pública, y buena parte de la aristocracia, preocupada por defender sus riquezas y su status, no dudaron en aceptar la organización social romana, desmantelando las viejas estructuras gentilicias. El cambio fue acompañado de convulsiones políticas. Precisamente, los reyes Ataúlfo y Sigerico morirían asesinados a causa de su



política filorromana, que la facción progótica de la nobleza no estaba dispuesta a admitir. Sin embargo, unas pocas décadas más tarde, ya no quedaba ningún notable que rechazase el legado romano, puesto que todos habían comprendido cuán útil resultaba a sus intereses<sup>47</sup>.

De acuerdo con lo que se ha visto sobre las distintas posiciones adoptadas por los ostrogodos frente al Imperio tras la muerte de Teodorico, resulta congruente deducir que, a comienzos del segundo cuarto del siglo VI, este pueblo germano se encontraba inmerso en un proceso muy parecido al que habían vivido los visigodos una centuria antes. La casa real de los Amalos y un sector de la nobleza ostrogoda se hallaban profundamente romanizados. El mejor exponente de este hecho nos lo ofrece la propia figura de Teodorico el Grande, quien, salvando las distancias, presenta ciertos paralelismos con la del rey visigodo Ataúlfo. Sin embargo, no debemos olvidar que entre los ostrogodos todavía existía, por esta época, un destacado grupo de optimates que rechazaba el complejo cultural latino y que, después de la desaparición de Teodorico, recobró vigor e hizo sentir todo su peso político en la corte de la romanizada regente Amalasunta. En cuanto al grueso del ejército ostrogodo, cabe suponer, atendiendo a la postura que tomaría poco después, que compartía la opinión de la facción nobiliaria antirromana.

Volviendo al tema que nos ocupaba, es decir, la respuesta del gobierno de Constantinopla ante la proclamación de Teodato y el posterior destronamiento de Amalasunta, conviene destacar que Pedro, un célebre abogado natural de Tesalónica, protegido de la emperatriz Teodora, fue enviado a Italia por Justiniano a fines de 534 en calidad de embajador imperial. Por el camino se cruzó con la legación ostrogoda encargada de notificar al emperador el advenimiento de Teodato, y, un poco más

adelante, topó con una segunda embajada enviada por este último, para comunicar a Justiniano la deposición de Amalasunta. Esta última legación se hallaba encabezada por el patricius praesentalis Liberio y por Opilio, hermano de Cipriano. El primero de ellos hizo saber al emperador en secreto que Amalasunta se encontraba confinada en una isla del lago Bolsena. Rápidamente, Justiniano hizo llegar ordenes a Pedro, que se había detenido en la ciudad epirota de Aulon (Aulona), para que comunicase a Teodato que Amalasunta estaba bajo protección imperial y que no debería hacersele ningún daño. Pero, según Procopio, que como es bien sabido no era nada afín a Teodora, la emperatriz, temerosa del ascendiente que podría alcanzar la hermosa hija de Teodorico sobre Justiniano, si Teodato la remitía a Bizancio, mandó sus propias ordenes a Pedro. Este, cumpliendo la misión que le había encargado la soberana, persuadió en secreto a Teodato de que, a despecho de las protestas formales del emperador, la corte de Constantinopla vería con buenos ojos la eliminación de Amalasunta. Poco después, el 30 de abril de 535, la reina era estrangulada en su prisión por parientes de los tres generales del partido germánico, a quienes ella había hecho asesinar<sup>48</sup>.

La ejecución de Amalasunta iba a servir de pretexto a Justiniano para intervenir militarmente en Italia. La extinta soberana acataba la suprema autoridad del basileus y, además, había ceñido la diadema con su venia. Desde esta perspectiva, la acción de Teodato podía considerarse como un auténtico atentado contra la legitimidad emanada de Constantinopla. Inmediatamente, Justiniano ordenó a Pedro que formulase una enérgica protesta ante el monarca Amalo, quien al ver amenazado su reino por estallido de una guerra con el Imperio, procuró excusarse, alegando que el asesinato de la reina era el resultado de una venganza de sangre y que se había efectuado en contra de su

voluntad<sup>49</sup>.

Aunque la lucha contra las tribus maurus constituía una pesada carga económica y militar para el Imperio, una vez sometidos los últimos focos de resistencia vándala, Justiniano decidió que había llegado el momento de intervenir en el reino ostrogodo. La ejecución de Amalasunta había vuelto la opinión pública en contra de Teodato, y se podía contar con la colaboración pasiva de la población romana. Los primeros movimientos de tropas, que tuvieron lugar a partir de junio de 535, responden a una gigantesca operación en tenaza. El emperador y su estado mayor dispusieron que un ejército procedente de la praefectura praetorio per Illyricum avanzase por la costa dálmata hacia la Italia septentrional, mientras las tropas de Belisario ocupaban Sicilia y penetraban por el sur de la Península. Ambas expediciones serían simultáneas y permitirían al gobierno de Constantinopla hacerse con el control militar de las regiones periféricas del reino ostrogodo. Sin duda, Justiniano esperaba que Teodato, al verse acorralado, se rendiría y no serían necesarias nuevas acciones bélicas<sup>50</sup>.

Mundo, magister utriusque militiae per Illyricum, fue el encargado de apoderarse de Dalmatia. Al parecer, no tuvo demasiados problemas para expulsar a los godos de la provincia. De hecho, tras haberlos derrotado en batalla, tomó la ciudad de Salonae. Entre tanto, Belisario, acompañado por su esposa Antonina y su hijastro Focio y por los magistri militum vacantes Constantino, Besas y Peranio, se puso al frente de una pequeña fuerza, compuesta por 4.000 soldados, entre regulares y federados, 3.000 isaurios, 200 hunos y 300 mauros, además de los 2.500 bucellarii del general. En total no más de 10.000 hombres. Al mando de tan reducido ejército, navegó rumbo a Sicilia con instrucciones de ocuparla si no encontraba resistencia, aunque

en caso contrario, debía buscar refugio en África. Como la única guarnición importante establecida en la isla era la del puerto de Panormus, no es extraño que las poblaciones de Catana (Catania) y Siracusa abriesen las puertas a los imperiales. Panormus, defendida por un regimiento ostrogodo, se encerró tras sus muros, pero fue rápidamente reducida mediante una lluvia de flechas. Para cuando el 31 de diciembre de 535, Belisario celebró la clausura de su consulado en Siracusa, la isla estaba enteramente sometida al emperador<sup>51</sup>.

Mientras tenían lugar estos sucesos, Justiniano se había puesto en contacto con los monarcas merovingios, a través de una embajada que solicitó su ayuda, en nombre de la común fe ortodoxa, para combatir a los godos arrianos. El requerimiento del emperador iba acompañado de una elevada cantidad de dinero, y de la promesa de nuevas sumas, si tomaban parte activa en la campaña. Los francos prometieron combatir como aliados del Imperio, pues, además del oro bizantino, anhelaban anexionar a su dominio la franja litoral subgálica, que tras el hundimiento del reino visigodo de Tolosa había pasado a ser defendida por los ostrogodos<sup>52</sup>.

Tan pronto como Teodato tuvo noticia de las victorias bizantinas en Dalmatia y Sicilia, entró en negociaciones con el embajador Pedro, quien le propuso la firma de un humillante tratado de paz con el Imperio. Las condiciones, acordadas en secreto, incluían la entrega de Sicilia y el envío anual a Bizancio de 3.000 guerreros godos y de un tributo de 300 libras de oro. Teodato debía comprometerse a no ejecutar a ningún clérigo católico o senador, ni a confiscar sus propiedades, excepto por mandato del basileus. Por otra parte, sólo podría otorgar el rango de patricio o senador con el permiso de Justiniano, cuyo nombre precedería al del monarca ostrogodo en

las aclamaciones y cuya estatua se colocaría siempre a la derecha de la de Teodato. Poco antes de que Pedro partiese hacia Constantinopla, el soberano le hizo llamar otra vez y le comunicó reservadamente que en última instancia estaba dispuesto a abdicar y entregar Italia al emperador, a cambio de una serie de grandes propiedades en Oriente que rentasen no menos de 1.200 libras de oro al año<sup>53</sup>.

Como era de esperar Justiniano se decantó por la segunda oferta de Teodato. El emperador, deseoso de concluir la guerra con el menor costo posible, estaba dispuesto a recibir al monarca ostrogodo, concederle las más altas dignidades del Imperio y asignarle las rentas que solicitaba. Pero cuando, en la primavera de 536, Pedro se presentó de nuevo ante el príncipe Amalo las circunstancias habían experimentado algunos cambios. Recientemente, el general Mundo y su hijo Mauricio habían hallado la muerte en combate contra los godos, quienes habían ocupado la ciudad de Salonae, obligando a los bizantinos a retirarse de Dalmatia. Por otra parte, el monarca ostrogodo había llegado a un acuerdo con los merovingios, a quienes había prometido el sur de las Galias, desde la desembocadura del Ródano hasta los Alpes, y una suma de 2.000 sueldos, a cambio de su ayuda militar. Infatuado por la victoria dálmata y confiando en la alianza franca, Teodato se atrevió a ordenar que el embajador imperial fuese puesto bajo custodia. Acto seguido, hizo que el Senado romano mandase acuñar moneda de bronce con sus títulos e imagen en la cara del anverso, a fin de destacar la independencia de su reino frente al Imperio. Además, aprovechando la muerte del papa Agapito I (535-536), fallecido durante una visita a Constantinopla, movió todas sus influencias para que fuese consagrado obispo de Roma Silverio (536-537), hijo del papa Hormisdas, y uno de los más destacados miembros del partido antibizantino entre el clero de la Ciudad Eterna. En vista del

mal cariz que habían comenzado a tomar los acontecimientos, Justiniano ordenó a Belisario que cruzase el estrecho de Mesina e invadiese Italia, mientras Constancio, el comes sacri stabuli, al frente de otro ejército, emprendía la reconquista de Dalmatia<sup>54</sup>.

En mayo de 536, Belisario desembarcó en Regium (Reggio). El general avanzó por la costa de Lucania et Bruttium, mientras la escuadra le seguía costeando el litoral. En todas partes, los romanos le salían al encuentro para saludarle como libertador. Incluso Ebrimundo, yerno de Teodato y comandante de las fuerzas ostrogodas acantonadas en la provincia, se pasó al enemigo junto con todos sus hombres. Belisario le envió a Constantinopla, donde el emperador le cubrió de regalos y le otorgó la dignidad del patriciado. Sin encontrar oposición alguna, Belisario penetró en la Campania y marchó sobre Nápoles. Aunque los miembros del partido probizantino de la ciudad, apoyados por la comunidad de comerciantes orientales, eran favorables a la rendición, se impuso el criterio de la facción germánica, defendido por los judíos, que propugnaba resistir hasta que Teodato enviase refuerzos<sup>55</sup>.

Sin dudarle un instante, Belisario puso sitio a Nápoles. El general era consciente de los problemas que comportaba un largo asedio: no sólo habría de hacer frente a los ostrogodos, que, tarde o temprano, acabarían por enviar tropas para levantar el cerco, sino también a los rigores del invierno, que ya se aproximaba. Ambos motivos le indujeron a intentar tomar la ciudad por la fuerza; pero fracasó en el empeño. Finalmente, decidió rendir la plaza por hambre y sed, razón por cual, además, de impedir la entrada de alimentos, hizo cortar el acueducto que suministraba agua a Nápoles. No obstante, llegados a este punto, se produjo un cambio total en la situación. Uno de los soldados

isaurios, observando la estructura del acueducto, descubrió que la conducción por la que fluía el agua, pese a estrecharse en su entrada a la ciudad, bien podía utilizarse como pasaje para penetrar en Nápoles. Cuando Belisario tuvo noticia del hallazgo, ordenó que se ampliase el canal en secreto. Poco después, tras 20 días de sitio, pudo introducir 400 hombres en la plaza, a través del acueducto. Estos facilitaron la ocupación de la ciudad por las fuerzas bizantinas, las cuales, apenas se encontraron en el interior de Nápoles, dieron comienzo a una despiadada matanza, que Belisario, a duras penas, logró contener. El general, alarmado, hubo de intervenir, ordenando que se respetase la vida la población civil y que las mujeres, niños y esclavos capturados fuesen devueltos a sus respectivos maridos, padres y amos. De todos modos, no pudo impedir que la tropa conservase como botín los bienes materiales de los que ya se habían apoderado<sup>56</sup>.

La noticia de la caída de Nápoles causó honda impresión en la cúpula militar del ejército ostrogodo. Los generales temían que la pasividad de Teodato ante el avance de las tropas imperiales ocultase, en realidad, un acuerdo secreto, para entregar el reino al emperador. Reunidos con sus tropas en los pastizales de Regata (Rieti), al noroeste de Tarracina (Terracina), acordaron deponer a Teodato y eligieron como nuevo soberano, elevándolo sobre el pavés, al general Vitiges, que si bien no era de sangre real ni procedía de una casa de la alta nobleza ostrogoda, disfrutaba, en cambio, una solida reputación como guerrero, labrada en los campos de batalla. Al conocer estos hechos, Teodato abandonó Roma para refugiarse en Ravenna. Sin embargo, Vitiges mandó en su busca a Optaris, quien le dio alcance en el camino y, movido por resentimiento personal, le degolló allí mismo<sup>57</sup>.

Con la ejecución de Teodato la dinastía de los Amalos

cede el poder a reyes extraídos de entre los altos mandos del ejército ostrogodo. Vitiges, consciente de su necesidad de anudar lazos con el antiguo linaje real, marchó inmediatamente a Ravenna, para casarse con Matasunta, hija de la reina Amalasunta. Dejó en Roma una guarnición de 4.000 hombres, a todas luces insuficiente para defender la ciudad contra el ejército bizantino. El enlace de Vitiges con Matasunta fue oportunamente comunicado a Justiniano. Vitiges esperaba conseguir la paz con el Imperio, pues había eliminado al asesino de Amalasunta y desposado a su hija y única heredera. Además, en señal de acatamiento a la autoridad suprema del emperador, las primeras emisiones de moneda de plata que mandó acuñar llevaban únicamente la imagen de Justiniano sobre la cara del anverso. Sin embargo, esta tentativa de restablecer la concordia no tuvo éxito. El emperador deseaba restablecer su autoridad sobre Italia y no estaba dispuesto a llegar a ningún acuerdo<sup>58</sup>.

La marcha de Vitiges hacia el norte de Italia, no sólo estuvo motivada por la necesidad de consolidar su posición, sino también por razones de índole táctica. El nuevo monarca no quería quedar atrapado entre dos frentes, como le había ocurrido a Teodato, y consideró oportuno neutralizar el septentrional, donde francos y bizantinos constituían una grave amenaza.

Como ya vimos en su momento, Teodato, a fin de contrarrestar el pacto firmado por los francos con el Imperio, había cedido a los merovingios la provincia subgálica que controlaban los ostrogodos. Vitiges, en cumplimiento del acuerdo sellado por su antecesor entregó la suma de dinero acordada y evacuó las ciudades galas, permitiendo que los francos las ocupasen. De este modo, se aseguraba la neutralidad merovingia en el conflicto, y reunía fuerzas suplementarias, extraídas de las guarniciones godas de las ciudades del sur de la Galia, para



enfrentarse a Belisario. A pesar de todo, los francos no se consideraron desvinculados de sus obligaciones hacia el Imperio, como lo demuestra el hecho de que tomaron la precaución de solicitar al emperador la confirmación de la posesión recién adquirida<sup>59</sup>.

Por otra parte, Vitiges envió una expedición contra el comes sacri stabuli Constanciano, que se, tras haber recuperado la Dalmatia, se había instalado en Salonae. La ciudad fue asediada por tierra y mar, pero los bizantinos lograron destruir la flota goda y, pese a que, durante un poco más de tiempo, el cerco continuó por tierra, la plaza no llegó a caer en manos de los bárbaros<sup>60</sup>.

El tiempo empleado por el nuevo monarca ostrogodo en asegurarse el dominio del norte de la Península frente a los francos y los bizantinos, fue aprovechado por Belisario para avanzar hacia Roma. La suerte de Italia estaba echada. La Península iba a ser objeto de disputa entre godos y bizantinos durante dieciocho años. Las sangrientas guerras góticas acababan de dar comienzo.

### 3.3. El período de las guerras góticas.

#### 3.3.1. Campañas contra Vitiges.

El 9 de diciembre de 536, Belisario ocupó Roma. El Senado, apenas tuvo noticia de lo ocurrido en Nápoles, y contando con la aquiescencia del papa Silverio, había enviado ante el general bizantino a Fidel, antiguo quaestor del rey Atalarico, con la promesa de rendir la ciudad sin resistencia. Así ocurrió. Mientras Belisario hacía sus entrada triunfal por la Puerta Asinaria, la guarnición ostrogoda abandonaba Roma camino de

Ravenna por la Puerta Flaminia. Su comandante, Leuderis, se rindió a las fuerzas imperiales y fue enviado ante el emperador con las llaves de la Ciudad Eterna. Fidel obtuvo la praefectura praetorio Italiae. Poco después, la provincia de Apulia et Calabria, donde no había asentamientos godos, se sometió a Belisario<sup>61</sup>.

En previsión de un largo asedio, Belisario hizo almacenar víveres y restaurar las fortificaciones de la ciudad. El general no disponía de suficientes hombres como para presentar batalla en campo abierto. En tanto no recibiese refuerzos de Oriente, su única posibilidad de mantener las conquistas efectuadas hasta aquel instante consistía en apelar al uso de una táctica defensiva de desgaste. Mientras se llevaban a cabo los preparativos para resistir el sitio, Belisario despachó a Bessas con ordenes de ocupar Narnia (Narni), y a Constantino el Tracio le encomendó la toma de Spoletium (Spoleto) y Perusia (Perugia). Ambos cumplieron con su misión sin ningún problema, ya que las poblaciones se mostraron dispuestas a colaborar. A finales de febrero de 537, Vitiges, una vez solucionada la cuestión de los francos, se presentó ante Roma, al mando de 150.000 hombres, muchos de ellos procedentes de las guarniciones godas retiradas de las ciudades del sur de la Galia. Belisario salió al encuentro del enemigo en las inmediaciones del puente Milvio. Reconocido a causa de su montura, un caballo tordo, estuvo a punto de perecer en la batalla, ya que los godos dirigieron todos sus ataques contra él. Finalmente, los bizantinos se retiraron a la ciudad sin grandes bajas<sup>62</sup>.

Procopio de Caesarea, formado en la tradición homérica, narra con auténtico sabor épico los distintos episodios que tuvieron lugar a lo largo del período de más de un año que duró el asedio. Tras haber rechazado a las fuerzas imperiales,

los godos levantaron 6 campamentos en torno a la ciudad, aunque no les sería posible controlar todo su perímetro<sup>63</sup>. Una de sus primeras acciones consistió en cortar los acueductos, lo que produjo grandes perjuicios a la población de Roma. Para empezar los molinos harineros, de los que dependía el suministro diario de pan, dejaron de funcionar. Este grave problema, según nos cuenta Procopio, fue paliado de inmediato por el ingenio del general:

"Así pues, Belisario acertó con el siguiente recurso. Justo debajo del puente (Aurelio), que... estaba en conexión con las murallas, amarró cuerdas de las dos orillas del río y las tensó tanto como pudo, a continuación asió a ellas dos barcos lado a lado, separados por dos pies, donde la corriente de agua descendía bajo el arco del puente con mayor fuerza, y colocando dos molinos sobre cada barco, colgó entre ellos el mecanismo por el que los molinos suelen girar. Debajo de éstos puso otros barcos, cada uno asido al siguiente por detrás en orden, y fijó las ruedas de paletas entre ellos de la misma manera, a lo largo de una gran distancia. Así, por la fuerza del agua que corría, todas las ruedas, una tras otra, eran movidas independientemente, y de este modo trabajaban los molinos con las que estaban conectadas y molían suficiente harina para la ciudad. Ahora bien, cuando el enemigo supo de esto por desertores, destruyó las ruedas de la siguiente manera. Tomaron grandes troncos y cuerpos conservados de romanos recientemente asesinados que arrojaron al río, y muchos de ellos fueron arrastrados por la corriente entre los barcos y rompieron las ruedas. Pero Belisario, observando lo que estaba ocurriendo, adoptó la siguiente medida.

Colocó delante del puente largas cadenas de hierro, que se extendían completamente a lo ancho del Tíber. Todos los objetos que el río arrastraba chocaban con estas cadenas, y quedaban allí varados y no iban más allá<sup>64</sup>.

Otra de las consecuencias del corte de los acueductos fue que las termas, uno de los placeres de que disfrutaba la plebe, quedaron inutilizadas. Este problema no pudo ser solventado por Belisario y la población, con parte del Senado a la cabeza, no tardó en empezar a murmurar en su contra, pues a las incomodidades propias del asedio, incluida la escasez de alimentos, se unía la obligación impuesta a los ciudadanos varones en edad militar de custodiar los muros de la ciudad. Conocedor del malestar interior, Vitiges envió ante Belisario una legación diplomática, que, en presencia del Senado romano y del estado mayor bizantino, le conminó a rendirse. Por su parte, el general respondió a los embajadores godos que estaba dispuesto a resistir hasta la muerte<sup>65</sup>.

En vista de la tenacidad de Belisario y tras 18 días de asedio, Vitiges decidió lanzar un ataque simultáneo y por sorpresa contra las Puertas Salaria, Prenestina, Cornelia y Aurelia. Con el propósito de tomar la ciudad por la fuerza, mandó fabricar toda una serie de máquinas de asalto, que eran arrastradas por bueyes. Sin embargo, Belisario encontró el medio de neutralizar aquel despliegue de medios técnicos, por otro lado, impropio de un pueblo bárbaro. Cuando las yuntas, que tiraban de los ingenios, se aproximaron a la Puerta Salaria, el general ordenó a sus arqueros que disparasen sobre los animales. Estos cayeron abatidos por una lluvia de flechas, y las torres y rampas quedaron inutilizadas en medio del campo. A pesar de todo, Vitiges, ciñéndose al plan previsto, arrojó a sus hombres

al asalto de las fortificaciones. Cerca de la Puerta Cornelia tuvo lugar uno de los hechos de armas más célebres del asedio de Roma. Los godos, avanzando sobre la columnata que se extendía entre el puente Elio y la basílica de San Pedro, intentaron apoderarse del mausoleo del emperador Adriano, hoy conocido con el nombre de castillo de Sant'Angelo. Su conquista les habría otorgado un puesto estratégico, ya que la tumba era más alta que los inmediatos muros de la ciudad. No obstante, los defensores, dirigidos por Constantino el Tracio, lograron repeler la agresión, rompiendo a golpe de martillo las estatuas que adornaban el mausoleo y arrojando los fragmentos a modo de proyectiles sobre los asaltantes. Llegado el momento oportuno, Belisario abrió las puertas de Roma y envió a la caballería contra el enemigo. Las fuerzas imperiales pegaron fuego a las máquinas de asalto y pusieron en fuga a los ostrogodos<sup>66</sup>.

Aunque, el general había conseguido rechazar el ataque, era consciente de lo precario de su situación. Por ello escribió al emperador solicitando el envío de refuerzos, ya que las fuerzas con que contaba para defender Roma apenas ascendían a 5.000 hombres, después de haber ido estacionando guarniciones en Sicilia y el sur de Italia, a medida que avanzaba hacia el norte<sup>67</sup>.

A mediados de marzo, el hambre y una epidemia comenzaron a afectar a la población de Roma. En tales circunstancias, Belisario decidió mandar a Nápoles a todas las mujeres, niños y esclavos, a fin de reducir el número de bocas a las que debía alimentar. Esta medida no sólo afectó a los ciudadanos, sino también a los soldados, que hubieron de desprenderse de sus asistentes personales. La evacuación se llevó a cabo sin problemas. En primer lugar, porque los godos eran incapaces de controlar por completo el largo perímetro de las

fortificaciones de Roma. Y en segundo lugar, porque los soldados beréberes que combatían en las filas del ejército imperial habían estado realizando incursiones al otro lado de las murallas varias noches antes, para dar muerte a todo enemigo que encontraban fuera de su campamento. Mediante esta táctica se crearon varios corredores, por los que los refugiados pudieron salir de la ciudad y alcanzar la Campania y Sicilia<sup>68</sup>.

A pesar de que el papa Silverio había apoyado la iniciativa senatorial a favor de la entrada de los imperiales en Roma, Belisario sospechaba que, en secreto, mantenía contactos con el enemigo, a fin de entregarle la ciudad en cuanto se presentase la ocasión oportuna. El hecho de que fuese antiguo miembro del partido antibizantino y que debiese el pontificado a la intervención de Teodato, no hacía sino incrementar la suspicacia del general. Por ello, finalmente, decidió enviarlo como desterrado a la isla de Pontia (Ponza), donde moriría el 2 de diciembre de 537, al poco tiempo de su llegada, víctima del hambre y de los malos tratos recibidos. En su lugar, Belisario impuso como nuevo obispo de Roma a Vigilio (537-555), quien, un año antes, había sido el candidato predilecto de la emperatriz Teodora para suceder a Agapito I. El general también expulsó de Roma a todos los senadores del partido germánico, cuyo líder, en aquel momento, era Flavio Máximo, descendiente del emperador Petronio Máximo. Estos pudieron regresar, más tarde, cuando se puso fin al asedio. Temiendo que los defensores se dejaran corromper por dinero, Belisario relevaba constantemente las guardias y todos los meses hacía cambiar las llaves de las puertas de la ciudad. Por aquellos días un grupo de ciudadanos romanos, probablemente paganos, abrieron en secreto las puertas del templo de Jano, como se acostumbraba hacer en el pasado durante los tiempos de guerra<sup>69</sup>.

Entre tanto, Vitiges mandó ejecutar a todos los senadores romanos que habían permanecido en Ravenna, aunque algunos, como Vergentino y Reparato, éste último hermano del papa Vigilio, lograron escapar y refugiarse en Liguria. Casiodoro, que había continuado sirviendo a Vitiges como praefectus praetorio Italiae, a despecho del nombramiento de Fidel como nuevo titular de la praefectura por Belisario, no pudo hacer nada por evitar la masacre. Defraudado, al comprobar como se hundía el ideal teodoriciano de civilitas, a fines de 537, abandonaría su cargo. La matanza de los senadores residentes en Ravenna privó a Vitiges de los últimas simpatías que pudiese tener entre la aristocracia romana<sup>70</sup>.

Acto seguido, y a fin de que Roma quedase privada de provisiones no sólo por tierra sino también por mar, Vitiges ocupó Portus, el puerto de la ribera norte del Tíber, que había sustituido a Ostia durante el siglo V como base de almacenamiento de los víveres que subían desde la costa a la ciudad remontando el río. Apenas 20 días después de la toma de Portus por los godos, en pleno mes de abril de 537, llegaron a Roma los primeros refuerzos enviados por el emperador, 1.600 jinetes, hunos, antas y eslavos en su mayoría, bajo el mando de los magistri militum vacantes Martín y Valeriano. Belisario, inseguro de los resultados de una batalla en campo abierto, se dedicó a enviar contra los godos pequeñas expediciones, integradas por dos o trescientos jinetes. Estos atraían al enemigo hasta las murallas de la ciudad, desde donde los arqueros bizantinos los abatían con sus flechas. Animados por el éxito de semejante táctica y por la llegada de los refuerzos enviados desde Constantinopla, los romanos solicitaron al general que estudiase la posibilidad de hacer frente a las tropas godas en una gran batalla, que pusiese fin al asedio. En principio, Belisario se mostró poco partidario de la idea, dada la inferioridad numérica de sus fuerzas; pero

finalmente, decidió probar fortuna y salir a campo abierto con todo su ejército. La batalla, que a punto estuvo de terminar en desastre para los imperiales a causa de la inexperiencia y falta de disciplina de algunos cuerpos, no contribuyó a inclinar la balanza a favor de ninguno de los dos bandos contendientes. Los godos tuvieron muchas bajas y los bizantinos no alcanzaron el objetivo perseguido de levantar el cerco<sup>71</sup>.

Mientras los sitiados aguardaban la llegada del grueso de los refuerzos prometidos por Constantinopla, el panorama en el interior de Roma se hacía cada vez más difícil. Desde comienzos de la primavera de 537, pese a la marcha de las mujeres, niños y esclavos, la ciudad era pasto del hambre y de una grave epidemia. En los almacenes aún quedaba grano para el ejército, pero no para la población civil. Algunos soldados, amparándose en la oscuridad de la noche, se atrevían a salir del recinto amurallado, para recoger trigo en los campos próximos. Luego, de vuelta en Roma, lo vendían a los ricos, que eran los únicos que podían permitirse el lujo de pagar las ingentes sumas que exigían por el cereal. Entre tanto, el resto de la población se alimentaba de hierbas, que crecían en las fortificaciones y en los descampados, o hacían salchichas con carne de algún mulo muerto<sup>72</sup>.

A mediados del verano, cuando la situación se tornaba insostenible, se corrió la voz de que los refuerzos enviados por el emperador acababan de arribar a Nápoles. Deseoso de confirmar la noticia, Belisario despachó a Procopio con ordenes de reunir a los soldados que hubiesen desembarcado y cuantos víveres pudiese hallar, a fin de expedirlos de inmediato a Roma. Ya en el puerto campano, Procopio pudo comprobar que el ejército de socorro aún no habían llegado, pero logró reunir una fuerza de 500 hombres y cargó con grano varias naves. Mientras llevaba a



cabo estos preparativos, Antonina se presentó en Nápoles. La esposa de Belisario, que se había visto obligada a abandonar Roma dada la gravedad de las circunstancias, colaboró con Procopio para acelerar la partida de la flota<sup>73</sup>.

Finalmente, a comienzos del otoño de 537, los refuerzos de Constantinopla desembarcaron en Napolés. Se trataba de 3.000 isaurios a las ordenes de Paulo y Conón, 1.000 soldados de infantería bajo varios comandantes y 800 jinetes tracios mandados por el sobrino del general Vitaliano, el magister militum Juan, que se ganaría el sobrenombre de "el Sanguinario" en la campaña italiana, a causa de sus brutales métodos de hacer la guerra. Paulo y Conón siguieron por el mar hasta Ostia, mientras los tracios de Juan, junto con una caravana de víveres que éste había obtenido en Apulia et Calabria y los 500 hombres reunidos por Procopio se abrieron paso hacia Roma por la ruta costera. Belisario, al conocer que las fuerzas de Juan se aproximaban a la ciudad y temiendo que fuesen asaltadas por el enemigo, puso en marcha una serie de maniobras de distracción, para que las tropas imperiales pudiesen entrar en Roma sin contratiempos<sup>74</sup>.

La llegada de los refuerzos enviados por Justiniano para auxiliar a Belisario enfrió los ánimos beligerantes de los godos. Rápidamente, Vitiges abrió una ronda de negociaciones con el general bizantino, ofreciéndole Sicilia para el Imperio a cambio de que los ostrogodos pudieran conservar Italia. Belisario, que no deseaba comprometerse sin la aquiescencia del basileus, se limitó a firmar un armisticio, en espera de que Justiniano tomase una decisión al respecto. Aprovechando la tregua, los imperiales recuperaron Portus, evacuado por los godos faltos de víveres, con lo que Roma pudo volver a ser aprovisionada a través del mar. Por esta misma época, Dacio,

obispo de Mediolanum, se presentó en la Ciudad Eterna, acompañado por varios notables locales, manifestando ante Belisario su deseo de que las tropas del emperador ocupasen la Liguria. A la sazón, Mediolanum era, después de Roma, la ciudad más importante de Italia, "tanto en tamaño como en población y prosperidad". El general prometió atender la demanda del obispo, pero, a causa de la proximidad del invierno, hubo de posponer la conquista de Liguria hasta la llegada de la primavera<sup>75</sup>.

---

Durante el armisticio, se produjeron algunas rencillas personales entre los miembros de la cúpula militar bizantina. La más importante de todas fue la que enfrentó a Belisario con Constantino el Tracio, quien llegó a atentar, sin éxito, contra la vida del general, pagando su atrevimiento con la muerte<sup>76</sup>. Estas disensiones de carácter privado influirán, poco después, de manera decisiva en la marcha de la guerra.

A comienzos de marzo de 538, Belisario reanudó las operaciones militares. Unos 2.000 soldados al mando de Juan el Sanguinario cruzaron los Apeninos y pusieron sitio a Ariminum. Vitiges, al comprobar que la tregua tocaba a su fin sin respuesta de Justiniano y que Belisario había comenzado a movilizar sus tropas, se sintió inquieto. Cuando, al poco tiempo, le llegó la noticia de que Ariminum, situada a una jornada de Ravenna, había abierto las puertas a los imperiales, levantó apresuradamente el cerco de Roma y corrió a defender su capital. De camino a Ravenna, Vitiges dejó destacamentos en las ciudades de Clusium (Chiusi), Urviventus (Orvieto), Tudera (Todi), Petra (Pertusa), Auximus (Osimo), Urbinus (Urbino), Caesena (Cesena) y Monteferetra (Montefeltro). Sin embargo, poco después, los bizantinos se apoderaron del puerto de Ancon (Ancona), y de la fortaleza de Petra, estableciendo así comunicación entre el Adriático y el Tirreno a través de los Apeninos. Mientras tanto,

una fuerza de 1.000 isaurios y tracios, al mando del dux Mundilas, bucellarius del general, fue enviada por mar a Genua (Génova), y ocupó la mayor parte de la Liguria con excepción de la ciudad de Ticinum. Les acompañaba el praefectus praetorio Fidel, que murió a manos de los godos en el intento de apoderarse de esta última plaza, razón por la cual el emperador hubo de nombrar un nuevo praefectus, escogiendo para el cargo a Reparato, el hermano del papa Vigilio, que, como ya vimos, había escapado a la matanza de senadores que se produjo en Ravenna<sup>77</sup>.

En la primavera de 538, el monarca merovingio Teodoberto I (534-538) decidió intervenir en la guerra de Italia a favor de los godos, aunque sin romper su alianza con Justiniano, por lo que envió 10.000 burgundios a Liguria. Con su ayuda los godos, al mando de Uraias, sobrino de Vitiges, pusieron cerco a Mediolanum, donde el dux Mundilas resistiría con una guarnición de apenas 300 hombres, durante 9 meses. La inesperada colaboración de los francos dejó las manos libres a Vitiges para ponerse al frente del asedio de Ariminum, donde Juan el Sanguinario, desobedeciendo las ordenes de Belisario, se había atrincherado con sus tropas. En junio de 538, Belisario abandonó Roma, para expugnar las fortalezas godas de Tuscia. Algunas, como Tudera y Clusium, se rindieron sin resistencia. El traslado del teatro bélico a la Liguria, la Tuscia y el Picenum provocó la fuga de los campesinos, que aquel año no sembraron la tierra. Pronto el hambre hizo mella entre la población y llegó a ser tan grave, que se dieron casos de canibalismo. Según Procopio, sólo en Picenum perecieron no menos de 50.000 personas, a causa de la escasez de alimentos<sup>78</sup>.

A mediados del verano, se presentó en Italia el eunuco Narsés con 7.000 soldados de refresco. Nacido hacia 480 en la Armenia persa, lugar de procedencia de numerosos eunucos de la

corte, Narsés era un "hombre pequeño, de aspecto delgado y frágil, de modales delicados y facciones elegantes". En aquellos momentos, ocupaba el cargo de sacellarius del emperador o encargado de la custodia del tesoro privado del soberano, función que había desempeñado desde los primeros tiempos de su reinado. Aunque no poseía una amplia cultura literaria era profundamente piadoso. Monofisita moderado, colaboró activamente con Teodora en el desarrollo de una política religiosa de consenso. Poseía, además, amplios conocimientos teóricos del arte de la guerra, que puso en práctica en Italia. De hecho, sería él quien terminase la conquista de Península. Sirvió con lealtad al emperador y es uno de los pocos personajes de la corte a quien Procopio no critica en sus Anecdota<sup>79</sup>.

Belisario y Narsés se encontraron con sus respectivos ejércitos en las inmediaciones de la ciudad de Firmum (Fermo). Belisario deseaba marchar inmediatamente sobre Auximus; mientras que Narsés era partidario de levantar primero el cerco de Ariminum, donde resistía Juan el Sanguinario, asediado por los godos. La llegada de un desesperado mensaje de este último, acabó con la disputa entre los dos generales. Las fuerzas del Imperio se dirigieron a Ariminum, obligando a Vitiges a replegarse hacia Ravenna. El éxito de esta operación sólo contribuyó a acentuar las desavenencias en el seno de la cúpula militar bizantina. Belisario seguía empeñado en atacar Auximus, para a continuación acudir en auxilio de Mediolanum. En cambio, Narsés, apoyado por Juan el Sanguinario, se inclinaba por penetrar en la Aemilia y poner sitio a Ravenna. Al final, se optó por enviar un contingente de tropas a Mediolanum, en tanto el grueso del ejército ponía sitio a Urbino (Urbino). Sin embargo, poco tiempo después, Narsés y Juan abandonaron a Belisario, que hubo de concluir solo el asedio de la ciudad, para adentrarse en la Aemilia<sup>80</sup>.

Entre tanto, el ejército enviado en socorro de Mediolanum, había alcanzado las orillas del Po y se hallaba escasamente a una jornada de distancia de la ciudad. Pero su comandante, el magister militum vancans Martín, permanecía en la margen meridional del río, sin decidirse a vadearlo, a causa de la gran multitud de godos y burgundios que ocupaban la Liguria. Belisario, desde sus cuarteles de invierno en Roma, cursó orden a Juan el Sanguinario, a fin de que se uniese a Martín y juntos levantasen el cerco de Mediolanum. Sin embargo, Juan se excusó diciendo que tenían otras ordenes de Narsés, quien pasaba el invierno en Ariminum. Belisario escribió a Narsés, y éste confirmó las disposiciones del primero. Desafortunadamente, Juan cayó enfermó al llegar al Po y se produjo un fatal retraso. En marzo de 539, Mundilas rindió Mediolanum a Uraias. Las cláusulas de la capitulación garantizaban la vida de los soldados bizantinos, pero no la de los civiles. Mediolanum fue saqueada e incendiada. Según Procopio, los godos degollaron a todos los varones de la ciudad, aproximadamente unas 300.000 personas, entre las cuales se encontraba el praefectus praetorio Reparato, cuyo cadáver fue despedazado y arrojado a los perros. Las mujeres no corrieron mejor suerte. Reducidas a la esclavitud fueron entregadas como esclavas a los burgundios, a modo de pago por sus servicios. En cuanto corrió la noticia de la suerte de los milaneses, todas las ciudades de la Liguria que aún se hallaban bajo control bizantino se sometieron a los godos. Belisario escribió al emperador, para darle cuenta de lo acaecido. Justiniano, consciente de que el desastre de Mediolanum había sido consecuencia de la discordia que existía entre sus generales, decidió restaurar la unidad del mando, razón por la cual ordenó el retorno de Narsés a Constantinopla<sup>81</sup>.

Tras varios meses de asedio, en el otoño de 539, Fisula (Fiesole) y Auximus abrieron sus puertas a los imperiales.

A fines de año, Belisario puso cerco a Ravenna, con la colaboración de Vital, magister utriusque militiae per Illyricum, quien acababa de someter toda la Venetia et Histria, consolidando, así, el dominio bizantino sobre el Adriático. Por su parte, Vitiges había pasado los últimos tiempos tratando de encontrar aliados. Desafortunadamente para su causa, no consiguió llegar a un acuerdo con ninguno de los vecinos reinos germánicos. Como último recurso, envió una embajada ante Cosroes, rey de Persia, con quien Justiniano había estado en paz desde 532, aunque, recientemente, se habían producido algunos incidentes fronterizos que permitían augurar una próxima ruptura de la Pax Aeterna. Los embajadores ostrogodos ayudaron al Gran Rey a tomar la decisión definitiva. En marzo de 540, el monarca Sasánida reanudaría la guerra contra el Imperio<sup>82</sup>.

Sin embargo, para entonces, Vitiges ya había empezado a negociar su rendición con Belisario. Cercado tras los muros de Ravenna, no había tenido otra salida, especialmente después de que ardiesen los graneros de la ciudad, hecho que algunos atribuían a un plan concebido por su esposa Matasunta, secretamente en connivencia con los bizantinos. Justiniano, a través del comes domesticorum et patricius Domnico y del senador oriental Maximino, estipuló las cláusulas: Vitiges entregaría la mitad del tesoro real al emperador, junto con Sicilia y todo el territorio de la Península Itálica situado al sur del Po, reservándose para sí las provincias de Liguria y Venetia et Histria. Pero Belisario se opuso a la firma de semejante pacto, ya que estaba convencido de que podía rendir Ravenna y recuperar toda Italia para el Imperio. Ante la posición inamovible del general, un grupo de notables ostrogodos le ofreció la sumisión completa de su pueblo, si se proclamaba emperador de Occidente. Belisario aceptó, comprometiéndose a respetar a la vida y hacienda de los godos, una vez alcanzase el poder supremo<sup>83</sup>.

Este último episodio trasciende el carácter meramente anecdótico, que a veces tiene la obra de Procopio, para ofrecernos un dato significativo, en el que se refleja la realidad política y social de Occidente durante la primera mitad del siglo VI. A pesar del largo conflicto que les había enfrentado a los bizantinos, amplios sectores de la aristocracia ostrogoda continuaban considerando que todo poder legítimo emanaba del Imperio, de ahí que intentarán solventar sus problemas sin romper con este marco referencial. La proclamación de un nuevo emperador de Occidente era la solución más adecuada para sus intereses. El soberano, que se alzaría como usurpador frente al emperador de Constantinopla, precisaría de la ayuda militar ostrogoda, primero, para conseguir el reconocimiento oficial de su colega oriental y, más tarde, para mantenerse en el trono. De este modo, los godos, aliados imprescindibles del poder imperial de Occidente, podrían conservar sus bienes y su status, como brazo armado del régimen, al tiempo que se hallaban integrados en el Imperio. Años más tarde, hacia 550, cuando la situación de los bizantinos en Italia sea más desesperada, Justiniano patrocinará un segundo plan para restaurar el Imperio de Occidente en la persona de su primo Germano, tema que tendremos oportunidad de abordar más adelante.

En mayo de 540, las fuerzas imperiales ocuparon la ciudad de Ravenna. Inmediatamente, Vitiges fue puesto bajo custodia, aunque se le trató con el respeto debido a su dignidad. Al mismo tiempo, Belisario tomó posesión del tesoro real en nombre del emperador. Sin embargo, su lealtad personal a Justiniano, le impidió vestir la púrpura. Este hecho no aplacó la ira del soberano, que contrariado por la desobediencia de su general, le hizo llamar de vuelta a la corte, para encomendarle la dirección de la guerra con los persas. La pacificación de Italia se encomendó a Besas, Juan el Sanguinario y Constancio,

quien recibió ordenes de abandonar Dalmatia y dirigirse a Ravenna. En el viaje de regreso a Constantinopla acompañaron a Belisario, Vitiges, su esposa Matasunta, los más destacados miembros de la nobleza ostrogoda y el tesoro real. El monarca, que recibió de manos del emperador el título de patricius, fallecería dos años después, dejando libre a Matasunta para casarse con el patricio Germano, primo de Justiniano. Belisario no obtuvo, en esta ocasión, ni los honores del triunfo, ni ninguna retribución material. En su lugar, hubo de partir rápidamente hacia Siria, ya que en junio de 540, los persas habían tomado y destruido la ciudad de Antioquía<sup>84</sup>.

Tras la caída de Ravenna, la conquista de Italia parecía completa. Desde el punto de vista jurídico, el estado ostrogodo había dejado de existir. No obstante, como señala L. Musset, aún quedaba en pie un ejército godo que estaba dispuesto a combatir, bajo el liderazgo de jefes electivos, contra las fuerzas imperiales, en su mayor parte integradas por elementos de origen bárbaro, ajenos a los intereses de la población italiana<sup>85</sup>.

### 3.3.2. La lucha contra Totila.

Apenas comprendieron que Belisario no estaba dispuesto a asumir la dignidad imperial, un nutrido grupo de soldados godos se presentó ante Uraias, el sobrino de Vitiges, en Ticinum, para ofrecerle la corona. Pero Uraias declinó el honor e indicó que la persona más apropiada para ostentar la suprema dignidad era Ildibaldo, comandante de la guarnición de Verona y sobrino de Teudis (531-548), a la sazón monarca de los visigodos, y de quien cabía esperar algún tipo de ayuda en la lucha contra los bizantinos. En cuanto se le hizo el ofrecimiento, Ildibaldo (540-541) accedió a convertirse en rey de los ostrogodos, e



inmediatamente marchó a Ticinum, en donde ciñó la diadema. De todos modos, envió legados a Belisario, que en aquellos momentos preparaba su regreso a Constantinopla, para hacerle saber que pondría la púrpura a sus pies, en cuanto él deseara vestirla<sup>86</sup>.

El reinado de Ildibaldo fue breve. Como consecuencia de la rivalidad existente entre su esposa y la de Uraias, se vio obligado a decretar la ejecución de este último, so pretexto de traición, lo que le hizo perder el apoyo de los poderosos jefes militares godos. Algún tiempo después, sucumbía a manos de Velas, un oficial gético de su guardia, que no le había perdonado el hecho de que hubiese concedido la mano de su prometida a otro hombre, mientras él estaba en campaña. Acto seguido, los notables eligieron como sucesor de Ildibaldo a un príncipe rugio, que militaba en las filas del ejército ostrogodo: Erarico (541). Apenas 5 meses después de su advenimiento, fue asesinado por los mismos próceres que le habían encumbrado, al descubrirse que se hallaba en tratos con los bizantinos, para entregarles el reino. Esta vez, un sobrino de Ildibaldo, Totila (541-552), comandante de la guarnición de Tarbesium (Treviso) fue proclamado rey<sup>87</sup>.

El nuevo soberano, aprovechando las rivalidades surgidas entre los distintos comandantes bizantinos, marchó sobre el sur de Italia, con el propósito de ocupar Campania, Apulia et Calabria y Lucania et Bruttium. En estas provincias recaudó los impuestos públicos y confiscó las rentas que pagaban los colonos a los grandes propietarios, en su mayor parte senadores adictos al gobierno de Constantinopla. De tal modo, pudo abastecer a su ejército, sin necesidad de arruinar la región con saqueos y rapiñas. Las tropas imperiales, que llevaban meses sin cobrar su soldada, se negaron a salir al campo de batalla y permanecieron encerradas tras los muros de las ciudades. Este hecho permitió a Totila poner cerco a Nápoles, cuya conquista resultaba

indispensable para cortar las comunicaciones entre Sicilia y Roma. A comienzos de 543, Nápoles capituló. Tanto la población civil como los soldados bizantinos fueron tratados con consideración por los ostrogodos. Sin embargo, temiendo que las fuerzas imperiales recuperasen la ciudad y volviesen a pertrecharse tras sus fortificaciones, el rey dio orden de desmantelarlas. Precisamente, la demolición de las defensas urbanas se convertirá en uno de los elementos característicos de la estrategia bélica empleada por Totila a lo largo del conflicto<sup>88</sup>.

Como apunta E. Stein, hasta aquel momento, el monarca ostrogodo había albergado la esperanza de llegar a un acuerdo con el emperador. Prueba de ello es que, durante los dos primeros años de su reinado, acuñó moneda de oro y plata con la efigie de Justiniano en la cara del anverso. Sin embargo, a partir de 543, cuando quede claro que el Imperio no está dispuesto a llegar a un trato, las emisiones de numerario salidas de la cecas godas portarán la imagen del emperador Anastasio. Todo un símbolo de las aspiraciones de Totila a restablecer las relaciones que habían existido entre Teodorico y aquel príncipe<sup>89</sup>.

Cuando Justiniano tuvo noticia de la caída de Nápoles decidió retirar a Belisario de la frontera persa y enviarlo a Italia. En el verano de 544, el general se puso, de nuevo, en camino hacia Occidente. Pero, como le acompañaba un reducido número de tropas, ya que había tenido que dejar en el frente oriental a sus hombres, no tuvo más remedio que reclutar voluntarios en el camino, a medida que atravesaba la Thracia. El magister utriusque militiae per Illyricum Vital colaboró con Belisario en esta tarea. Entre ambos lograron reunir unos 4.000 soldados, con los que marcharon hasta el puerto de Salonae, donde debían embarcar para Italia. Desafortunadamente, en el transcurso

de una escala técnica en Pola, espías de Totila descubrieron que las tropas de Belisario no eran considerables y corrieron a notificárselo a su señor. Por su parte, el general, apenas hubo desembarcado en Ravenna, efectuó un aviso a los ostrogodos, para que abandonasen al tyrannus Totila y se sometiesen al emperador. Pero, advertidos del peso real de sus fuerzas, los enemigos hicieron caso omiso del requerimiento<sup>90</sup>.

La situación en que se hallaba la Italia bizantina no podía ser más penosa. Después de la toma de Ravenna, Justiniano había decidido que la Península contribuyese económicamente a sufragar el mantenimiento del ejército de ocupación y del aparato burocrático del estado bizantino, por lo que, a partir de 540, no consideró necesario expedir más dinero para pagar los salarios de las tropas ni de los funcionarios. En su lugar, envió al discussor Alejandro, apodado Psalidio ("El Tijeras") por su habilidad para recortar las monedas de oro sin alterarlas, con instrucciones de poner orden en las deficitarias finanzas de la praefectura. Este comenzó su labor efectuando toda una serie de recortes en el gasto público. Para empezar, suprimió las pensiones de los silentiarii, los domestici y los scholarii, que Teodorico había mantenido, pese a que tales cargos habían devenido en meras sinecuras. También, eliminó las distribuciones de trigo entre los pobres de la ciudad de Roma; e incluso llegó a reclamar impuestos atrasados, cuyo débito se remontaba a los tiempos de Teodorico. Decidido a aplicar los métodos empleados en Oriente por Juan de Capadocia para reducir gastos, disminuyó los sueldos de los oficiales, tanto civiles como militares y, convencido de que las irregularidades que aparecían en las cuentas de los regimientos eran la causa de las pérdidas que tenía el tesoro del estado, llevó ante los tribunales a numerosos soldados. Con su actuación, Alejandro no sólo provocó el descontento entre los italianos, sino también entre las tropas

imperiales, que se vieron empobrecidas y mermadas. De hecho, tras años de no recibir su paga, muchos soldados bizantinos optaron por desertar<sup>91</sup>.

A principios del verano de 545, la situación era tan desesperada que Belisario despachó a Juan el Sanguinario con una carta para Justiniano, en la que solicitaba el envío de refuerzos y dinero. Pero Juan, más preocupado por su promoción personal que por la guerra de Italia, se entretuvo demasiado tiempo en Constantinopla celebrando sus bodas con la hija de Germano, sobrino del emperador, y mientras los ostrogodos ocuparon Firmum, Asculum (Ascoli), Spoletium y Asise (Asís), con lo que las comunicaciones entre Roma y Ravenna quedaron virtualmente interrumpidas. En diciembre de 545, Totila puso cerco a la Ciudad Eterna. Como la flota anclada en Nápoles, ahora en poder de los godos, impedía el tránsito a los cargueros que navegaban de Sicilia a Roma, pronto surgió el hambre en la ciudad. A medida que la situación de penuria se fue agravando, algunos senadores comenzaron a pensar en la conveniencia de llegara un acuerdo con Totila. A juicio de las autoridades militares bizantinas, el principal sospechoso de traición era el patricio y prior senatus Cetego, quien, al sentirse vigilado, huyó de Roma y se refugió en Centumcellae (Civita-Vecchia). Entre tanto, Belisario había cruzado el Adriático y aguardaba la llegada de refuerzos en Dyrrachium. A finales de año, se presentó en el puerto epirota un pequeño ejército al mando de Juan el Sanguinario, quien se hizo cargo de la reconquista del sur de Italia. Dada la insuficiencia de los efectivos disponibles, el general bizantino hubo de buscar el apoyo de la aristocracia local, que a la postre era la que ejercía el auténtico control político sobre la región. Un rico propietario de Canusium (Canosa), Tuliano, hijo del senador Venancio, puso a disposición de Juan todo un ejército de soldados campesinos, posiblemente reclutados en sus grandes

dominios fundarios, con los que fue posible someter Lucania et Bruttium<sup>92</sup>.

En la primavera de 546, Belisario mandó refuerzos a Portus y, poco después, el papa Vigilio envió, desde Sicilia, naves cargadas de trigo, para alimentar a la población de Roma. Sin embargo, ambas expediciones fueron interceptadas por los godos. En el interior de la ciudad, el hambre hacía estragos entre las clases populares, mientras Besas y Conón, comandantes de la guarnición de Roma, obtenían pingües ganancias vendiendo trigo y carne de buey a los ricos. En tales circunstancias, Belisario efectuó un nuevo intento de introducir víveres en la ciudad, a bordo de 200 barcos que debían remontar el Tiber. La falta de colaboración por parte de Besas, que manifestó una absoluta negligencia en el cumplimiento de sus obligaciones, y la indisciplina de Isaac, el oficial bizantino a cargo del destacamento estacionado en Portus, hizo fracasar la operación<sup>93</sup>.

Finalmente, en la noche del 17 de diciembre de 546, 4 soldados isaurios de la guarnición de Roma franquearon la Puerta Asinaria a los godos. Besas logró escapar en compañía de los 3.000 soldados que se hallaban a sus ordenes y de algunos de los más destacados miembros del Senado. El resto de la población, incluyendo a algunos aristócratas que no pudieron huir, se refugió en la basílica de San Pedro. En total, sumaban 500 almas, pues la mayoría de los habitantes de Roma o habían muerto de inanición o habían sido evacuados durante el asedio. Totila perdonó la vida a los supervivientes, pero permitió que la ciudad fuese saqueada, especialmente los palacios llenos de riquezas de los senadores, lo que redujo a la miseria a algunos nobles romanos, como Rusticiana, viuda de Boecio. Además, de acuerdo con su estrategia militar, el monarca ostrogodo mandó arrancar las

puertas de la ciudad y dismantelar sus fortificaciones. Tarea ésta que nunca completaría, pues cuando se le notificó que Juan el Sanguinario dominaba ya la mayor parte del sur de Italia, decidió interrumpir la destrucción de los muros de Roma y marchar al encuentro del enemigo. Antes de partir, obligó a los escasos pobladores de la ciudad a salir de ella y estableció una guarnición en sus proximidades. Esto no impidió que, poco después, Belisario la ocupase de nuevo, y en tan sólo 25 días reconstruyese las porciones de la muralla que Totila había derribado. Por si fuera poco, el general bizantino hizo subir por el curso Tiber un importante suministro de víveres, lo que impulsó el retorno de los vecinos refugiados en los alrededores. Cuando Totila, informado de lo sucedido, quiso recuperar Roma, le fue imposible. Todos sus ataques fueron rechazados. A pesar de este éxito de Belisario, numerosos aristócratas italianos consideraron prudente refugiarse en Constantinopla. Entre ellos se encontraban los senadores Cetego, Albino, Basilio y Casiodoro<sup>94</sup>.

Del otoño de 547 a junio de 548, llegaron a Italia en pequeños grupos unos 4.000 soldados procedentes de Oriente. Con refuerzos tan exiguos a Belisario le resultó imposible tomar la ofensiva. Su situación era tan difícil que a comienzos del verano decidió enviar a su esposa Antonina a Constantinopla, con el propósito de que usase su influencia con Teodora, para obtener los refuerzos adecuados. Sin embargo, cuando Antonina llegó a la capital se enteró de que Teodora acababa de morir. La enérgica soberana había fallecido víctima de un cáncer el 28 de junio de 548, después de haber compartido el trono con Justiniano por 21 años y 3 meses. Privada del apoyo de su protectora, Antonina solicitó al emperador el relevó de su marido. Justiniano, que planeaba enviar a Belisario nuevamente contra los persas, accedió a las demandas de la esposa del general. De este modo fue como,

en la primavera de 549, Belisario dejó Italia. Ya en Constantinopla, Justiniano le volvió a nombrar magister utriusque militiae per Orientem, cargo que, en la práctica, nunca llegaría a ejercer<sup>95</sup>.

Mientras tanto, Totila había emprendido la reconquista del terreno perdido. A comienzos del verano de 549 marchó sobre Roma, donde Belisario, antes de partir, había dejado 3.000 hombres de probado valor, bajo el mando de Diógenes, uno de sus bucellarii. Los godos capturaron Portus, y, poco después, el 16 de enero de 550, la misma Roma cayó en sus manos, gracias a la traición de algunos isaurios, que, descontentos por no haber recibido su paga, franquearon la Porta Ostiensis al enemigo. La guarnición fue masacrada, con excepción de unos 700 hombres, que pasaron al servicio de Totila, y de Diógenes y un pequeño número de soldados, que lograron ponerse a salvo en Centumcellae. Sin embargo, en esta ocasión, Totila no se comportó como un enemigo victorioso, sino como un soberano que regresa a su capital. Ordenó reconstruir las edificaciones que el mismo había mandado demoler o incendiar la primera vez que tomó la ciudad, e hizo volver a los senadores residentes en Campania. Además, organizó carreras de cuadrigas en el Circo Máximo, las últimas de que tenemos noticia. Dispuesto a llegar a un acuerdo con el Imperio, ofreció a Justiniano Sicilia y la Dalmatia, un tributo anual y todas las tropas que le requiriese el gobierno de Constantinopla, a cambio del reino de Italia. Pero Justiniano se negó a conceder audiencia a los embajadores encargados de notificarle esta propuesta y obligó a la legación diplomática ostrogoda a abandonar su capital. Consciente de la imposibilidad de llegar a un convenio con el Imperio, Totila dejó de acuñar moneda con la imagen de Anastasio y la sustituyó por la de Matasunta, quien disfrutaba de gran prestigio entre los godos. Para remarcar la definitiva ruptura con Constantinopla, la nieta de Teodorico

aparecía representada portando las insignias imperiales<sup>96</sup>.

Pero la reacción de Totila no se limitó a un gesto meramente simbólico. En cuanto tuvo noticia del trato dado por Justiniano a sus embajadores, el monarca ostrogodo empezó a organizar una expedición contra Sicilia. Para ello contaba con más de 400 barcos de guerra. Deseando hacerse con el control del estrecho de Mesina, antes de atravesarlo, puso cerco a la ciudad de Regium, cuya tenaz resistencia le indujo a enviar un destacamento a Tarentum (Tarento), plaza que no tardó mucho en rendirse. Algunas semanas más tarde, se producía la toma de Regium. En mayo de 550, los godos desembarcaron en Sicilia. Mientras tanto, Ariminum había sido ocupada por tropas germánicas. La llegada a Constantinopla de tales nuevas alarmó al emperador, que presionado por los italianos que residían en la corte, en especial por el papa Vigilio, y por los patricios Casiodoro y Cetego, despachó un pequeño contingente militar para defender Sicilia, al mando del antiguo praefectus praetorio Galliarum Liberio, sustituido en plena campaña por Artabanes. Además, nombró a su primo Germano para el mando del ejército de Italia. Esta nominación fue revestida de tal solemnidad, que según E. Stein, todo hacía presagiar una inmediata restauración del Imperio de Occidente en su persona. De hecho, Justiniano arregló el matrimonio de Germano con Matasunta, convirtiéndolo al patricio bizantino en depositario de la legitimidad Amala<sup>97</sup>.

Los preparativos militares para la campaña que debía dirigir Germano se vieron interrumpidos por una serie de invasiones bárbaras. En la primavera de 550, una horda de 3.000 eslavos había cruzado el Danubio para lanzarse al saqueo de la Thracia y el Illyricum, empalando o quemando vivos a cuantos tenían la desgracia de caer en sus manos. En pleno verano un segundo grupo, mucho más numeroso que el anterior, avanzó sobre



Naissus (Nish), con intención de proseguir hasta Tesalónica y poner sitio la ciudad. Germano que se encontraba en Serdica (Sofía), recibió ordenes de retrasar su partida, para hacer frente a esta nueva amenaza. Ante el avance de las tropas imperiales, los eslavos se retiraron a Dalmatia. Poco tiempo después, Germano fallecía en Serdica. Inmediatamente, Justiniano dispuso que Juan el Sanguinario condujese el ejército reunido por Germano a Salonae, donde debía embarcar para Italia. No obstante, como dudase de la capacidad de Juan para llevar la guerra a bien término, prefirió designar para el mando supremo de la campaña a un hombre de su entera confianza. La elección recayó sobre el anciano eunuco Narsés, quien, en aquellos momentos, ocupaba el cargo de praepositus sacri cubiculi et sacellarius<sup>98</sup>.

Ahora bien, Narsés puso como condición para asumir el dirección de las operaciones que el emperador le proveyese de fuerzas y fondos abundantes, ya que no quería fracasar por insuficiencia de recursos, como le había ocurrido a Belisario. Justiniano, que anhelaba ver el fin de la guerra de Italia, confió al poderoso eunuco un gran ejército, perfectamente armado, y le hizo entrega del dinero necesario para cubrir los gastos de la campaña y pagar los sueldos adeudados a las tropas que se encontraban acantonadas en Italia. Aunque ninguna de nuestras fuentes nos transmite el número total de hombres que partieron con Narsés, a través de Procopio sabemos que le acompañaron varios regimientos praesentales, las fuerzas que Germano había reclutado en Thracia y el Illyricum, 2.500 lombardos enviados por el rey Audoin, unos 3.000 hérulos, y numerosos pequeños contingentes bárbaros de gépidos, hunos y desertores persas<sup>99</sup>.

Cuando Totila tuvo noticia de que se estaba concentrando un gran ejército imperial en Salonae, abandonó el sur de Italia y se trasladó al norte de la Península, donde

presumiblemente se produciría el desembarco bizantino. Inmediatamente, emprendió una serie de acciones destinadas a reforzar su posición. Con el propósito de ganarse a la aristocracia italiana, confió a los senadores residentes en Roma la tarea de restaurar los edificios más representativos de la ciudad. Poco después, envió una flota, compuesta por 300 naves, a través del Adriático, con ordenes de saquear la isla de Corcyra (Corfú) y las costas vecinas del Epirus, a fin de desviar la atención bizantina de Italia y concentrarla en la Península Balcánica, algo que no consiguió. Cuando el verano de 551 estaba a punto de concluir, hizo que sus tropas ocupasen Corsica y Sardinia. Juan Troglita, magister militum Africae, intentaría arrojar a los invasores de Sardinia, pero fue batido ante los muros de Caralis, con importantes pérdidas humanas<sup>100</sup>.

En junio de 552, los ejércitos godo y bizantino se encontraron en Busta Gallorum ("las tumbas de los galos"), cerca del lago Trasimeno, en el mismo lugar en donde los romanos habían derrotado a los galos en 295 a. C. Allí Narsés obtuvo una decisiva victoria sobre Totila. El monarca ostrogodo, aunque logró escapar del campo de batalla, murió, poco después, a consecuencia de las heridas recibidas en combate. Tras el triunfo de las armas bizantinas, Narsés marchó sobre Roma. La pequeña guarnición ostrogoda que custodiaba la ciudad no pudo oponer resistencia a la entrada de las tropas imperiales. Después de la caída de la Ciudad Eterna en manos de Narsés, numerosos senadores refugiados en la Campania decidieron regresar a la capital, pero, en el camino, fueron capturados por los godos, que no dudaron en pasarlos a filo de espada<sup>101</sup>.

La victoria imperial en Busta Gallorum, pese a que inclinó la balanza del lado de los bizantinos, no puso término a la contienda. Después de la batalla, los supervivientes del

ejército godo se congregaron en Ticinum, donde eligieron como nuevo soberano al general Teias, quien, a modo de represalia por la derrota, ordenó ejecutar a 300 niños pertenecientes a familias de la aristocracia senatorial romana, que Totila había tomado como rehenes antes de enfrentarse a Narsés. A continuación, se dirigió a Cumae (Cumas), con el propósito de apoderarse del tesoro real que su predecesor había depositado allí. Pero, el 30 de octubre de 552, cerca del Vesubio en el Mons Lactarius, fue derrotado y muerto por las fuerzas imperiales. Los godos que lograron salir con vida de la masacre solicitaron y obtuvieron permiso para abandonar Italia. En cuanto a los lombardos que habían colaborado con Narsés, se decidió enviarlos de vuelta a sus tierras, ya que durante la guerra no se habían abstenido de causar daño físico y material a la población civil<sup>102</sup>.

### 3.3.3. Fin de las operaciones y reorganización de Italia.

Aunque la batalla del Mons Lactarius puso término a la contienda, la pacificación de Italia estaba lejos de haberse completado. Al norte del Po, todavía existía un grupo de ciudades defendidas por guarniciones godas, y los francos, que habían aprovechado el conflicto para ocupar gran parte de las provincias alpinas y la región occidental de la provincia de Venetia et Histria, se habían convertido en una grave amenaza para la consolidación del dominio imperial sobre la Península. A comienzos de la primavera de 553, un gran ejército de francos y alamanes, dirigido por los hermanos Butilino y Leutario, irrumpió en Italia, dejando a sus espaldas un rastro de desolación y muerte. Lentamente, marchó hacia el sur y, al llegar al Samnium, se dividió en dos grupos. El más numeroso, al mando de Butilino, penetró en la Campania y, tras haberla devastado, continuó avanzando por Lucania et Bruttium, hasta alcanzar el estrecho de

Mesina. Las restantes tropas, con Leutario a la cabeza, se dedicaron a saquear los campos de Apulia et Calabria, llegando a las puertas de Hydrus (Otranto). A mediados del verano, Leutario optó por regresar al norte con el botín que había conseguido. No obstante, en las inmediaciones de Fanum (Fano), le salió al encuentro el ejército bizantino. Derrotado por los imperiales, buscó refugio en Venetia et Histria, donde perecería a causa de una epidemia que se extendía por la región. En cuanto a Butilino, sabemos que permaneció durante más tiempo en Italia. Al parecer, aspiraba a adueñarse de la Península y constituir en ella su propio reino. Vana esperanza. En el otoño de 554, cayó en combate, luchando contra las tropas de Narsés cerca de Capua<sup>103</sup>.

La conquista de los últimos baluartes ostrogodos al norte del Po fue tarea que llevó más tiempo. Hasta el año 561 no se rindieron las dos últimas plazas: Verona y Brixia (Brescia)<sup>104</sup>. No obstante, desde 554, la mayor parte de Italia disfrutaba de paz. El 13 de agosto de aquel mismo año, Justiniano había promulgado una divina pragmatica sanctio, a fin de restablecer el orden social y económico de la praefectura<sup>105</sup>. En virtud del nuevo edicto imperial, todas las donaciones efectuados por el nefandissimus tyrannus Totila fueron anuladas, y aquellas personas que habían vendido propiedades bajo presión, en algún momento a lo largo de su reinado, obtuvieron permiso para recobrar sus bienes. Los esclavos y colonos fueron restituidos a sus antiguos señores, junto con la prole que habían engendrado, durante el tiempo que estuvieron fuera del dominio al que se hallaban vinculados. Las religiosas que, bajo Totila, hubiesen abandonado su monasterio para casarse, ahora deberían volver al mismo, negándoseles la posibilidad de reclamar la dote que hubiesen aportado al matrimonio. En el orden administrativo se introdujo una innovación importante, que nos revela el verdadero

alcance del poder político que ejercían el episcopado y los grandes terratenientes. A partir de este momento, los gobernadores provinciales (iudices provinciarum) serían nombrados por expresa recomendación de los episcopi et primates regionis. La ley también procuraba erradicar los abusos de índole fiscal, asignando a los gobernadores provinciales y sus respectivos officia la exacción de impuestos, sin que ningún otro funcionario pudiese inmiscuirse en su labor. Las provisiones para los soldados serían compradas a precio de mercado en las provincias donde hubiese excedentes, siguiendo el sistema de la coemptio. Únicamente en Apulia et Calabria, donde los grandes propietarios se habían comprometido a pagar una superindictio para verse libres de la coemptio, las compras se efectuarían a través de mercaderes. En el campo de las competencias jurídicas, se disponía que los litigios entre civiles, o entre un civil y un militar, siendo el acusado el civil, nunca deberían verse en los tribunales militares. Por último, en Roma se restablecían las distribuciones de trigo a la plebe, los sueldos oficiales para profesores y médicos, y los fondos asignados a la reparación de los acueductos y edificios públicos, destruidos o dañados durante las guerras.

Sin embargo, la pragmatica sanctio no hace referencia a otras importantes medidas tomadas por el emperador tras la pacificación de Italia. Es un papiro contemporáneo el que nos da a conocer estas noticias complementarias. A través del mismo, sabemos que todas las tierras pertenecientes al clero arriano fueron transferidas a la Iglesia Católica. Además, nos ofrece constancia de la pervivencia de la propiedad goda en Italia, hecho coadyuvado por el expreso reconocimiento que efectúa la pragmatica sanctio de las donaciones realizadas por Atalarico, Amalasunta y Teodato durante sus respectivos reinados. En cuanto a la tertia asignada a los godos, nada permite suponer que fuese

restituida a sus antiguos propietarios romanos. De hecho, según apunta A. H. M. Jones, que ha estudiado detenidamente el papiro, lo más seguro es que el grueso de las sortes Gothorum pasaran a incrementar las propiedades de la corona como bona vacantia<sup>106</sup>.

En el plano administrativo, se mantuvo el cargo supremo de praefectus praetorio Italiae, pero su jurisdicción se limitó a la Península propiamente dicha, ya que Dalmatia había pasado a depender de la praefectura per Illyricum y Sicilia, organizada en 537, después de su conquista, había sido puesta bajo la autoridad de un praetor, directamente responsable ante el gobierno de Constantinopla. La función de vicarius Italiae fue restablecida por un breve período de tiempo, y se mantuvo el officium, instaurado por Odoacro y conservado por los ostrogodos, del comes patrimonii. En Roma la praefectura urbis continuó siendo dignidad privativa de las grandes familias senatoriales, que tras la disolución del comitatus occidental ya no podían aspirar a los altos cargos de la administración central, a menos que se trasladasen a Constantinopla. Por otra parte, la praefectura praetorio también quedó fuera de su alcance, ya que habitualmente fue otorgada a personajes enviados desde Oriente. En el ámbito militar, Narsés, que seguía ostentando el título oficial de praepositus sacri cubiculi et sacellarius, era quien ejercía el auténtico poder. Bajo sus ordenes se hallaban 4 magistri militum vacantes, al mando de las guarniciones militares que protegían los pasos alpinos<sup>107</sup>.

Desde el punto de vista social, las guerras góticas supusieron la ruina de la poderosa aristocracia italiana. Como ya hemos tenido ocasión de ver, numerosos miembros del Senado romano perecieron en el transcurso del conflicto, y los supervivientes fueron desplazados de los altos cargos gubernamentales por funcionarios enviados desde Constantinopla.

P. Goubert advierte que, durante la segunda mitad del siglo VI, un nutrido grupo de senadores italianos se estableció en la capital del Imperio de Oriente, en busca de títulos y dignidades cortesanas. Se produjo así lo que él denomina una "bizantinización" de los epígonos de la aristocracia italiana, en tanto que los burócratas y altos mandos del ejército imperial instalados en la Península se convirtieron en la nueva clase dirigente de Italia. Como tal, procurarían echar raíces en la zona, mediante la adquisición de bienes fundarios. La emigración de los últimos representantes de las viejas familias senatoriales tendrá notables repercusiones en la historia de Italia, ya que era este grupo social el que había mantenido viva la llama de la cultura clásica y la continuidad de las tradiciones administrativas romanas, bajo el reinado de los últimos emperadores del siglo V y de los primeros reyes germanos<sup>108</sup>.

Por otro lado, es preciso tener en cuenta que el restablecimiento de la autoridad imperial sobre el conjunto de la Península Itálica resultaría efímero, ya que, tras la muerte de Justiniano, se desvanecerá rápidamente en gran parte de la praefectura. Con la invasión lombarda de 568, se produce la fragmentación del territorio italiano. El litoral ligur, la laguna véneta, la Península de Histria, la faja central que ponía en contacto Roma y la costas del Tirreno con Ravenna y el Adriático, la bahía de Nápoles y las provincias meridionales de Apulia et Calabria y Lucania et Bruttium permanecerán bajo control bizantino, en tanto que el norte, las tierras del valle del Po y los ducados lombardos de Spoletium y Beneventum pasarán a formar parte de un nuevo dominio bárbaro.





## NOTAS.

1. MALCH., Frq., 11; 15-16; 18; MARCELL. COM., Chron., a. 488; ENNOD., Paneq., 11-12; 15; 26; JORD., Get., 269-271; 281-282; 288-289; 292; 348; Rom., 348; Anon. Val., 9, 42; 11, 49; 12, 67; PROC., De bellis, V, 1, 9; 12; JOH. MAL., Chronogr., pp. 380; 383; JOH. ANT., Frq., 214, 4; PAUL. DIAC., Hist. Rom., XV, 15; THEOPH., Chronogr., A.M. 5.931; 5.977.
2. MAIER, F. G., Las transformaciones del mundo Mediterráneo. Siglos III-VIII, Madrid, 1.972, pp. 206.
3. Acta Syn. Rom., II, 4; 12; CASSIOD., Var., I, 1; JORD., Get., 289; LOT, F., El fin del mundo antiguo y el comienzo de la Edad Media, México, 1.956, pp. 213-214; MUSSET, L., Las invasiones. Las oleadas germánicas, Barcelona, 1.967, pp. 46; 62, n. 25; STEIN, E., Historire du Bas-Empire, II, De la disparition de l'Empire d'Occident à la mort de Justinien (476-565), París, 1.959, pp. 40, n. 1; 116-118.
4. CIL, X, 6.850; Anon. Val., 12, 64; CASSIOD., Var., XI, 20; 31; MUSSET, L., op. cit. p. 62, n. 25; STEIN, E., op. cit., pp. 118-119.
5. MAIER, F. G., op. cit., p. 206.
6. CASSIOD., Var., I, 10; II, 15-16; VI, 11; PROC., Anecd., XXVI, 27-28.
7. BURNS, T. S., A History of the Ostrogoths, Bloomington, 1.984, pp. 172-177; MAIER, F. G., op. cit., p. 207.
8. JONES, A. H. M., The Later Roman Empire. 284-602, Oxford, 1.964, p. 250. Esta tesis en las últimas décadas ha sido cuestionada por W. Goffart, quien sostiene que más importante que la asignación de tierras a través de la tertia, sería el pago de estipendios a los miembros del ejército ostrogodo. Sin embargo, las fuentes no presentan referencias concretas a estos estipendios, que él identifica con la sors, que se dice que recibían los ostrogodos, cf. GOFFART, W., Barbarians and Romans. A. D. 418-584. The Techniques of Accomodation, Princeton, 1.980, pp. 58-102.

9. CIL, XI, 310; Anon. Val., 14, 82; ENNOD., Ep., IX, 21; CASSIOD., Var., I, 16; IV, 3-4; V, 18-20; VI, 5-8; 16-17; VIII, 23; 13; IX, 3; X, 18; PROC., Anecd., XXVI, 27-28; JONES, A.H. M., op. cit., p. 255.
10. CASSIOD., Var., III, 16-17; VI, 3; 20-21; VIII, 6; XI, 1.
11. CASSIOD., Var., I, 20; 27; 30-33; V, 35; VI, 4; 15; 18; VII, 6-7; 9-10; 13; XI, 5; 39; XII, 11. Según el Anon. Val., 12, 67, en el año 500 aún había 120.000 personas que se beneficiaban de los repartos gratuitos de alimentos. Con motivo de la celebración de sus tricennalia, Teodorico aumento en un modio la ración anual de la plebs frumentaria.
12. AE, 1.904, 148; Anon. Val., 15, 92; ALC. AVIT., App., XI, 30; ENNOD., Ep., VIII, 28; CASSIOD., Var., I, 23; II, 14; IV, 6; 22; 51; PROC., De bellis, V, 1, 32; GREG. I, Dial., IV, 14; STEIN E., op. cit., II, pp. 130-131.
13. Anon. Val., 14, 85; 15, 92; ENNOD., Ep., VIII, 1; BOETH., Cons. Phil., I, 4, 40; II, 3, 5; 8; 4, 5; 7; CASSIOD., Var., I, 10; 45; II, 40; PROC., De bellis, V, 1, 32-33.
14. AE, 1.902, 75; CASSIOD., Var., I, 3, 6; 4, 6; 15; IX, 24, 3; 6; 25, 8; XI, 24, 9; 25, 12; 39, 5.
15. BURNS, T. S., op. cit., pp. 171-173; JONES, A. H. M., op. cit., p. 257.
16. Anon. Val., 12, 63; 68; CASSIOD., Var., V, 43; PROC., De bellis, III, 8, 11; JORD., Get., 295-297; GREG. TUR., Hist. Franc., III, 31. Sobre la política exterior de Teodorico, cf. STEIN, E., op. cit., pp. 143-156.
17. Anon. Val., 12, 65-67; 70-71; CASSIOD., Var., I, 21; II, 34; III, 30-31; IV, 51; STEIN E., op. cit., II, p. 133.
18. CASSIOD., Var., I, 39; IX, 21; FORT., Carm., III, 18, 8; VII, 8, 26. Casiodoro fue uno de aquellos aristócratas romanos que poseían espléndidas bibliotecas. Hacia 553 se retiró a una de sus propiedades situada en Lucania et Bruttium y fundó el Vivarium, un centro de estudios religiosos, donde instaló su biblioteca y todo un equipo de copistas y traductores, con el propósito de elaborar una síntesis entre cultura clásica y cristianismo; cf. CASSIOD., Inst. Div., XXIX.
19. CIL, V, 6.464; ENNOD., Carm., I, 2; 9; II, 73; 104; Dict., VII; IX-X; Ep., I, 2; 5; 10; II, 23; VII, 8; Euch., 20-23.

20. CASSIOD., Var., I, 45; II, 40; XI, 1.
21. CASSIOD., Var., VIII, 1; PROC., De bellis, III, 14, 6; V, 2, 2; JORD., Get., 81; 251; 298; 304
22. STEIN, E., op. cit., II, pp. 145-151; 249-254; 305-306. Los hérulos, pequeño pueblo germánico oriundo de las islas que rodean la Península de Jutlandia, iniciaron su migración a comienzos del siglo III. Un grupo se dirigió hacia el este. A orillas del mar de Azov, topó con los godos y, entre 257 y 276, participó en sus incursiones marítimas de saqueo contra las costas de Grecia y Asia Menor. Mientras tanto, otro grupo, el más numeroso, avanzó hacia el oeste. Para los años 287 y 409 tenemos noticia de sus ataques contra las fronteras de la Galia. En el transcurso del siglo V, un importante contingente de hérulos, desgajado de este núcleo occidental, se instalaría en la llanura panónica, junto al limes romano, suministrando oficiales y soldados al ejército imperial. No obstante, durante el reinado del emperador Anastasio, los hérulos se verían compelidos por el empuje lombardo a cruzar el Danubio y penetrar en el Imperio, donde fueron recibidos en calidad de foederati. Pueblo muy primitivo, conservará sus costumbres ancestrales y su propia religión pagana por largo tiempo. De hecho, su cristianización no se producirá hasta el reinado de Justiniano. Cf. PROC., De bellis, II, 25, 27-28; VI, 14, 1-36; MUSSET, L., op. cit., pp. 10; 36; 82-83; 95; 138.
23. BOETH., Cons. Phil., I, 4, 10-21; 36; 45; Anon. Val., 14, 85-87; MAR. AVENT., Chron., a. 524;
24. CJ, I, 5, 12; THEOPH., Chronogr., A.M. 6.016.
25. CASSIOD., Var., V, 16-20; 23.
26. Anon. Val., 15, 92; PROC., De bellis, V, 1, 32; Fast. Vind. Post., a. 523; MAR. AVENT., Chron., a. 525; Lib. Pont., Vit. Ioh. I, p. 136; GREG. I, Dial., IV, 31; AGN., Lib. Pont. Eccl. Rav., 39.
27. Lib. Pont., Vit. Ioh. I, pp. 134-136; MARCELL. COM., Chron., a. 525; Anon. Val., 15, 88-91; THEOPH., Chronogr., A.M. 6.016.
28. CJ, I, 5, 12.
29. Lib. Pont., Vit. Ioh. I, pp. 136-137.
30. Ibid., pp. 136-137; GREG. I, Dial., III, 2. Cuando el cadáver del pontífice llegó a la Ciudad Eterna, el 27 de mayo de 526, salió a su encuentro una ingente multitud, encabezada por el

Senado. Según una tradición recogida en Anon. Val., 15, 93, al paso del cortejo fúnebre, un endemoniado fue sanado, lo que provocó un auténtico estallido de fervor popular. Los senadores y la plebe se abalanzaron sobre el féretro y despojaron al difunto de parte de sus vestiduras, para transformarlas en reliquias. A continuación, condujeron los estos mortales del pontífice hasta el Vaticano cum summo gaudio

31. Lib. Pont., Vit. Fel. IV, p. 138; CASSIOD., Var., VIII, 15.

32. Anon. Val., 15, 94-95. Idéntica tradición es recogida por AGN., Lib. Pont. Eccl. Rav., 39.

33. JORD., Get., 304.

34. Anon. Val., 15, 94; 96; CASSIOD., Var., VIII, 1; 5; PROC., De bellis, III, 13, 4-8; 14, 5-6; V, 2, 1-3; Chron. Caesaraug. Rel., a. 525; MAR. AVENT., Chron., a. 526; ISID., Hist. Goth., 40.

35. PROC., De bellis, III, 14, 6; V, 2, 3-5.

36. Anon. Val., 14, 85; CASSIOD., Var., VIII, 16-25; 27-33; IX, 2-7.

37. STEIN, E., op. cit., II, pp. 307; 329.

38. VALENT. III, Nov., 9; Lib. Pont., Vit. Bonif. II, p. 139.

39. PROC., De bellis, V, 6-19.

40. PROC., De bellis, V, 2, 21-29.

41. CASSIOD., Var., IX, 18; 22-25; XI, 1.

42. PROC., De bellis, V, 3, 1-2.

43. CJ, I, 1, 6; PROC., De bellis, V, 3, 3-9; 29; 4, 1-3.

44. CASSIOD., Var., XI, 1, 12-13; PROC., De bellis, IV, 5, 11-25; V, 3, 15; 13, 3; MAR. AVENT., Chron., a. 534; GREG. TUR., Hist. Franc., III, 11; STEIN, E., op. cit., II, pp. 332-333; 336.

45. PROC., De bellis, V, 3, 16-28.

46. CASSIOD., Var., X, 1-4; 18; JORD., Get., 81; 251; 305-306; PROC., De bellis, V, 3, 10; 4, 4-14.

47. THOMPSON, E. A., "The Visigoths from Fritigern to Euric", Historia, XV, 1.963, pp. 105-126.
48. CASSIOD., Var., X, 20-21; 23; JORD., Get., 306; PROC., Anecd., XVI, 1-5; De bellis, V, 3, 30; 4, 11; 15-29.
49. PROC., De bellis, V, 4, 30-31.
50. Ibid., V, 4, 6; 5, 1-2.
51. Ibid., V, 5, 1-7; 11-19.
52. Ibid., V, 5, 8-10.
53. Ibid., V, 6, 1-21.
54. Ibid., V, 6, 22-27; 7, 1-26; 13, 14; Lib. Pont., Vit. Silv., p. 144; STEIN, E., op. cit., II, pp. 344-345.
55. PROC., De bellis, V, 8, 1-41; 10, 24-26.
56. Ibid., V, 8, 42-10, 48; Lib. Pont., Vit. Silv., pp. 144-145.
57. JORD., Get., 309; Rom., 371; PROC., De bellis, V, 11, 1-9.
58. JORD., Get., 311; Rom., 373; PROC., De bellis, V, 11, 10-27; Lib. Pont., Vit. Silv., p. 144; STEIN, E., op. cit., II, p. 348.
59. JORD., Get., 305; Rom., 367; PROC., De bellis, V, 11, 16-18; 13, 15-29; VII, 33, 2-4.
60. PROC., De bellis, V, 7, 27-37; 16, 8-9; 12-18.
61. CASSIOD., Var., VIII, 18; JORD., Get., 311; PROC., De bellis, V, 14, 1; 4-6; 12-15; 15, 3; 20, 19; Lib. Pont., Vit. Silv., p. 145.
62. JORD., Get., 312; PROC., De bellis, V, 14, 15-17; 16, 1-4; 7-11; 19; 17, 12-18, 33; Lib. Pont., Vit. Silv., p. 145.
63. PROC., De bellis, V, 19, 2; 25, 6.
64. Ibid., V, 19, 13; 18-29.
65. Ibid., V, 20, 5-7.
66. Ibid., V, 22, 1-23, 27.
67. Ibid., V, 24, 1-17.

68. Ibid., V, 25, 1-10.
69. Ibid., V, 25, 13-25; VICT. TONN., Chron., a. 542, 1; Lib. Pont., Vit. Silv., pp. 146-147.
70. PROC., De bellis, V, 26, 1.
71. Ibid., V, 26; 3-13; 27, 1-14; 28, 1-29, 50.
72. Ibid., VI, 3, 1; 8-11.
73. Ibid., VI, 4, 1-2; 14; 19-20.
74. Ibid., VI, 5, 1-27.
75. Ibid., VI, 6, 1-36; 7, 1-12; 16-24; 35-38.
76. Ibid., VI, 1-18.
77. Ibid., VI, 10, 1-11; 19; 11, 1-3; 12, 26-41; 21, 40.
78. CASSIOD., Var., X, 27; XII, 27; 28; PROC., De bellis, VI, 11, 4; 22; 12, 36-41; 13, 1-3; 20, 15-33; 22, 1; Lib. Pont., Vit. Silv., pp. 145-146.
79. PROC., De bellis, VI, 13, 16-18; AGATH., Hist., I, 16. STEIN, E., op. cit., II, pp. 356-257.
80. PROC., De bellis, VI, 16, 1-24; 17, 12-24; 18, 12-19, 22; 21, 1.
81. Ibid., VI, 21, 1-22, 5.
82. Ibid., II, 2, 1-15; VI, 22, 9-20; 27, 25-28, 2.
83. Ibid., VI, 29, 1-22.
84. JORD., Get., 313-314; PROC., De bellis, II, 8, 1-9, 18; VI, 29, 32-30, 2; VII, 1, 1-2; 39, 14; STEIN, E., op. cit., II, pp. 367-368.
85. MUSSET, L., op. cit., p. 48.
86. PROC., De bellis, VI, 29, 41; 30, 4-30.
87. JORD., Rom., 378-379; PROC., De bellis, VII, 1, 37-2, 18; PAUL. DIAC., Hist. Rom., XVI, 22.

88. PROC., De bellis, VII, 6, 1-8, 10.
89. STEIN, E., op. cit., II, p. 571.
90. PROC., De bellis, VII, 9, 23-10, 3; 13-18; 11, 1-10.
91. Ibid., VII, 1, 28-33; 9, 12-14; 11, 13-15; Anecd., XXIV, 9-11; XXVI, 27-30.
92. Ibid., VII, 12, 1-13, 1; 5-7; 19-20; 18, 1-29; 22, 2-6.
93. Ibid., VII, 15, 1-16; 17, 1-2; 9-25; 19, 1-20, 3.
94. Ibid., VII, 20, 4-31; 22, 1-7; 17-19; 23, 8-11; 24, 1-26; 31-34; STEIN, E., op. cit., II, p. 586. El Lib. Pont., Vit. Vig., p. 153 data la huida de Cetego y los otros senadores en 550, después de que Totila tomase Roma por segunda vez. Sin embargo, preferimos seguir el testimonio de Procopio, contemporáneo de los hechos y, por tanto, más fiable; cf. PLRE, II, pp. 267; 282.
95. JORD., Rom., 381-382; PROC., Anecd., V, 1-6; De bellis, VII, 27, 1-3; 12-15; 30, 1-4; 25; 35, 1-3; VIII, 21, 1-3; VICT. TONN., Chron., a. 549, 2; AGN., Lib. Pont. Eccl. Rav., 62; THEOPH., Chronogr., A.M. 6040.
96. PROC., De bellis, VII, 36, 1-37, 4; 6-8; VIII, 24, 4; Lib. Pont., Vit. Vig., p. 153; STEIN, E., op. cit., II, pp. 571; 592-594.
97. JORD., Get., 314; PROC., De bellis, VII, 36, 6; 37, 5; 8-28; 39, 1-9; 14-15; STEIN, E., op. cit., II, p. 596.
98. JORD., Rom., 383; PROC., De bellis, VII, 38, 1-23; 39, 11-20; 40, 1-11; VIII, 6-7; STEIN, E., op. cit., II, pp. 425; 523-524.
99. PROC., De bellis, VIII, 26, 5-16.
100. Ibid., VIII, 22, 1-6; 17-18; 30-32; 24, 31-39.
101. Ibid., VIII, 29-32; 33, 13-27; 34, 2-6.
102. Ibid., VIII, 26, 21; 33, 2; 6; 34, 7-8; 19-24; 35, 15-38.
103. AGATH., Hist., I, 1; 5-11; 17-26; 30-37; 50; II, 1-9; GREG. TUR., Hist. Franc., III, 32; IV, 9; PAUL. DIAC., Hist. Lang., II, 2.
104. AGN., Lib. Pont. Eccl. Rav., 79; STEIN, E., op. cit., II, p. 610.

105. JUST., App., VII.

106. JONES, A. H. M., op. cit., p. 292.

107. JUST., App., VII; Nov., CIV; GREG. I, Ep., I, 2; 13; 22; 35-36; II, 30; 38; III, 1; 28; IX, 72; 103; 113; 116-117; 239; X, 8; 12; XI, 4; 8; XIII, 26.

108. GOUBERT, P., Byzance avant l'Islam, II, Byzance et l'Occident sous les successeurs de Justinien, II, Rome, Byzance et Carthage, Paris, 1.965, pp. 71-72.



#### 4. La intervención en Hispania.

El proceso de restablecimiento de la autoridad imperial sobre el sureste de la Península Ibérica es difícil de reconstruir, dada la escasez de las fuentes a nuestra disposición y el laconismo que, por lo general, caracteriza a las mismas. Por desgracia, no contamos con la pluma de un Procopio de Caesarea, que nos introduzca en los acontecimientos que tuvieron lugar en la Hispania durante este período. Los historiadores bizantinos de la segunda mitad del siglo VI, pese a su elevada calidad literaria, dedicaron muy poca atención a los asuntos de Occidente. Además, hay que tener en cuenta que muchas de sus obras nos han llegado en estado fragmentario y, por tanto, es posible que los pasajes que contenían esos detalles de los que nos gustaría disponer, se hayan perdido para siempre.

El panorama occidental resulta francamente desalentador. Con excepción de la Historia Francorum de Gregorio de Tours, que ofrece algunos datos de interés sobre lo que estaba sucediendo en la Península Ibérica, no conservamos ninguna obra histórica, compuesta durante este período, que pueda competir en profundidad y extensión con las producciones orientales. En consecuencia, existe un vacío documental en torno la intervención bizantina en Hispania, que no es posible llenar con los escasos datos que nos proporciona Isidoro. Sin duda, el hispalense tuvo acceso a información de primera mano sobre los sucesos acaecidos en el litoral levantino y en la Baetica, dado que su familia se vio directamente implicada en ellos. No obstante, escribió 70 años después de que se hubiera producido el desembarco bizantino, cuando los últimos contingentes militares del Imperio acababan de ser expulsados de la Península. No es extraño que en tales circunstancias, Isidoro, inbuído de la ideología oficial que impregnó las campañas de Sisebuto y Suintila contra las fuerzas

del emperador Heraclio, convirtiéndose su Historia Gothorum en un panfleto propagandístico a favor de la monarquía visigoda, como garante de la unidad católica de Hispania.

Partiendo de estas premisas, al investigador actual no le queda otro remedio que recurrir a testimonios arqueológicos, epigráficos y numismáticos, para intentar paliar las carencias que presentan los relatos históricos-literarios. Sin embargo, estas fuentes tampoco han aportado descubrimientos que modifiquen de manera sustancial las nociones que ya poseíamos. Por ello, hemos de manejar todos los datos a nuestro alcance, procurando encajar en su sitio cada retazo de información, como si se tratase de las teselas dispersas de un mosaico. Sólo, después de haber efectuado esta labor, es posible aproximarse al aspecto original que pudo presentar el conjunto, con unas mínimas garantías de fiabilidad.

Comenzaremos nuestra exposición atendiendo al estudio del largo proceso de asentamiento de los visigodos en Hispania, desde sus primeras intervenciones como federados al servicio del Imperio en los albores del siglo V, hasta la definitiva instalación de la monarquía en la Península Ibérica, tras la muerte del rey Amalarico en 531. Sólo así es posible comprender la debilidad intrínseca de las estructuras de poder instauradas por los germanos en la Baetica y en el litoral levantino, objetivos preferentes de Bizancio. En segundo lugar, pasaremos a analizar la política mediterránea desarrollada por el rey Teudis, a partir de 533, como consecuencia de los avances de la maquinaria militar del Imperio en los reinos vándalo y ostrogodo. La violenta desaparición del soberano, marca el inicio de una profunda crisis en el reino visigodo. Por ello, hemos estimado oportuno dedicar un tercer epígrafe al examen de este conflictivo período, en el que las distintas facciones operantes en el sur

de la Península se enfrentan en una lucha sin cuartel, que, al final, conducirá a la intervención imperial y a la desmembración del dominio gótico sobre la Baetica en varios núcleos de poder. Para concluir, nos ocuparemos de las circunstancias que concurrieron en el desembarco y toma de posiciones de las fuerzas enviadas por el gobierno de Constantinopla, y efectuaremos algunas observaciones sobre la extensión y consolidación del dominio bizantino a través del sistema de pactos establecido por Justiniano.

#### 4.1. Asentamiento de los visigodos en Occidente y primeras actuaciones en la Península Ibérica.

##### 4.1.1. Las campañas de Valia en el marco del sistema defensivo romano.

A comienzos del otoño de 376 los visigodos, empujados por el avance de los hunos hacia Occidente, se vieron obligados a abandonar sus hogares en la orilla septentrional del bajo Danubio, para buscar refugio en el interior del Imperio romano. Al hablar de los visigodos, nos estamos refiriendo a un conjunto relativamente estable de elementos procedentes de distintas tribus germánicas, reunidas en torno al jefe de un clan célebre, en este caso Fritigerno, que constituían un ejército bárbaro. Valente (364-378), soberano de la pars Orientis, les concedió el asilo que demandaban. Sin embargo, poco después, presionados por la explotación a que les sometían los traficantes romanos, se lanzaron al saqueo de las Thraciae. El 9 de agosto de 378, habrían de enfrentarse al ejército imperial en Hadrianopolis (Edirne). La batalla se saldó con la derrota de las tropas romanas y la muerte en combate del propio Valente. Su sucesor, Teodosio I (379-395) consiguió que, a finales de 382, Fritigerno

firmara un foedus con el Imperio. Diez años más tarde Alarico (395-410), miembro del poderoso clan de los Baltos y nuevo caudillo de los godos, renovó el acuerdo, aunque por breve tiempo. A la muerte de Teodosio, los visigodos se consideraron desvinculados de las cláusulas estipuladas en el pacto, y bajo el liderazgo de Alarico, a quien proclamaron rey, se dedicaron a devastar las provincias de Thessalia y Achaea. En 397, Arcadio, hijo y sucesor de Teodosio en Oriente, ratificó un nuevo tratado con los visigodos, en virtud del cual se les permitía a instalarse en la región central de la Macedonia, comprendida entre el Haliacmón y el Axios, y se nombraba a Alarico magister utriusque militiae per Illyricum. Según parece, la mayor aspiración del monarca godo, buen concedor de las prácticas administrativas romanas, consistía en integrar su reino en el Imperio, ya que de esta manera aseguraría la etnogénesis de los elementos germánicos más romanizados que se agrupaban en torno a la casa de los Baltos. Sin embargo, Alarico no viviría lo suficiente como para ver colmado su deseo<sup>1</sup>.

A comienzos del otoño de 401, esquilados los recursos del Illyricum, condujo a su pueblo a Italia, con el beneplácito de Constantinopla, que, de este modo, transfería el problema al gobierno de la pars Occidentis. En el marco del antagonismo existente en la corte de Honorio entre los partidos progermánico y antigermánico, se produjo una larga y compleja serie de negociaciones con Alarico, en alternancia con campañas militares. El asesinato en 408 del comes et magister utriusque militiae praesentalis Estilicón, líder de la facción progermánica, facilitó el acceso a los órganos de decisión y poder del gobierno de Ravenna de elementos hostiles a los bárbaros, lo que, a la larga, imposibilitaría cualquier clase de entendimiento. Finalmente, el 24 de agosto de 410, los visigodos entraron en la ciudad de Roma, símbolo de la eternidad del Imperio, y la

saquearon, hecho que causó un gran impacto emocional en el mundo romano. Tras un infructuoso intento de cruzar a Africa desde el sur de Italia y muerto Alarico, su cuñado Ataúlfo (410-415) condujo al pueblo a las Galias, en calidad de monarca federado del Imperio, con la misión de acabar con los usurpadores Jovino y Sebastián. Eliminados ambos hermanos, Ataúlfo rompió relaciones con Ravenna a causa de un retraso en la llegada de los suministros de víveres prometidos por Honorio. En 413 ocupó las ciudades de Narbo, Tolosa y Burdigala y en 415, empujado por las tropas imperiales, se trasladó a Hispania e instaló su corte en Barcino, donde moriría asesinado<sup>2</sup>.

El trágico final de Ataúlfo revela la existencia de una fuerte conflictividad interna entre los visigodos. Durante la larga peregrinación de este pueblo a través del Imperio, las autoridades romanas habían intentado ganarse a los más destacados jefes de su aristocracia gentilicia y militar, obsequiándoles con dádivas y honores. En consecuencia, los optimates godos se dividieron en dos grupos: uno, abiertamente prorromano, cuyos miembros aceptaron ocupar altos cargos en el ejército imperial, y otro, próximo al sentir de la masa popular visigoda, hostil a Roma. Este tema ha sido estudiado en profundidad por E. A. Thompson, para quien Alarico osciló entre ambas posiciones, de acuerdo con las prioridades de cada momento, sin llegar a encasillarse en ninguna de las dos. En cambio, su heredero, Ataúlfo, parece haber evolucionado desde una tenaz intransigencia a la más abierta colaboración con el Imperio<sup>3</sup>. Orosio, recogiendo el testimonio de un ciudadano de Narbo, amigo del soberano visigodo, señala que:

"(Ataúlfo), en un primer momento, había deseado ardientemente que todo el Imperio romano, borrado incluso el nombre de romano, fuese de hecho y

de nombre sólo de los godos, y que, por hablar en lengua corriente, lo que antes fue Romania ahora fuese Gotia, y que lo que antes fue César Augusto, fuera ahora Ataúlfo; pero que, cuando la experiencia probó que ni los godos, a causa de su desenfrenada barbarie, podían en absoluto ser sometidos a las leyes, ni convenía abolir las leyes del estado, sin las cuáles un estado no es estado, prefirió buscar su gloria mediante la recuperación total y el engrandecimiento del Imperio romano con la fuerza de los godos y ser considerado por la posterioridad como el autor de la restauración de Roma, después de no haber podido ser su sustituto"<sup>4</sup>.

Guiado por este deseo, el monarca visigodo trató de establecer un acuerdo con el gobierno de Ravenna. A su proyecto no debió ser ajena la influencia del círculo prorromano que rodeaba a su esposa Gala Placidia, hermanastra del emperador Honorio tomada en rehenes durante el saqueo de Roma, y con la que había contraído matrimonio en Narbo en enero de 414, siguiendo el ritual romano. Pero los esfuerzos de Ataúlfo por integrar a los godos en las estructuras socio-políticas del estado romano generó una fuerte oposición interna por parte de los sectores adversos al compromiso con el Imperio, que se confabularon para poner fin a la vida del monarca. Esta resistencia será una constante a lo largo de todo el período de asentamiento de los visigodos en Occidente. Apenas consumado el magnicidio, se apoderó del trono un aristócrata llamado Sigerico, también favorable a la paz con Roma. Su reinado sería breve. Siete días después de haber asumido la potestad regia, caía asesinado por agentes del partido belicista, que impuso como nuevo soberano a uno de sus líderes, el noble Valia<sup>5</sup>.

Durante el otoño de 415, un gran ejército visigodo, equipado con armas y naves, intentó cruzar a África a través del estrecho de Gibraltar; pero fue aniquilado por una tempestad que le sorprendió a 12 millas del golfo gaditano. Tras este desastre y ante la escasez de víveres para pasar el invierno, Valia no tuvo más remedio que sellar el foedus que le ofrecía el gobierno de Ravenna. A cambio de un suministro anual de trigo, los godos se comprometieron a actuar como federados del Imperio, combatiendo a los pueblos bárbaros asentados en la Península por el usurpador Máximo. En 416, las tropas de Valia capturaron a Fredbal, rey de los vándalos silingos, que ocupaban la Baetica. El monarca visigodo envió al cautivo ante la presencia del emperador. Dos años después, exterminaría al ejército silingo en las inmediaciones del estrecho de Gibraltar. A continuación, se enfrentó a los alanos, que controlaban el interior de la Carthaginensis y la mayor parte de la Lusitania. En la batalla decisiva, pereció su rey, Adax, y los supervivientes se replegaron hacia el norte, buscando refugio junto a los asdingos<sup>6</sup>.

La intervención militar de los visigodos en Hispania, como federados al servicio del gobierno de Ravenna, nos obliga a afrontar el siempre complejo tema de la organización militar del Imperio en la Península y su evolución a lo largo del siglo V. La Notitia Dignitatum contiene datos valiosos para analizar la estructura defensiva romana en territorio peninsular antes de la penetración de los pueblos bárbaros, pero, como veremos, éstos plantean serios problemas de interpretación. En el capítulo XLII, se coloca bajo el mando directo del magister militum praesentalis a parte peditum, generalísimo de los ejércitos de la pars Occidentis, un praefectus legionis VII Geminae con sede en Legio (León) y cinco tribuni al mando de otras tantas unidades acuarteladas en distintos puntos, a saber: la cohors II

Pacatianae, en Paetaonium (Rosinos de Vidriales); la cohors II Gallicae, en ad cohortem Gallicam, emplazamiento aún sin identificar; la cohors Lucensis, en Lucus Augusti (Lugo); la cohors Celtiberiae, en Iuliobriga (Retortillo, Santander), y la cohors I Gallicae, en Veleia (Iruña)<sup>7</sup>.

Según parece, el capítulo XLII de la Notitia describe una situación que no había experimentado cambios, desde la época de la Tetrarquía. Casi todas las unidades citadas en el mismo se crearon durante el Alto Imperio. Sólo los orígenes de la cohors II Flavia Pacatiana se prestan a debate, pues mientras A. Barbero y M. Vigil la identifican con la vieja ala II Flavia civium Romanorum, L. A. García Moreno considera posible que fuese reclutada bajo el reinado de Constancio Cloro o el de su hijo Constantino I<sup>o</sup>. El redactor del documento no especifica el status de estas tropas. Seguramente, consideró innecesario introducir tal aclaración. Cualquier funcionario imperial sabía que, por su propia naturaleza estática, se hallaban compuestas por limitanei, soldados que ocupaban el peldaño más bajo del escalafón militar y a los que, habitualmente, se encomendaba la vigilancia de las fronteras del Imperio<sup>8</sup>.

A. Barbero y M. Vigil, teniendo presente el carácter limitáneo de las fuerzas enumeradas en el capítulo XLII de la Notitia y la ubicación de sus respectivos lugares de acuartelamiento, todos ellos concentrados en torno a la cornisa cantábrica, llegaron a la conclusión de que, durante el Bajo Imperio, existió un limes en el norte de Hispania, destinado a contener posibles incursiones por parte de cántabros y vascones, pueblos escasamente romanizados, que vivían en el marco de sus propias estructuras socioeconómicas gentilicias<sup>10</sup>.

Esta teoría ha sido cuestionada por J. Arce, quien,



ciñéndose al contexto en que se integra la enumeración de los efectivos acantonados en la Península, niega la existencia del limes septentrional y afirma que, pese a tener status de limitanei, los soldados destacados en el norte de Hispania no eran tropas de frontera, sino unidades a las que se habían asignado tareas de protección policial y de defensa marítimo-fluvial frente a eventuales incursiones de piratas bárbaros. En un trabajo más reciente, descarta incluso la presencia de tales fuerzas en territorio peninsular, durante el reinado de Honorio. A su juicio, el capítulo XLII de la Notitia se limitaría a reflejar el sistema que había tenido la diocesis Hispaniarum en un momento pasado de su historia, y que, a raíz de la crisis de 408-411, la administración imperial de Ravenna habría proyectado restablecer, sin éxito. Avala su hipótesis con el testimonio de fuentes arqueológicas y literarias. Las excavaciones realizadas, hasta ahora, en los lugares de acuartelamiento que se mencionan en la Notitia, no han desvelado niveles de ocupación militar datables a comienzos del siglo V, y, según se desprende del análisis interno de la propia Notitia, para el año 400, la legio VII Gemina había sido dividida en dos legiones comitatenses y una pseudocomitatensis, que, bajo la común denominación de Septimani, se hallaban desempeñando misiones en distintos puntos del Imperio<sup>11</sup>.

No vamos a entrar en el debate sobre la funcionalidad de los efectivos alistados en el capítulo XLII de la Notitia, ya que no afecta al objeto de nuestro estudio. En cambio, consideramos imprescindible analizar la problemática planteada por J. Arce en torno a la presencia real de tropas regulares romanas en la Península. Sus argumentos en contra de la misma no carecen de sentido, habida cuenta de los datos que poseemos sobre la política desarrollada por el gobierno de Honorio en materia de defensa. Según se desprende de la actuación del estado mayor

de la pars Occidentis, durante los últimos años del siglo IV y los primeros del V, predominó la tendencia a suplir unidades de regulares romanos por contingentes de federados bárbaros. El caso de la frontera renana se halla perfectamente documentado. Ya en 394, Arbogasto había retirado tropas acantonadas en la zona, con el propósito de reunir un poderoso ejército que defendiese la causa del usurpador Eugenio. Pero, sería Estilicón quien llevaría a cabo la tarea de dismantelar el limes. En 398, sustrajo importantes efectivos, para combatir la rebelión de Gildón. Y, a partir de 401, acuciado por la necesidad de defender Italia de los ataques de Alarico y Radagaiso, apeló a las últimas unidades de regulares romanos acantonadas en la zona, confiando la defensa del Rin a los federados francos, única fuerza de interposición que encontrarían vándalos, suevos, alanos y burgundios, cuando, a fines del año 406, vadeasen las heladas aguas del río<sup>12</sup>.

El programa de Estilicón no se circunscribió al limes renano. En 402 transfirió a Italia varios regimientos del ejército que defendía Britannia, para contrarrestar el empuje de los visigodos. Esta reducción de efectivos hizo la isla más vulnerable a las incursiones de anglos, sajones, pictos y escotos. Si Ravenna no completó la retirada de las fuerzas limitáneas de Britannia fue debido al alzamiento de una serie de usurpadores, que asumieron la púrpura apoyados por los provinciales romanos y las autoridades militares de la diócesis elementos que, sin duda, estaban en desacuerdo con la política del gobierno central. Precisamente, sería uno de estos usurpadores, Constantino, quien, al cruzar a las Galias con el ejército acantonado en la isla, privaría definitivamente a las provincias británicas de las últimas tropas regulares<sup>13</sup>.

El fossatum Africae, línea fortificada que protegía el territorio afrolatino de la agresión de las tribus mauras

hostiles a Roma, corrió la misma suerte que el limes renano. Al producirse la invasión vándala en 429, no existía en toda la diocesis Africae ni una sola de las unidades alistadas en la Notitia. Algunas debían haber sido trasladadas o disueltas en el último tercio del siglo IV, después de las rebeliones de Firmo y Gildón, y el resto, sin duda, fueron licenciadas, tras la derrota del usurpador Heracliano en 413. Para intentar contener a los vándalos de Genserico, el comes Bonifacio hubo de apoyarse en los federados godos, a quienes recientemente se había confiado la vigilancia de la frontera<sup>14</sup>.

De todo lo expuesto se desprende que, en los primeros años del siglo V, la organización del ejército descrita en la Notitia Dignitatum no se correspondía ya con la realidad de los nuevos sistemas defensivos regionales. Como ya hemos señalado, la política militar del Imperio de Occidente, dirigida por Estilicón hasta el año 408, favoreció la progresiva eliminación de las fuerzas limitáneas y su sustitución por unidades de federados bárbaros. Los problemas financieros por los que atravesaba el estado, la necesidad de tropas de campaña capaces de trasladarse rápidamente de un frente a otro, y el temor del gobierno central a las rebeliones militares periféricas, impulsaron el cambio. Sin embargo, sus consecuencias serían nefastas. La retirada y disolución de unidades que, en la mayor parte de los casos, llevaban varias generaciones acantonadas en la misma zona, provocó gran descontento entre la tropa y una sensación de inseguridad entre las poblaciones civiles, que explica las reiteradas rebeliones militares y usurpaciones que se produjeron en Occidente bajo el reinado de Honorio.

La situación de Hispania debió ser muy semejante a la del resto de Occidente. A lo largo del siglo IV, la diocesis estuvo oficialmente en paz, por lo cual no sería extraño que los

contingentes enumerados en la Notitia hubiesen sido licenciados o transformados en unidades comitatenses, como parece que ocurrió con la legio VII Gemina. Además, Hidacio, en calidad de testigo ocular de los acontecimientos, deja muy claro que, cuando se produjo la entrada de vándalos, suevos y alanos, los provinciales romanos buscaron refugio en civitates et castella<sup>15</sup>. No se menciona para nada que solicitasen la ayuda del ejército regular, como cabría esperar en caso de que hubiese habido unidades del mismo acantonadas en la Península. En realidad, lo más probable es que, a comienzos del siglo V, las únicas fuerzas imperiales presentes en territorio hispano fuesen las compuestas por burgarii, stationarii y saltuarii, tropas no regulares encargadas del mantenimiento del cursus publicus y, en consecuencia, de la vigilancia de los castella, turres, mansiones, mutationes, caminos, tierras y pasos montañosos por los que circulaba la annona. Junto a estos cuerpos policiales, los ejércitos privados de soldados campesinos, reclutados por los grandes propietarios en sus dominios, constituyen los únicos efectivos armados de los que nos hablan las fuentes narrativas de la época<sup>16</sup>.

El capítulo VII de la Notitia Dignitatum, también conocido como distributio numerorum, resulta mucho más útil que el XLII, para conocer la organización militar romana en la Península a comienzos del siglo V. En él se reflejan los cambios introducidos en la defensa occidental, tras los acontecimientos acaecidos entre 407 y 413, pudiéndose observar correcciones de menor importancia hasta 425-429. Bajo el mando de un comes intra Hispanias se colocan una serie de unidades comitatenses, a saber, 11 auxilia palatina: Ascarii seniores et iuniores, Sagittarii Nervii, Exculcatores iuniores, Tubantes, Felices seniores, Invicti seniores, Victores iuniores, Invicti iuniores, Britones, Brisigani seniores, et Salii iuniores Gallicani; y 5 legiones comitatenses: Fortenses, Propugnatores seniores, Septimani

seniores, Vesontes et Undecimani<sup>17</sup>.

Es probable que algunas de estas unidades puedan identificarse con los seniores, iuniores, speculatores ac Britannici mencionados en una epístola dirigida por el emperador Honorio a varios regimientos acantonados en Pampilona. En concreto, los nombres de speculatores ac Britannici parecen ser una corrupción de las denominaciones oficiales de Exculcatores iuniores et Britones. De acuerdo con el minucioso estudio efectuado por E. Demougeot, la carta habría sido redactada en Roma durante la primera mitad del año 408<sup>18</sup>. Puesto que, según se desprende del testimonio de Zósimo, en el otoño de 407, Honorio había enviado tropas a Hispania, para contrarrestar el empuje de las fuerzas del usurpador Constantino, resulta congruente deducir que la epístola imperial fue remitida a estos efectivos legitimistas, dos de cuyas unidades, como acabamos de señalar, son reconocibles en la Notitia<sup>19</sup>.

Más difícil resulta precisar cuándo llegaron a la Península las restantes formaciones. A juzgar por los datos que conservamos, su presencia en Hispania se halla estrechamente vinculada a los cambios introducidos en la estructura militar de la pars Occidentis, durante el período en que el magister peditum praesentalis Constancio, asesor militar de Honorio desde 410, estuvo a la cabeza del estado mayor romano.

Dicho personaje llevó a cabo una meticulosa reorganización del sistema defensivo occidental, inspirándose en los proyectos reformistas de Estilicón, que, como vimos, apuntaban al relevo de las fuerzas limitáneas por contingentes de federados bárbaros. Los planes del generalísimo habían quedado paralizados después de su asesinato en agosto de 408. Constancio los retomó, desarrollándolos en toda su extensión. De ahí que

comenzase a utilizar, de manera coyuntural, a los federados germanos, no sólo en calidad de defensores de las fronteras, sino también como tropas de campaña, en sustitución de los regulares comitatenses. Ya en 413 se sirvió de los visigodos, para acabar con los usurpadores Jovino y Sebastián, que obstaculizaban la restauración de la autoridad de Honorio en las Galias. Tres años después, en 416, volvió a emplearlos, con el propósito de eliminar a los bárbaros asentados por el usurpador Máximo en Hispania y restablecer sobre la diocesis la autoridad del gobierno de Ravenna. Por otra parte, Constancio potenció la operatividad del sistema defensivo romano, suprimiendo aquellas comitivae ineficientes, como la del tractus Argentoratensis y la de Italia, e impulsando la regionalización de los mandos militares del ejército de campaña en las zonas más conflictivas, mediante la institución un comes Illyrici y un comes Hispaniarum, cargo este último que debió crearse tras la derrota del usurpador Constantino en 411. Sería entonces, cuando se asignasen a Hispania las unidades citadas en el capítulo VII de la Notitia. Varios regimientos se encontraban en la Península desde 408, pero el resto se hallaban destinados en otras provincias, y, según parece, a Constancio le resultó imposible agruparlos con anterioridad al año 419, fecha en la que, por primera vez, se certifica la presencia de un comes Hispaniarum en territorio peninsular, al mando de un poderoso ejército romano, encargado de levantar el cerco que los vándalos habían puesto a los suevos en los montes Nerbasii, en un momento en que los federados godos ya habían sido relevados de sus funciones en la Península. La actuación de tropas comitatenses en la Gallaecia, única provincia que los visigodos no habían sometido a la autoridad de Ravenna, sugiere claramente que las fuerzas romanas de campaña fueron enviadas a Hispania, con el propósito de completar la labor inconclusa de los federados<sup>20</sup>.

Para 453, se halla nuevamente documentada la presencia de un comes Hispaniarum en territorio peninsular. Esta vez se trata de Mansueto, que medió en la negociación de un acuerdo de paz entre el Imperio y los suevos. De todos modos, resulta difícil determinar si, a lo largo del período que se extiende de 419 a 453, el gobierno de Ravenna mantuvo constantemente cubierto el cargo. Hidacio menciona a dos comites, Censorino y Frontón, que actuaron en Hispania durante esta época, pero ningún indicio permite suponer que ostentasen el mando regional. Censorino encabezó embajadas ante los suevos en 432-433, 437 y 440. Precisamente, después de esta última, Requila le hizo su prisionero, confinándole en Hispalis, donde sería ejecutado ocho años después. Frontón llegó a la Península en 453, como miembro de la comitiva de Mansueto, y más tarde, en 456, desempeñó las funciones de legado del emperador Avito. Lo más seguro es que ambos personajes fuesen simples comites rei militares, designados para cumplir misiones concretas<sup>21</sup>.

El envío de una serie de magistri militum, bien provistos de efectivos militares, sugiere que, o bien el cargo de comes Hispaniarum estuvo vacante por espacios de tiempo prolongados, o bien que las tropas a él asignadas eran insuficientes para solventar los conflictos surgidos en la Península durante los últimos años de Honorio y a lo largo de todo el reinado de Valentiniano III. Estos magistri militum eran nombrados por el gobierno de Ravenna, para dirigir operaciones específicas, y el período de su mandato jamás excedió los dos años. Hidacio registra cuatro casos: el de Castino en 421, el de Astyrio en 441, el de Merobaudes en 443 y el de Vito en 446. Cabría destacar, como aspecto significativo, el proceso de barbarización que experimentaron las tropas puestas bajo sus ordenes. Si en 421 el ejército de Castino aún contaba con el predominio de las unidades de regulares romanos, desempeñando los

auxiliares godos un papel subsidiario, en 446, el grueso de las fuerzas de Vito se hallaba integrado, principalmente, por contingentes de federados visigodos<sup>22</sup>.

El emperador Mayoriano, durante su estancia en la Península Ibérica, en la primavera de 460, con motivo de los preparativos de la campaña contra los vándalos, parece haber introducido algunos cambios en la organización militar de la región, designado un magister militum con competencias específicas sobre Hispania. El cargo sería ocupado, en orden sucesivo, por Nepociano y Arborio, y desaparecería en 465, momento a partir del cual la única autoridad militar romana que se documenta en la Península es la del dux provinciae Tarraconensis, probablemente también una creación de Mayoriano. Las tropas puestas bajo el mando de estos últimos representantes del gobierno imperial debían estar integradas, casi en exclusividad, por unidades de federados visigodos. Así lo ratifica el caso de Nepociano, quien tan sólo contaba con los efectivos del dux godo Sunierico, enviado desde Tolosa. El hecho de que en 461 Teodorico II depusiese a Nepociano y lo reemplazase por Arborio, nos confirma en la opinión de que, para esta época, el sistema defensivo de las provincias hispanas vinculadas al Imperio dependía ya, en gran medida, de las decisiones estratégicas y de los contingentes aportados por los monarcas visigodos. Dadas las circunstancias, no es extraño que Vincencio, el dux provinciae Tarraconensis, colaborase con las fuerzas de Eurico cuando estas ocuparon la provincia en 472<sup>23</sup>.

Como puede observarse, a partir del acuerdo de 416, los visigodos, en su calidad de federados al servicio del Imperio de Occidente, comenzaron a sustituir de manera progresiva a las tropas romanas en la defensa de la Península Ibérica. La adaptación de la estructura del ejército visigodo al sistema



decimal romano, favoreció este proceso. Probablemente, ya a comienzos del siglo V, las fuerzas godas se dividían en milenas, quingentenass, centenas y decenas. El monarca, en su calidad de comandante en jefe del ejército, era quien designaba a los oficiales, comites et duces. D. Pérez Sánchez, que ha analizado detalladamente los orígenes de dicho sistema, apunta la posibilidad de que las legiones comitatenses, compuestas por unidades de 1.000 hombres, hayan servido de modelo a la organización militar visigoda<sup>24</sup>. Esta sugerencia nos parece especialmente acertada, ya que, como hemos tenido ocasión de comprobar, Constancio empleó a los visigodos en sustitución de las tropas comitatenses tanto en las Galias como en Hispania. Es probable que si éstos aún no habían asumido la estructura militar romana, se vieran obligados a adoptarla en este momento, a fin de responder a las demandas del gobierno de Ravenna.

En cualquier caso, conviene recalcar que la primera intervención visigoda en la Península Ibérica poseyó un marcado carácter coyuntural. Durante los años 416 a 418, el gobierno de Ravenna tuvo que hacer frente a una difícil reorganización interna, que le impidió desprenderse de los efectivos regulares necesarios para pacificar la diocesis Hispaniarum. En consecuencia, el estado mayor de Honorio decidió apelar a la fuerza de los federados godos para llevar a cabo esta misión. Cuando en la primavera de 419, el horizonte peninsular se hubo despejado un poco, gracias a las campañas militares de Valia, el magister peditum praesentalis Constancio despachó al comes Hispaniarum Asterio con ordenes de someter la Gallaecia, única provincia, donde, a la sazón, todavía se daba una situación conflictiva. Bajo el mando de Asterio debieron colocarse varias de las unidades del ejército de campaña mencionadas en la Notitia Dignitatum, así como los regimientos comitatenses acantonados en Pampilona desde 408<sup>25</sup>.

Previamente, a comienzos del otoño de 418, Constancio, que, según parece, proyectaba servirse de los godos para combatir la revuelta campesina de los bagaudas en la Armórica, dispuso su retorno a las Galias y los instaló en la Aquitania Prima y en las regiones limítrofes de la Novempopulania y la Narbonensis Prima. Sin duda, se trataba de una medida provisional; pero lo cierto es que, al prolongarse el asentamiento visigodo en las Galias, estos territorios acabarían por constituir el núcleo embrionario del reino de Tolosa. La instalación de los bárbaros se efectuó tomando como modelo la norma establecida por una constitución de Arcadio y Honorio del año 398, que otorgaba temporalmente a los funcionarios civiles y militares, en viaje oficial a través del Imperio, el dominio útil sobre un tercio de cada casa en la que se alojasen, a lo largo del trayecto. En el caso de los visigodos, la ley se adaptó a las demandas de asentamiento de un ejército de federados germanos, que se trasladaba junto con todo su pueblo. Cada notable bárbaro recibió una porción (sors) de un gran dominio senatorial. Esta comprendía dos terceras partes de las tierras laborables, la mitad de los bosques y baldíos y un tercio de los esclavos. Semejante sistema, conocido como hospitalitas, permitiría, a la larga, que los optimates godos se convirtiesen en grandes propietarios, facilitando su integración en las estructuras socio-económicas del Imperio. Recientemente, W. Goffart ha cuestionado que se repartiesen tierras, considerando más probable que cada godo recibiese el pago de los impuestos de uno o más contribuyentes romanos, junto con el inventario del dominio del que procedía el tributo<sup>26</sup>.

Por nuestra parte, preferimos adherirnos a la tesis tradicional, ya que, a partir de 418, se observa un cese en la movilidad que había caracterizado la historia del pueblo visigodo desde 376 y se advierte una mayor estabilidad en sus relaciones con el gobierno de Ravenna. Estos cambios sólo pueden explicarse

en virtud del acceso de la aristocracia visigoda a la propiedad de la tierra, hecho que determinaría el fin de su larga peregrinación a través del Imperio, al tiempo, que favorecería la progresiva identificación de sus intereses con los de los senadores galorromanos. La puesta en común de la defensa de los mismos nos permitirá entender mucho mejor el cambio de actitud de un amplio sector de la nobleza visigoda hacia el Imperio.

#### 4.1.2. El freno de la bagauda y de la expansión sueva.

Exterminados los silingos y refugiados entre los vándalos asdingos aquellos grupos de alanos que habían logrado sobrevivir a la campaña de Valia, el gobierno de Ravenna recuperó el control efectivo de la Carthaginiensis, la Baetica y la Lusitania, quedando únicamente la Gallaecia en poder de los bárbaros. Sin embargo, la restauración de la autoridad imperial sobre Hispania sería breve. La derrota del magister militum Castino en 422 ante Gunderico, el monarca Asdingo, abrió a los vándalos las puertas del valle del Guadalquivir y de las costa meridionales de la Península. De todo modos, los vándalos, temiendo una contraofensiva romana, no descendieron inmediatamente hacia el sur. Como ya se vio en su momento, esperaron hasta 425 para iniciar sus depredaciones en levante y el mediodía. Carthago Spartaria e Hispalis fueron tomadas y saqueadas. Desde los puertos de la costa de la Baetica y la Carthaginiensis dirigieron expediciones de saqueo contra las islas Baleares y la Mauritania Tingitana. Afortunadamente para las poblaciones sometidas, cuando en 429 Genserico pasó a Africa con su pueblo, abandonó tras de sí toda pretensión de mantener algún tipo de control político sobre la Península Ibérica<sup>27</sup>.

Libres del yugo vándalo, la Lusitania, la Baetica y la Carthaginiensis fueron nuevamente reincorporadas al Imperio,

aunque no por mucho tiempo, ya que la expansión del reino suevo colocaría otra vez bajo la férula germánica buena parte de aquellas provincias. En 438, Requila (438-448) invadió la Baetica, derrotando a las fuerzas de Andevoto, dux Romanae militiae, a orillas del río Genil. Acto seguido, puso cerco a Emerita, que capituló en 439. Al año siguiente, descendió hasta Myrtilis (Mértola), sometiendo todo el valle del Guadiana a su autoridad. En esta última ciudad capturó al comes Censorio, legado imperial, que tras haber fracasado en el intento de llegar a un acuerdo pacífico con el monarca bárbaro, se hallaba en camino de vuelta a Ravenna. Finalmente, en 441 las tropas de Requila ocuparon Hispalis, según parece con el apoyo de la facción nobiliaria que había expulsado al obispo Sabino, para poner en su cátedra a Epifanio<sup>28</sup>.

Entre tanto, los visigodos, instalados en el sur de las Galias, permanecían ajenos al apogeo de la hegemonía sueva en Hispania. De hecho, tras las campañas de Valia, habrían de transcurrir 35 años, antes de que volviera a producirse una intervención militar gótica en la Península Ibérica. A lo largo de esta prolongada fase, el rey Teodorico I (418-451), sucesor de Valia, logró mantenerse en el trono y constituir una estirpe regia visigoda, que monopolizaría la corona durante casi un siglo, desarrollando una política de entendimiento con las facciones pro y antirromana, presentes en su corte. Conocedor de las limitaciones a las que estaba sometido, no colaboró frecuentemente con los romanos, pero tampoco se prodigo en acciones bélicas contra ellos. Sólo les atacó en momentos de debilidad del poder imperial. Así, durante la primavera de 425, aprovechando el estallido de la guerra entre el usurpador Juan y el emperador de Oriente Teodosio II, puso sitio a Arelate. El joven general Flavio Aecio, nombrado comes et magister equitum per Gallias por el nuevo soberano de Occidente, Valentiniano III,

se encargaría de levantar el cerco. En 436, coincidiendo con el estallido de la rebelión de los federados burgundios, Teodorico declaró de nuevo la guerra a los romanos, ocupando varias ciudades de la Aquitania Prima y poniendo cerco a Narbo. El conflicto se prolongó hasta 439. Aquel año, marcado por la caída de Cartago en manos de los vándalos, el monarca visigodo derrotó al dux Litorio ante los muros de Tolosa. Desbordado por los acontecimientos, Aecio, ahora generalísimo de los ejércitos de Occidente, se vio obligado a negociar con el enemigo. Según señalan Sidonio y Jordanes, Teodorico aceptó renovar el foedus de 418 con el Imperio, lo que debió satisfacer tanto a los sectores prorromanos de la aristocracia germánica como a los más adversos al compromiso con el gobierno de Ravenna. No en vano, la ratificación de los derechos adquiridos sobre las tierras otorgadas en hospitalidad, consolidaba su posición como clase dirigente en la Aquitania<sup>29</sup>.

El restablecimiento de la autoridad imperial sobre el sur de las Galias, tuvo su fiel reflejo en Hispania, donde el estallido de una revuelta campesina de bagaudas en la Tarraconensis amenazaba con debilitar aún más, el ya de por sí precario ordenamiento estatal romano sobre la Península. Como venía siendo habitual en estos casos, el gobierno de Ravenna consideró prioritario acabar con los desordenes sociales, asegurando su dominio sobre una de las provincias próximas al corazón del Imperio, antes de abordar la recuperación de los territorios más occidentales ocupados por los suevos. Entre 441 y 442, el magister militum Flavio Astyrio dirigió la represión de la revuelta. A comienzos de 443, le sucedió en el cargo su yerno, el patricio Flavio Merobaudes, un aristócrata romano con substanciales intereses económicos en Hispania. Su mandato sería breve, ya que, pocos meses después, fue destituido y llamado de vuelta a Ravenna, a causa de una intriga cortesana. La actuación

de ambos personajes demuestra el gran interés que tenía la nobleza senatorial hispanorromana en erradicar unos movimientos sociales, que cuestionaban su preeminencia socio-política<sup>30</sup>.

Apagada la llama de la bagauda, las autoridades imperiales pudieron plantearse la recuperación del resto de la Península. El tratado de 442 entre el gobierno de Ravenna y los vándalos devolvió al emperador Valentiniano III el control político de las Mauritaniae y de la región más occidental de la Numidia. En su deseo de estrechar el cerco al reino vándalo de Cartago, Aecio estaba interesado en recobrar el dominio de la Baetica y la región costera de la Carthaginiensis. Por esta razón, en 446 el magister militum Vito fue enviado al sur de la Península con ordenes de aplastar a los suevos. Las exacciones fiscales impuestas a los provinciales, a fin de sufragar el mantenimiento del ejército imperial, enajenaron a Vito la voluntad de los grandes propietarios, que se consideraron vejados y sometidos a depredación. Las tropas imperiales, integradas en gran parte por federados visigodos, fueron derrotadas por Requila, quien, a modo de represalia por la forzada colaboración material de los terratenientes romanos, saqueó la Baetica y la Carthaginiensis<sup>31</sup>.

---

En agosto de 448, el monarca suevo fallecía en Emerita, siendo sucedido por su hijo Requiario (448-456). Poco después, el comes Censorio, capturado por Réquila ocho años atrás, moría degollado en Hispalis. El responsable de esta ejecución fue Agiúlfo, un varno que, a la sazón, debía actuar como supremo representante de la autoridad sueva en sus dominios más meridionales<sup>32</sup>.

Unos meses más tarde, Requiario se casó en Tolosa con una hija del rey visigodo Teodorico I, quien, aislado en el

contexto internacional por el acuerdo entre Valentiniano III y el vándalo Genserico, había creído oportuno afianzar su posición, sellando una alianza con los suevos. En el camino de regreso a Gallaecia, Requiario devastó los campos de la Tarraconensis en connivencia con Basilio, jefe de una partida de bagaudas, que operaba en el valle del Ebro<sup>33</sup>.

Mientras tanto, en las Galias, la estabilidad del poder imperial se veía nuevamente comprometida por problemas con los bárbaros. La princesa Justa Grata Honoria, en lucha por la púrpura con su hermano Valentiniano III, había solicitado la ayuda de Atila, rey de los hunos, quien, ante la oportunidad de extender su dominio hacia el oeste, no dudó en reclamar la mano de la Augusta y la mitad del Imperio de Occidente como dote de la novia. Dispuesto a tomar por la fuerza lo que el gobierno de Ravenna le negaba, intentó ganar para su causa a Teodorico I. Sin embargo, el monarca visigodo, temeroso de las consecuencias que pudieran derivarse de la expansión húnica, prefirió ponerse al servicio de Valentiniano. En 451, Atila invadió las Galias, al mando de un inmenso ejército de hunos, ostrogodos, gépidos, turingios y alamanes, saqueando y arrasando los valles del Rin y el Mosela a sangre y fuego. Al penetrar en la Belgica Secunda, le salieron al encuentro las fuerzas coaligadas de romanos, francos, burgundios, sajones, celtas, alanos y visigodos, que, el 20 de junio de aquel mismo año, obtuvieron una resonante victoria en los Campos Catalaúnicos. Teodorico I se contó entre las bajas de la jornada. En adelante, su hijo Turismundo (451-453), elegido rey por los guerreros godos en el mismo campo de batalla, se mostraría francamente hostil al Imperio, desarrollando una política expansionista, que en 452 le llevó a poner sitio a Arelate durante varias semanas. La alianza con Ravenna peligraba. A fin de conservarla, dos de sus hermanos, Teodorico y Frederico, próximos a la facción prorromana,

decidieron darle muerte. Consumado el magnicidio, Teodorico fue proclamado rey, lo que tuvo como consecuencia un cambio de política respecto a Roma. El nuevo soberano visigodo se convirtió en un fiel aliado del Imperio, como lo demuestra el hecho de que, a comienzos del verano de 453, enviase a su hermano Frederico a la Tarraconensis, con ordenes de exterminar a los bagaudas, que, una vez más, atentaban contra los intereses de la aristocracia senatorial en esta provincia<sup>34</sup>.

Con todo, la mayor amenaza que se cernía sobre el territorio romano en la Península Ibérica venía dada por la continúa expansión del reino suevo. Después de la derrota del magister militum Vito en 446, la Baetica y la Carthaginiensis se hallaban virtualmente bajo dominio bárbaro. En 453, Valentiniano III envió al comes Hispaniarum Mansueto y al notable auvernés Frontón como legados ante la corte de Requiario, a fin de sellar a un tratado de paz. El acuerdo resultó favorable a los intereses del Imperio, que pudo recuperar la Carthaginiensis. Sin embargo, tras la muerte de Valentiniano III, en 455, los suevos, que como los demás pueblos germánicos tenían una concepción personal de los pactos, estimaron que el convenio había prescrito, y reanudaron sus ataques contra esta provincia<sup>35</sup>.

La gravedad de la situación exigía una respuesta inmediata, que el Imperio, sumido en una seria crisis sucesoria, no estaba en condiciones de ofrecer. Habrían de transcurrir aún varios meses, antes de que estuviese en disposición de tomar alguna iniciativa. En julio de 456, el magister equitum per Gallias Eparquio Avito fue proclamado emperador en Tolosa por los federados visigodos. La conducta de los hombres de Teodorico II, auténtico poder militar sobre la región, entronca con la tradición del ejército imperial, que desde el siglo III, había depuesto y elevado al solio a numerosos emperadores. Apenas hubo



sido reconocido como soberano por la aristocracia galorromana y las fuerzas imperiales de la praefectura, Avito mandó legados a los suevos, a fin de llegar a un acuerdo pacífico. Requiario se comprometió formalmente a respetar el territorio romano. Pero, tras la partida de los embajadores, violó su juramento, invadiendo la Tarraconensis, donde hizo gran número de prisioneros, que trasladó a la Gallaecia<sup>36</sup>.

Ante el desafío de Requiario, Avito despachó a Teodorico II con ordenes de someter a los suevos. El monarca visigodo, al mando de sus propias tropas y de un contingente de federados burgundios, penetró en la Península, avanzando a lo largo de la calzada que unía Burdigala (Burdeos) con Asturica Augusta (Astorga). El 5 de octubre de 456 aplastó al ejército de Requiario junto al río Orbigo. Tras la batalla, tomó Bracara (Braga) y Portumcale (Oporto). Precisamente, cerca de esta última plaza cayó en sus manos el monarca suevo, a quien ordenaría ejecutar en diciembre de aquel mismo año. Antes de abandonar Portumcale, Teodorico II nombró gobernador del territorio conquistado al varno Agiúlfo. A continuación, marchó sobre Emerita, donde establecería sus cuarteles de invierno, en espera de que llegase la primavera para reanudar las operaciones militares. Pero la noticia de la deposición y muerte de Avito, que llegó a la capital de la Lusitania a fines de marzo de 457, obligó al rey a volver a las Galias con una parte de su ejército. El resto permaneció en la Península, haciéndose cargo de eliminar los últimos focos de resistencia sueva: las ciudades de Asturica y Palentia (Palencia) fueron ocupadas y saqueadas por los federados germanos. Entre tanto, Agiúlfo aprovechó la ausencia de Teodorico II para proclamarse soberano de una facción de los suevos. El reinado del rebelde sería efímero. Derrotadas sus tropas por fuerzas visigodas en el mes de junio, cayó prisionero del adversario y, poco después, fue ejecutado en Portumcale<sup>37</sup>.

Aunque hasta abril 459 Teodorico II no renovaría el foedus con el Imperio, en julio del año anterior tropas visigodas, al mando del dux Cirila, penetraron en el valle del Guadalquivir y se apoderaron de Hispalis. El episodio demuestra que el gobierno de Tolosa, al margen de su actuación al servicio del Imperio, tenía un gran interés en establecer guarniciones militares en las principales ciudades de Hispania, a fin de convertir la Península Ibérica en campo abonado para una futura expansión territorial. Sabino, el obispo hispalense expulsado de su sede por un sector de la nobleza local cuando los suevos tomaron la ciudad, regresó ahora de las Galias, probablemente en compañía del ejército bárbaro. Este hecho nos induce a pensar que los godos ocuparon la plaza con el apoyo de la aristocracia romana partidaria del depuesto prelado. En el transcurso de la siguiente primavera, una vez renovado el foedus con el Imperio, el comes Sunierico descendió a la Baetica, al frente de nuevos efectivos, para sustituir a Cirila, que era reclamado por Teodorico II<sup>38</sup>.

En mayo de 460, el emperador Mayoriano atravesó los Pirineos con un gran ejército. Vía Caesaraugusta se dirigió a Carthago Spartaria, donde debía encontrarse con la flota encargada de trasladar sus tropas hasta Africa. Entre tanto, el magister militum Nepociano, padre del futuro emperador Julio Nepote, y el comes godo Sunierico emprendían una campaña contra los suevos en la Gallaecia, para, a continuación, descender a la Lusitania, donde ocuparon la ciudad de Scallabis. Las fuerzas visigodas empleadas en estas operaciones militares fueron las mismas que habían operado en la Baetica el año anterior. Ahora bien, ignoramos si al partir dejaron estacionadas guarniciones permanentes en las ciudades del valle de Guadalquivir. Puesto que no parece que se tratase de un gran ejército, lo más seguro es que las evacuasen. Tras el fracaso de la expedición africana y

el regreso de Mayoriano a las Galias, la única autoridad vinculada a los órganos del poder central del estado romano presente en Hispania, fue la del magister militum Nepociano. Teodorico II le depondría en 461, poco después de conocer la noticia de la ejecución de Mayoriano. Acto seguido, le sustituyó por Arborio, sin duda, un hombre leal a Ricimer y a su nuevo emperador, Libio Severo. De haber mantenido a Nepociano en tan alta posición, se hubiera corrido el riesgo de que hiciese causa común con su cuñado el magister militum Dalmatiae Marcelino y con el magister equitum per Gallias, Egidio, los cuales se negaban a reconocer a Severo. La actuación de Teodorico, al intervenir en la cúpula militar romana, deponiendo y nombrando generales, demuestra que los visigodos constituían el verdadero poder armado en el sur de las Galias y amplios territorios de Hispania. Por otro lado, Teodorico, en su línea de intervención política en Hispania, llegaría a concluir un acuerdo con los suevos en 464, que colocaba a su rey en una situación de dependencia clientelar con respecto al gobierno de Tolosa<sup>39</sup>.

Muerto Libio Severo en 465, Arborio fue relevado de su cargo por el monarca visigodo, que le envió como embajador ante la corte sueva. Ni Ricimer, durante el interregno, ni después Antemio, cuando alcanzó la púrpura, consideraron necesario nombrar un nuevo magister militum. Para controlar el valle del Ebro y la costa catalana, últimos reductos del poder romano en la Península Ibérica, bastaba con la presencia de un modesto dux provinciae Tarraconensis, cargo probablemente creado por Mayoriano, durante su estancia en Hispania con motivo de la expedición contra los vándalos, y que, al parecer, concentraban funciones militares y civiles<sup>40</sup>.

A medida que la autoridad imperial se fue desdibujando, se hizo más patente la fragmentación política de

la antigua diocesis Hispaniarum. Los pueblos escasamente romanizados de la cornisa septentrional, en concreto, cántabros y vascones, habían aprovechado la crisis de las primeras décadas del siglo V para sacudirse el yugo romano, y ahora vivían bajo formas autóctonas de organización política. Los suevos, concentrados en sus propias dificultades internas y sometidos a una especie de protectorado visigodo, dominaban la Gallaecia y el norte de la Lusitania; mientras el gobierno de Ravenna retenía el control de gran parte de la Tarraconensis. La situación de Baetica y la costa de la Carthaginensis resulta más problemática, pues, aunque carecemos de testimonios que certifiquen la presencia de autoridades imperiales con atribuciones sobre estas zonas, tampoco existe indicio alguno de que los visigodos se hayan hecho cargo de su administración. El silencio de las fuentes no implica, por fuerza, una ruptura de vínculos con el gobierno central de la pars Occidentis, ya que bien podría estar motivado por la ausencia de conflictos regionales. De todos modos, en tanto el aparato del estado romano fue reduciendo su ámbito de actuación a la Península Itálica, la gestión de los territorios de la Hispania meridional y levantina, libres de asentamientos germánicos, debió quedar en manos de los grandes propietarios provinciales. A la vista del panorama general, únicamente la monarquía visigoda, instalada en las Galias, pero con fuertes intereses en el sur de la Lusitania y en el interior de la Carthaginensis, podía constituirse en alternativa de poder a la decadencia del orden romano en la Península Ibérica.

#### 4.1.3. La instalación en Hispania.

La muerte de Teodorico II a manos de su hermano y sucesor Eurico en 466, puso término a una fase de colaboración entre Tolosa y Ravenna. El nuevo soberano godo, al que el

emperador de Constantinopla León I jamás reconocería legitimidad alguna, decidió romper los vínculos formales que le ligaban al Imperio. Simultáneamente, fomentó un clima de concordia con los elementos progóticos de la nobleza romana, liderados por Arvando praefectus praetorio Galliarum. El advenimiento de Antemio al trono de Occidente no modificó la situación. En 468, aprovechando el desastre de la armada imperial frente a las costas del Africa vándala, Eurico envió un ejército contra los suevos, que recientemente habían ocupado Olisipo (Lisboa) y amenazaban con emprender un nuevo proceso de expansión territorial. Las tropas del monarca godo lograron confinar al enemigo en sus antiguos límites. Al año siguiente, tras la caída de Arvando, acusado de planear un reparto de las Galias entre visigodos y burgundios, estalló la guerra con el Imperio. Contando con el apoyo de un importante sector de la aristocracia senatorial galorromana, adverso a la política centralista de Antemio, Eurico obtuvo una sucesión de éxitos militares, que le permitieron extender sus dominios desde el Loira hasta el Ródano. En 471, cerca de Arelate, derrotaría a las fuerzas del emperador, dirigidas por su propio hijo, el joven dux Antemiolo, muerto en combate<sup>41</sup>.

La victoria visigoda precipitó la caída de Antemio, circunstancia que Eurico explotó en provecho de sus intereses. Durante el verano de 472, el comes Gauterico y el dux Heldefredo penetraron en la Península Ibérica, con ordenes de ocupar militarmente las ciudades más importantes de la Tarraconensis. El primero atravesó los Pirineos por la calzada que unía Burdigala con Asturica y, tras tomar Pampilona, descendió por el valle del Ebro hasta Caesaragusta, apoderándose de todos los centros urbanos que encontró a su paso. El segundo entró en Hispania siguiendo la via Herculea a lo largo de la costa. Vincencio el dux provinciae no opuso resistencia. Antes bien, se mostró dispuesto a colaborar con Heldefredo, el general godo

encargado de someter las urbes marítimas, en el asedio de Tarraco, plaza donde se había atrincherado gran parte de la nobleza provincial fiel al gobierno imperial<sup>42</sup>.

Durante los últimos años del siglo V y los primeros del VI, el proceso de intervención militar visigoda en Hispania, que como vimos había comenzado en 456, se incrementó de manera notable. Los reyes de Tolosa deseaban asegurarse el control efectivo de un amplio territorio, sobre el cual proyectar su hegemonía política. Para ello, decidieron acantonar nuevas guarniciones, estructuradas aristocrática y clientelaramente, en los principales núcleos de enlace de la red viaria romana<sup>43</sup>.

El estudio de las necrópolis visigodas peninsulares, que iniciara W. Reinhardt para la submeseta norte durante la década de 1.940 y que nuevas aportaciones han venido a completar, nos confirma la existencia de un plan estratégico de dominación del territorio hispano diseñado por el gobierno de Tolosa. Con frecuencia, los cementerios godos correspondientes a este período se hallan ubicados en los alrededores de las grandes calzadas romanas, especialmente, a lo largo de la vía que unía Burdigala con Asturica, y de las carreteras que ponían en comunicación esta arteria con la calzada que descendía desde Caesaraugusta a Emerita. Comparando tales datos con los testimonios que hemos analizado sobre la conquista visigoda de la Tarraconensis, puede observarse una uniformidad de procedimiento, que, sin lugar a dudas, responde a los dictados de una política expansionista, cuidadosamente planificada y orientada a controlar el territorio hispano mediante la ocupación de los puntos clave de la red viaria<sup>44</sup>.

Mayores dificultades implica determinar el carácter de los nuevos establecimientos bárbaros en la Península. En base

a los primeros estudios de las necrópolis del valle del Duero, se formuló una hipótesis, que defendía el desarrollo paralelo de un doble asentamiento: popular y aristocrático. Ahora bien, mientras este último se halla confirmado por documentación de la época, en concreto, por una reveladora inscripción emeritense, sobre la que tendremos oportunidad de hablar más adelante, el primero ha sido puesto recientemente en entredicho. Algunos investigadores, como R. Collins y A. J. Domínguez Monedero, no sólo se muestran en desacuerdo con la dicotomía entre un asentamiento popular y otro aristocrático, sino que incluso han llegado a cuestionar la instalación de los godos en la submeseta norte durante los últimos años del siglo V y los primeros del VI<sup>45</sup>.

Por nuestra parte, nos adherimos a la opinión de L. A. García Moreno, para quien las necrópolis de la meseta ofrecen un testimonio de la existencia de grandes propiedades fundarias en manos de la nobleza visigoda, así como de las relaciones de dependencia con ésta por parte de su clientela<sup>46</sup>. Como veremos, a continuación, el establecimiento de una guarnición visigoda en un punto estratégico de la red viaria, frecuentemente una ciudad que funcionase como eje estructurador de la región, conllevaba el envío desde Tolosa de un noble con su comitiva armada. Este personaje, no sólo asumía el mando militar de la plaza que le había sido encomendada y del territorio circundante, sino que además distribuía entre sus hombres parte de las tierras del lote que le había sido asignado, generando vínculos de dependencia material.

Tras la ocupación militar de las ciudades de la Tarraconensis, parece que Eurico concentró todo su interés en la consolidación de un limes frente a los suevos. Emerita Augusta, antigua capital de la diocesis Hispaniarum, se convirtió en el

eje central de este sistema defensivo. No en vano, las dos calzadas sobre las que se apoyaba confluían en la metrópoli lusitana. Una de ellas era la que, atravesando por Scallabis, conducía a Olisipo. La otra, procedía de Asturica Augusta, plaza que se hallaba en poder de los suevos, quienes dominaban el tramo inicial de la vía. No obstante, los visigodos poseían el control del resto de la misma y del ramal que llevaba a Palentia. En 483, Eurico decidió reforzar sus posiciones en Emerita, mediante el envío de nuevos efectivos militares y la restauración de las fortificaciones de la ciudad. El cometido recayó sobre la persona del dux Salla quien, con el apoyo de la nobleza emeritense, representada por el obispo Zenón, reparó las murallas y el puente sobre el río Guadiana, y efectuó un reparto de tierras incultas, tomadas de los bona vacantia del fisco imperial, entre los hombres que le habían acompañado desde Tolosa, al parecer todos ellos miembros de su propia clientela<sup>47</sup>.

Aunque el objetivo prioritario de tal acción consistía en neutralizar todo movimiento expansionista de los suevos, lo cierto es que, asegurando su dominio sobre la ciudad de Emerita, la monarquía visigoda tendía la cabeza de puente que, más adelante, le facilitaría la penetración en el valle del Guadalquivir.

Muerto Eurico en 484, le sucedió su hijo Alarico II (484-507), bajo cuyo reinado se incrementó la presencia visigoda en Hispania. Los nuevos asentamientos debieron responder a la necesidad de reafirmar la autoridad del gobierno de Tolosa sobre la Tarraconensis, comprometida por la usurpación de Burdunelo en 496-497 y la de Pedro en 506. Prueba del creciente control político ejercido por los godos en territorio peninsular lo constituye el malogrado proyecto de reunir un concilio en Tolosa para el año 507, al que estaban convocados la totalidad de los



obispos del reino, incluidos los de Hispania, que debido a la situación conflictiva que vivía la Tarraconensis, no habían podido acudir al celebrado en Agatha (Agde) en 506<sup>48</sup>.

De todos modos, el principal motivo que obligó a emigrar hacia la Península Ibérica a numerosos aristócratas godos con sus clientelas, fue la expansión franca al sur del Loira. En 481, Clodoveo, un adolescente de apenas 16 años, había sucedido a su padre Childerico como rey de los francos. El nuevo soberano no tardó en eliminar el último bastión romano en el norte de las Galias, gobernado por Siagrio, hijo del general Egidio. Tras la muerte de su progenitor en 465, Siagrio, instalado en Sessonas (Soissons), se había convertido en suprema autoridad política para la mayor parte de Lugdunensis Secunda, con excepción de la Armórica, para la totalidad de la Lugdunensis Tertia y la Senonia, y para la región occidental de la Belgica Secunda. A diferencia de Egidio, Siagrio no era un funcionario designado por el gobierno imperial, sino un aristócrata que ejercía el poder en calidad de líder de la nobleza provincial romana. Clodoveo le derrotó en 486, obligándole a buscar refugio en la corte de Tolosa. Sin embargo, Alarico II le entregó en manos de los francos, quienes no tardarían en ejecutarle. A partir de este momento, Clodoveo comenzará a presionar sobre las fronteras septentrionales del reino visigodo, llegando a ocupar la ciudad de Burdigala en 498<sup>49</sup>.

Simultáneamente, el monarca franco abrazaría el catolicismo junto con la mayor parte de su nobleza, acontecimiento que tuvo lugar entre 496 y 506. Alarico II intentaría contrarrestar las simpatías que despertó la conversión de Clodoveo entre el clero católico y a la nobleza galorromana de su reino, permitiendo que en 506 los obispos nicenos se reuniesen en un concilio celebrado en Agatha. Ese mismo año,

promulgó una vasta compilación jurídica que recogía leges del Codex Theodosianus con comentarios o interpretationes de juristas romanos, y extractos del Epítome de Gayo, de las Sententiae de Paulo y de los Códigos Gregoriano y Hermogeniano. Una vez aprobado por el episcopado y la nobleza, este cuerpo legal, conocido como Breviarium Alarici o Lex Romana Visigothorum, fue enviado a los comites civitatum, con ordenes de no emplear otra colección. De tal modo, el soberano visigodo intentaba ganarse la voluntad de sus súbditos latinos, ya que, desafortunadamente, el enfrentamiento con los francos parecía inevitable<sup>50</sup>.

A pesar de la intervención del ostrogodo Teodorico el Amalo, exhortando a Alarico II y Clodoveo a llegar a un acuerdo amistoso, en la primavera de 507 estalló la guerra entre francos y visigodos. Clodoveo, aliado con el monarca burgundio Gundobado, venció a las tropas de Alarico en el Campus Vogladensis (Vouillé), cerca de la ciudad de Pictava. El monarca visigodo cayó en el fragor de la batalla. Tras la derrota, Tolosa fue saqueada e incendiada por francos y burgundios. La corte de Alarico II, que previamente había abandonado la ciudad, se dividió en dos grupos. Los partidarios del pequeño Amalarico, hijo de Alarico II y de la princesa ostrogoda Tiudigoto, buscaron refugio en Hispania. En cambio, los seniores Gothorum que habían sobrevivido al desastre bélico, se reunieron en Narbo, donde proclamaron rey a Gesaleico, vástago de Alarico II a través de una concubina<sup>51</sup>.

Lo más seguro es que ambos grupos hubiesen comenzado a constituirse hacia 494, al tiempo del matrimonio de Alarico II con Tiudigoto, hija de Teodorico el Amalo. De manera paulatina, el círculo prorromano de la corte de Tolosa debió concentrarse en torno a la reina, no sólo por su afinidad con el proyecto

político que encabezaba el padre de ésta, Teodorico, sino porque además consideraba la nobleza de su estirpe, descendiente de los míticos Ansis, superior a la de los Baltos. Así se vio obligado a admitirlo el propio monarca visigodo, cuando tras el nacimiento del primer hijo de su unión con Tiudigoto, le impuso el nombre de Amalarico<sup>52</sup>. Paralelamente, los notables germanos adversos a ese compromiso con los romanos, que propugnaba el soberano ostrogodo, se fueron agrupando alrededor del joven Gesaleico, representante de la estirpe regia de los Baltos, que había ocupado el trono visigodo, de manera ininterrumpida, desde hacia casi un siglo. No resulta extraño que, después la muerte de Alarico, en el campo de batalla de Vouille, se apresurasen a proclamar rey a su candidato.

Esta decisión de los magnates visigodos reunidos en Narbo, no agradó a Teodorico, que enarbolando el estandarte de la legitimidad, en defensa de los derechos sucesorios de su nieto Amalarico, envió al sur de las Galias un poderoso ejército conducido por el dux Ibbas. Durante el verano de 508, el general ostrogodo logró recuperar Massilia y levantar el cerco de Arelate. Al año siguiente, arrojó de la Narbonensis a los invasores burgundios, que habían obligado a Gesaleico a replegarse hacia Hispania. En Carcasona, liberada del asedio enemigo, Ibbas se apoderó del tesoro real de los visigodos, que inmediatamente remitió a Ravenna. Con toda probabilidad hacia el verano de 510, las fuerzas ostrogodas atravesaron los Pirineos y penetraron en la Tarraconensis, donde les salió al encuentro Gesaleico. El monarca visigodo fue derrotado y no tuvo más remedio que embarcarse para Cartago. Entre tanto, Ibbas efectuó una sangrienta purga entre las filas de la aristocracia visigoda leal a Gesaleico, a fin de eliminar a los más destacados adversarios de la dominación ostrogoda. Pocos meses después, Gesaleico regresó del exilio con la ayuda financiera de los

vándalos. Reagrupó a sus partidarios en la Aquitania, y en 511 presentó batalla a Ibbas ante los muros de Barcino. Nuevamente vencido, intentó huir al reino burgundio, pero fue hecho prisionero y ejecutado, cuando se disponía a cruzar el río Durance<sup>53</sup>.

De este modo, Teodorico se hizo con el control de la franja litoral subgálica y de los antiguos territorios hispanos del reino de Tolosa. Aunque, durante la campaña contra Gesaleico, se había presentado como tutor de su nieto Amalarico, después de la victoria de Barcino, no dudó en asumir la potestad regia sobre los visigodos, delegando la tutela del pequeño príncipe en el comandante en jefe de su ejército en Hispania. Ahora bien, Teodorico no estaba conforme con la simple unión personal de los dos reinos godos, que se derivó de su actuación. Aspiraba a fusionar las élites aristocráticas de ambos pueblos, para formar un solo estado, capaz de oponer un frente de resistencia compacto al expansionismo franco. Por esta razón, promovió los matrimonios mixtos entre oficiales ostrogodos destacados en Hispania y mujeres de la nobleza visigoda. En 515, casaría a su propia hija Amalasunta con Eutarico Ciliga, quien posiblemente fuese nieto, por línea materna, del rey visigodo Turismundo. La propaganda oficial del gobierno de Ravenna se apresuró a crear para este príncipe una genealogía, que entroncaba a sus antepasados con la estirpe de los Amalos. Ligado, pues, a las dos casas reales godas, Eutarico se convirtió en el candidato idóneo para suceder al anciano Teodorico en el trono de ambos reinos. Justino I, el nuevo emperador de Constantinopla, legitimó sus aspiraciones al otorgarle la ciudadanía romana y adoptarle como hijo de armas. Pero, no quedó ahí la exaltación de Eutarico. Pocos meses después, obtuvo el consulado de manos de su suegro, y en enero de 519, con ocasión de la inauguración del mismo, celebró dos triunfos, uno en Ravenna y otro en Roma. Sólo su muerte

prematura, acaecida en 522-523, le impediría llegar a convertirse en el sucesor de Teodorico<sup>54</sup>.

Aprovechando la tregua temporal impuesta al expansionismo franco por la muerte de Clodoveo, a partir de 511, el monarca ostrogodo comenzó a organizar, en beneficio de su propio proyecto político, los territorios rescatados de entre las ruinas del reino de Tolosa. Teodorico no sólo mantuvo la estructura administrativa romana, sino que la restableció allí donde había caído en desuso. Ya en 510 había restaurado la praefectura praetorio Galliarum, designando como titular para el cargo de praefectus al patricio Félix Liberio. Con sede en Arelate, la praefectura Galliarum extendería sus competencias administrativas sobre Alpes Maritimae, Narbonensis Prima y Secunda, gran parte de la Vienensis y la Tarraconensis, el interior de la Carthaginiensis y el sur de la Lusitania. La restauración de la praefectura tuvo como objetivo, fundamentalmente, cubrir las necesidades de apoyo logístico que tenían las fuerzas ostrogodas acantonadas en estas provincias. De todos modos, como señala J. Orlandis, en la práctica gubernamental, Liberio apenas tuvo autoridad efectiva sobre la Península Ibérica. El general Teudis, sucesor de Ibbas en la comandancia de las tropas de ocupación ostrogodas, era quien ejercía el poder real sobre la Narbonensis Prima y la Península Ibérica, comportándose, a menudo, como un auténtico virrey<sup>55</sup>.

Teudis había iniciado su carrera como armiger del rey Teodorico, es decir, como oficial del cuerpo de guardia que protegía al rey. Hacia 511, el soberano le envió Hispania, en calidad de generalísimo del ejército ostrogodo (archontes) y tutor del pequeño Amalarico. Poco después de su llegada a la Península, se casó con una rica dama hispanorromana, cuya familia poseía un inmenso patrimonio fundario (choras). De entre los

campesinos vinculados a los dominios de su esposa, reclutó 2.000 doryphoroi, es decir un cuerpo de lanceros, que, a partir de este momento, compondrían su ejército privado. Con tales fuerzas, pudo asumir el gobierno factual de la Narbonensis y de Hispania. Aunque todavía actuaba en nombre de Teodorico, lo cierto es que, como señala Procopio, su comportamiento era muy parecido al de usurpador. Sospechando que la corte preveía su destitución, rehusó atender a las llamadas del soberano, y jamás se personó en Ravenna. A pesar de todo, Teodorico evitó la ruptura, pues temía que los francos aprovecharan el estallido de un conflicto para invadir el sur de las Galias, o que los visigodos iniciasen una rebelión contra la supremacía ostrogoda<sup>56</sup>.

De este último recelo del monarca se desprende que los intentos de fusionar a visigodos y ostrogodos en una sola gens, bajo la soberanía de los Amalos, habían fracasado. Ciertamente, un sector de la nobleza visigoda, partidario del ideal de civilitas teodoriciano, se había aproximado a los ostrogodos, estableciendo con ellos lazos de parentesco, a través de alianzas matrimoniales. Sin embargo, el significativo conjunto de magnates que, tras la derrota de Vouillé, había elegido como rey a Gesaleico, se hallaba descontento, por el hecho de haberse visto desplazado de los órganos del poder central en beneficio de notables ostrogodos<sup>57</sup>.

El único medio seguro que tenía Teodorico, para conservar el control sobre este grupo de la aristocracia visigoda y, a la vez, asegurarse la percepción del tributo anual, era apelar al uso de una auténtica fuerza de ocupación. Por eso, continuó enviando oficiales, al mando de tropas ostrogodas, y revalidó la autoridad de Teudis, quien, al margen de sus reticencias a presentarse en la corte, cumplía fielmente las ordenes que le llegaban desde Ravenna y nunca dejó de enviar el

tributo, en gran medida destinado a alimentar el cubiculum del príncipe Amalo<sup>58</sup>.

La clase dirigente ostrogoda, siguiendo el modelo establecido en Italia, intentó afianzar su hegemonía sobre la Narbonensis e Hispania, apoyándose en la aristocracia senatorial, que no sólo colaboró en tareas relacionadas con la administración civil del territorio, sino que, además, suministró ayuda militar efectiva. En correspondencia, los ostrogodos se mostraron tolerantes hacia la fe católica de los hispanorromanos, permitiendo la celebración de sínodos provinciales, la construcción y consagración de nuevas basílicas, la fundación de monasterios y la elección de obispos para cubrir las sedes vacantes. Como consecuencia de esta política, que intentaba compensar los fallidos esfuerzos en pro de una fusión entre ostrogodos y visigodos, surgieron dos facciones opuestas. Una, la dominante, reunía bajo un pabellón común a la cúpula militar y burocrática de origen ostrogodo, a los antiguos cuadros provinciales romanos y al sector de la nobleza visigoda partidario de la casa de los Amalos. La otra, se hallaba integrada por el grupo de la aristocracia visigoda, que alejado de los órganos del poder central, y ante la tolerancia de la facción gobernante hacia el catolicismo, se aferraba, cada vez más, al credo arriano, como su principal seña de identidad cultural<sup>59</sup>.

Las esperanzas depositadas por Teodorico en una construcción política que agrupase a todos los godos bajo el liderazgo de un príncipe de la casa de los Amalos, comenzaron a desvanecerse a la muerte de su yerno Eutarico en 522. Las tendencias centrífugas del general Teudís y la inconformidad de buena parte de la nobleza visigoda con la hegemonía ostrogoda, contribuyeron de manera decisiva al deterioro de la situación

interna de la Península Ibérica. Entre 523 y 526, el monarca Amalo se vio obligado a intervenir en Hispania, a través del vir illustris Ampelio y del comes Livirito, con el objetivo de sanear la administración fiscal, restablecer el orden público y poner coto a los abusos de los funcionarios<sup>60</sup>.

Tras el fallecimiento de Teodorico en 526, se produjo la división de los territorios sobre los que había ejercido la potestad regia entre sus dos nietos. Atalarico, hijo de Amalasunta, fue proclamado rey en Ravenna. Ejercería su potestad regia sobre los dominios ostrogodos de Italia, Sicilia y Dalmatia, además de las antiguas posesiones visigodas que se extendían a lo largo del litoral subgálico desde los Alpes al Ródano. Por su parte, Amalarico (526-531), hijo de Tiudigoto, recibió como herencia los restantes fragmentos del reino de Tolosa, a saber, las tierras de Hispania y el sector occidental de la franja costera subgálica, desde la desembocadura del Ródano a los Pirineos. Este príncipe, que instaló su corte en Narbo, obtuvo la renuncia de su primo al tributo anual enviado a Ravenna, así como la devolución del tesoro real de los visigodos, que Teodorico había tomado de Carcasna años atrás. Además, segregó la administración de su reino de la praefectura Galliarum, nombrando en 429 a un tal Esteban como praefectus praetorio Hispaniarum. Las tropas ostrogodas destacadas en la antigua Narbonensis Prima y en Hispania fueron repatriadas, aunque a los hombres casados con visigodas o romanas se les permitió optar por regresar a Italia o ligarse a la gens visigoda. Teudis y otros, que como él se habían creado una posición privilegiada, prefirieron quedarse en la Península<sup>61</sup>.

Desafortunadamente, el joven Amalarico persistió en defender el legado galicano de los Baltos, lo que le condujo a un nuevo y desastroso enfrentamiento con los merovingios en la



Narbonensis. Según Procopio Caesarea y Gregorio de Tours, el factor desencadenante de la contienda fue un problema de índole doméstica. Hacia 526, Amalarico había tomado por esposa a la católica Clotilde, hija del rey franco Clodoveo. Al parecer, el soberano visigodo intentó convertirla al arrianismo, recurriendo, en última instancia, a métodos violentos. La reina, deseosa de poner fin a esta situación, imploró el auxilio de su hermano Childeberto I (511-558), a cuya corte de París envió un sudario empapado en sangre, como prueba de las vejaciones que sufría a manos de su marido. En la primavera de 531, un ejército franco irrumpió en la Narbonensis y derrotó a las tropas de Amalarico ante las puertas de su capital. Poco después, el monarca visigodo pereció a manos de sus propios soldados, ya sea en la ciudad de Narbo, cuando se disponía a solicitar asilo en una basílica católica, como relata el turonense, ya sea en Barcino, donde habría buscado refugio tras la derrota, de acuerdo con las noticias que nos proporcionan las Chronicorum CaesarAugustanorum reliquiae. Por su parte, Childeberto, emprendió el viaje de vuelta a París con un gran botín y con su desdichada hermana Clotilde, quien falleció en el camino. De cualquier modo, la invasión de la Narbonensis y la ocupación franca de varias ciudades situadas en la zona septentrional de la provincia, provocó el éxodo de numerosas familias de la aristocracia visigoda, que fueron recibidas por Teudis en Hispania<sup>62</sup>.

#### 4.1.4. La expansión hacia el sur.

La muerte de Amalarico en 531 señala el desplazamiento definitivo del centro de gravedad política del reino visigodo al interior de Hispania. Sin embargo, por estas fechas, los godos aún no dominaban la totalidad de la Península Ibérica. Entre las diversas regiones que escapaban a su control parece que se encontraban la mayor parte de la Baetica y la franja costera de

la Carthaginensis. Las fuentes con que contamos para establecer cuál era la situación de dichos territorios respecto al poder gótico, durante el primer tercio del siglo VI, son más bien escasas, y se hallan integradas, exclusivamente, por documentación eclesiástica.

De su estudio se desprende que tanto los obispos de la Baetica como los de la zona oriental de la Carthaginensis mantenían estrechas relaciones con sus colegas de las ciudades del litoral tarraconense. No en vano, entre las suscripciones de las actas del Concilio de Tarraco de 516, encontramos la firma de Héctor, obispo de Carthago Spartaria, y la de Orencio de Iliberris, quien, al año siguiente, también asistiría al sínodo provincial celebrado de Gerunda<sup>63</sup>. Como puede observarse los contactos con el área de dominio gótico, se concentraron en las regiones próximas a la costa catalana. No existen indicios de que fuesen igualmente fluidos con otros territorios sometidos al dominio bárbaro. De hecho, los testimonios que analizaremos a continuación apuntan a que, tras la desintegración del orden estatal romano, se produjo un alejamiento entre las zonas interiores de la Península, gobernadas por los godos, y el sur y el levante, libres de la presencia germánica y abiertos al Mediterráneo.

En 519, el papa Hormisdas designó vicario apostólico a un obispo hispano llamado Juan, que pudo haber sido el titular de la sede de Ilici o de la de Tarraco. Esta última opción es la que nos parece más probable, ya que, por lo general, en la época, los poderes de representación pontificia se concedieron a metropolitanos. En cualquier caso, con tal nombramiento, Hormidas limitaba la jurisdicción otorgada por su predecesor Símmaco a Cesáreo de Arelate, quien en 514 había sido investido como vicario para las Galias e Hispania, lo que, en la práctica, era

tanto como decir, para todos los territorios bajo la soberanía de Teodorico el Amalo situados al oeste de los Alpes. Seguramente, teniendo en cuenta la autonomía con que actuaba Teudis y las dificultades a las que, en consecuencia, debía enfrentarse Cesáreo para hacer efectiva su autoridad sobre la Península Ibérica, el pontífice juzgó oportuno otorgar a Juan de Tarraco poderes de representación en los dominios hispanogóticos. No obstante, algún tiempo después, en abril de 521, Hormisdas designó como vicario para la Lusitania y la Baetica al metropolitano de esta última provincia, Salustio de Hispalis. La nueva investidura demuestra que los poderes de Juan no alcanzaban a estos territorios, y, por tanto, puede interpretarse como signo de que ambas provincias, con excepción de algunos núcleos estratégicos, como Emerita, disfrutaban de una situación de independencia factual respecto a las estructuras de poder godas, lo que hacía necesario nombrar un representante papal distinto al elegido para los territorios bajo control bárbaro<sup>64</sup>.

Otro dato que redundaba a favor de la tesis de la autonomía de la región levantina es la creación en el dominio visigodo de una nueva circunscripción eclesiástica, la Carpetania vel Celtiberia, segregada de la Carthaginensis, y de la que era metropolitano el obispo de Toledo. Esta información nos la proporcionan las actas del II Concilio de Toledo de 529 y dos cartas adjuntas a las mismas, escritas por Montano, obispo de la ciudad. Resulta enormemente revelador el hecho de que, años antes de que los bizantinos ocupasen Carthago Spartaria y de que los reyes visigodos instalasen su corte en Toledo, los obispos de esta ciudad se arrogasen la dignidad metropolitana sobre una provincia Carpetania vel Celtiberia, cuyo territorio, de acuerdo con las divisiones eclesiásticas del Bajo Imperio, formaba parte de la Carthaginensis, y por tanto, se hallaba bajo la jurisdicción metropolitana del obispo de Carthago Spartaria. La

ruptura de la unidad eclesiástica es, sin duda, fiel reflejo de la situación política. En torno al año 500, la zona interior de la Carthaginiensis se encontraba ya plenamente integrada en el dominio germánico y, como señala A. Barbero, la constitución de la nueva circunscripción respondería a la importancia creciente que iba adquiriendo esta región en el conjunto del reino visigodo. Por el contrario, la costa de la Carthaginiensis, sobre la que los godos no debían ejercer aún un control efectivo, vivía de espaldas al interior, gobernada por epigonos de la aristocracia senatorial y volcada en sus relaciones con la costa catalana e Italia<sup>63</sup>.

A partir de 531, se inicia un proceso de expansión del dominio gótico hacia las regiones levantinas y meridionales de Hispania, que no quedará consumado hasta el primer tercio del siglo VII. El monarca que acometió la secular empresa fue Teudis (531-548). Según nos informan Procopio y Jordanes, tras la derrota de las fuerzas de Amalarico en la Narbonensis, el generalísimo ostrogodo se apoderó del trono por la fuerza de las armas. Incluso es posible que, personalmente, instigase el asesinato del nieto de Teodorico. En cualquier caso, como sugiere J. Orlandis, el concilium aristocrático de Gerunda (Gerona), donde se destituyó a Esteban, el praefectus Hispaniarum nombrado por Amalarico, debió ratificar formalmente la realeza de Teudis, sancionando, de esta manera, los hechos consumados<sup>64</sup>.

El nuevo soberano se mostró extraordinariamente activo. Apenas instalado en el poder supremo, decidió someter a su autoridad la costa de la Carthaginiensis y el valle del Guadalquivir. La red de alianzas nobiliarias generadas por los lazos de parentesco que le unían a una de las familias romanas más ricas y poderosas de Hispania, junto con su abierta tolerancia hacia el catolicismo, le facilitaron enormemente la

consecución de tales objetivos. Puesto que no se registran noticias sobre enfrentamientos bélicos con los provinciales de ninguna de estas dos zonas, cabría deducir que la ocupación visigoda se efectuó de acuerdo con la aristocracia local.

En el caso de la Baetica, la presencia germánica puede detectarse desde los primeros tiempos del reinado de Teudis. De hecho, para 534, los germanos ejercían ya un control efectivo sobre la orilla hispana del estrecho de Gibraltar. Prueba de ello es que, a comienzos de aquel año, Justiniano ordenaría a Belisario que destacase en Septem un tribuno al mando de tropas, cuya tarea consistía en vigilar los movimientos de los bárbaros, de manera que quaecunque in partibus Hispaniae vel Galliae seu Francorum aguntur, viro spectabili duci (Mauritaniae) nuntiare, ut ipse tuae magnitudine (Belisario, magistro militum per Orientem) referat. Como vimos en su momento, también se instalaría en el puerto de Septem una base naval, dotada con una flota de barcos ligeros de guerra, llamados dromones; y, al mismo tiempo, se procedería a la restauración de las fortificaciones de la plaza, arruinadas por un siglo de incuria vándala, y a la construcción de una basílica dedicada a la Virgen María, protectora del Imperio romano. Demasiados gastos, para un gestor tan eficiente como Justiniano, si la autoridad de Constantinopla sobre la región del estrecho no hubiese estado amenazada por el expansionismo visigodo<sup>65</sup>.

Existen, además, suficientes indicios como para creer que en el verano de 533 la corte de Teudis se hallaba instalada en Hispalis. Según Procopio, barcos mercantes procedentes del norte de Africa llegaban hasta la residencia estival del monarca, portando noticias sobre los últimos acontecimientos que habían tenido lugar en el reino vándalo. Al parecer, los comerciantes debían atravesar el estrecho de Gibraltar, e inmediatamente

después, internarse en la Península, a bordo de sus naves, para alcanzar la sede regia, que se encontraba alejada de la costa. De todo ello se deduce que Teudis moraba cerca de una ciudad, a la que se podía arribar desde el fretum Septemgaditanum, remontando un cauce fluvial navegable. En el siglo VI, sólo Hispalis reunía estos requisitos<sup>66</sup>.

Una vez sometido el valle del Guadalquivir, los visigodos probablemente extendieron sus redes de dominio hacia la costa atlántica y mediterránea. El litoral levantino, accesible, tanto desde la Tarraconensis como desde la ciudad de Hispalis, debió convertirse en uno de sus objetivos prioritarios. A finales del reinado de Teudis, la autoridad germánica se hallaba firmemente asentada sobre la zona. No en vano, las actas del Concilio de Valentia de 546, presidido por Celsino, obispo de Carthago Spartaria, se fechan ya por los años del gobierno de este monarca<sup>67</sup>.

El éxito de la expansión territorial visigoda hacia el sur de la Península Ibérica, se halla directamente relacionado con la capacidad de la monarquía germánica para lograr un acuerdo con los antiguos cuadros provinciales. El ideal de civilitas perseguido por Teodorico el Amalo, ofrecía a sus sucesores un arquetipo de entendimiento con la clase senatorial. Teudis dio un paso más allá, al potenciar la fusión de godos y romanos, en un intento de crear una nueva clase dirigente que apoyase su acción de gobierno. Sin embargo, el sistema descansaba sobre unas bases muy frágiles. La poderosa nobleza romana de la Baetica contaba con el apoyo de nutridas clientelas, dispuestas a respaldar sus pretensiones. Cualquier giro político, que condujese al poder a un monarca adverso al compromiso con las élites latinas, podía causar el desplome de todo el edificio.

#### 4.2. Las relaciones del reino visigodo con el Imperio durante el reinado de Teudis.

A comienzos del otoño de 533, llegaron a la corte de Teudis las primeras noticias sobre el desembarco bizantino en Africa. Unos mercaderes, que había salido del puerto de Cartago el día en que el ejército imperial ocupó la ciudad, fueron los portadores de la nueva. Aquellos transmarini negotiatores informaron en secreto al monarca de los visigodos de la victoria bizantina de Ad Decimum y de la colaboración de los habitantes de Cartago con los invasores, a quienes habían abierto las puertas de la ciudad. Teudis no debió sentirse nada confortado con semejantes informes, pues prohibió a los mercaderes hacer público lo que sabían. Seguramente, el soberano temía la reacción de la población hispanorromana de la cuenca del Guadalquivir, sometida en fecha reciente a la dominación de los godos; ya que, como hemos visto, es muy posible que todo este episodio se desarrollase en Hispalis<sup>68</sup>.

Algunos días después de la llegada de los mercaderes, se presentaron en la corte de Teudis dos legados de Gelimer, los nobles vándalos Gothéo y Fuscias. Estos habían salido de Cartago a finales del verano, poco antes de que Belisario avistase las playas africanas, y, por tanto, ignoraban los últimos acontecimientos que habían tenido lugar en su patria. A causa de los vientos desfavorables, que encontraron en el viaje de ida, arribaron a las costas de Hispania más tarde que los comerciantes. Además, tras cruzar el estrecho de Gibraltar, desembarcaron y, según las indicaciones de Procopio, parece que continuaron el trayecto por tierra. Esta nueva demora resultó providencial para el Teudis, ya que los enviados de Gelimer traían consigo una propuesta de alianza, que dada la incierta

situación política del reino vándalo era más prudente rechazar. El monarca de los visigodos recibió amablemente a los diplomáticos, agasajándoles con un banquete, en el transcurso del cual inquirió de ellos sobre el estado de Gelimer y sobre la situación del reino vándalo. Por sus respuestas, el rey comprendió que los diplomáticos no sabían nada sobre el desembarco de los imperiales. Puesto que Gothéo y Fuscias insistieron durante la cena en sellar un acuerdo, Teudis, que no deseaba revelarles nada, ni comprometerse en un peligroso pacto que le pudiera crear problemas con los bizantinos, les recomendó regresar a la costa, donde obtendrían nuevas sobre sucesos imprevistos acaecidos en Africa. En un principio, los embajadores creyeron que la enigmática respuesta del soberano era efecto de los vapores del vino; pero cuando a la mañana siguiente volvieron a presentar su demanda, esta vez de manera oficial, y Teudis les respondió con idénticas palabras, comenzaron a sospechar que algo muy grave había ocurrido en Africa, por lo que decidieron retornar a Cartago. Sólo al poner pie en tierra percibieron que la ciudad estaba en posesión de los imperiales. Arrestados por los soldados bizantinos, fueron conducidos ante Belisario, a quien refirieron la historia de su misión<sup>69</sup>.

Pese a la negativa de Teudis a concluir un tratado con los vándalos, Gelimer conservó siempre la esperanza de ser bien acogido en Hispania, si las fuerzas imperiales llegaban a ganar la guerra. No en vano, después de haber sido derrotado en Ad Decimum, mandó trasladar el tesoro real a Hippo Regius y dio ordenes expresas de cargarlo a bordo de un navío, en cuanto la gravedad de la situación lo requiriese. Aunque se cumplieron sus disposiciones, el barco nunca salió del puerto. En diciembre de 533, derrotados los vándalos en la batalla de Tricamarum, las tropas imperiales ocuparon la ciudad. Bonifacio, encargado de la custodia del tesoro, intentó hacerse a la mar; pero los marineros



se negaron a zarpar, aterrados como estaban a causa de la galerna que azotaba las costas de Africa. De este modo, Belisario se apoderó del tesoro real de los Asdingos<sup>70</sup>.

Los esfuerzos de Teudis por ocultar los sucesos acaecidos en Cartago estaban condenados al fracaso. A comienzos de 534, se produjo la caída de los reductos más occidentales del reino vándalo en manos de las fuerzas imperiales. El hypaspistes Juan, enviado por Belisario al mando de un regimiento, tomó posesión de Septem, mientras Apolinar, el antiguo partidario de Hilderico enrolado como oficial en las filas del ejército bizantino, ocupaba las islas Baleares<sup>71</sup>. Estos hechos difícilmente pudieron pasar desapercibidos en los puertos del litoral mediterráneo de Hispania. Antes bien, a tenor de la inmediata reacción del poder gótico en la Península, cabe suponer que tuvieron una honda repercusión política.

Con la ocupación de Septem y de las Baleares, el Imperio había recobrado el control del mar Baleárico y del estrecho de Gibraltar, procurándose, al mismo tiempo, una excelente plataforma para cualquier expedición contra las costas de Hispania. Teudis lo comprendió perfectamente y reaccionó disponiendo que se alzasen defensas en diversos puntos del litoral mediterráneo. La fortificación de un área de la ciudad de Dianium (Denia), el enclave más próximo a las islas Baleares, y parte de la intensa actividad constructora desarrollada por el obispo Justiniano de Valentia (Valencia), parecen responder a un programa patrocinado por el gobierno visigodo, a fin de prevenir un posible desembarco de fuerzas imperiales en territorio peninsular<sup>72</sup>. Aunque Justiniano no había establecido en las Baleares una guarnición importante, ni una escuadra permanente, como hiciera en Septem, los efectivos acantonados en esta última plaza constituían un doble peligro militar para el reino

visigodo, ya que gracias a la flota de guerra, que estaba a su disposición, no sólo podían cruzar al otro lado del estrecho en cuanto recibiesen ordenes de hacerlo, sino que además podían trasladarse rápidamente a las islas y utilizar alguno de sus puertos como base, para lanzar un ataque sobre las playas de Levante<sup>73</sup>.

Por otra parte, la restauración de la autoridad imperial sobre Septem y las Baleares, también tuvo repercusiones económicas en la Península Ibérica. De momento, no vamos a entrar en detalles, ya que más adelante analizaremos el tema por extenso. Sin embargo, creemos oportuno anticipar que el dominio político sobre ambos enclaves permitió al Imperio asegurarse el control del tránsito mercantil a través del estrecho y de las rutas que unían la costa mediterránea de Hispania con Africa, Italia, Sicilia y el sur de las Galias<sup>74</sup>.

La nueva situación generada en Occidente por la caída del reino vándalo y la presencia de fuerzas imperiales en las proximidades de la Península Ibérica obligó a Teudis a adoptar una política defensiva, que, sin duda, se vio reforzada cuando los bizantinos emprendieron la reconquista de Sicilia, Italia y Dalmatia. No obstante, incluso entonces, el monarca visigodo se mostró bastante cauto y evitó tomar parte en la primera fase del conflicto; de lo que se deduce que, aún sintiéndose amenazado, no deseaba provocar una ruptura, de imprevisibles consecuencias, con el gobierno de Constantinopla. La razón que, finalmente, le conduciría a adoptar una postura abiertamente antibizantina, hay que buscarla en los acontecimientos que se produjeron en Italia, después de que, en el verano de 540, Belisario abandonase Ravenna, para regresar a Oriente. Aprovechando la ausencia del general, una facción del derrotado ejército ostrogodo proclamaría rey a Ildibaldo, comandante de la guarnición de Verona. El

personaje en cuestión era sobrino de Teudis, y, según Procopio este hecho pesó bastante en el ánimo de los soldados a la hora de decidirse por su candidatura, ya que esperaban obtener el auxilio del rey de los visigodos frente a los bizantinos<sup>75</sup>. Las redes de solidaridad creadas por los lazos de parentesco entre los monarcas germanos, parecen haber funcionado también en este caso. A partir de 540, Teudis mostrará una actitud agresiva frente al poder imperial y favorable a la causa ostrogoda, que, probablemente, tenga su origen en la firma de un pacto con Ildibaldo<sup>76</sup>.

Con todo, los ostrogodos quedaron defraudados en sus esperanzas. En la primavera de 541, los monarcas merovingios Childeberto I (511-558) y Clotario I (511-561) invadieron la Tarraconensis, impidiendo a Teudis desprenderse de fuerzas para enviarlas en auxilio de su sobrino. Las tropas francas penetraron en Hispania siguiendo la calzada que unía Burdigala con Asturica Augusta. Al llegar a Pampilona tomaron el ramal que conducía a Caesaraugusta, saqueando a su paso toda la comarca. Cuando, al fin alcanzaron esta última ciudad, decidieron tomarla por asedio y durante 49 días la pusieron cerco. Según Gregorio de Tours, los francos levantaron el sitio a causa del temor que les infundió una procesión organizada por el clero de Caesaraugusta, en la que fue exhibida la túnica del mártir Vicente, a lo largo de los muros que circundaban la plaza. Isidoro, omite toda referencia a sucesos milagrosos, y recuerda que los francos se vieron forzados a replegarse hacia el norte, al enterarse de la inminente llegada de refuerzos al mando del dux de origen ostrogodo Teudisclo. Este les cerró la salida de Hispania por los Pirineos. Si la noticia que ofrece Venancio Fortunato sobre un enfrentamiento entre francos y vascones se corresponde a esta expedición, como opinan A. Barbero y M. Vigil, los francos podrían haber intentado forzar los pasos navarros sin éxito. Ante

la difícil situación en que se encontraban, Childeberto y Clotario decidieron ofrecer una fuerte suma de dinero a Teudisclo, a cambio de que les permitiese franquear la barrera montañosa. El general del ejército visigodo accedió, concediéndoles 24 horas para retirarse. Los monarcas y sus séquitos lograron abandonar la Tarraconensis en el plazo de tiempo convenido. No así el resto de las tropas, que fueron masacradas por los hombres de Teudisclo<sup>77</sup>.

Es muy probable que la oportuna intervención de los francos en la Península Ibérica, impidiendo a Teudis despachar tropas en socorro de Ildibaldo, haya sido directamente promovida por el gobierno de Constantinopla. Ante la coalición de fuerzas góticas que amenazaba la estabilidad del poder imperial en Italia, Justiniano debió hacer un llamamiento a los reyes merovingios, para que invadiesen el reino visigodo. Como hemos tenido oportunidad de comprobar, los francos resultaban aliados poco fiables, pero siempre que hubiese posibilidad de conseguir un buen botín, estaban dispuestos a complacer al emperador<sup>78</sup>.

Al desastre de la expedición franca, que hundió en la depresión económica a un amplio sector de la Tarraconensis, vino a sumarse, poco tiempo después, el azote de la peste. La epidemia, que se extendió por toda la Península, hizo inviable cualquier proyecto de ayuda a los ostrogodos<sup>79</sup>. Sin embargo, Teudis se mantuvo firme en su política antibizantina. El 24 de noviembre de 546, promulgaba en Toledo una ley sobre costas procesales, que rubricó con el apelativo de Flavius Theudis. Es esta la primera vez, en que un monarca del reino visigodo aparece portando en un documento oficial el nomen que usaron los emperadores romanos de los siglos IV al VII. Ciertamente, el rey ostrogodo Teodorico el Amalo ya lo había empleado. En su caso estaba legitimado para hacerlo, ya que, hacia 476-478, había sido

adoptado como hijo de armas por Zenón<sup>80</sup>. En cambio, Teudis carecía de derechos, que le permitieran arrogarse el nombre de Flavius. Al hacerlo, seguramente, pretendía establecer un vínculo con la monarquía ostrogoda, y con el proyecto político de pacífica convivencia entre bárbaros y romanos, que había promovido Teodorico. De todos modos, no parece ser el único motivo que explique el hecho. Como señala L. A. García Moreno, la adopción de la titulación propia de los soberanos bizantinos sentaba las bases del proceso de "imperialización" de la realeza visigoda, que culminaría bajo el reinado de Leovigildo, permitiendo a los monarcas germanos presentarse ante sus súbditos latinos como legítima autoridad, en lugar del emperador de Constantinopla<sup>81</sup>. Si insertamos la acción de Teudis en tales coordenadas, no nos queda más remedio que admitir su ánimo de marcar la independencia del reino visigodo respecto a Bizancio, en un momento, en que el Imperio parecía dispuesto a restablecer su poder sobre todo Occidente.

Poco tiempo después, Teudis efectuó un notable esfuerzo por hacerse con el control de ambas orillas del estrecho, enviando a la zona un ejército, al que encomendó la misión de capturar la estratégica fortaleza bizantina de Septem. Según Isidoro, que es el único autor que refiere el suceso, los visigodos tenían derecho a reclamar la plaza, ya que habían estado en posesión de ella antes de que las fuerzas imperiales la ocupasen. Este testimonio entra en contradicción con las noticias que nos ofrece Procopio, quien asegura que, en 533, Septem formaba parte del reino vándalo, del mismo modo que Caesarea de Mauritania y las islas Baleares. A priori la autoridad de Procopio, contemporáneo de los hechos que relata, parece muy superior a la de Isidoro, quien escribe un siglo después de que tuvieran lugar los acontecimientos. Ahora bien, C. Rodríguez Alonso, retomando una vieja hipótesis de Th.

Mommsen, opina que el obispo hispalense utilizó en la elaboración de sus Historiae material procedente de la desaparecida Chronica del obispo Máximo de Caesaraugusta, obra compuesta a fines del siglo VI o comienzos del VII. Aunque C. Rodríguez Alonso reconoce que, para el reinado de Teudis, sólo puede probarse que Isidoro empleó la Chronica de Máximo en el episodio que narra la expedición franca a la Tarraconensis, la historiadora M. Vallejo Girvés considera probable que el relato de la campaña de Teudis contra Septem también fuese tomado de la mencionada Chronica, y, por consiguiente, acepta como digna de crédito la referencia de Isidoro a la ocupación visigoda de esta plaza con anterioridad a la llegada de los bizantinos<sup>82</sup>.

Por nuestra parte preferimos adherirnos al parecer de A. Barbero, quien estima que Isidoro podría estar proporcionándonos una información falsa. Como destaca en uno de sus trabajos, "no es el único error que posiblemente cometió Isidoro al hablar del reinado de Teudis; en Historiae, 41, atribuye a la época de Teudis la celebración de un concilio de Toledo que en realidad tuvo lugar durante el reinado de Amalarico"<sup>83</sup>. Como ha apuntado P. Goubert, la equivocación de Isidoro procedería de un recuerdo histórico: durante el Bajo Imperio, la Tingitana había formado parte de la diocesis Hispaniarum<sup>84</sup>. Pero, sobre todo, no hay que olvidar que Isidoro compuso sus Historiae entre 620 y 625, en el período en que se produjo la expulsión de los bizantinos del territorio peninsular; por tanto, en un momento de exaltación ideológica de la unidad católica y del poder visigodo, cuyo ámbito de dominio quería identificarse con la totalidad de la antigua Hispania romana<sup>85</sup>. No es extraño que, en plena expansión territorial del reino de Toledo a costa de las posesiones imperiales, un autor adverso a los bizantinos, como era Isidoro, haya efectuado una lectura sesgada de sus fuentes o que incluso las haya distorsionado

intencionadamente, con el propósito de justificar viejos derechos de la monarquía visigoda sobre Septem. Este último aspecto es el que, principalmente, nos induce a desechar la noticia sobre una presunta ocupación visigoda de la plaza previa a la conquista bizantina.

Un segundo problema a dilucidar con respecto a la expedición enviada por Teudis contra Septem tiene que ver con la fecha concreta en que se produjo. El terminus post quem no presenta problema alguno, ya que, según Isidoro, la campaña tuvo lugar después de la victoria sobre los francos en la Tarraconensis, suceso que puede datarse con cronología absoluta en 541. Mayores dudas ofrece el terminus ante quem, que sólo podemos fijar con un mínimo de fiabilidad en 548, año de la muerte de Teudis. Parece probable que el monarca godo aprovechara las catástrofes que se abatieron sobre el Africa bizantina a partir de 543, para llevar adelante su proyecto. Las numerosas bajas causadas por la peste en las filas del ejército imperial, la rebelión de las tribus maura de los Levathae y los Frexas, la muerte de Salomón en la batalla de Cillium y las ulteriores disensiones en el seno de la cúpula militar bizantina, colocaron al poder romano sobre el norte de Africa en una situación de debilidad que favorecía la intervención visigoda. L. A. García Moreno sugiere que esta última pudo haber sido el resultado de un acuerdo entre Teudis y Guntarico, el dux Numidiae, que en 545 se rebeló contra el gobierno de Constantinopla. Sin embargo, no concreta la fecha en que pudo haberse producido la agresión<sup>86</sup>. Por nuestra parte, preferimos adherirnos a la hipótesis de E. Stein, quien sitúa el ataque visigodo en 547, en un momento en que el magister militum Juan Troglita, recién llegado a Africa, sufría escasez de efectivos militares<sup>87</sup>. Esta última fecha cuadra, perfectamente, con los datos que nos proporcionan Isidoro y el cronista musulmán al-Razi, quienes vinculan la muerte de

Teudis a la derrota de sus tropas en la región del estrecho<sup>88</sup>.

Desde luego, no cabe duda de que, cuando en 547 el rey de los visigodos se aventuró a enfrentarse a los imperiales en su propio terreno, la situación africana le era claramente favorable. A comienzos de aquel verano, las tribus mauras de la Tripolitania se habían vuelto a rebelar contra la autoridad del Imperio y, además, parte de las tropas bizantinas habían sido transferidas a Italia, para participar en la lucha contra los ostrogodos<sup>89</sup>. En tales circunstancias, lo más seguro es que Teudis contase con que Juan Troglita no podría desprenderse de tropas, a fin de enviar refuerzos a Septem. Por otra parte, la expedición visigoda, coincide cronológicamente con las operaciones de Totila en la Italia meridional; lo que ha llevado a pensar a algunos historiadores, como F. Fita y R. D'Abadal, que nos hallamos ante una acción combinada de ostrogodos y visigodos contra el poder imperial<sup>90</sup>. Algo nada extraño, teniendo en cuenta que Totila era sobrino-nieto de Teudis, y que éste ya se había mostrado dispuesto a apoyar a sus parientes de Italia<sup>91</sup>.

Las fuerzas con que contaba Septem para afrontar la agresión de los visigodos no eran demasiado numerosas, pero sí las suficientes como para sostener un sitio y rechazar al enemigo. Como vimos en su momento, la defensa de la plaza de se hallaba a cargo de un tribunus, colocado a las ordenes del dux Mauritaniae Primae. N. Duval considera que este tribunus debió estar al mando de un solo regimiento de tropas regulares (numerus). Por el contrario, D. Pringle, atendiendo a la organización militar de Egipto, donde está documentada la existencia de varios numeri bajo la autoridad de un solo tribunus, opina que Septem pudo estar protegida por más de una unidad. Según G. Ravegnani cada numerus estaba compuesto, teóricamente, por 500 soldados; pero en la práctica, esta



cantidad podía ser menor, siendo frecuente encontrar regimientos integrados por 400, 300, 200 o tan sólo 100 hombres<sup>92</sup>. El tribunus también ejercía el mando sobre la flotilla de dromones, que vigilaba el tránsito por el estrecho. El dromon era una embarcación muy manejable y ligera, de escaso calado y con una fila de remos en cada borda. Se trataba de un barco de guerra, cuya rapidez y fácil maniobrabilidad le hacía especialmente indicado para el combate en el mar. Bajo el nombre genérico de dromon pueden catalogarse tres tipos de nave: el ousiakos, con una tripulación de 100 hombres capaces de remar y luchar, el pamphylos con 120, y el dromon, propiamente dicho, con 200 o 300<sup>93</sup>. Ignoramos el número de embarcaciones que componían la escuadra, pero dado que Justiniano emplea el plural al referirse a ellas, es seguro que estaba compuesta por dos barcos, como mínimo<sup>94</sup>.

Los detalles de la expedición visigoda contra Septem nos han llegado de la mano de Isidoro. De acuerdo con el obispo hispalense, en lo encarnizado de la contienda, los godos suspendieron el asalto de la plaza, al llegar el domingo, para no profanar el día sagrado con derramamiento de sangre. Los bizantinos aprovecharon esta ocasión para lanzar un ataque sorpresa por tierra y por mar, cercando al ejército asaltante, que fue masacrado. Es posible que Isidoro, dominado por sus prejuicios antibizantinos, haya elaborado todo el episodio, con el propósito de desprestigiar la victoria bizantina y ensalzar la piedad de los godos<sup>95</sup>.

Poco después de la derrota visigoda, Teudis fue asesinado en su palacio por un individuo que se fingía loco, con el propósito de poder aproximarse al soberano. Herido de gravedad, Teudis hizo jurar a sus fieles (homines suos) que nadie daría muerte al magnicida, "diciendo que había recibido la suerte

que correspondía a su merecido, ya que también él, siendo un particular, había asesinado a su general. (ducem suum) mediante engaño"<sup>96</sup>. M. Torres apunta, a nuestro juicio con gran acierto, que el asesinato de Teudis pudo estar instigado por la facción contraria al soberano<sup>97</sup>. Sin embargo, como señala J. Orlandis, "la plataforma social que sostenía el poder de Teudis fue entonces todavía lo bastante fuerte para imponer como sucesor a otro magnate ostrogodo, que pertenecía, probablemente, al círculo de sus íntimos, Teudisclo"<sup>98</sup>.

#### 4.3. Conflictos sucesorios y crisis de dominación sobre la Baetica.

A pesar de la proximidad de los bizantinos y aún después del fracaso de la expedición contra Septem y el asesinato de Teudis, los godos retuvieron el control político de la cuenca del Guadalquivir y de la orilla hispana del estrecho. Lo lograron merced al mantenimiento del acuerdo alcanzado por el difunto monarca con los grupos dominantes en la Baetica, a saber, los epígonos de la aristocracia senatorial romana y el episcopado católico<sup>99</sup>.

El nuevo soberano, Teudisclo (548-549), había sido uno de los más destacados miembros de la cúpula militar goda durante el reinado de Teudis. Como se recordará, en 541, este brillante general de origen ostrogodo había derrotado a los francos que invadieron la Tarraconensis. Lo más seguro es que fuese proclamado rey en Hispalis, ciudad a la que le vinculan la mayor parte de las fuentes. En continuidad con la política desarrollada por su predecesor, intentó consolidar la autoridad de la monarquía gótica sobre la cuenca del Guadalquivir, apoyándose en los generales y altos funcionarios ostrogodos, en la oligarquía visigoda emparentada con éstos, y en la aristocracia senatorial

hispanorromana, grupos todos ellos que habían colaborado con Teudis y favorecido su propio ascenso al trono<sup>100</sup>.

Poco es lo que sabemos acerca de los apenas 18 meses que duró el breve reinado de Teudisclo. Gregorio de Tours le atribuye una posición escéptica frente al catolicismo, que, sin embargo, no parece haber tenido repercusiones en materia de política religiosa<sup>101</sup>. Ninguna de nuestras fuentes señala que Teudisclo adoptase siquiera una sola medida adversa a la fe de los hispanorromanos. Cosa que, por otro lado, habría resultado absurda, teniendo en cuenta que la aristocracia senatorial era uno de los principales pilares en los que descansaba su poder. La única noticia cierta que poseemos sobre su persona es que murió en Hispalis, en la segunda quincena de diciembre de 549, asesinado coniuratorum manu, cuando se hallaba en estado de embriaguez en el transcurso de una cena. El turonense nos ha legado una detallada descripción del suceso. Al parecer, cuando el rey se hallaba más alegre, los cirios que alumbraban el triclinium se apagaron súbitamente, y el grupo de conjurados aprovechó la oscuridad en que había quedado sumida la sala, para atravesar con sus espadas al soberano, que permanecía reclinado en el lecho. Según Isidoro, la animosidad que le profesaban los potentes implicados en el complot, se debía a que Teudisclo había mancillado a las esposas de éstos en prostitutione publica<sup>102</sup>.

La historiografía tardoantigua, en consonancia con la tradición clásica y con el propósito de justificar la deposición o asesinato de un gobernante, suele atribuir, tanto a usurpadores como a monarcas legítimos despojados de sus derechos, toda suerte de actos de promiscuidad sexual, cargando especialmente las tintas en aquellos que humillaban a los miembros de las clases privilegiadas, al rebajar la dignidad social de sus esposas e hijas al nivel de esclavas y prostitutas<sup>103</sup>. Los autores

cristianos de los siglo IV al VII no se apartaron de esta línea, aunque, por lo común, dirigieron sus invectivas contra los soberanos que se habían destacado en la persecución del cristianismo<sup>104</sup>.

Sin embargo, y aún teniendo en cuenta que muchas de las acusaciones que se vierten contra determinados emperadores, reyes, generales y gobernadores no son más que tópicos literarios, no se puede obviar la existencia de un fondo histórico en algunos de los relatos. Un caso bien documentado y que coincide cronológicamente con el de Teudisclo, es el de Sergio, sobrino del eunuco Salomón. Como vimos en su momento, este personaje fue nombrado dux Tripolitaniae en 543, por deseo de la emperatriz Teodora. Después de la muerte de su tío en la batalla de Cillium, le sucedió como magister militum Africae. Procopio de Caesarea, adverso al círculo de favoritos de la soberana, señala que los grandes propietarios africanos estaban profundamente descontentos con la administración de Sergio, porque tenía la costumbre de apropiarse de sus mujeres y de sus bienes<sup>105</sup>.

Si bien es cierto que, con frecuencia, los altos los funcionarios se valían del cargo público que ocupaban para enriquecerse mediante el cobro de tasas extraordinarias y sobornos, la política de confiscaciones emprendida por Sergio, parece responder al imperativo de superar la crisis, que, en aquellos momentos, afectaba al norte de Africa. Con un ejército diezmado por la peste y cercado por los mauros, la necesidad de encontrar fuentes de financiación, para sufragar los gastos de defensa, debió impulsarle a procesar a algunos poderosos provinciales, desencantados con la restauración imperial y, posiblemente, sospechosos de hallarse implicados en conspiraciones contra los representantes del gobierno de

Constantinopla. Por lo que sabemos a través de otros relatos sobre incidentes similares, es muy probable que las esposas e hijas de algunos condenados fuesen entregadas en matrimonio a oficiales del ejército imperial, forzando, de este modo, el establecimiento de alianzas entre la aristocracia provincial y la cúpula militar bizantina. Tal manera de doblegar la resistencia de las élites locales y de procurar al poder dominante una plataforma de apoyo social, no fue infrecuente durante los siglos de la antigüedad tardía<sup>106</sup>.

Volviendo al caso de Teudisclo, es preciso señalar que este soberano, movido por su deseo de someter a los potentes de la facción visigoda que había puesto fin a la vida de Teudis, parece haber emprendido una auténtica persecución contra ellos<sup>107</sup>. Gregorio de Tours confirma la existencia de dos facciones germanas antagónicas en la corte de Teudisclo, al señalar que la noche en que fue asesinado el monarca, éste cenaba con algunos de sus partidarios (cum amicis suis), pero que fue asesinado por un grupo de adversarios (ab inimicis), que al parecer también estaban presentes en el banquete<sup>108</sup>. Lo más seguro es que las esposas de ciertos miembros del grupo de notables perseguido por el rey, hayan sido entregadas en matrimonio a los fieles del monarca, e incluso no se puede descartar que algunas de ellas llegaran a convertirse en concubinas del propio soberano. Mediante este método expeditivo, pero usual en la época, Teudisclo pretendía eliminar toda oposición a su poder, e integrar en la élite que lo sustentaba a aquellos elementos adversos al mismo.

El dramático final del monarca pone de manifiesto el fracaso de tal política. De hecho, apenas hubo desaparecido, accedería al trono un candidato de la facción nobiliaria, que tan infructuosamente había intentado subyugar. Nos estamos refiriendo

a Agila (549-555), quien, sin duda, fue proclamado rey en Hispalis por los mismos potentes que habían participado en el asesinato de Teudisclo<sup>109</sup>. Este grupo de aristócratas visigodos, contrarios a la hegemonía ostrogoda y a la alianza de la monarquía germana con los grandes propietarios hispanorromanos, había permanecido más de cuatro décadas alejado del poder supremo. Ahora, con Agila como rey, aspiraba a recuperar el protagonismo perdido. No obstante, los antiguos partidarios del dominio ostrogodo estaban dispuestos a luchar por conservar su posición, lo que unido al descontento de la nobleza provincial romana por el trato vejatorio que, como veremos, le infligió el nuevo príncipe, nos permite dilucidar los orígenes de un período de grave inestabilidad política y social.

Agila dio comienzo a su reinado, adoptando una postura muy distinta a la que habían mantenido los monarcas ostrogodos con respecto a sus súbditos latinos de confesión católica. Mientras que Teodorico, Amalarico, Teudis y Teudisclo se afanaron por alcanzar un entendimiento con la nobleza senatorial romana, tolerando las asambleas eclesiásticas provinciales del episcopado católico y los matrimonios mixtos, Agila la trató con tal dureza (populo gravissimo dominationis suae iugo adterriret), que las fuentes no dudan en presentárnoslo como un monarca esencialmente inicuo con su pueblo (iniquos suis)<sup>110</sup>.

Los pocos escrúpulos que demostró al profanar el santuario cordobés del mártir Acisclo, uno de los principales centros de devoción de la Baetica, desvelan el desprecio que sentía por la religión católica (in contemptu catholicae religionis). No en vano, es muy posible que la medida que prohibía la celebración de sínodos católicos en el ámbito territorial del reino visigodo, a la que alude Recaredo (586-601) en el discurso dirigido a los obispos durante la reunión previa

a la apertura del III Concilio de Toledo en 589, hubiese sido instaurada por Agila. De hecho, mientras que para todo el período que se extiende desde el reinado de Teodorico el Amalo hasta el de Teudis poseemos una serie de actas procedentes de sínodos provinciales, este tipo de reuniones parece interrumpirse bruscamente a mediados del siglo VI, coincidiendo cronológicamente con el fin del llamado "intermedio ostrogodo"<sup>111</sup>.

Agila, con esta actitud contraria al catolicismo, no sólo demostró su apego a la fe arriana, posiblemente la principal seña de identidad del sector nobiliario que le había encumbrado al poder, sino también el deseo de desplazar de su tradicional posición dirigente a la aristocracia hispanorromana poseedora de inmensos patrimonios fundarios, importantes rentas y una gran influencia social.

En la Baetica, donde los grandes terratenientes y el episcopado católico estaban habituados al ejercicio de un poder autónomo, que la expansión geopolítica del reino visigodo había recortado, las consecuencias no se hicieron esperar. La aristocracia romana del alto y medio valle del Guadalquivir se alzó contra el poder central, representado por la monarquía visigoda. En 550, visto el siniestro cariz que estaban tomando los acontecimientos, el propio Agila se vio forzado a ponerse al frente de sus tropas, para dirigir una expedición punitiva contra Corduba, corazón de la revuelta. Pero la batalla, que se entabló ante los muros de la ciudad, resultó adversa para las armas del monarca visigodo, que no sólo fue derrotado por los cives cordubenses, sino que, además, hubo de sufrir la pérdida de un importante número de efectivos militares, entre cuyas filas se encontraba su propio hijo; por no hablar del tesoro real, que en la retirada se vio forzado a abandonar a la rapacidad de los

vencedores<sup>112</sup>.

Resulta enormemente significativo que, durante la campaña, Agila se arriesgase a llevar consigo todo el tesoro real. Probablemente, precisaba de una parte del mismo, para efectuar los habituales donativos al ejército. Pero el hecho de que no dejase una porción depositada en Hispalis, denota cierta desconfianza hacia los sectores de la aristocracia gótica que permanecían en la ciudad. Sin duda, el soberano sospechaba que los antiguos partidarios de Teudis y Teudisclo podían aprovechar su ausencia, para apoderarse del tesoro y elegir un nuevo rey. Tras haber sido derrotado por los cordobeses, Agila decidió trasladar la corte a Emerita. En cierta medida, esta resolución vino dictada por el temor a que la revuelta de la nobleza senatorial romana se extendiese por toda la cuenca del Guadalquivir y la monarquía visigoda quedase aislada en Hispalis. No obstante, el factor que, a nuestro juicio, pesó más en el ánimo del soberano, fue el convencimiento de que la facción ostrogoda, muy poderosa aún en la metrópoli de la Baetica, podía valerse del desastre militar para apartarle del trono y colocar en él a su propio candidato<sup>113</sup>.

Por su parte, la nobleza cordobesa demostró contar con el suficiente potencial bélico como para mantener su situación de independencia por más de dos décadas, sin necesidad de solicitar el auxilio del Imperio. Las tropas que luchaban a las ordenes de los aristócratas de la región debieron reclutarse entre los campesinos de sus latifundios, ya que, tras la captura de la ciudad por Leovigildo en 572, éste tuvo que someter las áreas rurales, donde una rusticorum multitudo resistiría atrincherada en los castella que defendían los grandes dominios de la nobleza senatorial romana. Además, Corduba no estuvo sola en la rebelión. Otras ciudades la acompañaron, o la siguieron



después de su victoria sobre el ejército de Agila. De hecho, Leovigildo habría de subyugar multas urbes, una vez tomada Corduba; lo que demuestra que ésta no operó como un foco aislado de insurgencia, sino como el epicentro de un movimiento, que acabaría por amputar a la monarquía visigoda todo vestigio de autoridad política sobre las poblaciones de la cuenca del Guadalquivir<sup>114</sup>.

Al concluir el año 550, sólo Hispalis y sus alrededores, la calzada que unía esta ciudad con Emerita y posiblemente, las rutas que conducían al estrecho, permanecían aún bajo el dominio efectivo de los godos. Sin embargo, muy pronto Agila iba a perder el control político de esta región. En la capital de la Baetica, las poderosas familias de la aristocracia germana que habían rodeado a los últimos soberanos ostrogodos, conspiraban contra su autoridad. Al frente de ellas se hallaba el poderoso Atanagildo, quien, según el poeta galorromano Venancio Fortunato, era miembro de un linaje de la más alta nobleza gótica (nobilitas excelsa). Tal vez, ocupase el cargo de dux Baeticae. En algún momento entre el 12 de enero y el 14 de diciembre de 551, Atanagildo se alzó en armas contra Agila, asumiendo la potestad regia de manera completamente irregular. De hecho, para el gobierno de Emerita se trataba de un usurpador o tyrannus. Sólo tras la muerte de Agila su poder adquiriría auténtica legitimidad, llegando a convertirse en un monarca respetado en el contexto internacional, como lo demuestra el hecho de que sus dos hijas, Brunequilda y Gailsuinta, fueran pedidas en matrimonio por los reyes merovingios Sigeberto I (561-575) y Chilperico I (561-584)<sup>115</sup>.

Apenas se tuvo noticia en Emerita de los sucesos acaecidos en Hispalis, Agila se dispuso a sofocar una rebelión, que le privaba de todo control sobre los últimos enclaves de

dominación gótica en la Baetica. Atanagildo, consciente de la insuficiencia de sus propias fuerzas para hacer frente al ejército que preparaba su rival, decidió solicitar la ayuda del emperador<sup>116</sup>. Semejante medida muestra lo desesperado de su situación, ya que Atanagildo no podía ignorar que Justiniano había empleado los conflictos internos del reino vándalo y ostrogodo como excusa para intervenir militarmente en Africa, Sicilia, Italia y Dalmatia.

R. Collins considera que, en realidad, Justiniano no respaldó al rebelde Atanagildo, sino al rey Agila, ya que el emperador siempre había intervenido para sostener a los soberanos legítimos<sup>117</sup>. Sin embargo, semejante hipótesis cae por su peso, en cuanto se profundiza en el análisis de las fuentes. El caso de Atanagildo no era el primero en que Justiniano apoyaba militarmente a un rebelde o a un usurpador. Como hemos visto, ya lo había hecho con anterioridad en territorio vándalo, cuando recibió petición de auxilio por parte de Pudencio y Godas. A este último le envió tropas, incluso después de saber que había asumido la potestad regia de manera completamente irregular. La principal preocupación del gobierno de Constantinopla no consistía en defender la legitimidad de los reyes germanos, sino en mantener aquellas situaciones que favorecían sus intereses restauracionistas. Por supuesto, la propaganda oficial del estado bizantino siempre se creyó en la obligación de justificar el apoyo prestado por el Imperio a los usurpadores bárbaros. De Godas llegó a afirmar que se había alzado contra el tyrannus Gelimer, llevado por su devoción hacia el legítimo monarca despuesto, Hilderico, con lo que el usurpador de Sardinia quedaba plenamente acreditado<sup>118</sup>. En el caso de Atanagildo debió emplearse un pretexto de carácter muy parecido. Dado que el rebelde hispalense se había puesto a la cabeza de la facción partidaria de la hegemonía ostrogoda, lo más seguro es que en su

demanda de socorro a Justiniano negase la legitimidad del poder de Agila, aduciendo que éste había accedido al trono con el apoyo de los asesinos de Teudisclo, el verdadero soberano. Semejante argumento proporcionaría al emperador una excusa formal para prestar ayuda a Atanagildo, enarbolando, una vez más, el estandarte de la legitimidad.

L. A. García Moreno y R. Browning sostienen que, a la demanda de auxilio del usurpador de Hispalis, se habría sumado la de los rebeldes de Corduba<sup>119</sup>. Sin embargo, como señala M. Vallejo Girvés, tal hipótesis, que carece del refrendo de las fuentes, es totalmente rebatible, desde el momento en que la derrota infligida por los cordobeses a Agila, prueba que la aristocracia romana de la Baetica no necesitaban ayuda alguna en aquellos momentos. Además, como expone esta misma autora, Justiniano debía tener poco interés en sostener la rebelión cordobesa, ya que la ciudad se hallaba situada en una zona interior de la Península, lejos de la costa y rodeada por enclaves de poder visigodo, lo que no la convertía precisamente en una base de operaciones idónea para el Imperio<sup>120</sup>.

Otro problema a dilucidar es el que se refiere a los canales empleados por Atanagildo, para hacer llegar su petición de ayuda a Constantinopla. J. Orlandis supone que el usurpador se dirigió al tribunus instalado en Septem, por tratarse del interlocutor más próximo<sup>121</sup>, opinión que comparte M. Vallejo Girvés<sup>122</sup>. En nuestro caso, creemos más probable que Atanagildo mandase sus embajadores directamente a Constantinopla. Los usos diplomáticos de la época establecían que los representantes de los pueblos extranjeros que deseaban solicitar la ayuda del emperador debían presentasen en la corte. Todos los precedentes abundan en este sentido. Apolinar, favorito de Hilderico se personó en el Sacrum Palatium, tras la deposición del monarca

vándalo. El usurpador Godas y el rebelde Pudencio enviaron legados ante el emperador, no ante las autoridades militares bizantinas más cercanas a su territorio, pese a que el primero pudiera haber recurrido a las del Illyricum y el segundo a las de la vecina Pentapolis. Tal costumbre continuaba en vigor en 582, cuando el obispo Leandro de Hispalis acudió a Constantinopla, en calidad de legado del usurpador Hermenegildo, a fin de solicitar ayuda militar para la causa de éste<sup>123</sup>.

A pesar de que en 551 el Imperio se hallaba inmerso en la lucha contra los ostrogodos en Italia, contra los persas en Lazica, contra los eslavos en el Illyricum y contra los hunos en Macedonia y Thracia, Justiniano no quiso dejar pasar la oportunidad que se le brindaba de establecer las bases que le permitieran en un futuro inmediato anexionar al estado bizantino algunos de los territorios hispánicos próximos al Mediterráneo. Por esta razón, su respuesta a los requerimientos de Atanagildo fue rápida y afirmativa<sup>124</sup>.

Lo más seguro es que, de inmediato, partiese hacia Hispalis un legado imperial, con ordenes de ofrecer al usurpador un tratado de colaboración militar con Bizancio. La naturaleza de este convenio se nos revela a través de un cuidadoso análisis del lenguaje y usos diplomáticos de la época. Gregorio I utiliza, para designar el tipo de acuerdo suscrito por Atanagildo, el término pactum, que, según nos indican Coripo e Isidoro, era equivalente a foedus. En los documentos redactados en griego, durante el siglo VI, dicho vocablo se traduce por la palabra symmachía, empleada en numerosas ocasiones por Procopio, para referirse a los tratados que Justiniano ratificó con distintos gobernantes bárbaros. La symmachía, al igual que el foedus, establecía una serie de contraprestaciones. El monarca que entraba en una relación de tales características con el Imperio,

estaba obligado a reconocer la supremacía de la autoridad del basileus y a cooperar militarmente en la defensa de los intereses del gobierno de Constantinopla. En caso de que fuese Bizancio quien debiese auxiliarse a él, el emperador podía reclamar condiciones suplementarias. Así, por ejemplo, en la alianza propuesta a Godas se contemplaba una custodia compartida del territorio y el envío de un general romano a Sardinia, a fin de coordinar la actuación conjunta de las tropas imperiales y las asociadas. Creemos muy probable que Justiniano estipulase idénticas cláusulas en el pacto suscrito con Atanagildo. De tal modo, se explicaría el hecho de que, tras la llegada de los efectivos prometidos, el monarca hispalense consintiera el emplazamiento de guarniciones bizantinas en ciudades de la orilla hispana del estrecho y la presencia un general romano en la región<sup>125</sup>.

Por lo común, Justiniano no sólo correspondió a las concesiones de los príncipes bárbaros prestándoles apoyo militar cuando lo precisaban, sino también legitimando su autoridad. Es este un aspecto que suele olvidarse a la hora de examinar el caso de Atanagildo. Sin embargo, lo más seguro es que junto al compromiso de sostener su situación en Hispalis, el emperador haya accedido a confirmar sus derechos al trono de los visigodos, como legítimo sucesor de Teudisclo. El reconocimiento de Justiniano colocaría una poderosa arma política en manos de Atanagildo, ya que, a partir de este momento, podría presentarse ante la aristocracia hispanorromana como el verdadero representante del basileus de Constantinopla, y despojar de todo atisbo de legitimidad a su rival Agila, quien había ocupado el trono de manera harto irregular<sup>126</sup>.

Acuciado por la necesidad de obtener apoyo armado y deseoso de que el emperador refrendase su potestad, Atanagildo

debió prometer al legado imperial que se plegaría a todas las condiciones que impusiese Justiniano, abriendo así las puertas al desembarco de tropas bizantinas en Hispania. Como acto seguido tendremos oportunidad de comprobar, su decisión provocaría la rápida desintegración del dominio gótico sobre los últimos enclaves que aún poseía en la Baetica.

#### 4.4. El establecimiento de los bizantinos y la política de pactos de Justiniano I.

Según el historiador ostrogodo Jordanes, el emperador nombró al patricius Liberio comandante en jefe de la expedición enviada en socorro de Atanagildo. El anciano aristócrata contaba, a la sazón, 85 años de edad y había tenido trato con los visigodos, a lo largo del período que se extiende de 510 a 534, en que ocupó la praefectura praetorio Galliarum, restablecida por Teodorico el Amalo<sup>127</sup>. Aunque poseía grandes dotes como diplomático, su experiencia militar era muy escasa. Durante el año 549, Justiniano le designó, por dos veces consecutivas, jefe del ejército que iba a combatir a los ostrogodos en Italia, si bien, al final, acabaría sustituyéndole por un general más competente. En la primavera de 550, le puso al mando de la armada que debía partir hacia Sicilia, pero después de que hubo desembarcado en la isla, le ordenó volver a la capital. Fue reemplazado por Artabanes, que le alcanzó en Panormus, y pudo regresar a Constantinopla a finales de 551, momento en que, de acuerdo con Jordanes, se habría producido su designación para la comandancia de las fuerzas destinadas a Hispania<sup>128</sup>.

La elección de Liberio no fue arbitraria. Sin duda, estuvo determinada por su familiaridad con los visigodos y por sus antiguas relaciones con la casa de los Amalos, a la que habían estado vinculados Teudis y Teudisclo, y de cuya política

se erigía en continuador Atanagildo<sup>129</sup>. K. F. Stroheker sostiene que, a comienzos de la primavera de 552, el patricius tomó posesión de su cargo y condujo las fuerzas imperiales desde Sicilia a la Península Ibérica. A juicio del historiador alemán, Liberio debió ser sustituido poco después del desembarco de sus hombres en Hispania, ya que en mayo de 553 se hallaba de nuevo en Constantinopla, negociando con el papa Vigilio su adhesión a la condena de los Tres Capítulos<sup>130</sup>. Aunque la mayoría de los investigadores concuerdan con la reconstrucción de los acontecimientos efectuada por Stroheker, en los últimos tiempos se ha cuestionado la efectividad del nombramiento de Liberio. Así, J. J. O'Donnell, basándose en las anteriores sustituciones del patricius y en las dificultades existentes para datar el final de la obra de Jordanes, niega que Liberio haya estado alguna vez en Hispania<sup>131</sup>. Por nuestra parte, aunque nos sentimos inclinados a aceptar como verídica la noticia que nos ofrece Jordanes sobre la designación oficial del patricius, creemos que existen precedentes lo suficientemente significativos, como para dudar de que éste llegase alguna vez a tomar posesión de su cargo. En cualquier caso, se trata de un tema abierto a debate, que sólo podrá cerrarse cuando se produzcan aportaciones definitivas en uno u otro sentido.

Un problema que, en cambio, parece solventado, es el que atañe a la fecha de partida de la expedición. Casi todos los autores coinciden en señalar que el hecho tuvo lugar durante la estación navegable de 552, posiblemente, a principios del verano<sup>132</sup>. Mayor disensión existe a la hora de precisar el punto de embarque de las tropas bizantinas. L. A. García Moreno considera que éstas se hicieron a la mar desde alguno de los puertos de Sicilia. En cambio, M. Vallejo Girvés piensa que el ejército enviado en socorro de Atanagildo pudo salir de Cartago y estar compuesto por tropas que habían luchado contra los

mauros. Su teoría nos ha parecido bastante sugestiva, ya que cuenta con cierto apoyo en las fuentes. No en vano, como señala esta misma historiadora, durante el verano de 552, Africa, que se hallaba en paz, tras haber superado los últimos conflictos con los beréberes, proporcionó fuerzas para expulsar a los ostrogodos de Corsica y Sardinia, y otro tanto podría haber hecho en el caso de la intervención en Hispania<sup>133</sup>. De cualquier manera, los efectivos reales debieron ser bastante modestos. Posiblemente, similares en número a los que al mando de Cirilo se habían expedido en auxilio de Godas, que como se recordará no excedían los 400 hombres<sup>134</sup>.

Si como creemos, la flota bizantina partió de Cartago, lo más seguro es que viajase costeando el litoral africano hasta Septem, donde, sin duda, tuvo noticia de que Agila había concentrado un ejército en Emerita, para descender al valle del Guadalquivir y poner término a la usurpación de Atanagildo. Inmediatamente, las fuerzas imperiales debieron cruzar el estrecho y remontar el río hasta Hispalis, llegando justo a tiempo para socorrer a los rebeldes. Gracias a los refuerzos militares bizantinos (virtute militari), Atanagildo pudo derrotar a Agila, en una batalla que, según E. A. Thompson, debió tener lugar en agosto o septiembre de 552<sup>135</sup>.

La victoria no permitió a Atanagildo eliminar a su rival, que buscó refugio en Emerita, ni tampoco le valió para ser reconocido como soberano legítimo por todos los godos. Sin embargo, temporalmente consolidó su autoridad en Hispalis. Aprovechando la situación de debilidad en que aún se hallaba Atanagildo, el comandante de las fuerzas bizantinas, ya fuese Liberio o cualquier otro, debió exigirle la entrega de las plazas que, en virtud del acuerdo firmado con el gobierno de Constantinopla, habrían de ser defendidas por soldados romanos.



Gregorio de Tours e Isidoro nos confirman que los imperiales ocuparon parte del territorio peninsular, instalando guarniciones en varias localidades, lo que seguramente incluía los puertos béticos de la región del estrecho y la ciudad de Malaca<sup>136</sup>.

Durante los siguientes tres años, las relaciones entre Atanagildo y el Imperio se fueron deteriorando de manera progresiva. Muy pronto, el monarca hispalense debió percatarse de que no podía contar con la ayuda de los bizantinos para acabar con Agila. Y no sólo porque las fuerzas imperiales fuesen insuficientes para llevar la guerra a las puertas de Emerita, sino, especialmente, porque el gobierno de Constantinopla no estaba interesados en que ninguno de los dos rivales alcanzase una victoria definitiva. Antes bien, prefería que agotasen sus fuerzas en una lucha estéril, en espera del momento propicio para intervenir en gran escala y restablecer la autoridad imperial sobre todo el sur de la Península Ibérica<sup>137</sup>.

En la primavera de 555, la presencia bizantina en Hispania se hizo más amenazadora que nunca para los visigodos. Concluidas la guerra contra Totila en Italia y derrotados los mauros en Africa, Justiniano estaba en condiciones de reforzar la posición del Imperio en la Península, con el envío de nuevos efectivos militares. Según E. A. Thompson, éstos debieron desembarcar en el puerto de Carthago Spartaria hacia el mes de marzo, procediendo, inmediatamente, a la ocupación de la franja litoral que se extiende desde la desembocadura del Segura hasta Malaca<sup>138</sup>. Para M. Vallejo Girves la elección de Carthago Spartaria no se hizo al azar, sino teniendo en cuenta su privilegiada posición estratégica. La ciudad contaba con un buen puerto y estaba bien comunicada con el resto de Hispania, a través de la red viaria romana. Además, su proximidad a enclaves de poder bizantino, como el norte de Africa y, especialmente, las

islas Baleares, donde el nuevo contingente militar debió recalar antes de aproximarse a la Península, la convertían en el punto idóneo para efectuar el desembarco<sup>139</sup>.

A pesar de todo, la ocupación de Carthago Spartaria por las tropas de Justiniano no fue pacífica. A diferencia de lo ocurrido en el reino vándalo, donde el episcopado católico y la nobleza afrolatina recibieron a las fuerzas imperiales como a un auténtico ejército de liberación, gran parte de la aristocracia romana de la Carthaginiensis era partidaria del dominio germánico, y, en consecuencia, apoyó la resistencia de las guarniciones góticas al desembarco imperial. Cuando éstas fueron desalojadas de sus posiciones, por la superioridad de las fuerzas bizantinas, algunas de las más destacadas familias de la nobleza local se vieron obligadas a partir hacia el exilio, a fin de evitar las represalias de los vencedores.

Entre ellas se encontraba la de los futuros obispos de Hispalis Leandro e Isidoro. Probablemente, su padre Severiano fue uno de los principales líderes de partido progermánico en Carthago Spartaria, además de un incondicional de Atanagildo. De ahí, que, al producirse la retirada de las tropas visigodas, se apresurase a abandonar la ciudad en compañía de los suyos, a fin de buscar refugio en Hispalis. La actuación de Severiano contra los bizantinos resultó lo bastante llamativa, como para que, incluso años después, Leandro temiese por la seguridad de su hermano menor Fulgencio, a quien había enviado a Carthago Spartaria, con el propósito de solventar ciertos asuntos vinculados a los intereses que la familia conservaba en la ciudad. Por la misma época, aconsejaría a su hermana Florentina que abandonase todo proyecto de realizar un viaje a los dominios imperiales, exhortándole a seguir el ejemplo de su madre, quien, nunca había vuelto por allí<sup>140</sup>.

Los acontecimientos que se desarrollaron en el reino visigodo, a comienzos de la primavera de 555, estuvieron determinados por el avance de las tropas de Justiniano. En marzo de aquel año, los partidarios de Agila, faltando a su juramento de fidelidad, se volvieron contra él y le dieron muerte en Emerita, para, a continuación, reconocer a Atanagildo como su legítimo soberano (Athanaagildi se regimini tradiderunt). De este modo, los asesinos del monarca emeritense pretendían acabar con el conflicto que excindía a los godos, a fin de oponer un frente común a las tropas bizantinas y evitar que Hispania fuese anexionada al Imperio, como lo habían sido África e Italia. Por su parte, Atanagildo, en cuanto tuvo noticia de que los antiguos partidarios de su rival estaban dispuestos a acatar su soberanía, decidió trasladarse a Emerita y abandonar Hispalis, emplazamiento demasiado peligroso, a causa de la proximidad de las fuerzas imperiales y de la presión de los rebeldes de Corduba. Sin embargo, ni siquiera la capital de la Lusitania le parecía ya un lugar seguro, por lo que, finalmente, resolvió transferir su corte a Toledo, ciudad en la que se instalará de manera definitiva la sede de la monarquía visigoda<sup>141</sup>.

Mientras Atanagildo se dedicaba a la tarea de consolidar su poder sobre la totalidad del reino, las tropas de Justiniano continuaron avanzando por territorio peninsular. Desafortunadamente, no existe consenso entre los historiadores a la hora de establecer los límites concretos del dominio bizantino en Hispania. P. Goubert, principal defensor de la hipótesis de la penetración en profundidad, considera que la reconquista imperial se extendió hasta el valle del Guadalquivir, por el interior, y hasta el Algarve, por la costa occidental atlántica, e incluye en su lista de ciudades hispanobizantinas: Corduba, Carthago Spartaria, Acci (Guadix), Asidona (Medina Sidonia), Astigi (Ecija), Basti (Baza), Carteia, Dianium (Denia),

Egabrum (Cabra), Illiberis (Elvira, Granada), Ilici (Elche), Ilipa (Niebla), Malaca (Málaga), Mentesa (La Guardia) y Ossonoba y Saguntia (Gisgonza)<sup>142</sup>. Máximo representante de la opinión contraria es E. A. Thompson, quien sostiene que no existe razón válida para suponer que los bizantinos ocupasen algo más que una estrecha franja costera, cuyos principales centros urbanos radicarían en los puertos mediterráneos de Carthago Spartaria y Malaca<sup>143</sup>.

La única manera de delimitar el dominio imperial en la Península Ibérica consiste en establecer qué núcleos urbanos estuvieron sometidos a la autoridad del emperador, más allá de toda duda razonable. Desde luego, fueron muchos menos de los que P. Goubert había imaginado. Como a continuación veremos, se reducen a Carthago Spartaria, Malaca, Bigastrum, Basti, Asidona, Sagontia, Carteia, Abdera (Adra), Urci (Almería); Ilici, Dianium.

La soberanía bizantina sobre Carthago Spartaria y Malaca no ofrece duda alguna. En el caso de la primera, contamos con el testimonio del epígrafe que conmemora la construcción de una de las puertas de la ciudad en 589-590, bajo el magister militum Comenciolo; y, además, estamos al tanto de las dificultades del obispo de la ciudad, Liciniano, con las autoridades imperiales<sup>144</sup>. Para Malaca nuestras fuentes de información también resultan reveladoras. Disponemos de las epístolas dirigidas por el papa Gregorio I al defensor Juan, quien en el verano de 603 partió hacia los dominios imperiales en Hispania, con ordenes de solventar los problemas generados por la deposición del obispo malacitano Januario, y de otro de sus colegas, Esteban, de sede desconocida, decretada por una asamblea de obispos provinciales, presionada, a lo que parece, por el gobernador imperial<sup>145</sup>.

Las excavaciones arqueológicas realizadas en las inmediaciones de Cehegín, han permitido localizar recientemente la ciudad de Bigastrum, cuyos obispos aparecen suscribiendo las actas de todos los concilios toledanos desde el IV al XV<sup>146</sup>. El hallazgo de fortificaciones correspondientes a la segunda mitad del siglo VI, permite sostener la hipótesis de que se tratase de una de las civitates fortificadas, que formaban parte del sistema defensivo bizantino. Su promoción a sede episcopal debió producirse después de la destrucción de Carthago Spartaria a manos de los visigodos, ya que con anterioridad al año 633 no consta que gozase de tal dignidad<sup>147</sup>.

Por lo que respecta a Basti, Asidona y Sagontia, disponemos del testimonio de Juan de Biclario e Isidoro, que constatan el hecho de que fueron arrebatadas a los milites romani por tropas visigodas en distintos momentos que pueden fecharse entre 570 y 610<sup>148</sup>. La mención de estas ciudades de frontera nos permite definir, en parte, los límites del territorio imperial por el oeste. Sagontia y Asidona se hallaban situadas sobre la calzada romana descrita por el Geógrafo de Ravenna, la cual unía Hispalis con Asidona, prolongándose seguramente o hacia Gades (Cádiz), o hacia el sur, para confluir en Mergablum o Baesippo con la via Hercaclea, que recorría la costa. Sobre esta calzada que iba de Hispalis a Gades se dispuso la línea fronteriza más occidental del dominio bizantino en la Península Ibérica<sup>149</sup>.

Por otra parte, la mención de Basti como ciudad de frontera bajo control bizantino, nos induce a pensar que otra línea defensiva pudo extenderse sobre la calzada que unía Carthago Spartaria con Acci descrita en el Itinerarium Antonini, aunque no hay prueba alguna de que Acci haya formado parte del territorio imperial<sup>150</sup>. Un obispo de esta ciudad, Liliolo, suscribió las actas del III Concilio de Toledo en 589<sup>151</sup>. Con

todo, P. Goubert no descarta la posibilidad de que Acci hubiese formado parte de los dominios bizantinos hasta 570<sup>152</sup>. Por nuestra parte, consideramos que de ser así, el Biclarense hubiese mencionado la ciudad al referirse a la campaña de Leovigildo en 570, del mismo modo que lo hace respecto a Basti.

Mayores probabilidades de haber pertenecido al territorio imperial presenta el tramo de la via Heraclea que unía Carthago Spartaria con Malaca, así como su prolongación entre esta última ciudad y las proximidades de Gades. Tres enclaves de la zona, Carteia, Abdera y Urci, nos proporcionan algunos datos en tal sentido, aunque es preciso reconocer que, en casi todos los casos, son más bien parcos y poco concluyentes.

Sobre Carteia, no sólo su situación tras la línea defensiva bizantina de Sagontia-Asidona, sino también la constatada presencia de una colonia de comerciantes orientales, testimonio de la cual son el hallazgo de una exagía bizantina y la lápida sepulcral de un tal Nikólaos Mákrios, avalan su pertenencia al territorio imperial<sup>153</sup>.

Abdera presenta ya una problemática más compleja, que ha sido puesta de relieve por E. A. Thompson. Como bien hace notar este historiador, J. D. Mansi, en su edición de las actas del I Concilio de Hispalis, incluye entre los suscriptores al obispo de Abdera, lo que de confirmarse supondría que, para 590, esta ciudad se hallaba dominada por los godos, y en consecuencia, el territorio imperial había quedado dividido en dos zonas, una en torno a Malaca y otra en torno a Cartago Spartaria. Sin embargo, no poseemos ningún dato que permita avalar la existencia de una sede episcopal en Abdera durante la época visigoda<sup>154</sup>. La falta de un estudio crítico comparado de los distintos manuscritos, que esperamos solvente la nueva edición de la

Hispana, dificulta la posibilidad de emitir un juicio histórico certero. Aunque, en vista de las lecturas divergentes que se nos ofrecen, y dada la ausencia de tradición episcopal en Abdera, lo más seguro es que este enclave no haya pasado a formar parte del reino de Toledo antes de la intervención de Sisebuto (612-621) en la zona.

Por lo que respecta a Urci, aunque sabemos que a comienzos del siglo IV existía una sede episcopal en la ciudad; lo cierto es que sus prelados no vuelven a aparecer suscribiendo unas actas conciliares hasta el IV Concilio de Toledo en el año 633, lo que podría ser un síntoma de su permanencia en poder bizantino, -- durante -- todo -- el -- período -- de -- la -- dominación bizantina<sup>155</sup>.

Si, ya de por sí, es tarea complicada establecer los límites occidentales de las conquistas justinianeas en Hispania, mucho más difícil resulta determinar los orientales. P. Goubert supone que tanto Ilici como Dianum estuvieron integradas en la provincia imperial hasta la desaparición de la misma, ya que ni en el tercer ni en el IV Concilio de Toledo se hace mención a sus respectivos obispos. Pero como indicábamos más arriba, tal testimonio es bastante pobre y precisa de otras pruebas que lo ratifiquen<sup>156</sup>.

En primer lugar, habría que tener en cuenta la existencia más que probable de una colonia de comerciantes griegos y sirios en Ilici, lo que parece confirmado por el hallazgo de objetos de importación oriental del siglo V en la zona. Sin embargo, esto tampoco constituye una prueba decisiva a favor de su incorporación al territorio hispanobizantino, ya que la colonia existió antes del desembarco imperial y, además, hubo muchas otras ciudades que contaron con comunidades de

mercaderes orientales, pese a hallarse bajo el control de los godos<sup>157</sup>.

Mayor importancia reviste la noticia que nos ofrece Gregorio de Tours sobre el saqueo del monasterio de San Martín, situado entre Sagunto y Carthago Spartaria, por tropas del rey Leovigildo, hacia el año 583. La única razón que podía motivar al monarca visigodo a enviar tropas a esta zona, es que la misma no se hallase bajo su control, o lo que es más, que aquella región supusiese un peligro a conjurar, para lograr el triunfo en la guerra que mantenía, en aquellos momentos, contra los partidarios de su hijo Hermenegildo. Y el único peligro que podía provenir de aquella región, era evidentemente el bizantino. Como más adelante tendremos ocasión de ver con mayor amplitud, el ataque gótico a la zona oriental del dominio hispanobizantino bien podía responder a un intento de neutralizar por las armas cualquier intervención militar de los imperiales en las operaciones bélicas que se estaban desarrollando en torno a Hispalis. Probablemente el intento falló, y de ahí que Leovigildo se viese obligado a comprar la neutralidad de los bizantinos al precio de 30.000 sueldos. En cualquier caso, Ilici y Dianum, ambas próximas al cabo Martín, donde debió alzarse el célebre monasterio, sufrieron en sus campos las depredaciones de los hostes barbari<sup>158</sup>.

Otro testimonio, que, de manera indirecta, contribuye a determinar los límites del dominio imperial sobre la región murciano-alicantina, nos lo proporciona la Continuatio Hispana. Según el anónimo autor mozárabe de ésta obra, a fines del siglo VII, posiblemente tras la caída de Cartago en poder de los musulmanes, se produjo un ataque bizantino contra las costas del levante hispano, que fueron defendidas por un prócer visigodo llamado Teodomiro<sup>159</sup>. Esta agresión bien pudo estar dictada por



el deseo de las autoridades bizantinas de recuperar antiguas posiciones estratégicas en la Península Ibérica, a fin de perpetuar el dominio imperial sobre mar Balárico, comprometido por el retroceso territorial experimentado en el norte de Africa. El sobredicho Teodomiro viene siendo identificado con el magnate visigodo que en 713 firmó un pacto con el caudillo musulmán Abd-al-Aziz. Según una de las versiones que se conservan de este acuerdo, la que nos ofrece el escritor almeriense del siglo XII Al-Dabbi, el poder de Teodomiro se extendía sobre 7 ciudades: Awrywala, Lagant, Lurqa, B.l.n.tala, Mula, Ayyh y B.q.sra<sup>160</sup>, para las que se han venido planteando identificarlas con los siguientes enclaves visigodos: Aurariola (Orihuela); Lucentum (Alicante); Eliocrora (Lorca); Valentila; Mula; Elotana (Hellín o Elda); Bigastrum (Cehegín)<sup>161</sup>. Las mencionadas ciudades, junto con sus respectivos territorios, compusieron lo que el Ravenate denomina la provincia de Aurariola<sup>162</sup>. En ella se incluiría también el centro urbano de Ilici, pues aunque la mencionada versión del pacto no la cita, existe otra transcripción del mismo, recientemente descubierta, recogida por el geógrafo almeriense Al-Udri (1.003-1.085), en la que se menciona una ciudad llamada Ils, identificada con Ilici<sup>163</sup>. De todo lo expuesto se desprende que fue en esta región de la costa levantina, próxima a Carthago Spartaria, la antigua capital de la provincia de Spania, donde los bizantinos intentaron desembarcar en 698. Sin duda, estaban familiarizados con su entorno, dada la proximidad de las islas Baleares. Pero lo que nos lleva a pensar que los límites de Aurariola se ajustaban, al menos en su franja litoral, a los de la zona noroeste de los antiguos territorios peninsulares de la provincia de Spania.

Hallazgos arqueológicos, generalmente relacionados con la excavación de necrópolis, han desvelado la presencia de enclaves bizantinos en algunas zonas rurales del sur y suroeste

de la Península, tales como San Pedro de Alcántara (Málaga), Cuevas de Almanzora (Almería), Algezares y La Alberca (Murcia), y Cocentaina (Alicante)<sup>164</sup>. Confiamos en que futuros descubrimientos, contribuirán a precisar la extensión de las conquistas justinianeas. Mientras tanto, los datos que nos proporcionan las ciudades son el principal elemento con que contamos, para llevar a cabo esta labor.

Desde el punto de vista administrativo, lo más seguro es que los territorios peninsulares ocupados por las fuerzas bizantinas, junto con las islas Baleares, constituyesen una nueva provincia, la de Spania, integrada en la praefectura praetorio Africae. Más adelante volveremos sobre este tema. De momento, baste señalar que, con la incorporación de las conquistas hispánicas al Imperio, el gobierno de Constantinopla logró consolidar su dominio sobre el mar Baleárico y ambas orillas del estrecho de Gibraltar

Ahora bien, Justiniano, no sólo se preocupó de restaurar la autoridad romana en Occidente por la fuerza de las armas y de mantenerla mediante la construcción de fortificaciones en los límites del Imperio, sino que, además, estableció un complejo sistema de pactos con los pueblos bárbaros instalados en las fronteras, a fin de garantizar la seguridad de las mismas.

Tal política se observó desde el comienzo de la reconquista. Antes de que las tropas imperiales desembarcasen en Africa, Justiniano ya había ofrecido una alianza a Godas, el usurpador de Sardinia, y seguramente procedió del mismo modo en Hispania. A lo largo de su reinado, el emperador selló acuerdos con los francos, los hunos, los lombardos, los hérulos, los mauros, los avaros y con la tribu árabe de los lajmidas, tradicional aliada de los persas. Muchos de estos pueblos

contribuyeron a las campañas militares de Justiniano y a la defensa del Imperio, aportando contingentes armados (symmachoi; socii), al mando de sus propios jefes. En otros momentos, como en el caso de Atanagildo o en el del conflicto de los lombardos con los gépidos, fue Bizancio quien tuvo que socorrer a sus aliados. Con frecuencia, la firma de un pacto iba acompañada de la legitimación de los títulos de realeza de los príncipes bárbaros que entraban en una relación contractual con el gobierno de Constantinopla. Otras veces, se les otorgaron tierras, para que se instalasen en el interior del Imperio. Además, se solía recompensar su colaboración militar con el pago de subsidios o provisiones anuales (annonae). Ni siquiera la paz ratificada con Persia en 561, escapaba a estas directrices. A cambio de la entrega de 30.000 sueldos de oro cada año, Cosroes I (531-579) renunció a sus derechos sobre Lazica y se comprometió a defender el Cáucaso de penetraciones bárbaras<sup>165</sup>.

A fines del reinado de Justiniano, la estabilidad de los límites del Imperio dependía, en buena medida, del mantenimiento de la red de pactos internacionales. Sin embargo, este sistema, que, en la práctica, se reducía al pago de una serie de tributos enmascarados, era sumamente gravoso para las finanzas del estado bizantino. Ante el déficit que generó, los sucesores de Justiniano se vieron obligados a suprimirlo, optando por la guerra como alternativa más barata para atender a las necesidades defensivas del territorio romano.

En su trato con los visigodos, no parece que Justiniano haya procedido de manera diferente a lo habitual con los restantes pueblos bárbaros próximos a las fronteras del Imperio. Tras el desembarco de 555, tuvo que hacer frente a un conflicto bélico con su antiguo aliado Atanagildo. Los orígenes del mismo resultan difíciles de escudriñar. Como ya vimos, Agila,

el monarca reinante en Emerita, había sido asesinado por un grupo de notables godos, temerosos de que la guerra civil entre este príncipe y el usurpador de Hispalis permitiese a los bizantinos apoderarse del reino. Al parecer, Atanagildo alcanzó un acuerdo con los asesinos de su rival, en base a la ruptura de su alianza con Bizancio. Prueba de ello es que, apenas obtuvo el reconocimiento formal de todos los godos, emprendió una serie de acciones destinadas a expulsar a los imperiales de la Península Ibérica. En principio logró algunos éxitos, llegando a recuperar varias ciudades ocupadas por el enemigo. Pero, ante los nuevos problemas surgidos en el valle del Guadalquivir, se vio obligado a renunciar a sus objetivos<sup>166</sup>.

De hecho, lo más probable es que, por esta época, concertara un segundo pacto con el Imperio. Las fuentes son bastante explícitas. Hacia 599, el rey Recaredo solicitó al papa Gregorio I que escribiese al emperador Mauricio, para pedirle copia de los pacta sellados en tiempos de Justiniano. Del empleo del plural se deduce que con anterioridad a 565, debieron firmarse, al menos, dos tratados. El primero, coincidiendo con el envío de tropas por parte de Bizancio en 552, y el segundo, al concluir las guerras que, a partir de 555, enfrentaron a Atanagildo con sus antiguos aliados. Sin duda, fue en este último acuerdo, donde se fijaron los límites entre el reino visigodo y los dominios hispanobizantinos, que Gregorio I se precia de conocer bien<sup>167</sup>. En su habitual línea política, Justiniano debió proponer al monarca visigodo una alianza, que garantizase la estabilidad de las fronteras establecidas, ofreciéndole el pago de un subsidio anual, a cambio de un compromiso de colaboración militar.

Tanto si lo consideraba provechoso como si no, Atanagildo no tuvo más remedio que sellar aquel pacto, pues, como

indicábamos más arriba, le era imprescindible poner fin a las hostilidades con el Imperio, para ocuparse de los problemas del valle del Guadalquivir. En los últimos años de su reinado, el monarca visigodo desarrolló una intensa actividad militar en la Baetica. Según las Chronicorum Caesaraugustanorum reliquiae, condujo una campaña contra Hispalis, ciudad que consiguió tomar, y varias contra Corduba, que resistió los sucesivos envites<sup>168</sup>. Algunos historiadores, convencidos de que ambas plazas se hallaban bajo dominio imperial, opinan que la agresión de Atanagildo se dirigió contra la provincia bizantina<sup>169</sup>. En cambio, otros, ciñéndose estrictamente a la documentación, aseguran que Corduba jamás cayó en poder de los imperiales, sino que permaneció en continua rebeldía contra los godos. Así mismo, sostienen que Hispalis aprovechó la dedicación de Atanagildo a la lucha contra las tropas de Justiniano, para sacudirse el yugo germánico. De lo que se deriva que las campañas béticas de este soberano no tenían por objeto expulsar a los bizantinos de la Península, sino someter al dominio gótico un área rebelde<sup>170</sup>.

Esta última teoría es la que nos parece más razonable. Sabemos que Corduba estuvo a la cabeza de un movimiento independentista, promovido por la aristocracia romana de la Baetica, que Agila no pudo erradicar. No existe ninguna mención a la presencia de tropas imperiales en esta ciudad. Y Juan de Biclario señala expresamente que, cuando Leovigildo logró tomarla en 572, hacía ya tiempo que la ciudad se había alzado en rebelión contra los godos (Cordubam civitatem diu Gothis rebellem). También apunta que, tras la caída de la plaza, el soberano dio muerte a muchos enemigos (caesis hostibus), pero para referirse a ellos no emplea el término milites, que tanto él como Isidoro, suelen aplicar a las fuerzas bizantinas, sino el genérico hostes<sup>171</sup>.

En Hispalis también existían profundas resistencias hacia el poder centralizador de la monarquía visigoda por parte de la aristocracia senatorial romana, como lo prueba el hecho de que la ciudad se adhiriese a la rebelión de Atanagildo en 551 y a la de Hermenegildo en 579<sup>172</sup>. Además, no hay que olvidar que la caída de la ciudad en manos de Atanagildo se menciona en el mismo contexto que las campañas contra Corduba; lo que indica que ambas formaban parte de un mismo bloque rebelde. La toma de Hispalis por las fuerzas visigodas facilitaría el acceso a los dominios bizantinos. Pero Atanagildo ya no podría conducir la lucha contra los imperiales. Fallecido en 567, habrían de ser sus sucesores quienes se enfrentasen a las tropas del Imperio.



## NOTAS.

1. MUSSET, L., Las invasiones. Las oleadas germánicas, Barcelona, 1.967, pp. 36-37; WOLFRAM, H., Histoire des Goths, París, 1.990, pp. 226.
2. MUSSET, L., Las invasiones. Las oleadas germánicas, Barcelona, 1.967, pp. 37-38.
3. THOMPSON, E. A., "The Visigoths from Fritigern to Euric", Historia, XV, 1.963, pp. 105-113.
4. OROS., Adv. pag., VII, 43, 4-6.
5. OLYMP., Frg., 22; 24; 26; OROS., Adv. pag., VII, 40, 2; 43, 2; 7-10; HYDAT., Chron., 45; 57; 60; MARCELL. COM., Chron., a. 410; JORD., Get., 158; 159-160; 163; Rom., 323; ISID., Hist. Goth., 19-21; ORLANDIS, J., "La sucesión al trono en la monarquía visigoda", Estudios Visigóticos, III, Roma-Madrid, 1.962, pp. 60-62; THOMPSON, E. A., art. cit., pp. 113-118.
6. OROS., Adv. pag., VII, 43, 11-13; HYDAT., Chron., 60; 62a; 63; 67; 68; SID., Carm., II, 363-365; ISID., Hist. Goth., 22.
7. Not. Dig., XLII, 24-32.
8. BARBERO, A.-VIGIL, M., "Sobre los orígenes sociales de la Reconquista: cántabros y vascones desde fines del Imperio romano hasta la invasión musulmana", Sobre los orígenes sociales de la Reconquista, Barcelona, 1.974, p. 19; GARCIA MORENO, L. A., "Vincentius dux provinciae Tarraconensis. Organización militar del Bajo Imperio en Hispania", HA, VII, 1.977, pp. 79-89.
9. FHA, IX, p. 25; JONES, A. H. M., The later Roman Empire. 284-602, Oxford, 1.964, pp. 607-611; 649-654.
10. VIGIL, A.-BARBERO, A., art. cit., pp. 13-21.
11. ARCE, J., El último siglo de la España romana: 284-409, Madrid, 1.982, pp. 67-72; "Notitia Dignitatum Occ. XLII y el ejército de la Hispania tardorromana", Ejército y sociedad. Cinco estudios sobre el mundo antiguo, León, 1.986, pp. 55-58. Sobre los regimientos de Septimani, cf. Not. Dig., VII, 31; 103; 132; 139



12. REMONDON, R., La crisis del Imperio romano. De Marco Aurelio a Anastasio, Barcelona, 1.967, pp. 132-133.
13. CLAUD., Bell. Pollent., 416-422; ZOS., Hist. Nov., VI, 3, 1.
14. COURTOIS, Ch., Les vandales et l'Afrique, París, 1.955, pp. 80-83; 158 y n. 3; 163.
15. HYDAT., Chron., 49.
16. OROS., Adv. pag., VII, 40, 5-8; ZOS., Hist. Nov., VI, 4; LE ROUX, P., L'armée romaine et l'organisation des provinces ibériques d'Auguste a l'invasion de 409, París, 1.982, p. 397. En Hispania el cursum publicum aún funcionaba con eficiencia a comienzos del siglo VI, bajo el reinado de Teodorico el Amalo, cf. CASSIOD., Var., V, 39.
17. Not. Dig., VII, 119-134.
18. DEMOUGEOT, E., "Une lettre de l'empereur Honorius sur l'hospitium des soldats", Revue historique de droit français et étranger, 34, 1.956, pp. 25-49.
19. ZOS., Hist. Nov., VI, 4.
20. OLYMP., Frq., 19; OROS., Adv. pag., VII, 42, 6; Cons. Const., a. 413; Chron. Gall. a. CCCCLII, 70; HYDAT., Chron., 51; 54; 62a; 63; 67-68; 74; MARCELL. COM., Chron., a. 412; JORD., Get., 165; Rom., 325; THEOPH., Chronogr., A.M. 5.904; DEMOUGEOT, E., art. cit., pp. 38-41; 45-46; JONES, A. H. M., op. cit., p. 192; GARCIA MORENO, L. A., art. cit., pp. 83-85.
21. HYDAT., Chron., 98; 100; 111; 121; 139; 155; 170.
22. Ibid., 77; 125; 128; 134; 141. Aunque Hidacio emplea el nombre de Asturius para designar al magistri militum que actuó en Hispania durante el año 441, combatiendo la revuelta campesina de los bagaudas, J. R. Martindale, basándose en la lectura del díptico de marfil que conmemora su consulado en 449, considera más correcto el de Astyrius; cf. PLRE, II, pp. 174-175.
23. HYDAT., Chron., 197; 201; 230; Reg. Hil., p. 317; Chron. Gall. a. DXI, 652; ISID., Hist. Goth., 33.
24. PEREZ SANCHEZ, D., El ejército en la sociedad visigoda, Salamanca, 1.989, pp. 43-44.
25. Not. Dig., VII, 118-134; HYDAT., Chron., 62a; 63; 67-68.

26. CTh., VII, 8, 5; THOMPSON, "The Settlement of the Barbarians in Southern Gaul", JRS, XLVI, 1.956, pp. 65-75; JONES, A. H. M., op. cit., pp. 248-253; MUSSET, L., op. cit., pp. 199-202; GOFFART, W., Barbarians and Romans A.D. 418-584. The Techniques of Accommodation, Princeton, 1.980, pp. 103-126; BARBERO, A.-LORING, M. I., "El reino visigodo y la transición al mundo medieval", Historia de España, II, La España romana y visigoda (siglos III a.C.-VII d.C.), ed. Planeta, Barcelona, 1.988, pp. 420-422. El sistema de asentamiento de los visigodos en Aquitania es un tema que continua abierto a debate. Recientemente, WOLFRAM, H., op. cit., pp. 237-245, ha enunciado su propia interpretación. Partidario de las tesis de W. Goffart, sostiene que al asentar a los godos en las Galias, el gobierno imperial procedió a una distribución del producto de impuestos y no de tierras. De acuerdo con sus conclusiones, los bárbaros, en su calidad de hospites, obtendrían dos tercios de los tributos que pagaban los romanos, en concreto, las partidas destinadas a cubrir los gastos del ejército y la administración central. Mientras que la tertía Romanorum habría quedado en manos de las civitates romanas, a fin de financiar su administración.

27. HYDAT., Chron., 71; 74; 77; 86; 89-90; ISID., Hist. Wand., 73-74.

28. HYDAT., Chron., 114; 119; 121-124; ISID., Hist. Sueb., 85.

29. PROSP., Chron., 1.290; 1.324; 1.335; 1.338; Chron. Gall. a. CCCCLII, 102; HYDAT., Chron., 92; 110; 116-117; SID., Carm., VII, 297-311; 469-480; CASSIOD., Chron., a. 439; JORD., Get., 176-177; 186. Sobre la política de Teodorico I hacia Roma, cf. THOMPSON, E. A., "The Visigoths from Fritigern to Euric", p. 122.

30. HYDAT., Chron., 125; 128; SID., Carm., IX, 297. Sobre los movimientos bagaúdicos en Hispania y las Galias, cf., THOMPSON, E. A., "Peasant Revolts in the Late Roman Gaul and Spain", Past and Present, 2, 1.952, pp. 11-23.

31. SALV., De gub. Dei, V, 19-23; VICT. VIT., Hist. persec., I, 13; VALENT. III, Nov., XIII, 1, 6; 9; XXXIV; HYDAT., Chron., 134.

32. HYDAT., Chron., 137; 139; JORD., Get., 233.

33. HYDAT., Chron., 140-142.

34. PROSP., Chron., 1.371; PRISC., Frg., 15-16; HYDAT., Chron., 150; 152; 156; SID., Carm., VII, 327-328; 347-352; Ep., VII, 12, 3; VIII, 15, 1; Add. ad Prosp. Havn., a. 451; 453; Chron. Gall. a. DXI, 615; 621; MARCELL. COM., Chron., a. 434; JORD., Get., 186-190; 195; 197-218; 223-224; 228-229; Chron. Caesaraug. rel.,

- a. 450; GREG. TUR., Hist. Franc., II, 7; JOH. ANT., Frg., 199.
35. HYDAT., Chron., 134; 155; 168; SID., Ep., IV, 21, 4.
36. HYDAT., Chron., 163; 170; 172; SID., Carm., VII, 508-509; 520-521; 571-580; VICT. TONN., Chron., a. 455.
37. HYDAT., Chron., 173-175; 178; 180; 182-183; 186-187; SID., Carm., VII, 508-509; 520-521; 571-580; JORD., Get., 233-234.
38. HYDAT., Chron., 192-193.
39. PRISC., Frag., 30; HYDAT., Chron., 200-201; 206; 213; 219-220; 226; 232-233; Chron. Gall. a. DXI, 633-636; MARCELL. COM., Chron., a. 474; JORD., Get., 239; Rom., 338; Chron. Caesaraug. rel., a. 460; MAR. AVENT., Chron., a. 460, 1-2; ISID., Hist. Goth., 33.
40. HYDAT., Chron., 230; Req. Hil., p. 317; Chron. Gall. a. DXI, 652.
41. HYDAT., Chron., 237-238; 246-247; 250; SID., Ep., I, 7, 3-13; Chron. Gall. a. DXI, 643; 649; CASSIOD., Chron., a. 469; JORD., Get., 190; 235; 237-238; PAUL. DIAC., Hist. Rom., XV, 2.
42. Chron. Gall. a. DXI, 651-652; ISID., Hist. Goth., 34. Sobre la figura de Vincencio y el papel que desempeñó en la ocupación goda de la Tarraconensis, cf. GARCIA MORENO, L. A., art. cit., pp. 79-80.
43. Las posiciones más destacadas sobre el asentamiento visigodo en Hispania las resume OLMO ENCISO, L., "El reino visigodo de Toledo y los territorios bizantinos. Datos sobre la heterogeneidad de la Península Ibérica", Coloquio Hispano-italiano de Arqueología Medieval, Granada, 1.992, pp. 185-187.
44. REINHART, W., "Sobre el asentamiento de los visigodos en la Península", AEA, XVIII, 1.945, pp. 125-139; GARCIA MORENO, L. A., "La arqueología y la historia militar visigoda en la Península Ibérica", Actas del II Congreso de Arqueología Medieval Española. Comunicaciones, Madrid, 1.987, pp. 331-336.
45. COLLINS, R., "Merida and Toledo: 550-585", Visigothic Spain: New Approaches, ed. E. James, Oxford, 1.980, pp. 199-200; DOMINGUEZ MONEDERO, A. J., "Las necrópolis visigodas y el carácter del asentamiento visigótico en la Península Ibérica", Actas del I Congreso de Arqueología Medieval Española, Huesca, 1.985, pp. 165-186.

46. GARCIA MORENO, L. A., "Mérida y el reino visigodo de Tolosa (418-507)", Homenaje a Sáenz de Buruaga, Madrid, 1.982, pp. 238-239.
47. IHC, 23a; VIVES, J., Inscripciones cristianas de la España romana y visigoda, Barcelona, 1.942, pp. 126-127; GARCIA MORENO, L. A., Historia de España Visigoda, Madrid, 1.989, p. 72..
48. Chron. Gall. a. DXI, 666; Chron. Caesaraug. rel., a. 485; 494-497; 506; ISID., Hist. Goth., 36; Hispana, pp. 113-152; BARBERO, A., "Las divisiones eclesiásticas y las relaciones entre Iglesia y Estado en la España de los siglos VI y VII", La sociedad visigoda y su entorno histórico, Madrid, 1.992, p. 172 y n. 7.
49. Auct. Havn. Prosp., a. 498; GREG. TUR., Hist. Franc., II, 18; 27; 41; FREDEG., Chron., III, 12; 15; Lib. Hist. Franc., 8-9.
50. GREG. TUR., Hist. Franc., II, 30-31. Las actas del concilio de Agatha se incluyen en la Hispana, pp. 113-152. El Breviarium Alarici fue editado por G. Haenel, Leipzig, 1.849; aunque en la edición del Codex Theodosianus efectuada por T. Mommsen y P. Meyer, aparecen señaladas las leges que se incluyen en el Breviarium con sus correspondientes interpretationes.
51. Chron. Gall. a. DXI, 688; Anon. Val., 12, 63; CASSIOD., Var., III, 1-4; PROC., De bellis, V, 12, 22; 40-43; JORD., Get., 245; 297-298; 302; Chron. Caesaraug. rel., a. 507-508; ISID., Hist. Goth., 36-37; GREG. TUR., Hist. Franc., II, 37; Lib. Hist. Franc., 17; 19.
52. WOLFRAM, H., op. cit., pp. 42-48; 218
53. CASSIOD., Chron., a. 508; Var., I, 24; III, 40-43; IV, 17; 36; V, 43-44; VIII, 10; Chron Gall a. DXI, 689-691; PROC., De bellis, V, 12, 43-47; JORD., Get., 302; Chron. Caesaraug. rel., a. 508-513; MAR. AVENT., Chron., a. 509; ISID., Hist. Goth., 37-38.
54. CASSIOD., Chron., a. 515; 519; Var., VIII, 1; Anon. Val., 14, 80; PROC., De bellis, I, 11, 9-22; V, 12, 49; 13, 7-8; JORD., Get., 298; 302; Chron. Caesaraug. rel., a. 525; ISID., Hist. Goth., 39; Laterc. reg. Visig., 17-18. Sobre los vínculos familiares de Eutarico, cf. CASTRITIUS, H., "Namenkundliche Argumentation am Beispiel der Amaler Sippe", BNF, 20, 1.985, p. 264, cit. GARCIA MORENO, L. A., "Las invasiones, la ocupación de la Península y las etapas hacia la unificación territorial", Historia de España de Don Ramón Menéndez Pidal, III.1, España visigoda, ed. J. M. Jover Zamora, Madrid, 1.991, p. 169, n. 6;

WOLFRAM, H., op. cit., pp. 345-346. En cuanto a los triunfos celebrados con motivo de su consulado, puede hallarse un minucioso análisis en McCORMICK, M., Eternal Victory. Triumphal rulership in Late Antiquity, Byzantium and the Early Medieval West, Cambridge, 1.986, p. 272, n. 59.

55. ENNOD., Ep., IX, 23; 29; ALC. AVIT., Ep., 35. ORLANDIS, J., Historia de España. España Visigoda (407-711), Madrid, 1.977, p. 69. Aunque algunos historiadores, como GARCIA MORENO, L. A., Historia de España Visigoda, p. 91-92, sostienen que Teodorico creó una praefectura Hispaniarum, lo cierto es que las fuentes apuntan, más bien, a una adscripción oficial de los antiguos territorios del reino de Tolosa a la praefectura Galliarum. Así lo prueba el hecho de que, en 514, el papa Símmaco (498-514), adecuando la organización eclesiástica a los cambios administrativos que se habían producido en los últimos tiempos, nombrase al obispo Cesáreo de Arelate vicario apostólico para las Galias y las regiones de Hispania dominadas por los ostrogodos, cf. SYMM., Ep., 9; SOTOMAYOR Y MURO, M., "La Iglesia en la España romana", Historia de la Iglesia en España, I, La Iglesia en la España romana y visigoda, ed. R. García-Villoslada, Madrid, 1.979, p. 382.

56. PROC., De bellis, V, 12, 50-54; JORD., Get., 302.

57. PROC., De bellis, V, 12, 49; 12, 7.

58. Ibid., V, 12, 47; 52-54; WOLFRAM, H., op. cit., p. 309.

59. GARCIA IGLESIAS, L., "El intermedio ostrogodo en Hispania (507-549 d.C.)", HA, V, 1.975, pp. 104-111; 117.

60. CASSIOD., Var., V, 39; PROC., De bellis, III, 14, 6; V, 2, 2; JORD., Get., 304.

61. PROC., De bellis, V, 13, 4-7; Chron. Caesaraug. rel., a. 529.

62. PROC., De bellis, V, 13, 9-13; Chron. Caesaraug. rel., a. 531; GREG. TUR., Hist. Franc., III, 1; 10; ISID., Hist. Goth., 40; FREDEG., Chron., III, 30; Vit. Avit. Conf. Aurel., 12.

63. VIVES, pp. 38; 41.

64. Ep. Arel., 28-29; HORM., Ep., 24; 26.

63. VIVES, pp. 42-52; sobre los orígenes de la provincia Carpetania vel Celtiberia, cf. BARBERO, A., art. cit., pp. 174-180; 193-195.

64. PROC., De bellis, V, 13, 13; JOFD., Get., 298; Chron. Caesaraug. rel., a. 529; ORLANDIS, J., "La sucesión al trono en la monarquía visigoda", pp. 72-73.

65. CJ, I, 27, 2; PROC., Aed., VI, 7, 14-16. GARCIA MORENO, L. A., "Ceuta y el estrecho de Gibraltar durante la Antigüedad Tardía (s. V-VIII)", I Congreso Internacional El Estrecho de Gibraltar, (Ceuta, 1.987), I, Madrid, 1.988, p. 1102, estima que las fortificaciones de Septem pudieran haber sido demolidas en 429 por orden de Genserico, a fin de evitar que los romanos empleasen la plaza, en un futuro inmediato, como base estratégica de operaciones. Por nuestra parte, consideramos más probable que el desmantelamiento de las murallas de Septem formase parte del programa de medidas defensivas, que, según PRISC., Frg., 27, habría adoptado el monarca Asdingo hacia 460, en vísperas de la expedición de Mayoriano. Sobre la vinculación del culto mariano a la política restauracionista de Justiniano, cf. CJ, I, 27, 1, 9; 2, 9; CAMERON, A., "The Theotokos in Sixth Century Constantinople. A City finds its Symbol", JThS, XXIX, 1.978, pp. 78-80 y 103.

66. PROC., De bellis, III, 24, 7-18; GARCIA IGLESIAS, L., art. cit., p. 101 y n. 46. Ya en 456, comerciantes orientales, a bordo de sus naves, habían llevado hasta Hispalis la noticia de la victoria del emperador Marciano sobre los lazas; cf. HYDAT., Chron., 177.

67. VIVES, 61-64; ORLANDIS, J.-RAMOS-LISSON, D., Historia de los concilios de la España romana y visigoda, pp. 131-132, establecen la fecha en que se reunió el concilio de Valentia, pero cometen un error al señalar que Carthago Spartaria se hallaba bajo dominio bizantino en esta época.

68. PROC., De bellis, III, 24, 7-12.

69. Ibid., III, 24, 13-18.

70. Ibid., IV, 4, 33-41.

71. Ibid., IV, 5, 6-9. Las islas Baleares permanecerán bajo dominio bizantino hasta su conquista por los musulmanes en el siglo VIII. Al igual que en el caso de las restantes posesiones insulares del Imperio en el Mediterráneo occidental, parece que los bizantinos se limitaron a mantener su presencia en unos cuantos puertos costeros, abandonando el interior a la población indígena, que debió agruparse bajo formas propias de organización socio-económica, cf. MUSSET, L., op. cit., p. 212.

72. VALLEJO GIRVES, M., Bizancio y la España tardoantigua (ss. V-VIII): un capítulo de historia mediterránea, Alcalá de Henares, 1.993, p. 77, n. 163.

73. CJ, I, 27, 1-2.

74. De acuerdo con la información que nos proporciona LEONT., Vit. Joh. Eleem., 9, a comienzos del siglo VII, se mantenía abierta la ruta marítima que, a través del estrecho, ponía en contacto las grandes ciudades del Mediterráneo oriental con las Islas Británicas. Sobre la importancia de los puertos baleares en el comercio mediterráneo, cf. VILELLA, J., "Les illes balears en temps cristians fins als arabs", Institut Menorquí d'Estudis, 1.984 (1.988), pp. 51-58.

75. PROC., De bellis, VI, 30, 15.

76. BURY, J. B., A History of the Later Roman Empire from Arcadius to Irene (395 A.D. to 800 A.D.), I, Londres, 1.889, p. 415, sostiene que Teudis apoyó a Ildibaldo, en una auténtica acción combinada frente a los avances de la reconquista justiniana.

77. JORD., Get., 302; Chron. Caesaraug. rel., a. 541.; FORT., Carm., IX, 1, 73-74; GREG. TUR., Hist. Franc., III, 29; ISID., Hist. Goth., 41; FREDEG., Chron., III, 41; Lib. Hist. Franc., 26. Sobre el enfrentamiento entre francos y vascones; cf. BARBERO, A.- VIGIL, M., art. cit., p. 52.

78. La posibilidad de que la expedición franca de 541 fuese el resultado de la presión bizantina sobre sus aliados merovingios, para que invadiesen Hispania, ha sido avanzada por GARCIA MORENO, L. A., "Algunas cuestiones de Historia navarra en la Antigüedad Tardía (ss. V-VIII)", I Congreso General de la Historia de Navarra. Anejos 7 de Príncipe de Viana, Pamplona, 1.987, pp. 412-413.

79. Chron. Caesaraugust. rel., a. 542: his diebus inguinalis plaga totam paene contravit Hispaniam. Sobre la incidencia de los brotes de peste bubónica en Hispania, cf. FUENTES HINOJO, P., "Las grandes epidemias en la temprana Edad Media y su proyección sobre la Península Ibérica", En la España Medieval, 15, 1.992, pp. 15-29.

80. ZEUMER, K., MGH, Legum sectio, I.1, Leges Visigothorum, pp. 467-469; JORD., Get., 289.

81. GARCIA MORENO, L. A., "Las invasiones, ...", pp. 157; 180-182.

82. ISID., De vir. illustr., 33; MOMMSEN, Th., MGH, AA,= Chron. Min., II, p. 221-223; RODRIGUEZ ALONSO, C., Las historias de los godos, vándalos y suevos de Isidoro de Sevilla, León, 1.975, pp. 88-89; VALLEJO GIRVES, M., op. cit., p. 54. FITA, F., "Ceuta visigoda y bizantina durante el reinado de Teudis", BRAH, LXVIII, 1.916, pp. 622-628, también se apega a la versión de Isidoro. Por su parte, STEIN, E., op. cit., II, p. 560, n. 2 y GARCIA MORENO, L. A., "Ceuta y el estrecho de Gibraltar durante la Antigüedad Tardía", pp. 1.102-1.103, sugieren la existencia de un pacto entre visigodos y vándalos que habría otorgado a Teudis el control militar de la plaza de Septem. Sin embargo, como hemos tenido ocasión de comprobar, las fuentes indican claramente que tal alianza nunca llegó a sellarse.
83. BARBERO, A., "El conflicto de los Tres Capítulos y las iglesias hispánicas", La sociedad visigoda y su entorno histórico, p. 158, n. 40.
84. GOUBERT, P., "Ceuta byzantine ou wisigothique? Notes d'histoire et d'archeologie", Miscellania Puig i Cadalfach, Barcelona, 1.955, pp. 337-338.
85. RODRIGUEZ ALONSO, C., op. cit., pp. 26-31.
86. GARCIA MORENO, L. A., art. cit., p. 1.105.
87. STEIN, E., op. cit., II, p. 561, n. 1.
88. ISID., Hist. Goth., 43. GARCIA IGLESIAS, L., art. cit., p. 102, n. 51. GOZALBES, E., "El ataque del rey visigodo Teudis contra Septem", Cuadernos del Archivo Municipal de Ceuta, 5, 1.989, p. 49.
89. PROC., De bellis, IV, 28, 47-49; CORIPP., Joh., II, 77-83; VI, 104-VII, 149; 244-248; 286-287; DIEHL, Ch., L'Afrique byzantine. Histoire de la domination byzantine en Afrique (533-709), París, 1.896, pp. 371-376; PRINGLE, D., op. cit., pp. 37-38.
90. PROC., De bellis, VII, 26, 1-28; FITA, F., art. cit., pp. 627-628; D'ABADAL, R., Dels Visigots als Catalans. La Hispània Visigòtica i la Catalunya Carolingia, Barcelona, 1.969, p. 55.
91. PROC., De bellis, VII, 2, 7.
92. DUVAL, N., "L'Etat actuel des recherches sur les fortifications de Justinien en Afrique", Corsi di Cultura sull'Arte ravennate e bizantina, XXX, 1.983, p. 165; JONES, A. H. M., op. cit., p. 659; PRINGLE, D., The Defence of Byzantine



Africa from Justinian to the Arab Conquest, Oxford, 1.981,, p. 70; 74, n. 22; RAVEGNANI, G., Soldati di Bisanzio in età giustiniana, Roma, 1.988, pp. 29-39. Sobre la cantidad de hombres que integraban los regimientos, cf. PROC., De bellis, III, 11, 1; 6; V, 7, 34; 27, 4; 13; VI, 5, 2; 7, 3; 26-27; 12, 26; VII, 3, 12; 36, 17.

93. GEANAKOPOLOS, D. J., Byzantium: Church, Society and Civilization Seen through Contemporary Eyes, Chicago, 1.985, p. 111; CASSON, L., Ship and Seamanship in the Ancient World, Princeton, 1.986, pp. 148-150.

94. CJ, I, 27, 2.

95. ISID., Hist. Goth., 42.

96. Ibid., 43: Vulneratur autem a quodam in palatio, qui iam diu dementis speciem, ut regem deciperet, simulaverat... Fertur autem inter effusionem sanguinis coniurasse homines suos, ne quis interficere percussorem, dicens congruam meriti recipere vicissitudinem, quod et ipse privatus ducem suum sollicitatum occiderit.

97. TORRES LOPEZ, M., "Las invasiones y los reinos germánicos de España (409-411)", Historia de España de Don Ramón Menéndez Pidal, III. España visigoda, ed. J. M. Jover Zamora, Madrid, 1.963, p. 94.

98. ORLANDIS, J., "La sucesión al trono en la monarquía visigoda", p. 73.

99. SALVADOR VENTURA, F., Hispania meridional entre Roma y el Islam. Economía y sociedad, Granada, 1.990, pp. 28-32.

100. JORD., Get., 303; Chron. Caesarauq. rel., a. 544; GREG. TUR., Hist. Franc., III, 30; In gloria martyr., 23-24; ISID., Hist. Goth., 41; 44; Laterc. reg. Visiq., 21; ORLANDIS, J., art. cit., pp. 72-73.

101. GREG. TUR., In gloria martyr., 23-24, describe un milagro que se producía en el castrum de Osset, cerca de Hispalis, y que Teudisclo consideraba un fraude (ingenium est romanorum..., et non est Dei virtus). El texto, plagado de tópicos propios del género hagiográfico, contiene, al menos un error histórico grave, ya que atribuye 3 años de reinado al soberano, cuando sabemos que reinó poco más de 18 meses; cf. Laterc. reg. Visiq., 21.

102. JORD., Get., 303; GREG. TUR., Hist. Franc., III, 30; ISID., Hist. Goth., 44.

103. El arquetipo debió proporcionarle el episodio de la violación de Lucrecia, esposa de Tarquinio Colatino, por Sexto, hijo de Tarquinio el Soberbio; cf. LIV., Ab urbe cond., I, 57. Bajo el Imperio, el tópico se endosó frecuentemente, con o sin razón, a todos aquellos emperadores que desarrollaron una política adversa a los intereses del Senado, desde Calígula (SUET., Calig., 25, 1; 37, 1-2) a Valentiniano III (PROC., De bellis, III, 4, 17-22)

104. LACT., De mort. persec., 8, 5; 38, 1-5, presenta como desenfrenados libertinos a Maximiano Hercúleo (286-305) y Maximino Daya (306-313). EUSEB., Hist. Eccl., VIII, 14, 14; X, 8, 7-8; Vit. Const., 33-34; 55, 3, hace lo propio con Majencio (306-312) y Licinio (308-324).

105. PROC., De bellis, IV, 21, 1; 22, 1-2.

106. Un caso que posee ciertas similitudes con el de Sergio, aunque tuvo un desarrollo muy distinto, se produjo durante la rebelión del comes Africae Gildón contra el emperador Honorio. En 395, dos años antes de su ruptura definitiva con el gobierno de Mediolanum, este personaje condenó a muerte y confiscó los bienes de numerosos particulares, con el doble propósito de reforzar su ejército y eliminar toda oposición que pudiera encontrar por parte de los grandes propietarios católicos, en general favorables a Honorio. Simultáneamente, procuró fortalecer su posición concertando alianzas matrimoniales entre los altos mandos de su ejército y mujeres de la nobleza africana, en ocasiones viudas de senadores ejecutados por su propio mandato. A causa de esta política, Claudio Claudiano no duda en tacharle de "raptor de doncellas" (virginibus raptor) y "repugnante adúltero" (obscenus adulter); cf. CLAUD., De bello Gild., 163-201.

107. GARCIA IGLESIAS, L., art. cit., p. 103.

108. GREG. TUR., Hist. Franc., III, 30.

109. ORLANDIS, J., art. cit., p. 74.

110. GREG. TUR., Hist. Franc., IV, 8; FREDEG., Chron., p. 101; THOMPSON, E. A., op. cit., pp. 22-23; 46-47. Sobre la tolerancia religiosa de los monarcas ostrogodos, cf. GARCIA IGLESIAS, L., art. cit., pp. 104-111.

111. VIVES, p. 107; ISID., Hist. Goth., 45; THOMPSON, E. A., Los godos en España., Madrid, 1.971, pp. 48-50.
112. ISID., Hist. Goth., 45: initio adversus Cordubenses cives certamine poenas dignas sanctis inferentibus meruit. Nam belli praesentis ultione percussus et filium ibi cum copia exercitus interfectum amisit et thesaurum omnem cum insignibus opibus perdidit.
113. Ibid., 46.
114. JOH. BICL., Chron., a. 572, 2.
115. Chron. Caesaraug. rel., a. 552; FORT., Carm., VI, 1, 124-127; ISID., Hist. Goth., 46; GREG. TUR., Hist. Franc., IV, 27-28; STEIN, E., op. cit., II, p. 562. Sobre los tiranos-reyes en el reino visigodo, cf. ORLANDIS, J., "En torno a la noción visigoda de tiranía", Estudios Visigóticos, III, Roma-Madrid, 1.962, pp. 36-40
116. JORD., Get., 303; ISID., Hist. Goth., 46.
117. COLLINS, R., España en la Alta Edad Media, Barcelona, 1.986, p. 59.
118. PROC., De bellis, III, 10, 22-11, 1.
119. GARCIA MORENO, L. A., art. cit., p. 1.105; BROWNING, R., Justinian and Theodora, Londres , 1.971, p. 139.
120. VALLEJO GIRVES, M., op. cit., p. 92, n. 83; 94. Tampoco le parece más probable que los obispos Paulo y Fidel de Emerita, y Martín de Bracara, todos ellos de origen oriental, actuasen como agentes imperiales, pese a las sugerentes hipótesis de SEJOURNE, P., Le dernier père de l'Église. S. Isidore de Seville, París, 1.929, p. 223 y GOUBERT, P., "Byzance et l'Espagne wisigothique", REB, II, 1.944, p. 17.
121. ORLANDIS, J., Historia de España. España Visigoda (407-711), p. 91.
122. VALLEJO GIRVES, M., op. cit., pp. 99-100.
123. PROC., De bellis, III, 10, 22-23; 25-32; IV, 5, 7-8; PAUL. DIAC., Vit. Greg., 8.
124. STEIN, E., op. cit., p. 562; THOMPSON, E. A., op. cit., pp. 369-370.

125. PROC., De bellis, III, 10, 32; V, 5, 8-10; CORIPP., Laud. Just., III, 305-308; ISID., Etymolog., I, 27, 8; Hist. Goth., 47; GREG. I, Ep., IX, 229. Sobre las obligaciones militares derivadas de la symmachía para los jefes bárbaros que entraban en alianza con el Imperio, cf. JONES, A. H. M., op. cit., p. 663 y n. 131.

126. La confirmación de los títulos de realeza de los monarcas bárbaros por parte del emperador, era una práctica que solía acompañar a la firma de los tratados de alianza, como puede comprobarse en el caso de los reyes mauros; cf. PROC., De bellis, III, 25, 3-7; IV, 8, 11; 15.

127. JORD., Get., 303: Athanagildus insurgens Romani regni concitat vires, ubi et Liberius patricius cum exercitu destinatur. Durante su praefectura, Liberio fue víctima de un atentado por parte de un grupo de visigodos, seguramente partidarios de Gesaleico y enemigos declarados del nuevo orden ostrogótico; cf. THOMPSON, E. A., op. cit., p. 23.

128. PROC., De bellis, VII, 36, 6; 37, 26-27; 39, 6-8; 11-12; 28-29; VIII, 34, 1.

129. STROHEKER, K. F., "Das Spanische Westgotenreich und Byzanz", Germanentum und Spätantike, Zurich, 1.965, pp. 210-212; HILLGARTH, J. N., "Coins and Chronicles: Propaganda in Sixth century Spain and the Byzantine Blackground", Historia, XV, 1.966, p. 495; THOMPSON, E. A., op. cit., pp. 29-30; BROWNING, R., op. cit., p. 139; GARCIA MORENO, L. A., Historia de España Visigoda, p. 102.

130. STROHEKER, K. F., art. cit., p. 210-212.

131. O'DONNELL, J. J., "Liberius, the Patrician", Traditio, 37, 1.981, pp. 66-67.

132. BURY, J.B., A History of The later Roman Empire, II, From the Death of Theodosius I to the Death of Justinian, Londres, 1.923, pp. 287 y VASILIEV, A. A., Historia del Imperio bizantino, I, Barcelona, 1.946, p. 137, dataron la expedición de ayuda a Atanagildo en 550. GÖRRES, F., "Die Byzantinische Besitzungen an den Küsten des spanisch-wesgotischen Reiches (554-564)", Byz. Ztschr., 16, 1.907, p. 514 y GOUBERT, P., art. cit., pp. 7-11, se decantan por 554. STROHEKER, K. F., art. cit., pp. 210; HILLGARTH, J. N., art. cit., p. 495; THOMPSON, E. A., op. cit., p. 30; 374; BROWNING, R., op. cit., p. 139; FONTAINE, J.-CAZIER, P., "Qui a chassé de Carthaginoise Severianus et les siens? Observations sur l'histoire familiere d'Isidoro de Séville", Estudios de Homenaje a Don Claudio Sánchez Albornoz en sus 90 años. Anexos de Cuadernos de Historia de España, Buenos Aires,

1.983, p. 373, sostienen la fecha de 552.

133. GARCIA MORENO, L. A., op. cit., p. 102; VALLEJO GIRVES, M., op. cit., p. 106.

134. PROC., De bellis, III, 11, 1.

135. ISID., Hist. Goth., 46; STROHEKER, K. F., op. cit., p. 212; GOUBERT, P., art. cit., p. 8; STEIN, E., op. cit., II, p. 563; THOMPSON, E. A., op. cit., p. 371 y n. 21; BROWNING, R., op. cit., p. 139; GARCIA MORENO, L. A., op. cit., p. 102; VALLEJO GIRVES, M., op. cit., pp. 107-110.

136. GREG. TUR., Hist. Franc., IV, 8: exercitus imperatoris Hispanias est ingressus et civitates aliquas pervasit; ISID., Hist. Goth., 46: ne Spaniam milites auxili occasione invaderent. GOUBERT, P., "Administration de l'Espagne byzantine. II. Les provinces", REB, IV, 1.946, p. 95.

137. VALLEJO GIRVES, M., op. cit., pp. 114-116.

138. THOMPSON, E. A., op. cit., p. 373.

139. VALLEJO GIRVES, M., op. cit., p. 119.

140. LEAND., Reg., 31; ISID., De vir. illustr., XXVIII. FONTAINE, J.-CAZIER, P., art. cit., pp. 385-386, sugieren que Severiano y su familia abandonaron la Carthaginensis huyendo de las represalias de Agila, que temía que la aristocracia romana de la zona colaborase con los imperiales. Por nuestra parte, considerando la actitud que posteriormente manifestarían Leandro e Isidoro hacia los bizantinos, preferimos adherirnos a la opinión de THOMPSON, E. A., op. cit., pp. 373-374 y GARCIA MORENO, L. A., op. cit., p. 103., quienes consideran que la huida de la Severiano está relacionada con su oposición a la dominación imperial.

141. Chron. Caesaraug. rel., a. 552; GREG. TUR., Hist. Franc., IV, 8; ISID., Hist. Goth., 46-47.

142. GOUBERT, P., art. cit., REB, IV, 1.946, pp. 74-103.

143. THOMPSON, E. A., op. cit., pp. 365-369. STEIN, E., op. cit., II, pp. 563-564, n. 1, cuestiona la ocupación del Algarve por tropas bizantinas, en tanto que STROHEKER, K. F., "Leowigild", Germanentum und Spätantike, Zurich, 1.965, p. 150; "Das spanische Westgotenreich und Byzanz", Id., pp. 207-241; no sólo rechaza esta posibilidad, sino que, además, niega de manera categórica que los imperiales hayan controlado alguna vez la comarca de la

- Orospeda, anexionada al reino de Toledo por Leovigildo en 577.
144. CIL, II, 3.420; ISID., De Vir. Illustr., XLII, 60.
145. GREG., Ep., XIII, 47; 49-50.
146. VIVES, pp. 222; 230; 246; 259; 288; 306; 319; 368; 401; 409; 432; 472.
147. GARCIA AGUINAGA, J. L.-VALLALTA MARTINEZ, M. P., "Fortificaciones y puerta de Begastri", AC, I, 1.984, pp. 53-61; LOPEZ BERMUDEZ, F., "Begastri", Ibid., pp. 13-16; MARTINEZ CAVERO, P., "Estratigrafía y cronología arqueológica de Begastri", Ibid., pp. 41-44; VALLALTA, M. P.-OCHOTORENA, C., "Los obispos de Begastri", Ibid., pp. 31-34.
148. JOH. BICL., Chron., a. 570, 2; 571, 3; ISID., Hist. Goth., 59.
149. RAV., Cosmogr., IV, 45.
150. Itin. Ant., 401, 5-402, 1.
151. VIVES, p. 138.
152. GOUBERT, P., art. cit., pp. 85-86.
153. GARCIA MORENO, L. A., "Colonias de comerciantes orientales en la Península Ibérica. S. V-VII", Habis, 3, 1.972, p. 136, n. 44.
154. THOMPSON, E. A., op. cit., p. 442, n. 11. VIVES, p. 153, en su edición de las actas del mismo sínodo, atribuye a Pedro la sede de Illiberis, olvidando que con anterioridad Esteban aparece como titular de esta cátedra. Para acabar de oscurecer el panorama, en la traducción del texto, decide seguir a J.-P. Migne, y hace a Pedro obispo de Acci, ciudad que jamás formó parte de la provincia eclesiástica de la Baetica.
155. VIVES, pp. 1; 223.
156. GOUBERT, P., art. cit., pp. 90-91, 93-94.
157. GARCIA MORENO, L. A., art. cit., p. 134.
158. GREG. TUR., Hist. Franc., V, 38; In Gloria. Conf., 12.

159. Cont. Hisp., 74: nomine Theudimer, qui in Spanie partes non modicas Arabum intulerat neces et, diu exaggeratos, pacem cum eis federat habiendus. Sed et etiam sub Egicam et Wittizam Gothorum regibus in Grecis, qui equorei nabalique descenderant sua in patria, de palmam victorie triumphaverat.

160. La obra de Al-Dabbi, autor murciano del siglo XII, fue descubierta y publicada por el maronita libanés CASIRI, M., Bibliotheca Arabica-Hispaniae Escorialensis, II, Madrid, 1.760-1.770. Habría de pasar más de un siglo antes de que F. Codera y J. Ribera diesen nuevamente a la luz el texto de AL-DABBI, Kitab Bugyat al-Multamis, Bibliotheca Arabico Hispana, III, Madrid, 1.885. Esta edición sirvió de base a la traducción del pacto que efectuó SIMONET, F. J., Historia de los mozárabes de España, Madrid, 1.983, (prim. ed. fr. 1.897-1.903), pp. 797-798.

161. El mayor problema de identificación lo plantea B.l.n.tala, que suele traducirse por el topónimo latino Valentila, y que SAAVEDRA, E, Estudio sobre la invasión de los árabes en España, Madrid, 1.892, pp. 129-131, asoció con Alcantarilla, un enclave situado a 5 kms. de Murcia, del que, según este autor, derivaría el nombre del río Guadaletín. En cambio, SIMONET, F. J., op. cit., pp. 1, n. 1; 54-57, lo relaciona con Valentia. En época más reciente, se ha intentado vincularlo a Villena, cf. LEVI-PROVENÇAL, Historia de la España musulmana, Historia de España de Don Ramón Menéndez Pidal, IV, ed. J. M. Jover Zamora, Madrid, 1.950, pp. 21 y 177, n.6; p. 41. No obstante las dudas persisten.

162. RAV., Cosmoqr., IV, 42.

163. Esta versión, descubierta a comienzos de la década de 1.960 en una biblioteca privada de Jerusalén, se recoge en un manuscrito que contiene parte de su obra de AL-UDRI, Nusus an al-Andalus min Kitâb Tarsi al-ajbâr, ed. Al-Ahwani, Madrid, 1.965. Sobre las distintas interpretaciones ofrecidas al pacto de Teodomiro, cf. GUTIERREZ LLORET, S., "De la civitas a la madina: destrucción y formación de la ciudad en el sureste de Al-Andalus. El debate arqueológico", IV Congreso de Arqueología Medieval Española, I, Alicante, 1.993, pp. 13-35; LLOBREGAT CONESA, E. A., Teodomiro de Oriola: su vida y su obra, Alicante, 1.973; POCKLINGTON, R., "El emplazamiento de Iyi(h)", Sharq al-Andalus, IV, 1.987, pp. 175-198.

164. SALVADOR VENTURA, F., op. cit., pp. 43-44.

165. PROC., De bellis, II, 21, 4; III, 10, 25-11, 1; 11; 25, 3-9; IV, 13, 20; 28; 30; V, 5, 4; 8-10; VI, 14, 1-36; VII, 33, 13-14; 34, 3-45; VIII, 18, 13; 25, 7; 13; 26, 12; CORIPP., Laud. Just., III, 305-307; MENAND., Frg., 11; 14-17; JONES, A. H. M., op.

cit., p. 294; 663-664; RAVEGNANI, G., op. cit., Roma, 1.988, p. 14.

166. GREG. TUR., Hist. Franc., IV, 8; ISID., Hist. Goth., 46-47.

167. GREG. I, Ep., IX, 229.

168. Chron. Caesaraug. rel., a. 568: Athanagildus Hispalim civitatem Hispaniae provinciae Baeticae sitam bello impetitam suam fecit, Cordubam vero frequenti incursiones admodum laesit. Puesto que Atanagildo murió en 567, la fecha más probable para estos ataques debe ser 565-566, como señala THOMPSON, E. A., op. cit., pp. 367; 442, n. 14.

169. BURY, J. B., op. cit., II, p. 287; GOUBERT, P., "Byzance et l'Espagne wisigothique", p. 14; STEIN, E., op. cit., II, p. 563; STROHEKER, K. F., "Das Spanische Westgotenreich und Byzanz", p. 213; "Leowigild", p. 136; HILLGARTH, J. N., art. cit., p. 496.

170. THOMPSON, E. A., op. cit., p. 366; COLLINS, R., "Merida and Toledo. 550-580", Visigothic Spain. New Approaches, ed. E. James, Oxford, 1.980, p. 199; VALLEJO GIRVES, M., op. cit., pp. 126.

171. JOH. BICL., Chron., a. 570, 2; 571, 3; 572, 2; 574, 1; 581, 1; 586, 1; ISID., Hist. Goth., 23; 42; 46; 47; 49; 58; 59; THOMPSON, E. A., op. cit., p. 367-369.

172. JOH. BICL., Chron., a. 579, 3; ISID., Hist. Goth., 46; 49.



**TERCERA PARTE**  
**BIZANCIO Y EL REINO DE TOLEDO**  
**(565-624)**



### III. BIZANCIO Y EL REINO DE TOLEDO (565-624).

Como advertimos en su momento, al analizar la intervención imperial en Hispania, el estudio de las relaciones entre el Imperio romano de Oriente y la Península Ibérica presenta grandes dificultades, derivadas del carácter fragmentario, disperso y limitado de las fuentes a nuestra disposición. Los textos de la época son de un laconismo que puede llegara exasperar al investigador, y la epigrafía y numismática tampoco ofrecen materiales mucho más prolijos. Ciertamente, la arqueología ha aportado, en los últimos tiempos, nuevos datos, que suministran información complementaria. No obstante, hasta ahora, ninguno de los hallazgos efectuados ha contribuido a variar de manera significativa el estado de los conocimientos que ya poseíamos.

Por otra parte, es preciso señalar que los contactos entre el reino de Toledo y Bizancio no ha sido uno de los temas por los que, tradicionalmente, han mostrado sus preferencias los historiadores españoles dedicados al período visigótico. Aún así, en fechas recientes, se ha realizado un denodado esfuerzo por suplir esta carencia, y han aparecido algunos trabajos, como el de M. Vallejo Girvés, que se dedican a examinar en detalle la cuestión.

Desde el punto de vista cronológico, hemos optado por iniciar nuestro estudio a partir del deceso de Justiniano I en 565. Dos son los motivos que nos han inducido a tomar esta decisión. En primer lugar, como ya ha podido comprobarse, hemos integrado la toma de posesión de territorios hispánicos por parte de los bizantinos en el marco común de la intervención imperial

en Occidente. Y, en segundo lugar, como tendremos oportunidad de comprobar más adelante, la política exterior de Justino II (565-578), aunque se nutrió del ideal expansionista de su antecesor, llevó aparejada novedades sustanciales en el trato con los pueblos bárbaros, que abren las puertas de una nueva etapa en las relaciones de Bizancio con sus vecinos.

Uno de los primeros actos del reinado de Justino II fue poner término a la política de pagos de subsidios a los soberanos de las tribus y estados próximos a las fronteras del Imperio, que Justiniano había potenciado, durante los últimos años de su mandato, a fin de asegurar la paz. Esta medida provocó el inmediato estallido de conflictos bélicos en la Thracia y el Illyricum, invadidas, una vez más, por ávaros, búlgaros y eslavos. Otro tanto ocurrió en el frente oriental, roto por los persas en cuanto se suspendieron los pagos. De manera simultánea, en Africa se produjeron revueltas mauras que trastornaron el orden de la praefectura, favoreciendo la actuación visigoda en Hispania contra el dominio bizantino. Pero, sin lugar a dudas, la mayor catástrofe que afectó al Imperio en Occidente, en los primeros tiempos de Justino II, fue la irrupción de los lombardos en Italia; acontecimiento que iba a provocar la definitiva ruptura de la unidad política de la Península.

El fracaso de la política exterior de Justino II y el progresivo deterioro de su salud mental, condujeron al nombramiento de Tiberio, comes excubitorum, como César en 574. Desde este momento, y hasta la muerte de Justino II, cuatro años después, Tiberio, junto con la emperatriz Sofía, esposa del Augusto, sería quien ejerciese el poder efectivo.

Apenas investido de su nueva dignidad, el César emprendió una serie de acciones destinadas a asegurar las

fronteras del Imperio. Centró su atención en el frente oriental, donde, gracias al envío de un gran ejército, consiguió inclinar la balanza de la conflagración en favor de Bizancio. Al mismo tiempo, llegó a un acuerdo con los ávaros, quienes en calidad de aliados del Imperio, contendrían el avance de los eslavos. En Africa cosecharía también un importante éxito, al conseguir que uno de sus generales, el magister militum Gennadio, derrotase y sometiese a las levantiscas tribus beréberes. Sin embargo, en Italia no pudo evitar que los lombardos penetrasen en profundidad hacia el sur y se estableciesen en Spoletium y Beneventum. La causa de este desastre hay que buscarla en la prioridad otorgada por el gobierno de Constantinopla a la defensa de la frontera oriental.

Muerto Justino II en 578, le sucedió como Augusto el César Tiberio (578-582). Las grandes liberalidades con que inició su reinado y los gastos generados por las distintas guerras en curso, especialmente la de Persia, terminaron por esquilmar el tesoro del estado. No obstante, el conflicto contra los Sasánidas continuaría presentando un saldo favorable para Bizancio durante estos años. Muy distinta era la situación en el frente danubiano. Los ávaros seguros de que podían beneficiarse de la debilidad del Imperio, quebrantaron su pacto, permitiendo que en 581 los eslavos penetrasen en Macedonia y Thracia, y apoderándose ellos mismos de la ciudad de Sirmium al año siguiente. En Occidente, la situación parece haber gozado de un mayor equilibrio. El norte de Africa experimentó alteraciones importantes y en Italia se consiguió contener dentro de unos límites la expansión lombarda. Sólo en la Península Ibérica se advierte el inicio de un nuevo problema. El enfrentamiento entre el rey visigodo Leovigildo (568-586) y su hijo Hermenegildo deviene en guerra civil a partir de 582, obligando al Imperio a tomar partido por uno de los dos bandos en liza.

Unas semanas antes de que se produjese su fallecimiento, Tiberio II nombró César al comes excubitorum et magister militum per Orientem Mauricio. Tras la desaparición del soberano, este general pudo sucederle como Augusto sin ningún tipo de problemas. Su infatigable actividad militar y diplomática en la frontera oriental le permitiría cosechar importantes éxitos. En 591, aprovechando los conflictos sucesorios que conmocionaban la estabilidad interna de la Persia Sasánida, Mauricio logró sellar con Cosroes II (590-628) una paz favorable a los intereses bizantinos.

Sin embargo, la situación en el resto de las fronteras del Imperio romano era bastante problemática. Las correrías de ávaros y eslavos, que habían llegado hasta las puertas de Tesalónica, afectaban ya a la provincia griega de Achaea. El fin de la guerra con Persia permitiría al emperador conceder mayor atención al frente danubiano, cada vez más permeable y difuso. En Africa se produjeron nuevas rebeliones mauras entre 586 y 590 y, nuevamente, en 595. Todas ellas serían reprimidas con rigor por el magister militum Gennadio. Mientras tanto, en Italia, donde el Imperio había logrado sellar un pacto con los lombardos en 585, volvieron a reanudarse las hostilidades, apenas hubo expirado el plazo de tres años que contemplaba el acuerdo. Las incursiones lombardas contra el centro y sur de la Península, no obtendrían el éxito deseado, por lo que en 598 los bárbaros firmaron una nueva tregua con Constantinopla que se mantendrá en vigor hasta el año 600. En Hispania también se produjeron nuevos enfrentamientos con los visigodos; aunque, en esta ocasión parece que los imperiales obtendrían cierta ventaja.

Durante la última década de su reinado, Mauricio introdujo importantes modificaciones en la estructura administrativa de los territorios occidentales. La reforma

consistió en otorgar mayores poderes al supremo mando militar de cada praefectura en detrimento de la autoridad civil. De este modo, los exarchi, que vinieron a sustituir a los antiguos magistri militum, sumarán a las atribuciones propias de los generalísimos bizantinos toda una serie de competencias anteriormente reservadas a los praefecti praetorio, interviniendo en la recaudación de impuestos, administración de justicia y asuntos religiosos. Los exarchi gobernarán como auténticos virreyes, ya que sólo serán responsables ante la persona del emperador.

La reforma se aplicó en las praefecturae de Africa e Italia, zonas afectadas por conflictos bélicos de carácter endémico, que demandaban un fortalecimiento del poder militar. No obstante, la importancia real del cambio radica en el hecho de que sirvió de base a la organización de los themas, circunscripciones administrativas, establecidas en el siglo VII para Oriente, en las que competencias civiles y militares recaían sobre un mismo cargo. Semejante innovación pondría término, de manera definitiva, a la división de poderes instaurada por Diocleciano.

Por otra parte, es necesario advertir que, a lo largo del reinado de Mauricio, afloraron toda una serie de problemas estructurales, que el Imperio venía arrastrando desde hacía bastante tiempo, y que, en última instancia, no sólo conducirán a la desintegración del sistema justiniano, sino también a la del mismo modelo estatal tardorromano.

La indisciplina de las tropas, provocada por retrasos en el pago de la soldada o por reducciones en el monto de la misma, era causa frecuente de rebeliones, una de las cuales le costaría el trono y la vida a Mauricio. Ahora bien, el problema

militar, derivado en buena medida de la escasez de recursos para sostener el sistema defensivo del Imperio, tal y como se había articulado en tiempos de Justiniano, tan sólo era una de las dificultades con las que se enfrentaron los inmediatos sucesores de aquel emperador.

La crisis económica, en la que vive inmerso el mundo mediterráneo desde 540, como consecuencia de la drástica reducción de mano de obra agraria que se produce a partir de esta fecha, es, sin duda, el factor clave para comprender la descomposición del orden justiniano. Los reiterados brotes epidémicos, las guerras, invasiones y desastres naturales, que asolaron el Imperio durante la segunda mitad del siglo VI, generarían una profunda recesión demográfica, que vino a incidir sobre un sistema productivo muy frágil, basado en la explotación extensiva del suelo mediante métodos y técnicas tradicionales.

Los efectos de esta crisis no se dejaron sentir por igual en todos los sectores sociales. Quienes llevaron la peor parte fueron los antiguos grandes y medianos propietarios; en concreto, la aristocracia senatorial, la Iglesia y los curiales de las ciudades. Todos ellos tuvieron problemas para reclutar mano de obra, especialmente los dos últimos grupos. La Iglesia, al carecer de poder coercitivo directo, no pudo evitar la huida de los cultivadores de sus campos. Y puesto que, además, le estaba prohibido enajenar sus bienes, sólo, con la autorización del emperador, le fue posible recurrir a la venta de tierras, como medio de obtener el dinero necesario para afrontar la reforma de sus estructuras productivas. Los curiales, auténtica burguesía municipal, que en Oriente había gestionado la administración de las ciudades hasta el reinado de Anastasio, se hallaban, a mediados del siglo VI, en franco declive. Privados de sus funciones y mermados en sus efectivos por la peste y la



emigración de los más ricos, que marchaban a la capital en busca de oportunidades de promoción, no disponían de liquidez, y, en consecuencia, no estaban en situación de ofrecer mejores condiciones a los campesinos, para que permaneciesen en sus propiedades.

En tales circunstancias, emerge una nueva élite de potentados locales, cuyos primeros representantes se encuentran documentados ya en tiempos de Justiniano. A diferencia de la antigua aristocracia, estrechamente vinculada al servicio del estado, estos terratenientes sólo se preocuparon por incrementar su poder personal en ámbitos espaciales muy definidos. Con el propósito de lograr este objetivo, brindaron mejores condiciones a los agricultores, obteniendo así mano de obra y rentas, en detrimento de la Iglesia, de los curiales, e incluso de muchas viejas familias de la aristocracia senatorial, que se vieron forzadas a seguir su ejemplo, para no perder a los cultivadores de sus fundos.

Evidentemente, el pequeño campesino salió beneficiado de la crisis. En los grandes dominios de Oriente, los antiguos colonos fueron sustituidos, de manera sistemática, por enfiteutas, que disfrutaban de una concesión perpetua de tierras, a cambio del pago de un alquiler moderado. Con el tiempo, muchos de ellos llegaron a librarse de esta formalidad, aproximándose a la plena propiedad del suelo. El estado, deseoso de ampliar y consolidar su base de contribuyentes, favoreció el proceso de expansión del pequeño campesinado libre, mediante la reducción de impuestos y la condonación de deudas fiscales, permitiendo así a los agricultores invertir sus ahorros en la tierra.

Sin embargo, las transformaciones sociales que se estaban produciendo en Oriente comportaban graves riesgos para

la estabilidad política del Imperio. La nueva élite de potentados locales, que, a diferencia de la vieja aristocracia senatorial, no estaba comprometida en la defensa de los intereses del estado, dio precoces muestras de tendencias centrífugas. Su alianza con el episcopado, que había asumido gran parte de las funciones en otro tiempo ejercidas por las curias municipales, le facilitaría el acceso al control de los centros urbanos y la administración territorial. De hecho, a partir del reinado de Justino II, los gobernadores de cada provincia fueron nominados por los obispos y notables de la misma. El gobierno de Constantinopla se contentaba con que los ingresos fiscales continuasen afluyendo, puntualmente, a las arcas de las tesorerías públicas.

En Egipto, Palestina, Siria, Mesopotamia y Armenia, el autonomismo de la nueva clase de potentados locales entroncó con las ansias de independencia del clero monofisita, adverso a la ortodoxia, que los representantes del poder central intentaban imponer, recurriendo, en ocasiones, a la represión violenta, como la que se produjo en Armenia, después de la victoria sobre los persas en 591, o la que, por la misma época, dirigió Domiciano de Melitene (Malatya), primo del emperador Mauricio, en la Mesopotamia romana. No resulta extraño, que la población de las provincias más orientales del Imperio manifestasen su rechazo hacia el aparato burocrático del estado y las altas jerarquías de la administración civil y militar, por lo general en manos de miembros de la aristocracia cortesana adictos al credo de Calcedonia. En este marco de circunstancias, la autogestión concedida a las ciudades y provincias constituía un grave peligro para el mantenimiento de la unidad del Imperio, ya que en caso de crisis política, cada núcleo urbano podía decidir, con absoluta independencia, si deseaba permanecer en el marco del estado romano o abandonarlo.

Una rebelión militar será el factor detonante que haga saltar en pedazos un sistema caduco, que hacia aguas por todas partes. En 602, Mauricio, acuciado por crecientes dificultades financieras, se vio obligado a reducir la paga del ejército del Danubio. Las tropas, que habían invernado al norte del río, a fin de mantener las posiciones adquiridas durante la campaña del año anterior, se amotinaron y proclamaron emperador a Focas, un suboficial de oscuro origen. El estallido de una rebelión en la capital, protagonizada por las asociaciones deportivas del hipódromo, precipitaría la caída de Mauricio, que fue degollado junto con todos sus hijos varones.

Focas, convertido en emperador, instauró un régimen de terror en Constantinopla, decretando periódicas purgas entre los miembros más conspicuos de la vieja aristocracia senatorial, cuyos efectivos iban a quedar disminuidos, a consecuencia de las ejecuciones y deportaciones masivas ordenadas por el nuevo soberano. De manera inmediata estallarían conflictos en las provincias. Numerosos gobernadores y generales se mostraban reticentes a acatar la autoridad del usurpador. Narsés, magister utriusque militiae per Orientem, se alzó en armas contra Focas, solicitando la ayuda de Cosroes II, con lo que dio comienzo una nueva guerra contra Persia en el marco de la contienda civil. En las principales ciudades de Oriente se produjeron graves desordenes. Y el desguarnecido limes danubiano se hundió definitivamente. En Italia los lombardos reanudaron la ofensiva, capturando toda una serie de plazas bizantinas.

La salvación del Imperio procedería por última vez de Occidente. En 608, Heraclio, exarchus Africae, se alzó contra el régimen de Constantinopla, enarbolando la bandera de la legitimidad. Dos años después, el joven Heraclio, hijo del exarchus, desembarcó en la capital y puso fin al reinado de

Focas, que pereció del mismo modo que él hiciese morir a Mauricio.

Heraclio heredó una situación profundamente deteriorada. A los conflictos bélicos iniciados en época de su antecesor, se añadían graves problemas de índole financiera. Las arcas del estado se hallaban vacías, en un momento en que el Imperio debía hacer a una doble amenaza exterior: en Oriente los persas avanzaban incontenibles a través del territorio bizantino, hacia el Mediterráneo, y en los Balcanes ávaros y eslavos, tras haber roto el limes danubiano, se dedicaban a saquear las provincias de Macedonia y Dalmatia. El panorama se complicaba aún más con desordenes de carácter interno. Las poblaciones monofisitas y judías de las regiones más orientales del Imperio se mostraban levantiscas y dispuestas a colaborar con el enemigo.

Durante los primeros años del reinado de Heraclio, los persas ocuparon la Armenia y la Mesopotamia romanas, Siria, Palestina y Egipto, mientras los ávaros devastaban la costa dálmata. En 618, la situación era tan desesperada que Heraclio pensó seriamente trasladar la capital del Imperio a Cartago. Ante tal eventualidad, el patriarca Sergio de Constantinopla puso a disposición del soberano un importante suma de dinero, procedente de las rentas y tesoros de la Iglesia, a fin de que pudiese volver a poner en marcha la campaña contra los persas. En 619, después de haber firmado un acuerdo con los ávaros, Heraclio emprendió la reconquista de las provincias orientales, al tiempo que promovía una profunda reforma del aparato administrativo, que, rompiendo con la tradición tardorromana, introdujo formas propias del estado bizantino medieval.

Aunque, durante las campañas de 621-622, el soberano obtuvo resonantes victorias, lo cierto es que la guerra con

-----

Persia se prolongó hasta el año 627, alternándose con nuevas operaciones contra los ávaros y eslavos en los Balcanes. El hecho de que el emperador concentrase toda su atención en los problemas de Oriente, fue en detrimento de los territorios occidentales del Imperio. Aunque Africa permaneció en paz, visigodos y lombardos aprovecharon las dificultades por las que atravesaba el gobierno de Constantinopla en el este para reanudar las hostilidades. En Hispania, el rey godo Sisebuto (612-621) llevó a cabo una serie de operaciones militares contra los imperiales en 614-615, que se saldaría con la conquista de una amplia franja territorial. Suintila (621-631) completaría la obra de su antecesor, expulsando a los bizantinos del territorio peninsular en 624. Al año siguiente, los lombardos, posiblemente animados por el éxito de los visigodos, comenzaron a hostigar a las fuerzas imperiales en Italia.

Pese a que los bizantinos continuaron controlando las islas Baleares y la plaza africana de Septem, las noticias respecto a las relaciones entre el Imperio y el reino de Toledo son escasísimas después de 630. Conviene recordar que los dos grandes acontecimientos que definen la historia del mundo mediterráneo a partir de esta última fecha son la expansión del Islam y la configuración del Califato de Damasco como potencia rival del Bizancio sobre las aguas del antiguo Mare Nostrum. Con la aparición del poder musulmán en el Mediterráneo, se quiebra definitivamente la unidad política restaurada por Justiniano y conservada, a costa de innumerables sacrificios, por sus sucesores. Bizancio, el Califato y el reino franco se repartirán, a partir de comienzos del siglo VIII, los antiguos dominios de Roma, configurando, así, el mapa geopolítico de la Alta Edad Media.

Atendiendo a la diversidad de la documentación

empleada en esta última parte de nuestro estudio, hemos optado por organizar el material informativo en dos grandes unidades temáticas. La primera de ellas dedicada al análisis de las relaciones de poder entre el Imperio romano de Oriente y el reino de Toledo, en el común marco mediterráneo, durante el período que se extiende desde el advenimiento de Justino II en 565 a la conquista visigoda de la provincia imperial de Spania en 624. Por lo que se refiere a la segunda unidad, aborda la problemática interna del dominio hispanobizantino, atendiendo a cuestiones tales como su organización administrativa y militar, actividad mercantil y conflictos religiosos. Aspectos que resulta imprescindible examinar, dada su íntima conexión con las transformaciones políticas que se produjeron a lo largo de esta época.

### **1. La ruptura del orden justiniano y su reflejo en Occidente.**

Las relaciones de poder en el mundo mediterráneo, durante el período que se extiende entre la muerte del emperador Justiniano en 565 y el comienzo de la expansión árabe en 634, se hallan, en gran medida, reguladas por la contradicción que supone para el gobierno de Constantinopla combinar el mantenimiento del sistema de gestión centralizada del Imperio con la necesidad de satisfacer, de manera plena, las demandas financieras y defensivas del estado. A despecho de los esfuerzos efectuados por las autoridades bizantinas, a fin de cubrir ambos objetivos, las acuciantes circunstancias sociales y económicas condujeron a un progresivo e inexorable desmantelamiento del orden justiniano.

Insertar en este marco los contactos del Imperio con el reino visigodo no resulta tarea fácil, pues a las dificultades, que como veremos, presentan las fuentes de la época, se añade la escasez de estudios dedicados al tema y la

perspectiva exclusivamente peninsular que adoptan la mayoría de ellos. Algo que, a nuestro parecer, empobrece notablemente sus resultados. De ahí que, como viene siendo norma general en este trabajo, nos hallamos impuesto la obligación de abordar la problemática hispana, a partir del desarrollo del proceso histórico en su más amplia dimensión mediterránea.

Las fuentes para el estudio de este período son amplias y contemporáneas, especialmente en lo que atañe al Mediterráneo oriental, Italia y las Galias. Los fragmentos de Menandro y Juan de Antioquía, junto a la obra histórica de Teofilacto Simocatés y el Chronicon Paschale, resultan enormemente útiles a la hora de establecer una secuencia de los principales acontecimientos. La Historia Ecclesiastica del obispo monofisita Juan de Efeso, conservada en versión siríaca, nos ofrece el resultado de las observaciones de un personaje bien familiarizado con la vida cortesana y la política que se hacía en tiempos de Justino II (565-578) y Tiberio II Constantino (578-582). Desde la ortodoxia, contamos con Evagrio y su Historia Ecclesiastica, que, además de problemas estrictamente religiosos, aborda cuestiones de índole política, social y económica. Gregorio de Tours y su Historia Francorum nos ayudan a iluminar el panorama de las Galias, al igual que las obras del papa Gregorio I, en especial su Registrum Epistolarum, valioso repertorio que nos permite reconstruir la situación italiana y las relaciones diplomáticas entre los distintos poderes que se asomaban al Mediterráneo en el reinado de Mauricio (582-602). Sin prodigarse en la abundancia, también disponemos de información de interés para la historia peninsular, en concreto el Chronicon de Juan de Biclario y la Historia Gothorum de Isidoro, cuyo laconismo garantiza cierta objetividad un tanto positivista, la que se deriva de la presentación de los hechos desnudos.

En cualquier caso, conviene recordar que la mayoría de las fuentes enumeradas, originalmente, formaron parte del acervo de la historiografía oficial de los distintos estados mediterráneos, y con frecuencia presentan una visión partidista de los acontecimientos, cuando no deliberadamente sesgada. En consecuencia, el investigador se ve obligado a realizar un arduo trabajo crítico, frecuentemente, leyendo entre líneas, a fin de rastrear la concatenación real de los sucesos, que muchas veces nada tiene que ver con la versión oficial que se ofrece de los mismos.

Puesto que el material a nuestra disposición es abundante, hemos optado por organizarlo en función de los reinados de los distintos emperadores bizantinos de la época, teniendo siempre muy en cuenta los cambios impulsados por cada uno de ellos. No en vano, las líneas de actuación dictadas desde Constantinopla eran las que, en buena medida, marcaban las directrices políticas a seguir en las provincias y, como tendremos oportunidad de comprobar, condicionaban las relaciones del Imperio con los pueblos limítrofes, lo que incluye, por supuesto, a los visigodos.

El primer epígrafe de este capítulo se centra en el estudio de la corregencia de Justino II y Sofía, período que se extiende de 565 a 574, y que viene marcado por una brusca ruptura con la política financiera y defensiva desarrollada por Justiniano en los últimos años de su reinado. Semejante inflexión tendrá como resultado el estallido de conflictos bélicos en todas las fronteras del Imperio, incluidas las existentes con el reino visigodo.

En el segundo epígrafe abarcamos un amplia etapa, que incluye toda la trayectoria de Tiberio II Constantino al frente



del poder supremo, primero como César, desde 574 a 578, y, a continuación como Augusto, hasta su muerte en 582, prolongándose a lo largo del primer trienio del reinado de su yerno y sucesor Mauricio. La demarcación de tales límites cronológicos no responde a un mero capricho. Se fundamenta en el carácter uniforme de la actuación política del gobierno imperial, durante todo este período, en el que se intentó restablecer la seguridad en las fronteras, apelando al uso de las viejas fórmulas pactuales ensayadas con éxito por Justiniano. Desafortunadamente, la espiral de violencia desatada bajo el reinado conjunto de Justino II y Sofía no podrá ser erradicada, y Constantinopla habrá de compaginar una política de acuerdos puntuales con la defensa armada de aquellas zonas del limes donde ya no era posible resolver los enfrentamientos por vía diplomática. Coincide con esta fase la usurpación del príncipe Hermenegildo; conflicto con claras derivaciones internacionales, en el que el Imperio, dada su posición geoestratégica, está llamado a jugar un papel de primer orden.

Desaparecido Tiberio, su sucesor, Mauricio, se mantendrá apegado, por algún tiempo, a la línea que el primero había venido desarrollando; pero, a partir de 584, cambiará de rumbo, imprimiendo a su política exterior un dinamismo que no se conocía desde los tiempos de la reconquista justiniana.

Precisamente, el tercer epígrafe se ocupará de esta nueva fase. Convencido de que las formulas pactistas justinianas no resultaban ya viables, Mauricio se decantará por métodos agresivos, destinados no sólo a garantizar la seguridad de las fronteras, sino a ampliarlas. Este hecho puede constatarse en la Península Ibérica, donde Recaredo habrá de enfrentarse a las tendencias expansionistas de Bizancio. Mauricio será el sucesor de Justiniano que mejor sepa adecuarse al ideal de universalidad

del Imperio y a la defensa del legado territorial.

El cuarto epígrafe aborda la conflictiva época del reinado de Focas, en la que la inestabilidad generada por los problemas en torno a la legitimidad de su ascenso al trono, las guerras de frontera, los conflictos religiosos de carácter "nacional", la crisis financiera y la oposición de la aristocracia administrativa, precipitarán la desmembración del estado universal tardorromano. Pese a todo, los visigodos no aprovecharán la ocasión para efectuar conquistas a costa del Imperio. A partir de este momento, las fuentes para el estudio de las relaciones entre Constantinopla y Toledo, ya de por sí escasas, se reducen notablemente, con lo que tampoco es posible arrojar demasiada luz sobre la evolución de los acontecimientos.

En el quinto y último epígrafe se analizará el período álgido de la crisis del estado universal romano, que se corresponde con el reinado del emperador Heraclio. Este soberano habrá de hacer frente a los problemas heredados de su predecesor, en especial la guerra con Persia, el hundimiento de la frontera danubiana y las dificultades económicas, derivadas de la financiación de unas campañas militares cada vez más costosas. Tras dos décadas de enfrentamientos, Bizancio logrará doblegar a los persas; pero a un elevadísimo precio, ya que no sólo se verá obligado a desguarnecer importantes enclaves de las fronteras occidentales, posibilitando, por ejemplo, la ocupación visigoda de los territorios peninsulares, sino que además quedará debilitado internamente en las provincias orientales, donde el recrudecimiento de los conflictos religiosos de carácter "nacional", favorecerá, a partir de la década de 630, la expansión árabe.

### 1.1. La corregencia de Justino II y Sofía.

#### 1.1.1. Política financiera y de defensa.

En el transcurso de la noche del 14 al 15 de noviembre de 565, fallecía el emperador Justiniano I a los 83 años de edad en el Sacrum Palatium de Constantinopla. Había reinado 38 años 7 meses y 13 días. Dejaba 2 sobrinos, Justino y Marcelo, hijos de su hermana Vigilancia, además de los 3 vástagos de su primo Germano: Justino, Justiniano, y Germano Póstumo. Dado que no había designado heredero a ninguno de ellos, se planteaba un grave problema sucesorio.

Para la cúpula militar, el primogénito de Germano, Justino, que en aquellos momentos ocupaba el cargo de magister utriusque militiae per Illyricum, parecía el hombre adecuado, ya que a sus éxitos militares sumaba una gran popularidad. Pero finalmente, sería el otro Justino, el hijo de Vigilancia, quien vestiría la púrpura, gracias a un golpe de palacio. En 565, Justino era un hombre de mediana edad, que ejercía el cargo de cura palatii, cumbre de una oscura carrera, que, sin embargo, le había permitido cultivar excelentes relaciones con los más poderosos dignatarios de la corte. No en vano, a la muerte de su tío, tales contactos le allanarían el camino al solio. Altos funcionarios del cubiculum, el comes excubitorum, la aristocracia senatorial y el clero de la capital, se pusieron de acuerdo para apoyar su candidatura. El eunuco Calínico, praepositus sacri cubiculi et sacellarius, presente en el óbito de Justiniano, afirmó que, antes de expirar, el difunto soberano le había expresado verbalmente su voluntad de que el hijo mayor de Vigilancia le sucediese. Inmediatamente, Justino fue elegido emperador por el Senado, y, proclamado Augusto por los excubitores, al mando del comes Tiberio, quien, por su parte,

debía el cargo que ostentaba a los buenos oficios de Calínico y del propio sobrino de Justiniano. A continuación, Justino fue coronado por Juan Escolástico, patriarca de Constantinopla. Todos estos actos se celebraron en Palacio a puerta cerrada y con gran precipitación. El pueblo no tuvo noticia de nada, hasta que el nuevo basileus no se presentó en el khatisma del hipódromo, para ser aclamado por la multitud<sup>1</sup>.

Sofía, sobrina de la emperatriz Teodora y esposa de Justino, fue coronada junto con su marido. Así se desprende de las aclamaciones dirigidas a ella y su esposo, que recoge Coripo, poeta oficial de la corte y autor del panegírico de la coronación. Llegados a este punto, es preciso señalar que Sofía no fue elevada al solio como una mera emperatriz consorte, sino como soberana corregente. Prueba de ello es que, desde un principio, su imagen aparece en las monedas junto a la del emperador, y su nombre consta en todos los documentos oficiales, a continuación del de su esposo. Teniendo en consideración este hecho, frecuentemente ignorado, resulta sencillo entender por qué los historiadores de la época conceden tanta o más atención a los actos de Sofía que a los de Justino. A decir verdad, en más de una ocasión se advierte que los contemporáneos consideraban a la emperatriz como el elemento políticamente dominante de la corregencia. Cosa que, dado el precario estado de salud mental del emperador, no debe causar estupor. A ella se atribuye, por ejemplo, la eliminación del general Justino. Destituido de su cargo, a fin de que no pudiese emplear el ejército del Illyricum para imponerse como soberano, se le envió a Alejandría, donde hallaría la muerte a manos de miembros del círculo de la emperatriz (factione Sophiae Augustae in Alexandria occiditur)<sup>2</sup>.

La intervención de Sofía en materia de política financiera demuestra que la emperatriz fue en gran medida la

responsable de los cambios políticos de esta época. Por sugerencia de la soberana y con motivo de su advenimiento, Justino perdonó los atrasos de los impuestos, y, además reintegró los empréstitos que Justiniano había arrancado por la fuerza a los banqueros de Constantinopla. Teófanos señala que al año siguiente, Sofía volvió a tomar la misma iniciativa. Sin embargo, tras estas primeras liberalidades, el gobierno imperial se mostró muy estricto con la recaudación de impuestos. Algo comprensible, dada la difícil situación financiera por la que atravesaba el estado, a causa de la política defensiva desarrollada por Justiniano. De todas las cargas económicas que este emperador legó a sus sucesores, la más pesada era, sin duda, la de subvenir al mantenimiento de la paz y la seguridad en las fronteras del Imperio. Justiniano había orientado buena parte de su acción de gobierno al restablecimiento de la autoridad imperial en el Occidente mediterráneo, constituyendo, como hemos visto, una serie de límites en profundidad poderosamente fortificados, y firmando pactos con los pueblos vecinos. Estos acuerdos contemplaban el pago de elevados subsidios anuales, lo que gravaba las arcas del estado. Justino II y Sofía, como su antecesor, eran partidarios de mantener la potestad imperial sobre Occidente, pero, conscientes de que los recursos económicos acumulados desde los tiempos de Anastasio se estaban agotando, decidieron efectuar un giro en materia de política financiera, optando por suprimir el pago de annonae a los bárbaros. Semejante medida comportó, a su vez, una modificación en la política defensiva del Imperio, que pasó del sistema pactual característico del período tardojustiniano a una postura de abierta beligerancia<sup>3</sup>.

La ideología oficial emanada de la corte estaba en sintonía con los reajustes financieros. Durante los últimos años del reinado de Justiniano, los grupos de presión adversos al pago

de annonae, particularmente el cubiculum, la aristocracia latifundista y los financieros de la capital, principales afectados por el sistema, habían ido desarrollado una concepción de la dignidad imperial incompatible con dicha política. Agrupados en torno a Justino y Sofía, tacharon como actitud impropia de un emperador romano el pagar subsidios a pueblos bárbaros a cambio de su lealtad. En el panegírico compuesto por Coripo con motivo de la coronación de Justino y Sofía se deja claro que la sagrada misión del basileus, a quien "el Hacedor de todo ha encargado el gobierno de lo que El creó", era hacer resplandecer el poderío de Roma en medio de los pueblos e imponer la paz por la fuerza de las armas, si ello era necesario. Prueba de que estas formulaciones teóricas se habían gestado hacía ya tiempo, es que el 21 de noviembre de 565, apenas llegado al trono, Justino II despidió sin atender sus peticiones a una embajada de los ávaros, que demandaba la renovación del acuerdo pactado con Justiniano, y la continuidad del pago de annonae. Poco después, rehusó abonar los subsidios que su tío había acordado entregar a los árabes aliados de Persia, y recibió con frialdad a los embajadores de Cosroes, que habían acudido a Constantinopla, con el propósito de tratar una disputa sobre límites territoriales<sup>4</sup>.

Los primeros efectos de la nueva política financiera sobre los sistemas defensivos del Imperio se dejaron sentir, casi de manera inmediata, en el limes más débil, el danubiano. Hacia 565 las tierras del Danubio se hallaban ocupadas por lombardos, gépidos y ávaros. Justiniano había utilizado a los lombardos en sus campañas italianas contra los ostrogodos, para, más tarde, lanzarlos contra los gépidos, que, 30 años antes, habían ocupado la Pannonia Secunda, apoderándose de las ciudades de Sirmium (Mitrovitza) y de Singidunum (Belgrado). En 566, los gépidos, incapaces de hacer frente por sí solos a la presión lombarda,

solicitaron la ayuda de Constantinopla. El gobierno imperial, considerando que los gépidos constituían una amenaza menor para sus intereses en la región que los lombardos, accedió a sus demandas de auxilio, aunque a cambio exigió la restitución de Sirmium. En principio, los gépidos asumieron este compromiso. No obstante, cuando los refuerzos enviados por el emperador se personaron en la Pannonia, los bárbaros se negaron a entregar la plaza; por lo que los bizantinos decidieron retirarse, permitiendo que una coalición de lombardos y ávaros destruyese el reino gépido. Los ávaros, establecidos desde hacía algún tiempo entre las cuencas del Theiss y el Danubio, en los límites del Noricum, se adueñaron ahora el territorio gépido, tomaron posesión de Sirmium y exigieron, nuevamente, el pago de subsidios al Imperio. Justino, que deseaba recuperar Sirmium, se negó a reconocer la ocupación de la zona y, en consonancia con los dictados de su política financiera, rehusó abonar las annonae requeridas por los bárbaros. Poco después, éstos emprendían una serie de acciones depredatorias contra Dalmatia y las Thraciae. Finalmente, en 571 el gobierno de Constantinopla se vio obligado a claudicar y firmó un pacto con los ávaros, en virtud del cual se reconocía su establecimiento en los antiguos territorios gépidos, exceptuando Sirmium, que debía retornar al Imperio<sup>5</sup>.

Pero la consecuencia más grave de la destrucción del reino gépido y de las negativas de Constantinopla a pagar subsidios a los ávaros, no se hizo sentir en los Balcanes, sino en Italia. A comienzos de la primavera de 568, los lombardos, empujados por el avance de los ávaros en guerra con Bizancio, forzaron el limes de Friul y penetraron en la Península, bajo la dirección de su rey Alboin (568-572). Les acompañaban grupos de gépidos, búlgaros, sármatas, suevos, turingios, bávaros, sajones, taifales y provinciales romanos de las Pannoniae. El ejército imperial no salió a su encuentro, ya que la mayor parte de las

fuerzas de campaña habían sido trasladadas a los Balcanes para combatir a los ávaros. Sin embargo, las guarniciones urbanas resistieron por bastante tiempo atrincheradas tras los muros de las ciudades, transformando la conquista lombarda de Italia en un lento proceso. A lo largo de 568, los bárbaros se apoderaron de casi toda Venetia, con excepción de la costa adriática. Sin duda, Alboin abrigaba la esperanza de ocupar el lugar de los ostrogodos y establecer su corte en Ravenna, pero ante la imposibilidad de marchar sobre esta plaza, al año siguiente, se adentró en la llanura del Po hasta alcanzar el interior de la Emilia. Mediolanum cayó en sus manos el 3 de septiembre de 569. Aunque la ciudad se hallaba muy degradada, conservaba aún intacto su prestigio como antigua residencia imperial y sede ocasional de la corte de Teodorico, por lo que el monarca lombardo comenzó a contar los años de su reinado como dominus Italiae a partir del día de la toma de esta plaza. La resistencia bizantina en el norte de Italia se organizó en torno a Ticinum, que sostuvo un cerco de tres años, y no fue capturada hasta 572. Con todo, la ciudad no llegaría a convertirse en capital del reino lombardo hasta 626, ya que Alboin decidió instalar su corte en Verona<sup>6</sup>.

El avance de los lombardos a través del norte de Italia comportó el abandono de los campos por parte de los cultivadores y la extensión del hambre entre las poblaciones latinas refugiadas en las ciudades. De la mano del hambre vinieron las epidemias, entre las que destacó la de peste bubónica del año 571, que desde la Liguria pasó a las Galias, llegando hasta el territorio de los alamanes y los bávaros. Poco después de la toma de Ticinum, Alboin caía asesinado, víctima de una conjura nobiliaria liderada por su propia esposa, la reina Rosamunda. Su sucesor, Cleph, corrió la misma suerte en 574, a mano de uno de sus pajes. Durante la siguiente década, los lombardos no eligieron rey, sino que permanecieron divididos en



una treintena de grupos, liderados por caudillos guerreros, los duces. Este hecho ralentizaría todavía más la conquista de Italia<sup>7</sup>.

La situación en el norte de África no era mucho mejor. Aunque, a comienzos del reinado de Justino II, ciertas regiones de la praefectura, especialmente la provincia de Zeugitana, habían recuperado parte de su antigua prosperidad, la amenaza beréber continuaba exigiendo un importante esfuerzo económico por parte del Imperio; ya que no sólo era necesario sufragar los gastos que ocasionaba el mantenimiento del limes, sino también el pago de los subsidios acordados por Justiniano con los caudillos mauros.

En la primavera de 569, el territorio bizantino fue invadido por una confederación tribal liderada por el príncipe mauro Garmul, quien sembró la devastación en la Mauritania Prima, la Numidia y Byzacium. Ignoramos qué razones impulsaron a este soberano a alzarse contra el poder de Constantinopla. De todos modos, no puede descartarse la posibilidad de que su agresión estuviese motivada por una negativa del Imperio a pagar los subsidios estipulados en los pacta. El praefectus praetorio Teodoro, viendo peligrar la seguridad de la Zeugitana, salió al encuentro del enemigo, pero no pudo contenerle. Sus tropas fueron derrotadas por los beréberes y él mismo halló la muerte en el campo de batalla. Al año siguiente, el magister militum Africae Teoctisto pereció en un segundo intento fallido de poner coto a las rapiñas de Garmul. Amable, su sucesor en el magisterium militiae, corrió idéntica suerte en el verano de 571. La violencia de la contienda, que por entonces entraba en su tercer año, debió desencadenar una oleada de refugiados. Entre ellos parece contarse el abad Donato y su comunidad, de 70 monjes, que embarcaron rumbo a la Península Ibérica, llevando consigo su rica

biblioteca<sup>8</sup>.

Pero donde la nueva política financiera de Justino y Sofía tuvo repercusiones más graves y duraderas fue en el limes oriental. Desde los primeros tiempos de la corregencia, el gobierno de Constantinopla había intentado proyectar su influencia sobre la Armenia persa y la región del Cáucaso, territorios que revestían un especial interés estratégico y constituían una fuente de recursos humanos para el ejército bizantino. Las autoridades imperiales sabían que a no tardar mucho se reanudarían las hostilidades con Persia, ya que las dificultades financieras por las que atravesaba el estado no permitían hacer frente al desembolso periódico de oro previsto en el tratado de 562. En tanto llegaba ese momento, Bizancio consideraba preciso tomar posiciones, a fin de evitar que el estallido de la guerra le sorprendiese en una posición de inferioridad.

Aconsejado por sus generales, Justino II estableció pactos con los iberos, con los armenios sometidos al yugo persa, y con los turcos occidentales, cuyo Imperio se extendía desde las fronteras de China hasta la Transoxiana. Estas alianzas generaron alarma en Ctesiphonte, ya que se temía, no sin razón, que Constantinopla se dispusiese a denunciar el tratado de 562. De acuerdo con las condiciones pactadas entonces, Justiniano había pagado por adelantado siete años de subsidios, y en 568, Justino hizo efectivas las cantidades correspondientes a otros tres. Pero cuando transcurrido este período, llegó el momento de volver a abonar el siguiente trienio, el gobierno imperial rehusó hacerlo, provocando la ruptura de hostilidades en la frontera. Las primeras acciones, que se desarrollaron a partir de 572, estuvieron supervisadas por el patricio Marciano, pariente del emperador Justino, que fue nombrado magister utriusque militiae

per Orientem y recibió ordenes de penetrar con sus tropas en la Arzanena, satrapía situada en el límite meridional de la Armenia persa. Marciano avanzó, sin encontrar resistencia digna de consideración, hasta la estratégica plaza de Nisibis, a la que puso sitio. Mientras tanto, otro ejército bizantino, al mando del general Justiniano, sobrino-nieto de Justino I, se adentraba en el nordeste de Armenia, apoderándose de Dvin. En respuesta a la agresión, las fuerzas de Cosroes invadieron Siria, y tras saquear Apamea, cuya población fue reducida al cautiverio, retornaron a sus fronteras. En el transcurso de los siguientes meses, los persas lograron levantar el asedio de Nisibis, y el 15 de noviembre de 573 entraban triunfantes en la ciudad bizantina de Dara<sup>9</sup>.

---

La pérdida de esta importante plaza unida al progresivo deterioro del estado de salud mental de Justino II obligó al gobierno de Constantinopla, presidido ahora por la emperatriz Sofía con el respaldo del comes excubitorum Tiberio, a concluir una tregua con Persia. Por otra parte, un nuevo brote de peste bubónica, que causaba estragos en la mitad oriental del Imperio, afectando a Constantinopla y Antioquía, aconsejaba llegar a un acuerdo inmediato con el Gran Rey. A cambio de la entrega de 45.000 sueldos, el monarca Sasánida se avino a firmar el armisticio. Poco después, el 7 de diciembre de 574, aprovechando un intervalo de lucidez de Justino, Sofía hizo que éste adoptase como hijo y proclamase César a Tiberio, quien recibió el nombre de Flavio Anicio Tiberio Constantino. Aquel mismo día cesó el azote de la peste en Constantinopla, lo que se tuvo por buen augurio. Tiberio, de origen tracio, era miembro del círculo íntimo de Justino y Sofía. Había tomado contacto con ellos hacia 562, siendo apenas un adolescente, cuando entró al servicio de la corte, como notarius del officium del cura palatii, cargo que, a la sazón ocupaba Justino. En los últimos

años del reinado de Justiniano, el joven alcanzó la comitiva excubitorum, avalado por su protector Justino y por el eunuco Calínico. Sofía, al elevar a Tiberio al cesariato, contemplaba la posibilidad de continuar gobernando el Imperio a su lado, en caso de que Justino falleciese repentinamente. Un oportuno matrimonio con el joven César, tras su coronación como Augusto, resolvería cualquier dificultad. No en vano, el camino a seguir estaba trazado por la boda de Pulqueria, hermana de Teodosio II, con Marciano y por la de Ariadna, viuda de Zenón, con Anastasio<sup>10</sup>.

Desafortunadamente para Sofía, poco después de la proclamación de Tiberio, se descubrió que el César no sólo estaba casado en secreto con una tal Ino, sino que de esta unión habían nacido tres hijos. La emperatriz, convencida de que lograría la disolución del matrimonio, no permitió el acceso de Ino al Sacrum Palatium, durante los cuatro años que Tiberio ostentó la dignidad de César, por lo que la esposa y los hijos de éste tuvieron que instalarse en el palacio de Hormisdas, adonde Tiberio acudía por las noches de incógnito para visitarlos. Ante el fracaso de estas medidas de presión, Sofía propuso al César que, tras la muerte de Justino, se casara con ella o, si lo prefería, con su hija Arabia. Pero Tiberio rechazó ambas ofertas. A diferencia de Marciano y Anastasio, había sido investido César por el emperador reinante, y no necesitaba legitimar su autoridad contrayendo matrimonio con un miembro de la familia imperial. Por otro lado, es muy probable que deseara librarse de la tutela política del círculo de Sofía, quien, despechada, hubo de contentarse con prohibir a las damas de la corte acudir a presentar sus respetos a la esposa del César<sup>11</sup>.

A la pérdida de Dara y a las luchas entre dos facciones cortesanas por el control del poder supremo venían a

sumarse, como elemento desestabilizador, los conflictos religiosos entre el gobierno de Constantinopla, defensor de la ortodoxia oficial, y la población monofisita de las provincias orientales, que, por otra parte, era la que habitualmente sufría las consecuencias directas de las guerras con Persia.

Durante los primeros años de la corregencia de Justino y Sofía, los sectores dirigentes del gobierno imperial pusieron en práctica una política religiosa orientada a la conciliación, en abierta ruptura con los métodos coercitivos empleados por Justiniano en los últimos tiempos de su reinado. No hay que olvidar que la propia emperatriz, educada en la corte de su tía Teodora, había profesado el monofisismo en su juventud. Convertida a la ortodoxia en torno a 560, a fin de allanar el camino de su marido al trono, sin duda, era partidaria de acabar con las persecuciones dirigidas contra sus antiguos correligionarios. En 567, Justino, a semejanza de Zenón, promulgó un Henotikon o edicto de unión, que, en realidad, no era más que una reedición de las formulas dogmáticas elaboradas en época de este último emperador. Se añadía a ellas una condena expresa de los Tres Capítulos, evitando cuidadosamente hacer mención al Concilio de Calcedonia, y se llamaba del destierro a los obispos y clérigos monofisitas exilados por Justiniano. Acto seguido, se convocaron una serie de conferencias, a fin de que los líderes de las principales sectas en que se hallaba escindido el monofisismo ratificasen el decreto. Pero, a la larga, se probó que este no era el camino adecuado para alcanzar el consenso, ya que los encuentros fomentaban la disensión. Ante el fracaso de la vía conciliar, en 571, Justino publicó un segundo Henotikon, en el que, sin anatematizar el credo de Calcedonia, se admitía "la naturaleza una del Logos hecho carne" y se establecía que la distinción entre las dos naturalezas de Cristo era de carácter puramente mental. La nueva formula de fe, aceptada previamente

por los representantes de las facciones monofisitas más destacadas, se impuso de manera compulsiva a toda la población del Imperio, dando lugar al inicio de una nueva persecución contra todos aquellos otros grupos monofisitas que se habían negado a aceptarla<sup>12</sup>.

Cuando en diciembre de 574 Tiberio asumió la dignidad de César la situación en Oriente era bastante grave. Justino había perdido completamente la razón y Sofía, recurriendo a subterfugios, intentaba perpetuarse en el poder; Dara, pieza clave en la organización defensiva de la frontera oriental, estaba en manos de los persas, con los que no había quedado más remedio que firmar una humillante tregua, abonando los subsidios atrasados; la peste devastaba el Imperio y las poblaciones monofisitas no sentían el menor asomo de lealtad hacia un estado que condenaba su fe, perseguía a sus líderes religiosos y reclamaba con apremio el pago de impuestos.

#### 1.1.2. La llegada de Leovigildo al trono visigodo y el desmoronamiento de la ficción legitimista.

Fue durante la corregencia de Justino y Sofía, cuando la realeza visigoda adoptó, de manera definitiva, la postura de negarse a reconocer la supremacía de la potestad imperial. Esta ruptura de la base sobre la que, a todas luces, descansaban los pactos firmados por Justiniano con Atanagildo, estuvo acompañada del estallido de hostilidades entre Toledo y Constantinopla, que propiciaron la expansión territorial del reino visigodo a costa de los dominios imperiales en la Península Ibérica.

Después de 15 años y 6 meses de reinado, a contar desde su pronunciamiento en Hispalis, Atanagildo falleció en Toledo, a comienzos del verano de 567. No parece que dejase

ningún hijo varón, al menos nacido de su esposa Gosvinta, pues de haberlo tenido, lo más seguro es que ésta le hubiese encumbrado al trono sin ninguna dificultad, apoyándose en la poderosa clientela de su extinto marido. Curiosamente, la muerte de Atanagildo fue seguida de un interregno de cinco meses, fenómeno singular en la historia de la monarquía visigoda, que hasta aquel momento se había caracterizado por una gran celeridad en materia de sucesiones. Este hecho nos induce a pensar que en el interior reino se estaban produciendo graves desacuerdos nobiliarios sobre quién era el candidato idóneo para ceñir la diadema. A fines de 567, de manera inesperada y cuando la situación llevaba visos de prolongarse indefinidamente, Liuva, dux provinciae Narbonensis, fue proclamado rey en Narbo por los magnates locales<sup>13</sup>.

La elección del nuevo soberano respondía a intereses coyunturales de la Narbonensis, un área periférica, bastante alejada de Toledo, y expuesta a la constante amenaza de una invasión franca. No existe indicio alguno que nos permita suponer que, con anterioridad a 569, la potestad regia de Liuva I (567-571) haya sido reconocida en territorio peninsular. A decir verdad, es probable que, durante los primeros tiempos de su reinado, la corte de Toledo le haya considerado un usurpador. Como veremos, sólo después de una serie de largas y complicadas negociaciones con Gosvinta, viuda de Atanagildo, lograría ver legitimada su autoridad, y esto a costa de renunciar al ejercicio personal de la misma en Hispania.

En el transcurso del año 569, Liuva designó sucesor a su hermano menor Hermenegildo, asociándole al trono. Inmediatamente, y a lo que parece compelido por el acuerdo que acababa de sellar con la casa de Atanagildo, dividió el gobierno territorial, reservando para sí el de la Narbonensis y confiando

el de Hispania a Leovigildo. Desde luego, la decisión de Liuva no sólo pretendía satisfacer las exigencias de la corte de Toledo, sino también dar respuesta a las demandas del grupo aristocrático que había apoyado su ascenso al trono, y que, ante la constante amenaza de invasión franca, sin duda, reclamaba que el monarca permaneciese en la Narbonensis. No en vano, hacia 567-568, la confusión reinante en el sur de la Galia merovingia, era motivo de inquietud para la nobleza goda. Por estas fechas, el rey Sigeberto de Metz (561-575) marchó sobre Arelate, ciudad perteneciente a los dominios de Gontram de Borgoña (561-592), quien salió a su encuentro, logrando derrotarle en el campo de batalla. Acto seguido, Sigeberto firmó una alianza con Gontram, en virtud de la cual obtuvo la colaboración de éste, para atacar a Chilperico de Soissons (561-584), quien había aprovechado el conflicto entre ambos para ocupar Tours y Poitou, plazas pertenecientes al reino de Sigeberto. Sin duda, el ataque de éste último soberano contra Arelate, ciudad situada en las inmediaciones de la frontera visigoda, convencieron a Liuva de la necesidad de permanecer en la Narbonensis, a fin de evitar una posible irrupción del enemigo<sup>14</sup>.

La asociación al trono de Leovigildo permitió a Liuva concentrar toda su atención en las dificultades por las que atravesaba la Narbonensis, sin por ello desentenderse de los conflictos peninsulares. Su hermano Leovigildo se encargaría de restablecer la autoridad regia y el prestigio de la monarquía gótica en las provincias de Hispania. Sin embargo, todo ello habría sido imposible de no haberse alcanzado un consenso previo con los grupos aristocráticos dominantes en Toledo. Las fuentes suelen asociar la entronización de Leovigildo a su enlace matrimonial con la reina Gosvinta, acontecimientos que se produjeron en el transcurso del mismo año, seguramente, con escasas semanas de diferencia. Como ya hemos señalado, tras la



muerte de Atanagildo, la poderosa fuerza política que representaba la clientela del extinto monarca cerró filas en torno a su viuda, convirtiéndola en líder de la misma. En tales circunstancias, la unión de Leovigildo y Gosvinta constituye la prueba más palpable de la existencia de un acuerdo entre la nobleza vinculada a la casa de Atanagildo y la aristocracia subgálica fiel a Liuva, a fin de situar a un miembro de la familia de este último al frente de los destinos de las provincias hispánicas del reino visigodo<sup>15</sup>.

Las ventajas derivadas de tan notable alianza para la casa de Liuva resultan obvios. No obstante, cabría preguntarse por qué razón, después de casi dos años de extrañamiento, la corte de Toledo aceptó llegar a un compromiso con la nobleza de la Narbonensis. Evidentemente, las amenazas a la seguridad de esta provincia no pesaron decisivamente en el ánimo de Gosvinta y su círculo. Al fin y al cabo, se trataba de una región periférica, muy alejada del epicentro político del reino visigodo. Sólo a la luz de las primeras actuaciones militares de Leovigildo como rey, es posible dilucidar los verdaderos motivos que impulsaron a la viuda de Atanagildo y sus fieles a recibir como soberano a un miembro de la casa de Liuva. Curiosamente, todo apunta hacia la inestabilidad del poder visigodo en la Baetica, donde los partidarios de Gosvinta tenían importantes intereses, como factor causal<sup>16</sup>.

De acuerdo con Juan de Biclazo, la principal labor de Leovigildo consistió en restaurar el reino visigodo a sus antiguas fronteras, apagando la llama de las rebeliones que habían estallado en tiempos de Agila y Atanagildo. Sin embargo, las primeras acciones militares que emprendió el nuevo soberano, no estuvieron dirigidas contra ningún núcleo de insurgencia, sino contra la provincia bizantina de Spania. Este hecho resulta

especialmente significativo. La reciente ocupación de Hispalis por las fuerzas de Atanagildo aconsejaba aplastar, a renglón seguido, la insurrección de Corduba, restableciendo, de este modo, la autoridad de la monarquía visigoda sobre todo el valle del Guadalquivir. Sin duda, Leovigildo reconocía la urgencia de acabar con la revuelta aristocrática, como lo demuestra su actuación contra Corduba, apenas hubo concluido las campañas bizantinas. No obstante, antepuso la lucha contra los imperiales. De lo que se desprende que hacia 569 las relaciones entre Constantinopla y Toledo se habían deteriorado hasta el punto de amenazar con una ruptura violenta. Puesto que la clientela de Atanagildo difícilmente hubiera admitido que una mujer dirigiese las operaciones bélicas, se imponía la necesidad de encontrar un jefe militar capaz de enfrentarse con éxito a las fuerzas romanas y de compartir el trono con Gosvinta. En tales circunstancias, la reina debió rehusar contraer matrimonio con un miembro de su clientela, a fin de evitar que se desencadenasen luchas de poder en el seno de la misma, y prefirió llegar a un acuerdo con la casa de Liuva, poniendo término a las disensiones existentes entre Toledo y Narbo<sup>17</sup>.

Tras la boda de Leovigildo y Gosvinta, seguramente celebrada en Toledo durante la segunda mitad de 569, se iniciaron los preparativos de la campaña contra los bizantinos. Según Juan de Biclario, que es quien nos ha dejado detallada cuenta de las operaciones militares, en 570, Leovigildo "devastó lugares que pertenecían a las ciudades de Basti y Malaca, tras rechazar a los soldados bizantinos"<sup>18</sup>.

El ataque sobre la Bastetania se explica en razón de su elevado valor geoestratégico con respecto al conjunto de Spania. No en vano, se trataba de la zona que ponía en contacto las regiones levantina y bética de la provincia. A juicio de M.

Vallejo Girvés, la continuación de la campaña hacia Malaca ratifica este supuesto, que, a su vez, trasluce el carácter prioritario que se concedía al control de los territorios imperiales de la antigua Baetica, considerándose secundaria la conquista de la Carthaginiensis marítima<sup>19</sup>.

Con todo, los resultados de la expedición fueron más bien modestos. De la información que nos transmite Juan de Biclario podríamos deducir que Leovigildo saqueó el territorium de las ciudades de Basti y Malaca, pero que no logró tomarlas. Sin embargo, uno de los obispos que suscribe las actas del III Concilio de Toledo de 589 es Teodoro de Basti, por lo que resulta incuestionable que los bizantinos perdieron la plaza con anterioridad a esta fecha<sup>20</sup>. Puesto que tras la campaña de 570 no se conserva testimonio que avale la hipótesis de nuevas operaciones militares visigodas en la zona, lo lógico es deducir que Leovigildo no sólo atacó las regiones próximas a Malaca y Basti, sino que se además consiguió ocupar esta última ciudad, sentando las bases de un limes frente al Imperio, inexistente en época de Atanagildo, y que, a partir de ahora, se apoyará en: Iliberris, Acci y Basti<sup>21</sup>.

Puesto que la moneda era empleada habitualmente como vehículo de propaganda política por los gobernantes de la época, la numismática se convierte en nuestra herramienta más útil para desentrañar el valor asignado por el gobierno de Toledo a esta primera campaña de Leovigildo contra los bizantinos. Resulta rebelador comprobar como las primeras acuñaciones de Leovigildo, datadas en 569, adoptan el modelo de las de sus predecesores. En la cara el anverso aparece el retrato del emperador de Bizancio, en este caso Justino II, con su leyenda correspondiente, y la del reverso, una victoria acompañada por la leyenda LIVVIGILDI REGIS CONOB. Pese a las tensiones que, sin duda, existían entre Toledo

y Constantinopla, Leovigildo inició su reinado reconociendo el carácter superior de la potestad imperial y, por tanto, propiciando un clima de entendimiento con Bizancio. Sin embargo, casi de manera inmediata, introdujo una importante reforma monetaria, con el ánimo de poner término al caos financiero reinante en los últimos años de Atanagildo, y, al mismo tiempo, manifestar oficialmente su ruptura con la jerarquía imperial y la ficción de la supremacía de la autoridad del basileus. En la cara del anverso de estas monedas aparece la efigie del monarca visigodo portando los atributos imperiales, a saber, la diadema perlada o stemma y la clámide de púrpura. La leyenda reza D. N. LIVVIGILDUS REX, empleando, pues, el tratamiento imperial Dominus Noster<sup>22</sup>.

Esta representación nos remite a una cita efectuada por Isidoro, en la que nos refiere cómo Leovigildo hizo uso de la etiqueta de la corte bizantina en el palacio de Toledo:

"Fue el primero que se presentó ante los suyos en solio, cubierto de la vestidura real; pues antes de él, hábito y asiento eran comunes para el pueblo y para los reyes"<sup>23</sup>.

Sin embargo, la información de Isidoro no debe malinterpretarse. De acuerdo con Sidonio, Teodorico II, a mediados del siglo V, ya hacía uso del solio en el salón de audiencias de su palacio de Tolosa. El recinto se hallaba separado del aula por una cancela y cortinajes, haciéndose cargo de su custodia el comes armiger, jefe de la guardia de corps, junto a algunos miembros de la misma. En los banquetes oficiales, se comía en vajillas de oro y plata labradas, los triclinios se engalanaban con cobertores de púrpura y la mesa se vestía con manteles del mismo color. Los días festivos, se acostumbraba a

utilizar el blanco. Todo igual que en el Sacrum Palatium de Constantinopla. Incluso los mancebos que servían el vino y los manjares debían acomodar sus maneras a la etiqueta de la corte de Oriente. Por otra parte, el dictado de Dominus Noster ya había sido empleado por anteriores monarcas visigodos como Teudis y Atanagildo<sup>24</sup>.

Teniendo en cuenta estos datos, la referencia de Isidoro a Leovigildo como el primer monarca visigodo que se presentó "ante los suyos" (inter suos) en el solio, ataviado con la indumentaria de los emperadores romanos, debe entenderse en un sentido muy distinto al que habitualmente se le ha venido dando. Según M. McCormick, cuyo juicio compartimos, los monarcas visigodos habrían hecho uso del ceremonial y las insignias imperiales ante la aristocracia romana, desde los tiempos de Teodorico II, aunque sólo a partir del reinado de Leovigildo habrían situado a la nobleza goda al mismo nivel que la romana, obligándola a someterse a la exigencias de los rituales cortesanos y, por tanto, avanzando un paso más en la línea de integración entre ambas élites<sup>25</sup>.

Juan de Biclario señala que, tras las operaciones de 570, Leovigildo "regresó al solio vencedor" (victor solio reddit)<sup>26</sup>. Del empleo del verbo latino reddere, se desprende que el soberano hacía ostentación de toda la parafernalia del protocolo oficial de la corte de Constantinopla antes del inicio de la campaña. Por nuestra parte, consideramos altamente probable que la observancia del mismo se haya impuesto a la aristocracia goda, coincidiendo con el abandono de toda esperanza de conciliación con el Imperio y el comienzo del reclutamiento de tropas a fin de combatir a las fuerzas bizantinas. No olvidemos que en 569, Leovigildo había acuñado moneda con la efigie de Justino II, mientras que en 570 lo hará con la suya propia,

investida de los ornamentos imperiales. Esta última emisión de numerario debió efectuarse con el propósito de pagar al ejército que iba a participar en la campaña; pero, al mismo tiempo, sirvió de vehículo de propaganda a las reformas de Leovigildo, que, de este modo, expresaba su voluntad de concentrar a la nobleza germana y romana en torno a la monarquía goda, sucesora legítima del Imperio en Hispania. Ahora bien, las necesidades derivadas de la financiación de la guerra contra Bizancio no sólo exigían una reforma monetaria, sino toda una reorganización financiera. Las fuentes no nos proporcionan datos minuciosos sobre la misma. Sin embargo, nos indican que el soberano pudo llenar de nuevo las arcas del erario, gracias a la persecución y confiscación de bienes de aquellas familias de la nobleza opuestas a su autoridad<sup>27</sup>.

Es de destacar que la ruptura de Leovigildo con Constantinopla se produjo en una coyuntura especialmente delicada para Bizancio, ya que, como se recordará, la política de supresión del pago de subsidios a los pueblos bárbaros, puesta en práctica bajo la corregencia de Justino II y Sofía, provocó serios conflictos en todas las fronteras del Imperio. De hecho, no se puede descartar la posibilidad de que, tras la muerte de Atanagildo, el gobierno de Constantinopla haya rehusado atender a las cláusulas del pacto firmado por Justiniano, provocando el rápido deterioro de las relaciones con Toledo, que indujo a Gosvinta a llegar a un acuerdo con Liuva. Prueba de que Bizancio propició la ruptura, es que no se vio sorprendido por la reacción visigoda. Según Juan de Biclario, fuerzas imperiales debieron ser rechazadas (repulsis militibus) antes de que las operaciones militares visigodas pudieran extenderse a Basti y Malaca, lo que, a nuestro entender, demuestra que los bizantinos, conscientes del alcance de sus actuaciones, se hallaban preparados para hacer frente a la agresión<sup>28</sup>.

Pese a que los éxitos visigodos resultaron más bien poco significativos, el profundo sentido político otorgado por Leovigildo a la campaña de 570, le llevó a conmemorar sus éxitos en la Bastetania con un gran triunfo, celebrado a su regreso a Toledo, de acuerdo con la costumbre y los rituales empleados por los emperadores romanos<sup>29</sup>.

Al año siguiente, 571, el monarca visigodo dirigió sus esfuerzos contra la plaza fuerte de Asidona, que lograría ocupar, merced a la traición de Framidaneus, un personaje de origen germano, que abrió las puertas de la ciudad a las tropas enemigas, amparándose en las sombras de la noche. La guarnición imperial que custodiaba la plaza, sorprendida mientras descansaba e incapaz de reaccionar, fue masacrada por los soldados de Leovigildo<sup>30</sup>.

Es muy posible que la campaña contra la fortissima civitas de Asidona formase parte de un plan estratégico destinado a hacerse con el control de la calzada que, atravesando por esta plaza, conducía desde el estrecho de Gibraltar a Hispalis. Su caída en manos godas implica que Leovigildo dominaba ya la fortaleza de Sagontia, enclave situado al noroeste de Asidona, sobre la mencionada vía. En cualquier caso, la ocupación visigoda de ambas localidades no se prolongó demasiado. Asidona debió retornar a manos bizantinas antes de la celebración del III Concilio de Toledo en 589, ya que su obispo no asistió a esta asamblea, como tampoco lo hizo a la congregada en Hispalis a comienzos de noviembre de 590. Por lo que se refiere a Sagontia, sabemos que fue arrebatada a las fuerzas imperiales en tiempos del rey Witerico (603-610), circunstancia que apunta hacia una pérdida anterior por parte de los visigodos<sup>31</sup>.

Como puede observarse, las dos campañas de Leovigildo

contra los bizantinos se saldaron con resultados bastante mediocres. No obstante, permitieron sentar las bases un limes defensivo frente al Imperio, que alcanzaría su pleno desarrollo bajo el reinado de Recaredo. Por otro lado, el conflicto tuvo la virtualidad de poner en evidencia que Bizancio era el enemigo más poderoso con el que debían enfrentarse los visigodos. Así parece que lo entendió el propio Leovigildo, quien, en adelante, procuraría evitar la confrontación armada con ellos.

Mayor éxito obtendría, cuando en 572 decidiese dirigir su atención hacia la revuelta de Corduba, que aún no había sido sofocada desde su estallido, en tiempos de Agila, a pesar de las campañas de Atanagildo durante los últimos años de su reinado. El monarca visigodo ocupó la ciudad en plena noche, probablemente gracias a la traición de alguna facción de los defensores, y dio muerte a numerosos ciudadanos. Juan de Biclario señala que, tras la toma de Corduba, cabecera de la insurgencia, Leovigildo hubo de sojuzgar otros núcleos urbanos de la Baetica, que se habían sumado a la rebelión tras la derrota de Agila en 551, así como todos aquellos focos de resistencia que pervivían en el campo, sostenidos por los ejércitos privados de la aristocracia senatorial romana. Aún así, el proceso de sometimiento a la autoridad visigoda de las regiones autónomas de la Baetica, no quedaría completo hasta 577, año en que tuvo lugar la campaña contra la Orospeda, tema que abordaremos más adelante<sup>32</sup>.

Hasta aquí puede advertirse que, durante la corregencia de Liuva I y Leovigildo, los principales acontecimientos políticos acaecidos en el reino visigodo se desarrollaron en la Baetica. Esto no tiene nada de extraño, si tenemos en cuenta que desde la época de Teudis, todos los soberanos visigodos se había esforzado por hacerse con el control de esta provincia, una de las más prósperas y romanizadas de



Hispania, pero también la que contaba con una de las aristocracias locales más poderosas, partidaria de una gestión autónoma.

Aproximadamente hacia 572, y con toda probabilidad, poco después de la caída de Corduba, Liuva fallecía en la Narbonensis. En consecuencia, su hermano Leovigildo reunió todo el poder. Deseoso de perpetuar la corona en su estirpe y, aplicando el mismo método por el que personalmente había alcanzado el poder, Leovigildo decidió asociar al trono como consortes regni a sus dos hijos, Hermenegildo y Recaredo, habidos de una unión anterior a la que en aquellos momentos le ligaba a Gosvinta. La actuación del monarca se inspiraba directamente en la tradición de corregencias propia del Imperio, y muestra como la autonomía estatal del reino visigodo respecto a Constantinopla se construyó imitando el modelo que ésta ofrecía<sup>33</sup>.

Es absolutamente errónea la observación de Gregorio de Tours en el sentido de que la asociación al poder de Hermenegildo y Recaredo llevase aparejado un reparto de competencias territoriales. Sin duda, el turonense interpretó el acontecimiento, basándose en el proceder de los monarcas merovingios. De hecho, a la luz de las fuentes hispánicas, ni siquiera está claro que, en los primeros tiempos de la nueva corregencia, se asignase a los consortes regni la administración de una provincia. Más probable, a la luz de acontecimientos posteriores, es que el soberano constituyese una casa o domus para cada uno de sus hijos, dotándolas de una serie de bienes producto de las confiscaciones efectuadas entre la nobleza rebelde. Esto explicaría una referencia de Gregorio Tours, en la que se sugiere que, Leovigildo se sirvió de la asociación de sus hijos al trono para fortalecer el poder real, eliminando a sus enemigos, según sentencia bíblica, hasta no dejar "de éstos a

ninguno que orina contra la pared" (III Reg., XVI, 11)<sup>34</sup>.

## 1.2. Tiberio II Constantino.

### 1.2.1. La difícil sucesión de Justino II.

Según el cronista bizantino Teófanos, el 26 de octubre de 578, Justino II, sintiéndose morir, convocó al patriarca de Constantinopla, al Senado, al clero de Santa Sofía, y a todos los magistrados de la República, y, en su presencia, coronó Augusto al César Tiberio. Gregorio de Tours, contemporáneo de los acontecimientos, da una versión muy distinta de los mismos, basada, seguramente, en una obra griega que no ha llegado hasta nosotros, y de la que tampoco se hacen eco los cronistas bizantinos posteriores. De acuerdo con este texto perdido, hubo un plan destinado a librarse de Tiberio, antes de que fuese coronado Augusto. Cuando el César se preparaba para acudir al hipódromo, siguiendo el protocolo de la entronización imperial, le fue notificada la existencia de un complot en pro de Justiniano, hijo de Germano y sobrino nieto de Justino I. Al instante, Tiberio se dirigió a Santa Sofía, tomó al patriarca y volvió a palacio, donde en presencia de los altos oficiales de la corte vistió la púrpura, ciñó la diadema sobre sus sienes y tomó asiento en el solio. Aunque Gregorio de Tours no implica a Sofía directamente en la trama, su participación en ulteriores conspiraciones a favor de Justiniano, parecen avalar la hipótesis de que también estuvo envuelta en este caso. Por supuesto, el obispo monofisita Juan de Efeso, partidario de Tiberio II, silencia los sucesos que acabamos de referir<sup>35</sup>.

Nueve días después de la coronación, el 5 de octubre de 578, se producía el óbito de Justino II y Tiberio daba comienzo a su reinado en solitario. Enormemente popular, el

retrato que nos han legado los historiadores de la época sobre su persona corresponde, sin duda alguna, al del emperador ideal: joven, alto, hermoso, enérgico, valiente, bondadoso, caritativo, sabio y prudente. Como ya hemos visto, durante su cesariato, Tiberio se había ido desmarcando, paulatinamente, de la política que Justino II y Sofía habían ejercido entre los años 565 a 574. De tal modo, llegó a convertirse en el líder de la camarilla cortesana opuesta a la acción de gobierno del círculo de la emperatriz. Tras su coronación como Augusto, y, sin duda, presionado por los generales que le apoyaban, puso en práctica toda una serie de medidas contrarias a la política seguida por los ministros de Justino. En materia económica, se mostró pródigo en gastos. Renovó el pago de subsidios a numerosos pueblos bárbaros de la frontera, efectuó importantes donativos al ejército, a los funcionarios civiles y al pueblo de la capital, y disipó enormes sumas en obras de caridad y presentes a la Iglesia. Tan solo para conmemorar su advenimiento al trono, en 578, condonó los impuestos de todo un año, por medio de reducir en un 25% la tasación para las cuatro próximas indicciones, lo que, a la larga, provocaría graves problemas financieros al estado<sup>36</sup>.

Sus liberalidades le condujeron directamente al enfrentamiento con el círculo de la emperatriz Sofía, quien, en los últimos tiempos, se había visto relegada a un segundo plano en la vida pública, como consecuencia de la coronación de la esposa de Tiberio, que, tras acceder al solio con el nombre de Anastasia, se instaló en el Sacrum Palatium. Según parece, el detonante que provocó el estallido de las hostilidades en la corte, fueron los espléndidos donativos en oro al pueblo y los grandes espectáculos circenses celebrados con motivo de la inauguración del nuevo reinado<sup>37</sup>.

Gregorio de Tours, siguiendo la fuente griega contemporánea a la que más arriba hacíamos referencia, insiste en el carácter político de la disputa entre Sofía y Tiberio. De acuerdo con la versión que nos transmite, la viuda de Justino II reprochó al nuevo emperador haber reducido el estado a la pobreza, dilapidando en poco tiempo los recursos que a ella tantos años le había costado reunir. A lo que el piadoso Tiberio respondió: "Atesorad vuestras riquezas en el cielo, donde la polilla y el moho no consumen, y donde ladrones no entran y hurtan" (Mat., VI, 20)<sup>38</sup>.

Las relaciones entre las dos facciones en que se había escindido la corte de Bizancio, acaudilladas respectivamente por Sofía y Tiberio, se deterioraron hasta tal punto que, durante la vendimia de 578, se produjo una brusca ruptura. Aprovechando la ausencia del emperador, que pasaba las vacaciones en una de sus residencias suburbanas, Sofía dispuso la coronación del general Justiniano. Tiberio, informado de lo que se fraguaba a sus espaldas, regresó inesperadamente a Constantinopla, frustrando los planes de la Augusta. La investigación abierta a raíz del descubrimiento del complot, reveló que Sofía había estado substrayendo secretamente importantes sumas de los fondos de la domus divina, en beneficio de su propia casa, a fin de disponer de la liquidez necesaria para colocar la púrpura sobre los hombros de su candidato. En vista de lo sucedido, Tiberio decretó la confiscación de todas las propiedades de la soberana, asignándole únicamente una pequeña pensión anual. Además, la obligó a abandonar el Sacrum Palatium, y la confinó bajo custodia en el Palatium Sophiae, donde la emperatriz viuda había residido con su marido, antes de que éste alcanzase el trono. De este modo, Sofía se convirtió en chivo expiatorio del fallido golpe. Tiberio, que no deseaba enemistarse con la cúpula militar tomando represalias contra uno de sus más destacados miembros, atribuyó

toda la responsabilidad de los hechos a su antigua protectora y perdonó a Justiniano, a quien colmó de honores<sup>39</sup>.

El soberano no tenía más remedio que mantener satisfecho al alto mando del ejército, ganándose su lealtad con dádivas, ya que la defensa de las fronteras, amenazadas por los bárbaros, constituía, en aquellos momentos, la prioridad absoluta del estado. Consciente de que carecía recursos para luchar en todos los frentes abiertos por la política belicista de su predecesor, Tiberio decidió concentrar sus esfuerzos en la guerra contra Persia y consolidar su posición en Occidente y los Balcanes mediante acuerdos diplomáticos y pago de annonae.

Esta tendencia a recomponer, en la medida de lo posible, la situación existente a la muerte de Justiniano I, se pudo atisbar desde el mismo momento en que Tiberio fue designado César. En 575, con el propósito de afirmar la estabilidad de la frontera danubiana y la seguridad de la misma Constantinopla, firmó un pacto con los ávaros, otorgándoles un subsidio anual de 80.000 sueldos. Merced a este acuerdo, en 578 podría utilizarlos para contener a los eslavos, que habían invadido las Thraciae. De todos modos, la alianza no duró mucho. En 580, los ávaros pusieron cerco a Sirmium y exigieron que el Imperio les entregase la plaza. Tiberio rehusó; pero, dos años después, ante la imposibilidad de desprenderse de tropas para levantar el asedio, aceptó evacuar la ciudad, imponiendo como único requisito que se permitiera a la guarnición y a la población civil retirarse en paz. Por esta concesión hubo de desembolsar 240.000 sueldos, los atrasos del subsidio anual, que no pagaba desde que se produjera la agresión de los ávaros. Durante el asedio de Sirmium, los eslavos, aprovecharon la ocasión para penetrar y asentarse en los campos de Macedonia y Tracia<sup>40</sup>.

Si en los Balcanes se había impuesto una política pactual desde la proclamación de Tiberio como César, en Italia se continuó empleando la fuerza de las armas hasta su coronación como Augusto, en un intento desesperado por expulsar a los lombardos.

A comienzos de la primavera de 575, Tiberio envió un ejército a la Península. Pero el enemigo, mucho más numeroso, consiguió rechazarle, para, a continuación, ocupar toda la Liguria, excepción hecha de la franja costera, cuyo centro neurálgico, el puerto de Genua (Génova), se convirtió en baluarte de resistencia bizantina. Desde la Liguria, varias unidades lombardas avanzaron sobre los Alpes Cottiae, haciéndose con el control de los pasos de montaña, lo que inevitablemente las puso en contacto con los francos. Mientras, otros grupos lombardos marchaban a través de la Tuscia hasta alcanzar los Apeninos. No todos los hombres que participaron en esta aventura pretendían instalarse en la provincia, como se desprende de la actuación de los duces Faroaldo y Zoto, que decidieron cruzar la cordillera e internarse en el sur de Italia. El primero se instaló en Spoletium, desde donde trataría de interrumpir las comunicaciones entre Ravenna y Roma. El segundo prefirió acomodarse en Beneventum, a fin de hostigar tanto a la población de la Ciudad Eterna como a la de Nápoles. En 578, cuando parecía que la situación no podía ser más adversa para los intereses del Imperio, tropas lombardas se apoderaron de Classis, el puerto de Ravenna, cortando las comunicaciones de esta última ciudad con Roma. Ante la gravedad de la situación, el Senado decidió solicitar refuerzos a Constantinopla, mediante el patricio Panfronio, que, en aquellos momentos, se aprestaba a embarcar rumbo a Oriente, para hacer entrega del aurum oblativum, que los senadores debían pagar con motivo de la coronación del nuevo soberano. A las demandas de auxilio de Roma, Tiberio respondería

girando 216.000 sueldos (3.000 libras de oro), bien para que se contratasen los servicios de los duces lombardos, bien para comprar la alianza de los francos en contra de éstos<sup>41</sup>.

Si en Italia se optó, finalmente, por la vía pactual, en Africa se impuso el empleo de las armas. Decidido a acabar con la constante presión de los beréberes de Garmul, que continuaban sometiendo a saqueos periódicos el territorio imperial, Tiberio reunió tropas de refresco y las despachó rumbo a Cartago, bajo el mando de un enérgico oficial, Gennadio, a quien nombró magister militum Africae. El nuevo gobernador militar y su flamante ejército debieron hacerse a la mar, a comienzos del verano de 578. Les acompañaba el patricio Tomás, recientemente designado praefectus praetorio Africae, cargo que ya había ocupado con anterioridad, durante el último año del reinado de Justiniano. Apenas hubieron desembarcado, Gennadio se puso al frente del ejército y marchó contra los mauros, a los que aplastaría en el campo de batalla. El príncipe Garmul no sobrevivió a este encuentro. Cayó abatido por la mano del propio Gennadio. La paz había quedado restablecida en Africa y, salvo algunas tensiones posteriores, muy localizadas, se mantendría estable por largo tiempo, favoreciendo la recuperación económica de las provincias bizantinas<sup>42</sup>.

En el caso del frente oriental, Tiberio se vio obligado a alternar, e incluso simultanear, el uso de procedimientos diplomáticos con el de medidas de carácter estrictamente militar. La tregua firmada con Persia en 573, le permitió reclutar tropas, en todas las provincias del Imperio, a fin de restablecer las defensas de la frontera oriental. Pero necesitaba ganar más tiempo para que sus esfuerzos fructificasen. Por ello, en 574, apenas hubo sido proclamado César, entabló negociaciones con la corte de Ctesiphonte, a fin de obtener la

concesión de una prórroga sobre el plazo de la tregua. Cosroes estaba dispuesto a llegar a un acuerdo parcial, que garantizase la paz en Mesopotamia, donde sus sistemas de seguridad eran más débiles; no obstante, deseaba reanudar las hostilidades en el frente armenio. Con el propósito de forzar la ratificación de este acuerdo, a comienzos de la primavera de 575, sus tropas franquearon el Eufrates y, tras saquear los campos de Siria, pasaron a la Armenia Tertia. Cerca de Melitene, les salió al encuentro el magister utriusque militiae per Orientem Justiniano, quien les inflingiría una severa derrota, obligándolas a replegarse al otro lado del Eufrates. Aún así, el gobierno de Constantinopla decidió pagar los 30.000 sueldos que reclamaba Cosroes, y, de este modo, asegurar, al menos, la protección de Mesopotamia y Siria.

La firma del armisticio, fijado por tres años, permitiría a Tiberio concluir la reorganización del ejército del este. En 578, tocando ya el plazo a su fin, nombró magister utriusque militiae per Orientem a un joven general de 39 años, llamado Mauricio. Este había comenzado su carrera como notarius de Tiberio, en la época en que el futuro emperador todavía ocupaba el cargo de comes excubitorum. Cuando en 573, Sofía resolvió apoyarse en Tiberio para seguir gobernando el Imperio, éste confió a su antiguo secretario la función que él había ejercido hasta aquel momento. Hay que tener presente que Mauricio era un funcionario, no un soldado. Su brillante carrera, muy parecida a la de su protector, era la típica de un favorito imperial. Ahora bien, Tiberio puso a su disposición oficiales competentes y un ejército bien entrenado, con los que logró batir a los persas y penetrar en territorio enemigo, hasta las orillas del lago Van. Ante el avance bizantino, Cosroes optó por negociar. Su muerte, acaecida en 579, impediría que se concertase un nuevo tratado, ya que su hijo y sucesor Hormisdas IV (578-



590), estaba decidido a continuar la guerra. La vía de las armas se imponía en las relaciones de Bizancio con los Sasánidas<sup>43</sup>.

Si en política defensiva Tiberio intentó restablecer el sistema justiniano, alternando la firma de pactos con la organización de campañas militares, en materia religiosa optó decididamente por la paz. Así lo demuestra el hecho de que, apenas proclamado César, pusiese fin a las persecuciones desatadas a raíz de la publicación del segundo Henotikon de Justino. En 577 llamó del exilio a Eutiquio, patriarca de Constantinopla, desterrado en 565 por el emperador Justiniano, al haberse negado a respaldar los postulados aftartodocetas que mantuvo el emperador durante los últimos tiempos de su reinado. El aftartodocetismo, que predicaba la incorruptibilidad del cuerpo de Cristo sobre la Cruz, no había llegado a suscitar un nuevo cisma debido a la muerte del soberano, quien, al parecer, preparaba un decreto para imponerlo a todas las poblaciones del Imperio. La política religiosa de Tiberio, claramente favorable a los monofisitas, estuvo determinada por las necesidades militares del momento. La defensa de la frontera de Siria dependía, en gran medida, de los contingentes que aportaban los aliados árabes de confesión monofisita, y el gobierno de Constantinopla deseaba asegurarse su lealtad en el conflicto contra Persia<sup>44</sup>.

A principios de agosto de 582, el emperador Tiberio sintiéndose morir, a causa de una implacable disentería, pidió consejo a Sofía sobre quién debía sucederle. Ella recomendó a Mauricio, que aún estaba soltero. Gregorio de Tours, siguiendo de cerca a su informador oriental, señala que la emperatriz viuda propuso como candidato al célebre general, movida por la esperanza de convertirse en su esposa, y de tal modo recobrar el control del poder supremo. Una vez más, el propio Tiberio se

encargaría de frustrar los planes de Sofía. El 5 de agosto, durante la ceremonia en que Mauricio fue proclamado César, se anunció oficialmente su compromiso matrimonial con Constantina, la hija mayor de Tiberio. Al mismo tiempo, se hizo público el enlace de Carito, hija menor del soberano, con Germano Póstumo, descendiente de Justino I y de Teodorico el Amalo. Probablemente, esta última alianza respondía a la necesidad ganarse el favor de la poderosa casa de Justino, que durante décadas había estado vinculada al trono. Unos días más tarde, el 13 de agosto, Mauricio fue nombrado Augusto en el Tribunal de los Diecinueve Lechos, e investido con las insignias imperiales en presencia del patriarca de Constantinopla Juan el Ayunador (582-595), numerosos prelados, el Senado, los magistrados, y todos los funcionarios y miembros de la guardia de palacio. El quaestor Juan, en nombre de Tiberio, expuso las últimas voluntades del soberano: que Mauricio le sucediese y tomase por esposa a Constantina. Al día siguiente, Tiberio falleció en el palacio de Hebdomon, fuera de los muros de Constantinopla, adonde había sido trasladado en los últimos días. Tras sus exequias fúnebres, en las que el pueblo de la capital dio muestras exaltadas de dolor, se celebraron las bodas de Mauricio y Constantina. Un año después, la emperatriz dio a luz un hijo, el primer varón porfirogénito desde el nacimiento de Teodosio II, motivo por el cual se le impuso el nombre de este emperador. En la Pascua de 590 sería coronado Augusto. La continuidad de la dinastía estaba garantizada y Sofía quedaba definitivamente apartada del poder político<sup>45</sup>.

#### 1.2.2. Constantinopla ante la usurpación de Hermenegildo.

Tras la campaña de 571, el rey visigodo Leovigildo evitó volver a enfrentarse directamente con los bizantinos. Su actividad en el sur de la Península se concentró en sojuzgar los

últimos enclaves autónomos, controlados por la aristocracia local, y en consolidar una frontera política y militar frente al Imperio. Como ya vimos, en 572 aplastó la vieja rebelión de Corduba. Cinco años después, en 577, dirigió una campaña contra la Orospeda, región que puede localizarse entre las fuentes del Guadalquivir y el área oriental de Sierra Morena. De acuerdo con las crónicas, el monarca ocupó ciudades y fortalezas. Y, tras haber doblegado a la aristocracia local que las defendía, hubo de combatir una revuelta de campesinos, quienes, al parecer, habían aprovechado el conflicto para desligarse de sus obligaciones. Una vez más, las contradicciones entre las clases dirigentes, en este caso la monarquía visigoda y los notables locales, aparecen asociadas a rebeliones de grupos sociales subordinados<sup>46</sup>.

La ocupación militar de la Orospeda, facilitaría a Leovigildo la tarea de estructurar de un limes frente a los bizantinos, ya que, ahora, controlaba las dos calzadas estratégicas que llevaban de Castulum a Acci. Una de ellas, la que pasaba por Mentesa, Vinolis y Agatucci estaba en su poder desde la campaña contra Basti en 570. La segunda, que se dirigía a Acci a través de Tugia, Fraxinum y Bactara, acababa de caer en sus manos. Ambas vías confluían en Acci con la calzada que venía de Carthago Spartaria, pasando por Basti, y con otra que conducía a Malaca<sup>47</sup>.

Al año siguiente, 578, Leovigildo, siguiendo la tradición de los emperadores romanos, adoptada ya por los reyes vándalos, fundó una ciudad en la provincia visigoda de Celtiberia y le impuso el nombre de Recopolis, en honor de su hijo menor<sup>48</sup>. Esta fundación, que se localizó en el Cerro de la Oliva, junto a la actual Zorita de los Canes, entre los límites de la provincia de Guadalajara y la de Cuenca, se hallaría relacionada,

a juicio de M. Vallejo Girvés, con la organización de un limes visigodo frente a los bizantinos. Su ubicación en el alto valle del Tajo no sólo permitiría dominar el acceso a Toledo, capital del reino, sino también controlar las calzadas que se dirigían al sureste peninsular, dominado por los imperiales. El mismo hecho de que Recopolis estuviese dotada de importantes fortificaciones, parece avalar la hipótesis de que su función primordial consistió en servir como base operativa contra los bizantinos<sup>49</sup>.

La estabilidad de la obra de Leovigildo en la Baetica, no tardaría en verse seriamente comprometida por los propios problemas internos del reino visigodo. En 579, uno de los consortes regni, Hermenegildo, contrajo matrimonio con la princesa franca Ingundis, hija de Sigeberto de Metz y Brunequilda y, por tanto, nieta del difunto rey Atanagildo y de su mujer Gosvinta, ahora segunda esposa del monarca reinante, Leovigildo. En el transcurso del viaje desde Metz a Toledo, el cortejo de la joven prometida de Hermenegildo hizo un alto en la ciudad visigoda de Agatha, en la Narbonensis. El obispo Fronimio, titular de la cátedra local, instó a la princesa merovingia a permanecer firme en la fe católica y a rechazar el arrianismo. Al parecer, Leovigildo tuvo noticia de este suceso, y se sintió tan contrariado por el mismo, que adoptó la determinación de desterrar a Fronimio, en cuanto se presentase una ocasión favorable. En cuanto a Ingundis, convertida en esposa de Hermenegildo, hubo de enfrentarse a la presión proselitista de su abuela Gosvinta, que deseaba verla recibir el bautismo en la fe de Arrio. De acuerdo con Gregorio de Tours, la joven princesa, de apenas doce años de edad, rehusó acceder a las pretensiones de su abuela, que, en un arrebató de ira, la cogió por los cabellos, la arrastró por el suelo, la propinó una serie de patadas hasta hacerla sangrar y, finalmente, ordenó que se la

desnudase, para, a continuación, sumergirla en una piscina<sup>50</sup>.

Este último dato sobre la inmersión de Ingundis en una pila, se ha interpretado como una referencia velada a la celebración del bautismo de la princesa según el rito arriano. No hay que olvidar que el término "sumergir en una piscina" (piscinae inmergere) se emplea con frecuencia en los textos de la época, para describir el hecho material del bautismo. En cualquier caso, Gregorio de Tours, que escribe para lectores católicos, pretende destacar la oposición de la princesa a la consumación de la ceremonia, hecho que difícilmente podía conocer<sup>51</sup>.

Tras su matrimonio con Ingundis, Hermenegildo recibió de manos de su padre una provincia ad regnandum<sup>52</sup>. Probablemente, se tratase de la región de la Baetica que se hallaba bajo soberanía visigoda, ya que, concluidos los festejos nupciales, el príncipe y su esposa se instalaron en Hispalis, antigua residencia de los reyes Teudis, Teudisclo, Agila y Atanagildo. Al mantenimiento de esta corte debieron subvenir las propiedades confiscadas por Leovigildo a distintas familias de la aristocracia romana, tras sus victoriosas campañas meridionales, y, sin duda, también los dominios privados de anteriores monarcas, en especial los de Atanagildo, que había pasado la primera y la última parte de su reinado en la Baetica. Así pues, el príncipe Hermenegildo habría dispuesto de una auténtica domus, a la que se adscribiría un aula, integrada, como enseguida veremos, por destacados miembros de la clientela del abuelo de su esposa Ingundis. En cualquier caso, el hecho de que Leovigildo otorgase a su hijo poderes reales sobre un área recientemente sometida a la autoridad gótica, demuestra que el control de la monarquía toledana sobre la Baetica era aún débil y que las tendencias centrífugas de la nobleza local se

consideraban lo suficientemente peligrosas, como para recavar la presencia de un miembro de la familia real en la zona.

La elección de Hermenegildo para desempeñar este papel no se efectuó al azar. A través de su matrimonio con Ingundis, el joven príncipe había quedado vinculado a la casa de Atanagildo, que en aquellos momentos lideraba Gosvinta. La clientela del extinto soberano era particularmente numerosa en Hispalis, ciudad ligada a las principales efemérides de su linaje. No en vano, Atanagildo había sido proclamado rey en esta ciudad. Su hija Brunequilda, madre de Ingundis, debió nacer en la misma entre 550 y 555. En Hispalis fue donde Atanagildo resistió el empuje de las fuerzas de Agila, consiguiendo rechazarlas con ayuda de los bizantinos. Y de Hispalis salió para hacerse con el control de la totalidad del reino visigodo, tras el asesinato de su rival. La ausencia de la corte, que, tras este último acontecimiento, se trasladó a Toledo, favoreció a la incorporación de la ciudad y su entorno a la rebelión nobiliaria, que iniciada en Corduba terminó por extenderse a todo el valle del Guadalquivir. Pero poco antes de su muerte, Atanagildo había logrado recuperar la plaza mediante el empleo de las armas<sup>53</sup>. Sin duda, este hecho fue seguido del emplazamiento de una guarnición leal a los intereses de su casa, y del convenio de alianzas, basadas en lazos clientelares, con todos aquellos miembros de la aristocracia senatorial romana dispuestos a consensuar posiciones.

Es probable que la decisión adoptada por Leovigildo de enviar a su hijo a gobernar la Baetica, no fuera tan voluntaria como, en principio, pudiese parecer; sino que, en realidad, viniera a satisfacer las demandas de la poderosa clientela de Atanagildo, cuyos intereses en los territorios meridionales de la Península podían verse favorecidos con la

presencia de un príncipe vinculado por lazos matrimoniales a la casa de su antiguo señor. Sin lugar a dudas, la instalación de Hermenegildo e Ingundis en Hispalis fue saludada con entusiasmo por este grupo, en el que, a juzgar por lo que sabemos, debían integrarse elementos tanto de origen godo como romano. El mismo hecho de que el príncipe impusiese a su hijo el nombre del abuelo de su esposa, demuestra que se hallaba firmemente comprometido en la defensa de los intereses de la casa de Atanagildo. Según Juan de Biclario, fue el mencionado conjunto de notables, al que denomina "la facción de la reina Gosvinta", el que instigó y apoyó, desde los primeros momentos, la usurpación de Hermenegildo<sup>54</sup>.

Los motivos que provocaron el estallido de este conflicto han sido objeto de enconado debate historiográfico. Algunos estudios, partiendo de una lectura sesgada de los textos de Gregorio de Tours y Gregorio Magno, apuntan hacia el problema religioso como factor desencadenante de la tragedia: la conversión de Hermenegildo al catolicismo, promovida por el obispo hispalense Leandro, metropolitano de la Baetica, habría provocado la confrontación con Toledo y la escisión de la población del reino entre romanos nicenos, partidarios del príncipe rebelde, y godos arrianos, leales a su padre el rey. Ahora bien, de acuerdo con las fuentes hispánicas y en especial con Juan de Biclario, observador inmediato de los hechos, resulta difícil defender semejante interpretación. Nada permite suponer que en 579 existiese un sector de la aristocracia romana empeñado en ganar a Hermenegildo para la causa católica, y mucho menos que la insurrección dividiese a godos y romanos en función de su fe. L. Vázquez de Parga, primero en destacar el papel jugado por la factio Goswinthae en el desarrollo de los acontecimientos, rechaza de plano la posibilidad de que en sus orígenes la usurpación de Hermenegildo hubiese abrazado el estandarte del

catolicismo, algo que, a su entender, sólo habría ocurrido con posterioridad, en plena guerra contra su padre Leovigildo<sup>55</sup>.

Por nuestra parte, consideramos que la rebelión de Hermenegildo fue, ante todo, un conflicto entre facciones aristocráticas, nacido del enfrentamiento entre las dos casas que componían el clan real, la de Liuva, liderada por Leovigildo, y la de Atanagildo, dirigida por Gosvinta en Toledo y por Hermenegildo en Hispalis. Godos y romanos estuvieron presentes en ambos bandos, en la medida en que se hallaban vinculados a una u otra casa, y con absoluta independencia de la fe que profesasen los jefes de las facciones.

Para A. Isla Frez el detonante del conflicto pudo ser la negociación del matrimonio entre Recaredo y Riguntis, hija de Chilperico de Soissons, el asesino de la princesa goda Gailsuinta, hermana de Brunequilda y vástago de Atanagildo y Gosvinta. Esta alianza se inserta en la línea de aislamiento del reino de Orleans, que se venía desarrollando desde los tiempos de Liuva, a fin de proteger las fronteras de la Narbonensis, núcleo de origen de su casa y donde Leovigildo debía poseer grandes intereses<sup>56</sup>.

Gosvinta debió oponerse, desde el primer momento, a un matrimonio, que estrechaba lazos entre la familia de su marido Leovigildo y la del monarca franco responsable de la muerte de su hija Gailsuinta. El príncipe Hermenegildo, comprometido en la defensa de los intereses de la casa de Atanagildo, secundaría la actitud de la reina. Este clima de tensión se habría visto incrementado por las demandas de Brunequilda, que, sin duda, aprovecharía la ocasión para recordar a su madre los agravios que Chilperico les había sido inferido. De hecho, es posible que el viaje del obispo Elafio, embajador de la reina de Metz, muerto



de camino a Toledo a comienzos de la primavera de 580, no haya tenido otro propósito que avivar la llama de la contienda. Sea como fuere, lo cierto es que para entonces, en el interior del reino visigodo ya se había desatado el enfrentamiento entre las dos casas que componían el linaje real<sup>57</sup>.

En algún momento durante el verano o el otoño de 579, Hermenegildo se proclamó rey en Hispalis, atribuyéndose un poder soberano independiente sobre el territorio sometido a su autoridad<sup>58</sup>. Inmediatamente, hizo acuñar moneda propia, con la leyenda ERMENEGILDI REGI A DEO VITA. Esta primera emisión de numerario, cuya intencionalidad política resulta obvia, debió efectuarse para conmemorar los fastos de la coronación. Las palabras, "Dios conceda vida al rey", son, evidentemente, las empleadas por la aristocracia y el clero hispalense en la aclamación del nuevo soberano<sup>59</sup>.

En todo este episodio se advierte una notable impronta bizantina. De acuerdo con los testimonios numismáticos y literarios llegados hasta nosotros, en el siglo VI los emperadores de Constantinopla y sus iconos eran vitoreados con expresiones muy parecidas a las que se recogen en la inscripción de los tercios de sueldo de Hermenegildo. Monedas procedentes del norte de Africa, acuñadas tras la coronación de Justino II y Sofía, a nombre de ambos (D(OMINIS) N(OSTR)I(S) IUSTINO ET SOFI(AE) AU(GUSTIS)), incluyen la palabra VITA en el exergo<sup>60</sup>. Y el papa Gregorio I nos relata como, cuando los iconos de Focas y Leoncia llegaron a Roma en abril del año 603, el Senado y clero de la ciudad los aclamaron en la Basilica Iulii, uno de los grandes salones del palacio Lateranense, residencia del pontífice, con las palabras: Exaudi Christe! Focae Augusto et Leontiae Augustae vita!. Después de lo cual el pontífice depositó los iconos imperiales en el oratorio de San Cesáreo, en el

interior del mismo palacio<sup>61</sup>.

La rebelión de Hermenegildo no tardó en extenderse fuera de los límites territoriales de la Baetica. De manera casi inmediata, se sumaron a la causa del usurpador algunas de las principales ciudades de la Lusitania, entre ellas la propia capital de esta provincia, Emerita Augusta. Según Isidoro, que como testigo presencial de los hechos debía estar bien informado, "miles" de hombres secundaron la revuelta<sup>62</sup>.

La primera reacción de Leovigildo ante los sucesos que se estaban desarrollando en su reino fue enviar al noble Agila en calidad de legado real ante la corte de Chilperico de Soissons, a fin de acelerar las negociaciones del matrimonio de Recaredo con Riguntis. Sin duda, el monarca toledano intentaba asegurarse una alianza que contrarrestase un pacto sellado recientemente por Childeberto II de Metz y Brunequilda con Gontram, al que Hermenegildo deseaba unirse, según se desprende de la embajada despachada por el soberano hispalense al rey de Orleans en la primavera de 580. Poco antes de que tuviese lugar toda esta serie de intercambios diplomáticos, el rey suevo Miro, enemigo de Leovigildo, también había intentado contactar con Gontram. Pero sus embajadores cayeron en manos de Chilperico, quien los retuvo en su poder durante un año. Este episodio demuestra la existencia de relaciones previas entre el rey de Toledo y el de Soissons<sup>63</sup>.

En medio de esta frenética actividad diplomática en que se vieron envueltas las cortes regias de Hispania y las Galias, a lo largo del año 580, Leovigildo envió legados a su hijo, tratando de llegar a un acuerdo pacífico que evitase la confrontación bélica. Pero Hermenegildo, que se hallaba en una posición de fuerza, rehusó negociar. No en vano, contaba con el

apoyo de la casa de Atanagildo dentro y fuera de la Península, y además, siguiendo las huellas de este monarca, recientemente, había iniciado los primeros contactos con el Imperio<sup>64</sup>.

Como puede observarse la usurpación de Hermenegildo no fue un mero problema local, circunscrito al ámbito geopolítico del reino visigodo, sino que, desde sus mismos orígenes, poseyó un marcado carácter internacional. A decir verdad, se inscribe en las coordenadas de un importante conflicto entre los grandes estados de la época, ya que acabaría enfrentando a Leovigildo de Toledo y Chilperico de Soissons con una coalición en la que se alineaban Hermenegildo de Hispalis, Gontram de Orleans, Childeberto II de Metz, el rey suevo Miro y el emperador bizantino Tiberio II Constantino.

Aquel mismo año de 580, meses después de que hubiese estallado la rebelión, Leovigildo convocó en Toledo un sínodo arriano. De acuerdo con el testimonio de Juan de Biclaro, único autor que hace referencia a este concilio, los obispos allí reunidos adoptaron la decisión de que todos los católicos que decidiesen convertirse al arrianismo, no necesitaban volver a bautizarse, sino que tan solo era preciso que recibir la imposición de las manos, recibiesen la comunión y recitasen la formula: gloria patri per filium in spiritu sancto<sup>65</sup>.

Resulta evidente que con estas medidas se pretendía fomentar nuevas conversiones al arrianismo, eliminando el principal obstáculo que encontraban los católicos: el nuevo bautismo. Ahora bien, el elemento que, ante todo, define la labor del sínodo toledano de 580 es la búsqueda de una fórmula doctrinal de consenso, susceptible de ser aceptada por católicos y arrianos. Agila, el legado que Leovigildo envió a Soissons, sostuvo ante Gregorio de Tours que el Hijo era inferior al Padre

tanto en edad como en potestad, ciñéndose, sin duda, al credo homeo de Nike del año 359, que Ulfilas había transmitido a los godos. Sin embargo, en 583, cuando el conflicto con Hermenegildo tocaba a su fin, Opila, otro embajador despachado por Leovigildo ante la corte de Chilperico, defendió en presencia del turonense la formula del Gloria emanada del concilio arriano de Toledo, afirmando la semejanza esencial entre Padre e Hijo. Se trataba, pues, de una formulación claramente homoiousiana, semejante a la defendida dos siglos atrás por Macedonio de Constantinopla, cuyas enseñanzas serían condenadas en el III Concilio de Toledo de 589. Con todo, este credo sobre el que Leovigildo trató de fundamentar la unidad religiosa de su reino y, por tanto, la plena integración entre la élite senatorial romana y la nobleza gótica, no parece que tuviera proyección fuera de ambientes cortesanos y de algunos círculos aristocráticos. Entre los católicos nunca gozó de popularidad; aunque personajes influyentes llegasen a aceptarlo, como ocurrió en el caso del obispo niceno Vincencio de Caesaraugusta, contra quien Severo, prelado de la ciudad bizantina de Malaca, escribió un tratado reprochándole su actitud<sup>66</sup>.

De manera paralela a la celebración del sínodo toledano de 580, y una vez fracasados todos los intentos de negociación con los rebeldes de la Baetica, Leovigildo emprendió las primeras acciones militares contra su hijo. Una inscripción procedente de Alcalá de Guadaira, fechada en el segundo año del reinado de Hermenegildo (580-581), señala que, para entonces, el monarca hispalense era "perseguido" por su padre, lo que a nuestro entender denota que Leovigildo había tomado la ofensiva<sup>67</sup>.

Aún así, las grandes operaciones bélicas no se producirían hasta un año y medio después. La invasión del valle

del Ebro por los vascones en la primavera de 581, mantendría ocupado a Leovigildo en el norte, desviando su atención del frente meridional. Afortunadamente para sus intereses, la alianza con el rey de Soissons le permitió rechazar al enemigo con éxito. Mientras el monarca visigodo combatía a los vascones de este lado de los Pirineos, Chilperico hacía lo propio en la vertiente septentrional de la cordillera. Sin duda, esta acción conjunta respondió a un acuerdo de ayuda mutua pactado previamente entre ambos soberanos<sup>68</sup>.

A finales de 581, en las Galias se produjo un acontecimiento que iba a tener importantes repercusiones sobre el conflicto que enfrentaba a Leovigildo con su hijo: Childeberto de Metz rompió su alianza con Gontram de Orleans, a consecuencia de una disputa que mantenían ambos reyes por el control de la ciudad de Massilia. Inmediatamente, Childeberto selló un pacto con Chilperico, quien, al carecer de descendencia, optó por nombrarle su heredero<sup>69</sup>. Neutralizado Gontram, que ahora debía defenderse de la agresión de su hermano y su sobrino, Leovigildo tenía las manos libres para ocuparse de los problemas del sur de la Península.

El cambio de alianzas entre los monarcas merovingios puso a Hermenegildo en una difícil situación. Con los reinos de Metz y Soissons unidos contra el de Orleans, no cabía esperar un ataque franco sobre la Narbonensis, que obligase a Leovigildo a desviar su atención hacia el norte. A decir verdad, el único apoyo directo con el que aún podía contar el rebelde procedía del Imperio romano de Oriente. De acuerdo con el testimonio de Gregorio de Tours, es muy probable que en 580-581, Hermenegildo ya se hubiese puesto en contacto con el gobernador militar de la provincia bizantina de Spania. Pero fue, sin duda, en 582, una vez informado de las nuevas circunstancias que se daban en las

Galias, cuando decidió enviar una embajada a Constantinopla, encabezada por el obispo Leandro de Hispalis, a fin de solicitar tropas de refuerzo al emperador Tiberio II. Hermenegildo sabía perfectamente que el Imperio nunca había tenido excesivos reparos en apoyar a los usurpadores que solicitaban su colaboración. El abuelo de su esposa Ingundis había sido uno de ellos y, con casi absoluta certeza, el joven soberano tomó la conducta política de éste como modelo a seguir. Desde luego, Hermenegildo era consciente de que Bizancio exigiría un alto precio por su ayuda. Lo más probable es que su representante diplomático fuese portador de una serie de concesiones, entre las que podrían hallarse el reconocimiento de la suprema soberanía del emperador y la devolución de los territorios conquistados por Leovigildo en las campañas de 570-571<sup>70</sup>.

Durante su estancia en la capital del Imperio, Leandro tuvo ocasión de conocer al futuro papa Gregorio I, por entonces apocrisiario pontificio en Constantinopla. Este hecho no tiene nada de extraño, ya que los clérigos occidentales de paso por la corte solían alojarse en la domus Placidiae, a la sazón residencia oficial del representante del papa. En el Praefatium a su libro de Moralium in Hiob, Gregorio, que sin duda estaba al corriente de los motivos que habían llevado a Leandro hasta Bizancio, indica que éste se encontraba en la capital del Imperio pro causis fidei Wisigothorum. Sin embargo, de esta expresión no es posible deducir que Hermenegildo hubiese abrazado ya el catolicismo, ya que el propio Gregorio, en sus Diálogos, publicados hacia 586, afirma haber tenido noticia en fecha reciente de la conversión y muerte del príncipe, a través de unos viajeros llegados de Hispania<sup>71</sup>.

De todo lo expuesto, R. Collins deduce que Hermenegildo debió aceptar el credo de Nicea en un momento

inmediatamente posterior al retorno de Leandro a Hispalis, pues de haberlo hecho con anterioridad a su partida, Gregorio hubiera tenido noticia del acontecimiento en 582 de labios del propio Leandro, durante su estancia en Constantinopla, y no años después por mediación de unos desconocidos viajeros llegados a Italia<sup>72</sup>.

La oscura relación que Gregorio establece entre la presencia de Leandro en Constantinopla y la fides Wisigothorum, puede interpretarse como una referencia a la actuación de Leovigildo en materia religiosa, siempre y cuando otorguemos al término fides el sentido cristiano, que tradicionalmente se le ha venido asignando. Ahora bien, conviene recordar que, a veces, Gregorio utiliza este vocablo en su acepción personal o política (fides integra sanctae rei publicae servare)<sup>73</sup>, y que Isidoro lo define como "llevar a efecto lo acordado entre dos partes, ... origen de la palabra foedus"<sup>74</sup>. De atribuir dicho significado al texto de Gregorio, nos hallaríamos ante una velada alusión a la firma de un pacto entre el gobierno de Hispalis y el de Constantinopla, que llevaría aparejado el reconocimiento de la supremacía de la potestad imperial por parte de Hermenegildo y, en consecuencia, el establecimiento de un vínculo de fidelidad hacia el basileus.

Una carta que el obispo Liciniano de Carthago Spartaria envió al papa Gregorio I, en algún momento entre 591 y 595, menciona la estancia de Leandro en la capital de la provincia bizantina de Spania a su regreso de Oriente. La presencia del obispo hispalense en la residencia habitual del supremo representante del Imperio en la Península, sin duda, estuvo relacionada con la necesidad de concretar detalles relativos a la materialización del acuerdo sellado en Constantinopla<sup>75</sup>.

A través de Liciniano, Leandro debió ponerse al corriente de los sucesos acaecidos en el mediodía peninsular durante su ausencia. Y éstos no eran precisamente favorables a la causa de Hermenegildo.

A comienzos de la primavera de 582, Leovigildo había irrumpido con un poderoso ejército en la Lusitania, apoderándose de su capital, Emerita Augusta. La toma de tan destacada plaza se conmemoró con la celebración de un triunfo y con la emisión de una nueva serie de monedas, cuya leyenda propagandística D(OMINUS) N(OSTER) LEOVIGILDUS REX PIUS EMERITA VICTOR, se hace eco del acontecimiento. Sin embargo, el monarca hubo de hacer frente a la oposición local, liderada por el obispo niceno Mazona, un godo de confesión católica, que en 579 debió apoyar la usurpación de Hermenegildo. Tras la caída de Emerita, Leovigildo intentó, en vano, forzar la conversión de Mazona al arrianismo. Ante el fracaso de sus esfuerzos, nombró obispo arriano de la ciudad a Sunna, clérigo afecto a su persona, al que otorgó varias basílicas, hasta aquel momento consagradas al culto niceno. Este acto provocó serias fricciones entre los dos prelados y sus respectivas comunidades. Deseoso de poner fin al enfrentamiento y someter a la facción católica al control de la monarquía, Leovigildo ordenó a Mazona que se personase en Toledo, trayendo consigo la túnica de la célebre mártir emeritense Eulalia, a fin de instalarla en una basílica arriana de la capital. Mazona se presentó en la corte, pero rehusó hacer entrega de la venerada reliquia, motivo por el cual Leovigildo dispuso que fuese privado de todas sus dignidades y encerrado en un monasterio. Acto seguido, designó para sustituirle a Nepopis, un oscuro personaje leal a su casa, que durante tres años luchó infructuosamente por ganarse la adhesión de los principales representantes de la comunidad católica, fiel al obispo exilado. Aplastada la usurpación de Hermenegildo y a fin de restablecer



la paz entre los católicos de Emerita, Leovigildo permitiría que Mazona volviese a ocupar su sede<sup>76</sup>.

La pérdida de la estratégica plaza de Emerita desestabilizó por completo el sistema defensivo de los territorios controlados por Hermenegildo. El camino que conducía al valle del Guadalquivir se hallaba ahora abierto a los ejércitos de su padre, y el traslado del escenario bélico a las puertas de Hispalis era sólo cuestión de tiempo. La magnitud del desastre en ningún caso se vería compensada por el simultáneo debilitamiento de la alianza entre Chilperico de Soissons y Childeberto de Metz. La subsiguiente firma de un nuevo acuerdo entre este último soberano y Gontram de Orleans tampoco reportó beneficios tangibles a la causa de Hermenegildo, ya que los monarcas merovingios jamás llegaron a efectuar un ataque conjunto contra los dominios gálicos del rey de Toledo, como en principio estaba previsto<sup>77</sup>.

La desfavorable situación en que se encontraba, arrojó a Hermenegildo en brazos de la aristocracia romano-niceísta de la Baetica, único sector que podía ofrecerle apoyo militar inmediato. Este grupo, habituado a la gestión autónoma del poder, debió ser consciente, desde el mismísimo estallido de la rebelión, de la singular oportunidad que se le presentaba. Apoyando a Hermenegildo participaba en la construcción de un estado romano-germánico independiente de ámbito territorial exclusivamente bético, en el que podría ejercer una hegemonía política casi absoluta, sobre todo si conseguía atraer al príncipe a la fe católica. En 582, Hermenegildo no contaba con otra colaboración directa, para hacer frente a los ejércitos de su padre, que aquella que pudieran proporcionarle sus súbditos hispanorromanos y Bizancio. Presionado por las circunstancias, se vio arrastrado a la conversión. El obispo Leandro, recién

llegado de Constantinopla y en su calidad de supremo representante de los intereses de la aristocracia católica de la Baetica, debió sugerir al príncipe la conveniencia de dar este paso. En la pila bautismal, Hermenegildo adoptó el nombre de Juan, que no aparece en ninguna de sus acuñaciones. Puesto que éstas se efectuaron con anterioridad a la caída de Emerita, cabe deducir que la conversión del príncipe se produjo tras dicho acontecimiento, de ahí la carencia de testimonio numismático<sup>78</sup>.

A comienzos de la primavera del año 583, las fuerzas de Leovigildo, dirigidas por el soberano en persona, invadieron la Baetica. Su primera acción documentada consistió en apoderarse del castrum Osser (San Juan de Alfarche), fortaleza defendida por una guarnición fiel a Hermenegildo. A continuación, pusieron cerco a Hispalis. En tales circunstancias, el rey suevo Miro se presentó con un ejército ante los muros de la ciudad. Según Gregorio de Tours, Hermenegildo había reclamado su colaboración, pero Leovigildo lograría impedir que ésta se materializase, obligando a Miro a jurarle fidelidad. En aparente contradicción con lo expuesto se hallaría el testimonio de Juan de Biclano, quien sostiene que los suevos acudieron a Hispalis, para ayudar a Leovigildo a sitiar la ciudad. La existencia previa de relaciones diplomáticas entre la corte de Miro y la de Gontram, aliado de Hermenegildo, nos induce a creer que Gregorio no se equivoca al señalar que los suevos acudieron en ayuda del rebelde. Por otra parte, la omisión en ambos relatos de toda referencia a una batalla entre el ejército de Miro y el de Leovigildo, sólo puede deberse a que tal encuentro no tuvo lugar nunca y, si además se tiene en cuenta el desenlace del episodio que nos transmite el Biclarense, podría pensarse que el monarca visigodo compró la alianza con los suevos mediante el pago de una elevada suma, como más tarde adquiriría la no intervención de los bizantinos<sup>79</sup>.

Tras haber conseguido captar el apoyo de Miro, Leovigildo decidió estrechar el cerco de Hispalis y rendir la plaza por hambre. Para ello, era imprescindible bloquear el cauce del Guadalquivir, ya que la población seguía recibiendo suministros alimenticios por el río. Durante el invierno de 583-584, las fuerzas del monarca toledano ocuparon Italica, acontecimiento que se conmemoró con una nueva emisión de moneda, destinada, sin duda, a pagar al ejército, y cuya leyenda reza: PIUS LIVVIGILD(U)S RE(X) CUM DE(O) O(PT[NUIT]) ETALICA. La ciudad de Italica se hallaba situada en una excelente posición estratégica sobre la orilla derecha del Guadalquivir, lo que permitiría a Leovigildo controlar el tráfico fluvial y cortar la entrada de provisiones a Hispalis. Además, el monarca hizo restaurar las viejas murallas romanas de Italica, de modo que su ejército poseyese un punto de apoyo sólidamente fortificado<sup>80</sup>.

La interrupción de abastecimientos provocó una grave crisis frumentaria en el interior de Hispalis, que empezó a sufrir los efectos devastadores del hambre. Para colmo de males la peste no tardó mucho en hacer acto de presencia en el escenario de la contienda, causando estragos entre los dos bandos contendientes. El rey suevo Miro parece haber sido una de sus primeras y más destacadas víctimas<sup>81</sup>.

En junio o julio de 583, Leovigildo tomó Hispalis al asalto, aprovechando que la resistencia de los defensores se hallaba profundamente minada por el hambre y la peste. Hermenegildo, en compañía de los miembros más destacados de su corte, logró escapar y refugiarse en Corduba. Para conmemorar la ocupación de la ciudad y efectuar los pagos debidos al ejército, el monarca toledano hizo emitir una nueva serie de monedas, en cuya anverso se lee la frase: CUM DE(O) OPTIN(U)IT SP(AL)I. Acto seguido, emprendió la tarea de someter las ciudades rebeldes del

resto de la provincia, así como también los castella rurales, seguramente fortificaciones defensivas de las grandes propiedades de la aristocracia bética<sup>82</sup>.

Por su parte, Hermenegildo, instalado en Corduba, solicitó el apoyo militar del Imperio, de acuerdo con lo convenido por Leandro en Constantinopla. La intervención de los bizantinos sembró la alarma en el bando de Leovigildo, que hizo todo lo posible por neutralizarlos. Seguramente, es en este contexto donde debemos insertar la noticia que nos ofrece Gregorio de Tours sobre el desarrollo de operaciones militares visigodas en la región del cabo Martín, zona de frontera entre los territorios godos y bizantinos. Atacando por la retaguardia, Leovigildo evidentemente pretendía obligar a los imperiales a desviar su atención del conflicto que desgarraba el reino visigodo, para concentrarse en la defensa de los límites de sus dominios. Pero no parece que la agresión visigoda diese los resultados apetecidos. Tropas imperiales llegaron hasta Corduba, con el propósito de apoyar a Hermenegildo. Temiendo sufrir una derrota a manos de las fuerzas aliadas, Leovigildo decidió comprar la no beligerancia bizantina, pagando un subsidio de 30.000 sueldos. El comandante del ejército imperial aceptó el trato propuesto por el monarca toledano y, cuando Hermenegildo presentó batalla a su padre en las afueras de Corduba, se abstuvo de participar en el combate<sup>83</sup>.

El abandono del campo de batalla por parte de los bizantinos, favoreció a las armas de Leovigildo, que, tras aplastar a las fuerzas leales a su hijo, entró en Corduba. La caída de la ciudad fue conmemorada en una nueva emisión monetaria, destinada a abonar la soldada al ejército vencedor. La leyenda que aparece en las monedas resulta bastante elocuente por sí misma: LEOVIGILDUS REX CORDOBA BIS OPTINUIT. El bis

destaca que aquella era la segunda ocasión en que Leovigildo había tomado posesión de la ciudad por la fuerza de las armas. Como se recordará, la primera había tenido lugar en 572, cuando puso fin a la revuelta estallada en tiempos de Agila<sup>84</sup>.

La caída de Corduba supuso la dispersión de la corte del usurpador. Según Gregorio de Tours, la reina Ingundis y su pequeño hijo Atanagildo habían sido confiados a las fuerzas imperiales por el propio Hermenegildo. Paulo Diácono señala que, tras conocer la derrota del ejército de su marido, la intención de la soberana era dirigirse a las Galias, para reunirse con sus parientes del reino de Metz. Lo más probable es que pensase embarcar en uno de los puertos del litoral de la provincia bizantina de Spania rumbo a Massilia. Pero, apenas se encontró en territorio imperial, las autoridades romanas dispusieron su traslado a Constantinopla junto con su hijo en calidad de rehenes. La desdichada Ingundis moriría durante el trayecto, bien en Africa, como afirma Gregorio de Tours, bien en Sicilia, como sostiene Paulo Diácono. En cuanto al príncipe Atanagildo ignoramos cuál fue su destino final. Se sabe que llegó a la capital del Imperio y que, pese a las demandas de su abuela Brunequilda y de su tío Childeberto II, el gobierno de Constantinopla rehusó enviarlo a las Galias. Después de todo, se trataba de una baza favorable al Imperio, que Mauricio no dudaría en jugar, tanto para presionar a los monarcas visigodos de Toledo, como para conseguir el apoyo del reino de Metz frente a los lombardos. Con posterioridad, no volvemos a tener noticias del niño. Su rastro se difumina en la dorada patina de la corte de Bizancio<sup>85</sup>.

En cuanto a Hermenegildo, su suerte no pudo ser más dramática. Tras la defección de los bizantinos, comprendió que su causa estaba perdida, por lo que abandonó el campo de batalla,

para refugiarse en una de las basílicas suburbanas de Corduba. Informado de este hecho, Leovigildo envió al santuario a su otro hijo, Recaredo, a fin de negociar con el usurpador las condiciones de su entrega. Una vez que ésta se hubo producido, Leovigildo condujo a su hijo como prisionero a Toledo, donde, sin duda, tuvo lugar la celebración de un solemne triunfo. Entre los actos ceremoniales que acompañaron la entrada del monarca visigodo en su capital, se incluyó la humillación pública del vencido. Hermenegildo, ataviado con las insignias de la dignidad regia, hubo de postrarse a los pies su padre, tal y como marcaba la tradición bizantina que debían hacer los usurpadores derrotados en presencia del legítimo soberano. Por su parte, Leovigildo, en un acto formal de clemencia, le levantó del suelo y le besó. Pero, a continuación, siguiendo la liturgia imperial, ordenó que fuese despojado de la púrpura y que se le mostrase en público cubierto con ropas de esclavo (vilis vestis)<sup>86</sup>.

Concluida la celebración de la victoria, Hermenegildo se vio privado de los últimos vestigios de su antigua dignidad. Gregorio de Tours destaca que incluso le fueron arrebatados sus pueri, es decir, los jóvenes esclavos que le servían como pajes y ayudas de cámara. Este dato sugiere la posibilidad de que Leovigildo hubiese decretado la confiscación de todos los bienes de su hijo. Medida en consonancia con los procedimientos penales de la época y que, por fuerza, hubo de anteceder a la partida del rebelde hacia el exilio. La presencia de Hermenegildo en la corte de Toledo era inaceptable, ya que podía alentar una nueva insurrección aristocrática. Por ello, Leovigildo dispuso que fuese confinado en Valentia, en compañía de un único esclavo, que se haría cargo del cuidado de su persona. La estancia de Hermenegildo en la ciudad del Turia fue breve. Unos meses después de su llegada, y sin duda, ante el temor de que los bizantinos aprovecharan la proximidad de Valentia para intentar rescatarlo,

Leovigildo ordenó su traslado a Tarraco, donde, a comienzos de la primavera 585, sería asesinado por un godo llamado Sisberto<sup>87</sup>.

Gregorio I y el Turonense coinciden en señalar que Leovigildo decretó la muerte de su hijo. De acuerdo con el relato del pontífice, durante la Pascua de 585, Hermenegildo recibió la visita de un obispo arriano, que haciéndose pasar por católico, intentó que el príncipe recibiera la comunión de sus manos. Hermenegildo, pese a la oscuridad de su celda, reconoció al impostor y le expulsó con violencia. Enterado de lo ocurrido, Leovigildo ordenó la ejecución del príncipe<sup>88</sup>.

Como puede observarse, la versión que nos ofrece Gregorio Magno sobre el fin de Hermenegildo tiene más elementos afines con la hagiografía que con la historia; pero eso no significa que carezca de fundamento. Lo más probable es que, tras la victoria sobre las fuerzas del usurpador, los partidarios de Leovigildo hayan reclamado la eliminación de éste, y que, en tales circunstancias, el soberano haya intentado salvarle, propiciando su retorno a la grey arriana. Durante el siglo VI, la aceptación del credo del bando vencedor por parte del vencido implicaba una sumisión absoluta, que transcendía el plano material para adentrarse en el dominio de lo espiritual. Así, después de la celebración del triunfo de Belisario sobre los vándalos, Justiniano ofreció al rey Gelimer el título honorífico de patricius, a cambio de que se convirtiese al catolicismo. El rechazo de esta proposición impidió al monarca Asdingo acceder al grupo más elevado de la aristocracia bizantina, pero le permitió conservar intacto el orgullo de no haberse subyugado interiormente al enemigo<sup>89</sup>.

Hermenegildo, desde el momento de su proclamación

regia en Hispalis, se había presentado como elegido divino y, al menos, desde 582 había abrazado el catolicismo, fe de la levantisca aristocracia bética, que le apoyaría hasta el final de su aventura. La negativa del rebelde a adjuar del credo niceno, tras haber sido derrotado en el campo de batalla, puso en evidencia el carácter de mera formalidad que había tenido el acto de sumisión celebrado en Toledo. Personalmente, Hermenegildo continuaba sin albergar lealtad alguna hacia la casa de su padre. En tal estado de cosas, la confiscación de sus bienes y el exilio parecían medidas, a todas luces, insuficientes, pues siempre cabía la posibilidad de que fuese rescatado por los bizantinos o de que él mismo burlase a sus guardianes y se refugiase en territorio imperial, desde donde podría poner en marcha una nueva revuelta. Sólo la muerte del príncipe o su reconversión al arrianismo garantizarían la paz interior del reino y la perduración de la obra de Leovigildo. Este debió comprenderlo así, e hizo todo lo posible por persuadir a su hijo de la necesidad de volver al seno de la Iglesia oficial. Ante el fracaso de sus esfuerzos y presionado por algunos de los más destacados miembros de la corte, Leovigildo permitió que se diese muerte al rebelde. Prueba de que la ejecución de la pena contaba con aprobación tácita del soberano, es que Sisberto, el verdugo del príncipe, quedó impune por esta acción, algo inconcebible de haber partido de su propia iniciativa.

La trágica desaparición de Hermenegildo se valoró de manera distinta fuera del reino visigodo que en el interior del mismo. Mientras el Turonense, Gregorio Magno y Paulo Diácono ensalzan la figura del príncipe como la de mártir de la fe, los autores hispanos contemporáneos guardan silencio o se limitan a referir lacónicamente los principales hitos de la revuelta, evitando hacer alusión al controvertido tema religioso. Aquellos que conocían de cerca los hechos, por haber estado implicados en



los mismos, se cuidaron mucho de darles publicidad. Isidoro, en la biografía de su hermano Leandro, no efectúa ni una sola mención a las relaciones de éste con Hermenegildo, a pesar de que Leandro debió participar en su coronación, conversión y bautismo. Cuando en sus Historiae Isidoro se ve obligado a hablar de Hermenegildo emplea, al igual que Juan de Biclario, el término tyrannus, que, como ya hemos indicado en varias ocasiones, puede traducirse como usurpador, ya que denota un poder de hecho, ilegítimo en su origen, que se alza frente al poder legalmente constituido.

La visión negativa que nos ofrecen las fuentes peninsulares sobre la figura de Hermenegildo y su elocuente silencio en torno a las implicaciones religiosas de la rebelión liderada por este príncipe, sólo se pueden comprender teniendo en cuenta el marco histórico en que escribieron Juan de Biclario e Isidoro. Ambos autores redactaron sus obras una vez alcanzada la unidad religiosa del reino de Toledo, a través de la conversión de Recaredo al catolicismo. Una época de consolidación del poder central frente al autonomismo aristocrático, y de expansión de la hegemonía visigoda a costa de los territorios imperiales. No es extraño que, en semejantes circunstancias, se procurase silenciar la rebelión de Hermenegildo. Un usurpador que había intentado construir su propio reino, apoyándose en una alianza con Bizancio y en las tendencias centrífugas de los cuadros dirigentes de la Baetica, nunca podía ser tomado como prototipo del fundador de un estado romano-germánico de confesión católica, nacido con clara vocación integradora. Por otro lado, presentar a Hermenegildo como campeón de la causa católica, después de todo lo sucedido, hubiera sido tanto como deslegitimar a Recaredo, quien, durante el conflicto, había permanecido al lado de su padre, no adjurando del arrianismo hasta después de la muerte de éste. Lo más prudente era correr un tupido velo

sobre tan turbador episodio de la historia peninsular.

### 1.3. El reinado de Mauricio.

#### 1.3.1. Conflictos y reformas.

Después de su advenimiento al solio, Mauricio mantuvo la política defensiva desarrollada por su predecesor, concentrando todas sus fuerzas en la lucha contra Persia, mientras en las restantes fronteras combinaba el empleo de la diplomacia con la fuerza de las armas, para mantener las posiciones del Imperio.

La conflictiva situación por la que atravesaban los dominios imperiales en Italia, sometidos a la presión de los lombardos, exigía un fortalecimiento de la autoridad imperial sobre la zona y una reorganización administrativa que subviniese adecuadamente a los gastos militares. Desde mediados del siglo VI, el sistema defensivo del Imperio se financiaba, principalmente, con fondos procedentes de los dominios de la corona y de las cajas de las praefecturae praetorianae. A fin de dotar al ejército de Italia de mayor facilidad para acceder a estos recursos, en el otoño de 584, Mauricio creó el cargo de exarchus Italiae, otorgándole las competencias militares del antiguo magister militum y un amplio control sobre el praefectus praetorio Italiae, máximo responsable de la administración civil. De este modo, el nuevo encargado de la seguridad regional podría disponer, en cualquier momento y de manera inmediata, del producto del impuesto sobre la tierra, recaudado por la praefectura, y cuya partida más importante se hallaba destinada a financiar los gastos de defensa. Puesto que la gravedad de la situación bélica aconsejaba que el exarca manejase las rentas provenientes de los fundos imperiales, el emperador nombró para

ocupar el puesto al eunuco Smaragdo, quien en su calidad de cubicularius estaba facultado para gestionar los bienes asignados a la domus divina. La concentración de poder militar y financiero, permitiría al primer exarca cerrar un acuerdo con Childeberto II de Metz, quien, a cambio de un subsidio 50.000 sueldos, no vaciló en invadir el norte de Italia y someter a los duces lombardos de la zona<sup>90</sup>.

Ante el desarrollo de tales acontecimientos, un sector de la nobleza lombarda, consciente de la necesidad de establecer un mando militar supremo que coordinase la lucha contra Bizancio y sus aliados francos, proclamó rey a Autario, hijo de Cleph. Esta iniciativa no fue del agrado de varios duces lombardos, que temerosos de ver mermada su autoridad, rehusaron acatar la soberanía del nuevo monarca. En consecuencia, Autario se vio obligado a negociar una tregua con el exarca Smaragdo para los siguientes tres años. Durante este período, los dominios imperiales en Italia gozaron de un respiro. Autario estaba demasiado ocupado intentando sojuzgar a la nobleza lombarda como para romper el pacto. Después que hubo expirado el plazo de la tregua, las autoridades imperiales acordaron con los francos llevar a cabo acciones militares simultáneas contra el territorio lombardo. Mediante dicho sistema, el Imperio logró recuperar algunas posiciones estratégicas. En 589, mientras Autario compraba la retirada de las fuerzas de Childeberto II de Metz, los bizantinos volvían a tomar posesión de Classis, el puerto de Ravenna. Un año más tarde, recobraban las plazas de Altinum, Mutina y Mantua. Y si Mediolanum no retornó a manos del basileus, fue a causa de la falta de coordinación entre bizantinos y merovingios que caracterizó el final de esta campaña<sup>91</sup>.

Si en Italia Mauricio intentó contener el avance de los lombardos, en el Illyricum y en la Tracia hubo de hacer

frente al empuje de ávaros y eslavos, que desde tiempos de Justiniano presionaban sobre el limes danubiano. La inesperada desaparición de Tiberio II, generó fuertes tensiones en la zona. Al igual que la mayor parte de los reyes bárbaros, Bayan, el khagan de los ávaros, consideraba que los pactos poseían un carácter estrictamente personal. De ahí que, tras conocer la muerte del emperador, juzgase extinguido el último acuerdo firmado con él y, en la primavera de 583, decidiese invadir la Tracia. Ante la amenaza ávara, Mauricio se apresuró a renovar el tratado, plegándose a las exigencias de Bayan, que reclamaba un aumento del subsidio anual que recibía del Imperio. Ahora bien, las cosas no pararon aquí. En 586, aprovechando que Bizancio concentraba gran parte de su potencial bélico en la frontera oriental, Bayan instigó la penetración de sus súbditos eslavos en territorio romano. Los invasores llegarían hasta los Muros Largos de Anastasio, donde serían masacrados por las tropas imperiales. Poco después, los mismos ávaros se introdujeron en la Moesia Secunda y en la Scythia. En aquellos momentos, Comenciolo, magister utriusque militiae per Thracias, sólo disponía de 10.000 hombres, y no se atrevió a salir al encuentro de los bárbaros. Estos, al hallar el camino libre, marcharon sobre Hadrianopolis y la pusieron cerco. Temiendo que la ciudad cayese en manos de Bayan, Mauricio envió en su ayuda a Droctulfo, un dux lombardo que recientemente había entrado al servicio del Imperio, y que fue quien derrotó a los ávaros ante las puertas de Hadrianopolis, para, a continuación, expulsarlos de la Tracia<sup>92</sup>.

La escasa presencia de efectivos romanos en la región de los Balcanes, puede explicarse en virtud de la política defensiva desarrollada por el gobierno de Constantinopla, durante los últimos tiempos. Los asesores militares del basileus eran partidarios de concentrar el aparato bélico del Imperio en la

frontera oriental, aún a costa de desguarnecer otras áreas limítrofes amenazadas por los bárbaros. El conflicto iniciado con Persia bajo Justino II, se había convertido en un duelo entre dos titanes fatigados. La monarquía de los Sasánidas, debilitada por incipientes conflictos sucesorios y por las tendencias centrífugas de la nobleza provincial, había visto muy mermada su capacidad para coordinar la defensa del estado. Si, en tales circunstancias, Bizancio se mostró incapaz de acelerar el final del contencioso mediante la fuerza de las armas, fue debido a que dificultades financieras, ligadas a la indisciplina de sus tropas, se lo impidieron.

En la primavera de 583, el emperador Mauricio, asesorado por su alto estado mayor, y guiado por el deseo de aplastar definitivamente al enemigo, hizo los preparativos para desencadenar una gran ofensiva en Mesopotamia. Juan Mystacon, que había sucedido a Mauricio en el cargo de magister utriusque militiae per Orientem en agosto de 582, después de que éste fuese proclamado César, se hizo cargo de la dirección de las operaciones. Su mandato sería breve. A la vista de los mediocres resultados obtenidos en la campaña de 583, el basileus decidió sustituirle por un miembro de su propia familia. La elección recayó sobre el marido de su hermana Gordia, Filípico, quien dirigió la guerra con mayor fortuna hasta 588, en que una repentina enfermedad le obligó a abandonar el ejercicio de sus funciones. Mauricio, acuciado por unas finanzas deficitarias, escogió este momento para reducir la paga del ejército de Oriente en una cuarta parte. Al conocerse la noticia, los soldados rehusaron acatar la autoridad de Prisco, el nuevo magister designado por el gobierno de Constantinopla. En su lugar, eligieron como general a Germano, el dux Phoeniciae Libanensis, y nombraron oficiales a hombres de la tropa. Ante las dimensiones que comenzaba a adquirir el motín, Mauricio optó por ceder y, en

la primavera de 589, tras haber destituido a Prisco, envió a Siria a su cuñado Filípico, investido por segunda vez con el magisterium militiae per Orientem, portando la paga integra del ejército. El temor de los rebeldes a ser objeto de represalias por parte del general, abrió un plazo de negociaciones, que duró un año y en el que intervino como mediador el patriarca Gregorio de Antioquía (570-593). Finalmente, en la Pascua de 590 se cerró el acuerdo. Solventada la crisis, Filípico regresó a Constantinopla y Comenciolo le relevó en el mando<sup>93</sup>.

De manera inesperada, la situación de deterioro estructural por la que atravesaba el Imperio de los Sasánidas experimentó un recrudecimiento, inclinando la balanza del conflicto bélico a favor de Bizancio. Durante el invierno de 589-590, Bahram, sátrapa de Media, se alzó en rebelión contra Hormisdas IV. Esta circunstancia fue aprovechada por una facción cortesana, deseosa de hacerse con el control del trono, para poner violento término a la vida del soberano y proclamar a su hijo Cosroes Rey de Reyes. Bahram, temiendo por su suerte en caso de acatar la autoridad del nuevo monarca, decidió asumir personalmente el dictado imperial, lo que provocaría el estallido de una guerra civil. La primera fase de la contienda concluyó en breve. A comienzos de marzo de 590, las fuerzas legitimistas, leales a Cosroes II (590-627), fueron aplastadas en el campo de batalla por los rebeldes, y el joven soberano se vio obligado a buscar refugio en Constantinopla, donde Mauricio le dispensó una magnífica acogida. Un año después, y tras haber remitido el brote de peste que devastaba Siria, Cosroes recuperaría el trono con el apoyo de las tropas bizantinas, mandadas por del magister utriusque militiae per Orientem Narsés, sucesor de Comenciolo, y de un ejército reclutado por los partidarios del propio soberano en el Azerbaidjan. Concluidas las operaciones militares, el monarca Sasánida selló oficialmente la paz con el Imperio

romano, principal beneficiario del acuerdo, ya que obtuvo importantes concesiones territoriales en Oriente. A las estratégicas plazas de Dara y Martiriorolis, se sumó la Armenia persa y la satrapía de Arzanene. De este modo, y tras casi dos décadas de contienda, las fronteras de la Roma oriental se habían dilatado hasta tocar las orillas del lago Van<sup>24</sup>.

El fin de la larga guerra contra los persas, comportó otras ventajas materiales para el gobierno de Constantinopla. Por un lado, supuso un importante descenso en la partida de gastos militares, con el consiguiente alivio para las deficitarias finanzas del estado, y por otro, permitió prestar mayor atención a los problemas que padecía la mitad occidental del Imperio, relegados a un segundo plano a causa del conflicto de Oriente.

Precisamente, en Italia, la estabilidad alcanzada tras la creación del exarcado se hallaba comprometida, debido a una inoportuna alteración en el sistema de alianzas. Consciente de que jamás lograría contener a los bizantinos mientras funcionase su acuerdo con el reino de Metz, en la primavera de 590, el rey lombardo Autario envió una embajada al merovingio Childeberto II, con el propósito de llegar a un acuerdo que neutralizase las intervenciones francas en Italia a favor del Imperio. La muerte de Autario interrumpió, por breve espacio de tiempo, la ronda de negociaciones. Pero su sucesor, Agiulfo (590-616), apenas hubo accedido al trono, reanudó los contactos diplomáticos con los francos, consiguiendo que éstos se comprometiesen a no volver a actuar en Italia, a cambio del pago de un subsidio anual. Simultáneamente, se dedicó a someter a algunos duces que, como había ocurrido a comienzos del reinado de su antecesor, se negaban acatar la autoridad real. Una vez consolidada su soberanía, Agiulfo se volvió contra los imperiales, cuyas posiciones sabía debilitadas por los estragos del reciente brote

de peste bubónica, que, tras devastar Roma y el Lacio, causando la muerte del papa Pelagio II (579-590), se había extendido por el noroeste de Italia hasta alcanzar la Península de Istria<sup>95</sup>.

Como anticipo de lo que, a partir de este momento, serían las relaciones entre los lombardos y Bizancio, durante el verano de 592, Roma y Nápoles se vieron asediadas por las tropas de los duces Ariulfo de Spoletium y Arichis de Beneventum respectivamente. Dado que la guarnición de Roma, reducida a un único regimiento, el de los Theodosiaci, era insuficiente para sostener un sitio, el papa Gregorio I decidió pactar con Ariulfo. Sin embargo, el exarca Romano, siguiendo los dictados de Constantinopla, que se negaba a hacer concesiones a los lombardos, rehusó ratificar este acuerdo. En consecuencia, a mediados de la primavera de 593, el propio el rey Agiulfo marchó sobre la Ciudad Eterna, al frente de un poderoso ejército. Gregorio, que pese a sus reiteradas demandas no había obtenido refuerzos de Ravenna, hubo de negociar un nuevo pacto con el enemigo. Pero por segunda vez, el exarca desestimó la iniciativa del pontífice. En todo este asunto, es de advertir la disonancia existente entre la posición de los representantes directos del poder central y las autoridades locales de las ciudades hostigadas por los bárbaros. Mientras los primeros se decantan por la política oficial de resistencia, las segundas, representadas por el obispo diocesano, optan por el acuerdo puntual con el agresor<sup>96</sup>.

Claro antecedente de lo que será la norma durante la invasión de los árabes, las formulas pactistas acabarán imponiéndose. En el caso de Roma, a comienzos de 599, y tras varios meses de arduas negociaciones, Calínico, sucesor de Romano al frente del exarcado, logró sellar una tregua con Agiulfo, a cambio del pago de 500 libras de oro. En la primavera del 600,



el acuerdo fue renovado por otro año, pero en 601, debido a las dificultades del Imperio para hacer frente al pago del subsidio, se rompió, dando lugar a la reanudación de las hostilidades, que, en esta ocasión, estuvieron señaladas por la caída y destrucción de Patavium (Padua) a manos de los lombardos. El dramático acontecimiento unido a los importantes cambios políticos que se produjeron tras la desaparición de Mauricio, aconsejó la renovación del pacto en 603<sup>97</sup>.

Mientras Italia se sangraba en las guerras lombardas, Africa disfrutaba de una paz, que le permitiría recuperar parte de su antigua prosperidad económica y de su peso político en el conjunto del Imperio. Si exceptuamos dos insurrecciones mauras, en 584 y 587, que fueron rápidamente sofocadas, no conservamos noticias sobre graves conflictos bélicos en la región. Aprovechando esta situación de tranquilidad, Mauricio pudo llevar a cabo, sin trabas, la reorganización administrativa de la prefectura, y establecer un exarcado similar al de Italia, tema que trataremos cumplidamente más adelante. Por ahora baste señalar que el exarca de Africa, cargo documentado por primera vez en agosto de 591, cuando Gennadio aparece portando los títulos de patricius et exarchus Africae, desempeñó primordialmente las antiguas funciones militares del magister militum, aunque gozando de extensas prerrogativas sobre la administración civil, ya que el praefectus praetorio Africae, responsable directo de la misma, fue colocado bajo su control supremo<sup>98</sup>.

El intento de reforzar de la autoridad imperial sobre el norte de Africa, mediante la constitución del exarcado de Cartago, demuestra hasta que punto Mauricio participaba del ideal romano de universalidad del Imperio. Su preocupación por los territorios occidentales, que, como ya hemos señalado, se

intensificó al concluir la guerra de los persas, demuestra que en ningún caso estaba dispuesto a renunciar a los territorios sobre los que Justiniano había restablecido la autoridad imperial.

El testamento redactado por Mauricio en el año 597, durante una grave enfermedad, confirma nuestras hipótesis. De acuerdo con este documento, cuyo contenido nos transmite Teofilacto Simocatés, Teodosio, el primogénito de Mauricio, estaba llamado a gobernar sobre Oriente desde Constantinopla, mientras que Tiberio, el segundo hijo del emperador, debería ejercer el poder sobre Italia y las islas occidentales desde Roma, la antigua capital del Imperio, convertida nuevamente en residencia imperial. Las "demás partes" del estado romano serían administradas por los dos hijos pequeños del emperador, y el obispo Domiciano de Melitene, primo de Mauricio, quedaría como tutor de los pequeños príncipes. Basándose en la omisión del nombre de los territorios asignados a los dos hijos menores, J. B. Bury llegó a la conclusión de que el príncipe Pedro recibiría el Illyricum y su hermano Paulo el exarcado de Africa<sup>99</sup>.

Este reparto de áreas de gobierno no implicaba una ruptura de la unidad del Imperio. Mauricio, consciente de la imposibilidad de que un solo aparato del poder central administrase adecuadamente un estado de tan vastas dimensiones y con problemas tan complejos, optó por legar a sus sucesores una gestión descentralizada del Imperio, en continuidad con la tradición de soberanía plural establecida por Constantino, y seguida por Teodosio I. Sus hijos quedaban así obligados al ejercicio compartido del poder indisoluble de un Imperio único. Mauricio fue, sin duda, el emperador que mejor supo entender el ideal de Justiniano. De ahí, su lucha por mantener la autoridad imperial sobre todos los territorios que había recibido de su

antecesor, y ese prolongado esfuerzo por ampliarlos mediante la guerra. Es de advertir que, pese a las vicisitudes políticas que se habían producido en los últimos tiempos, desde el punto de vista de la ideología del poder no se ha modificado el concepto del Imperio universal.

Junto a la guerra contra los lombardos y la creación del exarcado de Cartago, los conflictos balcánicos constituyen el tercer elemento que políticamente define la última década del reinado de Mauricio. En la primavera de 592, Bayan, el khagan de los ávaros, solicitó un aumento en la cuantía del subsidio anual que recibía del Imperio. Como Mauricio rehusara complacerle, marchó sobre Singidunum (Belgrado) y la puso sitio. El general Prisco, enviado por el gobierno de Constantinopla en socorro de la ciudad, no tardó en levantarlo, pero fue incapaz de evitar que los ávaros se reuniesen con varias tribus eslavas en Sirmium, para, desde allí, lanzarse al saqueo de la Moesia Secunda y Haemimontus, hasta alcanzar el Mar Negro en Anquialus (Pomotie). Prisco, dada su inferioridad de fuerzas, se atrincheró en Tsurulum (Tchorlu), donde los ávaros le pusieron cerco. Ahora bien, al difundirse la noticia de que una flota imperial remontaba el Danubio, Bayan se apresuró a negociar con Prisco, y a cambio del pago de un subsidio mínimo, se retiró<sup>100</sup>.

Libre el territorio romano de invasores, Mauricio decidió combatir a ávaros y eslavos en sus bases transdanubianas. A comienzos del verano de 593, un ejército imperial, a las ordenes de Prisco, vadeó el río y penetró en la región habitada por los eslavos, causando importantes bajas al enemigo y apoderándose del botín que éstos habían obtenido en sus incursiones por el Imperio. Mauricio, siempre anuente a recortar gastos militares, dispuso que las tropas inviernasen al norte del Danubio, para, de este modo, ahorrarse su manutención. Pero las

ordenes del emperador provocaron el descontento de los soldados, que no querían pasar todo el invierno en un país extraño.

Prisco, temiendo que estallase un motín como el que se habían producido en la frontera oriental durante la última fase de la guerra con Persia, hizo caso omiso a las ordenes de Mauricio y regresó a casa. Esta decisión le costaría cara. El emperador, que no estaba dispuesto a tolerar ningún género de insubordinación, le destituyó de manera fulminante, confiando la dirección de la guerra a su hermano Pedro, sobre quien recaería la enojosa tarea de aplicar las medidas ideadas por Mauricio para reducir costes en materia de defensa. La principal consistía en reemplazar la paga anual que el gobierno entregaba a cada soldado para que adquiriese uniforme y armas, por un reparto directo de equipo militar. El cambio irritó a la tropa, acostumbrada a ahorrar parte del dinero que recibía. Ahora bien, el nuevo general logró calmar a sus hombres, publicando otros dos decretos, que garantizaban pensiones para los veteranos y para los hijos de aquellos soldados que hubieran muerto en servicio activo. Si en el terreno financiero la gestión de Pedro fue un éxito, no puede decirse otro tanto en el campo militar. Pese a sus denodados esfuerzos durante las campañas de los años 595 y 596, no logró cruzar el Danubio; por lo que su hermano Mauricio le llamó de vuelta a Constantinopla<sup>101</sup>.

Prisco le relevó en el mando, pero no pudo hacer otra cosa que poner coto a las incursiones de los ávaros en Dalmatia. En 599, Bayan penetró en la Scythia y puso sitio a la ciudad de Tomi, donde Prisco resistió varios meses, hasta que en primavera de 600 los ávaros, escasos de víveres, decidieron levantar el sitio y caer sobre Constantinopla. Afortunadamente para los bizantinos, la peste, que por esta época azotaba la Tracia, Asia Menor y los Balcanes, hizo presa en el campamento ávaro y el

khagan, habiendo perdido a varios de sus hijos, decidió retirarse, no sin antes haber firmado un nuevo pacto, en virtud del cual se establecía la frontera en el Danubio y se autorizaba cruzar el río a las tropas bizantinas, para efectuar incursiones contra los eslavos, a cambio de un incremento de 20.000 sueldos en el subsidio anual que percibían los ávaros del estado romano<sup>102</sup>.

En la primavera de 601, Mauricio, que sólo había sellado el acuerdo con el propósito de que Bayan evacuase las inmediaciones de la capital, reunió en Singidunum dos ejércitos, al mando de Prisco y Comenciolo para atacar al enemigo en su propio territorio. Las fuerzas bizantinas cruzaron el Danubio y lograron arrojar a los ávaros al otro lado del Theiss. Pero el gobierno de Constantinopla, acuciado por graves problemas financieros, fue incapaz rentabilizar esta victoria. En 602, Mauricio volvió a destituir a Prisco y a otorgar el magisterium per Thracias a su hermano Pedro, quien, a finales del verano, condujo a sus tropas al norte del Danubio y realizó una expedición contra los eslavos. De regreso a la línea romana de la frontera, recibió orden de que el ejército invernase al otro lado del río. Nuevamente, los soldados se amotinaron y, como el basileus se mantuviese en su postura, a despecho de los ruegos de Pedro, proclamaron general a un centurión llamado Focas y marcharon sobre Constantinopla<sup>103</sup>.

La mayor parte de los habitantes de la capital recibió la nueva con regocijo. La incapacidad de Mauricio para solucionar los problemas de abastecimiento que padecía la ciudad, le habían convertido en un personaje bastante impopular. El invierno de 601-602 había sido especialmente adverso para las cosechas, y el grano procedente de Egipto y Africa retrasó su llegada a Constantinopla debido al mal estado de la mar. La escasez de

alimentos trajo de la mano una importante carestía y el consiguiente malestar social. Los ánimos se caldearon hasta tal punto que, durante la celebración de la fiesta de las Candelas, el 2 de febrero, una muchedumbre hambrienta insultó y apedreó al cortejo imperial que se dirigía a la iglesia de la Panagia Blaquernitisa. Este incidente demuestra que, a comienzos del siglo VII, los problemas de abastecimiento de los grandes núcleos urbanos del Imperio continuaban siendo motivo de desordenes y populares, como en los mejores tiempos de Augusto. Las poblaciones de las ciudades del Imperio romano, habituadas a mantener estrechos lazos de convivencia con sus gobernantes, exigían que éstos garantizaran el suministro de alimentos y la celebración regular de espectáculos públicos a cambio de su devoción apasionada. Cualquier fallo en el funcionamiento del sistema provocaba una revuelta<sup>104</sup>.

Unos días después del incidente que acabamos de relatar, se celebraron las bodas de Teodosio, el primogénito de Mauricio, con la hija del patricio Germano Póstumo. Deseoso de ganarse el favor de la plebe, el emperador ofreció fastuosos espectáculos y concedió el perdón a los líderes de la revuelta. Sin embargo, nada de esto calmó los ánimos del pueblo. Por eso, cuando el 6 de noviembre de 602 el ejército del Danubio se alzó en rebelión, Mauricio intentó ocultar el hecho a la opinión pública. Dadas las circunstancias, lo que menos le convenía era que estallasen nuevos disturbios en las calles de la capital. Desafortunadamente, las noticias sobre el avance del ejército del Danubio, traídas por boca de viajeros de provincias, se difundieron en los espectáculos circenses, causando una profunda conmoción. Una vez que la nueva se hizo del dominio público, Mauricio comenzó organizar la defensa de la capital, puesto que sólo contaba con la guardia imperial de los excubitores y con los eunucos spatharii-cubicularii, hubo de recurrir a los miembros

de las asociaciones deportivas del hipódromo para custodiar los muros<sup>105</sup>.

Estos clubs jugaron un papel de gran importancia en la vida social de las ciudades en el Bajo Imperio, en las que el circo funcionaban como válvula de escape de las tensiones sociales, principal centro de información y lugar de encuentro entre la élite gobernante y el pueblo. La proyección que adquirió la influencia de las asociaciones deportivas en acontecimientos políticos durante los reinados de Mauricio y Focas, nos obliga efectuar una referencia a su origen y organización.

Ateniéndonos a las conclusiones de A. Cameron, que ha tratado el tema magníficamente, en el siglo VI, era el emperador quien financiaba con su fortuna privada los espectáculos circenses de la capital y se hacía cargo del mantenimiento de los cuadros profesionales del hipódromo y del teatro. En las grandes ciudades de provincias, como Alejandría o Antioquía, el dinero procedía de fondos públicos. Sólo en los pequeños núcleos urbanos continuaban siendo las familias de la oligarquía local quienes corrían con todos los gastos. Originariamente, en el circo corrían 4 colores, Rojos, Blancos, Azules y Verdes. Pero para esta época la competición no tenía lugar entre cuatro colores independientes, sino entre dos equipos de dos colores. En Oriente, desde el siglo VI al X, los equipos estaban formados por Blancos y Azules por un lado, y por Verdes y Rojos por otro. Cada uno de los cuatro colores tenía sus propias instalaciones y personal especializado, pero los aficionados se dividían en dos grupos, en función de los equipos. De ahí que las fuentes sólo nos hablen de Azules y Verdes. A su vez, los aficionados más radicales se hallaban organizados en dos asociaciones deportivas o facciones socialmente restrictivas, en las que sólo podían ingresar hijos de miembros de la aristocracia y plebeyos célebres

o recomendados. A estos jóvenes las fuentes orientales los designan con el término griego neoi y las occidentales con el latino iuvenes. En Constantinopla debían sumar varias centenas de muchachos, que tenían sus asientos reservados en el hipódromo. Los clubs deportivos se articulaban siguiendo el modelo de las asociaciones profesionales o collegia. Tenían sus decuriones, o cargos administrativos, y su populus o demos, conjunto de militantes. Cada club buscaba el patronazgo de una casa noble, que transmitía esta dignidad hereditariamente a uno de sus miembros. El patrón protegía a los miembros de la asociación, tanto individual como colectivamente, y ellos solían actuar en favor de sus intereses, como grupo de presión. No en vano, el club disponía de armas, lo que les permitía enzarzarse en reyertas callejeras nocturnas, para terror de los buenos ciudadanos<sup>106</sup>.

Resulta interesante constatar como los miembros de los clubs propiciaron el estallido de las revueltas contra el poder. Como señala G. A. M. de Ste. Croix, no se trata de que las asociaciones tuviesen en sí mismas un carácter específicamente político, sino que, con frecuencia, sus actuaciones adquirieron una significación política, ya que sirvieron para canalizar las protestas populares<sup>107</sup>.

Como ya hemos señalado, en 602, ante el avance arrollador del ejército del Danubio, Mauricio solicitó el concurso de los jóvenes armados de los clubs deportivos de la capital para defender los muros. Con la finalidad de conocer la cifra exacta de individuos pertenecientes a estas asociaciones, instituyó la figura del demarca, uno para cada club, y lo envió junto con varios registradores a efectuar una inscripción. De la misma, se desprendió que los verdes contaban con 1.500 hombres y los Azules con 900. Todos ellos fueron colocados bajo el mando



del general Comenciolo. La intención de Mauricio al establecer el cargo de demarca y someterlo a designación imperial, no era otra que poner a ambos clubs al servicio del poder. Personalmente, era partidario del equipo de los Verdes, pero la factio que animaba a éstos no sentía ninguna simpatía hacia el soberano, ya que éste había aprobado la designación de Juan Crucis, candidato del praefectus praetorio Orientis Constantino Lardys, para ocupar el cargo de demarca, y dicho personaje no era del agrado de los miembros del club. En cuanto a los Azules, adversarios tradicionales del equipo del emperador, no cabía esperar de ellos gran fidelidad<sup>108</sup>.

El 21 de noviembre de 602, las fuerzas danubianas se presentaron en las inmediaciones de Constantinopla y, a la mañana siguiente, ofrecieron el ejercicio del poder como único soberano a Teodosio, hijo mayor de Mauricio, coronado Augusto a los dos años de edad. Cuando éste rehusó, los soldados brindaron la púrpura al suegro de Teodosio, Germano Póstumo. Mauricio, sospechando que su cuñado y consuegro se disponía a traicionarle, dio orden de que se le arrestase. Alertado por Teodosio, el patricio buscó refugio en la basílica de la Virgen de Cyrus, adonde Mauricio envió a Esteban, tutor de sus hijos, para persuadirle de que se entregase. Germano no sólo desoyó el llamamiento, sino que, temiendo que le sacaran por la fuerza, aquel mismo día se acogió a asilo en Santa Sofía. Esta vez Mauricio despachó a los excubitores con instrucciones precisas de arrancarle del santuario. Ahora bien, el pueblo, entre el que Germano era muy respetado, impidió el sacrilegio, provocando el estallido de disturbios callejeros. Los miembros de las facciones, que custodiaban los muros, abandonaron sus puestos y se unieron a la revuelta. El 22 de noviembre de 602, comprobando que la situación escapaba a su control, Mauricio decidió abandonar la capital. Al atardecer, despojado de las insignias

imperiales, embarcó a bordo de un dromón y cruzó el Bósforo rumbo a Asia, en compañía de su esposa Constantina, de sus hijos, del praefectus praetorio Constantino Lardys, de Esteban y de algunos otros cortesanos leales. En la bodega viajaba el tesoro privado. La comitiva imperial desembarcó en la bahía de Nicomedia y se dirigió a la basílica de San Autónimo mártir, para pasar allí la noche<sup>109</sup>.

Aprovechando que Mauricio había abandonado la ciudad, Germano intentó apoderarse del trono. Sostenido por la facción de los Azules, de cuyos colores era partidario, por el Senado y el patriarca intentó ganarse a los Verdes, pero éstos, que no deseaban ver al candidato de sus rivales alzarse con el poder, ofrecieron la púrpura a Focas. El 23 de noviembre, so pretexto de que el ejército del Danubio deseaba proclamar emperador a Germano, el patriarca y el Senado fueron conducidos al palacio de las Secundianas o Hebdomon, junto al cual acampaban las tropas. Como puede imaginarse, se trataba de un ardid para atraerlos a una encerrona y, una vez en ella, obligarles a legitimar la soberanía de Focas. Presionados por la gritería de los soldados y de los Verdes, los senadores le eligieron formalmente Augusto y el patriarca le coronó en la basílica de San Juan del Hebdomon. Dos días más tarde, el domingo 25 de noviembre, Focas entraba triunfalmente en Constantinopla por la Puerta de Oro<sup>110</sup>.

Durante la celebración de los espectáculos circenses que siguieron al desfile, los Azules recordaron al nuevo basileus que Mauricio aún estaba vivo y que, después de todo, los Verdes no eran aliados fiables, ya que el antiguo emperador había sido un conocido partidario de este color. Dos días después, Focas decretó la ejecución de Mauricio y de sus seis hijos varones. La familia imperial y su séquito fueron arrestados en la basílica

de San Autónimo. Únicamente Teodosio no pudo ser detenido. Poco antes, su padre le había hecho partir en compañía de Constantino Lardys al encuentro del ejército de Oriente, aún fiel a la dinastía reinante, para con su ayuda y la de Cosroes II, el emperador de Persia, intentar recuperar el trono.

Mauricio y sus cinco hijos menores fueron conducidos al puerto de Eutropio en Constantinopla, donde tuvo lugar una terrible escena, muy del gusto bizantino. Los príncipes Tiberio, Pedro, Pablo, Justino y Justiniano, fueron degollados ante los ojos de su padre, que en resignada actitud cristiana repetía: "Justas son tus obras, oh Señor, y justos tus juicios". Finalmente, el propio Mauricio padeció la misma suerte. Las cabezas separadas de los troncos, que se arrojaron al mar, fueron expuestas al público en el tribunal del Hebdomon. El baño de sangre no acabó aquí, Focas también ordenó la ejecución de Pedro, hermano de emperador, la del general Comenciolo y la de otros relevantes miembros de la corte. La emperatriz Constantina y sus tres hijas, Anastasia, Teoctista y Cleopatra fueron confinadas en casa del eunuco Leoncio<sup>111</sup>.

Sin embargo un aspecto preocupaba aún a Focas. Se trataba de la huida de Teodosio. No era cuestión de olvidarla, ya que el joven había nacido en la púrpura y había sido coronado Augusto, por lo que tenía legítimo derecho al trono. A fin de asegurarse de que Teodosio no llegaba a su destino, envió tras él a Alejandro, uno de los hombres que le habían apoyado desde el estallido de la rebelión del ejército del Danubio. Este oscuro personaje regresó a Constantinopla, poco tiempo después, aduciendo que había cumplido las ordenes de Focas. Sin embargo, la cosa no parece tan clara. De acuerdo con la versión oficial, Teodosio y Constantino Lardys, llamados de vuelta por Mauricio poco antes de su detención, cuando ya se hallaban en Nicea,

regresaron a Calcedonia y, al enterarse del arresto del emperador, buscaron asilo en la basílica de San Autónimo, de donde los habría sacado por la fuerza Alejandro para degollarlos en el Diadromos, cerca de Akritas. Ahora bien, al no exponerse la cabeza de Teodosio en el Hebdomon como lo habían sido la de su padre y sus hermanos, cundió el rumor de que Alejandro, sobornado por Germano antes de partir para su misión, le había perdonado la vida. Alejandro pagaría con su cabeza esta sospecha, ya que Focas, convencido de que no había dado muerte a Teodosio, lo haría ejecutar<sup>112</sup>.

Es difícil tomar una postura concreta sobre este problema, que, sin embargo, condicionará todo el reinado de Focas. Las fuentes contemporáneas no se ponen de acuerdo sobre el resultado de la misión de Alejandro. A. N. Stratos ha estudiado el problema y observa que según el Chronicon Paschale y una carta anónima dirigida al papa Gregorio I, Alejandro habría logrado detener a Teodosio y Constantino Lardys, para ejecutarles a continuación. Sin embargo, según Juan de Antioquía y Teofilacto Simocates el joven Augusto habría logrado sobrevivir<sup>113</sup>.

Estos dos últimos autores se muestran en sus obras partidarios de la casa de Mauricio, y es normal que quisieran mantener la esperanza en la supervivencia de su hijo, que encarnaba la legitimidad dinástica. Mientras que la carta dirigida al pontífice y el Chronicon Paschale nos presentan la versión oficial. La primera porque no debía conocer otra, y el segundo, redactado en época de Heraclio, en interés de la casa de éste, que no desearía ver enturbiada su legitimidad por fantasmas del pasado, como le había ocurrido a Focas. En cualquier caso, la presunta supervivencia de Teodosio sería explotada por todos los enemigos de Focas. La aristocracia cortesana la emplearía para constituir un partido legitimista,

que finalmente apoyará el ascenso al trono de Heraclio, y los persas apelarían a ella con el propósito de legitimar la invasión del territorio bizantino. Como más adelante podremos comprobar, la sombra del porfirogénito se convertirá en uno de los principales problemas políticos que atenazarán la acción gubernativa de Focas.

### 1.3.2. El frente hispánico y la herencia de la casa de Atanagildo.

La actuación bizantina en la Península Ibérica tras la rebelión de Hermenegildo, resulta bastante oscura y los datos que poseemos, en gran medida fragmentarios, únicamente nos permiten constatar el desarrollo de varias campañas militares contra los visigodos, de acuerdo con los dictados de la política agresiva promovida por el gobierno de Constantinopla durante el reinado de Mauricio.

En la primavera de 586, fallecía en Toledo el rey visigodo Leovigildo. Legaba a su hijo Recaredo, asociado al trono desde hacía años, un estado territorialmente dilatado, merced al sometimiento de la Baetica y a la reciente conquista del reino suevo, pero cuyas bases sociales de apoyo eran aún muy frágiles. La nobleza germano-romana del mediodía peninsular, aunque subyugada políticamente, había acumulado un importante nivel de resentimiento hacia el poder de Toledo, en el transcurso de la contienda civil. Los antiguos cuadros dirigentes del reino suevo tampoco experimentaban mayor aprecio hacia sus conquistadores. La amenaza franca y bizantina persistía, comprometiendo la seguridad de las fronteras y la propia estabilidad interna del reino, ya que siempre cabía la posibilidad de que, en caso de invasión, la aristocracia provincial se aliase con el enemigo. Por último, la casa de Atanagildo, liderada por Gosvinta seguía

controlando importantes parcelas de poder, y las luchas entre la facción que la respaldaba y el grupo nobiliario que sostenía a la casa de Liuva contribuían a debilitar la posición de la monarquía<sup>114</sup>.

Al parecer, Recaredo consideró prioritario solventar este problema, que, como ya hemos tenido oportunidad de comprobar, poseía amplias ramificaciones internacionales. Apenas hubo ceñido la diadema, el soberano intentó desagraviar a la estirpe de Atanagildo, haciendo ejecutar a Sisberto, el verdugo de su hermano Hermenegildo. A continuación, se proclamó hijo adoptivo de Gosvinta, hecho de la mayor relevancia, ya que le convertía en su heredero legítimo y, por tanto, en futuro jefe de la casa de Atanagildo. Siguiendo el consejo de la soberana trataría de llegar a un acuerdo con los reyes merovingios Gontram del Orleans y Childeberto II de Metz, a fin de garantizar la seguridad de las fronteras de la Narbonensis. Gontram, fiel a la política beligerante que había desarrollado contra el reino de Toledo durante los últimos años del reinado de Leovigildo, despidió a los embajadores de Recaredo sin haberlos llegado a recibir. En cambio, Childeberto, nieto de Gosvinta, se mostró abierto al diálogo, lo que para Recaredo suponía un aliciente, ya que su amistad no sólo podía reportarle beneficios en los territorios gálicos del reino visigodo, sino también en la Península Ibérica. Como sin duda se recordará, desde 585, Childeberto II estaba combatiendo a los lombardos en calidad de aliado del Imperio. Y Recaredo, que no ignoraba este hecho, debió contemplar la posibilidad de que actuara como intermediario entre Toledo y Constantinopla, cuyo enfrentamiento acababa de reactivarse con clara ventaja para el Imperio<sup>115</sup>.

Tras el asesinato de Agila, en 555, y el reconocimiento de la soberanía de Atanagildo por todos los

sectores de la nobleza visigoda, los bizantinos se mostraron incapaces de ampliar sus dominios en territorio peninsular. Es más, ni siquiera lograron mantener sus posiciones ante el empuje de las tropas de Leovigildo en 570-571. Pero durante el reinado de Recaredo, la situación experimentó un giro a favor del Imperio. Una inscripción latina procedente de Cartagena, la Carthago Spartaria bizantina, nos permite aproximarnos a estos hechos. En la misma se conmemora la restauración de una doble puerta de la ciudad, con sus correspondientes torres, pórticos laterales y cámara abovedada superior, por orden del patricio Comenciolo, magister militum Spaniae<sup>116</sup>:

"Quien quiera que seas que admiras los pináculos de las torres y la entrada de la ciudad, fortificada por una doble puerta; a la derecha y a la izquierda dos pórticos, los arcos, por encima de los cuales se encuentra una cámara curva y convexa: el patricio Comenciolo, magister militum Spaniae, grande por su valor, enviado por Mauricio Augusto contra los enemigos bárbaros, ordenó hacer estas cosas así. ¡Ojalá goce Hispania siempre de tal gobernador, mientras los polos giren y el sol de vueltas alrededor de la tierra! En el año octavo del Augusto (13 de agosto de 589-12 de agosto de 590) en la octava indicción (1 de septiembre de 589-31 de agosto de 590)" <sup>117</sup>.

El hecho de que Comenciolo se refiera a los godos como hostes barbaros, indica que en hacia 589-590 existía una situación de beligerancia entre el Imperio romano de Oriente y el reino de Toledo. Isidoro señala expresamente que Recaredo tuvo que soportar las Romanas insolentias, pero no menciona ninguna victoria suya sobre los agresores, indicio claro de que durante

el reinado de este príncipe se produjo una ofensiva bizantina, desfavorable a los intereses visigodos<sup>118</sup>.

Todo apunta a que, a través de una serie de campañas sin documentar, los imperiales lograron reincorporar a la provincia de Spania algunos de los territorios que les había arrebatado Leovigildo. Por desgracia, las fuentes son bastante parcas en información y, a partir del escaso material que nos ofrecen, sólo se puede establecer con firmeza la reconquista de las ciudades de Asidona y Sagontia. Como se recordará, la primera de estas dos plazas había sido ocupada por Leovigildo en 571. Puesto que Sagontia precedía a Asidona en la calzada que iba de Hispalis al estrecho, es de suponer que el monarca visigodo hubiese tomado la una antes de lanzarse sobre la otra. Ahora bien, la dominación germana sobre ambos bastiones sería efímera. Según Isidoro, el rey Witerico cobró Sagontia de mano de los imperiales, y, habida cuenta de que desde el territorio imperial era imposible dominar esta fortaleza sin ocupar Asidona, hemos de concluir que, a comienzos del siglo VII, los bizantinos controlaban ambas plazas. Corrobora tal hipótesis el hecho de que ni la suscripción del obispo de Asidona ni la de ningún delegado suyo aparece en las actas de III Concilio de Toledo; lo que, a su vez, nos induce a creer que la ciudad debió retornar a dominio romano con anterioridad a 589<sup>119</sup>.

Concretar el momento exacto en que se produjo este acontecimiento ya resulta algo más difícil. En principio, cabría pensar que Asidona y Sagontia habían sido reintegradas al emperador por Hermenegildo, en virtud del acuerdo sellado entre ambas partes en 582, pero lo cierto es que no poseemos ningún indicio de que sucediese así. Tampoco existen testimonios relativos a una agresión bizantina durante el último bienio del reinado de Leovigildo, con lo que se desvanece toda posibilidad



Asidona y Sagontia fuesen recuperadas por la fuerza de las armas antes de la muerte de dicho soberano en 586. Sin embargo, tres años después, el magister militum Spaniae Comenciolo hacia reforzar las defensas de Carthago Spartaria y afirmaba haber sido enviado a la provincia para combatir a los godos, prueba irrefutable de que se había reanudado el conflicto.

A nuestro parecer, es muy posible que Mauricio, siguiendo la tradición justiniana, aprovechara el delicado momento de la sucesión de Leovigildo para desencadenar una ofensiva contra los dominios meridionales del reino de Toledo. Esta agresión pudo haber estado motivada por el deseo de que se materializasen los acuerdos establecidos con Hermenegildo, cuyo contenido debía contemplar la restauración de las fronteras fijadas en los pactos de Justiniano con Atanagildo. El gobierno de Constantinopla se encontraba en óptima posición para conseguir sus objetivos, ya que mantenía como rehén al hijo de Hermenegildo e Ingundis. Y, en consecuencia, podía justificar cualquier intervención en la Baetica como un intento de restaurar al pequeño príncipe Atanagildo en el trono de su padre, por quien la aristocracia provincial había derramado su sangre en la reciente contienda civil.

Una carta del papa Gregorio I, fechada en el año 599, y dirigida Recaredo, a modo de contestación a una requisitoria del monarca, nos permite vislumbrar la importancia adquirida por los acuerdos sobre delimitaciones territoriales de los tiempos de Justiniano en esta nueva fase del conflicto entre Bizancio y el reino visigodo. De una atenta lectura del documento se desprende que, en algún momento entre 595 y 599, Recaredo había solicitado al pontífice que escribiese a Mauricio pidiéndole una copia de los pactos sellados por Atanagildo con el Imperio, pues quería saber cuáles eran las fronteras legítimas de la provincia

hispanobizantina. En su respuesta, el papa señala que el archivo de la cancillería imperial había sufrido un incendio poco antes de la muerte de Justiniano, y que, como resultado del mismo, habían desaparecido las copias originales de los tratados. Sin embargo, ignoramos por que medios, Gregorio estaba informado del contenido de los mismos, y recomienda al soberano que procure llegar a un entendimiento con los representantes del emperador, ya que de aplicarse las cláusulas de los pactos, éstas irían en detrimento de los intereses visigodos<sup>120</sup>.

La epístola pontificia pone en evidencia que, durante el reinado de Recaredo, la confrontación entre visigodos y bizantinos seguía poseyendo un carácter marcadamente fronterizo. Si el monarca estaba interesado en conocer los límites territoriales fijados en los pactos del período justiniano era, sin duda, porque los bizantinos reclamaban con insistencia la restitución de los mismos, insistencia que justifica el empleo del término insolentias por parte de Isidoro para definir unas demandas acompañadas de presión bélica. Por otra parte, parece claro que la fase de enfrentamientos iniciada a la muerte de Leovigildo no se había cerrado aún y que, por tanto, las expediciones imperiales continuaban amenazando la estabilidad del poder visigodo en el sur de la Península, donde las tendencias centrífugas de la élite provincial no habían desaparecido con la derrota de Hermenegildo.

Desde el comienzo de su reinado, Recaredo fue consciente de la necesidad que tenía de ganarse el apoyo de este poderoso grupo. Conocía bien su influencia, que llegaba hasta palacio, a través de las vinculaciones políticas que algunos de sus miembros mantenían con la factio Goswinthae, y temía que, de no efectuar importantes concesiones a su favor, protagonizase un nuevo episodio secesionista de imprevisibles consecuencias. El

conflicto entre la casa de Atanagildo, encabezada por la reina Gosvinta y la casa de Liuva, que ahora lideraba Recaredo, seguía tan vivo en 586 como lo había estado en el pasado. La reconciliación entre ambas, proclamada por el monarca a comienzos de su reinado, no era más que propaganda. En realidad, Gosvinta se había visto obligada por las circunstancias a adoptar como hijo a Recaredo, quien, a través de esta astuta maniobra política, pretendía garantizar la continuidad dinástica de la casa de Liuva al frente del poder supremo. En el momento en que desapareciese la soberana, Recaredo, en su calidad de heredero legítimo de Gosvinta, se convertiría en el jefe de la casa de Atanagildo, pudiendo legar el trono a sus descendientes sin temor alguno a la reacción de la poderosa clientela de esta casa. Ahora bien, muchos de los partidarios de Gosvinta eran conscientes de la artimaña, y no estaban dispuestos a reconocer al monarca como su futuro patrón ni a admitir su proyecto sucesorio, mientras viviese el príncipe Atanagildo, hijo de Hermenegildo e Ingundis.

Desafortunadamente para Recaredo, en el momento de asumir la plenitud de la potestad regia, no tenía más que un solo hijo varón, fruto de sus amores con una mujer de origen plebeyo (ignobili quidem matre progenitus). A este niño, nacido en 584, durante el último período de la guerra civil, se le impuso el nombre de Liuva, sin duda, con la intención de destacar el vínculo que le unía a la casa de su tío abuelo, frente al hijo del usurpador Hermenegildo, al que se había llamado como su bisabuelo Atanagildo, a fin de resaltar los lazos que le ligaban a la casa de éste. Según se desprende de las escasas palabras que Isidoro dedica a narrar los orígenes del pequeño Liuva, los notables de la Baetica no sentían por él demasiada simpatía. Le consideraban el ruin vástago de una concubina, incapacitado para compararse en dignidad y nobleza de origen con su primo Atanagildo, retoño de una nieta de Gosvinta. Los partidarios de

la casa de Liuva estaban al corriente de esta animosidad, como también de las gestiones diplomáticas efectuadas por Brunequilda y Childeberto II, con el propósito de conseguir que Mauricio les transfiriese la custodia del hijo de Hermenegildo e Ingundis. En la correspondencia emanada de la cancillería merovingia con tal motivo, se otorga ya a Atanagildo el título oficial de rex; lo que certifica la existencia de un proyecto destinado a sentarle en el trono de los visigodos. Cuando éste se pudiese en marcha, cosa que al parecer Brunequilda deseaba acelerar, el pretendiente podría contar con la colaboración exterior del Imperio y del reino de Metz, y con el apoyo interior de la facción de Gosvinta<sup>121</sup>.

Las tímidas concesiones efectuadas por Recaredo a favor de los partidarios de la casa de Atanagildo durante el primer año de su reinado, resultaron insuficientes para ganar su adhesión. Puesto que entre ellos había numerosos católicos, el soberano decidió adajar del arrianismo y abrazar el catolicismo a título personal, haciéndose bautizar en febrero o marzo de 587. Es muy probable que el obispo Leandro de Hispalis, principal representante de los intereses de la aristocracia bética, sugiriese la necesidad de dar este paso. No en vano, él había sido quien había incentivado la aproximación de Hermenegildo a la Iglesia Católica durante la guerra civil, y él será quien, más adelante, actúe como artífice de la conversión oficial de los godos en el III Concilio de Toledo en 589<sup>122</sup>.

En cualquier caso, Recaredo no obtuvo de su paso al catolicismo los resultados apetecidos. Como ya se ha indicado en distintos lugares a lo largo de este trabajo, las creencias religiosas rara vez actuaron como elemento aglutinante en la formación de las redes clientelares. Desde luego, es innegable que, a través de su conversión, el monarca se ganó las simpatías

de algunas destacadas familias de la aristocracia meridional, especialmente de aquellas que, ante la ausencia de representantes masculinos de la estirpe de Atanagildo, consideraban preferible llegar a un entendimiento con la casa de Liuva que confiar a bizantinos y francos la defensa de los derechos del hijo de Hermenegildo e Ingundis. Ahora bien, estos desplazamientos puntuales de lealtades, no parece que altererassen, en lo esencial, el equilibrio de fuerzas existente entre las dos casas que se disputaban el control del poder en el interior del reino visigodo.

Tampoco nos consta que la conversión personal de Recaredo tuviese gran transcendencia en sus relaciones con los tradicionales aliados de Gosvinta en las Galias. Prueba de ello es que, cuando el soberano envió una nueva embajada a los reyes francos para comunicarles el acontecimiento, obtuvo respuestas muy distintas de cada uno de ellos. Mientras Gontram se reafirmó en su postura hostil hacia la casa de Liuva, Childeberto II, que ya se había manifestado abierto al diálogo, aceptó sellar un pacto con sus antiguos enemigos. El acuerdo contemplaba la entrega a Recaredo de la mano de la princesa Clodosinda, hermana del propio Childeberto y de Ingundis, y por tanto nieta de la reina Gosvinta. En este matrimonio, el monarca visigodo no sólo veía la oportunidad de estrechar lazos entre su casa y la de Atanagildo, sino, también, la ocasión de concentrar en torno a su venidera descendencia las lealtades de los partidarios de ambas familias. El fruto de su unión con una nieta de Atanagildo sería aceptado como heredero legítimo por las clientelas de las dos estirpes y, en virtud de su alto origen nobiliario, estaría en condiciones de competir en cuanto a dignidad se refiere con el hijo de Hermenegildo e Ingundis. Sin embargo, y de manera sorprendente, la boda de Recaredo con Clodosinda jamás llegaría a celebrarse. En 589, el monarca aparece casado con Bado, una

dama de la nobleza visigoda<sup>123</sup>.

La razón de que Recaredo abandonara sus proyectos matrimoniales con la princesa merovingia, sólo puede explicarse en función de un inesperado cambio de circunstancias que ya no hacía precisa la alianza con la casa de Atanagildo. Los años 588 y 589 se caracterizaron por su especial turbulencia en el interior del reino visigodo. Cuatro conspiraciones, que la historiografía tradicional ha vinculado a la conversión del rey, se sucedieron con escasos meses de diferencia, amenazando la permanencia de Recaredo en el trono.

La primera de ellas se produjo en Emerita en torno a la Pascua de 588, y, según parece, estuvieron implicados varios comites civitatum de la Lusitania y otros muchos notables godos, entre los cuales destacaba el futuro rey Witerico, por aquel entonces, tan sólo uno de los jóvenes miembros de la comitiva del dux provinciae Claudio, criado y educado en su casa. También participó una innumerable multitud del pueblo, en su mayoría romanos de confesión católica, lo que demuestra que el complot no poseyó un carácter fundamentalmente religioso. Los conjurados bajo la égida del notable Segar y del obispo arriano Sunna, planeaban dar muerte al obispo católico Masón y al dux Lusitaniae Claudio, personaje de estirpe hispanorromana y el más ilustre de los generales del ejército de Recaredo. Según Juan de Biclario, el propósito último de la trama era derrocar al rey y elevar al trono a Segar. La traición de Witerico, que comunicó a Masón las intenciones de los conjurados, permitió que el dux Claudio abortase el complot, no sin efusión de sangre. Los cabecillas fueron condenados a distintas penas. Segar sufrió la amputación de ambas manos, antes de ser desterrado a la lejana Gallaecia, y Sunna, que rehusó convertirse y aceptar el obispado católico que se le ofrecía, fue enviado al exilio a África. Dada

la gravedad que habían revestido los acontecimientos, Recaredo decidió celebrar la victoria de sus partidarios con un triunfo, del que conservan memoria una serie de monedas acuñadas para la ocasión y cuya leyenda reza: RECCAREDUS REX PIUS EMERITA VICTOR<sup>124</sup>.

A comienzos de 589, se descubrió un segundo complot, sin duda, el más importante de cuantos tuvieron lugar en este período, y el que más cerca estuvo de costar el trono a Recaredo. Se hallaba liderado por la reina Gosvinta y por el obispo Uldila, probablemente el titular arriano de la sede de Toledo. Según Juan de Biclaro, que es quien nos ha dejado constancia de esta oscura trama, ambos personajes abrazaron formalmente al catolicismo, con el propósito de que su plan para derrocar a Recaredo alcanzase el éxito con mayor facilidad. Desarticulada la conspiración, Uldila fue enviado al exilio, en tanto que la reina tomó la trágica decisión de poner fin a sus días<sup>125</sup>.

De manera paralela al desarrollo de estos acontecimientos, en la Narbonensis se gestaba una tercera conjura, que acabaría adquiriendo tintes de auténtica rebelión. Los comites Gránista y Wildigern, confabulados con Ataloco, obispo arriano de Narbo, solicitaron la colaboración militar del rey Gontram de Orleans para destronar a Recaredo. En la primavera de 589, el monarca merovingio, acérrimo enemigo de la casa de Liuva, envió un ejército al mando del dux Desiderio, con ordenes de ocupar militarmente la Narbonensis y prestar apoyo a los conspiradores. Ahora bien, el dux Lusitaniae Claudio, destinado por Recaredo a la defensa de la Narbonensis, salió al encuentro de Desiderio y le infligió tan aplastante derrota, que Gontram no volvería a lanzar ninguna otra expedición militar contra los territorios visigodos en las Galias<sup>126</sup>.

Durante los primeros días del verano de aquel mismo año de 589, se desveló un cuarto complot, encabezado por Argimundo, dux de una provincia del reino sin identificar y miembro del cubiculum. Su objetivo era dar muerte a Recaredo, para coronarse rey en su lugar. Esta vez, no tenemos noticia de que los conspiradores se hallasen vinculados de algún modo al arrianismo. La trama fue descubierta y Argimundo, interrogado bajo tortura, confesó su crimen. Como castigo, se le impuso la decalvación y la amputación de la mano derecha. Para celebrar la desarticulación de la conjura, Recaredo organizó un triunfo, en el que siguiendo el ritual bizantino, Argimundo fue paseado a lomos de un asno por las principales calles de Toledo hasta el hipódromo (pompizando dedit)<sup>127</sup>.

Sin duda, no hubo ningún otro monarca visigodo en el siglo VI que, en tan breve espacio de tiempo, tuviera que hacer frente a tantas conspiraciones, como Recaredo entre la primavera de 588 y el verano de 589. Puesto que las tres primeras se produjeron poco antes de la celebración del III Concilio de Toledo, y la última, apenas clausurado el mismo, la historiografía tradicional ha tendido a ver en ellas el fruto de la reacción arriana contra la política religiosa favorable al catolicismo, que Recaredo había puesto en práctica desde el comienzo de su reinado. Sin embargo, existen numerosos elementos que apuntan hacia una interpretación bien distinta de esta sucesión de complots.

A nuestro juicio, el acontecimiento que sirvió de detonante a la conmoción sufrida por el reino visigodo entre 588 y 589, no es otro que la desaparición del pequeño príncipe Atanagildo, rehén del emperador Mauricio. Hecho, a todas luces, cargado de significación política. Durante el período que se extiende de 584 a 586, Brunequilda y Childeberto II habían



solicitado al basileus, a través de dos embajadas, que el niño fuese puesto en libertad y enviado a Metz. Sin embargo, a partir de la primavera de este último año, se interrumpen las demandas y no volvemos a tener noticia sobre su paradero. El silencio de las fuentes sólo puede deberse a la muerte de Atanagildo, probablemente acaecida a comienzos de 586 y, sin duda, comunicada a los legados francos Babo y Gripo, cuando en el verano de aquel mismo año se presentaron en Constantinopla para solicitar su liberación<sup>128</sup>.

El óbito del pequeño príncipe ayuda a explicar muchas cosas. Para empezar, el cambio operado en la actitud de Childeberto II hacia la casa de Liuva. Si hasta 586, el monarca merovingio había acariciado la idea de intervenir militarmente en el reino visigodo para colocar en el trono a su sobrino, a partir de 587 se muestra dispuesto a sellar un pacto con Recaredo y a entregarle la mano de su hermana Clodosinda. Lo más seguro es que, en el otoño de 586, se produjese la llegada de la noticia de la desaparición de Atanagildo a la corte de Metz. Brunequilda y Childeberto, privados del pretendiente que les habría permitido justificar una guerra contra los visigodos, decidieron ocultar el luctuoso acontecimiento y, de este modo, ganar tiempo para negociar con Recaredo un acuerdo favorable a los intereses de la casa de Atanagildo. Y nada más conveniente a los mismos que una alianza matrimonial. En 569 la unión de Leovigildo y Gosvinta se había mostrado como el camino más adecuado para conservar amplias parcelas de poder en manos de la familia. Diez años después, en 579, un nuevo matrimonio, en este caso el de Hermenegildo e Ingundis, había sido utilizado, en vano, como vehículo para intentar alcanzar cuotas más elevadas de control político. Por tanto, no es extraño que, en 588, la corte de Metz considerase la boda de Recaredo y Clodosinda, como la única vía que permitiría mantener la influencia de la casa de Atanagildo en el

reino visigodo durante los próximos años.

Ahora bien, pese al silencio oficial de las cortes merovingias y bizantina, la noticia del fallecimiento del hijo de Hermenegildo e Ingundis acabaría siendo conocida en Toledo. Dada la lentitud con que viajaba la información por el Mediterráneo en esta época, es muy probable que la nueva no se difundiese en el reino visigodo antes del otoño de 587. Desaparecido el pequeño Atanagildo, Recaredo ya no tenía necesidad de cerrar una costosa alianza con el reino de Metz, a fin de obtener la mano de Clodosinda y satisfacer así las exigencias de la factio Goswinthae y sus aliados. Le bastaba con esperar a que falleciese la reina para ver resueltos todos sus problemas. Como hijo adoptivo de la soberana, se convertiría en jefe indiscutible de la casa de Atanagildo. Gozando, pues, de tales perspectivas, en la primavera de 588, no dudó en interrumpir las negociaciones con el reino de Metz, y tomó como esposa y reina a Bado, probablemente, hija de alguna poderosa familia de la aristocracia visigoda favorable al soberano.

La renuncia de Recaredo a la mano de Clodosinda debió causar una profunda alteración en el equilibrio de fuerzas, que hasta aquel momento había definido la relación entre la casa de Liuva y la de Atanagildo. Muchos de los clientes de esta última, convencidos de que, a falta de un miembro de la progenie de su antiguo señor, Recaredo era el candidato más idóneo a la sucesión de Gosvinta, optaron por reconocer sus derechos, sumándose así al grupo de partidarios de la casa de Atanagildo que le habían apoyado desde el día en que se proclamó hijo y heredero de la soberana. Leandro de Hispalis y su familia parecen haberse encontrado entre las filas de este primer grupo que se adhirió a Recaredo. Otros destacados representantes de la aristocracia meridional siguieron su ejemplo. Entre ellos, el obispo católico

Masona de Emerita. Este prelado de origen godo, que, como sin duda se recordará, había sufrido el destierro y el confinamiento en un monasterio por haber defendido la causa de Hermenegildo durante la guerra civil, se nos revela, a partir de 588, como un celoso partidario de Recaredo<sup>129</sup>.

En realidad, nada tiene de sorprendente esta actitud de apoyo al monarca, por parte de las principales familias de la aristocracia católica de la Baetica y la Lusitania vinculadas a la casa de Atanagildo. Recaredo era primer soberano visigodo, si se exceptúa el caso de su hermano Hermenegildo, que les llamaba a participar en la construcción de un estado romano-germánico, de confesión católica, y a desempeñar en él una función dirigente. Rechazar una oferta tan seductora hubiera sido un grave error, en el que los principales líderes de la nobleza meridional no deseaban incurrir. De ahí que, llegado el momento, no titubeasen en poner distancias con el sector más radical de la clientela de Atanagildo, cuyos líderes preconizaban la lucha sin cuartel contra Recaredo.

La serie de conjuras y revueltas desencadenadas contra el monarca entre los años 588 y 589, se halla más estrechamente relacionada de lo que se piensa con estas divisiones surgidas en el seno de la casa de Atanagildo. De acuerdo con los datos que nos proporcionan las fuentes, sólo uno de los cuatro complots conocidos tuvo como escenario la corte, en tanto que los otros tres se desarrollaron casi exclusivamente en ámbitos provinciales. Como ya hemos señalado, muerto el pequeño Atanagildo e interrumpidas las negociaciones para el matrimonio de Clodosinda y Recaredo, se había esfumado toda esperanza de que un descendiente de Atanagildo llegase a ejercer el liderazgo de su casa cuando Gosvinta falleciese. En tales circunstancias, es muy probable que, de entre las filas del sector de la casa de

Atanagildo opuesto a que Recaredo heredase su jefatura, hayan surgido varios pretendientes deseosos de disputársela. Sin duda, se trataba de poderosos personajes vinculados a los cuadros dirigentes provinciales, capaces de canalizar en su provecho el descontento de aquellos sectores de las oligarquías locales que Recaredo no había conseguido atraer a su bando. El objetivo prioritario de cada uno de ellos consistía en destronar al monarca, ya que siendo éste el heredero legal de Gosvinta, no existía otro camino para apartarle del orden sucesorio.

Tal parece ser el modo de proceder adoptado por Segar, líder de la primera conjura contra Recaredo de la que tenemos noticia. Según apuntan las fuentes, este magnate visigodo, miembro de la élite rectora de la Lusitania, planeaba apoderarse del trono con la colaboración de varios comites civitatum y de numerosos provinciales romanos. Por desgracia, en ningún lugar se hace referencia a una posible relación clientelar entre los integrantes del grupo de conspiradores y la casa de Atanagildo. Pero, a través del contexto, puede rastrearse su existencia.

El complot se fraguó en Emerita Augusta, ciudad que había sostenido al usurpador Hermenegildo, desde el comienzo de su rebelión. Es pues lógico que Gosvinta conservase tras sus muros importantes aliados, tanto entre la nobleza goda como romana. De acuerdo con el relato conservado en las Vitae Patrum Emeritensium, antes de tomar acción contra Recaredo, los conjurados tramaban eliminar al dux Claudio y al obispo Masona, los más influyentes partidarios del soberano en la provincia. Puesto que, durante la guerra civil, Masona había defendido los intereses de la casa de Atanagildo, y no consta que abandonase nunca esta postura, su identificación, por parte de los conspiradores, como secuaz de Recaredo, sólo puede deberse a que, en los últimos tiempos, hubiese optado por sostener los derechos

del monarca a la sucesión de Gosvinta. Si como pensamos, Segar y la mayor parte de los otros conjurados eran miembros del sector de la clientela de la casa de Atanagildo adverso a su heredero oficial, no resulta extraño que considerasen al prelado como un traidor y procurasen su muerte. La desarticulación de la trama, debida a la delación de uno de los conspiradores, miembro de la comitiva del dux Claudio, y a la intervención del propio Masona, demuestra como las escisiones de la clientela de Atanagildo favorecían la causa de Recaredo<sup>130</sup>.

Ante el éxito obtenido por los partidarios del soberano en la Lusitania, Gosvinta decidió tomar las riendas de la lucha contra Recaredo, urdiendo un plan para derrocarlo. A comienzos del año 589, y como paso previo al golpe, hizo pública su conversión al catolicismo; probablemente, inducida por la errónea creencia de que, al dar este paso, recuperaría el apoyo del sector católico de su clientela que, en los últimos tiempos, había basculado hacia Recaredo. Mientras Gosvinta ponía en marcha los resortes de su conjura, en la Narbonensis se preparaba una rebelión. Dos razones nos inducen a pensar que ambas intrigas no eran sino hilos distintos de una misma trama. En primer lugar, la existencia de un objetivo común: desestabilizar a la casa de Liuva, atentando simultáneamente contra su cabeza coronada en Toledo y contra sus intereses materiales en la provincia de donde provenía la estirpe. Y en segundo lugar, el hecho de que los conspiradores de la Narbonensis solicitasen la ayuda militar del rey merovingio Gontram, un fiel aliado de la casa de Atanagildo, que ya había respondido a las demandas de auxilio de Gosvinta en anteriores ocasiones. El descubrimiento de las insidias de la soberana debió coincidir con la invasión de la Narbonensis por las fuerzas de Gontram. Derrotado del ejército franco a manos del dux Claudio, en los primeros días de la primavera de 589, se esfumó la última esperanza de Gosvinta, quien, viendo perdida su

causa, decidió suicidarse. Al menos, ésta fue la versión oficial que emanó de la corte, porque, a tenor de las circunstancias, es lícito preguntarse si la reina, luchadora infatigable, adoptó voluntariamente la decisión de poner fin a su vida, como los partidarios de Recaredo quisieron hacer creer<sup>131</sup>.

La sospecha de que Gosvinta pudiera haber sido eliminada por instigación de su heredero, es casi seguro que nunca llegará a probarse. Pero lo realmente significativo, desde el punto de vista histórico, no es la autenticidad del hecho positivo, sino el que algunos contemporáneos diesen crédito a esta versión oficiosa. Razones no les faltaban. A fin de cuentas, Recaredo era el principal beneficiario, tanto a nivel político como económico, de la desaparición de su madre adoptiva. Muerta Gosvinta, no sólo heredaba los inmensos bienes acumulados por la casa de Atanagildo, durante el último medio siglo, sino también el patronazgo de toda su clientela, y ésta era, sin duda, su baza más notoria. Puesto que las relaciones de clientela estaban basadas en lazos hereditarios de dependencia socio-económica, al convertirse en jefe de la casa de Atanagildo, todos sus clientes estaban obligados a rendirle obsequium<sup>132</sup>.

Por supuesto, no debemos llamarnos a engaño y pensar que, de este modo, se puso fin al conflicto existente entre los dos sectores de su nueva clientela y se alcanzó una reconciliación definitiva. Muchos de los viejos adversarios de Recaredo, teniendo presentes las oscuras circunstancias en que se había producido la muerte de Gosvinta, debieron negarse a reconocer sus derechos como patrón, del mismo modo que, en el pasado, habían rehusado aceptarle como heredero de la casa de Atanagildo.

En este ambiente, enrarecido por la amenaza de nuevas

complots contra el monarca y por la presión bizantina sobre las fronteras meridionales, tuvo lugar la celebración del III Concilio de Toledo, con el que Recaredo quiso coronar la política de unificación religiosa emprendida tras la muerte de su padre. Una atenta lectura de las actas sinodales, nos permite constatar el carácter marcadamente propagandístico que poseyó la asamblea. Inaugurada el 8 de mayo de 589, su principal objetivo no parece haber sido otro que dar a conocer públicamente la conversión al catolicismo del monarca y del pueblo godo, en el marco de un acto que revistiese toda la magnificencia del aparato cortesano y eclesiástico bizantino<sup>133</sup>. Es muy probable que, con semejante despliegue de medios, se pretendiese contrarrestar los efectos de la ceremonia, en que, pocos meses antes, Gosvinta había hecho pública su propia conversión, despejando cualquier duda que pudiese albergar la clientela meridional de la casa de Atanagildo, sobre la actitud de Recaredo hacia la Iglesia Católica. Sin embargo, todo apunta a que ésta no fue la única razón.

De acuerdo con el testimonio de Juan de Biclario, el obispo Leandro de Hispalis y el abad Eutropio del monasterio Servitanum, consejeros del monarca, fueron los inspiradores y organizadores del III Concilio de Toledo. El protagonismo de estos dos eclesiásticos no guarda relación con el lugar que ocupaban en el orden jerárquico de la Iglesia. Desde luego, Leandro era uno de los seis metropolitanos del reino, pero ni era el más antiguo, como lo prueba el hecho de que suscribiese las actas sinodales después de Mazona de Emerita y Eufemio de Toledo, ni tampoco el más influyente, posición que, sin duda, correspondía a su colega de la ciudad regia, que frecuentaba la corte con regularidad. Ahora bien, tanto Leandro como Eutropio conocían en profundidad la tradición conciliar del Imperio, y, en consecuencia, se hallaban capacitados para organizar un

sínodo, que pudiese emular a los celebrados en Oriente. Como se recordará, el obispo hispalense había pasado una larga temporada en Constantinopla, desempeñando las funciones de embajador de Hermenegildo ante la corte de Tiberio II. Y en cuanto a Eutropio, sabemos que hacia 584 ostentaba ya el cargo de abad del monasterio Servitanum, cuyo emplazamiento no debía distar mucho de la frontera de la provincia de Spania, como se desprende de la nutrida correspondencia que sostuvo con el obispo Liciniano de Carthago Spartaria<sup>134</sup>.

La impronta bizantina ha dejado profunda huella en las actas sinodales. Resulta evidente que Leandro y Eutropio emplearon todos los recursos que ponía a su alcance la tradición conciliar del Imperio, para refrendar la legitimidad de Recaredo, cuestionada, en aquellos momentos, por los antiguos partidarios de Gosvinta y por el propio gobierno de Constantinopla. Los laudes o aclamaciones que, tras la intervención del monarca, efectuaron los obispos y notables asistentes a la asamblea, recuerdan que sólo el "verdadero rey católico", en tanto que campeón de la ortodoxia, tiene derecho a la "gloria presente" y a la "corona eterna". Juan de Biclario, en la misma línea ideológica, equipara la obra de Recaredo a la de los emperadores Constantino I y Marciano, quienes habían convocado los Concilios de Nicea y Calcedonia, hitos referenciales en la definición del dogma católico. Al entroncar el sínodo toledano de 589 con las grandes asambleas episcopales del Imperio, el cronista visigodo no pretende otra cosa que realzar la figura de Recaredo como la del legítimo sucesor de estos soberanos<sup>135</sup>.

En el relato del Biclarense se observa una segunda coincidencia con las actas del sínodo. Ambos textos evitan hacer mención al II Concilio de Constantinopla de 553, pese a que ni Leandro ni Eutropio podían ignorar su existencia. El motivo es



bien simple. Las decisiones de esta asamblea, cuyo estudio abordaremos más adelante, no fueron aceptadas por casi ninguna de las iglesias occidentales, entre ellas las de Hispania, cuyos obispos rehusaron con firmeza plegarse a los dictados dogmáticos del Imperio. A juicio de A. Barbero y M. I. Loring, esta actitud de independencia por parte del episcopado peninsular respecto a la política religiosa de Bizancio, favoreció la conversión de Recaredo, que abrazando el catolicismo se aseguraba el respaldo incondicional del clero niceísta de su reino<sup>136</sup>.

Apenas clausurado el III Concilio de Toledo, se desveló la trama de una nueva conspiración, en este caso la liderada por Argimundo, cubicularius de la domus regia y dux provinciae. Aunque las fuentes no indican sobre qué territorio se extendía su autoridad, ha de descartarse la Gallaecia, adonde sería desterrado, la Lusitania, en donde Claudio ocupaba dicho cargo, y la Narbonensis, donde acababa de intervenir este último para rechazar a las tropas del rey franco Gontram. En consecuencia, sólo nos quedan tres provincias, la Tarraconensis, la Carthaginensis y la Baetica, todas ellas colindantes con los dominios bizantinos. Puesto que en 589-590, el Imperio estaba en guerra contra Recaredo, es posible que Argimundo acariciase la idea de derrocar al soberano con la ayuda de las tropas romanas. La proximidad de los dominios imperiales y la presencia de un nuevo magister militum, Comenciolo, enviado por Mauricio para combatir a los hostes barbaros, pudieron haberle inducido a solicitar su colaboración. Ignoramos si Argimundo estaba vinculado de algún modo a la casa de Atanagildo, pero, teniendo en cuenta que su rebelión se produjo poco después de la muerte de Gosvinta, y en el marco del conflicto que enfrentaba a los partidarios de ésta con los de su heredero, es más que probable que ocupase un destacado lugar en la facción de la soberana. En tal caso, las oscuras circunstancias que habían rodeado la muerte

de Gosvinta, le habrían proporcionado una excelente justificación, para alzarse en armas contra Recaredo con el apoyo de los bizantinos<sup>137</sup>.

A partir de 590, carecemos de nuevos datos que ayuden a esbozar el desarrollo del conflicto entre el Imperio romano de Oriente y el reino visigodo de Toledo. La respuesta del papa Gregorio I a la carta de Recaredo, en la que el monarca solicitaba información sobre los pactos suscritos por Atanagildo, únicamente nos permite constatar la existencia de unas demandas territoriales por parte de Bizancio y la continuidad de los enfrentamientos armados entre ambos contendientes, a lo largo del último lustro del siglo VI<sup>138</sup>.

Desde luego, los dificultades del gobierno de Toledo no se circunscribían a la lucha contra los imperiales. Graves problemas internos seguían amenazando la estabilidad del proyecto dinástico de Recaredo. Si bien, la conjura de Argimundo había sido desarticulada, y no poseemos noticias de que volviesen a producirse otros complots bajo el reinado de este monarca, la paz civil alcanzada en 589 resultaba bastante precaria. A decir verdad, no era más que el fruto de las enormes concesiones políticas, sociales y económicas, efectuadas por Recaredo a favor de la nobleza, y en particular, de los cuadros dirigentes de las provincias meridionales, en otro tiempo, estrechamente ligados a la casa de Atanagildo. Tras ceñir la diadema, el monarca había restituido a muchos de estos aristócratas los bienes que les habían sido confiscados por su padre Leovigildo. Y después de su propia conversión, había colmado de riquezas a la Iglesia Católica, fundando y dotando con magnificencia nuevas basílicas y monasterios. Todo ello respondía a los imperativos de una política dinástica, preocupada por obtener el apoyo de las familias más poderosas del reino, a fin de conservar la corona

dentro la casa de Liuva. Sus costes serían elevados, tanto para la dinastía reinante, como para la institución monárquica. Salvado el escollo de las divergencias religiosas, la integración de los intereses económicos y políticos de las aristocracias visigoda y romana acabaría socavando los fundamentes del poder de la monarquía<sup>139</sup>.

#### **1.4. La tiranía de Focas y el comienzo del desmembramiento de la unidad política mediterránea.**

##### **1.4.1. La cuestión dinástica.**

A despecho de las dificultades financieras, que atrofiaban los mecanismos de defensa del estado bizantino, Justino II, Tiberio y Mauricio habían logrado preservar casi intacto el legado de Justiniano. Las perdidas territoriales sufridas en Italia, a causa del asentamiento de los lombardos, se vieron compensadas por la ampliación de las fronteras en Oriente. Cuando en 602 se amotinaron las fuerzas danubianas, la posición del Imperio respecto a los pueblos limítrofes, era claramente hegemónica. El peligro persa había sido conjurado, la expansión de los lombardos se hallaba bajo control, y las recientes victorias sobre ávaros y eslavos permitían augurar una inmediata restauración de la paz en los Balcanes. Desdichadamente, la crisis interna en que se sumió Bizancio, durante los ocho años que duró el reinado del usurpador Focas, dio al traste con todos estos logros, poniendo al Imperio al borde de la ruina.

Por lo que se refiere al orden del desarrollo de los acontecimientos, que se sucedieron durante esta época, hemos decidido seguir la periodización establecida por A. N. Stratos, en el primer volumen de la obra que dedica al estudio del mundo bizantino en el siglo VII. Se trata de un trabajo exhaustivo, en

el que el autor efectúa un minucioso análisis crítico de las fuentes que poseemos para reconstruir la historia del período, casi todas ellas repletas de dificultades interpretativas<sup>140</sup>.

De acuerdo con las mismas, Focas, hijo de una familia humilde, probablemente de la diócesis de las Tracias, se había consagrado al servicio de las armas desde su más temprana juventud, llegando a ostentar el grado de centurión en una de las unidades que operaban en el Danubio. Al producirse el estallido de la rebelión de 602, supo canalizar en su provecho el descontento de las tropas. Y con el apoyo de éstas y de la población de Constantinopla consiguió elevarse hasta el solio.

Desde el principio de su reinado, Focas hubo de hacer frente a la oposición del Senado y de una parte significativa de la cúpula militar, que se negaban a reconocer la legitimidad de su soberanía. En consecuencia, el soberano decidió servirse de familiares próximos, amigos y, especialmente, de la burocracia patrimonial, dirigida por el cuerpo de libertos eunucos del sacrum cubiculum, para llevar a efecto su acción de gobierno. Así lo prueba el hecho de que, apenas coronado, nombrase a su hermano Dometziolo magister militum per Orientem, al antiguo praepositus sacri cubiculi Smaragdo exarchus Italiae, dignidad que ya había ostentado bajo Mauricio entre 584 y 588, y al actual praepositus et sacellarius, Leoncio, praefectus urbis Constantinopolis. Esta última designación tenía como objeto supervisar más estrechamente los movimientos de la aristocracia senatorial, a fin de reprimir, de manera instantánea, cualquier brote de disidencia que pudiera darse en su seno. El praefectus urbis estaba dotado de autoridad judicial sobre todos los miembros del Senado. Otorgando este cargo al praepositus sacri cubiculi, o superintendente de la casa imperial, el soberano podía neutralizar directamente cualquier complot aristocrático y aplicar, sin dilación, las

medidas de terror que juzgase oportunas. Al tiempo que se protegía de las asechanzas del Senado, Focas intentó ganarse el favor del antiguo estado mayor de Mauricio, nombrando al célebre general Prisco, comes excubitorum; lo que, en resumidas cuentas, era tanto como designarle su futuro heredero, ya que tanto Tiberio II como Mauricio habían ocupado este puesto, antes de ser promovidos al cesariato<sup>141</sup>.

Como puede comprobarse, Focas gobernó con el apoyo, casi exclusivo, del cuerpo de burócratas que administraban el patrimonio de la corona. El peso creciente del cubiculum en la vida política de Bizancio, se halla intimamente ligado al progresivo incremento de sus funciones financieras. Los fondos destinados a subvenir el mantenimiento del aparato de la corte, los gastos de defensa y las liberalidades públicas, procedían, cada vez en mayor medida, del sacellum o tesoro particular del emperador, alimentado por las rentas de las propiedades asignadas a la domus divina. De ahí, que con frecuencia se confiase a cubicularii los altos mandos del ejército. Por otra parte, a causa de su mutilación y orígenes serviles, estos libertos eunucos se hallaban incapacitados para aspirar a la púrpura, y, dado que les estaba prohibido adoptar hijos, tampoco podían integrarse en la élite aristocrática por vía hereditaria, lo que, a la postre, les convertía en un excelente elemento de interposición entre la nobleza senatorial y la monarquía. A través del cubiculum, el emperador podía ejercer un control real sobre las grandes familias, que le permitía reprimir las conspiraciones fraguadas en su seno<sup>142</sup>.

Sin embargo, en el caso de Focas, todos sus esfuerzos por controlar a la aristocracia y a los altos mandos del ejército, mediante la acción de la burocracia patrimonial, fueron estériles. En los círculos cortesanos favorables a la familia de

Mauricio, ya había comenzado a elaborarse un siniestro retrato suyo, con el propósito de desprestigiarle ante la opinión pública. Las obras historiográficas de la época, en general, compuestas por miembros de la nobleza de servicio, reflejan perfectamente la opinión que les merecía el usurpador. Según Juan de Antioquía, uno de sus más ardientes detractores, mientras el Imperio se sumía en la anarquía, Focas, aficionado a las carreras de cuadrigas y partidario de los Azules, malgastaba el tiempo en el hipódromo, celebraba interminables banquetes, entregándose sin moderación a la bebida, y compartía su lecho con múltiples concubinas, entre las cuales destacaba una tal Calínike, hija de un alto funcionario palatino<sup>143</sup>.

La oposición senatorial, no contenta con divulgar este tipo de propaganda, decidió desestabilizar el régimen, sirviéndose de la vieja rivalidad entre Verdes y Azules, para alterar el orden público y sembrar el pánico entre las clases medias. Durante los festejos de Año Nuevo de 603, estallaron los primeros disturbios callejeros en Constantinopla, Thesalonica y otras muchas ciudades de Oriente. Por lo común, tuvieron su foco de origen en el hipódromo. Los Miracula Sancti Demetri nos han dejado una dramática descripción de estos disturbios:

"Sabéis muy bien qué nubes de polvo levantó el diablo bajo el sucesor del emperador Mauricio de feliz memoria, apagando el amor y sembrando el odio mutuo en todo Oriente, en Cilicia, en Asia, en Palestina y en las regiones vecinas, hasta en la misma ciudad imperial: los miembros de los clubs deportivos no se contentaban ya con verter la sangre de sus compatriotas en las calles, sino que los unos penetraban en las casas de los otros asesinando sin piedad a sus habitantes; mujeres y niños, ancianos y

jóvenes, demasiado débiles para encontrar la salvación en la huida, fueron arrojados al suelo desde las azoteas; robaban, como bárbaros, a sus conciudadanos, sus amigos y sus parientes e incendiaban sus casas"<sup>144</sup>.

Los sucesos acaecidos en la capital son particularmente bien conocidos. El patricio Germano Póstumo, que aspiraba a ceñir la diadema, parece haber sido el instigador de esta primera conjura nobiliaria para derribar a Focas. Los rumores de que su yerno Teodosio, hijo primogénito de Mauricio, había logrado escapar y salvar la vida, le permitieron ganarse el apoyo de la emperatriz viuda Constantina y de sus tres hijas, recluidas en casa del eunuco Leoncio, que, como ya hemos señalado ostentaba los cargos de praepositus sacri cubiculi et sacellarius y praefectus urbis. Germano intentó comprar la amistad de los Verdes, favoritos de Mauricio, ofreciendo grandes cantidades de dinero a su demarca. Pero éste, que no había olvidado que el patricio era partidario de los Azules, las rechazó.

Durante la celebración de los espectáculos circenses del Año Nuevo de 603, los Verdes provocaron serios disturbios en el hipódromo, injuriando el nombre de la emperatriz Constantina, a quien creían en connivencia con Germano, para derrocar a Focas. El usurpador, alarmado por las acusaciones que lanzaban los Verdes, decidió eliminar a la viuda de Mauricio y a sus tres hijas, pero éstas, con ayuda de Germano, se acogieron al derecho de asilo en Santa Sofía, y sólo después de que Focas se hubo comprometido a respetar sus vidas, consintieron en salir de la iglesia para enclaustrarse en el monasterio de la Nea Metanoia. Varios miembros de la familia de Mauricio, considerados especialmente peligrosos, compartieron el destino de la emperatriz y sus hijas. Entre ellos se encontraban el general

Filípico, marido de Gordia, la hermana del extinto basileus, que se vio obligado a profesar en un monasterio fundado por él mismo en Chrysopolis, y, por supuesto, el patricio Germano, a quien también se impuso la tonsura monacal, antes de confinarle en su propio domicilio, transformado apresuradamente en una especie de cárcel-cenobio.

A pesar de todo, los desordenes callejeros siguieron alterando el ritmo de la vida cotidiana de la capital. En el verano de 603, Verdes y Azules volvían a enfrentarse en el hipódromo, por razones que nos son desconocidas. Según parece, en un momento determinado, el escenario del conflicto se trasladó a la Mese, la gran avenida comercial de Constantinopla, cuyo tramo inicial, el que iba desde el palacio de Lauso, próximo al hipódromo, hasta el Foro de Constantino, fue incendiado por los Verdes. Focas, temiendo convertirse en víctima de los exaltados, no vaciló en sofocar la revuelta con un baño de sangre, llegando incluso a hacer quemar vivo a Juan Crucis, demarca de los Verdes, lo que le granjearía la enemistad eterna de esta facción<sup>145</sup>.

A la inestabilidad generada por los disturbios urbanos, vino a sumarse la insurrección del ejército de Oriente. En el otoño de 603, Narsés, el célebre general de Mauricio que había dirigido las operaciones militares contra el usurpador Bahram, a fin restaurar a Cosroes II en el trono de sus antepasados, se alzó en armas contra Focas. Las razones que le impulsaron a tomar esta decisión no resultan fáciles de dilucidar. Evidentemente, el nuevo gobierno de Constantinopla no había logrado ganarse el apoyo de todos los miembros del viejo estado mayor de Mauricio. Ahora bien, el detonante de la rebelión parece estar relacionado con la aparición en escena de un personaje que decía ser el príncipe Teodosio. En algún momento, durante el transcurso de aquel otoño, un adolescente, que



afirmaba ser el primogénito de Mauricio, se presentó ante Narsés, demandando su ayuda para recuperar el trono. El magister utriusque militiae per Orientem había frecuentado poco la corte en los últimos tiempos, y, sin duda, en sus escasas visitas al Sacrum Palatium, sólo había podido ver a Teodosio desde lejos. Jamás había formado parte del círculo íntimo del príncipe. Con todo, se apresuró a reconocer como su legítimo soberano al joven que decía ser el hijo de Mauricio. El notable parecido físico existente entre ambos, debió ser prueba más que suficiente para un general adicto a la antigua familia imperial<sup>146</sup>.

A instancias del presunto Teodosio, Narsés, que no disponía de los efectivos necesarios para marchar sobre el Bósforo, escribió a Cosroes II, solicitando su ayuda para restaurar al príncipe en el trono de Constantinopla. Mientras aguardaba una respuesta de Ctesiphonte, el general se dedicó a reforzar sus posiciones en Edessa e Hierapolis. Seguramente, preveía la llegada de un ejército leal al gobierno de Constantinopla y no deseaba que le sorprendiese desprevenido. En efecto, Focas, informado de la rebelión, nombró magister utriusque militiae per Orientem a uno de sus incondicionales, Germano (no confundir con el patricio del mismo nombre), y le envió al este con ordenes de capturar a Narsés. La guerra civil acababa de estallar. Camino de Edessa, Germano se detuvo en Dara, donde dejó acantonadas parte de sus tropas como guarnición. Grave error. Apenas hubo abandonado la plaza, Cosroes II, que acudía en socorro de Narsés, se presentó ante sus muros. El Gran Rey no tenía la intención de perder tiempo supervisando un asedio, pero tampoco deseaba dejar escapar la oportunidad de hacerse con el control del más importante bastión de la frontera romana. Así que, finalmente, optó por dejar allí los hombres necesarios para sostener el sitio y continuó su marcha hacia Edessa. Cerca de esta ciudad tuvo lugar el encuentro entre el ejército persa y las

fuerzas gubernamentales bizantinas. Estas fueron aplastadas y su general, Germano, herido en combate, murió pocos días después. Tras la batalla, Narsés se entrevistó con Cosroes y le presentó a Teodosio. El monarca Sasánida, que no tenía ningún motivo para dudar de la identidad del supuesto príncipe, le tomó bajo su protección directa y le llevó consigo en su viaje de retorno a Dara.

Acuciado por la derrota de Germano, Focas se avino a sellar un acuerdo desventajoso con los ávaros, a fin de poder retirar tropas de la Tracia y enviarlas al este, bajo el mando del eunuco Leoncio. El nuevo magister utriusque militiae per Orientem dividió sus fuerzas en dos grandes unidades, y despachó la primera a Dara, donde se encontraba Cosroes dirigiendo el asedio, mientras él personalmente conducía a la segunda contra Narsés. En la primavera de 605, entró en Edessa, pero no logró capturar a Narsés, que se había retirado a Hierapolis. En consecuencia, resolvió marchar sobre Dara, para reunirse allí con el resto de su ejército. A sólo 12 millas de esta ciudad, en Arzamón, tuvo lugar una encarnizada batalla con los persas. El ejército de Leoncio fue completamente aniquilado. Los supervivientes, capturados por los persas, serían masacrados por orden de Cosroes, durante la celebración de la victoria. Sólo el general y algunos miembros de su estado mayor consiguieron escapar y ponerse a salvo en el interior de Asia Menor<sup>147</sup>.

Cuando Focas tuvo noticia de este nuevo desastre, dispuso que Leoncio fuese arrestado y conducido a Constantinopla con cadenas, y en su lugar, nombró magister utriusque militiae per Orientem a su sobrino Dometziolo, al quien encomendó la misión de tomar Hierapolis. Narsés, abandonado a su suerte por los persas, que se hallaban ocupados en el sitio de Dara, hubo de negociar la rendición de la plaza con Dometziolo. Este le

aseguró bajo solemne juramento que se respetaría su vida y que no habría efusión de sangre. Sin embargo, una vez en Constantinopla, Focas relevó a su sobrino del juramento prestado, y, con motivo de los festejos de Año Nuevo de 606, hizo quemar a Narsés en el hipódromo, para que sirviese de ejemplo al resto de los generales del Imperio<sup>148</sup>.

El rigor del castigo se hallaba en proporción con el creciente temor de Focas a ser víctima de un complot militar o aristocrático. No se trataba de ninguna paranoia personal, sino de una evidencia basada en hechos. A finales de 605, se había descubierto una nueva conjura senatorial en Constantinopla. La presencia del supuesto Teodosio entre las filas del ejército persa que asediaba Dara, debió servir el acicate a los conspiradores, deseosos de restablecer la legitimidad dinástica. Pero hubo otros factores que influyeron tanto o más en su ánimo, como el descontento de la nobleza de servicio por la mala administración de los gestores de Focas y el malestar de la cúpula militar por las recientes derrotas ante los persas.

Lideraban el complot los patricios Romano, Elpidio y Teodoro, éste último praefectus praetorio Orientis. Se unieron a ellos un numeroso grupo senadores y altos dignatarios palatinos, entre los que se encontraba Anastasio, comes sacrarum largitionum. Su intención era dar muerte a Focas en el hipódromo, mientras asistía a las carreras de cuadrigas. Los conjurados estaban en contacto con el patricio Germano y con la emperatriz Constantina, ya que el atentado se efectuaría en nombre de Teodosio. Pero, en el último momento, cuando ya todo estaba a punto, fueron traicionados por Anastasio, quien, a través de una dama llamada Petronia, también involucrada en la conjura, reveló a Focas la existencia de un plan para asesinarle. Inmediatamente, comenzaron a rodar cabezas. Primero fueron las de Romano, Elpidio

y Teodoro. Después las de muchos otros senadores y altos dignatarios palatinos. Y finalmente, las de la antigua familia imperial. La emperatriz Constantina y sus tres hijas, Anastasia, Teoctista y Cleopatra, fueron trasladadas al puerto de Eutropio, escenario de la muerte de los miembros varones de la dinastía, y degolladas con idéntica brutalidad. Al patricio Germano y a su hija, la esposa de Teodosio, se les condenó al exilio en la isla de Proti, donde serían ejecutados apenas desembarcasen<sup>149</sup>.

No parece que Focas se inquietase excesivamente por la degradación de sus relaciones con el Senado. En cambio, le preocupaba, y mucho, lo que pudiesen pensar los miembros de la cúpula militar. Desde que Narsés fuera quemado públicamente, como un delincuente común de ínfima categoría, su descontento, ya palpable a causa de los fracasos ante Cosroes, rayaba la insubordinación. En tales circunstancias y llevado por la necesidad de obtener el apoyo de los altos mandos del ejército, Focas arregló el enlace matrimonial de su hija Domentzia con el anciano patricio Prisco, a la sazón comes excubitorum y uno de los más reputados generales de la época de Mauricio. La boda, que se celebró en el viejo palacio de Marina, a comienzos de 607, estuvo revestida de gran boato. En el transcurso de los festejos nupciales, los jóvenes militantes de los clubs deportivos del hipódromo tuvieron la desafortunada idea de coronar con laureles las estatuas de los novios, expuestas junto a las de Focas y Leoncia. Este hecho provocó las iras del usurpador, quien, temiendo que los Verdes y los Azules se hallasen en connivencia con su yerno para derrocarlo, ordenó el arresto de los demarcas de ambas facciones. Cuando se supo que Focas se disponía a decretar su muerte, estalló una sublevación en el hipódromo. Al ver unidas, por primera vez, a ambas facciones en su contra, el soberano no tuvo más remedio que mostrar clemencia<sup>150</sup>.

En cualquier caso, el incidente cerró la puerta a toda expectativa de reconciliación entre Focas y sus generales. Ahora más que nunca, el usurpador desconfiaba de las intenciones de los altos mandos del ejército, y en especial de las de Prisco, en quien veía un peligroso rival. El temor a una rebelión militar le indujo a encomendar la dirección de las tropas en campaña a familiares y amigos, con frecuencia carentes de experiencia, lo que sería causa de nuevos desastres en los campos de batalla, y de resentimiento entre los profesionales, desplazados por estos favoritos. La aristocracia legitimista, cuya mano se puede atisbar tras el episodio de los laureles, fue la principal beneficiaria del malestar generado por la política militar de Focas, ya que en poco tiempo lograría ganarse el apoyo de Prisco y de muchos de los otros generales descontentos.

En este sentido, la evolución del conflicto con Persia resultó determinante. Los esfuerzos de los eunucos y allegados de Focas por detener a Cosroes habían resultado, hasta aquel momento, vanos. El Gran Rey, so pretexto de reponer a Teodosio en el trono de sus mayores, había logrado recuperar la mayor parte de los territorios cedidos a Bizancio en virtud del tratado de paz de 591, y amenazaba con incorporar a sus dominios todo el Oriente romano.

A comienzos de 606, tomó posesión de la fortaleza de Dara, llave de la frontera bizantina. Sin embargo, en Constantinopla no saltó la alarma hasta un año después, cuando dos ejércitos Sasánidas penetraron en el interior del Imperio. El primero de ellos, al mando del Sahrbaraz, amigo personal de Cosroes, ocupó entre 607 y 610 las provincias romanas de Mesopotamia, Osrhoena y Euphratensis. El segundo, a las ordenes del general Astar Yestayar, a quien acompañaba el supuesto Teodosio, invadió la Armenia romana, rechazando a las fuerzas

gubernamentales bizantinas que mandaba Domentziolo, sobrino de Focas. En 609, Astar Yestayar fue sustituido por Sahin. El nuevo comandante del ejército de Armenia, tras adueñarse de Teodosiopolis (Erzerum), descendió sobre la Cappadocia Prima y puso sitio a su capital Caesarea. La situación no podía ser más grave. En la Cappadocia Prima se concentraban los principales fundos que subvenían al mantenimiento de la domus divina, de cuyas rentas el emperador detraía importantes sumas para pagar al ejército. Sin pérdida de tiempo, Focas despachó a uno de sus parientes, Sergio con ordenes expresas de levantar el cerco de Caesarea y expulsar a los persas de la provincia. Pero el general bizantino, que partió al frente de las últimas tropas disponibles, fue derrotado y muerto por el enemigo. Ya nada se interponía entre Sahin y Constantinopla. Los batidores de su ejército avanzaron a través de Asia Menor hasta el Bósforo, alcanzado los arrabales de Calcedonia a comienzos de 610. El terror se apoderó de la capital, ya que, desde los muros de Constantinopla, se podía ver el humo y las llamas de los incendios provocados por los persas en los ricos monasterios y las aristocráticas quintas de recreo, que se sucedían a lo largo de la orilla bitinia del estrecho<sup>151</sup>.

El avance persa a través de Mesopotamia, Siria y Armenia, se vio favorecido por el clima de guerra civil que se vivía en el interior del Imperio. Desde los primeros tiempos de su reinado, Focas se había presentado como un celoso defensor de la ortodoxia calcedonense, adoptando severas medidas en contra de los monofisitas, como la prohibición de sus asambleas religiosas. Esta política obedecía, en buena medida, a la necesidad de erradicar cualquier tipo de disidencia que pudiese amenazar su régimen. Así lo prueba el hecho de que, también, se aplicasen formas de control estatal sobre el episcopado ortodoxo. En su afán por mantener en sujeción a las oligarquías locales,

cada vez más autónomas y proclives a enfrentarse con el poder central, el usurpador había decretado que ningún obispo calcedonense fuese elegido, sin previa autorización de los representantes provinciales del gobierno de Constantinopla. En Siria y Egipto, regiones de mayoría monofisita, los edictos imperiales habían provocado reacciones violentas, síntoma del grave descontento social existente en estas zonas. Con todo, es difícil que las poblaciones cristianas de las provincias orientales de Bizancio hayan considerado nunca a los persas como sus libertadores. Los ejércitos del Gran Rey se hacían acompañar por obispos nestorianos, y ni ortodoxos ni monofisitas estaban dispuestos a transigir con unas enseñanzas que habían sido condenadas por el Concilio de Efeso del año 431<sup>152</sup>.

Quienes, sin embargo, parece que acogieron a los persas con entusiasmo, llegando incluso a colaborar con ellos, fueron los judíos, lo que exacerbaría la tradicional animadversión que se les profesaba en las ciudades romanas. A medida que el enemigo avanzaba, la conflictividad interna que vivía el Imperio se iba agravando. En 608, estallaron disturbios civiles en casi todas las grandes concentraciones urbanas de Siria. Los decretos de Focas contra los monofisitas debieron operar como factor detonante de los mismos. Pero muy pronto afloraron otros conflictos, más o menos larvados, a los que, en modo alguno, fueron ajenas las rivalidades de las facciones del circo, desencadenando un auténtico baño de sangre. Judíos, ortodoxos y monofisitas, Verdes y Azules, partidarios y adversarios de Focas, se mataban unos a otros, en los hipódromos, calles, plazas públicas y basílicas, sin que las autoridades pudieran hacer nada por impedirlo. El gobierno de Constantinopla, alarmado, encomendó al comes Orientis Bonoso poner fin a la anarquía reinante en Siria. La represión resultó particularmente cruenta en Antioquía y Laodicea, donde los Verdes, enemigos de

la política de Focas, fueron masacrados sin piedad. Esto no impidió que, poco después, se produjesen nuevos desordenes. En septiembre de 610, un grupo de judíos asesinó al patriarca Anastasio de Antioquía, en el transcurso de una revuelta<sup>153</sup>.

A diferencia de lo que ocurría en Oriente, Occidente atravesaba un período de relativa estabilidad. En Italia, donde Mauricio había sido bastante impopular, Focas disfrutaba de cierto reconocimiento por parte de la aristocracia senatorial y los cuadros dirigentes provinciales. Una de las epístola del papa Gregorio Magno nos ha transmitido, con todo lujo de detalles, la descripción de la calurosa y multitudinaria acogida que recibieron las imágenes de Focas y su esposa Leoncia en Roma. Las muestras de deferencia del soberano hacia la sede de San Pedro fueron constantes. En febrero de 607, bajo el pontificado de Bonifacio III, Focas prohibió al patriarca de Constantinopla usar el título de ecuménico y reconoció a Roma como cabeza de todas las iglesias. Un año más tarde, donó el Panteón a la Iglesia, circunstancia que aprovechó Bonifacio IV (608-615), para dedicar el antiguo templo pagano a María y a todos los Santos<sup>154</sup>.

Italia se convirtió en el principal bastión de Focas en Occidente. Desde Ravenna irradiaba su poder sobre todas las provincias del Imperio situadas al oeste del estrecho de Otranto. El exarca Smaragdo, antiguo praepositus sacri cubiculi et sacellarius y uno de los más fieles colaboradores del usurpador, no sólo recibió plena potestad sobre Italia, sino también sobre Africa. El hecho de que hiciese alzar en Cartago una columna triunfal en honor de Focas, muy semejante a la que, el 1 de agosto de 608, mandaría erigir en el Foro de Roma, demuestra que, a comienzos del reinado de este emperador, su autoridad se extendía sobre ambos exarcados. Por cierto tiempo, y con carácter meramente transitorio, Smaragdo actuó como un auténtico regente



sobre la mitad occidental del Imperio. La concentración de tal cantidad de poder en las manos de un sólo personaje, durante un período que se caracterizó por su escasa conflictividad bélica, tanto en Italia como en Africa, únicamente puede explicarse en virtud de la exigua devoción profesada hacia la figura de Focas por parte de los cuadros dirigentes del exarcado de Cartago. Teniendo presente esta hostilidad, parece lógico que, tras la caída de Mauricio, el nuevo gobierno de Constantinopla haya considerado oportuno supervisar desde Ravenna la conducta de los mandos militares africanos, en espera de alcanzar un acuerdo ventajoso con ellos<sup>155</sup>.

Las negociaciones, sin duda, largas y complejas, se cerraron en torno a 604-605, con el nombramiento oficial de Heraclio, un brillante general de origen armenio, como exarchus Africae et patricius. Ahora bien, este consenso, fruto de las circunstancias, no pudo ser más efímero. Durante el verano de 607, la aristocracia legitimista de Constantinopla, hizo llegar hasta el exarca de Cartago una petición de auxilio, avalada por numerosos miembros del Senado y de la cúpula militar, entre los cuales se encontraba el propio yerno de Focas, Prisco, quien, tras el incidente de los laureles, no se sentía seguro.

A comienzos de 608, Heraclio se alzó en armas contra Focas, enarbolando el estandarte de la legitimidad dinástica. Razón por la cual, su primer acto propagandístico consistió en acuñar moneda de plata con la efigie Teodosio sobre la cara del anverso. Llegada la primavera, envió parte de la flota de Cartago a Egipto, bajo el mando de su sobrino Nicetas, con el propósito de apoderarse de Alejandría e interrumpir el envío de la annona a Constantinopla. Recurriendo al viejo método del chantaje del trigo, esperaba concitar las iras de la población de la capital contra el usurpador. No erró el camino. A comienzos de 609, se

produjeron graves desordenes en Constantinopla, a causa de la escasez de alimentos. Focas no dudó en reprimirlos con extremada violencia. Poco después, hubo de abortar una nueva conjura aristocrática, en esta ocasión dirigida por el senador Macrobio. Convencido de que en la ciudad existía un grupo de notables que estaba colaborando con los rebeldes de Africa y Egipto, con la intención de elevar al solio a alguno de los parientes de Mauricio, dispuso el exterminio de hasta los más lejanos miembros de la antigua familia imperial, al tiempo que decretaba la ejecución o el exilio de otros muchos senadores y altos dignatarios de la corte, sospechosos de militar en las filas del partido legitimista<sup>156</sup>.

A pesar de la dura represión ejercida sobre la aristocracia, a comienzos de 610, el gobierno de Focas se encontraba en una situación límite. Los persas, que habían ocupado Armenia y Mesopotamia, marchaban sobre el Bósforo, a través de Asia Menor. Nicetas, el sobrino de Heraclio, había ocupado Alejandría sin ningún problema, y, tras rechazar un intento de desembarco del comes Orientis Bonoso, fiel a Focas, se había hecho con el control de todo el valle del Nilo. De este modo, los territorios bizantinos que se extendían a lo largo de la costa meridional del Mediterráneo, desde las columnas de Hércules hasta Egipto, habían pasado a depender de la autoridad del exarca de Cartago. La soberanía de Focas sólo se reconocía en la capital, el Illyricum, la Tracia, Italia, y algunas ciudades de la costa de Siria y Palestina.

En el transcurso del verano de 610, Heraclio se dedicó a equipar el resto de la flota anonaria de Cartago, con el propósito de apoderarse de la capital del Imperio. Cuando se hubieron ultimado los preparativos, el exarca confió el mando de la expedición a su hijo Heraclio, un joven de 30 años, que había

pasado buena parte de su vida en Africa. Los vientos le fueron favorables. No encontrando graves problemas de navegación, Heraclio se presentó ante Constantinopla el 3 de octubre de 610.

La aristocracia legitimista, concentrada en torno a Epifania, esposa del exarca de Cartago, y Fabia, hija de un notable africano y prometida del joven Heraclio, estaba dispuesta a recibir a este último como su libertador. Focas, al enterarse de que ambas damas se encontraban en la capital, dispuso que fuesen arrestadas y conducidas al monasterio de la Nea Metanoia. Pero la rapidez con que se sucedieron los acontecimientos, le impediría jugar la baza de los rehenes. Durante la noche del 4 al 5 de octubre, los jóvenes militantes de la facción Verdes franquearon el acceso del puerto de Sofía a la flota de Heraclio, quien desembarcó entre las aclamaciones de la población, cansada de padecer privaciones. Focas, abandonado por todos, buscó refugio en el oratorio palatino de San Miguel Arcángel, de donde le sacó una muchedumbre de ciudadanos, senadores y altos dignatarios, liderada por Focio, curator domus Placidiae, cuya esposa, según se decía, había sido violada por el usurpador. Despojado de los atributos imperiales, Focas fue llevado ante la presencia de Heraclio. Juan de Antioquía, que nos ha transmitido el relato de esta entrevista, señala que cuando el hijo del exarca de Cartago vio a su enemigo postrado a sus plantas le preguntó: "¿Por qué has gobernado la república de esta manera tan miserable?", a lo que éste respondió: "¿Acaso, tu la gobernarás mejor?" Acto seguido, Heraclio ordenó que fuese decapitado y que su cabeza, clavada en una pica, fuera paseada por la Mese. Parecida suerte corrieron Domentziolo y los demás miembros de la familia de Focas, así como el general Bonoso. Al final del día, se reunieron todos los cadáveres en el Forum Tauri, para ser quemados en el interior del toro de bronce que daba su nombre a la plaza<sup>157</sup>.

Mientras tenían lugar estas macabras escenas, el joven Heraclio era coronado por el patriarca en la iglesia de San Esteban del Sacrum Palatium y celebraba sus bodas con Fabia. Al día siguiente, 6 de octubre, durante las carreras de cuadrigas, celebradas con motivo de la coronación y el enlace nupcial del nuevo soberano, se quemaron en el hipódromo la imagen de Focas y la bandera de los Azules, quienes habían apoyado al usurpador hasta el último momento. Curiosamente, a nadie se le ocurrió preguntarse dónde estaba Teodosio. Según se desprende de los escasos testimonios que han llegado hasta nuestros días, el joven que decía ser el primogénito de Mauricio había fallecido en 609, no se sabe si oportunamente envenenado o a causa de una grave enfermedad. Aquel mismo año en Cartago y Alejandría se efectuó una emisión limitada de moneda en oro, plata y bronce a nombre de Heraclio y de su padre el exarca, lo que demuestra que la noticia de la desaparición del supuesto vástago de Mauricio era conocida por los rebeldes antes de la toma de Constantinopla, y que éstos ya tenían prevista la sucesión<sup>158</sup>.

Puesto que no quedaba ningún pariente de Mauricio con vida, la familia que lideraba el partido legitimista se consideró con derecho a reclamar el trono. La aparición del nombre y la efigie de los dos Heraclios en las monedas, nos induce a pensar que, en un primer momento, se barajó la posibilidad, más tarde descartada, de instaurar una corregencia.

Ciertamente, el principio electivo seguía regulando el ascenso al solio de cada nuevo emperador, como lo demuestra el hecho de que todos los soberanos de esta época continuasen haciéndose elegir por el Senado, el ejército y el pueblo. No obstante, a lo largo del siglo VI, la vinculación a la casa reinante por lazos de parentesco había ido cobrando paulatinamente importancia, hasta convertirse en un elemento

legitimador de primer orden; algo que, como vimos en su momento, también había ocurrido en los estados romano-germánicos occidentales.

Todo nuevo soberano carente de lazos de sangre con la casa de su predecesor, se apresuraba a anudarlos mediante una alianza matrimonial, reforzando, de este modo, la idea de continuidad dinástica. Existían numerosos precedentes en los siglos IV y V, por lo que no resulta nada extraño que, al poco tiempo de llegar al trono, la emperatriz Teodora considerase oportuno casar a su hija con Juan, uno de los sobrinos-nietos del emperador Anastasio, cuya familia poseía gran influencia política en los círculos cortesanos y senatoriales de Constantinopla. Al mismo tiempo, Justiniano celebraría el enlace de su sobrina Proiecta, hermana del futuro emperador Justino II, con el patricio Areobindo, por cuyas venas corría la sangre de la dinastía valentiniano-teodosiana, de la poderosa familia de los Anicii y de los generalísimos de origen germano Aspar y Dagalaifo. Cuando Proiecta enviudó, en 546, Teodora, que nunca había sido partidaria de la alianza con la casa de Areobindo, le proporcionó un nuevo marido: Juan, hijo del patricio Pompeyo, aquel sobrino del emperador Anastasio que había sido ejecutado junto con su hermano Hypacio en 532, tras el aplastamiento de la revuelta de Nika. La propia dinámica interna del poder exigía tales uniones. Querer eludir las resultaba imposible, como lo demuestra el caso de Tiberio II. Este emperador, que en principio no poseía ningún tipo de vínculo de consanguinidad ni con la casa de Anastasio ni con la de Justino I, accedió al cesariato después de haber sido adoptado por Justino II, de acuerdo con todos los requisitos legales. Posteriormente, convertido ya en Augusto, rehusaría afianzar estos lazos mediante una alianza matrimonial con la casa de su antecesor, negándose, en repetidas ocasiones, a tomar por esposa a la emperatriz Sofía, viuda de

Justino II. Sin embargo, al final de su reinado, Tiberio hubo de claudicar y hacer entrega de su hija menor, Carito, al patricio Germano Póstumo, sobrino-nieto del emperador Justino I y biznieto del rey ostrogodo Teodorico el Amalo. De esta manera, se compensaba a la poderosa casa de Justino, por la elección como heredero del Imperio del general Mauricio, a quien Tiberio había otorgado la mano de su hija mayor Constantina, vinculándole directamente a su casa.

En una época en la que las relaciones de poder entre los miembros de la aristocracia se articulaban a través de redes clientelares, era imprescindible definir el lugar que cada individuo ocupaba en el seno de una gran casa y precisar las relaciones existentes entre unos linajes y otros. Ni siquiera la familia imperial podía escapar a esta norma. Bajo el reinado de Mauricio, el poder acumulado por la casa de Justino era tan importante que el soberano hubo de reforzar los lazos de parentesco que le unían a ésta, casando a su hijo mayor Teodosio con la hija de su cuñado Germano. De este modo, los descendientes de Justino I y de Tiberio II, quedarían definitivamente asociados al ejercicio del poder supremo, formando parte de una única y misma dinastía. Si a este hecho añadimos que el testamento redactado por Mauricio contemplaba la perpetuación de su casa en el trono, mediante un sistema semejante al empleado por Constantino y Teodosio, queda claro que sus intenciones eran las de establecer una dinastía por filiación directa, evitando así los problemas sucesorios que se le habían planteado a sus inmediatos antecesores. La violenta desaparición de la familia de Mauricio, bajo el régimen de terror de Focas, no erradicó el ideal dinástico. Como hemos visto, las grandes familias aristocráticas con sus clientelas se reagruparon en torno a la casa de Heraclio, cuya casa iba a regir el Imperio durante un siglo.

Sería precisamente la nobleza senatorial, la que mayor beneficio obtendría de la resolución de la cuestión de la legitimidad dinástica. Focas había prescindido, casi por completo, de su concurso para gobernar el Imperio. Los altos cargos de la administración civil y militar los otorgó siempre a parientes, amigos y eunucos del cubiculum. Estos últimos no sólo actuaron como generales y exarcas, sino que incluso llegaron a ocupar la praefectura urbis, magistratura tradicionalmente reservada a los miembros de las familias más ilustres como colofón a su cursus honorum. La reacción aristocrática no se hizo esperar. En alianza con los altos mandos profesionales del ejército, el Senado, se enfrentó al emperador y a su cada vez más poderosa burocracia patrimonial. Aunque en el conflicto cayeron algunos de sus representantes más destacados, finalmente, logró su objetivo: derrocar a Focas. Durante el reinado de Heraclio, la monarquía jamás prescindirá del Senado, cuya influencia resulta especialmente notoria en esos períodos de crisis, que van a sucederse a lo largo de la primera mitad del siglo VII.

#### 1.4.2. La continuidad de la presencia bizantina en la Península Ibérica y el problema del primado de la Carthaginiensis.

Durante el reinado de Focas, se produjeron algunos encuentros fronterizos entre tropas visigodas y bizantinas. Pero en líneas generales, revistieron escasa importancia y apenas alteraron el trazado del limes. Los problemas internos parecen haber monopolizado la atención del gobierno de Toledo, durante toda la primera década del siglo VII, impidiéndole dedicar sus esfuerzos a la lucha contra las fuerzas imperiales.

En diciembre de 601, Recaredo había muerto en la ciudad regia, siendo sucedido por su único hijo varón, Liuva II

(601-603). Como ya hemos indicado más arriba, el joven príncipe, fruto de la unión de Recaredo con una mujer que no pertenecía a la nobleza, había nacido en 584, cuando la guerra civil entraba en su última fase. Desde la cuna, había quedado vinculado a la casa de su tío abuelo, Liuva I, motivo por el cual nunca llegaría a gozar de plena aceptación entre la clientela de la casa de Atanagildo. Recaredo, convertido en heredero oficial de esta última, favoreció los intereses del sector mayoritario de la misma, con el propósito de que apoyase la candidatura del pequeño Liuva a la sucesión del trono. Numerosas familias de la aristocracia meridional, ligadas mediante lazos de dependencia a la estirpe de Atanagildo, se dejaron seducir por las concesiones económicas, políticas y religiosas de Recaredo, adhiriéndose a su proyecto dinástico. No obstante, un sector irreductible de los partidarios de esta casa debió negarse a aceptar el plan sucesorio de Recaredo.

Tras la desaparición de su padre, Liuva II, sólo reinaría 18 meses. A mediados del verano de 603, un complot liderado por Witerico, aquel magnate godo que en 588 participara en la conjura de Segar contra Recaredo, puso fin al reinado del joven príncipe. Liuva II fue depuesto y Witerico, que ciñó la diadema en su lugar, ordenó que se le amputase la mano derecha, a fin de incapacitarle para volver a ocupar el trono. Aún así, es muy probable que se haya producido una reacción violenta a favor de los derechos del hijo de Recaredo, lo que explicaría que, poco tiempo después, Witerico decretase su ejecución. El obispo Isidoro, hermano y sucesor de Leandro en la sede hispalense, así como también en la representación del sector de los antiguos partidarios de Atanagildo que se habían comprometido con el proyecto dinástico de Recaredo, no duda en condenar, sin paliativos, este acto, y considera al joven Liuva como una víctima inocente del usurpador<sup>159</sup>.



Witerico, a pesar de ser un brillante general, experimentado en el arte de las armas, no parece haber tenido mucho éxito en sus campañas contra los bizantinos. Según se desprende del relato de Isidoro, organizó, al menos, dos expediciones. La primera, conducida por el monarca en persona, no reportó ningún beneficio territorial a los visigodos. En cambio, la segunda, dirigida por varios de sus generales, se saldó con la reconquista de la ciudad de Sagontia y la captura de la guarnición local. Según la Historia Pseudo Isidoriana, este acontecimiento tuvo lugar durante el séptimo año del reinado de Witerico, es decir entre el verano de 609 y la primavera de 610, coincidiendo temporalmente con el período álgido de la rebelión del exarca Heraclio contra Focas<sup>160</sup>.

M. Vallejo Girvés, teniendo muy presente este hecho, considera que Witerico pudo aprovechar la retirada de tropas bizantinas de la provincia de Spania para invadir el territorio romano. Su hipótesis se basa en el relato de Teófanos sobre la partida del joven Heraclio hacia Constantinopla, en el cual se señala que las tropas que le acompañaban procedían de Africa y Mauritania. Si, como sugiere la autora, con estos nombres, el cronógrafo bizantino está, en realidad, haciendo referencia a la región oriental y occidental del exarcado de Cartago, entonces la provincia de Spania también debió enviar naves y soldados contra Focas, y, por tanto, pudo hallarse en una situación de indefensión frente al enemigo visigodo<sup>161</sup>. La Historia Pseudo Isidoriana confirma esta teoría, ya que al mencionar el origen de las fuerzas empleadas por Heraclio, cita, de manera específica, las que reclutó en Spania<sup>162</sup>.

Un segundo factor que nos permite explicar la debilidad de las fuerzas imperiales en 609-610, es el rebrote de peste bubónica, que por estas fechas azotaba la costas

mediterráneas. Como en anteriores ocasiones, las guarniciones bizantinas debieron padecer los efectos devastadores de la plaga. Sin duda, también los sufrirían los visigodos, pero mientras éstos podían recurrir a nuevas reclutas, una vez superado el azote, no hay prueba de que Heraclio, necesitado de hombres en Oriente, reintegrarse al exarcado los regimientos de que hizo uso en la expedición contra Focas<sup>163</sup>.

Poco después de la toma de Sagontia, Witerico parecía asesinado en el transcurso de un banquete. Su asesinato fue cuidadosamente planeado por un grupo de conspiradores presentes en la corte. Desconocemos qué motivos les impulsaron a perpetrar el magnicidio; pero, a tenor de las descalificaciones que Isidoro vierte contra Witerico, es más que probable que representasen los intereses de aquellos sectores de la nobleza que habían optado por el proyecto dinástico de Recaredo<sup>164</sup>.

Gundemaro (610-612), el nuevo monarca visigodo, seguramente, procedía de este grupo. Durante su breve reinado, se ocupó de los problemas eclesiásticos que ponen de relieve sus objetivos expansionistas frente a la provincia bizantina, tema que abordaremos a partir de las conclusiones de A. Barbero<sup>165</sup>.

En 610, y como anticipó a una nueva campaña visigoda contra las fronteras de Spania, el rey Gundemaro adoptó, de común acuerdo con los obispos de su reino, la decisión de elevar la sede de Toledo a la categoría de metrópolis de la provincia Carthaginiensis. Este hecho nos es conocido a través de dos documentos, insertados a modo de apéndice en las actas XII Concilio de Toledo de 681. El primero de ellos es un decreto del rey Gundemaro, dirigido al episcopado de la Carthaginiensis, y el segundo una constitución sinodal, emanada de una asamblea de obispos de esta misma provincia, que se reunió en Toledo bajo el

reinado del mismo monarca<sup>166</sup>.

Algunos autores han cuestionado la autenticidad de estos documentos<sup>167</sup>. No obstante, uno de ellos, la constitución sinodal, está fechada el 23 de octubre de 610, durante el primer año de Gundemaro. Y por otra parte, el contenido de las actas del XII Concilio de Toledo, donde se dedica una especial atención a la organización eclesiástica en relación con la erección de nuevas sedes episcopales, puede explicar sobradamente que entre los documentos que utilizaron los padres se encontrasen estos dos de la época de Gundemaro<sup>168</sup>.

Aunque en las actas del XII Concilio, el decreto se consigna antes que la constitución sinodal, J. Orlandis y J. Ramos-Lissón, tras un análisis minucioso de los dos documentos, han llegado a la conclusión de que la constitución debió preceder al decreto<sup>169</sup>.

Al sínodo que se congregó en Toledo, en octubre de 610, asistieron 15 obispos procedentes de la Carthaginensis, a saber, los prelados de Segontia (Sigüenza), Castulo (Cazlona), Segovia, Oretum (Granátula), Mentesa (La Guardia), Valeria, Arcavica (Cabeza de Griego), Valentia (Valencia), Palentia (Palencia), Segobriga, Bigastrum (Cehegín), Basti, Oxuma (Osma), Complutum (Alcalá de Henares) y Elo (Montealegre). El objeto de la reunión consistía en solventar, de una vez por todas, el debate en torno a la primacía de Toledo. Durante los siglos IV y V, Carthago Spartaria había sido la capital provincial romana y la sede eclesiástica metropolitana. Sin embargo, para 531, como tuvimos ocasión de ver en su momento, el obispo Montano de Toledo empleaba ya el título de metropolitano de la provincia de Carpetania vel Celtiberia, circunscripción desmembrada de la Carthaginensis, que para esta fecha contaba con al menos 6

obispos. Tras la intervención justiniana de 555, Carthago Spartaria quedó incluida en el dominio bizantino, como capital y sede metropolitana de la provincia imperial de Spania, lo que vendría a consagrar la secesión definitiva de las iglesias de la Carpetania<sup>170</sup>.

Distintas fuentes del siglo VI, certifican la existencia de esta provincia visigoda. Gregorio de Tours hace referencia en dos ocasiones a una plaga de langosta que devastó la provintia Carpitania entre 584 y 589<sup>171</sup>. Eufemio, obispo de la Toledo, firmó las actas del III Concilio en 589, como metropolitano de la Carpetania, lo que indica que se mantenía la diferenciación ya existente, durante las primeras décadas del siglo VI, entre una provincia eclesiástica Carpetania vel Celtiberia con metrópoli en Toledo, y otra Carthaginiensis con cabeza en Carthago Spartaria, cuyo obispo no acude al concilio por hallarse bajo soberanía política de Bizancio<sup>172</sup>. Entre las suscripciones de este mismo concilio se encuentra la del obispo Petrus Arcavicensis Celtiferiae, ciudad que se identifica con Cabeza de Griego en la actual provincia de Cuenca<sup>173</sup>. Y Juan de Biclaro hace mención a la Celtiberia, cuando narra la fundación de Recópolis<sup>174</sup>.

La constitución sinodal nos habla del carácter metropolitano de la sede toledana y establece el compromiso de los 15 obispos asistentes en reconocer esa autoridad, que según ellos mismos señalan, se remontaba a la época del II Concilio de Toledo de 531. Del mismo documento se desprende que había otro obispo metropolitano interviniendo en la Carthaginiensis<sup>175</sup>.

Este último aspecto nos lo aclara mejor el decreto regio, firmado por el propio Gundemaro y por 26 obispos, a cuya cabeza encontramos a los metropolitanos Isidoro de Hispalis,

Inocencio de Emerita, Eusebio de Tarraco y Sergio de Narbo. En este segundo documento se refrenda el acuerdo alcanzado en el sínodo y se precisa que el obispo de Toledo posee el honor del primado sobre todas las iglesias de la Carthaginiensis. Y, lo que es mucho más significativo, el monarca afirma no estar dispuesto a consentir que una única y misma provincia se reparta entre la jurisdicción de dos metropolitanos, evidentemente, refiriéndose al obispo de Carthago Spartaria, cuya iglesia debía considerarse la depositaria de la legitimidad histórica<sup>176</sup>.

Resulta interesante comprobar como Toledo disputó sus derechos a Carthago Spartaria, en el marco de un proceso en el que el reino visigodo fue afirmando lentamente su soberanía política sobre la Carthaginiensis. De hecho, es muy posible, que como apunta A. Barbero la conversión de Toledo en metrópoli de la Carthaginiensis, tuviese el objetivo prioritario de aislar a Carthago Spartaria y limitar las ingerencias bizantinas en el reino visigodo a través de la Iglesia.

En el verano de 611, apenas unos pocos meses después de que estos documentos hubiesen sido dados a la luz pública, Gundemaro llevó a cabo una campaña militar contra la provincia imperial de Spania, de la que tenemos noticia a través de Isidoro. Resulta interesante constatar que, pese a la debilidad de las fuerzas imperiales, la expedición visigoda no consiguió arrojarles de sus posiciones, que únicamente empezarían a tambalearse a partir de 614, ya con Sisebuto (612-621) en el trono<sup>177</sup>.

### 1.5. La crisis del estado universal romano y la conquista visigoda de la provincia de Spania.

Cuando el 5 de octubre de 610, Heraclio tomó las riendas del Imperio romano de Oriente, se encontró con un estado al borde de la ruina. Sumido en una grave crisis financiera, como consecuencia del hundimiento del sistema de recaudación fiscal en las provincias ocupadas por los persas, y en una caótica situación social, debido a los conflictos que agitaban las ciudades orientales. La propia monarquía tenía dificultades económicas para hacer frente al mantenimiento del aparato cortesano, los pagos a las tropas, los donativos a la Iglesia y las acostumbradas liberalidades al pueblo de la capital. La Cappadocia Prima, provincia en donde se concentraban la mayoría de los bienes que subvenían al sostén de la domus divina, era una de las zonas más afectadas por la expansión persa. Durante los primeros años del reinado de Heraclio, el avance del enemigo no se detuvo, lo que ocasionó nuevos problemas al gobierno de Constantinopla.

En la primavera de 611, el general persa Sharbaraz, aprovechando el desorden reinante en Antioquía, a causa de los enfrentamientos entre las facciones del circo y la revuelta de los judíos, se apoderó de la ciudad. Acto seguido, ocupó Apamea y Emesa, haciéndose con el control del norte de Siria. Heraclio, al tener noticia de estos acontecimientos, dispuso que Prisco, yerno de Focas, y Filípico, cuñado de Mauricio, que acababa de abandonar el monasterio en donde le había confinado el usurpador, se hiciesen cargo de la defensa de Oriente. A pesar de sus esfuerzos, no pudo impedir que los persas se adueñasen del resto de Siria y de toda Palestina. En 613, en las inmediaciones de Antioquía, el ejército imperial sufrió una grave derrota, tras la cual se produjo un nuevo avance persa en todos los frentes.

Por el sur, el enemigo descendió hasta Damasco, que no tardó mucho en rendirse, mientras por el norte penetraban en la Cilicia, tomando su capital, Tarso, ciudad natal de San Pablo. Un año después, el 15 de abril de 614, Sharbaraz puso sitio a Jerusalén. El patriarca Zacarías estaba dispuesto a entregar la plaza; pero los habitantes cristianos de la ciudad se opusieron. Finalmente, el 5 de mayo, después de tres semanas de asedio, los persas lograron capturarla con la ayuda de la comunidad judía local, que les abrió una de las puertas de la ciudad. Durante tres días, Jerusalén fue sometida a todos los horrores de un saqueo. Persas y judíos se ensañaron cruelmente con la población cristiana, asesinado a hombres, mujeres, ancianos y niños e incendiando sus viviendas y santuarios. La iglesia del Santo Sepulcro, construida por Constantino el Grande, se desplomó envuelta en llamas. Las más sagradas reliquias de la ciudad, la Vera Cruz y los instrumentos de la Pasión, fueron enviadas a Ctesiphonte junto con el patriarca Zacarías, como obsequio a reina de Persia, la nestoriana Miriam, esposa de Cosroes II. En cuanto a los ciudadanos que lograron sobrevivir a la masacre, se sabe que, relegados a la condición de esclavos, no tuvieron más remedio que emprender el camino del exilio<sup>178</sup>.

La caída de Jerusalén resultó un golpe terrible para la Cristiandad. Tanto en el Imperio bizantino como en los reinos germánicos de Occidente desencadenó una crisis moral, sólo comparable en su magnitud, a la que se había producido tras el saqueo de Roma por los visigodos en 410. A partir de este momento, el conflicto entre Bizancio y Persia adquiere una componente ideológica de base místico-religiosa, que le otorga el carácter de auténtica guerra santa. Como veremos, cuando en 622, Heraclio tome la ofensiva contra el enemigo, se consagrará solemnemente, con su ejército, a Dios, y partirá como guerrero cristiano que lucha contra el poder de las tinieblas. No es

extraño, pues, que las generaciones posteriores le considerasen el primero de los cruzados<sup>179</sup>.

Durante el verano de 615, el ejército persa del general Sahin, tras cruzar todo el Asia Menor sin hallar resistencia, ocupó la ciudad de Calcedonia en el Bósforo. Simultáneamente, los ávaros, que habían invadido la Tracia, ponían cerco a Constantinopla desde la orilla europea del estrecho. Heraclio, prisionero en su capital, decidió negociar un acuerdo de paz con Persia. Puesto que Cosroes justificaba la continuidad de la agresión contra Bizancio, alegando que Heraclio no era pariente de Mauricio y, en consecuencia, carecía de derecho a ostentar la púrpura, el nuevo emperador solicitó al Senado de Constantinopla, dominado por miembros del partido legitimista, que enviase una carta al Gran Rey, para aclararle la situación y pedirle la paz. Así se hizo, pero, tras más de un año de espera, la única respuesta que obtuvieron de Cosroes fue la irrupción de sus tropas en Egipto. A lo largo de 617, el ejército Sasánida tomó posesión de las principales ciudades del valle del Nilo, aunque habría de esperar hasta 619 para obtener la capitulación de Alejandría<sup>180</sup>.

Entre tanto, ávaros y eslavos sembraban el terror en los Balcanes. La retirada de efectivos de la frontera danubiana, durante el reinado de Focas, les permitió avanzar hasta las costas de la Dalmatia. En 614 capturaron Salonae, capital de la provincia, cuyos habitantes tuvieron que refugiarse tras los muros del antiguo palacio de Diocleciano, donde, andando el tiempo, surgiría la actual ciudad de Split. En 615 le tocó el turno a Epidaurus, que fue saqueada y destruida por completo, obligando a los supervivientes a fundar la ciudad Ragusa. Para entonces los principales centros urbanos bizantinos en el interior de la Península Balcánica habían pasado a manos eslavas.



Tal es el caso de las ciudades de Singidunum (Belgrado), Viminacium (Kostolac) Naissus (Nis) y Serdica (Sofía). Si se exceptúa a Constantinopla y Tesalónica, los únicos puntos de apoyo del Imperio en los Balcanes se encontraban en los puertos dálmatas de Iader (Zadar) y Tragurium (Trogir) al norte, y de Butua (Budva), Scodra (Skadar) y Lissus (Ljes) al sur. En la primavera de 617, Tesalónica sería, de nuevo, cercada por los eslavos<sup>181</sup>.

La pérdida de Egipto agravó la situación financiera del Imperio, con especial repercusión en Constantinopla, que vio interrumpidos los suministros de cereal procedentes del cobro de la annona. Dado que el trigo venido del norte de Africa no era suficiente para cubrir las cuotas de distribución entre la plebs frumentaria de la capital, Heraclio optó por suspender las distribuciones gratuitas de pan a cargo de los presupuestos del estado. Esta medida resultó enormemente impopular, provocando el estallido de graves desordenes callejeros y revueltas en el hipódromo. En semejante clima de penuria y malestar social, un nuevo brote de peste bubónica vino a azotar la ciudad, lo que contribuyó a incrementar la anarquía reinante en su interior. A comienzos del verano de 618, la situación se había deteriorado hasta tal punto que Heraclio dispuso el traslado de su residencia a Cartago. Los fondos de las tesorerías, las joyas de la corona y el rico ajuar del Sacrum Palatium comenzaron a ser cargados a bordo de las naves, que, amarradas en el puerto palatino de Bucoleón, aguardaban la orden de partida hacia el norte de Africa. En el último momento, el patriarca Sergio de Constantinopla (610-638) logró disuadir al emperador de su empeño por abandonar la capital, entregándole una importante cantidad de dinero, procedente de las rentas y tesoros de la Iglesia, a fin de que pudiese emprender una acción decisiva contra los persas<sup>182</sup>.

Ahora bien, Heraclio necesitaba tiempo para poder reunir y adiestrar un ejército, ya que, exceptuando las guarniciones urbanas y los cuerpos de élite al servicio de la monarquía, no existía en toda la praefectura Orientis una sola agrupación militar digna de ese nombre. Por otra parte, antes de efectuar una recluta en la Tracia, como venía siendo costumbre, era imprescindible cerrar el frente de los Balcanes, de modo que se pudiese detraer efectivos a su defensa, sin temor a que una agresión inesperada de los ávaros o de los eslavos obligase a reintegrarlos a su región de origen.

Guiado por el deseo de apuntalar la retaguardia, durante la primavera de 619, Heraclio selló un pacto con el khagan de los avaros, otorgándole un elevado subsidio, a cambio de que cesara todo hostigamiento sobre la capital. A continuación, transfirió regimientos reclutados en los Balcanes a Asia, con el propósito de instalarlos en puntos estratégicos de la meseta de Anatolia, y, de este modo, asegurarse su control.

Después de tres años de preparativos, el 5 de abril de 622, lunes de Resurrección, el basileus abandonó Constantinopla, para ponerse al frente de su ejército. Era la primera vez, en más de doscientos años, que un emperador romano dirigía personalmente una campaña. Tras haber pasado todo el verano entrenando a los reclutas, a finales de septiembre, marchó sobre Armenia, rodeando las posiciones persas en la Cappadocia. La estrategia de Heraclio consistía en golpear fulminantemente el corazón del Imperio Sasánida, a fin de que las fuerzas de Cosroes no tuviesen otro remedio que evacuar las provincias romanas de Oriente, para acudir en defensa de su propio territorio. No erró el procedimiento. Sharbaraz, al comprender que las fuerzas bizantinas se disponían a invadir Persia, abandonó sus posiciones en los puertos de montaña del Antitauro,

desde donde controlaba la Cappadocia, para seguir a Heraclio. Ambos ejércitos se encontrarían en Armenia, donde los bizantinos aplastaron a las tropas de Sahrbaraz. En marzo de 623, Heraclio regresó triunfante a Constantinopla. Allí habría de negociar un nuevo acuerdo de paz con los ávaros, que demandaban un aumento del subsidio. No obstante, su estancia en la capital fue breve. Apenas un año después de su vuelta, se hallaba de nuevo camino de Armenia, desde donde invadió la satrapía de Media Atropatena (Azerbaiján), destruyendo el gran centro de devoción zoroástrica de Ganzak, en represalia por el saqueo de Jerusalén. Al llegar los primeras inclemencias meteorológicas del otoño, se retiró al valle del Cyro, en la Transcaucasia, con el propósito de reforzar sus tropas reclutando lázicos, abasgos e iberos, y, con el retorno de la primavera, descender nuevamente sobre territorio persa<sup>183</sup>.

Fue durante este conflictivo período, el más crítico de la historia del Imperio romano de Oriente, cuando se produjo la conquista visigoda de los territorios peninsulares de la provincia bizantina de Spania. A finales del invierno de 612, fallecía en Toledo el rey Gundemaro, siendo sucedido por Sisebuto (612-621), quien a juzgar por la onomástica de su único hijo varón, Recaredo, debía pertenecer a una de las familias comprometidas con el proyecto dinástico del soberano del mismo nombre. Según Isidoro, fue en el quinto año del reinado de Heraclio y en el cuarto de Sisebuto, cuando tuvo lugar la caída de varias importantes ciudades bizantinas en poder de los visigodos. Puesto que Heraclio ciñó la diadema el 5 de octubre de 610, su quinto año correría del 5 de octubre de 614 al 4 de octubre de 615. Sisebuto comenzó a reinar en febrero/marzo de 612, y por tanto su cuarto año iría de febrero/marzo de 615 a febrero/marzo de 616. Estos datos cronológicos nos permiten fechar la conquista de las plazas bizantinas entre los meses de

marzo y octubre de 615. Ahora bien, Isidoro señala que el rey condujo personalmente dos campañas victoriosas contra las fuerzas imperiales, celebrando sendos triunfos al termino de cada una de ellas. En vista de que la toma de las ciudades bizantinas, colofón de la empresa, se produjo en 615, y hubo, al menos dos campañas, la primera debería fecharse en la primavera-verano de 614<sup>184</sup>.

No resulta tarea fácil reconstruir estas expediciones. Sin embargo, la documentación conciliar y numismática aporta datos que permiten establecer las líneas generales de actuación seguidas por Sisebuto y los principales logros militares que alcanzó. Así, por ejemplo, en las actas del II Concilio de Hispalis de 619, aparecen las subscripciones de los obispos Rufino de Asidona y Teodulfo de Malaca, cuyas sedes todavía se hallaban integradas en la provincia bizantina de Spania en tiempos de Recaredo. Durante la primera sesión de la asamblea sinodal, Teodulfo de Malaca presentó una solicitud, a fin de que fuesen devueltas a su jurisdicción aquellas parrochiae, que, debido a operaciones bélicas fronterizas, habían pasado a ser administradas por las sedes de Astigi, Iliberris y Egabrum. Ignoramos a qué acciones militares se refiere el prelado, ya que podría tratarse tanto de las expediciones de Leovigildo como de las más recientes de Witerico y Sisebuto. En cualquier caso, y a tenor de las demandas del obispo malacitano, no cabe duda de que las campañas de este último monarca había tenido como resultado la incorporación de Malaca y, seguramente también de Asidona, al ámbito político del reino visigodo<sup>185</sup>.

Las fuentes numismáticas corroboran la información que nos ofrecen el registro conciliar. A través de ellas, sabemos que Sisebuto acuñó moneda en Mentesa y Acci, ciudades de la Carthaginensis, así como también en Barbi, Corduba, Iliberris,

Hispalis, y Tucci en la Baetica. Todas las cecas se corresponden con enclaves que formaban parte del sistema defensivo visigodo frente al Imperio; ya se tratase de plazas fortificadas de primera línea, como Acci, Iliberris y Barbi, o de grandes núcleos urbanos, como Corduba e Hispalis, que servían de bases operativas en la retaguardia. De esta información, se desprende que el ataque visigodo sobre Malaca se produjo desde tres frentes a la vez. Uno oriental, abierto en época de Leovigildo, a través de la calzada que unía Mentesa, Acci, Iliberris y Anticaria; un segundo occidental, desde Hispalis, por Basilipo, Carula, Ilipla, Ostipo, Barbi y Anticaria; y un tercero que partiría de Corduba, por Ulia, Ipagro y Ad Gemellas, confluyendo con los otros dos en Anticaria<sup>186</sup>.

J. Orlandis considera que la presencia de un obispo de onomástica germana al frente de la sede de Malaca en 619, podría hallarse relacionada con la reciente conquista de la ciudad por Sisebuto. A su juicio, es probable que el monarca, en continuidad con la tradición de sus antecesores, haya estimado oportuno designar a un hombre de su confianza para ocupar el obispado de tan estratégica plaza, consolidando así el dominio de la monarquía toledana sobre la misma<sup>187</sup>.

Por su parte, M. Vallejo Girvés sostiene la hipótesis de que, durante la campaña de 615, Sisebuto también ocupó Urci. El primer obispo de esta ciudad que aparece suscribiendo las actas de un sínodo del reino visigodo, es Marcelo, asistente al IV Concilio de Toledo de 636. Su consagración había tenido lugar en torno a 620, poco después de las campañas visigodas en la zona, y, por tanto, no se puede descartar que respondiese a las mismas motivaciones que J. Orlandis atribuye al nombramiento de Teodulfo de Malaca<sup>188</sup>.

Con Asidona, Malaca y Urci en su poder, el reino visigodo pasó a controlar la mayor parte de la región occidental de la provincia bizantina, incluida la orilla norte del estrecho. La conservación de esta amplia franja del litoral mediterráneo, frente a la potencia naval de Bizancio, debió requerir el apoyo de una flota. De acuerdo con el testimonio de Isidoro, Sisebuto impulsó el desarrollo de la armada visigoda. El propio soberano se precia, en sus composiciones poéticas, de haber empleado una escuadra en la cornisa cantábrica. Y, desde luego, no parece que fuera la única zona donde hizo uso de la misma. La Chronica atribuida a Fredegario señala que el monarca sometió varias ciudades romanas situadas litore maris. Dada su experiencia en el norte, es posible que optase por rendir Malaca y algunos otros puertos bizantinos, mediante un bloqueo combinado por tierra y mar. Sólo así se explica la caída en manos visigodas de plazas estratégicas, que estaban preparadas para resistir un largo asedio terrestre, abasteciéndose por vía marítima<sup>189</sup>.

Resulta sorprendente comprobar como Sisebuto, a pesar de haber obtenido tan brillantes resultados en sus dos campañas contra los imperiales, no organizó una tercera expedición para expulsarlos definitivamente de la Península. Las fuentes nos hablan de su desagrado hacia las atroces matanzas que llevaba aparejada la guerra. Pero L. A. García Moreno considera que la renuncia del soberano a continuar una guerra, que tantas ventajas territoriales había reportado al reino visigodo, estuvo determinada por factores de indole ideológica, tales como el avance persa en Oriente, la destrucción de Jerusalén y las corrientes escatológicas que anunciaban la próxima llegada del Anticristo y la Parousia del Señor<sup>190</sup>.

Sin negar la influencia que pudo haber ejercido sobre el ánimo de Sisebuto un acontecimiento tan dramático como la

caída de Jerusalén en manos de los persas, nos parece mucho más probable que fuesen razones de índole política las que dictaron el cambio de actitud del monarca. Desde los días de Leovigildo, ningún rey visigodo había obtenido una gran victoria sobre los imperiales. Todo lo más se había cobrado algún bastión fronterizo, como Sagontia en tiempos de Witerico. Y ahora, de repente, las defensas bizantinas se habían hundido y media provincia había pasado a manos godas. Seguramente, Sisebuto temía la reacción de Constantinopla, y lo que más deseaba era asegurarse las conquistas efectuadas, mediante la firma de un nuevo tratado sobre delimitación de fronteras con las autoridades imperiales.

Conservamos cuatro cartas que se cruzaron entre el patricio Cesáreo, gobernador de la provincia imperial de Spania, y el monarca visigodo, en el marco de las negociaciones de dicho acuerdo. Todas ellas se encuentran redactadas en el estilo retórico y ampuloso que solían emplear las cancillerías de la época para la correspondencia diplomática. Posiblemente, fuese durante el otoño de 615, cuando Cesáreo se dirigió por vez primera al rey Sisebuto, para hacerle llegar un llamamiento de paz. En su epístola, el patricio afirma estar movido por los mejores deseos hacia los godos y como prueba de la sinceridad de sus palabras comunica al rey que ha puesto en libertad al obispo Cecilio de Mentesa, recientemente capturado por sus hombres. Acompaña la propuesta de paz con el regalo de un arco, primorosamente trabajado. No cabe duda de que el monarca visigodo debió ver en la oferta de Cesáreo la oportunidad que había estado aguardando para legitimar sus conquistas. Inmediatamente, envió a Carthago Spartaria un embajador llamado Ansemundo, investido de plenos poderes para convenir los términos del acuerdo<sup>191</sup>.

Tras haber alcanzado un consenso, el patricio Cesáreo

despachó a su legado Urselo con una segunda epístola para Sisebuto, en la que el gobernador de Spania se brindaba a hacer de mediador ante el emperador Heraclio. Durante el verano de 616, una embajada conjunta, encabezada por el prócer visigodo Teodorico y por el presbítero hispanobizantino Amelio, viajó hasta Constantinopla, con el propósito de obtener del emperador la ratificación del tratado. No tenemos noticia sobre la resolución de Heraclio, pero todo apunta a que éste aceptó las condiciones pactadas por su representante en Spania. De regreso a Carthago Spartaria, Teodorico y Amelio participaron a Cesáreo de la decisión del emperador, para, a continuación, dirigirse a Toledo y transmitírsela a Sisebuto, junto con una carta del patricio, en la que se rogaba al monarca que plasmase los acuerdos en una ley. Las cláusulas del pacto debieron ser observadas por ambos bandos durante el resto del reinado de Sisebuto, ya que sólo después su muerte, volvemos a hallar referencias a enfrentamientos entre bizantinos y visigodos<sup>192</sup>.

El monarca falleció en febrero de 621, siendo sucedido en el trono por su hijo Recaredo II, un niño de pocos años que murió unos días después de haber comenzado a reinar. En seguida, tomó el cetro el dux Suintila, verdadero artífice de las victoriosas campañas de Sisebuto contra los bizantinos. Su primera acción militar consistió en salir al encuentro de los vascones, que devastaban la provincia Tarraconensis. Sin embargo, la gesta que mayor fama le traería fue la definitiva expulsión de los bizantinos del territorio peninsular. Dos patricios cayeron en su poder. A uno le capturó mediante una estratagema; al otro le derrotó en la batalla que decidió la victoria de las armas góticas<sup>193</sup>.

Partiendo del hecho de que Isidoro pone fin a su crónica en el quinto año del reinado de Suintila, es decir, el



que transcurrió desde la primavera de 625 hasta la de 626, E. A. Thompson data las últimas operaciones bélicas contra los imperiales entre los años 623 y 625. Una fecha anterior resultaría altamente improbable, ya que, el propio hispalense, sitúa la campaña contra los vascones al comienzo del reinado Suintila, es decir, en los años 621-622<sup>194</sup>.

Después de las acciones de Sisebuto, la provincia bizantina de Spania debía reducirse a las islas Baleares y a una pequeña franja del litoral levantino, en torno a las ciudades de Carthago Spartaria, Ilici y Dianium, intercomunicadas a través de la red viaria romana y de las rutas de navegación costera. La continuidad de la presencia bizantina en Dianium, parece avalada por la ausencia de representación episcopal de esta sede en los concilios del reino visigodo, con anterioridad a 653<sup>195</sup>.

La acuñación de trientes de oro a nombre de Suintila en la ceca de Valentia, nos revela que el monarca concentró un número importante de tropas al norte del territorio bizantino. Sin duda, esta ciudad funcionó como base operativa del ejército visigodo durante el conflicto con el Imperio. El plan de Suintila debía contemplar la ocupación de Dianium, para desde allí descender sobre Ilici, utilizando la calzada que atravesaba por Alternum, Saetabi, Turres, Edelle, Celeri, Lucentes y Ad Leones. Dominada esta zona, sería posible marchar sobre Carthago Spartaria, último núcleo de resistencia bizantina<sup>196</sup>. Isidoro nos informa que, tras su caída, fue completamente destruida por los visigodos<sup>197</sup>. La desolación de la antigua capital de la provincia imperial de Spania se hace patente en el hecho de que no vuelva a aparecer como obispado hasta el XI concilio de Toledo. Su lugar lo ocuparía la sede de Bigastrum, que estuvo representada por primera vez en el sínodo provincial de la Carthaginensis, convocado por Gundemaro en Toledo en 610<sup>198</sup>.

Para E. A. Thompson, que se adhiere a las conclusiones de E. Flórez, la destrucción de Carthago Spartaria no se produjo en este momento, sino con anterioridad a la toma de Malaca, cuando los bizantinos aún tenían fuerza en la Península, y se corría el riesgo de que la ciudad pudiera ser de nuevo reconquistada por las tropas imperiales<sup>199</sup>.

Basa su hipótesis en dos argumentos. En primer lugar, el testimonio de la Chronica atribuida a Fredegario, en la que se señala que Sisebuto se apoderó de muchas ciudades costeras de la provincia bizantina de Spania y que las destruyó hasta su fundamento<sup>200</sup>. En segundo lugar, destaca el desconocimiento de la poliorcética, común a todos los pueblos bárbaros, que, con frecuencia, les llevó a destruir las fortificaciones de cuantas plazas caían en sus manos, y, a veces, el casco urbano mismo. Así, por ejemplo, Genserico derribó los muros de todas las ciudades africanas, con excepción de los de Carthago e Hippo Regius. Vitiges destruyó Pisaurum y Fanum, reduciendo los muros a la mitad de su altura. Y Totila aplicó esta política a gran escala, demoliendo las murallas de Beneventum, Nápoles, Spoletium y Tibur. Bajo su reinado, hasta la propia Roma estuvo a punto de perder el encintado de época de Aureliano. De igual modo procedieron los lombardos, que no dudaron en arruinar las defensas de aquellas plazas que corrían el peligro de volver a ser conquistadas por los romanos, como Brixellum y Cremona, llegando, en ocasiones, a destruir ciudades enteras, como Patavium y Opitergium<sup>201</sup>.

Sin embargo, esta hipótesis difícilmente puede sostenerse a la luz de los datos que poseemos. Por un lado, se halla el testimonio de Isidoro, quien señala que, cuando Suintila emprendió la guerra contra los bizantinos, éstos poseían todavía varias ciudades en la Península<sup>202</sup>. Si admitimos que en 615

habían perdido las dos principales plazas fuertes, Carthago Spartaria y Malaca, núcleos vertebradores de la provincia, ¿qué ciudades ocupaban todavía en 624? No resulta excesivamente lógico pensar que los centros urbanos mejor fortificados, y en especial la capital de la provincia, hubiesen caído los primeros, y se mantuviesen en poder imperial otros núcleos más reducidos y dotados de peores defensas. Puesto que, como hemos visto, Sisebuto había ocupado la mayor parte de la provincia al oeste de Urci, las únicas ciudades que podían hallarse aún en poder de Bizancio eran las del litoral levantino.

Por otro lado, el hecho de que los hombres del patricio Cesáreo capturasen al obispo Cecilio de Mentesa, demuestra que, mientras Sisebuto operaba en la área meridional de la provincia, los bizantinos contratacaron en la región próxima a Carthago Spartaria, enclave, que, a todas luces, seguían controlando durante de las negociaciones de paz de 615-616. Las acuñaciones monetarias de Sisebuto en Mentesa, Basti, Acci y Saguntum, nos indican que el soberano reunió allí tropas, con la más que probable intención de marchar sobre Carthago Spartaria. Ahora bien, Cesáreo supo reaccionar a tiempo, concentrando en torno a su capital todo el potencial bélico de que disponía, para lanzar un contundente ataque contra las bases visigodas, como Mentesa. Esta estrategia le obligó a abandonar el sur de la provincia a los godos, pero permitió que el Imperio conservase sus posiciones levantinas durante otra década<sup>203</sup>.

A tenor de lo expuesto, la destrucción de Carthago Spartaria, que habría que datar alrededor de 624, sólo puede entenderse como un gesto simbólico, a la vez que material, de la afirmación del poder político, administrativo, territorial e ideológico de la monarquía visigoda sobre los antiguos dominios territoriales de Bizancio<sup>204</sup>.

La caída de Spania en poder de los visigodos debió causar una impresión desfavorable en el ánimo de Heraclio, muy susceptible al mantenimiento de la autoridad imperial sobre Occidente. Sin embargo, era una pérdida mínima, si se compara con la merma territorial sufrida en Oriente, a raíz de la invasión persa de Armenia, Mesopotamia, Siria, Palestina y Egipto. Enfrascado en la última fase de la guerra contra el Imperio Sasánida, Heraclio no podía desprenderse de fuerzas para restablecer la potestad romana sobre Spania.

Durante el año 625, toda la capacidad ofensiva de Bizancio se concentró en una nueva campaña contra el dominio persa, que se saldó con pobres resultados. Sin embargo, a finales de noviembre, las tropas de Heraclio, camino de sus cuarteles de invierno en las inmediaciones del lago Van, lograron apoderarse del campamento de Sharbaraz, donde capturaron gran botín e hicieron numerosos prisioneros. Al año siguiente, Cosroes II selló una alianza con los ávaros, con el propósito de lanzar un ataque simultáneo sobre Constantinopla, que forzara a Heraclio a abandonar del territorio Sasánida. En los primeros días del verano de 626, Sharbaraz ocupó Calcedonia y tomó posiciones en la orilla asiática del Bósforo. Poco después, a finales del julio, el khagan de los ávaros, al frente de una horda de eslavos, búlgaros y gépidos, hacía lo propio en la margen europea. Heraclio, informado de los acontecimientos, optó por permanecer en Oriente y confiar la suerte de la capital a sus habitantes. El patriarca Sergio, líder de la resistencia local, llevó en procesión el icono de la Virgen sobre las murallas, imbuyendo de fervor religioso a los defensores, que repelieron con éxito los terribles asaltos que tuvieron lugar desde el 2 al 7 de agosto. Finalmente, se impuso la superioridad bizantina en el mar. El 10 de agosto, la armada imperial hundía las frágiles embarcaciones eslavas, obligando a los ávaros a levantar el

sitio. Su partida, dio al traste con los planes de Cosroes. Sahrbaraz, incapaz de sostener el cerco en solitario desde la orilla asiática del estrecho, hubo de evacuar Calcedonia y replegarse a Siria con sus tropas. La retirada de ávaros y persas fue conmemorada por la población de Constantinopla con un oficio litúrgico especial dedicado a la Virgen. Para la ocasión se compuso el célebre himno Akathistos, posiblemente obra del propio patriarca Sergio o del poeta Jorge Pisides, diácono de Santa Sofía<sup>205</sup>.

Entre tanto, Heraclio, que no se había dejado engañar por la maniobra de distracción que ideara Cosroes, continuaba operando en territorio persa. Decidido a sellar una alianza con el pueblo de los jázaros, se dirigió hacia Lazica, dejando al frente del ejército a su hermano Teodoro, quien obtuvo una resonante victoria sobre las tropas del general Sahin. A comienzos de diciembre de 627, Heraclio invadió la Mesopotamia persa, descendiendo a través del valle del Tigris. Su victoria sobre las fuerzas enemigas junto a las ruinas de la antigua Nínive, el día 7 de ese mismo mes, le abrió el camino de Ctesiphonte. El avance de las tropas bizantinas por territorio Sasánida fue asociado a un nuevo brote de peste, que devastó el Imperio del Gran Rey<sup>206</sup>.

El 3 de enero de 628, el ejército de Heraclio ocupó Dastagerd, residencia oficial de la corte Sasánida desde el año 606, que Cosroes acababa de abandonar apresuradamente con parte de su tesoro, para refugiarse tras los muros de Ctesiphonte. Los bizantinos saquearon e incendiaron la ciudad y el palacio real, donde capturaron un enorme botín. Pocas semanas después, el 24 de febrero, Cosroes II era destronado en la capital por uno de sus hijos, Kawadh, que, tras ordenar la ejecución de su padre, se apresuró a firmar un armisticio con el emperador de

Constantinopla. El 3 de abril, Heraclio recibía a los embajadores del Gran Rey, para discutir las condiciones de la paz. Tras cinco días de parlamento, Kawadh ratificó un tratado, que preveía la liberación de todos los prisioneros y el restablecimiento de las fronteras de 591. Inmediatamente, las tropas persas evacuaron Armenia. Pero Sharbaraz, que, fiel a Cosroes, se había sublevado contra el nuevo gobierno de Ctesiphonte, mantuvo la ocupación de Siria, Palestina y Egipto hasta el verano de 629, en que llegó a un acuerdo particular con Heraclio. Unos meses más tarde, en marzo de 630, el soberano bizantino viajaría a Palestina, para recibir la Vera Cruz de manos de sus enemigos, y conducirla personalmente hasta Jerusalén, en una apoteósica marcha triunfal<sup>207</sup>.

Aquella misma primavera, 3.000 beduinos árabes al mando del general Jalib ibn Talid y de Zayd, hijo adoptivo del profeta Mahoma, intentaron asaltar la fortaleza romana de Muta, en la frontera de la provincia de Arabia. El ataque fue rechazado, sin problemas, por la guarnición local, que no le concedió demasiada importancia, creyendo que se trataba de una más de las frecuentes razzias fronterizas que tenían lugar en la zona. Jamás hubieran podido suponer que se trataba de la vanguardia de la expansión árabe<sup>208</sup>.

En apariencia, las campañas de Heraclio contra Persia, durante las dos últimas décadas, habían conseguido devolver al Imperio romano a la situación en que se hallaba a finales del reinado de Mauricio. Sin embargo, la realidad de 630 era bien distinta a la de 602. La recuperación de la provincias orientales, había comportado el abandono de amplios territorios en Occidente. A la pérdida de la provincia de Spania, en el exarcado de Cartago, o la de Liguria, en el de Ravenna, venía a sumarse la de gran parte de los Balcanes, que habían pasado a

manos esclavas. Un elevado precio, si se tiene en cuenta que las poblaciones autóctonas de Armenia, Mesopotamia, Siria, Palestina y Egipto no se mostraban especialmente adictas al gobierno de Constantinopla. Tras más de quince años de dominación persa, este enorme conjunto territorial, minado, desde el siglo V, por disidencias internas, de carácter "nacional" y religioso, no estaba dispuesto a volver a gravitar en torno al núcleo central del Imperio bizantino, integrado por Tracia, la costa egea de Anatolia, el litoral oriental de Grecia, las provincias de la Italia meridional y las grandes islas mediterráneas, desde Sicilia a Chipre.

La expansión árabe permitiría a las provincias afroasiáticas del Imperio emanciparse definitivamente de la tutela de Constantinopla, tomando parte activa en la transformación geopolítica de la región. El avance de las conquistas árabes alteró profundamente el equilibrio de poderes existente, hasta aquel momento, en el mundo mediterráneo. Bizancio, dueña y señora indiscutible de las aguas del Mare Nostrum, durante el último siglo, se vio obligada a replegarse hacia el Egeo y el Jónico. La presencia del Califato, como nuevo poder marítimo, puso fin a la hegemonía del Imperio romano de Oriente en el comercio exterior y, consecuentemente, a su proyección política y cultural sobre Occidente. A pesar de que ya jamás recuperaría su antiguo monopolio, Bizancio logró situarse en el grupo de cabeza de las potencias mediterráneas, club selecto en el que permanecería hasta bien entrado el siglo XII.

En su lucha por la supervivencia, el Imperio se vio obligado a adaptarse a la mudable realidad política, desvinculándose de las tradiciones gubernativas tardorromanas y efectuando profundas transformaciones en su estructura social. Tras la pérdida de las provincias orientales monofisitas y de las

occidentales latinas, el estado burocrático, instaurado por Diocleciano y Constantino y perfeccionado por Justiniano, ya no resultaba operativo. En constante alerta militar, a causa de la amenaza árabe, y contando únicamente con el respaldo político y financiero del campesinado libre de Asia Menor y de la Iglesia ortodoxa de rito griego, el Imperio bizantino medieval se convirtió en un estado militar greco-ortodoxo de base agraria. Bajo esta nueva forma, no sólo logrará sobrevivir a las convulsiones políticas de los siglos VII y VIII, sino que, a partir del IX y hasta mediados del XI, protagonizará una espectacular escalada, convirtiéndose en la primera potencia del Mediterráneo oriental.





## NOTAS.

1. VICT. TONN., Chron., a. 567; CORIPP., Laud. Just., I, 1-202; II, 299; AGATH., Hist., IV, 22; EVAGR., Hist. Eccl., V, 1-2.
2. CORIPP., Laud. Just., II, 168; JOH. BICL., Chron., a. 568; CAMERON, A. M., "The Empress Sophia", Byz., XLV, 1.975, pp. 5-21.
3. CORIP., Laud. Just., II, 361; THEOPH., Chronogr., A.M. 6.059-6.060; ZON., Epit. Hist., XIV, 10.
4. CORIPP., Laud. Just., II, 178-181; III, 150-407; MENAND., Frg., 14-17; JOH. EPH., Hist. Eccl., VI, 24.
5. MENAND., Frg., 24-29; PAUL. DIAC., Hist. Lang., I, 27.
6. MAR. AVENT., Chron., a. 569; PAUL. DIAC., Hist. Lang., II, 7-14; 25-27.
7. MAR. AVENT., Chron., a. 570, 1; 571-574; GREG. TUR., De virt. S. Jul., 46; Hist. Franc., IV, 31; PAUL. DIAC., Hist. Lang., II, 4; 26; 28-32.
8. JOH. BICL., Chron., a. 569, 2; 570, 1; 571, 2; 4; ILDEF., De vir. illustr., 3; PRINGLE, D., The Defence of Byzantine Africa from Justinian to the Arab Conquest, Oxford, 1.981, pp. 40-41.
9. MENAND., Frg., 36; THEOPH. BYZ., Frag., 3-4; JOH. EPH., Hist. Eccl., II, 18-21; VI, 2-6; EVAGR., Hist. Eccl., V, 7-10; THEOPH. SIM., Hist., III, 9-11; GOUBERT, P., Byzance avant l'Islam, I, Byzance et l'Orient sous les successeurs de Justinien. L'empereur Maurice, Paris, 1.951, pp. 63-69.
10. CORIPP., Laud. Just., I, 212-223; IV, 374; 378; MENAND., Frg., 37-38; JOH. EPH., Hist. Eccl., III, 2-5, V, 13; JOH. BICL., Chron., a. 573, 4; 574, 2; EVAGR., Hist. Eccl., IV, 29; V, 11-13; GREG. TUR., Hist. Franc., V, 19; IV, 40; THEOPHYL., Hist., III, 11; Vit. Eutych., 66-67.
11. Al parecer, Sofía se sintió especialmente humillada porque su joven protegido la había rechazado por una mujer de origen plebeyo, de mediana edad y carente de atractivos físicos. Tiberio había estado prometido a una hija de Ino, nacida de un primer matrimonio de ésta, pero después de que la muchacha y su padre muriesen, él se casó con la viuda; JOH. EPH., Hist. Eccl., III,

7-8.

12. JOH. EPH., Hist. Eccl., I, 19; 33-II, 1-14; EVAGR., Hist. Eccl., V, 4; BECK, H. G., "La primitiva Iglesia bizantina", Manuel de Historia de la Iglesia, II, La Iglesia imperial después de Constantino hasta fines del siglo VII, ed. H. Jedin, Barcelona, 1.979, pp. 621-622; CAMERON, A. M., "The Early Religious Policies of Justin II", Studies in Church History, 13, ed. D. Baker, Oxford, 1.976, pp. 51-67.

13. JOH. BICL., Chron., a. 568, 3; ISID., Hist. Goth., 47; Laterc. reg. Visig., 23-24.

14. JOH. BICL., Chron., a. 569, 4; GREG. TUR., Hist. Franc., IV, 30; ISID., Hist. Goth., 48; FREDEG., Chron., III, 62.

15. JOH. BICL., Chron., a. 569, 4; 579, 3; sobre la figura de Gosvinta, cf. ORLANDIS, J., "Una reina visigoda: Goswintha", Semblanzas visigodas, Madrid, 1.992, pp. 17-34.

16. JOH. BICL., Chron., a. 579, 3: factione Gosvinthae reginae... in Hispali civitate.

17. Chron. Caesaraug. rel., a. 568; JOH. BICL., Chron., a. 579, 3; 572, 2.

18. JOH. BICL., Chron., a. 570, 2: Leovegildus rex loca Bastetaniae et Malacitanae urbis repulsis militibus vastat et victor solio reddit.

19. VALLEJO GIRVES, M., Bizancio y la España Tardoantigua (SS V-VIII): un capítulo de historia mediterránea, Alcalá de Henares, 1.993, pp. 146-147.

20. VIVES, p. 138.

21. VALLEJO GIRVES, M., op. cit., p. 151.

22. CHAVES, M. J.- CHAVES, R., Acuñaciones previsigodas y visigodas en Hispania desde Honorio a Achila II, Catálogo general de las monedas españolas, II, Madrid, 1.984, pp. 54-55; RUIZ TRAPERO, M., "La moneda", Historia de España de D. Ramón Menéndez Pidal, III. 1, ed. J. M. Jover Zamora, Madrid, 1.991, pp. 411-412.

23. ISID., Hist. Goth., 51: primusque inter suos regali veste opertus solio resedit, nam ante eum et habitus et consessus communis ut genti, ita et regibus erat.

24. CIL, XII, 5.341; 5.343; SID., Ep., I, 2, 4; 6; ORLANDIS, J., La vida en España en tiempo de los godos, Madrid, 1.991, pp. 89-91.
25. MCCORMICK, M., Eternal Victory. Thriumphal rulership in Late Antiquity, Byzantium and the Early Medieval West, Cambridge, 1.986, pp. 299-300.
26. JOH. BICL., Chron., a. 570, 2.
27. ISID., Hist. Goth., 51.
28. JOH. BICL., Chron., a. 570.
29. Sobre la conmemoración de las victorias de los monarcas en el reino visigodo, cf. MCCORMICK, M., op. cit., pp. 297-327.
30. JOH. BICL., Chron., a. 571, 3: Leovegildus rex Asidonam fortissimam civitatem proditiōne cuiusdam Framidanei nocte occupat et militibus interfectis memoratam urbem ad Gothorum revocat iura.
31. VIVES, pp. 107-145; 151-153; RAV., Cosmogr., IV, 45, ISID., Hist. Goth., 58.
32. Chron. Caesarauq. rel., a. 568; JOH. BICL., Chron., a. 572, 2: Leovigildus rex Cordubam civitatem diu Gothis rebellem nocte occupat et caesis hostibus propriam facit multasque urbes et castella interfecta rusticorum multitudine in Gothorum dominium revocat.
33. JOH. BICL., Chron., a. 573, 2; 5: His diebus Livva vitae finem accepit et Hispania omnis Galliaque Narbonensis in regno et potestate Leovegildi concurrit... duosque filios ex amissa coniuge Hermenegildum et Reccaredum consortes regni facit.
34. GREG. TUR., Hist. Franc., IV, 38; ORLANDIS, J., "La sucesión al trono en la monarquía visigoda", Estudios Visigóticos, III, Roma-Madrid, 1.962, p. 78.
35. JOH. EPH., Hist. Eccl., III, 13; GREG. TUR., Hist. Franc., V, 30; THEOPH., Chronogr., A.M. 6.070.
36. JOH. EPH., Hist. Eccl., III, 5; 11; 13-14; EVAGR., Hist. Eccl., V, 13; THEOPHYL., Hist., III, 16, 3-5; PAUL. DIAC., Hist. Lang., III, 11-12; THEOPH., Chronogr., A.M. 6.070.
37. THEOPH., Chronogr., A.M. 6.070-6.071.

38. GREG. TUR., Hist. Franc., V, 19: Oui (Tiberius) cum multa de thesauris, quos Justinus adgregavit, pauperibus erogaret et augusta illa eum frequentius increparet, quod rem publicam redigisset in paupertate, diceritque: "Quod ego multis annis congregavi tu infra paucis tempus prodegi dispergis", agebat ille: "Non deerit fisco nostro; tantum pauperes aelymosinam accipiant, aut captivi redimantur. Hoc est enim magnum thesaurum, dicente Domino: "Thesaurizatem vobis thesaurus in caelo; ubi neque erugo neque tinea corrumpit, et ubi fures non effodiunt nec furantur". Ergo de quod Deus dedit, congregemus per pauperes in caelo, ut Dominus nobis augere dignetur in saeculo". Recoge este mismo episodio PAUL. DIAC., Hist. Lang., III, 11.

39. JOH. EPH., Hist. Eccl., III, 10; 23-24; GREG. TUR., Hist. Franc., V, 30.

40. MENANDR., Frg., 48; 63-66; JOH. EPH., Hist. Eccl., VI, 25; 30-33.

41. MENAND., Frg., 49; PAUL. DIAC., Hist. Lang., III; 13, 33.

42. JOH. BICL., Chron., a. 578, 1; GREG. I, Ep., I, 73; PRINGLE, D., op. cit., pp. 41.

43. MENAND., Frg., 39-43; 46-47; 50; 54-55; JOH. EPH., Hist. Eccl., VI, 8-14; 21-23; 27-28; EVAGR., Hist. Eccl., V, 14; 19; THEOPHYL., Hist., III, 12; 15-18; THEOPH., Chronogr., A.M. 6.072-6.074; GOUBERT, P., op. cit., pp. 68-86.

44. JOH. EPH., Hist. Eccl., III, 21; BECK, H. G., op. cit., pp. 620; 622.

45. GRE. I, Ep., XIII, 1; GREG. TUR., Hist. Franc., VI, 30; JOH. EPH., Hist. Eccl., V, 13-14; 18; THEOPHYL., Hist., I, 10; EVAGR., Hist. Eccl., VI, 1; Chron. Pasch., a. 582; 590; PAUL. DIAC., Hist. Lang., II, 15; THEOPH., Chronogr., A.M. 6.074-6.075. Al parecer, Sofía sobrevivió a todos los personajes de este drama y posiblemente asistió al asesinato de Mauricio y su familia, decretado por el usurpador Focas. Según THEOPH., Chronogr., A.M. 6.092, en la Pascua del año 600, la Augusta aún estaba viva, ya que ella y Constantina, con motivo de la festividad, regalaron una diadema (stemma) a Mauricio, que éste depositó en el altar de Santa Sofía, con gran disgusto de Constantina, que estuvo enojada con su marido durante toda la jornada.

46. JOH. BICL., Chron., a. 577, 2; ISID., Hist. Goth., 49.

47. Itin. Ant., 401, 5-402, 5; 404, 2-405, 6.

48. JOH. BICL., Chron., a. 578, 4; ISID., Hist. Goth., 51.
49. VALLEJO GIRVES, M., op. cit., pp. 177-178.
50. JOH. BICL., Chron., a. 579, 2; GREG. TUR., Hist. Franc., V, 38; IX, 24.
51. ISLA FREZ, A., "Las relaciones entre el reino visigodo y los reyes merovingios a finales del siglo VI", En la España Medieval, 13, 1.990, p. 15.
52. GREG. TUR., Chron., V, 38.
53. Chron. Caesaraug. rel., a. 552; 568; ISID., Hist. Goth., 45-47.
54. JOH. BICL., Chron., a. 579, 3; Ep. Austr., 27-28; 43-45.
55. VAZQUEZ DE PARGA, L., San Hermenegildo ante las fuentes históricas, Madrid, 1.973, pp. 9-35.
56. ISLA FREZ, A., art. cit., p. 24.
57. GREG. TUR., Hist. Franc., V, 40.
58. JOH. BICL., Chron., a. 579, 3; GREG. TUR., Hist. Franc., V, 38; GREG. I, Dial., III, 31; PAUL. DIAC., Hist. Lang., III, 21;
59. DIAZ Y DIAZ, M., "La leyenda regi a deo vita de una moneda de Ermenegildo", Analecta Sacra Tarraconensia, XXXI, 1.958, pp. 261-269. En contra de esta opinión se han manifestado en fecha reciente GRIERSON, Ph.-BLACKBURN, M., Medieval European Coinage. With a Catalogue of the Coins in the Fitzwilliam Museum. Cambridge, I, The Early Medieval West (5th to 10th Centuries), Cambridge, 1.986, pp. 49-51, quienes consideran que la moneda de Hermenegildo con la imagen de la Victoria sobre la cara del anverso antecede cronológicamente a la emisión con la leyenda REGI A DEO VITA.
60. WROTH, W., Catalogue of the Imperial Byzantine Coins in the British Museum, I, Londres, 1.908, pp. 99-101; II, pp. 332; 335; 358; HILLGARTH, J. N., "Coins and Chronicles: Propaganda in Sixth Century Spain and the Byzantine Background", Historia, XV, 1.966, p. 504
61. GREG. I, Ep., XIII, 1.
62. JOH. BICL., Chron., a. 579, 3; 584, 3; GREG. TUR., Hist. Franc., VI, 18; ISID., Chron., 405.

63. GREG. TUR., Hist. Franc., V, 41; 43. Prueba de que los suevos eran enemigos de Leovigildo y buscaban la alianza con Gontram es que barcos del rey de Orleans llegaban hasta la Gallaecia sueva, puesto que en 585, al ser conquistado por los visigodos, Leovigildo encontró allí naves merovingias y las destruyó, cf. Ibid., VIII, 35.
64. GREG. TUR., Hist. Franc., V, 38.
65. JOH. BICL., Chron., a. 580, 2.
66. GREG. TUR., Hist. Franc., VI, 40; ISID., De vir. illustr., XXX; Hist. Goth., 50.
67. VIVES, J., Inscripciones cristianas de la España romana y visigoda, Barcelona, 1.942, 364: In nomine domini anno feliciter secundo regni dom/ni nostri Ermenegildi regis quem persequitur genitor/ sus dom(nus) Livvigildus rex in civitate Ispa(lense) indictione.
68. JOH. BICL., Chron., a. 581, 3; GREG. TUR., Hist. Franc., VI, 12.
69. GREG. TUR., Hist. Franc., VI, 1.
70. VALLEJO GIRVES, M., op. cit., pp. 194-197.
71. GREG. TUR., Hist. Franc., V, 38; VI, 18; 43; GREG. I, Dial., III, 31; Ep., V, 53a; PAUL. DIAC., Vit. Greg., 8; DAGRON, G., Naissance d'une capitale. Constantinople et ses institutions de 330 à 451, París, 1.974, p. 98, n. 1.
72. COLLINS, R., "Merida and Toledo: 580-585", Visigothic Spain: New Approaches, ed. E. James, Oxford, 1.980, pp. 216-219.
73. GREG. I, Ep., I, 16a; III, 29.
74. ISID., Etymolog., VIII, 2, 4.
75. GREG. I, Ep., I, 41a.
76. GREG. TUR., Hist. Franc., VI, 18; VPE, X-XIII; MILES, G. C., The Coinage of the Visigothic Spain. Leowigild to Achila II, Nueva York, 1.952, pp. 119; 194-196; ALONSO CAMPOS, J. I., "Sunna, Masona y Nepopis. Las luchas religiosas durante la dinastía de Leovigildo", AC, III, 1.986, pp. 151-157.
77. GREG. TUR., Hist. Franc., VI, 42.

78. GREG. TUR., Hist. Franc., V, 38; GREG. I, Dial., III, 31; PAUL. DIAC., Hist. Lang., III, 21.

79. JOH. BICL., Chron., a. 583; GREG. TUR., Hist. Franc., V, 6; VI, 43.

80. JOH. BICL., Chron., a. 583; 584, 1; MILES, G. C., op. cit., pp. 111; 192.

81. JOH. BICL., Chron., a. 583. De acuerdo con GREG. TUR., Hist. Franc., VI, 33; 43, los legados francos que retornaron a las Galias en la primavera de 584, refirieron como una epidemia muy grave de peste bubónica, que venía afectando a la ciudad de Narbo desde hacia tres años, se extendía ahora por toda Hispania. Más adelante, atribuye la muerte del rey suevo Miro a las aguas malsanas de Hispania y a la insalubridad de su aire. Ambos factores eran considerados por los médicos de la época como causantes de epidemias. Así, ISID., Etymolog., VI, 6, 17, al hablar sobre los orígenes de la peste bubónica, dice que ésta gignitur enim ex corrupto aere. Teniendo en cuenta todos estos factores, nos inclinamos a dar crédito a la versión del Biclarense, que sitúa la muerte de Miro en la Baetica, durante el asedio de Hispalis, frente a Gregorio de Tours que la emplaza en la Gallaecia, después de que el soberano suevo retornase a su reino. La presencia de la peste en el sur de la Península, entre 582 y 585, se halla también atestiguada por las VPE, IX, 22, que destacan como la provincia de Lusitania se libró del azote, gracias a la intercesión de la santa patrona de Emerita, la mártir Eulalia, y a las plegarias de Masona, el obispo metropolitano.

82. JOH. BICL., Chron., a. 584, 3; MILES, G. C., op. cit., pp. 110; 191.

83. GREG. TUR., Hist. Franc., V, 38; In gloria conf., XII-XIII.

84. MILES, G. C., op. cit., pp. 108; 190-191.

85. GREG. TUR., Hist. Franc., V, 38; VI, 43; VIII, 18; 21; 28; Ep. Austr., 27-28; 43-45; FREDEG., Chron., III, 87; PAUL. DIAC., Hist. Lang., III, 21. Naves procedentes de los puertos del litoral hispano hacían habitualmente el trayecto hasta Massilia, cf. GREG. TUR., Hist. Franc., IX, 22.

86. GREG. TUR., Hist. Franc., V, 38; VI, 43; McCORMICK, M., op. cit., pp. 306-307, n. 44. El ritual empleado con ocasión de la victoria de Leovigildo sobre su hijo es idéntico al usado por Justiniano con motivo de la victoria sobre Gelimer, rey de los vándalos, cf. PROC., De bellis, III, 9, 10-12.



87. JOH. BICL., Chron., a. 584, 3; 585, 3; GREG. TUR., Hist. Franc., V, 38.
88. GREG. TUR., Hist. Franc., VIII, 28; GREG. I, Dial., III, 31.
89. PROC., De bellis, III, 9, 14;
90. GREG. I, App., II; III, 1; PAUL. DIAC., Hist. Lang., III, 17.
91. GREG. TUR., Hist. Franc., VIII, 18; IX, 25; Ep. Austr., 25-26; 29-42; 46; 48; PAUL. DIAC., Hist. Lang., III, 16; 18; 22; 28-29.
92. THEOPHYL., Hist., I, 3-8; II, 10-18.
93. EVAGR., Hist. Eccl., VI, 3-6; 9-13; THEOPHYL., Hist., I, 9, 12-15; II, 1-10; 18; III, 1-8; THEOPH., Chronogr., A.M. 6.075-6.079; GOUBERT, P., op. cit., pp. 89-117.
94. EVAGR., Hist. Eccl., IV, 29; VI, 16-19; THEOPHYL., Hist., IV, 1-16; V, 1-15; THEOPH., Chronogr., A.M. 6.080-6.081; GOUBERT, P., op. cit., pp. 121-170.
95. GREG. TUR., Hist. Franc., X, 1; PAUL. DIAC., Hist. Lang., III, 35; IV, 4.
96. GREG. I, Ep., II, 45; V, 34; 36; Homil. in Ezech., II, praef.; 10; Lib. Pont., Auct. Havn. Extr., 17; PAUL. DIAC., Hist. Lang., IV, 8; 16; 18; Catalogus Farfensis, pp. 521-522.
97. GREG. I, Ep., VI, 63; VII, 42; IX, 11; 44; 66; 67; 195; X, 16; XIV, 12-13; PAUL. DIAC., Hist. Lang., IV, 5-6; 8-9; 12; 23.
98. GREG. I, Ep., I, 59; 72-73; IV, 7; 32; VI, 59; VII, 3; IX, 9; X, 16; XI, 7; THEOPHYL., Hist., III, 4, 8-9; THEOPH., Chronogr., A.M. 6.080; PRINGLE, D., op. cit., p. 41.
99. THEOPHYL., Hist., VIII, 11, 7-10; BURY, J. B., A History of the Later Roman Empire from Arcadius to Irene (395 A.D. to 800 A.D.), Londres, 1.889, II, p. 94 y n. 2.
100. THEOPHYL., Hist., V, 16; VI, 1-6.
101. Ibid., VI, 7-11; VII, 1-5.
102. Ibid., VII, 10-15; GREG. I, Ep., IX, 232; X, 20; THEOPH., Chronogr., A.M. 6.092; FUENTES HINOJO, P., "Las grandes epidemias en la temprana Edad Media y su proyección sobre la península Ibérica", En la España Medieval, 15, 1.992, p. 23.-24

103. THEOPHYL., Hist., VIII, 1-7.
104. THEOPHYL., Hist., VIII, 4-5; Chron. Pasch., a. 602; THEOPH., Chronogr., A.M. 6.093-6.094.
105. THEOPHYL., Hist., VIII, 5; 7-8; Chron. Pasch., a. 602.
106. CAMERON, A., Circus Factions. Blues and Greens at Rome and Byzantium, Oxford, 1.976, desmonta las tesis de MANOJLOVITCH, G., "Le peuple de Constantinople de 400 à 800", Byz., XI, 1.936, pp. 617-716 (traducido por H. Grégoire de la edición croata publicada en Zagred en 1.904). Para este último Verdes y Azules eran reflejo de una polarización social, económica y religiosa de la población del Imperio, representando los Verdes a los comerciantes y artesanos monofisitas y los Azules a la aristocracia ortodoxa.
107. STE. CROIX, G. E. M. de, La lucha de clases en el mundo griego antiguo, Barcelona, 1.988, p. 374.
108. THEOPHYL., Hist., VIII, 8. Estos sucesos han sido estudiados con detalle por JANSSENS, Y., "Les Bleus et les Verts sous Maurice, Phocas et Héraclius", Byz., XI, 1.936, pp. 499-539.
109. THEOPHYL., Hist., VIII, 9-10; THEOPH., Chronogr., A.M. 6.094; NIC. CALL., Hist. Eccl., XVIII, 40.
110. THEOPHYL., Hist., VIII, 10-11; Chron. Pasch., a. 602; THEOPH., Chronogr., A.M. 6.094.
111. GREG. I, Ep., XIII, 1; JOH. ANT., Frag., 218f; THEOPHYL., Hist., VIII, 10-15; Chron. Pasch., a. 602; THEOPH., Chronogr., A.M. 6.094.
112. THEOPHYL., Hist., VIII, 10-13; Chron. Pasch., a. 602.
113. GREG. I, Ep., XIII, 1; JOH. ANT., Frg., 218d-f; THEOPHYL., Hist., VIII, ; Chron. Pasch., a. 602; STRATOS, A. N., Byzantium in the Seventh Century, I, Amsterdam, 1.968, pp. 55-56.
114. JOH. BICL., Chron., a. 585, 4-6; 586, 2; 587, 1; GREG. TUR., Hist. Franc., VI, 43; GREG. I, Dial., III, 31; ISID., Hist. Goth., 49; 52.
115. JOH. BICL., Chron., a. 585, 4; 586, 2; 587, 4; GREG. TUR., Hist. Franc., VIII, 28; 30; 35; 38; IX, 1.#v

116. Existen otros dos personajes del mismo nombre contemporáneos de este Comenciolus. El primero, al que las fuentes denominan Comentiolus, es el general de Mauricio que combatió a persas, ávaros y eslavos. Su carrera nos es bien conocida. En la séptima indicción del reinado del emperador Mauricio (1 de septiembre de 588-31 de agosto de 589) fue designado magister utriusque militiae per Orientem, cargo que aún ocupaba a comienzos de la novena indicción (1 de septiembre de 590-31 de agosto de 591), cuando tomó parte en la restauración de Cosroes II al trono de los Sasánidas. Puesto que el epígrafe de Carthago Spartaria se fecha en la octava indicción, no es posible identificarle con el magister militum Spaniae. Sin embargo, un segundo individuo, llamado Comitiolus, al que GREG. I, Ep., XIII, 46, sitúa en Malaca durante la década de 590 y otorga el título de dux y el tratamiento de gloriosus, bien podría ser el magister militum Spaniae de la inscripción, ya que como veremos más adelante, al abordar el tema de la organización administrativa y militar de la provincia bizantina de Spania, los duces provinciales de época de Mauricio emplean el título de magister militum acompañado del nombre de la región que gobiernan en genitivo y, al ser patricios, tienen derecho al tratamiento de gloriosii. Para un análisis más profundo de la problemática en torno a estos personajes, cf. PLRE, III, pp. 323; 329.

117. CIL, II, 3.420: Quisquis ardua turrium miraris culmina/  
vestibulumq(ue) urbis duplici firmatum,/ dextra levag(ue) binos  
porticos arcos,/ quibus superum ponitur camera curva  
convexaq(ue):/ Comenciolus sic haec iussit patricius,/ missus a  
Mauricio Aug(usto) contra hostes barbaros,/ magnus virtute  
magister mil(itum) Spaniae./ Sic semper Hispania tali rectore  
laetetur,/ dum poli rotantur dumq(ue) sol circuit orbem./ Ann(o)  
VII Aug(usti) ind(ictione) VIII.

118. ISID., Hist. Goth., 54: Saepe etiam et lacertos contra  
Romanas insolentias et inruptiones Vasconum movit.

119. ISID., Hist. Goth., 58.

120. GREG. I, Ep., IX, 229; VALLEJO GIRVES, M., op. cit., p. 244.

121. Ep. Austr., 27-28; 43-45; ISID., Hist. Goth., 57.

122. JOH. BICL., Chron., a. 587, 5;

123. GREG. TUR., Hist. Franc., VIII, 45; IX, 1; 16; 20; 38; VIVES, p. 116.

124. JOH. BICL., Chron., a. 588, 1; YPE, XVII-XVIII; CHAVES, M.J.-CHAVES, R., op. cit., p. 66.

125. JOH. BICL., Chron., a. 589, 1.
126. JOH. BICL., Chron., a. 589, 2; GREG. TUR., Hist. Franc., IX, 31-32.
127. JOH. BICL., Chron., a. 590, 3. En los triunfos romanos del Bajo Imperio, se introdujo la ceremonia del desfile infamante de los caudillos derrotados. Según reflejaban los relieves de la columna de Arcadio, elevada en Constantinopla con motivo del triunfo de Fravitas sobre Gainas en 401, los jefes enemigos marchaban en el cortejo montados sobre camellos y con las manos atadas a la espalda. La primera referencia que efectúan las fuentes bizantinas al traslado de la procesión de infamia al hipódromo y a la sustitución del camello por el asno, procede del siglo VIII. Con ocasión de la victoria del emperador Constantino V sobre el usurpador Artavasdo en 742, el patriarca Anastasio de Constantinopla, que había coronado al rebelde, fue paseado por el circo a lomos de un asno. Para entonces el ritual se hallaba perfectamente fijado, por lo que es posible que las innovaciones apuntadas se introdujesen en el siglo VI. La procesión infamante solía preceder a las carreras de cuadrigas y acompañaba a la pompa circensis, o desfile inaugural de los juegos; cf. THEOPH., Chronogr., A.M. 6.234-6.235; McCORMICK, M., op. cit., pp. 49-51; 134-135.
128. Para la fecha de las epistolas enviadas a Bizancio por Brunequilda y Childeberto II mediante legaciones diplomáticas, cf. GOUBERT, P., Byzance avant l'Islam, II, Byzance et l'Occident sous les successeurs de Justinien, I, Byzance et les Francs, París, 1.956, pp. 127-143; 167-173.
129. VPE, X-XIII; XVII-XVIII.
130. JOH. BICL., Chron., a. 588, 1; VPE, XVII-XVIII
131. JOH. BICL., Chron., a. 589, 1-2; GREG. TUR., Hist. Franc., IX, 31-32.
132. GREG. TUR., Hist. Franc., IX, 1.
133. VIVES, pp. 107-144.
134. JOH. BICL., Chron., a. 590, 1-2; ISID., Hist. Goth., 52-53; De vir. illustr., XXIX; XXXII.
135. VIVES, pp. 116-117; 136; JOH. BICL., Chron., a. 590, 1-2.

136. BARBERO, A.-LORING, M. I., "El reino visigodo y la transición al mundo medieval", Historia de España, I, La España romana y visigoda (Siglos III a.C.-VII d.C.), ed. Planeta, Barcelona, 1.988, p. 459.
137. JOH. BICL., Chron., a. 590, 3.
138. GREG. I, Ep., IX, 229.
139. JOH. BICL., Chron., a. 587, 7; ISID., Hist. Goth., 55-56.
140. STRATOS, A. N., Byzantium in the Seventh Century, I, 602-634 Amsterdam, 1.968.
141. CIL, VI, 1.200; VIII, 10.529; JOH. ANT., Frg., 218f; Chron. Pasch., a. 602-604; 610; THEOPH., Chronogr., A.M. 6.094-6.095; GOUBERT, P., Byzance avant l'Islam, II, Byzance et l'Occident sous les successeurs de Justinien, II, Rome, Byzance et Carthage, París, 1.965, pp. 78-88; 111-124; STRATOS, A. N., op. cit., pp. 57-58.
142. Sobre la función política desempeñada por el sacrum cubiculum, cf. HOPKINS, K., "El poder político de los eunucos", Conquistadores y esclavos, Barcelona, 1.981, pp. 205-230.
143. JOH. ANT., Frg., 218f.
144. De S. Dem. acta, PL, CXVI, cols. 1.261-1.263.
145. THEOPHYL., VIII, 15; JOH. ANT., Frg., 218d; THEOPH., Chonogr., A.M., 6.098; STRATOS, A. N., op. cit., pp. 70-71; CAMERON, A., Circus Factions. Blues and Greens at Rome and Byzantium, Oxford, 1.976, pp. 281.
146. THEOPH., Chronogr., A.M. 6.095; STRATOS, A. N., op. cit., pp. 59-60.
147. THEOPH., Chronogr., A.M., 6.095-6.097; STRATOS, A. N., op. cit., pp. 60-62; 66-67.
148. THEOPH., Chronogr., A.M., 6.097; STRATOS, A. N., op. cit., pp. 60; 62.
149. Chron. Pasch. a. 605; THEOPH., Chronogr., A.M., 6.099; STRATOS, A. N., op. cit., pp. 71-73.
150. JOH. ANT., Frag., 218f; THEOPH., Chronogr., A.M. 6.099; STRATOS, A. N., op. cit., pp. 75-76; CAMERON, A., op. cit., p. 253.

151. THEOPHYL., VIII, 15; Chron. Pasch., a. 606-610; THEOPH., Chronogr., A. M., 6.098-6.102; STRATOS, A. N., op. cit., 63-66.

152. STRATOS, A. N., op. cit., p. 64; 74.

153. JOH. ANT., Frag., 218f; Chron. Pasch., a. 610; THEOPH., Chronogr., A.M. 6.100-6.102; STRATOS, A. N., op. cit., pp. 76-77

154. GREG. I, Ep., XIII, 34; Lib. Pont., Vit. Bonif. III, p. 164; Vit. Bonif. IV, p. 165. Al consagrar el Panteón el 13 de mayo de 608, como espacio de culto dedicado a la Virgen María y a los bienaventurados mártires, Bonifacio IV instituyó la festividad de Todos los Santos, seguramente, con la pretensión de cristianizar la festividad pagana de las Lemuridae, que se celebraba anualmente los días 9, 11 y 13 de mayo, a fin de ahuyentar a los espectros malévolos de los muertos. Dos siglos después, Gregorio IV mudará la fiesta del 13 de mayo al 1 de noviembre, día en que fueron trasladados al Panteón los restos de un gran número de mártires, dispersos hasta entonces por varias basílicas de la ciudad, a las que habían sido llevados desde las catacumbas en distintos momentos, durante los siglos VI y VII.

155. CIL, VI, 1.200; VIII, 10.529; GOUBERT, P., op. cit., pp. 120-121; 215-218.

156. JOH. ANT., Frag., 218f; Chron. Pasch., a. 608-609; THEOPH., Chronogr., A.M., 6.101; STRATOS, A. N., op. cit., pp. 78-81; CAMERON, A., op. cit., pp. 253-254. Sobre las acuñaciones de la ceca de Cartago a nombre de Teodosio, cf. GUADAN LASCARIS, A. M. de, Prontuario de la moneda bizantina, Madrid, 1.984, p. 71.

157. JOH. ANT., Frag., 218f; Chron. Pasch., a. 609-610; THEOPH., Chronogr., A.M., 6.102; STRATOS, A. N., op. cit., pp. 81-90. La costumbre bizantina de incinerar los cuerpos de los usurpadores en un toro de bronce, fue adoptada por los reyes visigodos de Tolosa. Alarico II hizo quemar en un horno similar el cuerpo del usurpador Burdunelo, aunque las fuentes no nos dicen, si previamente se le había dado muerte o si se le arrojó vivo a las llamas, cf. Chron Caesaraug. rel., a. 497.

158. JOH. ANT., Frag., 218f; Chron. Pasch., a. 610; THEOPH., Chronogr., A.M. 6.102; STRATOS, N. A., op. cit., pp. 55-56; 74; 90-91; GUADAN LASCARIS, A. M. de, op. cit., p. 72.

159. ISID., Hist. Goth., 57: Aera DCXXXVIII anno imperii Maurici XVII post Recaderum regem regnat Liuva filius eius annis duobus, ignobili quidem matre progenitus, sed virtutum indole insignitus, quem in primo flore adulescentiae Wittericus sumpta tyrannide

innocuum regno deiecit precisaeque dextra occidit anno aetatis XX, regni secundo. Sobre el período que reinó Liuva II, cf. Laterc. reg. Visig., 29.

160. Ibid., 58: Namque adversus militem Romanum proelium saepe molitus nihil satis gloriae gessit praeter quod milites quosdam Sagontia per duces obtinuit; Cf. Hist. Pseud. Isid., 15.

161. THEOPH., Chronogr., A.M. 6.101-6.102; VALLEJO GIRVES, M., op. cit., pp. 268-270.

162. Hist. Pseudo-Isid., 17: Post congregavit drumones et galeas omnes, quas invenerat in Affrica et Arabica terra et Ispaniorum et fuerunt insimul mille XXX naves.

163. Una lapida sepulcral conservada en el Museo Arqueológico Provincial de Córdoba, fechada por la era Hispana en 649, es decir, en el año 609, no deja lugar a dudas sobre la presencia de la peste en la Península Ibérica, ya que el personaje para el que se grabó el epitafio, ab iniquinali plaga obiit, cf. VALLEJO GIRVES, M., op. cit., p. 482.

164. Ibid., 58: Hic (Wittericus) in vita plurima inlicita fecit, in mortem autem, quia ladius operatus fuerat, gladio periit. mors quippe innocentis inulta in illo non fuit: inter epulas enim prandii coniuratione quorundam est interfectus. corpus eius viliter est exportatum atque sepultum.

165. BARBERO, A., "Las divisiones eclesiásticas y las relaciones entre la Iglesia y el Estado en la España de los siglos VI y VII", La sociedad visigoda y su entorno histórico, Madrid, 1.992, pp. 193-195.

166. VIVES, pp. 403-409.

167. GONZALEZ BLANCO, A., "El decreto de Gundemaro y la historia del siglo VII", AC, III, 1.986, pp. 159-169, rechaza la autenticidad de los documentos que se incluyen entre las actas del XII Concilio de Toledo, y considera que la promoción de esta ciudad a sede metropolitana de la Carthaginiensis se produjo con posterioridad a la destrucción de Carthago Spartaria por los visigodos en 624 y antes de la celebración del IV Concilio de Toledo en 636, cuyas actas subscribe el obispo Eugenio como metropolitano de la Carthaginiensis. Sin embargo, reconoce que los falsificadores pudieron haber empleado alguna documentación auténtica de los tiempos de Gundemaro, como base de su impostura.

168. BARBERO, A., "Las divisiones eclesiásticas y las relaciones entre la Iglesia y el Estado en la España de los siglos VI y VII", La sociedad visigoda y su entorno histórico, Madrid, 1.992, pp. 193-195. De la misma opinión son ORLANDIS, J.-RAMOS LISSON, D., Historia de los concilios de la España romana y visigoda, Pamplona, 1.986, pp. 248-252.
169. ORLANDIS, J.-RAMOS LISSON, D., op. cit., pp. 248-249.
170. VIVES, pp. 45; 50-52.
171. GREG. TUR., Hist. Franc., VI, 33; 44.
172. VIVES, p. 136.
173. VIVES, p. 137.
174. JOH. BICL., Chron., a. 578, 4.
175. VIVES, pp. 403-407.
176. VIVES, pp. 403-407.
177. ISID., Hist. Goth., 59: Hic (Gundemarus) Wascones una expeditione vastavit, alia militem Romanum obsedit,...
178. Chron. Pasch., a. 611-614; THEOPH., Chronogr., A.M. 6.103-6.106; STRATOS, A. N., op. cit., 103-111.
179. RUNCIMAN, S., Historia de las Cruzadas, I, La Primera Cruzada y la fundación del reino de Jerusalén, Madrid, 1.973, pp. 19-33.
180. Chron. Pasch., a. 615-619; THEOPH., Cronogr., A.M. 6.107-6.111; STRATOS, A. N., op. cit., pp. 111-114.
181. Chron. Pasch., a. 615-617; THEOPH., Cronogr., A.M. 6.107-6.109; STRATOS, A. N., op. cit., pp. 118-121.
182. Chron. Pasch., a. 517-518; NICEPH., Brev., pp. 12-13; THEOPH., Chronogr., A.M. 6.109-6.110; STRATOS, A. N., op. cit., pp. 100-101; 125-127.
183. Chron. Pasch., a. 618-624; NICEPH., Brev., pp. 13-18; THEOPH., Chronogr., A.M. 6.109-6.115; STRATOS, A. N., op. cit., pp. 135-164.
184. Chron. Pasch., a. 610; ISID., Chron., 120-121; Hist. Goth., 60-61; Laterc. reg. Visig., 32; THEOPH., Chron., A.M. 6.102.



185. VIVES, pp. 163-164; 185.

186. Itin. Ant., 410, 3-412, 6; MILES, G. C., The Coinage of the Visigoths of Spain. Leowigild to Achila II, Nueva York, 1.952,, pp. 260-265.

187. ORLANDIS, J., La Iglesia en la España visigótica y medieval, Pamplona, 1.976, pp. 119; 122.

188. VIVES, p. 223; VALLEJO GIRVES, M., op. cit., p. 296.

189. SISEB., Carm., 6-9; ISID., Hist. Goth., 70; FREDEG., Chron, IV, 33; ORLANDIS, J., Historia de España. España Visigoda (407-711), Madrid, 1.977, p. 132.

190. FREDEG., Chron., IV, 33; GARCIA MORENO, L. A., "Las invasiones, la ocupación de la Península y las etapas hacia la unificación territorial", Historia de España de Don Ramón Menéndez Pidal, III.1, España visigoda, ed. J. M. Jover Zamora, Madrid, 1.991, pp. 217-218.

191. Ep. Wisig., III-IV.

192. Ibid., V-VI.

193. ISID., Hist. Goth., 61-63.

194. THOMPSON, E. A., op. cit., p. 194.

195. VIVES, p. 288.

196. Itin. Ant., 400, 4-401, 3; IV, 42; V, 3; VALLEJO GIRVES, M., op. cit., p. 308.

197. ISID., Etymolog., XV, 1, 67: Africa sub Hannibale maritimae Hispaniae occupantes, Carthaginem Spartariam construxerunt, quae moxa Romanis capta et colonia facta, nomen etiam provinciae dedit. Nunc autem a Gothis subversa atque desolationem redacta est.

198. VIVES, pp. 369; 409.

199. FLOREZ, E., España Sagrada, Madrid, 1.751, V, pp. 62-64; THOMPSON, E. A., op. cit., pp. 381-383.

200. FREDEG., Chron., IV, 33: Et plures civitates ab imperio Romano Sisebodus litore maris abstulit et usque fundamentum destruxit.

201. PROC., De bellis, III, 5, 8; 15, 9; VII, 6, 1; 8, 10; 22, 6; 23, 3; 24, 3; 9; 27; 29; 32; 25, 7; 11; PAUL. DIAC., Hist. Lang., III, 18; IV, 23; 28; 45.
202. ISID., Hist. Goth., 62: Urbes residuas, quas in Hispaniis Romana manus agebat, proelio conserto obtinuit.
203. Ep. Wisig., III; MILES, G. C., op. cit., pp. 258-265.
204. VALLEJO GIRVES, M., op. cit., p. 309.
205. Chron. Pasch., a. 624-626; THEOPH., Chronogr., A.M. 6.116-6.118; STRATOS, A. N., op. cit., pp. 161-196.
206. Chron. Pasch., a. 627; THEOPH., Chronogr., A.M. 6.119; STRATOS, A. N., op. cit., pp. 197-213; BIRABEN, J. N.-LE GOFF, J., "La Peste dans le Haut Moyen Age", AnnESC, 1.969, p. 1.469.
207. THEOPH., Chronogr., A.M. 6.120-6.122; STRATOS, A. N., op. cit., pp. 213-256.
208. THEOPH., Chronogr., A.M. 6.123; STRATOS, A. N., op. cit., pp. 312-314.



## 2. Organización y problemática interna de los territorios hispanobizantinos.

Tras haber analizado el desarrollo de las relaciones de poder en el mundo mediterráneo y su proyección sobre la Península Ibérica, desde la muerte de Justiniano hasta la victoria de Heraclio sobre los persas, consideramos preciso dedicar un espacio al estudio de la organización interna de los territorios hispanobizantinos entre 555 y 624. Se trata de un tema en el que el investigador no hallará más que dificultades, derivadas de la escasez y pobreza a las que ya nos tienen habituados las fuentes. Sólo a través de una aproximación a la realidad de las provincias bizantinas del norte de Africa e Italia, mucho mejor documentadas, es posible suplir esta ausencia casi total de material informativo respecto a Spania. Como podrá observarse, el empleo del método comparativo resulta enormemente útil, ya que nos permite interpretar correctamente los pocos datos de que disponemos.

A fin de ofrecer una visión coherente de la problemática interna de la provincia bizantina de Spania, hemos optado por desglosar su estudio en tres epígrafes generales. En el primero de ellos, intentaremos reconstruir las estructuras administrativas y de defensa, su integración en la jerarquía del Imperio y su evolución, desde los tiempos de Justiniano hasta los de Heraclio. El hecho de que, al menos desde el reinado de Mauricio, un mismo personaje concentre la suprema potestad sobre los cuadros civiles y militares de la provincia, nos ha inducido a examinar ambos aspectos conjuntamente, en lugar de individualizarlos.

En el segundo epígrafe, nos ocuparemos del comercio y las fiscalidad en el territorio hispanobizantino. El primero

de estos asuntos ha sido objeto de algunos estudios, ya que contamos con varios testimonios, tanto de carácter literario como arqueológico, especialmente relacionados con el tráfico de objetos de lujo procedentes de Oriente. En cambio, es muy poco lo que sabemos sobre el funcionamiento de la hacienda imperial en Spania. De ahí que nuestro esfuerzo haya ido encaminado a arrojar algo de luz sobre las breves referencias que nos transmiten las fuentes.

En tercer y último lugar, entraremos en contacto con la organización de la Iglesia provincial y los conflictos dogmáticos. Posiblemente, el tema mejor documentado de cuantos pretendemos afrontar en este capítulo. No en vano, las fuentes conservadas, al proceder mayoritariamente del ámbito eclesiástico, nos permiten reconstruir con un alto grado de fiabilidad el panorama religioso de Spania. Especial atención dedicaremos a la querella de los Tres Capítulos, cuestión tratada ya con amplitud por A. Barbero, y que, dada su dimensión mediterránea, no sólo tuvo repercusiones en el dominio imperial, sino también en el reino visigodo de Toledo.

## 2.1. La administración y el ejército.

Para conocer el proceso de integración de los distintos territorios que conformarían la provincia bizantina de Spania en las estructuras administrativas y de defensa del Imperio romano de Oriente, es preciso retrotraernos a la época de la guerra de los vándalos, cuando Belisario, en nombre de Justiniano, restableció la autoridad imperial sobre el norte de Africa.

De acuerdo con las disposiciones adoptadas por el gobierno de Constantinopla en abril de 534, se constituyeron 7

provincias bajo la administración de un praefectus praetorio Africae con residencia en Cartago: la Zeugitana o Zeugi Carthago, que se correspondía con la antigua Proconsularis, Byzacium, en otro tiempo Byzacena, Tripolis o Tripolitania, Numidia, las dos Mauritaniae y Sardiania, en la cual se incluían Corsica y las Baleares. Las tres primeras serían gobernadas por rectores consulares; en tanto que las cuatro últimas fueron colocadas bajo la autoridad de praesides<sup>1</sup>.

Puesto que la Mauritania Sitifensis no sería reconquistada hasta 539, las dos Mauritaniae a las que hace referencia el rescripto de Justiniano de 534 sólo pueden corresponderse con la Caesariensis y la Tingitana o Gaditana. El territorio que abarcaban era bastante exiguo, ya que la mayor parte de estas dos antiguas provincias romanas se hallaban controladas por los beréberes. La Mauritania Prima de las listas oficiales bizantinas se reducía, en la práctica, a la ciudad de Caesarea y sus alrededores, en tanto que la Mauritania Secunda no parece que abarcase otra cosa que la ciudad de Septem y su entorno inmediato<sup>2</sup>.

D. Pringle considera que Justiniano unió las Baleares a la Mauritania Tingitana en esta época, ya que ambos territorios habían formado parte de la antigua diocesis Hispaniarum<sup>3</sup>. Por nuestra parte preferimos sumarnos a la opinión de M. Vallejo Girvés, quien sostiene que, desde 534 a 555, las islas Baleares se integraron en la provincia de Sardinia. Basa su tesis en argumentos, a nuestro juicio bastante sólidos, como la adscripción de los tres obispados baleáricos a la provincia eclesiástica de Sardinia bajo el dominio vándalo, y el retorno del archipiélago a esta misma jurisdicción administrativa, tras la ocupación visigoda de los territorios imperiales de la Península en 624<sup>4</sup>.

Como ya advertimos en su momento, la nueva prefectura creada por Justiniano reunía territorios que, a comienzos del siglo V, formaban parte de distintas circunscripciones del Imperio de Occidente: cinco provincias de la antigua diocesis Africae, las islas de Corsica y Sardinia, adscritas en el pasado a la diocesis Italiae suburbicariae, y el archipiélago balear y Septem, que habían pertenecido a la diocesis Hispaniarum. A fin de agilizar la gestión fiscal, se suprimieron cargos honoríficos innecesarios, como el del procónsul de Cartago, reemplazado por un simple consularis, y no se restablecieron viejas estructuras de interposición, como el vicariato, que dificultaba la relación entre los gobernadores provinciales y el praefectus praetorio<sup>5</sup>.

Un segundo rescripto de Justiniano, fechado al igual que el anterior en la primavera de 534, afrontaba el problema de la ordenación militar de la praefectura. Momentáneamente, la suprema autoridad se reservó al magister militum per Orientem Belisario. El antiguo cargo de comes Africae no fue restablecido; aunque, en septiembre de 534, poco después del regreso de Belisario a Constantinopla, el emperador nombró un magister militum Africae. Bajo su mando se colocarían los cinco duces establecidos en abril para las provincias de Tripolis, Byzacium, Numidia, Mauritania Prima y Sardinia. Sus cuarteles se emplazaron en Leptis Magna, Capsa y Thelepte, Cirta Constantina, Caesarea y probablemente Caralis. La Mauritania Secunda carecía de dux. No obstante, el gobierno de Constantinopla había dispuesto el acantonamiento de tropas y de una flota militar de dromones en el puerto de Septem. Un tribunus, responsable ante el dux Mauritaniae, residente en Caesarea, estaba al mando del regimiento local y de la flota. Es probable que en las islas Baleares se destacasen guarniciones similares, bajo la autoridad de tribuni<sup>6</sup>.

Cinco años después, en 539, el eunuco Salomón, magister militum Africae, ocupó la región oriental de la Mauritania Sitifensis, lo que Procopio denomina "la tierra de Zabe". Las tribus maurus que habitaban la zona, en su mayor parte aliadas del Imperio, no opusieron ninguna resistencia. De manera casi inmediata, los territorios recuperados se integraron en la Mauritania Prima, cuya extensión, hasta aquel momento reducida a la ciudad portuaria de Caesarea, se vio notablemente incrementada. Puesto que Sitifis se hallaba comunicada con Cartago tanto por tierra como por mar, las autoridades imperiales decidieron trasladar a esta ciudad la residencia oficial del dux y del praeses, con lo que Caesarea perdió su rango de capital provincial. En cualquier caso, los cambios administrativos derivados de las conquistas de Salomón, no afectaron a la Mauritania Secunda, que continuaría estando compuesta únicamente por la plaza fortificada de Septem<sup>7</sup>.

Las dificultades surgidas con los beréberes en la Numidia, a comienzos de la primavera de 546, parecen haber tenido como consecuencia una retirada de efectivos de la Mauritania Prima. La mayor parte de los mismos debían proceder de los territorios de la antigua Sitifensis, por lo que el gobierno imperial consideró oportuno efectuar un nuevo reajuste administrativo, incorporando a la Numidia un sector importante de esta región. A pesar de la merma territorial, continuó existiendo una Mauritania Prima, con capital en Sitifis, y jurisdicción sobre Caesarea y algunos otros puertos costeros de menor importancia<sup>8</sup>.

El restablecimiento de la autoridad imperial sobre el sureste de la Península Ibérica, entre 551 y 555, comportó importantes modificaciones en el mapa de la praefectura praetorio Africae. Lamentablemente, la documentación existente sobre la



organización civil y militar de los territorios hispanobizantinos se reduce a la Descriptio orbis Romanis de Jorge de Chipre, obra que en realidad recoge la situación del Imperio a fines del reinado de Mauricio y no en época de Justiniano. No obstante, y dado que no hay testimonio de que, entre 565 y 602, se produjesen alteraciones significativas en los límites de las provincias africanas, la Descriptio puede servirnos de fuente para conocer la realidad de los dominios imperiales en la Península Ibérica y su entorno geográfico.

De acuerdo con el testimonio de Jorge de Chipre, parece fuera de toda duda que, a finales del siglo VI, aún existía una provincia de Mauritania Secunda, de la que formaba parte el bastión de Septem. Ahora bien, las distintas lecturas ofrecidas sobre las siguientes entradas, en las que se hace referencia a los territorios peninsulares y a las Islas Baleares, permiten formular dos interpretaciones diferentes sobre su organización. Así, mientras H. Gelzer, en su edición de 1.890, sitúa en la Mauritania Secunda, la fortaleza de Septem, el sureste de Hispania y las islas Baleares, E. Honigman en la suya de 1.939 distingue entre una provincia de Mauritania Secunda, compuesta únicamente por la ciudad de Septem, y una provincia de Spania, integrada por los territorios peninsulares y las islas Baleares<sup>9</sup>.

Ch. Diehl, al emplear la edición de H. Gelzer sobre el texto de Jorge de Chipre, llega a la conclusión de que, tras la reconquista justiniana, las posesiones bizantinas en Hispania fueron agregadas a la Mauritania Secunda<sup>10</sup>. En cambio, P. Goubert, que conoce la versión de H. Honigman, considera que, desde el primer momento, se constituyó una provincia de Spania, formada por los territorios peninsulares y la islas, independiente de la Mauritania Secunda y de las autoridades

africanas<sup>11</sup>. D. Pringle, en fecha más reciente, ha sostenido la hipótesis de que Septem y el sureste hispánico configurasen una sola unidad administrativa, ligada a la praefectura Africae<sup>12</sup>.

Por nuestra parte, hemos preferido atenernos a la lectura de Honigman, ya que concuerda perfectamente con los datos epigráficos de que disponemos. La inscripción del patricio Comenciolo, fechada en 589-590, señala que éste ocupaba el cargo de magister militum Spaniae. Tratándose de un texto oficial, los títulos han de corresponderse, por fuerza, con la realidad administrativa del momento. Si Septem, las Baleares y los territorios hispánicos hubiesen formado una sola circunscripción, Comenciolo hubiera aparecido ostentando el título de magister militum Mauritaniae Secundae, provincia cuya existencia se halla avalada por el testimonio contemporáneo de Jorge de Chipre. Pero no es así, de lo que se desprende que Spania, entendiendo por tal los territorios peninsulares y el archipiélago balear, constituyó una unidad administrativa distinta de la Mauritania Secunda, aún cuando, al igual que esta última, se integrase en la praefectura Africae<sup>13</sup>.

Desde luego, es posible que, en algún momento a partir de 555, el tribuno al mando de la guarnición de Septem haya pasado a rendir cuentas de su actuación a la suprema autoridad militar de Spania, y no, como hasta entonces lo había hecho, al dux Mauritaniae Primae con residencia en la lejana Sitifis. De este modo, el control de ambas orillas del estrecho se habría concentrado en manos de un único representante del gobierno de Constantinopla, incrementando la operatividad del dominio imperial sobre la región.

Otro problema que surge, a la hora de definir la organización de los territorios hispanobizantinos, es el de

identificar la ciudad en que se fijó la capital provincial. Ya, en su momento, indicábamos que no nos parecía posible que se tratase de Corduba, como en principio sugiriese P. Goubert. La solida argumentación de E. A. Thompson, a favor de la continuidad de la revuelta aristocrática de 551 hasta la toma de la plaza por Leovigildo en 572, descarta toda posibilidad de que Corduba formase alguna vez parte de la provincia imperial de Spania, y, por consiguiente, que fuese su capital<sup>14</sup>.

En nuestra opinión el centro neurálgico del poder bizantino en la Península Ibérica debía reunir una serie de condiciones. En primer lugar, tratarse de una gran ciudad, dotada de las infraestructuras necesarias para albergar al aparato burocrático bizantino. En segundo, estar bien fortificada, a fin de contener cualquier agresión enemiga enemiga. Y en tercero y último, disponer de excelentes instalaciones portuarias, que permitiesen la comunicación con Cartago y Constantinopla, el desembarco de nuevos efectivos militares y el abastecimiento por mar en caso de asedio. Malaca y Carthago Spartaria eran los lugares idóneos. Ahora bien, las obras de fortificación acometidas por el patricio Comenciolo en esta última plaza, la significación de su obispo Liciniano, metropolitano de la Carthaginensis, y su completa destrucción a manos de Suintila, nos inducen a considerarla como capital de la provincia de Spania<sup>15</sup>.

Cuestión bien distinta es la que tiene que ver con las primeras autoridades que el gobierno de Constantinopla destacó en sus recientes adquisiciones peninsulares. Gregorio de Tours, que desde luego sólo conocía los sucesos que estaban acaeciendo al sur de los Pirineos por las referencias de viajeros y embajadores, menciona a un praefectus y a unos duces imperatoris en relación con los dominios imperiales en Hispania<sup>16</sup>.

Teniendo en cuenta esta información, creemos altamente probable que Justiniano se limitase a reproducir en Spania la organización de los cuadros provinciales africanos, en cuyo caso habría designado un dux, para coordinar las tareas de defensa, y un rector consularis o un praeses, para hacerse cargo de la administración civil. La inscripción del patricio Comenciolo señala que, en 589-590, éste no sólo desempeñaba el cargo de magister militum Spaniae, titulación equivalente a la de dux provinciae en tiempos de Mauricio, sino también el de rector. De todo lo cual se desprende que Justiniano debía haber instituido un gobernador militar y otro civil. La concentración de ambas dignidades en una misma persona, expresada en el epígrafe, puede valorarse como la consecuencia de las recientes reformas administrativas de Mauricio, o, con mayor probabilidad, como una medida coyuntural destinada a atender la problemática específica de la zona, que con el tiempo, y ante la persistencia de los factores de riesgo, que habían motivado su adopción, devino en permanente<sup>17</sup>.

De acuerdo con las disposiciones establecidas por Justiniano en la primavera de 534 para las provincias africanas, sin duda, aplicadas también en Spania, todos los duces estaban autorizados a disponer de sus propios homines, en su mayoría bucellarii, divididos, como era habitual, en oficiales (doriphoroi) y soldados (hypaspistai). Para su manutención personal y la de su séquito se destinaba una partida anual de 1.582 solidi. Suma elevada, con la que el gobierno de Constantinopla pretendía evitar que emplearan su poder para enriquecerse a costa de los provinciales. A través de este mismo documento, conocemos la organización del officium ducis, al que se asignó un assessor en materia legal y 40 duciani, jerárquicamente ordenados, con un primicerius y un numerarius al frente y 4 ducenarii, 6 centenarii, 8 biarchi, 9 circitores y 11

semissales subordinados. Su paga, distribuida de acuerdo con su rango, ascendía a 622,5 solidi anuales. La presencia de funcionarios especializados en la gestión judicial y financiera, se debe a que los duces, a parte de conducir al ejército en campaña y velar por el mantenimiento de la red de fortificaciones fronterizas, poseían competencias disciplinarias sobre las tropas y tenían la obligación de abonar sus sueldos<sup>18</sup>.

No se ha conservado ningún texto sobre la organización de las oficinas de los praesides y rectores de las provincias africanas, que nos pueda servir de indicación para saber cómo se hallaban estructuradas las del rector Spaniae, pero, a juzgar por el modelo seguido en las del praefectus praetorio Africae, lo más probable es que siguiesen la norma general. Sin duda, se hallaban dotadas de una sección dedicada a la administración financiera, con sus correspondientes scrinarii, y otra a la judicial, encabezada por un primiscrinarius, un cornicularius, un commentarensis y un a libellis, provistos de personal y con atribuciones sobre departamentos subalternos, tales como los de los singulares, mittendarii, nomenclatorii, praecones, draconarii, etc.<sup>19</sup>.

Aunque los officia del dux y del rector no debían ser muy numerosos, todo lo más un par de cientos de funcionarios en su conjunto, era preciso disponer de oro para pagar sus sueldos. En este sentido, la ceca imperial, que según Ph. Grierson, fue establecida en Carthago Spartaria en tiempos de Justiniano, a fin de abonar sus stipendia al ejército, también debió procurar a los gobernadores civil y militar la liquidez necesaria para remunerar a los funcionarios<sup>20</sup>.

Durante los primeros años del reinado del emperador Mauricio, el gobierno de Constantinopla llevó a cabo toda una

serie de reformas en la administración civil y militar de las praelecturae de Italia y Africa, con el propósito de adecuar sus obsoletas estructuras a las nuevas realidades financieras y defensivas del Imperio. Desde mediados del siglo VI, los gastos ocasionados por los conflictos exteriores y el mantenimiento de los sistemas de seguridad de las fronteras, venían siendo sufragados con fondos procedentes de los dominios de la corona y de las arcas de las praelecturae praetorianae. A fin de dotar a los ejércitos de Italia y Africa de mayor facilidad para acceder a estos recursos, se estableció el cargo de exarchus, con dignidad de patricius, otorgándole las competencias militares del antiguo magister militum y amplias prerrogativas sobre la administración civil, ya que el praelectus praetorio, responsable directo de la misma, fue colocado bajo su autoridad. De este modo, el exarca podría disponer, inmediatamente, del producto de la annona, recaudada por la praelectura, y cuya fracción más importante se dedicaba al pago del ejército.

El primer exarchus Italiae conocido fue el eunuco Smaragdo, que ocupaba ya el cargo en el otoño de 584. Dada la alarmante situación que, por entonces, vivían los dominios imperiales en el norte de Italia, como consecuencia de la agresión lombarda, Mauricio debió considerar oportuno confiar el puesto a uno de sus cubicularii, autorizado a administrar los bienes de la domus divina y a detraer de ellos lo que fuese necesario, con el propósito de completar la partida presupuestaria de gastos de defensa. Para agosto de 591, poseemos constancia documental de que en Africa también se había producido una renovación en los cuadros administrativos. Gennadio, antiguo magister militum, aparece, desde este momento, portando los títulos de patricius et exarchus Africae. La constitución de los exarcados de Ravenna y Cartago vino a consagrar la primacía concedida, desde los tiempos de Justiniano, a los mandos

militares sobre los civiles. Esta reforma no sólo se aplicó a nivel pretoriano, sino también provincial y municipal. Aunque oficialmente se mantenía el cargo civil de rector consularis o praeses, así como alguna de las antiguas dignidades de la jerarquía municipal, en la práctica los duces, gobernadores militares de las provincias, y los tribuni, comandantes de las guarniciones acuarteladas en las ciudades, no sólo se encargaban del mando de las tropas, sino que controlaban la recaudación de impuestos y se habían convertido en la más alta instancia judicial en sus respectivas demarcaciones territoriales<sup>21</sup>.

Como consecuencia de semejante restructuración de cargos, a partir del reinado de Mauricio, la praefectura praetorio Africae quedó dividida en 7 circunscripciones militares o ducati. Sólo la Proconsularis o Zeugitana carecía de dux, ya que contaba con la presencia del exarca en Cartago. Byzacium mantuvo la división en dos ducados introducida por Juan Troglita en 546, uno con capital en Hadrumentum y el otro con sus cuarteles de invierno en Capsa y Thelepte. La Tripolitania fue amputada al exarcado de Africa e incorporada a Egipto. Por lo demás, no se produjeron excesivos cambios. El dux Numidiae continuó residiendo en Cirta Constantina, el de Mauritania Prima en Sitifis, el de Sardinia, con autoridad sobre Corsica, en Caralis, y el de Spania, sin duda, en Carthago Spartaria. La provincia de Mauritania Secunda, reducida a la plaza de Septem, carecía de dux, pero, como ya hemos indicado, es probable que, a efectos militares, se integrase en el ducatus Spaniae<sup>22</sup>.

En la inscripción de Carthago Spartaria fechada en 589-590, y por tanto, contemporánea a la creación del exarcado africano, el gobernador Comenciolo aparece ostentando el título de patricius y el cargo de magister militum Spaniae, con derecho al tratamiento de gloriosus. Sin embargo, no cabe imaginar, como

hace P. Goubert, que estamos ante el testimonio de la constitución de una especie de exarcado hispano, independiente del de Cartago<sup>23</sup>. El título de patricius, que emplea Comenciolo, no fue exclusivo de los exarcas. Su uso por parte de algunos duces provinciarum se halla perfectamente documentado, como por ejemplo en el caso de Pedro patricius et dux Numidiae en 633. Por otro lado, hay que tener en cuenta que todos los duces provinciarum del reinado de Mauricio fueron magistri militum, aunque no todos los magistri militum fueron duces provinciarum. En 591, Gregorio Magno se dirige a Teodoro, gobernador militar de la provincia de Sardiniae, empleando indistintamente las denominaciones de dux y magister militum. Por esta misma época, Maurencio, magister militum residente en Nápoles, desempeña las funciones del dux Campaniae, que seguramente era el cargo que debía ocupar. Nada impide, pues, identificar a Comenciolo como dux provinciae Spaniae. De hecho, el tratamiento de vir gloriosus, que se le atribuye en el epígrafe, se hallaba reservado a los duces, y poseía una consideración superior al de vir magnificus, atribuido a los rectores consulares et praesides y a los tribuni<sup>24</sup>.

No obstante, existe otro elemento que, aparentemente, dificulta la identificación del gobernador militar de los territorios hispanobizantinos como un simple dux de una provincia integrada en el exarcado de Cartago. Se trata del contacto directo mantenido por el patricio Cesáreo con el gobierno de Constantinopla, sin que medie el exarca de Cartago, durante las negociaciones de paz con el rey visigodo Sisebuto en 615-616. Curiosamente, a través del Registrum del papa Gregorio I, sabemos que el dux o magister militum Sardiniae, provincia integrada en el exarcado de Cartago, a la que se hallaba adscrita la vecina Corsica, también mantuvo contacto directo con el emperador en períodos de crisis. Esta independencia puede explicarse, en



parte, debido a la situación excéntrica que ocupaba la isla respecto a Cartago, sede de los principales órganos de decisión y poder del exarcado, y, en parte, debido a la constante amenaza de agresión que entrañaban las incursiones marítimas de los lombardos y el conflicto interno con los barbaricani, descendientes de tribus mauras deportadas a Sardinia bajo la dominación vándala<sup>25</sup>.

Las mismas constantes pueden aplicarse a Spania, alejada de Cartago y objetivo del expansionismo visigodo. Seguramente, su magister militum debió disfrutar de poderes especiales, para, en casos de urgencia, organizar campañas ofensivas y negociar tratados de paz, sin necesidad de obtener el visto bueno del exarca. En tales ocasiones, su única obligación consistiría en comunicar al gobierno central de Constantinopla los acuerdos alcanzados, para que éste los ratificase.

El magister militum Spaniae, al igual que los demás duces provinciarum, debió concentrar entre sus manos poderes militares y civiles. Así nos lo confirma la inscripción del patricio Comenciolo, quien ejercía simultáneamente los cargos de magister militum et rector Spaniae. La correspondencia de Gregorio Magno, nos ayuda a precisar cuáles eran las competencias específicas de los magistri militum que gobernaban las provincias occidentales, bajo el reinado de Mauricio. En su calidad de jefes de la milicia, ostentaban el mando supremo del ejército acantonado en su circunscripción, dirigían las operaciones bélicas locales, y se hacían cargo del pago de los stipendia a los soldados y del mantenimiento del orden y la disciplina castrense. Como gobernadores civiles nombraban a todos los funcionarios de la provincia, recibían las apelaciones, se ocupaban de la validación de los testamentos y dirimían los

pleitos entre autoridades laicas y eclesiásticas. Dotados de amplias competencias fiscales, establecían la cantidad del impuesto y las desgravaciones, imponían contribuciones extraordinarias y otorgaban la licentia navigandi a los navicularii. Gozaban también de numerosas atribuciones en el ámbito eclesiástico. Convocaban la asamblea general del pueblo para elegir a los obispos, disponían la ordenación de presbíteros y diáconos, supervisaban el restablecimiento de la autoridad eclesiástica allí donde se había degradado, y protegían a los misioneros, colaborando con ellos en la conversión de los cismáticos y paganos<sup>26</sup>.

Para llevar a cabo su acción de gobierno, los duces o magistri militum provinciales se servían de un pequeño cuerpo de funcionarios. La acumulación de cargos y atribuciones civiles sobre sus espaldas, tuvo, sin duda, como resultado un paulatino traspaso de competencias del officium del rector al del dux, lo que explica las pequeñas novedades que encontramos en la organización interna de este último. De acuerdo con las noticias que nos proporcionan las epístolas de Gregorio I, en tiempos de Mauricio, el officium ducis se hallaba encabezado por un consiliarius o assessor en materia legal, un cancellarius, que dirigía la cancellería provincial, un chartularius, secretario encargado de los registros, varios scholastici o juristas, algunos scribones, oficiales destacados de las filas de los excubitores para controlar la administración militar, y un maiordomus que gobernaba la casa ducal. En 633, el dux Numidiae Pedro contaba, además, con la colaboración de un sacellarius, probablemente, miembro del sacrum cubiculum, y, por tanto, ligado a la gestión financiera de los dominios imperiales de la provincia<sup>27</sup>.

Si como parece, Carthago Spartaria fue la capital de

los dominios hispanobizantinos, tras sus muros debieron concentrarse instalaciones militares, oficinas administrativas y residencias gubernamentales, que contribuirían en buena medida a definir nuevos espacios de poder en el interior de la ciudad.

El palacio del dux era el edificio que, por excelencia, representaba la autoridad imperial. A veces, ocupó el mismo emplazamiento que el antiguo praetorium del gobernador provincial romano de los siglos III al V; pero en otros casos, la edificación fue totalmente nueva. Por lo que concierne a Spania estamos totalmente a oscuras, ya que ignoramos si el magister militum se instaló en el antiguo praetorium de Carthago Spartaria, otrora residencia oficial del praeses provinciae Carthaginensis, o si por el contrario, éste había sido destruido durante el saqueo vándalo de 425 y fue necesario alzar un nuevo conjunto palatino<sup>28</sup>.

Por fortuna, disponemos de ejemplos procedentes de diversas provincias del Imperio, que nos permiten hacernos una idea concreta sobre la organización de tal tipo de residencias. Entre ellos destacan los de Efeso y Afrodisias en Asia Menor, el de la Byrsa en Cartago y el del palacio del dux Pentapolis en Apolonia. Todos estos edificios se caracterizan por la reiteración sistemática de una serie de elementos, como si respondiesen a un plan preconcebido y adaptado, con mayor o menor eficacia y arte, a las necesidades propias de cada provincia. Suelen poseer un amplio patio central, rodeado por columnatas, a modo de peristilo, en torno al cual se disponen una serie de estancias. En primer lugar, el triclinium, salón con uno o tres ábsides, para recibir el stibadium o sigma, lecho semicircular sobre el que se recostaban los invitados. En esta sala tenían lugar esos banquetes oficiales, que tan importante función desempeñaron en el sistema militar y diplomático bizantino. Un

segundo ambiente de obligada referencia es la capilla o basilica, habitualmente consagrada al culto de la Theotokos, protectora del Imperio romano. Y por último, tenemos la sala de audiencia o aula con un gran ábside en la cabecera, donde se instalaba el tribunal del gobernador, durante los procesos judiciales y las recepciones concedidas a los embajadores extranjeros. Por lo común, en una habitación contigua, se hallaban los archivos que contenían la documentación generada por las actuaciones del dux. El aula solía estar precedida de una antecámara, dotada de un banco corrido de mampostería, en el que litigantes y embajadores aguardaban con paciencia el momento de ser recibidos por el representante del emperador<sup>29</sup>.

La restauración de la autoridad imperial sobre una amplia franja costera de la Península Ibérica fue acompañada de la correspondiente implantación del sistema defensivo bizantino, a fin de consolidar la soberanía imperial sobre el territorio. Una de las primeras preocupaciones del gobierno de Constantinopla fue establecer un limes y tropas que lo defendiesen.

La organización del sistema defensivo de la provincia de Spania puede conocerse a través del modelo implantado en el norte de Africa, tras la conquista del reino vándalo por Belisario. No en vano, los territorios bizantinos de la Península Ibérica quedaron vinculados, desde un primer momento, a la praefectura Africae, por más autonomía que se concediese a sus gobernadores. En el caso africano, el ejército de campaña estuvo compuesto por algunos excubitores de la guardia imperial destacados en Africa; foederati bárbaros mercenarios; contingentes indígenas aliados de gentiles o symmachoi; y, sobre todo, por milites comitatenses. Para proteger el limes, tanto exterior como interior, de los ataques de las tribus mauras hostiles al Imperio, se organizó un ejército de frontera

compuesto por soldados-campesinos o limitanei, que defendían los castra et castella situados sobre puntos estratégicos en las rutas de tránsito hacia los territorios dominados por el Imperio<sup>30</sup>.

Como ya hemos señalado al hablar de la administración, el ejército de cada provincia estaba bajo el mando de un dux o magister militum, como se le suele denominar a partir del reinado de Mauricio. En casi toda civitas, y subordinado al dux, había un tribunus et comes, al frente del numerus o regimiento local. Para los contemporáneos, los términos tribunus y comes eran prácticamente equivalentes, ya que el rango militar de tribunus llevaba aparejada la dignidad de comes. Habitualmente, el regimiento acantonado en una ciudad estaba compuesto por una cifra de 200 a 400 hombres, aunque a veces no superaba los 50. La misión de tribunus consistía en atender a la custodia de la plaza (custodia civitatis) y a la vigilancia de las murallas (murorum vigilia). Pero también estaba investido de poderes civiles. Actuaba como juez y se encargaba directamente de la recaudación de impuestos. A efectos administrativos, el numerus había venido a sustituir al municipium, y, en consecuencia, el tribuno asumió parte de las antiguas funciones del defensor civitatis y de la curia. Ahora bien, la actividad del tribuno, como la de los gobernadores provinciales, estaba sujeta a la inspección del obispo de la ciudad, con quien compartía ciertas atribuciones, sobre todo de índole fiscal<sup>31</sup>.

M. Vigil y A. Barbero fueron los primeros historiadores españoles que sostuvieron la existencia de un limes en la frontera bizantina de Spania con el reino visigodo, utilizando esencialmente dos testimonios de la época. En primer lugar, el de Paulo el Diácono, que relata como la esposa de Hermenegildo, Ingundis, y su hijo Atanagildo cayeron en manos de

los bizantinos que custodiaban la frontera (qui in limite... residebant). Y en segundo, el de Isidoro, quien al hacer mención de las campañas de Leovigildo contra los imperiales, señala la presencia de castra bizantinos en la frontera<sup>32</sup>.

L. A. García Moreno, pocos años después, vino a reafirmar la idea de la existencia de un limes en profundidad, constituido por una serie de ciudades (urbes, civitates) amuralladas en la costa, y una línea avanzada de puestos fortificados, castra et castella, en el interior. También apuntó la posibilidad de que los castra hubiesen podido ser ocupados, en realidad, por tropas comitatenses, asentadas a la manera de los limitanei<sup>33</sup>. M. Vallejo Girvés redunda en esta última opinión, aportando testimonios sobre la instalación en Italia de regimientos de comitatenses como si de limitanei se tratara<sup>34</sup>.

A través de la documentación literaria, epigráfica y arqueológica, sabemos que entre las civitates fortificadas que debieron contar con guarniciones imperiales en la provincia de Spania se hallaban Carthago Spartaria, Malaca, Asidona, Dianium e Ilici. Sin duda, también hubo otras que albergaron regimientos bizantinos tras sus muros, por lo que es probable que, en los próximos años, y a medida que se identifiquen nuevos establecimientos, esta lista se vaya ampliando<sup>35</sup>.

En cuanto a los castra et castella, que completaban el sistema defensivo de la provincia, resulta más difícil determinar su localización. La mayor parte de estas fortificaciones, debían extenderse a lo largo de las cordilleras Béticas, partiendo desde la zona central de la actual provincia de Cádiz hasta el cabo de La Nao. Por lo general, se situaban en los pasos naturales que atravesaban las antiguas calzadas romanas. Isidoro distingue claramente entre castrum y castellum.

El castrum sería un conjunto de instalaciones militares protegidas por defensas y edificadas sobre un lugar elevado, generalmente en el emplazamiento de una ciudad abandonada o en decadencia; mientras que el castellum respondería más a nuestra concepción del castillo medieval; es decir, un pequeño recinto cercado por murallas, baluartes y otras fortificaciones en pleno medio rural. Para completar el panorama cabría añadir las turres de vigilancia, que se alzaban en numerosos puntos estratégicos, conectadas a la red viaria y defensiva<sup>36</sup>.

Testimonios literarios y hallazgos arqueológicos han permitido identificar algunos de los castra bizantinos de la provincia de Spania. Sagontia debió ser uno de ellos, y, probablemente, de los más importantes, ya que su situación en la vanguardia de la frontera occidental bizantina, le convirtió en objetivo prioritario de cuantas campañas visigodas se dirigieron contra los dominios imperiales en la región del estrecho<sup>37</sup>.

Próxima a la actual localidad de Teba, en Málaga, se ha descubierto una necrópolis del siglo I, que fue reocupada a partir de finales del VI. Su emplazamiento estratégico, la fecha de reutilización y el escaso número de enterramientos, ha llevado a pensar en la posibilidad de la existencia de un castrum bizantino en este lugar, ya que los ajuares funerarios presentan gran similitud con los hallados en Vega del Mar (San Pedro de Alcántara, Málaga)<sup>38</sup>.

F. Salvador Ventura considera que podría pertenecer al período de dominación bizantina una inscripción encontrada en Abula. Dado su estado fragmentario, lo único seguro que puede decirse sobre ella, es que estaba dedicada a un comes et custos. De confirmarse su datación tardía, nos hallaríamos ante uno de los escasos testimonios que poseemos sobre la presencia de

oficiales bizantinos en la Península Ibérica. Puesto que Abula se hallaba situada en un punto estratégico de la calzada romana que unía la llanura de Acci con la costa de Urci, cabría suponer que se trataba una de las plazas fortificadas del limes imperial y que, por tanto, contó con una guarnición militar permanente. Sin embargo, M. Vallejo Girvés, aunque acepta la posibilidad de la instalación de un destacamento imperial en este punto, cree que el epígrafe debe datarse en el siglo II, época en la que la titulatura de comes et custos aparece documentada en Africa, y no en VI o VII, cuando ni en el Imperio ni en el reino visigodo se empleaba ya semejante denominación<sup>39</sup>.

También se han hallado necrópolis, correspondientes al período de la dominación bizantina, en los límites entre las actuales provincias de Málaga y Granada. La de Las Delicias en la localidad de Ventas de Zafarraya, donde ha aparecido un pequeño grupo de enterramientos, con escasa representación infantil, ha sido asociada por F. Salvador Ventura con una posible guarnición imperial destacada en la zona. Su hipótesis se basa en el hecho de que los ajuares funerarios descubiertos en las tumbas, de clara influencia bizantina, son muy similares a los hallados en la necrópolis de Villanueva del Rosario y en otra situada en la sierra de la Alhamilla (Almaría), enclaves que a juicio de este mismo autor podrían corresponderse también con castra imperiales. Sin embargo, I. Toro Moyano y M. Ramos Linaza, excavadores de la necrópolis de Las Delicias, consideran más probable su adscripción a una fortaleza visigoda del limes establecido por Leovigildo frente a los bizantinos<sup>40</sup>.

Si en la Baetica topamos con graves problemas para determinar el origen imperial o visigodo de los hallazgos arqueológicos efectuados hasta el momento, no menores son las dificultades que surgen en la Carthaginiensis marítima. Así, por



ejemplo, mientras que para algunos investigadores, los restos de fortificaciones aparecidos en el cerro de La Almagra y el castillo de Mula formaron parte del sistema defensivo bizantino, para otros deben asignarse al visigodo. Mayor consenso existe en torno al castillo de Garres y al de la Asomada, en el puerto de la Cadena, que dada su proximidad a Cartago Spartaria, cuentan con mayores posibilidades de haber sido baluartes imperiales. En cuanto a la necrópolis de Vistalegre en Aspe, parece corresponderse al lugar de enterramiento de una guarnición bizantina, ubicada estratégicamente en el acceso a la plana de Ilici<sup>41</sup>.

También en las islas Baleares se han encontrado huellas arqueológicas de la presencia de destacamentos imperiales. En Palma el recinto fortificado de época romana se amplió bajo la dominación bizantina. Es muy probable que estas obras se hallan llevado a cabo, poco después del desembarco de Apolinar en 534. Según se desprende de algunos testimonios de época musulmana, en la isla hubo una importante fortaleza llamada Alaró, desde la que los bizantinos controlaban el tráfico marítimo y terrestre. Baluartes similares parecen documentarse en Ebusus y Formentera<sup>42</sup>.

Todo apunta a que el gobierno de Constantinopla empleó las islas como plataforma estratégica, para mantener el control político sobre las aguas del Mediterráneo occidental. Ahora bien, este objetivo difícilmente pudo haberse materializado, sin la colaboración de unidades de la armada. Por otro lado, el contacto entre los territorios insulares y peninsulares que componían la provincia de Spania, y la comunicación de ésta con Cartago y Constantinopla, se efectuaba a través del mar, de lo que se deriva la necesaria instalación de bases navales, similares a la de Septem, en los principales puertos de las Baleares y la

Península<sup>43</sup>.

Puesto que los territorios hispanobizantinos fueron incorporados a la praefectura praetorio Africae, lo más probable es que la situación de las tropas imperiales destacadas en Spania fuese semejante a la de las fuerzas africanas. Con todo, ignoramos bajo qué fórmula jurídica se asentó a los soldados encargados de la defensa de los castra et castella, y tampoco tenemos noticias sobre a quién pertenecían las tierras que recibieron. Una inscripción procedente de Ain-el-Ksar en la Numidia bizantina, nos informa de que los limitanei de la guarnición local habían sido asentados en tierras de un gran dominio imperial. No obstante, al tratarse de un testimonio único en su género, no podemos hacer extensible este uso al resto de la frontera africana, y mucho menos a Spania<sup>44</sup>.

M. Vigil y A. Barbero han destacado el empleo que las autoridades bizantinas hicieron en Italia de propiedades confiscadas a la Iglesia, para asentar a los efectivos militares que defendían las fronteras de la praefectura. Los soldados instalados en tierras procedentes de estas confiscaciones, quedaban obligados al cultivo y defensa de las mismas, así como al pago de un censo, en calidad de enfiteutas, a los antiguos propietarios eclesiásticos, que conservaban el dominio eminente del suelo<sup>45</sup>.

Cabe la posibilidad de que en Spania, se diese un sistema parecido al de Italia. De acuerdo con las actas del II Concilio de Hispalis de 619, hubo diócesis, como la de Malaca, cuyas propiedades quedaron divididas a uno y otro lado del limes, a consecuencia de las luchas entre imperiales y visigodos. Puesto que la frontera estaba defendida por numerosos castra et castella, no sería de extrañar que algunos dominios eclesiásticos

situados en ella hubieran sido confiscados por el estado bizantino, para asentar a sus efectivos militares<sup>46</sup>. De haber sucedido así, el enfrentamiento religioso entre las autoridades bizantinas y el episcopado provincial, sobre el que trataremos más adelante, se habría visto incrementado por conflictos de orden económico.

El establecimiento del sistema defensivo bizantino en territorio peninsular, fue acompañado del abandono de su lugar de origen, por parte de un destacado sector de los antiguos cuadros dirigentes provinciales. Esta emigración aristocrática no constituye un fenómeno restringido a Spania, sino que también se produjo en otras zonas de Occidente afectadas por la restauración justiniana. Se dio en Italia, donde muchos senadores despojados por los ostrogodos o los lombardos decidieron trasladarse a Constantinopla, buscando prebendas en la corte; y también se desarrolló en Africa, donde muchos latifundistas romanos, entre ellos la mayoría de los que acababan de recuperar sus propiedades, tras años de exilio en Oriente, optaron por instalarse en la capital del Imperio, ante las dificultades generadas por las guerras mauras y la imposibilidad de incrementar el rendimiento productivo de sus tierras<sup>47</sup>.

La diferencia entre el comportamiento de los antiguos cuadros dirigentes de Italia y Africa, por un lado, y los de Spania, por otro, estriba en que mientras los primeros emigraron hacia Oriente en busca de oficios públicos rentables, que les permitiesen mantener un nivel de vida adecuado a su status; los últimos se refugiaron en regiones situadas más allá de los límites de la potestad imperial, en las que la aristocracia romana conservaban aún gran parte de su autonomía, gracias a la escasa presencia visigoda.

En cualquier caso, parece que el fenómeno de la emigración de las viejas aristocracias occidentales se halla íntimamente ligado a su rápido reemplazo por las autoridades bizantinas, que llegadas de Oriente coparon, en poco tiempo, las principales parcelas del poder político, económico y social. Allí donde, como en Italia, continuó existiendo una poderosa clase senatorial, pese a la sangría de las guerras góticas, la nobleza romana tuvo que aprender a convivir con los altos funcionarios y oficiales del ejército de Constantinopla. Pese a las limitaciones jurídicas, duces, magistri militum, comites et tribuni, se convirtieron en hacendados locales, mediante del sistema de la emphyteusis, entroncando, a veces, por vía matrimonial con familias senatoriales, lo que produjo una simbiosis entre elementos de la aristocracia italiana y representantes de la autoridad imperial. Curiosamente, mientras éstos se italianizaban, las grandes familias patricias con propiedades en el sur de la Península y en Sicilia se bizantinizaron. Es el caso de los descendientes de Boecio. Su nieta Rusticiana, instalada en Constantinopla a fines del siglo VI, fue uno de los personajes más influyentes de la corte Mauricio. Vinculada al entorno de la emperatriz Constantina, casaría a su hijo Eudoxio con Gregoria, una de las cubiculariae de la soberana; y a su hija Eusebia con el poderoso Apión, de cuyo unión nacería Strategio, próximo jefe de esta casa<sup>48</sup>.

En cualquier caso, ni la emigración de algunas grandes familias a Oriente o a territorio bárbaro, ni la hegemonía de los altos funcionarios y oficiales del Imperio, consiguieron erradicar por completo el poder de la aristocracia fundaria en las provincias occidentales del Imperio bizantino. No hay que olvidar que numerosos epígonos senatoriales, como el papa Gregorio I, alcanzarían altos cargos eclesiásticos, a través de los cuales ejercieron una incontestable potestad, representando

habitualmente los intereses de la vieja clase senatorial frente a los dictados de Constantinopla, que se encargaban ejecutar los representantes del gobierno central. Como veremos, en Spania, también el episcopado, defensor de los intereses de la antigua élite provincial, lideraría la oposición a las autoridades imperiales.

## 2.2. Comercio y fiscalidad.

Hasta la década de 1.930, la mayor parte de los historiadores aceptaban como un hecho indiscutible que las invasiones germánicas de principios del siglo V no sólo habían ocasionado la quiebra de la unidad política del mundo Mediterráneo, sino que también la de sus estructuras económicas y comerciales. Por lo común, en esta ruptura se atribuía un papel de primer orden a las acciones piráticas de los vándalos, que supuestamente habrían generado un clima de inseguridad adverso a la actividad mercantil, cuyo antiguo volumen tardaría varios siglos en recobrase. No obstante, algunos autores, como L. Brehier y N. Baynes, admitían matizaciones a esta visión catastrofista, y señalaban que la crisis del siglo V había sido subsanada parcialmente por la restauración justiniana, que convirtió de nuevo el Mediterráneo en un lago romano, favoreciendo la reactivación del tráfico entre Oriente y Occidente<sup>49</sup>.

En 1.935, el historiador belga H. Pirenne finalizó la redacción de la obra Mahoma y Carlomagno, que corregiría y publicaría póstumamente su hijo Jacques un año después en Bruselas. Este trabajo, partiendo del estudio de la documentación literaria de los siglos V al VIII, defiende la continuidad de la unidad mediterránea durante la Antigüedad Tardía. De acuerdo con la interpretación del autor, las invasiones germánicas no habrían

alterado los elementos esenciales de la cultura el mundo romano, ni a nivel institucional, ni socio-económico. La única transformación perceptible, entre el año 300 y el 600, sería que el centro de decisión y poder del mundo Mediterráneo se habría trasladado a Constantinopla. Desde luego, la invasión lombarda de la Italia bizantina, supuso una inflexión, pero no una ruptura. Esta solo habría venido dada por la expansión árabe, que convirtió el Mediterráneo en foco de enfrentamientos entre dos culturas, provocando el desplazamiento del eje de gravedad de la vida económica y política de Occidente hacia el norte<sup>50</sup>.

La tesis de H. Pirenne, que en su momento constituyó un auténtico revulsivo en el campo de los estudios medievales, acabaría siendo admitida por la mayoría de los investigadores. Sin embargo, los avances efectuados, a lo largo del último medio siglo, en el conocimiento de la economía del mundo tardoantiguo, nos obligan a replantearnos la verdadera importancia de los intercambios comerciales entre Oriente y la Península Ibérica, durante la etapa de transición al medievo.

Ciertamente, las fuentes literarias atestiguan la continuidad del tráfico mercantil, incluso en el período álgido de las invasiones germánicas, con los vándalos operando en el Mediterráneo. Así, por ejemplo, tenemos noticia de que en 456 barcos cargados de productos orientales llegaron hasta Hipalis, donde los comerciantes dieron a conocer la victoria de Marciano sobre los lazas. De todo ello se desprende que, a mediados del siglo V, las rutas comerciales entre la Península y Oriente seguían abiertas, y que desempeñaban un papel prioritario en la transmisión de información<sup>51</sup>.

A partir de la década de 530, eliminado el reino vándalo y restablecida la autoridad del Imperio sobre el

Mediterráneo occidental, los contactos debieron intensificarse. Precisamente, por esta época, un médico bizantino llamado Paulo, recién llegado de Oriente, se convirtió en obispo de Emerita. Algunos años más tarde, su sobrino Fidel, que con el tiempo le sucedería en la cátedra episcopal, arribó a la capital de la Lusitania en compañía de un grupo de comerciantes orientales. La Iglesia era, sin duda, junto a la nobleza, el principal cliente de estos mercaderes. No en vano, los clérigos emeritenses empleaban prendas litúrgicas de seda, confeccionadas en Bizancio<sup>52</sup>. De la vitalidad de la colonia oriental en esta ciudad, nos da fe el hecho de que 4 de las 10 inscripciones en griego halladas en Hispania, correspondientes a los siglos VI y VII, proceden de Emerita o de sus inmediaciones<sup>53</sup>.

La constitución de una provincia bizantina en territorio peninsular y la instalación de guarniciones imperiales en los principales puertos de la Baetica y la Carthaginensis, redundaría en beneficio de la seguridad de las rutas comerciales que unían Oriente con Hispania. A través de las mismas, ya no sólo circulaban mercancías, sino también despachos oficiales, legaciones diplomáticas, cuerpos militares, burócratas y altos mandos del ejército. La correspondencia que mantuvieron el patricio Cesáreo y el rey Sisebuto, entre 615-616, nos permite constatar este hecho. En la última de las cartas conservadas, se hace referencia al viaje de unos funcionarios bizantinos desde Carthago Spartaria a Constantinopla en compañía de una representación diplomática visigoda, para solicitar de Heraclio la ratificación de las condiciones de paz acordadas entre el monarca bárbaro y el gobernador imperial<sup>54</sup>.

Las rutas que comunicaban las provincias orientales del Imperio con Hispania, no sólo eran transitadas por comerciantes, militares y funcionarios, sino también por una

multitud de eclesiásticos. Ya en 518, las visitas de clérigos bizantinos a la Península Ibérica debían de ser lo suficientemente asiduas, como para que el papa Hormisdas (514-523) considerase oportuno explicar al episcopado hispano cuál era el procedimiento a seguir, en caso de que algún eclesiástico oriental, que aún no hubiese adjurado del cisma de Acacio, intentase ser admitido a su comunión<sup>55</sup>. De la facilidad con que se movían los clérigos bizantinos por Occidente, da testimonio la Vita Gregentii. A finales del reinado de Justino I, este diácono, natural de Ulpiana, ciudad de la provincia de Dardania, recorrió Sicilia, Italia e Hispania, tocando puerto en Carthago Spartaria (Karthagéna), donde embarcaría rumbo a Alejandría, cuyo patriarca le consagró obispo de Safar y le envió al reino yemení de Himyar, a fin de reorganizar las comunidades cristianas en la zona<sup>56</sup>. Desde luego, también hubo eclesiásticos hispanos que hicieron el camino a la inversa. En torno a 560, poco después de que Atanagildo pactase con Justiniano las fronteras de su territorio, el cronista Juan de Bicláro marchó a Constantinopla, donde pasaría 16 años, entregado al estudio de la cultura grecolatina<sup>57</sup>. Y hacia finales de siglo, Liciniano, obispo de Carthago Spartaria, fue llamado a la corte, para responder de su postura respecto a la política religiosa del estado bizantino, y allí murió, a lo que parece envenenado por sus enemigos<sup>58</sup>.

Por otra parte, parece que durante los siglos V al VII, se continuaba practicando la navegación desde los grandes puertos orientales hasta Britannia, a través de las columnas de Hércules. El autor de la biografía del patriarca de Alejandría Juan III el Limosnero (610-619), nos describe la llegada de un barco de esta ciudad a las islas británicas, a comienzos de la segunda década del siglo VII. Los comerciantes bizantinos que se dirigían al norte del Atlántico iban en busca de estaño, producto que intercambiaban por grano egipcio<sup>59</sup>.



Ahora bien, la rutas que enlazaba las tierras del Mediterráneo oriental con Península Ibérica y el Atlántico, no eran las únicas que permanecían abiertas. También lo estaban los antiguos itinerarios marítimos que ponían en contacto a Hispania con Italia y el norte de Africa. Contamos con varios testimonios que así lo demuestran. Durante los últimos años del reinado de Teodorico el Amalo, unos navegantes que habían recibido instrucciones oficiales de transportar un suministro de cereales de Hispania a Roma, a fin de hacer frente a una crisis frumentaria, se desviaron a Africa, y allí lo vendieron al precio que les pareció oportuno<sup>60</sup>. En 533, mercaderes procedentes del puerto de Cartago, donde existía una nutrida colonia de orientales, se adelantaron a los embajadores del rey vándalo Gelimer, e informaron al monarca visigodo Teudis de la caída de la ciudad en manos de Belisario<sup>61</sup>. El monje Nancto se trasladó de Africa a Lusitania, durante el reinado de Leovigildo<sup>62</sup>. Poco después, otro eclesiástico africano, el abad Donato, probablemente huyendo de las persecuciones desatadas por la política religiosa de Constantinopla, desembarcó en Hispania acompañado por 70 monjes, que la ayudaban a trasladar la enorme biblioteca de la comunidad. El sería el fundador del famoso monasterio Servitanum, cuyo emplazamiento continua sin ser concretado<sup>63</sup>. A fines del siglo VI, el papa Gregorio I, que mantuvo una fluida correspondencia con destacados personajes del reino visigodo y de la provincia bizantina de Spania, alude a los viajes desde la Península a Roma, como a algo habitual. De todos modos, sabía por experiencia que las comunicaciones eran lentas, y que cuando hacía falta, no siempre era posible encontrar en el puerto de Roma un barco dispuesto a partir rumbo a Hispania<sup>64</sup>.

Mucho menos intensas parecen haber sido las relaciones con las Galias. Al menos esto es lo que opina E. A. Thompson, para quien, en torno al año 600, la Península Ibérica mantenía

contactos más estrechos con el Imperio romano de Oriente que con los reinos merovingios<sup>65</sup>. Sin embargo, esto no significa que no existiese ningún tipo de intercambio económico entre ambas regiones. Según Gregorio de Tours, en 588, un barco procedente de Hispania, "con la mercancía de costumbre" llevó la peste a Massilia<sup>66</sup>. A juzgar por las palabras del prelado, estos viajes no constituían ningún hecho excepcional. Lo que significa que la ruta navegación que, a fines de la Antigüedad, unía los puertos de la costa peninsular mediterránea con los del sur de las Galias continuaba siendo frecuentada por los comerciantes. De hecho, es muy probable que naves llegadas de Oriente a la provincia imperial de Spania, remontasen el litoral, haciendo escalas en las ciudades visigodas de la Tarraconensis y la Narbonensis, antes de arribar a Massilia, en territorio franco, para desde allí ascender por el Ródano hasta Arelate.

Como puede observarse, la Península Ibérica no se hallaba aislada en el contexto mediterráneo, sino perfectamente imbricada en las redes comerciales de la época. Desde luego, los conflictos bélicos podían interrumpir temporalmente las comunicaciones. Juan de Biclario, que regresó a Hispania en torno a 576, después de una larga estancia en Constantinopla, no parece haber tenido problema alguno para mantenerse al tanto de los acontecimientos que se estaban desarrollando en Oriente, durante la etapa inmediatamente posterior a su vuelta. Sin embargo, a partir de 579-580, apenas posee información de lo que está sucediendo en el Imperio. La razón es obvia. El estallido de la rebelión de Hermenegildo, que provocó un nuevo enfrentamiento entre los gobiernos de Toledo y Constantinopla, debió dificultar los contactos comerciales y, en consecuencia, la llegada de noticias. Sin embargo, en este mismo período, los territorios dominados por Hermenegildo mantuvieron excelentes relaciones con Bizancio. De hecho, hacia 582, el obispo Leandro de Hispalis, en

calidad de embajador del príncipe rebelde, logró llegar, sin contratiempos, hasta la capital del Imperio, para solicitar la ayuda del basileus, y, poco después, regresaba a la Península, a bordo de un navío que le dejó en Carthago Spartaria<sup>67</sup>.

Ahora bien, desde un punto de vista objetivo todas las noticias que hasta ahora hemos traído a colación, únicamente nos ratifican la continuidad del tráfico mercantil a través de las rutas de navegación del Mediterráneo antiguo, pero no nos permiten cuantificar la importancia del mismo. Para ello es necesario conocer el tipo de mercancías objeto de intercambio y el tipo de cliente que las adquiere.

Ciertamente, las flotas anonarias, que abastecían a Constantinopla del trigo egipcio y africano, seguían circulando por el Mediterráneo del siglo VI. Pero la base de la economía de las colonias de mercaderes bizantinos, establecidas en los grandes puertos urbanos, se basaba en el comercio suntuario. De acuerdo con la legislación de Leovigildo incluida en uno de los títulos del Codex Revisus, y, más tarde recogida entre las antiquae del Liber Judiciorum, los transmarini negotiatores se dedicaban principalmente a vender objetos de oro y plata, ricas vestiduras, joyas y adornos, artículos de lujo fabricados en los talleres artesanales de las grandes ciudades de Oriente; que evidentemente estaban destinados al consumo de las clases privilegiadas, en especial de la aristocracia laica y de la Iglesia. En sus viajes de vuelta a Oriente, en busca de nueva mercancía, no iban de vacío. A parte del oro acuñado que obtenían en pago por los artículos que importaban de Constantinopla, Tesalónica, Alejandría, Damasco y Antioquía, llevaban las bodegas repletas de materias primas (vino, miel, aceite, cereales, pieles, metal, materiales de construcción) y esclavos. Con frecuencia, estos últimos eran muchachos vendidos por sus padres

o raptados en sus lugares de origen, que más tarde serían vendidos a precios exorbitantes en los lejanos mercados de Oriente, donde los notables continuaban demandando jóvenes eunucos y exóticos adolescentes de ambos sexos, para subvenir al servicio doméstico de sus mansiones y engalanar sus ambiguas comitivas de pajes<sup>68</sup>.

El volumen de este comercio mediterráneo no debía ser muy elevado, aún cuando el valor de las mercancías si lo fuese. Como ya hemos dicho, el grupo que tenía acceso al consumo de artículos suntuarios, manufacturados en las grandes ciudades orientales, era bastante restringido, y el comercio de esclavos, al que, según parece, también se dedicaban los mercaderes sirios, se hallaba consagrado al abastecimiento de los centros urbanos. Para el siglo VI, las rentas agrarias, que constituían la base de la riqueza de las clases privilegiadas, se extraían en su mayor parte del trabajo de campesinos dependientes, y, por tanto, la esclavitud tendía a circunscribirse al sector doméstico de las ciudades<sup>69</sup>.

Una vez establecida la continuidad de las grandes rutas de navegación, a través del Mediterráneo, y el escaso volumen del tráfico comercial que circulaba a través de ellas, nos centraremos en la problemática específica de la provincia imperial de Spania. Sus dos grandes puertos fueron, sin duda alguna, Carthago Spartaria y Malaca. En ambos está comprobada la presencia de colonias de comerciantes orientales, durante toda la época de dominación bizantina. Inscripciones en griego, objetos de origen sirio y cerámica norteafricana así lo avalan. De acuerdo con L. A. García Moreno, que ha estudiado el tema con cierto detenimiento, también existieron comunidades de mercaderes bizantinos en otras ciudades de la provincia imperial, tales como Ilici, Anticaria y Carteia<sup>70</sup>.

Bajo la dominación bizantina, se mantuvieron los intercambios comerciales entre el sureste peninsular y el resto del mundo el Mediterráneo. Los hallazgos de Terra Sigillata Clara D, procedentes del norte de Africa y Oriente, así lo certifican. No obstante, se ha podido constatar una disminución de las importaciones agrícolas africanas, a partir de mediados del siglo VI, coincidiendo con el restablecimiento de la autoridad imperial sobre Occidente. La mayor parte de los investigadores relacionan éste fenómeno con los reajustes fiscales efectuados por las autoridades bizantinas en Africa, tras la conquista del reino vándalo. Una parte de la annona, la que se recaudaba en especie, era enviada ahora anualmente a Constantinopla, para subvenir a las necesidades alimenticias de la plebs frumentaria, mientras que el sobrante se destinaba al mantenimiento del ejército de ocupación. A pesar de este descenso del volumen comercial, el tráfico entre la Península y el norte de Africa no se vio nunca interrumpido. Antes bien, de acuerdo con los datos arqueológicos disponibles, a lo largo de la segunda mitad del siglo VI, los territorios hispanobizantinos se alejaron un tanto de los circuitos comerciales visigodos, para insertarse más plenamente en los del norte de Africa. Cosa nada extraña, si se tiene en cuenta que, desde el punto de vista político, administrativo y militar, Spania era una provincia del Imperio integrada en la praefectura praetorio Africae. Por otra parte, la contracción de los intercambios de productos agrícolas y materias primas no supone que se redujese el comercio de artículos de lujo y esclavos, que, sin duda, continuó conservando el mismo volumen que en el siglo V, sino es que no lo superó<sup>71</sup>.

En las ciudades hispanobizantinas, como en todas las del Imperio, la navegación y el control de los puertos debía hallarse en manos de las autoridades militares, encargadas de mantener el orden y regular los tráficos. El dux o magister

militum de cada provincia, era quien otorgaba la licentia navigandi a los patrones de los barcos (navicularii). Así, en Italia, el propio papa Gregorio Magno hubo de solicitar a Maurencio, magister militum Campaniae, con residencia en el puerto de Nápoles, la licentia navigandi para el naviero Domicio y su hijo, que habían tenido algunos problemas con este gobernador<sup>72</sup>. Plegándose a los dictados de la legislación imperial, los navicularii se hallaban asociados en collegia. La pervivencia de tales corporaciones no debe causar sorpresa, ya que, durante el siglo VI, los puertos itálicos mantuvieron un importante nivel comercial. Para el caso de las ciudades de Spania no poseemos noticias concretas. Pero en vista de que se hallaban bajo la soberanía del Imperio y conservaban una actividad mercantil de cierta entidad, es probable que también contasen con sus propios collegia naviculariorum, como en tiempos pasados<sup>73</sup>.

Por otra parte, los intercambios comerciales exigían una infraestructura, por más simple que fuera, compuesta por muelles, malecones, dársenas, almacenes y lonjas de contratación. Tanto Carthago Spartaria como Malaca dispusieron de este tipo de instalaciones. El hecho de que, en 460, el emperador Mayoriano escogiese la primera de estas ciudades como punto de embarque de las tropas que debían participar en la expedición contra Genserico, demuestra que, pese al saqueo vándalo de 425, su puerto se conservaba en buen estado<sup>74</sup>.

A. Beltrán, que ha estudiado la topografía de la Cartagena romana, identifica la zona portuarias de la ciudad con los restos de lo que parecía ser un pórtico y un templo, hallados en las calles de Aire y Escaño; aunque, basándose en el testimonio de Estrabón, que habla de más de un puerto en Carthago Nova, contempla la posibilidad de que existiesen otras

instalaciones en la ensenada de Santa Lucía<sup>75</sup>.

Durante los siglos VI y VII, en los puertos marítimos y fluviales del Mediterráneo, existió lo que en el reino visigodo se denominaría catapulus y en la Galia merovingia catabulum. El primer término es una latinización del vocablo griego kataplous, que en aquel momento se utilizaba para designar el lugar de desembarco, arribo o llegada por mar de los navíos mercantes. Catabulum, por su parte, también es un sustantivo latino procedente de la palabra griega katabolos, de la que, a su vez, derivaron otras voces, como por ejemplo catabolensis, que sirvió para designar a los miembros de la corporación de transportistas encargados de distribuir el cereal llegado a Roma; o el vocablo catabula, utilizado en el reino visigodo para referirse al pago de derechos arancelarios<sup>76</sup>.

En el catapulus se concentraban toda una serie de edificaciones vinculadas al desarrollo de la actividad comercial, a saber, los grandes almacenes para las mercancías, la lonja de contratación y la aduana<sup>77</sup>. En las ciudades del reino visigodo, era la zona donde tenía su asiento el teloneum, término con el que se definía el ámbito de actuación del telonarius o vectigalis exactor. Dicho funcionario se encargaba de recaudar los vectigalia o impuestos indirectos sobre las mercancías. Supervisaba personalmente su descarga y el pago de los emolumenta a los marineros. Fijaba los precios de los distintos artículos y los anunciaba en voz alta a los vendedores. Y poseía, además, jurisdicción para dirimir los pleitos surgidos entre los transmarini negotiatores, aplicando los principios de derecho mercantil de la Lex Rhodia, aceptados en todo el Mediterráneo<sup>78</sup>.

La situación debía ser muy parecida en los puertos de la provincia imperial de Spania. De acuerdo con la información

que poseemos, los vectigalia eran arrendados a publicanos por períodos de, al menos, tres años, mediante el sistema de la conductio. La adjudicación del contrato se efectuaba bajo el control del praefectus praetorio o de sus representantes locales, en este caso el rector provinciae o el dux. Pero era la comitiva sacrae largitiones, quien en última instancia daba el visto bueno a los adjudicatarios, ya que los publicani et telonarii respondían con su fortuna privada de la recaudación del tributo. Dadas las circunstancias, no es extraño que éstos intentasen obtener el mayor margen posible de beneficios, a costa de imponer tasas abusivas a los comerciantes. La problemática era idéntica en los estados romano-germánicos, como lo demuestra el hecho de que Teodorico el Amalo ordenase a Ampelio y Livirito, sus representantes en Hispania, que estableciesen una nueva tarifa para el canon telonei, a fin de limitar la ambitiosa enormitas exigentium de los publicanos<sup>79</sup>.

Por lo común, el conductor, que arrendaba los vectigalia de un puerto, no actuaba en solitario, sino como presidente de una sociedad de publicanos, ante cuyos miembros tenía que rendir cuentas. Ya a comienzos del siglo V, era habitual, en numerosas ciudades del Imperio, que este cargo recayese sobre la persona del obispo. El papa Zósimo (417-418) critica duramente a los prelados de la Byzacena por haberse convertido en telonarii y no tener reparos en someterse al juicio de los publicanos, que evaluaban su gestión al frente de la sociedad. El dato resulta cuanto menos revelador, ya que nos permite comprender por qué los mercaderes recién llegados a un puerto, lo primero que hacían era presentarse ante el obispo local. Tal es el caso de aquellos con quienes viajó el joven Fidel, que nada más arribar a Emerita se personaron ante su tío Paulo, obispo de la ciudad y metropolitano de la Lusitania<sup>80</sup>.



L. A. García Moreno sostiene que, durante el siglo VI, los transmarini negotiatores constituían un colectivo social favorecido por el gobierno de Constantinopla. La abolición de la onerosa collatio lustralis en 498 y el interés de Justiniano por asegurar las rutas de navegación mediterráneas, les habrían reportado pingües beneficios económicos. De este modo, se explicaría su actitud proimperial, durante la intervención bizantina en África e Italia. Teniendo en consideración todos estos datos, el autor contempla la posibilidad de que las colonias de comerciantes orientales establecidas en los puertos mediterráneos de Hispania, obrasen de modo similar a las de su entorno, convirtiéndose en el principal sostén del poder imperial sobre la zona<sup>81</sup>.

Aunque la hipótesis de L. A. García Moreno contiene elementos bastante razonables, es preciso matizarla, dado que las ventajas fiscales, que supuestamente habría comportado la restauración imperial para los mercaderes que negociaban con Occidente, no fueron tan importantes como sugiere este historiador.

Para empezar, el chrysargyron, solutio auraria o collatio auri lustralis, impuesto creado por Constantino I (306-337), continuó cobrándose, durante todo el siglo VI, en los territorios recuperados por Justiniano. Este tributo, que, en principio, gravaba cualquier tipo de actividad comercial y artesanal, tanto urbana como campesina, se recaudaba cada cinco años (según la manera de contar de los romanos, según la nuestra cada cuatro) y, como su nombre griego indica, podía satisfacerse en oro o/y plata. No obstante, desde la época Valentiniano I (364-375) y Valente (364-378), las autoridades imperiales sólo aceptaban su cobro en moneda de oro de curso legal. Estaban exentos del mismo, los grandes propietarios, los campesinos, los

navieros, los médicos y los profesores. Los militares sólo parcialmente. En 374, ambos monarcas extendieron esta inmunidad a los maestros de pintura y al artesanado rural, pero no a los mercaderes que efectuaban sus actividades comerciales en el campo. También otorgaron dicha exención al alto clero. De hecho, aunque en principio todos los eclesiásticos estaban libres de la collatio lustralis, en 356 Constancio II (337-361) había limitado tal privilegio a los grados inferiores de la clerecía. Como consecuencia de esta ampliación de inmunidades, a partir del reinado de Valentiniano I y Valente, los sectores sobre los que incidirá el gravamen quedaron perfectamente definidos: mercaderes, tenderos, artesanos, prestamistas y prostitutas de ambos sexos. El impuesto, demasiado oneroso, provocaría violentas protestas callejeras, entre las cuales destaca la llamada "Revolta de las Estatuas", que estalló en Antioquía de Siria en 387. Un siglo más tarde, en 498, el emperador Anastasio abolirá definitivamente el chrysargyron en la pars Orientis, haciendo quemar ante el pueblo reunido en el hipódromo los registros fiscales, con lo que, sin duda, favoreció y potenció el comercio y la actividad artesanal<sup>82</sup>.

Sin embargo, como ya indicábamos, en los estados romano-germánicos occidentales, el tributo continuó recaudándose bajo la denominación de functio o solutio auraria. Testimonios procedentes de los reinos ostrogodo y visigodo, que pueden datarse en el primer tercio del siglo VI, así nos lo confirman. Tampoco parece que el impuesto se aboliese, después de la restauración imperial. De acuerdo con la Prágmatica Sanción promulgada por Justiniano en 554, a fin de abordar la reorganización de Italia, tras 20 años de guerras, la functio auraria se mantenía en toda la praefectura. Nada indica que fuese otro el criterio seguido en la praefectura praetorio Africae, donde se integraba la provincia imperial de Spania<sup>83</sup>.

A pesar de todo, las colonias de comerciantes orientales asentadas en los puertos de las ciudades hispanobizantinas, podían considerarse beneficiadas por la restauración imperial, si se compara su situación con la de la aristocracia latifundista. Los nuevos cuadros burocráticos y militares del Imperio, rígidamente centralizados, se financiaban mediante un estricto sistema contributivo, cuyo restablecimiento debió causar no poco perjuicio a los intereses económicos de los grandes propietarios provinciales. Isidoro, hijo de un notable de la Carthaginiensis, alude al problema:

"Hasta hoy, los romanos que viven en el reino godo de tal manera lo aceptan que prefieren vivir pobres entre los godos que ser poderosos entre los romanos y sufrir el pesado yugo del tributo"<sup>84</sup>.

Las opiniones del obispo hispalense reflejan una reacción de descontento muy similar a la que experimentaron los provinciales africanos, cuando, tras la caída del reino vándalo en 534, el gobierno de Constantinopla comenzó a poner orden en la recaudación de la annona, muy descuidada bajo los Asdingos<sup>85</sup>. Lo más probable es que en Spania el sistema tributario bizantino entrase en funcionamiento poco después de 555, apenas se concretaron las estructuras administrativas del Imperio sobre los territorios adquiridos en la Península. La reinstauración de los severos métodos romanos de recaudar la annona, marcaría el inicio de unas pesimas relaciones entre la aristocracia latifundista del sureste peninsular, acostumbrada a gestionar con gran autonomía sus dominios, y las autoridades imperiales enviadas desde Oriente, obligadas a administrar la provincia con el acostumbrado rigor. Como, a continuación veremos, este antagonismo tendría una especial proyección en el ámbito eclesiástico.

### 2.3. Iglesia y conflictos religiosos.

A medida que los funcionarios y oficiales designados por el gobierno de Constantinopla fueron desplazando a los antiguos cuadros dirigentes locales en el ejercicio del poder sobre los territorios que ahora componían la provincia de Spania, la Iglesia fue convirtiéndose en el órgano idóneo para que estos últimos canalizasen su oposición a la política imperial. De ahí, el papel prioritario que juegan las instituciones eclesiásticas, dentro de la realidad social de la provincia bizantina.

Dado que ésta se constituyó con territorios procedentes de la antigua Carthaginensis, Baetica e Insulae Balearum, resultó necesario crear una nueva demarcación eclesiástica, cuyos límites se adecuasen a los de las fronteras políticas. Seguramente, fueron las propias autoridades imperiales, con la aquiescencia del pontífice, patriarca de Occidente, quienes establecieron la provincia eclesiástica imperial de Spania, con sede metropolitana en Carthago Spartaria. Sobre este último punto no cabe la menor duda, ya que se trataba de la única ciudad dominada por los bizantinos que, en el momento de su desembarco, ostentaba tal dignidad. En 516, Héctor, obispo de Carthago Spartaria, había suscrito las actas del Concilio de Tarraco como episcopus Carthaginensis metropolitanae. Treinta años después, uno de sus sucesores, Celsino, presidiría el Sínodo de Valentia, lo que demuestra que, en vísperas de la intervención justiniana, la ciudad seguía ostentando el rango de sede metropolitana<sup>86</sup>.

La restauración imperial nada cambiaría en este aspecto. Liciniano, que ocupó la cátedra episcopal de Carthago Spartaria durante el reinado de Mauricio, fue un personaje lo suficientemente destacado, como para que Isidoro le dedicase una

biografía en el De viris illustribus<sup>87</sup>. Tres epístolas suyas, una dirigida al papa Gregorio I, otra al diácono Epifanio y la última al obispo Vicente de Ebusus, contienen claros indicios de que, bajo la dominación bizantina, Carthago Spartaria conservó su condición de sede metropolitana<sup>88</sup>.

En la primera de dichas cartas, remitida a Gregorio entre 591 y 595, Liciniano subraya, con evidente retoricismo, que de apegarse a los requisitos sobre la formación del clero exigidos por el pontífice en su Regula Pastoralis, nadie en la provincia de Spania podría ser ordenado para ejercer el officium sacerdotale, término con el que a la sazón se designaba el rango episcopal<sup>89</sup>.

La segunda epístola, escrita hacia 582 y firmada conjuntamente por Liciniano y el obispo Severo de Malaca, es una respuesta al diácono Epifanio sobre la naturaleza del alma, en la que se pretenden rebatir las enseñanzas de un obispo, cuyo nombre y sede no se mencionan, aunque, según parece, debía presidir una de las iglesias de la provincia de Spania. Este prelado sostenía que sólo Dios era espiritual, y, todos los demás seres corpóreos, incluidos los ángeles y el alma racional. Liciniano refuta tales postulados, apoyándose en el De origine animae de Agustín de Hippo Regius y en el De statu animae del presbítero de Vienne Claudiano Mamerto, quien, a comienzos de la segunda mitad del siglo V, había combatido las doctrinas materialistas del obispo semipelagiano Fausto de Riez<sup>90</sup>.

En la tercera de sus misivas, redactada en torno a 595, Liciniano reconviene al obispo Vicente de Ebusus por haber dado crédito a una carta supuestamente escrita por el propio Jesucristo, en la que se advierten influencias judaizantes. El prelado insular había llegado a dar lectura al documento ante la

asamblea de los fieles, para después remitírselo a Liciniano, que no cabía en sí de indignación al comprobar que un eclesiástico atendía a semejantes patrañas<sup>91</sup>.

La preocupación de Liciniano por el nivel formativo del episcopado de su provincia, la manera indiscutible en que ejerce el ministerio disciplinar y pastoral sobre otras sedes y la consideración de que disfruta como suprema autoridad en materia doctrinal, sólo pueden corresponder a un metropolitano.

Ahora bien, si el primado lo ostentaba el obispo de Carthago Spartaria, su colega de Malaca ocupaba el lugar más relevante entre las sedes sufragáneas, al ser ésta la segunda ciudad en importancia de la provincia imperial de Spania. Durante la rebelión de Hermenegildo (579-584), presidía la iglesia malacitana Severo, quien escribió un tratado antiarriano, para criticar la postura del obispo Vicente de Caesaraugusta, que, plegándose a los dictados de la política de unificación religiosa de Leovigildo, acababa de convertirse al arrianismo<sup>92</sup>. Por la misma época, Liciniano solicitó su colaboración para redactar la epístola a Epifanio, lo que revela el elevado concepto que tenía el metropolitano de Spania sobre la autoridad de Severo en temas dogmáticos. Le sucedió en la cátedra episcopal de Malaca Jenaro, quien, como más adelante veremos, entró en confrontación con las autoridades imperiales, siendo depuesto por orden del magister militum Comenciolo<sup>93</sup>.

En los territorios peninsulares de la provincia de Spania, hubo otros obispados, sufragáneos de la sede metropolitana de Carthago Spartaria, a saber: Basti, Asidona, Urci, Ilici y Dianium, cuya progresiva integración en la órbita política del reino de Toledo podemos seguir, a través de la asistencia de sus representantes a los asambleas conciliares

hispanovisigodas. Así, por ejemplo, el obispo Teodoro de Basti, plaza que, sin duda, había caído en manos de Leovigildo durante las operaciones militares de 570, aparece por primera vez suscribiendo las actas de un sínodo del reino visigodo en el III Concilio de Toledo de 589. Rufino de Asidona y Teodulfo de Malaca, ciudades conquistadas por Witerico y Sisebuto respectivamente, hacen lo propio en la asamblea episcopal hispalense de 619. Marcelo de Urci y Serpentino de Ilici concurrieron al IV Concilio de Toledo de 633. Y Maurelo de Dianium se hizo representar por el diácono Conancio en el VIII de 653. Posiblemente, Urci había sido ocupada por Sisebuto, a comienzos del siglo VII; mientras que Ilici y Dianium debieron ser tomadas hacia 624 por el rey Suintila, precediendo a la destrucción de Carthago Spartaria<sup>94</sup>.

La provincia eclesiástica de Spania también incluyó las tres diócesis baleares, correspondientes a las islas de Maiorica, Minorica y Ebusus. A fines del siglo V, bajo la dominación vándala, estos obispados eran sufragáneos de la sede metropolitana de Caralis, capital de Sardinia, tal como refleja la relación de prelados asistentes la collatio celebrada en Cartago en 484, por orden del rey vándalo Hunerico (477-484). Tras la reconquista bizantina del sureste peninsular, las diócesis Baleares pasaron a depender de Carthago Spartaria, siendo transferidas nuevamente a la provincia eclesiástica de Sardinia, cuando Carthago Spartaria cayó en poder de los visigodos<sup>95</sup>.

Una vez establecida la organización eclesiástica de la provincia de Spania, se hace necesario pasar al análisis de la gran querella religiosa que conmovió a la de Iglesia imperial durante el siglo VI, a fin de comprender a través de que mecanismos ideológicos pudo canalizarse el descontento de los

provinciales de Occidente hacia a los dictados del gobierno de Constantinopla. La nueva discordia religiosa, conocida como el "Conflicto de los Tres Capítulos", ha sido brillantemente analizada por A. Barbero, quien otorga especial relevancia a su proyección sobre las iglesias peninsulares. De ahí que, por lo que respecta a este tema, hallamos decidido seguir su línea argumental y conclusiones<sup>96</sup>.

En el año 543, el emperador Justiniano, inducido por su esposa Teodora y por su consejero en materia religiosa, el origenista Teodoro Ascidas, metropolitano de Caesarea de Cappadocia, promulgó un edicto que contenía una serie de anatematismos organizados en capítulos contra la persona y obra de Teodoro de Mopsuestia, los escritos de Teodoreto de Cyrrhus contra Cirilo de Alejandría y el concilio de Efeso de 431, y una carta de Ibas de Edesa, dirigida a otro eclesiástico llamado Maris, en la que defendía a Teodoro de Mopsuestia contra Cirilio de Alejandría. El edicto recibió una buena acogida por parte de los monofisitas moderados. Pero la mayoría de los obispos ortodoxos se adherirían a la condena de los "Tres Capítulos" coaccionados por el emperador, que exigió de todos los prelados del Imperio que suscribieran el documento. Menas, patriarca de Constantinopla (536-552), en principio reticente a la firma, terminó por plegarse a las demandas del soberano, y rubricó el edicto junto con su sínodo, aunque reservándose la potestad de retirar su nombre, en caso de que el obispo de Roma se negase refrendarlo. Inmediatamente, Justiniano hizo llamar al papa Vigilio (537-555), quien se presentó en la capital en enero 547. Tras dieciséis meses de vacilaciones, el 11 de mayo de 548, el pontífice publicó su célebre Judicatum, en el que condenaba sin paliativos los "Tres Capítulos", haciendo constar que el Concilio de Calcedonia no sufría por ello menoscabo<sup>97</sup>.



La decisión del pontífice provocó una auténtica conmoción en Occidente, donde la mayor parte del episcopado, adverso a la política religiosa de Constantinopla, rechazó el Judicatum de manera ostensible. En 550, un sínodo africano, inspirado por el obispo Facundo de Hermiana y el diácono Ferrando de Cartago, excomulgó a Vigilio e hizo llegar una carta de protesta a Justiniano. En Italia, Dalmatia y el Illyricum, sin llegar a tales extremos, se produjeron numerosas manifestaciones de repulsa e indignación. Ante el escándalo, el emperador accedió a retirar el Judicatum, pero arrancó a Vigilio la firma de un documento secreto en el que el pontífice se comprometía a apoyar la condena de los "Tres Capítulos" en un sínodo que Justiniano pensaba convocar. Dado que la celebración de esta asamblea sufrió algún retraso, Teodoro Ascidas convenció al soberano, para que, en julio de 551, promulgase un nuevo edicto, titulado Confesión de la fe, que contenía 13 anatemas contra los "Tres Capítulos". El pontífice, muy afectado por la reacción que su Judicatum había despertado en Occidente, eludió la rubrica de este documento, que a pesar de todo fue fijado en las puertas de Santa Sofía. Ante las presiones de la corte, Vigilio acabó lanzando la excomunión contra Teodoro Ascidas, el patriarca Menas y todos los partidarios de los edictos imperiales<sup>28</sup>. En tales circunstancias, el obispo Dacio de Mediolanum, convencido de que la condena de los "Tres capítulos" atentaba contra el dogma establecido en Calcedonia, formuló la siguiente declaración:

"He aquí que yo y la parte de todos los obispos, entre los cuales está constituida mi iglesia, esto es, los de las Galliae, Burgundia, Spania, Liguria, Aemilia y Venetia, ponemos a Dios por testigo de que, cualquiera que aceptase estos edictos, no podrá considerarse en la comunión de los obispos de las provincias citadas, puesto que me consta que estos

edictos perturban la autoridad del santo sínodo de Calcedonia y de la fe católica"<sup>99</sup>.

Este texto, contenido en una carta remitida por el clero milanés a los embajadores francos que en 552 se dirigían a Constantinopla, nos permite constatar que las iglesias católicas de la Península Ibérica eran contrarias a los edictos de imperiales condena a los "Tres Capítulos", dato que armoniza con la información que poseemos para épocas posteriores.

Justiniano, ante la actitud intransigente de Vigilio, promovió una reconciliación y el pontífice, tras haber recibido las correspondientes confesiones de fe ortodoxa, levantó la excomunión que pesaba sobre Teodoro Ascidas y el patriarca Menas. Poco después, en agosto de 552, fallecía este último y el nuevo patriarca, Eutiquio (552-565), manifestó su fidelidad al pontífice. Estando así las cosas, se llegó al acuerdo de convocar un concilio ecuménico, quinto universal de la Iglesia, que se reuniría el 5 de mayo de 553 en Constantinopla, con la asistencia de 166 obispos, de los cuales sólo una docena procedía de las provincias occidentales. Apenas inaugurada la asamblea, los padres conciliares comenzaron a elaborar una nueva condena de los "Tres Capítulos". Cuando ésta no había tomado aún forma definitiva, Vigilio publicó su primer Constitutum, en el que anatematizaba 60 proposiciones de Teodoro de Mopsuestia, pero no su persona, ni tampoco las obras de Teodoreto de Cyrrhus ni la carta de Ibas de Edesa. A juicio del pontífice, tales condenas podían conculcar la autoridad del Concilio de Calcedonia, y en consecuencia eran improcedentes. El documento, que vio la luz el 14 de mayo de 553, estaba avalado por las firmas de 9 obispos de Italia, 2 de Africa, 2 del Illyricum y 3 de Asia Menor. Como era de esperar, Justiniano rechazó el Constitutum. Acto seguido, sometió las opiniones del pontífice al juicio de los padres conciliares,

quienes, no atreviéndose a excomulgar a Vigilio, optaron por borrar su nombre de los dípticos eclesiásticos, para complacer al emperador. En la última sesión del Concilio, la del 2 de julio de 553, se pronunciaron 14 solemnes anatematismos contra los "Tres Capítulos", que el papa, deseoso de regresar a Roma, acabaría refrendando el 8 de diciembre de 553, mediante la formulación de una nueva condena. Unos meses más tarde, el 23 de febrero de 554, Vigilio promulgó un segundo Constitutum, en el que reiteraba su adhesión a las resoluciones del Concilio, y justificaba la condena de la epístola de Ibas, aduciendo que se trataba de un apócrifo. Finalmente, en la primavera de 555, Vigilio pudo embarcar para Roma, adonde no llegaría jamás, ya que falleció durante una escala en el puerto de Siracusa<sup>100</sup>.

La muerte del pontífice no puso término al malestar que experimentaban las iglesias occidentales. En Africa, cuya relación con la Península Ibérica era muy estrecha, el conflicto de los "Tres Capítulos" revistió el carácter de una auténtica revuelta eclesiástica contra la política religiosa de Justiniano. A comienzos de la primavera de 551, poco meses después de que el sínodo de Cartago lanzase la excomunión contra Vigilio, el emperador llamó a Constantinopla a los principales líderes del episcopado africano, a saber, Reparato de Cartago, Primasio de Hadrumentum, Verecundo de Junca y Firmo de Tipasa. Una vez en la capital del Imperio, sólo este último, metropolitano de la Numidia, se plegó a los deseos del soberano, suscribiendo la condena de los "Tres Capítulos". Pero el gobierno imperial no pudo utilizarle, como planeaba, para imponer sus dictados en la Numidia, ya que el obispo falleció en la travesía de vuelta a Africa. Por su parte, Reparato de Cartago, que se negaba a ratificar los edictos del emperador, se vio involucrado en las redes de un complejo proceso criminal, bajo la acusación de complicidad con el dux Numidiae Guntarico en el asesinato del

magister militum Areobindo, suceso que, como se recordará, había tenido lugar en el año 546. Dado que la víctima, descendiente de la casa de los Anicii y de la dinastía valentiniano-teodosiana, había estado unida en matrimonio a la noble Proyecta, sobrina de Justiniano, el prelado acabó siendo depuesto y enviado al destierro en Euchaita del Pontus, donde moriría en 563. En su lugar, el emperador nombró obispo de Cartago al diácono Primoso, apocrisario de Reparato. El nuevo metropolitano, que previamente a su designación se había adherido a la condena de los "Tres Capítulos", tomó posesión de su sede en contra de la voluntad del clero y del pueblo de Cartago, conculcando, pues, todas las normas canónicas. El día que ocupó la cátedra de San Cipriano se produjo tal alboroto en la iglesia, que fue necesaria la intervención de las fuerzas de orden público, cuya brutalidad provocaría un baño de sangre en el interior del santuario<sup>101</sup>.

Tras la clausura del Concilio de Constantinopla de 553, también Primasio de Hadrumentum, relegado al monasterio de los acoimetas, se sumó a la condena de los "Tres Capítulos". A partir de este momento, las dos sedes africanas más importantes, Cartago, que ejercía su primado sobre toda la praefectura, y Hadrumentum, metrópolis de Byzacium, se hallaron presididas por obispos dispuestos a aplicar la política religiosa del gobierno de Constantinopla. Tarea nada fácil, si se tiene en cuenta que carecían del respaldo de muchas de sus sedes sufragáneas. La resistencia fue especialmente tenaz en la Zeugitana y la Numidia, donde la mayor parte de los prelados se negaron a comulgar con Primoso de Cartago, a quien consideraban un usurpador. Ahora bien, la presión de las autoridades imperiales, acabaría por doblegar su contumacia. En 555, el sínodo provincial de la Numidia decidía restablecer la comunión con el arzobispo de Cartago. Las habituales deposiciones y exilios acallarían las últimas voces disidentes. Así, el obispo Víctor de Tunnuna,

gracias al cual conocemos el desarrollo del conflicto en Africa, fue recluido en una celda del monasterio cartaginés de Mandracium, para a continuación ser enviado al destierro en las islas Baleares. Desde allí se le trasladaría a Egipto, donde pasó una larga temporada, antes de que el emperador le llamase a su presencia en 564. Como, desafiando las admoniciones del soberano y del patriarca de Constantinopla, insistiese en defender los "Tres Capítulos", terminó siendo confinado en diversos monasterios de la capital. A la muerte de Justiniano, todavía no se habían apagado por completo las brasas de la querella. En 567-568, su sobrino y sucesor, Justino II, se vio obligado a promulgar un edicto, reafirmando la autoridad del Concilio de Calcedonia, a fin de restablecer la calma en Occidente<sup>102</sup>.

M. Vallejo Girvés considera que la llegada a la Península Ibérica de eclesiásticos africanos durante el reinado de Leovigildo, como el monje Nancto, que se estableció en las proximidades de Emerita, o el abad Donato y sus 70 monjes, que se instalaron en el levante, pero no en territorio bizantino, pudiera estar relacionada con la emigración de clérigos africanos contrarios a la política religiosa de Constantinopla. No en vano, si tan sólo hubiesen huido de la amenaza maura, como a veces se ha sugerido, podrían haber buscado refugio en el territorio imperial de Spania, pero prefirieron hacerlo en un estado romano-germánico, donde el clero católico se mostraba decididamente adverso a la condena de los "Tres Capítulos"<sup>103</sup>.

Después del reinado de Justino II, no volvemos a tener noticias que nos permitan establecer la continuidad de la querella en el norte de Africa. De lo que se desprende que la política religiosa de Constantinopla acabó imponiéndose. Por el contrario, el conflicto se perpetuó durante décadas en la Península Itálica, al amparo de la invasión lombarda.

El papa Pelagio I (555-561), sucesor de Vigilio y en otros tiempos partidario de los "Tres Capítulos", había accedido a la cátedra de San Pedro por designación imperial, tras reconocer la autoridad del Concilio de Constantinopla de 553. No obstante, a su llegada a Roma, sabiendo cuan adverso era el episcopado italiano a las decisiones adoptadas en este sínodo, se apresuró a efectuar una profesión de fe, en la que reafirmaba solemnemente su adhesión al Concilio de Calcedonia y al Tomus Leonis. Acto seguido, inició una serie de gestiones, a fin de evitar que la Iglesia de la Galia merovingia, firme defensora de los "Tres Capítulos", se apartase de la comunión con Roma. En este sentido, sus esfuerzos dieron los frutos apetecidos, ya que, si bien, no pudo conseguir que el episcopado franco se sumase a la condena de los "Tres Capítulos", al menos logró conjurar la amenaza del cisma<sup>104</sup>.

En el norte de Italia, no tendría tanto éxito. Los metropolitanos de Mediolanum y Aquileia, que habían roto la comunión eclesiástica con Roma en 555, continuaron negándose a acatar las resoluciones del Concilio de Constantinopla, durante todo el pontificado de Pelagio I. La invasión lombarda de 568 provocó la huida de los prelados de ambas ciudades a territorio imperial. El de Mediolanum se refugió en Genua, mientras que el de Aquileia lo hacía en Grado. Poco tiempo después, en el año 572, y gracias a la política de consenso desarrollada por la sede romana, el papa Juan III (561-574) lograría llegar a un acuerdo con Lorenzo, el obispo milanés en el exilio. No ocurrió lo mismo con Elías de Aquileia, que, a despecho de las presiones ejercidas por el exarca Smaragdo, se mantuvo fiel a la defensa de los "Tres Capítulos" hasta su muerte, acaecida en 586. Las autoridades bizantinas, en abierto contraste con la actitud conciliatoria del Pontificado, emplearon toda suerte de medios coercitivos con los cismáticos, a fin de forzar la unión. Sin embargo, el episcopado

de la provincia de Grado-Aquileia, tanto el que residía en territorio imperial como el que había quedado bajo dominio lombardo, cerró filas en torno al obispo Severo, sucesor de Elías, y continuó sin admitir la condena de los "Tres Capítulos"<sup>105</sup>.

Gregorio I (591-604), en continuidad con la línea dialogante establecida por sus antecesores, invitó a Severo de Grado-Aquileia y a sus obispos a acudir a Roma, para pactar una salida al conflicto. Ahora bien, los cismáticos se negaron a atender la llamada del pontífice, y celebraron dos sínodos paralelos, uno en Grado, dentro de los territorios sometidos al poder imperial, y otro en un lugar desconocido de la zona dominada por los lombardos. Tras la clausura de la primera de estas asambleas, Severo despachó legados a Constantinopla, para explicar al emperador Mauricio su postura a favor de los "Tres Capítulos". Por su parte, los obispos de la zona lombarda enviarían al soberano una carta, cuyo texto conservamos, con idéntico propósito. La reina lombarda Teodolinda, esposa del rey Agilulfo (590-616), princesa de confesión católica, apoyó a los cismáticos y favoreció el desarrollo en su corte de un círculo eclesiástico que no admitía la condena de los "Tres Capítulos". El papa Gregorio intentó captar la voluntad de la soberana, aduciendo que el Concilio de Constantinopla de 553 no había conculcado las decisiones de Calcedonia, como erróneamente creían el metropolitano Severo y los obispos de su provincia. En 607, Candidiano, sucesor de Severo en la sede de Grado, llegó a un acuerdo con Bonifacio III, poniendo fin al cisma en territorio imperial. No obstante, los obispos de la Aquileia lombarda no volvieron a la comunión con Roma hasta el año 700<sup>106</sup>.

A través del Registrum Epistolarum de Gregorio I, tenemos constancia de que, durante los últimos años del siglo VI,

se produjo un grave conflicto entre el episcopado de la provincia de Spania y las autoridades imperiales. Tres documentos fechados en agosto de 603 y remitidos al defensor ecclesiae Juan, quien había sido enviado a Spania por el propio pontífice, a fin de investigar los sucesos acaecidos y restablecer el orden eclesiástico, nos permiten adentrarnos en la problemática específica de los territorios hispanobizantinos. Se trata de un sumario de los hechos, al que se adjuntan una fórmula de sentencia y una selección de leyes referentes al caso extraídas del Corpus Juris Civilis. Este último dato nos revela que en Spania al igual que en el resto de las provincias del Imperio regía el derecho justinianeo<sup>107</sup>.

De acuerdo con el sumario y la formula de sentencia, el gloriosus Comitius, que, como vimos en su momento, puede identificarse con el magister militum Spaniae Comenciolo, enviado por el emperador Mauricio hacia 589 para combatir a los godos, había depuesto y enviado al destierro al obispo Jenaro de Malaca, tras arrancarle con violencia de la iglesia, en la que se había acogido a derecho de santuario. Poco después, el mismo gobernador, haciendo uso de los poderes que le confería su cargo, había convocado un sínodo provincial, en el que se ratificó la destitución de Jenaro y se juzgó a otro obispo llamado Esteban, de sede desconocida<sup>108</sup>. Este último correría parecida suerte a su colega malacitano, ya que, habiendo sido hallado culpable de los cargos que se le imputaban, se vio despojado de su dignidad y relegado al exilio. Tanto Jenaro como Esteban apelaron a Roma, declarándose inocentes y acusando a Comenciolo y a los padres conciliares de haber procedido contra derecho civil y canónico. Según se desprende de nuestras fuentes, Esteban adujo que entre los obispos que le habían juzgado se encontraban algunos de sus peores enemigos, que la asamblea no había dudado en aceptar el testimonio de esclavos, y que, tras dictar sentencia, el



gobernador no sólo había confiscado sus bienes particulares, sino también propiedades de la Iglesia. El defensor Juan, enviado a Spania tras la ejecución del emperador Mauricio, se encontraba en una situación sumamente comprometida. Tenía instrucciones precisas de investigar los hechos acaecidos en la provincia y, en caso de probarse que Jenaro y Esteban habían sido condenados injustamente, reponerlos en sus respectivas sedes. Tarea nada fácil, ya que Comenciolo, recientemente fallecido, se había encargado de proveer a ambas de nuevos prelados. Por otra parte, el pontífice le había ordenado que, si se confirmaba la falsedad de las acusaciones vertidas contra éste y Esteban, apartase por seis meses de la comunión a aquellos obispos que habían participado en el sínodo provincial, para que, durante ese período, hiciesen penitencia recluidos en un monasterio. Sólo estaba autorizado a aliviar dichas penas, cuando se comprobase que el prelado en cuestión había actuado movido por temor al gobernador. Tanto si Jenaro y Esteban eran inocentes como si eran culpables, Gregorio exigía que las propiedades de la Iglesia que había confiscado Comenciolo, en su propio beneficio, fuesen devueltas a su legítima propietaria por los herederos del magister militum, ya que "el delito de la persona no debía revertir en daño de la Iglesia"<sup>109</sup>.

Aparentemente, en la actuación de las autoridades del Imperio se habían producido algunas irregularidades. En primer lugar, Comenciolo, había enviado a varios de sus homines junto con un grupo de clérigos, para, mediante el uso de la fuerza, sacar a Jenaro de la iglesia donde se había refugiado, violando así el derecho de asilo, que el Codex Justinianus garantizaba. Desde luego, el procedimiento empleado por el magister militum puede considerarse expeditivo y contrario a derecho, y no resulta extraño que el pontífice decretase la inmediata deposición de los eclesiásticos que habían colaborado con él; pero, a pesar de

todo, se halla inscrito en la línea habitual de conducta de los gobernantes bizantinos<sup>110</sup>. Las fuentes literarias de la época nos refieren, con harta frecuencia, episodios parecidos. Los propios soberanos no dudaban en limitar el derecho de asilo en los santuarios, cuando perseguían a sus adversarios políticos o religiosos. Justiniano lo consideró inaplicable en los casos asesinato, adulterio, sodomía, violación o rapto. Especial escándalo causó el proceder de la emperatriz Teodora, que, en varias ocasiones, arrancó con violencia a sus enemigos personales de los recintos sagrados, en donde habían buscado refugio<sup>111</sup>.

En segundo lugar, Comenciolo había juzgado y condenado a Jenaro contra la praescriptio fori, de la cual gozaba en virtud de su dignidad episcopal. De hecho, el emperador Teodosio II había especificado, a través de una constitución promulgada en 430, que los obispos no podían ser procesados ante los tribunales seculares por ningún tipo de causa criminal, privilegio que Justiniano confirmaría en 546, haciéndolo extensible a las causas civiles. Sólo un sínodo eclesiástico tenía potestad para juzgar a un prelado. No obstante, la Lex Novella de 546, admitía la posibilidad de que un obispo fuese citado ante un tribunal laico o militar, tras obtener la autorización del metropolitano de su provincia, o por mandato imperial. Así, en los primeros años del reinado de Justiniano, nos consta que, a instancias del soberano, varios obispos orientales de origen senatorial, acusados del crimen de sodomía, tuvieron que comparecer ante el tribunal del praefectus urbis Constantinopolis<sup>112</sup>.

Por último, en el proceso seguido contra Esteban, que se llevó a cabo ante un sínodo provincial, respetando todos los requisitos legales, los padres conciliares no habían dudado en aceptar el testimonio de los esclavos, cuando la legislación imperial establecía expresamente que éstos no podían acusar ni

testificar contra sus amos, excepto en procesos de laesa maiestas<sup>113</sup>. Ahora bien, M. Vallejo Girvés, basándose en la selección de textos legales remitida por el papa Gregorio I al defensor Juan, sugiere la posibilidad de que Jenaro y Esteban hayan sido acusados, precisamente, del crimen maiestatis<sup>114</sup>.

Nada se opone a tal interpretación; aunque, desde luego, el hecho de que a ambos obispos se les imputasen cargos de alta traición no significa que éstos tuviesen una base real. Como ya hemos visto, las autoridades bizantinas solían atribuir a los eclesiásticos defensores de los "Tres Capítulos" crímenes de la más variada índole, procesándolos y condenándolos por delitos que no habían cometido. Tal fue el caso del obispo Reparato de Cartago, a quien se envió injustamente al destierro, como cómplice del dux Numidiae Guntarico en el asesinato del magister militum Africae Areobindo. Por otra parte, conviene recordar que la pena de deposición y destierro, impuesta a Jenaro y Esteban, era la habitualmente dictada por los representantes del gobierno de Constantinopla contra todos aquellos prelados que se oponían a la política religiosa oficial. Además, estos dos no fueron los únicos obispos de la provincia de Spania perseguidos, durante los últimos años del reinado de Mauricio. Entre 595 y 602, el propio titular de la sede metropolitana, Liciniano de Carthago Spartaria, viajó a Constantinopla, donde, según nos refiere Isidoro, moriría envenenado por su émulo<sup>115</sup>.

Puesto que, cronológicamente, el episcopado y muerte de Liciniano coinciden con el período de enfrentamiento entre las autoridades de la provincia imperial de Spania y sus más destacados líderes eclesiásticos, no parece que pueda albergarse duda sobre la existencia de un nexo común que relaciona toda esta serie de acontecimientos. De acuerdo con A. Barbero, lo más probable es que Liciniano, en su calidad de metropolitano de

Spania, fuese llamado a presencia del emperador por instigación de sus adversarios, a fin de dar cuenta de lo acaecido. Se trataba del procedimiento usual, aplicado por la monarquía, con los obispos que se resistían a secundar la política religiosa oficial<sup>116</sup>. Isidoro no menciona cuáles fueron las causas del conflicto entre Liciniano y sus adversarios, pero, dado que se produjo de manera simultánea al comienzo de la represión contra los cismáticos del norte de Italia, nos inclinamos a creer que se hallaba estrechamente relacionado con la cuestión de los "Tres Capítulos".

No hay que olvidar que, según la declaración efectuada por el obispo Dacio de Mediolanum en 551, las iglesias hispánicas se negaron a aceptar, desde un primer momento, la condena de los "Tres Capítulos". Isidoro, principal representante de esta corriente hostil a la política religiosa de Bizancio dentro de la Iglesia del reino visigodo, considera que el emperador Justiniano y todos los adversarios de los "Tres Capítulos" han conculcado la autoridad del Concilio de Calcedonia, adhiriéndose a una cristología monofisita. De ahí que no dude en calificar al soberano bizantino de acéfalo, e ignore deliberadamente las decisiones del Concilio de Constantinopla de 553<sup>117</sup>.

De todos modos, es preciso señalar que el obispo hispalense emplea el término acéfalo con una absoluta falta de precisión. En su origen, los acéfalos fueron una secta monofisita, surgida en Alejandría, tras la publicación del Henotikon del emperador Zenón en 482, que, como se recordará, pretendía establecer una fórmula de consenso entre calcedonenses y monofisitas. Los miembros de este grupo se separaron de la obediencia al patriarca, quien, a su juicio, había claudicado ante sus enemigos. Carentes de un líder representativo, comenzaron a ser conocidos como acephaloi, es decir, sin cabeza.

Desde mediados del siglo VI, el término pasó a usarse en Occidente con un sentido genérico, para designar a los adversarios del Concilio de Calcedonia y de "Tres Capítulos". El diácono romano Rústico, sobrino del papa Vigilio, contribuyó a divulgarlo con su obra Contra Acephalos diputatio. Y es esta acepción la que utiliza Isidoro<sup>118</sup>.

El II Concilio de Hispalis, celebrado en el año 619, poco después de la caída de Malaca en manos de los visigodos, contiene un largo pasaje, que pone de relieve la importancia del conflicto de los "Tres Capítulos" en la provincia bizantina de Spania y su proyección sobre el reino visigodo. En el canon XII de este sínodo provincial de la Baetiza, que se reunió en la basílica hispalense de la Sagrada Jerusalén, bajo la presidencia del metropolitano Isidoro, se relata como se presentó ante los padres conciliares "cierto sirio de la herejía de los acéfalos, que afirmaba ser obispo y que negaba la existencia de dos naturalezas en Cristo, y afirmaba que la deidad podía padecer... Tras muchas y largas controversias, finalmente, iluminado por la gracia divina adjuró de su propia herejía delante de todos los presentes y confesó dos naturalezas y una persona en un mismo e idéntico Señor Nuestro Jesucristo, creyendo que la naturaleza de la divinidad era impasible y que sólo la humanidad aceptó las debilidades de la pasión y de la cruz"<sup>119</sup>.

Este obispo de origen sirio, que según Braulio de Caesaraugusta se llamaba Gregorio, bien pudo ser el titular de alguna sede ubicada en los territorios hispanobizantinos, recientemente conquistados por los visigodos. Las actas del sínodo hispalense de 619 nos lo presentan como un monofisita, que rechazaba la existencia de dos naturalezas en el Verbo encarnado y sostenía el carácter pasible de la divinidad. Ahora bien, como ya hemos indicado, los eclesiásticos partidarios de los "Tres

Capítulos" pensaban que quienes reconocían las decisiones adoptadas por el Concilio de Constantinopla de 553, en realidad, estaban conculcando el credo de Calcedonia, y, por consiguiente, profesaban una cristología monofisita. Teniendo en consideración este hecho, lo más probable es que Gregorio fuese un obispo fiel a la política religiosa del gobierno imperial, al que los prelados visigodos atribuyeron, de acuerdo con su manera de enfocar el problema, las típicas creencias del monofisismo radical<sup>120</sup>.

En cualquier caso, resulta obvio que la defensa de los "Tres Capítulos" tenía el suficiente arraigo en las iglesias peninsulares, como para convertirse en causa de enfrentamiento entre las autoridades imperiales y el episcopado de la provincia de Spania. El estado bizantino se hallaba especialmente interesado en forjar la unidad religiosa del Imperio en torno al dogma dictado desde Constantinopla. No resulta nada extraño, ya que el poder imperial poseía una justificación teológica y, por tanto, cualquier desviación de la ortodoxia definida por la corte podía conducir a cuestionar el mismo.

Especialmente necesario se consideraba que los obispos comulgasen con el credo oficial, ya que si bien no eran funcionarios, el estado solía emplearlos para desempeñar tareas de control político, social y económico sobre las comunidades urbanas y los dignatarios imperiales de las provincias. Justiniano incrementó de manera sustancial la potestad de los prelados, al confiarles el cuidado de las prisiones, la administración financiera de las ciudades y la inspección de la actividad de los gobernadores civiles provinciales. El obispo, junto con sus diáconos dedicados a la administración de los bienes eclesiásticos, los ecónomos, debía ayudar a que la ciudad satisficiera las cargas fiscales, colaborando con los notables

del lugar en la revisión de la contabilidad municipal. Por otra parte, los prelados estaban investidos de autoridad judicial, y desempeñaban funciones arbitrales, en aquellos casos en los que el gobernador civil quebrantaba la ley o mantenía un pleito con la provincia. Los emperadores bizantinos del siglo VI, conscientes de que fuera de la capital no podían limitar el poder de los altos funcionarios y oficiales del ejército mediante la acción de los cubicularii, optaron por emplear a los jerarcas de la Iglesia, en su calidad de representantes de las oligarquías urbanas, para controlar, de manera simultánea, a la comunidad y a los administradores de la provincia<sup>121</sup>.

Sin embargo, no hay que olvidar que precisamente por tratarse de miembros de la nobleza local, los obispos compartían los intereses de clase de este grupo, y, a menudo, se convirtieron en sus más celosos defensores frente a las autoridades imperiales. El principal problema al que se enfrentaba la aristocracia provincial bizantina, tanto en Spania, como en cualquier otra parte del Imperio, estaba relacionado con la recaudación y pago de impuestos. Los obispos, que tenían la obligación de supervisar la administración fiscal, sabían mejor que nadie hasta qué punto podía resultar pesada esta carga y, desde luego, estaban al tanto de los abusos que sufrían los propietarios por parte de los gobernadores civiles y militares.

A falta de un discurso laico y racional, la protesta hubo de canalizarse a través de la disidencia religiosa. En las provincias orientales, las tendencias centrífugas de la población autóctona se manifestaron mediante la organización de las iglesias monofisitas, que opusieron al estado bizantino una estructura de poder paralelo. En el caso de Occidente, y más concretamente en el de Spania, la defensa de los "Tres Capítulos" también parece haberse articulado como un vehículo de oposición

a los dictados de Constantinopla. No olvidemos que entre los obispos que experimentaron la persecución de las autoridades bizantinas en la Península Ibérica, se encontraban los de Carthago Spartaria y Malaca, las dos sedes más importantes de la provincia de Spania. A tenor de la deposición de Jenaro y de la llamada de Liciniano a la corte, cabe deducir que el emperador estaba interesado en colocar a partidarios del dogma oficial al frente de estos obispados. Los monarcas visigodos de comienzos del siglo VII, defensores de una Iglesia que rechazaba el Concilio de Constantinopla de 553 y defendía la ortodoxia de los "Tres Capítulos", debieron encontrar, a medida que avanzaban por territorio imperial, las simpatías de ciertos sectores del clero hispanobizantino y, por supuesto, las de la nobleza provincial, harta de las elevadas exacciones fiscales a que estaba sometida por los representantes del basileus. Todo ello, nos ayuda a comprender mejor la rápida asimilación de esta zona al reino de Toledo.





## NOTAS.

1. CJ, I, 27, 1; VALLEJO GIRVES, M., Bizancio y la España Tardoantigua (SS. V-VIII): Un capítulo de historia mediterráneo, Alcalá de Henares, 1.993, pp. 354-355.
2. PROC., De bellis, IV, 5, 5-7; 20, 30; GEORG. CYPR., Descript. orb. Rom., 668-674.
3. PRINGLE, D., The Defence of Byzantine Africa from the Justinian to the Arab Conquest, Oxford, 1.981, p. 65.
4. VALLEJO GIRVES, M., op. cit., pp. 354-355.
5. CJ, I, 27, 1.
6. CJ, I, 27, 2. Sobre las guarniciones baleares, cf. VALLEJO GIRVES, M., op. cit., p. 355.
7. CJ, I, 27, 1-2; PROC., De bellis, III, 25, 3-5; IV, 13, 19; 20, 30-33. Sobre los problemas que plantean las provincias occidentales del norte de Africa, cf. DIEHL, Ch., L'Afrique byzantine, París, 1.896, p. 469; DUVAL, Y., "La Maurétanie sitifiennne à l'époque byzantine", Latomus, 29, 1.970, pp. 157-161; PRINGLE, D., op. cit., pp. 64-65.
8. PROC., Aed., VI, 7, 9-10; De bellis, IV, 20, 30-31; GEORG. CYPR., Descript. orb. rom., 668-674; DIEHL, Ch., op. cit., p. 334; DUVAL, Y., art. cit., pp. 159-160.
9. GEORG. CYPR., Descript. orb. rom., 670-674, ed. H. Gelzer, p. 34; ed. E. Honigman, p. 57. Jorge de Chipre agrupa en la provincia de Spania las islas de Maiorica y Minorica y un misterioso Mesopotamanoi, que VALLVE, J, "Nuevas ideas sobre la conquista árabe de España. Toponimia y Onomástica", Al-Qantara, 10, 1.989, pp. 129-130, identifica con la región situada entre los ríos Segura y Guadaletín o Sangonera, localización que incluye a Carthago Spartaria. Por tanto, debemos concluir que la enumeración de Jorge de Chipre hace referencia a lo principales núcleos que componían la provincia de Spania.
10. DIEHL, Ch., op. cit., pp. 260-261.

11. GOUBERT, P., "Administration de l'Espagne byzantine. II. Les provinces", REB, IV, 1.946, pp. 73-77.
12. PRINGLE, D., op. cit., pp. 42; 65.
13. CIL, II, 3.420; IHC, 176.
14. GOUBERT, P., "Byzance et l'Espagne wisigothique", REB, II, 1.944, p. 18; "Administration de l'Espagne byzantine. II. Les provinces", Ibid., IV, 1.946, pp. 81-82; THOMPSON, E. A., Los godos en España, Madrid, 1.971, pp. 367-369.
15. BARBERO, A., "Las divisiones eclesiásticas y las relaciones entre la iglesia y el estado en la España de los siglos VI y VII", La sociedad visigoda y su entorno histórico, Madrid, 1.992, pp. 188-193; VALLEJO GIRVES, M., op. cit., p. 309.
16. GREG. TUR., Hist. Eccl., V, 38; VI, 18.
17. Bajo el reinado de Justiniano, se otorgaron, con cierta frecuencia, a un mismo personaje las dignidades civiles y militares, correspondientes a aquellas provincias y praefecturae, que se hallaban amenazadas por conflictos bélicos. De este modo, un solo individuo ejercía, a un tiempo, las funciones aparejadas a la dignidad civil y a la militar. Lo que ya no resultaba tan común, era que en una misma dignidad se concentrasen ambas funciones. El 18 de marzo de 536, la Cappadocia Prima recibió como gobernador un proconsul de rango spectabilis, investido de poderes civiles y militares, y al que además se le asignaron las atribuciones del antiguo comes domorum, administrador general de los fundos de la domus divina en la provincia, razón por la cual era responsable ante el praepositus sacri cubiculi. Sin embargo, se trató de un caso excepcional, dictado por la necesidad de poner fin a la corrupción de los comites domorum, quienes, a cambio de sobornos, habían permitido que los grandes propietarios de la Cappadocia depusieran a funcionarios imperiales de grado inferior y se apropiaran de rentas y tierras pertenecientes a la corona, a través de la acción de bandas armadas de bucellarii dirigidas por sus propios intendentes; cf. JUST., Nov., XXX.
18. CJ, I, 27, 2; PROC., De bellis, IV, 21, 9-10; 25, 8.
19. CJ, I, 27, 1.
20. GRIERSON, Ph., "Una ceca bizantina en España", Numario Hispánico, IV, 1.955, pp. 305-314.

21. DIEHL, Ch., op. cit., pp. 476-477; JONES, A. H. M., The Later Roman Empire. 284-602, Oxford, 1.964, pp. 312-313; GOUBERT, P., Byzance avant l'Islam, II, Byzance et l'Occident sous les successeurs de Justinien, II, Rome, Byzance et Carthage, París, 1.965, pp. 49-57; 78-79; 185-203.
22. DIEHL, Ch., op. cit., pp. 494-495; PRINGLE, D., op. cit., pp. 60-65.
23. CIL, II, 3.420; IHC; 176; GREG. I, Ep., XIII, 46; GOUBERT, P., "Administration de l'Espagne byzantine. II. Les Provinces", pp. 72-77.
24. GREG. I, Ep., I, 46-47; 59; IV, 25; VIII, 12; IX, 17; 53; 65; 195, XI, 12; PRINGLE, D., op. cit., pp. 58-59; 62.
25. GREG. I, Ep., I, 46-47; 59; IV, 25; V, 38; VII, 3; IX, 70; 195; PRINGLE, D., op. cit., p. 43.
26. GREG. I, Ep., I, 39; 46-48; 56; 59; IV, 25; V, 38; IX, 53; 68; 99; 102; 159-160; X, 10.
27. DIEHL, Ch., Etudes sur l'administration byzantine dans l'exarchat de Ravenne, París, 1.888, pp. 152-155; GOUBERT., P., Byzance avant l'Islam, II, Byzance et l'Occident sous les sucesseurs de Justinien, II, Rome, Byzance et Carthage, p. 62; PRINGLE, D., op. cit., p. 59.
28. BELTRAN, A., "Topografía de Carthago Nova", AEA, XXI, 1.948, pp. 210-212, sitúa el palacio que Polibio atribuyó a Asdrúbal en el actual Molinete. Es posible que en esta misma zona haya que buscar una tradición palacial que pueda prolongarse desde la época cartaginesa, pasando por la romana, hasta la bizantina, como ocurre en Cartago con la Byrsa, ya que MARTINEZ ANDREU, M., "La muralla bizantina de Carthago Nova", AC, II, 1.985, p. 132, fig. 1, incluye esta zona dentro del área de hallazgos tardorromanos.
29. ELLIS, P. S., An Archeological Study of Urban Domestic Hausing in the Mediterranean A.D. 400-700, (Tesis doctoral dactilografiada), Oxford, 1.983, pp. 18-22; 197; 201-202.
30. DIEHL, Ch., op. cit., pp. 119-225.
31. GREG. I, Ep., II, 34; VIII, 19; IX, 112; 121; 174; 200; 205-206; JONES, A. H. M., op. cit., pp. 654-679; GOUBERT., P., op. cit., pp. 268; RAVEGNANI, G., Soldati di Bisanzio in età giustiniana, Roma, 1.988, p. 36.

32. ISID., Hist. Goth., 49; PAUL DIAC., Hist. Lang., III, 21; BARBERO A.-VIGIL, M., "Sobre los orígenes sociales de la Reconquista: cántabros y vascones desde fines del Imperio romano hasta la invasión musulmana", Sobre los orígenes sociales de la Reconquista, Barcelona, 1.974, pp. 71-75.

33. GARCIA MORENO, L. A., "Organización militar de Bizancio en la Península Ibérica (SS. VI-VII)", Hispania, 33, 1.973, pp. 5-22. Sobre la mención en las fuentes a las civitates y a los castra, cf. JOH. BICL., Chron., a. 570, 2; 571, 3; GREG. TUR., Hist. Franc., IV, 8; ISID., Hist. Goth., 49; 61-62; FREDEG., Chron., IV, 33; Cont. Hisp., 13.

34. VALLEJO GIRVES, M., op. cit., pp. 376-377.

35. IHC, 176; JOH. BICL., Chron., a. 571, 3; MARTINEZ ANDREU, M., "La muralla bizantina de Carthago Nova", pp. 129-152; MATEU Y LLOPIS, F., "La ceca visigoda de Córdoba, notas sobre acuñaciones", Boletín de la Real Academia de Bellas Artes, Ciencias y Nobles Artes de Córdoba, XX, 1.949, pp. 50-51; GISBERT, SANTOJA, J. A., "Dianium", Arqueología en Alicante 1.976-86, Alicante, 1.986, pp. 25-27; LLOBREGAT, E. A., Teodomiro de Oriola, su vida y su obra, Alicante, 1.973, pp. 27-29; 34.

36. ISID., Etymolog., XV, 2, 13; PRINGLE, D., op. cit., pp. 140-145.

37. ISID., Hist. Goth., 58.

38. SERRANO RAMOS, E.-ATENCIA PAEZ, R., "La necrópolis de época visigoda de "El Tesorillo" (Teba, Málaga)", I Congreso de Arqueología Medieval Española, (Huesca 1.985), II, Zaragoza, 1.986, pp. 279-295.

39. SALVADOR VENTURA, F., Hispania meridional entre Roma y el Islam. Economía y sociedad, Granada, 1.990, p. 43; VALLEJO GIRVES, op. cit., p. 386.

40. TORO MOYANO, I.-RAMOS LINAZA, M., "Las necrópolis de Las Delicias y el Almendral. Dos necrópolis visigodas en el llano de Zafarraya (Granada)", II Congreso de Arqueología Medieval Española, Madrid, 1.987, pp. 386-393; LUQUE MORAÑO, A. de, "Necrópolis visigoda II de Villanueva del Rosario (Málaga)", Mainake, I, 1.979, pp. 165-178; SALVADOR VENTURA, F., op. cit., p. 175.

41. GONZALEZ BLANCO, A., "El decreto de Gundemaro y la historia del siglo VII", AC, III, 1.986, p. 159; "La provincia bizantina de Hispania. Carthago Spartaria, capital administrativa",

Historia de Cartagena, V, Alta Edad Media. Siglos V al XIII, Murcia, 1.986, p. 56. MATILLA SEIQUER, G.-PELEGRIN GARCIA, I., "El Cerro de La Almagra y Villaricos. Sobre el poblamiento urbano y su entorno en los siglos de la Antigüedad Tardía", AC, II, 1.985, pp. 281-296; "El Castillo de Garres: una fortaleza tardía en la Vega de Murcia", Ibid., V, 1.988, pp. 353-401; SALVADOR VENTURA, F., op. cit., p. 176; VALLEJO GIRVES, M., op. cit., p. 387; ROSELLO CREMADES, N., "Vistalegre", Arqueología en Alicante 1.976-86, Alicante, 1.986, pp. 110-111.

42. VALLEJO GIRVES, M., op. cit., pp. 388-390.

43. LEWIS, R., Naval Power and Trade in the Mediterranean A.D. 500-1.100, Princeton, 1.951, pp. 26-27.

44. PRINGLE, D., op. cit., pp. 74-77.

45. BARBERO, A.-VIGIL, M., La formación del feudalismo en la Península Ibérica, Barcelona, 1.978, pp. 86-88.

46. VIVES, pp. 163-164.

47. GOUBERT, P., Byzance avant l'Islam, II, Byzance et l'Occident sous les successeurs de Justinien, II, Rome, Byzance et Carthage, pp. 71-72; DIEHL, Ch., op. cit., pp. 397-398.

48. GREG. I, Ep., II, 27; IV, 44; VII, 22; VIII, 22; GOUBERT, P., op. cit., pp. 70-71; BARBERO, A.-VIGIL, M., "Algunos aspectos de la feudalización del reino visigodo en relación con su organización financiera y militar", Sobre los orígenes sociales de la Reconquista, pp. 125-126. La legislación imperial no admitía que los oficiales y funcionarios públicos adquiriesen propiedades fundarias en la provincia donde prestaban sus servicios. Pero no tenía inconveniente en que se convirtiesen en enfiteutas. Y en época justiniana, la enfiteusis era ya un derecho real, transmisible a los herederos, que atribuía un poder análogo al de la propiedad, si bien sujeto al pago de un canon anual. Las leyes también vedaban a todos los que ejercían algún cargo oficial en una provincia que no fuese la suya de origen, el derecho a contraer matrimonio con una mujer nacida en esa circunscripción o domiciliada en la misma. Sin embargo, no estaba prohibido que celebrasen la ceremonia de esponsales, de modo que, después de haber cesado en su cargo, pudiesen formalizar la unión legal. Igualmente, estaban autorizados a casar a sus hijos en la provincia. Y, lo que es más, de acuerdo con un rescripto imperial del emperador Gordiano (238-244), fechado en 239, y aún vigente bajo el reinado Justiniano, si un cargo público contraía matrimonio en la provincia donde ejercía su oficio, contra los mandatos imperiales, y manifestaba su voluntad de continuar

ligado a la mujer con la que convivía, después de cesar en su oficio, el matrimonio adquiriría validez legal y los hijos nacidos de él se consideraban legítimos. Cf. Dig., XXIII, 2, 38; 65; CJ, V, 4, 6; XI, 71, 2; 5.

49. BREHIER, L., "Les Colonies d'Orientaux en Occident au commencement du Moyen Age. V-VIII siècle", Byz. Zschr., XII, 1.903, p. 8; BAYNES, N., El Imperio bizantino, México, 1.974, (prim. ed. ingl., 1.925), pp. 212-213.

50. PIRENNE, H., Mahoma y Carlomagno, Madrid, 1.978, pp. 66-117; 228-229.

51. HYDAT., Chron., 177. El ejército bizantino utilizó los servicios de los comerciantes orientales, para obtener noticias sobre el potencial bélico del enemigo y la situación interna de los territorios que pretendía ocupar. En este aspecto, el caso de la expedición contra los vándalos resulta enormemente ilustrativo. Durante una escala en Sicilia, Procopio fue enviado por Belisario a Arethusa, el puerto siracusano donde residía una de las más importantes colonias de mercaderes orientales de todo Occidente, a fin de recabar noticias sobre lo que estaba ocurriendo en el reino vándalo. El secretario del general tuvo la fortuna de encontrar allí a un amigo de la infancia, oriundo como él de Caesarea de Palestina, y que, a la sazón, comerciaba con el norte de Africa. Este personaje puso en contacto a Procopio con uno de sus agentes, que acababa de regresar de Cartago. Se trataba de un individuo providencial, ya que no sólo informó a Procopio y Belisario de los últimos acontecimientos acaecidos en el interior del reino vándalo, sino que, además, se hizo cargo de guiar a la armada imperial hasta Africa, a través de la ruta más segura, cf. PROC., De bellis, III, 14, 7-13.

52. VPE, IV-VI; IX.

53. VIVES, J., Inscripciones cristianas de la España romana y visigoda, Barcelona, 1.942, pp. 418-419; 425-426. En la provincia bizantina de Spania, sólo se han hallado dos inscripciones griegas, ambas en Carthago Spartaria. Vives, J, Ibid., pp. 422-423.

54. Ep. Wisig., 3-6.

55. HORM., Ep., 26.

56. Vit. Gregent., 50-53. Este texto hagiográfico consetvado en un manuscrito Sinaítico parece haber sido redactado entre 580 y 630. Aunque en ocasiones se ha llegado a cuestionar la historicidad del relato e incluso la misma existencia de

Gregencio, como señala BURY, J. B., History of the Later Roman Empire. From the death of Theodosius I to the Death of Justinian, II, Londres, 1.923, p. 327 y n. 1, no existen razones válidas para negar que la tradición contenga datos objetivos.

57. ISID., De vir. illustr., XXXI.

58. GREG. I, Dial., III, 31.

59. LEONT., Vit. Joh. Eleem., 9.

60. CASSIOD., Var., V, 35.

61. PROC., De bellis, III, 24, 11.

62. VPE, III, 2.

63. JOH. BICL., Chron., a. 571; 584; HILDEPH., De vir. illustr., 4.

64. GREG. I, Ep., I, 41; V, 53; 53a; IX, 227-230; XIII, 47-50.

65. THOMPSON, E. A., Los godos en España, Madrid, 1.971, p. 34.

66. GREG. TUR., Hist. Franc., IX, 22.

67. GREG. I, Ep., I, 41a.; PAUL. DIAC., Vit. Greg., 8.

68. VALENT. III, Nov., 33; VPE, IX, 24; XV, 35; LJ, VII, 3, 3; XI, 3, 1. La continuidad del tráfico de esclavos en el Mediterráneo y el monopolio que ejercían los mercaderes sirios y judíos en este sector, se encuentran atestiguados desde la primera mitad del siglo V, cf. THEODORET., Ep., LXXII; GREG. I, Ep., VII, 21; IX, 104; 123; 213; 215; Passio S. Iuliae, 2.

69. POUNDS, N. J. G., Historia económica de la Europa medieval, Barcelona, 1.981, pp. 86-90.

70. GARCIA MORENO, L. A., "Colonias de comerciantes orientales en la Península Ibérica. S. V-VII", Habis, 3, 1.972, pp. 134-136; BELTRAN, A., "Notas para el estudio de los bizantinos en Cartagena", III Congreso Arqueológico del Sudeste Español, Murcia, 1.947, pp. 294-309; BLAZQUEZ, J. M., Economía de la Hispania romana, Bilbao, 1.978, pp. 640-646. Según se desprende de la correspondencia GREG. I, Ep., IX, 227a; 228; XIII, 47, a fines del siglo VI, las comunicaciones entre Roma y Malaca funcionaban con cierta fluidez, lo que demuestra que el puerto de esta última se hallaba integrado en las rutas mercantiles de la época.



71. FULFORD, M. J., "Carthage: Overseas Trade and the Political Economy, c. A.D. 400-700", Reading Medieval Studies, 6, 1.980, pp. 68-80; HODGES, R.-WHITEHOUSE, D., Mohammed, Charlemagne & the Origins of Europe, Ithaca, Nueva York, 1.983, pp. 26-30; FULFORD, M. J.-PEACOCK, D. P. S., The Avenue du President Habib Bourguiba, Salambo: The Pottery and other Ceramic Objects from the Site. Excavations at Carthage: The British Mission, I.2, Sheffield, 1.984, pp. 114; 259-262; JARREGA DOMINGUEZ, R., "Notas sobre la importación de cerámicas finas (Sigillata Clara D) en la costa oriental de Hispania durante el siglo VI e inicios del VII d.C.", II Congreso de Arqueología Medieval Española, Madrid, 1.987, pp. 337-344; OLMO ENCISO, L., "El reino visigodo de Toledo y los territorios bizantinos. Datos sobre la heterogeneidad de la Península Ibérica", Coloquio Hispano-Italiano de Arqueología Medieval, (La Alhambra, 18 al 21 de abril de 1.990), Granada, 1.992, pp. 190-193.

72. GREG. I, Ep., IX, 159.

73. CTh., XIII, 5, 4; 8, constata la existencia de navicularii hispanos en el siglo IV. Más difícil resulta determinar si los naucleri a los que se refiere CASSIOD., Var., V, 35, eran de origen itálico o tenían su asiento en puertos peninsulares. En este último caso, nos hallaríamos ante un testimonio singular sobre la pervivencia de las viejas corporaciones romanas de navieros en la Hispania de comienzos del siglo VI.

74. HYDAT., Chron., 200; ; Chron. Gall. a. DLI, 633-634; PROC., De bellis, III, 7, 11; Chron. Caesaraug. rel., a. 460; MAR. AVENT., Chron., a. 460, 1-2; ISID., Hist. Goth., 76.

75. BELTRAN, A., art. cit., pp. 191-224.

76. GREG. TUR., Hist. Franc., IV, 43; LJ, XII, 2, 18; JONES, A. H. M., op. cit., p. 699.

77. GARCIA MORENO, L. A., art. cit., p. 150.

78. ISID., Etymolog., XV, 2, 45; LJ, XI, 3, 2.

79. CTh., IV, 13, 1; XI, 28, 3; XII, 1, 97; CJ, IV, 61, 4; 62, 4; CASSIOD., Var., V, 39. Para el problema de los vectigalia en el Bajo Imperio romano, cf. DELMAIRE, R., Largesses sacrées et res privata, Roma, 1.989, pp. 276-297

80. ZOSIM., Ep., 16, VPE, V, 12.

81. GARCIA MORENO, L. A., art. cit., pp. 151-152; "Las invasiones y la época visigoda. Reinos y condados cristianos", Historia de España, II, Romanismo y Germanismo. El despertar de los pueblos hispánicos (Siglos IV-X), ed. Tuñón de Lara, Barcelona, 1.981, p. 331.

82. ZOS., Hist. Nov., II, 38, 2; EVAGR, Hist. Eccl., III, 39-41; CTh., VII, 20, 3; 9; XIII, 1, 1-4; 6-7; 10; 12-13; 3, 2; 4, 4; 5, 5; 17; XVI, 2, 8; 10; 14-15; CJ, XI, 1, 1. Sobre el chrysargyron, cf. BURY, J. B., A History of the Later Roman Empire. From Arcadius to Irene (395 A.D. to 800 A.D.), Londres, 1.889, p. 301; JONES, A. H. M., op. cit., pp. 431-432; 871-872; 1.178-1.179; OSTROGORSKY, G., Historia del estado bizantino, Madrid, 1.984, p. 79; DELMAIRE, R., op. cit., pp. 354-374.

83. CTh., XIII, 1, 13; CASSIOD., Var., II, 26; 30; V, 39; JUST., App., VII, 18; ISID., Etymolog., XV, 2, 45. Sobre la continuidad de la recaudación del chrysargyron en Occidente, cf. DELMAIRE, R., op. cit., pp. 371-374.

84. ISID., Hist. Goth., 16: Unde et hucusque Romani, qui in regno Gothorum consistunt, adeo eos amplectuntur, ut melius sit illis cum Gothis pauperes vivere quam inter Romanos potentes esse et grave iugum tributum portare. A partir del ut todo el texto ha sido tomado de OROS., Adv. pag., VII, 41, 7. No obstante, el empleo de unde et hucusque, nos indica que Isidoro utiliza las palabras de Orosio, para describir una realidad contemporánea.

85. PROC., De bellis, IV, 8, 25.

86. VIVES, pp. 38; 64. Sobre el rango metropolitano de Carthago Spartaria en tiempos de Celsino, cf. ORLANDIS, J.- RAMOS LISSON, D., Historia de los concilios de la España romana y visigoda, Pamplona, 1.986, pp. 131-132, quienes, sin embargo, se equivocan al afirmar que la ciudad estaba bajo dominio bizantino en el momento de la celebración del Concilio de Valentia.

87. ISID., De vir. illustr., XXIX; BARBERO, A. "Las divisiones eclesiásticas y las relaciones entre la Iglesia y el estado en la España de los siglos VI y VII", La sociedad visigoda y su entorno histórico, Madrid, 1.992, pp. 188-193.

88. MADRIZ, J., Liciniano de Cartagena y sus cartas. Edición crítica y estudio histórico, Madrid, 1.948.

89. LIC., Ep., I.

90. Ibid., II; MADOZ, J., "Un caso de materialismo en la España del siglo VI", Revista Española de Teología, VIII, 1.948, pp. 203-230; PLATERO, J. A., Liciniano de Cartagena y su doctrina espiritualista, Oña, 1.946.
91. LIC., Ep., III.
92. ISID., De vir. illustr., XXX.
93. GREG. I, Ep., XIII, 46.
94. VIVES, pp. 138; 185; 223-224; 288; JOH. BICL., Chron., a. 570.
95. Not. prov. et civ. Afr., Sard., 1; 4; 7-8; GOUBERT, P., "Administration de l'Espagne byzantine. II. Les Provinces", REB, IV, 1.946, p. 102.
96. BARBERO, A., "El Conflicto de los Tres Capítulos y las iglesias hispánicas en los siglos VI y VII", La sociedad visigoda y su entorno histórico, Madrid, 1.992, pp. 136-167.
97. HEFELE, K. J. von, History of the Councils of the Church, IV, Edimburgo, 1.895, pp. 229-258; STEIN, E., Histoire du Bas Empire, II, París, 1.959, pp. 632-643; BECK, H.-G., "La primitiva Iglesia bizantina", Manual de Historia de la Iglesia, II, La Iglesia imperial después de Constantino hasta fines del siglo VII, Barcelona, 1.979; pp. 612-616.
98. HEFELE, K. J., op. cit., pp. 259-264; DIEHL, C., L'Afrique byzantine, París, 1.896, pp. 434-439; STEIN, E., op. cit., II, pp. 644-646; BECK, H.-G., op. cit., p. 616-617.
99. Ep. Merowing. 4: "Ecce ego et pars omnium sacerdotum, inter quos ecclesia mea constituta est, id est Galliae, Burgundiae, Spaniae, Ligorie, Aemiliae atque Venetiae, contestor, quia, quicumque in edicta ista consinserit, suprascriptarum provinciarum pontificis communicatoris habere non poterit, qui constat apud me edicta ista sanctam synodum Calchydoninsem et fidem catholicam perturbare".
100. HEFELE, K. J. von, op. cit., IV, pp. 286-351; STEIN, E., op. cit., II, pp. 651-675; BECK, H.-G., op. cit., pp. 617-619.
101. VICT. TONN., Chron., a. 551-552; HEFELE, K. J., op. cit., pp. 268; DIEHL, C., op. cit., pp. 439-444.

102. VICT. TONN., Chron., a. 552; 554-556; 563; 565; ISID., De vir. illustr., XXV; HEFELE, K. J. von, op. cit., pp. 269; 353-354; DIEHL. C., op. cit., pp. 444-449; STEIN, E., op. cit., II, pp. 679-683.
103. VALLEJO GIRVES, M., op. cit., pp. 410-411.
104. HEFELE, K. J. von, op. cit., IV, pp. 354-356; STEIN, E., op. cit., II, pp. 672-673.
105. HEFELE, K. J. von, op. cit., IV, pp. 356-358.
106. HEFELE, K. J. von, op. cit., IV, pp. 358-365; EWIG, E., "La labor misionera de la Iglesia latina", Manual de Historia de la Iglesia, II, La Iglesia imperial después de Constantino hasta fines del siglo VII, ed. H. Jedin, Barcelona, 1.979, pp. 784-791.
107. GREG. I, Ep., XIII, 47; 49-50.
108. Recientemente, VALLEJO GIRVES, M., op. cit., p. 397-398; 424, ha querido ver en Esteban al titular de la sede de Asidona.
109. GREG. I., Ep., XIII, 47; 49.
110. CTh., IX, 45, 4; CJ, I, 3, 10; 12, 2; 3; GREG. I, Ep., XIII, 49.
111. CJ, I, 12, 6; JUST., Nov., XVII, XXXVII; CXVII; CXXVIII; Edict., X; XIII; Vasiano, un joven aristócrata de la facción de los verdes, que se había refugiado en una de las varias capillas dedicadas al arcángel San Miguel en los suburbios de Constantinopla, fue arrancado del santuario por orden de la emperatriz Teodora, quien actuó mediante el quaesitor, magistrado encargado de vigilar a los forasteros y de perseguir a homosexuales y herejes. En otra ocasión, dos ricas hermanas viudas, de rango consular, a quienes la soberana quería obligar a contraer matrimonio con unos protegidos suyos de ínfima categoría, se cobijaron en el baptisterio de Santa Sofía. Teodora las sometió a tan penoso y estrecho asedio que, finalmente, depusieron su actitud; cf. PROC., Anecd., XVI, 18-22; XVII, 7-15; XX, 10.
112. CJ, I, 3, 22; JUST., Nov., LXXIX; LXXXIII; CXXIII. En 529, los obispos Isaías de Rodas y Alejandro de Diospolis de Thracia, acusados de pederastia, fueron procesados ante el tribunal del praefectus urbis Constantinopolis Víctor. Hallados culpables del crimen que se les imputaba, sufrieron la aplicación de las penas dictadas, sin que conste que ningún tribunal eclesiástico interviniera en la acción; cf. JOH. MAL., Chronogr., p. 436;

THEOPH., Chronogr., A.M. 6.021; CEDR., Hist. Comp., p. 368.

113. CJ, IX, 1, 20.

114. VALLEJO GIRVES, M., op. cit., pp. 424-426.

115. ISID., De vir. illustr., XXIX: Licinianus Carthaginis Spartariae episcopus, in Scripturis doctus, cuius quidem nonnullas epistolas legimus: de sacramento denique baptismatis unam, et ad Eutropium abbatem, qui postea Valentiae episcopus, plurimas. Reliquia vero industriae et laboris eius ad nostram notitiam minime venerunt. Claruit temporibus Mauricii Augusti: occubuit Constantinopoli, veneno, ut ferunt, extinctus ab aemulis; sed, ut scriptum est: Iustus quacumque morte praeoccupatus fuerit, anima eius in refrigerio erit.

116. BARBERO, A., art. cit., pp. 162-163.

117. ISID., Chron., 397a: Iste (Iustinianus) Acephalorum haeresim suscipit atque in proscriptionem synodi Chalcedonensis omnes in regno suo episcopos tria capitula damnare compellit; ID., De vir. illustr., XVIII: Iustinianus imperator quosdam libros de incarnatione Domini edidit, quos etiam per diversas provincias misit. Condidit quoque et rescriptum contra illiricanam sinodum et adversus africanos episcopos, in quo tria capitula damnare contendit, id est, Theodori Mopsuesteni episcopi, dicta sive rescripta Theodoretī et epistolam quae dicitur Hibae Edesseni episcopi; ID., Etymolog., VIII, 5, 66: Acephali dicti, id est sine capite quem sequuntur haeretici. Nullus enim eorum reperitur auctor, a quo exorti sunt. Hi trium Chalcedonensium capitulorum impugnatores duarum in Christo substantiarum proprietatem negant, et unam in eius persona naturam praedicant.

118. RUST., Contr. Aceph., ed. J.P. Migne, PL, 67, cols., 1.167-1.254.

119. VIVES, pp. 171-172.

120. BRAUL., Prenot.; Cont. Hisp., 16; BARBERO, A., art. cit., pp. 155-156.

121. CJ, I, 4, 22; 26; 33; 5, 12; 18; III, 2, 4; IX, 4, 6; 5, 2; X, 30, 4; XII, 63, 2; JUST., Nov., VIII.

**ABRIR CONCLUSIONES VOL II**





**ABRIR PARTE III VOL. II**

## CONCLUSIONES.

A fines del siglo IV, el mundo mediterráneo formaba una unidad política, social y económica, bajo la égida del Imperio romano. Una élite privilegiada se encargaba de mantener la cohesión del conjunto. Sus miembros, ya fuesen funcionarios estatales o altos mandos del ejército, poseían inmensos patrimonios territoriales dispersos a lo largo y ancho del viejo Mare Nostrum, el mismo marco espacial donde se desarrollaban sus carreras. La comunidad de intereses que compartía esta clase y la pervivencia de una vida urbana que participaba de unos mismos patrones culturales, favorecieron el mantenimiento de la unidad política, la continuidad de los intercambios comerciales y la difusión de nuevas ideas y tecnologías.

Ciertamente, la brillante fachada del edificio ocultaba profundas grietas en su cimentación. El creciente peso de la burocracia administrativa, la progresiva regionalización de los sistemas defensivos, el incremento de la presión fiscal, el intervencionismo económico del estado y las diferencias regionales entre un Oriente densamente poblado, rico y urbanizado y un Occidente en vías de ruralización aconsejaban el desarrollo de las formas de gestión descentralizada, que venían ensayándose con éxito desde el siglo III.

En 395, después de la muerte de Teodosio I, su hijo Arcadio asumió el gobierno de la pars Orientis, en tanto que su otro vástago, Honorio, se hacía cargo del de la pars Occidentis. En contra de las aseveraciones de la historiografía tradicional, este hecho no supuso la ruptura de la unidad política del Imperio, cuya necesidad escatológica era absoluta, y, por tanto,



incuestionable. Antes bien, representó la adopción de un modelo de gestión policéntrica, consolidado a partir de las reformas de Diocleciano y que se mantendría vivo, como alternativa de poder, hasta la muerte de Mauricio.

La reforma en materia de política defensiva, puesta en marcha por el general Estilicón en la pars Occidentis entre 395 y 408, impulsó el desmantelamiento los viejos limites, y la sustitución de las fuerzas inoperantes de limitanei por foederati bárbaros. Las dificultades opuestas por los latifundistas al reclutamiento de mano de obra agraria y la falta de entrenamiento y cualidades militares de la misma hacían aconsejable la reforma. En plena transición, suevos, vándalos, alanos y burgundios cruzaron el Rin, el 31 de diciembre de 406. La usurpación de Constantino III y la ejecución de Estilicón impidieron que la reforma del sistema defensivo, ideada por este último, pudiese ser llevada hasta sus últimas consecuencias.

A partir de 411, y bajo la dirección militar del patricio Constancio, los bárbaros federados comenzaron a desempeñar funciones hasta entonces reservadas a las tropas comitatenses. Primero de manera coyuntural, como ocurre con los visigodos, empleados por el gobierno imperial en 412, para acabar con los usurpadores galos Jovino y Sebastián, y nuevamente de 416 a 418, con el propósito de aniquilar a los alanos y vándalos silingos, que habían penetrado en la Península Ibérica, durante la guerra civil que había enfrentado al usurpador Constantino con el gobierno de Ravenna. En los años venideros, los generalísimos Castino, Félix y Aecio, sucesores de Constancio, apelarían, cada vez con mayor regularidad, al uso de foederati, hasta el punto de que, a partir de mediados del siglo V, se puede decir que el ejército de la pars Occidentis se halla casi completamente barbarizado.

A modo de complemento a esta serie de reformas en materia de defensa, el patricio Constancio impulsó el establecimiento oficial de los pueblos germanas federados en las provincias atlánticas, la zona menos romanizada del Imperio, la más excéntrica y la más difícil de proteger. Mediante tal sistema no sólo pretendía garantizar la seguridad de las regiones limítrofes, sino también distanciar a los bárbaros federados del área mediterránea, propósito, este último, que se convertirá en el objetivo prioritario del gobierno de Ravenna, durante las siguientes cuatro décadas. No en vano, el dominio de las aguas del Mediterráneo, núcleo vertebrador del Imperio, dependía directamente del control de los puertos y de la red viaria que unía Italia con el norte de Africa, auténtico granero de Roma, a través del sur de las Galias, el litoral hispano y la región del estrecho de Gibraltar.

En consonancia con esta línea de actuación, el estado mayor de los emperadores Honorio y Valentiniano III realizaría un notable esfuerzo por alejar a los visigodos de la Tarraconensis y de la Narbonensis, en 413-415; 423-425; 435-439 y 451. Con frecuencia, la corte de Ravenna promovió el enfrentamiento entre distintos colectivos germanos asentados en el interior del Imperio, a fin de conservar el control directo de las provincias mediterráneas. Así, en 419, apoyó a los suevos, en su lucha contra alanos y vándalos, convencida de que de este modo lograría evitar el descenso de estos últimos sobre la Lusitania y la Baetica. Años después, cuando los vándalos ya habían abandonado la Península, utilizaría a los federados visigodos, para frenar la expansión sueva hacia el Mediterráneo.

El gran desastre estratégico para el Imperio se produjo, entre 429 y 439, con el paso de vándalos y alanos al norte de Africa y, la subsiguiente, constitución del primer reino

germánico, desligado de todo lazo con Roma, en el área mediterránea. La escasa resistencia opuesta al invasor, se explica en virtud de los graves problemas culturales, religiosos, sociales y políticos que padecía la diocesis Africae, a comienzos del siglo V, así como debido a la situación de práctica indefensión en que se hallaba la zona, tras la retirada de las tropas regulares romanas y su sustitución por federado godos.

Con todo, en el proceso de desmantelamiento del dominio romano sobre el norte de Africa, pueden distinguirse unos hitos cronológicos. En 429, tuvo lugar el desembarco en la Mauritania Tingitana de vándalos y alanos, seguido de su avance devastador a través de la Caesariensis, Sitifensis y Numidia. En 435, tras varios intentos frustrados de contener la acometida bárbara en los límites de la Proconsularis mediante el empleo de la fuerza militar, el gobierno de Ravenna decidió firmar un foedus con Genserico, a la sazón, cabeza del linaje real vándalo de los Asdingos. De acuerdo con las cláusulas de este tratado, los vándalos se instalaron en calidad de federados del Imperio en las provincias de Mauritania Sitifensis, norte de la Numidia y oeste de la Proconsularis. Se trataba de la primera vez que las autoridades romanas, si bien presionadas por las circunstancias, consentían en que un pueblo bárbaro se asentase en las costas del Mediterráneo. Cuatro años más tarde, en 439, Genserico ocupó Cartago y la totalidad de las provincias Proconsularis y Byzacena, granero del Imperio y sostén de la domus divina, dado que en ellas se concentraban gran parte de los dominios imperiales destinados al sostenimiento de la casa del soberano.

En Cartago, Genserico se apoderó de la flota anonaria, que, acto seguido, emplearía para sembrar el terror en el Mediterráneo central, con sus incursiones de saqueo contra las costas de Sicilia y el sur de Italia. Por otra parte, consciente

de la importancia que poseía la producción cerealística de Africa para la economía estatal romana, el monarca Asdingo no dudó en someter al gobierno de Ravenna al chantaje frumentario. En 442, tras el fracaso de una nueva expedición patrocinada por el emperador de Oriente Teodosio II, Genserico consiguió ratificar un acuerdo con Valentiniano III, en virtud del cual quedaba relevado de las obligaciones propias de un príncipe federado, al tiempo que obtenía el reconocimiento de un dominio factual sobre el este de la Numidia, la totalidad de la Proconsularis y la Byzacena, y el oeste de la Tripolitania. A cambio, el monarca bárbaro se comprometía a despachar un cargamento anual de trigo a Italia, lo que permite explicar el incremento que se produjo en el número de beneficiarios de las distribuciones alimenticias efectuadas por el estado en la ciudad de Roma durante este período.

El pacto se mantendría en vigor hasta la muerte de Valentiniano III en 455. Genserico, que como todos los monarcas germanos otorgaba a los pactos un carácter estrictamente personal, consideró que con la desaparición del emperador el tratado de 442 había quedado anulado, e inmediatamente reanudó sus ataques contra las costas de Sicilia y el sur Italia. Aprovechando la confusión política en que se hallaba sumido el Imperio de Occidente, a causa de los problemas sucesorios que se planteaban tras la desaparición de Valentiniano, el monarca Asdingo se presentó en Roma y durante 14 días la sometió a un saqueo sistemático, que le permitiría desviar importantes recursos materiales y humanos hacia Cartago en forma de botín.

Desde 455 hasta 474, se puede decir que existe un estado de guerra permanente entre el Imperio y el reino vándalo, interrumpido, tan sólo, por algunos breves períodos de tregua. El asesinato de Valentiniano III, víctima de una conjura fraguada

por miembros del Senado romano y de la comitiva militar del general Aecio, había puesto fin al reinado de la dinastía valentiniano-teodosiana en Occidente. Los sucesores de la misma fueron soberanos de extracción senatorial, los llamados imperatores clarissimi, a los que ni el gobierno de Constantinopla, ni el de Cartago reconocerían legitimidad alguna. Esta situación, que debilitó profundamente a las estructuras de la monarquía imperial en la pars Occidentis, favorecería el progreso en la construcción de los reinos romano-germánicos y la expansión de sus dominios territoriales. De hecho, es en esta época, cuando los vándalos se hacen con el control del Mediterráneo occidental, incorporando al reino de Cartago las islas Baleares, Corsica, Sardinia y Sicilia. Tras el fracaso de la expedición de la armada imperial contra Cartago, promovida por el gobierno de Constantinopla en 468, las incursiones vándalas se extendieron al Mediterráneo oriental. Sólo la firma de un pacto entre el rey Genserico y el emperador bizantino Zenón en 474, ratificado por Hunerico, hijo y sucesor del primero, en 481-482, pondrá fin al conflicto. Sin embargo, para entonces, la organización política del Imperio de Occidente se había desmoronado.

No cabe duda de que la actuaciones de Genserico desestabilizaron, en buena medida, el orden romano en el mundo Mediterráneo. Al dominar los mares Baleárico y Jónico, los vándalos provocaron el aislamiento de Italia respecto a Hispania y Africa, aunque, sin duda, las relaciones entre estas dos últimas áreas, tradicionalmente muy estrechas, debieron acentuarse. Al mismo tiempo, las razzias vándalas sobre el sur de Italia, donde se concentraban importantes patrimonios senatoriales, sacaron a la luz la disparidad de intereses entre la aristocracia itálica y la del sur de las Galias. Los grandes propietarios de Italia, absorbidos por el problema vándalo,

olvidaron la situación de emergencia que se vivía en las Galias, y optaron por otorgar todo su apoyo a la gestión de los generalísimos de origen bárbaro encargados de la seguridad de la Península. Por su parte, la nobleza subgálica, ajena a las incursiones vándalas, procuró buscar un entendimiento con los monarcas visigodos y burgundios, en cuyas manos descansaba ya buena parte del sistema regional de defensa, para contener el avance los francos. Sin embargo, ni los vándalos ni ninguno de los otros pueblos germánicos establecidos en el interior de la Romania a lo largo del siglo V puede ser considerado como responsable directo de la ruina de las estructuras estatales del Imperio en su parte occidental.

La desaparición del estado romano en Occidente fue un proceso histórico largo y complejo, que si bien contó con el impulso del asentamiento de los pueblos bárbaros, no estuvo determinado por el mismo, sino más bien por el triunfo de la alianza entre las grandes familias de la aristocracia provincial y los altos mandos del ejército contra la monarquía y el aparato de la administración central.

Las rivalidades existentes entre los miembros de la cúpula militar de Ravenna y la necesidad de proteger unas fronteras demasiado extensas y permeables, con los mínimos gastos para las arcas del estado, decidieron la progresiva regionalización de los sistemas defensivos. Este fenómeno unido a la rápida barbarización de las fuerzas de combate, vino a converger con los intereses de las aristocracias provinciales de Occidente, que ya a fines del siglo IV consideraban demasiado oneroso para sus economías privadas el mantenimiento de las estructuras administrativas y de defensa estatal instauradas en tiempos de Diocleciano y Constantino. Los grandes propietarios del suelo de los distintos ámbitos regionales dependientes del

gobierno de Ravenna acabarían aliándose con los jefes militares de su propia área territorial, con frecuencia, príncipes bárbaros, que compartían su interés por sacudirse la autoridad del estado y reemplazarlo por construcciones regionales, vinculadas al Imperio únicamente de manera teórica. En definitiva, se trataba de sustituir un organismo costoso e ineficiente, por una serie de entidades políticas más baratas y operativas, que permitiesen a los grandes propietarios locales desarrollar las posibilidades una economía basada en relaciones de dependencia, y a la élite militar bárbara acceder a la propiedad del suelo y al disfrute de las ventajas materiales de las que gozaba la aristocracia romana.

Por supuesto, el estado romano, encarnado por la monarquía, se resistió a desaparecer, apoyándose en la burocracia patrimonial de la casa imperial, dirigida por los eunucos del sacrum cubiculum, y en el aparato administrativo del poder central. Sin embargo, en el Occidente del siglo V, el cubiculum jamás adquirió el grado de desarrollo, que alcanzaría durante ese mismo período en Oriente, y por tanto, no pudo actuar de manera eficaz como mecanismo de interposición entre la corona y las oligarquías provinciales, frenando las tendencias centrífugas que manifestaban estas últimas. En cuanto a los altos cargos de la administración central, sabemos que eran patrimonio de la aristocracia senatorial itálica, única interesada en preservar las estructuras de gestión del estado, como elemento de distintivo de clase, aunque sin perjuicio de que sus competencias quedasen reducidas al ámbito peninsular. De hecho, el aparato de la administración central romana se conservó fosilizado, durante toda la etapa ostrogoda.

Otro de los sectores, en el que se apoyó el estado romano para intentar sobrevivir, fue la Iglesia Católica. No hay

que olvidar que en 380, mediante el edicto de Tesalónica, Teodosio I había hecho del credo de Nicea la fides romana, es decir, la religión oficial del Imperio. El catolicismo aportaba la justificación ideológica sobre la cual descansaba la monarquía autocrática. Frente a la constitución de los primeros reinos bárbaros, en su mayor parte de confesión arriana, el clero niceno, habituado a gozar de la protección de las autoridades imperiales, reaccionó tomando partido a favor de éstas. Pese a que Agustín de Hippo Regius intentó desligar los destinos de la Iglesia de los avatares del Imperio, el discurso del poder elaborado en medios eclesiásticos, durante el siglo IV, abocaría al episcopado católico a la defensa del estado romano. De ahí que sea la Iglesia Católica quien, bajo el reinado de Justiniano, actúe directamente en pro de la restauración de la autoridad imperial en Africa e Italia.

El hundimiento de la monarquía imperial en Occidente no fue, sin embargo, tan drástico y violento como en principio podría pensarse. Tras la extinción de la dinastía valentiniano-teodosiana, se produjo el advenimiento de una serie de soberanos de extracción senatorial, los llamados imperatores clarissimi. Encabeza la lista, Petronio Máximo, representante de los intereses de la aristocracia itálica, y le sigue Eparquio Avito, candidato del rey visigodo Teodorico II y miembro de la poderosa nobleza subgálica. Durante este último reinado, y pese a su brevedad, se puso de manifiesto la divergencia de intereses entre las clases dirigentes de Italia y las Galias. A partir de 457 y hasta 472, el patricio de origen suevo-gótico Ricimer, magister utriusque militiae praesentalis, ejercerá un auténtico protectorado sobre Italia. De común acuerdo con el Senado romano, nombrará a los emperadores o aceptará la designación efectuada por el basileus de Constantinopla. Aún así, no todos los soberanos occidentales de esta época fueron meros títeres al



servicio de sus intereses. Livio Severo y Olibrio responden, en esencia, a este prototipo. Sin embargo, Mayoriano y Antemio, que finalmente serían eliminados, procuraron reforzar la autocracia de la monarquía, a costa de limitar el poder de la nobleza senatorial y de los altos mandos del ejército de Italia.

Después de la muerte de Ricimer, se precipitó la ruina de la monarquía imperial en Occidente. Su sobrino, el burgundio Gundobado, que le sucedería por un breve período de tiempo en el cargo de generalísimo, proclamó emperador a Glicerio, un burócrata de Ravenna, cuyo reinado apenas duraría unos meses. En 474, el gobierno de Constantinopla, aprovechando que Gundobado había abandonado Italia para enfrascarse en las luchas intestinas del reino burgundio, colocó en el trono a su propio candidato, Julio Nepote, quien contaba con todas las garantías de legitimidad, ya que había sido designado por su colega oriental, León I, y se hallaba emparentado con la familia de éste. Sin embargo, y pese a sus esfuerzos, Nepote tampoco lograría consolidar su soberanía sobre Italia. En 475, obligado a abandonar la Península por la rebelión del general panonio Orestes, habría de buscar refugio en Salonae, capital de la provincia de Dalmatia, donde reinaría otros cinco años. Entre tanto, Orestes invistió con la púrpura a su hijo Rómulo, quien en agosto de 476 fue destronado por el oficial hérulo Odoacro.

La caída del pequeño emperador y el fin de la monarquía imperial sobre Italia se produjo como consecuencia de la grave crisis financiera por la que atravesaba el estado romano. Durante las últimas tres décadas Sicilia, las Galias e Hispania, habían pasado a ser administradas directamente por monarcas bárbaros. Y Dalmatia obedecía a Julio Nepote. La pérdida de control directo sobre estas áreas, comportó una notoria merma de recursos para las arcas del estado, que, ya con anterioridad

al reinado de Rómulo, se había visto en dificultades para abonar con regularidad la soldada a los efectivos bárbaros, que componían el ejército de Italia. Ante la demora en los pagos, la tropa exigió un reparto de tierras, al que el gobierno de Ravenna se negó, provocando el estallido de una rebelión militar. Los sediciosos proclamaron rey a Odoacro, quien, tras eliminar a Orestes y deponer a Rómulo, envió a Constantinopla las insignias imperiales junto con una carta del Senado, en la que éste expresaba su deseo de que no fuese designado un nuevo soberano para la pars Occidentis, sino que el emperador de Oriente asumiese dicha función. En principio, Zenón rehusó hacerlo, forzando a Odoacro a acatar la soberanía de Julio Nepote. Tras el asesinato de éste, acaecido en la villa de Diocleciano próxima a Salonae, en el año 480, la legítima autoridad imperial sobre Occidente revirtió de nuevo al basileus de Constantinopla, quien no creyó necesario volver a designar un colega para que reinase sobre Italia y Dalmatia. Odoacro, que disfrutaba del apoyo momentáneo de la aristocracia senatorial, al haber recuperado el control de Sicilia de manos vándalas, se hizo cargo de la administración de ambas regiones como delegado de Zenón, quien se había visto obligado a sancionar su autoridad.

No cabe duda de que la monarquía imperial desapareció en Occidente porque constituía un obstáculo para el adelanto de los intereses socio-económicos y políticos de la nueva clase dirigente itálica, compuesta por los grandes propietarios del suelo y los altos oficiales de origen bárbaro al mando del ejército regional. Eliminando la presencia inmediata de un autócrata, este grupo suprimía la principal barrera que limitaba su poder, siéndole factible acometer reformas en el sistema estatal desarrollado durante el Bajo Imperio, que, en cuanto atañe a su estructura militar, resultaba financieramente inviable.

Para 480 el estado romano en Occidente se ha desmoronado. No obstante, el Imperio subsiste como realidad tangible, tanto en el plano material como ideológico. La mayor parte de los monarcas germanos, con excepción de los reyes vándalos, seguían reconociendo la supremacía de la autoridad imperial, representada ahora por el basileus de Constantinopla, y consideraban que sus respectivos reinos formaban parte de una entidad política superior: el Imperio romano, cuya universalidad nadie cuestionaba. Partiendo de estos presupuestos teóricos, se articulará un nuevo sistema de estados en el mundo Mediterráneo. A la cabeza del mismo se sitúa el emperador residente en Bizancio, que ejerce su autoridad de manera directa sobre todo Oriente; mientras que en Occidente diversos príncipes bárbaros, auxiliados por las aristocracias provinciales e investidos con títulos honoríficos y cargos áulicos imperiales, gobiernan como delegados de este soberano, sobre distintas áreas geográficas de la Romania.

A lo largo del siglo V, los emperadores de Constantinopla habían dado numerosas pruebas de interés por restablecer una gestión centralizada del Imperio, extendiendo su autoridad a Occidente. La vieja hipótesis de que Bizancio sobrevivió, gracias a que sus gobernantes, con una visión maquiavélica, desviaron hacia el oeste las invasiones que tenían lugar en su territorio, resulta hoy día insostenible. Los godos de Alarico fueron utilizados por la corte de Constantinopla contra la de Ravenna y viceversa. Si finalmente pasaron a Occidente, no fue a causa de las presiones del gobierno oriental, sino porque Alarico, consciente del papel que estaba desempeñando, decidió sacar el mayor provecho posible del conflicto, marchando sobre Italia, para, más tarde, intentar cruzar a Africa. En cuanto a Atila, sabemos que, por iniciativa propia y con anterioridad a sus expediciones militares sobre las

Galias y el norte de Italia, ya había desarrollado una intensa actividad política y diplomática en Occidente, de lo que se deriva que su interés por la región no respondía simplemente a las sugerencias de Marciano. Por último, el envío de Teodorico a Italia en 488, no tuvo otro objetivo que el de sustituir a Odoacro, cuya lealtad a Zenón resultaba cada vez más tibia, por un caudillo germano partícipe de la idea de unidad del Imperio, que actuara como delegado del basileus en la Península.

Prueba de que el gobierno de Constantinopla no sacrificó Occidente, pese a los conflictos que a veces le enfrentaron con las autoridades de Ravenna, es que, con frecuencia y en la medida de sus fuerzas, acudió en ayuda de las provincias del oeste. En 410, Teodosio II despachó un ejército en socorro de su tío Honorio, que luchaba contra los visigodos. Después de la muerte de éste, en el año 423, el soberano oriental intentó restablecer la gestión centralizada del Imperio, sin ningún éxito. A pesar de su fracaso, hizo todo lo posible por conservar el trono de Occidente para su dinastía. Tropas bizantinas, bajo el mando del general de origen alano Ardabur y de su hijo Aspar, allanaron el camino al pequeño Valentiniano III, primo de Teodosio, hasta el solio de Ravenna. En 431, a petición de Gala Placidia, madre de Valentiniano y regente del Imperio occidental, Aspar fue enviado a Africa con un ejército reclutado en Oriente, a fin de contener el avance de Genserico. Diez años más tarde, en 441, Teodosio II organizó, a requerimiento de Valentiniano, una expedición contra los vándalos. Finalmente, la flota imperial, que debía trasladar a las tropas hasta Africa, no pasó de Sicilia, pero logró alejar de Italia la amenaza vándala. La muerte de Teodosio no puso fin a este clima de colaboración. En 452, Marciano ordenaría atacar a Atila, que amenazaba el norte de Italia.

El asesinato de Valentiniano III en 455, puso fin al reinado de la casa de Teodosio I en Occidente. Marciano, que se hallaba emparentado con la rama oriental de la familia a través de su matrimonio con Pulqueria, hija de Arcadio y hermana de Teodosio II, se consideró, a partir de este momento, como único soberano de ambas partes del Imperio, negándose a reconocer a Petronio Máximo y Eparquio Avito, como legítimos emperadores de Occidente.

León I, sucesor de Marciano, intervino de manera mucho más activa en Occidente, a través de la puesta en marcha de una serie de proyectos destinados a restablecer la autoridad imperial sobre la totalidad del Mediterráneo. Su obra se anticipa en más de medio siglo a la de Justiniano, y constituye la más clara prueba a favor de la pervivencia de la idea del Imperio universal y del interés del gobierno de Constantinopla por mantener el dominio romano sobre el conjunto del litoral mediterráneo.

Tras un apoyo inicial a Mayoriano, que no llegó a cuajar debido a la oposición del partido progermánico de la corte de Bizancio, León patrocinó un ambicioso plan restaurador, que preveía el retorno a la situación existente a comienzos del reinado de Valentiniano III. Por una parte, intentó reforzar la autocracia imperial, muy deteriorada en la pars Occidentis bajo el reinado de los imperatores clarissimi, proclamando Augusto en 467 al patricio Antemio, yerno del emperador Marciano, y enviándole a Italia en compañía de una fuerza armada, que le permitiese cierta libertad de movimientos frente a las presiones del general Ricimer y el Senado de Roma. Por otro lado y de manera paralela, tomó acción para recuperar el control del Mediterráneo occidental, organizando una importante expedición contra los vándalos. Desafortunadamente, la enorme inversión efectuada por el gobierno de Constantinopla en esta empresa, no

dio los resultados apetecidos. En 468, la armada imperial, que debía trasladar hasta Africa al ejército encargado de expulsar a los vándalos, fue aniquilada por Genserico en la Bahía de Túnez. Unos años después, en 471, las fuerzas de Antemio, que intentaban restablecer la autoridad imperial sobre el sur de las Galias, fueron derrotadas por el rey visigodo Eurico. Ricimer, apoyado por un destacado sector de la aristocracia itálica, que deseaba verse libre de la tutela del autócrata griego, aprovechó la ocasión para alzarse en armas contra éste. En la primavera de 472, Antemio era eliminado, en el trascurso del último episodio de una sangrienta guerra civil.

El desastre no impidió que en 474, León I pusiese en marcha un segundo proyecto de restauración, designando como emperador de Occidente a Julio Nepote, quien ocuparía el trono con el apoyo de fuerzas orientales. El emperador Zenón, yerno y sucesor de León I en la pars Orientis, intentaría que los planes de su suegro saliesen adelante, sellando un tratado de paz con Genserico. Este acuerdo no sólo garantizaba el fin de las incursiones vándalas sobre las costas del Mediterráneo oriental, sino también sobre las de Italia, favoreciendo, así, la estabilidad del reinado de Nepote. La rebelión de Orestes, que obligó al soberano occidental a refugiarse en Salonae, no alteró la postura del basileus de Constantinopla. Como ya hemos indicado, tras la caída de Rómulo Augústulo, el emperador Zenón obligaría a Odoacro y al Senado de Roma a reconocer la soberanía de Julio Nepote sobre Occidente. Por supuesto, se trataba de un acatamiento formal, sin repercusiones políticas sobre Italia, ya que Nepote jamás abandonó la Dalmatia. Su asesinato en 480, puso término a la política intervencionista promovida por León I. Zenón, consciente de las dificultades financieras, políticas y sociales, por las que atravesaba la pars Orientis, decidió liquidar los costosos proyectos de restauración de su predecesor,

asumiendo la soberanía nominal sobre todo Occidente.

Los problemas de Oriente, durante el siglo V, no fueron menos graves que los de Occidente. Para empezar, Bizancio también hubo de ocuparse activamente en la defensa de sus fronteras. Hasta comienzos del reinado de Marciano, la principal amenaza se concentró en el Danubio y estuvo representada por los hunos. Bajo el mando de Atila, éstos traspasaron el limes en numerosas ocasiones, asolando las diócesis de Dacia, Macedonia y Tracia. Especial gravedad revistieron los ataques de los años 441, 447 y 451. Tras la muerte del monarca huno y la desmembración de la confederación tribal que éste lideraba, el principal problema en la región lo constituirían los ostrogodos asentados en la Pannonia.

El Imperio de Oriente no fue ajeno al problema del reclutamiento de efectivos militares. Al igual que ocurría en la pars Occidentis, los grandes propietarios preferían pagar un tributo especial a prescindir de mano de obra agraria. A las dificultades de la recluta, venían a sumarse la escasa eficacia combativa de los limitanei encargados de la defensa fronteriza, como pusieron de manifiesto las invasiones húngaras, y los enormes costes financieros que suponía para el estado el mantenimiento de este sistema de seguridad.

En consecuencia, el gobierno de Constantinopla hubo de efectuar cambios, a fin de adecuar una organización militar cara e ineficiente a las nuevas necesidades del Imperio. Desde mediados del siglo V, se advierte una tendencia generalizada a recurrir, cada vez con mayor frecuencia, al empleo de federados bárbaros. Marciano y León I asentaron a los ostrogodos en la Pannonia, y los utilizaron como principal fuerza defensiva en el área danubiana. Como resultado de esta política, se produjo un

incremento de la influencia germánica en la corte de Constantinopla, lo que no sólo obstaculizó los proyectos restauracionistas de León, que contemplaban la eliminación del reino vándalo, sino que además provocó un conflicto con los restantes elementos de la cúpula militar.

A partir de 466, la monarquía, deseosa de eliminar las limitaciones que le imponía el partido germánico, comenzó a apoyarse en los isaurios, otro de los sectores del ejército, representado por el joven Zenón, yerno del emperador León. La entrada en escena de los isaurios provocaría en 471 la caída de Aspar, el líder del partido germánico, asesinado por orden del basileus, durante la celebración de un banquete en la residencia imperial. Aún así, los germanos continuarían causando problemas al estado bizantino, hasta finales del siglo V.

Tras la desaparición de León I y el advenimiento al trono de Zenón, se produjo el estallido de una grave crisis política. El nuevo soberano hubo de hacer frente a toda una serie de conjuras cortesanas, a las que en modo alguno fue ajeno el elemento germano, y a dos usurpaciones, la primera de ellas dirigida por el tío de su esposa Ariadna, Basilisco, quien le apartaría del trono durante varios meses. Por otro lado, y pese a la pérdida de influencia cortesana que había supuesto para el partido germánico la caída de Aspar, los ostrogodos poseían cada vez mayor peso en la defensa de la región danubiana. La solución al problema se presentó en 488. Ante la necesidad de sustituir a Odoacro en el gobierno de Italia, Zenón optó por llegar a un acuerdo con el monarca ostrogodo Teodorico el Amalo, a quien envió como su representante oficial, con autorización para establecer a su pueblo en la Península.

A la muerte de Zenón, en 491, un acuerdo entre la



corte y la Iglesia de Constantinopla elevó al trono a un miembro de la burocracia palatina, el silenciario Anastasio, que tomó por esposa a la emperatriz Ariadna, viuda de su antecesor e hija de León I. Si la cuestión germana había quedado prácticamente solventada, después del establecimiento de los ostrogodos de Teodorico el Amalo en Italia, no ocurría lo mismo con el problema de los isaurios. Como ya hemos visto, la desarticulación del partido germánico en el seno del estado mayor bizantino se había efectuado mediante la constitución de un partido isaúrico, que sirvió de contrapeso y minó la influencia de aquél. El poder militar acumulado por los generales y cuerpos de élite de origen isaurio, representaba para el estado una amenaza tan grave, como el que antaño concentraran los altos oficiales germanos. Entre 491 y 497, Anastasio lograría conjurar el peligro, expulsándolos del servicio de palacio, combatiéndolos en sus montañas y deportando a quienes no perecieron a la diócesis de Tracia.

Después este último episodio de violencia, el estado romano-oriental, es decir, la monarquía, la corte y el aparato burocrático, consiguió superar el riesgo de absorción por parte de los contingentes militares bárbaros encargados de su defensa, ya fuesen de origen germano o autóctonos, como es el caso de los isaurios. Bizancio salió de esta prueba reforzada. La experiencia de medio siglo de agonía, le resultaría bastante útil en su dilatada historia a lo largo del medievo, ya que le otorgó esa casi inagotable capacidad de asimilar pueblos y complejos culturales foráneos, que se encuentra en la base de su supervivencia milenaria. No obstante, la dedicación a la lucha para resolver sus propios problemas con los bárbaros, limitó enormemente sus posibilidades de intervención en la mitad occidental del Imperio.

Por otra parte, no hay que olvidar que, durante este

mismo período, Bizancio hubo de hacer frente al desafío de las conflictos religiosos. Si a lo largo del siglo IV, la discusión de los teólogos orientales había girado en torno a la naturaleza de Dios Padre y Dios Hijo, origen de la controversia arriana, en el siglo V la cuestión a debate fue la relación entre naturaleza humana y naturaleza divina en Cristo. La escuela racionalista de Antioquía venía defendiendo, desde finales del siglo IV, una unión meramente coyuntural, que conservaba la distinción y separación de ambas naturalezas. Esta proposición dogmática, defendida por Nestorio, patriarca de Constantinopla, sería condenada en el concilio de Efeso de 431, gracias a la alianza entre las sedes patriarcales de Alejandría y Roma, cuya política eclesiástica era adversa a la de Constantinopla.

A modo de reacción contra el nestorianismo, la escuela de Alejandría evolucionó en sus formulaciones cristológicas, hasta llegar a sostener que en el momento de la encarnación, la naturaleza divina había absorbido y anulado a la humana, y que, por tanto, en Cristo se daba una sola naturaleza, la divina. Esta doctrina, conocida como monofisismo, fue condenada en 451 por el Concilio de Calcedonia, que declaró un Cristo único en dos naturalezas, sin confusión, alteración, división o separación.

En Siria, Palestina, Egipto, Armenia y Mesopotamia, donde el monofisismo había hecho importantes avances, esta fórmula jamás sería aceptada ni por las masas populares ni por un importante sector del clero local, particularmente, aquel que se hallaba vinculado a instituciones monásticas. Las medidas represivas a las que apelaron las autoridades imperiales, a fin de doblegar la contumacia de los monofisitas, sólo provocarían el estallido de sangrientos disturbios. Más allá del debate teológico, el símbolo de fe de Calcedonia desveló la profundidad de la sima que separaba la Península Balcánica, las islas del

Egeo y Asia Menor, fuertemente helenizadas y romanizadas, de las provincias más orientales del Imperio, en las que pervivían complejos culturales autóctonos de gran vitalidad, y sólo los cuadros dirigentes participaban del helenismo cosmopolita, introducido por los conquistadores greco-macedonios y perpetuado por el régimen municipal romano. Desde un primer momento, en estas zonas, se identificó el credo de Calcedonia con los odiados representantes del gobierno de Constantinopla y con la élite provincial; en tanto que el monofisismo se convertía en el soporte ideológico de la resistencia indígena a la explotación económica de las clases privilegiadas y a la dominación política del estado bizantino.

Las tendencias centrífugas de las provincias orientales y su irredentismo dogmático preocupaban lo suficiente al gobierno de Constantinopla, como para que en 482, el emperador Zenón considerase oportuno publicar un Edicto de Unión o Henotikon, en el que se proponía una fórmula conciliatoria, destinada satisfacer tanto a calcedonenses como a monofisitas. Pero ni unos ni otros quedaron contentos. Sólo los sectores más moderados de ambos bandos se avendrían al compromiso, dando lugar a la formación de tercer grupo, adepto al credo oficial, y con implantación en la corte y en los organismos oficiales del estado. Por otra parte, la nueva formulación doctrinal, defendida por el patriarca Acacio de Constantinopla, provocó un cisma con Roma, que ya no se resolvería hasta el año 518, tras el ascenso al trono de Justino I, un emperador calcedonense. A pesar de las dificultades encontradas para restablecer la comunión con el pontífice, resultó más fácil superar la ruptura con la sede de San Pedro que llegar a un acuerdo con los monofisitas. De hecho, el peligro que éstos representaban para la unidad del Imperio se iría agravando progresivamente, a lo largo de las siguientes décadas, como consecuencia de la reactivación de la amenaza persa

y el comienzo de las incursiones fronterizas de las tribus árabes, que hallaron en las provincias orientales una población poco dispuesta a defender los intereses estratégicos de Constantinopla.

En cualquier caso, a comienzos del siglo VI, la situación interna del Imperio de Oriente era mucho más estable que cincuenta años atrás, y por tanto, los gobernantes bizantinos estaban en mejor posición que en tiempos de León I, para intentar restablecer de la autoridad imperial en Occidente. La crisis germánica e isaúrica se hallaban definitivamente cerradas. Y aunque el viejo conflicto persa comenzaba a reanimarse y en el horizonte se divisaban ya nuevas amenazas, como la de los eslavos en el Danubio y la de los árabes en Oriente, aún no constituían un peligro tan grave que el Imperio hubiese de comprometer todas sus fuerzas en combatirlo.

Los emperadores de Constantinopla no habían renunciado nunca a la concepción universalista del Imperio, como lo demuestran los esfuerzos diplomáticos efectuados por Zenón, Anastasio y Justino I, a fin de que los monarcas germanos, que gobernaban sobre las antiguas provincias occidentales, reconociesen su autoridad suprema. Desde el punto de vista de la teoría del poder, el oeste de la Romania seguía formando parte del Imperio, dado que su unidad se consideraba indisoluble y eterna. Los reyes bárbaros no eran más que jefes de milicias al servicio de la res publica romanorum, en quienes el emperador había delegado temporalmente la administración de Occidente, sin por ello renunciar a su soberanía sobre estos territorios. En consecuencia, el basileus de Constantinopla gozaba de plena legitimidad jurídica para restablecer una gestión centralizada del Imperio, y poner término al sistema policéntrico que había generado, durante el siglo V, la crisis del estado romano en

Occidente. Tan sólo era necesario que se presentasen las circunstancias apropiadas, para hacer valer sus derechos. Justiniano I, cuyo reinado coincidió con una coyuntura favorable, sería el monarca que llevase a cabo esta tarea, presentándola ante sus súbditos como una misión de carácter sagrado, ya que sagrada era la potestad imperial y sagrada su obligación de defender a la Iglesia Católica frente a los heréticos principes germanos de confesión arriana.

Una serie de condiciones favorables permitirían a Justiniano afrontar la restauración de la autoridad imperial en Occidente, sin temor a que una crisis imprevista o problemas de orden interno frustrasen sus objetivos, como le había ocurrido a León I. En primer lugar, la frontera oriental se hallaba en paz. El tratado sellado con Persia en 532, y que se mantendría en vigor hasta 540, permitiría al gobierno de Constantinopla actuar en Occidente sin preocuparse de la retaguardia. Por otra parte, las reformas fiscales y la reorganización financiera efectuadas por Anastasio habían dejado las arcas del estado repletas, de manera que existían recursos materiales más que suficientes para acometer la empresa. Y para terminar, la virulencia del conflicto religioso había decrecido momentáneamente, ya que siendo el emperador ortodoxo, y su esposa Teodora monofisita, ambos grupos se sentían representados por la monarquía.

A través de los resortes diplomáticos, el gobierno de Constantinopla pudo cercionarse de que la situación interna de los estados romano-germánicos establecidos a orillas del Mediterráneo era de gran inestabilidad. La alianza entre los jefes bárbaros de los ejércitos regionales y los grandes propietarios romanos, que en su momento había propiciado el desplome del Imperio de Occidente, pasaba por un momento crítico.

A pesar del tiempo transcurrido, no se había alcanzado una fusión completa entre ambos grupos. Ciertamente, en torno a las cortes regias existían uniones mixtas y tendencias a crear una única clase dirigente. Pero, incluso en estos ámbitos, donde la aculturación de las élites germánicas era más notoria, no faltaban grupos que se oponían a una romanización total, aferrándose al arrianismo como la última de sus señas de identidad cultural.

Por otra parte, las relaciones intergermánicas, con su complicada política matrimonial, sus enfrentamientos entre distintas ramas de los linajes reales, y sus continuos cambios de alianzas, promovían intrigas, usurpaciones, conspiraciones, magnicidios y conflictos bélicos, que hacían de cada uno de los reinos bárbaros un objetivo fácilmente vulnerable para el Imperio.

En principio, y desde un punto de vista estratégico, no parece que la cúpula militar bizantina haya diseñado un plan general de reconquista, al que atenerse de manera rigurosa. Antes bien, los procedimientos aplicados apuntan a que el estado mayor de Justiniano se limitó a explotar en beneficio de los intereses del Imperio distintas situaciones de debilidad coyuntural, por las que atravesaban los estados romano-germánicos occidentales, y que, como ya hemos señalado, conocía bien a través de su red de contactos diplomáticos.

La primera oportunidad se presentó en el reino vándalo. El enfrentamiento entre dos ramas del linaje real, descendientes de Genserico, había generado una situación de ilegitimidad en el trono, que justificaba la intervención imperial. Este conflicto intestino venía de tiempo atrás y, en buena medida, se hallaba ligado al ordenamiento sucesorio de la

monarquía asdinga, que llamaba al trono al miembro de mayor edad de la estirpe regia, con independencia del grado de parentesco que le uniese a su antecesor, provocando sangrientos episodios, cuando la corona pasaba de una rama a otra de la familia. Genserico había contribuido a agravar el problema, otorgando casa propia a sus tres hijos: Hunerico, Teodorico y Gento. Cada una de estas domus, en torno a la cual se agruparía una rama de descendientes del soberano, estaba dotada de un rico patrimonio, compuesto por villas de recreo, instalaciones agropecuarias, tierras de labor, bosques, ganado y esclavos, y de una poderosa clientela hereditaria, integrada tanto por germanos de confesión arriana como por romanos católicos. Tras la muerte de Genserico, la domus se convirtió en el soporte material que permitiría sostener las luchas sucesorias entre sus descendientes.

En 530, el príncipe Gelimer, jefe de la casa de Gento y heredero oficial del trono, derrocó al rey Hilderico, cabeza de la casa de Hunerico y legítimo soberano de los vándalos. La incapacidad de este monarca para contener la agresión de las tribus beréberes, las medidas que adoptó a favor de la Iglesia Católica y su decisión de reconocer la supremacía de la autoridad imperial, quebrantando la tradicional independencia de los reyes Asdingos respecto al estado romano, soliviantó los ánimos de un importante sector de la nobleza vándala, que, agrupado en torno a la casa de Gento, brindó a Gelimer la oportunidad de hacerse con el poder supremo por la vía de las armas. Ciertamente, la mayoría de los notables de ascendencia germana que apoyaron esta rebelión se aferraban al arrianismo como su última seña de identidad cultural, pero Gelimer también contó con la ayuda de numerosos romanos de confesión católica, que formaban parte de su clientela. Lo cual demuestra que el conflicto tuvo un origen político, vinculado a las luchas sucesorias entre las distintas ramas del linaje regio, y que no fue producto del antagonismo

religioso, como pretendieron hacer creer a Justiniano algunos miembros del círculo de Hilderico, deseosos de acelerar la intervención imperial. De hecho, el propio Gelimer, que apenas llegado al trono intentó sellar un acuerdo con el gobierno de Constantinopla, nunca revocó las medidas tomadas por su antecesor en provecho de la Iglesia Católica.

Ahora bien, aunque los conflictos de la monarquía vándala ofrecían al emperador un pretexto para justificar la intervención militar en el norte de Africa, pasarían más de tres años antes de que ésta se materializase. La cúpula militar bizantina y los ministros a cargo de los distintos departamentos financieros del estado romano-oriental, consideraban que la operación entrañaba demasiados riesgos. Finalmente, parece haberse optado por aguardar el surgimiento de una crisis coyuntural en el interior del reino vándalo. Esta se produjo en 533, cuando la nobleza romana de la Tripolitania, liderada por Pudencio, se alzó en rebelión contra Cartago, al tiempo que en la Sardinia vándala, el gobernador germano Godas se autoproclamaba rey en oposición a Gelimer. Inmediatamente, Justiniano despachó fuerzas en apoyo de los insurgentes, para, a continuación, enviar una expedición al norte de Africa, bajo el mando del general Belisario. En menos de cuatro meses y con un ejército de apenas 18.000 hombres, Belisario sometió la mayor parte del territorio africano dominado por los vándalos, tras derrotar a Gelimer por dos veces consecutivas en las batallas Ad Decimum y Tricamarum. A comienzos de 534, las fuerzas imperiales ocuparon Caesarea de Mauritania, Septem, las islas Baleares, Corsica y Sardinia, últimos reductos en poder del enemigo, con lo que el mar Baleárico y la región del estrecho pasaron a ser nuevamente controlados por el Imperio. Pocas semanas después, Gelimer se entregaba al vencedor.



La restauración de la autoridad imperial sobre el norte de Africa, fue acompañada por un intento de restablecer las condiciones socio-económicas y materiales existentes con anterioridad a la invasión vándala de 429. La Iglesia Católica y los grandes propietarios de la Proconsularis desposeídos por los vándalos, obtuvieron la restitución de sus bienes y privilegios. Por otra parte, el sistema fiscal, que se había relajado bastante durante la etapa de dominio vándalo, recobró el rigor característico de un estado hiperburocratizado, como era el bizantino. La annona, comercializada durante casi un siglo por los monarcas germanos de Cartago en el mercado occidental, fue desviada a Oriente, a fin de satisfacer las necesidades alimenticias de la población de Constantinopla, dedicándose el sobrante al mantenimiento de las fuerzas imperiales establecidas en Africa. No en vano, de 543 a 548, se libraron una serie de agotadoras guerras contra las tribus maurus de la Numidia, la Byzacena y la Tripolitania, que ofrecían una tenaz resistencia a la dominación bizantina.

La caída del reino vándalo fue seguida de la intervención en la Italia ostrogoda. En 535, Belisario, obedeciendo ordenes del gobierno de Constantinopla, desembarcó en Sicilia, y en pocas semanas ocupó las principales ciudades y puertos de la isla, dando inicio con estas operaciones a las llamadas "Guerras Góticas".

Las circunstancias que permitieron a Justiniano tomar acción en Italia se hallan íntimamente vinculadas al estallido de un conflicto sucesorio, en torno al cual convergen toda una serie de problemas de orden social y político. Teodorico el Amalo, muerto en 526, había legado el reino ostrogodo a su nieto Atalarico, bajo la regencia de la princesa Amalasunta, hija del anciano soberano y madre del pequeño príncipe. Ahora bien,

mientras que el proceso de aculturación de la aristocracia vándala se hallaba muy avanzado a comienzos del siglo VI, si exceptuamos el aspecto religioso, la nobleza ostrogoda no había hecho tantos progresos. En la corte de Ravenna coexistían dos facciones, una que se concentraba en torno a la regente, probizantina y partidaria de la política de pacífica convivencia entre godos y romanos inaugurada por Teodorico; y otra que, habiéndose apoderado de la persona de Atalarico, se manifestaba orgullosamente progermánica. En esta última no sólo se integraban numerosos próceres godos, sino también destacados miembros de la aristocracia senatorial romana, que consideraban más ventajoso para sus intereses socio-económicos la continuidad del dominio bárbaro a la restauración de una gestión centralizada del Imperio, bajo el control directo de Constantinopla.

La muerte del joven Amalarico en 534, supuso un duro revés para el partido progermánico, ya que Amalasunta asumió personalmente la potestad regia. Sin embargo, presionada por los sectores más conservadores de la corte, que no admitían el gobierno en solitario de una mujer, acabaría casándose con su primo Teodato, quien aceptó desempeñar un papel de rey consorte, desprovisto de atribuciones políticas. Este príncipe, pese a sus simpatías probizantinas, no tardaría mucho en convertirse en un instrumento al servicio de la facción progermánica. Inducido por los consejos de algunos de sus miembros, en 535, destronó a la soberana y la hizo ejecutar, ofreciendo a Justiniano el casus belli que el gobierno de Constantinopla andaba buscando.

En principio, la guerra contra Teodato cobró la apariencia de una marcha triunfal. Mientras un ejército bizantino, al mando del general Mundo, ocupaba la Dalmatia, Belisario penetraba con sus tropas en Italia desde Sicilia. Nápoles cayó en sus manos, tras pocas semanas de asedio. Ante el

incontenible avance de las fuerzas imperiales, el partido progermánico eliminó a Teodato, sospechoso de connivencia con el enemigo, y proclamó rey al general Vitiges, quien, al no pertenecer a la estirpe regia de los Amalos, hubo de legitimar su ascenso al trono tomando por esposa a Matasunta, hija de Amalasunta y nieta de Teodorico. El 9 de diciembre de 536, Belisario entraba en Roma por la Porta Asinaria, al tiempo que la guarnición de 4.000 hombres dejada por Vitiges, la abandonaba por la Porta Flaminia. A comienzos de la primavera de 537, el monarca ostrogodo puso sitio a Roma. Durante un año, Belisario, que había instalado su cuartel general en la Ciudad Eterna, resistiría los asaltos de las fuerzas enemigas, en medio de las más rigurosas privaciones. Convencido, al fin, de la inutilidad de sus esfuerzos, Vitiges decidió replegarse hacia el norte, adonde a partir de 538 se trasladaría el escenario de las operaciones bélicas. El sur de Italia quedaba en manos de los bizantinos. No obstante, a Belisario le costaría aún dos años abrirse paso hasta Ravenna y obtener la rendición de Vitiges, quien, tras entregarse al general, fue enviado a Constantinopla, junto con el tesoro de Teodorico.

Contra todo pronóstico, la caída de Ravenna y la capitulación de Vitiges no pusieron fin al conflicto. En 541, los ostrogodos, reagrupados en torno al joven general Totila, reanudaron las hostilidades, poniendo en peligro el dominio bizantino sobre la Península Itálica. Aunque Totila fue proclamado rey, en la práctica, el estado ostrogodo se reducía a un ejército en campaña bajo el liderazgo de un caudillo militar, razón por la cual sólo podía ser sometido mediante la fuerza de las armas. Belisario, derrotado en varias ocasiones, acabó siendo sustituido por el eunuco Narsés, hábil estratega y diplomático, que, dotado de abundantes recursos humanos y materiales, lograría aniquilar al enemigo entre 552 y 554. Este

último año, Justiniano promulgó una pragmática sanción, en la que abordaba la reorganización de Italia, completamente arruinada después de dos décadas de guerra.

El restablecimiento de la autoridad imperial en Occidente culminó con la intervención militar bizantina en Hispania. A mediados del siglo VI, la situación del poder visigodo en el sur de la Península era muy frágil, en parte debido a la reciente incorporación del valle del Guadalquivir al ámbito del poder gótico, y en parte a causa de los conflictos que desgarraban el seno de las clases dirigentes.

Para conocer las raíces del problema, es necesario remontarse a los primeros años del siglo V, cuando los visigodos acababan de penetrar en la mitad occidental del Imperio. A través de los testimonios que nos han legado las fuentes, sabemos que por entonces la aristocracia goda se hallaba dividida en dos facciones, una adversa a todo compromiso con el gobierno de Ravenna, y otra partidaria de integrarse ventajosamente en el estado romano, mediante un proceso de fusión con la nobleza senatorial. Ataúlfo y Sigeberto se inclinaron por esta opción y sufrieron muerte violenta. Walia, candidato de la facción progermánica, terminaría aproximándose al grupo prorromano, ante el fracaso de su política belicista. El asentamiento de los visigodos en las Galias, que se produjo hacia el final del reinado de este príncipe, favorecería la aproximación entre las aristocracias germánica y romana, al convertir a los notables godos en propietarios del suelo. De manera paralela, y en gran parte como consecuencia de este hecho, los visigodos comenzaron a amoldarse la estructura social del Imperio, ya que mientras la nobleza accedía al disfrute de formas de vida propias de los cuadros dirigentes provinciales, la masa popular quedó relegada a una condición muy parecida a la del campesinado dependiente

romano.

Teodorico I, sucesor de Walia, procuró mantener un equilibrio entre la facción prorromana y la facción germánica, apoyándose ora en una ora en otra, según conviniese a sus intereses dinásticos. El soberano estaba empeñado en convertir la monarquía visigoda en patrimonio de su casa, la de los Baltos. Y para ello, nada más útil que favorecer la incorporación de los godos al orden social y económico del mundo romano, que llevaba aparejado la transformación de la vieja aristocracia militar y gentilicia en una nobleza terrateniente al servicio de la monarquía. El fortalecimiento de la autoridad real, implícito en este proceso, no fue ajeno a la asimilación de elementos materiales y conceptuales propios de la monarquía imperial romana. Al menos, desde el reinado de Teodorico II, la corte de Tolosa adopta el ceremonial áulico de Constantinopla, con toda su simbología autocrática. Pese a los conflictos que enfrentaron a Eurico, sucesor de Teodorico y campeón de la facción germánica, con los emperadores León I, Antemio y Julio Nepote, la monarquía visigoda no abandonará jamás los ritos bizantinos de exaltación de la potestad regia.

A fines del siglo V, la presión de los francos sobre las fronteras del reino de Tolosa, obligará a la monarquía visigoda, representada por Alarico II, a apoyarse sobre la aristocracia senatorial romana, en cuyo favor efectuará importantes concesiones. Para esta época la aculturación de la nobleza visigoda se hallaba bastante avanzada, aunque subsistían círculos adversos a la fusión con las élites provinciales, especialmente en el plano religioso, ya que ello entrañaba la pérdida de la última seña de identidad germánica, el credo arriano, y en consecuencia, la renuncia a una posición de privilegio ante la monarquía.

La panorama político, ya de por sí enrevesado, vino a complicarse aún más cuando Alarico II tomó por esposa a la princesa ostrogoda Tiudigoto, hija de Teodorico el Amalo. La facción prorromana de la corte de Tolosa no tardó en concentrarse alrededor de la reina. Este colectivo compartía el ideal de armónica convivencia entre romanos y godos, que presidía en aquellos momentos la actuación de Teodorico en Italia. Por otra parte, el linaje real de los Amalos, descendiente de los míticos Anses, gozaba de mayor prestigio que el de los Baltos, lo que debió redundar beneficio de la facción prorromana que rodeaba a la reina. El propio Alarico, sin duda sometido a la presión de este círculo, se vio obligado a reconocer la supremacía de la estirpe de su esposa, aceptando que el primer fruto de su matrimonio con Tiudigoto llevase el nombre de Amalarico. Entre tanto, el partido germánico, que rechazaba la fusión con los romanos, el incremento de la autoridad real y la preminencia que comenzaban a adquirir los ostrogodos en la corte de Tolosa, cerró filas en torno al joven Gesaleico, hijo de Alarico, nacido de una unión anterior a su casamiento con Tiudigoto.

La trágica muerte de Alarico II en 507, combatiendo a los francos en el campo de batalla de Vouillé, y el inmediato desmoronamiento del reino de Tolosa, pusieron de manifiesto las diferencias que separaban a las dos facciones presentes en la corte visigoda. Tras la derrota, los fieles de Amalarico abandonaron las Galias, en compañía del pequeño príncipe y de su madre Tiudigoto, para refugiarse en Hispania, mientras que los magnates partidarios de la casa de los Baltos se congregaron en Narbo, donde proclamarían rey a Gesaleico. En tales circunstancias, Teodorico el Amalo decidió intervenir militarmente en el sur de las Galias, a fin de contener el avance de los francos y sus aliados burgundios. Una vez conjurado este peligro, el monarca ostrogodo lanzó sus fuerzas contra Gesaleico,

según la propaganda oficial, con el propósito de defender los derechos de su nieto Amalarico. Pero en realidad, el objetivo de Teodorico no era otro que el de asumir personalmente la potestad regia sobre los visigodos.

A partir de 511, y tras haber aplastado a la facción que sostenía a Gesaleico, el soberano ostrogodo se hizo con el control político del sur de las Galias y los territorios hispanos dominados por el reino de Tolosa, que en la práctica se reducían a la Tarraconensis, la zona interior de la Carthaginiensis y la región meridional de la Lusitania. Inmediatamente, envió a Hispania efectivos militares, bajo el mando del general Teudis, miembro de una noble familia ostrogoda y antiguo oficial de su guardia de corps, a quien había designado tutor de Amalarico. De manera simultánea, promovió la celebración de matrimonios mixtos entre oficiales ostrogodos destacados en la Península e hijas de próceres visigodos, a fin de fusionar ambos grupos nobiliarios germanos. La intención de Teodorico era establecer un gran reino romano-germánico que se extendiese desde la Dalmatia hasta la Lusitania, dominando toda la región noroccidental del Mediterráneo, y para ello resultaba imprescindible crear una élite germánica unitaria y leal a los dictados de Ravenna. En 515 el soberano casó a su hija Amalasunta con Flavio Eutarico Ciliga, un príncipe godo vinculado por lazos de parentesco tanto a la casa de los Amalos como a la de los Baltos, y al que deseaba convertir en su sucesor al frente de ambos reinos.

Pero los proyectos de Teodorico comenzaron a desvanecerse muy pronto. En Hispania, Teudis actuaba como un auténtico regente, desatendiendo las ordenes que le llegaban de Ravenna. Comandante en jefe del ejército ostrogodo de ocupación, había comprendido, desde un primer momento, que para reforzar su posición personal en la Península debía establecer alianzas con

la poderosa aristocracia provincial. En consonancia con estas directrices, él mismo se casó con una rica heredera hispanorromana, dueña de grandes dominios, en los que reclutaría un ejército privado de 2.000 hombres.

Por otra parte, la política de matrimonios mixtos entre altos oficiales enviados desde Italia y damas de la nobleza visigoda no había dado los frutos apetecidos. Estas alianzas se produjeron en el entorno cortesano e intensamente romanizado que rodeaba a Teudis, y su único efecto deseable consistió en reafirmar los vínculos de solidaridad ya existentes entre la cúpula militar ostrogoda y el sector de la aristocracia visigoda partidario de la casa de los Amalos. Por lo demás, sólo contribuyeron a aumentar las diferencias que separaban a este grupo, poderoso pero minoritario, de la facción adversa al proyecto político teodoriciano, que se vio apartada de los órganos de decisión y poder y de la que se temía, no sin motivos, que encabezase una rebelión contra la hegemonía ostrogoda. En tales circunstancias, Teodorico no podía prescindir de Teudis. El general mantenía el control sobre los territorios peninsulares y seguía enviando puntualmente los tributos a Ravenna, por más que se negase a comparecer ante el soberano para dar cuenta de su gestión.

La muerte de Eutarico en 522-523, dejó a Teodorico sin candidato adecuado para heredar el trono de ambos reinos, por lo que, tras su propia desaparición en 526, le sucederían sus dos nietos, Atalarico como rey de los ostrogodos y Amalarico como soberano de los visigodos. La unión de los dos reinos godos había sido meramente personal y coyuntural, pero la separación no supuso que la influencia ostrogoda decreciese en el ámbito hispano. Antes bien, el hecho de que la cúpula militar continuase estando integrada por generales y oficiales enviados a la



Península desde Ravenna en tiempos de Teodorico, contribuyó a perpetuar la hegemonía política ostrogoda. Por otra parte, la vinculación de estos altos mandos militares a la nueva nobleza cortesana, formada a partir de la fusión de elementos romanos-germánicos, le aseguraba el control del trono, como los acontecimientos se encargarían de demostrar.

El joven rey Amalarico, empeñado en la defensa de los intereses subgálicos del antiguo reino de Tolosa, volvió a enfrentarse con los francos, siendo derrotado en las inmediaciones de Narbo. Poco después, moría asesinado en Barcino. Este hecho no tardaría en ser capitalizado por Teudis, quien, a falta de descendientes de la casa de los Amalos, se apoderó de la corona, mediante el uso de la fuerza. El nuevo monarca abandonaría definitivamente la idea de restablecer el poder visigodo sobre el sur de las Galias, contentándose con mantener el dominio de la Narbonensis. Bajo su reinado se inicia, pues, la hispanización del reino visigodo, con la instalación de la corte en el interior de la Península Ibérica, y el progresivo sometimiento de amplias regiones, que hasta aquel momento habían escapado al control de la monarquía visigoda. Precisamente, los primeros años del reinado de Teudis parecen haber estado dedicados a esta labor. Todos los datos apuntan a que la zona costera de la Carthaginiensis, el valle del Guadalquivir y la región del estrecho fueron incorporados al dominio visigodo durante el período que se extiende entre 531 y 546. La ausencia de información relativa a conflictos con los antiguos cuadros dirigentes de estas áreas, nos induce a pensar que Teudis se valió de sus buenas relaciones con la aristocracia provincial romana, para llevar la empresa a buen término.

Los progresos del expansionismo visigodo en el sur y el levante peninsular coinciden cronológicamente con el comienzo

de la restauración imperial en Occidente. La postura de Teudis ante este acontecimiento, que en principio desbordó su capacidad de respuesta, evolucionó de una prudente cautela ante la reconquista de Africa a una actitud de franca hostilidad hacia el Imperio y de colaboración con los reyes ostrogodos Ildibaldo y Totila, miembros de su propia familia, a partir de 540. En cualquier caso, Teudis no suponía una amenaza para los proyectos de Justiniano. Su intento de auxiliar a Ildibaldo fue neutralizado por los aliados francos del emperador, que en 541 invadieron la Tarraconensis, obligando al monarca visigodo a desviar su atención de Italia, para concentrarla en el problema hispano. En cuanto a la expedición dirigida contra Septem en 547-548, se saldó con una humillante derrota ante las fuerzas imperiales. Poco después, el propio Teudis sucumbía a una conjura tramada por miembros de la facción antiostrogoda.

No obstante, los partidarios del extinto monarca poseían aún el suficiente poder en la corte, como para elevar al solio a su propio candidato, el célebre general Teudisclo, quien había rechazado la invasión franca de la Tarraconensis en 541. El nuevo soberano, apenas llegado al trono, emprendió una dura política de represión contra las familias de la aristocracia envueltas en el complot que había costado la vida a Teudis. Su objetivo consistía en afianzar el poder de la monarquía, eliminando a los principales adversarios de la dominación ostrogoda, que no estaban dispuestos a integrarse en la nobleza de servicio fiel al ideal teodoriciano. Lo expeditivo de los métodos empleados por Teudisclo en esta persecución, dio lugar a la trama de una conjura contra su persona. En 549, apenas un año después de haber asumido la potestad regia, el monarca fue asesinado en Hispalis, sede de la corte, durante la celebración de un banquete.

En esta ocasión, el partido antiostrogodo logró colocar en el trono a uno de sus líderes, el prócer visigodo Agila. En represalia por los agravios sufridos, el monarca adoptó severas medidas contra los miembros de la facción rival, tanto germanos como romanos. De hecho, es muy posible que Agila haya sido el soberano que prohibió la celebración de sínodos provinciales católicos en el reino visigodo, consentidos hasta aquel momento por todos los monarcas ostrogodos. Su política adversa al catolicismo y a la fusión con la aristocracia provincial romana, provocó el estallido de una rebelión con centro en Corduba, liderada por algunas de las principales familias de la Baetica. Los intentos de Agila por aplastar un movimiento, que ponía en peligro el dominio godo sobre el valle del Guadalquivir, no dieron resultados positivos. En 550, el propio monarca sufrió una humillante derrota ante las puertas de Corduba, en la que perdió a su hijo y el tesoro real. Ante la inestabilidad de la situación política en la Baetica, Agila decidió trasladar la corte de Hispalis a Emerita, oportunidad que fue aprovechada por los líderes del partido ostrogodo, para proclamar rey en Hispalis a Atanagildo, quien probablemente ocupaba el cargo de dux o gobernador militar de la provincia.

Informado de los acontecimientos, Agila comenzó a hacer preparativos para combatir al usurpador. Este, por su parte, sabiendo que las fuerzas con que contaba no podrían resistir el empuje de su rival, solicitó la ayuda del Imperio. Evidentemente, su situación debía ser desesperada, pues de otro modo nunca hubiera dado tal paso, ya que nadie ignoraba que las querellas intestinas de vándalos y ostrogodos habían abierto las puertas de Africa e Italia a los ejércitos imperiales.

La demanda de socorro presentada por Atanagildo encontró buena acogida en Constantinopla. Justiniano, que no

quería dejar escapar la ocasión para hacerse con el control de la orilla septentrional del estrecho de Gibraltar, se comprometió a suministrarle tropas de apoyo. Lo más probable es que se acordase un pacto, semejante al que en 533 se propusiera al usurpador Godas de Sardinia. Este tipo de alianza obligaría a Atanagildo a reconocer la supremacía de la autoridad imperial, a aceptar la presencia de un general romano en sus dominios y la instalación de guarniciones bizantinas en algunas plazas. A efectos prácticos, se trataba una custodia compartida del territorio, ya que cualquier decisión del monarca aliado debía ser aprobada por el general romano, antes de llevarse a cabo.

Pero Atanagildo no tenía muchas opciones donde elegir y, sin duda, aceptó todas las cláusulas impuestas por el gobierno de Constantinopla. Sobre la ratificación de las mismas no hay duda posible, ya que durante años se conservó copia manuscrita del tratado en el archivo de la cancellería imperial. Pese a la destrucción del documento, a causa de un incendio que afectó a estas dependencias a fines del reinado de Justiniano, en las postrimerías del siglo VI, el papa Gregorio I todavía conocía el contenido del pacto, lo que demuestra que debió tener acceso a un duplicado o a un resumen del texto original.

A comienzos del verano de 552, Justiniano envió a la Península Ibérica un pequeño ejército, bajo el mando del patricio Liberio. Las fuerzas imperiales, tras cruzar el estrecho de Gibraltar, se dirigieron a Hispalis, para reunirse allí con Atanagildo. Su llegada resultó providencial, ya que el usurpador se hallaba cercado por las tropas de Agila. Gracias a la colaboración militar bizantina, Atanagildo lograría batir a su enemigo ante los muros de la ciudad, obligándole a replegarse a Emerita. Acto seguido y en virtud de los acuerdos suscritos con Justiniano, debió designar algunas plazas de la región del

estrecho y del litoral mediterráneo de la Baetica, para que se estableciesen en ellas guarniciones bizantinas. Es posible que la ciudad de Malaca, se halla convertido en el centro de los territorios defendidos por imperiales, en esta primera fase de su intervención en la Península.

Durante tres años no se produjo ningún acontecimiento destacable. Pero, sin duda, el monarca hispalense, así como la aristocracia de la Baetica tuvieron tiempo más que sobrado para darse cuenta de que el principal objetivo de los imperiales no consistía en colaborar a favor de la victoria de su causa, sino en restablecer la autoridad imperial sobre el mediodía peninsular. Sus sospechas se confirmaron, cuando en la primavera de 555, una vez concluidas las Guerras Góticas en Italia, Justiniano envió un segundo ejército, que, según todos los indicios, desembarcó en Carthago Spartaria.

La aristocracia romana de la Carthaginensis marítima, parece haber recibido con hostilidad a los imperiales. Algunos de sus más destacados miembros, como Severiano de Carthago Spartaria y su familia, emigraron a Hispalis, por entonces residencia de Atanagildo; lo que a nuestro entender refleja cierto grado de connivencia entre la nobleza levantina y el monarca hispalense, único personaje del que, dada su relación con los bizantinos, cabía esperar que encontrase una salida ventajosa para todos. Algo parecido debieron pensar los partidarios de Agila, ya que, apenas tuvieron noticia del desembarco imperial, se apresuraron a eliminar a su soberano, para someterse a la autoridad de Atanagildo. Entre tanto, el ejército bizantino que había desembarcado en la Carthaginensis avanzaba por la costa en dirección al estrecho, con el propósito de unir sus fuerzas a las guarniciones imperiales de la Baetica. A lo largo de su camino, fue ocupando plazas estratégicas y estableciendo en ellas

contingentes armados, de manera que, en poco tiempo, todo el litoral mediterráneo, desde Carthago Spartaria hasta Gibraltar estuvo dominado por las tropas de Justiniano.

Atanagildo, ante el fracaso de sus gestiones para llegar a un acuerdo con los bizantinos y temiendo por su propia seguridad, se apresuró a trasladar la corte a Emerita, desde donde organizaría varias campañas contra las posiciones ocupadas por los imperiales. Daba comienzo así un conflicto entre los antiguos aliados, al que no tardaría en venir a sumarse el estallido de una rebelión en la ciudad de Hispalis, que, de este modo, se adhería al movimiento de insurgenencia de la aristocracia provincial romana, iniciado en Corduba tras el asesinato de Teudisclo.

Mientras el dominio godo sobre la Baetica saltaba en pedazos, los bizantinos consolidaban sus posiciones a lo largo de la franja litoral que se extiende desde el cabo de La Nao al estrecho de Gibraltar. Nada permite suponer que se hayan internado en el valle del Guadalquivir, ni mucho menos que, en algún momento, llegasen a ocupar ciudades como Hispalis o Corduba. Su objetivo prioritario parece haber sido el de establecer un limes en profundidad, similar a los que existían en otras fronteras del Imperio, a fin de proteger sus recién adquiridas posesiones. Africa debió aportar el modelo, ya que la nueva provincia de Spania, sin duda organizada desde Constantinopla, a través de las autoridades de Cartago, quedó integrada a esta praefectura praetorio. El limes se organizaría en base a dos líneas: una costera, con al menos dos grandes ciudades porturias fuertemente amuralladas, Carthago Spartaria y Malaca, que podían autoabastecerse y comunicarse por mar; y otra interior, compuesta por una serie de castra et castella, situados en los pasos estratégicos que conducían al Mediterráneo.

Ahora bien, Justiniano no se conformó con proteger las fronteras de sus dominios, mediante los más avanzados sistemas de fortificaciones. De manera paralela a las primeras campañas militares en Occidente, el gobierno de Constantinopla desarrolló una política de alianzas con los pueblos bárbaros asentados en las inmediaciones de sus fronteras, a fin de reforzar la seguridad de las mismas. Tras la caída de Cartago, Belisario, actuando en nombre de Justiniano, selló pactos con varios príncipes mauros, quienes, a cambio de que el soberano bizantino confirmase su potestad regia y les concediese el pago de un subsidio anual, estaban dispuestos a prestar servicios de índole militar al Imperio.

El establecimiento de alianzas con los pueblos bárbaros de las fronteras resultaba enormemente ventajoso para los intereses de Bizancio, ya que garantizaba la participación de éstos en la defensa de las provincias limítrofes, ofrecía una cantera donde reclutar regimientos para emplearlos en otras zonas del Imperio y reafirmaba la autoridad del emperador, cuya soberanía suprema era reconocida por los caudillos y jefes aliados. Cuando no era posible llegar a acuerdos con todos los pueblos de una determinada región, debido a la existencia de rivalidades y conflictos entre ellos, se optaba por sellar un tratado con el más poderoso. En caso de que éste fuese enemigo del Imperio y no hubiese más remedio que firmar pactos con otros dotados de menos recursos, el gobierno de Constantinopla estimulaba los conflictos intertribales, de modo que mientras los bárbaros combatían entre sí, no se volviesen contra el territorio romano. Gracias esta la política pactual, las fronteras de Bizancio no sufrieron agresiones dignas de ser tenidas en consideración, durante la última década del reinado de Justiniano. No obstante, los subsidios que se pagaban a los príncipes aliados, llegaron a constituir una de las más pesadas

cargas financieras del estado.

En el caso de la Península Ibérica, todo parece indicar que Justiniano estableció un pacto con el rey visigodo Atanagildo, después de los enfrentamientos bélicos que tuvieron lugar a raíz del desembarco de tropas bizantinas en Carthago Spartaria, a comienzos de la primavera de 555. Este tratado, en el que sin duda debieron fijarse los límites entre el territorio hispanobizantino y el gótico, dejó a Atanagildo las manos libres, para verselas con las insurrecciones aristocráticas, que se estaban produciendo en la Baetica. No es improbable que el acuerdo también contemplase el pago de algún tipo de subsidio al monarca visigodo, ya que, como hemos visto, durante el reinado de Justiniano, esta práctica era habitual y solía emplearse tanto para obtener la colaboración militar de una tribu bárbara, como para mantener la paz con un gran estado. Si Atanagildo gozó de tales retribuciones económicas por parte del Imperio, resultaría más fácil explicar la organización de sus campañas contra los rebeldes de Corduba e Hispalis, ciudad esta última que lograría recuperar hacia 566-567. Tales expediciones comportaban enormes gastos, y la hacienda real, tras la pérdida del tesoro ante los rebeldes de Corduba en 550, no gozaba precisamente de buena salud, como lo demuestra el envilecimiento que se produjo, durante este período, en el peso y la ley de las imitaciones de sueldos y trientes imperiales acuñados en el reino visigodo. De cualquier manera, los subsidios bizantinos sólo habrían podido paliar la crisis coyunturalmente, ya que el gobierno de Constantinopla suspendió su pago, poco después de la llegada al trono de Justino II.

La desaparición del emperador Justiniano en 565 no provocó el brusco desmoronamiento de su obra. De hecho, los monarcas que le sucedieron, partícipes todos ellos de la



concepción universalista del Imperio, lucharían durante décadas por mantener en pie el edificio que Justiniano había levantado. Sin embargo, el sistema de defensa creado por este príncipe, comenzó a hacer aguas, desde los primeros momentos del reinado de Justino II.

El nuevo emperador y su esposa Sofía llegaron al poder gracias a un golpe palaciego, organizado por los altos cargos de la burocracia patrimonial y los oficiales de la guardia imperial. Dado el precario estado de salud mental en que se hallaba Justino, Sofía, que ascendió al trono como corregente, sería quien se encargase de supervisar la acción de gobierno, especialmente a partir de 573, cuando el estado de su marido alcanzó tal grado de deterioro, que fue necesario apartarle por completo de las funciones propias de su dignidad.

Pese a que en la corte imperial nada parecía haber cambiado, desde los primeros tiempos del reinado de Justiniano, el aspecto del mundo Mediterráneo, sobre el que reinaban Justino y Sofía, había sufrido importantes transformaciones durante los últimos 40 años. En el plano político, el Imperio romano parecía haber resucitado. Sobre el norte de Africa, las islas Baleares, Corsica, Sardinia, Sicilia, Italia, Dalmatia y el sureste de la Península Ibérica había sido restablecida la autoridad del emperador y la gestión directa del estado romano. Sin embargo, el esplendor de la fachada, a duras penas, podía ocultar la gravedad de la crisis socio-económica, que venía afectando al Imperio, desde comienzos de la década de 540.

La reconquista de Africa e Italia había reportado considerables beneficios financieros al estado bizantino. Lejos de agotar los fondos acumulados por Anastasio, contribuyó a incrementarlos con los tesoros de la monarquía vándala y

ostrogoda. Por otra parte, el restablecimiento de la gestión centralizada del Imperio, supuso el acceso a nuevos ingresos fiscales, que si bien en parte se destinaron a mantener los sistemas defensivos y el aparato burocrático estatal en las provincias reconquistadas, no por ello dejaron de proporcionar insospechados recursos al gobierno de Constantinopla. Así, una porción notable de la annona africana, pagada en especie, se destinó a la alimentación de la plebs frumentaria de la capital, que, de este modo, dejó de depender exclusivamente del grano egipcio y microasiático.

Ahora bien, a partir de 540, el panorama social y económico del Imperio se vio profundamente alterado. Al recrudecimiento de los conflictos con las tribus beréberes en el norte de Africa y a la reanudación de la guerra contra los ostrogodos en Italia y los persas en Oriente, vino a sumarse la violenta irrupción de la peste bubónica, que causó una elevadísima mortandad y, en consecuencia, una importante caída demográfica. La población mediterránea tardaría tres siglos en volver a alcanzar los niveles anteriores a la catástrofe, ya que durante 200 años, se produjeron rebrotes cíclicos, que impidieron su recuperación. Otros efectos sociales no menos destacados fueron la restructuración de los grandes patrimonios nobiliarios, el ascenso de una nueva élite, un vertiginoso aumento en el precio de bienes y servicios y la devaluación de las rentas de las clases privilegiadas, aspecto este último que incidió particularmente sobre la Iglesia, incapaz de reconvertir sus fuentes de ingresos, debido al carácter inalienable de los bienes eclesiásticos. El estado también experimentó las secuelas de la epidemia, ya que la brutal contracción de la mano de obra agraria repercutió negativamente en los ingresos fiscales. El rigor empleado en la recaudación tributaria, imprescindible para mantener un sistema defensivo que cada vez descansaba más en el

pago de subsidios a los pueblos y estados limítrofes, no favoreció la salida de la crisis. Antes bien la agravó, sobre todo en aquellas zonas que como Italia habían sido devastadas por la guerra, el hambre y la peste. En 565, el problema resultaba ya insostenible.

Justino y Sofía, apenas llegados al trono, pusieron en marcha un plan de reformas financieras, que, en los años subsiguientes, iba a tener profundas repercusiones en la estabilidad de las fronteras del Imperio. Desde el comienzo de su reinado, pero particularmente y ya de manera sistemática a partir de 568, optaron por interrumpir el pago de subsidios a los soberanos bárbaros y príncipes aliados. Esta decisión comportaba la ruptura del sistema de pactos, que tantos esfuerzos le había costado a Justiniano establecer. Inmediatamente, estallaron conflictos en todas las fronteras del Imperio. Avaros y eslavos devastaron la Tracia y el Illyricum, y de manera tangencial impulsaron el paso de los lombardos a Italia, donde la población, apenas recuperada de las Guerras Góticas y agobiada por las cargas fiscales, aceptó el asentamiento de este nuevo pueblo germano con complaciente neutralidad. En Africa, se originó una rebelión beréber, que se cobraría la vida de dos magistri militum, muertos en combate en 570 y 571 sucesivamente. Pero el problema más grave se planteó en Oriente. Cuando en 572, Justino rehusó abonar a los embajadores del Gran Rey los subsidios estipulados en el pacto 562, Cosroes I declaró la guerra a los romanos, dando lugar al inicio de una contienda que se prolongaría durante 20 años.

La nueva política financiera y defensiva del estado bizantino, también dejó sentir sus efectos en la Península Ibérica. El incumplimiento de los compromisos establecidos por Justiniano con Atanagildo, cuya naturaleza exacta desconocemos,

pero que, probablemente, incluyesen el pago de algún tipo de subsidio, abrió las puertas a un nuevo conflicto. Las hostilidades se reanudaron en un momento crítico de la historia del reino visigodo.

La muerte de Atanagildo, a comienzos del verano de 567, sin herederos varones legítimos, había desatado la lucha por el poder. En Toledo, ciudad donde el monarca instalase su residencia con posterioridad a 555, la reina viuda Gosvinta asumió la dirección política del estado, con el apoyo de la nobleza cortesana. Cinco meses después, a finales de 567 y ante la amenaza de una agresión franca, la aristocracia de la Narbonensis proclamó rey al dux provinciae Liuva. Pero, su legitimidad no fue reconocida en los territorios peninsulares, sobre los que Gosvinta siguió gobernando en solitario, por más de un año. Inesperadamente, en algún momento a lo largo de 569, el partido de la corte, leal a la casa de Atanagildo, que ahora lideraba la reina viuda, llegó a un acuerdo con la casa de Liuva. Esta alianza se selló mediante el matrimonio de Gosvinta con Leovigildo, el hermano menor de Liuva, que recientemente había sido asociado al trono y enviado a Toledo, para hacerse cargo del gobierno de las provincias hispánicas.

El consenso alcanzado entre ambas casas, sólo pudo responder a la necesidad de cerrar filas ante una amenaza exterior. Y a juzgar por las primeras y apresuradas actuaciones militares de Leovigildo, ésta provenía de Bizancio. Es muy posible que en 568, el gobierno de Constantinopla denunciase el último tratado suscrito con Atanagildo. El clima prebélico que este hecho generaría, ayuda a explicar la rapidez con que la aristocracia cortesana de Toledo llegó a un compromiso con la casa de Liuva. En cualquier caso, parece que, antes de decidirse por la vía de las armas, Leovigildo intentó llegar a un acuerdo

amistoso con Bizancio, haciendo manifestación pública de su disposición a reconocer la supremacía de la autoridad imperial. Así lo demuestra el hecho de que, en sus primeras acuñaciones, siga apareciendo la efigie y títulos de Justino II, sobre el anverso de las monedas.

De todos modos, sus gestiones diplomáticas debieron fracasar, ya que, en la primavera de 570, se vio obligado a organizar una campaña contra la provincia bizantina de Spania. El elaborado aparato propagandístico que rodeó a esta expedición, nos confirma la ruptura de las negociaciones con el Imperio y, lo que es más importante, pone en evidencia la quiebra definitiva de la ficción legitimista, que obligaba a los reyes bárbaros a acatar la soberanía del emperador. En la nueva emisión de numerario, destinado a pagar a las tropas que debían participar en las operaciones militares, la efigie de Leovigildo, portando las insignias imperiales, sustituye a la de Justino II.

Los resultados de la campaña de 570 no fueron precisamente espectaculares, aunque todo indica que el monarca visigodo logró apoderarse de la ciudad fronteriza de Basti. A su regreso a Toledo, Leovigildo conmemoró esta victoria, celebrando un triunfo al estilo romano, prueba de que, como la monarquía vándala en el pasado, también la visigoda pretendía afirmar su carácter autocrático, de inspiración bizantina, oponiéndose al Imperio que le suministraba el modelo.

En la primavera de 571, coincidiendo con la muerte de su hermano Liuva, que le convirtió en único monarca de todo el reino, Leovigildo emprendió una segunda campaña contra la provincia de Spania. Esta nueva empresa militar se saldó con la toma de Asidona, una de las ciudades fortificadas clave en el sistema defensivo bizantino. Pese a todo, los resultados de las

expediciones visigodas contra los dominios imperiales fueron harto pobres y, sin duda, excesivamente costosos. De ahí que el Leovigildo optase por abandonar la lucha contra los imperiales y concentrar todas sus fuerzas en doblegar la resistencia de la aristocracia meridional. En 572 ocupó Corduba, poniendo fin a más de dos décadas de rebelión, y en 577 sometió la comarca de la Orospeda. La progresiva consolidación del poder de la monarquía toledana sobre la Baetica, puso nuevamente en contacto a visigodos y bizantinos. Estos últimos contaban ya con un limes de seguridad bien defendido. No así Leovigildo, quien temiendo perder el control del mediodía peninsular, si se volvía a producir un desembarco de efectivos imperiales como el de 555, decidió crear su propia línea fortificada de frontera.

Mientras los godos aseguraban los límites de su territorio, en la corte de Constantinopla la emperatriz Sofía se enfrentaba a las presiones de la cúpula militar, que, en vista de la decadencia de las facultades mentales de Justino, exigía el nombramiento de un alto mando del ejército como heredero del Imperio. La soberana estaba dispuesta a llegar a un acuerdo, siempre y cuando le permitiese conservar su propia posición al frente del poder supremo. La candidatura del comes excubitorum Tiberio, joven protegido de Sofía, parece haber satisfecho a todas las partes. De modo que, en 574, aprovechando un breve período de lucidez de Justino, la emperatriz consiguió que éste adoptase como hijo a Tiberio y le proclamase César.

En adelante, el peso de la política militar y financiera recaería sobre los hombros del futuro soberano, quien, en ambos campos desarrolló una actividad opuesta a la que, hasta aquel momento, había llevado a cabo el círculo de Sofía. Echando mano de los recursos acumulados por los ministros de la emperatriz, efectuó grandes gastos en construcciones y donativos

al pueblo y a la Iglesia, al tiempo que intentaba reconstruir el sistema de pactos justiniano, a través de la firma de tratados y el restablecimiento del pago de subsidios. Ahora bien, con la ola de violencia desatada en las fronteras por la actuación política de Justino y Sofía, no resultaba nada fácil renovar los viejos acuerdos. Y cuando se lograba, era preciso pagar cantidades muchos más elevadas que antes. En consecuencia, la política de beligerancia se mostraba como el único camino posible para el Imperio de Oriente.

Las relaciones de Bizancio con el reino de Toledo, durante la época de Tiberio II, se caracterizaron por una tensa calma, que quedará interrumpida, hacia el final del reinado, por una nueva intervención del Imperio en los asuntos internos visigodos. Pese a los esfuerzos de Leovigildo por someter las áreas rebeldes de la Baetica y establecer un limes frente a los bizantinos, lo cierto es que la seguridad de las fronteras meridionales de su reino y el propio dominio gótico sobre la región se significaban aún por una extrema fragilidad. La poderosa aristocracia de la Baetica no había renunciado a su autonomismo, y daba muestras de tendencias centrífugas respecto al poder de Toledo. Leovigildo era consciente del problema, así como de la eventualidad de una intervención imperial, en el caso de que se produjese cualquier convulsión en la zona. El equilibrio se mantenía gracias a la presencia de la poderosa clientela de Atanagildo, que gobernaba la zona, ateniéndose a los dictados de la reina Gosvinta, tema que hemos abordado en la última parte de nuestra tesis.

Hispalis, ciudad estrechamente vinculada a los fastos del reinado de Atanagildo, se había convertido en uno de los principales bastiones de su casa. Lo más probable es que, tras la reconquista de la misma en 566, el soberano decidiese

asegurarse su control, mediante el establecimiento de alianzas con las grandes familias de la aristocracia local. Puesto que muchas de ellas ya habían mantenido estrechos contactos con su casa, durante los difíciles tiempos de la guerra contra Agila, simplemente se trataba de reconstruir unas redes de solidaridad deterioradas por los acontecimientos políticos, que habían determinado la rebelión contra el poder godo.

No hay que olvidar que, en los estados mediterráneos del período que marca el tránsito de la antigüedad al medievo, el clientelismo político constituyó la base de las relaciones de poder entre los miembros de la clase dirigente. Este fenómeno responde, sin duda alguna, a la nueva organización social que comienza a gestarse en el siglo III, aunque hunda sus raíces en las más antiguas instituciones de la Roma clásica. Desde un punto de vista socio-económico y a pesar de la ininterrumpida presencia de esclavos tanto en los campos como en los centros urbanos, las sociedades mediterráneas del año 300 al 800 no pueden ser clasificadas con la etiqueta de esclavistas. El grueso de las rentas de la clase privilegiada ya no se extraía del trabajo de mano de obra servil. De hecho, los esclavos hacía tiempo que habían dejado de dominar en la producción a gran escala del sector agrario. Otro tanto ocurría en las manufacturas urbanas, donde su uso había quedado relegado a las fábricas estatales. El único ámbito en el que aún se apelaba al trabajo de los esclavos, de manera exclusiva, era el doméstico. De ahí que la clase dirigente, habituada al trato cotidiano con decenas de servidores, mantuviera rasgos ideológicos propios de una sociedad esclavista.

El conjunto de transformaciones estructurales que se produjeron en el Bajo Imperio, favoreció la intensificación de las relaciones sociales de dependencia. Los hombres que habían



sustituido a los esclavos en los talleres urbanos eran jurídicamente libres, pero carecían de las prerrogativas políticas de los ciudadanos del Alto Imperio. Su condición había sufrido tal menoscabo, que sólo podían participar en la vida pública en calidad de miembros de la clientela de alguna de las poderosas familias de terratenientes, a cuyo consumo iba destinada buena parte de la producción artesanal. Tradicionalmente, la aristocracia romana había otorgado gran importancia a los vínculos establecidos con las clases bajas de las ciudades. Durante generaciones, los notables se habían pavoneado del número de clientes que llenaban sus salones en las recepciones matutinas, haciéndose acompañar por una multitud de ellos al Foro. Sin embargo, a medida que, en los siglos de la Antigüedad Tardía, el factor económico vaya adquiriendo un carácter prevalente en las relaciones de patronazgo y las instituciones municipales y estatales romanas pierdan vigor, la clientela dejará de funcionar como mero elemento de prestigio social, para convertirse en un mecanismo de poder efectivo, a través del cual los grandes propietarios, laicos y eclesiásticos, extiendan su dominio sobre las ciudades.

En el campo, la situación resultaba hasta cierto punto muy semejante. Los hombres que habían reemplazado a los esclavos como fuerza de trabajo se hallaban sometidos a diversas formas de dependencia, que la mentalidad conservadora de las clases dirigentes tendía a asimilar a la esclavitud. Es obvio que ni jurídica ni políticamente puede considerarse a estos campesinos como hombres libres, al menos en la acepción clásica del término; sin embargo, tampoco eran esclavos. Su acceso a la vida comunitaria estaba regulado por el tipo de vínculos que les ligaban a la tierra y las contraprestaciones establecidas con el propietario de la misma. Llegado el caso, la aristocracia no dudaba en utilizar a la población rural para defender sus propios

intereses de clase, reclutando entre los campesinos de sus dominios auténticos ejércitos privados.

Como puede advertirse, la estructura social del mundo mediterráneo, durante los siglos III al VIII, no corresponde ni al esclavismo dominante en la Antigüedad, ni al feudalismo de la Alta Edad Media. Los elementos propios del régimen señorial, que tímidamente se apuntan en la organización de los latifundios de la época, no comportan la existencia de una superestructura feudal, que sólo comenzará a emerger a fines de este período. De todo ello se desprende que la transición del esclavismo al feudalismo se efectuó a través de un sistema original y distinto a ambos, en el que se fusionaron elementos heredados de la Antigüedad con aportaciones novedosas, que tendrían su pleno desarrollo a partir del siglo IX.

En una sociedad donde el sistema productivo estaba basado en el trabajo de mano de obra dependiente, las relaciones entre los miembros de la élite no podían por menos que dejar traslucir esta realidad. Artesanos y campesinos no eran los únicos que buscaban protección. También lo hacían numerosos miembros de la nobleza, deseosos de obtener el apoyo de aquellas familias dotadas de mayores recursos financieros y de buenos contactos en la corte. Este tipo de clientelismo político, estrechamente ligado al desarrollo de los vínculos de patronazgo, ya había sido conocido en el Alto Imperio. Pero a partir del siglo V, adquirirá un mayor grado de complejidad, como consecuencia de la progresiva extensión y jerarquización de las redes de solidaridad aristocrática en torno a unas pocas grandes casas. De hecho, el poder acumulado por estas últimas, gracias a la ampliación de sus clientelas, acabaría sustituyendo, en amplias zonas del Imperio, a la autoridad del estado romano, carente de medios para frenar su ascenso. Instituciones sujetas

a derecho privado comenzaban, de este modo, a invadir el campo de lo público. Fenómeno nada extraño, si se tiene en cuenta que la clase dirigente romana, pese a su clara conciencia sobre la auctoritas et maiestas Imperii, siempre había tendido a considerar el estado como una especie de patrimonio colectivo aristocrático, confundiendo con frecuencia el ámbito de lo público con el de privado. De ahí, sus problemas a la hora de diferenciar las funciones públicas de los honores privados o su inclinación a administrar los caudales públicos como si se tratase de una fortuna particular.

Cada una de las grandes casas poseía su propio patrimonio, en el que se incluían tanto propiedades inmuebles como esclavos y trabajadores dependientes. De igual modo que estos bienes eran transmisibles por vía hereditaria de una generación a otra de la familia, también lo era su clientela aristocrática, que en el caso de las estirpes germánicas se hallaba integrada no sólo por gentes de origen bárbaro, sino también por romanos. La clientela desempeñaba un papel fundamental en la defensa de los intereses de la casa frente a las ambiciones de sus rivales. A fin de reforzar su posición política y económica, las grandes familias establecían alianzas con otras casas, habitualmente concertando enlaces matrimoniales entre sus miembros más jóvenes. Resulta, pues, comprensible la importancia que se otorga, a partir del siglo V, a las relaciones de parentesco, ya que éstas no sólo determinaban el lugar que cada cual ocupaba en el seno de una casa, sino que, además, regulaban el acceso de sus distintos miembros a la redistribución de bienes. De ahí el interés que subyace a toda nuestra tesis por el estudio de las grandes familias. El hecho de que hallamos dedicado amplio espacio a resaltar los vínculos y alianzas de cada casa, no responde a un prurito de erudición, sino a un intento de aproximarnos a la cotidianeidad de las relaciones de

poder. Con estos datos, aunque complejos, podremos entender mucho mejor los acontecimientos que tuvieron lugar en la Península Ibérica, durante el último tercio del siglo VI.

En 579, Hermenegildo, hijo mayor de Leovigildo, se casó con la princesa franca Ingundis, cuya madre, la visigoda Brunequilda, viuda del rey Sigeberto de Metz, era hija de Atanagildo y Gosvinta. Sin duda, Leovigildo consideró que esta alianza, que estrechaba lazos entre la casa de Liuva y la de Atanagildo, era beneficiosa para los intereses de la monarquía visigoda. Lo que no sospechaba el monarca es que, a través de la misma, su hijo se convertiría en una poderosa herramienta al servicio de los intereses de la reina Gosvinta. Confiando en la lealtad de Hermenegildo, el soberano le otorgó el gobierno de la Baetica. De este modo, pretendía satisfacer a la nobleza provincial, ligada a la casa de Atanagildo, al tiempo que vigilaba de cerca sus movimientos. Algunos meses después de la instalación de la corte del príncipe en Hispalis, Ingundis dio a luz un varón, al que se impuso el nombre de Atanagildo, en memoria de su bisabuelo materno; lo cual demuestra que Hermenegildo se había dejado ganar por la clientela de la familia de su esposa. La situación era verdaderamente explosiva. La casa de Atanagildo tenía, por fin, un heredero varón, y su líder, la reina Gosvinta, no estaba dispuesta a dejar pasar la ocasión sin hacer algo, para conseguir nuevas parcelas de poder. Antes de que acabase el año, Hermenegildo fue coronado rey en Hispalis, con el apoyo de los partidarios de la soberana, que seguramente otorgó su beneplácito desde Toledo.

En cambio, Leovigildo consideró este acto como una auténtica usurpación, lo que no impidió que las ciudades más importantes de la Baetica y la Lusitania, entre las cuales se incluían Corduba y Emerita, se uniesen a la causa de

Hermenegildo. A comienzos de 580, existían dos reinos visigodos, uno con capital en Toledo, que extendía su dominio sobre la Narbonensis, la mayor parte de la Tarraconensis, exceptuando la cornisa cantábrica, y el interior de la Carthaginensis; y otro con capital en Hispalis, que comprendía el sur de la Lusitania y los territorios de la Baetica bajo control godo.

Aunque en principio, el conflicto no respondía a un enfrentamiento religioso, los argumentos teológicos no tardarían en ser manejados por ambos bandos. Hermenegildo fue el primero en emplearlos, al hacer acuñar en una emisión monetaria, que conmemoraba su coronación, la leyenda REGI A DEO VITA, propia de las aclamaciones imperiales. Por su parte, Leovigildo, deseando fomentar la unidad ideológica de sus súbditos y ganar apoyos entre la nobleza hispanorromana, convocó en Toledo, aquel mismo año de 580, un concilio arriano, a fin de elaborar una formula de consenso y adoptar disposiciones que facilitasen la integración de los católicos en la iglesia oficial, sin necesidad de que volviesen a ser bautizados. Paralelamente, emprendió las primeras acciones militares contra su hijo, sin resultados destacables. Una invasión vascona en la Tarraconensis, a comienzos del verano de 581, mantendría a Leovigildo apartado del sur hasta la siguiente primavera.

Hermenegildo aprovechó este paréntesis para buscar aliados entre las potencias extranjeras. El reino franco de Metz, de donde procedía su esposa, y el reino suevo se comprometieron con su causa, pero el primero no podía hacer otra cosa que presionar sobre las lejanas fronteras de la Narbonensis, mientras que el segundo, hallándose sus bases estratégicas en la lejana Gallaecia, tampoco le era dado aportar una ayuda verdaderamente operativa. El principal aliado de Hermenegildo había de ser por fuerza el Imperio romano de Oriente, con el que compartía una

frontera inmediata.

En la primavera de 582, tras haber aplastado a los vascones, Leovigildo reanudó la guerra contra su hijo, ocupando la ciudad de Emerita, llave de la calzada que conducía a Hispalis. La situación comenzaba a ser preocupante, por lo que Hermenegildo, que ya estaba en contacto con el gobernador militar de la provincia de Spania, decidió enviar a Constantinopla una legación diplomática, encabezada por obispo católico de Hispalis, Leandro, a fin de solicitar ayuda del emperador Tiberio II. Según se desprende del posterior desarrollo de los acontecimientos, Leandro debió llegar a un acuerdo con las autoridades imperiales, en virtud del cual éstas se comprometieron a intervenir militarmente en el conflicto, a favor de Hermenegildo. Ignoramos cuáles fueron las contrapartidas. Pero lo más probable es que el gobierno oriental exigiese compensaciones territoriales y el reconocimiento de la supremacía de la autoridad del basileus por parte del príncipe rebelde.

Cuando Leandro regresó a la Península, halló ante sí un panorama verdaderamente inquietante. Leovigildo, que había instalado sus cuarteles de invierno en Emerita, se dedicaba por entero a supervisar los preparativos de la campaña que tenía pensado lanzar contra la Baetica, apenas llegase la primavera. Por su parte, Hermenegildo, consciente de que le resultaría muy difícil oponer resistencia al avance de las tropas de su padre, se disponía a resistir un largo asedio en Hispalis. En tales circunstancias, parece haberse producido la conversión del príncipe al catolicismo. Posiblemente, Leandro, recién llegado de Constantinopla, le hizo ver la conveniencia de pasar a la fe de sus aliados bizantinos, suevos y francos, estableciendo con ellos un nexo de unión de carácter religioso. Este vínculo también sería operativo con sus súbditos romanos, de cuya

colaboración no podía prescindir en la difícil hora que se avecinaba.

A finales de la primavera de 583, Leovigildo puso cerco a Hispalis y, tras neutralizar a un ejército suevo, que al mando del rey Miro intentaba llegar a la ciudad, para socorrer a Hermenegildo, tomó posesión de la misma. El usurpador y su familia buscaron refugio en Corduba, al tiempo que solicitaban del gobernador de Spania, que conforme a los acuerdos establecidos con el gobierno de Constantinopla, enviase tropas en su auxilio. La respuesta de las autoridades imperiales no se hizo esperar. Un ejército bizantino, posiblemente poco numeroso, se desplazó hasta la nueva capital de Hermenegildo, para participar en su defensa.

Con la llegada la primavera de 584, Leovigildo, que ya había sometido a su autoridad toda la región del bajo Guadalquivir, se abrió paso hasta Corduba. La ciudad no se hallaba indefensa. Contaba con la protección de sus muros, custodiados por los fieles de Hermenegildo, y con el apoyo de las tropas imperiales. Pronto se iniciaron los combates. El monarca toledano, que el año anterior había tanteado el potencial del Imperio comprobando su solidez, decidió pagar 30.000 sueldos al general bizantino, a fin de garantizar su no beligerancia en la batalla decisiva. El encuentro, que tuvo lugar ante los muros de Corduba, se saldó con la derrota de las fuerzas de Hermenegildo, quien, al cercionarse de que todo estaba perdido, buscó refugio en un santuario cercano, para finalmente entregarse como prisionero en manos de su hermano Recaredo. Poco después, sería trasladado a Toledo, donde se le obligó a participar en los rituales de sumisión, que acompañaron al triunfo celebrado por Leovigildo, en conmemoración de su victoria. Más tarde, fue desterrado a Valentia. Pero su estancia en esta ciudad no duraría

mucho. Ante el temor de que los bizantinos intentasen liberarlo, Leovigildo dispuso que se le trasladara a Tarraco, donde sería ejecutado en 585, posiblemente con el consentimiento del soberano.

Los temores del gobierno de Toledo, a una intervención imperial a favor de Hermenegildo, no carecían de fundamento. Tras la derrota del rebelde en Corduba, las fuerzas bizantinas se habían apoderado de su esposa Ingundis y de su hijo Atanagildo, a quienes enviaron a Constantinopla. La infortunada princesa murió en el viaje de ida, pero el niño llegó a Bizancio, convirtiéndose en un preciado rehén en manos del gobierno imperial, que muy pronto lo utilizaría en beneficio de sus propios intereses políticos.

A la sazón, ocupaba el solio el emperador Mauricio, quien había sucedido a Tiberio II en 582, sin ningún tipo de complicaciones, ya que este último, sintiéndose morir, había decidido nombrarle heredero del Imperio, otorgándole la mano de su hija Constantina. El nuevo soberano abandonaría por completo la política de su predecesor, tendente a restablecer el sistema de pactos justiniano, que resultaba inviable desde el punto de vista financiero. A partir de este momento, Bizancio adoptaría una postura beligerante en la defensa de sus fronteras, que si bien comportaba elevados gastos, nunca constituyó una carga tan onerosa para las arcas del estado, como el pago de subsidios a los príncipes bárbaros.

La conflictiva situación por la que atravesaban los dominios imperiales en Italia, sometidos a la presión de los lombardos, demandaba una profunda reorganización administrativa, que facilitase la defensa del territorio. Desde mediados del siglo VI, los sistemas de seguridad del Imperio se financiaban,



esencialmente, con fondos derivados de los dominios de la corona y de las cajas de las praefecturae praetorianae. A fin de dotar al ejército de Italia de mayor facilidad para acceder a estos recursos, en el otoño de 584, Mauricio creó el cargo de exarchus Italiae, otorgándole las competencias militares del antiguo magister militum y un amplio control sobre el praefectus praetorio Italiae, máximo responsable de la administración civil. De este modo, el nuevo encargado de la seguridad regional podría disponer, en cualquier momento y de manera inmediata, del producto del impuesto sobre la tierra, recaudado por la praefectura, y cuya partida más importante se hallaba destinada a financiar los gastos militares.

También en Africa se procedió a aplicar la reforma, a fin de consolidar la posición del Imperio frente a los pueblos mauros. Las primeras noticias sobre la presencia de un exarca en Cartago datan de agosto de 591; pero es posible que la reorganización interna de la antigua praefectura haya comenzado algún tiempo antes. Al igual que su colega de Ravenna, el exarchus Africae asumió las funciones militares del magister militum, si bien gozando de extensas prerrogativas sobre la administración civil, ya que el praefectus praetorio, responsable directo de la misma, fue colocado bajo su control. Con la formación de los exarcados occidentales, Mauricio sentó las bases de la militarización del aparato administrativo del Imperio, creando el precedente de los futuros *themas*.

La provincia de Spania, como parte integrante de la antigua praefectura praetorio Africae, quedó englobada en el exarcado de Cartago. Al frente de la administración militar, encontramos un gobernador, residente en Carthago Spartaria, que, debido a la inflación de títulos propia de la época, empleaba indistintamente los de dux y magister militum Spaniae. Bajo su

autoridad se hallaban varios tribuni et comites, oficiales al mando de los regimientos o numeri, acuartelados en las distintas ciudades fortificadas. La administración civil, teóricamente, recaía sobre la figura de un rector consularis, cargo que, a fines del siglo VI, era ejercido por el gobernador militar, algo común en aquellas provincias que como la de Spania sufrían una amenaza real de invasión por parte del enemigo.

Tras la muerte del rey Leovigildo en 586, se produjeron nuevas confrontaciones bélicas entre bizantinos y visigodos. Recaredo, el hijo y sucesor de Leovigildo, no parece que haya poseído gran capacidad de respuesta, lo que redundó en beneficio de las fuerzas imperiales, que pudieron recuperar algunas plazas importantes, a lo largo de la ruta que unía la región del estrecho con Hispalis. En sus orígenes, este conflicto se inscribe en la línea de hostilidad abierta entre Toledo y Constantinopla, durante la usurpación de Hermenegildo. Como en tantas otras ocasiones, el estudio del mundo mediterráneo en su conjunto nos ayuda a comprender mejor el desarrollo de los acontecimientos que tuvieron lugar en el interior del reino visigodo. A tenor de lo expuesto, conviene recordar que el gobierno de imperial contaba con la ventaja de tener en su poder al hijo del príncipe rebelde, el pequeño Atanagildo, pieza clave para concitar en su favor las simpatías de la aristocracia meridional.

Recaredo debió encontrarse en una situación bastante comprometida. El equilibrio de las estructuras políticas y sociales del reino que le había legado su padre era extremadamente frágil. La clientela de Atanagildo, liderada por la reina Gosvinta, había sido terriblemente humillada en la Baetica durante la guerra civil, pero eso no impedía que siguiese conservando importantes parcelas de poder. De hecho, el primer

acto de Recaredo, apenas hubo ceñido la diadema, consistió en obligar a la reina Gosvinta a adoptarle como hijo, con lo que se convirtió en heredero oficial de la casa de Atanagildo y, por tanto, en futuro jefe de la misma. Ahora bien, un importante sector de la clientela de esta casa se negó a reconocer sus derechos, teniendo en consideración que existía otro heredero, el hijo de Hermenegildo e Ingundis, rehén de los bizantinos.

A pesar de todo, Recaredo no cejó en su empeño. Decidido a hacerse con el control de la casa de Atanagildo, comenzó por aproximarse al grupo más proclive a la conciliación, la aristocracia meridional, cuyo máximo representante, el obispo Leandro de Hispalis, fue llamado a Toledo como consejero del monarca. Este prelado, que ya había intervenido en la conversión de Hermenegildo pocos años atrás, sugirió a Recaredo la conveniencia de dar el mismo paso. Así, en la primavera de 587, el soberano aceptó, a título personal, el credo de Nicea, hecho que tendría una enorme transcendencia en la historia inmediata del reino visigodo. Paralelamente y con el propósito de reafirmar su compromiso con la nobleza meridional, procedió a restituir los patrimonios confiscados por su padre a numerosos aristócratas rebeldes.

En tales circunstancias, se difundió la noticia de la desaparición del pequeño Atanagildo, cuya muerte acaecida en 586 había sido celosamente ocultada a la corte de Toledo, durante más de un año, por los gobernantes francos y bizantinos. La constancia del hecho provocó una auténtica conmoción política en el interior del reino visigodo. En ausencia de otro heredero, buena parte de la clientela de la casa de Atanagildo optó por reconocer los derechos de Recaredo. No obstante, algunos sectores de la misma, encabezados por la infatigable reina Gosvinta, opusieron una férrea resistencia, tramando conjuras y organizando

revueltas. La más destacada de ellas se produjo a comienzos del año 589 en la ciudad de Toledo. Aunque las fuentes no ofrecen detalles específicos sobre el complot, sabemos que Gosvinta intentó destronar a Recaredo, después de haber hecho pública con gran despliegue ceremonial su propia conversión al catolicismo. Descubierto la trama, la reina optó por el suicidio, con lo que Recaredo accedió a la jefatura de la casa de Atanagildo, poniendo fin a más de dos décadas de conflicto.

Tras estos acontecimientos, el soberano, aconsejado por el obispo Leandro de Hispalis y el abad Eutropio del monasterio Servitanum, tomó la decisión de convocar un concilio de la Iglesia Católica de todo su reino, a fin de proclamar solemnemente la conversión del pueblo visigodo. Los dos eclesiásticos mencionados, como buenos conocedores de la tradición conciliar del Imperio de Oriente, se encargaron de la organización del sínodo. Su labor permitió dotar al estado visigodo de una uniformidad ideológica de la que hasta el momento había carecido, y que resultaba imprescindible para aunar la fidelidad de la nobleza en torno a la monarquía gótica. La actitud independiente de la Iglesia Católica de Hispania, respecto a la política religiosa del gobierno de Constantinopla, facilitó a Recaredo la posibilidad de presentarse ante el III Concilio de Toledo de 589, como campeón de la ortodoxia y legítimo sucesor de los emperadores Constantino y Marciano, pudiendo, en consecuencia, justificar la traslación del poder de Roma a los reyes godos.

Ahora bien, ni la muerte de Gosvinta y ni los fastos del sínodo toledano, pusieron fin al conflicto con Bizancio, que se prolongaría a lo largo de todo el reinado de Recaredo. Durante este período, las fuerzas imperiales se mostraron sobradamente capaces de mantener sus posiciones en Hispania, e incluso de

recobrar algunas de las plazas que les había arrebatado Leovigildo. Aunque la Península se hallaba alejada de los grandes centros de poder de la época, el gobierno de Constantinopla no estaba dispuesto a renunciar a unos dominios, que le permitían controlar los tráficos a través del estrecho de Gibraltar y mantener su hegemonía sobre el mar Baleárico. La importancia concedida a las provincias occidentales en el conjunto del Imperio, puede valorarse a través del testamento que redactó en 597 el emperador Mauricio, y que, según se desprende de las noticias que conservamos sobre el mismo, preveía la instalación de sedes imperiales en Roma, Cartago y Tesalónica, a parte de la de Constantinopla. La idea de unidad y universalidad del Imperio permanecía aún incólume, pero la problemática específica de sus distintos ámbitos regionales aconsejaba el retorno a una gestión policéntrica, siguiendo fórmulas ensayadas en diversas ocasiones desde finales del siglo III.

La ventajosa paz firmada con Persia en 591, dejó a Mauricio las manos libres para restablecer el orden en la frontera danubiana. No obstante, sus éxitos frente a ávaros y eslavos resultarían efímeros. Las dificultades económicas por las que atravesaba el Imperio, le condujeron a efectuar importantes recortes en los salarios de la tropa, lo que en 602 provocó la rebelión del ejército del Danubio, que al mando de uno de sus oficiales, Focas, marchó sobre Constantinopla. Mauricio, incapaz de controlar la situación, decidió abandonar la capital y refugiarse en Asia. Pero, pocas horas después de haber cruzado el Bósforo, Focas, proclamado emperador, ordenó que fuese detenido y ejecutado junto con sus hijos.

La trágica desaparición de Mauricio y su familia no facilitó las cosas al nuevo soberano, que, apenas llegado al trono, encontró ante sí un frente de oposición formado por la

nobleza latifundista, la burocracia administrativa, la cúpula militar, el patriarcado de Constantinopla y las iglesias monofisitas de las provincias orientales. La presunta supervivencia de Teodosio, uno de los hijos de Mauricio, permitió a los sectores descontentos agruparse contra el usurpador, bajo el estandarte común de la legitimidad dinástica. Mientras en Constantinopla se sucedían las conjuras cortesanas, en provincias estallaban rebeliones militares, lo que llevó a Focas a poner en práctica una política de terror desenfrenado.

Por si fuera poco, el rey de Persia, Cosroes II invadió el Imperio, so pretexto de restaurar en el trono al supuesto vástago de Mauricio. Para combatirle Focas empleó fuerzas procedentes del ejército del Danubio, que le era fiel, y al desguarnecer esta frontera, no pudo impedir que ávaros y eslavos penetrasen masivamente en los Balcanes. Como colofón, el ejército de Africa, que en 607 se había alzado a favor de Teodosio, ocupó Egipto, interrumpiendo el envío de anual de suministros alimenticios a Constantinopla. En 610, Heraclio, hijo del exarca de Cartago, desembarcó en la capital acompañado de numerosas tropas y se hizo con el control efectivo del poder, decretando la ejecución de Focas y sus partidarios. Puesto que para estas fechas el presunto hijo de Mauricio había fallecido, Heraclio, en su calidad de líder del partido legitimista, fue proclamado Augusto.

Heredaba un Imperio sumido en una grave crisis. La organización militar, basada en el reclutamiento de mercenarios, ya no funcionaba por falta de dinero. Los Balcanes estaban ocupados por ávaros y eslavos, cuyas razzias se extendían desde los suburbios de Constantinopla a la costa dálmata. Y los persas avanzaban por Asia Menor, Siria y Palestina. La caída de Jerusalén en 614, con toda su carga simbólica, asestó un duró

golpe a la cristiandad, pero especialmente al Imperio, que se consideraba protector de los Santos Lugares.

Esta serie de desastres que padecían las provincias orientales, desde el comienzo del reinado de Focas, no tuvieron una proyección inmediata sobre Occidente. Sin embargo, contribuyeron a debilitar su posición. Entre 608 y 610, el exarca de Cartago retiró importantes efectivos militares de los territorios sometidos a su autoridad, con el propósito de facilitar el ascenso al trono de su hijo Heraclio. Semejante actuación mermó la capacidad de defensa del exarcado, dejando sentir sus efectos en la provincia de Spania.

El gobierno de Toledo, consciente de la oportunidad que se le ofrecía, emprendió una serie de campañas contra los dominios bizantinos en la Península Ibérica. Pero si se exceptúa la caída de la fortaleza de Sagontia en manos del rey Witerico, lo cierto es que, en un primer momento, los encuentros militares no pasaron de escaramuzas fronterizas. Habría que esperar al reinado de Sisebuto para conseguir avances significativos. En 615, aprovechando que los persas acaparaban toda la atención de Heraclio, el monarca visigodo invadió Spania, ocupando la región del estrecho y el litoral marítimo de la Baetica, lo que incluía la importante ciudad de Malaca. Ante el desastre, el patricio Cesáreo, gobernador militar de la provincia, llegó a un acuerdo con Sisebuto. Una embajada conjunta, integrada por representantes del rey visigodo y de las autoridades de la provincia bizantina, viajó hasta Constantinopla en 616, para obtener del emperador la ratificación del pacto. Heraclio, preocupado, en aquellos momentos, por el saqueo de las ciudades asiáticas, decidió sellar el tratado, con lo que, a partir de este momento, la provincia de Spania quedó oficialmente reducida a la franja litoral de la antigua Carthaginiensis y a las islas Baleares.

Durante los siguientes años, la pérdida de Siria, Palestina y Egipto, conquistadas por los persas, y las razzias de ávaros y eslavos sobre los Balcanes, impidieron al gobierno de Constantinopla plantearse la posibilidad de recuperar los territorios peninsulares cedidos a los godos. La situación de Oriente llegó a ser tan desesperada que, en 618, Heraclio dispuso el traslado de la corte a Cartago. La ciudad de Constantinopla no le parecía segura, especialmente ahora que la interrupción de los suministros de trigo egipcio favorecía el estallido de desordenes populares contra su persona. Por otra parte, las incursiones enemigas llegaban hasta los muros de la capital, ya que el estado era incapaz de reunir dinero, con el que financiar la recluta de los hombres necesarios para atender a la defensa de los distintos frentes abiertos. En tan dramáticas circunstancias, el patriarcado de Constantinopla puso en manos del emperador sus tesoros, a fin de que éste pudiese reclutar un ejército y no se viese obligado a abandonar la ciudad.

Con los fondos obtenidos de la Iglesia, Heraclio pudo pagar los subsidios que exigían los ávaros, a cambio de la firma de un pacto. Este acuerdo le permitiría detraer tropas del Danubio y transferirlas a Asia, con el fin de agregarlas al ejército que estaba reclutando en esta zona. A comienzos de la primavera de 622, el soberano bizantino inició la ofensiva contra los persas, en medio de un ambiente de fervor religioso, que imprimiría al conflicto el carácter de una auténtica cruzada. Pese a las victorias conseguidas en las primeras campañas, el triunfo decisivo se hizo esperar varios años, ya que las periódicas renovaciones de la amenaza ávara, impidieron a Heraclio dedicar toda su atención al frente oriental. Pero tras el estrepitoso fracaso del cerco que persas y ávaros pusieron a Constantinopla en 626, la contienda cambio de signo. Las victorias militares de Heraclio en territorio persa y las



querellas intestinas que afectaban a la potencia enemiga, determinaron el curso final de la guerra, que concluyó con un acuerdo de paz favorable a los intereses de Bizancio. En la primavera de 630, Heraclio entró en Jerusalén portando la Vera Cruz, reconquistada a los persas, acto simbólico con el que quiso poner punto final a la primera guerra santa cristiana.

Coincidiendo con el período álgido del pulso entre Constantinopla y Ctesiphonte, es decir, los años 622-626, se produjo la definitiva pérdida de los últimas posesiones imperiales en la Península Ibérica. El rey visigodo Suintila, antiguo general de Sisebuto que había dirigido las campañas contra Malaca y la región del estrecho, consiguió ocupar el litoral de la Carthaginiensis, aún en manos bizantinas, después de haber vencido al último gobernador militar de Spania en el campo de batalla. La derrota de los imperiales, acaecida hacia 624, abrió a los godos las puertas de Carthago Spartaria, ciudad que, tras su captura, fue destruida.

Con todo, la pérdida de Spania debió parecer nimia a los ojos del gobierno imperial, comparada con la caída de las provincias orientales en poder de los persas. La recuperación de éstas constituía el objetivo prioritario de Bizancio. Poco importaba si a cambio era preciso sacrificar algunos enclaves estratégicos en Occidente. La victoria final de Heraclio sobre los Sasánidas permitió al Imperio recobrar sus dominios orientales, sin haber experimentado, en el entreacto, grandes amputaciones en Occidente. La caída de Spania en manos de los godos o la de Liguria en las de los lombardos no cambiaba el hecho de que el Mediterráneo en su conjunto volvía a ser un lago romano. Los elementos esenciales de la civilización clásica y del poder universal del Imperio parecían, una vez más, a salvo. Sin embargo, su fragilidad era mucho mayor que un siglo atrás. La

guerra con Persia no sólo había puesto de relieve las graves disonancias sociales que padecía el Imperio, sino que además había multiplicado los efectos de la crisis, que se venía arrastrando desde la década de 540, y que tan negativamente había incidido sobre el estado bizantino, al recortar su poder financiero y, en consecuencia, su capacidad para maniobrar políticamente.

A partir de 633, una nueva oleada invasora, en esta ocasión procedente de la Península Arábiga, se cierne sobre los dos grandes Imperios que hasta la fecha habían dominado el Próximo Oriente asiático. El momento no podía ser más delicado. Persia, arruinada por el conflicto con Bizancio y abismada en sus propias contradicciones internas, sucumbió a la primera ofensiva. Bizancio, que no había salido tan malparada de la contienda, sobrevivió, pero hubo de renunciar definitivamente a sus provincias orientales, esas mismas que tantos esfuerzos le costara recuperar a Heraclio. La celeridad con que se produjo el hundimiento del dominio imperial en Siria, Palestina y Egipto, y la escasa resistencia hallada por los árabes en estas zonas, se explica, en buena parte, a causa de las deficiencias en la organización militar y administrativa del estado bizantino, producto de la progresiva delegación de poderes por parte del gobierno central en los grandes propietarios locales, tanto laicos como eclesiásticos, que serían quienes, a falta de otro interlocutor, pactasen con los conquistadores. Idéntica importancia revistieron las discordias religiosas, al generar un clima de indiferencia popular hacia la suerte de un Imperio, que no sólo expoliaba a las poblaciones autóctonas con onerosos impuestos, sino que además pretendía imponerles su credo.

Tras las primeras conquistas, que arrebataron a Constantinopla, sus posesiones en Siria, Palestina, Egipto,

Mesopotamia y Armenia, se abre un compás de espera, que durará casi medio siglo, antes de que se inicie la expansión árabe hacia Occidente. Para entonces, el dominio bizantino sobre la región se hallaba muy debilitado. La mayor parte de la Italia septentrional y amplias zonas del centro de la Península eran controladas por los lombardos, cuya flota amenazaba incluso la hegemonía naval del Imperio en el mar Tirreno. El Africa bizantina, sumida en la decadencia económica y perpetuamente amenazada por las tribus beréberes, se reducía a una serie de posiciones estratégicas al borde del litoral mediterráneo. En cuanto a los territorios insulares, si se exceptúa Sicilia, carecían de relevancia. Hacía tiempo que el Imperio había abandonado las zonas interiores, permitiendo a las poblaciones organizarse en el marco de sus propias estructuras autóctonas, y tan sólo conservaba el control de los puertos, sin duda, afectados por la contracción en el volumen de los tráficos mercantiles, que venía dejándose sentir desde los tiempos de Justiniano.

En tales circunstancias es muy posible que la conquista árabe del norte de Africa y de algunas islas de Occidente, resultase incluso favorable a la reorganización interna del Imperio bizantino, que, de manera rápida, se vio libre de toda una serie de puestos de defensa costeros, carentes de función práctica, tras el colapso del sistema para cuya protección habían sido establecidos. Desde mediados del siglo VI, las rebeliones mauras, a las que hemos dedicado parte de nuestro estudio, habían ido minando el poder del Imperio sobre Africa, hasta reducirlo, en los últimos años del VII, a una presencia casi testimonial. La pérdida de los últimos enclaves en la zona no debió tener, pues, la transcendencia que, a veces, se le ha atribuido. Todo lo más supuso la culminación de un largo proceso de quiebra del ambicioso proyecto justiniano, que había

comenzado en el oeste con la invasión lombarda de 568 y en el este con la guerra perso-bizantina de 603 a 628. Ahora bien, la ruptura definitiva de la unidad política mediterránea, no impedirá que sea en torno a su cuenca, desde este momento objeto de disputa entre Bizancio y los estados árabes, donde florezcan las más brillantes civilizaciones de la Alta Edad Media.

## APENDICES.

1. Elenco de emperadores tardorromanos y bizantinos.

## 1.1. De la Tetrarquía a Teodosio I (284-395).

Diocleciano (284-305).

Maximiano Hercúleo (César desde 285. Augusto 286-305/  
307-308).

Carausio (287-294).

Alecto (294-296).

Domicio Domiciano (296-297).

Galerio (César desde 293. Augusto 305-311).

Constancio I Cloro (César desde 293. Augusto 305-306).

Severo (César desde 305. Augusto 306-307).

Maximino Daya (César desde 305. Augusto 309-313).

Constantino I (306-337).

Majencio (306-312).

Licinio (308-323).

Domicio Alejandro (308-311).

Valente (314).

Martiniano (324).

Calocero (335-336).

Constantino II (337-340).

Constancio II (337-361).

Constante I (337-350).

Magnencio (350-353).

Vetranio (350).

Nepociano (350).

Silvano (355).

Juliano (360-363).

Joviano (363-364).  
Valentiniano I (364-375).  
Valente (364-378).  
Procopio (365-366).  
Graciano (370-383).  
Firmo (372-374).  
Valentiniano II (375-383).  
Teodosio I (379-395).  
Magno Máximo (383-388).  
Flavio Víctor (384-388).  
Eugenio (392-394).

### 3.1. Imperio de Occidente (395-480).

Honorio (393-423).  
Marco (406-407).  
Graciano (407).  
Constantino III (407-411).  
Constante II (409-411).  
Prisco Atalo (409-410/414-415).  
Máximo (409-411/420-422).  
Jovino (411-413).  
Sebastián (412-413).  
Heracliano (413).  
Constancio III (421).  
Juan (423-425).  
Valentiniano III (425-455).  
Petronio Máximo (455).  
Eparquio Avito (455-456).  
Mayoriano (457-461).  
Libio Severo (461-465).  
Antemio (467-472).  
Anicio Olibrio (472).

Glicerio (473-474).  
Julio Nepote (474-480).  
Rómulo Augústulo (475-476).

### 1.3. Imperio de Oriente (395-711).

Arcadio (383-408).  
Teodosio II (402-450).  
Marciano (450-457).  
León I (457-474).  
León II (474).  
Zenón (474-491).  
Basilisco (475-476).  
Marco (476).  
Leoncio (484-488).  
Anastasio I (491-518).  
Justino I (518-527).  
Justiniano I (527-565).  
Justino II (565-578).  
Tiberio II Constantino (578-582).  
Mauricio (582-602).  
Teodosio, hijo de Mauricio (590-602).  
Focas (602-610).  
Heraclio I (610-641).  
Heraclio Constantino III (612-641).  
Heraclio II (638-641).  
Constantino Heraclio ó Constante II (641-668).  
David Tiberio (641).  
Constantino IV (654-685).  
Heraclio y Tiberio, hijos de Constante II (659-681).  
Justiniano II (685-695/705-711).  
Leoncio (695-698).  
Tiberio III (698-705).

Tiberio, hijo de Justiniano II (706-711).

## **2. Gobernantes de los estados limítrofes con el Imperio.**

### **2.1. Reyes burgundios.**

Gundicaro (407-437).  
Chilperico I (437-?).  
Gundioco (437-473).  
Gundobado (474-516).  
Godigisel (474-500).  
Godomar I (474).  
Segismundo (516-523).  
Godomar II (523-534).

### **2.2. Reyes lombardos de Italia.**

Alboin (568-572).  
Clef (572-574).  
Gobierno de los duces (574-584).  
Autario (584-590).  
Agilulfo (590-616).  
Adaloaldo (616-626).  
Ariovaldo (626-636).  
Rotario (636-652).  
Rodoaldo (652-653).  
Ariberto I (653-661).  
Bertarido (661-662/671-688).  
Gondeberto (661-662).  
Grimoaldo (662-671).  
Garibaldo (671).  
Cuniberto (678-700).



Liutberto (700).  
Ragimberto (700-701).  
Ariberto II (701-712).  
Ausprando (712).  
Liutprando (712-744).  
Hildebrando (736-744).  
Raqui (744-749).  
Astolfo (749-756).  
Desiderio (756-774).  
Adalgiso (759-774).

### 2.3. Reyes merovingios.

Meroveo (448-457).  
Childerico I (457-481).  
Clodoveo I (481-511).  
Teodorico I de Metz (511-534).  
Teodoberto I de Metz (534-547).  
Teodobaldo de Metz (547-555).  
Clodomiro de Orleáns (511-524).  
Childeberto I de París (511-558).  
Clotario I de Soissons (511-561).  
Cariberto I de París (561-567).  
Gontrán de Orleáns y Borgoña (561-592).  
Sigeberto I de Metz (561-575).  
Childeberto II de Metz (575-595).  
Teodorico II de Metz (595-613).  
Sigeberto II de Metz (613).  
Chilperico I de Soissons (561-584).  
Clotario II de Neustria (584-629).  
Dagoberto I de Austrasia (623-638).  
Cariberto II de Aquitania (629-632).  
Sigeberto III de Austrasia (634-656).

Dagoberto II de Austrasia (656-660/676-679).  
Childeberto de Austrasia, hijo de Grimoaldo (660-662).  
Clodoveo II de Neustria y Borgoña (639-657).  
Clotario III de Neustria y Borgoña (657-673).  
Childerico II de Austrasia (662-675).  
Clodoveo de Austrasia, hijo de Clotario III (675-676).  
Teodorico III de Neustria y Borgoña (673-690).  
Clodoveo III de Neustria y Borgoña (690-695).  
Childeberto III de Neustria y Borgoña (695-711).  
Dagoberto III de Neustria y Borgoña (711-715).  
Chilperico II de Neustria (715-721).  
Clotario IV de Austrasia (718-719).  
Teodorico IV (721-737).  
Interregno (737-743).  
Childerico III (743-752).

#### **2.4. Reyes ostrogodos de Italia.**

Teodorico (493-526).  
Atalarico (526-534).  
Amalasunta (534).  
Teodato (534-536).  
Vitiges (536-540).  
Ildibaldo (540-541).  
Erarico (541).  
Totila (541-553).  
Teya (553).

#### **2.5. Emperadores Sasánidas.**

Artajerjes I (224-240).  
Sapor I (240-272).  
Hormisdas I (272-273).

Barham I (273-276).  
Barham II (276-293).  
Barham III (293).  
Narsés (293-302).  
Hormisdas II (302-309).  
Sapor II (309-379).  
Artajerjes II (379-383).  
Sapor III (383-388).  
Barham IV (388-399).  
Yezdegerd I (399-421).  
Barham IV (421-439).  
Yezdegerd II (439-457).  
Hormisdas III (457-459).  
Peroz (459-484).  
Valas (484-488).  
Kawadh I (488-531).  
Cosroes I (531-579).  
Hormisdas IV (579-590).  
Barham VI Cobin (590-591).  
Bistarn (590-591).  
Cosroes II Parwiz (591-628).  
Kawadh II (628).  
Artajerjes III (628-629).  
Boran (629-630).  
Sharbaraz (630).  
Hormisdas IV y Cosroes III (630-632).  
Yezdegerd III (632-651).

## 2.6. Reyes suevos.

Hermerico (409-441).  
Requila (438-448).  
Requiaro (448-455).

Agilulfo (456-457).  
Framtan (457).  
Requimundo (457-464).  
Maldras (457-460).  
Frumario (460-464).  
Remismundo (464-469).  
Carriarico (550?-559).  
Teodomiro (559-570).  
Miro (570-583).  
Eborico (583-584).  
Audeca (583-585).

## **2.7. Reyes vándalos.**

Godagisel (?-406).  
Gunderico (406-428).  
Genserico (428-477).  
Hunerico (477-484).  
Guntamundo (484-496).  
Trasamundo (496-523).  
Hilderico (523-530).  
Gelimer (530-534).

## **2.8. Reyes visigodos.**

Ataúlfo (410-415).  
Sigerico (415).  
Valia (415-418).  
Teodorico I (418-451).  
Turismundo (451-453).  
Teodorico II (453-466).  
Eurico (466-484).  
Alarico II (484-507).

Gesaleico (507-510).  
Teodorico el Amalo (510-526).  
Amalarico (526-531).  
Teudis (531-548).  
Teudisclo (548-549).  
Agila I (549-555).  
Atanagildo (551-567).  
Liuva I (567-572).  
Leovigildo (568-586).  
Recaredo (586-601).  
Liuva II (601-603).  
Witerico (603-610).  
Gundemaro (610-612).  
Sisebuto (612-621).  
Recaredo II (621).  
Suintila (621-631).  
Sisenando (631-636).  
Chintila (636-639).  
Tulga (639-642).  
Chindasvinto (642-653).  
Recesvinto (649-672).  
Wamba (672-680).  
Ervigio (680-687).  
Egica (687-702).  
Vitiza (698-710).  
Roderico (710-711).  
Agila II (710-713).  
Ardo (713-720).

## **2.9. Califas musulmanes (632-750).**

Abu Bakr (632-634).  
Omar I (632-644).

Otman (644-656).  
 Alí (656-661).  
 Mu'awiya I (661-680).  
 Yazid I (680-683).  
 Mu'awiya II (683-684).  
 Marwan I (684-685).  
 Abd-al-Malik (685-705).  
 Al-Walid (705-715).  
 Suleimán (715-717).  
 Omar II (717-720).  
 Yazid II (720-724).  
 Hixam (724-743).  
 Al-Walid II (743-744).  
 Yazid III (744).  
 Ibrahin (744).  
 Marwan II (744-750).

### 3. Fastos episcopales.

#### 3.1. Obispos de Alejandría (313-642).

Alejandro (313-328).  
 Atanasio I (328-335/338-339/346-356/362/363-365/366-373).  
 Gregorio (339-346).  
 Jorge I (356-361).  
 Pedro II (373/377-381).  
 Lucio (373-377).  
 Timoteo I (381-385).  
 Teófilo (385-412).  
 Cirilo (412-444).  
 Dióscoro I (444-451).  
 Proterio (451-457).

Timoteo II Ailuros (457-460/475-477).  
 Timoteo III Solofaciolo (460-475/477-482).  
 Pedro III Mongo (477/482-490).  
 Juan I Talaia (482).  
 Atanasio II (490-497).  
 Juan II Mula (497-505).  
 Juan III Niciota (505-516).  
 Dióscoro II (516-517).  
 Timoteo IV (517-535).  
 Teodosio (535-537).  
 Gayano (535).  
 Paulo Tabenesiota (537-541).  
 Zoilo (541-551).  
 Apolinario (551-570).  
 Juan IV (570-580).  
 Eulogio (580-607).  
 Escribón (607-608).  
 Teodoro (608-609).  
 Juan V Eleemón (610-619).  
 Jorge II (619-631).  
 Ciro (631-642).

### 3.2. Obispos de Antioquía (381-610).

Flaviano I (381-404).  
 Porfirio (404-413).  
 Alejandro (413-420).  
 Teodoto (420-428).  
 Juan I (428-441).  
 Domno II (441-449).  
 Máximo II (449-456).  
 Basilio (456-458).  
 Acacio (458-459).

Martirio (459-469/470-471).  
 Pedro Fullón (469-470/475-476/484-488).  
 Juliano (471-475).  
 Juan II (477).  
 Esteban II (477-479).  
 Calandión (479-484).  
 Paladio (488-498).  
 Flaviano II (498-512).  
 Severo (512-518).  
 Paulo II (518-521).  
 Eufrasio (521-526).  
 Efrem (527-545).  
 Domno III (545-559).  
 Anastasio I (559-570/593-599).  
 Gregorio (570-593)  
 Anastasio II (599-610).

### 3.3. Obispos de Constantinopla (315-638).

Metrófanos (315-327).  
 Alejandro (327-340).  
 Paulo I (340-341/342-344/346-350).  
 Eusebio (341-342).  
 Macedonio (342-346/350-360).  
 Eudoxio (360-369).  
 Demófilo (369-379).  
 Evagrio (369-370).  
 Gregorio I Nacianceno (379-381).  
 Máximo I (381).  
 Nectario (381-397).  
 Juan I Crisóstomo (398-404).  
 Arsacio (404-405).  
 Atico (406-425).



Sisinio I (426-427).  
Nestorio (428-431).  
Maximiano (431-434).  
Proclo (434-446).  
Flaviano (446-449).  
Anatolio (449-458).  
Gennadio (458-471).  
Acacio I (472-488).  
Fravitas (488-489).  
Eufemio (489-495).  
Timoteo I (511-518).  
Juan II de Capadocia (518-520).  
Epifanio (520-535).  
Antimo I (535-536).  
Menas (536-552).  
Eutiquio (552-565/577-582).  
Juan III Escolástico (565-577).  
Juan IV Nesteustes (582-595).  
Ciriaco (596-606).  
Tomás I (607-610).  
Sergio I (610-638).

#### **3.4. Obispos de Jerusalén (422-638).**

Juvenal (422-451/453-458).  
Teodosio (451-453).  
Anastasio (458-475/476-478).  
Geroncio (475-476).  
Martirio (478-486).  
Salustio (486-494).  
Elias (494-516).  
Juan III (516-524).  
Pedro (524-552).

Macario II (552/563-573).  
Eustoquio (552-563).  
Juan IV (573-593).  
Amós (593-601).  
Isaac (601-609).  
Zacarías (609-614).  
Sede vacante (614-630).  
Modesto (630-631).  
Sede vacante (631-634).  
Sofronio (634-638).

### 3.5. Obispos de Roma (314-638).

Silvestre (314-335).  
Marco (336).  
Julio I (337-352).  
Liberio (352-366).  
Félix II (355-365).  
Dámaso (366-384).  
Siricio (384-398).  
Anastasio (398-401).  
Inocencio I (401-417).  
Zósimo (417-418).  
Bonifacio I (418-422).  
Eulalio (418-419).  
Celestino I (422-432).  
Sixto III (432-440).  
León I (440-461).  
Hilario (461-468).  
Simplicio (468-483).  
Félix III (483-492).  
Gelasio I (492-496).  
Anastasio II (496-498).

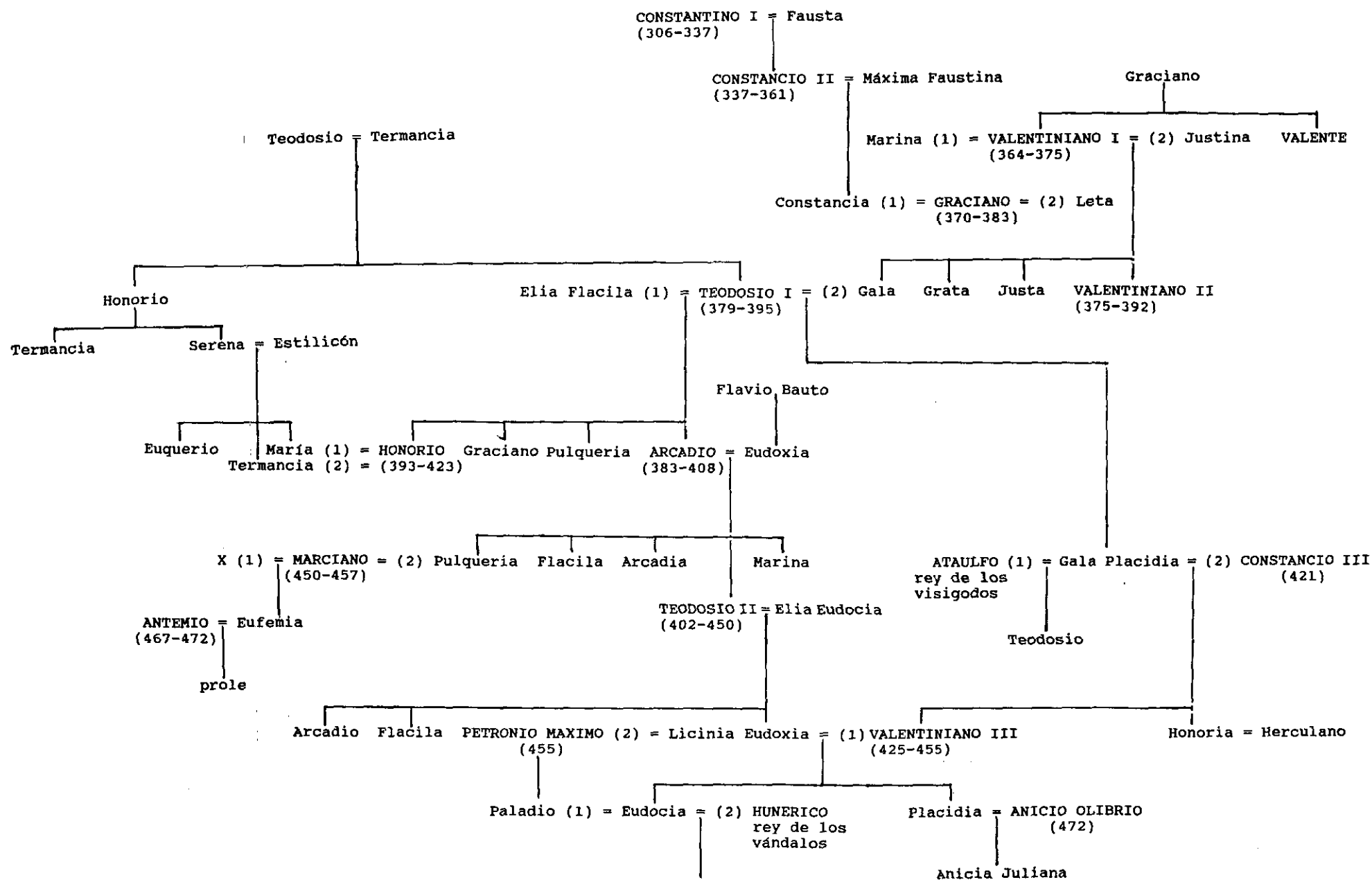
Símmaco (498-514).  
Laurencio (498-514).  
Hormisdas (514-523).  
Juan I (523-526).  
Félix IV (526-530).  
Bonifacio II (530-532).  
Juan II (533-535).  
Agapito (535-536).  
Silverio (536-537).  
Vigilio (537-555).  
Pelagio I (556-560).  
Juan III (560-573).  
Benedicto I (574-578).  
Pelagio II (578-590).  
Gregorio I (590-604).  
Sabiniano (604-606).  
Bonifacio III (607).  
Bonifacio IV (608-615).  
Deodato (615-618).  
Bonifacio V (619-625).  
Honorio I (625-638).



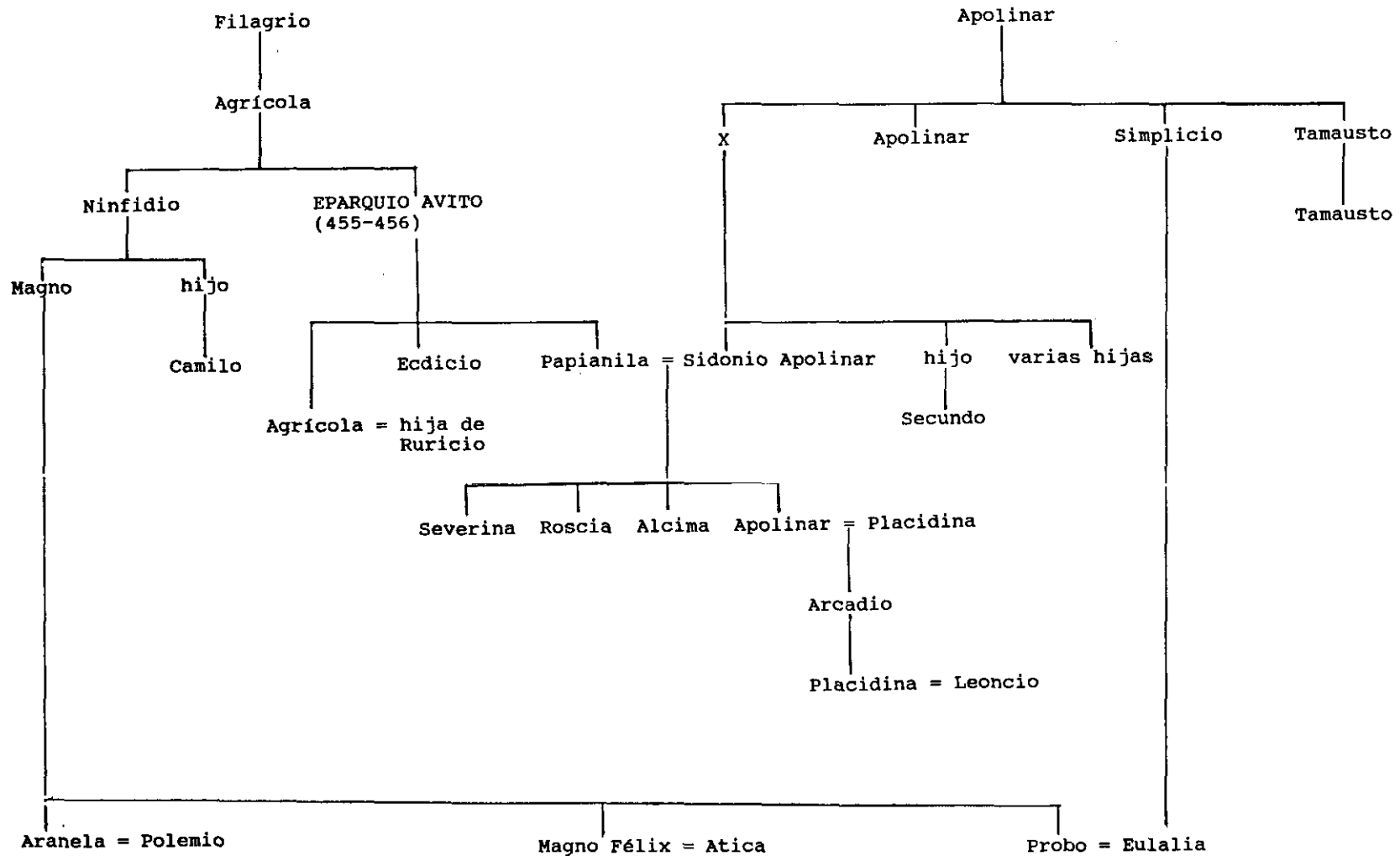
#### 4. Cuadros genealógicos.

- 4.1. Familia valentiniano-teodosiana.
- 4.2. Familia de Avito.
- 4.3. Familia de León I, Zenón y Anastasio.
- 4.4. Familia de Antemio.
- 4.5. Familia de Olibrio.
- 4.6. Familia de Julio Nepote.
- 4.7. Familia de Rómulo Augústulo.
- 4.8. Familia justiniana.
- 4.9. Familia de Tiberio II y Mauricio.
- 4.10. Familia de Focas.
- 4.11. Familia de Heraclio I.
- 4.12. Linaje real de los Amalos.
  - 4.12.1. La familia de Teodorico el Grande.
  - 4.12.2. La familia de Amalafrida.
- 4.13. Linaje real de los Asdingos.
- 4.14. Linaje real de los Baltos.
- 4.15. Familia de Valia.
- 4.16. Familia de Atanagildo y Liuva I.
- 4.17. Linaje real burgundio.
- 4.18. Linaje real de los francos merovingios.
  - 4.18.1. La familia de Clodoveo.
  - 4.18.2. La familia de Clotario.
  - 4.18.4. La familia de Sigeberto I y Chilperico I.

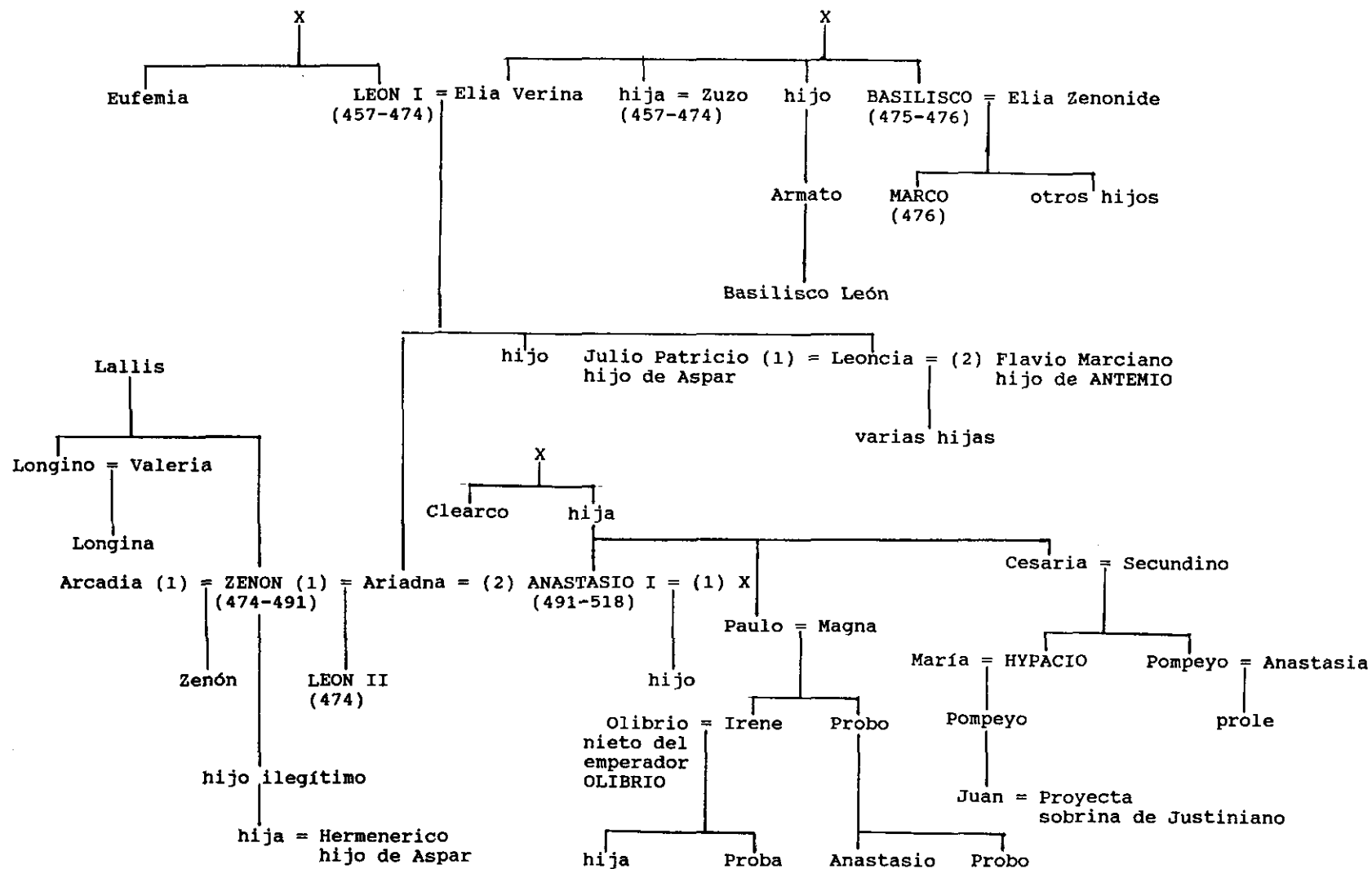
#### 4.1. Familia valentiniano-teodosiana.



#### 4.2. Familia de Avito.

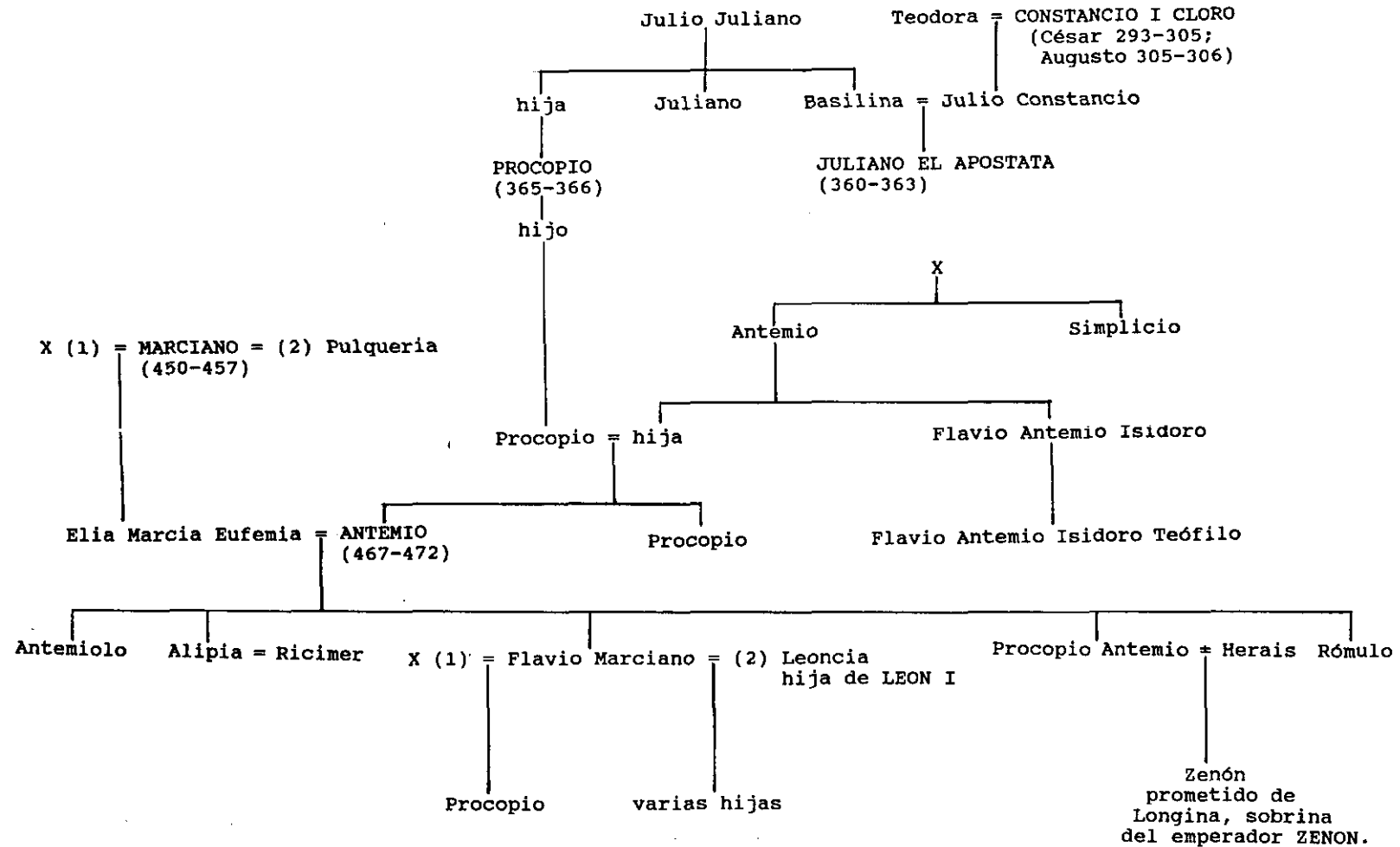


#### 4.3. Familia de León I, Zenón y Anastasio.

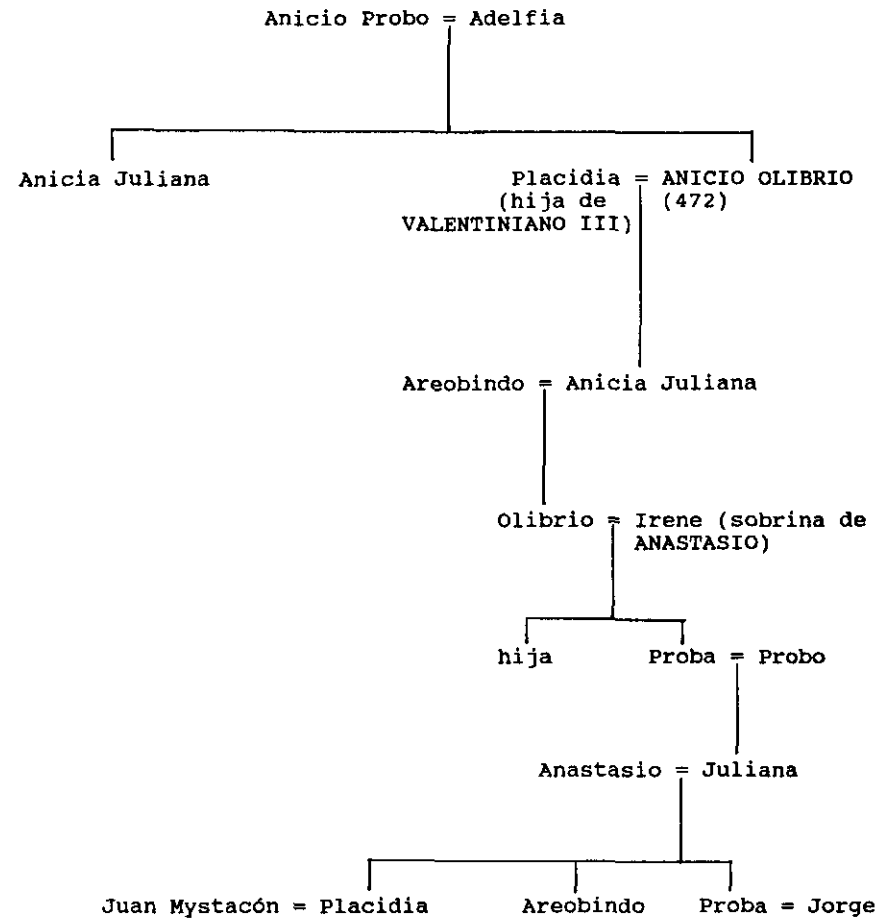




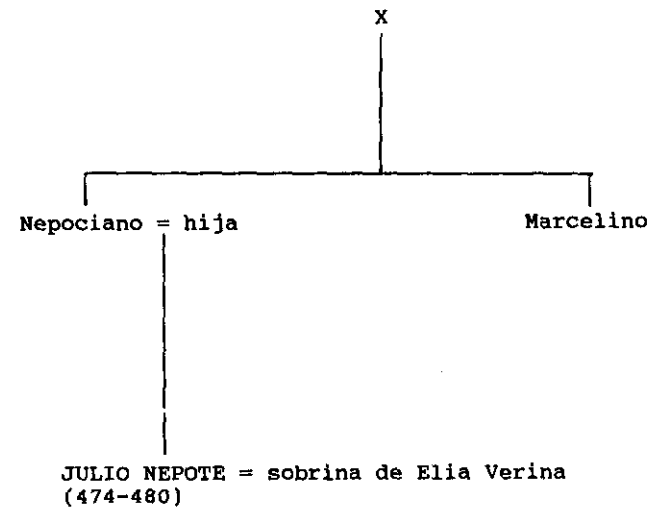
#### 4.4. Familia de Antemio.



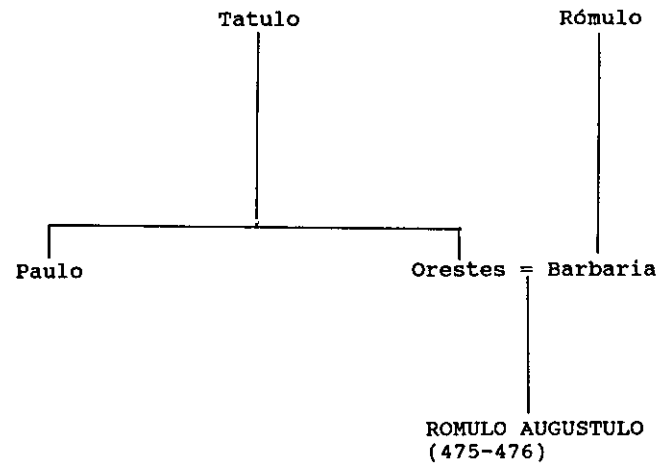
#### 4.5. Familia de Olibrio.



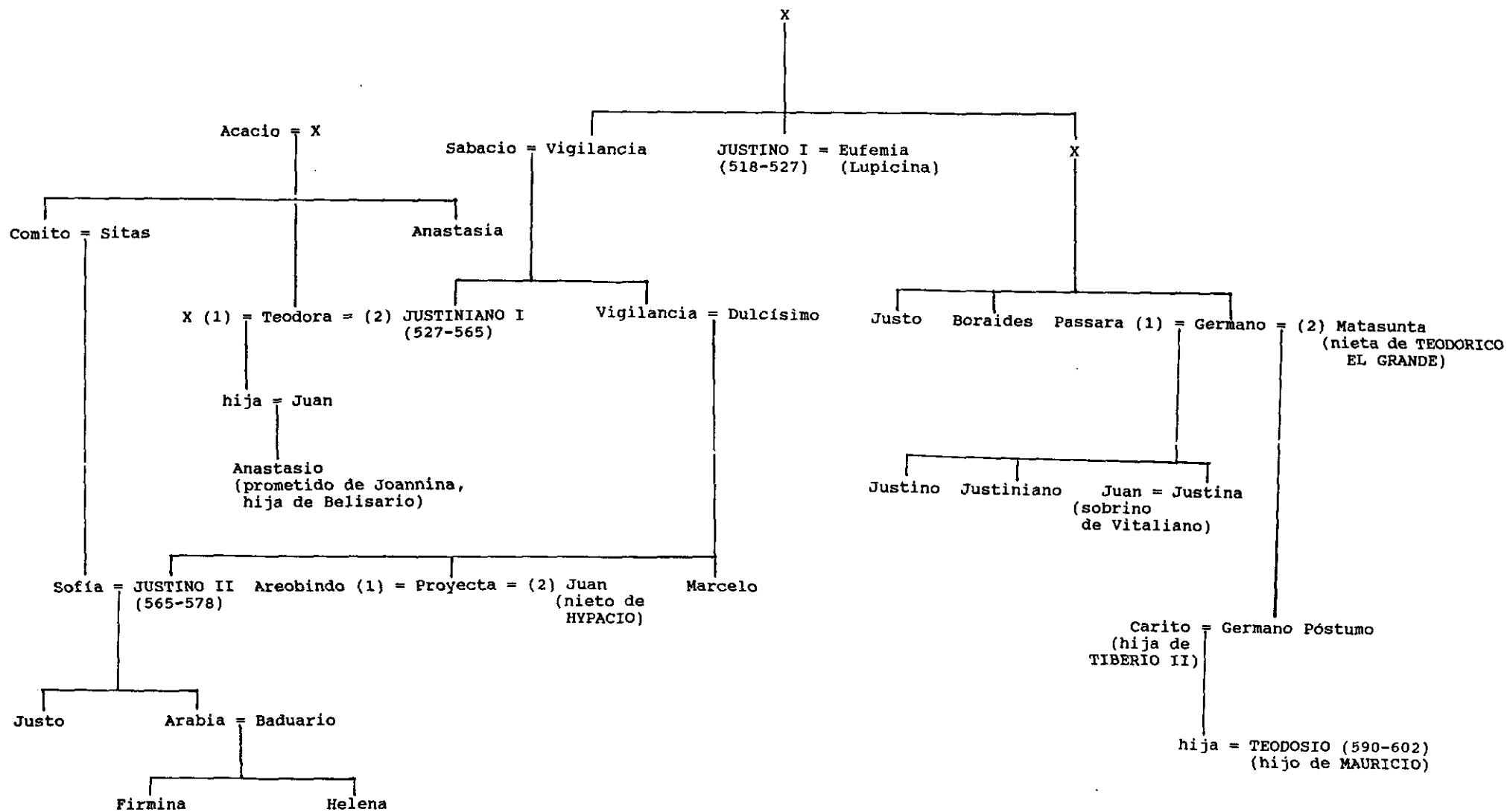
4.6. Familia de Julio Nepote.



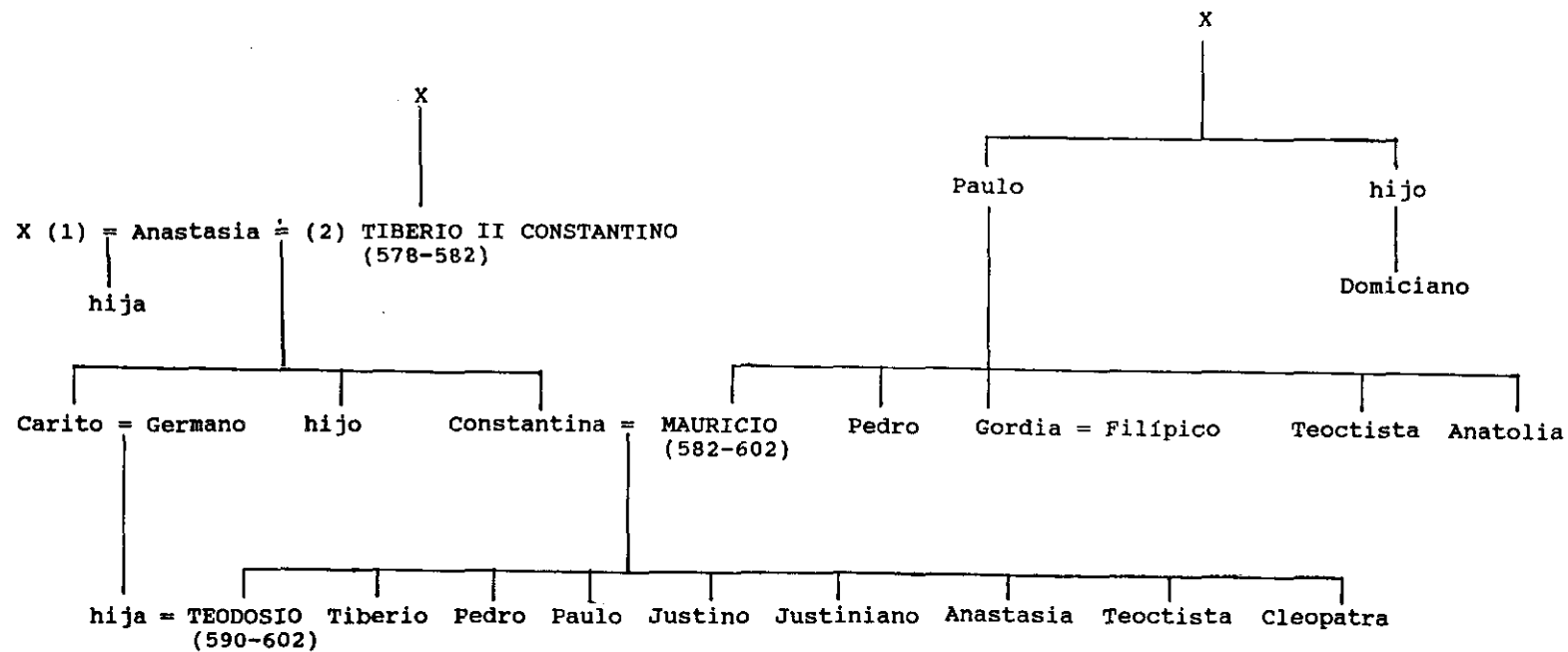
#### 4.7. Família de Rômulo Augústulo



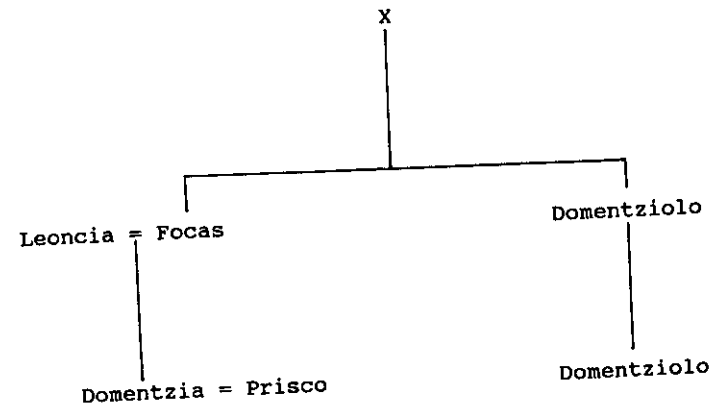
#### 4.8. Familia justiniana.



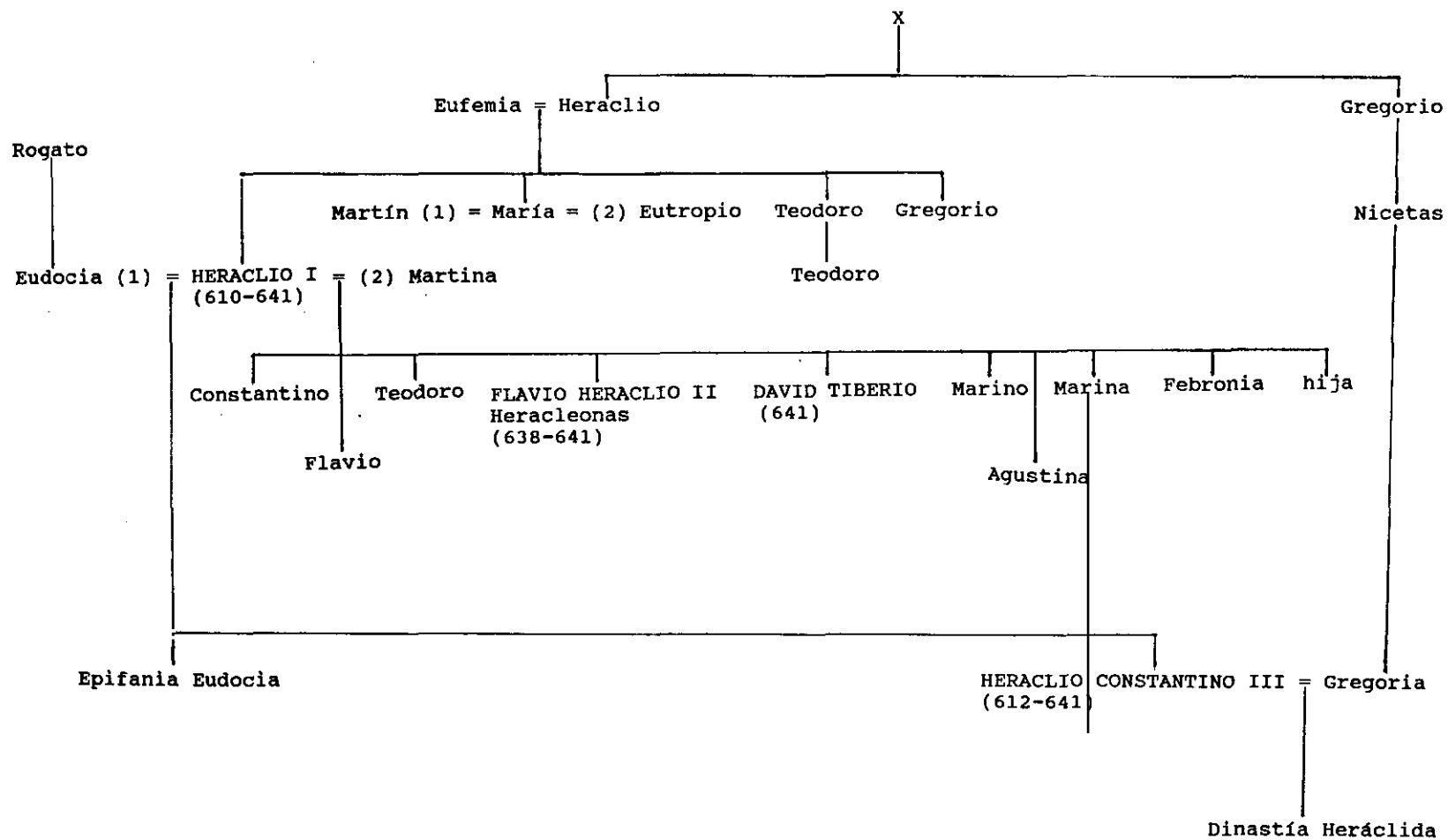
#### 4.9. Familia de Tiberio II y Mauricio.



4.10. Família de Focas.

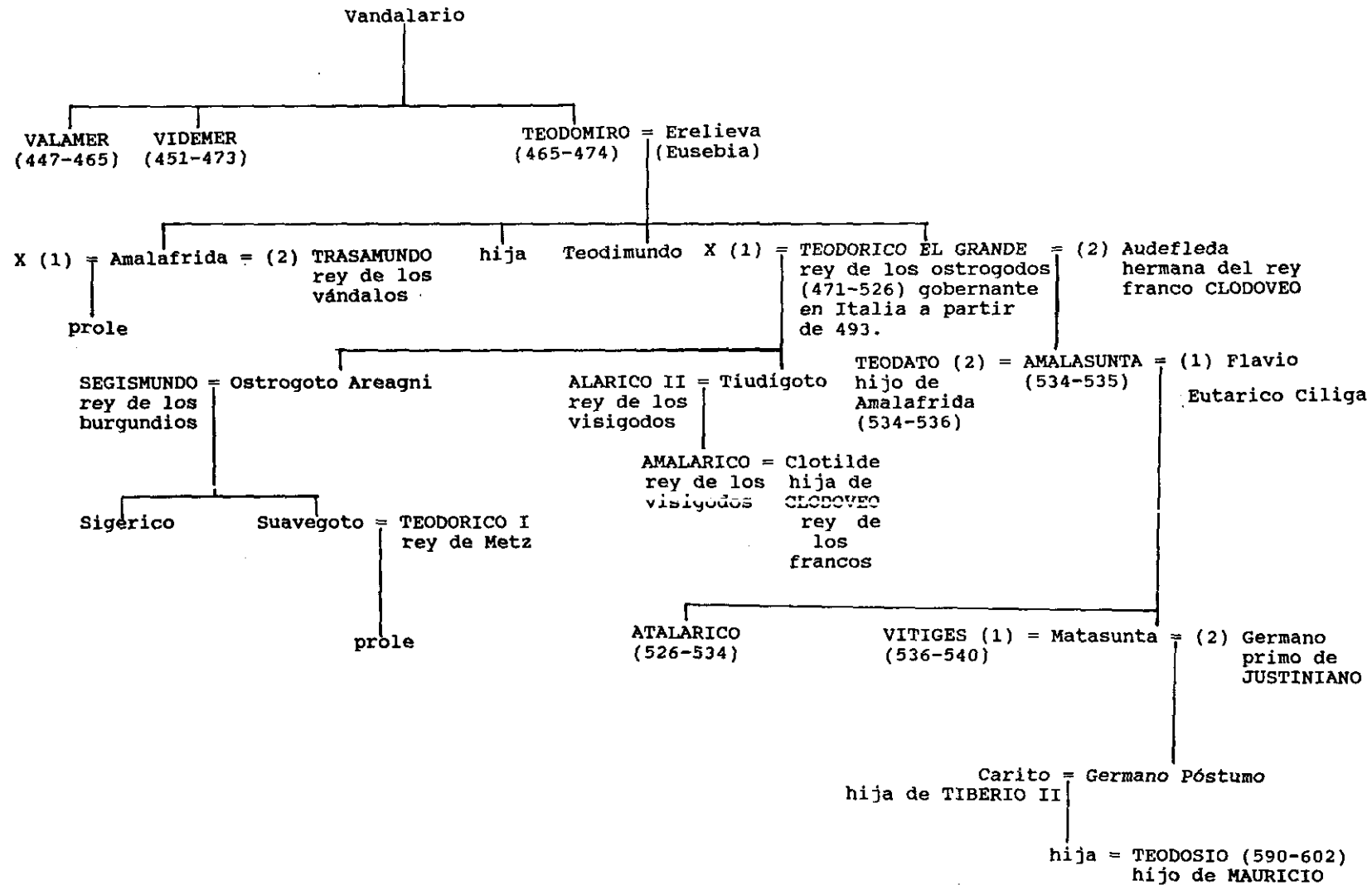


#### 4.11. Familia de Heraclio I.

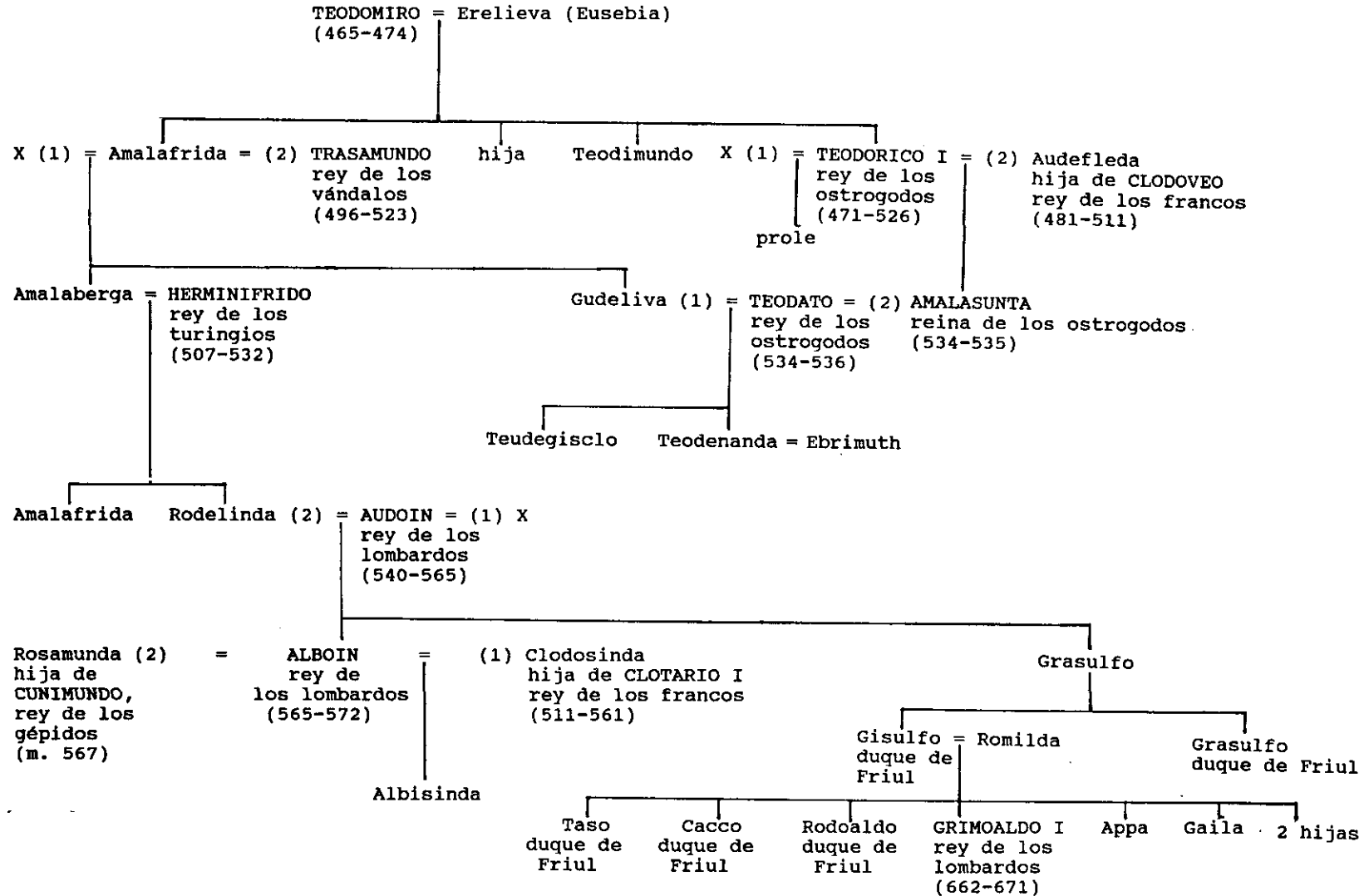




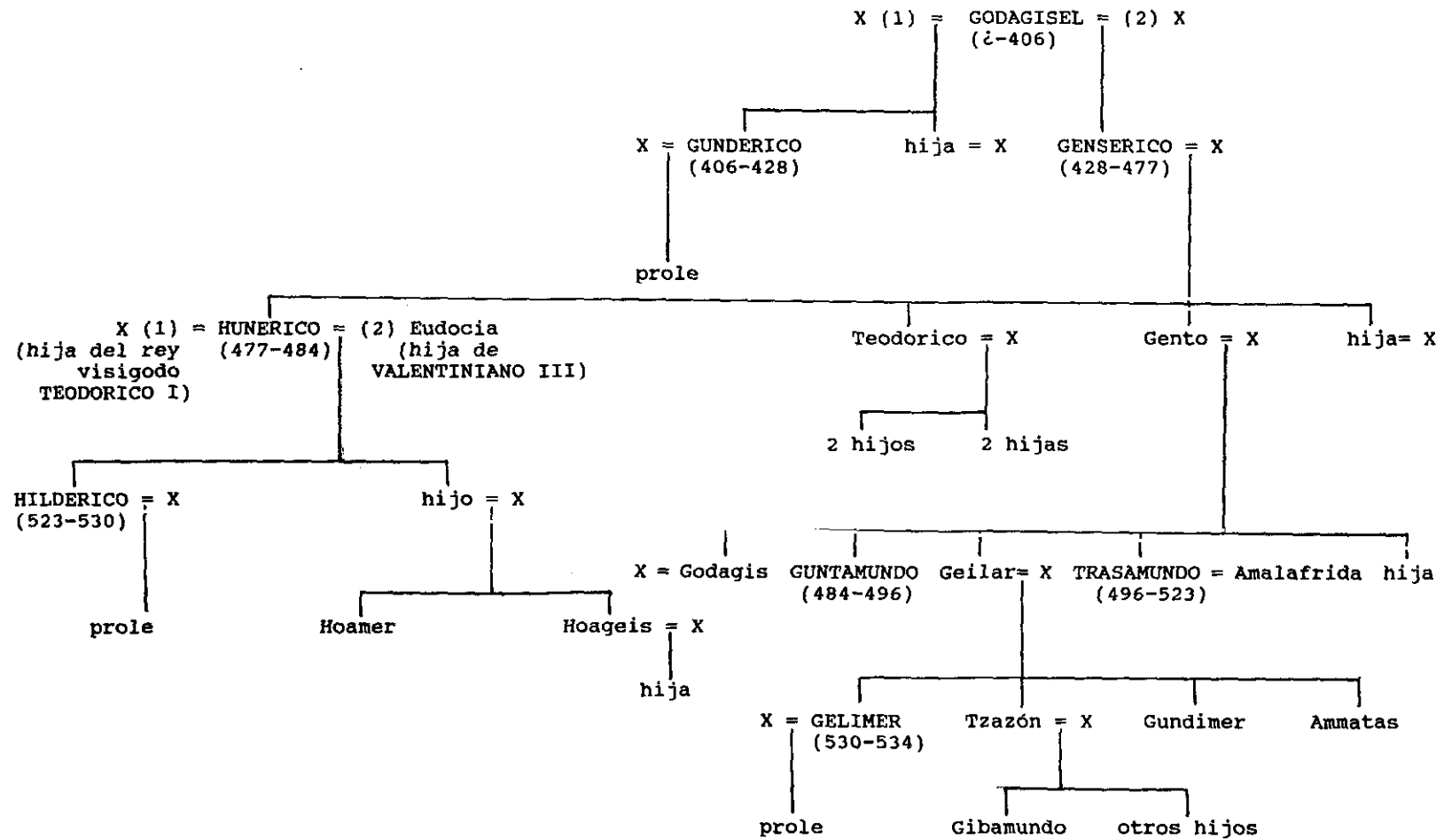
4.12. Linaje real de los Amalos.  
1. La familia de Teodorico el Grande



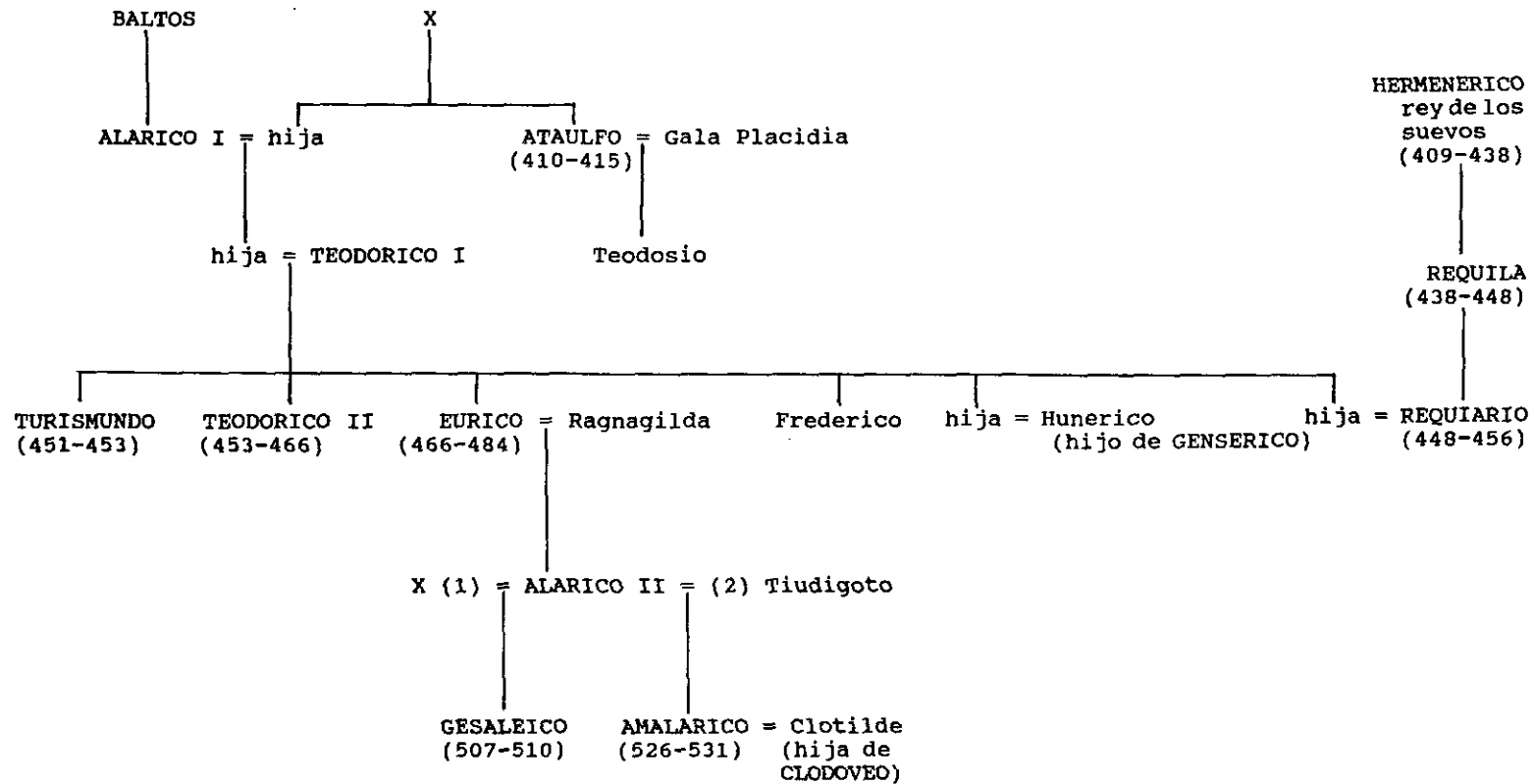
4.12. Linaje real de los Amalos.  
2. La familia de Amalafrida.



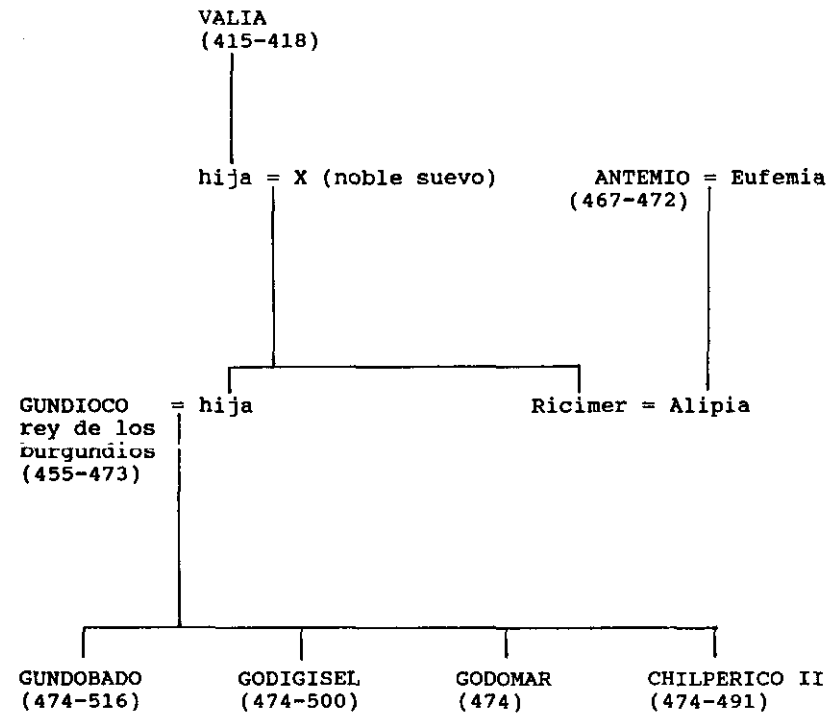
#### 4.13. Linaje real de los Asdingos.



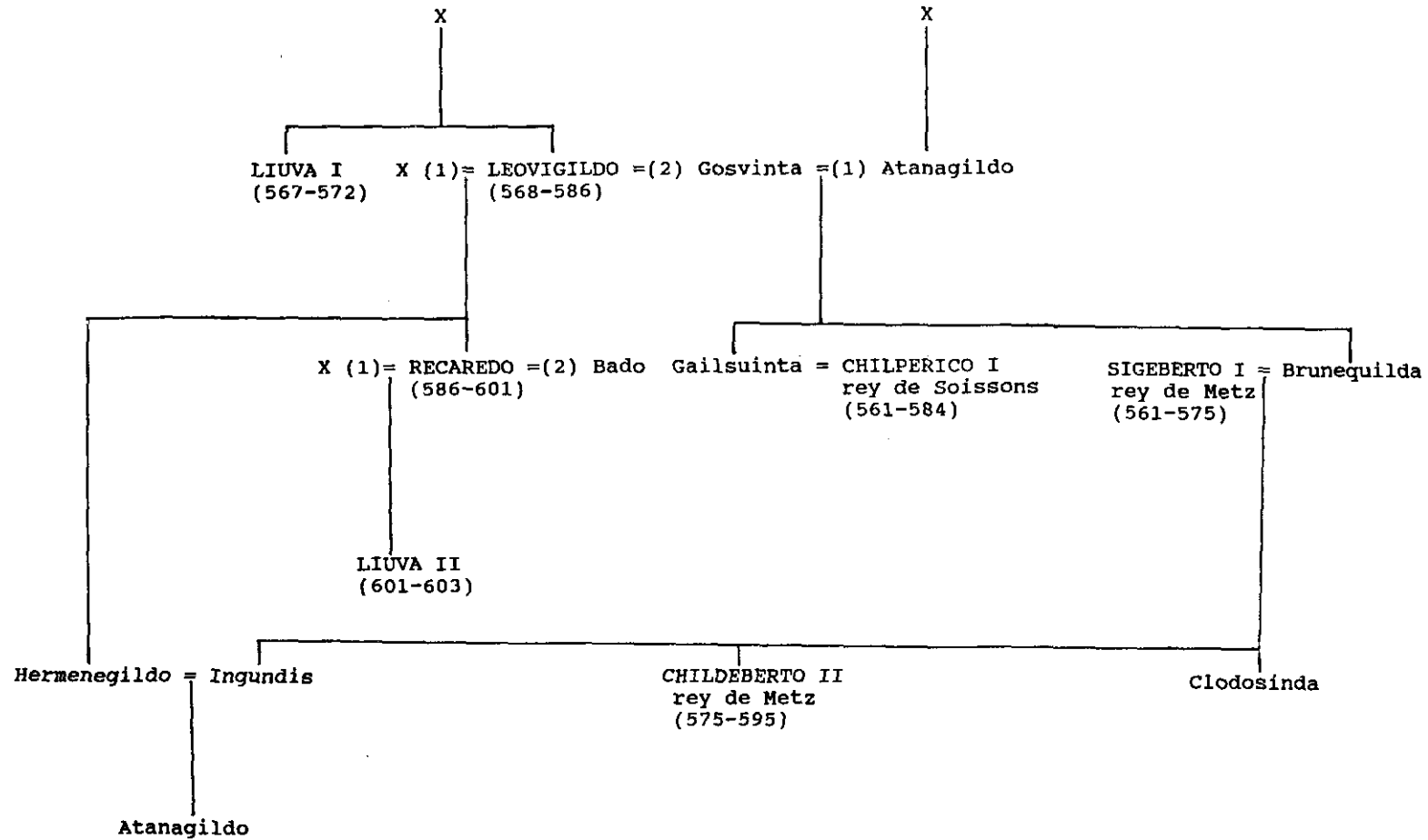
#### 4.14. Linaje real de los Baltos.



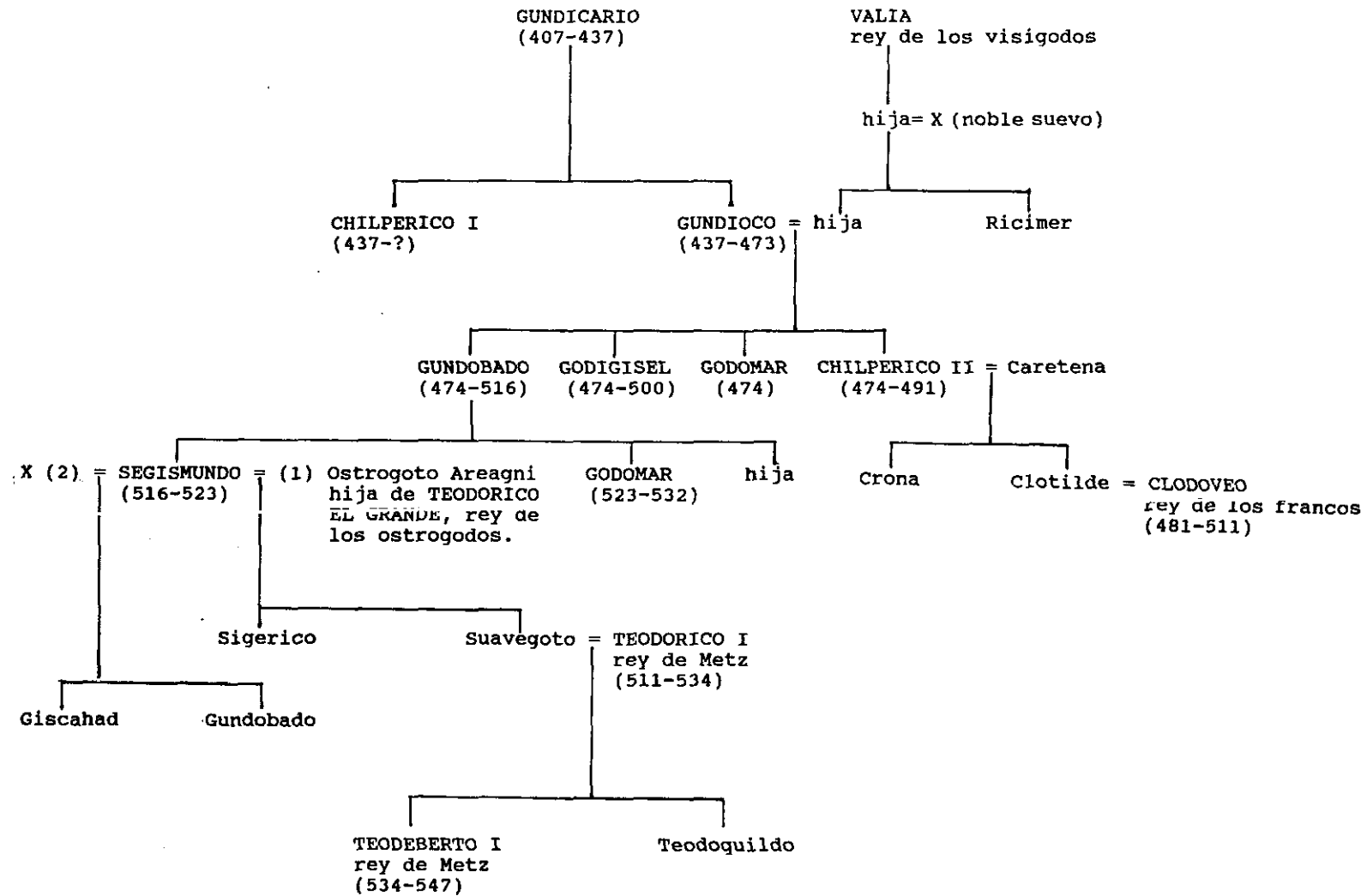
#### 4.15. Família de Valia.



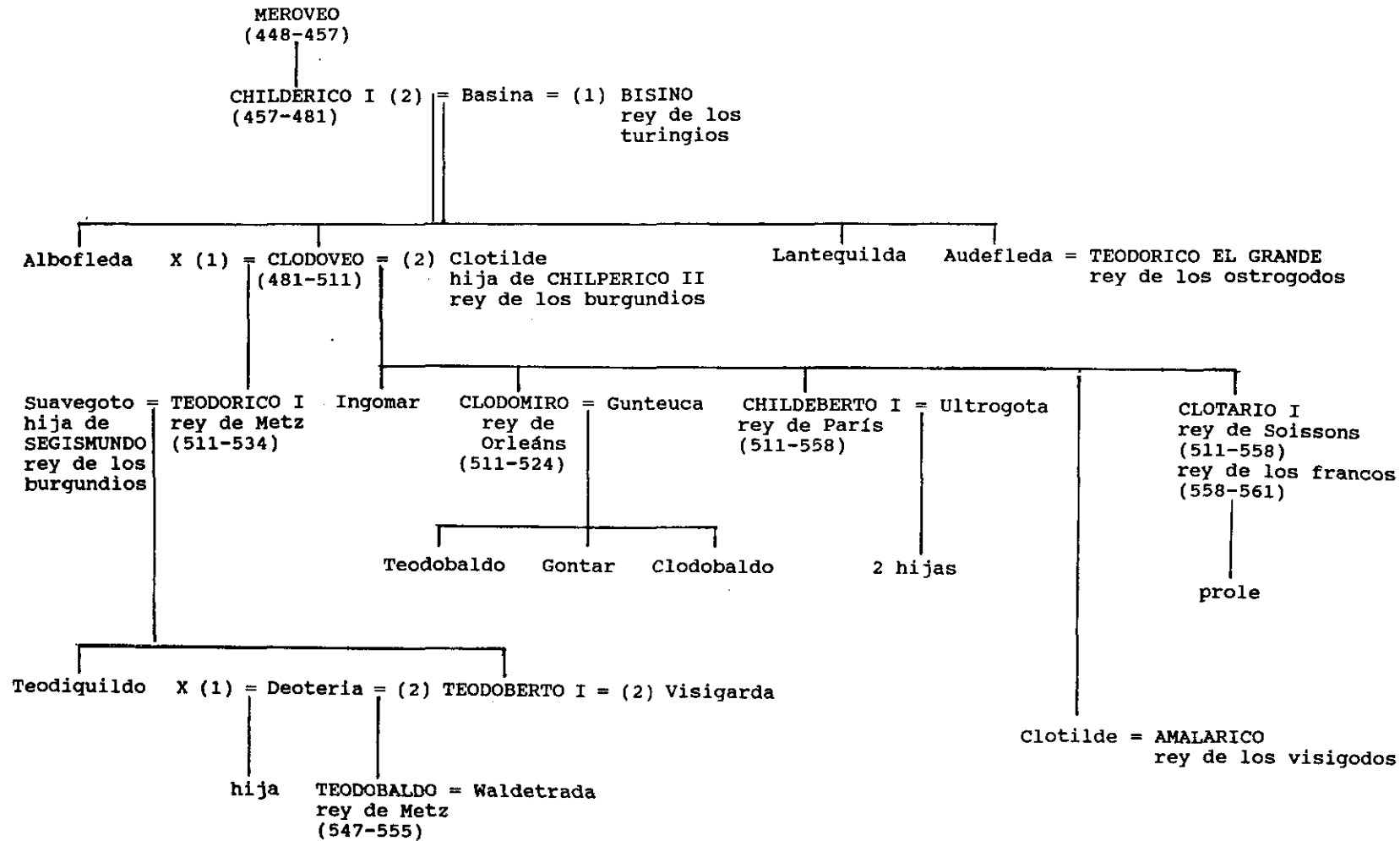
#### 4.16. Familia de Atanagildo y Liuva I.



#### 4.17. Linaje real burgundio.

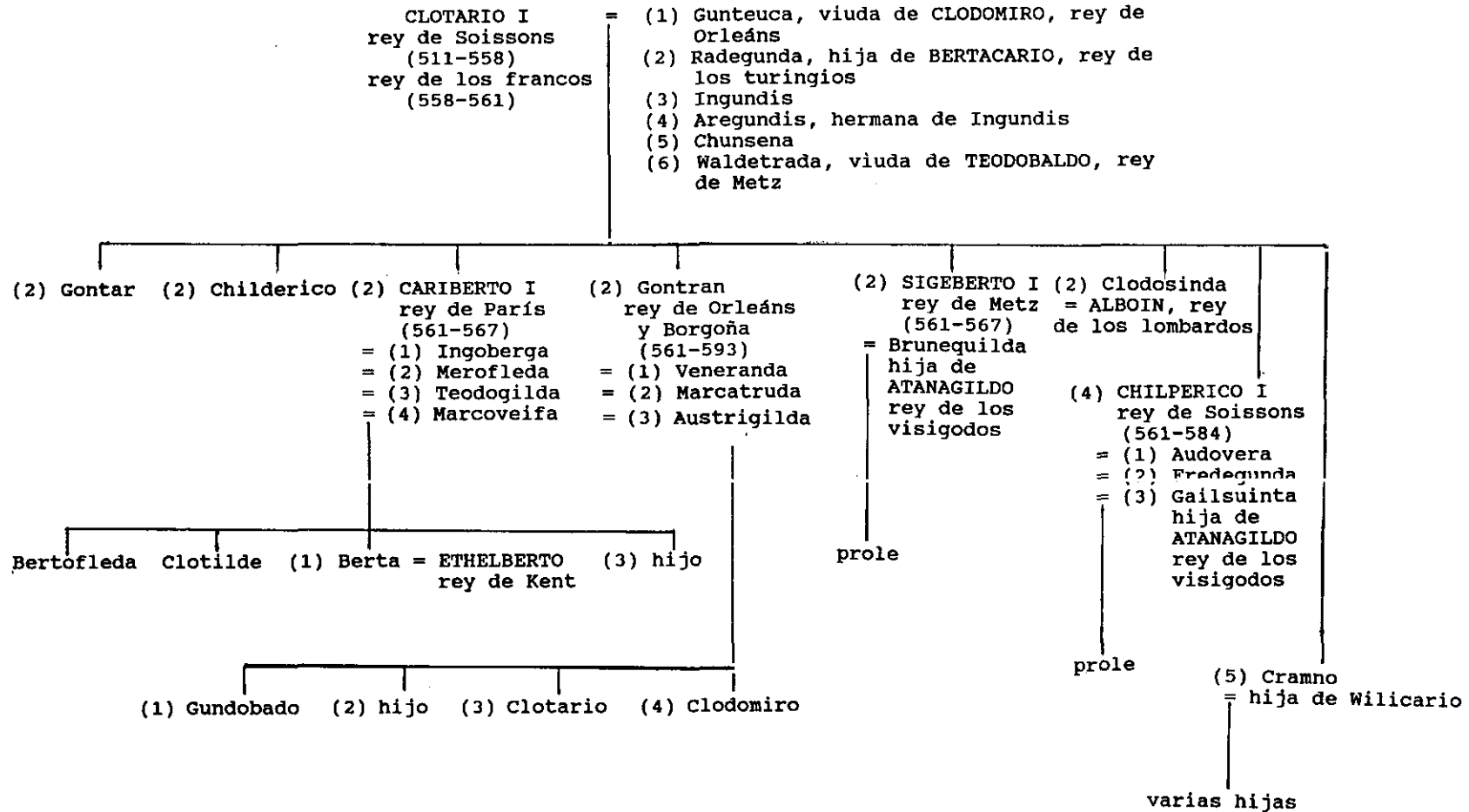


4.18. Linaje real de los francos merovingios.  
1. La familia de Clodoveo

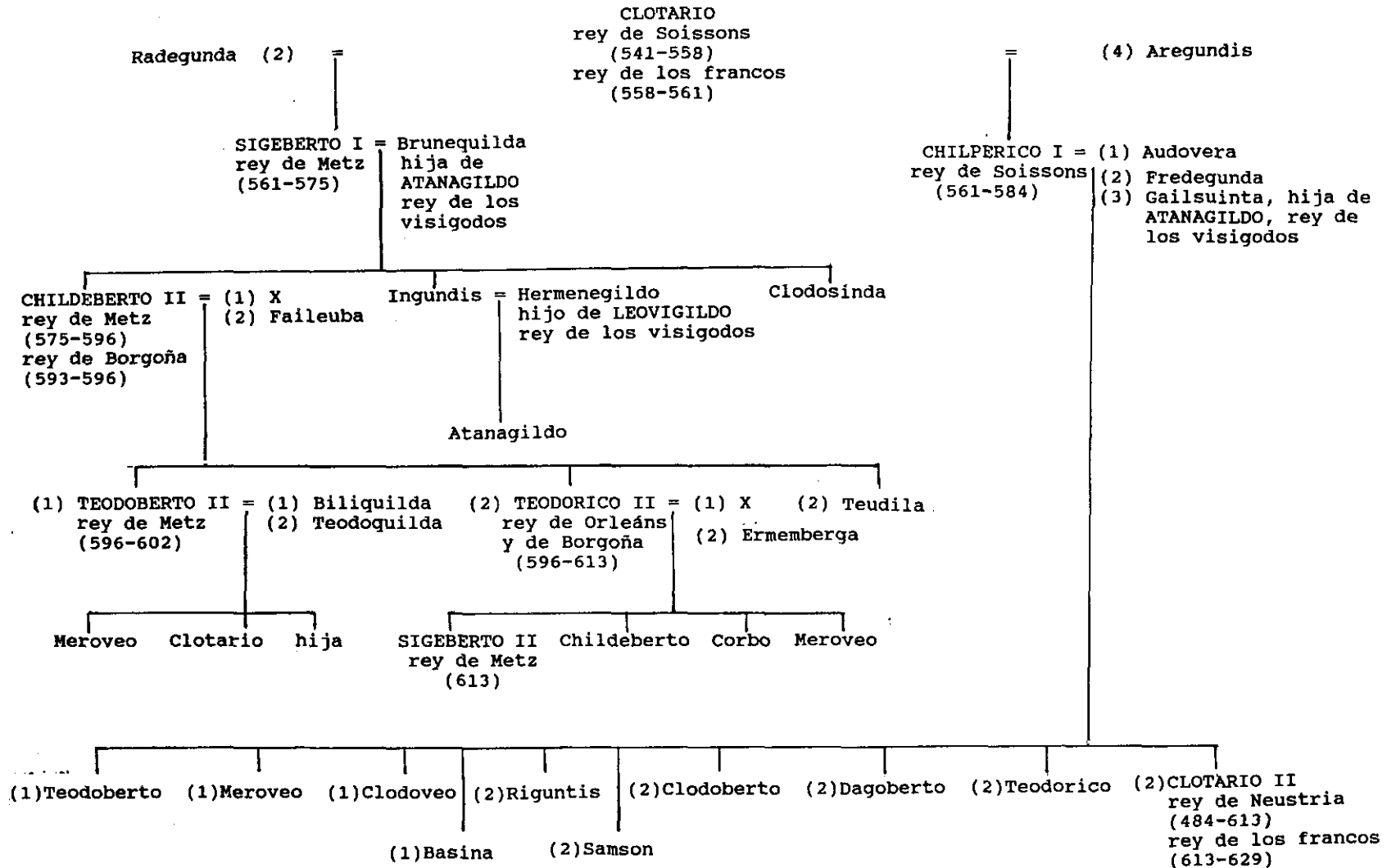




4.18. Linaje real de los francos merovingios.  
2. La familia de Clotario I.



4.18. Linaje real de los francos merovingios.  
3. La familia de Sigeberto I y Chilperico I.



## 5. Mapas.

- 5.1. El Imperio romano en el año 390. Según E. Stein, Histoire du Bas-Empire, I, París, 1.959.
- 5.2. El Africa vándala. Según Ch. Courtois, Les vandales et l'Afrique, París, 1.955.
- 5.3. El Imperio romano hacia el año 560. Según E. Stein, Histoire du Bas-Empire, II, París, 1.949.
- 5.4. Italia y Africa en tiempos de Justiniano. Según E. Stein, op. cit.
- 5.5. La Península Ibérica bajo el reinado de Leovigildo. Según la Historia de España de Don Ramón Menéndez Pidal, III.1., España visigoda, ed. J. M. Jover Zamora, Madrid, 1.991.

# IMPERIUM ROMANUM

ANNO 390 P. CHR. N. (IN PRAELECTURAS DIOECESES PROVINCIAS DIVISVM)



Praetectura praetorio per Orientem:  
I Dioecesis Aegypti, II D. Orients, III D. Pontica, IV D. Asiana,  
V D. Thraciana

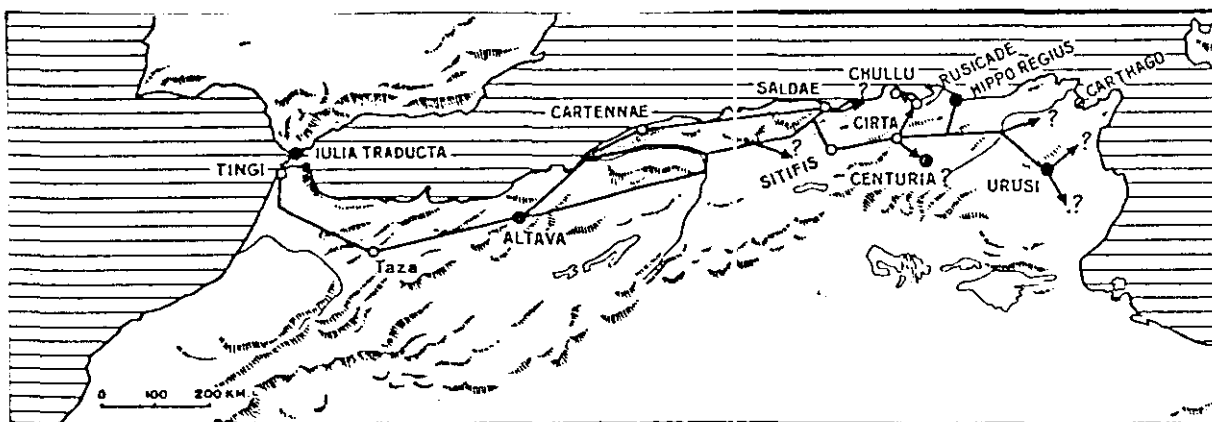


Praetectura praetorio Illyric Italiae et Africae:  
VI D. Macedonia, VII D. Dacia, VIII D. Pannoniarum, IX D. Italiae  
provinciae annuntiae, X Eadem dioecesis provinciae suburbicae,  
XI D. Africae



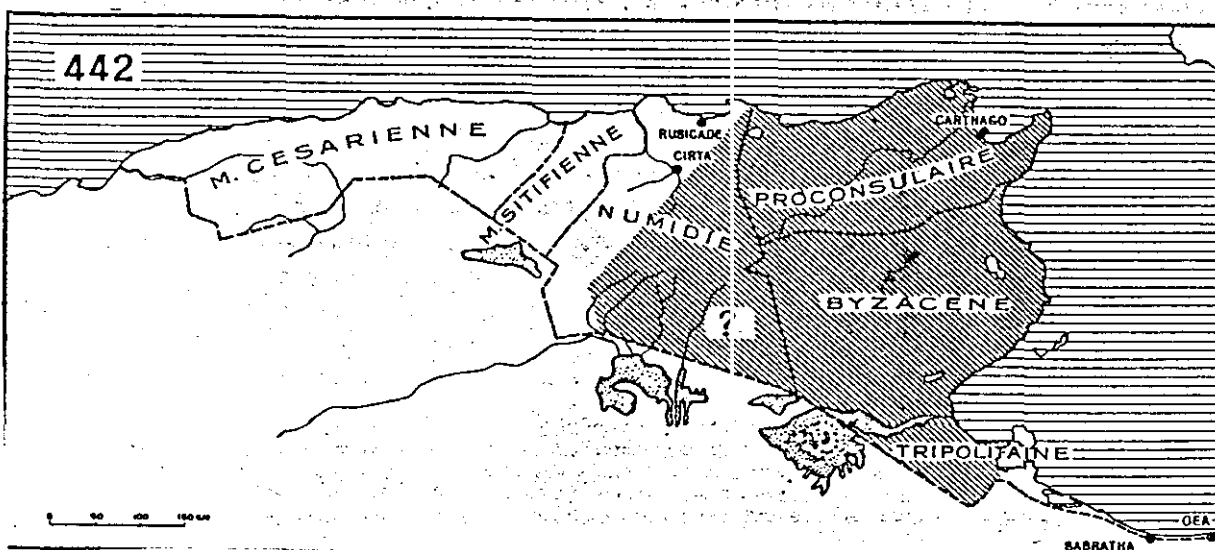
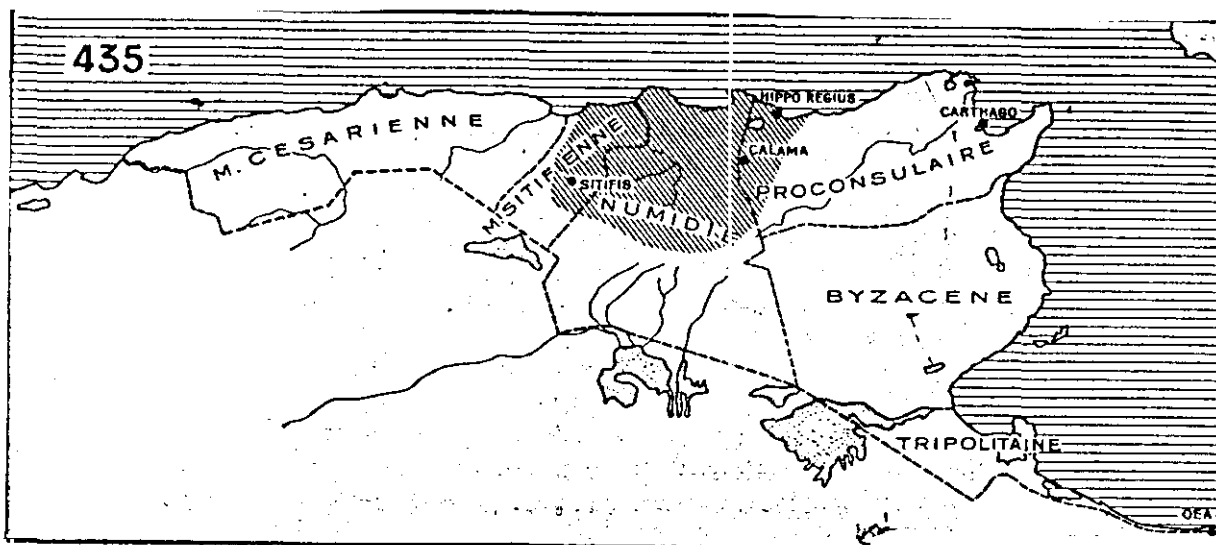
Praetectura praetorio Galliarum:  
XII D. Britanniarum, XIII D. Galliarum, XIV D. septem provinciarum,  
XV D. Hispaniarum

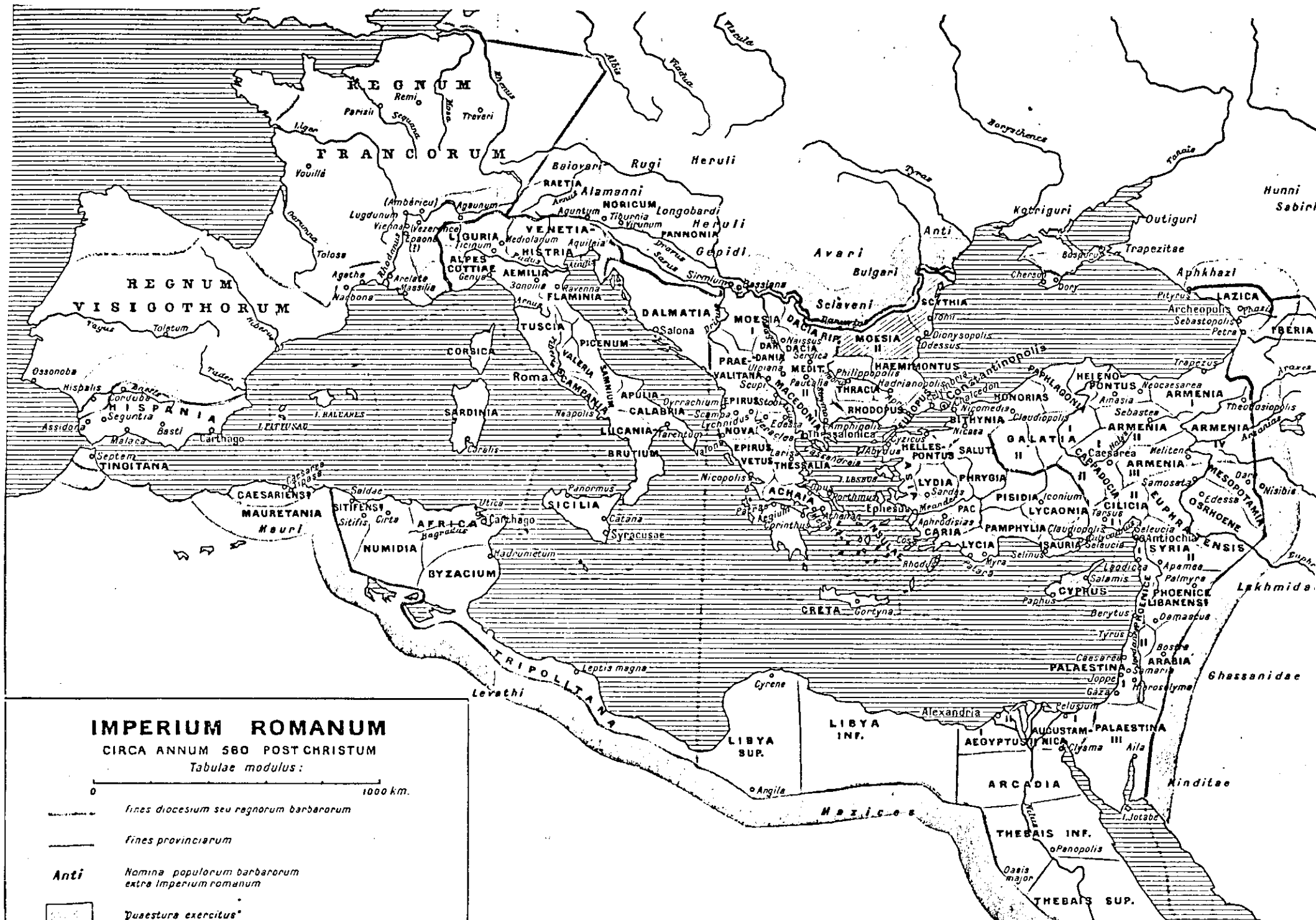
## EL ITINERARIO DE LOS VANDALOS



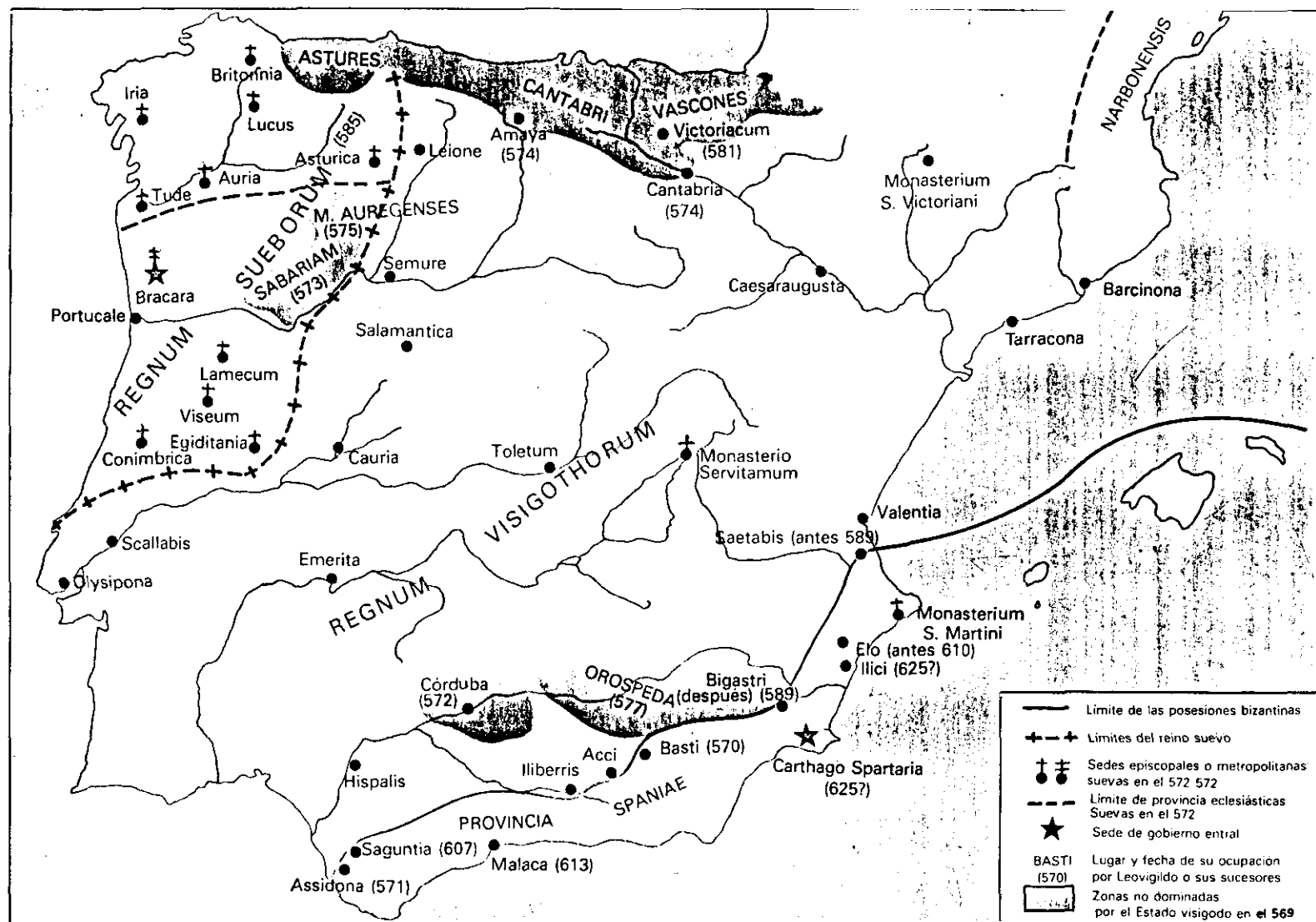
Localidades donde el paso de los vándalos se halla atestiguado por los textos.

ZONAS DE INSTALACION DE LOS VANDALOS DE ACUERDO CON LOS DOS TRATADOS FIRMADOS CON EL IMPERIO.









La Península Ibérica bajo el reinado de Leovigildo.



**ABREVIATURAS EMPLEADAS PARA CITAR COLECCIONES Y PUBLICACIONES PERIODICAS.**

AASS = Acta Sanctorum, ed. comenzada por J. Bollandus en 1.643 en Amberes, y continuada por la Compañía de Jesús, 65 vols., Amberes-Bruselas, 1.643-1.925.

AB = Analecta Bollandiana.

AC = Antigüedad y Cristianismo. Monografías históricas sobre la Antigüedad Tardía.

AE = L'Année épigraphique.

AEA = Archivo Español de Arqueología.

AHR = American Historical Review.

AnnESC = Annales. Économies, Sociétés, Civilisations.

Byz. = Byzantion. Revue internationale des études byzantines.

Byz. Ztschr. = Byzantinische Zeitschrift.

CChr. = Corpus Christianorum seu nova Patrum collectio, Turnholt-París, 1.953 y ss.

CIL = Corpus Inscriptionum Latinarum, Berlín, 1.861 y ss.

Coll. Avell. = Collectio Avellana: epistula imperatorum, pontificum, aliorum A. D. 367-553, ed. O. Guenther, CSEL, XXXV, Viena, 1.895-1.898.

CO = Classical Quarterly.

CRAI = Comptes rendus de l'Académie des Inscriptions et Belles Lettres.

CSCO, (Scr. Syr.) = Corpus Scriptorum Christianorum Orientalium, (Scriptores Syri), París, 1.903 y ss.

CSEL = Corpus Scriptorum Ecclesiasticorum Latinorum, Viena, 1.866

y ss.

CSHB = Corpus Scriptorum Historiae Byzantinae, 50 vols. Bonn, 1.828-1.897.

Ep. Rom. Pont. = Epistolae Romanorum Pontificum genuinae, ed. A. Thiel, Braunsberg, 1.867.

ES = España Sagrada. Theatro geográfico-histórico de las Iglesias de España, ed. E. Flórez (vols. 1-29), Madrid, 1.745-1.775; continuada por P. Risco (vols. 30-42), A. Merino, J. de La Canal, P. Sainz de Baranda y V. de la Fuente y hasta nuestros días por la Real Academia de la Historia.

FHA = Fontes Hispaniae Antiquae, 9 vols, Barcelona, 1.935-1.959.

FHG = Fragmenta Historicorum Graecorum, ed. C. Mueller, París, 1.841-1.884.

Gr. Schr. = Die Griechischen Christlichen Schriftsteller der ersten Jahrhunderte, Berlín, 1.897 y ss.

HA = Hispania Antiqua.

HGM = Historici Graeci Minores, ed. L. Dindorf, Teubner, 2 vols., Leipzig, 1.870-1.871.

IHC = Inscriptiones Hispaniae Christianae, ed. E. Hübner, Berlín, 1.871.

ILS = Inscriptiones Latinae Selectae, ed. H. Dessau, 3 vols., Berlín, 1.892-1.916.

Itin. Rom. = Itineraria Romana, I, ed. O. Cuntz, Teubner, Leipzig, 1.929; II, ed. J. Schnetz, Teubner, Leipzig, 1.940.

JRS = Journal of Roman Studies.

JThS = Journal of Theological Studies.

DOP = Dumbarton Oaks Papers.

Loeb = Loeb Classical Library.

MGH = Monumenta Germaniae Historica.

MGH, AA = Monumenta Germaniae Historica, Auctores Antiquissimi, 15 vols., Berlín, 1.877-1.919.

MGH, Chron. Min. = Monumenta Germaniae Historica, Chronica Minora, 3 vols., Berlín, 1.892-1.898.

- MGH, EMKA = Monumenta Germaniae Historica, Epistolae Merowingici et Karolini aevi, 6 vols., Berlín, 1.892-1.939.
- MGH, Ep. = Monumenta Germaniae Historica, Epistolae, 8 vols., Berlín, 1.887-1.939.
- MGH, GPR = Monumenta Germaniae Historica, Gesta Pontificum Romanorum, 1 vol., Berlín, 1.898.
- MGH, LNG = Monumenta Germaniae Historica, Leges Nationum Germanicarum, Hannover-Leipzig, 1.892 y ss.
- MGH, SRL = Monumenta Germaniae Historica, Scriptores rerum Langobardicarum et Italicarum saec. VI-IX, Hannover, 1.878.
- MGH, SRM = Monumenta Germaniae Historica, Scriptores rerum Merovingicarum, 7 vols., Hannover, 1.885-1.951.
- MANSI = MANSI, J.-D, Sacrorum Conciliorum nova et amplissima collectio, 31 vols., Florencia-Venecia, 1.759-1.798; repr. fotomec. completada hasta 1.902 por J. B. Martin y L. Petit, 53 vols., París, 1.902-1.927.
- NMS = Nottingham Medieval Studies.
- PG = Patrologiae cursus completus. Series graeca, ed. J.-P. Migne, 161 vols., París, 1.844-1.864.
- PL = Patrologiae cursus complutus. Series latina, ed. J.-P. Migne, 221 vols., París, 1.844-1.864.
- PLRE = Prosopography of the Later Roman Empire, 3 vols., Cambridge, 1.971-1.992.
- RE = Real-Encyklopaedie der Klassischen Altertumswissenschaft, ed. A. Pauly, G. Wissowa y W. Kroll, Stuttgart, 1.893 y ss.
- REB = Revue des études byzantines.
- REG = Revue des études grecques.
- SC = Sources chrétiennes, París, 1.941 y ss.
- SChH = Studies in Church History.
- Suppl. = Patrologiae cursus completus. Supplementum, ed. A. Hamman, 4 vols.
- Teubner = Bibliotheca Scriptorum graecorum et romanorum Teubneriana.

VIVES = VIVES, J., MARIN, T. y MARTINEZ, G., Concilios visigóticos e hispano-romanos, Barcelona-Madrid, 1.963.

## FUENTES.

- Act. procons. S. Cypr. = Acta proconsularia Sancti Cypriani, ed. D. Ruíz Bueno, Actas de los mártires, BAC, Madrid, 1.963, pp. 756-761.
- Act. Syn. Rom. = Acta Synhodorum habitarum Romae, ed. T. Mommsen, MGH, AA, XII, Berlín, 1.894, pp. 396-455.
- Acta Minora SS. Perp. et Fel. = Acta Minora Sanctarum Perpetuae et Felicitatis, ed. D. Ruíz Bueno, Actas de los mártires, BAC, Madrid, 1.963, pp. 448-451.
- Add. ad Prosp. Havn. = Additamenta ad Prosperum Havniensem, (in textu), ed. T. Mommsen, MGH, AA, IX = Chron. Min., I, pp. 298-304; (in marginē), Ibid., pp. 299-302.
- AGATH., Hist. = AGATHIAE, Historiarum libri V, ed. L. Dindorf, HGM, II, Teubner, Leipzig, 1.871, pp. 132-392.
- AGN., Lib. Pont. Eccl. Rav. = AGNELLI qui et ANDREAS, Liber Pontificalis Ecclesiae Ravennatis, ed. O. Holder-Egger, MGH, SRL, Hannover, 1.878, pp. 265-391.
- Ajbar Machmuâ, ed. y trad. esp. E. Lafuente y Alcántara, Madrid, 1.867.
- AL-DABBI, Kitâb Bugyat al-Multamis, ed. F. Codera y J. Ribera, Biblioteca Arabico Hispana, Madrid, 1.885.
- AL-MAQQARI, Analectes sur l'histoire et la littérature des arabes d'Espagne, ed. R. Dozy, G. Dugat, L. Krehl y G. Wright, 4 vols., Leyden, 1.855-1.861.
- AL-'UDRI, Nuṣūṣ 'an al-Andalus min Kitâb Tarsī' al-ajbâr, ed. Al-Ahwani, Madrid, 1.965.
- ALC. AVIT., Ep. = ALCIMI ECDICII AVITI, Epistolae, ed. R. Peiper, MGH, AA, VI.2, Berlín, 1.883, pp. 29-103.
- AMBR., De ob. Theod. = AMBROSII MEDIOLANSIS EPISCOPI, De obitu Theodosi, ed. J.-P. Migne, PL, XVI, cols. 1.385-1.406.
- \_\_\_\_\_, Exp. in Luc. = Expositio evangelii secundum Lucae, ed. J.-P. Migne, PL, XV, cols. 1.527-1.850.

- AMM. = AMMIANI MARCELLINI, Res Gestae, ed. V. Gardthausend, Teubner, 2 vols., Leipzig, 1874; ed. y trad. ingl. J. C. Rolfe, Loeb, 3 vols., Londres-Cambridge, Massachusetts, 1.935-1.940.
- Anon. Val. = Anonymus Valesianus, ed. T. Mommsen, MGH, AA, XI = Chron. Min., I, Berlín, 1.892, pp. 7-11; 306-328; ed. y trad. ingl. G. P. Goold, Ammianus Marcellinus, III, Loeb, Londres-Cambridge, Massachusetts, 1.939, pp. 508-569.
- Anth. Pal. = Anthologia Palatina, ed. F. Jacobs, 3 vols., Leipzig, 1.813-1.817; ed. G. P. Goold, The Greek Anthology, Loeb, 16 vols., Londres-Cambridge, Massachusetts, 1916 y ss.
- ATH., De synodis = ATHANASII, De synodis, ed. J.-P. Migne, PG, XXVI, cols. 681-794.
- Auct. Prosp. Havn. = Auctarium Prosperi Havniensis, ed. T. Mommsen, MGH, AA, IX = Chron. Min., II, Berlín, 1.892, pp. 307-339 (citado también como Auct. Havn. ordo prior, Auct. Havn. ordo post(erior), Auct. Havn. marg(inalia), Auct. Havn. ordinis post(erior) marg(inalia), Auct. Hav. Estr(ema)).
- Auct. Prosp. Havn. ad ed. a. 455 anni 466 = Auctarium Prosperi Havniensis ad editum a. 455 anni 466, ed. T. Mommsen, MGH, AA, IX = Chron. Min., I, Berlín, 1.892, pp. 492-493.
- AUGUST., Civ. Dei = SANCTI AURELII AUGUSTINI HIPPONENSIS EPISCOPI, De Civitate Dei, ed. y trad. esp. S. Santamaría del Río y M. Fuertes Lanero, BAC, 2 vols., Madrid, 1.988.
- \_\_\_\_\_, De urb. exc. = De urbis excidio, ed. J.-P. Migne, PL, XL, cols. 715-724.
- \_\_\_\_\_, Ep. = Epistolae, ed. J.-P. Migne, PL, XXXIII; ed. y trad. esp. L. Cilleruelo, BAC, 2 vols., Madrid, 1.953.
- \_\_\_\_\_, Sermo. = Sermones, ed. J.-P. Migne, PL, XXXVIII-XXXIX.
- AUR. VICT., Hist. Abbrev. = SEXTI AURELII VICTORIS, Historiae Abbreviatae, ed. y trad. fr. P. Dufraigne, Les Belles Lettres, París, 1.975.
- BEDAE, Chron. = BEDAE, Chronicae, ed. T. Mommsen, MGH, AA, XIII

- = Chron. Min., III, Berlín, 1.898, pp. 247-333.
- BOETHII, Cons. Phil. = ANICII MANLII SIVERINI BOETHII, De consolatione philosophiae, ed. G. Weinberger, CSEL, LXVII.4, Viena, 1.934.
- BRAUL., Praenot. = BRAULIONIS CAESARAUGUSTANI EPISCOPI, Praenotatio librorum Isidori, ed. J.-P. Migne, PL, LXXXII, cols., 65-70.
- CALLIN., Vit. Hyp. = CALLINICI MONACHI, Vita Sancti Hypatii, ed. Seminarii Philologorum Bonnensis Sodales, Teubner, 1.895; trad. fr. A.-J. Festugière, París, 1.971.
- CAND., Frag. = CANDIDI, Fragmentum, ed. C. Mueller, FHG, IV, París, 1.851, pp. 135-137; ed. L. Dindorf, HGM, I, Teubner, Leipzig, 1.870, pp. 441-445.
- CAPREOL., Ep. pr. = CAPREOLI, Epistola prima ad Concilium Ephesinum, ed. J.-P. Migne, PL, Suppl., III.1, cols. 259-260.
- Catalogus Farfensis = Catalogus imperatorum, regum Italicorum, ducum Beneventanorum et Spoletinorum Farfensis, ed. O. Holder-Egger, MGH, SRL, Hannover, 1.878, pp. 521-523.
- CASSIOD., Chron. = CASSIODORI SENATORIS, Chronica ad a. DXIX, ed. T. Mommsen, MGH, AA, XI = Chron. Min., II, Berlín, 1.894, pp. 120-161.
- \_\_\_\_\_, Inst. Div. = De institutione divinarum litterarum, ed. J.-P. Migne, PL, LXX, cols. 1.105-1.150.
- \_\_\_\_\_, Var. = Variae, ed. T. Mommsen, MGH, AA, XII, Berlín, 1.894, pp. 1-385.
- Chron. Caesaraug. rel. = Chronicorum Caesaraugustanorum reliquiae a. CCCCL-DLXVIII, ed. T. Mommsen, MGH, AA, IX = Chron. Min., II, Berlín, 1.894, pp. 222-223.
- Chron. Gall. = Chronica Gallica ad a. CCCCLII et DXI, ed. T. Mommsen, MGH, AA, IX = Chron. Min., I, Berlín, 1.892, pp. 629-666.
- Chron. Pasch. = Chronicon Paschale, ed. L. Dindorf, CSHB, XVI-XVII, Bonn, 1.832.

- CJ = Codex Justinianus, ed. P. Krueger, CJC, II, Berlín, 1.877.
- CJC = Corpus Juris Civilis, I: Institutiones. Digesta, ed. T. Mommsen y P. Krueger, Berlín, 1.872; II: Codex Justinianus, ed. P. Krueger, Berlín, 1.877; III: Novellae, ed. R. Schoell y W. Kroll, Berlín, 1.895.
- CLAUD., De bello Gild. = CLAUDII CLAUDIANI, De bello Gildoniaco, ed. T. Birt, MGH, AA, X, Berlín, 1.892, pp. 54-73.
- \_\_\_\_\_, Bell. Pollent. = De bello Pollentino sive Gothico, Ibid., pp. 259-283.
- \_\_\_\_\_, De cons. Stil. = De consulatu Stilichonis, Ibid., pp. 189-233.
- \_\_\_\_\_, De quarto cons. Hon. = De quarto consulatu Honorii Augusti, Ibid., pp. 150-174.
- \_\_\_\_\_, De tertio cons. Hon. = De tertio consulatu Honorii Augusti, Ibid., pp. 140-149.
- \_\_\_\_\_, Epith. de nupt. Hon. = Epithalamium de nuptiis Honorii Augusti, Ibid., pp. 125-139.
- \_\_\_\_\_, In Eutrop. = In Eutropium, Ibid., pp. 74-118.
- \_\_\_\_\_, In Ruf. = In Rufinum, Ibid., pp. 17-53.
- Cod. Euric. = Codicis Euricani fragmenta, ed. K. Zeumer, MGH, Legum Sectio, I, LNG, I, Leges Visigothorum, Hannover-Leipzig, 1.902, pp. 3-32; ed. A. D'Ors, El Código de Eurico, Estudios Visigóticos, 2, Roma-Madrid, 1.960, pp. 20-43.
- Cons. Const. = Consularia Constantinopolitana, ed. T. Mommsen, MGH, AA, IX = Chron. Min., I, Berlín, 1.892, pp. 205-247.
- Cons. Ital. = Consularia Italica, ed. T. Mommsen, MGH, AA, IX = Chron. Min., I, Berlín, 1.892, pp. 249-339.
- CONST. PORPH., Caer. = CONSTANTINI VII PORPHIROGENITI, De caerimoniis aulae byzantinae, ed. J. J. Reiske, CSHB, VI-VII, Bonn, 1.829-1.830, ed. J.-P. Migne, PG, CXII, cols. 73-1.416.
- Cont. Byz.-Arab. = Continuatio Byzantia-Arabica a. DCCXLI, ed. T. Mommsen, MGH, AA, XI = Chron. Min., II, Berlín, 1.894, pp. 334-359.



- Cont. Hisp. = Continuatio Hispana a. DCCLIV, ed. T. Mommsen, MGH, AA, XI = Chron. Min., II, Berlín, 1.894, pp. 334-368.
- CORIPP., Anast. = FLAVII CRESCONII CORIPPPI, Panegyricus in laudem Anastasii quaestoris et magistri, ed. J. Partsch, MGH, AA, III.2, Berlín, 1.879, pp. 116-117.
- \_\_\_\_\_, Joh. = Johannidos seu de bellis libycis libri VIII, Ibid., pp. 1-109.
- \_\_\_\_\_, Laud. Just. = In laudem Justinii Augusti Minoris libri IV, Ibid., pp. 115-156; ed. y trad. fr. S. Antès, Les Belles Lettres, París, 1.981.
- COSM. INDICOPL., Topogr. Christ. = COSMATIS INDICOPLEUSTIS, Topographia Christiana, ed. J.-P. Migne, PG, LXXXVIII, cols. 51-462.
- CTh. = Codex Theodosianus, ed. T. Mommsen y P. Meyer, 2 vols., Berlín, 1.905.
- CYP., Ep. = CAECILII CYPRIANI EPISCOPI CARTHAGINIENSIS, Epistolae, ed. y trad esp. J. Campos, Obras de San Cipriano, BAC, Madrid, 1.964, pp. 273-295.
- Dig. = Digesta, ed. T. Mommsen, CJC, I, Berlín, 1.872.
- DIO., Hist. Rom. = DIONIS CASSII, Historia Romana, ed. y trad. ingl. E. Cary, Loeb, 9 vols., Londres-Cambridge, Massachusetts, 1.927.
- DRACONT., De laud. Dei = BLOSSII AEMILII DRACONTII, De laudibus Dei, ed. F. Vollmer, MGH, AA, XIV, Berlín, 1.905, pp. 23-113.
- \_\_\_\_\_, Rom. = Romulea, Ibid., pp. 132-196.
- \_\_\_\_\_, Satisf. = Satisfactio, Ibid., pp. 114-131.
- EGER., Itiner. = EGERIAE, Itinerarium, ed. A. Arce, Itinerario de la virgen Egeria, BAC, Madrid, 1.980, pp. 180-321.
- ENNOD., Carm. = MAGNI FELICIS ENNODI, Carmina, ed. F. Vogel, MGH, AA, VII, Berlín, 1.885, passim.
- \_\_\_\_\_, Dict. = Dictiones, Ibid..
- \_\_\_\_\_, Ep. = Epistolae, Ibid..
- \_\_\_\_\_, Euch. = Eucharisticum de vita sua, Ibid., pp. 300-304.

- \_\_\_\_\_, Paneg. = Panegyricus dictus Theodorico regi, Ibid., pp. 203-214.
- \_\_\_\_\_, Vit. Epiph. = Vita Epiphanii episcopi Ticinensis ecclesiae, Ibid., pp. 84-109.
- Ep. Arel. = Epistolae Arelatenses genuinae, ed. W. Gundlach, MGH, AA, Ep., III = EMKA, I, Berlín, 1.892, pp. 1-83.
- Ep. Austr. = Epistolae Austrasicae, ed. W. Gundlach, MGH, Ep., III = EMKA, I, Berlín, 1.892, pp. 110-153.
- Ep. Merowing. = Epistolae Merovingicae, ed. W. Gundlach, MGH, Ep., III = EMKA, I, Berlín, 1.892, pp. 434-468.
- Ep. Wisig. = Epistolae Wisigothicae, ed. W. Gundlach, MGH, Ep., III = EMKA, I, Berlín, 1.892, pp. 658-690.
- Epit. Caes. = Epitome de Caesaribus, ed. Pilchlmayr, Teubner, Leipzig, 1.911.
- Epit. Carthag. = Epitome Carthaginensis, ed. T. Mommsen, MGH, AA, IX = Chron. Min., I, pp. 493-497.
- EUGIPP., Vit. Sev. = EUGIPPI, Vita Sancti Severini, ed. H. Sapppe, MGH, AA, I.2, Berlín, 1.877.
- EUN., Frg. = EUNAPII, Fragmenta, ed. C. Mueller, FHG, IV, París, 1.851, pp. 7-56; ed. L. Dindorf, HGM, I, Teubner, Leipzig, 1.870, pp. 205-274.
- EUS., Hist. Eccl. = EUSEBII EPISCOPI CAESARIENSIS, Historia Ecclesiastica, ed. A. Velasco Delgado, BAC, 2 vols., Madrid, 1.973.
- \_\_\_\_\_, Vit. Const. = De vita Constantini, ed. F. Winkelmann, Gr. Schr., Berlín, 1.975; trad. esp. M. Gurruchaga, Madrid, 1.994.
- EVAGR., Hist. Eccl. = EVAGRII SCHOLASTICI, Historia Ecclesiastica, ed. J.-P. Migne, PG, LXXXVI.2, cols. 2.415-2.886.
- Exc. Sangall. = Excerpta Sangallensia, ed. T. Mommsen, MGH, AA, IX = Chron. Min., I, Berlín, 1.892, pp. 299-338.
- Fast. Vind. Prior. = Fasti Vindobonenses priores, ed. T.

Mommsen, MGH, AA, IX = Chron. Min., I, Berlín, 1.892, pp. 274-320.

Fast. Vind. Post. = Fasti Vindobonenses posteriores, ed. T.

Mommsen, MGH, AA, IX = Chron. Min., I, Berlín, 1.892, pp. 274-334.

FORT., Carm. = VENANTI HONORI CLEMENTIANI FORTUNATI, Carminum epistolarum expositionum libri XI, ed. F. Leo, MGH, AA, IV.1, Berlín, 1.881, pp. 271-292.

FREDEG., Chron. = FREDEGARII (pseudo), Chronicarum libri IV, cum continuationibus, ed. B. Krusch, MGH, SRM, II, Hannover, 1.888, pp. 18-93.

FULG., Ad Thrasamundum = FULGENTII EPISCOPI RUSPENSIS, Ad Thrasamundum regem vandalorum libri III, ed. J.-P. Migne, PL, LXXV, cols. 224-304.

GEORG. CYPR., Descript. orb. rom. = GEORGII CYPRI, Descriptio orbis romani, ed. H. Gelzer, Teubner, Leipzig, 1.890; ed. E. Honigman, Le Synekdemós d'Hiéroklos et l'opuscule géographique de Georges de Chypré. Texte, introduction, commentarie et cartes, Bruselas, 1.939.

GREG. I, Dial. = GREGORII I PAPAE, Dialogorum libri IV de vita et miraculis Patrum Italicorum et de aeternitate animarum, ed. J.-P. Migne, PL, LXXVII, cols. 149-430.

\_\_\_\_\_, Ep. = Registrum Epistolarum, ed. P. Ewald y L. M. Hartmann, MGH, Ep., I-II, Berlín, 1.887-1.899.

\_\_\_\_\_, Homil. in Ezech. = Homiliae in Ezechielem, ed. J.-P. Migne, PL, LXXVI, cols. 785-1.072.

GREG. TUR., De virt. S. Jul. = GREGORII EPISCOPI TURONENSIS, Liber de passione et virtutibus Sancti Juliani martyris, ed. B. Krusch, MGH, SRM, I.2, Hannover, 1.885, pp. 112-134.

\_\_\_\_\_, De virt. S. Mart. = De virtutibus Sancti Martini episcopi libri IV, Ibid., pp. 584-661.

\_\_\_\_\_, Hist. Franc. = Historia Francorum, ed. B. Krusch y W. Levison, MGH, SRM, I.1, Hannover, 1.937-1.951; ed. y trad.

- fr. R. Latouche, Les Belles Lettres, París, 1.975.
- \_\_\_\_\_, In gloria conf. = Liber in gloria confessorum, ed. B. Krusch, MGH, SRM, I.2, Hannover, 1.885, pp. 744-820.
- \_\_\_\_\_, In gloria martyr. = Liber in gloria martyrum, Ibid., pp. 34-111.
- HIERON., Ep. = HIERONYMI, Epistulae, ed. J.-P. Migne, PL, XXX, cols. 13-307; ed. y trad. esp. D. Ruíz Bueno, BAC, 2 vols., Madrid, 1.962.
- HILDEPH., De vir. illustr. = HILDEPHONSI EPISCOPI TOLETANI, De viris illustribus, ed. J.-P. Migne, PL, XCVI, cols. 195-206; ed. C. Codoñer Merino, El "de viris illustribus" de Ildefonso de Toledo. Estudio y edición crítica, Salamanca, 1.972.
- Hist. Pseudo-Isid. = Historia Pseudo-Isidoriana, ed. T. Mommsen, MGH, AA, XI = Chron. Min., II, Berlín, 1.894, pp. 377-388.
- HONORAT., Ep. Cons. = HONORATI, Epistola Consolatoria, ed. J.-P. Migne, PL, L, cols. 567-570.
- HORM., Ep. = HORMISDAE PAPAE, Epistolae et decreta, ed. J.-P. Migne, PL, LXIII, cols. 367-538.
- HYDAT., Chron. = HYDATII LEMICI, Continuatio chronicorum Hieronymianorum ad a. CCCCLXVIII, ed. T. Mommsen, MGH, AA, XI = Chron. Min., II, Berlín, 1.894, pp. 13-36; ed. y trad. fr. A. Tranoy, SC, 2 vols., París, 1.974.
- Inst. = Institutiones, ed. P. Krueger, CJC, I, Berlín, 1.872.
- ISID., Chron. = ISIDORI JUNIORIS EPISCOPI HISPALENSIS, Chronica Maiora, ed. T. Mommsen, MGH, AA, XI = Chron. Min., II, Berlín, 1.894, pp. 424-481.
- \_\_\_\_\_, De vir. illustr. = De viris illustribus liber, ed. J.-P. Migne, PL, LXXXIII, cols. 1.081-1.106; ed. C. Codoñer Merino, El "de viris illustribus" de Isidoro de Sevilla. Estudio y edición crítica, Salamanca, 1.964.
- \_\_\_\_\_, Etimolog. = Etymologiae seu Origines, ed. W. M. Lindsay, 2 vols., Oxford, 1.911.
- \_\_\_\_\_, Hist. Goth. = Historia Gothorum, ed. T. Mommsen, MGH,

- AA, XI = Chron. Min., II, Berlín, 1.894, pp. 267-295; ed. y trad. esp. C. Rodríguez Alonso, Las Historias de los godos, vándalos y suevos de Isidoro de Sevilla, León, 1.975, pp. 168-287.
- \_\_\_\_\_, Hist. Sueb. = Historia Sueborum, ed. T. Mommsen, MGH, AA, XI = Chron. Min., II, Berlín, 1.894, pp. 300-303; ed. y trad. esp. C. Rodríguez Alonso, Las Historias de los godos, vándalos y suevos de Isidoro de Sevilla, León, 1.975, pp. 310-321.
- \_\_\_\_\_, Hist. Wand. = Historia Wandalorum, ed. T. Mommsen, MGH, AA, XI = Chron. Min., II, Berlín, 1.894, pp. 295-300; ed. y trad. esp. C. Rodríguez Alonso, Las Historias de godos, vándalos y suevos de Isidoro de Sevilla, León, 1.975, pp. 288-309.
- Itin. Ant. = Itineraria provinciarum Antonini Augusti, ed. O. Cuntz, Itin. Rom., I, Teubner, Leipzig, 1.929, pp. 1-85.
- JOH. ANT., Frq. = JOHANNIS ANTIOCHENI, Fragmenta, ed. C. Mueller FHG, IV, París, 1.951, pp. 534-622; V, París, 1.870, pp. 27-38.
- JOH. BICL., Chron. = JOHANNIS ABBATIS BICLARENSIS, Chronica a. DLXVII-DXC, ed. T. Mommsen, MGH, AA, XI = Chron. Min., II, Berlín, 1.894, pp. 211-220; ed. J. Campos, Juan de Biclara, obispo de Gerona. Su vida y su obra, Madrid, 1.960, pp. 77-100.
- JOH. CHRYS., Adv. opp. vit. mon. = JOHANNIS CHRYSOSTOMI, Adversus oppugnatores vitae monasticae, ed. J.-P. Migne, PG, XLVII, cols., 319-386.
- JOH. EPH., Hist. Eccl. = JOHANNIS EPISCOPI EPHESI, Historia Ecclesiastica, pars tertia, ed. E. W. Brooks, CSCO (Scr. Syr.), III.3, París, 1.936.
- JOH. LYD., De mag. = JOHANNIS LYDI, De magistratibus populi Romani, ed. R. Wuensch, Teubner, Leipzig, 1.903.
- JOH. MAL., Chronogr. = JOHANNIS MALALAE, Chronographia, ed. L.

Dindorf, CSHB, XV, Bonn, 1.831; ed. J.-P. Migne, PG, XCVII, cols. 65-718 (reproduce el texto griego de la edición de L. Dindorf).

De S. Dem. acta = De Sancti Demetri martyris acta, ed. J.-P. Migne, PG, CXVI, cols. 1.204-1.324.

JORD., Get. = JORDANIS, Getica, ed. T. Mommsen, MGH, AA, V.1, Berlín, 1.882, pp. 53-138.

\_\_\_\_\_, Rom. = Romana, Ibid., pp. 53-138.

JOSEPH., Bell. Jud. = FLAVII JOSEPHI, De bello judaico, ed. S. A. Naber, Teubner, 2 vols., Leipzig, 1.895-1.896.

JUST., App. = JUSTINIANI AUGUSTI, Appendix constitutionum dispersarum, ed. R. Schoell y W. Kroll, CJC, III, Berlín, 1.895, pp. 796-803.

\_\_\_\_\_, Nov. = Novellae, Ibid., pp. 1-756.

JUV., Sat. = DECIMI JUNII JUVENALIS, Saturarum libri V, ed. L. Friedländer, Leipzig, 1.895; ed. y trad. ingl. G. G. Ramsay, Loeb, Londres-Cambridge, Massachusetts, 1.918.

LACT., De mort. persec. = LACTANTI, De mortibus persecutorum, ed. y trad. fr. J. Moreau, SC, 2 vols, París, 1.954; trad. esp. R. Teja, Madrid, 1.982.

LANDOLF., Add. = LANDOLFI SAGACIS, Additamenta ad Pauli Historiam Romanam, ed. H. Droysen, MGH, AA, II, Berlín, 1.879, pp. 225-376.

Laterc. reg. Visig. = Laterculus regum Visigotorum, ed. T. Mommsen, MGH, AA, XIII = Chron. Min., III, Berlín, 1.898, pp. 464-469.

Laterc. reg. Wand. = Laterculus regum Wandalorum, ed. T. Mommsen, MGH, AA, XIII = Chron. Min., III, Berlín, 1.898, pp. 458-460.

LEO. I, Ep. = LEONIS I PAPAE, Epistolae, ed. J.-P. Migne, PL, LIV, cols. 593-1.218.

LEONT., Vit. Joh. Eleem. = LEONTII NEAPOLITANI EPISCOPI, Vita Sancti Johannis Eleemosynarii, patriarchae Alexandriae,

- (versio latina), ed. J.-P. Migne, PG, XCIII, cols. 1.614-1.660; (versio latina-graeca) Ibid., CXIV, cols. 895-966; (versio graeca), ed. H. Delehay, AB, XLV, 1.927, pp. 19-73.
- Lib. de promiss. = Liber de promissionibus et praedictionibus Dei, ed. T. Mommsen, ed. J.-P. Migne, PL, LI, cols. 733-858.
- Lib. Hist. Franc. = Liber Historiae Francorum, ed. B. Krusch, MGH, SRM, II, Hannover, 1.888, pp. 233-328.
- Lib. Pont. = Liber Pontificalis (pars prior), ed. T. Mommsen, MGH, GPR, I.1, Berlín, 1.898.
- LIBAN., Or. = LIBANII, Orationes, ed. F. Foerster, Teubner, 4 vols., Leipzig, 1.903-1.908.
- LIC., Ep. = LICINIANI EPISCOPI CARTHAGINIS SPARTARIAE, Epistolae, ed. J. Madoz, Liciniano de Cartagena y sus cartas. Edición crítica y estudio histórico, Madrid, 1.948, pp. 83-129.
- LIV., Ad urbe cond. = TITI LIVII, Ad urbe condita, ed. y trad. ingl. O. Foster, F. G. Moore, E. T. Sage y A. C. Schlesinger, Loeb, 14 vols., Londres-Cambridge, Massachusetts, 1.919-1.959.
- LJ = Liber Judiciorum, ed. K. Zeumer, MGH, Legum Sectio, I, LNG, I, Leges Visigothorum, Hannover-Leipzig, 1.902, pp. 33-456.
- LRV = Lex Romana Visigothorum (Breviarum Alarici regis), ed. G. Haenel, Leipzig, 1.849, reimpr. Scientia, Aalen, 1.962.
- MAIOR., Nov. = DIVI MAIORIANI AUGUSTI, Liber legum novellarum, ed. T. Mommsen y P. Meyer, CTh., II, Berlín, 1.905, pp. 155-178.
- MALCH., Frq. = MALCHI, Fragmenta, ed. C. Mueller, FHG, IV, París, 1.851, pp. 111-132; ed. L. Dindorf, HGM, I, Teubner, Leipzig, 1.870, pp. 383-424.
- MAR. AVENT., Chron. = MARII EPISCOPI AVENTICENSIS, Chronica a. CCCCLV-DLXXXI, ed. T. Mommsen, MGH, AA, XI = Chron. Min., II, Berlín, 1.894, pp. 232-239.
- MARCELL. COM., Chron. = MARCELLINI V. C. COMITIS, Chronicon ad a. DXVIII continuatum ad a. DXXXIV, ed. T. Mommsen, MGH, AA,

- XI = Chron. Min., II, Berlín, 1.894, pp. 60-104.
- MARCELL. COM. CONT., Chron. add. = MARCELLINI V. C. COMITIS CONTINUATORIS, Chronicae additamentum ad a. DXLVIII, ed. T. Mommsen, MGH, AA, XI = Chron. Min., II, Berlín, 1.894, pp. 104-108.
- MENAND., Frg. = MENANDRI PROTECTORIS, Historiarum fragmenta, ed. C. Mueller, FHG, IV, París, 1.851, pp. 200-269; ed. L. Dindorf, HGM, II, Teubner, Leipzig, 1.871, pp. 1-131.
- MEROB., Carm. = FLAVII MEROBAUDIS, Carmina, ed. F. Vollmer, MGH, AA, XIV, Berlín, 1.905, pp. 3-6.
- \_\_\_\_\_, Paneg. = Panegyricum in consulatu Aetii fragmenta, Ibid., pp. 7-18.
- MIN. FEL., Oct. = MINUCII FELICIS, Octavius, ed. J. P. Waltzing, Leipzig, 1.926; ed. J. Beaujeu, París, 1.964.
- NIC. CALL., Hist. Eccl. = NICEPHORI CALLISTAE, Historia Ecclesiastica, ed. J.-P. Migne, PG, CXLV, cols. 557-1.132; CXLVI, cols. 9-1.274; CXLVII, cols. 9-448.
- NICEPH., Brev. = NICEPHORI ARCHIEPISCOPI CONSTANTINOPOLITANI, Breviarium historicum de rebus gestis post imperium Mauricii, ed. J.-P. Migne, PG, C, cols. 875-994; ed. C. de Boor, Opuscula Historica, Teubner, Leipzig, 1.880, pp. 1-77.
- Not. Dig. = Notitia Dignitatum utriusque Imperii, pars Occidentis, pars Orientis, ed. O. Seeck, Berlín, 1.876.
- Not. prov. et civ. Afr., = Notitia provinciarum et civitatum Africae, ed. C. Halm, MGH, III.1, Berlín, 1.879, pp. 61-71.
- Not. Rom. = Notitia Regionum Urbis XIV, Acta Instituti Romani Regni Sueciae, III, 1.949, pp. 73-106.
- NOV., De spect. = NOVATIANI, De spectaculis, ed. G. F. Dierrcks, CChr., IV, Turnholt-París, 1.972, pp. 153-179.
- OLYMP., Frg. = OLYMPIODORI, Fragmenta, ed. C. Mueller, FHG, IV, París, 1.851, pp. 57-68; ed. L. Dindorf, HGM, I, Teubner, Leipzig, 1.870, pp. 450-471.
- OROS., Adv. pag. = PAULI OROSII, Historiarum adversus paganos



- libri VII, ed. C. Zangemeister, CSEL, V, Viena, 1.882; ed. y trad. esp. C. Torres Rodríguez, Paulo Orosio su vida y su obra, Santiago de Compostela, 1.985.
- PARTH., Rescript. = PARTHENII PRESBYTERI, Rescriptum, ed. A. Hamman PL, Suppl., III.2, cols. 448.
- Pasch. Camp. = Paschale Campanum, ed. T. Mommsen, MGH, AA, IX = Chron. Min., I, Berlín, 1.892, pp. 305-334.
- Pass. SS. Perp. et Fel. = Passio Sanctarum Perpetuae et Felicitatis, ed. D. Ruiz Bueno, Actas de los mártires, BAC, Madrid, 1.963, pp. 419-440.
- Passio S. Juliae = Passio Sanctae Juliae, AASS, ( 3a ed.), Mayo, t. V.
- PAUL. DIAC., Hist. Lang. = PAULI DIACONI, Historia Langobardorum, ed. G. Waitz, MGH, SRL, Hannover, 1.878, pp. 45-187.
- \_\_\_\_\_, Hist. Rom. = Historia Romana, ed. H. Droysen, MGH, AA, II, Berlín, 1.879, pp. 4-224.
- \_\_\_\_\_, Vit. Greg. = Vita Sancti Gregorii Magni, ed. J.-P. Migne, PL, LXXV, cols. 41-60.
- PAULIN. PETRICORD., Vit. Mart. = PAULINI PETRICORDIENSIS, De vita Sancti Martini, ed. M. Petschenig, CSEL, XVI, Viena, 1.888.
- PETR. DIAC., De loc. sanct. = PETRI DIACONI, Liber de locis sanctis, ed. P. Geyer, CSEL, XXXIX, Viena, 1.897.
- PHILOSTORG., Hist. Eccl., = PHILOSTORGII, Historia Ecclesiastica, ed. J. P. Migne, PG, LXV, cols. 459-624; Suppl., Ibid., cols. 623-638; ed. J. Bidez, Gr. Schr., XXI, Leipzig, 1.913.
- PHOT., Bibl. = PHOTII, Bibliotheca, ed. J.-P. Migne, PG, CIII, CIV, cols. 9-356.
- PLIN., Nat. Hist. = GAI PLINII SECUNDI, Naturalis Historia, ed. Ian-Mayhoff, Teubner, 5 vols., Stuttgart, 1.892-1.909.
- Poet. Lat. Min. = Poetae Latini Minores, ed. A. Baehrens, Teubner, 5 vols., Leipzig, 1.879-1.883.

- POL. SIL., Laterc. = POLEMII SILVII, Laterculus a. CCCCXLIX, ed. T. Mommsen, MGH, AA, IX = Chron. MIn., I, Berlín, 1.892, pp. 518-551.
- POSSID., Vit. August. = POSSIDII, Vita Augustini, ed. J.-P. Migne, PL, XXXII, cols. 33-66; ed. y trad. esp. V. Capanaga, Obras de San Agustín. I: Escritos filosóficos, BAC, Madrid, 1.969, pp. 303-365.
- PRISC., Frg., = PRISCI, Fragmenta, ed. C. Mueller, FHG, IV, París, 1.851, pp. 69-110; V, 1.870, pp. 24-26; ed. L. Dindorf, HGM, I, Teubner, Leipzig, 1.870, pp. 275-352.
- PROC., Aed., = De aedificiis libri VI, ed. y trad. ingl. H. B. Dewing, Loeb, Londres-Cambridge, Massachusetts, 1.940. Anecd., \_\_\_\_\_, Anecd. = Anecdota, ed. y trad. ingl. H. B. Dewing, Loeb, Londres-Cambridge, Massachusetts, 1.935.
- \_\_\_\_\_, De bellis, ed. y trad. ingl. de H. B. Dewing, Loeb, 5 vols., Londres-Cambridge, Massachusetts, 1.914-1.928.
- PROSP., Chron. = PROSPERI TIRONIS, Epitoma Chronicon ed. primum a. CCCXXXIII, continuata ad a. CCCCLV, ed. T. Mommsen, MGH, AA, IX = Chron. Min., I, Berlín, 1.892, pp. 385-485.
- \_\_\_\_\_, Ind. Imp. = Index Imperatorum, Ibid., p. 492.
- QUODVULTD., Sermo de temp. barb. = QUODVULTDEI, Sermo de tempore barbarico, I, ed. J.-J. Migne, PL, XL, cols. 699-708 (atribuido erróneamente a Agustín de Hippo Regius); II, PL, Suppl., III.1, cols. 287-298.
- RAV., Cosmogr. = RAVENNATIS ANONYMI, Cosmogr., ed. J. Schnetz, Itineraria Romana, II, Teubner, Leipzig, 1.940, pp. 1-110.
- Reg. Hil. = Regula Hilari Flavio Basilisco et Herminerico VV. Conss., Appendix ad Collectionem Dionysianam, ed. Thiel, Ep. Rom. Pont., I, Braunsberg, 1.868, pp. 316-320.
- RUST., Contr. Aceph. = RUSTICI DIACONI, Contra Acephalos disputatio, ed. J.-P. Migne, PL, LXVII, cols. 1.167-1.254.
- SALV., De gub. Dei = SALVIANI PRESBYTERI MASSILIENSIS, De gubernatione Dei libri VIII, ed. C. Halm, MGH, AA, I.1,

Berlín, 1.877, pp. 1-108.

SHA, Elagab. = Scriptores Historiae Augustae, Antoninus Elagabalus, ed. y trad. ing. D. Magie, Loeb, II, Londres-Cambridge, Massachusetts, 1.924, pp. 104-177.

SID., Carm. = GAI SOLLII APOLINARIS SIDONI, Carmina, ed. C. Luetjohann, MGH, AA, VIII, Berlín, 1.887, pp. 173-264; ed. y trad. fr. A. Loyen, Les Belles Lettres, París, 1.960.

\_\_\_\_\_, Ep. = Epistolae, ed. C. Luetjohann. MGH, AA, VIII, Berlín, 1.887, pp. 1-172; ed. y trad. fr. A. Loyen, Les Belles Lettres, 2 vols., París, 1.970.

SIG., Ep. ad Parth. = SIGESTEI, Epistola ad Parthenium, ed. A. Hamman, PL, Suppl., III.2, cols. 447-448.

SISEB., Carm. = SISEBUTI REGIS, Carmen de eclipsi lunae, ed. J. Fontaine, Isidore de Séville. Traité de la natura, Burdeos, 1.960, pp. 151-161.

SOC., Hist. Eccl. = SOCRATIS, Historia Ecclesiastica, ed. J.-P. Migne, PG, LXVII, cols. 29-842.

SOZ., Hist. Eccl. = SOZOMENI, Historia Ecclesiastica, ed. J.-P. Migne, PG, LXVII, cols. 843-1.630.

SUET., Calig. = GAI SUETONII TRANQUILLI, Caligula, ed. y trad. esp. M. Bassols de Climent, De vita duodecim Caesarum libri VIII, II, Barcelona, 1.964, pp. 86-136.

SUID. = SUIDAE, Lexicon, ed. A. Adler, 5 vols., Leipzig, 1.928-1.938.

SYM. METAPHR., Vit. Dan. Styl. = SYMEONIS METAPHRASTIS, Vita Sancti Danielis Stylitae, ed. J.-P. Migne, PG, CVI, cols. 969-1.037.

\_\_\_\_\_, Vit. S. Marc. = Vita et Conversatio Sancti Marcelli archimandritae monasterii Acoemotorum, ed. J.-P. Migne, PL, CXVI, cols. 705-746.

SYMM., Ep. = QUINTI AURELII SYMMACHI, Epistolae, ed. O. Seeck, MGH, AA, VI.1, Berlín, 1.883, pp. 1-278.

\_\_\_\_\_, Rel. = Relationes, Ibid., pp. 279-317.

- TERT., Spect. = QUINTI SEPTIMII FLORENTIS TERTULLIANI, De spectaculis liber, ed. J.-P. Migne, PL, I, cols. 630-662.
- THEOD., De situ Terr. Sanct. = THEODOSII, De situ Terrae Sanctae, ed. P. Geyer, CSEL, XXXIX, Viena, 1.897.
- THEOD. LECT., Hist. Eccl. = THEODORI LECTORIS, Excerpta Historiae Ecclesiasticae, ed. J.-P. Migne, PG, LXXXVI.1, cols. 165-228.
- THEODORET., Ep. = THEODORETI EPISCOPI CYRENSIS, Epistolae, ed. J.-P. Migne, PG, LXXXIII, cols. 1.173-1.494.
- \_\_\_\_\_, Hist. Eccl. = Historia Ecclesiastica, ed. J.-P. Migne, PG, LXXXII, cols. 881-1.280.
- THEOPH., Chronogr. = THEOPHANIS, Chronographia, ed. J.-P. Migne, PG, CVIII, cols. 55-1.010.
- THEOPH. BYZ., Frg. = THEOPHANIS BYZANTII, Fragmenta, ed. C. Mueller, FHG, IV, París, 1.851, pp. 270-271; ed. L. Dindorf, HGM, I, Teubner, Leipzig, 1.870, pp. 446-449.
- THEOPHYL., Hist. = THEOPHYLACTIS SIMOCATTAE, Historiae, ed. C. de Boor, Teubner, Leipzig, 1.887.
- VALENT. III, Nov. = DIVI VALENTINIANI AUGUSTI, Liber legum novellarum, ed. T. Mommsen y P. Meyer, CTh., II, Berlín, 1.905, pp. 69-154.
- VICT. TONN., Chron. = VICTORIS TONNENNENSIS EPISCOPI, Chronica a. CCCCXLIV-DLXVII, ed. T. Mommsen, MGH, AA, XI = Chron. Min., II, Berlín, 1.894, pp. 184-206.
- VICT. VIT., Hist. persec. = VICTORIS VITENSIS, Historia persecutionis africanae provinciae, ed. C. Halm, MGH, AA, III.1, Berlín, 1.879, pp. 1-58.
- \_\_\_\_\_, Pass. = Passio beatissimorum martyrum qui apud Carthaginem passi sunt sub rego Hunirico VI. Nonas Julias, Ibid., pp. 59-62.
- Vit. Avit. Conf. Aurel. = Vita Aviti Confesoris Aurelianensis, ed. B. Krusch, MGH, SRM, III, Hannover, 1.896, pp. 380-385.
- Vit. Dan. Styl. = Vita Sancti Danielis Stylitae, ed. H.

Delehayé, AB, XXXII, 1.913, pp. 121-214.

Vit. Eutychn. = Vita et conversatio Sancti Eutychie, patriarchae Constantinopolitani, ed. J.-P. Migne, PG, LXXXVI.2, cols. 2.273-2.389.

Vit. Fulg. = Vita Sancti Fulgentii episcopi Ruspensis, (atribuida a Fulgentius Ferrandus Carthaginensis ecclesiae diaconus), ed. J.-P. Migne, PL, LXV, cols. 117-150.

Vit. Gregent. = Vita Sancti Gregentii episcopi Homeritae, ed. y trad. al ruso A. Vasiliev, Vizantiskii Vremennik, XIV, 1.907, pp. 32-66.

VIVES, J., Inscripciones cristianas de la España romana y visigoda, Barcelona, 1.942.

VPE = De vita et miraculis Patrum Emeritensium, (atribuida a Paulus diaconus Emeritensis), ed. E. Flórez, ES, XIII, Madrid, 1.756, pp. 335-386.

ZACH. RETH., Hist. Eccl. = ZACHARIAE RETHORICI, Historia Ecclesiastica, ed. y trad. fr. E. W. Brooks, CSCO, (Scr. Syr.), III, 5-6; París, 1.919-1.924.

ZON., Epit. Hist. = JOHANNIS ZONARAE, Epitomae Historiarum, ed. L. Dindorf, Teubner, 6 vols., Leipzig 1.868-1.875.

ZOS., Hist. Nov. = ZOSIMI, Historia Nova, ed. L. Mendelssohn, Teubner, Leipzig, 1.887; ed. F. Paschoud, Les Belles Lettres, 3 vols. París, 1.971-1.989.

ZOSIM., Ep. = ZOSIMI PAPAE, Epistolae, ed. J.-P. Migne, PL, XX, cols. 642-683.

## ESTUDIOS.

- ALONSO CAMPOS, J. I., "Sunna, Masona y Nepopis. Las luchas religiosas durante la dinastía de Leovigildo", AC, III, 1.986, pp. 151-157.
- ARCE, J., El último siglo de la España romana: 284-409, Madrid, 1.982.
- \_\_\_\_\_, "Notitia Dignitatum Occ. XLII y el ejército de la Hispania tardorromana", Ejército y sociedad. Cinco estudios sobre el mundo antiguo, León, 1.986, pp. 51-61.
- \_\_\_\_\_, España entre el mundo antiguo y el medieval, Madrid, 1.988.
- \_\_\_\_\_, Funus Imperatorum. Los funerales de los emperadores romanos, Madrid, 1.988,
- BALDWIN, B., "Malchus of Philadelphia", DOP, XXXI, 1.977, pp. 89-107.
- \_\_\_\_\_, "Priscus of Panium", Byz., L, 1.980, pp. 18-61.
- BARBERO, A.,
- \_\_\_\_\_, "El conflicto de los Tres Capítulos y las iglesias hispánicas", La sociedad visigoda y su entorno histórico, Madrid, 1.992,, pp. 136-167 (prim. ed., Studia Historica, V, 1.987, pp. 123-144).
- \_\_\_\_\_, "Las divisiones eclesiásticas y las relaciones entre Iglesia y Estado en la España de los siglos VI y VII", Ibid., pp. 168-198 (prim. ed., Homenaje a Marcelo Vigil Pascual, Salamanca, 1.989, pp. 169-189).
- \_\_\_\_\_-LORING, M. I., "El reino visigodo y la transición al mundo medieval", Historia de España, I, La España romana y visigoda (siglos III a.C.-VII d.C.), ed. Planeta, Barcelona, 1.988, pp. 410-583.
- \_\_\_\_\_-VIGIL, M., "Sobre los orígenes sociales de la Reconquista: cántabros y vascones desde fines del Imperio romano hasta la invasión musulmana", Sobre los orígenes

- sociales de la Reconquista, Barcelona, 1.974, pp. 11-98 (prim. ed., Boletín de la Real Academia de la Historia, CLVI.2, 1.965, pp. 271-329).
- \_\_\_\_\_, "Algunos aspectos de la feudalización del reino visigodo en relación con su organización financiera y militar", Sobre los orígenes sociales de la Reconquista, Barcelona, 1.974, pp. 107-137 (prim. ed., Moneda y crédito, CXII, 1.970, pp. 71-91).
- \_\_\_\_\_, La formación de feudalismo en la Península Ibérica, Barcelona, 1.978.
- BAUS, K.-EWIG, E., "Desde Nicea a Calcedonia", Manual de Historia de la Iglesia, II, La Iglesia imperial después de Constantino hasta fines del siglo VII, ed. H. Jedin, Barcelona, 1.979 (prim. ed. alem., 1.973), pp. 25-569.
- BAUS, K.-VOGT, H. J., "Vida intereclesial hasta las postrimerías del siglo VII", Ibid., (prim. ed. alem., 1.975), pp. 815-1014.
- BAYNES, N. H., El Imperio bizantino, Méjico, 1.949 (prim. ed. ingl., 1.925)
- BECK, H.-G., "La primitiva Iglesia bizantina", Manual de Historia de la Iglesia, II, La Iglesia imperial después de Constantino hasta fines del siglo VII, ed. H. Jedin, Barcelona, 1.979 (prim. ed. alem., 1.975), pp. 573-695.
- BELTRAN, A., "Notas para el estudio de los bizantinos en Cartagena", III Congreso Arqueológico del Sudeste Español, Murcia, 1.947, pp. 294-309.
- \_\_\_\_\_, "Topografía de Carthago Nova", AEA, XXI, 1.948, pp. 191-224 .
- BELTRAN TORREIRA, F.-M., "Un testimonio de la invasión vándala del norte de Africa: Posidio de Calama y su "Vita Augustini", I Congreso Internacional "El Estrecho de Gibraltar", (Ceuta, 1.987), I, Madrid, 1.988, pp. 1.115-1.122.
- BIRABEN, J.N.-LE GOFF, J., "La peste dans le Haut Moyen Age", AnnESC, 1.969, pp. 1.484-1.510.

- BLAZQUEZ, J. M., Economía de la Hispania romana, Bilbao, 1.978.
- \_\_\_\_\_, "La crisis del Bajo Imperio en Occidente en la obra de Salviano de Marsella. Problemas económicos y sociales", España romana en el Bajo Imperio, Madrid, 1.990, pp. 205-247.
- BREHIER, L., "Les Colonies d'Orientaux en Occident au commencement du Moyen Age. V-VIII siècle", Byz. Zschr., XII, 1.903, pp. 1-39.
- \_\_\_\_\_, El mundo bizantino, II, Las instituciones del Imperio bizantino, Méjico, 1.956 (prim. ed. fr., 1.948).
- BROWN, P., Biografía de Agustín de Hipona, Madrid, 1.970 (prim. ed. ingl. 1.967).
- \_\_\_\_\_, Religion and Society in the Age of Saint Augustine, Londres, 1.977.
- \_\_\_\_\_, "La Antigüedad Tardía", Historia de la vida privada, I, Del Imperio romano al año mil, Madrid, 1.987, (prim. ed. fr., 1.985), pp. 229-303.
- BROWNING, R., Justinian and Theodora, Londres, 1.971.
- BURNS, T. S., A History of the Ostrogoths, Bloomington, 1.984.
- BURY, J. B., A History of the Later Roman Empire rom Arcadius to Irene. 395 A.D. to 800 A.D., 2 vols., Londres, 1.889.
- \_\_\_\_\_, A History of the Later Roman Empire from the Death of Theodosius I to the Death of Justinian (395-565), 2 vols., Londres, 1.923.
- CAMELOT, P.-T., Historia de los concilios ecuménicos, II, Efeso y Calcedonia, ed. G. Dumeige, Vitoria, 1.971.
- CAMERON, A. D. E., Claudian. Poetry and Propaganda at the Court of Honorius, Oxford, 1.970.
- \_\_\_\_\_, Circus Factions. Blues and Greens at Rome and Byzantium, Oxford, 1.976.
- CAMERON, A. M.- CAMERON, A. D. E., "Christianity and Tradition in the Historiography of the Later Roman Empire", CO, LVIII, 1.964, pp. 316-328.



- CAMERON, A. M., "The Empress Sophia", Byz., XLV, 1.975, pp. 5-21.  
 \_\_\_\_\_, "The Early Religious Policies of Justin II",  
SChH, 13, 1.976, pp. 51-67.  
 \_\_\_\_\_, "The Theotokos in Sixth Century Constantinople.  
 A City finds its Symbol", JThS, XXIX, 1.978, pp. 79-108.  
 \_\_\_\_\_, Procopius and the Sixth Century, Berkeley-Los  
 Angeles, 1.985.
- CAMPOS, J., Juan de Biclario, obispo de Gerona. Su vida y su obra,  
 Madrid, 1.960.
- CARCOPINO, J., "Note sur une inscription chrétienne de  
 Volubilis", Revue de Philologie, LXII, 1.936, pp. 105-112.  
 \_\_\_\_\_, "Un "empereur" maure inconnu, d'après une  
 inscription latine récemment découverte dans l'Aurès", Revue  
 des Études Anciennes, 46, 1.944, pp. 94-120.
- CASSON, L., Ship and Seamanship in the Ancien World, Princeton,  
 1.986.
- CHAVES, M. J.-CHAVES R., Acuñaciones previsigodas y vidigodas en  
 Hispania desde Honorio a Achila II, Catálogo general de las  
 monedas españolas, II, Madrid, 1.984.
- CODONER MERINO, C., El "de viris illustribus" de Isidoro de  
 Sevilla. Estudio y edición crítica, Salamanca, 1.964.  
 \_\_\_\_\_, El "de viris illustribus" de Ildefonso de  
 Toledo. Estudio y edición crítica, Salamanca, 1.972.
- COLLINS, R., "Merida and Toledo: 550-585", Visigothic Spain: New  
 Approaches, ed. E. James, Oxford, 1.980, pp. 189-219.  
 \_\_\_\_\_, España en la Alta Edad Media, Barcelona, 1.986  
 (prim. ed. ingl., 1.983).
- COSTA, E. A., "The Office of the Castrensis Sacri Palatii in the  
 Fourth Century", Byz., XLII, 1.972, pp. 358-387.
- COURCELLE, P., Histoire littéraire des grandes invasions  
 germaniques, París, 1.964, (prim. ed., 1.948).  
 \_\_\_\_\_, Recherches sur les Confessions de Saint Agustin,  
 París, 1.950.

- COURTOIS, Ch., Victor de Vita et son oeuvre, Argel, 1.954.
- \_\_\_\_\_, Les vandales et l'Afrique, Paris, 1.955.
- \_\_\_\_\_, LESCHI, L., PERRAT, C. y SAUMAGNE, C., Tablettes Albertini. Actes privées de l'époque vandale (fin du siècle V), Paris, 1.952.
- COX, P., Biography in Late Antiquity: A Quest for the Holy Man, Berkeley-Los Angeles, 1.983.
- DAGRON, G., Naissance d'une capitale. Constantinople et ses institutions de 330 à 451, Paris, 1.974.
- DANIELOU, J.-MARROU, I., Nueva Historia de la Iglesia, I, Desde los orígenes a San Gregorio Magno, Madrid, 1.982.
- DELMAIRE, R., Largesses sacrées et res privata. L'aerarium impérial et son administration du IVe au VIe siècle, Roma, 1.989.
- DEMOUGEOT, E., "Una lettre de l'empereur Honorius sur l'hospitium des soldats", Revue historique de droit française et étranger, 34, 1.956, pp. 25-49.
- \_\_\_\_\_, "Constantin III, l'empereur d'Arles", Hommage à André Dupont. Études médiévales languedociennes, Montpellier, 1.974, pp. 83-125.
- \_\_\_\_\_, "La Notitia Dignitatum et l'histoire de l'Empire d'Occident au début du Ve siècle", Latomus, XXXIV, 1.975, pp. 1.079-1.134.
- \_\_\_\_\_, " L'évolution politique de Galla Placidia", Gerión, 3, 1.985, pp. 183-210.
- DIAZ Y DIAZ, M., "La leyenda regi a deo vita de una moneda de Ermenegildo", Analecta Sacra Tarraconensia, XXXI, 1.958, pp. 261-269.
- DIEHL, Ch., Études sur l'administration byzantine dans l'exarchat de Ravenne, Paris, 1.888.
- \_\_\_\_\_, L'Afrique byzantine. Histoire de la domination byzantine en Afrique. 533-709, 2 vols., Paris, 1.896.
- \_\_\_\_\_, Grandeza y servidumbre de Bizancio, Madrid, 1.963.

- DOEHAERD, R., Occidente durante la Alta Edad Media. Economías y sociedades, Barcelona, 1.974 (prim. ed. fr., 1.967).
- DOMINGUEZ MONEDERO, A. J., "Las necrópolis visigodas y el carácter del asentamiento visigótico en la Península Ibérica", Actas del I Congreso de Arqueología Medieval Española, Huesca, 1.985, pp. 165-186.
- DUCELIER, A., Bizancio y el mundo ortodoxo, Madrid, 1.992 (prim. ed. fr., 1.986).
- DUVAL, N., "L'Etat actuel des recherches sur les fortifications de Justinien en Afrique", Corsi di Cultura sull'Arte ravennate e bizantina, XXX, 1.983, pp. 149-204.
- DUVAL, Y., "La Maurétanie sitifiennne à l'époque byzantine", Latomus, 29, 1.970, pp. 157-161.
- ELLIS, P. S., An Archeological Study of Urban Domestic Housing in the Mediterranean A.D. 400-700, (Tesis doctoral dactilografiada), Oxford, 1.983.
- EWIG, E., "La labor misionera de la Iglesia latina", Manual de Historia de la Iglesia, II, La Iglesia imperial después de Constantino hasta fines del siglo VII, ed. H. Jedin, Barcelona, 1.979, pp. 699-814 (prim. ed. alem., 1.975).
- FESTUGIERE, A.-J., Antioche païenne et chrétienne. Libanius, Chrysostome et les moines de Syrie, París, 1.959.
- FINLEY, M. I., Esclavitud antigua e ideología moderna, Barcelona, 1.982 (prim. ed. ingl., 1.980).
- \_\_\_\_\_, La Grecia Antigua. Economía y sociedad, Barcelona, 1.984 (prim. ed. ingl., 1.981).
- FONTAINE, J., Isidoro de Séville et la culture classique dans l'Espagne wisigothique, París, 1.959.
- \_\_\_\_\_, Isidore de Séville. Traité de la natura, Burdeos, 1.960.
- \_\_\_\_\_-CAZIER, P., "Qui a chassé de Carthaginoise Severianus et les siens? Observations sur l'histoire familiere d'Isidoro de Seville", Estudios de Homenaje a Don Claudio

Sanchez Albornoz en sus 90 años. Anexos de Cuadernos de Historia de España, Buenos Aires, 1.983, pp. 349-400.

FREND, W. H. C., The Rise of the Monophysite Movement. Chapter in the History of the Church in the Fifth and Sixth Centuries, Cambridge, 1.972.

FRIEDLÄNDER, L., La sociedad romana. Historia de las costumbres en Roma, desde Augusto hasta los Antoninos, Méjico, 1.947 (prim. ed. alem., 1.862-1.864).

FUENTES HINOJO, P., "Las grandes epidemias en la temprana Edad Media su proyección sobre la Península Ibérica", En la España Medieval, 15, 1.992, pp. 9-29.

FULFORD, M. J., "Carthage: Overseas Trade and the Political Economy, c. A.D. 400-700", Reading Medieval Studies, 6, 1.980, pp. 68-80.

---

-PEACOCK, D. P. S., The Avenue du President Habib Bourquiba, Salambo: The Pottery and other Ceramic Objects from the Site. Excavations at Carthage: The British Mission, I.2, Sheffield, 1.984.

GARCIA AGUINAGA, J. L.-VALLALTA MARTINEZ, M. P., "Fortificaciones y puerta de Begastri", AC, I, 1.984, pp. 53-61.

GARCIA IGLESIAS, L., "El intermedio ostrogodo en Hispania (507-549 d.C.)", HA, V, 1.975, pp. 89-120.

GARCIA MORENO, L. A., "Colonias de comerciantes orientales en la Península Ibérica. S. V-VII", Habis, 3, 1.972, pp. 127-154.

---

, "Organización militar de Bizancio en la Península Ibérica (SS. VI-VII)", Hispania, 33, 1.973, pp. 5-22.

---

, "Vincentius dux provinciae Tarraconensis. Algunos problemas de la organización militar del Bajo Imperio en Hispania", HA, VII, 1.977, pp. 79-89.

---

, "Las invasiones y la época visigoda. Reinos y condados cristianos", Historia de España, II, Romanismo y Germanismo. El despertar de los pueblos hispánicos (Siglos IV-

- X), ed. M. Tuñón de Lara, Barcelona, 1.981, pp. 243-505.
- \_\_\_\_\_, "Mérida y el reino visigodo de Tolosa (418-507)", Homenaje a Sáenz de Buruaga, Madrid, 1.982, pp. 227-240.
- \_\_\_\_\_, "La invasión del 409 en España: nuevas perspectivas desde un punto de vista germano", ed. A. del Castillo, Ejército y sociedad. Cinco estudios sobre el mundo antiguo, León, 1.986., pp. 63-86.
- \_\_\_\_\_, "La arqueología y la historia militar visigoda en la Península Ibérica", Actas del II Congreso de Arqueología Medieval Española, Madrid, 1.987, pp. 331-336.
- \_\_\_\_\_, "Algunas cuestiones de Historia navarra en la Antigüedad Tardía (ss. V-VIII)", I Congreso General de la Historia de Navarra. Anejos 7 de Príncipe de Viana, Pamplona, 1.987, pp. 407-416.
- \_\_\_\_\_, "Ceuta y el estrecho de Gibraltar durante la Antigüedad Tardía (s. V-VIII)", I Congreso Internacional "El Estrecho de Gibraltar", (Ceuta, 1.987), I, Madrid, 1.988, pp. 1.095-1.114.
- \_\_\_\_\_, Historia de España visigoda, Madrid, 1.989.
- \_\_\_\_\_, "Las invasiones, la ocupación de la Península y las etapas hacia la unificación territorial", Historia de España de Don Ramón Menéndez Pidal, III.1, España visigoda, ed. J. M. Jover Zamora, Madrid, 1.991, pp. 61-268.
- GAUTIER, E.-F., Genséric, roi des Vandales, París, 1.932.
- GENARO, S., Da Claudiano a Merobaude. Aspetti della poesia cristiana di Merobaude, Catania, 1.959.
- GENEAKOPOLOS, D. J., Byzantium: Church, Society and Civilization Seen through Contemporary Eyes, Chicago, 1.985.
- GISBERT SANTOJA, J. A., "Dianium", Arqueología en Alicante 1.976-86, Alicante, 1.986, pp. 25-27.
- GOFFART, W., "Zosimus, the First Historian of Rome's Fall", AHR, LXXVI, 1.971, pp. 412-441.

- \_\_\_\_\_, Barbarians and Romans. A.D. 418-584. The Techniques of Accomodations, Princeton, 1.980.
- GONZALEZ BLANCO, A., "El decreto de Gundemaro y la historia del siglo VII", AC, III, 1.986, pp. 159-169.
- \_\_\_\_\_, "La provincia bizantina de Hispania. Carthago Spartaria, capital administrativa", Historia de Cartagena, V, Alta Edad Media. Siglos V al XIII, ed. J. Mas, Murcia, 1.986, pp. 41-69.
- GÖRRES, F., "Die Byzantinische Besitzungen an den Küsten des spanisch-wesgotischen Reiches (554-564)", Byz. Ztschr., 16, 1.907, pp. 514-538.
- GOUBERT. P., "Byzance et l'Espagne wisigothique. (554-711)", REB, II, 1.944, pp. 5-78.
- \_\_\_\_\_, "L'Administration de l'Espagne byzantine. I. Les Gouverneurs de l'Espagne byzantine", REB, III, 1.945, pp. 125-142.
- \_\_\_\_\_, "Administration de l'Espagne byzantine. II. Les provinces", REB, IV, 1.946, pp. 71-133.
- \_\_\_\_\_, Byzance avant l'Islam, I, Byzance et l'Orient sous les successeurs de Justinien. L'empereur Maurice, París, 1.951; II, Byzance et l'Occident sous les successeurs de Justinien, I, Byzance et les Francs, París, 1.956; II, Rome. Byzance et Carthage, París, 1.965.
- \_\_\_\_\_, "Ceuta byzantine ou wisigothique? Notes d'histoire et d'archeologie", Miscellània Puig i Cadalfach, Barcelona, 1.955, pp. 337-343.
- GOZALBES, E., "El ataque del rey visigodo Teudis contra Septem", Cuadernos del Archivo Municipal de Ceuta, 5, 1.989, pp. 41-54.
- GRIERSON, Ph., "Una ceca bizantina en España", Numario Hispánico, IV, 1.955, pp. 305-314.
- \_\_\_\_\_, "The Tombs and Obits of the Byzantine Emperors", DOP, XVI, 1.962, pp. 1-63.
- \_\_\_\_\_-BLACKBURN, M., Medieval European Coinage. With a

- Catalogue of the Coins in the Fitzwilliam Museum. Cambridge, I, The Early Medieval West (5th to 10th Centuries), Cambridge, 1.986.
- GRUNINGER, J. H., Saint Agustin et la fin de la culture antique, París, 1.959.
- GUADAN LASCARIS, A. M. de, Prontuario de la moneda bizantina, Madrid, 1.984.
- GUTIERREZ LLORET, S., "De la civitas a la madina: destrucción y formación de la ciudad en el sureste de Al-Andalus. El debate arqueológico", IV Congreso de Arqueología Medieval Española, I, Alicante, 1.993, pp. 13-35.
- HEFELE, K. J. von, A History of the Councils of the Church, I, to the Close of the Council of Nicaea A.D. 325, Edimburgo, 1.894; II, A. D. 326 to A.D. 429, 1.896; III, A.D. 431 to A.D. 451, 1.883; IV, A.D. 451 to 680, 1.895; V, A.D. 626 to the Close of the Second Council of Nicaea, A.D. 787, 1.896.
- HILLGARTH, J. N., "Coins and Chronicles: Propaganda in Sixth-Century Spain and Byzantine Background", History, XV, 1.966, pp. 483-508.
- HODGES, R.-WHITEHOUSE, D., Mohammed, Chalemagne & the Origins of Europe, Ithaca, Nueva York, 1.983.
- HOPKINS, K., "El poder político de los eunucos", Conquistadores y esclavos, Barcelona, 1.981 (prim. ed. ingl., 1.978), pp. 205-230.
- IGLESIAS, J., Derecho romano. Instituciones de derecho privado, Barcelona, 1.987 (prim. ed., 1.958).
- ISLA FREZ, A., "Las relaciones entre el reino visigodo y los reyes merovingios a finales del siglo VI", En la España Medieval, 13, 1.990, pp. 11-32.
- JANSSENS, Y., "Les Blues et les Verts sous Maurice, Phocas et Héraclius", Byz., XI, 1.936, pp. 499-539.
- JARREGA DOMINGUEZ, R., "Notas sobre la importación de cerámicas finas (Sigillata Clara D) en la costa oriental de Hispania

- durante el siglo VI e inicios del VII d.C.", II Congreso de Arqueología Medieval Española, Madrid, 1.987, pp. 337-344.
- JEREMIAS, J., Jerusalén en tiempos de Jesús, Madrid, 1.977 (traducción de la tercera edición en alemán de 1.962).
- JONES, A. H. M., "A Letter of Honorius to the Army of Spain", Actes du X Congres International d'Études Byzantines, (Estambul, 15-21 Sept. 1.955), 1.957, p. 223.
- \_\_\_\_\_, The Later Roman Empire. 284-602. A Social, Economic and Administrative Survey, Oxford, 1.964.
- LACARRA, J. M., "Textos navarros del Código de Roda", Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón, I, 1.945, pp. 194-283.
- LASSUS, J., "Les edifices du culte autour de la basilique", VI Congresso Internazionale di Archeologia Cristiana, (Ravenna, 23-30 Septiembre, 1.962), Ciudad del Vaticano, Roma, 1.965, pp. 581-610.
- LE GALL, J., "L'itinéraire de Genséric", Revue de Philologie, LXII, 1.936, pp. 13-48.
- LE ROUX, P., L'armée romaine et l'organisation des provinces ibériques d'Auguste a l'invasion de 409, París, 1.982.
- LEPELLEY, C., Les cités de l'Afrique romaine du Bas-Empire, I, La permenence d'une civilisation municipale, París, 1.979; II, Notices d'histoire municipale, París, 1.981.
- LEVI-PROVENÇAL, Historia de la España musulmana, Historia de España de Don Ramón Menéndez Pidal, IV, ed. J. M. Jover Zamora, Madrid, 1.950.
- LEWIS, R., Naval Power and Trade in the Mediterranean A.D. 500-1.100, Princeton, 1.951.
- LEZINE, M. A., Carthage. Utique. Études d'architecture et urbanisme, París, 1.968.
- \_\_\_\_\_, PICARD, C., PICARD, M. G.-Ch., "Observations sur la ruine des thermes d'Antonin a Carthage", CRAI, París, 1.956, pp. 425-430.
- LIEBESCHUETZ, J. H. W. G., "The Defenses of Syria in the Sixth



Century", Studien zu den Militärgrenzen Roms, II, Voträge des 10 internationalen Limes-kongresses in der Germania Inferior, (Colonia), Bonn, 1.977, pp. 487-499.

\_\_\_\_\_, "Generals, Federates and Bucellarii in the Roman Armies around A.D. 400", The Defence of the Roman and Byzantine East, ed. P. Freeman y D. Kennedy, Oxford, 1.986, pp. 463-474.

\_\_\_\_\_, Barbarians and Bishops. Army, Church and State in the Age of Arcadius and Chrysostom, Oxford, 1.990, pp. 89-125.

LLOBREGAT CONESA, E. A., Teodomiro de Oriola: su vida y su obra, Alicante, 1.973.

LLORCA, B., Historia de la Iglesia Católica, I, Edad Antigua. La Iglesia en el mundo grecorromano, ed. Llorca B., García Villoslada, R. y Montalbán F. J., BAC, Madrid, 1.964.

LOPEZ BERMUDEZ, F., "Begastri", AC, I, 1.984, pp. 13-16.

LOT, F., El fin del mundo antiguo y el comienzo de la Edad Media, Méjico, 1.956 (prim. ed. fr., 1.929).

LOYEN, A., Recherches historiques sur les Panégyriques de Sidoine Apollinaire, París, 1.942.

\_\_\_\_\_, Sidoine Apollinaire et l'esprit précieux en Gaule au derniers temps de l'Empire, París, 1.943.

LUQUE MORANO, A. de, "Necrópolis visigoda II de Villanueva del Rosario (Málaga)", Mainake, I, 1.979, pp. 165-178.

MCCORMICK, M., Eternal Victory. Triumphal Rulership in Late Antiquity, Byzantium and the Early Medieval West, Cambridge, 1.986.

MADOZ, J., Liciniano de Cartagena y sus cartas. Edición crítica y estudio histórico, Madrid, 1.948.

\_\_\_\_\_, "Un caso de materialismo en la España del siglo VI", Revista Española de Teología, VIII, 1.948, pp. 203-230.

MAIER, F. G., Las transformaciones del mundo mediterráneo. Siglos III-VIII, Historia Universal Siglo XXI, IX, Madrid, 1.972

- (prim. ed. alem., 1.968).
- MANOJLOVITCH, G., "Le peuple de Constantinople de 400 à 800", Byz., XI, 1.936, pp. 617-716 (traducido por H. Grégoire de la edición original en croata publicada en Zagreb en 1.904).
- MANZANO, E., "Beréberes de Al-Andalus: los factores de una evolución histórica", Al-Qantara, XI, 1.990, pp. 397-428.
- MARTINDALE, J. R., The Prosopography of the Later Roman Empire, II, (A.D. 395-527), Cambridge, 1.980.
- \_\_\_\_\_, The Prosopography of the Later Roman Empire, III, (A.D. 527-641), 2 vols., Cambridge, 1.992.
- MARTINEZ ANDREU, M., "La muralla bizantina de Carthago Nova", AC, II, 1.985, pp. 129-151.
- MARTINEZ CAVERO, P., "Estratigrafía y cronología arqueológica de Begastri", AC, I, 1.984, pp. 41-44.
- MARTROYE, F., Genséric. La conquête vandale en Afrique et la destruction de l'Empire d'Occident, París, 1.907.
- MATEU Y LLOPIS, F., "La ceca visigoda de Córdoba, notas sobre acuñaciones", Boletín de la Real Academia de Bellas Artes, Ciencias y Artes Nobles de Córdoba, XX, 1.949, pp. 45-64.
- MATILLA SEIQUER, G., "El Castillo de Garres: una fortaleza tardía en la Vega de Murcia", Ibid., V, 1.988, pp. 353-401.
- \_\_\_\_\_-PELEGRIN GARCIA, I., "El Cerro de La Almagra y Villaricos. Sobre el poblamiento urbano y su entorno en los siglos de la Antigüedad Tardía", AC, II, 1.985, pp. 281-302.
- MATTHEWS, J., "Olimpiodorus of Thebes and the History of the West", JRS, LX, 1.970, pp. 79-97.
- MILES, G. C., The Coinage of the Visigothic Spain. Leowigild to Achila II, Nueva York, 1.952.
- MITRE, E.-GRANDA, C., Las grandes herejías en la Europa cristiana, Madrid, 1.983.
- MOMIGLIANO, A., "Historiografía pagana y cristiana en el siglo IV", El conflicto entre el paganismo y el cristianismo en el siglo IV, ed. A. Momigliano, Madrid, 1.989 (prim. ed. ingl.,

1.963), pp. 95-115.

MUSSET, L., Las invasiones. Las oleadas germánicas, Barcelona, 1.967 (prim. ed. esp.).

O'DONNELL, J. J., "Liberius, the Patrician", Traditio, 37, 1.981, pp. 31-72.

OLMO ENCISO, L., "El reino visigodo de Toledo y los territorios bizantinos. Datos sobre la heterogeneidad de la Península Ibérica", Coloquio hispano-italiano de Arqueología Medieval, (La Alhambra, 18 al 21 de abril de 1.990), Granada, 1.992, pp. 185-198.

ORLANDIS, J., "En torno a la noción visigoda de tiranía", Estudios Visigóticos, III, Roma-Madrid, 1.962, pp. 13-42.

\_\_\_\_\_, "La sucesión al trono en la monarquía visigoda", Ibid., pp. 57-102.

\_\_\_\_\_, La Iglesia en la España visigótica y medieval, Pamplona, 1.976.

\_\_\_\_\_, Historia de España. España Visigoda (407-711), Madrid, 1.977.

\_\_\_\_\_, La vida en España en tiempo de los godos, Madrid, 1.991.

\_\_\_\_\_, "Una reina visigoda: Goswintha", Semblanzas visigodas, Madrid, 1.992, pp. 17-34.

\_\_\_\_\_-RAMOS LISSON, D., Historia de los concilios de la España romana y visigoda, Pamplona, 1.986, (prim. ed. alem., 1.981).

OSTROGORSKY, G., Historia del estado bizantino, Madrid, 1.984 (prim. ed. alem., 1.963).

PASCHOUD, F., "Sur Eunape de Sardes", REG, XCVIII, 1.985, pp. 395-398.

PATLAGEAN, E., "La gloria del Imperio", La Edad Media, I, La formación del mundo medieval. 350-950, ed. R. Fossier, Barcelona, 1.988.

PEREZ SANCHEZ, D., El ejército en la sociedad visigoda,

- Salamanca, 1.989.
- FIGANIOL, A., L'Empire chrétien (325-395), París, 1.972 (prim. ed. 1.947).
- PIRENNE, H., Mahoma y Carlomagno, Madrid, 1.978 (prim. ed. fr., 1.936)
- PLACIDO, D., "Zósimo: polémica religiosa y conflicto social", AC, VIII, 1.991, pp. 51-55.
- \_\_\_\_\_, "Zósimo entre Oriente y Occidente", Veleia, II, 1.993, pp. 41-49.
- PLATERO, J. A., Liciniano de Cartagena y su doctrina espiritualista, Oña, 1.946.
- POUNDS, N. J. G., Historia económica de la Europa medieval, Barcelona, 1.981 (prim. ed. ingl., 1.974).
- PRINGLE, D., The Defence of Byzantine Africa from Justinian to the Arab Conquest. An account of the military history and archaeology of the Africa provinces in the sixth and seventh centuries, 2 vols., Oxford, 1.981.
- RAVEGNANI, G., Soldati di Bisanzio in età giustiniana, Roma, 1.988.
- REINHART, W., "Sobre el asentamiento de los visigodos en la Península", AEA, XVIII, 1.945, pp. 124-135.
- REMONDON, R., La crisis del Imperio romano. De Marco Aurelio a Anastasio, Barcelona, 1.967 (prim. ed. esp.).
- RODRIGUEZ ALONSO, C., Las Historias de los godos, vándalos y suevos de Isidoro de Sevilla, León, 1.975.
- ROSELLO CREMADES, N., "Vistalegre", Arqueología en Alicante 1.976-86, Alicante, 1.986, pp. 110-111.
- RUBIN, B., "Prokopios von Kaisareia", RE, XXIII.1, 1.957, cols. 237-599.
- RUIZ BUENO, D., Actas de los mártires, BAC, Madrid, 1.963.
- RUIZ TRAPERO, M., "La moneda", Historia de España de Don Ramón Menéndez Pidal, III.1, España visigoda, ed. J. M. Jover Zamora, Madrid, 1.991, pp. 407-427.

- RUNCIMAN, S., Historia de las Cruzadas, I, La Primera Cruzada y la fundación del reino de Jerusalén, Madrid, 1.973 (prim. ed. ingl., 1.954).
- SAAVEDRA, E., Estudio sobre la invasión de los árabes en España, Madrid, 1.892.
- SAINTE CROIX, G. E. M., La lucha de clases en el mundo griego antiguo, Barcelona, 1.988 (prim. ed. fr., 1.981).
- SALVADOR VENTURA, F., Hispania meridional entre Roma y el Islam. Economía y sociedad, Granada, 1.990.
- SCHMID, W., "Eunapios", RE, VI.1, 1.907, cols. 1.121-1.127.
- SCHMIDT, L., Geschichte der Wandalen, Munich, 1.942.
- SEJOURNE, P., Le dernier père de l'Église. S. Isidore de Seville, París, 1.929.
- SERRANO RAMOS, E.-ATENCIA PAEZ, R., "La necrópolis de época visigoda de "El Tesorillo" (Teba, Málaga)", I Congreso de Arqueología Medieval Española, (Huesca, 1.985), II, Zaragoza, 1.986, pp. 279-295.
- SIMONET, F. J., Historia de los mozárabes de España, 4 vols., Madrid, 1.983 (prim. ed. fr., 1.897-1.903).
- SOTOMAYOR Y MURO, M., "La Iglesia en la España romana", Historia de la Iglesia en España, I, La Iglesia en la España romana y visigoda, ed. R. García-Villoslada, BAC, Madrid, 1.979, pp. 7-400.
- STEIN, E., Histoire du Bas-Empire, I, De l'État romain à l'État byzantin. 284-476, ed. fr. J.-R. Palanque, París-Bruselas-Amsterdam, 1.959 (prim. ed. alem., 1.928); II, De la disparition de l'Empire d'Occident à la mort de Justinien. 476-565, ed. J.-R. Palanque, París-Bruselas-Amsterdam, 1.949.
- STRATOS, A. N., Byzantium in the Seventh Century, I, 602-634, Amsterdam, 1.968 (prim. ed. ingl.).
- STROHEKER, K. F., "Leowigild", Germanentum und Spätantike, Zurich, 1.965, pp. 134-191.

- \_\_\_\_\_, "Das Spanische Westgotenreich und Byzanz",  
Ibid., pp. 207-245.
- THOMPSON, E. A., "Olimpiodorus of Thebes", CQ, XXXVIII, 1.944,  
pp. 43-52.
- \_\_\_\_\_, "Peasant Revolts in the Late Roman Gaul and  
Spain", Past and Present, 2, 1.952, pp. 11-23.
- \_\_\_\_\_, "The Settlement of the Barbarians in Southern  
Gaul", JRS, XLVI, 1.956, pp. 65-75.
- \_\_\_\_\_, "Christianity and the Northern Barbarians", NMS,  
1, 1.957, pp. 3-21.
- \_\_\_\_\_, "Slavery in Early Germany", ed. M. I. Finley,  
Slavery in Classical Antiquity. Views and Controversies,  
Cambridge, 1.960, pp. 191-203.
- \_\_\_\_\_, "The Visigoths from Fritigern to Euric",  
Historia, XV, 1.963, pp. 105-126.
- \_\_\_\_\_, Los godos en España, Madrid, 1.971, (prim. ed.  
ingl., 1.969).
- TORO MOYANO, I.-RAMOS LINAZA, M., "Las necrópolis de Las Delicias  
y El Almendral. Dos necrópolis visigodas en el llano de  
Zafarraya (Granada)", II Congreso de Arqueología Medieval  
Española, Madrid, 1.987, pp. 386-393.
- TORRES LOPEZ, M., "Las invasiones y los reinos germánicos de  
España (409-411)", Historia de España de Don Ramón Menéndez  
Pidal, III. España Visigoda, ed. J. M. Jover Zamora, Madrid,  
1.963, pp. 3-140.
- VALLALTA MARTINEZ, M. P.-OCHOTORENA, C., "Los obispos de  
Begastri", AC, I, 1.984, pp. 31-34.
- VALLEJO GIRVES, M., Bizancio y la España Tardoantigua (SS. V-  
VIII): Un capítulo de historia mediterránea, Alcalá de  
Henares, 1.993.
- VALLVE, J., "Nuevas ideas sobre la conquista árabe de España.  
Toponimia y Onomástica", Al-Qantara, 10, 1.989, pp. 51-150.
- VASILIEV, A. A., Historia del Imperio bizantino, 2 vols.,

- Barcelona, 1.946 (prim. ed. ingl. 1.928-1.929).
- VAZQUEZ DE PARGA, L., San Hermenegildo ante las fuentes históricas, Madrid, 1.973.
- VILELLA, J., "Les illes balears en temps cristians fins als arabs", Institut Menorquí d'Estudis, (1.984), Menorca, 1.988, pp. 51-58.
- VOGT, H. J., La decadencia de Roma. Metamorfosis de la cultura antigua. 200-500, Madrid, 1.968 ( prim. ed. esp.).
- WOLFRAM, H., Histoire des Goths, París, 1.990 (prim ed. alem., 1.979).
- WROTH, W., Catalogue of the Imperial Byzantine Coins in the British Museum, Londres, 1.908.
- ZEUMER, K., Historia de la legislación visigoda, Barcelona, 1.944.